

Carlos Esteban Deive

Antología
de la Flora y Fauna
de Santo Domingo
en Cronistas y Viajeros
(Siglos XV-XX)

Colección
Bibliófilos 2000



Antología
de la
Flora y Fauna de Santo Domingo
en **Cronistas y Viajeros**
(SIGLOS XV-XX)

Selección, Introducción, Notas e Índice
CARLOS ESTEBAN DEIVE

ISBN: 99934-885-0-X

Composición y diagramación:
Ninón León de Saleme

Impresión
Amigo del Hogar

Printing in Dominican Republic
Impreso en República Dominicana
2002

BIBLIOTECA **A G N**



018709

018709

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN DE LA SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIÓFILOS	9
ADVERTENCIA	11
INTRODUCCIÓN	13
CRONISTAS Y AUTORES	21
SIGLO XV	
Cristóbal Colón	31
Diego Alvarez Chanca	35
SIGLO XVI	
Alonso de Zuazo	39
Antonio de Villasante	40
Pedro Mártir de Anglería	43
Gonzalo Fernández de Oviedo	62
Fray Bartolomé de las Casas	206
Francisco Gómez de Gómara	264
Juan de Echagoian	266
Juan López Velasco	269
Fray González de Mendoza	270
Baltasar López de Castro	271
SIGLO XVII	
Antonio Vázquez de Espinosa	273
Luis Gerónimo de Alcocer	274
Andrés Núñez de Torra	281
Alexander Olivier Exquemelin	283
Domingo Fernández de Navarrete	296
Fernando de Araujo y Rivera	298
SIGLO XVIII	
P.F.X. Charlevoix	303
Pedro Murillo Velarde	318
Daniel Lescahier	319
Antonio Sánchez Valverde	359
Dorvo Soulastre	394
C. Albert	415
M. L. Moreau de Saint-Méry	417
C. Vincent	484
C. Lyonnet	494
M. Pedron	506
SIGLO XIX	
C. C. Robin	521
William Walton	522
David Dixon Porter	547
J. S. Harris	560
José A. Alvarez de Peralta	562
M. González Llana	564
Randolph Keim	568
Ramón González Tablas	583
Samuel Hazard	590
José de la Gándara	621
Barón de Eggers	625
José Ramón Abad	637
Frederick A. Ober	684
SIGLO XX	
Adriano López Morillo	689
Enrique Deschamps	699
Otto Schoenmich	710
A. Hyatt Verrill	719
Harry A. Frank	722
E. L. Eckman	727
Francis K. Cary y Donald M. Terry	738
INDICE DE AUTORES, TOPÓNIMOS, FLORA Y FAUNA	745

SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIÓFILOS INC.
 Consejo Directivo

Mariano A. Mella
Presidente

Dennis Simó
Vicepresidente

Narciso Román
Tesorero

Manuel García Arévalo
Vice Tesorero

Octavio Amiama
Secretario

Sócrates Olivo Álvarez
Vice Secretario

Julio Ortega Tous
 Eugenio Pérez Montás
 Miguel De Camps
 María José Álvarez
 Mu-Kien Sang-Ben
Vocales

Antonio Morel
Comisario de Cuentas

Gustavo Tavares Espaillat
 Bolívar Báez Ortiz
 Práxedes Castillo
 José Alcántara Almánzar
 Andrés L. Mateo
 Manuel Mora Serrano
 Virtudes Uribe
 Héctor Abreu
 Eduardo Fernández Pichardo
Asesores

Enrique Apolinar Henríquez †
 Frank Moya Pons
 Juan Tomás Tavares K.
 Bernardo Vega
 José Chez Checo
 Juan Daniel Balcácer
(Ex-Presidentes)

Eleanor Grimaldi Silié
Directora Ejecutiva

INTRODUCCIÓN DE LA SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIÓFILOS INC.

La Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., tiene el honor de publicar el libro: *Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (siglos XV-XX)*, del notable filósofo, antropólogo y escritor Carlos Esteban Deive.

Es un libro de carácter investigativo que cuenta con una profusión de fuentes bibliográficas y su estudio abarca seis siglos, que incluyen documentos escritos, informaciones y descripciones realizadas por los Cronistas de Indias y otros escritores recientes.

Con la edición de este volumen que pertenece a la Colección Bibliófilos 2000, la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., realiza una contribución a un tema de actualidad y de vital interés para las generaciones del presente y las venideras.

Tanto personas interesadas, estudiantes e investigadores encontrarán referencias básicas que le ayudarán a ampliar sus conocimientos acerca de las investigaciones realizadas sobre Flora, Fauna y Ecología, durante los siglos XV, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX.

En nombre del Consejo Directivo y de los socios, ponemos en sus manos la primera edición de un libro que enriquece la bibliografía nacional de autores dominicanos contemporáneos.

*Lic. Mariano Mella,
Presidente.*

*Santo Domingo, D.N.
Abril 2002*

ADVERTENCIA

Los textos aquí reproducidos proceden de diversas fuentes y ediciones. Unos, como en el caso de los cronistas españoles, están tomados de distintas editoriales y, como es de suponer, se han transcrito sin alterar su sintaxis y ortografía originales. Otros son traducciones al español de francés, inglés y otros idiomas. Algunos figuran en recopilaciones y antologías.

Las notas al pie de página tienen también varias procedencias. Las de los propios autores se señalan con las iniciales N. del A. Hay también notas hechas por los traductores (N. del T., cuando no se indican sus nombres por no figurar en las obras, y con las iniciales de ellos en caso contrario). Las de los editores y anotadores aparecen igualmente con las iniciales de sus nombres (E.R.D., Emilio Rodríguez Demorizi; F.C.U., Fray Cipriano de Utrera; C.A.R., C. Armando Rodríguez, etc.). Se incluyen, además, las notas del editor de la antología (C.E.D.).

Siempre que ha sido posible, se ha identificado el nombre vulgar de las plantas y animales con su denominación científica. Se exceptúan los muy comunes y conocidos.



INTRODUCCIÓN

El descubrimiento, conquista y colonización de las Indias ha ofrecido a historiadores, geógrafos, naturalistas y viajeros una amplia y numerosa gama de temas a tratar. Estos temas no sólo se refieren a los hechos protagonizados por españoles e indígenas, sino que, además, versan sobre caracteres y costumbres, creencias, lenguas y paisaje del Nuevo Mundo, sus productos, cualidades y curiosidades. Dada la complejidad de lo tratado, con frecuencia los autores –ya sean conquistadores, funcionarios, religiosos o simples civiles– se ven en la necesidad de ser, a la vez, historiadores, etnógrafos y geógrafos. Todos ellos, sin embargo, se enfrentan a una realidad absolutamente desconocida, que deben entender e interpretar sin otros puntos de referencia que los europeos. Esta circunstancia hace que no siempre lo narrado o descrito se ajuste a la verdad. Si se la deforma o deja incompleta es porque, muy a menudo, la observan a través de sus lecturas, estudios y creencias. En la mayoría de los casos, por tanto, no se les puede exigir rigor científico en el sentido moderno de la expresión. Conviene, en cambio, juzgarlos desde su propia óptica o bien tomando en cuenta las peculiaridades de la época.

El cronista o viajero que se asoman por primera vez a las Indias experimentan, sobre todo, extrañeza y asombro, cuando no alborozo. Su contacto inmediato con ellas despierta su curiosidad y, como es lógico, el interés de comprender lo que se presenta ante sus ojos. Esta comprensión varía, desde luego, según el oficio o profesión del autor. El conquistador o sacerdote no suelen ser hombres que se deleiten con el paisaje, entendido este como una simple entidad estética. Podrán gustar de él, pero sólo periféricamente, pues su interés es otro. En uno, el dominio de nuevas tierras y su explotación económica; en otro, la evangelización de las gentes que las pueblan. Claro que, para poder aprovecharse de esos territorios, necesitarán primero averiguar cuáles son sus riquezas y productos, lo que los conducirá, indefectiblemente, a examinarlos con mayor rigor.

Si algo mueve a guerreros, frailes y funcionarios es, ante todo, la pasión. Sus desvelos están encaminados, sobre todo, a la defensa de sus intereses, a rebelarse contra aquello que los estorba, a ganar preeminencias y dinero, a

glorificar a Dios. En consecuencia, no es de sorprender que lo escrito por ellos peque, en ocasiones, de inexacto o exagerado. Pero junto al ambiente están también la imaginación, la fantasía, lo maravilloso. Bosques y ríos aparecen repletos de sirenas, náyades, gnomos y amazonas. Abundan los reinos de fábula, los Dorados y Floridas. Árboles hay, según sus cuentas, que esconden monstruos y rezuman portentos. La Edad Media y una buena parte del Renacimiento alimentan sus obras. Cuando la fantasía tropieza con la realidad, lo único que les queda es registrarla con mayor o menor exactitud.

El primer cronista del Descubrimiento fue Colón. Es él quien, antes de posar sus ojos en el paisaje, los vuelve a los nativos que encuentra, a los que describe con cierta imparcialidad y precisión. No obstante, ya desde el primer día de su llegada nos ofrece una visión fresca, casi infantil, de la naturaleza de las nuevas tierras, con sus árboles de fuerte verdor, sus aguas remansadas y abundantes y sus olores suaves y gratos. Sobre la Española, cuya geografía describe en el diario del primer viaje, se vuelca en elogios y epítetos. La isla tiene las mejores tierras del mundo, altas, un tanto peñascosas, de valles anchos y llenos de frutos, la mayoría labradas y surcadas por numerosos ríos. Colón presta también atención a la riqueza de los frutos. Las aguas de la isla rebosan de pescados y en sus bosques los pájaros canoros son una maravilla. Como concesión a las creencias de su tiempo, habla también de sirenas que él y sus hombres ven salir del mar, aunque su admiración por ellas se modera al comprobar que no son tan hermosas como se las han pintado, “pues tenían forma de hombre en la cara”. El obligado punto de referencia es Castilla, pero en la comparación la Española sale siempre ganando.

Aun cuando Colón llevó en su segundo viaje a las Indias un minucioso diario de navegación, ese diario se ha perdido. Los historiadores pudieron reconstruirlo en parte gracias a la obra de Hernando Colón, hijo del Almirante, y a la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas. Una fuente subsidiaria es la relación o carta que el doctor Alvarez Chanca, físico de la armada, envió al cabildo de Sevilla, escrita, probablemente, hacia fines de enero de 1494. Después de recorrer varias islas de las Antillas Menores, los expedicionarios arriban a la Española, en la que desembarcan para ver su disposición y temple. Cerca del lugar donde lo hacen hay un río de muy buena agua, pero la tierra está toda anegada y, por tanto, permanece inhabitada. En gran medida, Alvarez Chanca reitera las loas que Colón prodiga a la Española. Lo que distingue la relación de este médico de los Reyes Católicos, a quien la pluma no le era ajena, es la cantidad de nuevas e importantes noticias que revela acerca de las costumbres de los indígenas, así como sus descripciones de animales y plantas.

Aunque sin desmerecer en alabanzas, las crónicas y relatos del siglo XVI adquieren, en lo que a la Española atañe, otro sesgo. La isla ha sido ya sojuzgada y poblada por los castellanos, que atienden primordialmente a su gobierno y explotación económica. De ahí que, cuantos se ocupan de ella,

pongan su mira en la utilidad de su flora y fauna, utilidad con frecuencia exagerada para resaltar la importancia de la colonia. Así ocurre con las relaciones de Alonso de Zuazo, juez de residencia; el licenciado Echagoian, oidor; y López de Castro, escribano de cámara y autor de los célebres memoriales que darían pie a que la corona ordenase la devastación de las poblaciones de la banda norte de la isla, efectuada en 1605 y 1606. Un aspecto a destacar en algunos de esos escritos es el relativo a la flora medicinal. En ellos se inicia también la descripción de animales y plantas traídos de España y cuya adaptación resulta tan admirable que en poco tiempo se multiplican en grandes cantidades.

Con Pedro Mártir de Anglería, las noticias y conocimientos sobre las Indias, y particularmente sobre la Española, se amplían en gran medida. El italiano nunca ha estado en la isla y, por consiguiente, sus datos e informaciones provienen de lo que le cuentan los viajeros y moradores de ella. Todo lo raro, sorprendente o pintoresco lo consigna de inmediato, sin excluir las viejas fábulas relativas a seres míticos. Mártir de Anglería dedica especial atención a la flora de la Española. Árboles y plantas ocupan páginas y páginas de las *Décadas*, lo mismo que la geografía de la isla.

Si Mártir de Anglería escribe desde España y de oídas, Fernández de Oviedo lo hace en la Española, donde vivió largos años. Su *Historia General y Natural de las Indias* trata, como su título indica, de ambos aspectos a la vez, pues Fernández de Oviedo es más naturalista que historiador. Inspirado en Plinio; su obra, sin embargo, carece, como la de este, de rigor crítico y metodológico. Vale, sobre todo, por la novedad e incluso pureza de los materiales que en ella aparecen. Los primeros estudios de Fernández de Oviedo sobre la fauna y flora de la Española figuran en su *Sumario de Historia Natural*, y aunque párrafos enteros de esta obra son reproducidos en la *Historia General* en ella agrega un gran número de especies nuevas.

Fernández de Oviedo es un naturalista por vocación. La flora y fauna de la Española que describe le interesen por sí mismas. No sucede lo propio con fray Bartolomé de las Casas, cuya obra tiene como objeto primordial la defensa de los aborígenes. Todo lo demás se halla supeditado a ese propósito. Su tesis persigue demostrar que los nativos constituyen una raza excelente, sin tachas ni vicios y, por tanto, no pueden ser considerados como esclavos por naturaleza. En virtud, pues, de esta tesis, todos los datos relativos a la vida animal y vegetal que Las Casas maneja, aun cuando son valiosos por lo que enseñan, se ofrecen subordinados a la tutela y protección del indio, tema central y razón de ser de la vida y obra del fraile dominico. De ahí que en su *Apologética Historia* proceda a relacionar el clima, condiciones físicas del terreno, ambiente y productos característicos de la Española con el desarrollo espiritual de sus habitantes originales.

López de Gómara sigue una línea diferente a las de Las Casas. Es un fervoroso admirador de la conquista, que no justifica. Esa es una tarea que

deja a otros. Para el autor de la *Historia de las Indias*, el llamado Nuevo Mundo no lo es tanto por haber sido nuevamente hallado, sino por ser muy grande y también por ser todo cuanto en él hay muy diferente de Europa y demás continentes. Las Indias son enormes y causan admiración a quien las contempla. En lo que atañe a la Española, dedica varios capítulos a describir las costumbres de los nativos y las diversas especies vegetales y animales: jagua, bija, cocuyos, manatí, niguas, jutías, quemíes. En lo demás, sigue a Mártir de Anglería y a Fernández de Oviedo.

Cronista y cosmógrafo real, Juan López de Velasco es el primer sintetizador y sistematizador de las Indias. Su *Geografía y Descripción Universal de las Indias* abarcan numerosos aspectos de ellas: clima, salubridad, fertilidad, productos, costumbres, hidrografía, navegación y descripción de cada uno de los diversos territorios y provincias. Eso es lo que hace, en apretadas líneas, con relación a la Española.

Con excepción de Vázquez de Espinosa y de A. O. Exquemelin, las noticias que sobre la naturaleza de la Española nos entregan quienes escriben sobre ella obedecen a un interés muy particular. La colonia, a partir de las indicadas devastaciones, había entrado en un agudo proceso de declinación económica y demográfica. Por otra parte, el establecimiento en la región occidental de la isla de aventureros franceses, quienes luego fundarían en nuevo dominio en ella, originaría un largo y complejo proceso de luchas y crisis por el control total del territorio, con el consiguiente agravamiento, en todos los órdenes, de la vida en el lado oriental. Así, pues, funcionarios y religiosos españoles no vacilarán en resaltar las excelencias naturales de la colonia, la abundancia de especies animales y vegetales, su riqueza, en fin, para atraer la atención de la Corona y lograr su recuperación. Núñez de Torra, Alcocer, Fernández de Navarrete, Araujo y Rivera, exaltan las excelencias de la tierra, su fertilidad, con miras a lograr su objetivo, aunque sin agregar nada nuevo a lo dicho por otros en el pasado. Vázquez de Espinosa, carmelita y autor del *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*, limita sus observaciones de orden natural sobre la Española a reproducir las listas, aunque parciales, de frutos y animales. Más prolijo es E. O. Exquemelin, aventurero llegado a la Tortuga como alistado o *enragé* de la Compañía Francesa de las Indias Occidentales y luego cirujano de los piratas y filibusteros que asolaron el Caribe. En su famosa obra *“Los Piratas de América”*, Exquemelin se prodiga en datos y descripciones sobre la flora y fauna de la parte Española.

El siglo XVIII, el de la Ilustración y las Luces, es también en grandísima medida el siglo de las exploraciones y viajes por los cinco continentes. En el último tercio de dicha centuria, casi todas las costas de las tierras habitables eran ya conocidas, pero quedaban sin explorar los interiores de África, América y Asia. El espacio geográfico se ofrece así a la curiosidad y reflexión de los hombres del XVIII. Diarios, relaciones, historias, memorias, crónicas y otros numerosos escritos desempeñarán un papel importante en la formación del

espíritu filosófico y en el desarrollo económico y social de los pueblos. Otro espacio, el humano, se constituirá también a partir de dos imágenes opuestas. De un lado, el mundo civilizado, coherente, racionalista, en marcha ascendente hacia el progreso que se cree ilimitado. De otro, el salvaje, sin escritura ni pasado, inmovilizado y sumido en la ignorancia. Ambos mundos se enfrentan y se definen recíprocamente el uno por el otro, el uno contra el otro, irreconciliables en el tiempo y en la historia.

Las Antillas no escapan a la curiosidad de los viajeros, naturalistas, soldados y administradores coloniales. Sus observaciones acerca de las costumbres de sus moradores o de las singularidades físicas de la tierra responden con frecuencia a intereses particulares, mas no por ello carecen de importancia. La lectura de Reynal, Prévost, Pernety así lo confirma. La influencia de los naturalistas no es menos relevante. Agregados a todas las expediciones o enviados en misión a las diferentes colonias, levantaron censos de casi todas las especies de vegetales y animales, muchas de ellas ignoradas. Su actividad fue muy grande, sobre todo cuando se trataba de conseguir que prosperasen las colonias o de realizar trabajos de prospección que permitiesen fundar nuevos establecimientos.

Como es lógico suponer, las dos colonias de Santo Domingo tenían que atraer también la atención de cronistas y viajeros. En realidad, y a excepción de Antonio Sánchez Valverde, todos los que escriben sobre la colonia oriental son extranjeros y, concretamente, franceses. P. F. X. de Charlevoix dedica a la isla nada menos que una obra en dos tomos. La historia relativa a la parte española, que integra el primero, llega sólo hasta principios del siglo XVII. Extrañamente, Charlevoix ignora casi totalmente la flora de la isla y sólo habla, parcialmente, de su fauna. Su atención se centra en los cangrejos, manatíes, tortugas y galeras, así como en algunas especies de aves.

Otro autor francés, pero nacido en Martinica, que escribió sobre Santo Domingo, fue M. L. Moreau de Saint-Méry. Aunque publicada en 1796, el autor se cuida en su obra de advertir que fue redactada antes del inicio de la Revolución Francesa y, por tanto, antes también de la cesión a Francia de la parte española de la isla, ocurrida en 1795, hecho sobre el cual Moreau de Saint-Méry se niega a opinar. De cualquier modo, la cesión está en el fondo de la obra, implícito, y es por ello que el autor sostiene que, al pasar al dominio francés, la colonia de Santo Domingo deberá modificar su administración para adaptarla a las corrientes de la época, aunque tomando en cuenta las peculiaridades y costumbres que la rigen. Moreau de Saint-Méry es mucho más prolijo que Charlevoix. No en vano su obra se titula "Descripción topográfica y política de la isla de Santo Domingo". La descripción de la flora y fauna de la parte española aparece, sin embargo, dispersa a lo largo de las páginas.

Lescallier, Soulastre, Albert, Vincent, Lyonnet y Pedron son franceses que conocieron la parte española de la isla por diversas razones. Adminis-

tradadores, funcionarios y soldados, todos ellos, salvo Lescallier, participaron de alguna manera en los sucesos ocurridos en la isla tras la Revolución de 1789 y la cesión a Francia de la colonia española. Los textos que se reproducen en esta antología corresponden en unos casos a otros que forman parte de obras o bien han sido publicados como crónicas de viajes efectuados por tierra de este a oeste de la isla. Son descripciones puramente topográficas en las que se alaba la excelencia de la tierra dominicana y su paisaje.

Presbítero y abogado, hombre de vida accidentada, Antonio Sánchez Valverde, nacido en Santo Domingo, es el celebrado autor de la “Idea del valor de la isla Española”, publicada en 1785. Como su mismo título lo indica, la obra persigue un objetivo fundamental: el de dar a conocer las riquezas de la colonia para su fomento y progreso. No es de sorprender, por tanto, que Sánchez Valverde preste atención especial a todos aquellos productos que son de utilidad para sus propósitos, como árboles, vegetales y animales, amén, desde luego, de la minería. No los describe todos, sino sólo los que pueden ser aprovechados para el comercio y la explotación.

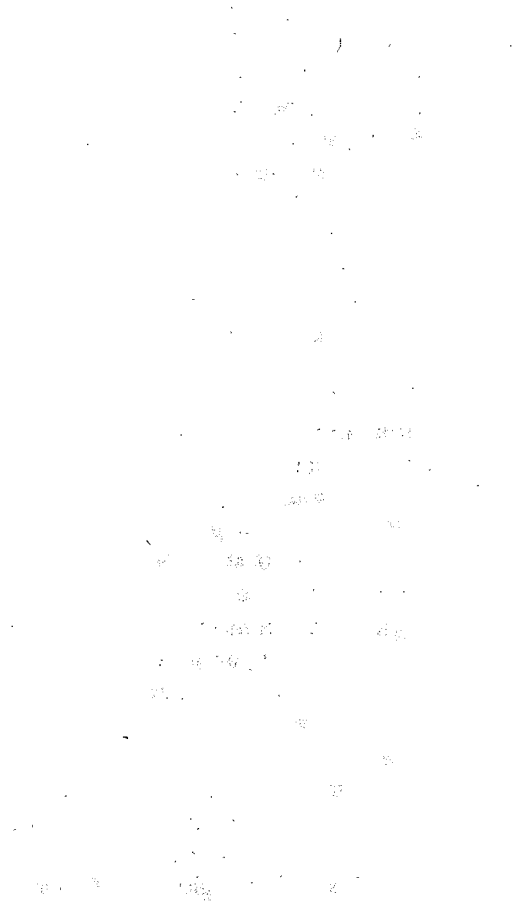
El siglo XIX abunda en obras y relatos sobre Santo Domingo. Sus autores son de diversas nacionalidades: franceses, norteamericanos, españoles, daneses y, por supuesto, dominicanos. Dicha centuria es pródiga en acontecimientos: ocupación francesa de la parte española, independencia efímera de Núñez de Cáceres, la invasión haitiana de 1822, fundación de la República Dominicana y, por último, la Anexión y Restauración de la República. Las obras y relatos indicados abarcan desde 1807 a 1891, de modo que cubren todos esos sucesos. C. C. Robin es un viajero, y como tal habla de su paso por Santo Domingo. El inglés W. Walton, quien formara parte de la expedición militar de su país que ocupó la colonia de Saint-Domingue para apoderarse de ella, publicó en 1810 su obra, en dos volúmenes, “Estado actual de las colonias españolas”, para suplir, según dice, la carencia de información sobre ellas, por entender que la ofrecida por cronistas y autores del pasado resultaba obsoleta. Naturalmente, la información que ofrece está dirigida primordialmente a sus compatriotas, así como a los viajeros y navegantes que pudieran visitarlas con fines de investigación, negocios o placer. Walton, como otros autores, resume la topografía, fauna y flora de la colonia española. Porter, Harris y Keim, los tres norteamericanos, visitaron la República Dominicana por otras razones. El primero y el tercero, por expreso mandato del Gobierno de Estados Unidos, deseoso de conocer el estado social, político, económico y militar de la República Dominicana para, en un caso, reconocer o no al país y, en el otro, averiguar si valía la pena anexar la República a su territorio y soberanía. En el caso de Harris, se trataba de estudiar la posibilidad de establecer en Haití y Santo Domingo varias colonias de negros libertos norteamericanos. González Tablas y José de la Gándara, ambos partícipes, como militares, en la guerra de Restauración, escribieron sus respectivas obras para justificar la Anexión y sus actuaciones en

ella. Otro norteamericano, Samuel Hazard, se interesó en la República Dominicana por motivos iguales a los Porter y Keim, para también para averiguar por sí mismo por qué un país tan valioso y atractivo permanecía al margen del progreso. La obra del dominicano José Ramón Abad, "La República Dominicana: reseña general geográfico-estadística", es, como su título expresa, un compendio sobre la naturaleza física del país, sus recursos naturales y su valor en el tiempo en que escribe. Todos ellos, y algunos más incluidos en este siglo, se preocupan también por darnos datos y noticias sobre los reinos vegetal y animal.

Lo mismo cabe decir de los autores del siglo XX que escribieron sobre la República Dominicana. López Morillo es otro militar español que luchó, aunque por breve tiempo, en la guerra de Restauración. Sus memorias sobre ese acontecimiento son de singular interés. El dominicano Deschamps sigue los pasos de Abad en su directorio y guía del país, mientras Schoenmich edita su "Santo Domingo, un país con futuro", con miras a divulgar entre los norteamericanos las ventajas que ofrece para el comercio. Verrill, Frank, Cary y Terry son geógrafos y viajeros norteamericanos que nos dejaron sus impresiones de su estancia en la república. Finalmente el botánico sueco E. L. Eckman estudia la flora del monte Tina, que los mapas de la época situaban al sur de Constanza.

Esta obra es una antología que recoge los textos más significativos e importantes de los cronistas, viajeros y otros autores que escribieron sobre Santo Domingo, especialmente acerca de su paisaje, su flora y su fauna. Constituye, sin duda, una obra de gran utilidad e interés para todos aquellos que tienen como centro de su atención como estudiosos o aficionados el tema indicado. Con esta obra, botánicos, biólogos, ecologistas y otros especialistas podrán disponer de un instrumento valioso para sus investigaciones o análisis, realizar estudios comparativos, comprobar o rectificar las descripciones que en la antología se contienen y hacer nuevas contribuciones al conocimiento de la naturaleza del país. Algo que llamará la atención del lector es la coincidencia de todos los autores en ensalzar la belleza del paisaje dominicano, en cuya descripción se extasían, así como la variedad y riqueza de su flora y fauna. Resalta también, en esta antología, el hecho de que el país mantuvo prácticamente intactos sus bosques, ríos, plantas y animales hasta principios de este siglo. La deforestación, con sus dramáticas secuelas, es cosa del presente, lo mismo que la pérdida del caudal de nuestras aguas y el proceso de extinción de varias especies de animales, como el cocodrilo y la iguana. De ahí que esta antología sirva también de ayuda para todo proyecto tendente a preservar el medio ambiente y aún a aumentarlo, por lo que es de agradecer a la Sociedad Dominicana de Bibliófilos el esfuerzo realizado para publicarlo.

Carlos Esteban Deive



CRONISTAS Y AUTORES

Siglo XV

CRISTÓBAL COLÓN: De los distintos textos del Descubridor se transcriben en esta antología varios fragmentos del Diario de su primer viaje y de las cartas que dirigiera a Luis de Santángel, escribano de ración de los Reyes Católicos, el 15 de febrero de 1493, y a los monarcas españoles entre septiembre de 1498 y octubre de 1500. El Diario del primer viaje no se conserva en el original, y de él sólo quedan dos extractos hechos por el Padre Las Casas. Uno de ellos, el que aquí se reproduce en parte, fue publicado por primera vez por Martín Fernández de Navarrete en su *Colección*, pero se ha optado por la versión, más actualizada, de Consuelo Varela.

DIEGO ALVAREZ CHANCA: Sevillano, médico de los Reyes Católicos y de la princesa Doña Juana, formó parte del segundo viaje de Colón en calidad de físico de la armada. La carta, escrita a fines de enero de 1494 y remitida al cabildo de Sevilla, sustituye en lo posible al Diario del segundo viaje de Colón. Publicada originalmente por Fernández de Navarrete, los extractos transcritos están tomados de la obra “Cristóbal Colón: Diario de Navegación y Otros Escritos”, editada por la Fundación Corripio en su colección “Biblioteca de Clásicos Dominicanos”.

Siglo XVI

ALONSO DE ZUAZO: Juez de residencia de la Española, tuvo una participación muy destacada en los asuntos políticos y económicos de la colonia en las primeras décadas de la misma. Una de sus cartas a los Reyes Católicos, de 22 de enero de 1518, versa sobre el buen gobierno, conservación, aumento y riquezas de la isla. Figura en la recopilación de reales cédulas y correspondencia de gobernadores de Santo Domingo efectuada por J. Marino Incháustegui.

ANTONIO DE VILLASANTE: Colono de la Española, fundador de un mayorazgo. El Consejo de Indias le encargó el envío a la península de una muestra del bálsamo que se producía en la isla. La relación acerca de esa substancia figura en la obra “Santo Domingo en los Manuscritos de Juan

Bautista Muñoz”, con transcripción y notas de Roberto Marte y editada por la Fundación García Arévalo.

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA: Nacido en Arona, Italia, sacerdote, maestro de la nobleza, contino y capellán de la reina Isabel y, más tarde, consejero de Indias. Sus “Décadas del Nuevo Mundo”, ocho en total, dividida cada una en diez libros, puede considerarse como la primera historia general de las Indias. Los textos aquí reproducidos están tomados de la edición hecha por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO: Uno de los principales cronistas de Indias. Madrileño, pasa al Nuevo Mundo en la armada de Pedrarias Dávila en 1514. Alcaide de la fortaleza de Santo Domingo a partir de 1532. En ese año es nombrado cronista de Indias por la corona. Su “Historia General y Natural de las Indias”, iniciada en 1535, fue publicada por primera vez por Amador de los Ríos en 1851. Los capítulos transcritos corresponden a la edición de Juan Pérez de Tudela en la Biblioteca de Autores Españoles.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: Sevillano, se ordena de menores en su ciudad natal para poder aspirar a una plaza de doctrinero en la Española, a donde llegó con la expedición de Nicolás de Ovando en 1502. Sus denuncias de los abusos de colonos y encomenderos le ganan el título de procurador universal de los indios. Tras haber ingresado en la orden dominica, es nombrado obispo de Chiapas en 1542. En 1527 inicia la redacción de sus dos principales obras, “Historia de las Indias” y “Apologética Historia”. El texto ológrafo de la segunda se conserva en la Real Academia de la Historia. La primera edición impresa de la misma fue realizada por Manuel Serrano y Sanz en la Biblioteca citada. La de Pérez de Tudela, empleada en esta antología, fue publicada en la misma colección.

FRANCISCO GÓMEZ DE GÓMARA: Nacido en Gómara, cerca de la ciudad de Soria, estuvo en Roma, Argel y Amberes. Aunque nunca visitó el Nuevo Mundo, fue nombrado capellán de Hernán Cortés y, como tal, historió la conquista de la Nueva España. Una vez escrita, consideró necesaria una introducción y de ese modo nació la “Historia de las Indias”. Ambas fueron puestas bajo la denominación común de “Historia de las Indias y Conquista de México” e impresas en Zaragoza en 1552 como una sola obra. Los fragmentos transcritos son de la Editorial Iberia de Barcelona.

JUAN DE ÉCHAGOIAN: Vizcaíno, fue nombrado oidor de la Real Audiencia de Santo Domingo en 1557 y tuvo una participación destacada en la colonia durante los siete años en que desempeñó su cargo. Su “Relación de la Isla Española”, escrita, según Utrera en Madrid a mediados de 1568, aparece recogida en la “Colección de Documentos Inéditos...” de Torres de Mendoza y reproducida por Rodríguez Demorizi en “Relaciones Históricas de Santo Domingo”, Tomo I, que es la utilizada en esta antología.

JUAN LÓPEZ DE VELASCO: Fallecido Alonso de Santa Cruz en 1571 y vacante por tanto el cargo de cosmógrafo que ostentaba, Felipe II lo acumu-

ló al de cronista en la persona de Juan López de Velasco, cuya biografía se desconoce. En ese mismo año, unas ordenanzas reales disponían que se hiciese “descripción y averiguación cumplida y cierta de todas las cosas del Estado de las Indias, así de la tierra como de la mar, naturales y morales, perpetuas y temporales, eclesiásticas y seculares, pasadas y presentes y que por tiempo serán...”. Con la ayuda de los documentos dejados por Santa Cruz y las contestaciones al cuestionario dirigido a las autoridades indianas, López de Velasco, en cumplimiento de dichas ordenanzas, compuso su “Geografía y Descripción General de las Indias”, obra extensa y muy laboriosa de síntesis, sistematización y enlace que ofrece una visión total del Nuevo Mundo. Recopilada entre 1571 y 1574, fue publicada por primera vez por entregas en el “Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid” a partir de 1880 con adiciones e ilustraciones de Justo Zaragoza. La parte relativa a la Española aparece reproducida en “Relaciones Geográficas de Santo Domingo”, Tomo I, de Rodríguez Demorizi.

FRAY JUAN GONZÁLEZ DE MENDOZA: Agustino, estuvo, probablemente, en Santo Domingo. Autor de la “Historia de las Cosas más Notables, Ritos y Costumbres del Gran Reyno de la China”, que escribió con materiales propios y ajenos y tuvo una notable difusión. Impresa en Roma en 1585 y, al año siguiente, en Madrid, contiene un capítulo dedicado a la Española, que Rodríguez Demorizi transcribe en las “Relaciones” indicadas.

BALTASAR LÓPEZ DE CASTRO: Criollo, escribano de cámara, alférez mayor y regidor de Santo Domingo. Es el tristemente célebre autor de los memoriales del arbitrio para el remedio de los rescates en la isla Española, dirigidos a la corona en 1598 y que dieron origen a las devastaciones de las poblaciones de la banda norte de la colonia y, posteriormente, a su división en dos, la segunda francesa. El primer memorial, copiado por Utrera del original que se conserva en el Archivo General de Indias, sección Escribanía de Cámara, figura íntegro en las “Relaciones Históricas de Santo Domingo”, Tomo II, de Rodríguez Demorizi.

Siglo XVII

ANTONIO VÁSQUEZ DE ESPINOSA: Carmelita, nativo de Jerez de la Frontera. Viajó por tierras americanas entre 1612 y 1621 y habría conocido Santo Domingo probablemente a su llegada a ellas. Su “Compendio y Descripción de las Indias Occidentales” recibió el permiso de impresión en 1629, pero la misma fue interrumpida al año siguiente por muerte del autor. En 1929, Charles Upson Clark, de la Smithsonian Institution, halló el manuscrito de la obra entre los fondos de la Biblioteca Vaticana y la publicó en 1948 en versión inglesa. La transcripción de la parte relativa a Santo Domingo está tomada de la hecha por Rodríguez Demorizi en sus “Relaciones Geográficas”.

LUIS GERÓNIMO DE ALCOCER: Criollo nacido en 1598, fue abogado de la Audiencia, racionero de la catedral, catedrático de latín y capellán en el

Colegio de Gorjón, entre otros cargos. En cumplimiento de las cédulas de diciembre de 1635 y noviembre de 1648, por las cuales se pidió a las colonias que fuesen enviados al cronista Gil González Dávila “todos los datos necesarios para la formación de su obra “Teatro eclesiástico de las iglesias de América”, Alcocer escribe una “Relación sumaria del estado presente de la isla Española”, que terminó en 1650. El manuscrito de la relación se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid y de él procede la transcripción de Rodríguez Demorizi, que es la que aquí se incluye.

ANDRÉS NÚÑEZ DE TORRA: Alcalde mayor de Santiago de los Caballeros y demás lugares de tierra adentro de la isla, sentó plaza en una compañía del batallón de Santo Domingo para desalojar a los franceses de La Tortuga y, más tarde, en 1655, asistió a la defensa de la ciudad con motivo del desembarco inglés de Penn y Venables. Su “Relación Sumaria” se imprimió en 1662. Los fragmentos aquí reproducidos están tomados de las “Relaciones Geográficas” de Rodríguez Demorizi, quien, a su vez, utilizó una fotocopia del impreso existente en el Museo Británico de Londres.

ALEXANDER OLIVIER EXQUEMELIN: Probablemente francés, se embarca en 1666, con 21 años, en Le Havre con destino a La Tortuga como *enragé* o alistado de la Compañía Francesa de la Indias Occidentales. Libre, tres años después, del servicio de sus amos, sus conocimientos prácticos de medicina le permiten ser acogido en la “Hermandad de la Costa”, asociación de piratas y bucaneros que se aprestaba en esos momentos a emprender una nueva expedición contra los españoles de Tierra Firme. Fue cirujano de las flotas del Olonés y Morgan. Hacia 1673 se establece en Amsterdam, donde ejerce la medicina hasta su muerte. “Los piratas de América”, obra en la que Exquemelin narra la vida y aventuras de los piratas que, desde La Tortuga, infestaron y saquearon todo la región del Caribe, fue publicada por primera vez en holandés en 1678. La versión española data de 1681 y es obra de Alonso de la Buena Maison. La que aquí se ofrece procede de la traducción directa del holandés efectuada por Juan Tomás Tavares K. y publicada por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos.

DOMINGO FERNÁNDEZ DE NAVARRETE: Arzobispo de Santo Domingo de 1677 a 1686. Nativo de Peñafiel, Valladolid, ingresó en la orden dominica. Pasó a Manila, donde regentó la cátedra de teología en la Universidad de Santo Tomás. De Filipinas fue a China, donde aprendió la lengua y caracteres de su escritura y predicó el Evangelio. Desterrado a Macao con motivo de las persecuciones de 1664, se dirigió a Roma, recorriendo antes la India. Es autor de varias obras sobre China. Sus “Noticias de la Isla Española”, de 1680, aparecieron en las “Adiciones a mis Tratados” de Fernández de Navarrete, de quien Rodríguez Demorizi las toma para incluirlas en sus “Relaciones Históricas”.

FERNANDO DE ARAUJO Y RIVERA: Oidor decano de la Audiencia de Santo Domingo. Fue también gobernador político y militar de la isla Marga-

rita. En 1699 pasa a la corte y española “instado de su zelo y esforzado de las disposiciones del derecho”. Allí escribe su “Descripción de la Isla Española o de Santo Domingo”, cuyo manuscrito se halla en la Biblioteca de Palacio, de Madrid. Rodríguez Demorizi la incluye en sus “Relaciones Históricas”.

Siglo XVIII

PIERRE FRANCOIS XAVIER CHARLEVOIX: Nacido en Saint-Quintin, Francia, en 1682, ingresa a los 16 años en la Compañía de Jesús. Pasa a Canadá y regresa a su patria, donde se dedica a escribir sobre las regiones donde los jesuitas se habían establecido como misioneros: Japón, Canadá, Paraguay y Santo Domingo. En 1730 aparece su “Historia de la Isla Española o de Santo Domingo”, editada en París. La traducción íntegra al castellano de esta obra, hecha a partir de la edición príncipe, es de Roberto Guzmán y el Padre Gustavo Amigó Jansen. Fue publicada por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos.

DANIEL LESCALLIER: Oriundo de Lyon, Francia. Administrador de la Marina de su país, prefecto de Le Havre, prestó valiosos servicios en misiones llevadas a cabo en Santo Domingo, Guayana, India, islas Seychells, Madagascar y Corfú. Residió un largo tiempo en la isla. De Lescallier se incluyen en esta antología tres relatos. El primero, “Itinerario de un viaje por la parte española de la isla de Santo Domingo”, de 1764, procede de la *bibliothèque Haitienne des Freres de l’Instruction Chretienne*, de Port-au-Prince, y figura en las “Relaciones Geográficas” de Rodríguez Demorizi. El segundo, “Itinerario desde Santo Domingo a Cap-Francais y desde esta ciudad hasta el límite de San Rafael, pasando por Azua y San Juan”, del mismo año, fue hallado por el ilustre historiógrafo dominicano en los Archivos Nacionales de París y su texto está recogido en su obra “Viajeros de Francia en Santo Domingo”, lo mismo que el “Itinerario desde el río Masacre a Santo Domingo por Santiago, La Vega y Cotuí”.

ANTONIO SÁNCHEZ VALVERDE: Nativo de Santo Domingo, se graduó de licenciado en Teología en el Seminario y Universidad de Santiago de Gorbón en 1755 y de bachiller en Derecho Civil por la Universidad de los dominicos tres años después. Fue promotor fiscal eclesiástico y racionero de la catedral. Viajó a España en 1763, donde obtuvo el título de abogado de los Reales Consejos. En 1765 regresa a Santo Domingo. Diferencias con la autoridad civil lo obligan a fugarse a la parte francesa, pero es apresado y, por decisión del arzobispo, parte a España a defender su caso. El Consejo de Indias lo condenó a la pérdida de su cargo de racionero de la catedral dominicana, y lo destinó con igual categoría a la de Guadalajara, Nueva España, donde murió. Entre otras obras, Sánchez Valverde es autor de la “Idea del Valor de la Isla Española”, publicada en Madrid en 1785. Los textos de ella que aquí reproducimos provienen de la publicación hecha por la Editora Nacional en 1971 con anotaciones de Rodríguez Demorizi y fray Cipriano de Utrera.

DORVO SOULASTRE: Francés, abogado y comisario del gobierno de Saint-Domingue. A instancias del general Hedouville, quien llegó a la capital de la colonia española de la isla en 1798 para ocupar la gobernación de la francesa, Soulastre, quien participaba en la expedición y partió a pie hasta Cap Francois, escribió el “Viaje por tierra de Santo Domingo, capital de la parte española de Santo Domingo, al Cabo Francés, capital de la parte francesa de la misma isla”, publicado en París en 1809. La traducción del francés es de C. Armando Rodríguez y está recogida en la obra “La Era de Francia en Santo Domingo”, de Rodríguez Demorizi.

ALBERT: No se han encontrado noticias biográficas de este autor. Residió en Fort-Dauphin cuando España cedió a Francia la parte oriental de la isla. Su “Reseña topográfica de la parte de la isla de Santo Domingo habitada por los españoles”, de 1795, la escribió, según él mismo dice, a base de las informaciones que le suministraron españoles cultos. El manuscrito procede de los Archivos Nacionales de París y su traducción se incluye en la obra “Viajeros de Francia en Santo Domingo”.

M. L. MOREAU DE SAINT-MÉRY: Nacido en Fort-Royal, Martinica en 1750, fue abogado y miembro del Consejo Superior de Saint-Domingue. Estando en París, es elegido, al estallar la revolución, Presidente de los Electores de esa ciudad y miembro de la Asamblea Constituyente como diputado por su isla natal. Arrestado, escapa del cadalso y se refugia con su familia en los Estados Unidos. Vuelto a Francia, es nombrado en 1800 consejero de Estado. Napoleón lo retira del cargo seis años después y desde entonces vive de la caridad de la emperatriz Josefina. La bibliografía de Moreau de Saint-Méry es muy abundante, pero destaca en ella, sobre todo, su “Descripción de la parte española de Santo Domingo”, editada en Filadelfia en 1796. La traducción al español, en 1944, es de C. Armando Rodríguez. La Sociedad Dominicana de Bibliófilos lo reedita en 1976.

C. VINCENT: Director de las fortificaciones de las islas de Sotavento. Su “Resumen del viaje hecho del Cabo a Santo Domingo”, de 1798, forma parte de los textos recogidos en “Viajeros de Francia...”.

C. LYONNET: Apenas hay noticias de él. Se sabe que salió de Brest, Francia, para Saint-Domingue en 1798 y que visitó dos veces la colonia oriental. Autor de una “Estadística de la parte española de Santo Domingo”, de 1800, traducida por C. Armando Rodríguez y reproducida por Rodríguez Demorizi en “La Era de Francia...”.

M. PEDRON: Ex ordenador de Saint-Domingue. Su “Memoria descriptiva de la parte española de Santo Domingo” es de 1800 y fue traducida por C. Armando Rodríguez. Figura en “La Era de Francia...”.

Siglo XIX

C. C. ROBIN: Nada sabemos del autor, quien dice que ha escrito varias obras sobre literatura y ciencias. Los “Viajes por el interior de Luisiana, de

Florida Occidental y por las Islas de Martinica y Santo Domingo” fueron impresos en París en 1807. La traducción al español es de Francisco Guzmán Comprés y Rodríguez Demorizi los incluye en su “Viajeros de Francia...”.

WILLIAM WALTON: Formó parte de la expedición inglesa que, desde Jamaica, invadió la colonia francesa de Saint-Domingue en 1793 para apoderarse de ella. Más tarde fue agente del Gobierno británico allí. Escribió la obra “Estado actual de las colonias españolas”, publicada en Londres en 1810. Su traducción al español ha sido editada en 1976 por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos.

DAVID DIXON PORTER: Teniente de la Marina de Estados Unidos nacido en 1813, fue enviado en 1846 a Santo Domingo por el Presidente Polk para que le informara sobre el estado social, político, económico y militar de la República Dominicana, cuyo Gobierno le había solicitado reconocimiento y protección contra las amenazas de Haití. Fruto de su permanencia en el país, que duró cinco semanas, es su “Diario de una misión secreta a Santo Domingo”, de 1846, cuyo manuscrito depositó en los Departamentos de Estado de la Marina de Guerra norteamericanos. Las dos copias desaparecieron y sólo en los años treinta de este siglo fueron hallados en la Biblioteca de la Universidad de Duke, Carolina del Norte. Traducido por el Padre Gustavo Amigó, la Sociedad Dominicana de Bibliófilos lo publicó en 1978.

J. DENNIS HARRIS: Líder negro de los estados nortños de la Unión, viajó a Haití y Santo Domingo con el propósito de informar sobre las posibilidades de establecer en ambas repúblicas varias colonias de negros libertos norteamericanos en vista de los repetidos fracasos en lograr la abolición de la esclavitud en el Sur y el mal tratamiento que recibían los libertos del Norte. Su informe de ese viaje, que efectuó en 1860, lo publicó en forma de cartas enviadas a la revista “The Weekly Anglo-African” y, luego, en el libro “Un verano en los bordes del mar Caribe”. La parte de esa obra relativa a la República Dominicana fue recogida por Bernardo Vega en su obra “Los primeros turistas en Santo Domingo”, de 1991. La traducción es de Jeannette Canals.

JOSÉ A. ALVAREZ DE PERALTA: Dominicano, sirvió en 1860 al ministro general Felipe Alfau como secretario de la Legación de la República en Madrid en las negociaciones preliminares que culminaron con la Anexión a España. Una apostilla a uno de los artículos de Alvarez de Peralta en la revista “La Razón” dice de él que es “uno de nuestros literatos más entendidos” sobre la cuestión dominicana. Su reseña histórico-geográfica, que reproduce Rodríguez Demorizi en sus “Relaciones geográficas”, apareció en varios números de dicha revista.

M. GONZÁLEZ LLANA: Político y escritor español. Fue profesor del Instituto de Guadalajara, redactor de “La Iberia” de Madrid, diputado a Cortes, gobernador de diversas provincias y director general de Administración en Filipinas. Autor de varias obras, su descripción geográfica de la isla de Santo Domingo la publicó en distintos números de “El Museo Uni-

versal”, de Madrid, en 1861. Rodríguez Demorizi la incluye en sus “Relaciones Geográficas...”.

RANDOLPH KEIM: Periodista norteamericano, visitó Santo Domingo en 1860 en busca de información de primera mano, como dice, que se pudiera difundir entre los lectores de “The Herald”. En realidad, “Santo Domingo, pinceladas y apuntes de un viaje” formó parte del esfuerzo de cierto sector norteamericano interesado en promover la anexión de la República Dominicana a los Estados Unidos. La edición original del libro es de 1870 y está fechada en Filadelfia. Lo tradujo al español Alberto Malagón para la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, quien lo publicó en 1978.

RAMÓN GONZÁLEZ TABLAS: Español, capitán de Infantería que luchó en Santo Domingo en la Guerra de Restauración. Su “Historia de la Dominación y Última Guerra de España en Santo Domingo”, publicada en 1870 en el periódico madrileño “Correspondencia Universal” como folleto, es el primer estudio de larga duración sobre la Anexión y la subsiguiente guerra restauradora. La Sociedad Dominicana de Bibliófilos lo publica en forma de libro en 1974.

SAMUEL HAZARD: Escritor norteamericano. Autor de “Santo Domingo, su pasado y presente”, impreso por primera vez en 1873 en New York. La versión española figura en la valiosa colección de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos.

JOSÉ DE LA GÁNDARA: Militar y político español, fue gobernador y capitán general de Santo Domingo durante el período de la Anexión y Guerra Restauradora. En 1884 publicó en Madrid su obra “Anexión y Guerra de Santo Domingo”, en la que justifica su actuación y ofrece una aportación importante al estudio de la historia dominicana. La edición de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos es de 1975.

BARÓN DE EGGERS: Nacido en Schleswig, antigua provincia danesa, se alistó en el ejército con motivo de la guerra con Prusia en 1864 y en ese mismo año en la legión austro-belga que fue a México a defender la causa del emperador Maximiliano. Hecho prisionero y libertado, regresó a Dinamarca, ingresó de nuevo en el ejército con el grado de teniente y en 1868 se le asignó a las tropas de guarnición de las Antillas, donde inició su fructífera labor botánica. Al año siguiente fue enviado por la Academia de Ciencias de Berlín a Santo Domingo a estudiar la flora del país. “De Puerto Plata al pico del Valle Nuevo”, uno de sus muchos trabajos sobre botánica dominicana, fue publicado originalmente en el Boletín de Petermann en 1888. Traducido ese mismo año para “El Porvenir” de Puerto Plata por Carlos Nouel y Alejandro Llenas, lo reprodujo la revista “La Cuna de América” en 1909, texto este que Rodríguez Demorizi incluye en sus “Relaciones Geográficas...”.

JOSÉ RAMÓN ABAD: Nacido en Santiago de Cuba. Fue director de la Revista de Agricultura en 1907. Autor de “La República Dominicana: Rese-

ña General Geográfico-Estadística”, publicada en Santo Domingo en 1888. Los capítulos aquí transcritos han sido tomados de la edición original.

FREDERICK A. OBER: Escritor norteamericano. Visitó la República Dominicana en varias ocasiones, una de ellas en 1891, como comisionado especial de la Exposición Colombina Mundial organizada por su país con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América. “En la estela de Colón”, una de sus numerosas obras, fue publicada en Boston en 1893. Tiene un extenso capítulo dedicado a Santo Domingo, que Rodríguez Demorizi reproduce en sus “Relaciones Geográficas...”, tomo II.

Siglo XX

ADRIANO LÓPEZ MORILLO: Nacido en 1841 en la ciudad gallega de El Ferrol, era subteniente del primer batallón de la Corona con sede en Cuba cuando vino a Santo Domingo en 1861 al proclamarse la Anexión. Dos años después, cae prisionero en la batalla que los españoles libraron contra las fuerzas restauradoras para romper el cerco y rescatar a los peninsulares atrincherados en el fuerte de San Luis, de Puerto Plata. Pasó su cautiverio en Jánicó, hasta que fue canjeado por un oficial restaurador en 1865. Alcanzó el grado de general de brigada de la sección de reserva del Estado Mayor General del Ejército. “Memorias de la segunda reincorporación de Santo Domingo a España” es una obra de singular importancia para el conocimiento de los hechos que en ella se narran. Permaneció inédita hasta 1983, cuando la publica la Sociedad Dominicana de Bibliófilos.

ENRIQUE DESCHAMPS: Nacido en Santiago de los Caballeros. Publicista, cónsul general del país en España, donde escribió “La República Dominicana: Directorio y Guía General”, publicada en Santiago en 1907. Es una obra de información sobre el estado social, económico y cultural del país. La Sociedad Dominicana de Bibliófilos la reeditó en 1974. Con ella inauguró su colección.

OTTO SCHOENMICH: Autor de “Santo Domingo, un país con futuro”, obra publicada originalmente en inglés en 1988. El propósito fundamental de dicha obra fue el de divulgar al público en general las magníficas oportunidades comerciales que esperaban a los empresarios norteamericanos que quisiesen invertir en la República Dominicana.

A. HYATT VERRILL: Norteamericano, escribió dos libros titulados “Puerto Rico, pasado y presente, y el Santo Domingo de hoy” (1914) y “El libro de las Indias Occidentales” (1919). El texto aquí reproducido corresponde al segundo. Viajó por todo el país y, en general, sus comentarios sobre él son muy favorables.

HARRY A. FRANK: Norteamericano. Viajero y escritor independiente, es autor de varios libros en los que narra sus experiencias de trotamundos. “Andando por las Indias Occidentales” es una de sus obras. En ella trata de Santo Domingo, que visitó en plena ocupación norteamericana.

FRANCIS K. CARY Y DONALD M. TERRY: Geógrafos norteamericanos, miembros de la American Geographic Society. "Viaje a la región orográfica central de la República Dominicana" es un informe que los autores rindieron acerca de su estadía en el país en 1935. Publicado en la Revista de Agricultura de Santo Domingo un año después. La traducción es de Bayoán de Hostos.

E. L. ECKMAN: Botánico sueco nacido en 1885. En 1926, visita por primera vez la República Dominicana en compañía del también botánico Barker y del entomólogo Wolcott. Luego de concluir su exploración de la parte occidental de la isla, se establece definitivamente en nuestro país en 1928. Su interés primordial era el de localizar el Monte Tina, medir su altura y estudiar su flora. Algunos mapas lo situaban al sur de Constanza y se le reputaba como el más alto de las Antillas. El resultado de su exploración lo publicó Eckman en 1930. Reproducido en la Revista de Agricultura en 1936.

SIGLO XV

DIARIO DEL PRIMER VIAJE DE COLÓN (1492)¹

Jueves, 6 de Diciembre

◆◆◆ **A**quella isla grande parecía altíssima tierra, no cerrada con montes, sino rasa como hermosas campiñas, y parece toda labrada o grande parte d'ella, y parecían las sementeras como trigo en el mes de Mayo en la campiña de Córdoba...

...a donde está² una playa muy hermosa y un campo de árboles de mill maneras y todos cargados de frutas, que creía el Almirante ser de especerías y nuezes moscadas, sino que estaban maduras y no se cognoscían, y un río en medio de la playa...

Toda esta isla le pareció de más peñas que ninguna otra que aya hallado; los árboles más pequeños y muchos d'ellos de la naturaleza de España, como carrascos y madroños y otros, y lo mismo de las yerbas. Es tierra muy alta, y toda campiña o rasa y de muy buenos aires, y no se a visto tanto frío como allí, aunque no es de contar por frío, mas díxolo al respecto de las otras tierras; hazía enfrente de aquel puerto una hermosa vega y en medio d'ella el río susodicho.

Viernes, 7 de Diciembre

Toda aquella tierra era muy alta y no de árboles grandes, sino como carrascos y madroños, propia diz que tierra de Castilla. Antes que llegase al dicho cabo Cinquin con dos leguas halló un a(n) grezuela como la abertura de una montaña, por la cual descubrió un valle grandísimo; y vídolo todo sembrado como cevadas y sintió que devía de aver en aquel valle grandes poblaciones, y a las espaldas d'el avía grandes montañas y muy altas... Y a cabo de seis leguas halló una grande angla, y vido por la tierra dentro muy grandes valles y campiñas y montañas altísimas, todo a semejanza de Castilla. Y dende a ocho millas halló un río muy hondo, sino que era angosto, aunque bien pudiera entrar en él una carraca, y la boca toda limpia, sin banco ni baxas...

¹ En la transcripción de los textos de Colón utilizamos los contenidos en la obra de Consuelo Varela: *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*. Alianza Universidad, Madrid, 1984.

² Se refiere al Puerto de San Nicolás (C.E.D.).

Y salió a tierra en un río no muy grande qu'está al cabo del puerto, que viene por unas vegas y campiñas que era maravilla ver su hermosura. Levó redes para pescar, y antes de que llegase a tierra saltó una liza como las de España propia en la barca, que hasta entonces no avía visto peces que pareciese a los de Castilla. Los marineros pescaron y mataron otras, y lenguados y otros peces como los de Castilla. Anduvo un poco por aquella tierra, qu'es toda labrada, y oyó cantar el ruiseñor y otros paxaritos como los de Castilla... Halló arrayán y otros árboles y yerbas como las de Castilla, y así es la tierra y las montañas.

Domingo, 9 de Diziembre

Este puerto³ ...tiene dos bocas de ríos que traen poca agua; enfrente d'el ay unas vegas las más hermosas del mundo y cuasi semejables a las tierras de Castilla, antes estas tienen ventaja, por lo cual puso hombre a la dicha isla la isla Española.

Lunes, 10 de Diziembre

...vieron las mejores tierras del mundo y hallaron árboles de almáciga muchos, y truxeron d'ella y dixeron que avía mucha salvo que no es agora el tiempo para cogella, porque no cuaja.

Martes, 11 de Diziembre

Hallaron mucha almáciga sin cuajarse; dize que las aguas lo deven hazer, y que en Xío la cogen por Marzo y que en Enero la cogerían en aquellas tierras por ser tan templadas. Pescaron muchos pescados como los de Castilla: albures, salmones, pijotas, gallos, pámpanos, lisas, corvinas, camarones y vieron sardinas. Hallaron mucho lignáloe.

Jueves, 13 de Diziembre

Dixeron también de la hermosura de las tierras que vieron, que ninguna comparación tiene las de Castilla las mejores en hermosura y bondad, y el Almirante así lo vía por las que a visto y por las que tenía presentes, y dezíanle que las que vía ninguna comparación tenían con aquellas de aquel valle, ni la campiña de Córdoba llegaba (a) con toda diferencia como tiene el día de la noche. Dezían que todas aquellas tierras estaban labradas y que por medio de aquel valle passava un río muy ancho y grande que podía regar todas las tierras. Estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta, y las yervas todas floridas y muy altas; los caminos muy anchos y buenos; los aires eran como en abril en Castilla; cantava el ruiseñor y otros paxaritos como en el dicho mes en España, que dizen que era la mayor dulzura del mundo; las noches cantavan algunos paxaritos suavemente, los grillos y ranas se oían muchas; los pescados como en España. Vieron muchos almácigos y lignáloe y algodionales.

³San Nicolás (C.E.D.).

Viernes, 14 de Diciembre

Esta isla de la Tortuga es tierra muy alta, pero no montañosa, y es muy hermosa y muy poblada de gente como la de la isla Española, y la tierra así toda labrada, que parecía ver la campiña de Córdoba.

Sábado, 15 de Diciembre

Vido algunas casas y el valle grande donde están las poblaciones y dixo que otra cosa más hermosa no avía visto, por medio del cual valle viene aquel río... Puso nombre al valle Valle del Paraíso, y al río Guadalquivir, porque diz que así viene tan grande como Guadalquivir por Córdoba, y a las veras o riberas d'él playa de piedras muy hermosas y todo andable.

Domingo, 16 de Diciembre

Toda esta isla y la de la Tortuga son todas labradas como la campiña de Córdoba; tienen sembrado en ellas ajos, que son unos ramillos que plantan, y al pie d'ellos nacen unas raíces como zanahorias, que sirven por pan y rallan y amassan y hazen pan d'ellas, y después tornan a plantar el mismo ramillo en otra parte y torna a dar cuatro y cinco de aquellas raíces que son muy sambrosas: propio gusto de castañas. Aquí las ay las más gordas y buenas que avía visto en ninguna (tierra), porque también diz que de aquellas avía en Guinea; las de aquel lugar eran tan gordas como la pierna... Y los árboles de allí diz que eran tan viciosos que las hojas dexaban de ser verdes y eran prietas de verdura. Era cosa de maravilla ver aquellos valles y los ríos y buenas aguas y las tierras para pan, para ganado de toda suerte de qu'ellos no tiene alguna, para güertas y para todas las cosas del mundo qu'el hombre sepa pedir... Crean Vuestras Altezas qu'estas tierras son en tanta cantidad buenas y fértiles, y en especial estas d'esta isla Española, que no ay persona que lo sepa dezir y nadie lo puede creer si no lo viese..."

Miércoles, 26 de Diciembre

El rey comió en la ravela con el almirante y después salió con él en tierra, donde hizo al Almirante mucha honra y le dio colación de dos o tres maneras de ajos y con camarones y caza y otras viandas qu'ellos tenían, y de su pan que llamaban cazabí; dende lo llevó a ver unas verduras de árboles junto a las casas.

Viernes, 4 de Enero

Dentro ay un grande golpho⁴... y dentro d'él en toda la costa muchos ríos no navegables, aunque aquel marinero qu'el Almirante enbió con la canoa a saber nuevas de la Pinta, dixo que vido un río en el cual podían entrar naos.

⁴Bahía de Manzanillo (C.E.D.).

Sábado, 5 de Enero

Este Monte Cristo diz que es muy hermoso y alto andable, de muy linda hechura; y toda la tierra cerca d'el es baxa, muy linda campiña, y él queda así alto que, viéndolo de lexos, parece isla que no comunique con alguna tierra... Desd'el dicho Monte al Leste hazia el cabo de Bezerro las cuatro leguas es toda playa y tierra muy baxa y hermosa, y lo otro es toda tierra muy alta y grandes montañas labradas y hermosas; y dentro de la tierra va una sierra Nordeste al Sueste, la más hermosa que avía visto, que parece propia como la sierra de Córdoba. Parecen también muy lexos otras montañas muy altas hazia el Sur y del Sueste y muy grandes valles y muy verdes y muy hermosos y muy muchos ríos de agua; todo esto en tanta cantidad apazible que no creía encarcerarlo la milléssima parte. Después vido, al Leste de dicho Monte, una tierra que parecía otro monte así como aquel de Cristo en grandeza y hermosura...

Martes, 8 de Enero

Entre medias⁵ ay otros muchos ríos grandes, en especial tres, los cuales creía que devían tener mucho más oro que aquel⁶, porque son más grandes, puesto qu'este es casi tan grande como Guadalquivir por Córdoba...

Miércoles, 9 de Enero

Estas tierras, desde Monte Cristo hasta allí donde surgió, son tierras altas y llanas y muy lindas campiñas, y a las espaldas muy hermosos montes que van del Este a Güeste, y son todos labrados y verdes qu'es cosa de maravilla ver su hermosura, y tienen muchas riberas de agua. En toda esta tierra ay muchas tortugas, de las cuales tomaron los marineros en el Monte Cristo que venían a desovar en tierra, y eran muy grandes como una grande tablachina. El día passado, cuando el almirante iva al río del Oro, dixo que vido tres serenas⁷, que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara...

Jueves, 10 de Enero

...y al sol puesto, llegó a un río, al cual puso nombra Rio de Gracia; dista de la parte del Sueste tres leguas. Surgió a la boca, qu'es buen surgidero a la parte del Leste; para entrar dentro tiene un banco, que no tiene sino dos brazas de agua y muy angosto; dentro es buen puerto cerrado, sino que tiene mucha bruma.

Viernes, 11 de Enero

Navegó al Leste hasta un cabo que llamó Belprado cuatro leguas; y de allí al Sueste está el monte a quien puso Monte de Plata, y diz que ay ocho

⁵ Es decir, entre el fuerte de la Navidad y el río Yaque (C.E.D.).

⁶ El Yaque (C.E.D.).

⁷ Sirenas. Los marinos de la época las confundían con focas, pero es posible que también fuesen manatíes (C.E.D.).

leguas. De allí del cabo Belprado, al Leste cuarta del Sueste, está el cabo que dixo del Angel, y ay diez y ocho leguas; y d'este cabo al Monte de Plata ay un golpho y tierras las mejores y más lindas del mundo, todas campiñas altas y hermosas, que van mucho la tierra dentro, y después ay una sierra, que va del Leste a Güeste, muy grande y muy hermosa; y al pie del monte ay un puerto muy bueno, y en la entrada tiene catorce brazos. Y este monte es muy alto y hermoso, y todo esto es poblado mucho.

CARTA DE COLÓN A LUIS DE SANTÁNGEL

*(Las Canarias, 15 de febrero de 1493)*⁸

...vi otra isla al oriente... a la cual luego puse nombre la Spañola... en ella ay muchos puertos en la costa de la mar, sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y fartos ríos y buenos y grandes que es maravilla; las tierras d'ella son altas, y en ella muy buenas sierras y montañas altísimas, sin comparación de la isla de Tenerife, todas fermosísimas, de mil fechuras, y todas andábiles y llenas de árboles de mil maneras i altas, i parecen que llegan al cielo; i tengo por dicho que iamás pierden la foia, según lo pude comprehender, que los vi tan verdes i tan hermosos como son por Mayo en Spaña; y d'ellos stavan florridos, d'ellos con fruto, i d'ellos en otro término, según es su calidad. Y cantava el ruiseñor y otros paxaricos de mil maneras en el mes de Noviembre por allí donde io andava. Ay palmas de seis o de ocho maneras, que es admiración verlas por la diformidad fermosa d'ellas, mas... así como los otros árboles y frutos e iervas. En ella ay pinares a maravilla e ay campiñas grandísimas, e ay miel i de muchas maneras de aves y frutas muy diversas...

La Spañola es maravilla: las sierras y las montañas y las vegas i las campiñas y las tierras tan fermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para hedificios de villas e lugares. Los puertos de la mar, aquí no havría crehencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos e yerbas ay grandes diferencias de aquellas de la Iuana; en esta ay muchas specierías y grandes minas de oro y de otros metales...

SEGUNDO VIAJE:

CARTA DEL DOCTOR DIEGO ALVAREZ CHANCA AL CABILDO DE SEVILLA. (1494)⁹

Es tierra¹⁰ muy singular, donde hay infinitos ríos grandes e sierras grandes e valles grandes rasos, grandes montañas: sospecho que nunca se secan

⁸ En Varela: Obra citada.

⁹ En Cristóbal Colón: *Diarios de Navegación y Otros Escritos*. Biblioteca de Clásicos Dominicanos, Ediciones de la Fundación Corripio, Santo Domingo, 1988.

¹⁰ La Española (C.E.D.).

las yerbas en todo el año. Non creo que hay invierno ninguno en esta nin en las otras, porque por Navidad se fallan muchos nidos de aves, dellas con pájaros, e dellas con huevos. En ella ni en las nunca se ha visto animal de cuatro pies, salvo algunos perros de todas colores como en nuestra patria, la hechura como unos gosques grandes; de animales salvajes no hay. Otrosí, hay un animal de color de conejo e de su pelo, el grandor de un conejo nuevo, el rabo largo, los pies e manos como de ratón, suben por los árboles, muchos los han comido, dicen que es muy bueno de comer; hay culebras muchas no grandes; lagartos aunque no muchos, porque los indios hacen tanta fiesta dellos como haríamos allá con faisanes; son del tamaño de los de allá, salvo que en la hechura son diferentes... Hay en esta isla y en las otras infinitas aves de las de nuestra patria, e otras muchas que allá nunca se vieron: de las aves domésticas nunca se ha visto acá ninguna, salvo en la *Zuruquia* había en las casas unas ánades, las más dellas blancas como la nieve e algunas dellas negras, muy lindas, con crestas rasas, mayores que las de allá, menores que ánsares...

Hay en esta tierra muy singular pescado más sano quel de España. Verdad sea que la tierra no consiente que se guarde de un día para otro porque es caliente e húmida, e por ende luego las cosas introfátiles ligeramente se corrompen...

La tierra es muy gruesa para todas cosas; tiene junto un río prencipal e otro razonable, asaz cerca de muy singular agua: edificase sobre la ribera dél una cibdad Marta¹¹, junto quel lugar se deslinda con el agua, de manera que la mitad de la cibdad queda cercada de agua con una barranca de peña taiada, tal que por ahí no ha menester defensa ninguna; la otra mitad está cercada de una arboleda espesa que apenas podrá un conejo andar por ella; es tan verde que en ningún tiempo del mundo fuego la podrá quemar; hase comenzado a traer un brazo del río, el cual dicen los maestros que trairán por medio del lugar, e asentarán en él moliendas e sierras de agua, e cuanto se pudiere hacer con agua. Han sembrado mucha hortaliza, la cual es cierto que crece más en ocho días que en España en veinte. Vienen aquí continuamente muchos indios e caciques con ellos, que son como capitanes dellos, e muchas indias; todos vienen cargados de *ages*, que son como nabos, muy .excelente manjar, de los cuales facemos acá muchas maneras de manjares, en cualquiera manera; es tanto cordial manjar que nos tiene a todos muy consolados... A este *age* llaman los de Caribi *nabi*, e los indios *hage*...

...se han visto cosas bien de maravillar, que se ha visto árboles que llevan lana y harto fina, tal que los que saben del arte dicen que podrán hacer buenos paños dellas. Destos árboles hay tantos que se podrán cargar las carabelas de la lana, aunque es trabajosa de coger, porque los árboles

¹¹ Así nombra Chanca, sorprendentemente a la Isabela (C.E.D.).

son muy espinosos; pero bien se puede hallar ingenio para los la coger. Hay infinito algodón de árboles perpetuos tan grandes como duraznos. Hay árboles que llevan cera en color y en sabor e en arder tan buena como la de obejas, tal que no hay diferencia mucha de la una a la otra. Hay infinitos árboles de trementina muy singular y muy fina. Hay mucha alquitira¹², también muy buena. Hay árboles que pienso que llevan nueces moscadas, salvo que agora están sin fruto, e digo que lo pienso porque el sabor y olor de la corteza es como de nueces moscadas. Vi una raíz de jengibre que la traía un indio colgada al cuello. Hay también lináloe, aunque no es de la manera del que fasta agora se ha visto en nuestras partes; pero no es de dudar que sea una de las especies de lináloes que los doctores ponemos. También se ha hallado una manera de canela, verdad es que no es tan fina como la que allá se ha visto, no sabemos si por ventura lo hace el defecto de saberla coger en sus tiempos como se ha de coger, o si por ventura la tierra no la lleva mejor. También se han hallado mirabolanos cetrinos, salvo que agora no están sino debajo del árbol, como la tierra es muy húmida están podridos, tienen el sabor mucho amargo, yo creo sea del podrimiento; pero todo lo otro, salvo el sabor que está corrompido, es de mirabolanos verdaderos. Hay también almástiga muy buena.

...El mantenimiento suyo¹³ es pan hecho de raíces de una yerba que es entre árbol y yerba, e el age, de que ya tengo dicho que es como que es como nabos, que es muy buen mantenimiento; tienen por especia, por lo adobar, una especia que se llama *agí*, con la cual comen también el pescado, como aves cuando las pueden hacer, que hay infinitas de muchas maneras. Tienen otrosí unos granos como avellanas, .muy buenos de comer. Comen cuantas culebras e lagartos e arañas e cuantos gusanos se hallan por el suelo; así que me parece mayor su bestialidad que de ninguna bestia del mundo.

CARTA DE COLÓN A LOS REYES CATÓLICOS (1498-1500)¹⁴

...Presto avrá vezinos acá¹⁵, porque esta tierra es abundosa de todas las cosas en especial de pan y carne; aquí ay tanto pan de lo de los indios que es maravilla, con el cual están nuestra gente, según dizen, más sanos que con el de trigo; y la carne es que ya ay infinitísimos puercos y gallinas, y ay unas alimañas que son atanto como conejos y mejor carne, y d'ellos ay tantos en toda la isla, que un mozo indio con un perro trae cada día quinze o veinte a su amo; en manera que no falta sino vino y vestuario.

¹²Tragacanto, planta leguminosa (C.E.D.)

¹³De los aborígenes de la isla (C.E.D.).

¹⁴En Varela: ob. cit. Las cartas fueron enviadas en la flota que salió de Santo Domingo el 18 de octubre de 1498. Sólo se conservan las copias de las cartas (C.E.D.).

¹⁵La Isabela (C.E.D.).

...Dezían que este lugar¹⁶ era el más doliente, y es el más sano, bien que toda esta tierra es la más sana y de más aguas y mejores aires que otra que sea debaxo del cielo... Esta Española es grandíssima, que boja más que España, y muy llena de vegas y campiñas y montes y sierras y ríos grandíssimos y otras muchas aguas y puertos... así creo que debaxo del cielo no ay mejor tierra en el mundo.

Dixeron que no avía bastimentos, y ay carne y pan y pescado y de otras muchas maneras en tanta abundancia, que después de llegar acá peones que se traen de allá para trabajar acá, que no quieren sueldo, y se mantienen a ellos y a indios que les sirven...

...Dixeron que la tierra de la Isabela, a donde es el asiento, que era muy mala y no dava trigo; yo lo cogí y se comió el pan d'ello y es la .más fermosa tierra que se pueda cudiciar; una vega de catorze leguas de largo y dos de ancho y tres y cuatro entre dos sierras, y un río muy caudaloso que passa por medio al luendo d'ella y otros dos no grandes, así como muchos arroyos que de la sierra vienen a ellos; ni por pan de trigo cura nadie, porque estoto es mucho mejor para acá y se haze con menos trabajo.

¹⁶La Isabela (C.E.D.).

SIGLO XVI

CARTA DEL LICENCIADO ALONSO DE ZUAZO AL REY

(Santo Domingo, 22 de enero de 1518)¹

◆◆◆↑enga Vuestra Majestad por cierto sea esta la mejor tierra del mundo, donde nunca ay frio ny calor desmayada ny que de pena, syenpre verde e donde los árboles nunca pierden la hoja llena, de fuentes, de río e otras aguas suavísimas donde las arenas dellos son puro oro, tierra en que abundan los ganados en multiplicación maravillosa, la vezerra estando mamando se empreña, paren las vacas a dos comúnmente y a tres muchas vezes e todos e tierra ninguna se muere, hállanse atajos de vacas que se perdieron en número de treinta o quarenta señaladas sy yerro e a cabo de tres o quatro años que parecen en los montes en número de trescientas o quatrocientas, otro tanto es en los puercos, ovejas e yeguas en los otros ganados, ase probado a sembrar trigo e dase muy bien, e darse a dos o tres vezes en el año cojiéndose como en Francia o en nuestra provincia de Guipozcoa con su paja e espiga para se limpiar dentro de la casa, porque son muchas las aguas, ay maderas maravillosas de brasyl guayacán², que es un palo con que todas las enfermedades de lepra se curan, ay otros árboles que llevan resyna muy olorosa como anyme o cirusoa³ y árboles que llevan fruta de grandes medecinas, anse dado de poco acá los cañafistolos, y el origen dellos fue una pepita de una purga que se dava a un enfermo, e ay muchos e grandes árboles que tienen a ocho arrobas de cañafistola, todos tan hartos que no pueden thener las ramas e el fruto que tiene que es cosa muy hermosa de ver, y la mejor cañafistola que según dicen los médicos que ay en el mundo, ay los montes llenos de algodón y agora hago hazer ingenios para los limpiar, espérase que será un gran trato de mercadería ansí para provecho de los pobladores como en aumento de las rentas reales de Vuestra Alte-

¹En Incháustegui Cabral, J. Marino: *Reales cédulas y correspondencia de gobernadores de Santo Domingo*. Colección histórico-documental trujilloniana. Madrid, 1958, tomo I.

²Según la transcripción del texto, Suazo identifica el palo Brasil (*Caesalpinia brasiliensis*) con el guayacán (*Guaiaum officinale L.*) (C.E.D.).

³No identificado (C.E.D.).

za, ay ansi mismo cañaverales de azúcar de grandísima admiración, la caña tan gruesa como una muñeca de un hombre e tan largas como dos estados de mediana estatura, y también se les comienzan a hazer ingenios para haxer el azúcar, que será una cosa de grandísima riqueza.

E procurado de provar en la especiería, especialmente la pimienta, porque hallé escripto en un libro que se llama trecentino, que este árbol de la pimienta se haze por del mejor fruto del mundo en las tierras que están debajo del trópico de cáncer, como lo tá esta ysla, que pasa ansy por medio della y tuve manera para enbiar secretamente a Portugal por algunas pimientas que veniesen frescas y de tres o quatro libras que traxeron no hovo sino dos granos que fuesen buenos y estos nascieron y están los más hermosos del mundo, la oja como de yedra e la rama como de un bledo colorado que tiene mucha precisión e al pie de las hojas nascen unos granos de la pimienta en mucha cantidad, espero en Dios que destos dos árboles avra symyente para toda la ysla, de que Vuestra Alteza reciba muy señalado servicio.

Ay también otros árboles en una provincia que llaman Puerto de la Plata que tiene la corteza que sabe a canela, salvo que es el sabor muy más agudo e creo yo que domesticándose aquellos árboles e podándolos e sacándolos de los lugares sombríos donde están que sería la corteza dellos verdadera canela, en todo se atenderá con mucha deligencia como más convenga al servicio de Vuestra Alteza.

Darse an también las lanas aunque las que agora ay son groseras, pero en respeto de como vinieron las primeras ovejas es agora la lana fina, ay necesidad de que Vuestra Alteza mande que vengan de allá algunos carneros e ovejas finas e merinas e que estos se acostumbren a comer por algún tiempo algunas symyentes e cosas que se puedan traer por la mar, porque no se muera a este trato de las lanas, no será de menor utilidad e provecho que los otros tratos que arriba digo...

RELACIÓN ACERCA DEL BÁLSAMO DE LA ESPAÑOLA QUE HACE ANTONIO DE VILLASANTE (S.D.)⁴

...en la isla Española, especialmente en la parte que llaman de Higüey, que es en la provincia de Salvaleón, diez e siete leguas de Santo Domingo, en la ribera del río que llaman Cumayaza, hay ciertos árboles que se han nombrado e nombran agora por nosotros en lengua castellana del Bálsamo⁵, i en lengua de indios se dice Boni, i en otras provincias de indios se llama Guacuñaso, i en tierra firme Canaguey; es este árbol de tres varas de medir en alto, algunos dellos algo más y muchos menores de una vara i media el alto, los mayores son aquellos que nascen i se

⁴En Marte, Roberto, ed.: *Santo Domingo en los manuscritos de Juan Bautista Muñoz*. Fundación García Arévalo, Santo Domingo, 1981.

⁵*Myroxylon balsamum* (C.E.D.).

crían en las riberas y laderas e partes húmedas: el gordo dellos es como el muslo de un hombre el que más i muchos son harto más delgados como la pierna o brazo, i dellos como una hasta de lanza, son comúnmente los mayores mui copados i los menores desparnamados, es el color de la oja mui berde del tamaño e forma desta figura que aquí va pintada⁶, la corteza del árbol huele bien el olor a canela i aun el color della, el sabor es también bueno i requema harto más que el de la canela, i tiene el dexo algo amargo, i como quiero que en este capítulo solo digo y declaro que los hay en la dicha provincia e ribera de Higüey, pero digo que los hay en otras muchas partes, así en las islas de San Juan e Cuba como en otras islas e tierra firme i creo que también los deve haver en la nueva España, como quier que yo no lo he hasta agora andado ni visto sino en la dicha isla Española i San Juan, e los Indios naturales parientes de mi muger que es India e Cacica e Cristiana me han certificado que los hay en las otras provincias ya dichas, i estos árboles tienen la fruta a manera de granos de pimienta, algo más gruesos aunque no quema tanto.

La manera que hasta agora yo he tenido en el sacar del licor e otras cosas destes árboles ha sido que con un cuchillo cortados los ramos estos árboles con su oja e grano e con la mano arrancava los granos i también la oja, cada cosa por sí, i tomava los ramos así mondos i también tomava de la corteza de lo grueso del árbol hacia el tronco i lo desmenuzava i juntaba i lo majava encima de unas piedras o losas con otras piedras o madera después de picado con cuchillo, i así majado lo ponía en unas vasijas de barro a manera de barreñones o librillos i les calentava en un caldero una cantidad de agua competente i la hechava en el dicho barreñón y dende a un rato después de empapado i enbebido en el agua lo apretava en un tornillo de madera e sacava dello todo el zumo e virtud que tenía colava, i colado lo ponía en un caldero pequeño y después tomaba otro caldero grande lleno de ceniza hasta la mitad del en seco i dentro de aquel caldero de ceniza ponía e asentaba el otro caldero pequeño con el dicho licor e bálsamo colado e ponía fuego debajo del caldero de la ceniza, de manera que el calor de la ceniza consumiese el agua que estava en el dicho licor hasta tanto que se esperava y tornava del color i manera que yo lo he traído i entregado a Su Magestad, ques manera de arroje mui espeso; otras veces tomava el dicho licor colado en un barreñón i lo ponía al sol, donde también se consumía la numedad del agua i quedava de la forma susodicha i lo ponía en sus recomas o botijas bedriadas.

También prové con una punta de cuchillo a acuchillar el dicho árbol e sangralle e salía dello algún licor i en saliendo se quedava como goma i desto así sacado no hice otra prueba ni experiencia.

⁶El dibujo no ha sido reproducido en la obra citada.

Lo que hasta agora yo he podido alcanzar de las cosas para que este licor o bálsamo e árbol ha sido e es provechoso es lo que sigue

Para heridas, especialmente para aquellas que de principio con ello se curaran porque en mui breve tiempo las cierra sin materia ni accidente.

Para llagas de dibersas maneras puesto i atado este licor en la manera e cantidad que los Médicos e Cirujanos lo saben bien repartir e adatar.

Para dolor de estómago, bebido con un poco de vino blanco deshecho, i también lo he hallado provechoso para el igado e para el bazo untado e bebido, i también para las coartanas esto que digo, i también para la gota untado con ello he lo hallado en la verdad provechoso así en las Indias donde lo esperimenté muchas veces, como algunas en estos Reynos en Sevilla i en la Corte, i pues para estas enfermedades que he dicho ha parecido por espiriencia ser provechoso, adelante podrá parecer por espiriencia o por relación de los Médicos si aprovechará a otras cosas, i también ellos dirán la forma que se podrá tener para más perfección del dicho licor e bálsamo e otras del dicho árbol.

También es provechoso el aceite del mismo bálsamo, que se hace desta manera.

Tomando los palos del árbol majados en un varreño con aceite de comer, teniéndolos al sol treinta o cuarenta días i hechallo después así en un caldero de agua i como va herviendo está encima del agua un licor como aceite, este se coge con una cuchara i se guarda: es provechoso para dolores de nervios e hinchazones i así creo que podría aprovechar para otras cosas.

Los granos del mismo árbol molidos i bebidos con vino o agua he hallado ser provechosos para la misma quartana i el aceite también se ha hallado provechoso para dolor de costado untado, i el bálsamo i los granos también han aprovechado para el dolor de muelas.

La oja hasta agora yo no he visto que aproveche a cosa alguna ni he hecho espiriencia dello tampoco de la corteza, demás de lo que he dicho como quier que los dichos Indios me han afirmado que en tierra firme se curan con muchas cosas deste árbol i para muchas enfermedades i también raíces dellos dicen ser provechosas.

También experimenté unguento del dicho bálsamo, que se hace con parte del dicho bálsamo con de su aceite i un poco de cera, ques provechoso para llagas e hinchazones: asímismo prové a sacar agua para alquitara de la hoja del dicho bálsamo i es provechosa para el dolor de estómago i de la madre bebida.

Asímismo he visto en las dichas provincias otros árboles: del uno dellos se saca la que acá dicen trementina de la muy fina, a que los Indios llaman haoino, i estos árboles llaman los Cristianos almácigos, e hai gran cantidad dellos.

Hai otros árboles que llaman los Castellanos mancenillos; destes se coge la escamonea.

Otros árboles hai que los Indios llaman aigua⁷, i los Castellanos espinos, grandes e altos árboles, de que hacen caxas e mesas, nasce destos la minna.

Hai asimismo unas plantas a manera de vides que los indios llaman y⁸, i los Cristianos turbi, que se aprovechan dello para muchas medicinas.

Hai otras plantas o manera de rebama, i a las raíces dellos llaman los Indios camu, i los Castellanos ruipontico, hayase gran perfición y crese, será tan bueno como ruibarbo: hai otras raíces que le llaman polipondio en castellanos, y mayen en Indio como ruibarbo.

Hai otros árboles que los Indios (llaman) calagua⁹, que son altos como naranjos, grandes y gruesos como el muslo: es el fruto desta como agallas pequeñas, hácese dellas molidas especia sabrosa a manera de nuez moxcada cómenla los Indios i tiénela por provechosa para su salud.

Hai también otros árboles altos gordos como el muslo, la hoja casi como de laurel: llámanle los Indios Caquem, i los cristianos tienen por cierto ques linanoe de lo mui bueno y perfecto, así en el color como en el olor: el madero dello quemado su humo es provechoso para todo dolor de cabeza, i sácase dello un licor a manera de goma cozido el madero, i la espuma dello quajada queda como goma.

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA:
DÉCADAS DEL NUEVO MUNDO (1494-1526)¹
LIBRO VII

Alimentábanse estos pacíficos indígenas con raíces del tamaño y forma de nuestros nabos, pero de sabor dulce semejantes a las castañas todavía tiernas; ellos las llaman ajes². Hay otra clase de raíz, que recibe el nombre de yuca³, de la que hace pan; de los ajes se valen, más que para este objeto, para consumirlos asados o cocidos. Como la yuca, cortada y comprimida, es jugosa, la asan y la cuecen en forma de tortas. Admirable es que el zumo de la yuca, según dicen, tiene más poder tóxico que el acónito, y la bebida produce la muerte instantánea; en cambio,

⁷Yagua (*Ziziphus rhodoxylon*) (C.E.D.).

⁸Según Emilio Tejera en su obra "Indigenismos" se trata de una yerba de agua dulce, la *Ybomea bonano* de moscoso y conocida entre nosotros como "estrella vespertina". Fernández de Oviedo dice que es una campanilla azul de una enredadera. A. H. Liogier registra en su "Diccionario botánico de nombres vulgares de la Española" la campanita (*Ibomea acuminata*) (C.E.D.).

⁹Muy posiblemente se trata de la calaguala (*Polypodium crassifolium*), helecho medicinal (C.E.D.).

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Ed. de Santo Domingo, Santo Domingo, 1989.

²Existe toda una polémica sobre la identidad del aje, que algunos identifican con una variedad de batata (*Epomoea batatas*) y otros con el ñame (*Dioscorea alata*; *D. sativa*). La primera goza de mayor aceptación (C.E.D.).

³*Manibot esculenta* (C.E.D.).

el pan que con su masa se obtiene todos han experimentado ser sabroso y saludable.

También fabrican pan con poca diferencia de cierto trigo arinoso, muy abundante en Insubria y en la comarca española de Granada. Tiene su panocha más de un palmo de largo, con tendencia a terminar en punta y casi tan gruesa como un brazo. Sus granos, dispuestos con admirable orden por la naturaleza, se parecen al guisante en su forma y color; cuando todavía son verdes son de color blanco y al madurar se ponen muy negros; partidos, superan en blancura a la nieve: a esta clase de trigo lo llaman maíz.

...Aseguran no haber visto ningún animal cuadrúpedo excepto tres clases de conejos. Crían las islas serpientes, aunque no dañinas; hallaron patos salvajes, tórtolas y ánades mayores que los nuestros, tan blancos como cisnes y de cabeza roja. Cogieron cuarenta papagayos, de los cuales unos eran verdes, otros con todo de cuerpo amarillo, y otros semejantes a los de la India, con su collar de bermellón, como dice Plinio, pero de vivísimos colores y sumamente agradables a la vista. Tienen las alas de diversos colores, con plumas verdes y amarillas, que en algunos ejemplares se mezclan con otras azules púrpuras: variedad que es causa de deleite.

...Produce aquella tierra espontáneamente abundancia de goma, alóe, algodón y otras materias parecidas. Recogen vellones de los árboles, como entre los Seres. Trajeron unos granos rugosos de diversos colores, más picantes que la pimienta del Cáucaso, ramas de árboles cortados, que imitan el cinamomo en su forma, y el acre jengibre en su gusto, olor, médula y corteza superior.

...En ninguna otra agua podrían encontrarse pescados de mejor calidad que los de allí, ni más sabrosos ni menos dañinos. A estas noticias agregan ser las aguas de todos aquellos ríos las más saludables.

...Decidió el Almirante fundar una ciudad en su parte norte, sobre una alta colina que está pegada a un elevado monte, donde existen canteras para edificar y para hacer cal. También está inmediata a la falda de dicha montaña una extensa llanura, de unas sesenta millas de longitud y de latitud doce en algunas partes, seis en lo más estrecho y veinte en lo más ancho.

Bañan la llanura muchos ríos de aguas saludables; pero el mayor de ellos, que es navegable, desagüa, a distancia de medio estadio, en el puerto que hay debajo de la ciudad!

Cuánta sea la fertilidad de este valle y cuánta la benignidad del terreno, podrás colegirlo de lo que dicen los propios expedicionarios. En la orilla de este río han delimitado con mojones huertos cultivables y recolectado de los mismos, con regular sazón, todo género de legumbres, como rábanos, lechugas, coles, borrajas y otras semejantes, a los dieciséis días de arrojada la semilla; los melones, calabazas, cohombros y cosas así los cogieron a los

treinta y seis días, y confiesan que en parte alguna los habían comido mejores. Estos productos de huerta los tienen frescos durante todo el año. Raíces de las cañas, de cuyo jugo se obtiene el azúcar, si bien aquel no se coagula produjeron dentro de los quince días caña de a codo. De los renuevos plantados o de las vides dicen lo mismo, y que al segundo año de puestas comieron de ellas delicadas uvas; sólo que, por su excesiva frondosidad, producen pocos racimos. Un campesino, además, sembró un poco de trigo hacia el primero de febrero y, cosa admirable, llevó consigo a la ciudad, a vista de todos, un manojito de espigas sazonadas el día treinta de marzo, que aquel año cayó la víspera de la Resurrección del Señor. Las legumbres maduran dos veces al año.

He escrito lo que todos los que de allá regresan cuentan unánimes de la fertilidad de aquel país, algunos, empero, aseguran que en general no es tierra apta para el cultivo del trigo.

Mientras estas cosas sucedían, envió el almirante por diversas partes treinta hombres para que explorasen la región que unos llaman Cipango y otros Cibao... De sus montes fluyen cuatro grandes ríos, que con memorable industria de la naturaleza los dividen en cuatro partes casi iguales, y encierran el resto de sus álveos. Uno de ellos, al que los naturales llaman Junna, se dirige derechamente al oriente; otro, denominado Atibunico, vuelve la espalda al anterior y se encamina al occidente; llaman Yaque al tercero, que se orienta hacia el norte, y el último, que corre en dirección al mediodía, recibe el nombre de Naiva.

...Cruzó un río, atravesó una llanura, remató una montaña que ciñe el otro lado de la planicie, y vino a dar en otro valle regado por un río de más caudal que el anterior, y por varios viaductos; hizo entonces cruzar al ejército, y después de atravesar el valle, en nada inferior al anterior, abrióse camino a través de un tercer monte, hasta entonces inaccesible, y bajó a otro valle, situado ya al comienzo del Cibao, surcando ríos y arroyos que bajan de todas las colinas...

...Tienen los indígenas bosques llenos de aromas, aunque estos no son los mismos que nosotros usamos; cógenlos de igual modo que el oro, o sea que cada cual recolecta la cantidad que necesita para procurarse por canje con los habitantes de las islas vecinas las cosas que les agradan, como son platos, asientos y otras semejantes, que en esos lugares se fabrican con una madera negra de que ellos carecen. Al volver Luján, hacia mediados del mes de marzo, halló unas maduras en los bosques, de excelente sabor, según su propia declaración. Los isleños no se cuidan de ellas.

Es esta región, aunque pedregosa (pues en su lengua "Cibano" significa lugar de muchas piedras) abundante en árboles y hierbas. Dicen, además, que si se siega la hierba de los montes, que es exclusivamente césped, crece en cuatro días más alto que el trigo. Refieren también que llueve con frecuencia en aquellas partes, por lo que hay abundancia de arroyos y ríos...

...No lejos de la propia fortaleza de la Concepción y en los mismos montes hallaron cantidad no pequeña de ámbar, y vieron que en otros sitios destilaba en las grutas una sustancia verde, no vulgar, de que usan los pintores. Al cruzar los bosques, tropezáronse con inmensas selvas, que no producían más árboles que los coccíneos, a cuya madera llaman “verzino” vuestros mercaderes italianos, y los españoles brasil.

...Después de explorar con toda diligencia las costas meridionales⁴, procedió al traslado de las casas que les servían de habitación, y edificó sobre cierta elevada colina y junto a un puerto bien abrigado, una fortaleza a la que llamó de Santo Domingo, por haber llegado en día domingo a aquellos parajes.

Un río de aguas saludables y abundantísimo en toda clase de peces corre hacia el puerto entre riberas encantadoras. Cuentan que las condiciones naturales de dicho río son admirables, ya que, a cualquier parte que fluya, todo es delicioso y al mismo tiempo útil. Las palmeras y los frutales isleños de todas clases inclinaban hacia los navegantes sus ramas cargadas de frutas y flores y, a veces, venían a tropezar en sus cabezas; asimismo se hacen lenguas de la fertilidad del suelo, igual o más rico que el de la Isabela.

...A treinta leguas de allí, o sea a noventa millas, fue dar en el río Naiba, que, como ya hemos dicho, desciende en derechura desde los montes del Cibao hacia el mediodía, por la parte media de la isla. Después de vadearlo, envió por distintos caminos a dos oficiales, cada uno con un pelotón de veinticinco hombres, a las tierras de los reyezuelos, pobladas de árboles de brasil. Dirigiéronse aquellos por la parte de la izquierda; hallaron selvas; penetraron en ellas y cortaron árboles: así cayeron algunos preciosos, que hasta entonces habían permanecido intactos. Los oficiales mencionados almacenaron los troncos del brasil en sendas cabañas, en espera de navíos que los transportasen.

...Comparemos sin rubor, comparemos, Beatísimo Padre, la Española con Italia, otrora reina del orbe de las tierras; aquélla, si atendemos a la cantidad, la hallaremos un poco más pequeña, pues que de oriente a occidente ocupa, según el cálculo de los modernos, 540 millas. El Almirante, como dijimos en la primera Década, le daba mayor extensión. Su anchura, empero, es casi de 300 en algunos lugares y más estrecha donde extiende sus puntas. En cambio Italia es mucho más feliz, porque en su mayor parte es tan templada y amena, que ni la aprieta el frío molesto, ni la atormenta el calor excesivo. Tiene la Española ambos solsticios casi iguales a los equinoccios, pues apenas si el día asciende una hora entera para superar a la noche, o al contrario, en el lado meridional; en el septentrional la cosa es diferente. Hay en ella muchas regiones en que a veces reina el frío, mas entienda Tu Beatitud que esto acontece por la adecuada disposición de las

⁴Se refiere a Bartolomé Colón (C.E.D.).

montañas, como más abajo más largamente diremos; empero, dicho frío no es tan atroz que las nieves lleguen a mortificar nunca a sus habitantes. Por eso goza de una primavera y otoño perpetuos esta bendita isla.

Cúbrense de hojas en ella los árboles todo el año y se llenan de verdor los prados; todo allí admirablemente prospera. Ya en otro lugar hemos explicado cuánto crecen en el espacio de 16 días coles, lechugas, borrajas, rábanos y otras semejantes verduras, así como calabazas, melones, cohombros, etc., en el espacio de treinta días.

Respecto a los animales, hemos dicho que las vacas llevadas de España se hacen mucho más grandes. Cuando de crecimiento hablan, comparan, aunque hiperbólicamente, los bueyes con elefantes y los cerdos con mulas. Asimismo hicimos notar que la carne de puerco es sabrosa y saludable; a causa de los mirobálanos y otros frutos nativos que comen y que allí crecen espontáneamente, como entre nosotros las bellotas del haya, roble y encina. También las vides, si se las cuida, crecen con admirable desarrollo; y si a alguno se le ha ocurrido alguna vez sembrar trigo en las montañas donde no haga mucho frío, pero no en el llano, por la excesiva grasa del suelo, es cosa increíble cómo la espiga supera el grosor de un brazo y la longitud de un palmo, y contiene cada una más de dos mil granos, según afirman con toda certidumbre e incluso con juramento. Dicen, empero, que es más saludable el pan isleño, particularmente el de yuca, al que llaman “cazabi”, porque se le digiere mejor y se siembra y cultiva con más facilidad y abundancia. El tiempo que les sobra lo dedican a coger oro.

Es tanta la cantidad de animales, que incluso exportan ahora a España caballos, corambres de bueyes y ganados: ya la hijita ayuda a su madre en muchas cosas. Del árbol de la grana, los perfumes, el color azul, la almáciga, el algodón, el ámbar y otros muchos de sus productos ya hemos dicho bastante en otra parte.

...Vengamos, por fin, a la cosmografía interior de esta dichosa isla.

En otro lugar hemos referido los cuatro ríos que desde los altos montes dividen a la Española en cuatro partes casi iguales: El Juna al oriente, el Atibunico al occidente, el Haiba al mediodía y el Yache al norte.

El piloto morales me trae una nueva descripción que desde tiempo inmemorial usaron los indígenas. La dividiremos totalmente en 5 partes; designaremos luego a las pequeñas regiones de cada provincia con sus antiguos nombres y reseñaremos cuánto en cada una parezca digno de recuerdo. El comienzo de la isla por oriente abárcalo una provincia llamada Caizcimú, porque en su lengua “cimú” quiere decir “frente” o “principio”. La siguen las de Huhabo y Caihabo; la cuarta es Bainoa; el extremo occidental lo ocupa Guaccayarima; la penúltima, empero, o sea Bainoa, tiene más extensión que las 3 precedentes. Caizcimú, desde el primer frente de la isla, se extiende hasta el río Hozama, que corre por la ciudad capital de Santo Domingo. Mas por el norte termina en escarpadas montañas, a las que, por su espantoso

aspecto, llaman particularmente Haití. Huhabo está encerrado entre estos montes y el río Jáciga. Cayabo que es la tercera, abarca cuanto yace entre Cubáho y Dahásio hasta la desembocadura del Yache, uno de los cuatro que dividen la isla por igual, y asciende a los montes Cibaos, donde la abundancia de oro es mayor. En ellos nace el de Maho y se precipita por las fuentes del Naiba, otro de los cuatro, hacia el mar austral, a la orilla opuesta del río de Santo Domingo. Bainoa toma su principio en los confines de Cayabo, hasta la isla de Cahini, situada casi contigua a la costa septentrional de aquella donde dijimos que se estableció la primera colonia. El resto hacia occidente lo ocupa la provincia Guaccayarima, a la que llaman así, por ser la parte extrema de la isla, que es como decir el trasero de la misma, pues “marima” significa uno en su lengua “Gua” es entre ellos el artículo, y pocos son los nombres, especialmente los de reyes, que no comiencen con él, como Guarionex, Guaccanarido y muchos de lugares. En Caizcimú están las regiones de Higuei, Guanamá, Reyre, Xaguá, Aramaná, Arabo, Hazoa, Macorix, Gayacoa, Guayagua, Baguanimaho y las ásperas montañas de Haití.

...En la provincia de Huhabo están las regiones de Xamaná, Canabacoa, Cuhabo y otras muchas cuyos nombres ignoro hasta hoy. La de Cayabo incluye las de Maguá y Cocacubana. Los habitantes de esta región hablan una lengua muy distinta de los otros de la Española, y les dicen “macoryxes”. Otras comarcas son Cubana, también de idioma diferente de las demás, Baioháigua, en la que acontece lo mismo, Dahaboon, y Cybaho y Manabaho.

Cotoy está en medio de la isla y la cruza el río Nizao; sus montes se llaman Mahaítin, Hazúa y Neibamáo. En Bainoa están situadas las regiones de Maguana, Jagohaiucho, Bauruco, Dabiagua, Attibuní, que recibe su nombre del río, Caunoa, Buiaí, Dahabonici, Mayaguarití, Atici, Maccazina, Guahabba, Anniuici, Marien, Guarico, Aruaguei, Xaragua, Jaguana, Azzuei, Jacchi, Honorucco, Diago, Camaie y Neibaimao. En Guaccayarima, última de las provincias, están las siguientes: Mauicarao, Guahagua, Manabaxao, Zauana, Habacoa y Ayqueroa. Tratemos ahora de algunas particularidades de dichas regiones.

En la provincia de Caizcimú, dentro del vasto golfo que está en sus principios, hay un enorme antro cavado en la roca, al pie de altísimos montes y a unos dos estadios del mar, cuya gran entrada, en forma de hoz, semeja la portada de un gran templo. Morales exploró con sus naves dicha cueva por mandato del gobernador, y observó, a lo que cuenta, que corrían hacia ella como a una sentina, muchos ríos; cesando así su admiración respecto al sitio a que se dirigían las más de las corrientes que viniendo de 90 millas son absorbidas y ya no aparecen más. De aquí su opinión de que, engullidos por las gargantas de aquellas montañas, se encaminan a la mencionada cueva. Al penetrar en ella mi informante estuvo a punto de ser tragado; tantos son los profundos abismos, así como hervideros y remolinos que allí se entrechocan. Agitada fue su navecilla ora por unos, ora por otros,

como una pelota con horrendo mugido durante largo tiempo; arrepintiéndose de haber entrado, pero ignoraba cómo salir. Vagaban ya en la oscuridad, sea por las tinieblas del propio antro que profundamente penetran en la concavidad del monte, sea porque haya en aquel paraje nieblas perpetuas nacidas de los vapores húmedos que produce el choque continuo de las aguas que allí penetran. Compara Morales aquel estruendo al despeñarse del Nilo desde los montes etiópicos. Tanto se ensordecieron, que no oían lo que se hablaban entre sí. Por fin salió asustado de aquel antro, como del infierno, pareciéndole que se remontaba a los dioses.

A unas 60 millas de la ciudad principal de Santo Domingo y casi en frente, están unos altos montes, sobre cuyos vértices hay un estanque inaccesible y nunca visto por los modernos por lo abrupto de aquéllos y no existir sendero alguno. Guiado, no obstante, por el reyezuelo vecino, ascendió nuestro piloto al monte para dar cumplimiento a la orden del gobernador, y llegó hasta el estanque donde, según me ha dicho, hacía frío, como lo demostraban los helechos y zarcamoras que allí crecían, y que son plantas impropias de las regiones cálidas. Las montañas se llaman Imizuí e Hybahaino.

La laguna tiene tres millas de circuito: es de dulces aguas y notable por la variedad de sus peces. Desaguan en ella muchos arroyos y no tiene salida por rodearla de todos lados las cimas de las montañas.

LIBRO VIII

La provincia de Bainoa, que es tres veces mayor que las de Caizcimú, Huhabó y Caihabo, comprende el valle Caionani, en el cual existe un lago salado, amargo y horrido, según leemos del Caspio, por lo cual me propongo llamarlo así, aunque no se trate de la región hircana.

Tiene abismos de los que brotan aguas marinas, y donde se absorben las que proceden de las montañas. Se consideran tan grandes y profundas sus cavernas, que por ellas pueden salir enormes peces, y entre ellos uno que llaman tiburón, que de una dentellada parte por la mitad a un hombre y se lo traga. Estos animales suben desde el mar hasta el Hozama, río de la ciudad principal, y despedazan a muchos de lo indígenas, especialmente a los que no se abstienen de zambullirse a diario en la corriente para bañarse. Los ríos que vierten sus aguas en el salado estanque son: por el norte, el Guanincabón; por el mediodía, el Xacoei; por el oriente, el Guannabo y por el occidente, el Ocoo. Dícese que estos cuatro ríos son grandes y perpetuos y que además desembocan en el Caspio más de 20 pequeños. Abundan también por el septentrión, distante del estanque obra de un estadio y ocupando este mismo espacio en circuito, más de 200 fuentes de aguas frescas en verano y potables; estas aguas forman un río invadible que desde las cercanías corre con los demás hacia el lago.

De tal modo agitan a este salado lago las tormentas y tempestades que con frecuencia hace zozobrar las naves pesqueras y se las traga con sus tripu-

lantes, sin que nunca se haya dado el caso de que ningún naufrago haya salido a la superficie, ni sido arrojado a la costa, como suele acontecer con los cadáveres de ahogados en el mar. Esas tempestades son para los tiburones opulentos banquetes. Este Caspio se llama Hagueygabón. En su centro hay una isla inculta, nombrada Guarizacca, en la cual se refugian los pescadores; el lago tiene de longitud 30 millas; de ancho doce y, en algunas partes, 15.

Existe en la misma llanura otro lago próximo al referido de aguas medio saladas, medio dulces, que no sirven para beber, aunque se las puede utilizar en caso de necesidad. Su longitud es de 25 millas; su altitud de 8 y, a veces 9 ó 10. Es receptor de muchos ríos, cuyas aguas absorbe; carece de salida. También se precipitan en él las aguas del mar, aunque en escasa cantidad, de donde resulta la aludida mezcla. En la misma provincia hay otro lago dulce, nombrado Yainagua, situado a occidente y poco distante del Caspio. Por el lado norte del mismo hay una laguna salada pero pequeña, pues su latitud es de 3 ó 4 millas y su longitud de poco más de una: es potable y la llaman el pequeño Guacaa.

Al mediodía del citado lago salobre hay otro de tres millas de longitud, casi circular, al que nombran Babbareo y es dulce como los dos anteriores. Este lago, como carece de salida y de abismos que se traguen sus aguas, envía al mar dulce las que le sobran, cuando se le aumentan por efecto de los torrentes. Está enclavado en la región de Xamaná, perteneciente a la provincia de Bainoa. Otro se encuentra entre oriente y mediodía, junto al Caspio: se llama Guanyban, tiene 10 millas de longitud y es casi redondo. Diversas lagunillas hállanse esparcidas por la isla, pero las omitimos, no sea que el tanto insistir sobre un mismo extremo produzca cansancio. Digamos sólo, para acabar con los lagos, que en todos ellos se cría abundancia grande de peces y de aves y que están sin excepción situados en un amplísimo valle, que se extiende de oriente a occidente en un espacio de 120 millas. Su anchura, donde menos, es de 8, y donde más, de 25. Tiene montes colaterales; a la izquierda, mirando a occidente, el Daiguani, y a la derecha, los que tomando su nombre del propio valle, se llaman Caiguani. Al pie mismo de estos últimos, y por su costado norte, se extiende otro valle más largo y ancho que el anterior, pues abarca casi 200 millas de longitud; su latitud máxima es de 30, y la mínima de unas 20. Dicho valle se llama en unos sitios Maguana, en otros Iguamu y más allá, Hathathiei.

Y ya que hemos mencionado la parte suya denominada Atici, queremos tratar, en una digresión, de un inaudito prodigio referente a un pez marino. El reyezuelo de dicha región, llamado Caramatex, era muy aficionado a la pesca, y un día vino a caer en sus redes un cachorro de ese pez enorme que los indígenas nombran “manatí”⁵ y que, a mi parecer, es una especie de monstruo desconocido en nuestros mares; trátase de un cuadrúpedo con

⁵*Manatus americanus* (C.E.D.).

forma de tortuga, pero protegido de escamas y no de concha; su corambre es tan dura, que desafía las flechas; está armado de infinitas verrugas; su lomo es plano y su cabeza enteramente de buey. Vive en el agua y en la tierra; es manso, perezoso, sociable como el elefante y el delfín y de admirable sentido. Alimentó al animalito el reyezuelo durante unos días con pan del país hecho de yuca y panizo, así como de otras raíces que comen los hombres. Todavía pequeño echólo en un lago cercano a su morada, como en un vivero; lago que recibe, pero no devuelve sus aguas, y que, llamado hasta entonces Guaurabo, llevó en adelante el de Manatí. El pez anduvo libre en aquellas aguas durante 25 años y creció extraordinariamente. Cuando se dice de los delfines de Bayas y Arioneo dista mucho de las hazañas del animal que nos ocupa. Habíanle puesto el nombre de “Matum”, que quiere decir “bizarro”, “noble”, y cuando algún familiar del reyezuelo, particularmente aquellos que el pez conocía, gritaba en la orilla de la laguna: “matum, matum”, o sea, noble, noble, acudía al que lo llamaba, recordando el beneficio recibido, alzando la cabeza y dejándose alimentar por su mano. Cuando alguno daba muestras de querer cruzar al otro lado, el animal, tendiendo su cuerpo, lo invitaba a hacerlo; y es cosa averiguada que en ocasiones se montaron hasta diez personas de una vez sobre el monstruo y que éste las pasó incólumes a todas, mientras cantaban y tocaban. En cambio, si al sacar la cabeza veía a algún cristiano, volvía a sumergirse, rehusándose a obedecer, porque cierto jovenzuelo insolente le había maltratado, arrojando contra el manso y doméstico animal una aguda lanza, y aunque no lo hirió gracias a la dureza de su piel, verrugosa y áspera, no por eso dejó de darse cuenta de la ofensa. A partir de aquel día, cuando algún conocido lo llamaba, miraba primero cuidadosamente alrededor por si había alguien vestido a la usanza cristiana.

Retozaba en la orilla con los camareros del reyezuelo y sobre todo con un muchacho a quien le tenía afecto, con el cual había comido alguna vez en su casa. Más gracioso que un mono, fue por mucho tiempo singular solaz de toda la isla, pues a diario concurría gran muchedumbre de indígenas y cristianos a contemplar al prodigioso monstruo. Las carnes de esta clase de peces, que aquellos mares producen en cantidad, son, según dicen, sabrosas. Por fin se perdió el ingenioso pez matum, arrastrado al mar por el Attibunico, uno de los cuatro ríos que dividen la isla por igual, al cual se salió tanto de madre a causa de un nunca visto aluvi6n acompañado de horribles tifones (que ellos llaman huracanes) que inundó el valle entero y vino a mezclarse con todos los lagos. Siguiendo la corriente del Attibunico, allá se fue para no volver a ser visto jamás el buen matum, gracioso y sociable, a reunirse con su antigua madre y nativas aguas. Pero baste ya de digresión, vengamos a la situación del valle.

Hállase éste flanqueado por los montes Cibaos y cayguanienses que lo guían al mar austral. Era éste otro valle más allá de los montes Cibaos, hacia

el norte, que se llama de Guarionex, porque el reyezuelo de este nombre desde tiempo inmemorial ejerció sobre él su dominio por juro de heredad. En los primeros relatos que hicimos de la isla, y en nuestra primera Década, se habló largamente de este cacique. El valle en cuestión tiene de largo 180 millas de oriente a occidente; su anchura mínima desde el mediodía al norte es de 30, y la máxima, de 50. Nace en la región de Canabacoa, por las provincias de Huhabum y Cayabum, y termina en la provincia de Bainoa y región de Mariena. Su situación es intermedia entre los montes Cibaos, Cahonaos y Cazacubuna. No hay provincia ni región alguna que no sea famosa por la majestad de sus montañas, la fecundidad de sus valles, la amenidad de sus collados y la abundancia de ríos que la riegan; en las laderas de montes y collados y en las corrientes abunda el oro y el rico manjar de los peces, con excepción de un solo río, que desde sus fuentes mismas corre salado y salado continúa hasta su fin: llámase Bahuan, y cruza la región Mauana en la provincia de Bainoa. Créese que el río se abre paso por ciertos conductos de yeso o por salinas subterráneas, pues las hay famosas, según luego más largamente explicaremos, en la isla. Esta —ya lo hemos dicho— está dividida por cuatro ríos en cinco provincias, pero hay otra repartición; toda ella, en efecto, consta de cuatro cimas montañosas que la cortan por su mitad de oriente a occidente. Abunda por doquiera el agua y es grande la feracidad en oro; las corrientes fluviales brotan totalmente de sus cavernas y fauces. Hay en ellas horrendos antros, oscuros valles de trecho en trecho y rocas peñascosas. Jamás se han encontrado allí animales dañinos, ni cuadrúpedos rapaces, ni leones, ni osos, ni tigres feroces, ni traidoras zorras, ni devoradores lobos; la felicidad reina en esos parajes, que serán aún más felices por haberse agregado tantos miles de hombres a las ovejas de su grey, oh, Beatísimo Padre, y eliminado todos los zemes, imágenes del demonio. No me censures si en el discurso de mi narración repitiere alguna vez estas cosas o hiciere al relatarlas alguna digresión. El fervor de mi alma, como penetrado por el espíritu de Apolo el de la Sibila, me arrebató de alegría cuando oigo, veo y escribo tales sucesos, y me fuerza a reiterar lo mismo con frecuencia, sobre todo cuando considero hasta dónde llegará a extenderse el ámbito de nuestra religión.

Pero en medio de cosecha tan espléndida hay algo que me atormenta no poco. Estos sencillos hombres desnudos estaban poco habituados al trabajo. Muchos parecen víctimas de la inmensa fatiga proveniente del laboreo de las minas, y hasta tal punto se desesperan, que no pocos llegan a suicidarse sin preocuparse en absoluto de la procreación de los hijos. Las madres encinta, dicen, toman abortivos para dar a luz antes de tiempo, por considerar que el fruto de sus entrañas irá a parar en esclavo de los cristianos. Cierto es que por provisión real se ha dispuesto que esos naturales no sean esclavos, pero, no obstante, se los obliga a servir más de lo que a un hombre libre puede agradar. El número de tales infelices ha disminuido

extraordinariamente; muchos afirman que cierta vez pasaron de un millón doscientos mil. ¿Cuántos serán hoy? Me espanta considerarlo. Pero dejemos esto y volvamos a las delicias de la maravillosa Española.

En los montes Cibaos, enclavados casi al centro de la provincia de Cayabo, donde dijimos que existía el más rico venero de oro, hay una región nombrada Cotohí, sita en las nubes, circundada por elevadas cumbres de montañas y muy populosa; consta de una llanura de 25 millas de largo y 15 de ancho. Dicha planicie domina las demás alturas, de modo que estos montes parecen príncipes y padres de todos los restantes. Experimentanse en ella las cuatro estaciones del año: primavera, verano, otoño e invierno. Allí se secan las hierbas, desnúdanse de hojas los árboles y blanquean los prados, lo cual, según dijimos, no acontece en otros lugares de la isla, que sólo tienen como huéspedes la primavera y el otoño. Cría aquella tierra helechos, ortigas y zarzales serpenteantes que producen moras, todo lo cual revela el frío de aquellos parajes. La región, no obstante, es agradable y el frío moderado no molesta a los naturales con su rigor o sus nieves. En prueba de fertilidad tráense a colación los helechos, cuyos tallos, a lo que se dice, son más gruesos que una lanza. Las laderas montañosas son ricas en oro, pero no se lo explota, porque para ello serían necesarios mineros bien abrigados, a causa del frío, y hechos al trabajo; pero los habitantes, habituados a vivir con poco, son flojos y así no podrían en modo alguno soportar la vida al raso durante el invierno. Dos ríos, provenientes de montes que allí existen, riegan la comarca: uno es el Comoiyaxa, que corre hacia occidente y pierde su nombre en el álveo del Naiba; el otro llamado Tirecoto, que fluyendo en dirección a oriente, aumenta las aguas del río Juna.

Existe en la Española otra región con el mismo nombre de Cotoy, la cual separa las provincias de Uhabo y Cayabo. Tiene montes, valles y llanuras, pero como es estéril, apenas está habitada.

En la provincia de Caizimú y regiones de Iguanamá, Caicoa y Guariágua, brotan unas fuentes de naturaleza admirable, porque son dulces en su superficie, salobres en su centro y amargas y saladas en su fondo. Créese que estas últimas emanan suavemente del mar y que las dulces de la superficie fluyen desde los montes por canales terrestres. Sumérgense éstas y emergen aquéllas, sin ser suficientemente poderosas a corromper del todo su manantial. Las que ocupan la parte media reciben unas y otras, participa de ambas. Y si alguien, tendido a la orilla de cualquier fuente, aplicare el oído al suelo, comprendería que la tierra es en esas partes tan cóncava que transmite los pasos de un jinete desde tres millas, y los de un peatón desde una milla.

En la región de Guaccaiárima, que es la última hacia occidente y dentro del pequeño territorio de Zauana, se dice que habitan unos hombres que, contentándose con cavernas y frutas silvestres, nunca se han amansado ni venido al trato con ningún mortal, sino que viven vagabundos, sin sembrados ni agricultura, según se lee de la edad de oro. Se asegura que carecen de

lenguaje determinado. Alguna que otra vez se los ve, pero nunca se han logrado apresar a ninguno, porque si al llegar a la presencia humana se dan cuenta de que se mueve hacia ellos, escapan con la velocidad del ciervo. Son –se dice– más rápidos que galgos. Escucha, Beatísimo Padre, lo que hizo uno de estos solitarios con mucha gracia. Tienen los nuestros algunas heredades a la margen de espesas selvas y bosques. Algunos cristianos se trasladaron a aquéllas en septiembre de 1514, en busca de esparcimientos, cuando súbitamente saltó de la espesura el hombre sin lengua y se llevó de junto a los cristianos al hijo del señor de la propiedad, habido en una mujer isleña. Huyó el vagabundo haciendo señas de que lo siguieran. Muchos de los nuestros y de los indígenas desnudos corrieron hacia el raptor, sin poder agarrarlo. Cuando el gracioso personaje vio que los cristianos desistían de la persecución, abandonó al niño en una encrucijada por donde vagaban ciertos porquerizos que conducían sus cerdos a pastar. Uno de aquéllos tropezó con el muchacho y tomándolo en brazos se lo llevó al desesperado padre, que pensando que el vagabundo era del linaje de los caníbales, lloraba a su hijo como ya devorado.

En los lugares marítimos de la misma isla hay unas rocas de las que se recoge una pez más dura y amarga que la resina, utilísima para embadurnar las naves y preservarla de la mordedura de los gusanos, a que llaman “bromas”, según en otra parte dijimos.

La isla obtiene resina de dos clases de árboles, a saber, el pino y el que nombran “copei”⁶. Nada digo del pino, porque se produce comúnmente en todas partes. Hablemos del copei, consagrando pocas palabras a su resina y fruto, ya que aquélla se extrae de igual modo que la del pino, aunque algunos digan que se la destila quemando su madera. El fruto es pequeño como una ciruela y bastante agradable. La naturaleza reservó sus hojas para un hermoso destino, pues es seguro que las del árbol en cuestión son las mismas que los caldeos, inventores de la escritura, usaron para comunicar a los ausentes sus pensamientos, antes de que se descubriese el papel. Dicha hoja tiene un palmo de anchura, es casi redonda y sobre ella escriben como quieren los nuestros, valiéndose de una aguja o de cualquier estilete de hierro, no menos bien que si de papel se tratase. Es cosa de risa lo que los españoles han hecho creer a los isleños tocante a estas hojas, persuadiéndoles a aquellos buenazos de que ellas hablan según su arbitrio.

En una ocasión fue enviado desde la ciudad principal de Santo Domingo cierto isleño a un amigo del remitente que residía a distancia en el interior, con unas utías (que así llaman a los conejos) asadas. El mensajero, impelido ya sea por el hambre o la gula, se comió tres por el camino, pues no son mayores que ratas. El destinatario escribió en una hoja al amigo

⁶*Clusia rosea* (C.E.D.).

cuántas había recibido. Entonces el señor díjole a su esclavo: “¿Cómo? ¿Dónde está tu fidelidad, hijo? ¿Pudo tanto la glotonería, que te obligó a comer las utías que te había confiado?” Lleno de terror y admiración el mísero, confesó su culpa, preguntando a su amo como lo había sabido. “Mira: la hoja que tú mismo has traído me lo ha contado”, y le dijo la hora en que había llegado a casa de su amigo y la de su partida. Así engañan ingeniosamente a los indígenas los cuales los tienen como dioses, por cuyo imperio descubren las hojas lo que ellos pensaban ser secreto. El rumor, esparcido por la isla, de que dichas hojas hablan al arbitrio de los nuestros, obliga a sus habitantes a corresponder con fidelidad a lo que se les confía. En aquéllas, como en nuestro papel, puede escribirse por ambas caras; son más gruesas que un pergamino doblado, y en extremo resistentes; cuando están todavía frescas muestran las letras en blanco o sobre su fondo verde, y al secarse, blanquea y se endurece como una tablilla de madera, amarilleando entonces los caracteres; no se pudre, aunque se la moje, ni pierde lo escrito, a menos que se la queme.

Otro árbol hay llamado xaguá⁷, cuyo amargo fruto tiñe cuanto toca tan intensamente de azul oscuro que no hay líquido capaz de quitar la mancha en menos de veinte días; pero, así que madura, pierde dicha virtud. El mencionado fruto es comestible y de buen sabor. Existe, asimismo una hierba, que al igual que cierta madera, como dijimos en otro lugar, mata con su humo. Unos reyezuelos, determinados a asesinar a los nuestros, y no atreviéndose a hacerlo a cara descubierta, discurrieron colocar dentro de una casa muchos haces de la hierba en cuestión y pegarle fuego después, para que al acudir los españoles a extinguirlo, se inficionasen del morbo letal. Descubierta el designio, los autores del atentado pagaron su merecido.

Aunque sea saliéndome del plan propuesto, apuntaré ahora varias cuestiones, sabedor de que Tu Beatitud, según escribe, se complace con cuanto a estos países nuevos se refiere. De la siembra, cultivo y uso del maíz, ages, yuca, batatas y demás raíces comestibles, harto hemos dicho aquí, pero aun no hemos explicado de dónde han provenido para utilidad de los hombres.

Vamos a referirlo.

LIBRO IX

Existe en la Española una colonia con su puerto, llamada Sabana, por estar situada en una llanura hérvida y pantanosa, a propósito para criar bueyes y caballos. Los españoles llaman “sabana” a semejantes planicies. La colonia es famosa por su río, el cual, en determinadas épocas del año recibe en su álveo tantas aguas pluviales, que inundan la llanura, a pesar de lo anchísima que es, por impedir sus collados y límites el libre curso hacia el puerto de la corriente.

⁷Jagua. (*Geripa americana*) (C.E.D.).

Ese aluvión arrastra consigo tal cantidad de anguilas, que al retornar el río a su cauce, quédanse en seco como enredadas entre la espesura de las algas palustres y de las cañas que allí espontáneamente nacen. Al saber esto los marinos, pudieron, yendo en tiempo oportuno y si les plugo, cargar con esta pesca sus embarcaciones, de acuerdo con los vecinos, mas si anticipándoseles el aluvión, como con frecuencia acontece a causa de la varia disposición de los ciclos, dilataron los buscadores de anguilas su llegada, o si incapaces de esperar, por haber ido demasiado pronto, determinaren marcharse, conducen a la llanura sus piaras de cerdos, de que hay en las islas multitud increíble, proviniendo de los pocos que de aquí se llevaron, y les dan opíparo banquete, para evitar que al pudrirse la exuberante abundancia de anguilas llegue a corromper la atmósfera.

Los cuadrúpedos todos, dada la naturaleza de aquel clima, o están preñados o lactando durante el año entero, y no es raro que ambas cosas ocurran a la vez; las becerras y las pollinas conciben a los diez meses, y con frecuencia tienen partos dobles, su vida es de más duración que en nuestros climas, según se ve por el siguiente ejemplo. El deán tantas veces citado transportó a la Española, hace 26 años, una vaca que aun vive y pare anualmente, según testimonio de los vecinos, y en mi presencia ha asegurado (pues está todavía en España) que con los nietos del expresado animal y la sucesiva prole logró reunir un rebaño de más de ochocientas cabezas. De todas las aves se cuenta otro tanto, pues apenas salidas del nido se hacen adultas y tienden a engendrar nueva descendencia.

Hay que decir además, en alabanza de éste mi informante, que él fue de los primeros plantadores de la caña-fistula, que otros habían obtenido anteriormente por siembra; y es tanta ya la abundancia de esos árboles, grandes como morales, en la Española, Cuba y Jamaica (cuya rica mitra abacial no ha mucho concedióme el clementísimo Emperador con suma generosidad), que dentro de pocos años, según creemos, ha de estar una libra lo mismo que por una onza nos piden ahora los boticarios. Pero en las cosas humanas no nace nunca el regaliz sin que vaya mezclado de algo de cizaña. Y en efecto, en oliendo dichos árboles, acude tal cantidad de hormigas, que devoran cuanto junto a ellos o en sus proximidades se siembre, ocasionando ya graves daños a los colonos.

De las bellotas de este árbol y de lo largo de sus vainas se cuentan cosas sabrosas. Al soplar los vientos, sobre todo cuando maduran se entrechocan de tal modo, que no parece sino que entre ellas graznan millares de patos y ánades. Cuentan que de esos choques, según que el jugo esté verde o maduro y con arreglo al peso de las semillas y pulpa de la bellota, se ocasionan diversas modulaciones de sonidos no desagradables.

De otro árbol, que más bien llamaría col, por ser como un cardo esponjoso y no sólido, aunque crece tanto como el laurel, hay mucho que añadir a la breve mención que de él hicimos en las primeras Décadas. Los que lo

han disfrutado le dan el nombre de plátano, si bien se diferencia mucho de éste, y no tiene con él ningún parentesco, ya que el plátano es un árbol sólido y ramoso, de mayor frondosidad que los demás, estéril, alto, corpulento y duradero, según es de creer que Tu Excelencia lo habrá oído decir en alguna ocasión. El otro, en cambio, es casi inútil, aunque fructífero, de poca fronda, débil, frágil, de un solo tallo, sin ramas, con pocas hojas, que de largo tienen a lo sumo brazo y medio, y de ancho dos palmos, agudas por abajo y muy parecidas a las de la caña. Cuando por el rigor del invierno languidecen, inclinan la cabeza, y por su propio peso miran a la tierra; tan pródigo es este árbol de su vigorosa vida, que a los nueve o, cuando más, a los diez meses de nacido, se agosta, envejece y muere. Crece repentinamente, y una vez adulto produce de su seno pocos racimos. Cada uno de éstos, procrea treinta frutos y a veces pocos más, los cuales tienen en las islas la forma y tamaño de un cohombro cortado; en el continente los racimos son mayores y crecen más; cuando verdes son agrios y blanquean al madurar. Su pulpa tiene la blandura y sabor de la manteca fresca. La primera vez que se prueba no agrada, pero a los acostumbrados les sabe muy bien.

El vulgo egipcio neciamente dice que ésta es la fruta con que Adán, nuestro primer padre, ocasionó la ruina del género humano. Los extranjeros que ansiosos de ganancia fueron a aquellas tierras, al tráfico de inútiles aromas y perfumes de la Arabia, que afeminan los espíritus, y de fútiles piedras preciosas, llaman “musas” a esos frutos; a mí no se me ocurre qué nombre darle en latín a ese árbol o col; he consultado varios autores latinos, y he preguntado entre los modernos a quienes se tienen por muy latino, sin haber hallado solución. Plinio menciona cierto fruto al que llama “mixa” y una persona de no escasas letras dice que este nombre, no muy distante de “musa” es el que le conviene. No estoy yo de acuerdo con esta opinión, por afirmar Plinio que de la “mixa” se hacía vino, y porque sería un dislate decir que del fruto en cuestión puede fabricársele.

Tuve oportunidad de ver muchos y de comer algunos en Alejandría de Egipto, cuando en nombre de mis católicos reyes Fernando e Isabel fui como embajador al Sultán, y no creo que de ellos sea posible sacar vino. Contemos ahora de dónde les provino este fruto a los españoles, colonos de aquellas tierras, y por qué ya no les agrada.

Dícese que fue transportado primero de la región etiópica que llaman vulgarmente Guinea, donde es común y nace sin cultivo. Es árbol que apenas sembrado crece tanto, que muchos están arrepentidos de haberlo plantado y criado en sus fincas, pues inutiliza la tierra para los demás productos, oponiéndose a la expansión del altramuz que, mezclado a la hierba, fecundiza el campo; más prolífico que el helecho de montaña nutre y extiende sus raíces de tal modo, que el terreno en que penetra ya no se puede limpiar con arado ni azadón, pues renaciendo de continuo de cualquier raicilla delgada y capilar, oculta entre los terrones, vuelven a pulular nuevos reto-

ños, que cuando salen de lo profundo del tronco materno de tal modo lo succionan, que sorben toda su fuerza y la arrastran a prematura muerte. A los propios hijos, como en castigo de la impiedad para con su madre, les ocurre más tarde lo mismo, pues perecen así que fructifican. El árbol en cuestión es tan frágil, que aunque alcanza el grueso del muslo de un hombre y la altura de un laurel, como ya he dicho, fácilmente se troncha al golpe de una espada o bastón, cual planta de cañaheja o cardo.

Hay en la Española, en el territorio del antiguo cacique, un árbol llamado “mocarix”⁸, del cual aun conserva el nombre la región, y que tiene el tamaño del moral copudo. En los extremos de sus ramas cría un algodón no menos útil que el de semillas, sembrado cada año. Otro árbol produce lana como entre los escitas, muy a propósito para ser hilada y tejida. Sin embargo, apenas la utilizan, por ser infinitamente superior la de carnero, y no tener hasta el día de hoy operarios capaces de manufacturar aquélla. Las artes mecánicas aumentarán poco a poco, a medida que crezcan los pueblos.

No debemos omitir el modo con que se procuran cuerdas y maromas. Apenas si hay árbol de cuyas raíces no brote cierta hierba parecida a la verbena; llámanla bejuco, y trepa como el altramuz por el tronco de su madre con más tenacidad que la hiedra. Cuando llega a las puntas más altas y rodea al árbol materno con tantas vueltas y en tal cantidad, que lo cubre a modo de capota o sombrilla, protegiéndolo del calor. El bejuco sirve para atar costales por grandes que sean, y sostener pesos, así como para juntar las vigas y cuarterones de los edificios, asegurándose que las uniones así logradas quedan más seguramente apretadas que por medio de clavos de hierro, ya que el bejuco ni se pudre con las lluvias, ni se reseca con el Sol, y cuando el furor de los tifones sacude las casas que son todas de madera, cede, distendiéndose un poco. Los indígenas llaman “huracanes” a los rabiosos torbellinos de viento que solían arrancar de cuajo grandes árboles y derribar con frecuencia sus moradas. Las que estaban unidas con clavos, se derruían al saltar éstos; las sujetas, en cambio, con nudosas ataduras de bejuco, sólo se inclinaban a impulsos del huracán, volviendo luego a su posición normal. Estos tifones molestaron considerablemente, en los primeros tiempos de la ocupación de la Española, a los nuestros, quienes afirman que mientras soplaban parecían ver con frecuencia a los mismos demonios; pero tan terrible calamidad desapareció al practicarse en la isla el Sacramento de la Eucaristía, y ya no volvieron a aparecerse los diablos que durante la noche, solían mostrarse familiarmente a los antiguos. Por eso a semejanza de tales espectros hacían sus zemes o figuras adorables de madera o tela de algodón, que rellenaban de la misma sustancia hasta darle la dureza de la piedra, a la manera que los pintores dibujan vestiglos en las paredes para

⁸Sin identificar (C.E.D.).

apartarlos por el terror de sus maldades. A tu tío Ascanio, cuando todavía la fortuna lo trataba como madre le envié con otras cosas dos zemes de los traídos por Colón, primer descubridor de los secretos del Océano.

De bejuco⁹ puede cualquiera arrancar cuantos codos apetezca para las necesidades del momento. Pero baste ya de esta planta, y vengamos a otro admirable beneficio de la naturaleza.

En la Española y restantes islas oceánicas hay lugares pantanosos muy adecuados para apacentar rebaños. Las colonias situadas en sus márgenes se ven duramente atacadas por diversas clases de mosquitos, producidos por aquel calor húmedo, y no sólo de noche como en las demás regiones; los indígenas, por tal razón, fabrican las casas bajas, con puertas pequeñas, apenas capaces para que entre su dueño, y sin agujeros, a fin de impedir el acceso de dichos insectos. Abstienen también de encender antorchas, ya que los mosquitos acuden por instinto a la luz; sin embargo, muchas veces encuentran por donde meterse.

La naturaleza, autora de semejante azote, lo fue también del remedio, pues al modo que a nosotros nos ha dado los gatos para acabar con la plaga de los ratones, proporcionó a los indígenas unos astutos y por diversos conceptos ventajosos cazadores de mosquitos, a que llaman “cucuyos”¹⁰. Estos son unos gusanos alados, inofensivos y poco más pequeños que el murciélago. Yo mejor los consideraría como una clase de escarabajo, porque en idéntica disposición que éstos tienen debajo del ala que les sirve de dura caparazón otras que repliegan dentro de la misma cuando no vuelan.

A este animal, al modo que en las tinieblas vemos rebrillar las moscas nocturnas y entre la espesura de las cercas a ciertos tímidos gusanos, dióles la naturaleza previsoramente cuatro brillantísimos espejos, dos en el sitio de los ojos y dos en los ijares, ocultos bajo la caparazón, que sólo muestra cuando sacando sus finas alas, como el escarabajo, se echa a volar; cada cucuyo lleva, por tanto, consigo cuatro luminarias. Es cosa digna de oírse de qué manera son remedio de un mal tan grande como el que consiste en verse acosado por los agujones de los mosquitos, que en algunas partes son poco más pequeños que los mosquitos.

El que advierte que tiene en su casa tan molestos huéspedes, o teme que se le metan en ella, procura coger algunos cucuyos a los que engaña con un ardid discurrido por la necesidad, admirable maestra. El que quiere hacerse con estos animales, sale de su casa con el primer crepúsculo nocturno, llevando en la mano un tizón encendido se sube a cualquier altura próxima desde donde pueda ser visto por los cucuyos, y con grandes voces y dando vueltas al tizón grita con fuerza: cucuyo, cucuyo. Algunos simples creen que al ruido de la voz acuden los cucuyos, deleitados por aquel estré-

⁹*Mesochorus repens*. Existen numerosas variedades (C.E.D.).

¹⁰*Pterobothrus lutosus* (C.E.D.).

pito, pues en realidad lo hacen con presuroso y acelerado vuelo; mas a mí se me figura que los atrae el brillo del tizón, porque a cualquier luz acude un enjambre de mosquitos, que los cucuyos se comen en el aire mismo, como los vencejos y golondrinas. En cuanto se reúne el número apetecido de cucuyos, el cazador suelta de la mano el tizón. A veces algún cucuyo sigue a la antorcha en su caída y se deja ir al suelo. Entonces es fácil cogerlo el que lo necesite, como el caminante apresado al escarabajo cuando lleva cerrada su caparazón. Afirman otros que la captura de los cucuyos no se efectúa del modo dicho, sino que los cazadores tienen preparadas unas ramas muy frondosas o anchas telas con las que les pegan mientras revolotean, derribándolos en tierra, donde se pasma y deja coger; otros dicen que cuando el animal cae le echan encima el frondoso ramo o la tela, y que así agarran la presa. Sea como fuere, así que el cazador se apodera de un cucuyo, vuelve a su casa, cierra la puertecilla y lo deja libre. El animal recorre en rápido vuelo la morada entera buscando mosquitos, debajo de las hamacas y en torno de las caras de los durmientes, que es lo que suelen atacar aquellos insectos, parecen como guardianes encargados de velar el sueño de los que allí descansan.

Otra ventaja graciosa y útil proviene de los cucuyos y es que cuantos sean los ojos que abra cada cucuyo, otras tantas son las luces de que disfruta su dueño, a cuyo resplandor hilan, cosen, tejen y danzan los indígenas, creyendo que los animales en cuestión, deleitados con la armonía de los cantos, ejecutan en el aire los movimientos de los que bailan; pero lo que ocurre es que el cucuyo sigue en su arrebatado vuelo, urgido de la necesidad de comer, las vueltas y revueltas de los mosquitos. También los nuestros leen y escriben a la luz que siempre despide el cucuyo mientras tiene de qué alimentarse bien. Pero así que los mosquitos se han terminado o han huido les reaparece el hambre y su luz se va extinguiendo; los indígenas, cuando esto ven, abren la puerta dejándolo ir libre en busca de comida.

Cuéntase que por divertirse o infundir pavor a los que se asustan de cualquier sombra, algunos bromistas se untan de noche el rostro con la carne de un cucuyo muerto, y después de espiar a sus vecinos para averiguar su camino, les salen relucientes al encuentro, como hacen a veces entre nosotros los muchachos traviesos, que poniéndose una careta de grandes boca y dientes, procuran amedrentar a los niños y a las mujerucas que de poco se asustan; en efecto, la cara untada con la masa del cucuyo resplandece como llama, pero luego se debilita y extingue aquella virtud lumínica, por no ser sino cierto brillante humor existente en exigua materia.

Otra maravillosa cualidad poseen los animales de que hablamos. Los isleños que por la noche van a cumplir algún encargo de los nuestros, caminan más a gusto atándose a los pulgares de los pies sendos cucuyos, cuya

luz les sirve de tan seguras guías como si llevaran consigo otras tantas candelas. También suelen llevar en la mano otro cucuyo, para buscar utías en la noche. Son las utías cierta clase de conejos poco mayores que ratones y eran el único cuadrúpedo que conocían y comían los isleños antes de la llegada de los nuestros. A la luz de los cucuyos se dedican a la pesca, arte a que son muy aficionados, y en la cual se ejercitan desde pequeños, como que para ambos sexos es el nadar como caminar por tierra. Esto no es maravilla si se considera el modo que las mujeres tienen para dar a luz; así que comprenden, en efecto, que el momento del parto se aproxima, sálense a algún bosque próximo y agarrándose con ambas manos a las ramas de un árbol, paren sin ayuda de comadrona; la propia madre cogiendo en brazos al recién nacido lo lleva rápidamente al próximo río, se baña y hace otro tanto repetidas veces con su hijo, restregándolo y sumergiéndolo, después de lo cual sin quejas ni ruidos retorna a la casa y le da de mamar; cada día en lo sucesivo se lava muchas veces y lava a su hijo, según costumbre. Esto lo hacen todas de la misma manera. Hay quien dice que en algunas partes van a dar a luz a las aguas mismas, sobre las cuales se ponen con las piernas abiertas esperando que caiga en aquéllas el fruto de sus entrañas. En este punto las opiniones son diversas.

Mientras me hallaba escribiendo poco antes del mediodía los detalles que anteceden acerca del gracioso cucuyo, se me presentó de improviso, acompañado de Camilo Gilino, a quien tengo siempre en mi casa, ya porque es servidor de Tu Excelencia, ya porque me gustan sus costumbres, Santiago Cañizares, portero de la cámara imperial, que desde el principio de estos descubrimientos había marchado con el propio Colón con no pocos amigos jóvenes, ganosos de novedades, cuando el Almirante, obtenida la segunda armada de diecisiete naves se arrojó a la empresa del océano, acerca de la cual escribí con bastante extensión a Ascanio.

Durante la comida contó Cañizares muchas cosas en presencia de Gilino, y al mencionar yo los cucuyos, dijo haber visto primeramente en cierta isla de los caníbales, en medio de las tinieblas de oscurísima noche, mientras él y sus compañeros, habiendo desembarcado, yacían sobre la arena, uno solo de aquellos animales que, procedente del cercano bosque, rebrillaba de tal manera sus cabezas, que todos allí congregados podían verse y reconocerse perfectamente unos a otros; y añadió bajo juramento que a la luz del cucuyo podía fácilmente leerse una carta. Lo mismo declara P. Fernández de las Varas, sujeto autorizado, vecino de Sevilla, de los primitivos habitantes de la Española y el primero que en ella edificó desde los cimientos una casa de piedra.

No quiero pasar por alto lo que este individuo contó acerca de ciertas culebrillas verdes, delgadas y muy dañinas. Estos animales, según su relato, se suben rápidamente a los árboles próximos a los caminos, y cuando advierten la presencia de algún viandante, se cuelgan por la cola de una rama

y soltándose luego lo atacan desprevenido y saltan a su rostro para herirlo en un ojo, buscando precisamente la niña; poca gente, no obstante, ha sido víctima de tamaña desgracia, porque aleccionados por una larga experiencia, evitan cuidadosamente pasar cerca de los árboles sospechosos. El mencionado sujeto cuenta medio espantado que una de esas culebrillas saltó sobre él y lo hubiese herido de no haber levantado contra el animal la mano izquierda, cuyo aguji6n dicen que es terrible, avisado por un isleño que le acompañaba.

Añaden también estos informantes que es verdad lo que se cuenta de la isla habitada solamente por mujeres, que a flechazos defienden con bravura sus costas, así como que en determinadas épocas del año pasan allá los caníbales para fecundarlas, sin que ellas, una vez encinta, toleren el trato de var6n rechazando a los hijos varones y quedándose con las hembras. De esto traté en las primeras Décadas, consignándolo a manera de semifábula. Poco más arriba referí que el secretario Alfonso Argüelles confirmó lo dicho por Cañizares. He averiguado bien ese importante extremo, por haberlo omitido al tratar largamente de los ritos isleños; que ni el jinete alcanza la meta de un solo salto de su caballo, ni cruzan las naves el mar con un soplo único de los vientos.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO:
HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS (1535-1557)¹
LIBRO III.

CAPÍTULO V

Que tracta del lago de Xaraguá, y de otro lago que está en las sierras e cumbres más altas desta isla; y de la forma de la gente que en esta isla se balló, e con qué armas peleaban; y qué gente son los caribes flecheros; y de la Santa Vera Cruz de la Concepción de la Vega.

Quiero aquí declarar qué cosa es el lago de Xaraguá, y qué tal es el que está en las cumbres e sierras más altas de aquesta isla, e quién son los indios caribes que nombré de suso, e todo lo que contiene el título deste quinto capítulo, porque todas estas cosas son muy notables.

El lago de Xaraguá comienza a dos leguas de la mar, cerca de la villa de la Yaguana. E dicese de Xaraguá, porque así llaman los indios a la provincia en que él está. Extiéndese al Oriente; y en algunas partes tiene de ancho tres leguas; y en todo lo demás, es de dos y de una legua, e algo más o menos. Es salado, así como la mar, porque es un ojo que se hace e sale della, puesto que en algunas entradas de ríos e arroyos es dulce. Hay en él todos los pescados que hay en la mar, excepto ballenas e otros de los muy grandes; e

¹Biblioteca de Autores Españoles Madrid, 1959. Edición de Juan Pérez de Tudela, quien, a su vez, reproduce el texto que publicara José Amador de los Ríos. De este son las notas a pie de página, salvo indicación en contrario.

aún también hay tiburones que son bien grandes, e otras muchas diferencias de pescados, e muchas tortugas, que llaman los indios hicotea. Y en el tiempo que esta isla estuvo muy poblada, estuvo poblado por toda la costa este lago de todas partes. El año de mill y quinientos y quince, yo anduve por toda su longitud, y hallé muchos indios que a par deste lago vivían en muy hermosos asientos. Terná este lago, desde donde está más cerca de la mar fasta donde está más metido en la tierra, diez y ocho leguas. Y es de muchas pesquerías, a causa de lo cual era muy poblado; porque el pescado es el manjar a que los indios son más inclinados.

El otro lago que dije que está en las cumbres e sierras de aquesta isla, es una gran novedad e cosa muy notable para mirar en ella; y aunque en esta isla hay algunos que hablan en él, pocos son e muy raros los que le han visto. Y llegado al cabo esto, sólo uno he visto que más se deba creer, porque es buena persona y hoy vive y es vecino desta cibdad de Sancto Domingo; el cual dice que en tiempo de la gobernación del comendador mayor, don frey Nicolás de Ovando, y por su mandado, este hombre y otros cristianos fueron a aquellas sierras altas donde nasce el río de Nizao en especial adonde vivía el cacique Biautex, que estaba al pie de la sierra más alta. Hasta el cual cacique o asiento hay, desde aquesta cibdad de Sancto Domingo quince o diez y seis leguas; e por aquella parte no se puede subir a la dicha sierra, porque está allí tan áspera y derecha, que no es posible subir arriba. Pero por la otra parte, a la banda del Norueste, este hombre, llamado Pedro de Lumbreras, subió a ver este lago, e con él otro hidalgo llamado Mexía, e con ellos hasta seis indios gandules e bien dispuestos; pero cuando fueron cerca de la altura, se quedaron el Mexía e los indios, así como comenzaron a oír el ruido que en lo alto sonaba. E como esto vido Pedro de Lumbreras, dijo al Mexía que por qué no andaba, y le respondió que porque de cansado e muerto de frío no podía ir adelante; y él por esto no dejó de proseguir su camino, aunque muy candado e con mucho frío, por la altura grande que hay en aquella montaña. E ya que habían seguido por un río que hay entre aquellas sierras, que se dice Pani, y que el río seguía otra vía e se apartaba por el través, siguió Pedro de Lumbreras por la Cuesta Rasa que llaman (que está de la parte que he dicho del Norueste) e llegó muy cansado, e desmayado cuasi, a la sumidad e más alta parte de las cumbres, e descansó allí un poco, no dejando de se encomendar a Dios, segund el mucho espanto que había tomado del estruendo que andaba en lo alto. E porfió por subir arriba y llegó hasta en fin de todo lo que se pudo subir, por un camino muy dificultoso e que con mucho trabajo se pudo andar; y llegado allá, vido una laguna que, a su parescer, dice que sería de tres tiros de ballesta en luengo o longitud, e ternia de ancho la tercia parte de lo que he dicho. Y estuvo mirando este lago tanto espacio quanto se podrían decir tres credos. Dice Pedro de Lumbreras que era tanto el ruido y estruendo que oía, que él estaba muy espantado, e que le parecía que no

era aquel estruendo de voces humanas, ni sabía entender qué animales o fieras pudiesen hacer aquel horrible sonido. En fin, que, como estaba solo y espantado, se tornó sin ver otra cosa. Yo le he preguntado si había llegado al agua, e si era dulce o salada, y él me dijo que no llegó a ella con doce o quince pasos, y que, visto lo que es dicho, Pedro de Lumbreras se tornó en busca de aquel Mexía e de los indios que había llevado. Así que, esto es lo que más se sabe de aqueste lago, del cual hay derramadas por esta isla muchas novelas que yo no creo, ni son para escrebir sin más certificación dellas...

CAPÍTULO XI

De la ventaja y diferencia que el auctor pone de esta isla Española a las islas de Secilia e Inglaterra, e las razones que para ello expresa.

...Habiéndose venido en nuestro tiempo las primeras vacas de España a esta isla, son ya tantas, que las naves tornan cargadas de los cueros dellas; e ha acaescido muchas veces alancear trescientas e quinientas dellas, e más o menos, como place a sus dueños, e dejar en el campo perder la carne, por llevar los cueros a España. Y porque mejor se entienda esto ser así, digo quel arrelde de carne vale a dos maravedís. Díjole, porque asimismo se trujeron las primeras yeguas del Andalucía, y hay tantos caballos e yeguas, que han valido a cuatro e a tres castellanos, e una vaca paridera un castellano, y un carnero un real. Yo digo lo que he visto en esto de los ganados, e yo los he vendido de mi hacienda, en la villa de Sanct Juan de la Maguana, a este prescio o menos. Deste ganado vacuno e de puerco se ha hecho mucho dello salvaje; y también de los perros e gatos domésticos que se trujeron de España, hay muchos dellos bravos por los montes.

En esta isla hay tanto algodón que la natura produce, que si se diesen las gentes a lo curar y labrar, más e mejor que en parte del mundo se haría...

Hay innumerable cañafístola en esta isla; y muy hermosas arboledas della, y en gran cantidad, continuamente se carga para España e otras partes, y es muy buena e vale el quintal a cuatro ducados y menos.

Hay tanto azúcar, que entre los ingenios que muelen e los que se labran (que molerán presto), hay, en sola esta isla, veinte ingenios poderosos, que cada uno dellos es muy rico y hermoso heredamiento; sin otros trapiches de caballos. E continuamente van las naves cargadas, e muchas carabelas, con azúcar a España, e vale aquí el arroba a ducado, y a peso, y a menos, y es muy bueno. Y las mieles y sobras que del azúcar acá se pierden e se dan a los negros e trabajadores, serían en otras partes un gran tesoro.

Hay en estas islas mucho brasil, e non curan dello por no trabajar en ir a lo sacar e contar en las sierras que llaman del Baoruco, e porque hay otras cosas muchas en que ganar y emplear el tiempo, sin tanto trabajo e con meno costa. Hay excelente color de azul, y mucho, aunque acá lo estiman poco, puesto que no es menos bueno que el que nuestros pintores llaman de acre. Hay muchos y muy grandes montes e boscajes de los árboles del

guayacán, que, puesta esta madera o leños dél en la playa del puerto desta cibdad, vale el quintal a sesenta maravedís, e a veces a real de plata: e hay en muchas partes del mundo donde vale a dos e a tres reales la libra; e yo lo he visto vender en Medina del Campo a dos reales la libra, y aquí es tenido en poco por la mucha abundancia que hay dello, y es muy excelente y maravilloso árbol, por las grandes curas y diversas enfermedades que con este palo se curan e con el agua dél.

Todas las cosas que se siembran e cultivan en esta isla, de las que han venido de España, las más se dan e han multiplicado muy bien. En lo que dije de los ganados, hay hombres e vecinos desta cibdad, de a siete y de a ocho y de a diez y doce mill cabezas de vacas, y tal de a diez e ocho o veinte mill cabezas e más, y aun veinte y cinco e treinta y dos; y si dijere cuarenta y dos, hay quien las tiene: que es una dueña viuda, honrada hijadalgo, llamada María de Arana, mujer de un hidalgo que se decía Diego Solano, que ha poco tiempo que murió. Y porque cuando a primera vez se imprimió esta primera parte, dije quel señor obispo de Venezuela, que agora lo es de Sanct Johan, don Rodrigo de Bastidas, tenía diez e seis mill cabezas deste ganado, digo que al presente, en este año de mill e quinientos e cuarenta e siete años, tiene veinte e cinco mill cabezas, o más, de vacas.

De los carneros y yeguas hay mucho ganado asimismo. De los puercos se han alzado e ido al monte tantos, que andan a grandes rebaños, fechos monteses salvajes, así dellos como de las vacas; porque los pastos son muchos e muy ordinarios, las aguas muy buenas, los aires templados, y el verano y el invierno de tal manera, que hay poca diferencia, en todo tiempo, de los días a las noches; y el tiempo del invierno es sin frío, e la calor del verano no es sin frío, e la calor del verano no es demasiada. Y la isla es grande, donde se pueden bien extender los ganados e las gentes con sus labranzas, porque boja su circunferencia de aquesta isla trescientas e cincuenta leguas, pocas más o menos, costa a costa terrena, e aun algunos dicen cuatrocientas.

En esta isla se han fecho innumerables naranjos, e cidras, e limas, e limones dulces e agros, y es tan bueno todo, que lo mejor de Córdoba o Sevilla no le hace ventaja, e haylo siempre. Hay muchas higueras e granados, e solamente se han dejado de dar en esta tierra las fructas e árboles de cuesco: e aunque podrá alguno decir con verdad que hay olivos dentro en esta cibdad, e algunos dellos hermosos e grandes, digo que es así, pero son estériles, porque no llevan otra fructa alguna, salvo hojas. Hay muy buena hortaliza, así de lechugas e rábanos y berros, como de perejil e celantro e hierbabuena, e cebolletas e coles de las que llaman llantas o berzas napolitanas e abiertas, como de los repollos cerrados o murcianos. Hácense también las berenjenas, que les es tan natural e a su propósito esta tierra, como a los negros la Guinea; porque acá se hacen muy mejor que en España, y un pie de una berenjena tura dos y tres años e más, dando siempre berenjenas. Hácense también los fésoles, que es

muy grande su abundancia, y es muy gentil legumbre. (Estos se llaman en Aragón judías.) Hácense buenos nabos, algunas veces, e zanahorias, e muchos pepinos. Hay melones de Castilla muy buenos, e la mayor parte de todo el año. E lo mismo hacen los higos, que la mayor parte del año los hay, pocos o muchos (como los melones); pero en su tiempo ordinario son mayores e mejores. Poco tiempo ha que por la diligencia de un vecino desta cibdad, se han fecho muchos cardos. Como cosa nueva, los vendió bien; pero desgraciados e amargos, e aparejados para los cobdiciosos de beber, porque, a la verdad, este manjar o granjería no es tal acá como en las tierras frías de nuestra España; ni los nabos e las zanahorias.

...Pues no se piense que si falta pan e vino de Castilla que es por culpa de la tierra: se ha probado algunas veces el pan e se ha hecho muy bien; e asimismo las uvas, como se puede ver en muy buenas uvas de muchas paras que hay en esta cibdad. E aunque no se hubieran traído de Castilla los sarmientos, muchas uvas de parras salvajes hay en la isla, e dellas se pudieran plantar y enjerir: que así se cree que hobieran principio todas las del mundo.

Quando más que yo, vi en el mes de febrero del año de mill e quinientos e treinta y nueve, que un vecino desta cibdad hizo sacar de la plaza una canasta de uvas de un majuelo o viña nueva que tiene en la ribera de Nigua, cuatro leguas y media o cinco de aquí, e se vendieron, a dos reales de plata la libra, hasta en cuantía de nueve o diez pesos de oro; y éste fue el mismo de los cardos que se dijo de suso. Así que las uvas e pan que faltan en la tierra es a culpa de los moradores della.

Por manera que la comparación que toqué de aquellas tan famosas islas, por lo que está dicho, se puede muy bien ver y entender cuánta ventaja esta nuestra isla Española les hace a entrambas e a cada una dellas, examinadas todas las particularidades dichas e otras muchas más que se podían decir.

Había en esta isla, de suyo, que no se trujeron de España ni de otra parte, muchas buenas hierbas como las de España, que acá por los campos ellas se hacen sin industria de los hombres.

Gallinas como las de Castilla no las había; pero de las que se han traído de España, se han fecho tantas, que en parte del mundo no puede haber más; porque raras veces sale huevo falto de cuantos se echan a una gallina de los que ella puede cubrir con sus alas e cuerpo.

LIBRO IV

CAPÍTULO VIII

Que tracta de los ingenios e trapiches de azúcar que hay en esta Isla Española, y cuyos son y de qué manera hobo principio esta rica granjería en aquesta partes, y primero en esta isla.

Pues aquesto del azúcar es una de las más ricas granjerías que en alguna provincia o reino del mundo puede haber, y en aquesta isla hay tanta e tan buena y de tan poco tiempo acá así ejercida e adquirida, bien es que (aun-

que la tierra e fertilidad della, y el aparejo grande de las aguas e la disposición de los muy grandes boscajes de leña para tan grandes y continuos fuegos, sean tan al propósito como son para tales haciendas), que tanto más sean las gracias y el premio que se debe dar a quien lo enseñó e puso primero por obra. Pues todos tovieron los ojos cerrados hasta que el bachiller Gonzalo de Velosa, a su propia costa de grandes y excesivos gastos, segund lo que él tenía, e con mucho trabajo de su persona, trujo los maestros de azúcar a esta isla, e hizo un trapiche de caballos, fue el primero que hizo hacer en esta isla, e hizo un trapiche de caballos, e fue el primero que hizo hacer en esta isla azúcar; e a él sólo se deben las gracias, como a principal inventor de aquesta rica granjería. No porque él fuese el primero que puso cañas de azúcar en las Indias, pues algún tiempo antes que él viniese, muchos las habían puesto e las criaban e facían mieles dellas; pero fue, como he dicho, el primero que hizo azúcar en esta isla, pues por su ejemplo, después, otros hicieron lo mismo. El cual, como tuvo cantidad de caña, hizo un trapiche de caballos en la ribera del río de Nigua, e trujo los oficiales para ello desde las islas de Canaria, e molió e hizo azúcar primero que otro alguno.

Pero, la verdad desto inquiriendo, he hallado que dicen algunos hombres de crédito e viejos, que hoy viven en esta cibdad, otra cosa e afirman que el que primero puso cañas de azúcar en esta isla fue un Pedro de Atienza, en la cibdad de la Concepción de la Vega, y que el alcaide de la Vega, Miguel Ballester, natural de Cataluña, fue el primero que hizo azúcar. E afirman que lo hizo más de dos años antes que lo hiciese el bachiller Velosa; pero, junto con esto, dicen que lo que hizo este alcaide fue muy poco, e que todo, lo uno e lo otro, hobo origen de las cañas de Pedro de Atienza. De manera que, de la una e de la otra forma, esto que está dicho es el fundamento o principio original del azúcar en esta isla e Indias; porque deste comienzo que a ello dio Pedro de Atienza, se multiplicó para llegar esta granjería al estado en que agora está, e cada día se aumenta y es mayor, puesto que de quince años a esta parte, algunos ingenios han quebrado e se deterioraron por las causas que en su lugar se dirá; pero otros se han perficionado.

Así como por aquél se fue mejor entendiendo esta hacienda, juntáronse con él el veedor Cristóbal de Tapia, e su hermano el alcaide desta fortaleza, Francisco de Tapia, e todos tres hicieron un ingeniero en el Yaguata, legua e media de la ribera del río Nizao. E desde a algún tiempo se desavinieron, y el bachiller les vendió su parte a los Tapias. Después, el veedor vendió la suya a Joan de Villoria, el cual después la vendió al alcaide Francisco de Tapia, y quedó en sólo él este primero ingenio que hobo en esta isla.

Como en aquel tiempo o principios no se entendía tan bien como convenía la necesidad que tales haciendas tienen de muchas tierras y de agua e

leña e otras cosas que son anejas a tal granjería (de lo cual todo allí no había tanto como era menester), despobló el alcaide Francisco de Tapia aqueste ingenio, e pasó el còbre o caldereras e pertrechos, e todo lo que pudo, a otro mejor asiento, en la misma ribera de Nigua, a cinco leguas desta cibdad, donde hasta quel dicho alcaide murió, tuvo un muy buen ingenio e de los poderosos que hay en esta isla.

Porque no se repita muchas veces lo que agora diré, ha de notar el lector en este ingenio, para todos los otros, por este aviso, que cada ingenio de los poderosos e bien aviados, demás e allende de la mucha costa e valor del edificio e fábrica de la casa en que se hace el azúcar, e de otra grande casa en que se purga e se guarda, hay algunos que pasan de diez e doce mill ducados de oro e más, hasta lo tener moliente e corriente. Y aunque se diga quince mill ducados, no me alargó, porque es menester tener, a lo menos, continuamente ochenta o cient negros, e aun ciento e veinte e algunos más, para que mejor anden aviados; e allí cerca un buen hato o dos de vacas, de mill o dos mill o tres mill dellas que coma el ingenio; allende de la mucha costa de los oficiales e maestros que hacen el azúcar, y de carretas para acarrear la caña al molino e para traer leña, e gente continua que labre el pan e cure e riegue las cañas, e otras cosas necesarias y de continuos gastos. Pero, en la verdad, el que es señor de un ingenio libre e bien aviado, está muy bien e ricamente heredado; e son de grandísima utilidad e riqueza para los señores de los tales ingenios.

Así que éste fue el primero ingenio que hobo en esta isla; e es de notar que hasta que hobo azúcares en ella, las naos tornaban vacías a España, e agora van cargadas della e con mayores fletes de los que para acá traen, e con más ganancia. Y pues esta hacienda se comenzó en la ribera del Nigua, quiero decir los demás ingenios que están a par del mismo río.

Otro poderoso ingenio hay en la misma ribera del río Nigua que es del tesorero Esteban de Pasamonte e sus herederos, que es uno de los mejores e más poderosos desta isla, así en edificio como en lo demás, de muchas aguas e montes y esclavos y todo lo que le conviene, el cual está siete leguas desta cibdad.

En la misma ribera de Nigua, más bajo del que se dijo de suso, está otro ingenio muy bueno que hizo Francisco Tostado, a seis leguas desta cibdad, que quedó a sus herederos, e es muy gentil hacienda, e tiene todo lo que le es necesario.

En esta misma ribera de Nigua hay otro ingenio de los mejores e más poderosos desta isla, el cual está cerca de la boca de la mar, a cuatro leguas y media desta cibdad de Sancto Domingo; el cual es del secretario, Diego Caballero de la Rosa, regidor desta cibdad; heredad, en la verdad, mucho de ver y de preciar, así por su asiento como por otras calidades que tiene.

Encima de la ribera de Nigua, en el río que llaman Yaman, ocho leguas desta cibdad, está otro gentil ingenio que hizo Joan de Ampié, ya defunto,

factor que fue de Sus Majestades y regidor desta cibdad; el cual es agora de doña Florencia de Avila e de sus herederos del dicho factor.

Otro ingenio, y de los mejores desta isla, tiene el duque almirante don Luis Colom. Pero, porque esta granjería de azúcar e ingenios della se comenzó en la ribera del río Nigua, por decir todos los que hay en ella, otro que con ellos confina, que son los cinco de suso nombrados, no se puso el del Almirante al principio, como es razón que, en todo lo que toca a Indias, preceda su persona a todos, pues que cuantos tienen de comer en ellas e lo han ganado con ellas, le deben el primero lugar; pues su abuelo fue causa de todo lo que en estas partes se sabe, e lo enseñó e descubrió para todos los que lo gozan. Pero, como he dicho, por llevar la materia ordenada, fue necesario hablar primero en el ingenio del alcaide Francisco de Tapia, e tras aquél, proseguir en lo que está dicho; y porque cuando éste del Almirante se hizo, ya había otros ingenios en esta isla. Aqueste fundó y edificó el segundo almirante, don Diego Colom, a cuatro leguas desta cibdad, donde dicen la Isabela Nueva; y después, su mujer, la señora visorreina doña María de Toledo, lo pasó donde agora está, que es en mejor asiento e más cerca desta cibdad, desde el cual, en tres o cuatro horas, este río abajo, en barcas traen el azúcar e lo meten en las naos: que es muy gran calidad e ventaja a cuantos ingenios acá hay.

Otro ingenio fundaron los licenciados Antonio Serrano, regidor que fue desta cibdad, e Francisco de Prado, que después fue del contador Diego Caballero, regidor que fue desta cibdad, y al presente, por nueva merced de la Cesárea Majestad, es mariscal desta isla. El cual, como acordó de se ir a España, desamparó el dicho ingenio e se perdió; porque, como fue fundado por letrados legistas, y de semejante materia el Bartulo no les dejó algún documento, erraron el artificio: porque ni comprehendieron las calidades que había de tener tal granjería, ni sus bolsas eran bastantes para la sostener ni aviar el ingenio. Quanto más que, por la incomodidad del asiento, era la costa mayor que la ganancia. E cómo el segundo señor desta hacienda la entendió mejor, la desbarató después que se aprovechó de lo que pudo della, así de los negros e vacas, como de parte de los pertrechos, y como prudente, quiso más perder la parte quel todo.

Otro ingenio se fundó a tres leguas desta cibdad, y un tiempo se pensó que fuera muy bueno, porque así lo mostró, e molió cantidad de azúcar; pero también fue fundado sobre leyes, cerca de la ribera de Haina. El cual edificaron el licenciado Pedro Vázquez de Mella y Esteban Justinián, genovés; y después de la vida del uno e del otro, quedó a sus herederos, e se perdió a causa del acequia e agua que le faltó, e porfiando a la tornar e traer del río de Haina, se gastaba mucho tiempo e hacienda. E así acordaron los herederos de partir las tierras e los negros e las vacas e pertrechos, e todo aquello de que se podían aprovechar, e dejaron el ejercicio del azúcar por no se acabar de perder en tal granjería e compañía. Pero después, Juan

Baptista Justinián le tornó a reparar, e quedó con la casa, e ha fecho en ella un trapiche de caballos en que al presente se muele azúcar, e cada día será aumentado e rica hacienda, si le dan recabdo de caballos.

Otro ingenio fundó Cristóbal de Tapia, veedor que fue de las fundiciones del oro en esta isla e regidor desta cibdad, ya defunto; el cual quedó a Francisco de Tapia, su hijo, a cuatro leguas de aquesta cibdad, donde dicen Itabo, que es un arroyo. E después de los días de Cristóbal de Tapia, su hijo Francisco de Tapia no lo pudo sostener e lo desamparó, porque era más la costa quel provecho: así que este ingenio se perdió como los susodichos.

Tienen otro muy gentil ingenio los herederos del tesorero Miguel de Pasamonte, el cual está en la ribera del río Nizao, ocho leguas desta cibdad de Sancto Domingo; e es uno de los mejores desta isla y de los que permanescen; le podemos contar por el octavo ingenio.

Alonso de Avila, contador que fue en esta isla por Sus Majestades, e regidor desta cibdad, izo muy buen ingenio, a ocho leguas desta cibdad, en la ribera de Nizao; el cual quedó a su hijo y heredero, Esteban Dávila, e a su hermana, e es muy gentil hacienda.

Otro muy buen ingenio fundó e tiene Lope de Bardecia, vecino desta cibdad; el cual está en la ribera de Nizao, a nueve leguas desta cibdad de Sancto Domingo, y es de las muy buenas haciendas que acá hay desta calidad.

Otro ingenio, y de los mejores de toda la isla, y de los muy poderosos, fundó el licenciado Zuazo, oidor que fue por sus Majestades de la Real Audiencia que en esta cibdad reside; el cual está en el río y ribera que llaman Ocoa, diez e seis leguas desta cibdad de Sancto Domingo; y es una de las buenas haciendas destas partes, y quedó, después de los días del licenciado, a su mujer, doña Felipa, e a dos hijas suyas, llamadas doña Leonor e doña Emerenciana Zuazo, con otros muchos bienes e haciendas. Y es opinión de algunos que de aquesta granjería son diestros, que sólo este ingenio, con los negros e ganados e pertrechos e tierras e todo lo a él anejo, vale al presente sobre cincuenta mill ducados de oro, porque está muy bien aviado. E yo le oí decir al licenciado Zuazo que cada un año tenía de renta, con el dicho ingenio, seis mil ducados de oro, o más, y aún pensaba que le había de rentar mucho más, adelante.

El secretario Diego Caballero de la Rosa, demás del ingenio que se dijo de suso que tiene en la ribera de Nigua, tiene otro muy bueno a veinte leguas desta cibdad, en término de la villa de Azua; el cual ingenio está en la ribera del río llamado Cepicepi, y es muy gentil heredamiento e provechoso.

Jácome Castellón fundó otro muy buen ingenio en término de la villa de Azua, en el río o ribera que llama Bia, a veinte e tres leguas desta cibdad de Sancto Domingo; e después que falleció Jácome, quedó el ingenio e todos los otros sus bienes a su mujer, doña Francisca de Isásaga, e sus hijos; y es muy buena hacienda e provechosa, no obstante que no ha andado este ingenio así aviado como convenía, por la muerte de Jácome de Castellón.

Fernando Gorjón, vecino de la villa de Azua, tiene otro ingenio de azúcar en la misma villa, veinte e tres leguas o veinte e cuatro desta cibdad de Sancto Domingo; el cual heredamiento es muy útil e provechoso a su dueño, e de mucha estimación.

Una trapiche de caballos hizo en la misma villa de Azua el chantre don Alonso de Peralta, dignidad que fue en esta sancta iglesia de Sancto Domingo, e después de sus días quedó a sus herederos. Los tales edificios no son tan poderosos como los de agua, pero son de mucha costa, porque lo que había de hacer el agua, revolviendo las ruedas para la molienda de azúcar, lo hacen las vidas de muchos caballos que son necesarios para tal ejercicio. Y esta hacienda quedó a los herederos del chantre e a Pedro de Heredia, gobernador que es agora en la provincia de Cartagena en la Tierra Firme.

Hay otro trapiche de caballos en la misma villa de Azua, que es de un hombre honrado, vecino de allí, que se llama Martín García.

En la villa de Sanct Joan de la Maguana, cuarenta leguas desta cibdad de Sancto Domingo, hay otro ingenio poderoso, que es de los herederos de un vecino de allí, que se llamó Joan de León, e de la compañía de los alemanes Velzares que compró la mitad deste ingenio.

En la misma villa de Sanct Joan de la Maguana, está otro muy bueno e poderoso ingenio que fundaron Pedro de Vadillo y el secretario Pedro de Ledesma y el bachiller Moreno, ya defuntos; y quedó a sus herederos, y es muy gentil e rica hacienda.

Once leguas desta cibdad, a par de la ribera e río que llaman Cazuy, hizo e fundó Joan de Villoria, el viejo, un muy buen ingenio, e su cuñado, Hierónimo de Agüero, ya defuntos; la cual hacienda quedó a los herederos de ambos, e asimismo a los herederos de Agostín de Binaldo, ginovés, que tiene parte en este ingenio asimismo.

El mismo Joan de Villoria hizo e fundo otro ingenio, de los muy buenos desta isla, en el río e ribera que llaman Sanate, veinte e cuatro leguas desta cibdad de Sancto Domingo, en término de la villa de Higüey; el cual quedó, después de sus días, a sus herederos e a doña Aldonza de Acebedo, su mujer, y es rico heredamiento.

El licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, oidor que fue en esta Audiencia Real de Sancto Domingo, e Francisco de Ceballos, ya defuntos, edificaron un muy buen ingenio e poderoso en la villa de Puerto de Plata, que es cuarenta y cinco leguas desde cibdad, en la banda e costa del Norte; la cual hacienda agora tienen al presente sus herederos.

Dos hidalgos naturales de la cibdad de Soria, que se llaman Pedro de Barrionuevo e Diego de Morales, vecinos de la villa de Puerto de Plata, hicieron otro muy buen ingenio en aquella villa; y es muy gentil heredamiento.

En la misma villa de Puerto de Plata hicieron (e hay) un buen trapiche de caballos Francisco de Barrionuevo, gobernador que fue de Castilla del

Oro, e Fernando de Illiescas, vecinos de aquella villa, y es muy buena hacienda.

En la misma villa de Puerto de Plata tienen otro trapiche de caballos Sancho de Monesterio, burgalés, y Joan de Aguilar; y es muy gentil heredad.

En la villa del Bonao, diez e nueve leguas desta cibdad de Sancto Domingo, está otro buen ingenio de azúcar, que tienen los hijos de Miguel Jover, catalán, e Sebastián de Fonte, e los herederos de Hernando de Carrión; y es buena hacienda.

El licenciado Cristóbal Lebrón, oidor que fue en esta Audiencia Real, hizo otro ingenio en un muy gentil y provechoso asiento, diez leguas desde cibdad de Sancto Domingo, adonde dicen el Arbol gordo; el cual heredamiento es muy bueno, e quedó a sus herederos.

Otro buen ingenio habían principiado en la ribera del río Quiabón, a veinte e cuatro leguas de esta cibdad de Sancto Domingo, Hernando de Carbajal e Melchior de Castro, en un muy gentil asiento; pero este edificio cesó, porque éstos deshicieron la compañía, e porque se les hizo lejos, o porque les pareció que la costa era mucha hasta le tener aviado: en fin, no permanesció.

Por manera que, resumiendo la relación destes ingenios e ricos heredamientos de azúcar, hay en esta isla veinte ingenios poderosos, molientes e corrientes, e cuatro trapiches de caballos. E hay en esta isla dispusición para edificar otros muchos, e no se sabe de isla ni reino alguno, entre cristianos ni infieles, tan grande e semejante cosa desta granjería del azúcar. E continuamente, las naos que vienen de España, vuelven a ella cargadas de azúcares muy buenos; e las espumas e mieles dellos, que en esta isla se pierden y se dan de gracia, harían rica otra gran provincia. Y lo que es más de maravillar destas gruesas haciendas, es que en tiempo de muchos de los que vivimos en estas partes, y de los que a ellas pasaron desde treinta e ocho años a esta parte, ningún ingenio destes hallamos en estas Indias, y que por nuestras manos e industria se han fecho en tan breve tiempo. Y esto baste quanto al azúcar e ingenios della, y no es poco gentil notable para la comparación, que hice poco antes, desta Isla Española e su fertilidad, a las de Secilia e Inglaterra.

Otros ingenios hay, aunque son pocos, en las islas de Sanct Joan e Jamaica, e en la Nueva España, de los cuales se hará memoria en su lugar conveniente.

El prescio que vale al presente, aquí en esta cibdad de Sancto Domingo, es un peso (y a tiempos algo más de un peso e medio de oro, e menos), leal dado, por cada arroba de veinte e cinco libras, e las libras de diez e seis onzas. Y en otras partes desta isla vale menos, a causa de las otras costas e acarretos que se han de pagar hasta lo conducir al puerto, en este año de mill e quinientos e cuarenta y seis años de la Natividad de Cristo, nuestro Redemptor.

LIBRO VI

CAPÍTULO VII

Que tracta de las riberas principales desta isla Española; el cual se destingue en diez párrafos o partes.

I Los ríos principales que hay en esta isla de Haití o Española, son los que agora se dirán. E pues la principal cibdad e población e puerto de mar e cabeza deste reino e isla es Sancto Domingo, justa cosa me parece que el primero río se nombre el que por esta cibdad pasa, y en ella se acaba e entra en la mar, llamado Ozama; el cual, cuando aquí llega e entra en la mar, viene muy poderoso e hondable; e las naos, cargadas e a la vela, entran e salen por él muy seguras, e llegan a ocho o diez pasos de tierra a poner el costado, e por una plancha puesta en tierra, se cargan e descargan las que quieren, lo cual en pocas partes del mundo se hace sin muelle en tan grandes navíos. El año de mill e quinientos e treinta y tres vino aquí la nao llamada *Imperial*, de la Cesárea Majestad, la cual era de porte de más de cuatrocientos toneles machos, con cierta gente que trujo a esta cibdad, y cargada, e volvió con mucha más carga. Digo aquesto, porque hasta agora no ha pasado a estas partes tan grueso navío, ni entrado en este puerto, donde estuvo a quince o veinte pasos de tierra, surto e anclado. E salen desde puerto algunas naos de noche e sin peligro, y desde donde surgen dentro hasta estar en la mar, fuera del puerto, puede haber tiro e medio de escopeta o poco más trecho. Yo he salido de noche en nao de más de doscientos e cincuenta toneles machos de porte, cargada; porque el terral es ordinario, y salen las naos muy a placer; y al entrar no faltan mareros, de mediodía abajo, la mayor parte del tiempo todo.

Así que, el río e su puerto es muy hermoso, y es navegable y de muchas barcas y canoas, así por las pesquerías que tiene como por las huertas y heredamientos que hay en sus costas, de una e de otra banda o partes desta ribera. E dentro de la cibdad, junto al puerto, se hacen continuamente carabelas e navíos, e hay muy buena disposición para los varar y echar al agua después de hechos. Así que es río notable e muy hermoso e rico: pero no pueden beber dél, porque está la cibdad y el puerto junto, e no más apartada de lo que he dicho de la mar, e aún por la parte del Sur bate la mar en esta cibdad. Pero subiendo el río arriba, poco más de una legua, es buena agua e muy sana. Y es río de mucho pescado, de muy hermosas lizas, e matan en él muchos e grandes manatís, de los cuales y de otros pescados famosos se tractará adelante, en el libro XIII

Entra este río Ozama en la mar en la costa que esta isla tiene en la parte de Mediodía o austral; e él viene e trae su curso e la parte de hacia el Norte, desde una legua antes desta cibdad, donde se junta con él otro gran río que llaman la Isabela, que viene de la parte del Hueste; e el de la Ozama del Leste hasta donde se juntan, que, como he dicho, es una legua de aquí. E hasta allí, o poco más, sube la marea, pero con la jusente, ya está allí el agua

dulce. La entrada de la mar e boca del puerto es de cuatro brazas o más de hondo; e entradas las naos, surgen junto a la cibdad, como es dicho, en otras cuatro brazas o más de fondo.

II. Hay otro río poderoso que se llama Neiva, el cual corre por la mitad de la isla, atravesándola, e corre asimismo de la parte de hacia el Norte, e entra en la mar e costa que esta isla mira al Sur. Pasa junto a la villa de Sanct Joan de la Maguana y es hondable en la boca donde fenescer, pero no mucho espacio. Antes de llegar a la mar, con media legua, es bajo e desierto, e tiene dos millas o más de latitud o anchura en la boca; e todo lo que va o corre en la tierra hasta llegar a la mar, va muy riguroso e con mucha velocidad.

III. Nizao es otro buen río, e asimismo entra en la mar en la misma costa del Sur, como los susodichos, pero no es tan grande río; mas es muy rico de heredamientos e cañaverales de azúcar, e por los ingenios della que hay en esta ribera e comarca, e muchos hermosos pastos e ganados en sus riberas e cerca dél.

IV. Haina es otro río riquísimo de heredamientos e haciendas; e en su ribera e comarca hay muchos cañaverales e haciendas de azúcar, y es de la mejor agua que río alguno en toda esta isla, y entra en la mar, asimesmo, como los que es dicho de suso, en la costa del Mediodía. No es tan poderoso ni de tanta agua como los mayores ríos; pero es uno de los mejores de todos e más provechoso por su fertilidad.

V. Nigua se llama otro río riquísimo; el cual tiene el nombre de aquel animal maldito que se entra por los pies, como ya se dijo en el libro II, capítulo XIV. Este río es muy principal y de grandísima utilidad por los grandes heredamientos e labranzas de hermosas haciendas que hay en sus costas e comarcas, e ingenio de azúcar. E sólo este río, con los ingenios e ganados e haciendas gruesas e granjerías que tiene para este ejercicio del azúcar, sería bastante para ser muy rica cualquier cibdad del mundo donde aquesto estoviese. Este río entra en la mar en la costa que entran todos los que he dicho, e a cuatro leguas o poco más desta cibdad de Sancto Domingo.

VI. Yuna se llama otro río que es de los más poderosos e toda esta isla; el cual pasa por la villa del Bonao, y va a fenescer y entrar en la mar en la costa que esta isla tiene de la banda o parte del Norte. Y es río de muchas haciendas y heredamientos, y de muy buenos pastos en sus comarcas e riberas.

VII. Yaque: deste nombre hay en esta isla dos ríos; el uno dellos se junta con Neiva, que es otro mayor río, y entra en él antes de llegar a la mar; que, cuando a ella llega, no se nombra otro sino Neiva, y por tanto no se hace tanta cuenta déste como de otro llamado Yaque (del cual se tracta), que entra y va a fenescer en la mar, de la banda o parte que esta isla mira al Norte, a par de Montecristo. E hay cerca dél unas buenas salinas, como se dijo en el precedente capítulo. Este río es poderoso, e de grandes e muy buenos pastos y hermosas vegas y haciendas. El otro Yaque, o Yaquecillo,

entra con Neiva de la banda o parte del Sur, como tengo dicho, y es muy diferente desde Yaque que va a salir a la otra costa, segund es dicho.

VIII. Hatibonico es otro río muy grande e poderoso; el cual va a fenescer en la parte occidental desta isla, y es de muchos pastos e vegas hermosas, y entran en él otros muchos ríos pequeños, y es de mucha pesquería.

IX. Otros muchos ríos hay en esta isla de muchas y muy buenas pesquerías e aguas e lindas riberas, así como el Cotuy e Cibao. Y aquestos dos son ricos mucho de oro, e con muchas minas donde se saca continuamente. Y en las minas de Cotuy se halla aceche, que lo sudan las peñas e la tierra, e harta cantidad dello, e asimismo se halla asaz azul para pintar, finísimo, que dicen nuestros pintores que no es inferior al que llaman de acre.

X. Otro buen río hay que llaman Macorix, de mucho pescado; y asimismo, otros muchos ríos se podrían nombrar que se dejan de decir por evitar prolijidades, e porque no son tan grandes como los que se han nombrado. Y de otros muchos no se saben los nombres, porque, como se han acabado los hombres antiguos destos indios naturales de esta isla, así se han olvidado los nombres de los ríos y de otras cosas; pero, allende de ser muchos ríos destos nombraos, e de otros fértiles de oro, son, por la mayor parte, abundantes de mucho pescado, así de lo que de la mar entra a ellos, como de los pescados que en el agua dulce suya se crían y producen. Y aquesto baste cuanto a los ríos desta isla Española.

LIBRO VII

CAPÍTULO PRIMERO

Del pan de los indios llamado maíz, e de cómo se siembra y se coge, y otras cosas a esto concernientes.

La manera del pan de los indios es de dos géneros en esta isla, muy distintos e apartados el uno del otro, e aquesto es muy común en la mayor parte de todas las islas e aun en parte de la Tierra Firme. E por no lo repetir más adelante, se dirá aquí qué cosa es aqueste pan que llaman maíz, y qué tal es el que llaman *cazabi*. El maíz es grano, y el cazabi se hace de raíces de una planta que llaman yuca. Para sembrar el maíz, tienen los indios esta orden. Nasce el maíz en unas cañas que echan unas espigas o mazorcas de un jeme luengas, y mayores y menores, y gruesas como la muñeca del brazo o menos, y llenas de granos gruesos como garbanzos (pero no redondos de todo punto). Y cuando los quieren sembrar, talan el monte o cañaveral (porque la tierra donde nasce solamente hierba, no es habida por fértil en estas partes, como la de los cañaverales y arboledas), y después que se ha fecho aquella tala o roza, quémanla, y queda aquella ceniza de lo talado, dando tal temple a la tierra, como si fuera estercolada. Virgilio quiere que el quemar aproveche al tempero de las tierras²; y conforme a esto, dice el

²Virgilio, en la primera de las *Geórgicas*.

doctor Gabriel Alonso de Herrera, que copiló aquel famoso volumen de la agricultura, que en todo campo, para que en el año siguiente se haya de sembrar, es necesario se apareje, segund requiere su manera; e si ha llevado el año pasado, en aprovechándose del restrojo, segund más pudieren, débenle quemar en tiempo que el viento no lleve la ceniza, etc.

Quiero decir que estos indios, aunque inoren tales preceptos, la Natura les enseña lo que conviene en este caso, y también la necesidad que hay de desocupar la tierra de los árboles e cañaverales e plantas que de sí misma produce, para que los indios puedan sembrar e hacer sus simenteras. Y siempre cuando han de sembrar, es al principio de la luna, porque tienen por opinión que, así como ella va creciendo, así lo hace la cosa sembrada. E cuando han de poner en efecto el desparcir de la simiente, quedando la tierra rasa, pónense cinco o seis indios (e más e menos, segund la posibilidad del labrador), uno desviado del otro un paso, en ala puestos, y con sendos palos o macanas en las manos, y dan un golpe en tierra con aquel palo de punta, e menéanle, porque abra algo más la tierra, y sácanle luego, y en aquel agujero que hizo, echan con la otra mano siniestra cuatro o cinco granos de maíz que saca de una taleguilla que lleva ceñida, o colgada al cuello de través, como tahelí; e con el pie, cierra luego el hoyo con los granos, porque los papagayos y otras aves no los coman. E luego dan otro paso adelante, e hacen lo mesmo. Y desta forma a compás, e prosiguiendo de un tenor, en ala todos aquellos indios, siembran hasta que llegan al cabo de la haza o tierra que siembran, e de la misma guisa, vuelven al contrario, e dan la vuelta sembrando, hasta que hinchén toda la haza e la acaban de sembrar. Y así, como he dicho, en echando cada uno los granos en el hoyo, le cierran encontinente con el pie, por las aves.

Plinio dice, hablando en la forma del sembrar, estas palabras que agora diré, entre otras reglas que él pone, y en la que estos indios se conforman con él; es aquésta: "Aun es necesario que con cierto arte la simiente se eche igualmente, e que la mano se concuerde con el paso, y siempre con el diestro pie". E más adelante dice que la medida de la simiente será entre cuatro o seis, segund la natura del terreno, e algunos mandan que ni más ni menos de cinco granos sea la medida³. Esto guardan los indios enteramente, porque por cuenta echan los granos, como lo he dicho. Asimismo guardan otra regla los indios, que es de Teofrasto, el cual dice que más fructuoso es sembrar rala la simiente e cubrirla bien, que sembrar mucho y espeso y dejarlo descubierto.

Ya dije de suso que los indios, encontinente que echan los granos del maíz en aquel hoyo, los cubren con el pie, apretando la tierra e cerrando aquel agujero en que los lanzan. Y porque el maíz de sí es muy seco e recio, para que más presto nazca, un día o dos antes échanlo en remojo, e siémbnanlo

³Plin., lib. XVIII, cap. XXIV.

el tercero. Y para que su labor se haga mejor, siembran en tiempo que, por haber llovido, está la tierra de forma que el palo, que sirve en lugar de reja, pueda entrar tres o cuatro dedos debajo de tierra, con pequeño golpe.

Este maíz, desde a pocos días nasce, porque en cuatro meses se coge, e alguno hay más temprano, que viene a tres. E otra simiente hay que se coge desde a dos meses después que se siembra. Y en Nicaragua, que es una provincia de Tierra Firme, hay simiente de maíz que viene a cogerse a los cuarenta días; pero s poco lo que se coge dello, e menudo, e no se sostiene, ni es sino para un socorro en tanto que llega el otro maíz de los tres meses o cuatro. E aquesto de los cuarenta días se hace a fuerza de riego y de la manera que adelante se dirá.

Así como el maíz va creciendo, tienen cuidado de lo desherbar, hasta que esté tan alto que el maíz señoree la hierba. Y cuando está bien crecido, es menester ponerle guarda, en lo cual los indios ocupan los muchachos, y a este respecto, los hacen estar encima de los árboles y de andamios que les hacen de madera e cañas, e cubiertos como ramadas (por el sol e el agua), e a estos andamios llaman *barbacoas*, e desde la barbacoa están continuamente dando voces, ojeando los papagayos e otras aves que vienen a comer los maizales; la cual vela o guarda parece a la que en algunas partes de España se hace para guardar los cáñamos e los panizos e otras cosas, de las aves.

Este pan tiene la caña e asta en que nasce, tan gruesa como una lanza o asta quieta, y algunas como el dedo pulgar, e algo más e menos, segund la bondad de la tierra donde se siembra. E cresce, comúnmente, mucho más que la estatura de un hombre; e la hoja es como de caña común de Castilla, y es mucho más luenga e más ancha, y más verde, y más domable o flexible hoja, e menos áspera. E cada una caña echa, a lo menos, una mazorca, e algunas dos e tres, e hay en cada mazorca doscientos y trescientos granos, e aun cuatrocientos, e más e menos, e aun algunas de quinientos, segund es la grandeza de la mazorca. E cada espiga o mazorca destas, está envuelta en tres o cuatro hojas o cáscaras juntas e justas al grano unas sobre otras, algo ásperas, e cuasi de la tez o género de las hojas de la caña en que nasce, y está tan guardado el grano por aquellas cortezas o cáscaras que lo cubren, que el sol ni el aire no le ofenden, e allí dentro se sazona. Verdad es que acaesce abuchornarse cuando en el tiempo del granar sobrevienen algunos años de demasiados soles. Cuando está seco, se coge con diligencia, porque los papagayos e aves de semejante pico, mucho daño hacen en ello si no se guarda e lleva con tiempo. En la Tierra Firme, demás del peligro de las aves, tienen los maizales no menos recuesta peligrosa de los venados e puercos salvajes, e gatos monillos, e por otros inconvenientes.

Agora ya en esta isla hay más nescesidad de guardar el campo que en el tiempo de los indios, a causa de los ganados, que se han hecho salvajes, de la casta que se trujo de España, así como vacas, e puercos e perros. Esta manera de sembrar se aprendió de los indios, y así lo hacen ellos; mas los

cristianos hácenlo muy mejor, porque aran la tierra, donde hay dispusición para ello, e por otros aparejos mejores, que usan en la agricultura, que los indios. Suele dar una hanega de maíz en sembradura, seis, diez, veinte, treinta, cincuenta, ciento, e aun ciento e cincuenta e más e menos hanegas, segund la fertilidad e bondad de la tierra donde se siembra. Y este año que pasó de mill e quinientos y cuarenta, cogí yo en un heredamiento mío, a tres leguas y media desta cibdad de Sancto Domingo, en la ribera del río de Haina, ciento e cincuenta e cinco hanegas, de una hanega que sembré.

Cogido este pan e puesto en casa, se come desta manera. En esta isla Española y en las otras, comíanlo en grano tostado y estando tierno, sin tostar, cuasi seyendo leche; e cuando es así tierno, llámanlo *ector*, queriendo cuajar o recién cuajado. Lo que está bueno y de buena sazón, después que los cristianos poblaron esta isla, dáse a los caballos e bestias de que se sirven, e esles muy gran mantenimiento, y también lo dan a los negros e indios esclavos de que los cristianos se sirven.

CAPÍTULO II

Del pan de los indios que se llama cazabi, que es la segunda manera de pan que en esta isla Española e otras partes hacen los indios, y al presente, asimismo, los cristianos, y aun algunos lo usan más que el maíz, e lo tienen por mejor e se sirven más dello, lo cual se hace de una planta que llaman yuca.

Tractemos agora de otra manera de pan que los indios hacen de la *yuca* en esta isla Española y en las otras todas que están pobladas de cristianos, y aun en alguna parte de la Tierra Firme. La planta que se llama *yuca*, son unas varas ñudosas, algo más altas que un hombre (y otras mucho menores), gruesas como dos dedos, y algunas más y otras menos, porque, en esto del grosor y de la altura, es segund la tierra es fértil o flaca, y aun también hace al caso que la planta es de diversos géneros. Quiere alguna *yuca* parescer, en la hoja, a cáñamo, o como una palma de una mano del hombre, abiertos los dedos tendidos; salvo que aquesta hoja es mayor e más gruesa que la del cáñamo, e cada hoja es de siete o de nueve puntas o departimientos. La vara es muy ñudosa, como he dicho, y la tez del asta como pardo blanquisco, y alguna cuasi morada, e la hoja muy verde, e paresce muy bien en el campo, desde que está criada e bien curada e limpia la heredad en que está.

Hay otra generación de *yuca*, que las ramas ni el fructo no es diferente de la que es dicho de suso, salvo en la hoja; porque, aunque es asimesmo de siete o de nueve departiciones cada hoja, es de otra hechura; e por tanto, puse la forma de la una e de la otra aquí debujadas (lámina 2, figuras 6 y 7), non obstante que, en las mismas maneras de hojas, hay particulares y diferenciadas suertes o generaciones de *yuca*; y unas tienen más verdor que otras, e otra más recia rama, e otras mas o menos blancor en el vástago o asta, e otras diferencias en la corteza, que aquí hacen poco al caso decirse.

Para sembrar esta planta (cualquiera de las que he dicho), hacen unos montones de tierra, redondos, por orden e liños, como en el reino de Toledo ponen las viñas, y en especial en Madrid, que se ponen las cepas a compás. Cada montón tiene ocho o nueve pies en redondo, e las haldas del uno tocan, con poco intervalo, cerca del otro; e lo alto del montón no es puntia-gudo, sino cuasi llano, e lo más alto dél será a la rodilla o algo más. E en cada montón ponen seis, e ocho, e diez o más trozos de la misma planta e vástago o rama de la yuca, que entren so tierra un jeme, o menos, e queda de fuera otro tanto descubierto del mismo trozo; e como la tierra está mollida e sin terrones, pónense con facilidad estos palos de la planta, porque, así como van alzando e haciéndose los montones, así se van poniendo en ellos estas plantas e trozos della. Otros no hacen montones, sino allanada la tierra e limpia e mollida, ponen a trechos estos plantones, de dos en dos, o más, cerca unos de otros. Pero primero se tala o roza e quema el monte para poner la yuca, segund se dijo de suso, en el capítulo precedente, del maíz. Desde a pocos días que así se pone, nasce la yuca, o, mejor diciendo prende, e echan hoja aquellos trozos de la planta e sus pimpollos o pámpanos, que van creciendo en ramas, e es menester ir desherbando el *conuco* (que así se llama conuco la haza o heredad de la yuca e de la labranza), hasta que la planta señoree la hierba, y aun en todo tiempo es provechoso estar limpia la heredad cultivada. Siémbrese o pónese, siempre, después que la luna ha hecho e se muestra nueva, e lo más presto que ser puede en los días que cresce hasta el lleno della, pero nunca en la menguante.

Este pan no tiene peligro de las aves ni de los animales (excepto de vacas e ratones, e aun caballos), porque el fructo desto es unas mazorcas a manera de raíces o de nabos muy grandes, las cuales se crían entre los raigones e barbas que esta planta echa debajo de tierra; e cualquiera hombre o animal, excepto los tres que es dicho, que coma estas raíces, con el zumo, así en fructa, como está antes que se le saque el zumo en ciertas prensas, luego muere sin remedio alguno. Verdad es que en la Tierra Firme hay yuca que no es mortal, e no mata, la cual, en la vista y en la rama y en el fructo e hoja, es como la desta isla, que mata. Y en esta isla e las otras comarcas deste golfo, toda la yuca que hay, por la mayor parte, es de la que mata, y también hay alguna que llaman *boniata*, que es como la de Tierra Firme, que no mata, y cierto debe haber venido de allá. Y en la Tierra Firme se la comen por fructa cocida o asada, porque allá no es mortífera, ni allá saben hacer pan della, sino en pocas partes; y en aquellas que lo hacen, no es de la que no mata, sino como la de acá. Verdad es que algunos soldados, pláticos en aquestas islas, han enseñado en Tierra Firme a hacer pan de la yuca que no mata; pero no curan dello, por no perder tiempo, pues que, como he dicho, la comen, sin hacerla pan, cocida e asada sin la expremir ni hacer las diligencias que convienen para que estotra no mate, hecha pan. E siempre se conosce, entre los hombres del campo, cuál es la una o cuál la otra. A lo

menos las bestias no ha seído nescesario enseñárselo: que su destino natural las muestra a se guardar de tal veneno (puesto que no a todas), porque no se sabe que de tal causa ningún caballo ni vaca, ni otro animal de cuantos de España se trujeron, ni de los innumerables que dellos han procedido, haya muerto; antes la han comido vacas e los ratones cada día, e algunas bestias caballares. Así que, quanto a los animales, no tiene en todos igual fuerza la yuca.

Estas mazorcas suyas son como gruesas zanahorias o muy gruesos nabos de Galicia; e mayores; y aun en muchas partes se hacen tan gruesas como la pantorrilla, e tales que como la coja o muslo de un hombre. Tienen una corteza áspera, de color de un leonado oscuro, e algunas tiran al color pardo, e por de dentro está muy blanca e espesa, como un nabo o castaña. E hacen destas mazorcas o yuca unas tortas grandes que llaman *cazabi*; y éste es el pan ordinario desta e otras muchas islas, así de las que están por conquistar, como en las que están pobladas de cristianos, el cual se hace desta manera. Después que los indios e indias han quitado aquella corteza a la yuca, raspándola que no quede nada, como se hace a los nabos para los echar en la olla, despedida aquella costra con unas conchas de veneras de almejas, rallan la yuca, así mondada, en unas piedras ásperas e rallos que para esto tienen. E lo que así se ha rallado, échanlo en un lagar muy limpio, e allí hinchén dello un *cibucán*, que es una talega luenga de empleita, hecha de cortezas de árboles blandas, tejida algo floja, de labor de una estera de palma, e es de diez o doce palmos de luego, e tan gruesa como una pierna e menos, en redondo fecha. Y después que está llena esta talega de aquella yuca rallada, está aparejada e bien fecha una *alzaprima* de madera, e con su torno, de que cuelgan el cibucán por el un extremo dél, en lo alto, e al otro cabo que pende abajo, átanle pesgas de piedras gruesas, e con el torno, estírase el cibucán e levanta las piedras en el aire, colgadas, de tal manera, que se estruja y exprime la yuca e le sale todo el zumo, e destíllase en tierra por entre las junturas de la labor del cibucán o empleita dél; y está así, en esta manera de prensa, hasta que no le queda a la yuca gota de zumo o mosto. E aquesta agua o licor es pestífero veneno, e se vierte e pierde por el suelo cuando quieren que se pierda; e lo que queda exprimido de la cibera, dentro en el cibucán, es como suelen quedar unas almendras expremidas mucho e seco. Toman después aquesto, e tienen aparte, asentado en el fuego en hueco (que quede debajo por do ponerle fuego), un *burén*, que es una cazuela llana de barro, e tan grande quanto un harnero, e sin paredes, e debajo está mucho fuego, sin que la llama suba a la cazuela, que está asentada e fija con barro. Y está tan caliente aquella plancha o cazuela que llaman burén, como es menester; y encima echan de aquella yuca (que salió exprimida del cibucán), como si fuese salvado o arena en torno, tanto quanto cuasi toma la cazuela, menos dos dedos alrededor, e tan alto como dos dedos o más, e tiéndenlo llano, e luego se cuaja; e con unas

tablillas que tiene para aquello la hornera, en lugar de paleta, dale una vuelta para que se cueza de la otra parte; y en tanto cuanto se hace una tortilla de huevos en una sartén, o más presto, se hace una torta deste cazabi en el burén, segund es dicho. Y después, tiénelo un día o dos al sol, para que se enjугue, y queda muy buen pan. Donde hay mucha gente, ponen muchos cibucanes e muchas cazuelas que dicen burenes, cuando quieren hacer mucha cantidad dello.

Este pan es bueno e de buen mantenimiento, e se sostiene en la mar; e hácnle tan grueso como medio dedo para gente, e para personas principales, tan delgado como obleas e tan blanco como un papel, e a esto delgado llaman *xauxau*.

Suele valer la carga deste pan cazabi, en esta cibdad de Sancto Domingo, un ducado, cuando es caro, e cuando menos, a medio peso, y también llega algunas veces a peso de oro (que son cuatrocientos e cincuenta maravedises); e la carga es dos arrobas, que son cincuenta libras de a diez e seis onzas; y para muchos en esta tierra es buena granjería, porque se gasta de aqueste pan mucha cantidad.

Pues que hay cosas notables desta planta de la yuca, y en otro lugar no se podrían decir tan a propósito como aquí, donde tanto se ha dicho desde materia, donde tanto se ha dicho desta materia, bien es que se diga lo demás. Aquel zumo de la yuca que sale después que es rallada e se exprime en el cibucán, es tan pésimo veneno, que con un solo y pequeño trago matara un elefante o cualquier otro animal o hombre viviente. Non obstante lo cual, si a este mismo zumo mortal le dan dos o tres hervores, cómenlo los indios, haciendo sopas en ello como en un buen potaje y cordial; pero así como se va enfriando, lo dejan de comer, porque, aunque ya no mataría porque está cocido, dicen ellos que es de mala digestión cuando se come frío. Si cuando este zumo salió, lo cuecen tanto que mengue dos partes, e lo ponen al sereno dos o tres días, tórnase dulce, e aprovéchanse dello como de licor dulce, mezclándolo con los otros sus manjares; y después de hervido y serenado, si lo tornan a hervir e serenar, tórnase agro aquel zumo, e sírveles como vinagre o licor agro, en lo que quieren usar dél, sin peligro alguno. Esto del tornarse dulce e agro consiste en los cocimientos, y estas experiencias pocos indios las saben ya hacer, porque los viejos son muertos, e porque los cristianos no lo han menester; porque para agro, hay tantas naranjas y limones en la isla, que no hay necesidad de lo que es dicho, ni para licor dulce mucho menos, por haber tanto azúcar en la Isla: y así se ha olvidado lo que en estos dos casos de dulce e agro servía el zumo de la yuca. El verlo comer a sopas, después de hervido el zumo que salió de la yuca poco antes, yo lo he visto muchas veces, y la experiencia de matar un trago, bebiéndolo así como ello queda expremido, sin lo calentar, o comiendo la misma yuca, muchas veces se ha visto, y es aquí notorio y en todas estas islas.

Sostiénesse el pan de cazabi un año e más, e llévase por la mar por todas estas islas e costas de la Tierra Firme, e aun hasta España lo he yo llevado e otros muchos; y en estas mares y tierras de acá es muy buen pan, porque se tiene mucho sin se corromper o dañar, excepto si no se moja.

En todas estas islas que he dicho, hay de este pan de yuca, que se dice cazabi. E cuando se ha de coger este fructo del campo e está para se hacer pan, ha de ser después que ha pasado un año que se sembró, o más; e si es de edad de año e medio o dos años, es mejor e da más pan; y a mucha nescesidad, que hayan pasado diez meses, e no menos, se come.

Cuando había muchos indios en esta isla, e se quería alguno dellos matar, comía de esta yuca, así, como está la mazorca, e desde a dos o tres días, o antes, se moría; pero si tomaba el zumo della *inmediate*, no había lugar de arrepentimiento, porque luego se le acababa la vida. E así, por no trabajar, como consejados de su cemí (o diablo), o por lo que se les antojaba morir, por medio desta yuca concluían sus días. Acaesció algunas veces convidarse muchos juntos a se matar, por no trabajar ni servir, y de cincuenta en cincuenta, e más e menos, juntos, se mataban con sendos tragos deste zumo.

Son muy hermosos los heredamientos de la yuca en el campo, segund está linda e fresca. Y es de seis géneros en esta isla Española. Una llaman *ipotex*, que hace un fructo como manzanillas, que cada una tiene seis cuarterones, y esta generación de yuca es de las muy buenas. Otra se dice *diacanan*, y tiénese por la mejor de todas, porque redunda más pan della. La tercera especie de yuca se llama *nubaga*; la cuarta se dice *tubaga*; la quinta llaman *coro*, y ésta es la que tiene los astilejos de las hojas coloradas; la sexta e última se nombra *tabacan*, y ésta tiene la rama más blanca que ninguna de todas las otras. Y estos nombres particulares destes géneros de yuca, en otras islas e en la Tierra Firmen son de otra manera, segund las diferenciadas lenguas.

Estos dos mantenimientos e pan de maíz e del cazabi, es el principal pan e mayor e más nescesario manjar que los indios tienen. Pero no habrá dejado el lector de notar las particularidades grandes que ha aquí leído de la yuca, las cuales recolegidas son éstas: pan para sustentar la vida; licores de dulce e agro que les sirven de miel e vinagre; potage que se puede comer e se hallan bien con él los indios; leña para el fuego, de las ramas desta planta, cuando faltase otra; y venino o ponzoña tan potente e mala como tengo dicho. Otra particularidad me ocurre del cazabi, que yo no sabía cuando la primera vez se imprimió esta primera parte destas historias; y es que, asimismo, en cierta parte de la Tierra Firme se hace muy buen vino del cazabi, como más largamente se dirá en la segunda parte desta *General Historia*, en el libro XXIV, capítulo III, donde se tractará del río de Huyaparí, e del subceso del capitán Diego de Ordaz. Así que, son siete cosas notables las que concurren en la yuca. Pasemos a las otras cosas de la agricultura de los indios.

CAPÍTULO III

*De la planta e mantenimiento de los ajos,
que es otro grand manjar e bastimento que los indios tienen,
e cómo se siembra e se coge.*

En esta isla Española y en todas las otras islas e Tierra Firme, o en mucha parte della, hay una planta que se llama *ajos*, los cuales quieren parescer algo, en la vista, a los nabos de España, en especial los que tienen la corteza o tez blanca de encima; porque estos ajos haylos blancos, y colorados que tiran a morado, y otros como leonado; pero todos son blancos de dentro, por la mayor parte, y algunos amarillos, y muy mayores que nabos, comúnmente. Críanse debajo de tierra, e hacen encima de tierra una rama tendida a manera de correhuela, pero más gruesa; la cual, con sus hojas e rama, cubre toda la superficie de la tierra do están sembrados los ajos. E la hechura de la hoja es semejante mucho a la correhuela, o cuasi yedra o panela, con unas venas delgadas, e los astilejos de que penden sus hojas, son luengos y delgados.

Al tiempo que se han de sembrar los ajos, hacen la tierra montones, por sus liños, como se dijo en el capítulo de la yuca antes deste, y en cada montón ponen cinco o seis tallos o troncos, y más, de aquesta rama, hincados en el montón con sus hojas, e luego prenden e se encepa la planta; e como he dicho, por encima de la tierra, se extiende e la cubre toda, e debajo, en las raíces que hace, echa el fructo, que son aquestos ajos. Los cuales están sazonados desde a tres e a cuatro, e a cinco e a seis meses los más tardíos; porque, segund la tierra donde se ponen es fértil o flaca, así responde el fructo más tarde o temprano; y aun también en la misma planta e en el tiempo en que se pone, consiste venir presto o tardarse el fructo, y también los temporales ayudan o estorban mucho; mas no pasan de seis meses en estar para coger los ajos, aunque sean los más vagarosos o tardíos. Cuando son sazonados, con un azadón descubren el montón, e sacan diez e doce e quince e veinte e treinta, e más e menos ajos, unos gruesos e otros medianos e pequeños, segund es el año fértil o estéril.

Son buen mantenimiento, e muy ordinario e nescasario hasta para la gente de trabajo; e como son de menos costa e tiempo, muchos hay que no dan otro manjar a sus indios o negros sino éste, e carne o pescado; e así, en todas las haciendas e heredamientos hay muchos montones e hazas destos ajos, los cuales, cocidos son muy buenos, e asados tienen algo mejor sabor, y de la una o de la otra manera tienen sabor de castañas muy buenas, y es gentil fructa para los cristianos; porque, como no la comen por principal y ordinario manjar, sino de cuando en cuando, sabe mejor. Asados e con vino, son buenos de noche, sobre mesa; e en la olla son buenos. Las mujeres de Castilla hacen diversos potajes e aun fructa de sartén, e tal que, aunque fuese de Indias, se habría por buena. Son los ajos

de buena digestión, aunque algo ventosos. Haylos tan grandes, que pesan algunos dellos cuatro libras, o más, cada uno. En Castilla del Oro, en muchas partes hay ajos que son amarillos y pequeños, y éstos son los que me parece a mí que hacen ventaja a los destas islas, así en Pacora como en Careta e otras partes de la Tierra Firme.

CAPÍTULO IV

De la planta e mantenimiento de las batatas, que es muy buen bastimento y de los más estimados que los indios tienen; e cómo se siembran e cogen, e otras particularidades de aqueste manjar o fructa.

Batatas es un grand mantenimiento para los indios en aquesta isla Española e otras partes, e de los presciosos manjares que ellos tienen, y muy semejantes a los ajos en la vista, y en sabor muy mejores; puesto que, a mí parecer, todo me parece una cosa, o cuasi, en la vista, en el cultivar, y aun mucho en el sabor; salvo que la batata es más delicada fructa o manjar, y el cuero o corteza más delgada, y el sabor aventajado y de mejor digestión. Una batata curada no es inferior, en el gusto, a gentiles mazapanes. Ponéanse en montones, e críanse como los ajos o la yuca, e así se plantan como en el capítulo precedente se dijo de los ajos; e así llenan e están de sazón a tres, e cuatro e a cinco o seis meses, a lo más tarde, segund la tierra e tiempo en que se cultivan. La hoja de la batata es más harpada que la del ajo, pero cuasi de una manera; e así se extiende la rama sobre el terreno, e ni más ni menos se curan. E se comen cocidas o asadas, y en potajes e conservas, e de cualquier forma son buena fructa, e se puede presentar a la Cesárea Majestad por muy presciado manjar.

Para mí yo tengo creído que los ajos e batatas tienen mucho deudo o similitud, salvo que las batatas hacen mucha ventaja a los ajos, e son más delicadas e melosas; así como se aventajan unas manzana de otras, e las camuesas sobre todas, así, entre los ajos, hay unos mejores que otros. Y entre las batatas se hallan cinco especies, o géneros dellas, diferenciadas en la rama o en la hoja, e tienen aquestos nombres: *aniguamar*, *atibiuneix*, *guaraca*, *guacaraïca* e *guananaçax*, y todas son batatas, y a mí parecer poco se diferencian. Mas los expertos agricultores hallan mucha diferencia de unas a otras, así en la planta como en el abundancia del fructo, y en el tiempo de la cosecha, y en el sabor. Y esta que llaman *aniguamar* tienen por la mejor e más presciada. Cuando las batatas están bien curadas, se llevan hasta España muchas veces, cuando los navíos aciertan a hacer pronto el viaje, y las más veces se pierden por la mar. Con todo eso, las he yo llevado desde aquesta cibdad de Sancto Domingo de la isla Española hasta la cibdad de Avila, y aunque no llegaron tales como de acá salieron, fueron habidas por muy singular e buena fructa, e se tuvieron en mucho.

CAPÍTULO V

Del maní⁴, que es cierto género de fructa e mantenimiento ordinario que tienen los indios en esta isla Española e otras islas destas Indias.

Una fructa tienen los indios en esta isla Española, que llaman *maní*, la cual ellos siembran e cogen, e les es muy ordinaria planta en sus huertos y heredades, y es tamaña como piñones con cáscara, e tiénela ellos por sana. Los cristianos poco caso hacen della, si no son algunos hombres bajos, o muchachos, y esclavos, o gente que no perdona su gusto a cosa alguna. Es de mediocre sabor e de poca substancia, e muy ordinaria legumbre a los indios, e hayla en gran cantidad.

CAPÍTULO VI

De la planta dicha yabutia, y algunas particularidades della.

Yabutia, por otros llamada *diabutia*, es una planta de las más ordinarias que los indios cultivan con mucha diligencia o especial cuidado. Es de comer, della, la raíz e también las hojas, las cuales son como berzas grandes. E lo mejor es las raíces, que tienen unas barbas que les quitan e mondan, e cuécenlas, e son buenas. Asimismo las hojas es sano manjar, y saben muy mejor a los indios que a los cristianos, e dánse muchos a ello, puesto que no es manjar para desearle ni hacer caso dél, sin necesidad, no hallando otro. Verdad es que los indios por cosa muy buena la crían e tienen en sus huertos e heredamientos.

CAPÍTULO VII

Del ají, que es una planta de que los indios se sirven e usan en lugar de pimienta, e aun los cristianos la han por muy buena especia.

Ají es una planta muy conocida e usada en todas las partes destas Indias, islas e Tierra Firme, e provechosa e necesaria, porque es caliente e da muy buen gusto e apetito con los otros manjares, así al pescado como a la carne, e es la pimienta de los indios, y de que mucho caso hacen, aunque hay abundancia de ají, porque en todas sus labranzas e huertos lo ponen e crían con mucha diligencia e atención, porque continuamente lo comen con el pescado y con los más de sus manjares. E no es menos agradable a los cristianos, ni hacen menos por ello que los indios, porque, allende de ser muy buena especia, da buen gusto e calor al estómago; e es sano, pero asaz caliente cosa el ají.

Esta es una plana tan alta como a la cinta de un hombre, e algún género de ají hay tan alto o más que la estatura de un hombre bien alto; mas, en esto del grandor, mucho va en ser la tierra, donde se pone, fértil o delgada, o ser regada; mas, comúnmente, el ají es tan alto como cinco o seis palmos, poco más o menos. E hacen un pie copado e de muchas ramas. La flor del ají es blanca y pequeña; no huele, pero el fruto es a la vista en diferentes

⁴*Arachis hypogaea*. Cacahuete (C.E.D.).

maneras e proporciones, y en efecto, todo ají quema mucho, como la pimienta, e alguno dello más. Echa unos granos, o vainas (mejor diciendo), huecas e coloradas, de muy fino color, e algunas dellas tan grandes como un dedo de luengo e grueso. Otro ají hay que echa estos granos colorados e redondos, e tan gruesos como guindas, e algunos más e menos. Otro hay que lleva estos granos verdes, pero menores que los susodichos, e así, segund el género del ají e la tierra donde se pone, así es mayor o menor, o colorada o verde la fructa, porque no la esperan a que madure. Otro ají hay que echa los granillos verdes e muy pequeños; otro los echa pintados de negro, que tira a azul oscuro, no todo el grano, sino alguna parte dél. Algún género hay de ají que se puede comer crudo, e no quema. De las hojas del ají se hace tan buena o mejor salsa al gusto que la del perejil, desliéndole con el caldo de la olla de carne; pero la una salsa es fría e la otra caliente; y en la verdad, el ají es mejor con la carne e con el pescado que la muy buena pimienta.

Llévase a España e a Italia e a otras partes por muy buena especia, e es cosa muy sana, e hállanse los hombres muy bien con ello en todas las partes donde bien con ello en todas las partes donde lo alcanzan; e desde Europa envían por ello mercaderes e otras personas, e lo buscan con diligencia para su propia gula e apetito; porque se ha visto por experiencia que es cosa muy saludable, e en especial el tiempo del invierno e tiempo frío, porque de sí mismo es frío, a lo que algunos porfían, y a mi parecer es caliente e mucho.

CAPÍTULO VIII

De las calabazas que hay en esta isla Española y en todas las otras y Tierra Firme

Calabazas, en las Indias, es cosa muy común, así como lo es en Castilla y en las otras partes de España, y de las mismas (luengas y redonda o ceñidas) e de todas las maneras que las suele haber. Siémbranlas los indios y curan dellas con especial atención, no para las comer (que no las comen), sino para tener agua en ellas e llevarlas cuando van camino o andan en la guerra. A lo menos en Tierra Firme, en la provincia de Nicaragua, ningún indio anda paso sin una calabaza de agua, porque es tierra seca e tarde llavee allí. Así, en todas las partes destas Indias e islas e Tierra Firme, a lo menos en lo que yo he andado, e otras muchas partes de que me he informado, hay calabazas, y es una de las acordadas e ordinarias cosas que los indios cultivan en sus casas e huertos y heredades, e cada un año ponen cantidad dellas. Y aun en algunas partes es mercadería entre los indios, como otras cosas e legumbres que tienen porque no en toda parte hay aparejo para cultivarse todas cosas; y así, de unas provincias en otras andan e tractan aquellas cosas que sobran a unos e faltan a otros. E otra calabazas hay que en todo e por todo son como los susodichas, excepto en el sabor, que son amargas; y éstas, sin las cultivar, hay muchas que se nascen por sí.

CAPÍTULO IX

De los bihaos⁵, que es cierta hierba (o más que hierba, a mi parescer), que no se siembra ni cultiva, sino que la Natura la produce, y es muy útil y provechosa a los indios en las cosas que aquí se dirá.

Hay en esta isla Española, y en las otras islas destas partes, y en la Tierra Firme, ciertas hierbas o plantas, nascidas por la diligencia de la Natura, muy semejantes en la hoja a los que acá llaman plátanos (sin lo ser), que en Alejandría e otras partes llaman musas (de los cuales plátanos o musas adelante se hará más particular relación). Tornemos a los *bihaos*, que ninguna fructa echan que sea de comer, sino ciertas cosas a sí mismas e no a otra alguna semejantes, e muy coloradas esas fructas, e no para comer; porque son una cosa áspera e no tractable ni conviniente al gusto ni sustentación humana. Las hojas de estos bihaos son muy luengas e anchas, y echan unos tallos en la mitad, y alrededor del tallo están las hojas que suben desde el pie del tallo. Destas hojas e bihaos se sirven mucho los indios, en especial en la Tierra Firme; porque con estas hojas cubren algunas casas, y es buena manera de cubrir, e más limpia que la de la paja, e más hermosa por de dentro de la casa. Cuando llueve, pónense los indios estas hojas sobre las cabezas, acertándose donde las hay o topándolas, e ampáranse del agua, con ellos, como lo harían con un sombrero. De las cortezas de un tallo que echan en medio (o astil que nasce entre las hojas), hacen unas cestas, que llaman *havas*, para meter la ropa e lo que quieren guardar, muy bien tejidas, e hácelas dobladas o enforradas de forma que una es dos, y entre la una e la otra, al tejerlas, ponen hojas de los mismos bihaos; por lo cual, aunque llueva sobre tales cestas, o se mojen en un río, no se moja lo que va dentro. E cuando van camino e llevan carga los indios de alguna ropa o cosas que quieren llevar bien guardadas, toman dos havas o cestas destas e átanlas a un palo de guazuma (que son muy livianos e recios e lisos, sin nudos, e del gordor que los quieren), e pónensele en el hombro (lámina 2^a, fig. 8^a), e así caminan, uno e dos e muchos, cargados, e van a la fila uno tras otro con su guía e algún indio principal que los manda e hace parar a descansar o comer donde les parece y cuando conviene. También de las mismas cortezas destos bihaos hacen otra manera de cestas para poner e llevar sal de unas partes a otras, e son muy gentiles las unas e las otras, y de hermosas labores.

Demás de lo que es dicho de la utilidad destos bihaos, cuando acaesce estar los indios en el campo, si les falta mantenimiento, arrancan destos bihaos los más nuevos, e comen lo bajo (aunque es poco) de aquello que está debajo de tierra, que es muy blanco e tierno e no tiene mal sabor, antes parece mucho a lo tierno de los juncos que está so tierra; mas, es mucho mejor e hay más que comer en ello, puesto que yo creo que es cosa muy caliente, no en el sabor, mas en la operación, e mucho desto daña al estómago.

⁵Bija. *Bixa orellana* (C.E.D.).

CAPÍTULO X

De la cabuya⁶ y del henequén⁷, e lo uno e de lo otro, que son dos cosas de hilo, o cuerdas, muy notables.

La *cabuya* es una manera de hierba que quiere parescer en las hojas a los cardos o lirios, pero más anchas e más gruesas hojas. Son muy verdes, e en esto imitan los lirios, y tienen algunas espinas, e quieren parescer en ellas a los cardos.

El henequén es otra hierba que también es así como cardo; mas las hojas son más angostas y más luengas que la de la cabuya mucho. De lo uno y de lo otro se hace hilado y cuerdas harto recias y de buen parescer, puesto que el henequén es mejor e más delgada hebra. Para labrarlo, toman los indios estas hojas e tiénenlas algunos días los indios en lo raodales de los ríos o arroyos, cargadas de piedras, como ahogan en Castilla el lino; y después que han estado así en el agua algunos días, sacan estas hojas e tiéndenlas a enjugar e sacar al sol. Después que están enjutas, quíébranlas, e con un palo, a manera de espadar el cáñamo, e queda la hebra de dentro, de luengo a luengo de la hoja. E a manera de cerro, júntanlo e espándalo más, e queda en rollos de cerro que parece lino muy blanco e muy lindo; de lo cual hacen cuerdas e sogas e cordones del gordor que quieren, así de la cabuya como del henequén; e aprovéchanse dello en muchas cosas, en especial para hacer los hicos o cuerdas de sus hamacas, o camas en que duermen, y encabuyallas para que estén colgadas en el aire, como está pintada una destas hamacas en el libro V, cap. II.

Alguno deste henequén, y también de la cabuya, es hilo blanco e muy gentil; e otro es algo rubio. Aquí cuadra una particular invención nueva destes indios, enseñados de la Natura, después que los cristianos los enseñaron a estar en grillos e prisión. Decirse ha la manera que tienen para cortar el hierro, con hilo desta cabuya o del henequén, si les dan espacio para ello. Esto está experimentado en que de noche, descuidados los cristianos, e teniendo en cadenas presos algunos indios, o con grillos, se han soltado e ídose, e han hallado cortadas las prisiones, y es desta manera. Como quien asierra, mueven, sobre el hierro que quieren cortar, un hilo de henequén o cabuya, tirando e aflojando, yendo e viniendo de una mano hacia otra, y echando arena muy menuda sobre el hilo, en el lugar o parte que lo mueven, ludiendo en el hierro; y como el hilo va rozando, así lo van mejorando e poniendo del hilo que está sano e por rozar, y desta forma siegan un hierro por grueso que sea, e lo cortan como si fuese una cosa tierna o muy fácil de cortar. En Tierra Firme ha acaescido cortar a trozos los indios áncoras de navíos de la manera que está dicho. Cuando se tracte de la segunda parte destas *General Historia de Indias* y de la Tierra Firme, se dirán más particularidades destas cuerdas del henequén e de la cabuya, porque allá se sirven mucho dellas, así en lo que está dicho como en otras maneras.

⁶*Frucraea hexapetola* (C.E.D.).

⁷*Agave sisalana* (C.E.D.).

CAPÍTULO XI

Del magüey, que es otra hierba en algo semejante a la cabuya. Puede servir de mantenimiento en tiempo de nesciedad, e el principal efeto suyo es para hicos, id est, cordeles o sogas muy buenas e para otras cosas.

En la impresión primera destas cosas de Indias, no se hizo mención de una hierba muy útil e nesceria en estas partes, la cual se llama *magüey*, e tiene mucha semejanza con la yuca, así en algunos efectos e provechos, como en la vista. La hoja de la una e de la otra son anchas en los extremos, e viénense ensangostando hasta su nascimiento; pero nascen en un tronco, o de la manera que nasce una lechuga, e espárcense de aquel tronco, así que toman un campo redondo o compás de una braza, segund son grandes o pequeñas. Este magüey echa en la mitad una vara o tallo liso e derecho, más alto que un hombre bien alto, y en el fin desde vástago, unas flores, en el extremo, amarillas e hechas en una cantidad de un palmo en lo más alto, que parece una mazorca (o talle della) de la manera que se hacen en España los gamones.

Esta es muy útil e buena hierba, porque se hacen della muchas cosas: lo uno hácese hilo e cuerdas e sogas, como de la cabuya o del henequén; lo otro, de la corteza de aquella vara que nasce en la mitad, se hacen cestas, e atan con ella lo que quieren; y demás desto, en tiempo de nesciedad, a falta de maíz e cazabi e de otros mantenimientos, es manjar para suplir la hambre, e no de mal sabor. Porque aquella cepa o raíz en que nasce, se asa, e lo comen los hombres, no por dulce pasto; mas, no teniendo otros manjares, éste no es dañoso ni empacha, e basta a sostener la gente. En la vista es muy hermosa de ver esta hierba o planta, las hojas de la cual son mayores que desde el cobdo de un hombre hasta en fin del mayor dedo, tendida la mano; e en el extremo o fin de cada hoja, es tan ancha como un palmo, e en la mitad de aquella anchura, al fin, una puntica del talle que aquí la pongo dibujada (lámina 2^a, figura 9^a): e quiere parecer algo, en el talle, a la segunda pintura de la hoja de la yuca, puesto que la de la yuca es pequeña hoja, e alta en las ramas, e aquesta del magüey está en tierra, e es de tres palmos, o más, la hoja o penca, e gruesas como de zahiras. De otras cosas muchas se servían los indios desta hierba, y en el libro XI e capítulo XI, veréis lo demás.

CAPÍTULO XII

De las iracas⁸, que son hierbas en general, porque iraca quiere decir hierba, las cuales los indios comen en sus potajes.

Son los indios muy amigos de comer hierbas cocidas, y en Tierra Firme llámanlas *iracas*, que es lo mismo que decir hierbas; porque, aunque son conocidas entre ellos e tienen sus nombres propios e particulares, cuando las nombran juntas, dicen iracas, que es lo mismo que decir hierbas. E las que tienen por sanas y experimentadas para su comer, juntas de muchos géneros,

⁸Sin identificar (C.E.D.).

las cuecen, y hacen un potaje que parece espinacas guisadas, y echan asimismo flores de otras, e así, toda aquella mezcla llaman ellos iracas, e así hacen sus potajes. A lo menos en Tierra Firme, donde algunos cristianos o por necesidad y hambre, o porque otros son amigos de probarlo todo, estiman este potaje e lóanle e aun le continúan, dice que se hallan bien con él, y ellos acrescientan en este potaje calabazas e ají (que es la pimienta que tengo dicho), e cuando tiene todo esto, es buen potaje. Este nombre iraca es de la lengua de Cueva, en Tierra Firme, en la gobernación de Castilla del Oro, y en estas islas y en la Tierra Firme hay muchas diferencias de lenguas de una gente a otra, e una cosa tiene muchos nombres, e también diversas cosas tienen un mismo nombre; y querer escudriñar éste, sería nunca acabar. Y ved en cuánta manera es la diferencia: que allí donde a las hierbas llaman iracas, seyendo muchas, llaman a la mujer *ira*, y a la manceba *iracha*. Pasemos a lo demás de la agricultura.

CAPÍTULO XIII

De la planta e fructa que los indios llaman lirenes⁹ en esta isla Española.

Lirén es una fructa que nasce en una planta que los indios cultivan, e aun al presente, algunos de los españoles en sus labranzas en esta isla Española. Y es hierba o planta que se extiende y echa ramas, como se dijo de los ajos e de las batatas, e debajo de tierra echa su fructo, que es blanco e del tamaño que dátiles gruesos (e algo mayores y menores), e tienen una cáscara muy delgada; e cada fructo éstos pende, o está asido, de una vergueta delgada, de que está colgado de la rama; e aquella vena que le tiene al lirén, es no más gruesa que un alfiler común o delgado. Estos lirenes cuecen los indios, e cuando es tiempo desta fructa, hay mucha por las plazas que la sacan a vender, así cocidos los lirenes; e quítanle aquella cortezuela de encima, que es muy más delgada e más blanda que una cáscara de una castaña, e queda de dentro el lirén blanco, y es de buen sabor. No he visto en España, ni en otra parte, fructa ni sabor a que compare estos lirenes. En fin, son de buen sabor e no de mucha substancia. Hay en esta e otras islas, mucha fructa ésta, y en algunas partes de la Tierra Firme destas Indias.

CAPÍTULO XIV

De las piñas¹⁰, que llaman los cristianos, porque lo parescen; la cual fructa nombran los indios yayama, e a cierto género de la misma fructa llaman boniama, e a otra generación dicen yayagua, como se dirá en este capítulo, non obstante que en otras partes tiene otros nombres.

Hay en esta isla Española unos cardos, que cada uno dellos lleva una piña (o, mejor diciendo, alcachofa), puesto que, porque parece piña, las llaman los cristianos piñas, sin lo ser. Esta es una de las más hermosas

⁹Lirén. *Calathea allouia* (C.E.D.).

¹⁰Ananas *comosus* (C.E.D.). Tejera recoge las voces boniama y yayagua como variedades de piña.

fructas que yo he visto en todo lo que del mundo he andado. A lo menos en España, ni en Francia, ni Inglaterra, Alemania, ni en Italia, ni en Secilia, ni en los otros Estados de la Cesárea Majestad, así como Borgoña, Flandes, Tirol, Artués, ni Holanda, ni Gelandá, y los demás, no hay tan linda fructa, aunque entren los milleruelos de Secilia, ni peras moscarelas, ni todas aquellas fructas excelentes que el rey Fernando, primero de tal nombre en Nápoles, acumuló en sus jardines del Parque y el Paraíso y Pujo Real, en la cual fue opinión que estaba el principado de todas las huertas de más excelentes fructas de las que cristianos poseían; ni en la Esquiva Noya del duque de Ferrara, Hércules, metida en aquella su isla del río Po; ni la huerta, portátil en carretones, del señor Ludovico Esforza, duque de Milán, en que le llevaban los árboles, cargados de fructa, hasta la mesa y a su cámara. Ninguna destas, ni otras muchas que yo he visto, no tuvieron tal fructa como estas piñas o alcachofas, ni pienso que en el mundo la hay que se le iguale en estas cosas juntas que agora diré. Las cuales son: hermosura de vista, suavidad de olor, gusto de excelente sabor. Así que, de cinco sentidos corporales, los tres que se pueden aplicar a las fructas, y aun el cuarto, que es el palpar, en excelencia participa destas cuatro cosas o sentidos sobre todas las fructas e manjares del mundo, en que la diligencia de los hombres se ocupe en el ejercicio de la agricultura. Y tiene otra excelencia muy grande, y es que, sin algún enojo del agricultor, se cría e sostiene. El quinto sentido, que es el oír, la fructa no puede oír ni escuchar; pero podrá el letor, en su lugar, atender con atención lo que desta fructa yo escribo, y tenga por cierto que no me engaño, ni me alargo en lo que dijere della. Porque, puesto que la fructa no puede tener los otros cuatro sentidos que le quise atribuir o significar de suso, hase de entender en el ejercicio y persona del que la come, y no de la fructa (que no tiene ánima, sino la vegetativa y sensitiva, y le falta la racional, que está en el hombre con las demás). La vegetativa es aquella con que crescen las plantas, y todas las criaturas semejantes; la sensitiva es aquel sentimiento del beneficio o daño que rescibe; así como regando o limpiando o escavando los árboles e plantas, sienten el favor e regalo, e medran e crescen, e olvidándolos, o chamuscando, o cortando, se secan e pierden. Dejemos esta materia a los expertos, e tornemos a lo que quise decir.

Mirando el hombre la hermosura desta, goza de ver la compusición e adorno con que la Natura la pintó e hizo tan agradable a la vista para recreación de tal sentido. Oliéndola, goza el otro sentido de un olor mixto con membrillos e duraznos o melocotones, y muy finos melones, y demás excelencias que todas esas fructas juntas y separadas, sin alguna pesadumbre; y no solamente la mesa en que se pone, mas, mucha parte de la casa en que está, seyendo madura e de perfeta sazón, huele muy bien y conforta este sentido del oler maravillosa e aventajadamente sobre todas las otras fructas. Gustarla es una cosa tan apetitosa e suave, que faltan palabras, en este caso, para dar al proprio su loor en esto; porque ninguna de las otras

fructas que he nombrado, no se pueden con muchos quilates comparar a ésta. Palparla, no es, a la verdad, tan blanda ni doméstica, porque ella misma parece que quiere ser tomada con acatamiento de alguna toalla o pañuelo; pero puesta en la mano, ninguna otra da tal contentamiento. Y medidas todas estas cosas y particularidades, no hay ningún mediano juicio que deje de dar a estas piñas o carchofas el principado de todas las fructas. No pueden la pintura de mi pluma y palabras dar tan particular razón ni tan al propio el blasón desta fructa, que satisfagan tan total y bastantemente que se pueda particularizar el caso sin el pincel o dibujo, y aun con esto, serían menester las colores, para que más conforme (si no en todo, en parte), se diese mejor a entender que yo lo hago y digo, porque en alguna manera la vista del letor pudiese más participar desta verdad. Non obstante lo cual, pornéla, como supiere hacerlo, tan mal dibujada como platicada (lámina 2^a, figura 10); pero, para los que esta fructa hobieren visto, bastará aquesto, y ellos dirán lo demás. Y para los que nunca la vieron sino aquí, no les puede desagradar la pintura, escuchando la lectura; con tal aditamento y protestación, que les certifico que si en algún tiempo la vieren, me habrán por desculpado si no supe ni pude justamente loar esta fructa. Verdad es que ha de tener respecto e advertir, el que quisiere culparme, en que aquesta fructa es de diversos géneros o bondad (una más que otra), en el gusto y aun en las otras particularidades. Y el que ha de ser juez, ha de considerar lo que está dicho, y lo que más aquí diré en el proceso o discante de las diferencias destas piñas. Y si, por falta de colores y del dibujo, yo no bastare a dar a entender lo que querría saber decir, dese la culpa a mi juicio, en el cual, a mis ojos es la más hermosa fructa de todas las fructa que he visto, y la que mejor huele y mejor sabor tiene; y en su grandeza y color, que es verde, alumbrado o matizado de un color amarillo muy subido, y cuanto más se va madurando, más participa del jalde e va perdiendo de lo verde, y así se va aumentando el olor de más que perfetos melocotones, que participan asaz del membrillo: que éste es el olor con que más similitud tiene esta fructa; y el gusto es mejor que los melocotones, e más zumoso.

Móndase alrededor, e hácenla tajadas redondas, o chullas, o como quiere el trinchante, porque en cada parte, al luengo o al través, tiene pelo e gentil corte. En estas islas todas, es fructa cual tengo dicho, y muy común, porque en todas ellas y en la Tierra Firme, las hay; y como los indios tienen muchas y diversas lenguas, así por diversos nombres la nombran. A lo menos en la Tierra Firme, en veinte o treinta leguas, acaesce haber cuatro o cinco lenguas; y aun eso es una de las causas principales porque los pocos cristianos en aquellas partes se sostienen entre estas gentes bárbaras.

Dejemos esto para en su lugar, e tornemos a esta fructa de las piñas o alcachofas. El cual nombre de piñas le pusieron los cristianos, porque lo parescen en alguna manera, puesto que éstas son más hermosas e no tienen aquella robusticidad de las piñas de piñones de Castilla; porque aquéllas

son madera, o cuasi, y estas otras se cortan con un cuchillo, como un melón, o a tajadas redondas mejor, quitándoles primero aquella cáscara, quitándoles primero aquella cáscara, que está a manera de unas escamas relevadas que las hacen parecer piñas. Pero no se abren ni dividen por aquellas junturas de las escamas, como las de los piñones.

Por cierto, así como entre las aves se esmeró Natura en las plumas con que viste a los pavos de nuestra Europa, así tuvo el mismo cuidado, en la compusición y hermosura desta fructa, más que en todas las que yo he visto, sin comparación, e no sospecho que en el mundo hay otra de tan graciosa o linda vista. Tienen una carnosidad buena, apetitosa e muy satisfactoria al gusto, e son tamañas como melones medianos, e algunas mayores, e otras mucho menores, y esto causa que no todas las piñas (aunque se parecen), son de un género o sabor. Algunas son agras, o por ser campesinas e mal cultivadas, como por ser el terrero desconviniendo, o porque en todas las fructas acaesce ser mejor un melón que otro, y una pera que otra, y así de todas las demás y por el consiguiente, una piña hace gran ventaja a otra piña. Pero la buena, no tiene comparación con ella otra fructa en las que yo he visto, habido respecto a todas las cosas que he dicho, que consisten en ella.

Bien creo que habrá otros hombres que no se conformen conmigo; porque en España y otras partes del mundo, unos porfían que los higos son mejores que las peras, e otros que el membrillo es mejor que el durazno e las peras e higos; e otros que las uvas mejor que los melones y las otras que he dicho. E así, a este propósito, cada cual es más inclinado a su gusto, e piensa que el que otra cosa dice, no lo siente tan bien como debería. Pero dejadas sus sectas o aficionados paladares (que aun éstos pienso yo que son tan diferentes como los rostros humanos de los hombres unos de otros), si sin pasión esto se juzga, yo pensaría que la mayor parte de los jueces serían de mi opinión con esta fructa, aunque como menos della que otro. Torno a decir que es única en estas cosas juntas: en hermosura de vista, en sabor, en olor; porque todas estas partes en un sujeto o fructa, no lo he visto así en otra fructa alguna.

Cada piña nasce en un cardo asperísimo y espinoso, y de luengas pencas e muy salvaje, e de en medio de aquel cardo, sale un tallo redondo que echa sola una piña, la cual tarda en se sazonar diez meses o un año; e cortada, no da fructo más aquel cardo, ni sirve sino a embarazar el terreno.

Podrá decir alguno que, pues es cardo, porque no llaman alcachofa esta fructa. Digo que en mano fue de los primeros cristianos que acá la vieron, darles el un nombre o el otro. Y aun de mi parecer, más proprio nombre sería decirla alcachofa, habiendo respecto al cardo e espinos en que nasce, aunque parece más piña que alcachofa. Vedad es que no se parte *totaliter* de ser alcachofa, ni de las espinas, porque en la coronilla, encima de la piña, nasce e tiene esta fructa un cogollo áspero, e adórnala mucho en la vista. E algunas tienen, allende dese, otro, e algunas, dos e más de tales cogollos junto al pezón donde ella está pegada con el tallo del

cardo e nascida. Y para plantar otros cardos e piñas, estos tales cogollos son la simiente o subcesión desta fructa; porque, tomando aquel cogollo que la piña tiene encima (o cualquiera otro de los que están pegados al pezón della), e híncale en tierra dos o tres dedos en fondo, dejando descubierta la mitad del cogollo, luego prende muy bien, y en el discurso del tiempo que he dicho, hácese otro tal cardo cada cogollo, e da otra piña tal como he dicho. Las hojas deste cardo quieren parescer algo a las de las zabiras, salvo que éstas son más luengas e más espinosas, e no tan gordas o corpulentas. Esta fructa sería en más tenida, si no hobiese tanta abundancia della.

Las piñas de Tierra Firme tengo yo por mejores e mayores que las destas islas.

No se tiene esta fructa, después que acaba de madurar, de quince o veinte días adelante; mas, el tiempo que está sin se corromper e podrir, es excelente. Puesto que algunos la condenan por colérica, yo no sé deso lo cierto; mas sé que despierta el apetito, e a muchos que por hastío no pueden comer, les restituye la gana para ello, e les da aliento e voluntad a se esforzar a comer, e repara el gusto. Su sabor más puntual, o a lo que más quiere parescer, es al melocotón, e huele, juntamente, como durazno e membrillo; mas ese sabor tiénele la piña mezclado con una mixtión de moscatel, e por tanto, es de mejor sabor que los melocotones.

Sólo un defecto le atribuyen algunos, por el cual no agrada complidamente a todos gustos; y es que el vino, aunque sea el mejor del mundo, no sabe bien bebido tras la piña, e si así supiera como sabe con las peras asaderas, u otras cosas que con el beber tienen aprendido los que son del vino amigos, fuera única a su parescer de los tales. E creo que ésta es la causa por qué acá no están bien algunos con esta fructa. Ni tampoco sabe bien el agua bebiéndola tras la piña; y esto que a algunos parece tacha e grand dificultad, me parece a mí que es excelencia y grand privilegio para darla a los hidrópicos e amigos del beber.

También digo que la carnosidad desta fructa tiene sotiles briznas, como las pencas de los cardos que se comen en España, pero más encubiertas, mucho, al paladar, e de menos empacho o estorbo en el comerla, y por esto no son útiles a las encías e dentadura cuando se continúan a comer muy a menudo.

En la Tierra Firme, en algunas partes, los indios hacen vino destas piñas, e tiénese por sano; e yo lo he bebido y no es tal como el nuestro con mucha parte, porque es muy dulce, e ningún español ni indio lo beberá teniendo del de Castilla, aunque el de España no sea de los muy escogidos vinos.

Dije de suso que estas piñas son de diversos géneros y así es verdad, en especial de tres maneras. A unas llaman *yayama*; a otras dicen *boniama*; e a otras *yayagua*. Esta postrera generación es algo agra e áspera, e de dentro blanca e vinosa. La que llaman *boniama*, es blanca dentro, e dulce, mas algo estoposa. La que llaman *yayama*, es algo, en su proporción, prolongada, e del talle de la que aquí he pintado; e las otras dos maneras o géneros de

quien he hablado, son más redondas. Así que, esta última dicha yayama es la mejor de todas; e de dentro, es la color amarilla oscura, y es muy dulce e suave de comer, e de quien se ha de entender lo que está dicho en loor de aquesta fructa. En algunas partes hay de las unas e de las otras, salvajes, que se nascen por sí en el campo en grandísima multitud. Pero las que se labran e cultivan, son mejores sin comparación, e reconocen bien el beneficio del agricultor, e son más delicadas.

Algunas se han llevado a España, e muy pocas llegan allá. E ya que lleguen, no pueden ser perfectas ni buenas, porque las han de cortar verdes e sazonzarse en la mar, y desafortunadamente pierden el crédito.

Yo las he probado a llevar, e por no se haber acertado la navegación, e tardar muchos días, se me perdieron e pudrieron todas, e probé a llevar los cogollos e también se perdieron. No es fructa sino para esta tierra u otra que, a lo menos, no sea tan fría como España. Verdad es que el maíz, que es el pan destas partes, yo lo he visto en mi tierra, en Madrid, muy bueno en un heredamiento del comendador Hernán Ramírez Galindo, aparte de aquella devota ermita de Nuestra Señora de Atocha (que ya es monasterio de frailes dominicanos). Y también lo he visto en la cibdad de Avila, como lo dije en el capítulo primero deste libro VII; pero en el Andalucía, en muchas partes, se ha hecho el maíz, e por eso soy de opinión que se harían estas piñas o cardos, llevando los cogollos que he dicho, puestos, y de tres o cuatro meses presos acá en estas partes.

CAPÍTULO XV

Que tracta de la fructa llamada imocona¹¹, la cual se cría sin la industria de los hombres.

El verdadero agricultor, maestro de la Natura, produce, de su liberalidad inmensa, una fructa que se dice *imocona*, en esta isla Española e otras partes destas Indias. La cual, asada, sabe a la yuca de la Tierra Firme, o a la que acá llaman boniata, que no mata. La hoja tiene como la diahutia, aunque no tan ancha, pero más prolongada. Y es sana fructa, e los indios no la tienen por la inferior de todas; antes la estiman e han por de las mejores a su gusto.

CAPÍTULO XVI

De los guayaros¹², que es una fructa como cherevías.

Los *guayaros* es una fructa que parece cherevías, e son asimismo raíces, como imocona, en su producción, y echan fuera de tierra un bejuquillo o vergueta alta. Y el guayaro es blanco como la cherevía, y nácense de sí

¹¹Tejera cita la imocona, simplemente, como fruta silvestre comestible, sin ofrecer más explicaciones sobre ella.

¹²*Rajania spp.*, nombre genérico (C.E.D.).

mismo sin alguna diligencia ni trabajo de los hombres, e hay muchos en algunas partes desta isla; e en otras son muy deseados, porque les son agradables a su gusto destes indios.

CAPÍTULO XVII

De las fructa que los indios llaman caualllos¹³.

Caualllos llaman los indios en esta isla Española una fructa que es como lirenes; mas estos caualllos son algo mayores, e nascen en tierras flacas e delgadas, e es sano manjar e agradable a los indios. Es fructa salvaje e nascida e criada por solo el cuidado de la Natura, de la cual, e otras muchas fructas salvajes que tenían los indios desta tierra conocidas, se aprovechaban mucho para su mantenimiento cuando andaban en el campo e continuaban la guerra apartados de sus casas e asientos. E así no les faltaba qué comer en todos los tiempos, por la noticia mucha que tenían destes manjares que en diversos meses del año se hallan e son producidos.

CAPÍTULO XVIII

Que tracta de los féssoles (que los cristianos llaman), de los cuales hay muchas maneras en las Indias.

Los indios tenían esta simiente de los féssoles en esta isla y otras muchas, y en la Tierra Firme mucho más, y en especial, en la Nueva España e Nicaragua e otras partes donde en mucha abundancia se coge tal legumbre. Desta simiente, hace especial mención Plinio¹⁴, e llámalos fagívoles. En Aragón se llaman judías, y la simiente de los de España y de los de acá es la misma propriamente; pero en algunas partes se cogen en grandísima abundancia. Yo he visto en la provincia de Nagrando (que es en Nicaragua, a la costa de la mar del Sur), coger a centenares las hanegas destes féssoles; y también en aquella tierra e en otras de aquella costa hay otras muchas maneras de féssoles, porque, demás de los comunes, hay otros que es la simiente amarilla, e otros pintados de pecas. E otra legumbre tienen que son como habas; pero muy mayores, e algo amargas, comiéndolas crudas: e de las unas e de las otras hacen los indios sus simenteras ordinariamente.

Y allí en Nicaragua hay más cuidado, en esto de la agricultura, que en parte de cuantas yo he estado en las Indias. Y porque aquí cuadra bien lo que he visto de aquellos indios en sus hazas, así de maíz como de algodón o de yuca o de cualquier otro mantenimiento que en el campo tengan sembrado, decirlo he. Pero no sé si estos indios tienen noticia que dice Plinio por estas palabras: “Yo sé que los tordos e pájaros se echan del mijo e del

¹³Sin identificar (C.E.D.).

¹⁴Plin., lib. XVIII, cap. XII

panizo, soterrando a los cuatro cantos del campo una hierba, el nombre de la cual es incógnito; e es cosa maravillosa que ningún pájaro allí entra”¹⁵. Esto que este auctor dice, me parece a lo que muchas veces yo vi en aquella provincia de Nicaragua en diversas heredades: que a los cornijales dellas, tenían puesto los indios ciertos palillos atados, e también algunas hojas rebujadas en otras partes, o pedrezuelas, o otras señales conocidas, e la hierba de en torno limpia, o algunos trapillos de algodón. E en fin, parecían estas cosas hechas con arte o por algún respeto, o de las aves, o porque granase lo sembrado o no se abuchornase, o por otros fines que yo no sé juzgar. Y en esto tal, los que se ocupaban eran en especial unas viejas mal encaradas e disformes. E en aquella tierra hay mucha cosa de hechiceros, e no sospechábamos los cristianos que se hacía esto sin ayuda o superstición del demonio; porque, preguntados a los indios e indias a qué propósito lo hacían, respondían diferentemente, e decían que era bueno hacerse aquello. Y porque, cuando se hable de aquella tierra en particular, se dirá más desta materia, quédese para en su lugar.

CAPÍTULO XIX

El cual tracta de una fructa que se llama name; digo nname.

Name es una fructa extranjera e no natural de aquestas Indias, la cual se ha traído a esta nuestra isla Española e a otras partes destas Indias. E vino con esta mala casta de los negros, e hase fecho muy bien, e es provechosa e buen mantenimiento para los negros, de los cuales hay más de los que algunos habrían menester, por sus rebeliones. Estos nnames quieren parecer ajes; pero no son tales, e son mayores que ajes comúnmente. Córtaños a pedazos, e siembran soterrándolos un palmo debajo de tierra, e nascen. E así vinieron los primeros, e después, de la planta e rama que hacen, se han multiplicado mucho en las islas que hay pobladas de cristianos, e asimismo en la Tierra Firme; e es buen mantenimiento.

LIBRO VIII

CAPÍTULO PRIMERO

Que tracta de los árboles que se han traído a esta isla Española desde Europa o nuestra España, el cual capítulo contiene once párrafos o partes.

I. Hanse traído, a esta isla Española, naranjos desde Castilla; e hay acá tantos, que se han aumentado dellos innumerables muy buenos, dulces e agros así en esta cibdad de Sancto Domingo, como en todas las otras partes de la isla donde hay poblaciones de cristianos, en sus heredamientos e jardines e donde quieren ponerlos; y lo mismo hay en las otras islas y en la Tierra Firme, donde hay poblaciones de españoles.

¹⁵Plin., lib. XVIII, cap. XVII.

II. Hay muchos limones e limas, e muchos cidros, y de todo esto que es dicho, mucha cantidad, y muy bueno todo, y tal, que no le hace ventaja el Andalucía en todos estos agros e géneros que he dicho en ambos párrafos.

III. Hay muchas higueras, y de muy buenos higos, los cuales hay en la mayor parte del año, muchos o pocos, y en especial, en su tiempo, en mucha abundancia en esta cibdad y en sus heredades, y así en las otras partes desta isla. Y hácese muy bien estos árboles, e los higos son de los que en Castilla llaman godenes y en Aragón y Cataluña de burjazote. Son, los más, de simiente colorada o roja, aunque algunos hay de simiente blanca, pero no tantos, con mucha parte. Estas higueras pierden acá la hoja, y están parte del año sin ella, lo cual hacen acá muy pocos árboles; y en el mes de hebrero comienzan a brotar e poner hoja, e se tornan a vestir della en la primavera o mes de marzo, e de ahí adelante. Mas estas higueras se envejecen acá muy presto, e desde a seis o siete años es menester poner otras, porque deste tiempo adelante, valen poco e dan poca ruta e peor.

IV. Hay muchos granados dulces e agros, e de muy buenas granadas, así en los huertos desta cibdad como en los heredamientos y en las otras villas e poblaciones desta isla.

V. Hay membrillos (o bembrillos), asimismo traídos de Castilla; pero no se hacen muy bien, ni en la cantidad e abundancia que las otras fructas que se ha dicho de suso; e son pequeños, e no muy buenos, porque son ásperos e nudosos. Créese que con el tiempo serán mejores.

VI. Hay palmas, que se han puesto en esta cibdad y en muchas heredades y partes desta isla, de los cuescos de los dátiles que acá se han traído, y hácese muy hermosas, e llevan dátiles; pero no los saben acá curar, y por tanto, aunque algunos los comen, no son buenos ni en perfición, y créese que es por no los saber curar, e no por falta de las palmas.

VII. Hay muchos y muy hermosos árboles de cañafístola, que los latinos llaman *caxia*, así dentro en esta cibdad, como en las heredades y en muchas partes de la isla. Estos son hermosos e grandes árboles. No se trujeron de España ni tampoco los había en esta isla; mas sembráronse las pepitas de la cañafístola e hiciéronse tan bien, que hay ricos heredamientos de tales arboledas, e hobo muchos más, que se destruyeron e secaron a causa de las hormigas, como se dirá adelante, en el capítulo primero del libro X. Es de creer que estos árboles se han fecho tan bien, porque acá hay cañafístolos salvajes en esta y otras islas y en la Tierra Firme, y es común árbol en estas Indias; salvo que la cañafístola que llevan estos otros salvajes es muy gruesa e cuasi vana. Pero estos que se han fecho por la industria de los cristianos, llevan muy buena cañafístola, como ya está sabido en España e otras partes por el mundo, por la mucha que las naves han llevado y llevan cada día desta e otras islas. Su hoja es luenga, e de la

color e verdor de las hojas de los nogales de Castilla, e tan luengas, pero más angostas e delgadas.

Y diré aquí una particularidad que he notado en esto, y es que, todos los árboles y plantas que he visto, de cualquier género que sean, todas sus hojas fenescen en una que está en el extremo o punta de la rama, y la cañafístola en dos, de la manera que aquí las debujo (lámina 3^a, figura 1^a); porque me parece un notable parar mirar en él, pues que en esto se extrema e no parece a los otros árboles (excepto que el lentisco España fenescen sus ramas, asimismo, en dos hojas, como la cañafístola). La flor que echan estos árboles es amarilla, e quiere parescer algo a la de la ginesta o retama. Estando con fructo, parescen muy bien cargados de aquellos cañutos desta cañafístola, y hase fecho en tanta abundancia que, como se dijo en el libro III, vale el quintal a cuatro ducados, o menos, en esta cibdad. El primero árbol que éstos hobo en esta isla, fue en el monesterio de Sanct Francisco de la cibdad de la Concepción de la Vega; e por ejemplo de aquél se pusieron otros, e se aumentaron e hicieron estos heredamientos e granjería, que es muy buena e provechosa e rica. E las naves que tornan a España, siempre llevan muchas pipas llenas de cañafístola.

Este árbol es uno de los que acá pierden la hoja. Y de la cañafístola salvaje, hay en Tierra Firme mucha, e es cuasi al doble más gruesa de la que yo he comido, y es bien purgativa, e la pepita es como la de la común, e la cáscara del cañuto es más gorda al tres doble de la otra. Quiere parescer garroba en el talle y hechura sobre redondo; tiene lomo e barriga de dos verdugos gruesos sobre redondo, e unas venas por encima, como verdugos y es muy buena. Acuérdome que el año de mill e quinientos e veinte y siete, a legua e media o dos de Panamá, en la costa austral, hacia Poniente, do dicen el río de los Maizales, se hallaron algunos árboles éstos, e yo vi la cañafístola dellos e la comí, e era buena, e de la manera que lo he dicho.

VIII. Hanse puesto e hay en esta cibdad muchas parras de las de Castilla, e llevan buenas uvas, y es de creer que se harán en grande abundancia, si se dieren a ellas, entendiendo bien lo que han menester; porque, como la tierra es humeda, luego que ha dado la parra el fructo, si luego la podan, luego torna a broctar, y así se esquilman mucho e se envejecen presto. Estas se trujeron de Castilla, pero sin ellas, allende de las de la cibdad, hay muchas-parras de las mismas en los heredamientos e poblaciones destas islas, traídas, como he dicho, de España. Non obstante lo cual, digo que en esta isla, como en otras, y en muchas tierras o partes de la Tierra Firme, hay muchas parras salvajes de uvas, y de muchas dellas he yo comido en la Tierra Firme; e es cosa muy común, e así creo que fueron todas las del mundo en su principio, e que de las tales se tomó el origen para las cultivar e hacer mejores.

IX. Hay en esta cibdad algunos olivos, grandes e hermosos árboles, que asimesmo fueron traídos de España; pero son, los que digo, estériles, e

no llevan fruto sino de hojas, y también los hay en algunos heredamientos e otras partes desta isla; pero, como he dicho, sin fruto. Y es gran notable que todas las fructas de cuesco que se han traído de España y otras partes a esta isla, por maravilla prenden, y si prenden, no lleva fruto alguno, sino hojas. Por cierto yo he traído cuescos de duraznos, y de melocotones e albérchigos de Toledo, e ciruelas de fraile, y de guindas e cerezas, e piñones, e todos cuesco he fecho sembrar en diversas partes y heredades. Ninguno de todos ha prendido. Plinio dice¹⁶ que los olivos en la India son estériles, e que no producen otro fruto sino aquel que hace el olivo salvaje; de manera que estos nuestros olivos desta isla son más estériles que los que Plinio dice de India; porque si aquéllos, como él dice, dan el fruto que los olivos salvajes (o acebuches), los de acá no llevan sino solamente hojas.

X. Hay una fructa que acá llaman plátanos¹⁷; pero en la verdad no lo son, ni éstos son árboles, ni los había en estas Indias, e fueron traídos a ellas: mas quedarse han con este improprio nombre de plátanos. Siémbrense una vez e no más, porque de uno se multiplican muchos, e va en ellos aumentando una subcesión grandísima; porque, como el plátano más antiguo ha procreado tres o cuatro e seis e más hijos alrededor de sí, lleva un racimo e fruto que hace, e aquél cortado sécase la planta que lo echó o produjo. E porque no embarace ni tarde en se secar, así como cortan el fruto, que es a manera de un racimo, cortan el tronco desta planta, porque no es más de provecho ni lleva más e luego pierde su virtud, e queda en los hijos e subcesores que han nascido alrededor.

Dije de suso que éstos no son plátanos, porque la forma del plátano, segund lo que dél escriben, es muy diferente e de otra manera. Estos de acá tienen las hojas muy grandes e muy anchas, e son altos como árboles, e háncense algunos tan gruesos en el tronco, como un hombre por la cintura, e como el muslo, otros, e así algunos algo más o menos, segund la fertilidad o terreno en que se ponen. E desde abajo arriba, echan unas hojas longuísimas, algunas de doce palmos, e más e menos, de longitud, e de tres y cuatro palmos de latitud, y más y menos, segund son; las cuales muy fácilmente rompe el viento en muchas partes, quedando entero el lomo o astil de la misma hoja. Esta planta es toda como un cogollo, y en lo alto de él hasce un racimo, el tallo del cual es grueso como la muñeca del brazo, que procede e va encaminado desde la medula o mitad de todas las hojas; e en aquel tallo, al extremo o fin dél, es el fruto un racimo con veinte o treinta e cincuenta, e algunos con ciento, e más e menos frutos, que aquí llaman plátanos. E cada un fruto déstos es más o menos luengo que un palmo, segund la fertilidad de la planta e de la bondad de la tierra donde nació, e

¹⁶Plin., lib. XII, cap. VI.

¹⁷*Musa paradisiaca*. Se distingue del guineo (*Musa sapientum*) o banana en que se come cocido.

de la grosseza de la muñeca del brazo, algunos, e menos, porque también el gordor del fructo es a proporción del tamaño o longitud suya, porque, en algunas partes que se siembran, se hacen muy menores (lámina 3^a, figura 2^a). Tiene esta fructa una corteza no muy gruesa, pero correosa e fácil de romper o desollar, e de dentro es todo una médula que parece un tuétano de vaca.

Hase de cortar el racimo desta fructa, así como un fructo de los que están en el racimo se comienza a hacer amarillo, e después, el racimo entero cuélganlo en casa, e allí se madura toda la fructa dél (o todos los plátanos que en el racimo hay). Esta es muy buena fructa, e cuando se curan estos plátanos abiertos al sol, hendiéndolos con un cuchillo en dos mitades al luengo, e dándoles sendas cuchilladas, o cada dos a cada mitad, cortando la fructa al luengo hasta la cáscara, e no rompiendo la cáscara o cuero, hácese en el sabor, cuando están curados, muy semejantes a los higos pasos, y aun mejores. En el horno asados sobre una reja u otra cosa semejante, son muy buena e sabrosa fructa, e parece un género sobre sí, como lo es, de una conserva melosa e de muy buen cordial e suave gusto. Asimesmo, cociéndolos en la olla con la carne, es muy buen manjar; pero no ha de estar el plátano mucho duro para lo cocer con la carne, ni muy maduro, ni se ha de echar sino cuando esté la carne cuasi cocida, e desollado; porque, en uno o dos hervores, o en poco espacio de tiempo, se cuece el plátano. Comidos crudos, después que maduran, es muy gentil fructa, y no es menester comer con ella pan ni otra cosa, y es de excelente sabor, e sana e de gentil digestión: que nunca he oído decir que hiciese mal a ninguno. Llevándolos por la mar, turan algunos días, e hanse de coger para esto algo verdes; e lo que turan sin se podrir o dañar (que es doce o quince días), saben mejor en la mar que en la tierra (como hacen las cosas deseadas, donde menos se pueden haber).

El tronco o cogollo que lleva esta fructa e dio el racimo que he dicho, tarda un año en llevar e hacer su operación e fructo, y en aquel tiempo, ha procreado y echado en torno de sí cuatro e cinco e seis, e más o menos hijos o cogollos, herederos en el mismo oficio y efeto que está dicho. Porque, después que aquel racimo del fructo es cortado, cortan, como tengo dicho, el plátano o planta que le dio (porque no sirve sino de embarazar e ocupar la tierra sin dar otro provecho), e los hijos que he dicho, crescen más e van por su discurso hasta que hacen lo mismo que el padre. E hay tantos, e multiplican de manera, que nunca faltan e siempre se aumentan.

Son humidísimos, e cuando alguna vez los quieren arrancar o quitar de alguna parte, de raíz, sale de allí tanta agua del asiento do estaban, que parece que toda la humedad e agua de los poros de la tierra tienen atraída a su cepa e raíces. Las hormigas en estas partes, son muy amigas destas plantas, e se allegan mucho a ellas, por lo cual, en esta cibdad se arrancaron muchos, porque no se podían aquí valer un tiempo con las hormigas. Esta fructa es continua en todo el tiempo del año; mas, como tengo dicho, no es,

por su origen, natural destas partes, ni se les sabe el nombre propio más de lo que agora diré.

Cuanto a la verdad, no se pueden llamar plátanos (ni lo son); mas aqueso que es, segund he oído a muchos, fue traído este linaje de planta de la isla de Gran Canaria, el año de mill e quinientos y diez y seis años, por el reverendo padre fray Tomas de Berlanga, de la Orden de los Predicadores, a esta cibdad de Sancto Domingo; e desde aquí se han extendido en las otras poblaciones desta isla y en todas las otras islas pobladas de cristianos, e los han llevado a la Tierra Firme, y en cada parte que los han puesto se han dado muy bien; e en las heredades que en esta isla tienen los vecinos, hay mucho número incontable destos plátanos, porque son muy provechosos e se gastan cuantos hay, con la gente, e aun es muy buena renta para sus dueños, porque ninguna costa ponen en los criar. Trujéronse los primeros, segund he dicho, de Gran Canaria, e yo los vi allí en la misma cibdad en el monesterio de Sanct Francisco el año de mill e quinientos e veinte, e así los hay en las otras islas Fortunadas o de Canaria.

CAPÍTULO II

De los árboles fructíferos e naturales de aquesta isla Española, e primeramente de los hobos.

Hobo es árbol grande y hermoso, fresco e de buen aire, e sombra muy sana. Hay mucha cantidad destos árboles en esta e otras islas y en la Tierra Firme. La fructa es buena e de buen sabor e olor, y es como ciruelas pequeñas, y es amarilla. El cuesco es muy grande, segund la proporción o tamaño de la fructa, porque tiene poco que comer, e no es útil sino dañoso manjar a la dentadura, cuando usan mucho della, por causa de ciertas briznas que tienen los cuescos pegados; e de nescesidad, comiendo esta fructa, pasan las encías por aquellas briznas, cuando quiere hombre despegar del cuesco lo que se come desta fructa. Pero es sano manjar e de buena digestión, e aunque se coman muchos, se come poco.

Los cogollos de las ramas deste árbol, echados en el agua e cociéndola con ellos, es muy buena para hacer la barba e para lavar las piernas, e de gentil olor. Las cáscaras e cortezas deste árbol *hobo*, cocidas, e lavando las piernas con aquella agua, aprieta mucho e quitan el cansancio al que de caminar está cansado, y es salutífero baño. Y cuando en el campo tienen los hombres nescesidad de dormir, procuran que sea debajo del hobo, porque su sombra defiende del sereno e no da pesadumbre ni dolor de cabeza, como otros muchos árboles lo suelen hacer; e así los que andan en la guerra, como los que con los ganados acostumbran andar en el campo, o los caminantes, siempre buscan estos hobos, donde han de dormir, para colgar sus hamacas, o poner sus camas debajo de hobos.

Esta fructa es en el sabor algo diferenciada, porque hay algunos hobos que dan la fructa dulce, e otros algo agra.

Quieren algunos decir (y aun el cronista Pedro Mártir así lo escribe), que aquesta fructa e árboles son mirabolanos, y éstos son a los que él da este nombre en sus *Décadas*. Pero como él nunca los vido, ni los comió, ni paso a estas partes, así se engañó en esto, como en otras cosas muchas que escribió, o, mejor diciendo, le engañaron los que tales cosas le dieron a entender. Nuestros médicos e boticarios, de los cuales han acá venido especiales hombres (así como el licenciado Becerra, y el doctor Micer Codro, veneciano, y el licenciado Barreda, y e doctor Rodrigo Navarro, y el doctor Sepúlveda, el licenciado Burgos, el licenciado Formicedo, el licenciado Cueva, e otros doctos varones en la medicina), nunca tal dijeron ni afirmaron. Ni son mirabolanos, ni especie dellos. Mas esta disputación se quede para los médicos: que ya que los quieren hacer mirabolanos (aunque no lo sean), no será éste el mayor daño de la medicina, ni la postrera mentira de las que debajo de su bandera militen; porque, en estas cosas de la medicina, pasan grandes inadvertencias y más peligrosas que en arte alguna de cuantas los hombres ejercitan; e hasta que un médico acierta a curar, hace más excesos que ha leído renglones en su oficio ni en otros, y es el daño siempre a costa de vidas ajenas.

Podráse con verdad decir deste árbol otra propiedad vista y experimentada cada día que lo quisieren hacer o la nesciedad lo permita: que cuando en el campo no se halla agua, por la cual falta acaesce morir los hombres de sed (como quier que el agua es tan principal parte de la sustentación de la vida), si hobiere destes árboles, caven en las raíces dellos, e cortando un tronco de la raíz, e aquél poniendo en la boca, y por el otro extremo o cabo de tal raigón teniéndole alto, levantado con el puño, él dará tanta agua, que baste a quitar de trabajo a cualquier sediento, porque luego gotea, e desde a poco espacio, a chorro cae el hilo del agua de la tal raíz. Esto he yo probado, e otros muchos con la misma sed e nesciedad, y esto se aprendió de los indios.

Este árbol pierde la hoja e está mucha parte del año sin ella, hasta que después que llega la primavera se comienza a vestir de hojas, e entrando en el mes de abril, está en cierna el fructo dél, e aun está la hoja pequeña, y entre aquesos pocos árboles que en estas partes pierden la hoja, este hobo es uno dellos.

CAPÍTULO III

Del árbol llamado caimito¹⁸, e de su fructa e diferencias della, e de la nueva forma o diferenciada manera que su hoja tiene con todos los otros árboles.

Caimito es un árbol el más conocido en el mundo para quien una vez le hobiese visto; porque sus hojas tiene cuasi redondas, e de la una parte están verdes, e de la otra de una color que parece que están secas o como

¹⁸*Chrysophyllum caimito* (C.E.D.).

chamuscadas; e así, aunque esté entre mucha espesura de árboles, se conoce y es muy diferenciado entre todos ellos.

Echa una fructa morada, prolongada, e tamaña como el trecho que hay, en un dedo, de coyuntura a coyuntura; pero no tan gruesa como el dedo, sino poco más que un cañón de una pluma de un buitre. De dentro es blanca como leche e zumosa, e cuando se come, es aquello de dentro como leche e zumosa, más espesa que leche y pegajosa. Estos árboles, en esta isla Española e otras, llevan esta fructa, como he dicho. En la Tierra Firme, esta fructa del caimito es redonda, e tamaña como una pelota de jugar a la pelota chica, o poco menor, y ésta es la diferencia que hay en esta fructa de aquí a la de los caimitos de la Tierra Firme. En lo demás, el árbol e la hoja e todo lo que es dicho, es de una misma manera. Fructa es sana e de buena digestión, y en estas plazas de Sancto Domingo se vende harta della en el tiempo que la hay. La madera de este árbol es recia e buena para labrar, si la cortan en menguante e la dejan algunos meses curar, e que no se labre verde, segund dicen carpinteros e los maestros de tal arte. Una propiedad tienen las hojas deste árbol, muy singular, y es que aquella parte dellas que parece seca (e no lo es), sino leonada, es algo vellosa, e a quien con aquella parte se acostumbrare a estregar los dientes, se los limpiará, e páralos muy blancos.

CAPÍTULO IV

Del árbol llamado higüero¹⁹. El acento de la letra u ha de ser luengo, o de espacio dicho, de manera que no se pronuncien breve, ni juntamente estas tres letras gue, sino que se detenga poquita cosa entre la u y la e, e diga hi..gu..ero. Digo esto, porque el letor no entienda higüero, o higuera de higos.

Higüero es árbol grande, como los morales de Castilla, e más e menos. La fructa que llevan son cierta manera de calabazas redondas, e algunas prolongadas; e las redondas son muy redondas, de las cuales los indios hacen tazas e otras vasijas para beber e otros servicios. El palo o madera desde árbol es recio e bueno para sillas de caderas y de las pequeñas, e para fustes de sillas jinetas e otras cosas. Es flexible o correoso, e fuerte, e parece en el pelo, después de labrado, granado o espino. La hoja deste árbol es lengua y estrecha, e lo más ancho della es en el extremo o en la punta, e desde ella va disminuyendo, para abajo, al pezón, donde está así asida como aquí la debujo. Comen los indios, habiendo necesidad, esta fructa (digo lo de dentro della), lo cual es de la misma manera que la calabaza cuajada, cuando está verde. Curándolas y sacándoles lo de dentro, para hacer algún vaso de la higüera, le queda al tal vaso el lustre e manera de calabaza, e no son otra cosa sino calabazas de la forma o género que he dicho. Esta fructa o calabazas son tan grandes, las mayores, como una olla

¹⁹*Crescentia cujete* (C.E.D.).

que quepa dos azumbres e más de agua, e de allí para abajo, hasta no ser mayores que un puño cerrado; e así, hacen della sus vasijas del tamaño que lo sufre la grandeza de cada una.

Estos árboles son comunes e ordinarios en esta y en todas las islas e Tierra Firme destas Indias. Mas, porque en algunas provincias los vasos que desta fructa o calabazas se hacen, son preciosos e lindos, y demás deseo, hay otra diferencia misteriosa en las hojas, e en la primera impresión prometí de lo decir en la segunda parte desta *Historia General de Indias*, paresciéndome después, que es mejor que estas materias estén juntas, dije en el proemio desde libro VIII que en él diría lo que tocase a la Tierra Firme. Y cumplimiento mi palabra, digo que la común hoja del higüero es luenga y estrecha, y lo más ancho della es en el extremo o fin de la hoja, e desde allí va disminuyendo para abajo al pezón do está asida, segund se dijo de suso, e aquí se ve patente en ésta (lámina 3ª, figura 3ª). Mas hay otros higüeros en la Tierra Firme diferenciados, no en el fructo, ni en cosa de lo que es dicho, sino solamente en la hoja, que es desta manera (lámina 3ª, figura 4ª), hecha una cruz cada una hoja, como aquí yo la he dibujado; porque me parece un notable muy señalado, en que parece el testimonio de la Cruz, e que no la han podido ignorar estas gentes. Estos árboles higüeros que tienen las hojas fechas cruces, he yo visto en la provincia de Nicaragua, e señaladamente en Nagrando, donde está la cibdad de León, e otras partes de aquella tierra; y maravillado yo destas hojas, cogí algunas para las mostrar en España, como las mostré, y aun al presente están algunas dellas en mi poder. Pero donde he dicho, hay muchos árboles éstos; y allí en Nicaragua llaman a este árbol guacal. Y los vasos preciosos de las higüeras se hallaron en el Darién y en el golfo de Urabá, con sus asideros o asas de oro en estas higüeras, y ellas tan lindas, que sin dubda ni reproche se podía dar de beber con las tales higüeras a cualquier rey poderoso. Y éstas venían por aquel río grande de Sanct Joan, que entra en el golfo de Urabá, por vía de comercio.

CAPÍTULO V

Del árbol llamado xagua²⁰, y de su fructa, y de la tinta que se hace della.

Xagua es un árbol hermoso y alto, y he visto hacer dél y he tenido hermosas astas de lanzas, tan luengas e gruesas como las quieren hacer. Es madera más pesada que el fresno, y muy común en esta isla e otras y en la Tierra Firme. Son árboles altos e derechos, e de la forma de los fresnos, hermosos en la vista. E las astas que se hacen, son de linda tez, e color entre pardo e leonado sobre blanco.

En esta isla, aunque hay árboles éstos, no son tantos ni tales como en Tierra Firme, en la provincia de Cueva o Castilla del Oro, para hacerse las astas que he dicho. Echa una fructa tan grande como dormideras, e muy

²⁰*Genipa americana* (C.E.D.).

semejante a ellas, salvo en las coronillas que la xagua no las tiene. Es buena de comer cuando está madura e sazónada; de la cual fructa se saca agua muy clara, con la cual los indios e indias se lavan las piernas, e a veces toda la persona, cuando sienten las carnes flojas del cansancio. E también por su placer se pintan con esta agua, la cual, demás de ser su propria virtud apretar e restringir poco a poco, se torna tan negro todo lo que la dicha agua ha tocado, como un fino e polido azabache, o más negro. La cual tinta, por cosa alguna no se puede quitar sin que pasen quince o veinte días, o más; e muchas veces, lo que toca en las uñas, nunca deja de ser negro hasta que se mudan, o cortándolas poco a poco, como van creciendo e se acaba de mudar toda, si una vez la dejan enjugar en el agua de la xagua después de puesta. Lo cual yo he algunas veces probado, porque los que en Tierra Firme hemos andado en la guerra, o trabajado en aquellas partes, a causa de los muchos ríos que se pasan, es muy provechosa la xagua para las piernas, porque, como he dicho, aprieta.

Suélense hacer burlas a mujeres, rociándolas descuidadamente con agua de xagua mezclada con otras aguas olorosas; porque desde a poco, les salen más lunares de los que querían, e la que no sabe el secreto o de qué causa le proceden las tales manchas, pónenla en congoja de buscar remedios; todos los cuales son dañosos e aparejados más para se quemar e desollar el rostro o pecho, do estovieren tales mancillas o lunares, que no para guarescer dellos, hasta que hagan su curso e pasen los veinte días, segund dije de suso, e poco a poco, por sí misma, se vaya quitando la tinta.

Cuando los indios han de ir a pelear, en la Tierra Firme, píntanse con esta xagua e con la bija, que es otra pintura roja a manera de almagre (pero más fina color de rojo). Y también las indias se afeitan, cuando quieren bien parecer, con la una o con entrambas colores. Y en la verdad, a mis ojos poco mejor parecen que diablos cuando así están afeitadas o ellos pintados. Y demás de ser la bija pegajosa, mezclan con ella ciertas gomias, porque pegue mejor, y huelen mal, y a los indios les es grato aquel olor.

CAPÍTULO VI

De la bija²¹. Este no es árbol, sino planta o arbusto, e por sí mismo e de la Natura producido, como son todos los que he dicho; y también los plantan los indios.

Bija. Este es arbusto o planta producido, de sí mismo, por industria e obra de la Natura, como todos los que he dicho. Pero también éste e los otros los plantan los indios cuando quieren. Y puse aquí éste, porque vino a propósito de la pintura de los indios con la bija e la xagua. Esta planta o bija hay en esta e las otras islas e en la Tierra Firme, e son tan altas como estado y medio de hombre, o poco más o menos. Tiene la hoja cuasi de la

²¹*Bixa orellana* (C.E.D.).

manera del algodón, y echa unos frutos en capullos que quieren parecer a los del algodón, salvo que por de fuera tienen un vello grosezuelo, por ciertas venas que de fuera señalan los apartamientos o partes que de dentro tiene el capullo, dentro del cual están unos granos colorados, o rojos, que se pegan como cera, o más viscosos; e de aquéllos hacen unas pelotas los indios con que después se pintan las caras, e lo mezclan con ciertas gomas, e se hacen unas pinturas como bermellón fino, e de aquella color se pintan las aras y el cuerpo, de tan buena gracia, que parecen al mismo diablo. E las indias hacen lo mismo cuando quieren hacer sus fiestas e areitos o bailes, y los indios, cuando quieren parecer bien, e cuando van a pelear, por parecer feroces. Después, aquesta bija es muy mala de quitar hasta que pasan muchos días; mas aprieta mucho las carnes e dicen que se hallan muy bien con ella, e aun tiene un bien o sirve a los indios en esto: que cuando están así pintados, aunque los hieran, como es la pintura colorada e de la color que le sale la sangre, no desmayan tanto como los que no están pintados de aquella color roja o sanguina; y ellos atribúyenlo a la virtud de la bija, e no es sino por ser así de color sanguina, con la cual no parece tanta la sangre, como se parece en otro indio que no esté embijado. Ella es pintura que, demás de su mal parecer, no tiene buen olor, a causa de las gomas o cosas con que la mezclan. Mas para pelear e mostrarse feroces en la batalla, se pintan de tal color. Y no debemos mucho maravillarnos de aquesto, pues los romanos, cuando triunfaban, iban en el carro en silla dorada, con vestidura palmada y el rostro tinto de rojo, a imitación del elemento del fuego. Así lo dice Cristóforo Landino²² en la exposición o comentario que hizo a la *Comedia* del Dante. De manera que estas gentes salvajes de acá, ya tovieron a quien imitasen en Roma, con estas desvariadas pinturas. Y no solamente los romanos antiguos tuvieron tales costumbres, pero los británicos o ingleses más complidamente, pues todos solían teñirse con cierto unguento de color bijio o colorado, porque daba más horrible aspecto en el combatir. Así lo escribe aquel grand Julio César en sus *Comentarios*²³; e aun otros vicios escribe destes ingleses de tanta e más admiración que los errores de los indios, pues dice el mismo César, que diez o doce dellos tenían una mujer común, mayormente hermanos con hermanos e padres con hijos; e cuando los hijos nascían, eran tenidos por de aquel que primero había tocado la esposa. Por cierto, peores cosas o semejantes, o ninguna como ésta he oído decir de gente del mundo, ni he leído ni visto tan extraña e salvaje costumbre en alguna generación de todo lo que se ha usado o usa en el mundo. Tornemos a la historia de Indias. Digo que esta bija es color estimada acá entre estas gentes desta isla e otras muchas en la Tierra Firme, para los efetos que tengo dicho.

²²Christóphoro Landino, sobre el canto XXIX del Purgatorio de la *Divina Comedia*.

²³*Comentarios* de César, libro V.

CAPÍTULO VII

Del árbol llamado guazuma²⁴ e de su fructa.

Guazuma es un árbol grande que echa una fructa como moras, e cuasi es la hoja como la del moral, pero menor. E hacen los indios un bebraje desta fructa que engordan con él como puercos. E para esto echan la fructa en agua, e de aquélla, mezclada con esta fructa majada, se hace aquel bebraje, y en pocos días, usándolo, se paran gordos los indios, e aun los caballos, cuando lo quieren beber, porque otros no lo quieren.

La madera de aquestos árboles es liviana mucho, e de ella hacen los indios en la Tierra Firme los palos o bastones de carga, como se dirá en su lugar, o como lo dije en el libro precedente, capítulo IX. Este árbol es común en todas las Indias. Digo común, porque se halla en estas islas y en la Tierra Firme, y es uno de los mejores árboles o leña que se puede hallar para hacer pólvora muy buena. Lo cual yo he experimentado para la munición desta fortaleza de la cibdad de Sancto Domingo, y polvoristas que muy bien lo entienden, dicen que ninguna madera hay tal, en todo lo que han visto, como ésta, para hacer una pólvora la mejor que pueda ser, aunque se haga del salce de Alemania, ni de sarmientos ni vergas de avellano.

CAPÍTULO VIII

Del árbol llamado guama²⁵ e de su fructa.

Guama es un árbol grande e de la más común e abundante madera que hay en esta isla Española, e de la que más se gasta, a causa de los cocimientos de las calderas en que se cuece el azúcar en los ingenios; porque es madera de que se halla mucha cantidad e grandes árboles, e de buena lumbre, e no pesada o mala la lumbre o resplandor de ella, ni recia de comportar a la cabeza. Su fructa es como una algarrobas anchas e mayores que las de España, e cuasi del sabor dellas. Los indios las solían comer. Yo la he visto muchas veces esta fructa y la he probado; pero parésceme que es más para los gatos monillos que no para hombres. Hayla, asimismo, esta fructa e árboles, en otras islas y en la Tierra Firme. Tiene dentro de aquellas vainas que hace, unos granos tamaños como avellanas, cubiertos de una poca de carnosidad blanca e de buen sabor, e una pepita más interior; mas aquella pepita no se come, porque amarga.

CAPÍTULO IX

De los árboles e fructas llamados bicacos²⁶.

Hicaco es un árbol que en la hoja quiere parescer mucho al madroño, y muy desemejante en la fructa. El árbol no es mayor que el del madroño.

²⁴Guácima. *Guazuma ulmifolia* (C.E.D.).

²⁵*Inga vera* (C.E.D.).

²⁶*Chrysobalanus icaco* (C.E.D.).

La fructa del hicaco es unas manzanas pequeñas: algunas son blancas e algunas coloradas o rojas, e otras cuasi negras. No es de las muy buenas fructas, ni tampoco es mala, ni dañosa. El cuesco es grande, segund la poca cantidad del fructo (porque es poco lo que hay que comer), e hase de despegar royendo bien, e, por tanto, no es buen manjar para las encías. Aquella poca carnosidad que tiene de comer, es blanca mucho, e nunca se despega tan presto que no sea menester volver a ello, cuasi rumiando, para despojar el cuesco. La tez desta fructa o corteza tiene alguna similitud con la piel de a cara de las monas; porque, por moza que sea la mona, parece vieja en las rugas, y así, las manzanas destes hicacos o fructos siempre están llenas de rugas por frescas que sean. Son buenos los hicacos para flujo de vientre, y es árbol salvaje éste y todos los que he dicho en este libro VIII, naturales en esta e otras muchas islas y en la Tierra Firme; y ellos se nascen por sí, e hinchen parte de los boscajes e selvas, aunque algunos dellos también se cultivan, e hombres que se deleitan de toda agricultura, los labran, e hácese de mejor fructa. Son amigos estos árboles del aire de la mar, e por la mayor parte siempre se hallan cerca de la costa de la mar, o no muy desviados della; y así, se hacen en tierras muy livianas o arenales.

CAPÍTULO X

Del árbol llamado yaruma²⁷ e de su fructa.

Yaruma es un árbol muy grande e a manera de higuera loca, e tiene muy grandes e trepadas hojas, mayores que las de las higueras de España, e quiérenles imitar en la hoja. Echan un fructa tan larga como un dedo de la mano, que parece lombriz gruesa. E es dulce esta fructa. E es tan grande este árbol como un mediano nogal, e algunos destes árboles son tamaños como nogales grandes. La madera no es buena, porque es liviana e hueca e frágil. Estimaban muchos los indios aquestos árboles e decían que eran buenos para curarse de las llagas; lo cual yo no he visto experimentar, como otras cosas que se dirán en su lugar, ni he dejado de oír a cristianos, hombres de crédito, lo que he dicho, e loándolos, e aun certificándome que ellos lo habían experimentado en sus personas. E dicen que es como un cáustico, e que majados los cogollos tiernos de las puntas de las ramas deste árbol, los han de poner sobre la llaga, e aunque sea vieja, le comen la carne mala, e la ponen en lo vivo e sano, e la desenconan, e continuándolo, la encueran e totalmente sanan la llaga. Hombres hay en esta cibdad fidedignos que afirman haberlo hecho así e sanado. Arboles son éstos de que hay muchos, así en esta isla como en otras muchas, e en la Tierra Firme, e son de buena sombra e gentil parescer. Las hojas son por la una parte verdes, e de la otra tienen una color de pardo claro que quiere parescer blanco.

²⁷Yagrumo (*Cecropia peltata*) (C.E.D.).

CAPÍTULO XI

Del árbol llamado macagua²⁸, e de su fructa e madera.

Macagua es un gentil e grande árbol. Su fructa es como aceitunas pequeñas; el sabor es como de cerezas. La madera deste árbol es muy buena para labrar. Tiene la hoja muy verde e fresca. E porque muchos de los árboles destas partes es parescen en la hoja, deo de decir, en algunos, qué particularidades tienen en las hojas, salvo en los que las tienen extremadas, o muy diferentes de los otros. Porque mejor se entienda, quiero decir que en estas Indias hay millones de árboles que tienen las hojas muy semejantes e de la manera que el nogal, salvo que o son mayores o menores, o algo más o menos anchas, o más gruesas o delgadas, o más o menos verdes; e debajo desta generalidad, se parescen muchos árboles unos a otros, non obstante lo cual, los hombres del campo que tractan estas cosas, los saben destinguir e conoscer, o en la corteza o espesura de las hojas, o en la fructa, o en la flor e otras particularidades en que se apartan e diferencian e se dan a conoscer.

CAPÍTULO XII

Del árbol azuba²⁹ e de su extremada fructa.

Azuba es árbol gentil e grande. Su fructa es extremada o apartada de todas las que yo he visto; sabe a cermeñas, y sale della tanta leche (e muy pegajosa), que para la comer, han de echar la fructa en agua, e allí estrujarla entre los dedos para que no se pegue a los labios. Y es aquella leche como la que les sale a los higos verdes por los pezones, e aún más enojosa; y echándose, como he dicho, en agua, y estrujando el fructo o exprimiéndole, luego aquella leche se despide, o se cae en el agua, e es de muy gentil gusto la fructa. Estos árboles son grandes y es una de las mejores maderas que hay en esta isla Española, e más recia e fuerte; y también los hay en otras islas muchas y en la Tierra Firme.

CAPÍTULO XIII

Del árbol llamado guiabara³⁰, que los cristianos llaman uvero

Uvero llaman los cristianos al árbol que los indios llaman *guiabara*. Este es buen árbol e de gentil madera, en especial para hacer carbón para los herreros e plateros e otros oficios; y como son árboles copados y extendidos en ramas, y no derechas, aunque son gruesas y es recia la madera, no son para fábricas de casas, sino para tajones o cepos de carnicerías e otras cosas, porque vigas ni alfarjías no se pueden sacar destes árboles. Es la madera

²⁸Tejera se pregunta si se trata de la quina criolla (*Cocostema caribacum*) o del *Pseudolmedia spuria*, de la familia de las moráceas (C.E.D.).

²⁹Azubo. *Pimenta racemosa* (C.E.D.).

³⁰Tejera lo identifica con un árbol que produce la uva de costa. *Coccoloba uvifera*. Sería, según Lioge, el uvero.

muy semejante a la del madroño, e así colorada; pero es más recia. La fructa son unos racimos de unas uvas ralas, desviadas unas de otras, e de color como rosado o moradas, e buenas de comer, aunque el cuesco que tienen es muy grande, segund el tamaño de las uvas o granos e lo poco que tienen que comer; e los más gordos son como avellanas con cáscara. Tienen la hoja de la manera que aquí está debujada (lán 3^a, figura 5^a), la cual, por ser tan diferente e señalada hoja entre todas las otras, la puse aquí. Es la mayor hoja destas como un palmo de ancho o algo más, e de ahí abajo, menores.

En el tiempo que en esta isla e otras, e aun en la Tierra Firme, se continuaba la guerra, como no traían lo cristianos a la mano el papel e tinta, servíanse destas hojas, como lo hicieran de papel e tinta. Esta hoja es verde e gruesa, e tan gorda como dos hojas juntas de yedra; e las venas son coloradas o moradas, e delgadas; e con su alfiler o un cabo de agujeta, se puede escrebir lo que quisieren en estas hojas, del un cabo e del otro, estando verdes e cortadas del árbol aquel día. E las letras parescen blancas, rascañadas, e tan diferentes de la tez de la hoja que queda entre las letras, que es muy legible e clara letra la que en estas hojas así se hace. E así escriptas las hojas, enviábanlas, con un indio, donde los españoles se las mandaban llevar. E va bien escripto de una parte e otra sin que se horade de la hoja. Aquellas venas que tienen, aunque el lomo de en medio, que subcéde derecho del pezón, es algo grosezuelo, las otras ramas o venas todas son delgadas, y de manera que no dan empacho ni estorbo al escrebir.

CAPÍTULO XIV

Del árbol llamado copey³¹, en las hojas del cual pueden asimismo escrebir.

Copey es un árbol muy bueno e de gentil madera, e tiene la hoja así como se dijo en el capítulo de suso del árbol guiabara o uvero. Mas el copey es mayor árbol mucho, e la hoja menor que la del guiabara; pero es más gruesa dobladamente e mejor, o más apta para escrebir en ella de la manera que tengo dicho en el capítulo antes deste, con un alfiler o un cabo de una agujeta. E las venas destas hojas son más delgadas e no empachan tanto, al escrebir, como las de suso. Y en aquellos primeros tiempos de conquista desta e otras islas, hacían los cristianos naipes de las hojas del copey, para jugar con ellos e se perdían e ganaban asaz dineros con tales naipes, por no tener otros mejores, y en estas hojas debujaban los reyes y caballeros e sotas e puntos, e todas las otras figuras e valores que suele haber en los naipes, como yo pinté aquí estos cinco oros (lámina 3^a, figura 6^a). Y como son gruesas estas hojas, sufrían muy bien lo que en ellas así se pintaba; y el barajarlas, después que las cuadraban e hacían naipes, no las rompía. La

³¹ *Clusia rosea* (C.E.D.).

fructa deste árbol no la he visto, aunque he visto muchas veces las hojas e los mismos árboles.

CAPÍTULO XV

Del árbol llamado gagüey³² e su fructa.

Gagüey es un árbol que echa una fructa como higos, y no mayor que avellanas; y de dentro es como un higo de Castilla, blanco, e lleno de unos granitos menudísimos y de buen sabor. Este árbol, aunque su madera no es de las buenas, no es inútil, porque de las cortezas dél se hacían, en el tiempo pasado, sogas e cuerdas por los indios e aun los cristianos, e asimismo apargates, cuando les faltaban los de cáñamo o no venían de Castilla; y aunque viniesen, eran harto buenos los que se hacían de las cortezas destes árboles, e turaban mucho. La verdad es que ninguna cosa cría Natura superflua o sin algún provecho, y si para unas cosas no sirven otras, es por no saberlas aplicar.

CAPÍTULO XVI

Del árbol que los indios llaman cibucán³³ e de su fructa.

Cibucán es un árbol de los buenos que hay en estas partes, el cual tiene la hoja como salce, y echa una fructa como avellanas blancas, e de dentro della, tiene menudísimos granitos que parecen liendres; pero aunque la comparación sea tal, o estos granitos sean como sal, tan menudos como he dicho, la fructa es dulce. E si la comparación parece fea, díjelo así, porque algunos le llaman a este manjar la fructa o árbol de las liendres. Su madera deste árbol es asaz buena, e son árboles frescos e que parecen bien.

No ha de entender el letor, por este nombre *cibucán*, que es aquella talega o prensa en que se exprime la yuca, para hacer el pan cazabi, este árbol, ni hecha dél; porque como estos indios eran cortos, e lo son, de vocablos, de una misma manera llaman diversas cosas. Ved, en esto, qué tiene que hacer, o qué similitud, la talega o prensa en que se purga e escurre la yuca rallada para hacer el pan cazabi, con este árbol, o qué tiene que hacer aquel animal maldito e menor que pulga que se entra en los pies, llamado *nigua*, con el río Nigua. Y no es de maravillar si entre estas gentes salvajes hay tales faltas en la lengua, pues que el portugués, al cuchillo llama *faca*, y a una hacanea asimismo le llama *foca*; y el castellano, por honrar a una dueña y decir que es sabia, la llama *cuerda*, e también llama *cuerda* a una de un arco o ballesta, u otra cuerda común. Y aun si queremos buscar entre otras lenguas e gentes, se hallarán los mismos defectos. Non obstante

³²Jagüey. *Ficus spp.* Higo cimarrón (C.E.D.).

³³Sin identificar. Fernández de Oviedo advierte que no debe confundirse con la talega o serón en que se exprime la yuca para confeccionar el casabe (C.E.D.).

lo cual, la lengua y lenguas de los indios son brevísimas. Y dije lenguas, porque son muchas e muy diferentes unas de otras.

CAPÍTULO XVII

Del árbol guanábano³⁴ e su fructa.

Guanábano es un árbol de gentil parescer, hermoso, grande e alto árbol, e su fructa hermosa e grande, como melones en la grandeza (porque son tamañas las guanábanas), y verdes. E por de fuera tienen señaladas unas escamas como la piña, mas lisas aquellas señales e no levantadas como las de las piñas. Es fructa fría e para cuando hace calor; e aunque se coma un hombre una guanábana entera, no le hará daño. El cuero o corteza es delgado, como el de una pera, o poco más e la fructa e manjar de dentro es como natas, o manjar blanco al parescer, porque hace alguna correa. Esta comida o manjar se deshace luego en la boca, como agua, con un dulzor bueno. Y entre aquella carnosidad, hay asaz pepitas grandes como las de las calabazas, pero más grosezuelas, de color leonadas oscuras. Son, como he dicho, altos e grandes e hermosos árboles, e muy frescas e verdes las hojas, e cuasi de la hechura de la hoja de la lima. La madera es razonable; pero no recia.

CAPÍTULO XVIII

Del árbol llamado anón³⁵ e su fructa.

Anón es un árbol, el cual e su fructa tienen mucha semejanza con el guanábano, de que se tractó en el capítulo antes deste. En grandeza del árbol, y en la hoja, y en el talle y fación de la fructa, e en el parescer, como en la carnosidad e pepitas, se parescen en gran manera, salvo en dos cosas; y pues no pinté de suso la guanábana, en esta figura se comprende ella y el anón (lámina 3^a, figura 7^a). Pero el anón es la fructa muy mejor, aunque es muy menor; y a mi gusto, mucha ventaja hace en el gusto el anón a la guanábana, aunque a algunos oigo contradecirme, o porque tienen más avinado el gusto que yo, e lo gustan con más apetito, o por ventura tienen más áspero el paladar, o sienten con más habilidad que yo estas diferencias. Bien es verdad que yo más amistad he tenido con la fructa que con la carne ni otros manjares. La guanábana es verde, y el anón es amarillo, y así tiene la una fructa como la otra las escamas y el manjar de dentro, aunque, a mi parescer, no tan aguanoso como la guanábana, sino algo más espeso es lo que se come, e de mejor gusto, como he dicho, si no me engaño. La madera deste árbol es como la del suso, pero de poca estimación, allende de la fructa, por la cual los indios, en sus asientos e heredades, los estiman e tienen por de los mejores árboles que ellos tienen.

³⁴Guanábana cimarrona (*Annona glaba*) o bagá (C.E.D.).

³⁵*Annona squamosa* (C.E.D.).

CAPÍTULO XIX

Del árbol llamado guayabo³⁶ e su fructa.

El *guayabo* es un árbol que los indios prescian, y hay mucha cantidad destos árboles en esta e otras islas e en la Tierra Firme, y es fructa de buen olor e sabor e parece bien, e la madera es buena. Hay muchos guayabos salvajes; pero son menores que los que se cultivan, en lo cual tienen mucho cuidado los indios. Son tan grandes árboles éstos, como los naranjos; pero más ralas e desparcidas las ramas, e la hoja no tan verde ni tan grande; algo mayor que la del laurel y más ancha, e más gruesa, e más levantadas las venas. Son de dos especies; mas todos los guayabos llevan una manera de pomas, o manzanas, prolongadas algunas, e otras redondas. Unos árboles éstos echan esta fructa colorada, rosada por de dentro, e otras son blancas; y de fuera, las unas y las otras son verdes, o amarillas si las dejan mucho madurar. Y porque estando muy maduras no son de tan buen sabor, e aun hínchense de gusanos, cógenlos algo verdes. Son algunas tan gruesas como grandes camuesas, e menores también; y aunque estén verdes por de fuera, hay algunas de tal género, que no dejan de estar maduras por eso. Son, de dentro, macizas, e divididas con cierta carnosidad en cuatro cuartos o apartamientos atajados de la carnosidad, que es la que está en el circuito de la misma fructa, y en aquellos cuarterones está la carnosidad desta fructa, que hay dentro dellos, llena de unos granillos durísimos; y tráganse, y es buena fructa y de buena digestión. E son buenas para el flujo del vientre, e restriñen cuando se comen no del todo maduras, que estén algo durillas, para que cese el flujo del vientre. Entre aquellos granos que he dicho e la corteza, tiene la carnosidad tan gruesa como un cañón de azúcar e menos, segund son grandes e pequeñas, e de la misma carnosidad son aquellos atajos e lo que está entre ellos; mas los granillos están dentro de los cuarterones. Llámase esta manzana o poma *guayaba*, porque el árbol se llama guayabo. Cada guayaba tiene una coronilla de unas hojitas pequeñas que fácilmente se le caen. La corteza desta fructa es delgada, como de una pera o cermeña, e a sí se monda.

Es árbol de buena sombra e gentil madera para muchas cosas menudas, e no para vigas, ni estantes, ni alfarjías, porque las ramas y el tronco son desviados e torcidos. Tiénese acá esta fructa por buena, y es común en muchas partes destas Indias, y mejores en unas provincias que otras, puesto que por los montes e boscajes se hallan estos árboles; mas los que son salvajes, son pequeños e la fructa pequeña. Hay cierto género de guayabos que huele, la flor dellos, como jazmines o mejor, e quiere parecer la flor a la del azahar, puesto que no es tan gruesa la del guayabo. Los indios ponen estos árboles en sus heredamientos, e lo mismo hacen los cristianos; mas, quien no ha acostumbrado a comer tal fructa, no se agrada della, hasta

³⁶*Psidium guajava*. Guayaba (C.E.D.).

que continúe, por causa de los granillos, que es menester que se vecen a tragallos, con los otros trabajos de estas partes; pero éste no lo es, sino buena fructa. Son árboles que presto envejecen, e como pasan de seis años, son viejos; e la fructa lo enseña, porque es menor cada año e se va disminuyendo en la grandeza della, e apocándose, e aun el sabor siempre se empeora e hace más áspero; e por tanto, son de reponer o plantar otros nuevos guayabos, y en buen territorio, porque es árbol que reconoce mucho la buena tierra, y agradecido en su fructificar, seyendo bien cultivado, y pocas veces se hace bien en las tierras delgadas.

CAPÍTULO XX

Del árbol mamey³⁷ e su fructa, llamada, asimismo, mamey.

Mamey es uno de los más hermosos árboles que puede haber en el mundo, porque son grandes árboles e de muchas ramas e hermosas e frescas hojas, e de lindo verdor, e copados, e de buena gracia. Son tan grandes como nogales de España, e menores; mas las ramas no tan desparidas como nogal, sino más recogidas. La hoja es del tamaño de la del nogal, o más, y de la fación que aquí está debujada (lán 3^a, figura 8^a), y es más verde de la una parte que de la otra, e más gruesa que la del nogal, e tan luenga como un palmo de longitud, e a proporción la latitud o anchura, pero del talle que aquesta que aquí está figurada. La fructa deste árbol es la mejor que hay en esta isla Española; es de muy buen sabor e echa su fructa redonda, e muy redonda, por la mayor parte, e alguna algo más prolongada; mas, en lo general, todos tiran arredondo, y algunos debajo desta regla se descompanan e tienen burujones, en especial los que no son de un cuesco, sino de más. Haylos tan grandes como dos puños, e como un puño e menores. La corteza es como leonada e algo áspera e semejante a la corteza de las perazas, pero más dura e más espesa. Algunos frutos déstos tienen un cuesco e otros dos, e algunos tres juntos, pero destintos, en el medio del pomo o fructo mamey, a medida de pepitas cubiertas con una telilla delgada, e aquellas pepitas de la color e tez de una castaña mondada. E aun cortándolas, son así como castañas estas pepitas o cuescos en la carnosidad, e tan semejantes a castañas que no es falta sino el sabor; el cual estas pepitas o cuescos tienen amarguísimo como una hiel; e sobre ella, como he dicho, está una telilla delgada, entre la cual e la corteza primera, está una carnosidad de color leonada, o quasi, que pende en amarillo, e sabe a melocotón o duraznos, o es de mejor sabor, salvo que no es tan zumoso como el durazno, ni huele así. Esta carnosidad que hay en esta fructa entre la pepita e la corteza, es tan gruesa como medio dedo, poco más o menos (en los mayores), e en otros menos, segund es grande o chico el mamey.

³⁷*Mammea americana* (C.E.D.).

CAPÍTULO XXIII

Del árbol llamado acana³⁸, e de su fructa del mismo nombre.

Acana es un árbol grande, e la hoja cuasi como la del peral. La fructa es tamaña como un huevo e de aquella hechura, e huele muy bien, como una camuesa, e así está amarilla, e tiene el cuero o corteza delgada. El sabor es como proprio queso; y aun si mucho se trae en la mano, huele a queso, e es buena fructa e de buena digestión.

CAPÍTULO XXIV

De las parras salvajes de aquesta isla Española e otras islas, e de la Tierra Firme.

Donde se hizo mención de los árboles e plantas traídos de España, dije que había en esta cibdad de Sancto Domingo muchas parras, e que llevan buenas uvas; y así es la verdad, e las hay en los heredamientos, e en muchas partes e pueblos desta isla, que se trujeron los sarmientos de Castilla. Allende deso, digo que, así en esta isla como en las otras deste golfo y en la Tierra Firme, hay muchas parras salvajes e que llevan buenas uvas tintas, de las cuales yo he comido muchas veces (digo buenas para ser salvajes). Y estas parras es cosa común haberlas en estas Indias, e así creo yo que de tales parras hobieron principio todas las uvas, do quiera que las hay, e que es planta común en el mundo, y esto no se debe dubdar. Y pues la Natura proveyó en dar en estas partes esta planta, de creer es que la tierra es hábil para ellas, y que serían muy buenas si la industria de los hombres las ayudasen, e supiesen nuestros agricultores entender lo que conviene para cultivarlas, segund los climas e regiones en que acá están.

En esta tierra no se encean como en nuestra Castilla en el reino de Toledo; mas súbense en alto abrazadas a los árboles. Y pienso yo que se harían muy buenas heredades dellas, de la forma que en Italia, en el reino de Nápoles, ponen los vinos grecos e parrales dellos, arrimaos a los salces e otros árboles; e aun en Barcelona e Cataluña he yo visto algunos destos parrales o viñas sobre arboledas. Mas en Campania (que es lo que agora se llama Tierra de Labor, en el reino de Nápoles), hay muy buenas viñas e uvas destos parrales cerca de aquella cibdad, como de las de Aversa, e Capua, e Sorrento, e Soma, e otras muchas partes de aquel reino, y en Lombardía e otras partes de Italia. Quiero decir que se harían bien acá esas viñas altas con las proprias plantas o parras de acá, sabiéndolas curar; porque yo he visto acá, en las Indias, un pie de una parra destas tan grueso o más que el brazo de un hombre recio, e no tengo dubda ni dejo de creer que donde la Natura, de su oficio, produce estas cosas semejantes, que mejor se harán ayudando en ello los hombres por el regar e otras diligencias que los hombres alcanzan de los secretos de la agricultura, así como el enjerir, el podar,

³⁸ *Manilkara bidentata*, Bolatá (C.E.D.).

el estercolar, excavar e regar a sus tiempos, y otras cosas muchas que se podrían decir conforme a la doctrina del Crescentino³⁹ y de Columella⁴⁰, que largamente tractó desta materia, e Teofrasto en sus *Tractados de las plantas*⁴¹, e aun Virgilio en sus *Geórgicas*⁴², e Plinio en su *Natura Historia*⁴³, e otros muchos auctores graves. Y sin dubda, la culpa de no haber acá muy buenas viñas, ni está en la planta, ni en la tierra tal defecto, sino en la industria humana e flojedad de los hombres; pues vimos en esta isla Española que el Almirante don Diego Colom tuvo una viña de donde a espueñas o canastas se traían las uvas; y él estaba muy puesto en esta granjería, e como fue a España, o por descuido de sus mayordomos, o no andar su dueño en ello, se perdió. Y antes que el Almirante, en la isla de Jamaica tuvo otra viña un hidalgo llamado Antonio de Burguillos, e dióse tanto a ella, que la trujo a tales términos, que le dio uno o dos años, en cada esquilmo, dos o tres pipas de buen vino; e cansóse el agricultor e la viña también, e perdiéronse él e ella: él en descuidarse de otras granjerías más provechosas e ciertas, por entender en ésta, e la viña porque no fue entendida. Ha poco tiempo que en la plaza de esta cibdad se vendieron muchas libras de uvas, asaz buenas, a dos reales de plata (que son ochenta e ocho maravedís), cada libra; y digo muchas, por ser la cosa nueva, e en una hora o dos se hicieron nueve o diez pesos de oro del prescio destas uvas, y se vendieran muchas más si las hobiera. Esta se trujeron del ingenio de Nigua, del Secretario Diego Caballero de la Rosa, con la industria del cual se ha fecho una gentil viña e grande en aquel su heredamiento. E tiénese esperanza quéste se entenderá mejor cada día; y en verdad, el secretario e todos los que en estas cosas tales se ejercitan, son de loar e dignos de mercedes, e buenos pobladores. E no sería poco bien para esta cibdad e toda la isla que tal hacienda se substentase e permanesciese, porque una de las cosas que acá es más nescesia (y de continuo gasto), es el vino, y por maravilla baja, el arroba, de un peso de oro, que son cuatrocientos e cincuenta maravedís. Pasemos a otras materias y dejemos el vino a estos taberneros, que más ganan en ello que los mercaderes florentinos en sus brocados o telas de oro.

CAPÍTULO XXV

De las zarzamoras de aquesta isla Española e otras partes

Muchas zarzamoras hay, de las de España, en esta isla Española y en las otras islas de acá y en la Tierra Firme. Y caso que, como es así verdad, éstas no se puedan contar por árboles en España e otras partes de Europa, no lo

³⁹Crescentino, lib. IV.

⁴⁰Columella, lib. III, cap. II.

⁴¹Theophraso, lib. II.

⁴²Georg, lib. II.

⁴³Plin., lib. XVII.

dejan de ser acá, porque tienen más gruesos troncos e ramas, e se levantan mucho más que las de Castilla, e no se pueden dejar de juzgar por árboles, segund su grandeza. Las zarzamoras e fructa que llevan es como las de Castilla, aunque menores e del mismo sabor, e no menos espinosas las ramas, e de la misma hoja.

CAPÍTULO XXVI

De los cardones en que nasce la fructa que llaman pitahaya⁴⁴.

Pitahaya es una fructa tamaña como un puño cerrado, poco más o menos, y esto es su común grandeza. Nasce en unos cardos muy espinosos y extremados a la vista, porque no tienen hoja, salvo unas ramas o brazos luengos que sirven en lugar de rama e de hojas; los cuales son de cuatro esquinas, e más luenga, cada rama o brazo éstos, que una brazada de un hombre, y entre esquina y esquina, una canal, y por todas las esquinas y canales, a trechos nascidas, unas espinas fieras y enconadas, tan luengas como la mitad de un dedo mayor de la mano o mayores, de tres en tres y de cuatro en cuatro espinas. Y entre estas hojas o ramas, que son tales como es dicho, nasce esta fructa llamada *pitahaya*, la cual es coloradísima como un carmesí rosado, e quiere significar escamas en la corteza, aunque no lo son, e tiene el cuero grueso, e aquél cortado con un cuchillo (que fácilmente se corta), está por de dentro llena de granillos, como un higo; mas esos están mezclados con una pasta o carnosidad que ella y ellos son de color de un fino carmesí. E toda aquella mixtión de los granillos e lo demás, todo se come, y lo que toca, lo para tan colorado como lo suelen hacer las moras, e más. Es sana fructa e a muchos les sabe bien; pero yo escogería otras muchas antes que a ella. Hace en la orina lo que las tunas, aunque no tan presto; pero desde a dos horas que se comen dos o tres dellas, si orina el que las comió, parece verdadera sangre lo que echa. No es mala fructa ni dañosa, y es de buen parecer a la vista.

Los cardones donde nascen estas pitahayas es cosa fiera e de mucha salvajez la forma dellos; los cuales son verdes, e las espinas pardas o blanquiscas, y la fructa colorada, como he dicho, e segund aquí la he dibujado (lámina 3^a, figura 9^a). Para sacar una pitahaya de donde está nascida, no ha de ser apriesa ni sin buen tiento e buen cuchillo, porque aquellos cardos son juntos, espesos y muchos, y muy armados. Otras pitahayas hay, ni más ni menos ellas y los cardos como las que está dicho de suso, sin discrepar e cosa alguna ni en el sabor, sino solamente en la color; porque estas otras son amarillas, y lo de dentro es blanco lo que se come, e los granillos son negros, y estas tales no hacen hacer mudanza en la orina. Yo he hecho tinta de las primeras y escripto con ella, y es de excelente color entre morado e carmesí claro.

⁴⁴*Consolea nashii* (C.E.D.).

CAPÍTULO XXVII

De unos cardos altos e derechos, mayores que lanzas de armas (e aun como picas luengas), cuadrados y espinosos, a los cuales llaman los cristianos, cirios, porque parecen cirios o hachas de cera, excepto en las espinas e altura de ellos; los cuales llaman los indios de Venezuela dactos.

Los cardones que los cristianos llaman cirios en esta isla, haylos asimismo en otras muchas y en la Tierra Firme. Estos son una manera de cardos muy espinosos e salvajes, que no hay en ellos parte de donde se puedan tocar, sin muy fieras espinas, non obstante que la Natura se las pone por orden, e a trechos unas de otras, con mucho concierto e compás repartidas en su compusición. Ellos son muy verdes, e tan alto como una lanza de armas, e algunos como una pica, e otros muy menores, e tan gruesos como la pantorrilla de un hombre que ni sea gruesa ni delgada. Nascen juntos e muy derechos, como aquí en esta hoja los he querido significar (lámina 3^a, figura 10) en este dibujo e pintura dellos.

Llevan estos cardos una fructa colorada, como un carmesí, del tamaño de una nuez, dulce e buena de comer, llena de innumerables granillos e muy coloradísima e tiñen los labios e las manos lo que alcanza el zumo della. No es fructa para desear, ni es de mal gusto ni se deja de comer cuando está madura e bien sazónada.

Estos cardones, después que han crecido todo lo que han de crecer, envejecense como todas las cosas desta vida, e sécanse, y otros que han procreado están verdes a par de los viejos secos, de manera que los nuevos están verdes y las espinas pardas, e los más antiguos e viejos están secos, e los unos e los otros en un escuadron.

No he podido alcanzar a saber de qué se servían los indios, destos cardones. En la Tierra Firme, en la provincia de Nicaragua, no están estos cardones fuera de los heredamientos de los indios; y para solamente la fructa, me parece que no es cosa para curar mucho della, y por esto sospecho que para mayor efeto, o por alguna especial propiedad, los conservan allá; e así debiera de ser ello acá, cuando esta isla estaba poblada de indios, puesto que en los montes e arcabucos o bosques hay muchos destos cardones en esta isla. Pero lo que agora está hecho monte era en el tiempo pasado muy habitado, adonde esta fructa e cardones se hallan. Lo que yo he podido comprehender en esto, no es más de lo que tengo dicho, e por ventura esta fructa que a mí me parece no substancial ni de suave sabor, debe tener otro gusto en el paladar de los indios, o sería para otros efectos que no alcanzan los cristianos hasta agora. A lo menos en esta isla yo no he podido inquirir más de lo que tengo dicho en este caso.

Después de haber estado yo informado, por vista de ojos, de lo que he dicho destos árboles, digo que el muy reverendo señor obispo de Sanct Joan, que primero lo fue de Venezuela, vino a esta cibdad, de visitar aquel

su obispado de Venezuela donde hay muchos destos cardones; e dice que allá es muy buena fructa la que llevan o producen, la cual llaman *dacto*, e críanse cerca de la costa. Pero aquéllos, dicen este perlado e otros, que nasce un pie e cresce cuatro o cinco palmos e más, hasta ocho, poco más o menos; e de aquel tronco salen estos astiles derechos, como aquí están pintados; e dan una fructa en seis meses del año, e comienzan por abril o mayo, e es del grandor de una manzana mediana este fructo, e toda la corteza cubierta de espinas; e quítansela, e lo de dentro es de comer, e cuasi como pitahaya; pero ésta es mejor en el sabor. E esos ciriales o árboles no son en aquella provincia tan grandes como los desta isla, en la altura ni en redondo, e la madera es flaca e liviana, e de poco o ningún provecho por sí misma, y porque no es tractable, a causa de sus muchas espinas. Por manera que con el tiempo se ha sabido esto que agora acrescenté en la relación destos cardones, e por bien que se escriban estas cosas, siempre se entenderán mejor de los que después de mí las escribieren, porque el tiempo y la experiencia enseñarán otras particularidades.

CAPÍTULO XXIX

*De la fructa que llaman managua*⁴⁵.

Una fructa que se dice *managua*, ha venido nuevamente a mi noticia en esta isla Española, la cual es salvaje e no cultivada sino por la diligencia natural de los elementos, que no menos cuidado y arte obraron en ésta que en las otras o plantas naturales destas Indias. Esta es una fructa, muy pequeña, pero no sin admiración, porque su vista es graciosa, e parecen cermeñas chiquitas, no mayores que pelotas de arcabuces, e así redondas. Son verdes, e nascen en unas ramas, apartada cada rama por sí, e cada una libre. Quiero decir que el árbol es la rama, e la rama sola el árbol, e no más alta, cada rama dellas, que un brazo tendido de un hombre, de tres o cuatro palmos de luengo, derecha, y parece un mimbre. Son estas fructas dulces e de buen sabor al gusto, e su hoja es como la de los mimbres e olivos, pero juntas o cercanas unas hojas de otras, en dos hilados u órdenes continuadas en cada rama; e su verdor es muy gentil, e son algo menores, estas hojas, que las del laurel. E entre aquellas hojas, a los nascimientos dellas, nascen estos granos o fructa, cada uno por sí, en aquella verguita, uno más alto que otro, cuatro, e cinco, e seis, e más e menos, en cada pie o verga. El sabor desta fructa es muy mejor que de uvas moscateles, e muy semejante a ellas en el gusto (lámina 3^a, figura 12).

Un notable hay, desta fructa experimentado e visto por muchos; y es que estos granos o fructas, después que maduran se caen en tierra, e aquéllas son las mejores e más sazoadas, e saben muy mejor que las que con la mano se quitan de la rama. E cuando ellas están para se caer, provee Natura que la hierba toda que está en torno desta rama o pie desta fructa, se agosta

⁴⁵Managuá. (*Psidium salutare*) (C.E.D.).

e seca con palmo en torno para que caiga en lo limpio e desocupado. Fructa es muy preciada en esta isla, cuando la hallan porque, como he dicho, es de muy gentil e suave sabor, e muy delicada al gusto, e muy sana, e digna del plato del más alto príncipe de la tierra.

CAPÍTULO XXXIII

Del árbol que en esta isla Española llaman papaya⁴⁶, y en la Tierra Firme los llaman, los españoles, los higos del mastuerzo, y en la provincia de Nicaragua llaman, a tal árbol, olocoton.

En la costa del poniente de la Tierra Firme, partiendo del puerto del Nombre de Dios la costa abajo, en la provincia de Quebore, e en Veragua, e en las islas de Cerebaro, e en otras partes de aquella costa, hay unas higueras altas y derechas, e de solo un pie derecho e sin ramas, e en lo alto echan unas hojas trepadas e más anchas mucho que las de las higueras de Castilla, con unos pezones largos de media braza o más; e la fructa que llevan son unos higos tan grandes como melones, e menores, asimismo, los cuales nascen pegados en el tronco principal de la higuera, en lo alto della, e en cantidad; e tienen la corteza o cuero delgado, e todo lo demás es de una carnosidad espesa, como la del melón (aunque no tan maciza). Es de buen sabor, e cómese a rebanadas, como un melón; y en el medio deste higo o fructo, tiene las pepitas, las cuales son menudas y negras, y envueltas en una manera de materia e humor de la forma que lo están las de los membrillos, aunque más viscosas, e son tanta cantidad esas pepitas, como un huevo de gallina, e más e menos, segund la grandeza del higo. E aquellas pepitas se comen e son sanas y del mismo sabor, ni más ni menos, que mastuerzo, e el higo es dulce sin las pepitas; y por esto los cristianos llaman en la Tierra Firme a esta fructa, higos del mastuerzo. E donde primero los hallaron fue en tierra del cacique Quebore, donde los hay tan grandes como ollas medianas, o como grandes melones de España; e un hidalgo llamado Alonso de Valverde, en cuya encomienda estaba aquel cacique de Quebore, los llevó estos higos al Darién, donde los cristianos los sembraron de aquellas pepitas, e en otras muchas partes, e se trujeron a esta e otras islas e se han fecho muy bien, e aquí los llaman *papayas*, e sin los llevar a Veragua e otras partes de la Tierra Firme, los hay e muchos. E en la gobernación de Nicaragua, llaman esta fructa, *olocoton*, e una provincia hay, entre la provincia de Nagrando e la provincia de Honduras, que se dice Olocoton, donde hay muchas destas higueras. Pero donde mayores se han visto estos higos es en Quebore, puesto que en Nicaragua e Tezoatega e otras partes hay grandes e muchos destes higos. Estas higueras hacen un pie o tronco grueso como un hombre por la cintura, e mucho más e menos algunas, e derecho, sin rama alguna. E estos que son solos, sin echar ramas, son los que más viven destas

⁴⁶Lechosa. *Carica papaya* (C.E.D.).

higueras; pero hay otras, de la misma fructa, que después que el pie ha subido un estado de un hombre, o más, en su altura echa otras ramas (una o dos e tres, e algunos hasta seis, e de este número abajo). Y derechas para arriba, e no tendidas ni trastornada a parte alguna, sino para lo alto, siguen e crescen mucho más altos que lanzas de armas, e algunos como dos lanzas.

La corteza deste árbol (al cual yo tengo más por planta que no por árbol), es gruesa como un dedo, e lo de dentro, o madera dél, es tierno e fofo, e el corazón es hueco de alto a bajo, e si dan en el árbol con una espada, para probar su fortaleza, de cada golpe corta un palmo o más, porque es muy fofo; e de cualquier golpe pequeño que se le dé, se seca. Estos vástagos que así echan derechos, echan en la cumbre unas hojas muchas, con luengos pezones e no ramas, e cada hoja es de dos palmos o más de ancho, trepada e gentil e verde; e el astil que desde el árbol a ella tiene, es de tres e cuatro e cinco e aun seis palmos luengo, e los higos que he dicho, nascen de las ramas (digo hojas) para abajo, pegados en el árbol, altos, asidos de sus pezones, y también por aquel tronco abajo. Estos higos se forman de ciertas rosas blancas que primero echan estas higueras. E como un vástago éstos echa todos los higos que ha de echar e aquéllos maduran, sécase aquel tallo o vástago: que no echa más fructo. E los hermanos hacen lo mismo: uno no más el siguiente año, e sécase; e el otro año siguiente, el que nació más tarde, hace lo mismo; e así, si cinco o seis hijos suben de aquel tronco, tantos años viven por la orden que he dicho, llevando uno ellos su año e no dando fructo los otros, sino en aquel año que le cabe la vez. E cumplida la tanda de todos, todo el árbol e tronco principal se secan, y aun antes que el postrero muera, los hermanos que han echado están secos, e los que no han llevado, están verdes e echan hojas, e no fructa, sino por la orden que es dicho. E ponen los indios, de la simiente, otros antes que aquéllos se acaben. Los que con solo un pie se crían e no echan hijo alguno éstos, viven tanto como los hijos todos del otro género que he dicho, e en cinco o seis años, siempre cada año.

LIBRO IX

CAPÍTULO PRIMERO

Del árbol que en esta isla Española llaman espino los carpinteros, e de qué se sirven dél.

El espino desta isla Española, de que nuestros carpinteros e entalladores se sirven, es buen árbol e provechoso, e de muy buena madera, recia e blanca, que tira algo al color amarillo, de la manera e tez que el granado, o mejor, o como lindo naranja. Sírvense desta madera en esta tierra en muchas cosas de su arte, así como para hacer sillas de caderas e también de las pequeñas, que a mí mejor me parescen que las de Granada; e hacen fustes para sillas jinetas, e guarniciones de puertas e ventanas, e cosas semejantes, donde la tabla no haya de ser ancha ni el madero muy luengo e derecho ni

muy grueso, porque este linaje de madera no es para ello, sino para lo que se ha dicho e otras cosas tales.

CAPÍTULO II

De los pinos que hay en esta isla Española, semejantes a los pinos de España, que no llevan piñas sino vanas.

Muchos pinos naturales hay en esta isla Española, grandes y pequeños, todos inútiles en el fruto, pues que no llevan piñas sino vanas e muy chiquitas. Esta es muy buena madera, aunque acá no usan della por estar lejos, y aun porque no es tan dulce ni tal como la de los pinares de Castilla, e tiene mucha más tea e ñudos, e mucha salvajez, e grand olor de la resina, e más enojoso que el de los de España. La hoja es la misma; mas es mucha más, e la corteza, por el consiguiente, es tal como la de los de Castilla. Y en todo son perfetos pinos los de acá; pero no tan altos, ni tan gruesos ni tan derechos como los de tierra de Cuenca o Balsaín, e de otras partes de España donde el pino es presciado. También hay pinos en la Tierra firme, en la gobernación de Nicaragua, en la tierra e sierra de los chondales, e también en la Nueva España e otras provincias. Llaman los indios desta isla Española a este árbol o pino, *caoba*, e sírvense mucho dél, en los ingenios del azúcar, desta leña, donde la tienen cerca, para farol o candiles con que se alumbran de noche para las madrugadas, para moler las atareas e ejercicios que se hacen antes que sea de día.

CAPÍTULO III

De los nogales desta isla Española.

Hay en esta isla, en los montes bravos e selvas e montañas, algunos nogales grandes, que así en la vista e olor e hoja, como en la fructa, así, a prima vista, son como los de España, excepto que las nueces destos de acá no son perfetas ni despiden la fructa, ni se pueden comer sino a nescesidad; pero en aquella tierra del Norte donde se perdió el capitán Pánfilo de Narváez e su gente, tiénense por buena fructa, e en aquella costa setentrional donde la pueden haber, dicen estos agrícolas e personas que lo entienden, que si se injiriesen, serían muy buenos e perfetos nogales, así en la fructa como en todo lo demás, porque en la verdad éstos son nogales salvajes. La madera dellos es muy buena.

CAPÍTULO IV

De las palmas que hay en esta isla Española y en las otras deste golfo y en la Tierra Firme.

Las palmas que hay en esta isla Española, e sus diferencias, sería larga cosa decirse, porque son muchas e de diversas hojas e fructas, e cuescos, e cuentas, que lleva de muchas suertes o formas. Unos tienen las hojas de la manera que las palmas de los dátiles, e aunque éstas no llevan dátiles, son

buenos los palmitos o cogollo de la cima dellas, cuando son bajas e no han crecido mucho. Hay otras palmas que también son buenos los palmitos, seyendo pequeñas; y éstas no crescen mucho, e cada una dellas hace tres diferencias de su tronco en esta manera: el primero, de la alteza de toda ella, que comienza desde tierra, es duro asaz; el segundo tercio, hasta las hojas, es más grueso que el primero que está preñado (como los tallos de las cebollas, donde tienen la simiente o cebollino); y el tercio postrero es la copa de sus hojas. Estas echan unas contezuelas (e no buenas) por fructa, y en aquel tercio segundo (o de en medio), crían muchas veces los pájaros carpinteros (de los cuales será fecha mención en el libro XIV, en que adelante se tracta de las aves desta isla), porque halla más aparejo en este árbol que en otro, y es menos duro para hacer su agujero o nido entre el tronco o mástel destas palmas.

Entre las otras palmas, hay un género dellas que los indios llaman *manaca*⁴⁷, la cual palma es tan gorda como una pipa, e más e menos; su hoja es como la palma de los dátiles, e en altura es mucha. Echa un racimo de fructa, tan grande como un muchacho de tres o cuatro años, e los granos deste racimo, es cada uno como un hobo pequeño; y porque me entiendan mejor (donde no hay hobos), digo que es tamaño como una aceituna de las gordas de Sevilla, o más; desque está maduro, es amarillo.

Estos racimos están muy apretados, de la manera que suele estar un racimo de uvas muy apretadas. Tiene esta fructa encima tanta carne como un hobo, e es algo más espesa, e muy dulce e muy amarilla la carne, tanto, que los puercos que la comen un mes o dos, se les tornan las carnes tan amarillas como la misma fructa. Y de aquí procedía que, en los principios de la conquista desta isla, como faltaban los mantenimientos de España, e aunque no faltasen, se daban algunos españoles a esta fructa, e se les pegada la cara e la persona muy amarilla; y los que destos tales volvían a España, llevaban los gestos tales y de tal color como el azafrán o tericia y peor, segund se dijo en el lib. II, capítulo XIII. Tiene esta fructa unas briznicas que se entran entre los dientes, e tiene cada grano un cuesco del tamaño de unas almendras que hay pequeñas y algo redondas; e partido aquel cuesco, tiene dentro una pepita que, quitándole una telica muy delgada de que está vestida, es muy dulce e sabrosa, e los indios, e aun los cristianos, la comen, cuando la pueden haber, con pan cazabi, y en especial las mujeres la comen mucho. Tienen estos racimos, encima, una vestidura de gordor de dos dedos e algo menos, segund el tamaño e grandeza suya; e cuando la fructa quiere madurar, ábrese aquella vestidura o caja en que está, e cuando está ya bien madura la fructa, cáesele esta cubierta que tiene, e es tamaña como una batea de lavar e aun mayor, o como una buena caldera, e menores algunas, e a veces son tales que caben media hanega de maíz.

⁴⁷Manacla. (*Prestoa montana*) (C.E.D.).

En una villa desta isla, que se llama Salvatierra de la Sabana, tienen algunos vecinos estas vasijas por medidas de media hanega, e a veces acaesce achicarlas por ajustarlas con la media hanega e medida real. Llámense estas bateas o medidas tales, *manabuecas*, e turan, sirviéndose dellas, dos o tres años, que no se quiebran, aunque la echen o caiga de un tejado bien alto. E así ellas no caen de poca altura cuando las despide la palma donde nascieron, sin se quebrar alguna dellas, porque son todas briznas e flexibles, e parece que están compuestas de nervios, e correosas. Hay, de aquestas palmas, en término de aquella villa, más de diez leguas de término, donde en los tiempos pasados tenían los vecinos de la Sabana muchos hatos de puercos con este pasto desta fructa con que engordaban mucho tales animales, e se les para la carne amarilla e sabrosa mucho más que de otras palmas. Asimismo, cerca de aquella villa, e del Este al Hueste con ella, está una isla que se llama Yabaque, en la cual hay innumerables palmas destas de la manaca. Cada palma echa tres e cuatro, e algunas cinco racimos desta fructa que tengo dicho. Está la isla Yabaque cerca de la tierra desta isla Española, a media legua e al oriente de la puncta de Sanct Miguel, alias del Tiburón, de la parte del Sur veinte leguas o pocas menos.

Finalmente, en esta isla Española hay ocho o nueve maneras de palmas, e, como he dicho, no llevan fructo, sino cuentas o cuescos en diferentes maneras, excepto las que se han fecho de los dátiles y las que llaman manaca. Pero de las más de todas, son buenos los palmitos, excepto de las negras, que son otras, las cuales son delgadas y espinosas, e no más gruesas que astas de lanzas. Y éstas llevan unos cuescos, que parecen cocos, con tres agujeros, e tamaño cada coco déstos como una nuez pequeña, o menores. De las palmas que se dijo primero, es buena la madera para pocas cosas, así como cajas de azúcar e para cubrir casas, al modo de los indios, e de poca costa.

Y porque no volvamos a esta materia de las palmas, ni se busque en otra parte, sino que se halle en este capítulo lo que le compete, digo que en la Tierra Firme y en esta isla Española e la de Sanct Joan, e en la de Jamaica, por industria de los cristianos hay muchas palmas en las cibdades e villas e heredamientos, que de los cuescos de los dátiles que se trujeron de España fue su origen, e la fructa que acá dan es tal como se dijo en el libro precedente, capítulo primero. Mas, en la Tierra Firme, allende de todas las maneras de palmas que es dicho, de que hay innumerables en diversas partes, hay otras palmas que son bien altas y de buenos palmitos, e llevan por fructa unos cocos no mayores que las aceitunas cordobesas, e al parescer, así son como el coco, tres agujerillos que le hacen parescer al mono (cocando). Y son estos cocos sin la estopa, sino sólo el cuesco con los menudos y macizos, e no sirven de nada los cuescos por sí, después de desnudos. Estos cuescos están vestidos de una cobertura como los escaramujos de España, e entre esta corteza e el cuesco hay poca carnosidad y ésa es amarilla, e los indios no se sirven deste manjar ni le conocen; mas, como se han traído

negros bozales, a estas partes, de España e Guinea e las islas de Cabo Verde e otras muchas provincias, para servicio de los cristianos, entre ellos hay algunos que prescian mucho este manjar e dicen que lo tienen en su tierra por muy principal mantenimiento. E majan entre piedras estos cocos hasta que quedan en los dichos cuescos, e de aquella corteza colorada e carnosidad amarilla, que primero dije, sale un cierto licor muy bueno e grueso, que parece aceite, e por tal se sirven dello en sus guisados e manjares. E al tiempo del molerlos, les echan un poquito de agua, e salida dicha groseza e aceite, del otro zumo restante que queda más claro, se sirven dél como de vino, e es muy buen bebraje. Estos cocos o fructos nascen amontonados y espesos en un racimo como los dátiles. E a los negros que aquesto comen e hacen este aceite e vino que es dicho, preguntándoles yo de qué tierra eran naturales, decíanme que de una provincia que se llama Ambo. E otros muchos negros no curan de este manjar ni le conocen tampoco, como los indios en algunas partes de la Tierra Firme; pero en otras algunas, los comen cocidos, e yo los he comido desta manera e otros muchos cristianos; e son buenos e de buen gusto, excepto que tienen unas hilas como estopa, entre aquello que se come, que es algo enojoso o empachoso al comer; la cual estopa, unos la echan o escupen, e otros no dejan de lo tragar todo, sin que daño se les siga.

Hay otras palmas altas e muy espinosas, las cuales son de la más excelente madera que puede ser, y es muy negra la madera y muy pesada e de lindo lustre, y no se tiene sobre agua este leño o madera, que luego se va a fondo. Hácense della muy buenas saetas e virotes, e astas de lanzas jinetas, e picas. Y digo picas, porque en la costa del Sur, delante de Esquegua e Urraca, traen los indios picas, de aquestas palmas, muy hermosas e luengas. Y donde pelean los indios con varas tiraderas, tamañas como dardos, aguzadas las puntas, las tiran a sus contrarios, e pasan un hombre e aun a veces un rodela. E asimismo hacen macanas para pelear; e cualquiera asta o cosa que se haga de esta madera, es muy hermosa. E para hacer clavecímbanos o vihuelas, o cualquier instrumento de música que se requiera madera, es muy gentil; porque, demás de ser durísima, es tan negra como un buen azabache, e de lindo e polido lustre como el ébano. Pero, junto con esto, tiene que las varas que los indios tiran destas palmas, hiriendo a un hombre, desgranán, e son peores de sacar aquellas raspas o astillejas, e más dañosas, que la misma herida.

CAPÍTULO V

Del árbol de las cuentas del jabón.

Unos árboles hay en estas islas y en la Tierra Firme que se llaman de las *cuentas del jabón*. Los indios los nombran en diferente manera, segund las diferencias de sus lenguajes. La hoja deste árbol quiere parecer a la de los helechos, pero pequeña. Son árboles altos e de buen parecer. La fructa es

tamaño como avellanas gruesas, o mayor, y no es de comer, mas es útil y provechosa en lo que agora diré. Sacando un cuesco que esta fructa tiene, tamaño como una pelota de un arcabuz, poco más o menos, echan aquella fructa en agua bien caliente, e jabonan la ropa blanca con ello, como lo podrían hacer con un pan de jabón, e tan alta e continuada espuma hace como el jabón; mas la ropa que con esto se acostumbra jabonar, no tura tanto como la que se jabona con el buen jabón. Pero, en fin, a nescesidad, suple y es harto bueno para esto.

El cuesco que digo que tiene negro, poniéndole al sol, parece que hermejea, e destos cuescos, horadándolos, se hacen tan gentiles sarta de cuentas como de azabache o mejores, porque son más livianas e de tan bueno o mejor lustre, e no se rompen tan fácilmente como el azabache. Cada cuesco déstos tiene dentro una pepita pequeña e amarga, y estas cuentas hácenlas del gordor que he dicho, o menores, cuan chicas las quieren, si las cogen antes que crezcan todo lo que pueden crescer, que es hasta ser del tamaño que dije de suso, o poco mayores, los cuescos. Y la fructa es tamaño como guindas, y también son menores, e sécanse en el árbol e quedan algo de color amarillo, e tienen una coronilla prieta. Pero secas e verdes son buenas para jabonar, y mejores cuando están en el medio, que ni estén del todo enjutas ni muy verdes; e aquella carnosidad que tienen es la que tiene esta propiedad. Y mejor se jabona con las raíces del mismo árbol. E otras raíces hay en la Tierra Firme que sirven ni más menos para jabonar.

También hay estos árboles cerca de Panamá e en aquella gobernación de Castilla del Oro.

CAPÍTULO VI

Del árbol llamado mangle⁴⁸, o su fructa, e de los provechos e utilidad que de él se siguen.

Mangle es un árbol de los mejores que en estas partes hay, y es común en estas islas e Tierra Firme, e para varazones de buhíos e estantes o postes para las casas, e para alfarjías e guarniciones de puertas e ventanas e otras cosas menudas, es de las mejores maderas que hay acá. Estos árboles se crían en ciénagas y en las costas de la mar e de los ríos e aguas saladas, y en los esteros o arroyos que salen a la mar e cerca della. Son muy extraños e admirables árboles a la vista, porque de la forma suya no se saben otros que les parezcan en lo que aquí se dirá. Su hoja es algo mayor que la de los perales grandes, pero más gruesa e algo más prolongada. Hácense, innumerables, juntos, e muchas de las ramas se tornan a convertir en raíces. Porque, non obstante que tienen muchas para arriba con sus hojas, y que no declinan para abajo e están altas distintas unas de otras (como en todos los

⁴⁸*Conocarpus erectus* (C.E.D.). Hay distintas variedades, como el amarillo, colorado, prieto y rojo.

árboles están), desas mismas ramas proceden otras muchas gruesas e delgadas e sin hojas que derechamente declinan e van al agua, pendientes desde lo alto o mitad del árbol, e bajan hasta en tierra penetrando el agua, e llegadas al suelo, se encepnan en la tierra o arena e tornan a prender e echan otras ramas, e están tan fijas como el mismo pie principal del árbol; de forma que parece (y es así) que tiene muchos pies, e todos asidos unos de otros. Y en la verdad, es cosa mucho de ver estos árboles así, por ser nueva e apartada su forma e aspecto, de todos los otros árboles, porque cada cual dellos tiene cuasi tantos pies como ramas. Echan por fruto unas vainas de los palmos e más largas, e tamañas como los cañutos de la cañafístola; e aquéllas son de color leonado, e dentro dellas hay una médula e manera de cogollo (o tuétano), que los indios comen cuando no hallan otro manjar (porque éste es asaz amargo), e dicen ellos que es sano. A mí hacerme hía enfermo, aunque no he seído nada regalado ni he dejado de comer lo que he visto comer a otros (que fuese honesto), e teniendo necesidad, e aun algunas veces sin ella, para lo probar e mejor poder esrebir el gusto, allende de la vista; e así probé esta fructa. En fin, ella es bestial manjar e para gente salvaje.

Nuevamente e por experiencia se ve e se ejercita en esta cibdad de Sancto Domingo, que la cáscara o corteza destos mangles es singular para curtir los cueros de las vacas en breve tiempo; porque no quiere dios que tengamos necesidad de arrayán ni zumaque ni de los otros materiales con que en España se adoban e curten las corambres. Antes, los expertos en este arte dicen que este árbol es muy mejor que todo lo que se sabe para el efeto que es dicho; porque en España se tarda en adobar un cuero, o muchos, en los noques donde los ponen a curtir, ocho e aun diez meses, o un año de tiempo, e acá, en sesenta o septenta días se curten e adoban perfectamente, así por la calor natural desta tierra, como por la virtud e propiedad de la corteza destos árboles.

CAPÍTULO VII

Del árbol que en estas islas e en la Tierra Firme nuestros españoles llaman cedro.

Hay en esta isla Española e en otras, y en la Tierra Firme, ciertos árboles que porque huelen bien, los llaman los cristianos cedros; pero en la verdad, no creo que lo son los más dellos, y porque tienen una manera de mejor olor que otros árboles, han querido nuestros artífices e carpinteros darles este nombre. Es buena madera para labrar e hacer cajas e guarniciones de puertas e ventanas e otras labores, e es leño en que no hace tanto daño la broma o carcoma. E por esto, quisieron algunos decir que este árbol es libre de tal enfermedad o daño, e que no entra en él broma; e engáñanse mucho, pues que se ha probado muchas veces e se ve lo contrario, e así aqueste como los otros, padescen este defecto; porque aunque al gusto o tiento de

la lengua del hombre parece más amargo este árbol que otros, no es el gusto de la broma e del hombre una misma cosa. Bien es verdad que ha pocos meses que el piloto Bartolomé Carreño trujo de la isla de la Bermuda a esta cibdad de Sancto Domingo muy hermosas tozas, o troncos muy gruesos, de árboles que acá se llaman cedros, y éstos pasan e hacen mucha ventaja a todos los que en estas partes hasta agora se han visto de buen olor, e se hicieron e hay en esta cibdad muy gentiles mesas e cajas; de los cuales cedros desta isla, yo tracté en el libro II, capítulo X⁴⁹, donde más largamente se puede el letor informar destos cedros y de otras cosas de aquella isla Bermuda; y destos cedros que así huelen, hay muchos e grandes en el golfo de Urabá e en el Darién y en Castilla el Oro e otras partes.

CAPÍTULO VIII

Del roble de aquesta isla Española e otras partes destas Indias

En esta isla Española y otras, y en la Tierra Firme, hay muy grandes robles naturales e como los de España, e de muy recia madera; e la hoja es así como la de los robles de Castilla. Destos y de otro árbol que tractaré en el capítulo siguiente, se hacen los husos y ejes e ruedas de los ingenios de azúcar en esta Isla, e las vigas para las prensas, que son muy luengas e gruesas e a cuatro esquinas labradas, de septenta e ochenta pies de luengo e de diez e seis palmos en cuadro o redondo e cintura, después de labrada la viga. Que es muy grand cosa, e son piezas muy hermosas de ver por su grosseza e longitud; e como tengo dicho, es muy fuerte e buena madera, y a mi ver, yo la tengo por una de las más lindas que hay en el mundo; lo cual nos han enseñado agora, nuevamente, la silla episcopal e las otras que con ella están en el coro de la iglesia mayor desta cibdad de Sancto Domingo de la isla Española, que son desta madera e de la que se dirá, en el siguiente capítulo, del *caobán*. Y digo que, a mi parescer, son sillas que en el coro de las iglesias de Toledo e Sevilla metropolitanas, serían estimadas e tenidas en mucho; porque los asientos e espaldar destas sillas son deste roble, y la guarnición e colupnas e perfiles de caobán, e labradas de excelentes e perfiles esculturas, al romano, de medio relieve; e queda lo .que es de roble, de una color más que pardo e muy vecina a color blanco o como plateado, e lo que es de caobán, muy colorado, que es como un morado que tira a la color de púrpura. En fin, a mis ojos ello es rica madera e la mejor cosa que he visto para semejante edificio e para cualquier cosa en que la quisieren po-

⁴⁹El autor hubo sin duda de olvidarse de que en el capítulo X del libro II sólo trató *del crescer y menguar del mar Mediterráneo y del mar Océano*; manifestando las partes en que esto se verificaba, sin hacer mención de la isla Bermuda, ni de los cedros que produce. Sólo habla de esta isla en el capítulo IX del mismo libro; pero no se detiene a dar de ella los pormenores que en este pasaje indica, según pueden ver los lectores. Acaso para la segunda impresión que tenía proyectada penaría introducir, como lo hizo en otras partes, algunas adiciones para tratar las materias que aquí apunta; adiciones que no llegó, sin embargo, a insertar, pues no constan en ninguno de los códices que se han consultado (Nota de J. Amador de los Ríos).

ner. Pero para labrar este roble, se requiere que esté mucho tiempo cortado e enjuto e curado, porque de sí es humidísimo e ha de tener salida toda aquella agua e estar muy curado. E si hobiere diez años que se cortó, es muy bueno; e si más, muy mejor.

CAPÍTULO IX

Del árbol llamado caobán⁵⁰, desta isla Española.

Caobán es un árbol de los mayores e mejores e de mejor madera e color que hay entre todos los desta isla Española, la cual madera es asaz colorada, e hácense della muy hermosas puertas e mesas, e cajas, e tablazón para lo que quieren, e muy lindas vigas, e tan gruesas e luengas como las quieren o las pide la obra. En todas las partes del mundo sería estimada esta madera, e es muy recia, e hácense della muy hermosas e grandes vigas para las prensas de los ingenios del azúcar (como se dijo en el capítulo precedente del roble), e los ejes, e husos, e ruedas, e todo lo demás que quisieren hacer desta madera. E para los maderamientos de los edificios de las casas en esta cibdad e otras partes desta isla, es la mejor, porque, demás de ser recia, es hermosa e de linda tez. Verdad es que, segund los pueblos destas partes son modernos, ella se pierde presto de la broma o carcoma. Esto puede haber causado no la cortar en sazón e tiempo conveniente, o no la dejar enjugar, e labrarla e asentarla verde en los edificios, sin se curar e pasar tiempo sobre ella, después de cortada. Pero esto se va cada día enmendando en las labores, e se corta en las menguantes de las lunas; e los que pueden, la dejan curar e la tienen de días e tiempo cortada, e como digo, siempre se va todo mejorando. Pero la madera es una de las mejores que hay en esta isla, e también la hay en otras islas y en la Tierra Firme.

CAPÍTULO X

Del terebintos⁵¹ desta isla Española.

Quieren algunos decir que en esta isla Española hay terebintos, y e la Tierra Firme, y no me maravillaría dello. Deste árbol se hace la trementina, segund algunos afirman. Por las señas que el Plinio⁵² nos da desde árbol, yo los he mirado, y parécenme muy diferentes estos que acá llaman terebintos, de los que él escribe; porque dice que el macho es sin fructo, y que el árbol femenino, o hembra es de dos especies, e que la una hace el fructo colorado o rojos, tamaño como una lenteja, e que la otra le hace amarillo, e que madura al tiempo que las vides maduran, e que no es mayor que una haba, de jocundo olor; tocándo, siente de resina, e que nasce en el monte de Troya. E dice que en Macedonia es pequeño árbol, e lleno de troncos, y que en la tierra de Damasco es grande, e que su madera es flexible e dura asaz,

⁵⁰Caoba *Swietenia mahagoni* (C.E.D.).

⁵¹*Alternanthera paronychioides*. Languinaria (C.E.D.).

⁵²Plin., lib. XIV, cap. V.

e de hermoso e negro esplendor, e que hace la flor de la forma que el olivo, pero roja, e las hojas sueltas; e que produce ciertas pelotas, de las cuales, salen animales como los mosquitos, que cantan, e un licor viscoso e como resina, e como de la corteza. Dice que en Siria el macho produce encienso e la hembra es estéril. Tiene la hoja como olivo e algo más luenga e pelosa, e siempre los pezones de las hojas están al contrario entre sí; e los ramos son delgados e cortos, e de aquéste se hacen los pelos blancos. Su simiente es semejante a las lentejas, e tórnase roja cuando las uvas. Es llamado encienso, y es nescesario en las medicinas.

Todo lo susodicho dice Plinio, y helo escripto tan largo, porque ya que no fuese terebinto este que algunos acá llaman terebinto, por estas señas que pone este tan famoso auctor, estén avisados los que por acá andan para mirar en ellas: que no dudo yo haber estos e otros muchos excelentes y nescesarios árboles por acá, e topa con ellos e no los conocer.

Es cierto que yo he muchas veces ocupándome inquiriendo este árbol (por mi persona), hallándome por estos caminos e boscajes en diversas partes destas Indias, y el que concierta en una señal, se desacuerda en otras. E así, por una sola que ven los que no tienen experiencia en las cosas, le conceden el nombre, así como si tuviese todas las partes e circunstancias que Plinio dice; pero yo he visto que estos mosquitos e otros los producen, o salen acá, de algunos árboles; e de otros salen mariposas; e de otros, cotos o gorgojos e otros animalejos de diversas maneras en sí; y también diversos árboles crían los mismos animales. Estos terebintos de acá o cualesquier árboles que ellos sean e así se llamen, no tiene mayor auctoridad que haberlos llamado así quien le plugo; pero mucho les falta para cuadrar con las cosas de suso apuntadas por Plinio, porque, aunque echan resina, no es trementina, ni la simiente o fructa tampoco se determina o conforma. Son grandes estos árboles, e los mosquitos que he dicho, muy amigos e continuos por ellos. La simiente que dice Plinio no la tienen, ni es su fructa de tal forma, e para mí yo no la tengo por terebinto hasta que más averiguado esté o mejor entendido, e la experiencia y el tiempo nos lo enseñen. Verdad es que Plinio no pone sola una especie de terebinto en lo que de suso se ha dicho o expresado de lo que escribe, sino cuatro diferencias; porque dice de los de la selva Ida de Troya, e de los de Macedonia, e de Damasco, y de Siria; y pues que él pone cuatro, no sé yo si la Natura se contentó con esos pocos, o si él inoró los demás. El tiempo lo dirá: que yo bien creo que es más lo que Plinio no escribió destas materias que lo que supo dellas, puesto que hasta agora es habido por el mayor auctor e más abundante de cuantos han escripto de la natural historia. Porque, demás de ser copilador de todos los autores de hasta su tiempo, él añadió asaz materias e cosas al mismo propósito, como muy atentado escriptor e prudente investigador de los secretos e diversidades de tal natura de historia, como por sus treinta y siete libros paresce.

CAPÍTULO XI

Del árbol llamado ceiba⁵³, en especial, e otros árboles grandes.

En los capítulos donde se tractó del roble e del caobán, se dijo de su grandeza, y en la Tierra Firme hay muchos árboles desos e de otros mayores. Y en verdad, si yo hablase estas cosas sin haber tantos testigos de vista, con temor lo diría; pues que la costumbre de los murmuradores no se contenta con repunar a lo que de sí propio parece dudoso; mas aun a lo que es notorio, contradicen. Mas como sé de mi condición e obra que hablo verdad, no es inconveniente que el inorante me muerda, porque menos sangre sacan los perros que ladran al viento. Digo, pues, que a una legua de la cibdad del Darién, por otro nombre llamada Santa María del Antigua, pasa un río harto ancho e muy hondo, que se llama el Cutí. E los indios, antes que aquella tierra ganasen cristianos, tenían echado por puente un árbol grueso que atravesaba aquel río de parte a parte, que tomaba toda la latitud desde la una barranca a la otra, y estaba en parte que continuamente le pasábamos para ir a las minas e a nuestras haciendas, y era muy luego e grueso aquel árbol; mas había tiempo que estaba allí, e íbase abajando en la mitad dél; e aunque pasábamos por encima, era en un trecho dél, dando el agua cerca de la rodilla, y siempre cada año se bajaba poco a poco más, a causa que el río robaba la tierra de las barrancas en que el palo estribaba. Por lo cual, el año de mill e quinientos e veinte y dos, seyendo yo justicia y capitán en aquella cibdad, hice echar otro árbol, pocos pasas más abajo del susodicho, que la Natura proveyó de criarle junto a la una barranca e costa del río. E cortado cuasi todo, fue derribado, quedando alguna cosa por cortar al pie (porque por allí le alimentase la tierra en su propio nacimiento, e se conservase más tiempo e mejor); e caído, atravesó todo el río, e sobró, de la otra parte, más de cincuenta pies; e el río tenía de anchura más de ciento. Este árbol tenía, donde más grueso era, diez y seis palmos o más, y quedó encima del agua más de dos cobdos sin tocar en ella, fecho muy buena puente. Al cual hice echar barrotes, a trechos, e sobre aquéllos, un pasamano; así quel, por la una parte, tenía una haranda, e era gentil puente. E al caer, que cayó la cabeza del árbol e dio a la otra parte del río, derribó e desgajó otros árboles e ramas de los otros que estaban en la otra costa del río, e descubrió ciertas parras de uvas (de las que se hizo mención en el capítulo primero del libro precedente), y eran de las negras, y muy buenas para ser salvajes; de las cuales comimos muchas, más de cincuenta hombres que allí estábamos. Este árbol que he dicho, a respeto de otros muchos que en aquella tierra hay y en otras partes de la Tierra Firme, era delgado, non obstante que así, caído como estaba, no dejaba de crescer, porque como le quedó parte de la raíz, por allí se alimentaba, e cada año era menester limpiar e cortar los pimpollos y ramas que echaba en el trecho que tomaba

⁵³*Ceiba pentandra* (C.E.D.).

la puente o el río; e la cima e copa que estaba en tierra, estaba en tierra, estuvo siempre fresca e verde.

Dice Plinio⁵⁴ que los ladrones de Alemania hacían naves de un leño sólo, el cual concavaban, e algunas de aquéllas llevaban treinta hombres. A este propósito, digo que en la provincia de Cartagena, antes que se poblase de cristianos, e por aquella costa, se hacían canoas, que son las barcas de los indios en que navegan, e tan grandes algunas, que iban ciento e aun ciento e treinta hombres en una dellas. Y son de una pieza o sólo un árbol, e de través, al ancho della, cabe muy holgadamente una piña atravesada, quedando a cada lado lugar por donde puedan muy bien pasar la gente de la canoa. E algunas son tan anchas que tienen diez o doce palmos de bordo a bordo. E las traen e navegan con dos velas, que son la maestra e el trinquete. Las cuales velas son de muy buenas telas de algodón; y estos tales navíos llaman piraguas.

En aquel reportorio que yo escribí e se imprimió en Toledo el año de mill e quinientos e veinte y seis, dije que el mayor árbol que yo había visto en la Tierra Firme ni en las Indias, hasta entonces, fue en la provincia de Guaturo, yendo yo a buscar el cacique de aquella tierra que se había rebelado del servicio de Sus Majestades, al cual yo prendí; e pasando con la gente que conmigo iba por una sierra muy alta y muy llena de árboles, en lo alto della, topamos un árbol, entre los otros, que tenía tres pies o raíces o partes dél en triángulo, a manera de trébedes, e dejaba entre cada uno destos tres pies, abierto, más espacio de veinte pies, e tan ancha e alta cada lumbre éstas, que una muy ancha carreta y envarada (de la manera que las usan en el reino de Toledo al tiempo que cogen el pan) cupiera muy holgadamente por cualquiera de todas tres lumbres o espacio que quedaba de pie a pie. Y en lo alto de tierra, más espacio que la altura de una lanza de armas, se juntaban todos tres palos o pies, e de allí arriba eran uno sólo, o un árbol o tronco, sin división alguna, el cual subía muy más alto, en una pieza sola, antes que desparciese ramas, que no es la torre de Sanct Román de Toledo. Y de aquella altura arriba, echaba muchas ramas grandes. Algunos, después, subieron por aquel árbol, e yo fui uno de ellos, y desde adonde llegué por él, que fue hasta cerca de donde comenzaba a echar brazos o las ramas, era cosa de maravilla ver la mucha tierra que desde allí se parecía hacia la parte de la provincia de Abraime. Tenía muy buen subidero este árbol, porque estaban muchos bejucos rodeados a él, que hacían muy seguros escalones. Era, cada uno de los tres pies sobre que estaba fundado e nascía el árbol, más gruesos de cada veinte palmos. E después que todos tres pies, en lo alto, se juntaban en uno, aquel principal era de más de cuarenta e cinco palmos en redondo. Yo le puse nombre a aquella montaña la *Sierra del árbol de las trébedes*.

⁵⁴Plin., lib. XVI, cap. XLI.

Después que yo escribí lo que he dicho desde grande árbol, he visto otros muchos y muy mayores. Y a mi parescer, las ceibas son los mayores árboles, por la mayor parte, que todos los destas Indias. Y este árbol es de dos géneros: uno que pierde la hoja, e otro que nunca la deja, o siempre está verde. En esta isla Española hobo una ceiba, ocho leguas desta cibdad (donde ha quedado el nombre de *Arbol gordo*), del cual yo oí hablar muchas veces al Almirante don Diego Colom, e le oí decir que él con otros catorce hombres tomados de las manos, aún no acababan de abrazar aquella ceiba que llamaban árbol gordo. Este árbol peresció e se pudrió, e muchos viven hoy que le vieron e dicen lo mismo de su grandeza. Para mí no es mucha admiración, acordándome de los que he visto mayores, en la Tierra Firme, destas mismas ceibas. Otro árbol grande de aquestas ceibas hobo en la villa de Santiago, en esta isla Española; pero el uno e el otro son mucho menores que los que se hallan en la Tierra Firme, de aquestas ceibas.

Y porque en la provincia de Nicaragua son los mayores árboles que yo he visto hasta agora, y que exceden mucho a todos los que he dicho, diré solamente de una ceiba que vi muchas veces en aquella provincia, no media legua de la casa e asiento del cacique de Tecatega, a par de un río del asiento del cacique de Guazama, que estaba encomendado a un hombre de bien, llamado Miguel Lucas, o de sus compañeros Francisco Núñez e Luis Farfán. El cual árbol yo lo medí por mis manos con un hilo de cabuya, e tenía de circuito, en el pie, treinta e tres varas de medir, que son ciento e treinta e dos palmos; e porque estaba orilla de un río, no se podría medir por lo más bajo, cerca de las raíces, e sería sin dubda más de otras tres varas más gorda: que los unos e los otros palmos, bien medido, tengo que en todo serían treinta e seis varas, que tienen ciento e cuarenta e cuatro palmos de vara. Lo cual es la más gruesa cosa de árbol de todos los que yo he visto.

La madera destes árboles o ceibas es fofa e fácil de cortar, e de poco peso, e no es para labrar ni hacer caso della para más de dos efetos. El uno es su lana, e el otro la sombra que hacen grande, porque son grandes árboles e de muy tendidas ramas, y sana, y no pesada como la sombra de otros árboles que hay en estas Indias, que notoriamente son dañosos, así como la del árbol de que se hace la hierba con que tiran sus flechas los indios caribes. La fructa destes árboles es unas vainas tamañas como el dedo mayor de la mano, e tan gordas como dos dedos, redondas e llenas de lana delgada, que después de maduras, se secan e abren por sí mismas por la calor del sol; e después el viento lleva aquella lana, entre la cual están ciertos granillos, que es su simiente, como están otros entre el algodón.

Esta lana me paresce a mí que es cosa notable. Y la fructa de la ceiba es a manera de los cogombros amargos de Castilla, salvo questos fructos de la ceiba son mayores e más gruesos; pero el mayor no es más luengo que el dedo mayor de la mano; e cuando es maduro, ábrese al luengo en cuatro

partes, e con el primero viento, váse la lana (que ninguna otra cosa tiene esta fructa dentro de sí), e parece que ha nevado por todo aquello que la lana ha alcanzado a cubrir la tierra. Es aquesta lana cortica, e parésceme que no se podría hilar; mas para almohadas de cama o cojines de estrado (no se mojando), es una lana única en la blandura e sin ninguna pesadumbre en la cabeza, y para lechos de príncipes, la más delicada e de estimar de todas las lanas: es una seda y más delgada que las sotiles hebras de seda. Así que, ninguna pluma ni lana ni algodón se le iguala; pero si se moja, hácese toda pelotas y se pierde. Yo lo he experimentado todo esto, y en tanto questa lana no es mojada, ninguna hay tal como ella para cojines o almohadas de cama.

Acostumbran los indios en Nicaragua, tener lugares diputados para el tiánguez (que quiere decir mercado), donde se juntan a sus contractaciones e ferias e truecos, e allí tienen dos, tres e cuatro árboles destas ceibas para hacer sombra; y en muchas plazas o tiánguez, dos o tres ceibas, o cuatro, bastan para dar sombra a mil e dos mil personas, e así ponen las ceibas, segund es mucho o poco el concurso de la plaza o tiánguez. Aqueste árbol así grande que en esta isla llaman ceiba, como he dicho, se llama en la provincial de Nicaragua *poxot*, y en otras partes tiene otros nombres.

CAPÍTULO XII

Del árbol o manzanillo⁵⁵, con cuya fructa los indios caribes flecheros hacen la hierba con que tiran e pelean, la cual, por la mayor parte, es inremediable.

En esta isla Española, en la costa del Poniente della, en las sierras de la punta de Sanct Miguel, que otros llaman del Tiburón, en la costa de la mar y en otras partes desta isla e de otras islas deste golfo, y en mucha parte de la Tierra Firme, a la banda del Norte, en especial desde Paría, e aun desde la boca del Drago, e la isla de la Trinidad, al Occidente, hasta el golfo de Sanct Blas, e cerca del puerto del Nombre de Dios, que son más de trescientas leguas de costa, innumerables manzanillos hay, de los cuales los indios caribes acostumbran, con otras mixtiones ponzoñosas, hacer aquella diabólica hierba con que tiran sus flechas.

Estos son unos árboles parrados o bajos, comúnmente, e algunos hay altos más que tres estados de un hombre; e son muy copados e llenos de hoja, la cual quiere parescer a la del peral. E estos árboles se cargan mucho de una fructa de unas manzanillas de muy buen olor, tamañas como cermeñas, pero redondas, aunque algunas hay prolongadas, e con un poco de color roja matizadas, que les da buena gracia en la vista; mas son malas e ponzoñosas, ellas y el árbol, en sus efetos. En esta isla, los indios no sabían hacer

⁵⁵*Metopium toxiferum* (C.E.D.).

esta hierba ni la usaban; mas la fructa no hay hombre que la vea, sin o la conosce, que le falte deseo de se hartar della, porque su vista e olor es para convidar a ello. Y está probado por muchos e muchas veces, que de echarse algunos hombres ea dormir descuidadamente debajo de aquestos árboles, no los conosciendo, en poco espacio que les ture el sueño a la sombra de tal manzano, cuando se levantan es con grandísimo dolor de cabeza, e hinchados los ojos e las cejas e mejillas. E si por caso el rocío deste árbol toca en la cara, es como fuego, e levanta e abrasa los cueros en cuanto alcanza; e si cae en los ojos, o los quiebra o ciega, o pone en mucho trabajo peligro de los perder. La leña deste árbol, encendida, no hay quien mucho espacio la comporte, porque luego da mucha pesadumbre; e es tanto el dolor de cabeza que causa, que presto hace arredrarse los circunstantes que estovieren alrededor, tanto que sean hombres como otro animal cualquiera.

Plinio dice, dando por auctor a Sextio⁵⁶, que los griegos llaman a cierto árbol *similace*, e que en Arcadia es de tan potente veneno, que mata al que duerme o come debajo dél. Puse aquí esto porque parece a los manzanillos de acá, de quien aquí se tracta. Mas, con todas sus malas propiedades, diré lo que contesció a un caballero de mi tierra, deudo mío, e mancebo natural de Madrid, llamado Gonzalo Fernández del Lago, que al presente vive, el cual pasó a estas partes; e el año de mill e quinientos e quince fue desde aquesta cibdad de Sancto Domingo con cierta armada a hacer la guerra a los indios caribes de la isla Cibuqueira, que agora se llama Sancta Cruz, e continuándose la guerra, e con harta nescesidad de bastimento, vencido de su gula, comió cinco o seis destas manzanillas, e ningún mal le hicieron. E comiera muchas más, si no se lo estorbaran los otros cristianos, diciéndole quién es aquella fructa, lo cual él no creía, e la loaba e dijo así: “Yo no sé lo que os decís; pero a mí muy bien me han sabido estas manzanillas, e si no me dijéades que eran malas no dejara de comerlas hasta hartarme dellas”. En fin, que daño ni ningún movimiento hicieron en su persona ni estonces ni después, y hoy es vivo. Creo yo que escapar él deste error e de tan pestífera fructa, fue la causa la que hace que la vedegambre no mate a los que la comen, si no topa con alguna sangre; porque ésta hacen la hierba los ballesteros en España, e algunos dellos he oído decir que la comen e se purgan con ella, e que es muy buena purga, si no topa sangre en quien descargue su ponzoña; y así debe ser en estas manzanillas. Pero a este gentilhombre las manzanillas, caso que no le hicieron mal, tampoco le provocaron a purgar, al cual yo le hablé en esta cibdad el mismo año que le había acaesido lo que es dicho, e le pregunté si era verdad que había comido esta fructa, como me habían dicho, e él dijo que era verdad e que había pasado de la manera que aquí lo he escripto.

⁵⁶Plin., lib. XVI, cap. X.

CAPÍTULO XIII

Del árbol que en estas partes se tiene por taray, porque le parece mucho en la hoja, pero llámanle, en esta isla Española, cohoba⁵⁷.

Tarayen España es muy conocido, e hállase comúnmente en los sotos e riberas de muchos ríos, así como en Tajo, Duero, Ebro, Guadiana, Guadalquivir. E en otras muchas riberas de España le he yo visto este árbol taray; mas, todo el taray que yo he visto en España, es muy pequeño en respecto de los árboles, que en estas Indias hay, muy grandes e muy altos e gruesos e de grandes ramas, que en la hoja son ni más ni menos que los verdaderos tarayes de las riberas que dije de suso. Y uno destes es aquel árbol que tengo dicho de las cuentas del jabón, e otros que no las llevan e son, en la hoja, conformes. Mas la madera destes de acá no es tan maciza ni pesada como el taray de España, porque ésta es algo fofa e ligera, más del todo no es mala madera. E algunos destes árboles, ni los que acá parecen al taray en la hoja, no son de un género; porque, como he dicho, algunos llevan aquella fructa para jabonar, e otros llevan unas arvejas o habas negras e redondas e durísimas e no para comerlas hombre ni algund animal. E aqueste *cohoba* lleva unas arvejas que las vainas son de un palmo, e más e menos, luengas, con unas lentejuelas por fructo, que no son de comer, e la madera es muy buena e recia.

CAPÍTULO XIV

De los árboles del helecho en esta isla Española e otras islas e en la Tierra Firme.

Cosa es muy común el helecho en muchas partes destas Indias e islas e Tierra Firme del mar Océano, y de muchas maneras, e también lo hay como lo de Castilla de las sierras de Segovia e otras partes de España, e haylo de otro muy mayor, e hasta tanto, que las ramas son no menores que una lanza luenga o más. Pero, allende de todos estos helechos, hay otros, que yo cuento por árboles, tan gruesos como grandes pinos, e muy altos, e las hojas son de la misma hechura que la de los helechos de España, puesto que muy mayores, e así de aquella fación e hechura, que cada hoja es otras muchas hojas, e cada una de aquéllas es otras menores, como está mejor de entender a quien ha visto bien los helechos que no a quien esto leyere sin haber en ellos mirado. Digo, pues, que de la propria forma tienen la hoja estos árboles; e son muy frescos, e por la mayor parte crían en las costas de los arroyos e quebradas, en las sierras e montes donde hay agua. Mas los unos e los otros que he dicho (o los más dellos), están muy rodeados de bejucos e cuerdas e otras venas que quieren parecer en la hoja a la yedras e otras hierbas semejantes que con estos árboles se intrincan e abrazan.

⁵⁷*Anadenanthera peregrina*. Tamarindo de teta (C.E.D.).

CAPÍTULO XV

De los árboles del brasil que hay en esta isla e otras, e en la Tierra Firme.

Brasil es árbol muy conocido e útil e provechoso a los tintoreros de paños e lanas, e a los pintores, e para otras cosas, e hay mucho en algunas partes de la Tierra Firme, para cargar cuantas naves quisieren dello. Y asimismo lo hay en algunas islas de la costa de la Tierra Firme, e haylo en esta nuestra isla Española, no lejos, sino a par del lago de Xaragua e por aquellas sierras. Es árbol no muy alto ni derecho. Su color es morada, después que es fecho rajas, que tira al morado o color de púrpura; e en la provincia e montañas del cabo de Sanct Miguel, que otros llaman del Tiburón, hay muchos árboles éstos. Quieren parescer encinas, pero más delgados e torcidos, e no tan altos, comúnmente. La cáscara salta, de recia, en el árbol, e la hoja es acarrascada y no áspera. Pero donde mayor cantidad hay desta leña e árboles de brasil, es en la gran costa de la Tierra Firme, a la banda de nuestro polo ártico, de grandísimos boscajes, desde el grande río Marañón la costa arriba hacia el Oriente. E porque es árbol tan conocido e notable, no diré más de él, pues hay muchos que tienen experiencia de sus utilidades e provechos, y efetos de sus colores e propiedades, que podrán mejor testificar sus operaciones.

CAPÍTULO XVI

*Del árbol llamado corbana*⁵⁸.

Corbana es un árbol que se halla en esta isla e otras muchas partes destas Indias. Es poderoso árbol e de fortísima madera; tanto, que de fuerte, ninguno de los que acá se saben es su igual; e es tan recio de labrar, que se tuercen o saltan los filos de las hachas, partiendo o labrando esta madera. Yo he fecho hacer en esta fortaleza de Sancto Domingo (que por Sus Majestades tengo) algunos ejes de carretas de culebrinas e otros tiros de artillería, recios, desta madera, por ser tan fuerte como es, en lo cual ninguna encina ni roble se le iguala. E demás deso, tiene otra grand propiedad, y es que nunca se pudre debajo de tierra, hincada una viga o un poste o palo deste árbol, segund muchos dicen; pero como todo lo de acá es moderno, no se sabe por experiencia aquesto, sino por aviso de indios. Algunos que labran casas, han comenzado a maderarlas desta corbana; porque de la que más se usa, que es el caobán, ya se sabe que presto peresce, no obstante que, con sus tachas, se labra el caobán por la mayor parte. Mas, si esta otra del corbana adelante se halla buena e el tiempo la aprueba, en mucha estimación será tenuta para los edificios. Su hoja es delgada e luenga, e echa unas flores gentiles, blancas, algo rosadas, e su fructa es como arvejas; en las cuales están cinco o seis pies o más lentejas llánicas e algo mayores que lentejas, y durísimas. Destos mismos árboles pienso yo que son los que hay

⁵⁸Córbano (*Pseudalbizia berteriana*) (C.E.D.).

en la Tierra Firme en la provincia de Nicaragua; e allá los cristianos llaman, a tales árboles, madera negra, de la cual los indios usan para hacer sombra a otros árboles que ellos precian mucho, que llaman cacao; porque dicen que ni se envejecen ni se pierden estos árboles de la madera negra, que pienso yo que es la misma corbana; de la cual madera negra e de su perpetuidad debajo de tierra, se dijo en el libro precedente, cuando se tractó de los árboles del cacao que también se llaman cacagnat.

CAPÍTULO XVII

*Del árbol llamado cuya*⁵⁹.

Cuya es un árbol grande e de muy hermosa e fuerte madera, e cuasi o poco menos recia que la corbana, de quien se tractó en el capítulo de suso; pero ésta es mejor de labrar e de más linda tez; del cual se hacen hermosas vigas, e si con el tiempo prueban bien e son más turables que el caobán, en mucho habían tenidas. Algunos que edifican, lo comienzan a usar, e ponen algunas vigas para ver con el tiempo cómo prueban. En lo que más se gasta al presente esta madera es en guarniciones de herramientas e cepillos e otros instrumentos para encorporar o engastar herramientas de guvias e barrenas e mazos, por su mucha dureza e lindo lustre. Y deste árbol hice yo poner un eje a una carreta de una gruesa culebrina de la desta fortaleza, que pasa de septenta quintales de bronce; e la sostiene tan gallardamente e sin hacer sentimiento alguno, aunque es muy furioso tiro, que pienso yo que es única tal madera para semejantes cosas; porque, segund el peso del tiro, es delgado el eje, y no se pudo hacer más grueso por no enflaquecer la cureña o caja en que está la pieza; y non obstante eso, suple muy bien, y se cree que será más turable que de otra madera alguna. Y por esta pieza, podrá el alcaide que me subcediere, entender lo que yo no viere, para su aviso.

CAPÍTULO XVIII

*Del árbol llamado maria*⁶⁰.

Maria es un árbol de los grandes que hay en esta isla Española, y el nombre es muy sanctísimo. Mas los indios, en el acento no le nombran como nosotros; antes se diferencia, porque ellos, después que han dicho *mari*, dicen *a* con un poco de pausa entre la penúltima sílaba e la última. Esta es buena madera, e hácese della muy gentiles canoas, que son las barcas de los indios; e yo la he tenido en esta cibdad que me traía por este río, de una heredad mía, treinta hanegas de maíz, allende de algunos haces de leña e hierba e otras cosas, e siete u ocho negros que la bogaban; por manera que, descargada, podían bien andar en ella más de treinta personas. Mas otras mucho mayores, al doble, hay desta madera y de un solo árbol,

⁵⁹*Cuya*. *Cleome spinosa* (C.E.D.).

⁶⁰*Calophyllum calaba*. *Maria* (C.E.D.).

para edificios no es tan buena madera como otras, porque fuera del agua no tura tanto, ni su fructo es bueno ni se come, antes amarga, e no es para los hombres.

CAPÍTULO XIX

De otros árboles útiles que hay en esta isla e otras y en la Tierra Firme, llamados ciguas⁶¹.

Cigua es un árbol asaz conviniente en estas partes, por las utilidades que dél se siguen. Es fresco en su hoja; su fructa no es buena. Para lo que es provechosa la madera deste árbol, que es asaz grande, son los fustes de las sillas jinetas, porque es flexible la madera e muy ligera, e para cosas de poco peso es muy singular leño. Y entre los otros provechos a que sirve y es muy apropiado material, es para la cosa más perjudicial de todas cuantas el ingenio de los hombres ha hallado e inventado, para abreviar la vida e ruinar los edificios e muros e casas fuertes, mediante la pólvora. En la cual yo he fecho experimentar, en esta cibdad de Santo Domingo de la isla Española, a los artilleros que Su Majestad tiene en esta fortaleza, el carbón desta cigua; y el carbón de este árbol es excelente y se hace muy singular pólvora con él, y le loan por el mejor que se pueda hallar o haber para esto que he dicho.

CAPÍTULO XXI

De dos cosas notables en las maderas e árboles desta isla Española y de las otras islas e Tierra Firme.

Antes que a más se proceda, pues que la materia deste libro y árboles salvajes, de nescesidad, ha de ir aumentándose, así como con el tiempo se fueren experimentando las cosas deste jaez, quiero decir dos cosas notables, pues no impedirán al proceso e orden que llevo en la narración de la historia, y pues lo que diré es general e toca a estas nuestras islas e a la Tierra Firme. La una es que muy pocos son los árboles que en estas partes pierden las hojas. Y así como en Asia e Africa, e en nuestra Europa, y en lo restante del mundo fuera destas nuestras Indias, son pocos los árboles que mantienen la hoja e la atienen continuamente, así, acá, por el contrario, jamás están sin ella ni la pierden en algún tiempo, sino algunos e muy pocos.

Dice Plinio⁶² que el olivo, laurel, palma, mirto, ciprés, pino, yedra, ni el rododendro no pierden jamás la hoja, e pone, asimismo, trece árboles salvajes que tampoco la pierden, así como abete, larice, pinastro, ginebro, cedro, terebinto, box, sschio, aquifolio, alcornoque, naxo, taray, corbezolo (este corbezolo pienso yo que debe ser mimbre) e otros. De manera que pone por todos veinte e uno: y entre los esterpos que no se les cae la hoja, pone

⁶¹*Nectandra antillana*. Existen distintas variantes: cigua aguacatillo, amarilla, blanca, boba, goraita, laurel y prieta (C.E.D.).

⁶²Plin., lib. XVI, cap. XIX.

la caña y el rovo. Este rovo es carrizo u otra tal especie. En fin, que son, en número, veinte y tres. E dice que en el territorio taurino, donde fue la cibdad Síbari, había una encina que no perdía jamás la hoja, ni metía antes de la mitad del verano. Así que, todos los que el Plinio especifica, son veinte e cuatro géneros los que no pierden la hoja, non obstante que el mismo auctor dice que a los susodichos se les caen las hojas excepto en lo alto.

Mas quiero yo decir, de los árboles destas partes, al contrario de lo que dice Plinio; y es que no pienso yo que se hallarán en las Indias seis árboles que pierdan la hoja ni la dejen de tener continuamente. Y de los que a mi noticia al presente me ocurren, solos cuatro son los que yo sé que en estas Indias la pierden. El uno es los ciruelos de Nicaragua, y los hobos; y dije cuatro, porque en mi opinión, estos dos son de un género, e que no lo sean, serían cinco los que la pierden. E el otro es las higueras de Castilla, e aun éstas totalmente no pierden toda la hoja, porque verdes o secas, alcanzan, las nuevas, algunas hojas en el árbol, que le quedan del año pasado, que también se caen venidas las nuevas. El otro es el árbol de la cañafístola; e el otro algunas ceibas.

Con todo, dice el mismo Plinio que es tanta la fuerza del sitio o lugar, que en torno a Menfis de Egipto e de Elefancie, ni en Tebaida, a ningún árbol ni vid se le cae la hoja. De manera que en estas particulares provincias dice lo mesmo que por estas Indias hay o vemos en esto, si yo lo he sabido entender; porque, aun destes que he dicho que acá pierden la hoja, los dos son forasteros e traídos poco ha por nosotros de España, así como las higueras e la cañafístola.

Pasemos a la otra particularidad o notable que me queda de decir de las maderas destas partes e de su fragilidad. Es cosa muy notable e asaz dañosa en las maderas desta isla Española, que habiendo como hay en esta cibdad de Sancto Domingo muy buenos edeficios, segund lo poco que ha questa tierra se comenzó a poblar e a labrar las casas della, están ya las maderas de las puertas e las vigas de los sobrados o casas, dobladas, e todo lo que es de leña tan menoscabado e comido de broma e comijén e carcoma, e tan envejecidas e penetradas todas las maderas, que ha fecho e hace más impresión el tiempo en ellas (para su daño) en un mes, que en España suele hacer en dos años. Bien tengo creído questos defetos que parescen en los primeros edeficios destas partes, harto dello debe proceder, como en otro lugar lo he dicho, de no haber sabido cortar las maderas en su tiempo debido o sazón conviniente, e de las labrar verdes e no enjutas, y también de no tener experimentados los géneros de las maderas. De forma que la experiencia ha de ser el desengaño desto, y la que enseñe los hombres con el tiempo, y éste ha seído acá muy corto. Antes es de maravillar cómo están muchas cosas tan adelante e cerca de ser entendidas de todo punto en esta cibdad, segund lo que tiene edificado, e seyendo tan modernísima población. Por esta misma razón se cree que todas estas dificultades, e otras

semejantes, de las maderas y edeficios, ternán ya mucha enmienda en lo presente e por venir, pues de los mismos defetos toman su principio los avisos, para que la gente de buen entendimiento, como más enseñada, provea en lo venidero. E conosciadamente son mejores mucho las maderas e la labor, e lo que se edifica al presente, que no en el tiempo pasado, cuando aun a los más de los árboles no se les sabía el nombre. Y agora, como cada día se aumentan las labores e se ennoblescen e magnifican los edificios, puesto que son muy costosos todos los materiales, y la mayor costa de todas es la broma, no obstante ésa, se mejoran mucho las moradas; aunque el comijén no tan solamente corrompe e pasa las maderas, pero los muros de piedra e paredes de tierra (que creo que son en esta cibdad de Sancto Domingo de las mejores del mundo comúnmente), todo lo trasciende e penetra. Ya los que se ocupan en cortar la madera, guardan las menguantes de la luna e tienen mejor entendido el género de los árboles, e así cada uno los aplica más sabiamente a lo que le conviene.

CAPÍTULO XXXIII

Del árbol llamado damabagua⁶³, e de ciertas cortezas de árboles para sogas e cuerdas.

El árbol llamado *damabagua* es muy común en esta isla e otras, e en la Tierra Firme, e hay muchos árboles déstos. La madera no es buena ni su fructa; pero su corteza no se desprende porque della hacen los cabestreros muy buenas sogas, del tamaño e gordor que quieren, e asimismo jáquimas e maneotas para caballos e otras cosas, e la jarcia para navíos pequeños. Y en esta isla Española hacen de cortezas de árboles, otro hilo, e cordeles delgados que llaman *daguïta*, y éste es el mejor género de hilo de todos para alpargates e hamacas e otras cosas, e más recio que el henequén e que la cabuya. Otras cortezas de árboles coloradas hay en esta isla Española, las cuales llaman *xagüey*, de las cuales, asimismo, hacen alpargates e sogas e otras cosas; e danles este nombre, porque en esta lengua de Haití el árbol que descortezan para esto le llaman *xagüey*, y a un charco llaman *xagüey*, y aun charco llaman *xagüey* asimismo.

CAPÍTULO XXXIV

Del árbol llamado guao⁶⁴.

Guao es un árbol que es más que planta, e por eso le llamo árbol: que también los he visto grandes. Quiere parescer, en la hoja, al que en España llaman *acebo*, y este guao tiene la hoja muy verde e así crespa. Puédesele atribuir a su fuego e ardor todo lo que se dijo de los manzanillos de la hierba en el cap. XII deste libro IX; pero no en la ponzoña, porque si en ella le

⁶³Majagua. (*Hibiscus tiliaceur*) (C.E.D.).

⁶⁴Comodadia glabra (C.E.D.).

ponen los indios (que no me maravillaría de eso), no lo sé ni lo he oído. Pero en lo demás, es un fuego e potentísimo cáustico, en tanta manera, que cierta leche blanquísima que sale cortando o despezonando las hojas, o cortando sus cogollos, o el zumo de las ramas o hojas, e aun el rocío que sobre tal árbol está, caído en la cara o en cualquier parte de la persona, lo abrasa, cualquiera cosa destas, e lo quema e alza ampollas e lo hincha, que es cosa para admirar. Y diré lo que vi a un compañero, destes chapetones o nuevamente venidos, que no conociendo este árbol, estando que estábamos en el campo, él se apartó a hacer lo que no pudo excusar para hacer cámara, e como se quiso limpiar, deparóle su suerte ciertas ramas, allí a par, deste guao, e tomó algunas hojas e con ellas limpióse, de tal manera, y quedó tal, que en toda esa noche no pudo dormir ni aun a otros dejó reposar, ni en el día siguiente ni aun a otros dejó reposar, ni en el día siguiente dejó de padecer tanto ardor en aquella parte, que no se podía valer. Y, en fin, es tal, que en lugar de solimán, sirve para comer la carne podrida de las llagas, e es más incomportable.

Con todo esto, es bueno para lo que agora diré. Y es que las indias desta isla, nuestra Española, algunas dellas que se atreven a padecer por parecer mejor, como han envidia de ver a las mujeres de España blancas, toman las raíces del guao e ásanlas muy bien; e después que están muy asadas e blandas, tráenlas entre las palmas buen rato, frotándolas, e en medio la raíz, e hácenla tornar como pasta de engüente; e con aquello úntanse la cara e pescuezo, e todo lo que quieren que les quede blanco, e sobre aquello ponen otras unciones de hierbas e zumos confortativos para que el guao no las ase vivas o lo puedan comportar; e a cabo de nueve días, quítanse aquello todo e llávanse, e quedan tan blancas que no las conocerán, segund están mudadas e blancas, como si nasceran en Castilla. Pero ni de las indias que esto hacen, ni de las cristianas españolas que gastan solimán e albayaalde en afeitarse, pocas aciertan a ser monjas ni aun a hacer cosa que honesta sea; y esto baste quanto al guao.

LIBRO X

CAPÍTULO PRIMERO

Del árbol o planta con que se sueldan las quebraduras o cosas rompidas en la persona del hombre.

Hay en esta isla Española unos árboles que son comunes e hay muchos dellos en estas islas, e muchos en la Tierra Firme, los cuales son espinosos e tales, que, al parescer, ningún árbol o planta se puede ver de más salvajez; e segund la manera suya no me sé determinar si es árbol o planta. Hace unas ramas llenas de unas pencas anchas e disformes, o feas, de muy mal parescer e talle, e muy gruesas y espinosas; las cuales ramas fueron primero hojas e pencas cada una dellas e de aquella hoja o penca nascieron otras, e de las otras, otras. E destas pencas endurecidas, o en tanto que se endurescen,

procrean otras, alogándose, e de las otras, otras, e de penca en penca se convierte en rama. Finalmente, es de tal manera este árbol, que tengo por dificultoso poder darse a entender por escrito, e sería necesario pintarle de mano de tal pintor, e de tan apropiadas colores, que por la vista se comprehendiese lo que por las palabras no creo que es posible entender ningún absente, tan al propio como de otros árboles se entiende, por ser tan desemejante de todos, que otro nombre me parece que no hay tan al propósito de su salvajez y extremos nunca oídos ni vistos en otras partes, sino monstruo del género de los árboles.

Machadas las pencas deste árbol, quitadas las espinas primero, e tendido lo que así se machacare en un paño de lienzo, a manera de emplasto, e ligada con ella una pierna o brazo quebrado, después que primero se hayan concertado los huesos rompídos, lo suelda e junta e afija tan perfectamente como si nunca se quebraran, si bien se conciertan primero los huesos de las tales quebraduras. E hasta que ha hecho su operación, está tan asido el emplasto o medecina ya dicha con la carne, que es muy dificultoso e penoso despegarlo; pero así como ha curado e fecho su buena operación, luego, por sí mismo, se aparta e desecha el emplasto de aquel lugar donde lo habían puesto. De estos mismos árboles hay muchos en la provincia de Nicaragua, en la Tierra Firme, y echan una fructa colorada, brescada, tamaño como una aceituna gruesa, de color de un muy fino carmesí; e tiene unas espinas por encima toda ella, como vello, cuasi invisibles por su sotileza y delgadez, y éntanse por los dedos cuando hombre las toma en las manos. E desta fructa, en aquella tierra, las indias hacen cierta pasta, e córtanla en pedazos cuadrados, tan delgados como una alcorza, e tamaños como una uña del dedo, y envueltas en algodón, porque no se quiebren, las sacan a las plazas y a sus mercados a vender, y es cosa estimada para se pintar con esta color los indios e indias. Y es excelente color, de carmesí muy bueno, e alguno dello declina a color rosado; y es mejor color, para se afeitar las mujeres, que la que en Italia e Valencia o España y otras partes usan las que quieren enmendar, o, mejor diciendo, remendar y estragar la imagen o figura que Dios les dio. Destas piezas o pastillas de esta color, he yo experimentado muchas en dibujos e pinturas, por mi placer e por ver si es color turable; e hallo que es excelente pintura, porque en algunas cosas pintadas en papel, yo la tengo puesta más ha de seis años, y está hoy mejor e más viva la color que el primero día que se asentó. Y téngolo por mucho, porque se templó con agua clara e sin goma ni alguna otra diligencia de las que los pintores suelen usar para templar sus colores, antes que las labren.

Es muy semejante este árbol, en las hojas, a los cardos con que en esta cibdad bardan las paredes de los corrales de las casas, o como las hojas de las tunas, que son los mismos cardos de quien se dijo en el libro VIII, en el capítulo XXVIII. Estos árboles no cresce, el mayor dellos, más alto que dos estados, o poca cosa más de la estatura de un hombre. La color del tronco es pardo aspero,

e los brazos e ramas asimismo, e los extremos dellas, que son las hojas, están algo verdes. E algunas nacen por el través, donde quiere de nuevo principiarse otra rama en la misma hoja; pero todas las hojas, como he dicho, son muy espinosas, como las tunas, e asimismo las ramas. Pero con mi mal dibujo, ponné aquí la forma que tiene este árbol, si lo supiere hacer, para que, juntamente con lo que dél tengo dicho, mejor se pueda entender e considerar (lámina 4ª, figura 2ª). E si esto no bastare, digo que quien desde esta cibdad de Sancto Domingo desta isla Española fuere a la villa de la Yaguana, que es al poniente e parte occidental desta isla, hallará destos árboles muchos en el mismo camino real, e ha de pasar a par e junto con ellos, de nescesidad, sin se desviar del camino, antes que lleguen a las vegas e cumbres del puerto del río Hatibonico, e desde allí viniendo a esta cibdad, en muchas partes.

CAPÍTULO II

Del árbol llamado guayacán, con que se cura el mal de las búas.

Dos árboles hay muy notables y excelentes en estas islas e aun en la Tierra Firme. Porque, así como es común el mal de las búas en todas estas partes, quiere la misericordia divina que así sea el remedio comunicado, e se halle para curar esta dolencia. Pero aunque en otras partes se halle esta enfermedad, el origen donde los cristianos vieron las búas, y experimentaron e vieron curarlas y experimentar el árbol del *guayacán*, fue en esta isla Española. El otro se llama palo sancto, y éste hay en la isla de Boriquén, llamada agora por los españoles Sanct Joan; e cuando della se hable, se dirá del palo sancto.

Así que, tornando al guayacán, yo le he visto en esta y en otras islas, e también en la Tierra Firme, en la provincia que los indios llaman Nagrando. Y pues en esta isla Española hobieron los españoles conocimiento deste árbol, póngole aquí, aunque en otras partes se halle; e quiero decir lo que es muy notorio, así en las Indias como en muchas partes del mundo donde le han llevado, tras la misma enfermedad, para remedio della. E hay tantos árboles guayacanes en estas Indias, que pienso yo que son menos los pinos de tierra de Cuenca, e aun todos los otros de España, en número. Es árbol aquéste muy excelente, e innumerables veces experimentado, así en estas partes como en Europa, e donde de acá se ha llevado para esta temerosa enfermedad de las búas (la cual, en Italia, como en otra parte he dicho, llaman el mal francés, y en Francia el mal de Nápoles). Y en España y en otras partes del mundo se han visto muy grandes curas que ha hecho este árbol en hombres que de mucho tiempo estaban tollidos e hechos pedazos de muy crudas llagas, y con extremados dolores. Y es ésta una enfermedad de las más desesperadas e notables e trabajosas del mundo, segund es notorio a los que desta plaga son tocados, e mejor pueden por su experiencia los tales testificar della; e a los que Dios, por su clemencia, ha librado de semejante dolor, es espantable tal pasión.

Entre los indios no es tan recia dolencia ni tan peligrosa como en España y en las tierras frías; antes estos indios fácilmente se curan con este árbol. La cual cura es subjecta a mucha dieta e a beber del agua que hacen, cociendo este palo en ella, sin la cual dieta él no aprovecha, antes daña. Poca necesidad hay que aquí se exprese la manera de cómo este remedio se ejercita, porque es ya muy notoria e común cosa saber usar deste palo, e también porque, donde se dijere del palo sancto de la isla de San Joan, se dirá más largo, pues lo uno e lo otro se cuece de una manera e lo toman de la misma forma. Y están tan diestros ya en España como acá, para aprovecharse deste remedio. Pero es de tener aviso en que se procure que el palo sea fresco cuanto más pudiere serlo. Digo fuera de las Indias, porque en ellas cada día se puede haber e cortar del campo; mas, en España e fuera destas partes, han de buscar el más grueso, porque se seca más tarde, e acá se ha de procurar en más delgado, porque esté más tierno e purgativo.

Cúranse deste mal tan fácilmente los indios, como en España de una sarna, y en menos le tienen, y ésles muy común. En aquesta isla es famoso el guayacán que se trae de una isleta que llaman la Beata, que está en la costa desta isla e cerca della. E otros quieren otro; e como les place, lo escogen. Tiene este árbol la corteza toda manchada de verde, e más verde e pardillo color, como suele estar o parecer un caballo overo o rodado. La hoja dél es semejante a la del madroño; pero ésta es menor e más verde, y echa unas cosas amarillas por fructo, que parecen como si dos altramuces, juntos el uno al otro, estuviesen asidos por los cantos. Es madero muy fortísimo e pesado mucho, e tiene el corazón cuasi negro sobre pardo. E demás de sus virtudes, sírvense dél en muchas cosas, así como en los dentellones de las ruedas de los ingenios e trapiches del azúcar y en otras cosas.

Mas, porque la principal virtud deste madero es curar el mal de las búas, e dije que la forma de cómo se toma, lo diría donde se hable del palo sancto, diré aquí otra recepta, segund lo he visto acá usar, puesto que de suso me pensé excusar de hablar en la cura; y es así. Toman astillas delgadas deste palo, e algunos le hacen picar menudo, y en cantidad de dos azumbres de agua, echan media libra del palo, o algo más, e cuece hasta que mengua las dos partes, e quítanlo del fuego e repósase; e después, bebe el paciente una escudilla de aquella agua por la mañana, en ayunas, veinte o treinta días; pero de veinte abajo, no ha de dejar de beber esta agua el que quiere quedar bien curado. Y en aquel tiempo guarda mucha dieta, e no come carne ni pescado, sino pasas e cosas secas e poca cantidad, salvo solamente lo que baste a sustentar, y algún rosquete de bizcocho; y entre día, han de beber de otra agua cocida con el mismo guayacán. E desta manera he yo visto sanar a algunos enfermos, pero sin llagas. E han de estar en lugar muy guardado de todo aire, en tanto que se toma esta agua, y aun algunos días después, no se ha de alargar en salir mucho a partes desabrigadas. Ni tampoco lo que para esto conviene, no lo digo tan particularmente como toman

este palo o agua dél algunos, sino como yo le he visto acá hacer, donde es más fresco el árbol.

El que tuviere necesidad, no se cure porque lo que yo aquí digo; porque esta tierra es muy diferente de la de Europa, e acá es menester grandísima diligencia para se guardar del aire el enfermo de tal pasión; e mucho mayor cuidado debe de haber en se esconder de los aires, donde son más delgados e sotiles, e la tierra fría. Y no debe el enfermo salir por ningún caso de una cámara muy guardada de todas partes e abrigada. E a mi parecer, el que en España se hobiere de curar con este palo, ha de guardarse y estar mucho sobre aviso, así en lo que digo que no la dé aire como en la dieta. Pero ya es tan usado este trabajo en tantas partes, que están los hombres diestros en la manera que se ha de tener para usar deste remedio. Y no es aquéste sólo con el que los indios sanan e se curan; porque son muy grandes herbolarios e conocen muchas hierbas, e tiénelas experimentadas para esto e para otras muchas dolencias.

Está averiguado que este mal es contagioso, e que se pega de muchas maneras, así en usar el sano de las ropas del que está enfermo de aquesta pasión, como en el comer e beber en su compañía, o en los platos e tazas con que el doliente come o bebe; y mucho más de dormir en una cama e participar de su aliento e sudor; e mucho más habiendo exceso carnal con alguna mujer enferma deste mal, o la mujer sana con el hombre que estuviere tocado de tal sospecha; tórnanse, las personas, de Sanct Lázaro, e gafos, e cómense de cáncer. Y en estas partes e Indias, pocos cristianos, e muy pocos digo, son los que han escapado deste trabajoso mal, que hayan tenido participación carnal con las mujeres naturales desta generación de indias. Porque, a la verdad, es propria plaga desta tierra, e tan usada a los indios de indias, como en otras partes otras comunes enfermedades. Pero yo he visto algunas veces a indios, en especial en la Tierra Firme, que en sintiéndose mal de aquesta enfermedad, con poca sospecha della, luego continúan a beber del agua cocida con este palo, e a guardarse del uso de las mujeres por muchos días; porque dicen ellos que ellas son las que tienen cargo de repartir e comunicar este dolor y enfermedad, y en especial en la provincia de Nicaragua, donde hay muy excelente guayacán, así en la provincia de Nagrando como en otras partes de aquella tierra.

CAPÍTULO III

Del árbol del bálsamo, que llaman en esta isla Española, donde aqueste licor se ha hecho primero que en otra parte alguna.

Hay en esta isla, en muchas partes, unos árboles de que se hace este licor que acá llaman bálsamo (puesto que no lo es), ni deja de ser excelente medicina. Estos árboles no son de linda vista, e quieren parecer algo a los perales de Castilla en la grandeza o tamaño de la altura; mas la hoja no es así, sino como la que tienen los granados, pero muy más delgada. Tiene este

árbol un pie, e a veces dos e tres e más juntos, como en algunas partes las higueras e granados e otros árboles, e los troncos e ramas parece a la vista que están secos, pero las hojas verdes e frescas; e no se encopa, sino suben derechas las ramas. E los indios le llaman, a este árbol, *goaconax*, y es así como tea en el alumbrar. E porque arde muy de grado, van los indios de noche a pescar con tizones desta leña, y en rájándole, huele bien, pero no a los indios; antes les aborresce su olor. Hay mucha cantidad, por los montes e boscajes destas islas y de la Tierra Firme, destos árboles, e no son menos que en España las encinas o pinos, en número.

Este secreto deste licor que acá llaman bálsamo, sin lo ser, e que se hace del árbol que he dicho, se publicó por parte de Antón de Villasanta, vecino que fue de esta cibdad de Sancto Domingo, el cual, segund yo he oído decir a algunas personas, lo alcanzó e supo de su mujer que es india e natural de aquesta isla. E otros dicen que el que aqueste licor enseñó, fue un médico, gran filósofo, italiano, que pasó a estas partes el año de mill e quinientos e quince. Yo le conocí e vi en esta cibdad, llamado Codro, el cual después murió en la Tierra Firme, en la costa austral, cerca de las islas de Zorobaro e del puerto de Punuba; hombre en la verdad de grandes letras, de humanidad e muy sabio y experimentado en cosas naturales, a que había andado mucha parte del mundo, y el deseo de ver estas Indias le trujo a morir en ellas. Pero sea el inventor de aqueste bálsamo artificial cualquiera que haya seído; que el que lo publicó e gozó dél interese primero fue este Antón de Villasanta, al cual la Cesárea Majestad del Emperador Rey, nuestro señor, hizo mercedes por ello.

Tornando, pues, a lo que hace al caso, digo que hay ya muchos hombres en esta isla que saben hacer este bálsamo, el cual, segund algunos afirman, se hace de trozos pequeños destos tales árboles, que, cocidos en agua, sale dellos un licor como aceite, o más espeso, de color de arlope claro; e usan dél para las heridas frescas e cuchilladas o lanzada, o cualquier otra herida reciente, porque *immediate* restaña la sangre, y no se ha visto ni se sabe otra cosa medicinal que tan presto suelde e cierre la llaga. Y hanse visto muy grandes experiencias deste bálsamo en heridas muy grandes y mortales, y hálas sanado e curado muy bien e brevemente, e mitiga el dolor de las tales heridas. E afirman muchos, que aprovecha a otras agrandes e graves enfermedades, de las que se suelen tener por incurables. Pero en esto yo me remito a los que lo han experimentado, porque yo no lo he visto usar ni ejercer; mas, a muchos que lo han probado, he oído grandes loores deste bálsamo e de sus operaciones.

También he oído a otros blasfermarlo e decir que es peligroso donde no se sabe aplicar, en especial en aquello que tiene más excelencia, que es en lo de las heridas frescas, porque suelda muy presto, y en el cerrar de la llaga o herida, quiere mucho tiento, e no me maravillo que esto sea así. Porque tanto pan puede comer uno, que le haga mal provecho; e tanto vino puede

beber un hombre, que se embriague e adolezca; mas, tomando templadamente estas cosas, sustentan la vida. De manera que los extremos todos son dañosos e no carecen de vicio, e todo lo que es medicinal, requiere mucha experiencia, en especial en cosas que nuevamente vienen a noticia de los hombres e que son poco usadas; quanto más que las complisiones no son unas para probar los remedios que ha poco tiempo que se usan, ni todos los médicos entienden de una forma las dolencias, ni quieren sanar tan presto como podrían algunas veces, e cuando querrían, no son a tiempo sus consejos que aprovechan. Harto es que se tiene por cierto, en la común opinión del vulgo, que es muy provechoso licor este bálsamo, si dél saben usar.

Sácase, asimismo, deste palo, cierta agua, por otro cocimiento que acá saben algunos, que es muy apropiada a todos los humores e males causados de frialdad. Pero desta agua ni del bálsamo, yo no me quiero extender a más, pues hay aquí muchos que por experiencia pueden hablar más largo en ello, y porque está prohibido que ninguno lo haga; porque este Villasanta dio a entender en España que daría a Su Majestad un gran tesoro con este bálsamo, y está mandado, so graves penas, que ninguno lo haga, e aqueste se murió sin cumplir lo que prometió. Pero yo digo lo que es público. E quanto al tesoro que había de dar, no se efectuó. En verdad, si mi parescer se tomase, ni Su Majestad pornía tal entredicho en cosa de que tanto bien podría resultar, ni dejaría de mandarlo hacer a cuantos quisiesen, e después repartirlo por todos los que lo hobiesen menester; pues que para el Rey no pueden faltar otros intereses mayores para el acrescentamiento de sus rentas.

...Yo me he detenido algo en esto deste árbol, de que se hace este que acá llaman bálsamo artificial, e más pudiera decir dél, segund me han informado, e aun segund lo que yo he visto de sus efetos a pro e a contra; pero no quiero que nadie se cure por mis palabras, ni deseo tal crédito en medecina, pues que no la estudié ni es de mi profesión ni ejercicio, sino de los que viven probando a curar o matar. Del bálsamo verdadero, Plinio⁶⁵ e otros auctores muchos han escripto, e no hay nescesidad aquí de hablar en él, pues los efetos del buen bálsamo son apropiados a otras cosas muy apartadas de las que con este licor artificial se curan o quieren algunos curar.

CAPÍTULO IV

De los manzanillos de las avellanas para purgar.

Paresce cosa de notoria contradicción llamar a este árbol manzanillo e llevar avellanas, pues que no consueñan el árbol, o su nombre, con la fructa; pero éstos son errores del vulgo. Y como los cristianos primeros que a estas partes pasaron, los llamaron manzanillos, hánse quedado con el nombre

⁶⁵Plin., lib. XII, cap. XXXVI.

improprio, e dan avellanas, e una fructa que parece mucho a las avellanas después de mondadas. Pero hablando más a lo cierto, yo no lo tengo por árbol, sino por planta; y el mayor dellos es de alto catorce o quince palmos, poco más o menos. Nómbrase, entre los arbustos, *ben*, según quieren nuestros boticarios o especieros; y éste es el que acá le dan los doctores de medicina y herbolarios cristianos. Echan unas hojas que quieren parecer algo a las del cáñamo, pero mayores y más frescas; y entre ellas echan unos fluecos como el hinojo, donde echan la simiente, pero colorados, y en aquéllos hacen unos capullos redondos, y por esto los llamaron manzanillos. Pero estos capullos están divididos e cubiertos con una ligera o delgada cáscara, dentro de los cuales están unas pepitas blancas, tres o cuatro en cada capullo, las cuales, en el sabor e blancor son como buenas avellanas, e aún mejores; pero en las obras son las que agora diré.

Ellas no son para todos estómagos, porque yo vi en esta cibdad una dueña que se purgó, o a lo menos quisiérase purgar, con esta fructa, e no pudo, aunque se comió nueve avellanas destas, e ninguna mudanza hizo su vientre, e así se lo oí jurar a la misma. Digo más, que vi en Valladolid, año de mill e quinientos y trece, que había ido a negociar con el Rey Católico un Joan de la Vega, veedor que fue en esta isla de Cuba, el cual vino a estas partes con el Almirante primero, año de mil e cuatrocientos e noventa y tres; e como era de los primeros pobladores, tenía bien experimentada esta fructa en sí y en otros, e había llevado de estas avellanas, porque decía que se hallaba él muy bien con ellas cuando tenía necesidad de se purgar; e a quien él daba alguna dellas, era como si le presentara una cosa muy preciosa. Ofrescióse que adolesció allí un mancebo, su sobrino o pariente, que él quería traer acá, e para le purgar, le dio la mitad de una destas avellanas, e vacióle de tal manera, que no le quedaron las tripas en el vientre, e dentro de veinte horas, o menos, se murió. Al cual Joan de la Vega yo vi llorar el sobrino e lo que había aprendido o experimentado destas avellanas.

Quiero inferir lo que signifiqué dellas en el capítulo antes deste, e digo que a algunos estómagos o personas no empecen ni aun los mueven estas avellanas, e a otros hacen purgar tanto, que los matan, o les causan tanta corrupción, que los ponen al cabo de la vida. Y también he visto a otros muchos purgar moderadamente, e les hacen mucho provecho. Mas, porque esta medicina es violenta, ha de haber mucho tiento e consideración en usar de ella, e por tanto, los que toman estas avellanas, cenan primero una buena gallina e se hartan, e después, desde a una hora o más, toman una avellana, o media, segund a cada uno parece que le conviene.

En fin, esta purga o forma de se purgar los hombres, se aprendió de los indios, e para este efeto ponen en sus huertos y heredades estas plantas, e aun hoy, en esta cibdad, las hay en muchas casas de cristianos. Pero en la mía, en mis días no la habrá, porque el año de mill e quinientos e veinte, llevando a

mi mujer e hijos a Tierra Firme (desde donde había ido por ellos), pasé por esta cibdad y en una posada donde estuve, había en un corral unos manzanillos éstos; e como los niños son golosos e comen todo lo que hallan, y el mayor dellos no había ocho años, comieron cuantas ellos pudieron alcanzar destas avellanas (o hallaron caídas, porque después que están maduras, fácilmente se rompen aquellos palillos o pezones de que están asidas e caen en tierra, puesto que las avellanas se sostienen dos e tres años sin se romper). E desde a poco comenzaron los muchachos a purgar tanto, que cayeron en tierra desmayados e como muertos, e aun así creí yo que me había quedado sin hijos e que no vivieran; e fueron socorridos de Dios, e dióseles aceite para vomitar, e otros remedios con que presto fueron ayudados, e quiso Nuestro Señor que escaparon, e no poco fatigados y flacos para algunos días.

Dando conclusión a esta materia, digo que en los principios que estas avellanas comenzaron los cristianos a probar y experimentar en sus personas, hasta acertar a medir estómagos con la cantidad que habían de tomar desta fructa, hobo hartos burlados e otros aprovechados, porque nuestros médicos no las conocían ni las sabían aplicar. Agora ya muchos las piden e las prescían, e aun desde España envían por ella.

CAPÍTULO V

De las plantas del algodón desta isla Española.

Mucho algodón hay salvaje en esta isla Española; e asimesmo en los heredamientos hay algunas matas puestas a mano, y esto es mejor que lo que está por los campos, e más blanco e de más altas plantas, e alguno cresce estado e medio o dos, y encébase, e así se continúa en dar su algodón, sin que curen más dello. Pero como en esta isla no se dan a lo labrar e cultivar, no se hace tanto como en el tiempo de los indios, que tenían más cuidado dello. Los cristianos no se ocupan en esta granjería, aunque es muy buena, e se aumentaría tanto cuanto quisiesen, así como en la Tierra Firme, donde hacen ordinarias hazas dello todos los años, e lo siembran e lo cogen. Pero aquello es bajo en comparación de lo de aquí, aunque también he visto allá destas matas altas; e por tanto, lo que más se puede decir del algodón, quedará para la segunda parte desta *Natural y General Historia de Indias*.

CAPÍTULO VI

De las higueras de infierno⁶⁶ que hay en esta isla Española.

Las higueras que llaman de *infierno* son muy comunes en todas estas islas y en la Tierra Firme. Estas, entre los médicos e boticarios y herbolarios, se llaman tártagos o cataputia mayor. No sé yo qué propiedades en la

⁶⁶*Bocconia frutesiens*. Yagaimo macho (C.E.D.).

medecina se tienen; pero en cantidad, hay tantas destas higueras acá, que ocupan mucho, e no querrían tantas en el campo, ni mucho menos en esta cibdad, e aun dentro en los corrales de las casas, e a do quiera, hay acá muchas dellas.

CAPÍTULO VII

De las cañas y carrizos de esta isla Española.

Cañas hay muchas en esta isla, macizas e gruesas, como astas de lanzas jinetas muchas dellas, e mucho más altas que picas luengas asaz dellas; pero, como he dicho, son todas macizas, e son buenas para los edificios de los buhíos de los indios, e aun para muchas cosas se sirven dellas los cristianos. Estas son comunes en esta isla y en todas las Indias destas partes. Las tierras donde nascen estas cañas, son fértiles e muy buenas para sembrar en ellas el pan o maíz de los indios, e para hacer conucos de todas las otras cosas e labranzas que ellos cultivan e siembran. E asimismo hay muchos carrizos en los lagos e padules y en muchas costas de algunas riberas desta isla. Estos son delgados, como los cálamos, e éstos hacen flechas los indios caribes, e con éstos adornan las casas, e las encañan e hacen labores muy gentiles sobrepuestas e de manera que parescen muy bien. Pero no son de aquellos cálamos buenos para escrebir, aunque hay algunos de aquéllos, pero pocos, en esta isla Española.

CAPÍTULO VIII

De los juncos que hay en esta isla Española.

Hay juncos, en esta isla, como los de España, pero menores mucho, y éstos en las costas de algunos lagos y estancos. Pero hay otros, que en España llaman juncos de la India, que en Castilla e otras partes los hombres viejos y de edad traen por bordones, e algunos por auctoridad, que son de tres esquinas, gruesos, e otros más delgados e muy ligeros. Estos, aunque allá los llaman juncos, no lo son; e púselos aquí para quitarlos deste error a los que así los nombran; pero en la verdad, no son sino hojas de cierto género de palmas que hay acá, en estas y en las otras islas destas Indias, e muchos más en la Tierra Firme. Parescióle a alguno llamarlo juncos porque, en lo macizo destes bordones, quieren parecer a los juncos en aquella forma del leño, o lo que es; pero estos que, como digo, yo veo que se llaman en España juncos, son acá palmas, e nascen estas hojas desde el pie, e muy altas, e muchas juntas, e no se hace árbol grande, sino un circuito grande destas hojas. Y estos tallos de enmedio de las hojas, o el lomo dellas, es estos bordones; e desde bien alto de tierra, este tallo echa las hojas, como la palma. Haylos muy gruesos, e los delgados se llevan a España para aquellos báculos de los hombres ancianos; pero muy más gruesos los hallarán que dos e tres de los que llevan, e muy ligeros o de poco peso.

LIBRO XI

CAPÍTULO PRIMERO

De las hierbas e plantas que se han traído de España a esta isla Española e a otras partes destas Indias, e cuáles hacen acá simientes e cuáles no.

De Castilla se han traído pepitas de melones, e éstos hay muchos e buenos cuasi todo el año, e en su tiempo y sazón hay muchos más; pero pocos o muchos, no faltan lo más del tiempo e hacen muy buena simiente e no hay nescesidad de la traer de Castilla.

Hanse traído pepitas de pepinos e hacense muy buenos; e la simiente que hacen es muy buena e hay mucha, e no hay nescesidad de traer ya simiente de Castilla para ellos, porque acá hay mucha.

Hierbabuena, la cual en algunas partes la llaman hierba sancta, y en otras se dice menta: ésta se hace muy bien acá e la hay todo el año, e no hay nescesidad de la Castilla, porque prende mucho, e donde se encepa, se conserva y aumenta.

Berenjenas: éstas no es menester traer más dellas, porque acá les es tan natural e a su propósito esta tierra, como a los negros la Guinea, porque acá se hacen muy mejor que en España, y un pie de berenjena tura dos e tres e más años, dando siempre berenjenas, e las unas están pequeñas e las otras mayores e otras están en flor. Yo he visto algunos pies de berenjenas muy más altos que la común estatura de un hombre. En fin, se hacen mejor que en parte alguna de España.

Fésoles: éstos se hacen acá muy bien y es muy buena legumbre. Dánse en grand abundancia. Llámanse, en Aragón, judías, y en mi tierra, arvejas luengas. Déstos tampoco hay nescesidad de traer más simiente, porque en estas islas y en la Tierra Firme se cogen muchas hanegas cada año; y en la provincia de Nicaragua son naturales de la misma tierra, e hay grandísima cantidad de hanegas dellos cada año, e de otros fésoles de otras maneras e de colores diferenciados, e otras legumbres como habas, o mayores.

Apio: esta hierba se trujo de España e hayla en muchas partes e casas desta cibdad e en los heredamientos; e no hay nescesidad de la traer más de España, porque se hace muy bien, e como encepa una vez cerca de algunas, acequias, e donde tenga agua, no falta apio.

Zabiras: también se trujeron de Castilla, las cuales son aquellos cardones verdes e gruesos de que hacen el acíbar; e dánse muy bien acá, e haylas por las casas e heredamientos en mucha cantidad, e habría cuantas más quisiesen en estas partes, dándose a tal manera de granjería.

Culantro: esta simiente se trujo de Castilla e grana acá, e hácese muy bien, e no hay nescesidad de traer la simiente, si se quieren dar a ello.

De las cosas que se renuevan, trayendo la simiente de España, diré lo que tengo entendido; porque aunque granen, no es buena la simiente.

Cogombros se han fecho en esta isla de la simiente que se trujo de Castilla, y la que acá echan no es buena, y hay nescesidad de la renovar.

Lechugas hay muy buenas, y cuasi todo el año, de la simiente que se trae de Castilla, porque la que acá echan, ni es buena ni grana bien.

Rábanos hay buenos y cuasi en todo tiempo; pero mejores un tiempo que otro, y la simiente que hacen no es buena e es menester renovarla e traerla de Castilla.

Berros hay en esta cibdad e isla, con la misma dificultad, que es menester renovarse; y son pobres acá de hojas aunque son buenos.

Perejil se hace muy bien; pero no grana, e es menester que se traiga la simiente.

Cebollas: de la simiente de Castilla se hacen; pero no tales como las de Castilla ni tan grandes, e las que acá nascen, mejor se pueden llamar cebolletas e cebollones, e no granan acá, e es menester traerse la simiente de Castilla.

Coles o berzas de aquellas que llaman llantas: éstas son de la forma de las de Nápoles (pero no son tales éstas); y también hay repollos, que se dicen berzas murcianas, e hácese aquí muy bien; pero es menester que para se continuar se traiga la simiente de Castilla.

Nabos: éstos son acá buenos o malos, como acierta la simiente que para ellos se trae de Castilla; pero acá no tienen tal sabor como en España, porque, en fin, quieren tierra fría, non obstante que alguna vez aciertan a ser tan buenos como los de Somosierra, si la simiente es muy buena.

Zanahorias hácese acá; pero no tales como en Castilla, ni granan, e son aguanosas e desgraciadas.

Romerachas es una forma de raíces salvajes que parescen rábanos, las cuales yo comí en Roma e Nápoles e otras partes de Italia, y aquí asimismo muy buenas las he comido. No granan aquí, e por eso ha mucho que ya no las veo en esta isla.

Cardos se han hecho asimismo en esta cibdad, e no buenos ni maduran bien, y amargan harto; pero cuando los hay, no faltan comedores para ellos, ni los dejan de loar algunos por caros que cuesten. Mas, en la verdad, ellos son de mala gracia e para poca estimación.

Acelgas: también se trae la simiente de Castilla e se hacen muy buenas en esta cibdad; pero para se continuar siempre, es menester que la simiente se renueve, porque no grana acá.

CAPÍTULO II

De las hierbas que hay en esta isla Española, que son como las de España e que acá las había, antes que los cristianos pasasen a estas partes, e son naturales de la tierra, e no se trujeron de Castilla.

Primeramente hay chicoria, o *cicoria*; cerrajas que llaman los herbolarios *rostrum porcinum*; berdolagas o *pertulaca*; berbena o *verbena*; hierbamora o *solatrum*; llantén, al cual los médicos llaman *plantago*; pan y quesillo, alias *biusa pastoris*; altamisa, alias *matricaria*; escudere, alias *nenúfar*; albahaca u *azimum gariophiolatum*, alias *basilipo*; lengua cervical o *scoloprendia*;

culantrillo de pozo o *capillus Veneris*; poleo o *politrique politricum*; doradilla o *ceteraque*; dianos o *adiantos*; poleo montesino, *poligium agreste*; persicaria o *herba maculata*; malvavisco o *altea*; polipodio o *polipodium*; muérdago de roble, aunque nasce acá sobre otros árboles, o *viscus querci*; abrojos de mar o *tribulus marinus*. Bledos, o *bletum*; salvia o *lilifagus*; granos de amor o *miliun solis*; juncia redonda o *ciperus*; trébol hidiondo o *trifolium leporinum*. Todas estas hierbas hay acá, segund lo he entendido de nuestros boticarios e herbolarios e yo he visto las más dellas en estas Indias. Demas de las que he dicho, hay asimismo e son acá naturales, como en España, helechos muchos y de muchas maneras en el tamaño dellos, hasta tanto que algunos árboles hay que parescen deste género, o a lo menos de su hoja; manzanilla de la misma manera de Castilla y de las mismas flores y olor; zarzas de las mismas de España y de otras muchas maneras, e algunas más gruesas y de diferentes flores, y algunas dellas de muy buen olor; escaramujos de los mismos que hay en Castilla, rojos y de la mesma hoja; marrubios, pero no huelen bien e son más altos que los de Castilla; tornasol o girasol o *helitropia*, mas no son machos, que no echan aquella fructa o granos de que se hace la tinta azul, para iluminar las letras cardinales que suelen hacer los que escriben libros de letra redonda o formada; malvas como las de España cuasi; pero dicen estos boticarios que en sus efetos son perfetas malvas; mastuerzo e culantro: estas dos hierbas tienen el mismo sabor que el mastuerzo e culantro de Castilla; pero son de otra manera de hojas, mucho más anchas, y las del culantro algo espinosas.

CAPÍTULO III

De la hierba que los indios llaman y, e de sus utilidades e propiedad.

En esta isla e otras en la Tierra Firme, en muchas partes, e en grandísima cantidad, hay una hierba que se llama y, la cual es muy común e hay mucha abundancia della, e los campos llenos. En algunas partes nasce por sí mesma, sin industria ni trabajo de los hombres, hace una rama luenga, como la correhuela o la yedra, e cuasi de aquella hechura tiene la hoja, salvo que muy delgada la de la y. Esta es muy gran pasto y bueno para los puercos, e los engorda mucho, y es a su propósito tanto e más que en España la bellota, porque en sus raíces hallan mucho gusto e mantenimiento. En algunas partes se purgan los hombres con ella, en especial en la Tierra Firme un tiempo; e yo la vi tomar en la cibdad del Darién a algunos cristianos; e es tan segura, que se puede dar a un niño o a una mujer preñada, porque no es violenta ni para más de hacer retraer al doliente tres o cuatro veces a la purgación. Tórnase desta manera. Majan mucho esta hierba, e el zumo cuélanlo con un paño de lino limpio, e porque pierda aquel verdor o sabor húmedo de la hierba, échanle una onza de azúcar a una escudilla della que quepa hasta cuatro o cinco onzas, e bébela en ayunas, e no ha de dormir el

doliente hasta que haya purgado. E aunque no le echen azúcar, no amarga; pero si no hay azúcar, échanle un poco de miel a la cantidad que es dicho. E sin lo uno ni lo otro se puede tomar. Yo vi loar mucho esta manera de purga a los mismos que la habían tomado.

Tiene aquesta hierba unas gentiles flores, a manera de campanillas, de cuatro dedos, e más, luengas, e de la misma hechura que se dijo de las del bejuco (donde dél se tractó), salvo que las del bejuco son blancas y éstas son azules, de una muy fina e linda color. Hierba es que en esta isla y en las otras de aqueste golfo, e en muchas partes de la Tierra Firme, la he visto y en mucha cantidad, como he dicho, los campos llenos della sin se poder ver la tierra, porque ella en sí es espesísima y echa tanta rama, que todo lo cubre; y porque mejor se entienda, acordé de la pintar aquí como ella es el proprio (lámina 4^a, figura 3^a).

CAPÍTULO IV

De la planta o árbol que los indios llaman goaconax y los cristianos le llaman bálsamo para las heridas e para otras enfermedades; e decirse ha de qué manera se hace aquel licor que en estas Indias llaman bálsamo.

En el libro precedente, en el tercer capítulo, se dijo del bálsamo artificial que en estas Indias se hace del árbol *goaconax*, el cual fue hallado por Antonio de Villasancta, que yo conocí (e poco tiempo ha que murió). Otros dicen que el que esto enseñó fue Codro, filósofo italiano que yo conocí e murió en estas partes. E allende dese bálsamo, hay otro que también le dicen bálsamo, sin que uno ni el otro lo sea; y el segundo licor (o lo que es), se tiene por tan bueno o mejor que el primero; porque a muchas personas, en diversas pasiones que se ha experimentado, ha seído utilísimo, en especial a los humores fríos e pasiones que de frialdad proceden. Del cual licor, hablando más particularmente, digo que se hace desta manera. Esta es una planta que nasce de sí mesma, sin industria de los hombres, e de que hay mucha cantidad en esta isla e en otras partes, e cresce hasta parescer árbol de estado e medio de altura de un hombre, o cuasi tanto como dos estados, los astiles o varas; e el más gordo es como el dedo pulgar, e de color pardo. Las hojas son verdes e gruesas e anchas, e por de dentro son más verdes que por las espaldas. Llamo yo las espaldas a la parte que tienen levantado, o más relevado, el nervio que va, por la mitad de la hoja, desde el pezón a lo más alto della. El cual pezón no es verde, sino cuasi colorado, e las hojas, en algunas partes dellos, están matizadas de una rojeza o color que tira a un rojo morado. La fructa que echa son unos racimos de la longitud de la mano (extendidos los dedos), e llenos de uvas, e cada uva o grano tomaño como un garbanzo, e ralos, e no tan juntos como son los granos de las uvas de las parras salvajes. Estos granos están verdes, e en alguna parte colorados o algo rojos, como he dicho que es la color de los pezones de las hojas; e cuando maduran, se van más colorando, e después de bien maduros, están en partes cuasi

morados oscuros, e así son también los racimos de las uvas o granos del árbol dicho goaconax, e en el fructo poca diferencia hay de lo uno a lo otro. Pero volvamos al segundo bálsamo, que no es árbol, sino planta.

Toman los cogollos desta planta, e aun algunos de los racimos de su fructa, e hacen trozos aquellos tallos, e pónenlos a cocer en una caldera que quepa cuatro arrobas o esté hasta la mitad llena destes cogollos e racimos, e hinchen la caldera de muy buena agua, e pónenla así a cocer, e cuece hasta que ha menguado la mitad; e después apartan la caldera del fuego e sacan aquellos tallos, e toman, o tienen ya aparejados, otros tantos tallos e racimos majados, e échanlos en aquella agua, e acrescientan otra tanta como la mitad que había menguado la primera vez que se coció. Quiero decir que, pues al principio, con los tallos enteros e sin majarlos, se echaron cuatro arrobas, que con los segundos, que han de entrar majados, se acresciete una arroba de agua fresca sobre las dos que quedaron del primero cocimiento, e se torne al fuego e cueza hasta que se espese a se torne como arroje o miel; e estando así, se ha de quitar del fuego e dejarlo asentar; e después cuélanlo por un cedazo de cerdas no muy ralo, porque el orijo se quite e quede líquido el licor o bálsamo artificial, e ponen aparte lo limpio, en sus botes o redomas; e untan las llagas o desgarraduras, e aunque falte carne en la herida, restaña la sangre e cura las llagas maravillosamente. E algunos dicen acá que es mejor que el bálsamo de goaconax, e está muy experimentado.

La hoja vera desta planta, al natural, es como aquesta que aquí está debujada (lámina 4ª, figura 4ª), puntiaguda en los extremos, así donde fenescce, como en la parte del pezón.

Hacen asimismo agua, sacada por alquitara, de los tallos o cogollos de la cima desta planta, que es mejor que aguardiente, e muchos se hallan bien con ella. Acaesció, poco tiempo ha, que una rueda de una carreta tomó a un negro la pierna por la pantorrilla, al luengo e no de través, porque no le rompió hueso alguno; mas desgarróle mucha parte de la carne, machucada e rota e de tal manera, que se pensaba que perdiera la pierna o la vida, o quedara en mucha manquedad; e en menos de veinte días estuvo bueno e trabajaba como si no hobiera tenido mal alguno, solamente poniéndole con este licor paños de lienzo limpios untados en él, e renovándolos, curándole una o dos veces al día.

Cuando duele el vientre u otra parte de la persona, sí es de frialdad, bebiendo algunos tragos del agua que he dicho que se saca desta planta, luego se le quita e siente mucha mejoría; e continuándolo, en pocos días se quita todo el frío e humor e dolor causado de frío. Es planta o esterpo que en esta isla, en muchas partes della se halla, e es probado todo lo que está dicho, e aun piensan algunos que deste licor tienen experiencia, que es más seguro que el licor o bálsamo del goaxonax. El nombre desta planta no me le supieron decir; mas mostráronmela, e es muy conocida.

En la verdad, innumerables son los remedios que da Jesucristo a sus fieles e infieles, aunque apartados estén de los médicos e medicina de los hombres, a los unos e los otros, como piadoso remediador de la humana generación.

Pintóse esta hoja desta planta, teniendo delante una de la misma planta, e parece un hierro de los de Azpe que solían usar los caballeros, e está bien contrahecha. Llámánle algunos a este licor el bálsamo nuevo, por le diferenciar del goaconax.

CAPÍTULO V

De la hierba o planta llamada perebecenuc⁶⁷, de sus excelencias e virtudes experimentadas.

Perebecenuc es una hierba o planta así llamada, e hay mucha della en esta isla. Los cristianos la llaman la hierba de las llagas; otros la dicen hierba de los remedios. Es maravillosa y excelente por muchas experiencias o por muchas personas examinada, sin la cual e sin las que tengo dicho, es de creer que hay otras muchas hierbas e plantas e árboles innumerables apropiados a nuestras pasiones e llagas humanas. Pero, como los indios antiguos son ya muertos, así se ha acabado con ellos el conocimiento que por su aviso se pudiera haber de propiedades semejantes e otros muchos secretos de Natura. Digo de lo que estaba ya experimentado o sabido por los naturales desta nuestra isla; e todo lo que agora se puede decir, es poco e no bien entendido, porque esta generación es tan avara deso poco que sabe, que por ningún interés ni bien que se les haga quieren manifestar cosa destas, en especial de las que podrían aprovechar a los cristianos, si son medicinales, porque esta manera de sciencia es parte de su señorío. Y las cosas que han alcanzado a saber, no ha seído por la voluntad de los indios, sino por no lo poder encubrir. Y aunque algunas cosas he oído decir que son para diversos remedios, ni querría ni acostumbra perder tiempo en relatar cosas confusas o no claras, y por tanto, no diré sino lo que fuere notorio y probado e visto por mis ojos o de los de personas que merezcan crédito.

Desta hierba llamada perebecenuc hay gran moltitud della en esta isla y en la Tierra Firme en muchas partes, en los heredamientos y en los campos e bosques; y las verdolagas no son acá más: que no lo puedo más encarecer, por las muchas que hay dellas. Esta planta o esterpo tiene muchas hojas anchas, y agudas en las puntas, y delgadas y tractables o blandas, y en el talle quieren parescer hierros de lanzas pequeños, como si quisiesen enseñar a los hombres que son para curar las heridas de las tales lanzas, o llagas. En la color son verdes, y las puntas dellas, algo moradas, e los astiles, o tallos en que nascen estas hojas, son asimismo cuasi morados e de la color de las puntas de las hojas, aunque algunas hay que no son puntiagudas e

⁶⁷Sin identificar. Tejera dice tan sólo que es una planta medicinal (C.E.D.).

son algo más romas; pero las unas e las otras tienen los extremos de aquella color, entre leonado e morado. Cuando esta hierba e sus tallos son nuevos, e no más altos que hasta la rodilla, e están tiernos, están para curar las llagas, como adelante se dirá; e después, creciendo, suben hasta ser como planta o esterpo, e aun quasi árbol. Echa unas flores coloradas como un coral, luengas, e a monojicos o fluecos, juntas como el hinojo, pero apartadas unas de otras, e longuezuelas e delgadas estas flores. El fructo que esta planta echa son unas uvas negras, como las que echa la hierbamora; e en un tiempo (en especial en los meses de diciembre e enero) tiene la fructa e las flores que he dicho, juntamente, e más en el mes de marzo, e aun en el mes de abril, porque unas matas maduran antes que otras. Cuando esta planta ha crecido de todo punto, es tan alta o más que un hombre, o estado e medio, e parece árbol, e aun tiene raíces e recias ramas, e tal hay que tiene el tronco como la muñeca del brazo de un hombre recio.

Su operación es maravillosa, e muy excelente medecina, e tan fácil y sin pasión en el curar, que parece bien que la quiso Dios señalar e aventajar entre otras, por muy apropiada para las llagas, aunque sean viejas e de mal semblante e disposición o enconadas o quasi incurables. E usan del remedio desta hierba de la forma que adelante diré. E llámola hierba, aunque he dicho que es esterpo o planta, porque cuando nasce, e aun cuando está de dos o tres palmos alta, hierba es hasta que sube al altor que le quita el nombre de hierba. E los indios no usan della para sus llagas, sino cuando es pequeña e tiernos los cogollos, antes que se empine o endurezca o crezca mucho. Cuecen un puño de aquesta hierba (digo los tallos e hojas más tiernos), tanta cantidad como se podrá incluir o comprehender con una mano, o de la grosseza de la muñeca del brazo, e después que de un azumbre de buena agua que echen con aquel manojito de la hierba a cocer en una olla, hobiere menguado la tercia parte, quitan la olla de sobre el fuego e déjanla estar así, con la hierba, hasta que está quasi fría, e toman un paño de lino limpio (que no sea camisa de mujer), en un poco de aquella agua, e lavan la llaga, e después de bien lavada, enjúganla limpiamente con sus paños blancos de lino. Hecho aquesto, toman hojas crudas de la misma hierba, e tuércenlas o mastrújanlas o pástanlas entre las palmas de las manos, e así sacan el zumo; y en aquél mojan hilas de lienzo blancas e limpias; e así mojadadas, pónenlas sobre la llaga e álanlas con una venda de lino; e así fecho esto dos veces al día, cura las llagas en breve tiempo. Algunos, en lugar de hilas, no curan de poner sino la misma hierba así torcida entre las palmas, después que se ha lavado la llaga como se dijo primero e átanla por encima, e sana muy presto la herida.

Digo llaga, porque para heridas fechas a mano con el espada o cuchillo e recientes, no es esto, sino para otras llagas de otras ocasiones. Digo más: que en mi casa he curado yo e fecho curar (en veces) muchos indios e esclavos negros míos, e aun algunos cristianos, e han sanado muy bien. Y

en verdad algunos dellos de tales llagas, que me costaran muchos dineros del cirujano, e no sé si las supiera curar; e desta manera, sin darles pecunia ni gracia (sino sólo a Dios), se curan. Porque estos negros e indios, como andan al campo trabajando, y la tierra es mala de piernas (por ser humedísima), de un rascaño e de poca cosa se hacen llagas muy malas; y como al principio es la llaga o herida pequeña, e no se curan, e hacen poco caso della, encónase e hácnese muchas veces llagas malas; pero todas se curan de la manera que he dicho. Yo he tenido indios que por su malicia propia e por no trabajar, o ellos mismos se hieren, o se ponen algunas hojas de hierbas que conoscién, que en breves horas se hacen una o dos llagas, o las que les place, en un pie o pierna, adonde quieren, e viénense de la hacienda acá (la cibdad) coxqueando, por bellaquear e no hacer nada ni trabajar. E socorremos a la malicia suya con esta hierba, e sanan contra su voluntad antes de lo que querían, para que se vuelvan a la hacienda. Y aun desde que está bueno, solemos ayudarle con una docena de azotes, porque escarmiente; y es tan buena medecina para algunos, como la hierba, e no lo torna a hacer.

La hoja desta perebecenuc es de la forma que aquí está pintada (lámina 4^a, figura 5^a) y de tal figura, salvo que es mayor la hoja que esta pintura, e alguna es menor; y el matiz o sombra que estas hojas tienen en las puntas deste dibujo, hace de entender que es lo que tienen como morado, y el palillo o astilejos e pezones asimismo como de color de unos bledos. No digo de los que en Castilla llaman moriscos, que son muy colorados, sino de los bledos comunes de comer, que los tallos dellos tienen la color más roja que leonada, e todo el restante de la hoja es verde e muy delgada e blanda. Cuando está muy alta, que es planta o esterpo, tiene el tronco e ramas e corteza como una carrasca o encina, pero más delgada.

Después de la primera impresión, supe de dos principales personas desta cibdad de Santo Domingo, vecinos fidedignos, dos secretos desta hierba, que cada uno por sí e ambos la ensalzan e subliman e decoran por una de las más excelentes cosas que están acá sabidas y experimentadas en lo que agora se dirá; y en la verdad, tanto más es razón de estimarse, cuanto cada una de las enfermedades es más odiosa e aborrescida. Y diré cada una por sí, de la manera que he entendido el remedio de ambas dolencias.

Estando un hombre principal desta cibdad, que hoy vive (e testifica de sí), enfermo de un encordio cuasi tres años había, con una profunda llaga e mala en una ingre, e con mucha pasión, e habiendo gastado mucho de su hacienda con médicos e cirujanos, e pendiente mucha costa, e aun habiéndole cortado muchos pedazos de carne dañada, sin le aprovechar, antes se sospechaba que tal llaga era incurable, habiendo este nuestro vecino oído algunas curas que esta hierba hacía, acordó de la probar e desamparar los cirujanos, e tomó por estilo de se lavar la llaga dos veces al día con el agua desta hierba, cocida en la manera que está dicha, e ponerse unas hilas

blancas, e algunas veces un poco de la misma hierba; e luego, desde a dos días, sintió menos enconada la llaga, e a los nueve días estaba colorada e comida toda la carne mala, e a los quince días fue sano de todo punto, con tanta facilidad, que quedó espantado el enfermo, e otros, viendo esto, muy maravillados, dando gracias a Dios, como a médico verdadero e salud de nuestras vidas e ánimas. Item: en el mal de estrangurria se ha visto y experimentado en personas extremadamente apasionadas, que han sanado mediante esta hierba. Para lo cual sacan el zumo majándola, e colando aquel zumo, lavan el fundamento e partes bajas, e en torno de la bedija, e todo el caño por de fuera, e donde sienten dolor e la pasión se frecuente. E después que está así lavado, toman la hierba majada con su zumo, e pónenla en los lugares que he dicho, y en breves horas e antes que pase un día natural de veinte e cuatro horas, hace orinar, e rompe la piedra e pone total remedio a tal pasión.

Parésceme que cada una destas cosas es tan grande y de tanta estimación, que aunque yo no hobiese trabajado en estas materias, inquiriendo sus efectos en lo que ha escripto dellas, sino por saber esto, yo quedo muy bien pagado y contento de mis vigiliass, pues plascera a Nuestro Señor que por mi aviso puedan conseguir saludable remedio los que tales pasiones tovieren. Algunos cortan los tallos tiernos con las hojas desta hierba o los dejan secar, fechos manojos, a la sombra donde no les dé el sol, e secos los muelen e hacen polvos, e los pasan por un cedazo e los guardan; e cuando quieren curar alguna llaga, lánanla primero con el agua desta hierba, si se puede haber; e si no, enjugan la llaga lo mejor que pueden, e échanle los polvos, e ponen encima sus hilas o paños, e come toda la carne mala, e trae la buena, e la restituye en su color e la encuera e sana en breve tiempo. Sanado han en esta cibdad muchas llagas con estos polvos; pero dicen que escuecen mucho más que curando con la hierba, estando verde, e con el agua.

CAPÍTULO VI

De la hierba que en esta isla Española se llama curi-á⁶⁸, y aparto la a, porque así se ha de acentuar.

Una excelente hierba hay en esta isla Española y en muchas casas desta cibdad de Sancto Domingo la crían algunos para adornar sus jardines. Llámánla *curi-á*. Así que, la *a* se ha de decir poquito después que se dice *curi*, para acentuarla como el indio la nombra. Es muy fresca e de buen parescer; nasce muy apretada una con otra, e baja, en tierra; e para que siempre esté verde e no se seque, ha de haber dos cosas: la una que se riegue en las tardes, caído el sol, cada día, o a lo menos cada tercero día, e de ocho a ocho días tresquilarla o tundirla igualmente con unas tijeras (como suelen hacer las mesas de los arraiganes en algunos monesterios o jardines). Dicen que hay macho e hembra en esta hierba; echa flores moradas e muy pe-

⁶⁸*Justicia pectoralis*. Yerba confitera (C.E.D.).

queñitas e lindas, e granan en el mes de enero. La hoja parece a la de la salvia, aunque ésta es más puntiaguda e más delgada e más verde, e quiere algo parecer a la del lentisco o murta, non obstante que ésta es más delgada. Su olor es muy semejante al trébol, e así se saca el agua en alquitaras, para rociar la ropa e ponerla de buen olor. Aquesta agua es muy procurada de las mujeres, porque es caliente e sirve a sus pasiones, e aprieta e deseca; e si se lavan los lomos con ella, incita *venere*.

Dejo otras propiedades aparte. Se estima mucho, porque es apropiada a las llagas, e las sana lavándolas con ella e con hilas e paños limpios, como lo testifican personas de crédito que por experiencia lo saben. En las cajas o arcas que está el agua desta curi-á, no entran las cucarazas, que es harto bien e privilegio singular para estas partes, en estas Indias, por la infinidad que hay, en esta ciudad e otros pueblos, destas cucarazas que extragan e ensucian la ropa, etc.

LIBRO XII

CAPÍTULO PRIMERO

Del animal llamado hutía⁶⁹.

Había en esta isla Española, e en las otras desde golfo comarcanas a ésta, un animal llamado *hutía*, el cual era de cuatro pies, a manera de conejo, pero algo menor e de menores orejas, e las que tiene este animal e la cola son como de ratón. Matábanlos con los perros y pequeños que los indios tenían domésticos, mudos, que no sabían ladrar; y muy mejor los cazaban los cristianos con los perros lebreles e galgos e sabuesos e aun gozques e podencos de los que se trujeron de España. Son de color pardo gris, segund testifican muchos que los vieron e comieron, e los loan por buen manjar; e al presente hay en esta cibdad de Santo Domingo y en esta isla muchas personas que lo dicen. Destos animales ya no se hallan sino muy raras veces.

Capítulo II

Del animal llamado quemí⁷⁰, e de su forma.

Quemí se llama otro animal de los desta isla Española, el cual yo no he visto, ni al presente se hallan, segund muchos afirman. Este es un animal de cuatro pies e tan grande como un podenco o sabueso mediano; y es de color pardo como la hutía, e del mismo talle o manera, excepto que el quemí es mucho mayor. Muchas personas hay en la isla y en esta cibdad que vieron e comieron estos animales e le aprueban por buen manjar; más en la verdad, segund lo que se ha dicho y se sabe de los trabajos e hambres que los primeros pobladores pasaron en esta isla, presumirse debe que todo lo

⁶⁹*Pladontia aedium*. Uno de los cinco cuadrúpedos autóctonos que había en la isla (C.E.D.).

⁷⁰*Copromys filoides*. Es el mayor de los cuadrúpedos de la isla (C.E.D.).

que fuese de comer les parecería entonces muy bueno e sabroso, aunque no lo fuese.

CAPÍTULO III

Del animal llamado mobuy⁷¹.

Mobuy es un animal algo menor que hutía; la color es más clara y asimismo es pardo. Este era el manjar más precioso, o estimado en más, de los caciques e señores desta isla; e la facción de él muy semejante a hutía, salvo que el pelo tenía más grueso e recio (o tieso), e muy agudo e levantado o derecho para suso. Yo no he visto este animal; mas de la manera que tengo dicho, muchos dicen que es así, e en esta isla hay muchos hombres que lo vieron e comieron, e loan esta carne por mejor que todas las que es dicho.

CAPÍTULO IV

Del animal llamado corí⁷².

Corí es un animal de cuatro pies, e pequeño, del tamaño de gazapos medianos. Parescen estos corís especie o género de conejos, aunque el hocico le tienen a manera de ratón, mas no tan agudo. Las orejas las tienen muy pequeñas, e tráenlas tan pegadas o juntas continua o naturalmente, que parece que les faltan o que no las tiene. No tienen cola alguna. Son muy delicados de pies e manos, desde las junturas o corvas para abajo; tienen tres dedos, e otro menor, e muy sotiles. Son blancos del todo, e otros de todo punto negros, y los más, manchados de ambas colores. También los hay bermejos del todo, e algunos manchados de blanco e bermejo. Son mudos animales, e no enojosos e muy domésticos, e ándanse por casa e tiénenla limpia, e no chillan ni dan ruido, ni roen para hacer daño. Pascen hierba, e con un poco que les echen de la que se les da a los caballos, se sostienen; pero mejor con un poco de cazabi, e más engordan; aunque la hierba les es más natural. Yo los he comido e son, en el sabor, como gazapos, puesto que la carne es más blanca e menos seca que la del conejo. Hartos hay al presente aquí y en otras muchas islas y en la Tierra Firme; en especial en la provincia de Venezuela son muy mayores de lo que es dicho, e cuasi tamaños como conejos; pero más salvajes que los que es dicho de suso, e el pelo como hardas.

CAPÍTULO V

De los perros que hobo en esta isla Española e los que hay al presente.

Perros gozques domésticos se hallaron en aquesta isla Española (y en todas las otras islas que están en este golfo pobladas de cristianos), los cuales criaban los indios en sus casas. Al presente no los hay. E cuando los

⁷¹*Plagiodontia hylacum*. Otro de los cuadrúpedos de la isla (C.E.D.).

⁷²Curía o curíe. *Justicia pectoralis* (C.E.D.).

hobo, los indios tomaban con ellos los otros animales todos de quien se ha hablado en los capítulos de suso. Y eran estos perros de todas aquellas colores que hay perros en España: algunos de una sola color, e otros manchados de blanco e prieto o bermejo o barcino, o de las colores e pelo que suelen tener en Castilla. Algunos bedijudos, otros sedeños, otros rasos. Pero los más éstos, acá son entre sedeño e raso, y el pelo de todos ellos más áspero que le tienen los nuestros, e las orejas avivadas e a la lerta, como la tienen los lobos. Eran todos estos perros, aquí en esta e las otras islas, mudos, e aunque los apaleasen ni los matasen, no sabían ladrar; algunos gañen o gimen bajo cuando les hacen mal.

Los españoles que vinieron con el Almirante primero, en el segundo viaje que hizo a esta isla, se comieron todos estos perros, porque morían de hambre e no tenían qué comer; pero manjar es para no desecharle los que les tienen en costumbre. En la Tierra Firme, en muchas partes della, e en la Nueva España, los hay en grand cantidad; e donde yo los he visto es en la provincia de Sancta Marta, algunos, y después vi muchos en la gobernación de Nicaragua, y he comido de algunos dellos y es muy buen manjar. Y a la verdad, de aquel que yo comí, fueron dos o tres bocados, e no pensando que era perro. E llegué donde ciertos amigos comían de uno muy gordo e muy bien asado e untado o lardado e con ajos, e no me supo mal; antes, de ver aquellos compañeros que yo con buen gusto e aliento entraba en ello, uno dellos dijo: “Señor, no será malo que nos llevemos de aquí algunos perros éstos, pues que también os saben”. En la verdad, a mí me pesó de haberlo comido, e no comí más, ni dejara de comer hasta que se acabara; pero, pues mas no pudo ser de haberlo comido, como quien lo ha probado, digo que me supo bien e que quisiera que me avisaran más tarde. El caso es que todos los españoles que lo han probado. Loan este manjar e dicen que les parece no menos bien que cabritos.

En aquella provincia de Nicaragua hablan la misma lengua que en la Nueva España, e al perro llaman *xulo*, y destes xulos crían muchos; y cuando alguna fiesta principal se hace entre indios, comen estos perros por el más precioso e mejor manjar de todos, e ninguno come la cabeza si no es alachuní o teite, *id est* rey o persona la más principal del convite; la cual traen guisada sin quitar della ni desechar sino solamente los pelos, porque el cuero e los huesos y todo lo demás está fecho de manera, en un cierto potaje, que parece mazamorra, o de poleadas, o un almidón. Y si el cacique o aquel señor no la quiere, después que él ha comido alguna cosa de la cabeza (así guisada), él la da de su mano al que quiere más honrar de los convidados.

Cuanto al no ladrar estos perros, seyendo cosa tan natural a los gozques e perros de todo género, es grande novedad, habiendo respecto a los de Europa e de las más partes del mundo. Mas aquestas diversidades e otras hace Natura en diversos animales e climas; e como dijo un poeta moderno que yo conocí en Italia (e muy estimado en aquella sazón), llamado Serafín

del Aguila, en un soneto o versos suyos, hablando de las cosas naturales e diferentes efetos:

Per tropo variar, natura è bella.

Por tal variar es hermosa la Natura. Así que, en diversas regiones, diferenciadas y extrañas cosas se hallan e se producen en un género mismo de animales. E conforme al silencio destes perros, yo hallo escripto por Plinio⁷³ que en Cirene son mudas las ranas, e que llevadas de aquella tierra a otras partes, cantan; y en la isla de Serifo, dice el mesmo auctor, que las cigarras son mudas, e sacadas de allí e puestas en otras provincias, cantan. Acordándome yo haber leído esto, quise probar si estos perros mudos, sacados de su tierra, ladrarían en otra; y así llevé desde la provincia de Nicaragua hasta la cibdad de Panamá, que es bien trescientas leguas la una provincia de la otra, un perrillo éstos, y allí también estuvo mudo; e cuando me partí para España, hurtáronmele, el cual yo había criado y era muy doméstico. Y que en Panamá fuese mudo no es de maravillar, porque todo es una costa e tierra firme, e como he dicho, en aquellas partes todas y en estas islas los perros naturales dellas son así, mudos. No había en esta isla ni en las deste golfo otros animales algunos de cuatro pies y de pelo, terrestres, sino estos cinco géneros e diferencias de los que he dicho, excepto ratones, de los cuales había muchos e hay más de los que habríamos menester.

CAPÍTULO VI

De los mures o ratones de aquesta isla Española e destas Indias.

Inquiriendo estas materias, hallo quien me diga e se acuerde que en el tiempo que vino don Cristóbal Colom, primero Almirante, a descubrir esta isla e Indias, había en estas partes ratones, de los cuales hay muchos en estas partes todas, o a lo menos en todo lo que yo he visto destas Indias. Y así creo que también los debe haber en las más partes del mundo, y así lo verían los que aquí vinieron el año de mill e cuatrocientos e noventa e dos con el dicho Almirante. Porque los ratones no es casta que ha menester simiente, non obstante que entre los ratones haya de ambos sexos masculino e femenino, e que por el coito o ayuntamiento se multipliquen, pues que, aunque falten e se mueran todos los que hay dellos en el mundo, no faltarán tales animales ni sus semejantes. Por tanto, no se ha de creer que los dejaba de haber en esta y otras islas e en la Tierra Firme, como los hay, antes que los cristianos acá pasasen; y no podría dejar de ser así, porque se pueden engendrar e se hacen de corrupción alguna fecha en los elementos.

Esta quistión mueve e determina largamente el Abulensis en aquellos sus comentarios sobre el Eusebio *De los tiempos*⁷⁴; y así habemos visto y vemos

⁷³Plin., lib. VIII, cap. LXVI.

⁷⁴Abul., libro I, cap. CXXVIII.

esta enojosa casta en abundancia en estas islas destas mares del Norte, e en las del Sur o partes australes y en la Tierra Firme destas Indias, así en el campo o montes, como en los pueblos e partes habitadas. E lo mismo digo de los topos e sus semejantes, e de las abejas, e abispas, e moscas, e tábanos, e mosquitos e otras animalías a estas conformes, e gusanos e sanguijuelas, etc. Temerse debe esta generación de los ratones en el campo, porque continuamente se aumenta, e las muchas cañas de azúcar en esta isla es más e su propósito que ellos al nuestro. De los topos hay poquísimos en esta tierra, e no oigo quejarse a nadie de tal generación, ni Dios aquí la permita, pues dice Plinio⁷⁵ que sobre todos los animales, es numeroso el parto de los topos; bien que, alegando a Aristóteles, dice que los soldados de Alejandro afirman que la generación del topo no es por coito, sino por lamer, e que una parió ciento e veinte. Volvamos a nuestra historia.

CAPÍTULO VII

De la serpiente o animal llamado i.u.ana⁷⁶, del cual género había e hay muchas en esta isla.

Este es un animal que así en esta isla Española como en otras muchas deste golfo e en la Tierra Firme, hay muchos deste género. En la primera impresión desta primera parte, le puse en el libro XIII (que tracta de los pescados), en el capítulo III, y agora me pareció ponerle en este que tracta de los animales terrestres, non obstante que, segund la opinión de muchos, a entrambos libros se puede aplicar, porque muchos hombres hay que no se saben determinar si este animal es carne o pescado, e como cosa neutral, la atribuyen al uno y al otro género, así de los animales de la tierra como de los del agua, porque así se aplica al un elemento como al otro, e en cada uno dellos se ejercita e continúa su vida. Llámase *iuana*, y escríbese con estas cinco letras, y pronúnciase *i*, e con poquísimos intervalos, *u*, e después, las tres letras postreras, *ana*, juntas o dichas presto: así que, en el nombre todo, se hagan dos pausas de la forma que es dicho.

Digo que se tiene por animal neutral, e hay contención sobre si es carne o pescado, porque anda en los ríos e por los árboles asimismo; y por esta causa, una vez me pareció, como he dicho, que le debía poner, como le puse, en el libro XIII (en la primera impresión) con los animales de agua, y agora me ha parecido ponerle aquí con los terrestres, pues conforme a las opiniones de muchos, en ambos géneros se compadesce; y aun así usan de él en estas partes, comiendo este animal en los días que no son de carne, así como viernes e sábado, e la cuaresma, e otros días prohibidos por la Iglesia. Mas de mi opinión e parecer, yo le habría por carne. Lo cual no digo para que ninguno deje de seguir su voluntad, y principalmente la del perlado y lo que la Iglesia ordenare.

⁷⁵Plin., lib. X, cap. LXV.

⁷⁶*Cyclura macleari*. Especie de saurio grande y terrestre.

Este es una serpiente o dragón, o tal animal terrestre (o de agua), que para quien no le conoce, es de fea e espantosa vista, e extraño lagarto, grande e de cuatro pies; mas es muy mayor que los lagartos de España, porque la cabeza es mayor que el puño o mano cerrada de un hombre, e el pescuezo corto, e el cuerpo de más de dos palmos, e otros dos en redondo, e la cola de tres e cuatro palmos luenga. Estas medidas se han de entender en los mayores animales éstos, e muchos dellos tienen las colas cortas, no se yo si es por se las haber cortado e mordido unos a otros, o si por caso las mudan; porque Plinio dice⁷⁷ que las colas de las lucertolas, *id est* lagartijas o lagartos, les nascen cuando se las cortan, e lo mismo a las sierpes o culebras. De la grandeza o tamaño (destos animales) que he dicho, para abajo, se hayan tan pequeños como chiquitas lagartijas.

Tienen por medio del espinazo, levantado, un cerro encrestado a manera de sierra o espinas, e parece en sí sola muy fiera. Tiene agudos dientes, e un papo luengo e ancho que le va e cuelga desde la barba al pecho, como al buey. Y es tan callado animal, que ni grita, ni gime, ni allena, y está atado a doquier que le pongan, sin hacer mal alguno ni ruido, diez o veinte días e más, sin comer ni beber cosa alguna. Mas, si se lo dan, también como un poco de cazabi o hierba, o cosa semejante, segund dicen algunos. Pero yo he tenido algunos destos animales atados en mi casa algunas veces, e nunca los vi comer, e los he fecho aguardar e velar, e en fin, no he sabido ni podido entender qué comían, estando en casa, e todo lo que les dan para que coman, se está entero. En el campo no sé cómo se alimentan. Los brazos, e pies, e manos, e piernas, e las uñas, todo esto es como de lagarto, e luengas las uñas, pero flacas e no de presa. Es en tanta manera de terrible aspecto, que ningún hombre se aventuraría a esperar este animal, si no fuese de grande ánimo, e a comer dél ninguno, si no fuese de mal seso o bestial (digo no conociendo su ser e mansedumbre e buen gusto).

Cuando estos animales són grandes, parescen, en lo que agora diré, a los bueyes de Inglaterra, que estando vivos, tienen los cuadriles salidos e parescen muy flacos, e desollados, están gordos; así, la iuana, que estando viva, parece flaca, e después de muerta e desollada, está gordísima e con mucha manteca, e después que la cuartean o parten, cada pedazo deste animal bulle o está palpitando cuatro o cinco horas e más, e aun echada a cocer, hasta que la olla comienza a hervir, o si la asan, hasta que en el asador se comienza a asar. Y deste indicio forman su opinión los que quieren esforzarse a porfiar que es pescado, porque las hicotecas, que es cierta manera de galápagos, e las tortugas hacen lo mismo.

Estos animales, cuando son pequeños, pasan por encima del agua los ríos e los arroyos, e dánse tan grandísima prisa a menear los brazos e piernas, que el agua no tiene tiempo para impedirlos o hacer calar abajo; y esto

⁷⁷Plin., lib. XI, cap. XI.

les tura e hacen siendo pequeños, como lagartijas pequeñas y delgadas; e desque van creciendo, pasan los ríos a pie tierra, por debajo del agua, porque no saben nadar e son pesados.

Crían en la tierra e cerca de las riberas e arroyos, e son tan continuos al agua, que, como tengo dicho, hacen dubdar a los hombres si los ternán por carne o pescados. Este animal, tal cual he dicho, e tan feo e espantable, es muy buen manjar, e mejor que los conejos de España muy buenos jarameños; y digo de la ribera de Jarama, porque pienso y, que son de los mejores del mundo todo. Como los cristianos se mostraron a comer estos animales, eran entre ellos muy estimados, e al presente lo son, e no los desechan ni dejan de dar dineros por ellos. Sólo un daño les atribuyen (que yo ni contradigo ni apruebo), del cual he oído que algunos se quejan, y es que dicen que los que han seído tocados del mal de las búas, cuando comen deste animal iuana, les torna a tentar aquella dolencia, aunque haya algún tiempo que estén sanos.

Yo he comido estos animales en la Tierra Firme algunas veces, y muchas más en esta cibdad, y aún me los traen por la mar desde la isla de la Mona, donde hay muchos, que es cincuenta leguas de aquí, y es muy buen manjar. Y como experimentado, quiero avisar a quien esto leyere en estas partes (si indios faltaren, como faltan), de la manera e arte que han de tener para guisar los huevos de la iuana, porque hallarán por verdad, que queriendo hacer una tortilla de los huevos, o freírlos como los que dicen estrelados, no se podrá hacer con aceite ni manteca, porque nunca se cuajarán; más, echando agua en lugar de aceite, se cuajan e guisan. Esto es cosa probada e cierta, e otro indicio para porfiar a sabiendas los que menos entienden, que éste es pescado, e tan amigo del agua, que se conforma más con ella que con los materiales de la tierra. Pero esto es falso, o no decir nada, pues que todos los pescados, o los más dellos, se guisan e fríen con aceite.

Acaesce poner una iuana cuarenta e cincuenta huevos e más, e son buenos e de buen sabor, e tienen yemas e claras, como los de las gallinas, e la cáscara es delgada, e los mayores dellos son como nueces e menores, e redondos.

El cronista Pedro Mártir⁷⁸ dice que estas iuanas son semejantes a los cocodrilos del Nilo, en lo cual él se engañó mucho, y a semejantes y notorios errores están obligados los que en estas cosas escriben por oídas; porque estas iuanas no son mayores animales de la que tengo dicho; los cuales he yo visto innumerables, desde menores que un dedo, hasta ser tan grandes como de suso se declaró; y de las pequeñas he visto muchas pasar por encima de los arroyos e ríos, seyendo chiquitas, e también por debajo del agua, seyendo mayores, en algunos arroyos, y, como he dicho, las he comido muchas veces. Y los cocodrilos son muy grandes animales e de muy

⁷⁸Pedro Mártir, déc. I.

diferenciada forma e manera e color, e en otras muchas particularidades, porque, segund el glorioso doctor Isidoro en sus *Ethimologias*, de la color amarilla o jalde, es dicho *cocodrilo*⁷⁹. El cual sancto auctor dice asimismo que los cocodrilos son del río Nilo, animal de cuatro pies, en tierra e en agua agrandes e poderosos⁸⁰. Esta grandeza no se puede comparar con animal tan pequeño como la iuana, tampoco como en el color; pues que el cocodrilo, que es amarillo o jalde (que significa el croceo *colore* que Isidoro dice), no consuena con las iuanas, que comúnmente es de color pardo, e algunas dellas son algo verdes. Quanto más que, para no creer por ningún caso que estas iuanas sean cocodrilos, basta decir el mismo Isidoro, en el libro alegado, del cocodrilo, estas palabras: “Sólo este animal mueve la mejilla alta”⁸¹. Y la iuana no tiene tal propiedad, ni mueve sino la mandíbula baja, como todos los otros animales.

Mejor acertara Pedro Mártir diciendo que son cocodrilos, o especie dellos, los grandes lagartos de Tierra Firme, con los cuales tienen más semejanza, como se dirá en su lugar; pues que no tienen lengua los unos e los otros, e como el cocodrilo, mandan la mandíbula alta, e son grandes animales. Hablando Plinio del cocodrilo, dice así⁸²: “El cocodrilo nasce en el Nilo: bestia de cuatro pies en tierra y en agua; es nocivo; ningún otro animal terrestre se halla sin lengua, sino éste solamente; muerde moviendo la mejilla alta, e no la de abajo, e ha los dientes en forma de peine, e cresce más que diez e ocho gomitos o cobdos, e hace los huevos tan grandes como los del ánsar”. Así, lo que es dicho del cocodrilo, como lo que más se podría decir dél, cuadrará mejor en el capítulo donde se tractare de los lagartos de Tierra Firme, que no aquí; e allí se hallará como los lagartos, en lo que es dicho, no pueden ser sino los mismos cocodrilos, o los cocodrilos los mismos lagartos de Tierra Firme, o de su género.

Si aquí me he alargado tanto, ha seído para desengañar a los letores de la opinión de Pedro Mártir. Pero no es esto sólo en lo que sus *Décadas* se apartan de lo cierto en estas cosas de Indias, porque Pedro Mártir no pudo, desde tan lejos, escrebir estas cosas tan al proprio como son e la materia lo requiere; e los que le informaron, o no se lo supieron decir, o él no lo supo entender. Por olerlo, en las señas que de suso se apuntaron del Plinio en los cocodrilos, las mismas se pueden comprehender en los lagartos de la Tierra Firme, porque son de cuatro pies, y en tierra y en agua nocivos e fieros, e no tienen lengua, e mandan la mejilla alta e tienen los dientes como peine. Pero no son estotros de tanta grandeza como Plinio dice, porque de innumerables dellos que yo he visto, el mayor tenía veinte e tres pies, e no dubdo que

⁷⁹*Crocodylus à croceo colore dictus*. Isid., *Ethimolog.*, lib. XII, cap. *De piscibus*.

⁸⁰*Quadrupes in terra et in aquis valens, longitudine plerumque viginti cubitorum*. Isid., *ut supra*.

⁸¹*Solus ex animalibus superiorem maxillam movere dicitur*. Isid., *ut supra*.

⁸²Plin., lib. VIII, cap. XXV.

otros haya mayores. E los huevos son del tamaño que los de las ánsares, e yo los he comido muchas veces, e aun pagándolos a real de plata; e no tienen yema, que todos son clara.

Codro, filósofo italiano, supiera bien escrebir estas materias, que vino a ver estas cosas y acabó su vida en tal ejercicio y era docto. El cual murió en una de las islas de Cebaco, que son en la costa de la mar del Sur, cerca de la provincia e puerto de Punuba. Este decía que los lagartos de Tierra Firme que he dicho, eran cocodrilos. Mas en la verdad, estotros animales iuanas muy diferentes son del cocodrilo, y en ninguna cosa a él semejante. Esta que aquí yo debujé, como supe hacerlo (lámina 4^a, figura 9^a), o deseé imitar su figura, quiere alguna cosa parescer, digo que es muy buena vianda cocida o asada, y hánla de cocer e guisar de la misma manera que una gallina; y con sus especias e un pedazo de tocino y una berza, no hay más que pedir en este caso para los que conoscen este manjar. Y fiambre es muy singular y sano, y deste parescer se hallarán muchos hombres entre los españoles que por estas partes andan. Cuando están gordos estos animales, sácanles mucha gordura o grasa de las interioras, e guárdanlo, porque es muy bueno para hinchazones de postemas; y derritiéndolo en una sartén sobre el fuego, e echándolo en una escudilla a enfriar, e frío guárdanlo en una redomica de vidrio, siempre se está líquido, que no se espesa ni cuaja, e es muy bueno para lo que es dicho. El hígado destes animales, cocido, es bueno e de buen manjar, e es negro e espeso e sano e de buena digestión; e cuando se echa por la cámara digirido, es tan negro como fina tinta,, e para poner en cuidado al que no lo sabe. Mas, en fin, no trae ni causa algún inconveniente.

Teniendo escripto lo que es dicho, me trujeron dos animales déstos de los mayores, y del uno comimos en mi casa, y el otro hice guardar, atado, para lo enviar a Venecia al magnífico Micer Joan Baptista, secretario de la Señoría, e estuvo en el patio desta fortaleza de Sancto Domingo atado a un poste más de cuarenta días, que nunca comió de cosa de cuantas se le dieron; y dijéronme que no comían estos animales sino tierra, y yo hice que para su matalotaje le metiesen un quintal della en un barril, porque en la mar no le faltase. Y espero, en tanto que estoy corrigiendo estos tractados, que vernán naos para saber si llegó vivo a España, e con qué mantenimiento.

Pero llegado en España el año de mill e quinientos e cuarenta e seis, supe, del que trujo aquel animal, que se le murió en la mar.

CAPÍTULO VIII

De las serpientes o culebras y lagartijas e lagartos de esta isla Española y otras partes.

Innumerables son las lagartijas que hay en esta isla Española e en todas las otras islas deste golfo e del austral en la Tierra Firme destas Indias; y en esto hay tanto que decir, que si particularmente se hobiese de escrebir, sería

un proceso para nunca acallarle. Háylas verdes, e otras pardas, e otras cuasi negras, e más verdes unas que otras, e algunas de color cuasi jalde, e otras de color leonado. E así como son diferentes en colores, son en el tamaño desconformes, e mayores e menores unas que otras, puesto que todas son pequeñas. Unas son plantadas, e otras rayadas o listadas de diferentes labores e colores; e de cada género hay muchas. Otras, cuando se paran a mirar a hombre, sacan del papo una cresta o telilla redonda e colorada, e tiénenla de fuera, estando paradas o quedas; e alentando, la cogen e encubren e descogen, e la sacan e tornan al papo cuando quieran, o se van. Otras hay algo mayores que las comunes lagartijas de España, dos e aun tres veces mayores; pero no tan grandes como los lagartos de Castilla.

Dejemos esto de la lagartijas, porque es cosa muy común e incontable e cuasi *in infinito*, e pasemos a hablar en las serpientes, que es lo mismo que culebras. E no es breve la materia ni para acabarse en mis días, si da todas las que en las Indias hay se dijese; lo uno por ser innumerables, e lo otro, porque yo ni otro no las ha visto ni puede ver todas; mas diré de algunas lo que me acordare haber especulado e notado de ellas. En esta isla hay muchas e de muchas maneras e pinturas e tamaños, y es común opinión de los vecinos desta isla, naturales della, e aun de todos los españoles que ha más tiempo que por acá viven, que no son ponzoñosas.

Viniendo yo de la Tierra Firme a esta isla, el año de mill e quinientos e quince, pasé el río de Neiva en una balsa de cañas, cerca de donde aquel río entra en la mar muy poderoso e ancho, e iban diez o doce indios nadando en torno de la balsa, guiándola. Quiero decir aquesto como pasó, porque es bien que los cronistas que desde España escriben las cosas de las Indias, sepan que tan lejos andan de entenderlas (ni entenderse ellos mismos), cuanto tienen apartados los ojos de ver las cosas de acá. Y que si yo no pasara por allí, no pudiera ver una culebra o sierpe que hallé en esta otra parte en la costa de la mar, al pie de la sierra que llaman de los Pedernales. La cual yo medí y tenía más de veinte pies de luengo, e lo más grueso della era mucho más que un puño cerrado; e debieran haberla muerto aquel día, o pocas horas antes, porque no he día y estaba fresca la sangre della, que le había salido de tres o cuatro cuchilladas que tenía. Tales culebras son de menos ponzoña que otras en estas partes; pero son de mayor temor a quien las mira. Miguel Joan de Ribas, natural de Zaragoza de Aragón, factor que fue de Sus Majestades en Castilla del Oro, e yo veníamos juntos, e otros españoles pocos; el cual, así como yo, pasó en aquella balsa o barca peligrosa.

...También hay en esta isla Española y en las otras sus vecinas o comarcanas, y en las de este golfo, culebras que son verdes, e delgadas e muy ponzoñosas, con las cuales hacen los indios caribes la hierba con que tiran las flechas. Estas tales culebras se cuelgan de los árboles por sí mismas, asidas a las ramas con la cola, e desde allí, al que pasa le pican o muerden do quiera que pueden herir, e son muy malas y enconadas. Destas tales dice

Plinio⁸³: “Es una sierpe llamada *jaculo*, *id est* dardo, porque está sobre los árboles, e desde aquéllos se arroja o lanza como un dardo”.

Y porque toqué de suso en la hierba de los flecheros caribes, no se ha de entender que con toda la ponzoña destas culebras se hace aquella pestilente hierba, sino con este e otros ponzoñosos materiales, como en su lugar será más largamente declarado. Hay asimismo otras culebras pardas, e otras no muy verdes e mayores que éstas que se dijo de suso de la hierba, mas no están en fama de tan malas y ponzoñosas, puesto que yo no creo que hay culebra alguna sin ponzoña en algún tiempo del año. Otras culebras hay muy mayores que la que primero dije que hallé muerta al pie de la sierra de los Pedernales, segund he oído decir a muchos; pero no se quejan dellas ni hacen mal. Los indios todas, las unas e las otras, comían e habían por buen manjar, excepto aquellas verdes delgadas, las cuales ellos buscan con diligencia para las matar e perficionar con su mixtura aquella diabólica hierba con que untan las flechas (digo los indios que son caribes).

El año de mil e quinientos e treinta y ocho, entró una culebra en esta fortaleza e se puso sobre un tiro de artillería, e vídola acaso uno de los artilleros desta casa e fue a su cámara por una espada, e llegó con la mejor manera que él pudo, e la culebra tenía alzada la cabeza con un palmo del pescuezo, e de un revés le cortó la cabeza con parte del cuello. E el día antes había amanescido muerto un perro grande desta fortaleza, e se creyó que la culebra le había muerto. E yo la mandé abrir e se le hallaron treinta e tantos huevos, como yemas de huevos de gallina, e todos eran una yema. Tenía de luengo siete pies e medio, e era tan gruesa como la muñeca del brazo, e pintada. Pero porque esta materia es longuísima si aquí se dijese, acuerdo de remitir lo que de ella queda, que es mucho, a sus propios lugares, pues sabemos que aquel golfo que llaman de las Culebras está lleno dellas, e la isla de la Margarita tiene las que llaman de los cascabeles, e en otras partes hay otras; e cuando a ellas llegue, diré lo que hobiere entendido de aquesta materia. Mas acuerdo al letor que lea en el libro XXIII, capítulo VII, lo que allí verá de otras culebras o víboras del Río de la Plata, que son tan malas e ponzoñosas o peores que todas las otras.

CAPÍTULO IX

De los animales terrestres que se trujeron de España a esta isla Española, de los cuales acá no había ninguno de ellos.

En esta isla Española ni en parte alguna destas partes no había caballos, e de España se trujeron los primeros e primeras yeguas, e hay tantos, que ninguna nescesidad hay de los buscar ni traer de otra parte; antes en esta isla se han fecho e hay tantos hatos de yeguas e se han multiplicado en tanta

⁸³Plin., lib. VIII, cap. XXIII.

manera, que desde aquesta isla los han llevado a las otras islas que están pobladas de cristianos, donde los hay asimismo en mucho número e abundancia; e a la Tierra Firme, e a la Nueva España, e a la Nueva Castilla se han llevado desde aquesta isla, e de la casta de los de aquí, se han fecho en todas las otras partes de las Indias donde los hay. E ha llegado a valer un potro o yegua domada, en esta isla, tres e cuatro o cinco castellanos, o pesos de oro, e menos.

De las vacas digo lo mismo, en cuanto a ser ya innumerables, pues que es notorio que en esta isla hay muy grandes hatos e vacadas e vale una res un peso de oro, e muchos las han muerto e alanceado, perdiendo la carne de muchas dellas, para vender los cueros y enviarlos a España; e cada año van muchas naos cargadas destas corambres. E hay hombres en esta cibdad, e cinco, e seis, e siete, e ocho, e nueve e diez mill cabezas deste ganado, e muchas más, en cantidad. Público es que la viuda, mujer que fue de Diego Solano, tiene diez e ocho o veinte mill cabezas deste ganado; y el obispo de Venezuela, deán desta Sancta Iglesia de Sancto Domingo, tiene veinte e cinco mill cabezas, o más, como lo dije en el libro III, cap. XI. Y deste número abajo, hay señores de mucha cantidad deste ganado vacuno. Ovejas se trujeron e carneros, de que se ha fecho e hay asaz ganado deste género.

De los puercos ha habido grandes hatos en esta isla, e después que se dieron los pobladores a la granjería de los azúcares, por ser dañosos los puercos para las haciendas del campo, muchos se dejaron de tales ganados; pero todavía hay muchos, e los campos están llenos de salvajina, así de vacas e puercos monteses, como de muchos perros salvajes que se han ido al monte e son peores que lobos, e más daño hacen. E asimismo, muchos gatos de los domésticos, que se trujeron de Castilla para las casas de morada, se han ido al campo e son innumerables los que hay bravos o cimarrones, que quiere decir, en la lengua desta isla fugitivos.

Hay asimismo muchos asnos, en esta isla, de la casta de los que se trujeron de España, e mulas e machos que se han criado e se hacen muy bien acá; pero porque de todas estas cosas se ha dicho en particular, e yo no soy amigo de referir una cosa muchas veces, baste lo que está dicho destes siete géneros de animales que acá se trujeron de Castilla; porque las mulas e los machos acá se acrescentaron de la mixtión de los asnos e yeguas. Y como en otra parte de la historia dije, torno a decir o acordar al letor, que vale el arrelde de la vaca en esta cibdad a dos maravedíes; la cual arrelde es de peso sesenta e cuatro onzas. E mátanse, cada día que es de comer carne, en esta cibdad de Sancto Domingo de la isla Española.

Hánse traído conejos blancos e prietos a esta cibdad, e algunos hay en las casas de algunos vecinos particulares; pero no es granjería útil, por lo que se ha visto de su aumentación en las islas de Canaria, e naturalmente son dañosos en los heredamientos. E si ocurrimos a lo que está escripto, ya

se halla haberse en España deshabitado una cibdad por el escarbar e multitud de los conejos, segund escribe Plinio⁸⁴.

Cabras se han traído de España y de las islas de Canaria y de las de Cabo Verde, e algunos hatos hay deste ganado, e las que mejor acá prueban, son las pequeñas de Guinea e de Cabo Verde e aquellas islas; pero deste ganado no hay mucho en estas islas. Pero de los otros géneros que dije de suso, así como yeguas e caballos, vacas, e ovejas e puercos, llenas están esta isla e la de Sanct Joan, e Cuba, e Jamaica e mucha parte o poblaciones de españoles. Tienen de todos, los unos e los otros, en la Tierra Firme, e en especial en la Nueva España, en mucha cantidad de los unos e de los otros, y cada día se aumentan do quiera que los cristianos pueblan.

LIBRO XIII

CAPÍTULO PRIMERO

*De los pescados del mar e de los ríos,
e de la manera que los indios pescan, e de los que hay en general
en el agua dulce o salada.*

El manjar más ordinario de los indios e a que ellos tienen grande afición, son los pescados de los ríos e de la mar; e son muy diestros en las pesquerías e artificios de que usan para los tomar. Porque, así como en España pescan algunos con caña, de la mesma manera los indios lo hacen con varas delgadas e domables e cuales convienen para ello, e con cuerdas e volantines e con redes de algodón e muy bien hechas, lo más continuamente. Y también con corrales e atajos hechos a mano, de estacadas, en los arracifes, donde la mar, en las costas, cresce e mengua, y en parte a esto apropiadas; y también desde sus canoas o barcas que son de la manera que tengo dicho e más particularmente se dirá adelante. Y también usan de cierta hierba que se dice *baigua*⁸⁵ (en lugar de belesa o varbasco), la cual, desmenuzada en el agua, ora sea comiendo della el pescado, o por su propia virtud penetrando el agua, embeódanse los pescados e desde a poco espacio de tiempo se suben sobre al agua, vueltos de espaldas o el vientre para suso, dormidos o atónitos, sin sentido, e los toman a manos en grandísima cantidad. Esta haigua es como bejuco, e picada e majada aprovecha para embarbascar e adormecer el pescado, como he dicho. Pero demás del pescado que así matan en los ríos, toman, de las otras maneras que dije de suso, grande cantidad.

Y a mi creer, estos pescados de acá son más sanos que los de España, porque son de menos flema, pero no de tan buen sabor, puesto que acá los hay muy buenos; así como lizas grandes e pequeñas, e jureles, e bermejuelas, e mojarras, guabinas, palometas, dihahacas, sábalos, róbalos, parguetes,

⁸⁴Plinio, lib. VIII, cap. XXIX.

⁸⁵Baiguá. (*Selmea scandens*) (C.E.D.).

corvinetas, cornudas, pulpos, tollos, cazones, sardinetas, agujas, lenguados, acedias, salmonados (no digo salmones), ostias, almejas, e marisco de muchas manera: langostas, cangrejos, jaibas, camarones; rayas muchas, y en algunas partes muy grandes; anguilas, morenas, muchos e muy grandes tiburones, lobos marinos, tortugas muy grandes e otras pequeñas, que los indios llaman *bicoteas*⁸⁶, muchas doradas (éste es uno de los buenos pescados de la mar), peje vihuela, pescados voladores muchos (e no de la forma de los que en las mares de España llaman golondrinos pero muy menores), e de cada cosa o género de los que he dicho, muchos y en grande cantidad. Muchos marrajos e votos, toñinas; ballenas asaz. Pero no curemos de extender más esta materia en la generalidad, pues todos estos pescados hay en las mares de España; y los que dellos son de ríos, en los ríos de allá, asimesmo.

Vengamos, pues, a la especialidad e particular relación de algunos de los que es dicho de suso e hay en estas partes. Porque este libro no solamente ha de servir en esta parte primera de aquesta *Natural Historia de Indias*, pero excusarme ha de replicar en la segunda, o tornar a rescribir muchas cosas de éstas a que me podré referir cuando convenga hablar en ellas en los libros de adelante. Mas, porque dije debajo desta generalidad, que los indios pescan con varas, imitando al pescar de caña de España, e con cuerdas o volantines, digo que estas dos maneras de pescar aprendieron ellos de los cristianos, porque los indios no tenían anzuelos. Así que, dejadas estas dos maneras de pesquería, aparte de las otras que he dicho, sin ellas se aprovechaban e pescaban continuamente de otras formas, e también con judrias e concierto manera de garlitos en los ríos. Así que, vengamos a los particulares pescados.

CAPÍTULO III

Del peje llamado vihuela e de sus armas.

El peje o pescado llamado *vihuela* es grande animal, e la mandíbula u hocico alto o superior dél, es una espada orlada de unos colmillos o navajas de una parte e de otra, tan luenga como un brazo de un hombre, e algunos mayores e menores, segund la grandeza e cuerpo deste animal que tales armas tiene. Yo le he visto en el Darién, en la Tierra Firme, tan grande, que un carro con un par de bueyes tenía harta carga e peso que traer en él desde el agua hasta el pueblo. Estas espadas que digo, están llenas de unas puntas de hueso macizas e recias, e muy agudas o punzantes, de una parte e otra de la espada, con la cual no se le para pescado delante sin que mate. Y También hay estos pescados en las costas desta e de las otras islas destas partes.

Estos pescados me dicen a mi los hombres de la mar que los hay en España; pero sin estas puntas o púas en las espadas. No sé si lo crea, porque

⁸⁶*Pseudmys plaustris*. Tortuga pequeña, especie de galápagos (C.E.D.).

en algunos templos en España las he visto colgadas; pero no sé de dónde las han llevado o si las hay en el mar de España así fieras; mas acá, en estas mares de las Indias e Tierra Firme, muchas destas he visto de la manera que tengo dicho.

Son buenos pescados de comer; pero no tales como los pequeños dellos mismos e de otros de los menores de otras especies, porque por la mayor parte de los pescados muy grandes no son sanos acá (a lo que yo he entendido) e las más veces se comen por necesidad, excepto el *manatí*, que aunque son muy grandes, son muy buenos e sanos, del cual manatí se dirá más adelante en su lugar.

CAPÍTULO VI

De los tiburones y de su grandeza, e de cómo se toman, e otras particularidades destes animales.

Puesto que en las mares e costas de España hay tiburones, e no sea hablar en animal no conocido, diré aquí lo que he visto en este gran golfo del mar Océano y en estas costas de las islas e Tierra Firme destas Indias. Acaesce muchas veces, viniendo las naves a la vela, o andando en su navegación engolfadas, o por las costas destas Indias, que los marineros matan muchas toñinas e votos e marrajos e doradas e destes tiburones e otros pescados, con harpones e fisgas e anzuelos de cadena, e así usan del instrumento de cada cosa destas, como lo requiere la forma del pescado; pero dejemos los demás, pues que el capítulo se intituló para los tiburones, y éstos se diga algo. Porque aunque en las mares de España, como he dicho, los hay, son por acá más comunes e más particularmente vistos e muertos a menudo o continuamente a causa desta navegación; e aquéstos, aunque también se harponan e les tiran, cuando son pequeños, con la fisga, con los mayores es menester otra forma para los matar, porque son grandes pescados e muy ligeros en el agua, e muy carniceros e golosos.

Cuando vienen a las naos, andan sobreaguados e muy cerca de la superficie de la agua: así que muy claramente se ven. Entonces ponen los marineros por la popa de la nao un anzuelo de cadena, tan grueso como el dedo pulgar, e tan luengo como un palmo e medio o más, encorvado, como suelen ser los anzuelos; e las orejas de aqueste harpón son a la proporción de la grosseza que es dicho, e al cabo del asta del anzuelo tiene tres o cuatro o más eslabones de hierro, gruesos, y del último dellos atada una cuerda o soga de cáñamo tan gruesa como dos o tres veces el anzuelo; e ponen en él un grande pedazo de pescado o de tocino o carne cualquiera, o parte de la asadura de otro tiburón, si le han primero muerto; porque en un día he visto tomar diez dellos, e no querer matar todos los que pudieran. Así que, tornando a la manera de cómo los pescan, va la nao corriendo con todas sus velas, e los tiburones andan tanto e más que ella, por buen tiempo que

lleve, e la siguen e van sobreaguados, comiendo la basura e inmundicias que se echan de la nao. Y es tan suelto el tiburón, que da alrededor de la nao las vueltas que él quiere, e pasa adelante e torna atrás tan fácilmente, más suelto o con más curso e velocidad de la nave corre, cuanto correrá un suelto hombre más que un niño de cuatro años. Y acaesce seguir la nao, sin la dejar, doscientas leguas e más; e así podría todo lo que él más quisiese. Pues yendo por popa, rastrando el anzuelo, segund es dicho, como el tiburón lo ve, trágalo todo; e como se quiere desviar con la presa, por tirar de la nave, atraviésasele el anzuelo e pásale una quijada, e préndele. Y son algunos dellos tan grandes, que son menester doce e quince hombres para le meter en la nao. Y como le llegan, tirando de la cuerda que he dicho, a la nao, da con la cola tales golpes en ella, que parece que ha de romperla e meter las tablas della dentro; pero así como le han subido sobre la cubierta, un marinero prestamente con el cotillo de una hacha le da en la cabeza tales golpes, que presto le acaba de matar.

Hay algunos de doce pies e más de luengo, y en la groseza, por mitad del cuerpo, tiene seis e siete palmos e más en redondo. Tienen muy grande boca, a proporción del cuerpo, e algunos destos tiburones e aun los más tienen dos órdenes de dientes en torno, continuadamente, la una cerca de la otra; pero cada circuito destas dentaduras por sí e destinto, e muy espesos e fieros, y almenados estos dientes en partes en un mesmo diente, como sierra, hechas puntas.

Muerto el tiburón, hácenle lonjas e tasajos delgados, e pónenlos a enjugar por las cuerdas de las jarcias de la nave por dos o tres días e más, colgados al aire. Y después se los comen cocidos o asados e con aquella salsa común de los ajos; también lo comen fresco, e yo los he comido de la una y de la otra manera; pero los pequeños, que llaman *haquetas*, son mejores.

Es buen pescado para la gente de la mar, e de grande bastimento para muchos días, por ser grandes animales; pero no es tan bueno para los pasajeros e hombres no acostumbrados a la mar. Es pescado de cuero, como los cazones e tollos; los cuales y el dicho tiburón paren otros sus semejantes vivos, como los lobos marinos e como los manatís, de quien adelante se dirá; de los cuales ninguno puso Plinio en el número de los pescados que dice en su *Historia Natural* que paren, excepto del lobo marino, a quien Plinio⁸⁷ llama *viejo marino*. El cual auctor dice que los animales de agua que son vestidos de pelo, no paren huevos, sino animales; así como son: pistre, ballena, viejo marino (a los cuales llama vacas marinas, e dice que en su pelo se conocen las crecientes e menguantes de la mar, como lo dije de suso en el capítulo precedente de los lobos marinos). Estos tiburones, ni los tollos, ni los cazones, ni los manatís no tienen pelo, sino cuero, e paren otros sus semejantes vivos.

⁸⁷Plin., lib. IX, cap. XVII.

Tornando, pues, a los tiburones, estos animales muchas veces salen de la mar e suben por los ríos, e no son menos peligrosos que los lagartos grandes en la Tierra Firme, porque también los tiburones se comen los hombres e las vacas y las yeguas, e son muy dañosos en los vados de los ríos e donde son avezados o están ya cebados.

Muchos destos tiburones he visto que tienen el miembro viril o generativo doblado. Quiero decir que cada tiburón tiene dos vergas o un par de armas, cada una tan larga como desde el cobdo de un hombre grande, a la punta del mayor dedo de la mano, e algunos mayores e menores, a la proporción o grandeza del tiburón; pero el tiburón que es de siete u ocho pies de luengo, e de ahí adelante, tiene estas armas del tamaño que he dicho. Yo no sé si en el uso dellas las ejercita ambas juntas en el coito, o cada una por sí, o en diversos tiempos; porque esta particularidad (digo el ejercicio o coito) ni lo he visto ni oído; pero he visto matar muchos dellos, e todos los machos tienen estos instrumentos para engendrar, como he dicho, doblados, e las hembras sola una natura. De que se colige que es más potente para recibir que el macho para obrar. Cosa común es ser concedida tal potencia al sexo feminil. Y acaesce que matando algunas hembras poco antes del tiempo en que habían de parir, les hallan en el vientre muchos tiburones pequeños. E yo he visto algunas a quien se han hallado algunos; pero no en tanta cantidad quanto he oído muchas veces decir al licenciado Alonso Zuazo, oidor que es en esta Audiencia Real, que él vido sacar del vientre de una destas animalías treinta e cinco tuburoncillos, estando este licenciado e otros cristianos perdidos en las islas de los Alacranes, como lo escribo adelante, en el último *libro de los naufragios*. El cual es caballero e hombre de mucha auctoridad, y a quien se le debe dar crédito, e sin él a otros muchos que lo testifican, aunque no en tanto número.

CAPÍTULO VII

De los animales llamados marrajos.

Marrajo es un animal mayor que el tiburón e más fiero, pero no tan suelto ni presto. Quieren en algo parecer a los tiburones, porque son asimesmo animales de cuero, pero como digo, son mayores; e mátanlos asimismo algunas veces con anzuelos de cadena, segund se dijo en el capítulo de suso; pero no son buenos para comer, aunque algunos marineros no lo dejan de probar, en especial si bastimentos les faltan. Déstos he yo visto con nueve órdenes de dientes, unos en torno de otros la boca circuida, e disminuyéndose los unos de los otros, e a diferencia mayores unos que otros; y es cosa mucho de ver esta nueva forma de dentadura. Las más veces, aunque los toman e los matan, no los comen e los echan a la mar, porque, como he dicho, sin nescesidad no los comen. En España los hay, en los mares della, de la mesma manera, segund hombres de la mar lo dicen.

CAPÍTULO VIII

De las tortugas o bicotecas de esta isla Española

Las tortugas de la mar son muy grandes. Estas he visto yo muchas veces estar sobreaguadas encima de la superficie de la mar, en el grande Océano, dormidas, e pasar la nave corriendo cargada de todas sus velas, e junto con la tortuga, e no lo sentir ni despertar; e así son tomadas algunas dellas, durmiendo, muchas veces. También las he visto encima del agua de dos en dos, tan embebecidas en el coito o acto venéreo, que los marineros echados a nado las trastornan e meten en las carabelas. En la costa de la Tierra Firme, y en especial en la villa de Acla e otras partes, las he visto de siete y de ocho palmos de luengo en la concha superior o alta, y el ancho, de cuatro y de cinco o más palmos, a proporción de la longura o longitud, e tan grandes algunas, que cinco o seis hombres tienen que hacer en llevar una sola dellas a cuestras.

Estas son de la forma que los galápagos o tortugas terrestres de España, salvo que son de la grandeza que he dicho. Salen de la mar a poner sus huevos en tierra en los arenales de las playas, e hacen un hoyo en la arena, e cúbrenlo con ella mesma, después que le han henchido de sus huevos en número de trescientos, o quinientos, o más o menos dellos. Los cuales después allí debajo salen por la calor del sol e providencia de la maestra Natura, *ad putrefactionem*, convertidos en otras tantas tortugas. Estos huevos, cuando las matan (de los cuales las hembras acaesce estar llenas), son muy buenos. Son redondos e todos son yema, sin clara ni cáscara, e tamaños como nueces los mayores, e de aquesta grandeza abajo, menores, e algunos dellos muy menudos, como se suelen hallar en una gallina.

Cuando los cristianos o los indios hallan rastro destas tortugas por el arena (que van haciendo con aquellos sus aletones), siguen aquella traza o vestigio, y en topándola, trastórnanla con un palo, e déjanla estar así de espaldas, porque no se puede más mover después que está trastornada, por su grandísima pesadumbre, e van a buscar más, e así acaesce tomar muchos cuando ellas salen a desovar en tierra, como he dicho.

Los que no las han visto o no han leído, pensarán que en estas y otras cosas yo me alargo; y en la verdad, antes me tengo atrás, porque soy amigo de no perder mi crédito y de conservarle en todo cuanto pudiere. Y para este efeto busco testigos algunas veces en los auctores antiguos, para que me crean como auctor moderno e que hablo de vista, contando estas cosas a los que están apartados destas nuestras Indias, porque acá, cuantos no fueren ciegos, las veen. Y para este efeto, quien dubdare lo que he dicho destes animales, infórmese de Plinio⁸⁸, y decirle ha que en el mar de India son tamañas las tortugas, que el hueso o cobertura de una basta para

⁸⁸Plin., lib. IX, cap. X.

cobrir una habitable casa. E dice más: que entre las islas del mar rojo, navegan con tales conchas en lugar de barcas. Y el que fuere informado deste y otros autores, verá que yo no digo aquí tanto como ellos escriben; mas puédo lo testificar mejor que Plinio, pues que él no dice haberlas visto, e yo digo que estas otras las he comido muchas veces, y es cosa tan común e notoria, que no hay acá cosa más experimentada ni más continuamente vista.

Son muy buen manjar e sano, e no tan enojoso al gusto como los otros pescados, aunque se continúe.

Las *bicoteas* o menores, tortugas, de que se hizo de suso mención, la mayor dellas será de dos palmos de luengo, e de allí abajo, menores. Estas se hallan en los lagos y en muchas partes de a questa isla Española; y cada día se venden por esas calles e plazas de esta cibdad de Sancto Domingo, e son sano manjar. E son una cierta especie de tortugas, e ninguna diferencia hay en la forma dellas, sino en el tamaño e grandeza. A estas pequeñas llaman los indios *bicoteas*.

CAPÍTULO IX

Del manatí⁸⁹ y de su grandeza e forma, e de la manera que algunas veces los indios tomaban este grande animal con el peje reverso, e otras peculiaridades.

Manantí es un pescado de los más notables e no oídos de cuantos yo he leído o visto. Déstos, ni Plinio habló, ni el Alberto Magno en su *Proprietatibus rerum* escribió, ni en España los hay. Ni jamás oí a hombre de la mar ni de la tierra que dijese haberlos visto ni oído, sino en estas islas e Tierra Firme de estas Indias de España. Este es un grande pescado de la mar, aunque muy continuamente los matan en los ríos grandes, en esta isla y en las otras destas partes. Son mayores mucho que los tiburones e marrajos, de quien se dijo de suso en los capítulos precedentes, así de longitud como de latitud. Los que son grandes, son feos, e parece mucho el manatí a una odrina de aquellas en que se acarrea e lleva el mosto en Medina del Campo y Arévalo e por aquella tierra. La cabeza de aqueste pescado es como de un buey e mayor; tiene los ojos pequeños, segund su grandeza. Tiene dos tocones con que nada, gruesos, en lugar de brazos, e altos, cerca de la cabeza. Y es pescado de cuero y no de escama, mansísimo; e súbese por los ríos e llégase a las orillas e pasce en tierra, sin salir del río, sí puede desde el agua alcanzar la hierba (lámina 5^a, figura 8^a).

En Tierra Firme matan los ballesteros estos animales y a otros muchos pescados con la ballesta desde una barca o canoa, porque andan sobreaaguados, e dánles con una saeta con un harpón, e lleva el lance o asta una trailla o cuerda delgada de hilo delgado y recio. Después de herido,

⁸⁹*Manatus americanus*. Se le llama también “vaca marina” (C.E.D.).

váse huyendo, y en tanto, el balletero le da cuerda; y en fin del hilo que es muy luengo, pónele un palo o corcho por boyo o señal que no se hunde en el agua. E desde que está desangrado e cansado e vecino a la muerte, llégase a la playa o costa, y el balletero va cogiendo su cuerda; e desde que le quedan diez o doce brazas por coger, tira del cordel hacia tierra, y el manatí se allega hasta que toca en tierra e las ondas del agua le ayudan a se encallar más; y entonces el balletero e su compañía ayudan a le botar de todo punto en tierra y a le sacar del agua, para le llevar a donde le han de pesar o guardar. Y es menester una carreta con un par de bueyes, segund son grandes pescados. Algunas veces, después que el manatí viene herido, segund es dicho, hacia tierra, le hieren más desde la barca con un harpón grueso enastado, para le acabar antes; e después de muerto, encontinente se anda sobre el agua.

Creo yo que es uno de los buenos pescados del mundo y el que más parece carne; y en tanta manera parece vaca, viéndole cortado, que quien no le hobiere visto entero o no lo supiere, mirando una pieza cortada dél, no sabrá determinarse si es vaca o ternera; y de hecho lo terná por carne, y se engañarán en esto todos los hombres del mundo, porque asimesmo el sabor es más de carne que de pescado, estando fresco. La cecina e tasajos deste pescado es muy singular e se tiene mucho sin se dañar ni corromper. Yo lo he llevado desde aquesta cibdad de Sancto Domingo de la isla Española hasta la cibdad de Avila en España, el año de mill e quinientos e treinta e un años, estando allí la Emperatriz, nuestra señora. Y en Castilla parece esta cecina que es de la muy buena de Inglaterra quanto a la vista; pero cocida, parece que come hombre muy buen atún, o mejor sabor que de atún es el que tiene. Finalmente, es muy singular e precioso pescado si lo hay en el mundo.

En ese río Ozama, que pasa por esta cibdad, hay hierbas, en algunas partes, cubiertas del agua, cerca de las costas, y el manatí pasce allí, e vénle los pescadores, e desde barcas o canoas le harponan. También los matan con redes recias, hechas como conviene para los tomar.

Estos animales tienen ciertas piedras o huesos en la cabeza entre los sesos o meollos. La cual piedra es muy útil para el mal de la hijada, segund acá se platica e afirman personas tocados de tal enfermedad. E para esto dicen que muelen esta piedra después de la haber muy bien quemado; e aquel polvo, molido e cernido, tómalo el paciente después que amanesce por la mañana, en ayunas, tanta parte dello como se podrá tomar con una blanca o con un jaqués de Aragón, en un trago de muy buen vino blanco; y bebiéndolo así algunas mañanas continuadamente, quítase el dolor e rómpese la piedra, e hácela echar hecha arenas por la orina, segund he oído a personas que lo han probado y de crédito. Visto he buscar con diligencia esta piedra a muchos, para el efecto que he dicho. Suele tener un manatí dos piedras destas entre los sesos, tamañas como una pelota pequeña de jugar,

e como una nuez de ballesta, pero no redondas; y algunas dellas son mayores de lo que he dicho, segund la grandeza del animal o manatí. Mas para mí yo pienso que la mesma propiedad deben tener las piedras que tienen las corvinas e los besugos e otros pescados en las cabezas, si creemos a Plinio, el cual dice que se hallan en la brancha del pescado, en la cabeza, cuasi piedras, las cuales, bebidas con el agua, son óptimo remedio a la piedra e mal de hijada⁹⁰.

Destos manatís hay algunos tan grandes que tienen catorce e quince pies de luengo e más de ocho palmos de grueso. Son ceñidos en la cola, e desde la cintura o comienzo della hasta el fin y extremos della, se hace muy ancha e gruesa. Tiene solas dos manos o brazos cerca de la cabeza, cortos, e por eso los cristianos le llamaron *manatí*, puesto que el cronista Pedro Mártir⁹¹ que tomó el nombre del lago Guaniabo, lo cual es falso. E así como en esta isla Española le quitaron su nombre e le dieron éste, así en la Tierra Firme, que hay muchos destos pescados, los nombran diversamente segund la diferencia de los lenguajes de las provincias donde los hay en aquellas partes.

No tienen orejas, sino unos agujeros pequeños por oídos. El cuero parece como de un puerco que está pelado o chamuscado con fuego. Es la color parda e tiene algunos pelicos raros; y el cuero es tan gordo como un dedo, e curándolo al sol, se hacen dél buenas correas e suelas para zapatos e para otros provechos. Y la cola dél, de la cintura que he dicho adelante, toda ella hácenla pedazos e tiénenla cuatro o cinco días o más al sol (la cual parece como nervio toda ella), e desque está enjuta, quémanla en una sartén, o mejor diciendo, frienla e sacan della mucha manteca, en la cual cuasi toda se convierte, quedando poca cibera o cosa que desechar de ella. Y esta manteca es la mejor que se sabe para guisar huevos fritos, porque aunque sea de días, nunca tiene rancio ni mal sabor, y es muy buena para arder en el candil, e aun se dice que es medicinal.

Tiene el manatí dos tetas en los pechos, el que es hembra, e así pare dos hijos e los cría a la teta. Lo cual nunca oí decir sino deste pescado e del viejo marino o lobo marino.

Una pesquería hay destos manatís e de las tortugas en la isla de Jamaica y en la de Cuba, que si esto que agora diré no fuese tan público e notorio, e no lo hobiese oído a personas de mucho crédito, no lo osaría escribir. Y también se cree que en esta isla Española, cuando hobo muchos indios de los naturales della, también se tomaban estos animales con el peje reverso. Y pues ha traído el discurso de la historia a hablar en este animal manatí, mejor es que en este capítulo se diga que en otra parte. Para lo cual es de saber que hay unos pescados tan grandes e mayores

⁹⁰Plin., lib. XXXII, caps. V e C.

⁹¹Pedro Mártir, déc. I, cap. VIII.

como un palmo, que llaman *peje reverso*, feo al parecer, pero de grandísimo ánimo y entendimiento. El cual acaesce que algunas veces es preso entre las redes, a vuelta de otros pescados. Este es un buen pescado e de los mejores de la mar para comer, porque es enjuto a tieso e sin flema, o a lo menos tiene poca; e muchas veces los he yo comido para lo poder testificar.

Quando los indios quieren guardar e criar algunos destos reversos para su pesquería, tómanlo pequeño e tiénelo siempre en agua salada de la mar, e allí le dan a comer, e lo crían doméstico hasta que es del tamaño e grandeza que he dicho, o poco más, y apto para su pesquería. Entonces llévanle a la mar en la canoa o barca, e tiénelo allí en agua salada, e átanle una cuerda delgada (pero recia); e cuando veen algún pescado grande, así como tortuga o sábalo (que los hay muy grandes en estas mares), o alguno destos manatís, o otro cualquier que sea, que acasce andar sabreaguados de manera que se pueden ver, toma el indio en la mano este pescado reverso e halágalo con la otra, e dícele en su lengua que sea *manicato*, que quiere decir esforzado e de buen corazón, e que sea diligente, e otras palabras exhortatorias a esfuerzo, e que mire que ose aferrarse con el pescado mayor e mejor que allí viere. Y cuando vee que es tiempo y le parece suelta e lanza hacia donde los pescados grandes andan; y el reverso va como una saeta, e afiérrese en un costado con una tortuga, o en el vientre, o donde puede, e pégase con ella o con otro gran pescado; el cual, como se siente estar asido de aquel pequeño reverso, huyo por la mar a una parte e a otra; y en tanto, el indio pescador alarga la cuerda o trailla de todo punto, que es de muchas brazas, y en fin della está atado un palo o corcho, por señal o boya que esté sobre el agua. E en poco proceso de tiempo, el pescado manatí o tortuga con quien el reverso se aferró, cansado, se viene la vuelta de tierra a la costa; y entonces el indio pescador comienza a coger su cordel en la canoa o barca; e cuando tiene pocas brazas por coger, comienza a tirar con tiento, poco a poco, guiando el reverso e prisionero con quien está asido, hasta que se llega a la tierra, e las mismas ondas de la mar le echan fuera. E los indios que en esta pesquería andan, saltan en tierra, e si es tortuga, la trastornan, aunque no haya tocado en tierra la tortuga, porque son grandes nadadores, e la ponen en seco; e si es manatí, le harponan e hieren e acaban de matar. Y sacado el tal pescado en tierra, es necesario, con mucho tiento e poco a poco, despegar el reverso, lo cual los indios hacen con dulces palabras e dándole muchas gracias de lo que ha hecho e trabajado, e así le despegan del otro pescado grande que tomó. E viene tan apretado e fijo con él, que si con fuerza lo despegasen, lo romperían o despedazarían el reverso.

E así, desta forma que he dicho, se toman estos tan grandes pescados, de los cuales parece que la Natura ha hecho alguacil e verdugo o hurón para los tomar e cazar a este reverso. El cual tiene unas escamas a manera de

gradas, como el paladar o mandíbula alta de la boca de un hombre, o de un caballo, e por allí unas espinas delgadísimas e ásperas e recias con que se afierra con los pescados quel quiere. Y estas gradas o escamas llenas destas puntas tiene el reverso en la mayor parte del cuerpo por de fuera, y en especial desde la cabeza a la mitad del cuerpo, por el lomo e no en la parte del vientre, sino de medio lomo arriba; e por eso le llaman reverso, porque con las espaldas se ase e afierra con los pescados.

Es tan liviana esta generación de aquestos indios, que tienen ellos creído por muy cierto que el peje reverso entiende muy bien el sermón humano e todas aquellas palabras quel indio le dijo animándole, antes que lo soltase, para que se aferrase con la tortuga o manatí, u otro pescado, e que también entiende las gracias que después le da por lo que ha hecho. Y esta inorancia viene de no entender ellos que aquello es propiedad de la Natura, pues que sin les decir nada deso, acesce muchas veces en ese grande mar Océano (e yo lo he visto asaz veces), tomarse tiburones e tortugas e salir los reversos pegados con los tales pescados; e por despegarlos dellos, hacerlos pedazos. De lo cual podemos colegir que no es en su mano despegarse, después que están pegados por sí mismos, sin algún intervalo de tiempo, o por otra causa que yo no alcanzo; pues que es de creer que cuando el tiburón o tortuga es tomado, debrían huir los tales reversos que están pegados, si pudiesen. El caso es que, como dije de suso, para cada animal hay su aguacil.

Una cosa diré aquí notable que he yo visto todas ocho veces que he atravesado este grande mar Océano, viniendo de España e volviendo a ella en este camino de Indias; e así pienso yo que lo dirán todos los que aqueste viaje hobieren navegado. Y es que, así como en la tierra hay provincias fértiles e otras estériles, de la misma manera creo yo (por lo que he visto), que debe ser en todas las mares, porque acaesce algunas veces que corren los navíos cincuenta e cient e doscientas e muchas más leguas sin poder tomar un pescado ni verle. Y en otras partes, en el mismo mar Océano donde esto que he dicho se vee, se hallan tantos, que parece que está la mar hirviendo de pescados, e matan muchos dellos.

Llaman los indios de aquesta isla Española, a la mar, *bagua* (no digo *baigua*, porque baigua es aquel varbasco con que toman mucho pescado, segund tengo dicho, sino *bagua* es el nombre de la mar en esta isla).

Otras cosas muchas se podrían decir de otros pescados e de los cangrejos e sus diferencias muchas, e de las langostas que asimesmo hay en esta isla; pero como son cosas comunes a todas las otras partes destas Indias, no lo digo aquí; e también porque los cangrejos, aunque los hay de agua, también los hay de tierra en estas partes, e hay mucho que decir dellos; y por tanto lo deajo para hacer capítulo particular, adelante, de las diferentes maneras de los cangrejos, cuando se escriban las cosas de Tierra Firme, en la segunda parte de aquesta *Natural Historia de Indias*. Ni tampoco escribo

ni digo de las perlas, porque aunque a esta cibdad e isla se han traído e traen mucha cantidad dellas, no se pescan en esta isla, sino en otras islas pequeñas en la costa de la Tierra Firme e otras partes. E también esta materia de perlas toca a la isla de Cubagua, en la cual se tractará en el libro XIX. E así la dejo para en su lugar.

CAPÍTULO X

De las ranas e sapos, e cómo los indios los comen.

Yo había determinado de no hablar en este libro en los sapos ni en las ranas, e quería los por poner con otros géneros de animales; pero pues me parece que ya el manjar de las ranas no se desprecia en España, y ha llegado hasta la tabla de nuestro gran César, no es razón que tal título no le sirva a este animal para que yo le coloque e ponga tras tan excelente pescado como es el manatí e los otros de quien he hablado.

Creo que el origen desta auctoridad que estaba guardada a las ranas, se le dio Mercurio, gran chanciller de la Cesárea Majestad del Emperador Rey, nuestro señor; al cual yo oí decir (en la cibdad de Vitoria, año de mill e quinientos e veinte y cuatro, un viernes, comiendo con el dicho gran chanciller el excelente señor don Fernando de Aragón, duque de Calabria, e trayendo a su mesa un plato de ranas guisadas) que había enviado la semana antes otro plato dellas al Emperador, y que le había dicho que le habían sabido muy bien; pero que no le entendía enviar más, porque no quería que si por otra causa Su Majestad adolesciese, que echase la culpa a sus ranas: que pues las había probado e dicho bien dellas, que él se las mandase guisar cuando le plugiese. Y no me maravillo que el gran chanciller trujese este manjar a España, pues era italiano, donde ha gran tiempo que se usa comer las ranas, e son buen manjar. Y muchos años antes las comí yo en Mantua, e Roma, y Nápoles e otras partes de Italia; y públicamente las venden en las plazas, como manjar sano y de buena digestión e gusto.,

De aquestas ranas hay muchas en esta isla Española y en todas las otras partes destas Indias; pero no las comen en esta isla, porque no lo han acostumbrado.

De los sapos quiero hallar aquí, por la semejanza que tienen en su forma con las ranas, aunque ellos son muy mayores e más feos, por su hinchazón. Muchos hay en esta isla, e no creo que harían provecho a quien los comiese, aunque en la Tierra Firme los comen en muchas partes e islas de la costa austral. E yo tenía una esclava de aquella tierra, e no ha muchos días que comió uno destes sapos en una hacienda mía, e créese que otra cosa no la mató, porque desde a pocos días que hobo comido un sapo, se sintió mala, y en cuatro o cinco días se murió. Y ella debiera pensar que los sapos desta isla no son dañosos, como los de su tierra, a quien los come. También los de España son ponzoñosos e malos, e tanto peores quanto son

de más fría tierra. Críanlos e tiénenlos atados a cebo, en algunas partes de la Tierra Firme, para los comer después por muy presciado manjar. Yo los he visto comer algunas veces a los indios en aquella tierra, e no vi en mi vida manjar que más asco me diese ni que peor me pareciese. De lo cual se reían mucho los indios, porque les parecía grande ignorancia la mía no parecerme bien tan aborrescible pasto a mis ojos e tan grato a su paladar e gusto. Esto se quede para en su lugar, porque no se truequen las materias ni se quiten del sitio que deben tener; porque este manjar es de la Tierra Firme, e decirse ha dónde le estiman e usan dél tan comúnmente como en España el pan, o la vaca, o otra cosa de las más comunes al mantenimiento de los hombres.

LIBRO XIV

CAPÍTULO II

Que tracta de las aves que hay en esta isla semejantes a las de nuestra España, que son acá naturales asimismo y desta tierra.

Hay en esta isla de Haití o Española muchas palomas torcazas, e de las zoritas por consiguiente (pero menores las unas e las otras que las de España, cada una en su especie); tórtolas muy buenas, de tres o cuatro maneras, e unas mayores que las otras; golondrinas mayores que las de España, pero no tienen rubio el cuello ni las cabezas, ni la cola tan hendida, y el canto de las golondrinas de acá es más sordo e no tal como el de las de nuestra España, ni crían tan domésticamente en las casas acá; e debe ser porque ha poco tiempo que acá se han fundado casas de piedra. Con todo, ya comienzan a criar en la iglesia mayor desta cibdad y en el monesterio de los frailes de Sancto Domingo, desta cibdad. Hay asimismo vencejos y en mucha cantidad; garzas reales; garzotas; halcones; neblís e muy buenos, algo más negros que los que en España e Italia suelen ir; azores, grandes e muy hermosos; águilas pequeñas; *guaraguaos*⁹²: éstos no los hay en España, pero púselos aquí porque son de la condición e oficio de los milanos, no porque les parezcan en más del oficio de hurtar los pollos, porque en el plumaje, ni división de la cola, ni en la cazeza no les parecen. Pero son muy armados, y el plumaje destes *guaraguaos* es como el del borní, salvo que éstos tienen los ojos colorados. Lechuzas; alcatraces de muchas maneras, águilas blancas de agua (digo de agua porque se ejercitan en la pesquería), caudones, gaviotas; gavinas, pero pocas; gallillos, calamones, cernícalos, carpinteros del tamaño de los zorzales o tordos. Tienen estos carpinteros el cogote colorado, y encima de la cola, también coloradas, algunas plumas, e todo el resto es pintado al través, a carreras negras e verdes cada una por sí, y el verde tira algo a amarillo. Aquestas aves hacen en las palmas y otros árboles un

⁹²*Bueteo jamaicensis* (C.E.D.).

agujero con el pico, e de dentro labran e evacuan lo que les conviene dejar hueco, en que hacen sus nidos e morada. No sé si es aqueste el pájaro que en España se dice pito, porque he oído decir que el pito cría así. Hay muchas ánsares de paso, bravas, y es el paso dellas por diciembre. Muchos pájaros hay acá de los que en España andan por los sotos, e cantan bien (que no les saben acá los nombres), e también hay ruiseñores que en el canto son cosa de oír y de muy dulce melodía, aunque no hacen tantas diferencias como los de España en el cantar. Hay innumerables cuervos marinos, e los esmerejones son de todas raleas. Hay aberramias; pero las destas Indias tienen el plumaje de color encarnado y el pico no tan luengo como las de Castilla. Todas estas aves de que he hecho mención en este capítulo, son naturales en esta isla, así como en España, e todas ellas las hay en estas islas, y en la Tierra Firme éstas e otras muy más en abundancia.

CAPÍTULO III

De las aves que se han traído de España, que en estas islas no las había.

Hanse traído a esta isla e a las otras comarcas e a la Nueva España e a la Tierra Firme muchas gallinas e gallos de los nuestros de España, e hanse hecho muy bien y en grande abundancia, e hay muchos e muy hermosos capones y en gran cantidad en todas estas partes e Indias. Hanse traído muchas palomas duendas, e críanse bien e hay muchas dellas en esta cibdad, en muchas casas y en los heredamientos e otras partes de aquesta isla Española, donde hay poblaciones de cristianos. Hanse traído algunos pavos de los de Castilla; pero no se hacen ni multiplican bien como en España. Y lo mesmo digo de las ánsares de Castilla, porque las que acá vienen, no multiplican ni se dan tan bien como allá, aunque hay algunas ánades de las caseras de Castilla que se han traído asimismo, e hanse hecho muy bien e hay muchas dellas, puesto que destas hay acá, naturales, infinitas, pero más chiquitas.

CAPÍTULO IV

De las aves que hay en esta isla Española, las cuales no hay en España ni allá se crían.

Hay muchas maneras de papagayos en esta isla, así de los verdes, tamaños o mayores que palomas (que tienen un flueco de plumas blancas en el nascimiento del pico), como de los otros del mismo tamaño e verdes que tienen aquel flueco que he dicho, pero colorado como un carmesí. Hay otros menores, de colas luengas, e los codillos o encuentros de las alas a los sobacos colorados, e todo el restante dellos verde, e aquéstos se llaman *xaxabes*. Otros hay de otras maneras, así en ésta como en las otras islas; pero porque en la Tierra Firme hay mucha más cantidad e diversidad destos papagayos, allí se dirá lo que aquí no se face; porque a la verdad,

en esta isla no los hay tantos ni de más diferencias de las que se dijo de suso. Verdad Es que hay unos pajaritos todos verdes, no mayores que los jilgueritos de Castilla; pero aquéllos, aunque sean verdes, no son papagayos.

Creo yo que en la Tierra Firme pasan de ciento e más diferencias en los plumajes de los papagayos, e todos o los más dellos son muy conformes, o cuasi, en la hechura, excepto en el tamaño e colores de plumas; pero en los picos y en la torpeza y hechura de los pies, muy semejantes los unos a los otros. Hay asimesmo en esta isla unos pajaritos tan negros como un terciopelo negro muy bueno; e son tan pequeños, que ningunos yo he visto en Indias menores, excepto el que acá se llama *pájaro mosquito*. El cual es tan pequeño, que el bulto dél es menos, harto o asaz, que la cabeza del dedo pulgar de la mano. Este no le he visto en esta isla; pero dícame que aquí los hay, e por eso dejo de hablar en él para lo decir donde los he visto, que es en la Tierra Firme, cuando della se tracte. Otros pájaros hay de muchas colores e que cantan muy bien e de diferentes voces o manera de cantar. E porque desto basta lo que está dicho, diré de algunas aves en particular que son más notables, e cosas para encomendar a la memoria.

CAPÍTULO V

*De los pájaros comuneros,
o que viven muchos juntos en comunidad.*

Hay en esta isla un género de pájaros algo menores que los que en Castilla llaman gorriones o pardales, e paréscentles algo en el plumaje e diligencia, e son no menos astutos o maliciosos. Estos son de grande ánimo en cuadrilla e ayuntamiento. Su color e plumaje es pardillo gris, y hacen un nido tan grande o mayor que los que suelen hacer las cigüeñas en los campanarios e torres de Castilla. Estos hacen de rama, de tal manera compuestos y entretejidos e recios, que es admiración grande segund estas aves son chiquitas. E allí dentro, en aquel su nido, tienen sus diferencias, o divididos apartamientos e celdas donde distintos crían; y por lo menos tiene un nido de aquestos doscientos o trescientos pájaros. E si por caso atraviesa por ahí cerca alguna ave de las grandes, aunque sea de rapiña, como los guaraguaos que tengo dicho que se comen acá los pollos (e aun las gallinas), salen a escuadrones estos pájaros con gran ruido, e golpéanle tan atrevida e denodadamente, que no hay avispas ni otra cosa semejante tan enojosa ni tan continua, hasta que la hacen huir, e aun habiéndole dado asaz repelones e sacádole las plumas. Finalmente, que cerca de donde aquestos nidos están, así se guardan e apartan las otras aves dellos, como se apartan los hombres de los avisperos. Y es cierto que es cosa mucho de ver cuando tienen alguna diferencia destas con los caminantes, digo con las otras aves de paso que acaso se aciertan por allí a buscar la vida.

CAPÍTULO VI

De los alcatraces grandes que hay en esta isla Española y en todas las otras islas y costas de la Tierra Firme.

Dicho y escrito tengo algunas diferencias de aves que están debajo del nombre de alcatraces, e de algunos de aquéllos hay en las costas de la mar en España; pero de los que agora diré, yo no los he visto ni creo que ahí haya, sino en estas partes, ni he oído decir que los haya en otras. Son estos alcatraces, de quien agora hablo, como grandes ansarones, e son todos pardos, e las plumas mayores de sus alas son negras en los cuchillos e maestras. Los pies tienen como de patos; pero tienen esta diferencia: que tienen un garrón en los talones, e desde aquél tienen continuada aquella tela de la pata a los otros dedos. Así que aquella pala es muy mayor que lo sería sin aquello, o que lo son las patas de los ansarones. Tiene un pico tan grande como dos palmos de luengo, e a par de la cabeza es tan ancho o más que una mano de hombre, e desde allí se va disminuyendo hasta la punta o fin del pico; pero en el extremo, donde es más delgado, queda más ancho que el dedo pulgar, e de allí declina algo para abajo, de manera de uña. E aquello de la parte superior del pico todo es duro, e la mandíbula baja se abre tanto e hace un papo que le va hasta el pecho. E como tiene el cuello grande, yo he visto algunas veces meterle en el papo un sayo de hombre, e algunas veces una capa, e algunas veces dos y tres jubones, e zapatos e bonetes media docena dellos. Son, en el pecho, de plumaje blanco, e cuando vuelan, llevan cogido el cuello y el pico pegado, de manera que parece que no tienen pescuezo.

En fin, esta ave, puesta en tierra y extendido el cuello, parece mucho a una grande ave que yo vi en Flandes, en Bruselas, en el palacio del Emperador Rey, nuestro señor, año de mill e quinientos diez y seis; e acuérdome que la llamaban *haína*, y que estando un día comiendo Su Majestad en la gran sala, le trujeron en su real presencia de comer a aquella ave, en una caldera de agua, ciertos pescados vivos, e los comió así enteros, como estos alcatraces que digo suelen hacer los que toman. Aquella ave yo creo que era de mar, e tales tenía los pies e todo lo demás, como estos alcatraces en quien yo hablo, salvo que no tenía el papo que digo que tienen los de acá; pero era mayor ave aquélla y de más hermoso plumaje e mayor pico, pero no le abría tanto; porque, como tengo dicho, no tenía aquélla el papo de la forma que estos alcatraces de acá. Los cuales, cuando vuelan, se suben en alto e tienen muy buena vista, e déjanse caer, juntadas las alas, en la mar; e vienen hecho un ovillo, y del golpe que da, como es grande, salta mucho el agua para arriba, y él toma el peje e sale luego para suso sentado en el agua, e trágaselo. E tórñase a levantar e subir en alto, e hace otra e otras muchas veces lo mesmo, e desta manera anda pescando en las costas y en los ríos, do entran en la mar, y en el de aquesta cibdad cada día muchos dellos junto a la ribera. E digo tan junto, que ha pocos días que un escudero de

los que yo aquí tengo en guarda desta fortaleza de Sancto Domingo, buen balletero, tiró a un alcatraz destos desde dentro desta casa, e le quebró un ala, estando sentado en una peña al pie de la fortaleza. Y estos hombres de casa, en mi presencia, le metieron en el papo un sayo de un paje mío, con harto faldaje e mangas anchas; y no era de los mayores el alcatraz, porque no era viejo. Y esto es muy notorio acá: que una capa, si está un poco raída, y lo que tengo dicho, les cabe en el papo a estas aves. E así, cuando los matan, les hallan en el vientre, y ellos por sí, en siendo heridos, regetan e lanzan el pescado que habían comido; e algunas veces es tanto, que podrían largamente comer dos hombres o tres con otro tanto. Algunas veces, con nescesidad, los cristianos han comido estos alcatraces; pero no los han por buen manjar, porque saben al pescado e huelen mucho al marisco.

CAPÍTULO VII

De las aves noturnas que hay en esta isla Española.

Hay en esta isla unas aves mayores que vencejos, e las alas tienen y el vuelo de la misma forma, e vuelan con tanta velocidad e con aquella manera de voltear, subiendo e descendiendo, dando vueltas en el aire. E no salen ni se ven sino al tiempo que el sol se entra debajo del horizonte, e también algunas veces si el sol no parece, por estar el cielo ñubloso; poco antes que él sea puesto, también salen, así como lo hacen los murciélagos, e andan toda la noche. E de cuando en cuando, algunas veces chillan en cierta forma que se oyen desde lejos dellos. No sé cómo los llaman los indios en esta tierra; pero he visto muchas aves destas en la Tierra Firme, salvo que en el plumaje son algo diferentes.

En aquella breve suma que escribí en Toledo, destas cosas de Indias, los llamé pájaros nocturnos; mas aquéllos son muy enemigos de los murciélagos e ándanlos golpeando e persiguiendo, y es cosa para holgar mirar su contraste. Pero estos otros de acá, en esta isla no van tras los murciélagos, ni son tan grandes aves, e también en el plumaje difieren, puesto que no en la caza de los mosquitos.

Los murciélagos de aquesta isla son pequeños e no hay muchos, y encierranse presto, a mi parecer. Hay asimismo muchas lechuzas en esta isla, y en los pueblos, e do hay buhíos de paja; pero son menores lechuzas asaz que las de Castilla, porque las de acá son como un cernícalo torzuelo o menores.

Hay buhos, pero muy chiquitos e no mayores que las lechuzas que he dicho, e así con aquellas orejas o cuernos levantados en la cabeza, y del propio plumaje, e los ojos pequeños a proporción del cuerpo, pero muy claros, como los buhos de España. Mochuelos hay asimismo, pero pequeños como las lechuzas e buhos que he dicho, e aún algo menores; e así los ojos como los tienen los de Castilla.

CAPÍTULO X

*De una ave, o cuasi monstruo entre las aves,
que hay en esta isla Española
y en las otras islas destas partes.*

Quise guardar para este último capítulo de las aves desta isla Española y de las otras a ella circunstantes, una ave muy nueva cosa a mis ojos e por mí nunca oída, ni leída otra semejante en parte alguna del mundo; y a mí parecer es cosa muy notable e de admiración, y acá en estas partes, y en especial en estas islas, muchas veces vista e notoria. Esta es una ave del tamaño de una grande gavina, y el plumaje cuasi de aquella forma, blanco, mezclado de pardo, y el pico de la manera de la gavina; pero más agudo. Esta ave se puede decir que es de rapiña en el campo y en el agua; porque así puede mantenerse e cazar en la tierra como pescar en la mar e los ríos. Tiene el pie izquierdo como ánade o pato y esotros pájaros o aves que andan en la mar, y con aquél se asienta, cuando quiere, en el agua, e se está sobre ella como un ánsar o ánade; e la mano derecha es de presa, como la suele tener un buen azor o un sacre, o una de las aves que mejor armada puede estar de uñas. Y cuando los pescados salen sobreaguados y cerca de la superficie del agua, esta ave se deja caer de alto, donde anda volando, e afierra con aquellas presas e uñas de la mano derecha el pescado. E si quiere estarse sobre el agua sentada, con el otro pie que tiene como de pato, se está queda e come su pescado; e si no lo quiere hacer así, levántase e llévaselo en las uñas e cómeselo en el aire, a vuelo, o sobre una peña o árbol, donde le paresce e quiere sentarse.

Yo no he visto ni oído ni leído cosa tan desemejante ni tan apartada de todas las otras aves del mundo, como aquesta, ni en tanto extremo diferenciada; porque, como he dicho, es ave de tierra e de mar, porque, segund algunos dicen, también se ceba, en la tierra, de algunas aves pequeñas o de lagartijas e otras cosas o manjares terrestres semejantes. En esta isla y en la de Sanct Joan y las otras destas partes, se han visto y se veen muchas veces aquestas aves. Los cristianos las llaman *azores de agua*.

LIBRO XV

CAPÍTULO PRIMERO

*De los animales insectos que hay en esta isla Española,
e primeramente de hormigas y del comijén⁹³.*

Dice aquel único autor de la *Natural Historia*⁹⁴ las opiniones que algunos tienen, diciendo que las hormigas e avispas e los semejantes no tienen sangre; porque quien no tiene corazón ni hígado, no tiene sangre, e así no alienta quien no tiene pulmón. E desto nasce grande contención, porque

⁹³*Nasutitermes morio* (C.E.D.).

⁹⁴Plin., lib. XI, cap. III

vemos el murmurar de las abejas y el cantar de las cigarras; e así dice Plinio que cuando contempla la Natura, ella le persuade a que ninguna cosa estima ser increíble de sus obras. Y después que en esta disputación ha dicho algunas cosas, como natural investigador de tales secretos, dice que confiesa que no tienen sangre, como otros animales. Así como la serpiente, la cual, en lugar o en cambio de la sangre, tiene tinta, e la púrpura tiene aquel jugo con que se tiñen las vestiduras, así, aquel humor que han estos insectos, cualesquier que sean, le han en lugar de sangre. E dice más en sobredicho auctor: que cada uno estime lo que le pareciere, porque su propósito de Plinio es mostrar las cosas que en la Natura son manifiestas, e no de juzgar las causas ocultas.

A este propósito digo que mi intención es decir lo que sé y he visto en aquestas cosas, e no dejar de decir lo cierto porque se maraville o deje de se maravillarse el que desde lejos me escuchare o leyere mis renglones. Ni quiero tampoco ponerme a conjeturar de que proceden los efectos de las novedades que recuento, porque ni soy tan filósofo para comprenderlos, ni me quiero detener en argumentos; sino conforme a la vista, diré lo que he podido comprender o he sentido en esta materias.

A las cuales dando principio en las hormigas, digo que hay muchas en esta isla Española, y en aquesta cibdad de Sancto Domingo muchas más de las que querriámos, e sin comparación muchas menos de las que ha habido. Porque en el año de mill e quinientos e diez y nueve y dende adelante, por espacio de dos años e más, hobo tantas, que hicieron grandísimo daño en toda esta isla en los heredamientos, destruyendo e quemando los cañafistolos e naranjos e otras arboledas provechosas, que aún hasta hoy tura el daño, puesto que (loores a Dios) cesó aquella moltitud. Ni tampoco en la sazón que hobo esta plaga se podía vivir en las casas, ni tener cosa de comer alguna que luego no se cubriese de hormigas menudísimas e negras. E si algund tiempo turara, no fuera mucho que nos aconteciera en aquesta isla lo que en España, donde se despobló una cibdad por el escarbar de los conejos, o en Tesalia lo mesmo, por los topos, o en Francia, donde fue dejada otra cibdad por la moltitud de las ranas, y en Africa por la moltitud de las langostas; y Amicla, cibdad de Italia, fue perdida por las culebras e así otros pueblos e provincias por semejantes plagas otras, segund Plinio nos lo acuerda.

Todavía no faltan hormigas; antes hay más de las que había menester esta tierra; pero hay otras algo bermejuelas e pequeñas que son inimicísimas las unas de las otras; y no sin ser mucho a nuestro propósito. Y es cosa maravillosa que en un heredamiento donde amaesce haber las unas e las otras, paresce que parten la tierra, e de hecho la tienen dividida, porque está muy señalado e conocido el terreno e sitio que poseen las unas, sin hacer daño, e lo que las otras ocupan, destruyendo; y de aquellos límites las buenas no dejan pasar a las que son dañosas. Yo digo lo que todos en esta

cibdad e isla saben, e aun lo que podré mostrar en una heredad mía, una legua desta cibdad; e así se podrá ver en otras muchas partes y heredamientos desta isla.

Ni es fuera del propósito en que hablo, ni de la devoción de los cristianos, lo que acaesció en esta cibdad en el tiempo que estuvo esta isla en el mayor trabajo e necesidad e cuasi para se despoblar por causa de las hormigas, para que el letor e los que aquesto oyeren sepan que los verdaderos remedios son de Dios, y los envía por su misericordia e intercesión de sus sanctos; y fue desta manera. Viéndose los cristianos que en esta isla viven tan molestados de la moltitud de las hormigas, acordó esta cibdad de escoger un sancto por su defensor, al cual se votaron; y para la elección dél, echaron suertes cuál sería, por mano del muy reverendo y devoto en Cristo padre, el obispo Alejandro Geraldino. El cual dijo misa solemne de pontifical, e después de haber consagrado, así como hobo acabado de alzar el Sanctísimo Sacramento, hecha por él e por todo el pueblo muy devota oración, abrió un libro del catálogo de los sanctos, para que esta cibdad e isla toviese por abogado contra esta plaga de las hormigas el sancto o sancta que Dios diese por suerte. E cayó al glorioso Sanct Saturnino (el cual cae a los veinte e nueve de noviembre), glorioso mártir e obispo, el cual nació en Roma e fue de tanta sanctidad, que lo envió el Papa a Tolosa, y en entrando por la puerta de la cibdad, todos los ídolos enmudecieron, e dijo uno de los gentiles que si no mataban a Saturnino, que no habrían respuesta de sus dioses; por lo cual le ataron a los pies de un toro que lo arrastrase e cruelmente despedazase, como más largamente parece en la historia de su glorioso martirio.

Y después que aqueste sancto dio Dios por abogado a esta cibdad, cesó la plaga destas hormigas e se disminuyeron de manera que fue tolerable el daño suyo, e poco a poco, siempre han sido menos, por la clemencia divina e intercesión deste abogado e mártir bienaventurado. Noto yo deste misterio, que el obispo Alejandro Giralдино era romano e devotísimo perlado, e que aquesta mártir fue de su patria romana; ítem: que como dice su historia, enmudecieron los ídolos, y que en estas partes todos los indios fueron idólatras. De que se colige que significa la advocación deste sancto, que quiere Dios que sea confundida e disipada la idolatría en estas partes, e su sancto nombre e católica fe ensalzada a su loor e alabanza; y que en esto entiendan e se ocupen los católicos, para que todas las plagas cesen y la ira del Señor se mitigue e aparte de nos.

Tornando a la historia, digo que el género de las hormigas en esta isla es muy diverso e de muchas maneras, e como he dicho, dañosas algunas para los azúcares e las otras haciendas. Hay otras hormigas mayores que ningunas de las que he dicho, e son bermejas, e pican mucho, e dan dolor; pero presto se pasa, si no son muchas las que pican; pero dejan un ardor, por do pasan, como fuego, con gran escocimiento. Y aquestas son asimesmo daño-

sas para las haciendas del campo; pero son pocas, e no las hay en todas partes.

Otras hay mayores que ningunas destas, e son negras, e aquéostas son las que se convierten en aludas, e a temporadas les nascen alas, e son tantas, que anda el aire lleno dellas.

Hay otras que se llaman *comixén*, las cuales son pequeñas, e tienen las cabezas blancas, e son muy perjudiciales en los edeficios, así en los muros e paredes, como en las maderas e cubiertas e suelos de las casas. Estas salen de la pared, como minero que parescxe que mana, y la penetran e discurren por lo edificado e por donde les parece, e por los maderamientos, e llevan hecho un camino o senda de bóveda, e hueco, tan grueso como una pluma de escribir, e algunas veces como el dedo o algo menos, y este camino, relevado sobre la pared o muro o por donde pasan. E donde se para esta su labor o van a dar estas sendas, se encean e hacen un ayuntamiento de la mesma materia o pasta de que son estas sus trancheas o bóvedas, tan grande como la cabeza de un hombre, e como una botija que quepa media e aun una arroba de agua e más. E algunas veces, cuando en árboles hacen estas sus poblaciones, las hacen tan grandes quanto un hombre lo podrá abrazar o poner los brazos en circuito. En fin, destruye las casas, y es menester tener cuidado de quemar e desarraigar este comijén, porque es muy dañoso.

Esta vía e camino e casas que hacen son de una materia que no hay quien la entienda, de color cuasi prieta, e muy seca, e fácilmente tocándola con un palo o con el dedo, se rompe, si se la quieren quebrar; pero son tantas e tan prestas, que muy presto tornan a edificar lo que les han rompido destos sus artificios. Pero allí donde es el mayor ayuntamiento, hacen sus nidos e crían, e allí pudrecen e hacen fácil la pared o madero sobre que fundan o hacen su asiento, e lo dejan abrasado e hecho un panal, lleno de agujeros, esponjoso e hueco; e peores son, o de la mesma manera, para las casas, que la polilla para el paño.

Hay otra manera de comixén u hormigas que hacen estas mesmas vías cubiertas e aquellos ayuntamientos grandes donde crían, salvo que son sus edeficios más conosciadamente materia de tierra, e son más claros, de color pardo, que parecen de tierra, aunque no lo es totalmente. Este otro comixén es de otra forma el animal, porque no es una hormiga propia, como se dijo de las de suso del otro comixén, sino la mitad es hormiga y la otra mitad es un gusanillo o forma de medio gusano que traen de la cinta abajo, e metido aquello que parece gusano en una cosilla a manera de cáscara blanca que llevan rastrando, tamaña como un grano de centeno o poco más. E no es menos dañoso este comixén que el de suso, para las casas y edeficios e maderos; pero no tanto para las labores de piedra e tapias como el primero. Con todos sus daños, tiene un bien este comixén; y es que se crían muy bien los pollos con él, e de los campos se traen e despegan de los árboles aque-

llas sus grandes pelotas o moradas de su habitación, e traídas a casa, quiébranlas delante los pollos, los cuales muy presto se las comen e agotan, y engordan con ellas y se crían muy bien con este manjar.

Todas las hormigas y comixén son generaciones de mucha diligencia e amigas de república, e así parece que viven en ayuntamiento, e su manjar es común entre ellas. Y para se conoscer su diligencia e lo que puede la continuación suya, digo que aunque pasen por una piedra durísima, por do acostumbran hacer su senda, la señalan e se conoce su vía e camino. Mas porque destas y otras hormigas hay mucho que decir en la segunda parte, donde escribiré las cosas de la Tierra Firme, pasemos ahora adelante, en lo que toca a esta isla Española, destas materias e semejantes animales.

CAPÍTULO II

*De la escolopendra o ciento pies,
y de las diferentes maneras deste animal,
y de los gusanos de muchos pies.*

Hay en esta isla Española muchas maneras de escolopendras o ciento pies, porque unos hay delgados e tan luengos como un dedo, e de aquella misma manera que los de España, e aquestos pican e dan asaz dolor. Hay otros menores e más gruesos e vellosos, e son más ponzoñosos e muy pintados y enconados, e tienen la cabeza colorada. Algunos otros, aunque son pintados y vellosos, tienen la cabeza negra e unas rayas o listas negras de luengo a luengo; e aquestos se tienen por los peores. Hay otros muchos gusanos y de diferentes maneras e de muchos pies; pero los tales se acaban presto, porque éstos no vienen sino cuando llueve o hace más calor de la acostumbrada, e así, cesando aquélla, no parescen; mas en tanto que turan cómense los maizales e hacen daño en los heredamientos.

Hay otros gusanos tan luengos como medio dedo, e delgados, y de muchos pies, y relucen mucho de noche, y dan claridad a par de sí, por donde pasan, y se veen desde cincuenta o cien pasos desviado; e no resplandescen todo el gusano, sino los nascimientos o junturas de donde les salen los brazos del cuerpo, e aquella claridad es muy clara. Hay otros gusanos que son, en todo lo que es dicho, a éstos muy semejantes en el tamaño e relumbrar de la forma ya dicha; pero tienen otra gran diferencia, y es que la cabeza relumbra asimismo, pero la claridad de la cabeza es como muy viva e colorada y encendida brasa.

En esta cibdad de Sancto Domingo he visto muchas veces algunos de los ciento pies e escolopendras tan luengas o más como un palmo, e tan anchas como un dedo; e cierto en verle parece que es de temer. Es velloso e tiene unos perfiles o rayas de color leonado, de donde les salen las piernas, y ellas e los cuerpos leonados, y el cuerpo de una color más oscura. No

he visto quejar a ninguno de su bocado, aunque es animal de mala vista; e yo no le quería ver, porque, aunque no haga daño, parece que no se puede sospechar dél sino mal, y que hará peor que otros. Hállase muchas veces por las casas desta cibdad; mas, como tengo dicho, nunca oí que a ninguno picase.

CAPÍTULO III

De las avispas y calabrones, y moscas, y tábanos, y sus semejantes.

Mucha razón fuera que, primero que alguna cosa de las que se han dicho en este libro XV, se escribiera de las abejas, pues que es animal tan provechoso e tan notado en el mundo, y de que tanta utilidad se sigue de su fructo, así como es la miel y la cera, cosas muy necesarias e dignas de estimación. Pero en esta isla Española no hay abejas ni las he visto ni he oído decir que las haya. En la Tierra Firme sí hay muchas y de muchas maneras e diferencias, así en el animal e forma de la misma abeja, como en el sabor e color de la miel y en la diferencia de la cera. Cuando se tracte de aquellas partes, se dirá todo lo que en ello hobiera yo visto, que es mucho.

Agora diré de las avispas que hay en esta isla, que son muchas e malas e ponzoñosas e dan mucho dolor cuando pican. Andan muchas en los campos e bosques por los árboles, e son así como las de Castilla e algo mayores; y las alas, sobre lo amarillo tienen en las puntas, algunas dellas, un poco de color leonado. Estas hacen sus panales en los árboles; pero ni son de cera ni tienen miel, sino secos como los hacen en España e do quiera que hay avispas. Las que llaman *calabrones*, dice Plinio⁹⁵ que crían o hacen sus celdas debajo de tierra; y éstas hay hartas en esta isla, e las que pican éstas escuece o duele mucho más que el dolor de las otras avispas.

Moscas hay de muchas maneras, y de las de España, que solía haber poquísimas o cuasi ningunas, ya las hay e muchas, aunque no tantas como España; pero más enojosas e porfiadas e pican más recio. Hay otras menores, y éstas no las hay en todos tiempos como las que dije primero. Hay otras moscas que andan por los árboles y por el campo: unas verdes e pequeñas, y otras de tantas maneras e diferencias, que es cosa para no se poder acabar de escribir; pero entre las otras hay unas moscas verdes e pintadas, tamañas como abejas, e crían en tierra e hacen en el suelo unos agujeros e con los brazos delanteros cavan la tierra, e así como van cavando, echan lo que cavan, con las piernas postreras, fuera del agujero o cueva que hacen. Muchas éstas hay en esta cibdad de Sancto Domingo por los corrales e patios de las casas, porque como el terreno es cuasi arenisco, pueden

⁹⁵Plin., lib. XI, cap. XXI.

hacer la labor que he dicho. Estas moscas matan cigarras de las verdes e pequeñas y otros animalejos semejantes, tráenlos volando, en peso, e métenlos en sus cavernas, e después que han traído alguna presa de las tales cigarras o un escarabajuelo, metido en su cueva, salen e van por más, e no cesan en estos caminos. De que se colige que esta provisión que hacen de mantenimiento, debe ser para el tiempo en adelante. Porque estas moscas no parescen en todo el año, sino cuando las lluvias son pocas e la tierra se comienza a humedescer, e hace unos soles abochornados que parece que arde el tiempo más, por las aguas que digo.

Hay tantas maneras de abejones y de escarabajos muy diferenciados en colores y en el tamaño, que es materia en que con verdad se podría mucho escribir; y a mi parescer, sin provecho las palabras que en ello se gastasen. Háyllos negros, leonados, otros que tiran algo al azul, y otros de muchas mixtiones de colores juntas y de muchas formas. Algunos se vienen de noche a la lumbre de la candela, como la farfala o mariposa en Castilla, de las cuales hay otras infinitas maneras dellas, desde tan chiquitas como las que digo que entran en los ojos, como mosquitos, hasta ser tan grandes como la mano extendidos los dedos. Algunas dellas son todas azules, de la más excelente color e subido azul que se puede ver; otras son amarillas todas; otras hay mixtas de mucha variedad de colores e labores. Acaesce algunas veces, cuando vienen las aguas, que en un instante, cuando no se catan los hombres, anda el aire lleno de mariposas, e aquéllas se tornan después gusanos que hacen asaz daño en las heredades. Unas éstas son todas blancas algunos años, y otras son blancas e negras, y otros años tienen otras diferencias e colores.

Hay muchos abejones de unos que hay en España por los sotos e riberas de los ríos, que son luengos como la mitad de un dedo, y delgados, e las cabezas gruesas, e con dos pares de alas. Y éstos en España son continuos donde he dicho; pero no en gran cantidad. E así los hay acá raros; pero también muchas veces por las aguas vienen de sobresalto o improviso tantos como de las mariposas que he dicho. Mosquitos hay muchos, e tantos en algunas temporadas, que dan fatiga, en especial en unos tiempos más que en otros, e no con todos vientos, mas en el campo en algunas partes hay tantos, que no se pueden comportar; y los peores de todos son unos menudísimos que llaman *xixenes*, que es cierto que pasan la calza algunos dellos, e pican mucho.

Pulgas hay, pero pocas, e no en todos tiempos; e son mucho menores, por la mayor parte, que las de Castilla; pero pican mucho más e son peores.

En aquella relación que escribí en Toledo, año de mill e quinientos e veinte y cinco, dije de los animales pequeños e importunos que se crían en las cabezas e cuerpos de los hombres, que muy pocas veces los tienen, venidos a estas partes, si no es alguno, uno o dos; y aquesto rarísimas veces, porque después que pasamos del paraje de las islas de

los Azores hacia estas partes, se acaban los que los hombres traían de España o criaban hasta allí, e poco a poco se despedían. E después acá no los criaban sino algunos niños que acá nascen, hijos de cristianos; pero los indios sí, y muchos, en los cuerpos y en las cabezas. Dije más: que tornando a Europa, llegados en aquel paraje de las mismas islas de los Azores, se tornaban a cobrar como si allí nos estuviesen esperando. E cargaban muchos; e con trabajo se agotaban por la limpieza e mudar camisas a menudo, hasta que se tornaban al ser, o como primero, segund la diligencia o complisión de cada uno. Y cuando aquello escrebí, había yo experimentado en mi persona e visto en otros lo mesmo que allí dije, cuatro veces que había pasado el mar Océano. Yo dije verdad e lo que vi; pero ya son ocho veces las que he andado este camino, porque después vine a las Indias e volví a España y torné a esta cibdad de Sancto Domingo, e después torné a España; y en esta vez postrera y en la penúltima he visto otra cosa y que nunca faltaron en todo el camino, e muchos, e tantos que eran mucho trabajo y enojo.

No sé en que está este secreto, o si esta plaga se ha atrevido también al camino, o si los tiempos lo causan; porque yo ví, como he dicho, que no era nescesario moscador en esta tierra al tiempo del comer; e agora hálo de haber todo el año para las moscas. E así como éstas se han multiplicado, lo han hecho estos otros animales; pero no se cree que hay animal que tenga pelo exento de aqueste mal, sino el asno e la oveja. Acaescido ha en el mundo nacer tantos en la cabeza de los hombres, que de semejante suciedad, Sila, dictador, y Alemeón, poeta griego, murieron. Plaga es que daña hasta las aves, como más largamente lo escribe Plinio en su *Historia Natural*.

De las garrapatas hay acá muchas, en especial en el ganado vacuno desta isla Española en el campo, e también en los bueyes que tiran las carretas; pero pocas en los perros. De las pequeñas que hay en Tierra Firme en el campo, dicen que no las hay en estas islas, e no es poco bien para los hombres; porque en el tiempo que turó la conquista de Castilla del Oro, bien traían qué contar e qué desgarrapatear los hombres de guerra, como se dirá cuando della se tracte, en la segunda parte o volumen de aquesta *General Historia de las Indias*.

Arañas hay en esta isla de muchas maneras de diferencias, e algunas dellas ponzoñosas, e otras muy grandes e tamañas como el cerco que se puede hacer entre el dedo pulgar y el que está próximo a él, que llamamos índice. Digo solamente el cuerpo, allende de lo que toma e ocupa con las piernas. Hay otras, no muy pequeñas, que parece que tienen figura de rostro humano en alguna manera, aunque bien mirada, es otra cosa de lo que así a prima vista parece; la cual tiene muchos rayos en torno, de la manera que pintan un sol. Otras muchas arañas grandes e pequeñas hay por los campos con muchas diferencias las unas de las otras; e así hacen diferen-

tes maneras de telas; e tales las hay que parece aquélla su labor una sotilísima e verdadera seda verde.

Langosta suele haber en estas islas e Tierra Firme algunos años, lo cual los indios y aun los cristianos tienen a infelicidad e por cosa de mucho trabajo, porque destruyen los maizales y heredades. Y suele haber mucha en extremo cuando algún año viene; pero es cosa ordinaria haber algunas destas animalias.

Y de los grillos saltadores, lo mismo. E aquéstos son dañosos porque roen e horadan la ropa e vestidos cuando se crían en las casas. Hay, de los otros que cantan, muchos, e unos mayores que los otros, así en el cuerpo como en el sonido e voces.

Hay unos cigarrones de muy luengas piernas, e delgadas e verdes, que los niños en España llaman cervaticas. Estas langostas también las comen los indios e las han por muy buen manjar, en especial en la Tierra Firme, donde ninguna, cosa viva perdonan ni niegan al gusto e paladar, como se dirá en su lugar, en la segunda parte desta *Historia Natural de Nuestras Indias*.

CAPÍTULO IV

De los animales nascidos en la madera y engendrados de diversas maneras, y de la broma.

Animales hay que por la lluvia se engendran en la tierra, e otros en la madera. Ni solamente éstos nascen así, pero aun los tábanos donde hay mucho humor; e como dice Plinio⁹⁶, dentro del hombre nascen lombrises e gusanos, y en las carnes muertas. Mas ¿para qué quiero yo probar con Plinio ni otro antiguo auctor las cosas que cada día vemos e son notorias a todos los hombres? Volvamos a estos animales que se engendran en la madera, que no es pequeña pestilencia en estas partes. Y a estos tales gusanos llamamos *broma*, en especial a aquellos que en los navíos se crían de las cintas abajo y en los planes dellos e donde tocan las aguas; e labran e comen de manera que sin ver su labor, no se puede creer ni encarescer. E hablaré en esto como testigo de vista e como en cosa que es acá muy común. Dicen algunos que este gusano se entra en el agua en la propria madera, e aquesto creo yo más, e que la humedad del agua e disposición del leño e la potencia del sol son los materiales de que se forman con el tiempo tales animales naturalmente en estas partes, porque sin haber esto en los navíos, se ve lo mismo en las pipas e vasijas de madera que tienen agua o vino. El caso es que, de cualquier manera que este gusano se engendre, es muy chiquito, como un hilo de seda muy delgado e pequeño; e después, royendo, se hacen tan gruesos como el dedo, e paran las tablas de los navíos como un panal de abejas o como una esponja, todo comido e de tal manera que, salidos después a la mar, se anegan las naos e se han perdido muchas veces

⁹⁶Plin., lib. XI, cap. XXXIII.

la gente e marineros. Y es cosa que anda muy a la mano e lo vemos acaescer más veces de las que queríamos.

Destá especie o género es el *tarlo*, que es aquel gusano que en Castilla se llama carcoma, que hace la madera polvo e la trasciende e destruye: cosa es muy vista e notoria. Y de la mesma manera, como esta tierra es muy humidísima, se pierden presto las maderas en esta cibdad de Sancto Domingo y en estas islas otras pobladas de cristianos, después que las han puesto en los edeficios; y es más vieja una casa acá (en cuanto a la madera) en treinta años, que en España en ciento. Esto se ve por estas casas nuestras, que todas son modernas y de poco tiempo acá fundadas, y están, como he dicho, tales las maderas, que en Castilla estovieran mejores con el pino que allá se usa, aunque hobiera ciento e cincuenta años que se edificaran.

Dice el protonotario Pedro Mártir, en la crónica o *Décadas* que escribió destas cosas de Indias (sin las ver), el cual tractado intituló *De Orbe novo*, que hay ciertos árboles que por su amargor no los come la broma acá en estas partes. Lo cual sería muy provechoso si fuese verdad; pero yo he estado en aquella tierra que él dice e no hay tales árboles, ni hasta agora se conocen en estas partes maderas ni árbol alguno que esté exento, o se pueda decir libre de la broma; porque hay tanta y es tan dañosa para los navíos y edeficios, que si tal leño hobiese, sería muy conocido e le ternían en mucho, e no se podría caer de la memoria si una vez tal árbol se supiese, ni sería poco ejercitado; pero yo lo tengo por fábula e no cierto. E quien tal le dijo, no lo podría hacer verdad, a lo menos hasta en fin de los días de tal auctor, ni hasta el tiempo presente, que ha tres años que le llamó Dios. El le tenga en su gloria: que en la verdad, yo creo que él deseaba escrebir lo cierto, si fielmente fuera informado; mas como habló en lo que no vido, no me maravillo que sus *Décadas* padezcan muchos defetos.

CAPÍTULO V

De las cucarazas que en el Andahucía llaman fótulas.

Las fótulas son unas curazas leonadas, e así del tamaño de las que hay prietas en el reino de Toledo; pero estas otras son más ligeras e vuelan cuando quieren, e son importunas e incontables e de mal olor. E pocas cajas o arcas de ropa se pueden excusar dellas, porque luego se meten dentro e aún dañan la ropa.

Dicen algunos que éstas no las había en esta cibdad de Sancto Domingo ni en esta isla de Haití o Española, e que vinieron de España con las cajas de los mercaderes. E así hay muchas en todas las partes que en estas Indias hay poblaciones de cristianos. En toda España yo no las he visto sino en el Andalucía, e desta otra parte de la Sierra Morena hacia el Andalucía, cerca ya de Córdoba y de Sevilla, e muchas más en las costas e puertas del Andalucía e del reino de Granada, porque no me parece que se quieren llegar a tierras

frías. Tienen unas alas, como los escarabajos, con que cubren otras, que están debajo de aquéllas, muy delgadas. E todas son de color leonado, como tengo dicho, pero unas más oscuras que otras.

CAPÍTULO VII

De los escorpiones que hay en esta isla Española y las otras destas Indias.

Hay en estas islas, Indias e Tierra Firme, escorpiones, que son los mismos que en Castilla decimos alacranes, y en algunas partes destas hay muchos dellos. Dice Plinio⁹⁷ de aqueste animal que mata, después que pica, en espacio de tres días, y que su herida es siempre mortal en las vírgines e cuasi en todas las hembras. E dice otras particularidades de las cuales faltan las más a los alacranes destas partes, porque acá no es su bocado mortal, puesto que duele mucho tanto tiempo quanto pase un cuarto de hora, e algunas veces más. Y a mí me han picado muchos destes escorpiones en estas partes, y en mí he experimentado que unos dan más dolor que otros. Y aquello también debe de consistir en estar el hombre ayuno o harto, o puede ser en lo estar el mesmo alacrán; pero de cualquier manera que ello sea, ningún hombre peligra acá, ni mujer tampoco, por esto. E yo tengo por tan grande dolor la picadura de la avispa como la del alacrán en estas Indias, e de algunas avispas, por mayor. Aunque a mi parecer, como quien lo uno e lo otro ha probado, tura más tiempo el dolor de la picadura del alacrán.

CAPÍTULO VIII

De las moscas o mariposas e semejantes animales que vuelan e relucen de noche; y en especial de uno destes que en esta isla le llaman los indios, cocuyo⁹⁸.

Muchas moscas o mariposas y escarabajos hay en estas islas todas, que relucen de noche e andan volando, así como aquellas que en Castilla llaman luciérnagas, y de otras maneras, que andan en el verano, lo cual hacen asimismo en estas partes cuasi en todo tiempo, porque acá hay poca diferencia del día a la noche, e siempre es templado el tiempo, porque no hay demasiada calor e pocas veces se siente frío, si no es corriendo el viento del Norte o Septentrión en esta isla Española, e a par de algunas sierras, que hay muchas e de diversas maneras; pero pequeñas. Mas hay una especial, que se llama *cocuya*, que es cosa mucho de notar. Este es un animal muy noto en esta isla Española y en todas las otras cercanas a ella; el cual es de especie de escarabajo, e tan grande como la cabeza del dedo pulgar o algo menor. Tiene dos alas duras, debajo de las cuales están otras dos más delga-

⁹⁷Plin., lib. I, cap. XXV.

⁹⁸*Pteroporus luminosus* (C.E.D.).

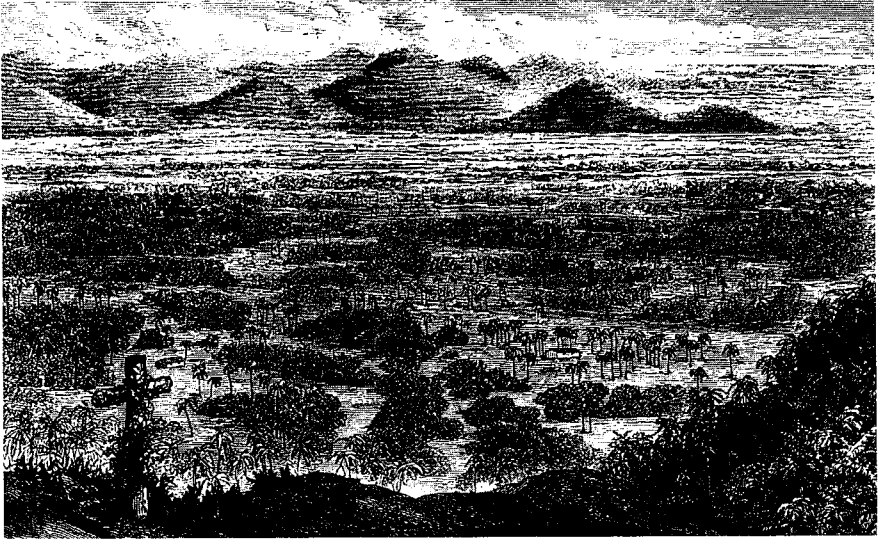
das, que guarda y encubre con las de encima cuando deja de volar. Tiene los ojos resplandecientes como candelas, en tal manera, que por donde pasa volando, torna el aire vecino tan claro, como lo suele hacer la lumbre; e si a prima noche, haciendo oscuro, traen un cocuyo en la mano, todos los que desde lejos le vieren e tuvieren necesidad de encender alguna candela, vernán, pensando que es otra encendida, a tomar allí la lumbre. En tal guisa, que encerrado en una cámara oscura, resplandece tanto, que se vee muy bien leer y escrebir una carta; e si juntan cuatro o cinco destos cocuyos e los atan o ensartan, sirven tanto como una bastante linterna en el campo, o por los montes, e do quiera, siendo noche bien oscura.

Cuando la guerra se hacía en esta isla Española y en las otras islas, se servían destas lumbres los cristianos e los indios, para no se perder los unos de los otros. Y en especial los indios, como eran mas diestros para tomar estos animales, hacían collares dellos, cuando querían ser vistos desde una legua, e más desviados. E así en el campo y en la caza de noche, con estos cocuyos hacen los hombres lo que les conviene, sin que el aire o viento recio o agua alguna les quite la lumbre ni dejen de ser por dónde van.

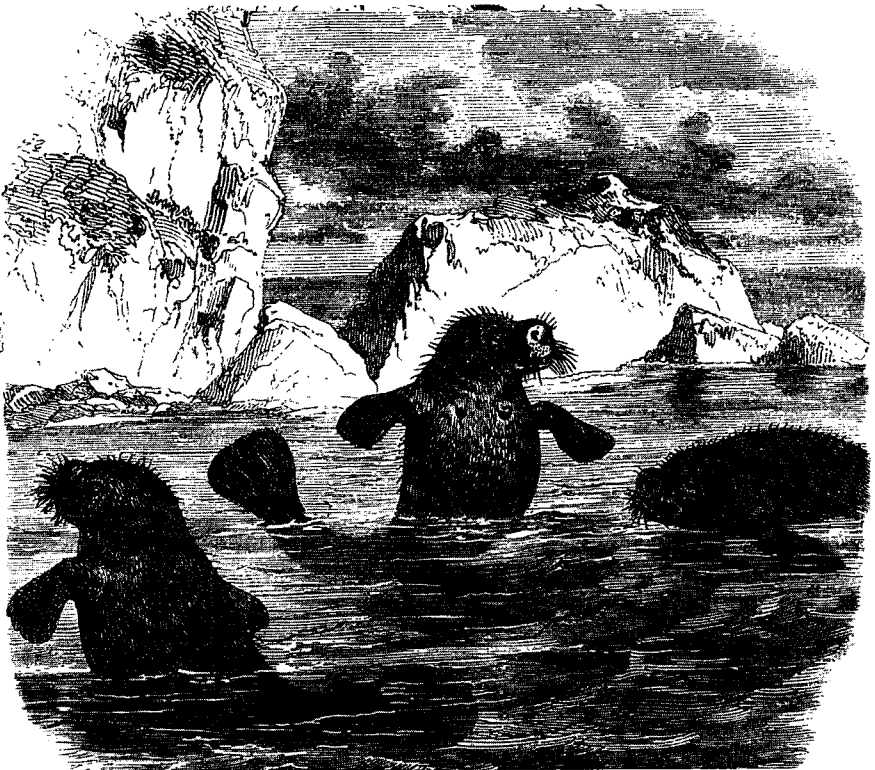
Cuando iban de noche a saltar los hombres de guerra en esta isla, poníase el adalid o la guía que iba delante, en seyendo noche oscura, un cocuyo en la cabeza e servía de farol a toda la otra gente que le seguía. Esta claridad que tiene en los ojos este animal, la tiene asimismo en el lomo, e cuando abre las alas para volar o va volando, muestra más claridad por lo que descubre que está debajo dellas, e con aquello da la mesma luz que los ojos; e junta la una con la otra, es mayor claridad cuando vuela.

Acostumbran tener presos e retenidos estos cocuyos para el servicio de las casas e cenar de noche a su resplandor, sin haber necesidad de otra lumbre. E así lo hacían también en el tiempo pasado algunos cristianos, por no gastar sus dineros en aceite para los candiles, que era en aquella sazón muy caro, o porque no lo había. Y cuando veían que por enflaquecerse el cocuyo, o por la congoja de su prisión, se amortiguaba o iba desfalleciendo aquella virtud resplandeciente, soltábanlos e tomaban otros para otros días siguientes.

Estregaban a flotábanse los indios la cara e los pechos con cierta pasta que hacían destos cocuyos; e cuando estaban en sus fiestas e querían haber placer espantando a quien estaba descuidado o no sabía lo que era, parecía que estaba encendido en fuego todo lo que así estaba untado de aquella materia o cocuyo. Así como este animal se va enflaqueciendo o muere, así, poco a poco, se va consumiendo aquella claridad, hasta que de todo punto se acaba y resuelve en ninguna. E aquesto baste cuanto a las luciérnagas e animales que resplandecen, de los cuales todos, e de los gusanos que dan claridad, asimesmo, creo yo que este cocuyo tiene el principado en lo que es dicho.



LA VEGA REAL, DESDE LA COLINA DEL SANTO CERRO



EL MANATÍ



CONUCO DE PLÁTANO Y TABACO



VISTA PANORÁMICA DESDE EL SILLÓN DE LA VIUDA.



EL COATÍ

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS:
APOLOGÉTICA HISTORIA (1527-1566)¹

CAPÍTULO II

*Isla Española.— Provincias de Bainoa, de Guahaba,
del Marién y de Macorix de abajo*

Dicho del sitio, grandeza, longitud, latitud y puertos desta isla Española, digamos agora de las provincias della, y primero por la parte que el Almirante la descubrió, describiendo las provincias más cercanas a la mar del Norte, y² esto se hará en la primera vuelta. En la segunda describiremos las provincias comarcanas de la mar del Sur. La tercera vuelta describirá las provincias del riñón desta isla, y la cuarta se ocupará en referir las grandezas, hermosura, calidades, amenidad y felicidad de la grande y admirable Real Vega; por manera que describiéndola toda daremos por ella cuatro vueltas.

La primera, pues, de las provincias desta isla por la parte susodicha, fue (cuando estaba llena de sus naturales pobladores y agora es despoblada de hombres y llena de bestias) la provincia de Bainoa, la sílaba penúltima luenga. Esta, por la costa de la mar, es fértil y muy deleitable a la vista, y podré decir fertilísima y deleitabilísima, y que cuando la descubría el Almirante y la contemplaba, decía della maravillas; estaba toda labrada de las labranzas del pan y de las otras raíces que abajo diremos, comestibles. Entre la costa de la mar y las sierras tiene a muchas partes grandes llanos y hermosas campiñas, y las mismas sierras tienen montes o bosques y rasos cubiertos de hermosa yerba, porque lo uno y lo otro está en muchas partes dellas a manchas, todas muy fértiles que se pueden sembrar y labrar³ por lo que el Almirante, que la iba costeanado y considerando, dice; y con justa razón puso, creo yo que él mismo, aunque no lo sé de cierto, a un puerto de los desta provincia, puerto del Paraíso, antes toda ella parece un terrenal Paraíso.

Tiene frontero de sí esta provincia la graciosa isla que llamo el Almirante la Tortuga, una legua o dos de mar en medio; es tan grande, según el Almirante dijo, como la isla de Gran Canaria, pero harto más fresca y fértil que aquélla y más felice. La tierra dentro, cuya parte que yo he andado y muy bien visto y por muchos días visto y considerado su hermosura, es admirable y graciosísima, tiene muchos y hermosos valles, alegres corrientes y deleitables ríos; los nombres de los más dellos no me acuerdo según que los llamaban los indios. Entre otros valles es uno que se llamaba Amaguey, la sílaba del medio breve, y creo que se denominaba del río que pasa por él: era y es uno de los alegres (y lleno de buenos y abundantes pastos para

¹Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1958. Se consignan a pie de página las palabras tachadas en el manuscrito lógrafa que se conserva en la Real Academia de la Historia.

²Del Sur hasta el Poniente: después.

³Como parece arriba en los capítulos.

puercos, donde los hobo infinitos) que hay en esta isla, puesto que hay muchos uno mejor que otro, que es cosa de maravilla. Los cerros y los collados y sierras della, por lo de dentro, dejadas las que parecen por la mar, en su postura, quebradas o arroyitos de agua, yerba y arboledas, verdura y lindezas, no pueden ser encarecidos. Hay otro valle que tenía tres o cuatro leguas de lengua, y una o más de media en ancho; pasa por medio dél un arroyo grande, cuasi río; cerros y sierras y llanos, todo lleno de alegría, hermosura, fertilidad y amenidad, que no me ocurren palabras con qué encarecer y engrandecer la dignidad de todo ello. Al cabo dél se asentó una villa de españoles y estuvo en él algunos años, hasta que los vecinos della consumieron, con trabajos y opresiones, todos los indios naturales de la provincia: llamóse la villa Lares de Guahaba; estuvo asentada en un cerro no muy alto, sino tanto, que señoreaba un buen pedazo del valle, al cual cercaban dos ríos o arroyos grandes: el uno, el principal del valle que se llamaba en lenguaje de los indios Hamí, la última sílaba, aguda, y el otro Zapita, la penúltima lengua, abundantes de pescado como los otros desta isla; un tiro de ballesta de la villa se juntaban ambos y salían juntos por una muy estrecha abertura entre dos sierras altas, aunque no mucho, en la una de las cuales se podía edificar una linda fortaleza.

Es toda esta provincia temperatísima y amenísima mucho más que otras desta isla. Por Navidad hace fresca de Paraíso, y por julio y agosto ningún calor, y sin sentirse. Yo vide en ella cogido mucho buen trigo, y creo que se hará muy mejor y más que en toda la Isla, y que lleve ventaja a la de Cecilia. Para ingenios de azúcar tiene en los ríos grandes heridos, y para todas las otras granjerías donde hayan de intervenir instrumentos de aguas y semejantes artificios. Hase sacado desta provincia mucha cantidad de oro fino, porque hobo en ella muchas y buenas minas, donde se hallaron granos crecidos y grano de ocho libras.

Hay en ella unos gusanos o avecitas noturnas que los indios llamaban cocuyos, la media sílaba lengua, y en Castilla llamamos luciérnagas, o quizá son escarabajos que vuelan las tripas de las cuales están llenas de luz: son tan grandes, que con uno vivo en la mano, y mejor si son dos, se pueden rezar maitines en un breviario de letra menuda, e yo los he rezado, según creo, como con dos candelitas. El pellejuelo que tienen en la barriga es transparente, y cuando vuelan o les alzamos las alillas resplandece la luz que tienen; luego en anocheciendo salen y están los campos y los montes, en mil partes, como si estuviesen llenos de candelillas. No se alzan mucho en alto de tierra. Tomado uno se toman muchos, porque acuden muchos adonde ven como preso a uno. Muertos y estrujados con las manos, y puestas aquellas tripillas por el cuerpo, como hacían los indios, y más si fuesen pegadas sobre vestidos, queda todo el cuerpo reluciente como luz esparcida, puesto que dura poco, pero siempre dura cuando vivos. Haylos muchos en toda esta Isla, pero no tantos ni tan grandes ni tan lucientes como en esta provincia.

Creo que se distingue desta de Bainoa otra que se dice de Guahaba, la tierra más dentro, y porque es toda una tierra y toda de una manera felice, no hay que decir más della que de la precedente, sino que sea una, que sean dos, me parece que ternán de luengo 25 ó 30 leguas; la anchura, a mi parescer, será de 12 a 15.

Después desta se sigue la provincia del Marién, siguiendo la costa de la mar del Norte; aquí viene a parar y acabarse la Vega Real, de que adelante haremos, placiendo a Dios, larga mención.

Aquí es donde llegó el Almirante cuando perdió la nao el primer viaje, donde rescibió del rey desta provincia, Guacanagarí, e de sus gentes, tan señalado y benévolo acogimiento y hospedaje⁴ que fue maravilla; aquí también dejó los 39 cristianos, que llamó el puerto y la villa de la Navidad⁵.

Esta provincia del Marién ocupa un buen pedazo de la Vega Real, y la tierra desde las sierras, aguas vertientes⁶ a la mar, puesto que no miré en los tiempos pasados qué tanto se extendía el señorío del rey Guacanagarí; sé que había por allí muchos señores y caciques, aunque no supe si a quéllos le obedecían, y creo que sí. Paréceme que se extendía el señorío hasta quince o más leguas, y si sobía las tierras en lo alto podrían ser hasta otras tantas. De aquellas sierras descienden muy graciosos y alegres ríos. Es fertilísimo y alegre, tiene muchas campiñas, muchos y diversos rincones que entran como valles entre las sierras. Estaban todos poblados, y de poblarse cada uno es muy digno. Puédense hacer también muchos ingenios de azúcar y otras muchas granjerías; señaladamente los ganados vacunos son aquí, en grosura y grandeza y sebo, aun sobre los desta Isla, excesivos. Tiene sierras y minas en ellas de muy fino cobre, del cual se sacaba por cada libra un peso de oro⁷; en otra parte se dirá cuando se quiso sacar de propósito y se dejó por los gastos que se hacían, y porque hallaron ser más barato entonces andar tras el oro; después sucedieron tiempos y mudanzas por las cuales esta granjería se olvidó del todo.

Con todos los bienes y fertilidad questa provincia tiene, abunda de una poco menos que plaga más que otra, y es de muchos mosquitos de los que los indios llamaban xoxenes, que son tan chequitos que apenas con buenos ojos, estando comiendo la mano y metiendo un agrijón que parece aguja recién quitada del fuego, se ven. Están comúnmente por toda la ribera de la mar y la tierra cercana a ella desta Isla, por la mayor parte, donde es la arena muy blanca, pero ninguno hay destos la tierra dentro.

Para defenderse dello hay buen remedio. Y es tener escombrado de árboles y de yerba el pueblo, y los aposentes para dormir algo oscuros, y lo

⁴Como arriba, en el capítulo..., se contó.

⁵De todo lo cual harto arriba hemos hablado.

⁶Hacia.

⁷Abajo.

mejor de todo es tener unos pabelloncitos que se hacen con 12 ó 15 varas de angeo o lienzo o de algodón para que ni en poco ni en mucho impidan el sueño; entre día poca pena dan en los pueblos escombrados, como dije, según parece, porque en esta provincia está hoy y ha estado asentada una villa de españoles más ha de 47 años, y dura, como dije, hasta hoy, sin pena ninguna. Entre día vientan comúnmente las brisas que bañan y refrescan toda esta Isla, y con el viento ningún mosquito puede parar.

Después desta provincia del Marién se continúa la que llamábamos en aquellos tiempos el Macorix de abajo, dentro de la cual se contiene Monte-Christi. Es también parte de la Vega Real y toma la costa de la mar, y, porque es parte de la Vega Real, de encarecer su bondad y lindeza no hay necesidad, pues adelante, cuando se refieren las maravillas desta Vega Real, se parecerá. Sale al Monte-Christi el gran río Yaqui, donde, por unas isletas que allí junto hay, se hace aquel puerto, en uno de los cuales se hace o cuaja alguna sal.

Después deste Monte-Christi está otra provincia que dura más de 20 leguas y aun 25, aguas vertientes a la mar, de una sierra o cordillera de sierra que ha nacimiento del mismo Monte-Christi, que es una de las que hacen la Vega Real; el nombre que tenía puesto por los indios no miré preguntallo cuando pudiera muy bien sabello dellos, y aun en tiempo que yo había ya comenzado a escrebir esta Historia, y así quedó esto como otras muchas cosas por mi inadvertencia. Entra en ésta el puerto de la Isabela, donde el Almirante asentó, cuando vino a poblar, la primera población; entra también el puerto de Martín Alonso y el puerto de Plata. La lindeza, hermosura y fertilidad desta provincia, el Almirante la encareció mucho⁸ cuando la descubrió, y mucho más después cuando la pobló, que no se hartaba de dar gracias a Dios por haberle deparado tan hermoso y gracioso lugar para el primer pueblo, y esto repitió a los Reyes en algunas cartas de las que⁹ en otro lugar habemos referido.

Esta provincia dura, por el ancho della, hasta encumbrar la sierra dicha de donde se señorea la Vega Real. Es toda tierra muy linda y muy fresca todo el año, sin cuasi calor, mayormente lo que participa de cerros y sierras no muy altas; es abiertas, rasa, descuélganse de los cerros y sierras muchos ríos y arroyos muy graciosos y frescos; grana la mostaza y los rábanos y otras semillas, lo que por muchos años no se ha visto en muchas partes años no se ha visto en muchas partes desta Isla. Tiene una vega de más de quince leguas, hermosísima¹⁰; de ancho tiene dos y tres y cuatro entre dos sierras; la una cubre la gran Vega y la otra la mar; pasa un río por ella, caudal, que lleva¹¹ harta agua, que se llama, en lenguaje de los indios, Bahabonico, que tiene grandes pesquerías de muy buenas lizas, y éste es el que sale a la

⁸Arriba, en el cap. 88.

⁹Arriba.

¹⁰Pasa un.

Isabela, el pueblo primero que dejamos que hizo cuando volvió a poblar el Almirante; otros dos o tres pequeños entran en ella. Pacen en la dicha vega y beben en el dicho río más de veinte y de treinta mill vacas y otras bestias caballares y de carga.

A tres leguas desta vega, al cabo¹² al Oriente, está el puerto de Plata, y junto a él la villa que así se llama, y encima della, en un cerro, hay un monasterio de la Orden de Sancto Domingo, donde se comenzó a escrebir esta Historia el año de mill y quinientos y veinte y siete; acabarse ha cuando y donde la voluntad de Dios lo¹³ tiene ordenado. Dentro del sitio deste monasterio hice yo mismo sembrar trigo en cantidad, y sembráronse tres hazas, el cual creció y espigó tan perfectamente, que todos se maravillaban, y la gente de las naos que venían de Castilla y pasaban para otras partes lo venían a ver como a cosa señalada; pero porque se sembró por octubre como en Castilla, creyendo que acertábamos, llovió antes que del todo se secase, por lo cual se añubló y perdióse lo más, pero todavía sacamos algún poco dello muy bueno; y molido en un almirez y cernido por un paño y cocido en un tiesto, al fin se comieron tres muy buenos panes; hiciéronse también muy buenas hostias, con las cuales se dijeron misas y comulgaron otros algunos frailes, y también celebraron los clérigos de la iglesia del pueblo con las hostias de la misma masa, y todo esto fue día del Espíritu Sancto. No hobo duda alguna que si se sembrara por Junio o por Julio, cuando comúnmente son en esta tierra las aguas, que viniera a cogerse muy bueno por Navidad, porque por aquel tiempo se seca y agosta la yerba por mucha parte deste orbe, como adelante parecerá. El Almirante dice a los Reyes en una carta estas palabras: “Dijeron que la tierra de la Isabela, adonde es el asiento, que era muy mala e que no daba trigo, e yo lo cogí y se comió el pan dello, y es la más fermosa que se pueda codiciar, etc.” Esto dijo el Almirante, y dijo verdad quanto a lo de la tierra ser hermosísima, y también lo debió de decir quanto a haber sembrado y comido pan.,

La sierra que llamó el Almirante el Monte de Plata está tres o cuatro tiros de ballesta del pueblo. Es altísima, y como sea tan alta está casi siempre cierta neblina encima de la cumbre della, que la hace plateada, por lo cual el Almirante la llamó Monte de Plata; toda ella tiene arboledas muy hermosas, pero muy raras¹⁴ y por esto la hermocean más. En lo más alto de la cumbre dicían los indios que hay una laguna de agua dulce; quesimos un día ir a verla, y subiendo muy gran parte de la sierra hallámosla muy más alta de lo que de abajo parecía, y creyendo que nos faltaría el día nos tornamos a bajar no muy descansados. A media legua y a una legua están dos ingenios de azúcar poderosos, y otro de los menores.

¹¹No muy grande, pero.

¹²Hacia.

¹³Ordenare.

¹⁴Por lo cual.

CAPÍTULO III

*Isla Española.– Provincia de Cubao,
de los Ciguayos y de Higuey.*

Pasados este monte o sierra de Plata síguese dél la cordillera de sierras, altísimas como él, hacia el Oriente, y luego está la provincia de Cubao, pues el Macorix de arriba, que así lo llamábamos a diferencia del de abajo. Macorix quiere decir como lenguaje extraño, cuasi bárbaro, porque eran estas lenguas diversas entre sí y diferentes de la general desta isla. Esta provincia de Cubao terná quince o veinte leguas de luengo y ocho o diez de ancho; de una parte, hacia la mar, se descuelgan muchos arroyos y ríos; de la otra parte va a la cordillera de las sierras que vierten sus aguas en la grande y Real Vega. En estas ocho o diez leguas de ancho desta provincia de Cubao son infinitos los ríos y arroyos, sin los que están dichos de las dos sierras o cordilleras, que caen y hacen riberas muy fértiles, aunque angostas y estrechas, para las labranzas de los indios, dentro de las cuales hay, agora que están despobladas de indios, grandes manadas y cercados de yeguas y caballos y de otras bestias, puesto que todo esto está entre altísimas sierras, y todas éstas son vestidas y cubiertas de árboles muy altos.

En estas muy altas sierras se crían unos pajaritos de diversas colores, hermosos a lo que tengo entendido por lo que se me ha dicho, pero yo no los he visto sino oído y bien oído, los cuales cantan a tres voces cada uno solo; digo que cantan por sí a tres voces que, cierto, es cosa de maravilla, no juntas todas tres voces, sino una tras otra diferentes y consonas como tiple y tenor y contra, pero tan presto todas y tan claras y dulces que cuasi parecen tres juntas y tres subjectos o órganos que las producen. Cosa es que no se puede su dulce sonido encarecer ni dar bien a entender más de que es una música mucho dulce y deleitosa. Yo los he oído algunas veces en aquellas muy altas sierras, y testifico que es cosa para provocar a los hombres que los oyesen a dar muchas y magníficas gracias a Dios en oyéndolo la primera vez. Para gozar de aquel canto, luego se ha de asentar el hombre y con silencio pararse a oír, porque en sintiendo cualquiera estruendo luego callan y por ventura se esconden. Dije que había entendido que estos pajaritos eran muy pintados de muchas colores, porque me dijo quien mató con una ballesta uno muy pintado que era maravilla¹⁵ verlo, parezque por allí hablando, que hablábamos en la dulzura del canto dellos, que creía que debía ser aquél; fácil cosa¹⁶ es de creer que avecita en quien la bondad divina puso tanta suavidad por objecto del sentido del oír, tuviese también concedido en sí con qué deleitase el sentido del ver.

Adelante, por esta cordiñera de sierras hacia el Oriente, que hacen, como he dicho, la gran Vega Real, se sigue la provincia de los Ciguayos, de

¹⁵Quien.

¹⁶Parece que.

quien¹⁷ abajo en los capítulos¹⁸ hablaremos largamente, y de las injustas guerras que le hicieron los cristianos cuyo capitán fue el Adelantado. Esta provincia es más larga y ancha, y más capaz y fértil y graciosa que la precedente de Cubao, cuya longura, según yo creo, se extiende más de 30 leguas, porque llega junto a las sierras de la provincia del Macao por la tierra dentro, por la parte de la Vega Grande, y por la mar hasta la provincia de Higüey; tiene muy lindas campiñas y riberas de ríos, en el anchor della, entre las sierras que hacen la dicha gran Vega y las sierras que están junto a la mar, y creo que pertenece a esta provincia de los Ciguayos el golfo que el Almirante llamó de las Flechas¹⁹.

Pasada esta de los Ciguayos, viene luego allí, por la costa de la mar, la provincia grande de Higüey, dentro de la cual se contiene todo lo que resta desta isla por aquel camino de la banda del Norte²⁰ que fenece en el cabo del Angel o del Engaño y puntas y tierras orientales, y dentro dellas se cuentan los pueblos, o quizá es provincia, de Samaná, la última sílaba aguda. Torna la dicha provincia de Higüey por la del Sur hasta cuasi veinticinco leguas o treinta de Sancto Domingo, y así tiene de costa de mar más de cuarenta y cinco o cincuenta leguas; por la tierra dentro creo que tiene en lo que resta de contorno más de treinta. La isla de la Saona, que está pegada con ésta cuasi dos leguas, como arriba en cierto capítulo dejimos, pertenece a esta provincia de Higüey. Pertenece también o está muy cerca, la isleta que dicen de Sancta Catalina. Dentro también desta provincia que se dijo de Cotubanamá, que está frontero de la Saona, de las cuales diremos adelante, si place a Dios, muchas cosas nuevas, entran lo mismo los pueblos del²¹ Macao, adonde van a fenecer, o junto allí, la cordillera de las sierras que hacen la Vega Grande.

Esta provincia tiene dos partes, la una de llanos y campiñas, que los indios llamaban zabanas, de yerba muy hermosa, como parte y fin que son de la Vega Real y grande, y duran diez y doce leguas algunas dellas, con algunas manchas de arboledas; la otra parte della es admirable desta manera: que al cabo de las zabanas o campiñas dichas comienzan unas peñas cuasi cortadas o tajadas, que apenas se puede subir a gatas asiéndose el hombre a las ramas que allí hay, por ellas, y esta altura terná²² cincuenta y ciento estados, y en partes más²³; todo lo de arriba, diez y quince y veinte leguas, es²⁴ tan llano²⁵ como una mesa muy llana, y en algunas

¹⁷Arriba.

¹⁸121 y 122.

¹⁹De que hablamos en los capítulos 67 y 68.

²⁰Y toma por la del Sur.

²¹Samaná.

²²Más de cient estados.

²³Subí.

²⁴Más.

²⁵Que.

partes²⁶ hay otras mesas de la misma manera sobre aquéllas. Todas estas mesas son de peña muy llanas, pero levantan de sí²⁷ infinitas puntas como de diamantes, según solemos proverbialmente decir, tan espesas y tan duras que vamos por ellas como si fuéramos encima de alesnas, y habemos de ir bien herrados de alpargates, porque no duran unos alpargates por allí, porque zapatos no se pueden traer, sino cosa blanda que asiente por aquellas puntas, cuatro o cinco o pocos más días.

Todas estas duras y ásperas, aunque llanas, peñas o lajas, son de la especie y naturaleza de las piedras²⁸ que hay mejores de que se hace cal; tienen muchos hoyos de dos o tres palmos de hondo, y en contorno otro tanto y más, y en este hondo hay una tierra muy colorada o bermeja como almagra. Esta tierra es de tanta virtud y fertilidad que las cosas que en ella se siembran de las labranzas de los indios (porque son plantas de donde nacen las raíces de que hacen su pan), que si echan en las otras tierras o partes desta isla las dichas raíces tan gruesas como la pierna o el brazo, se hacen allí tan gruesas cuanto es todo el hoyo, y son tan gruesas que partidas por medio tiene un indio que llevar a cuestras la mitad, no chica carga. Como si pusiésemos allí una simiente de nuestras zanahorias serían tan gruesas como por la cinta es un hombre; lo mismo, si sembrásemos una pepita o dos de melón, se harían las melones tan gruesos que hinchán y ocupen todo o cuasi todo el hoyo; y así se hacen en la isleta de la Mona²⁹, de la cual diremos, si Dios quisiere, algo más, porque es toda ella de aquellas mesas de peñas³⁰ o lajas y hoyos, y en ellos la tierra colorada o bermeja; y son aquellas mesas todas tan peñas, que acaece andar dos y tres días sin hallar tierra ni tanto hoyo de ella donde pueda dormir tendido un hombre una noche. Todas ellas están llenas de árboles y montes bajos; en medio destes montes hacían los indios sus pueblos, talados los árboles tanto cuanto era menester quedar de raso para el tamaño del pueblo y cuatro calles en cruz (quedando el pueblo en medio), de 50 pasos en ancho y de luengo un tiro de ballesta. Estas calles hacían para pelear, a las cuales se recogían los hombres de guerra cuando eran acometidos.

Por esta parte desta provincia, que decimos ser de peñas, no hay río alguno, y no carecen de aguas, que beban, excelentes; éstas están en aljibes obrados por la misma naturaleza, que en lengua de indios se llaman xagüeyes. La causa destes aljibes y aguas en ellos es esta, conviene a saber, que la otra parte desta provincia, que dejamos que era de campos rasos y campiñas o zabanas graciosas³¹, que son el cabo de la gran Vega, rescibe en sí muchos

²⁶Si no me he olvidado, porque ha cincuenta años que estuve por allí, y en ellas.

²⁷Muchas.

²⁸De que hacen.

²⁹De que arriba, en cierto capítulo, hacemos mención.

³⁰Agras.

³¹Y frescas.

arroyos y ríos muy lindos y frescos que descienden de las sierras que dejamos venir de la cordillera que tiene su origen de Monte-Christi y va por la Isabela y puerto de Plata y Cubao y los Ciguayos, y hace, como es dicho, la Vega, y al cabo va a fenecer a las dichas zabanas y campiñas, y en llegando estos arroyos y ríos al medio dellas, súmense todos por debajo de la tierra y van a salir grandes ayuntamientos de aguas a los dichos aljibes o xagüeyes (que son unas¹⁸ concavidades que la naturaleza hizo debajo de aquellas mesas y peñas), al menos a las más bajas de las cuales las aguas que dellas llenas sobran, van, finalmente, a³³ vaciar en la mar.

Diré aquí una cosa digna de oír que vide en aquella provincia en³⁴ la parte della que está en derecho de la isla Saona, en la tierra y señorío de un rey o señor que se llamaba Cotubanamá, de quien³⁵ en otro [lugar] se dirán cosas notables. En este señorío y tierra, cuatro o cinco leguas de la mar, está un aljibe o xagüey, cuasi media legua del pueblo donde residía el dicho señor o rey, el cual, según nos parecía a los que íbamos por allí, tenía media legua de ancho o quizá en todo él, porque andando sobre las mesas dichas y peñas, lo que nunca antes en toda aquella tierra habíamos sentido, sonaban nuestros pasos como si anduviéramos sobre un hueco o vacío tablado o sobre una tolda de navío, tanto que íbamos no con poco miedo. Desde vimos el aljibe, llegamos, pues, donde tenía la boca, que sería como tres palmos o cuatro en cuadra, cuasi como una escotilla del pañol, que llaman los marineros en las naos. Parámonos a mirar por ella, y estaba tan oscuro todo lo de abajo, aunque determinábamos, que parecía un abismo; allí no nos faltó harta grima. Puesta diligencia en buscar unas raíces que llamaban bejucos, que sirven de cuerdas, con un vaso de barro sacamos agua, la más dulce, delgada, fresca y fría y la más sabrosa que podía ser vista; había ocho brazas hasta llegar al agua desde arriba, y queriendo experimentar la hondura, hallóse, finalmente, que tenía cuarenta brazas de hondo, las treinta y dos de salada y las ocho de dulce, la cual, por su ligereza, es natural, como suele, estar encima. Otros muchos hay y hallamos muy someros, de muy buena, clara, dulce y muy fría. Lo que creíamos de aquella salada era que, aunque estaba lejos la mar, entraba por aquellas cavernas el agua salada della, y de los ríos que se sumían venía la dulce. Y cierto, este xagüey era verlo maravilla. Adonde se sumen los ríos queda en seco tanto pescado, que podría mantenerse por algún tiempo³⁶ la gente de una villa.

Por todas las dichas mesas de lajas o peñas, y entre ellas, se crían unas raíces que no las hay en toda esta isla; estas raíces se llaman guayagas, y

³²Oquedades.

³³Dar.

³⁴Aquella.

³⁵Después.

³⁶La ciudad de Sevilla.

hacen dellas el pan que comían por toda esta provincia los indios. Las raíces son como cebollas gruesas albaranas; las ramillas y hojas que salen fuera de la tierra dellas, obra de dos y tres palmos, parecen algo como de palmitos de los que hay en el Andalucía, puesto que son más angostas y más lisas y delicadas que la de los palmitos. Hácese el pan desta manera, conviene a saber, que en unas piedras ásperas como rallo las rallan como quien rallase un nabo o zanahoria en un rallo de los de Castilla, y sale masa luego blanca, y hacen della unos globos³⁷ o bolos redondos, tan grandes como una bola, los cuales ponen al sol, y luego pónense de color de unos salvados o afrechos. Están al sol uno y dos y tres días, y al cabo dellos se hinchen de gusanos como si fuese carne podrida, y quedan eso mismo tan negros poco menos que una tizne, como un negro algo deslavado que tira a pardillo. Después que ya están en esta dispusición, negros y herviendo de gusanos tan gordos como piñones, hacen unas tortillas dellos, que ya es masa³⁸ cuanto a la blancura y ser correosa como la de nuestro trigo, y en una como cazuela de barro que tienen ya sobre unas piedras, y huego debajo, caliente, ponen sus tortillas, y desde a un rato questán cociendo de un lado las vuelven del otro, donde bullendo los gusanos con el calor se fríen y mueren y así quedan allí fritos. Y este es el pan de aquella tierra y provincia. Y si se comiese antes que se parase prieto y no estuviese lleno o con algunos muchos gusanos, los comedores morirían.

En la parte otra que dejimos ser de llanos y campiñas, en esta provincia, se hacen más que en otra parte desta isla los mayores y más gruesos puercos que pienso haberse jamás visto; allí vide puercos que habían sido domésticos, de la simiente traída de Castilla, que se habían a los montes huído, que eran tan grandes que con un solo cuarto iba tan cargado un valiente hombre indio, que cuasi daba pasos para atrás y al través, como si llevara dos quintales encima; cierto, eran tan grandes los cuartos como de grandes terneras. Las enjundias de la manteca no eran creíbles, porque a lo que me puedo acordar, creo de una sola enjundia vide que se hinchieron dos botijas y más, de a media arroba cada una, de las que vienen con aceite de Castilla.

Toda esta provincia, por la mayor parte, mayormente la de las dichas mesas, es templada, y la otra de los llanos o campiñas no tiene calor excesivo. Entre la isleta de Saona y Sancta Caterina sale un río que me parece llamarse Heuna; a la ribera dél se pobló una villa que se llama Salvaleón³⁹; de donde procedió hacerse, decirse ha, si a Dios pluguiere. En las sierras que vienen de donde se dijo y en esta provincia se acaban, se ha cogido oro y buen oro, y creo que si a ello se diesen más se cogiera, pero como después que mataron los indios (de cuya muerte⁴⁰ y perdición total ellos poco

³⁷Montenes.

³⁸Blanda como.

³⁹No sé por qué respecto.

⁴⁰Poco ellos sí.

se dolían) y no acordaban de sacarlo por sus manos, por esta causa luego cesó el suspiro de buscar y descubrir minas.

CAPÍTULO IV

Isla Española.— Provincia de Cayacoa, de Azúa, de Baoruco, de Yaquimo y de Haniguayagua.

Yendo por esta costa del Sur al Poniente, ocurre luego, después desta de Higüey, otra provincia que se llama Cayacoa o Agueibana y llega a Sancto Domingo, que serán treinta leguas, la ribera de la mar. Es toda de peñas, cuasi de la naturaleza de las ya dichas, pero no a mesas, sino baja, y a un tiro de piedra, y no tanto la tierra adentro, es⁴¹ todo campiñas y zabanas, que son el fin de la Vega, con sus ríos y arroyos y florestas adornadas de toda hermosura, fertilidad y lindeza. A las quince leguas destas treinta, antes que lleguen a Sancto Domingo, está un pedazo desta provincia, donde sale a la mar un lindo río que se llama el Macorix, fertilísima tierra para el pan cazabí y para criar puercos y otras muchas cosas de provisión y mantenimientos. En todos estos campos y zabanas no tienen número las vacas que hay y las que cada día⁴² multiplican y crecen. Ocho y diez leguas de ancho, la tierra dentro de Sancto Domingo, y quince de luengo de campiñas y ríos grandes y florestas y hermosura con fertilidad, es toda tierra beatísima y utilísima. Tres leguas abajo desde puerto y río de Sancto Domingo sale un río que se llama en el lenguaje de los indios Haina; la ribera, agua y pescado y alegría dél no puede ser encarecido. En diez leguas y hasta⁴³ doce dél están muchas estancias que llaman en nuestra Castilla cortijos, y en ellas muchas haciendas de la tierra, huertas y granjerías; hay algunos ingenios de azúcar entre ellas.

Luego, creo que a dos leguas, sale a la mar el río Nigua, no tan grande como Haina precedente, cuya ribera está bien avecindada de muchas y gruesas haciendas, y entre ellas algunos poderosos ingenios. Sale otro poderoso río que se llama Nizao, de allí⁴⁴ tres leguas, donde hay también ingenios, y es tierra mucho buena, y creo que por ella se halló metal de hierro. En las sierras donde nace este río Nizao, que son muy altas, en la cumbre más alta, se dijo haber una laguna de agua, y que subieron ciertos cristianos y indios, y que con dificultad subida la sierra, vieron la laguna y oyeron tan grandes ruidos y estruendos que quedaron espantados; debía por ventura ser que el agua de aquella laguna se derrocaba por algunas peñas que tenía dentro de sí que no se vían, como hemos visto en estas Indias hacer ruidos grandes otras aguas.

Queda, pues, Sancto Domingo, llamando la tierra que la atribuímos, provincia con treinta leguas buenas de luengo y aun cuarenta o pocas me-

⁴¹Toda.

⁴²Crece; la tierra.

⁴³Quince.

⁴⁴Seis.

nos, aunque dejemos diez de la provincia de Cayacoa para la villa de Salvaleón, que está en la provincia de Higüey, puesto que no las ha menester, como arriba parece.

Adelante desta hallaremos la provincia de Azúa, que⁴⁵ tiene cerca de treinta leguas por la ribera de la mar, y diez o doce, y a partes más creo yo, de quince, por la tierra dentro. No es toda muy fértil porque tiene gran pedazo de sierras ásperas y comparadas a las comúnmente de toda esta Isla son algo estériles, pero tiene una vegueta donde hay una villa que se nombra de Azúa, muy fresca y muy fértil. Hay en esta provincia tres o cuatro ingenios muy buenos; uno dellos está en el río de Ocoa, tres leguas o cuatro antes de Azúa, y otro en un arroyo que se llama Cepicepi, una o dos leguas, y otro junto al pueblo o cerca dél.

Otra provincia está delante desta, que se llama el Baoruco, que tiene⁴⁶ veinticinco o treinta leguas de costa de mar y más de veinte dentro en la tierra; y ésta es toda de muy altas y ásperas sierras, grandes quebradas de arroyos, muchas montañas de arboledas, pero todas las más fértiles para labranzas de las del pan y lo demás que se da en esta Isla, y plenísima de puercos monteses de los traídos de Castilla, que se han multiplicado y en número grande crecido. Es muy templada y fresca, sin calor alguno, y por consiguiente sanísima. En esta provincia, y cuasi al principio della, está una sierra de sal que según he oído tiene más de seis leguas; yo la he visto muchas veces, puesto que no miré la longura ni anchura della. Y esto parece cosa maravillosa, y lo es, que⁴⁷ sobre la sal, que es como peña, esté obra de dos palmos de tierra, y aquella tierra produzca de sí raíces y arboledas diversas, pero estériles, bajas y secas y⁴⁸ en última disposición para quemarse en el huego, porque es cuasi como tea.

La costa abajo, y por la tierra dentro, al descender de las sierras desta provincia, se continúa otra que llamamos de Yaquimo, y ésta, puesto que tiene montes y lomas, pero a partes es más abierta y rasa que la precedente y más fértil. Es tierra de mucho algodón, y de las labranzas del pan y cosas de bastimentos de los indios había abundancia. No es muy calurosa, antes alcanza parte de templanza. Tiene algunos buenos valles y arroyos no grandes, y en ellos hay muchos árboles robles, y hobo los años pasados, en tiempo del primer Almirante, mucho y buen brasil, y se llevó a Castilla y pensó que fuera perpetuo y de donde los reyes de Castilla tuvieran mucha renta, según⁴⁹ en otra parte se verá, pero en estos días de agora y de muchos atrás no veo que hay dello memoria. Toda esta provincia está cuasi en una loma, y comenzó ancha como la del Baoruco, de donde

⁴⁵Es de mucha tierra así de.

⁴⁶Quince o veinte.

⁴⁷Nascan.

⁴⁸Cuasi.

⁴⁹Abajo.

continuándose⁵⁰ hobo principio, pero vase ensangostando por el brazo desta Isla, que allí va angosto de⁵¹ doce o quince leguas, entre las dos mares, como arriba en el capítulo [1^o] se dijo; bien tiene largas treinta leguas esta provincia, y aun cerca de cuarenta.

A ésta se junta la provincia de Haniguayagua, que comprende todo el resto, por aquella parte, desta Isla. Tendrá más de veinticinco leguas de largo y doce y quince de ancho. Desta provincia, dejados algunos pedazos de⁵² la costa del Sur, cerca de la mar, donde hay algunos esteros y salitrales, que no creo que serán más de cinco o seis leguas, toda la demás es hermosa y fertilísima tierra, y parte della cuasi como un pedazo de la Vega, de zabanas, llanos o campiñas, para todas las cosas que hay e se crían en esta Isla. Es llana por la mayor parte y a partes rasa, como son las zabanas dichas, y tiene muchas manchas de montes llanos o florestas o arboledas; a partes tiene algunas no muy altas sierras, llenas de muy altos árboles y espesos.

Al cabo último desta provincia y punta de toda esta Isla, que dejimos arriba llamarse en el lenguaje de los indios Guacayarima, que se mira con la punta oriental de la isla de Jamaica, son todos los árboles o los más, de grandes montes o arboledas que allí hay, de la fructa que los indios llamaban mameyes⁵³. Esta fructa es en olor y sabor fructa de reyes, y en color y a la vista no mucho menos; podremos dar alguna semejanza comparándola en algo a alguna de las de Castilla, y ésta es a los melocotones cuanto a la color y manera de la carne dellos, solamente son los mameyes tan grandes como una bola con que se juega a los bolos o birlos o muy poco menos, y en esto de los melocotones harto difieren. Tienen la color cuando están con su cáscara como la cáscara del níspero, y será poco menos gorda que la de una granada; quitada aquella cáscara y raída un poco otra tez o cascarilla delgada, como blanquilla, que un poco es amarilla, tiene luego la carne como el melocotón, bien amarilla⁵⁴. Terná desta carne un dedo de altor sobre los cuescos, y dentro cuatro dellos tan grandes como buenos huevos de gallina, y de la manera de los duraznos cuanto a ser ásperos, y tiene de carne entre los cuatro cuescos, tanta, que poco menos hinchará un escodilla, y con toda la que en el mamey hay restará poco della para henchilla. El olor y sabor dellos cierto es tal que ninguna fructa se le iguala de todas cuantas habemos y comemos en Castilla.

No los hay estos mameyes ni los hobo de naturaleza nascidos en toda esta Isla, sino en aquella punta nombrada, como dejimos, Guacayarima; trujeron algunos cuescos de allí los religiosos de Sant Francisco al monasterio de Sant Francisco desta ciudad de Sancto domingo y al que tienen en la

⁵⁰Comenzó.

⁵¹Diez o.

⁵²Diez a doce leguas las más cercanas de.

⁵³*Mammea americana* (C.E.D.).

⁵⁴Dentro de la.

Vega. Pusiéronlos y nacieron y hiciéronse grandes árboles y dieron la fructa o mameyes, pero degeneraron mucho de los de su origen y nascimiento porque no tienen más de un cuesco, al menos los que yo he visto, y así son muy menores que aquéllos, cuasi como bolas o poco mayores de jugar a la sortija⁵⁵, y en el sabor y color, cierto mucho difieren, porque lo principal dellos es la carne que está entre los cuatro cuescos. Es admirable en hermosura el árbol que los produce y las hojas en color y verdor y forma de lindísima manera. El árbol es muy alto y grueso, de muchas y grandes y chicas ramas, de hojas densísimas o espesas copado, adornado y cubierto: y esto es de maravillar más: que si lo contemplamos despacio, cuasi todas las ramas grandes y chicas van subiendo hacia arriba en modo de cruz, las hojas cuasi lo mismo, porque son de la forma de un corazón y tan anchas, por lo más, como una grande palma de la mano y más, y que tenga en ancho buenos seis y ocho dedos; es gruesa más que⁵⁶ un canto de real, no floja sino tiesta, muy lisa y de color verde algo oscura, finalmente⁵⁷. árbol, rama y hojas son muy hermosas, fructa sabrosa, odorífera y nobilísima.

Es tierra, un buen pedazo desta provincia, buena para vacas, pero muy mejor en los montes llanos que dije para infinitos puercos, porque⁵⁸ hay unas palmas que tienen una cierta fructa de color de dátiles que llamamos palmicha, que los puercos comen mucho y engordan mucho con ella. Hobo infinitos puercos, agora no creo que hay tantos por los perros en gran número que se han hecho monteses, que los destruyen y apocan y ellos cada día crecen. En esta provincia estuvo asentada una villa de españoles a la ribera de la mar del Sur, frontero de⁵⁹ las isletas que cuasi en fin del capítulo primero dejamos; llamóse Salvatierra de la Zabana; tuvieron cargo los vecinos⁶⁰ advenedizos de Castilla de consumir los naturales señores y dueños de la tierra, y porque siempre, acabados de matar los indios, los españoles se despueblan y van a buscar otra guarida, por eso creo que no debe haber memoria della, como han hecho en otras muchas partes destas Indias. Y esto baste para cumplir con la vuelta primera de la descripción que propusimos hacer desta Isla.

CAPÍTULO V

Isla Española. – Provincia de Iguamuco, de Banique, del Hatiey, del Zabay, de Bainoa, de Xaraguá y del Caiguaní.

Para comienzo de la segunda vuelta y descripción desta Isla, es menester tornar donde⁶¹ comenzamos a describilla, esto es, a la provincia de Guahaba

⁵⁵Pequeñas.
⁵⁶Dos cantos.
⁵⁷Fructa es nobilísima.
⁵⁸Tiene.
⁵⁹Unas isletas que están dos leguas de un puerto que en el capítulo 68 da fin, cuasi.
⁶⁰Della de consumir los.
⁶¹Dejamos.

y de Bainoa, a la cual se sigue por esta otra parte, o mano derecha, teniendo las espaldas al Norte⁶² la provincia de Iguamuco. Esta es, y toda aquella tierra hasta la provincia de Xaraguá, que con fertilidad, hermosura, montes, zabanos o campiñas, ríos y arroyos, aguas, aire, fresca, templanza, y el mismo cielo, sobrepuja todo encarecimiento; y es, en fin, para que la vida humana, si tanto bien no le empeciese, pudiese gozar de un paraíso de deleites. En esta provincia del Iguamuco sale un volcán de una sierra que echa de sí algunas veces humo.

Síguese, a lo que pienso, otra por la mano izquierda (digo pienso, porque esta sola no he visto aunque he estado cerca della), que los indios llamaban Banique, la media sílaba breve, que participa de los bienes mismos y calidades de la susodicha. Esta tiene la cordillera de las sierras que hacen la Gran Vega, por la mano derecha, teniendo las espaldas al Norte, como dije, a la mano izquierda.

Tornando, pues, a la mano derecha destas dos provincias que nombré Iguamuco y Banique, ocurre la provincia que en lenguaje de los indios se decía el Hatiey, la penúltima sílaba luenga; ésta es maravillosa verla por su lindeza y amenidad, fresca y alegría, fertilidad para todas las labranzas y fructas y cosas desta tierra y para muchas de las de Castilla⁶³; tiene muchas aguas de arroyos y ríos que descuelgan de las provincias de Guahaba y de Iguamuco⁶⁴. Viene a dar a ella también un gracioso y poderoso río⁶⁵ mayor que el río de Duero junto con Pisuerga⁶⁶, el cual pasa por esta provincia⁶⁷ algunas leguas hasta dar en la mar⁶⁸, donde fenece; llámase Hatibonico en lenguaje de los indios; hácese unas salinas cerca de la boca dél. Puédese contar con esta provincia del Hatiey lo que resta de todo aquel brazo desta Isla de a mano derecha, teniendo las espaldas al Norte, que⁶⁹ asemejó como el dedo pulgar de la mano izquierda, cuanto del dicho brazo hay por la mar del Sur, antes que⁷⁰ pasemos a la punta o cabo de San Nicolás, que está en este brazo a la mar del Norte, y así parece que terná esta provincia de Hatiey más de veinte o veinticinco leguas de luengo; las que habrá de ancho serán⁷¹ quince o más, según sospecho.

A ésta ocurre, por la ribera de la mar, la provincia del Zahay⁷²; ésta, por la mar y por parte de la tierra confina con la nobilísima provincia de

⁶²Como en el capítulo 68 se dijo.

⁶³Pasa.

⁶⁴Y de Banique.

⁶⁵También por ella.

⁶⁶Que tiene de ribera.

⁶⁷Más de veinte.

⁶⁸Las riberas de ambas partes suyas es cosa que causa gran deleite, consuelo y placer.

⁶⁹Señalé.

⁷⁰Tornemos.

⁷¹Diez o doce o quince.

⁷²De que arriba, en cierto capítulo, hecimos mención que había ido con sus carabelas Alonso de Ojeda huyendo quasi de Francisco Roldán.

Xaraguá, y como participe de las pasadas y sea toda una tierra y de una manera, no hay que decir ni encarecer della sino que es fértil y fructífera y muy buena.

Pero a ésta y a otras excede, otra la tierra más adentro desta, viniendo todavía las espaldas al Norte como veníamos, y ésta es Bainoa, otra sin la que primero que todas describimos en la primera vuelta. Esta goza de todo el río grande que nombramos Hatibonico⁷³ o de la mayor parte dél, creo que más de veinticinco leguas; prosíguese a la del Hatiey el río arriba. Esta, por ambas a dos riberas del río es grande consuelo verla y considerar su hermosura, disposición, fertilidad, suavidad, frescura, gozo y alegría; cuasi no se siente calor, frío no es de hablar dél, es luego temperatísima; tiene llanos por las dos riberas del río Hatibonico, tiene cerros, collados⁷⁴, valles, todos cubiertos de yerba hermosísimos. Los puercos que por ella se han criado son infinitos.

Entremos en la provincia de Xaraguá, que a las dichas se sigue luego, donde fue la corte (como diremos si Dios quisiere) de toda esta Isla. Esta contiene en sí cuasi en redondo más de cuarenta leguas, a mi parecer; por una parte tiene la vega de la Yaguana, que es cosa hermosísima y deleitable y provechosa mucho para puercos, que han sido innumerables los que allí han nascido, y también hay hoy muchas yacas y ha habido. Esta llega hasta la mar y la ribera viene del Zahay, y es el rincón y puerto, no buen puerto, deste golfo de Xaraguá, que arriba⁷⁵ dejimos⁷⁶ y allí está poblada de españoles una villa. Hace esta Vega la sierra grande, que por esta parte se hace grande, aquella, digo, que dije ser loma⁷⁷ que descende⁷⁸ y se hace más baja de las sierras de la provincia del Baoruco, en la cual loma o lomas está la provincia de Yaquimo, donde se cortaba el brasil⁷⁹ y está Norte-Sur, por derecho, Yaquimo, desta Vega, justas 18 leguas, que es un grado menos media legua. Descienden desta alta sierra, que es todo lo más della montuosa, algunos arroyos frescos, que proveen de abundante agua toda la que la vega para hartar los hombres y⁸⁰ animales ha menester. Esta sierra va adelante junto a la mar, todo el brazo que dejimos ser el dedo con que señalamos de la mano izquierda, hasta el cabo desta isla que llamamos del Tiburón y de la Guacayarima, donde hay la fructa de los mameyes que tanto arriba encarecimos.

Volviéndonos ocho leguas atrás, hacia el Oriente, de la ribera de la mar, fin desta Vega, estaba la ciudad y corte de aquel rey Behechio y aquella

⁷³Más de veinte.

⁷⁴Vegas.

⁷⁵En el cap. 68.

⁷⁶Hace ésta.

⁷⁷Sobre que está la provincia.

⁷⁸Algo.

⁷⁹Desta sierra que hace esta vega de la Yaguana descenden.

⁸⁰Los jumentos.

reina Anacaona, su hermana, de quien si place a Dios diremos⁸¹. Este asiento desta ciudad y corte del rey Behechio es tierra más enjuta que la que habemos dicho⁸², porque menos húmida y por eso muy más sana. Es muy llana, como una gran campiña o zabana: la yerba della es chequita y seca o tostada como la de Castilla. Tiene a media legua delante de sí, hacia el Sur o Mediodía, la dicha sierra muy alta que va su camino al Baoruco, hacia el Oriente, adonde se extiende y para y regocija la vista. Desciende de aquella frontera y alta sierra un muy hermoso río, el cual se llamaba, por la lengua de los indios, Camín, aguda la última sílaba⁸³; el agua deste río se solía decir ser la mejor y más delgada y más sana (puesto que no es río de oro) que la de todos los ríos desta Isla, como quiera que todos en común excedan en sabor y delgadeza y bondad de agua y sanidad, o al menos no sean inferiores de cuantos⁸⁴ en estas partes puedan ser referidos. Regábanse con el agua deste río, sacada por acequias, todas las labranzas de gran parte desta tierra, lo que no se hizo jamás (por su gran fertilidad) en toda esta Isla; bien creo que ninguna cosa de las de Castilla en esta tierra se pornía, así de plantas como de pepitas y de cualquiera semilla, que no se huciese muy buena y diese los frutos que convernía; solamente dudo de los árboles o frutales que proceden de cuescos, porque hasta agora no se ha visto en esta Isla.

En esta provincia, obra de una legua de la ciudad de Behechio, rey della, comienza una laguna de agua dulce al principio, por los ríos que desaguan en ella, pero su principal origen de la mar creemos que viene; durará esta agua dulce y algo mezclada con la salada, de ancho una y de largo tres leguas, donde hace la tierra una angostura y se sangosta la laguna, y luego entra en otra laguna o lago muy grande, y aquél va cerca de otras quince leguas hacia el Oriente, el cual pertenece a otra provincia y en ella diremos lo que de ambas a dos sentimos.

Por la vera de la sierra grande, que es las espaldas del Baoruco, vuelta la cara al Oriente⁸⁵ vuelven los términos de la provincia de Xaraguá, creo que por aquella parte doce leguas, hasta⁸⁶ una sierra muy alta que dura dos leguas, que llamábamos el puerto de Careibana, porque a la descendida del puerto estaba en un gran llano una grande población que se decía por los indios Careibana. En esta provincia de Xaraguá⁸⁷ en el asiento y ciudad del rey Behechio, después de todo destruido estuvo por algunos años una villa de españoles poblada, que llamaron la Vera-Paz, no porque la paz entró con ellos en ella, como se dirá placiendo a Dios, y harto también dello arriba en

⁸¹Aunque harto arriba cuando hablábamos del levantamiento de Francisco Roldán dejimos.

⁸²Y por eso muy menos.

⁸³Este río.

⁸⁴Del mundo.

⁸⁵Prosigue.

⁸⁶Un puerto.

⁸⁷Hobo por algunos.

algunos capítulos se ha dicho, la cual no duró más, como otras muchas poblaciones que han hecho los españoles en ésta y en las otras partes destas Indias, de cuanto quitaron las vidas a los indios.

La provincia que luego se continúa después desta de Xaraguá es y se llama el Caiguaní, la última sílaba aguda; todo lo más della consiste y se extiende por la ribera de la grande laguna. Comienza de la gran población que dije que se nombraba Careibana, que está a la descendida del puerto, y va por la vera de la sierra que está a las espaldas del Baoruco, dentro de la cual entra la sierra de la sal y las poblaciones que allí había, y llega a partir términos con la provincia de Azúa. Bien tiene de circuito la tierra que he dicho más de treinta leguas, pero lo que dello es de loar es la ribera de la laguna, no toda, porque la banda del Baoruco y vera de la sierra que cae a la parte del Sur, o del Austro, llega el agua della allí, que apenas puede el hombre pasar más de diez leguas sin mojarse; solamente la banda del Norte es la fértil, y la tierra de por allí era muy fértil, donde había grandes poblaciones, como se dirá. Por esta tierra hay cantidad de yeso, lo que fuera de allí no he visto en esta Isla.

La vecindad y provecho que⁸⁸ se sacaba desta laguna causó estar muy poblada toda esta tierra, en especial la ribera della de la banda del Norte, como se dijo, porque había grandes pesquerías de muchos pescados de la mar; y esta es cosa, cierto, de maravilla, que estando esta laguna, creo que no menos que diez leguas de la mar, que por los abismos, debajo de tantas sierras como las del Baoruco, que están desta laguna al Sur o Mediodía, entre la mar tanto en la tierra y haga un tan gran lago o laguna que tenga de longura quince y de ancho buenas tres leguas. Que esta agua sea y entre de la mar es manifiesto por esto: lo primero, porque es muy salada: lo segundo, porque tiene gran profundidad, que no se halla suelo; lo tercero, y esto es lo más eficaz. Que se hallan en ella tiburones⁸⁹ y otros pescados grandes marinos que no se crían ni se han visto en estas Indias sino en la mar.

CAPÍTULO VI

Isla Española.— Provincia de Cibao.

Ya hemos juntado esta provincia del Caiguaní con la del Baoruco, y también con los términos de la Azúa, y no queda más tierra que describir por aquí: tornemos a la tercera vuelta, describiendo⁹⁰ lo íntimo de toda esta isla, con lo más gracioso, felice y rico della, excepto la Vega. Tomemos, pues, desde las que arriba en la segunda vuelta y en el capítulo 5º nombramos provincias de Iguanuco y Banique, a las cuales se sigue la gran provincia de Cibao, que el Almirante, oyéndola nombrar, creyó ser la de Cipango, donde estimaba que Salomón había para el templo el oro llevado, y con esta

⁸⁸Della.

⁸⁹Grandes.

⁹⁰El riñón.

opinión creo que murió. Los indios⁹¹, por su lenguaje, llamaban a esta provincia Cibao, por la multitud de las piedras, porque ciba quiere decir piedra.

Toda esta provincia es sierra altísima, todas de piedras peladas, de las que en Castilla llamamos guijarros: no están comúnmente las piedras sueltas cada piedra por sí, sino juntas y pegadas como si lo estuviesen con argamasa; y todas las sierras están⁹² vestidas de yerba cortita como un palmo o dos, en unas partes más crecida que en otras, porque en algunas hay más tierra, aunque toda arenisca y más⁹³ húmeda o menos estéril que en otras. Están todas estas sierras adornadas de⁹⁴ muchos pinos y pinares, no espesos sino raros, por su orden puestos, cuasi a la manera que en Castilla se ponen a mano los olivares. Son muy altos y muy gruesos y derechos para hacer dellos muy lindos másteles para grandes naos llenos de⁹⁵ zumo para hacer dellos infinita pez; no llevan fructo sino unas piñitas como en Castilla los que llaman negrales. Comienzan desde las sierras de Nizao, que dejimos arriba estar ocho leguas de Sancto Domingo, y pasan por las minas viejas que arriba tocamos y⁹⁶ diremos, placiendo a Dios, abajo, y por toda aquella renglera de las sierras, y hinchen a esta provincia de Cibao y pasan adelante, y según creo hinchen y ocupan más de setenta leguas grandes, y más de veinticinco, y quizás treinta por partes, en ancho.

El riñón desta provincia y aun de toda la isla es en casi la cumbre de toda esta tierra y de más fertilidad, porque el terruño es de barro o cuasi barro, y aquello está sin pinos, porque regla general es que toda la tierra donde hay pinos es estéril. No me acuerdo qué tanto durará de ancho y largo esta cumbre, porque ha más de cincuenta años que estuve en ella; llámase *Haití*, la última sílaba aguda⁹⁷, de la cual se denominó y nombró toda esta isla, y así la nombraban todas las gentes de las islas comarcanas. En ella y por ella hace mediano frío, y se menester hasta que encumbra el sol algún huego, pero no es tanto que el agua se hiele. Hay por ella zarzamoras como las de Castilla, y nueces naturales, pero tienen mucha madera y poca medula o meollo, por lo cual no son de provecho. Por esta tierra granan las cosas que granan en Castilla⁹⁸, que proceden de semillas; en especial se hacen muy buenos nabos, y créese que se harían maravillosas viñas. Toda esta provincia de Cibao es bien fresca, sin algún calor ni que cause pena el frío. Es toda ella hermosa, graciosa, alegre y más que otra sanísima: la causa es la enjutez de la tierra y ser toda de sierras descubiertas altísimas, exenta de toda humedad y que la baña el sol en saliendo por todo

⁹¹Ya dejimos arriba, cap... que.

⁹²Llenas.

⁹³Rugosa.

⁹⁴Inmensos.

⁹⁵Jugo.

⁹⁶Abajo.

⁹⁷Creo que fue.

⁹⁸Sembradas.

el día, y los aires templados continuos y muy sanos, que son las ordinarias y continuas brisas.

Los ríos y arroyos que desta provincia de Cibao salen son los más graciosos, lindos, frescos y de las más suaves y delgadas aguas que creo haber en el mundo, y éstos son sin número infinitos. Los principales que de millares de arroyos se hacen son los siguientes, todos por mis ojos vistos; uno se llama Xagua, otro Guaba, otro Guanahomá, la última luenga; otro Baho, la última breve; otro Yaqui, la misma breve; otro Xanique, la media breve; otro Agmina, la misma breve; otro Maho, otro Paramaho, la penúltima luenga; otro Guayobín, la última aguda, todos nombres del lenguaje de los indios. Los cinco primeros, cada uno por sí, e con ellos Maho, que es octavo, son tan grandes, cuando menos agua llevan, como por Córdoba Guadalquivir; el sétimo poco menos; el sexto y el noveno algo más menos, pero lindísimos y graciosísimos, y todos presurosos, corrientes y rapidísimos, en especial Baho, Agmina y Guayobín. Los primeros cuatro entran en el río Yaqui, que es el quinto, antes que salga de las sierras. Después, adelante por la gran Vega⁹⁹ recibe en sí todos los otros ríos, donde pierden todos los nombres, y sólo queda Yaqui con el suyo hasta que sale a la mar junto al Monte Christi, y aunque lleva inmensa cantidad de agua, cuasi siempre, sino es por el tiempo de las aguas lluvias, todo él se vadea¹⁰⁰. Estos ríos y arroyos, en muchas y diversas partes de la tierra que ocupan, hacen muchas vegetas y hoyas graciosísimas y deleitables, que no parecen sino pintadas en un paño de Flandes.

Todos estos ríos y todos los desta isla están de pescados plenísimos, y por la mayor parte los pescados dellos son lizas de las de Castilla, pero muy mejores y más gruesas y sabrosas y en tamaño mayores, y la semejanza tienen, en la escama, con los albuces de Sevilla. Hay otros que llaman guabinas, la media sílaba breve, las cuales tienen cuasi el parecer de truchas, en la escama, especialmente cuanto a las pinturas, puesto que son las pinturas o manchitas negritas y el pescado dellas muy blanco; es sanísimo y delicadísimo pescado, que se puede y suele dar a los enfermos como si fuesen pollos. Otros, que se llaman dahos, la media luenga, son pequeños como pequeños albuces, menos que un jeme, y tienen los huevos tan grandes y mayores que los de los sábalos, y esto es lo principal que tienen de comida, porque lo otro todo¹⁰¹ tiene poca sustancia. Hay también otros que se llamaban zages; pequeños pero muy, cuasi del tamaño y escama que albuces chequitos. Hay asimismo los que llamaban los indios diahacas, la media luenga. Estas son como mojarras de Castilla; difieren algo de mojarras en tener las escamas prietecitas, y las mojarras son todas muy blancas; estos

⁹⁹Embebe.

¹⁰⁰El agua dél, antes que con las de los otros se mezcle, tienen las mujeres de Castilla que por acá están opinión que es buena para sus rostros y afeites.

¹⁰¹Cuasi no es nada.

pescados son también sabrosos y muy sanos. Hay anguilas grandes y chicas, pero son tan dulces de comer que causan a algunos náuseas o mal estómago. Hay langostines, que son camarones muy grandes, muy buenos de comer aunque duros, de la manera de los de España.

Estas seis¹⁰² especies de pescados de escama son, y no más, los que se hallan y hay la abundancia en los ríos desta isla¹⁰³. En los arroyos pequeños hay unos¹⁰⁴ pececitos chequitos que en Castilla llaman pece-rey y los indios telí¹⁰⁵ la última aguda; son sanísimos. Hay en ellos también hicoteas que son galápagos de los arroyos de Castilla, puesto que estas hicoteas son muy más limpias y más sanas que aquéllos, según creo, porque no son tan limosas ni tan amigas de lodo y tierra, porque andan más por el agua que los galápagos; verdad es que tenían por opinión los indios desta Isla que las hicoteas eran madres de las bubas, y así a mí muchas o algunas veces me lo dijeron; por esta causa nunca jamás las quise comer, puesto que muchos las comían y nunca tuvieron bubas. Hay en los arroyos también unos cangrejos que sus cuevas tienen dentro del agua, que los indios llamaban xaibas. Estos cangrejos o xaibas tienen dentro, en el vaso o caparacho, ciertos huevos y cierto caldo que parece cosa guisada con azafrán y especias, y así tiene el color y el olor y el sabor de especias, mayormente cuando están llenas, que es con la luna nueva, porque entonces están sazoadas; hanse de comer asadas, porque cocidas irse hía el caldo y no serían tan buenas.

Tornando a nuestra provincia de Cibao, el oro que se ha sacado della no puede ser encarecido, y aun también el que hoy en ella hay, sino que después de haber muerto todos los indios no se dan a buscarlo por inmensidad de arroyos y quebradas y ríos que por toda ella están, porque quien alcanza diez o veinte negros más los quiere ocupar en otras granjerías que tiene más ciertas y con menores trabajos, que andar con ellos buscando minas que suelen salir muchas veces inciertas. Es muy fino en quilates todo el oro desta provincia, y el más fino que otro de todas las partes destas Indias, excepto lo de Carabaya¹⁰⁶ en el Perú, que dicen ser tan fino y más. También hobo en la isla de Cuba en la provincia de Xagua oro¹⁰⁷ fino¹⁰⁸, poco menos fino¹⁰⁹, pero yo digo que¹¹⁰ a mi parecer poco ha debido haber en estas Indias que se iguale y ninguno que le pase a lo de Cibao.

Hay en esta provincia de Cibao, al principio que a ella suben, dos leguas pasado el río Yaqui, y siete de la ciudad de la Concepción, que está en

¹⁰²Estos géneros.

¹⁰³Sin los de escama.

¹⁰⁴Pescaditos.

¹⁰⁵Sin identificar. Pez pequeño. Tal vez es la llamada "camiguama".

¹⁰⁶O Caraballo.

¹⁰⁷Tan.

¹⁰⁸Y.

¹⁰⁹Que es lo de Cibao. Hay en esta provincia.

¹¹⁰Para.

el comedio de la Vega, como se dirá, una cuesta o sierra pelada no muy alta, harto seca y pedregosa, de la cual salen tres arroyos como los tres dedos del medio salen de la mano, los cuales están secos sin agua lo más del año; el uno llamaron los indios Buenicún, al cual llamaron los españoles río Seco; el segundo se llamaba por los indios Coactinucum; el tercero Cibú, todos tres la última sílaba tenían aguda; no hay cuarto de legua de travesía en todos tres, o al menos no hay media legua. En media legua, desde el nacimiento de cada uno hacia abajo, el oro que se ha dellos sacado, y mayormente del río Seco, ha sido inmenso; hanlos vuelto cien mil veces de abajo arriba la tierra, y siempre sacan oro poco que mucho, y cierto, cada día se cría¹¹¹, según la experiencia nos muestra, y dejando holgar por algunos años aquella misma tierra tornarí a dar, como ha dado por tiempos, muchas riquezas. Hase cogido también oro en otro arroyo que está delante del Cibú, que es el postrero de los tres dichos, yendo la cara al Norte, media legua, que se llamaba Dicayagua. Hase sacado también infinito en los ríos susodichos Yaqui, Xanique, Agmina, Maho y Paramaho, y adelante donde se dicen los arroyos.

Adelante desto, antes, creo que doce o nueve leguas de la villa de Puerto Real, en un arroyo que se llamó Guahaba y en la tierra y cuestras de por allí¹¹², que es toda una sierra con la de Cibao, mayormente en unas minas que se llamaron la Ciénaga, fue mucho el oro que en ella se cogió. Y acaeció allí que dos españoles tomaron las minas juntas, guardados ciertos pasos que según las ordenanzas sobre aquello hechas se debían a cada mina de guardar, llegando que llegaron a coger y sacar el oro de los confines de cada mina, porque era cosa rica, acordaron de echar una plomada para que ninguno de los dos tomase más tierra de la que le pertenecía, y¹¹³ descendiendo la plomada por derecho abajo dio por medio de una gran plasta de oro, y así la partieron ambos a dos.

Comúnmente todo el oro que en esta provincia de Cibao había y hay es menudo como sal menuda, puesto que se han sacado en algunos arroyos granitos como lentejas y otros poco menos y otros poco más. Paréceme que tendrá esta provincia de Cibao 30 y aun 40 leguas de longura y más de veinte¹¹⁴ en ancho. Y porque la fuerza del oro está en todas las sierras, ríos y arroyos que miran al Oriente, las cuales baña el sol en saliendo y todas las aguas se vierten al mismo sol, y lo mismo en las minas viejas y nuevas que están desta ciudad de Sancto Domingo ocho leguas¹¹⁵, y de la otra parte destas sierras, aguas y vertientes al Poniente, no se ha hallado algún oro, por manera que parece que las influencias del sol tienen más eficacia en las

¹¹¹A los principios se sacó mucho y hobo muy ricas minas.

¹¹²Mayor.

¹¹³Cayendo.

¹¹⁴O veinte y cinco.

¹¹⁵Por éste y las sierras.

tierras que están hacia donde nasce que las de adonde se pone; por esta causa creo que en toda la cordillera de las sierras que comienza desde las sierras del río Nizao de la costa del Sur, las más descubiertas de hacia el sol, hasta que acaban a la punta o cabo de Guahaba que se mira con la punta oriental de la isla de Cuba, y así dura la dicha cordillera más de cien leguas, dentro de las cuales son infinitos los ríos y arroyos que hay. En toda, digo, la dicha cordillera y todos los dichos ríos y arroyos infinitos que en ella hay, que miran al sol cuando nace, tienen oro, y ninguno¹¹⁶ estimo, o pocos, se hallará que no tengan oro poco que mucho. Desto es claro argumento y harto eficaz las minas viejas que están continas a la dicha cordillera, y aquélla va a parar a éstas de Cibao, y de Cibao va siguiéndose hasta la provincia de Guahaba, donde habemos dicho que se ha sacado mucha cantidad de oro.

Y porque el oro no se puede sacar de las minas si no es lavando la tierra en agua, como abajo se dirá, y hay muchos lugares en las sierras y quebradas donde suele estar el oro, que están lejos del agua, por ende, infinitos lugares habrá que tengan mucho oro, lo cual, empero, por la falta del agua nunca se podrá sacar si no fuesen tan ricas las minas en los dichos lugares apartados del agua que sufriesen la costa de llevar la tierra a los ríos o arroyos lejos a lavar.

CAPÍTULO VII

Isla Española.— Provincias de la Maguana, del Bonao, de Mantey, de Cotuy y del Arbol Gordo.

Complido con la provincia de Cibao, resta decir de otra que con ella se continúa por lo alto de las sierras a la mano derecha, teniendo las espaldas al Norte, y ésta es la Maguana, en la cual después¹¹⁷ se pobló una villa de españoles que llamaron San Juan de la Maguana. Esta provincia, en sierras y en ríos y en valles y zabanos o campiñas, aunque no son muy grandes, es tierra bienaventurada. Es muy fértil, es muy templada, que cuasi ningún calor [ni] frío¹¹⁸ alguno no es menester que en ella se halle, si no es en las sierras muy altas que confinan con Cibao, donde hay harto frescor, que ropas enforradas no harían mucho daño. Es tierra más enjuta que otras vegas que habemos dicho en lo llano, y por esto es muy sana. Granan aquí muchas cosas de semillas sembradas; trigo se ha hecho y yo lo he visto mucho bueno granado. Hay en ella ingenios de azúcar, la cual a toda la desta Isla hace, en blancor y en dulzura y en las otras calidades, mucha ventaja. Pasa un río grande por ella, que se llama Yaquí, como el que arriba dejamos en el precedente capítulo, que tiene el mismo nombre porque según¹¹⁹ decían los indios nascen de una misma fuente ambos: uno vierte las

¹¹⁶Tengo.

¹¹⁷Que en ella.

¹¹⁸Ni.

¹¹⁹Dicen los.

aguas a la banda del Norte descendiendo de Cibao y pasa por la Vega grande, y el otro va a parar a la costa del Sur por esta parte, como si de propósito dijera la naturaleza¹²⁰ que partía la Isla en dos partes y con una fuente sola quería regarlas, o al menos (porque no ha menester regarse) adornarlas, produciendo della dos ríos tan señalados: el uno adornase la Vega pequeña y el otro la Vega grande. Llamaban los indios a la Vega grande Maguá, absolutamente la última sílaba aguda, y a esta provincia decían con adición Maguana, cuasi la Vega menor. Salen ambos a dos ríos Yaquis a la mar, el uno del otro ciento y cincuenta leguas, nasciendo, como dije, de una sierra y de una fuente en la provincia de Cibao.

Pasa después del río Yaqui dicho, por esta provincia, otro mayor y más caudal que se llama Neiba, la primera sílaba luenga, el cual queda con su nombre aunque estotro Yaqui se junta con él, y pierde el suyo cuando entran en la mar. Y esto es general en esta Isla que cuando los ríos se juntan, puesto que¹²¹ corran por mucha tierra, siempre los indios dejaban su nombre al más principal, o por tener más oro, o llevar más o mejor agua, o más y mejor pescado, o otra preeminencia tal. Parte aquesta provincia de la Maguana términos con la de Xaraguá y con la de Caiguani y con la de Azua; lo que terná de longura y anchura y en contorno, porque ha muchos años¹²² que estuve en ella y no pensaba en la describir, no puedo bien acordarme para precisamente lo decir; paréceme que¹²³ terná más de treinta leguas de luengo y más de veinte, y de veinticinco quizás, en ancho.

Y porque para la cuarta vuelta nos¹²⁴ reste sola la gran Vega, y de toda la isla, sin la Vega, no queda otra provincia de que hablar sino la del Bonao y de lo que allí¹²⁵ se sigue hasta la provincia de¹²⁶ Sancto Domingo, tornemos a Cibao, y de allí a la mano izquierda hallaremos la dicha provincia del Bonao que de aquélla va continuada. Comienza, pues, la provincia del Bonao desde la descendida de la sierra¹²⁷ que hace y ataja la Vega de luengo y viene por su renglera de Cibao, y así está el Bonao de la otra parte de la dicha sierra yendo de Cibao por la Vega abajo, y la descendida es de un puerto muy alto. Comienza la subida por la parte de la Vega tres leguas de la ciudad de la Concepción por la Vega abajo. Este puerto es hermosísimo, lleno todo de muy lindos pinos y de yerba deleitable, y es¹²⁸ de la misma

¹²⁰Que aquella sierra y forma della había de dar a toda la mayor parte.

¹²¹Anden.

¹²²De cierto no lo.

¹²³Tiene.

¹²⁴Quede.

¹²⁵Hoy resta.

¹²⁶Sancto Domingo, aunque no nos pudo salir esto a las susodichas provincias, continúa de parecer que será bien tratar dellas aquí, pues toda esta tierra, pedazo de tierra, está en parte como continuado.

¹²⁷Y puerto muy alto que viene de Cibao.

¹²⁸Cuasi.

tierra y dispusición, y alegría, templanza y suavidad que la de la provincia de Cibao¹²⁹, y si subimos por la parte del Bonao en este puerto a la cumbre más alta, pasado un montecillo de un tiro de ballesta, de donde se despeña un arroyo de muy linda agua, asomamos a ver la Vega, cuya vista es tal que verdaderamente no parece sino que todos los sentidos tienen presentes sus deleitables objetos y se abren y extienden y regocijan las entrañas: véense más de treinta leguas como la palma de la mano. Este puerto, de aquí adelante se va abajando, desde a poco se acaba por allí toda la renglera de las sierras que vienen de Guahaba y entonces se ensancha mucho la Vega grande.

Así que, comienza, como dije, de la descendencia deste tan alto y hermoso puerto, la provincia del Bonao, y luego, descendido abajo, están dos arroyos de agua, y comienza una vega desde allí de diez leguas grandes, y dos, y tres, y cuatro en ancho, que no es menos pintada toda ella y hermosa de yerba y de árboles que una huerta o vergel puesto a mano; pasan por ella¹³⁰ algunos ríos señalados y muchos arroyos de muy sabrosas aguas. Déstos es uno que le nombran el río de Mastre Pedro, un español¹³¹, y pusiéronle aquel nombre porque tuvo junto a este río una hacienda o granja que por estas tierras llamamos estancia; este Maestre Pedro y a su hacienda en la ribera deste río cognoscí yo algunos años. Es muy alegre río y trae siempre gran ímpetu y vehemencia en el agua, viniendo por peñas, y trae infinitas piedras grandes. Hay otro más adelante, yendo hacia Sancto Domingo, que se llama Yuna, la primera sílaba luenga, y así los indios lo llamaban; este es gran río y muy ahocinado, súbito y muy impetuoso, lo cual causa que un año vaya por una parte de la madre y otro por otra, porque la tiene bien ancha. Desciende de altísimas sierras y muchas, que hacen infinitas quebradas, de muy cerca, y así han de estar sobre el aviso los que por allí viven y pasan, que en pocas horas, si llueve, rescibe en sí grande cantidad de aguas. Al cabo desta vega sale otro río grande que llamaban los indios Maimon, también muy¹³² deleitoso¹³³; no va con tanto ímpetu como los dos dichos, pero cuando viene crecido es peligroso por las muchas y grandes piedras que tiene, y como los demás de muy delgada y suavísima agua. Estos son los tres principales, pero entre ellos hay otros muchos arroyos grandes y de muy buenas aguas, y donde se pueden hacer muchos ingenios de azúcar y otros artificios que se suelen hacer de agua, de los cuales hay ya hecho algunos.

Es de tanta fertilidad esta provincia y vega del Bonao, del pan y frutos naturales desta tierra, que aunque toda esta Isla es dellos abundante y fruc-

¹²⁹Porque a ella se continúa y della dista diez leguas por la parte izquierda, teniendo las espaldas al Norte, así como a la derecha se sigue la provincia de la Maguana; subidos desde el Bonao.

¹³⁰Muchos.

¹³¹Que fue cocinero del Almirante.

¹³²Delgada.

¹³³Deleitable.

tífera, pero ésta es sobre todas las provincias dichas, o pocas hay que le llevan ventaja, porque era sobre todas la abundantísima y cuasi como el alholi de toda la Isla¹³⁴. Aquí hizo edificar el Almirante viejo una fortaleza y después se hizo una villa de españoles que se llamó la villa del Bonaó, aunque fue como humo descreciendo como las otras, por la causa que¹³⁵ en otra parte, si Dios quisiere se dirá. Está hoy toda despoblada de hombres y llena de vacas, y naranjos y guayabas y otros frutales; tiene de longura creo que quince o veinte leguas y otras tantas de ancho, con un abismo de sierras altísimas, de las mayores desta Isla, todas fresquísimas y de grandes arboledas y montañas, las cuales son ramos, digo las sierras, de la hilera o cordillera que viene de Guahaba y pasa por la provincia de Cibao.

Por la mano derecha desta provincia, teniendo todavía al Norte las espaldas, se sigue otra grande que nombraron los indios¹³⁶ Maniey, la penúltima luenga, todo lo más della de sierras muy altas, con algunos valles, llena de arroyos y maravillosas aguas muy frescas, y muy fértil y de los frutos de la tierra naturales bien abundante. Creo que hay o hobo salinas en ella, no de la mar, porque está en el riñón desta tierra, sino de las que suele haber en Castilla, y también hay hartas en estas Indias, de pozos o pozas; y destes hablo así dudando, porque como está dentro como arrinconada de la manera de las provincias Iguamuco y Janique, no me ha sido ofrecido a estas tres llegar. De todos las susodichas y las que se dirán tengo noticia por habellas visto por mis ojos todas o¹³⁷ parte de cada una dellas, y de muchas lo más.

Tornando a la mano izquierda de la provincia del Bonaó, yendo adelante hay otra continua que ha por nombre Cotuy, la última aguda, de la manera y fertilidad de las otras, puesto que no tiene las sierras y montes que las demás, sino carros con yerbas y arboledas algunas, como ya está muy vecina de la Vega grande y Real. Ha tenido muy ricas minas de oro y tiene algunas hoy, con minas también de muy fino azul. En ella está hoy, una villa de españoles que se nombra el Cotuy. Dejadas las dos manos derecha y izquierda, saliendo de la provincia del Bonaó, camino derecho hacia Sancto Domingo, va el camino entre dos rengleras de altas sierras, de parte de las de la mano diestra quedando la dicha provincia del Maniey, y las de la izquierda la del Cotuy, donde habrá de valle ancho entre las dos rengleras, si no me he olvidado, cuatro o cinco leguas. Comienzan luego desde el río Maimon, que es el postrero de los tres dichos grandes de la provincia del Bonaó, los cerros que llaman las Lomas del Bonaó, que duran tres leguas de mal camino, por ser aquellos cerros barriales de barro bermejo y pegajoso, y esta siempre sombrío con muchos árboles y haber infinitos arroyos y aguas. De un lado y de otro de las dichas Lomas, entre ellas y las rengleras

¹³⁴Ya se dijo arriba cómo mandó hacer aquí el Almirante.

¹³⁵Abajo.

¹³⁶El.

¹³⁷Dellas la parte dellas.

de las sierras que se han dicho, van dos valles con sus ríos, que no parecen sino unos vergeles muy graciosos pintados. Sálese luego¹³⁸, las tres leguas pasadas, a otra provincia descombrada de zabanos o vegas y rías y arroyos muy hermosos, y especialmente a los principios del gracioso y fresquísimos río Haina¹³⁹, en el cual entran muchos arroyos de oro, así de las minas nuevas como de las viejas, el cual tiene una muy graciosa, alegre y rica ribera que dura diez leguas y más, desde donde comienzan en ella las labranzas de los españoles hasta que entra en la mar. Tiene grandes pesquerías de lizas y de otros pescados que de la mar entran al menos una legua o dos de la boca, porque en lo de atrás, por las muchas haciendas y frecuencia de la gente y ganados¹⁴⁰, o se huye o se esconde o no se puede bien criar.

Esta provincia llamábamos la provincia del Arbol Gordo, y una villa que allí estaba donde ahora está un ingenio de azúcar que hizo o comenzó hacer un licenciado Lebrón, se llamó la villa del Arbol Gordo. La causa deste nombre fue por un árbol que había¹⁴¹ allí cuasi frontero de donde ahora está el dicho ingenio, junto al río, el cual era de tanta gordura, que ocho hombres, los brazos tendidos, no pudieran cercallo. Luego, de allí dos leguas creo que son, están las minas viejas, a la mano derecha del río Haina, teniendo las espaldas, como queda dicho, al Norte, y éstas se llamaron, o por el Almirante o por el Adelantado su hermano, de Sant Cristóbal. Llamámoslas viejas por diferencia de las que después se hallaron frontero destas a la mano izquierda del dicho río Haina, que por ser halladas después se les puso nombre las minas nuevas; de las unas a las otras habrá legua y media; ambas a dos están o son en ciertos arroyos y quebradas que descienden al río Haina, y son unos muy hermosos y alegres cerros rasos, cubiertos solamente de muy hermosa yerba.

Destas minas viejas y nuevas el oro que se ha sacado no tiene número ni cuento, y mucho más de las nuevas que de las viejas. Han sido grandes los granos y gruesos que en las unas y en las otras han parecido, los que nunca en lo poblado o rico del mundo tales se han visto, y éstos mucho mayores en las nuevas que en las viejas. Entre otros muchos granos grandes de oro fino se halló en las nuevas un monstruoso grano, nunca otro en el universo ni visto ni oído, a lo que se cree, ni tan grande ni tan hermoso, dignísima joya para estar en la recámara real de Castilla perpetuamente, cosa que viéndola fuera motivo para levantar y encender los corazones de los hombres a referir inmensas y continuas gracias al Criador que tal hizo¹⁴².

¹³⁸De aquí pasa.

¹³⁹Y ésta llamamos la provincia del árbol gordo.

¹⁴⁰Hácenlo ahuyentar.

¹⁴¹Junto.

¹⁴²Era como una gran hogaza de las que dicen de Alcalá, en Sevilla, o mucho más que un cuartel de pan de los que hacen en Valladolid y cuasi de aquella forma y figura.

Tenía tres palmos en redondo y cuatro dedos en alto; pasaba 36 libras de oro, que son libra y media menos que arroba y media; valía 3,600 pesos o castellanos de oro, de valor cada uno de 450 maravedises; juzgábase que tenía los 600 pesos de piedra por las manchuelas que della tenía, puesto que ellas y el oro todo parecía oro. Yo lo vide y, cierto, era cosa digna de ser vista. El día que se halló se cortó y comió en él un lechón de puerco no muy chico. En el libro siguiente se dirá, placiendo a Nuestro Señor, quién, y cuándo y cómo fue hallado, con lo demás que tocaré a estas minas.

Al principio, y cuasi en medio destas minas viejas y nuevas, viniendo de Sancto Domingo, la cara hacia el Norte, al revés del camino que hasta agora hemos traído, se edificó una villa sobre Haina, el río dicho, puesto que muertos los indios, también como otras se despobló y agora no hay sino unas ventas en ella. Desde allí, pasados unos pocos de cerros, van grandes dehesas zabanos o campiñas, con muchos arroyos llenos de hatos de vacas, ocho leguas hasta Sancto Domingo, y la ribera de Haina a la mano derecha, que es vellas alegría y maravilla. Quedan a la mano izquierda del mismo camino ciertas minas en unos arroyos, que se llamaron las minas de los Arroyos, de donde se sacó los tiempos pasados mucho oro y muy fino. Y con esto a la vuelta tercera damos fin.

CAPÍTULO VIII

Isla Española.— Descripción de la Gran Vega.

Dicho queda en las tres vueltas de la descripción desta Isla todo lo que se me ha ofrecido referir para poder dar noticia de las provincias y disposición de las tierras y puertos della; para la cuarta vuelta quedó reservado el hablar de la grande y bienaventurada y Real Vega, y como muchas¹⁴³ particularidades y en encarecida manera se hayan¹⁴⁴ afirmado de la fertilidad y bendad de todas y tantas provincias como hay en esta Isla y de su grandeza, no parece que puede haber ya más vocablos, ni para relatar las condiciones y calidades desta Vega, ni vehemencia para con encarecimiento las dar a entender.

Esta Vega, lo primero tiene de longura de mar a mar (y va de Oriente a Poniente) ochenta grandes leguas, las cuales todas yo he andado por mis pies. Comienza desde la provincia de Higuey, sobre la de Samaná, de las cuales en el capítulo 3º hicimos mención, que están a la parte del Sur desta Isla, desde un pueblo grande de indios que llamaban Macao, la penúltima luenga; después se viene enderezando esta Vega y se pone de Oriente a Poniente, como dijimos; va a parar a la mar del Poniente y pasa la provincia del Marién. Digo pasa, puesto que la dicha provincia llega hasta la mar, y comprehende, como se dijo, el puerto de la Navidad. Su anchura o latitud

¹⁴³Cosas.

¹⁴⁴Dicho.

tiene doce y quince leguas, y siete y seis y cuatro, y cuando llega a estas cuatro, aquí estuvo y está asentada la ciudad de la Concepción, que también llaman la ciudad de la Vega, cabeza de obispado, y fue la cabeza de toda la Isla los primeros años, pero después de muertos los indios fuese despoblado de españoles, y por el trato y frecuencia de los navíos al puerto de Sancto Domingo prevaleció la población de aquella ciudad, y así se hizo cabeza de la Isla, quedando la de la Concepción con hasta diez o doce vecinos, aunque con su iglesia catedral. De aquí se va la Vega, a veces, un poco sangostando, poco más de media o una legua, otras veces un poco ensanchando, hasta llegar a la provincia del Marién, donde allí en la mar fenece y se sangosta hasta no quedar sino en una legua, o quizá menos, si bien me acuerdo.

Hacen esta Vega o cércanla desde que comienza hasta que se acaba, dos cordilleras de altísimas y fertilísimas y graciosísimas sierras, de que ya hemos hecho mención, que la toman en medio, lo más alto dellas fértil, fresco, gracioso, lleno de toda alegría. La una destas sierras de la parte del Sur es la que habitaban los Ciguayos, y otra parte della la gente de los Macoriges del Macorix de arriba, de las cuales naciones¹⁴⁵ hablaremos abajo, y arriba en el capítulo 3^o las tocamos. Y esta cordillera coimienza¹⁴⁶ desde la provincia de Higuey e de la comarca del pueblo del Macao, y se acaba en el Monte Christi, y a lo que yo creo corre más de cien leguas¹⁴⁷. Es toda esta sierra muy fértil, tan fértil en las cumbres como en el medio y en el principio, para labranzas y ganados, como si fuera campiña llana, y es llena de grandes arboledas, y estaban de pueblos y gentes rebosantes. La otra cordillera de sierras, que por respecto de la ya dicha y de la Vega está hacia la parte del Sur o Mediodía, tiene su nascimiento de los términos de la provincia de Azua, y prosíguese por las minas viejas y va por las minas de Cibao y llega a la primera provincia que describimos de Bainoa, y pónese sobre el mar y de allí torna hasta la punta de Guahaba, que así se solía decir al cabo de Sant Nicolás que se mira con la punta primera y más oriental de la isla de Cuba. Bien creo que tiene aquesta cordillera de sierras más de ciento y cincuenta leguas bien tiradas.

A partes son estas sierras fértiles, como las otras sus fronteras que hacen la Vega, y a partes es algo estéril, en especial lo que comprehende de la provincia de Cibao. Digo estéril, no tanto que no estuviesen todas muy pobladas, y encima de la más alta dellas no pudiesen pacer hatos de ovejas y cabras y aun de vacas, salvo las muy altas donde fueron las minas muy señaladas, porque comúnmente las tierras donde hay metales suelen ser estériles y como quemadas, puesto que aun en aquellas de Cibao hay infinitos valles y riberas de ríos fértiles donde había muchas labranzas y estaban

¹⁴⁵Habemos arriba en los capítulos... hablado.

¹⁴⁶De las sierras.

¹⁴⁷La otra cordillera que por respecto de ésta y de la Vega.

de gentes muy pobladas. Lo que desta sierra tan luenga la Vega alcanza será hasta cincuenta o pocas más leguas, que comienzan de la sierra o puerto que dicen del Bonao, el cual es una sierra alta que yendo de Sancto Domingo a la Concepción la suben por la parte de la villa que solía haber del Bonao, y a la bajada entran en la Vega, y de allí a donde se fundó la Concepción hay tres leguas, como en los capítulos de arriba hemos algunas veces hablado¹⁴⁸. Llega esta sierra con la Vega hasta en el puerto de la Navidad, junto a la mar, donde la Vega se acaba y la sierra torna sobre la mano izquierda, teniendo al Poniente la cara, y vase por la dicha provincia de Bainoa y a la Guahaba.

Por cualquiera parte destas dos sierras que se asomen los hombres, mayormente por el dicho puerto del Bonao y por¹⁴⁹ la Isabela (donde primero pobló el Almirante, y viéndola por allí la llamó la Vega Real, como se dirá en otro lugar), y por otras partes, se parecen y descubren veinte y treinta y cuarenta leguas a los que tienen la vista larga, como quien estuviere en medio del Océano sobre una altura muy alta. Creo cierto que otra vista tan graciosa y deleitable, y que tanto refrigere y bañe de gozo y alegría las entrañas, en todo el orbe no parece que pueda ser oída ni imaginada, porque toda esta Vega tan grande, tan luenga y tan larga, más llana que la palma de la mano, antes tan¹⁵⁰ llana como una mesa de bisagras. Esta toda pintada de yerba, la más hermosa que pueda decirse, y odorífera, muy diferente de la de España. Píntanla de legua a legua, o de dos a dos leguas, arroyos preciosísimos que la atraviesan¹⁵¹, cada uno de los cuales lleva por las rengleras de sus ambas a dos riberas su lista o ceja o raya de árboles siempre verdes, tan bien puestos y ordenados como si fueran puestos a mano, y que no ocupan poco más de quince o veinte pasos en cada parte. Y como siempre esté esta Vega y toda la Isla como están los campos y árboles en España por el mes de abril y mayo, y la frescura de los continuos¹⁵² aires, el sonido de los ríos y arroyos tan rápidos y corrientes, la claridad de las dulcísimas aguas, con la verdura de las yerbas y árboles, y llaneza o llanura tan grande, visto todo junto y especulado de tan alto, ¿quién no concederá ser el alegría, gozo y consuelo y regocijo del que lo viere, inestimable y no comparable?

Digo verdad, que han sido muchas y más que muchas, que no las podría contar, las veces que he mirado esta Vega desde las sierras y otras alturas de donde gran parte della se señoreaba, y considerándola con morosidad cada vez me hallaba tan nuevo y de verla me admiraba y regocijaba

¹⁴⁸Porque va.

¹⁴⁹Otras a.

¹⁵⁰Más.

¹⁵¹Con sus arboledas siempre verdes que descienden de las dos cordilleras de sierras ya dichas, que no ocupan de las riberas dellos obra de veinte pasos.

¹⁵²Arboles.

como si fuera la primera vez que la vide y la comencé a considerar. Tengo por averiguado que ningún hombre prudente y sabio que hobiese bien visto y considerado la¹⁵³ hermosura y alegría y amenidad y postura desta Vega¹⁵⁴ no ternía por vano el viaje desde Castilla hasta acá, del que siendo o filósofo curioso o cristiano devoto, solamente para verla, y después de vista y considerada se hobiese de tornar; el filósofo para ver y¹⁵⁵ deleitarse de una¹⁵⁶ hazaña y obra tan señalada en hermosura de la naturaleza, y el cristiano para contemplar el poder y bondad de Dios que en este mundo visible cosa tan digna y hermosa y deleitable crió para en que viviesen tan poco tiempo de la vida los hombres, y por ella subir en contemplación qué tales serán los aposentos invisibles del cielo que tiene aparejados a los que tuvieren su fe y cumplieren su voluntad, y¹⁵⁷ coger dello motivo para resolvello todo en loores y alabanzas del que lo ha todo criado.

Pienso algunas veces que si la ignorancia gentílica ponía los Campos Elisios comúnmente en las islas de Canaria, y allí las moradas de los bienaventurados que en esta vida¹⁵⁸ se habían ejercido en la vida virtuosa, en especial secutado justicia, por lo cual eran llamadas Fortunadas, y teniendo nueva dellas acaso aquel gran capitán romano, Sertorio, aunque contra Roma, le tomó deseo de irse a vivir y descansar en ellas por una poquilla de templanza que tienen (y aun la tierra dellas es harto seca y estéril, y las sierras ásperas y peladas en las más partes), ¿qué sintieran los antiguos y qué escribieran desta felicísima Isla en la cual hay diez mil rincones, y en todo este orbe de las Indias cuentos de millares, cada uno de los cuales difiere tanto, en bondad, amenidad, fertilidad y templanza y felicidad, de la mejor de las islas de Canaria, como hay diferencia del oro al hierro y podría afirmarse que mucho más? ¿Cuánto con mayor razón se pusieran en esta Vega los Campos Elisios, y Sertorio la vivienda della cudiciara, la cual excede a estas Indias todas, y siendo que a toda la tierra del mundo, sin alguna proporción, cuanta pueda ser imaginada?

CAPÍTULO IX¹⁵⁹

*Sigue la descripción de la Real Vega.— Provincias del Macao, de Samaná, de Canabacoa y de Maguá.*¹⁶⁰

Prosiguiendo, pues, adelante, la relación comenzada desta Vega, tiene más, que toda la tierra della no es cualquiera, ni para que a una parte sea fértil y a otra estéril o seca, o alguna cenagosa, y a otra con otro daño y

¹⁵³Bondad.

¹⁵⁴Que juzgaría.

¹⁵⁵Gozar.

¹⁵⁶Cosa tan.

¹⁵⁷Por tomar de toda.

¹⁵⁸Habían seculado justicia.

¹⁵⁹Al margen déjase aquí blanco para sumario.

¹⁶⁰De los Campos Elisios ????? largo arriba en el cap. 20.

dificultad; no es así, antes toda es enjuta, toda fértil, toda en bondad igual, toda dignísima para producir de sí frutos de cuantas plantas, cuantas semillas, cuantas cosas en ella y en todas las partes della se quisieren plantar y sembrar, y para haber en ella diez y quince ciudades como Sevilla, muy mejor que en Lombardía. Y puesto que algunas plantas y semillas luego no se den bien por la lozanía, grosura y fortaleza de la tierra y estar holgada, poniendo empero diligencia e industria y aguardando los tiempos y la sazón, ninguna de las de España tengo por cierto que se dejara de dar. Así fue y acaeció en la villa de Azúa, que antes que hobiese cebollas, un clérigo procuró de las sembrar y muchas veces perdió la semilla, no acertando con el día o el mes, o con el viento, o con el agua, o porque la tierra estaba holgada. Cayó en sembralla cada mes y en cada tiempo, y por alguna de las dichas causas que cesó, acertó en las sembrar y hiciéronse tan hermosas y grandes como las de España; el cual, sembrando cien mil granitos de semilla de cebollas, tuvo de renta por algunos días cien mill cuartos de a cuatro maravedís, porque a cuatro las vendía, hasta que ejercitaron la granjería otros.

Entran en esta Vega, de ambas a dos cordilleras de las sierras dichas, sobre creo que¹⁶¹ treinta mill ríos y arrovos que la pintan y adornan y hermocean y refrescan con sus noturnos vahos o aires suaves, con la frescura y suavidad de las hermosísimas corrientes, rápidas, quebradas y delgadas aguas que traen, cosa dignísima de maravillar. Nace un arroyo bien grande hacia la sierra de Cibao, que los españoles por su hermosura nombraron río Verde, que corta por medio a la lengua la Vega, por la parte donde se asentó la ciudad de la Concepción, y va por ella cuatro o cinco leguas hasta que entra en el río que luego se dirá, que toda la felicidad y alegría que decirse puede parece comprehender; en cuya ribera, obra de dos leguas, tuve labranzas de pan de la tierra que valían cada año más de cien mill castellanos.

En el capítulo 6^o queda dicho cuán llenos y de cuántas especies de pescados suelen estar los principales ríos grandes que en esta Vega entran. Son catorce: los diez que arriba en el capítulo 6^o nombré, que fueron Xagua, Guaba, Guanahamá, Bao, Yaqui, Xanique, Agmina, Maho, Paramaho, Guayobín (los acentos destos allí se declaran); el onceno se llamó Dahahon; todos estos once desaguan en la mar del Norte. Otros tres, que son Camó, la última aguda, que pasa una legua de la ciudad de la Concepción, donde entra el río Verde, que poco ha dije, y el otro Yuna, que pasa por la provincia del Bonaio, y el otro Maimón, la última aguda, que también descende por la dicha provincia; estos desaguan en la otra mar del¹⁶² Sur. Estos tres, con otros muchos arroyos grandes y de mucha agua, que por evitar largura no curo de nombrar, y otros pequeños infinitos que éstos en sí reciben, van a parar y salir al golfo de mar que arriba en el capítulo 68 dijimos llamarse

¹⁶¹Tres.

¹⁶²Norte.

de Samaná, la última aguda. Cuando¹⁶³ a allí llega y a otra provincia antes de Samaná¹⁶⁴ que se llamó Canabacoa, la penúltima luenga, no se puede vadear, y todos los que con Yuna se juntan pierden el nombre y él queda con el suyo, y así lo llamaban por allí los indios Yuna.

Hay grande copia de pescado destos ríos, juntos, en especial lizas muy grandes y muy buenas en las dos dichas provincias Samaná y Canabacoa; y el río destos que más abundan en estas lizas es el dicho río Camó, la última aguda, del cual, desde que nace, obra de dos leguas de la dicha ciudad de la Vega o Concepción, solían pescar los indios, cuando eran vivos, grande cantidad. Los diez susodichos que van a parar al¹⁶⁵ Norte rescibe Yaqui en sí, quitando el nombre a todos, quedándose con el suyo, y cierto es graciosísimo y hermoso río, aunque a cada uno de los otros no le falta frescura y hermosura, agua suavísima y disposición de tierra y arboledas, aires suaves y alegría. Cuando están juntos, Yaqui ya no se vadea. Van a salir en la mar, todos juntos con Yaqui, al puerto de Monte Christi, como arriba se ha dicho. Los arroyos grandes y chicos que en éstos entran son infinitos.

Algunas de las provincias desta Vega están ya referidas en la primera vuelta, como la del Marién (y esto viniendo¹⁶⁶ del principio de donde comenzamos a contar las provincias), y el Macorix, que nombramos de abajo, y parte de la provincia de Higüey, la sílaba del medio luenga, que es el fin de toda la Vega y está a la costa del Sur, y que por ventura la podríamos aplicar al Macao, que era una población grande, la cual podría ser que fue cabeza de todo lo que eran llanos y parte o cabo de la dicha Vega Real, como dejamos en el capítulo 3º, por manera que Higüey y Macao fuesen dos provincias. Y parece haber razón para esto, por la diferencia grande que hay en grandeza y calidad, ser la de Higüey aquellas mesas de piedra o peña, y la del Macao muchas y grandes campiñas o zabanas.

A esta del Macao, que es ya el cabo de la Vega, como he dicho, se consigue la de Samaná, en la misma Vega, y tiene un valle muy hermoso donde fue asentada una villa, una legua de la mar, que se llamó Sancta Cruz de Icaguá, la última sílaba aguda, porque se debía llamar así el valle o el pueblo de los indios que allí estaba. A la de Samaná, la de Canabacoa, la penúltima sílaba luenga, y paréceme que deben ser diversas provincias estas dos.

Esta provincia de Canabacoa era abundante de pan y pesquerías, como está dicho. Las leguas que cada una tenía no puedo certificar, porque ha muchos años (y son más de cincuenta) que estuve en la de Canabacoa; paréceme que les podemos atribuir a ambas, si son dos, veinte leguas y más en torno.

¹⁶³Aquí.

¹⁶⁴La última sílaba aguda.

¹⁶⁵ur todos.

¹⁶⁶De la parte del Norte.

Entrando la Vega¹⁶⁷ adentro, la cara hacia el Norte, porque las dichas provincias de Samaná y Canabacoa están al Sur, no me acuerdo que tuviese nombre otra provincia hasta llegar a la casa y pueblo del rey Guarionex, señor desta Vega, que estaría de las dichas provincias o poblaciones treinta leguas, pocas menos, y esto es donde se puso la ciudad de la Concepción, como después diremos; y¹⁶⁸ pienso que se debía llamar todo su estado deste rey Guarionex, Maguá, la última sílaba aguda; cuasi por excelencia, como si dijieran reino de la Vega, porque llamaban los indios a esta Vega, Maguá, en su lenguaje, como se ha dicho.

Hay en esta Isla, mayormente en esta Vega, aves infinitas, los aires llenos dellas, naturales en ellas, como son palomas torcazas, tórtolas, gorriones, pezpitas, garzas, ánades, ánsares de paso muchas por Navidad, infinitos tordos negrillos, cuervos que dan gritos que apenas se pueden oír los hombres donde ellos están; hay aves de rapiña, como halcones muchos, no sé de qué especie, cernícalos, milanos, inmensidad de papagayos verdes con algunas manchas coloradas. Y en esta Isla son tres especies dellos¹⁶⁹, mayores y menores y muy chequitos; los mayores se llamaban por los indios higuacas, la sílaba de en medio luenga, y éstos difieren de los de las otras islas en que tienen sobre el pico o la frente blanco, no verde ni colorado; los desta especie que hay en la isla de Cuba tienen sobre el pico o la frente colorado.

Estos higuacas son muy parleros cuando les enseñan a hablar las palabras humanas. La otra especie de los medianos son [los] que llamaban xaxabis. Son muy más verdes y pocos tienen plumas coloradas; son muy traviosos y inquietos, bullidores, muerden y aíranse más que otros; nunca toman cosa de la habla humana por mucho que los enseñen, pero son muy¹⁷⁰ chirriadores y parladores en su hablar natural. Diez destes xaxabis¹⁷¹ acometen a ciento de los higuacas y los desbaratan, y nunca en paz se juntan éstos con aquéllos¹⁷². Vuelan cual especie muchos juntos por sí, y por dondequiera que pasan van todos, cada especie, voceando a su manera, porque los higuacas tienen el sonido más entero y grueso, los xaxabis más delgado y¹⁷³ agudo, y aunque no hablan los xaxabis palabras humanas, todavía, puestos en jaula es placer vellos porque nunca están quietos ni callando. La tercera especie es de unos chequitos como gorriones, verdes todos, y no me acuerdo que tengan alguna pluma colorada. Hay pocos dellos y cuasi no suenan ni hacen bullicio alguno; sólo por ser verdes y chequitos parecen bien y son agradables.

¹⁶⁷Arriba.

¹⁶⁸Creo.

¹⁶⁹La una que son los mayores.

¹⁷⁰Churchiadores.

¹⁷¹Arremeten.

¹⁷²Anda cada.

¹⁷³Delicado.

Hay lo mismo ruiseñores que cantan dulcísicamente todo el año, de lo que el Almirante se maravilló, y con razón, cuando los oyó cantar por Navidad, como¹⁷⁴ en otra parte será dicho. Hay los pajaritos que en el capítulo 3º dejimos que cantan a tres voces, y éstos exceden a todas otras aves, aunque sean calandrias y ruiseñores. Hay eso mismo unos pajaritos poco más grandes que el dedo pulgar con algunas colorcitas hermositas, que no vuelan más altos del suelo, de una lanza, y su volar es cerca de arbolitos y florestillas bajas; de tal manera suenan y con el ronquido hacen estruendo como si fuesen puercos grandes, y uno solo que por cerca del hombre suene no le parece sino que es algún puercu berraco.

Toda esta Isla es refrescada de los suavísimos aires ordinarios, que son los que llaman los marineros terrales; conviene a saber, los vahos y frescores fresquísimos que¹⁷⁵ producen de sí los muchos ríos y arroyos y frescos valles. Estos refrescan las noches, y comienzan cuasi a las diez de la noche y duran hasta las diez del día, y de allí adelante comienzan en los puertos de mar los templados y suaves aires que los hombres de la mar llaman mareros o embates, y éstos duran también hasta las diez de la noche, que ellos cesan y tornan a ventar los terrales; pero en esta Vega, de las diez del día en adelante vientan las suaves y suavísimas brisas o cuasi vientos orientales y boreales, más recios algo que los mareros, aunque suaves, y todos muy sanos naturalmente, los cuales refrescan y alegran y consuelan todas las cosas vivas que moran y habitan en esta Vega, por manera que ninguna cosa le falta para por felicísima y los verdaderos terrestres Campos Elisios.

CAPÍTULO X

Animales que había en la isla Española. Pescado y caimanes que se crían en sus ríos y mares.— El pan cazabi.— Otras plantas de la misma región.

Los mantenimientos que había en esta Isla naturales fueron el pan de raíces, de que abajo se dirá. Cuando a la carne, había unos conejos de hechura y cola propia de ratones, aunque poco menos grandes que conejos de los de Castilla, muy sabrosa y muy buena carne, y comúnmente vivían y criaban entre la yerba, y no en los montes, no en madrigueras ni cuevas, sino en la superficie de la tierra, de los cuales había infinitos. Estos eran de cuatro especies: una se llamaba quemí, la última sílaba aguda, y eran los mayores y más duros; la otra especie era los que se llamaban hutías, la penúltima luenga; la tercera los mohíes, la misma sílaba luenga; la cuarta era como gazapitos, que llamaban curíes, la misma sílaba también luenga, los cuales eran muy sanos y delicatísimos.

Tenían unos perrillos chequitos, como los que decimos de halda, mudos, que no ladraban sino gruñían, y éstos no servían sino para los comer.

¹⁷⁴Como arriba, cuando se descubría esta isla, ha parecido.

¹⁷⁵Echan.

Tenían ratones chequitos, y muy chequitos, que también comían; grandes como los de Castilla no los había hasta que nosotros vinimos, o que salieron de los navíos en las cosas que trajimos de allá o se criaron del orín del hierro o de la corrupción de nuestras cosas de Castilla, de los cuales hobo después y hay hoy harta abundancia.

Cuando los indios vecinos desta isla querían cazar muchos, ponían huego a las zabanas o herbazales, y huyendo del huego los conejos iban a parar donde la gente los esperaba.

Había otra caza, según ellos muy preciada, y aun según muchos de nuestros españoles después que la gustaron, y ésta fue la que llamaron iuanas, propias sierpes. Es tan grande como un perrillo de halda, de la hechura de un lagarto, pintada como él, pero no de color verde las pinturas o azafranadas, sino pardas que la afean más; tiene un cerro de espinas desde la cabeza por el lomo hasta lo postrero de la cola, que la hace más horrible y espantable. Cuando la iban a tomar los indios, hacía y hace un papo como las lagartijas, más grande o tanto como una vejiga de una gran ternera, y abre la boca y muestra los dientes como una fiera sierpe, como lo es al parecer, pero no hace mal y fácilmente la prenden y atan y traen. La cola della es blanca como pechuga de gallina. Dicen los españoles comúnmente que no hay tan sabroso manjar¹⁷⁶, pero yo nunca la he podido comer, aun en los tiempos primeros que en esta Isla tuvimos necesidad. Cóménla en viernes por pescado; criándose en la tierra y montes como los otros animales, no sé dónde lo hallaron que fuese pescado.

En esta Isla hay grandes y muchas culebras, todas cuasi pardas, las cuales ni tienen ponzoña ni hacen mal; arremetía un indio a ellas, y lo primero era echalle mano a la cabeza y con los dientes se la estrujaba, y la culebra se le revolvía al brazo; después de muerta la hacía rosca y ataba. Este también era su manjar. Otras culebras hay en los remansos de los ríos, pero pocas, que son verdes, las cuales creo que son ponzoñosas, puesto que la fama es que en esta Isla ninguna cosa de ponzoña hay. Estas ni las comían ni las curaban de matar.

Tenía otro mantenimiento la gente desta Isla, y este era la abundancia del pescado; hacían muchas pesquerías, los que alcanzaban la mar, en la mar con redes y anzuelos hechos de hueso, y los que no pescaban en los ríos. Los pescados de la mar eran lizas, de las que arriba hemos dicho; xureles, parabos, róbalos, mojaras, y también dorados, y este es pescado precioso, pero no se pesca sino muy dentro en la mar; estos géneros de pescados son los mismos de Castilla. Hay cazones y otros excelentes pescados, y agujas y anguilas muy grandes y¹⁷⁷ las que llaman morenas. Hay en la mar¹⁷⁸ y entran también en los

¹⁷⁶Pero yo digo que les haga buena pro, porque.

¹⁷⁷Otras.

¹⁷⁸Comúnmente a las bocas de los ríos.

ríos unos peces de hechura de cazones o al menos todo el cuerpo, la cabeza bota y la boca en el derecho de la barriga, con muchos dientes, que los indios llamaron tiburones, bestia bravísima y carnícera de hombres. El mayor terná de luengo diez o doce palmos; de gordo, por lo más, poco menos que un hombre. Tranzan una pierna de hombre y aun de un caballo dentro del agua; son muy golosos, con que cualquiera cebo que pongan de carne o pescado en un anzuelo de cadena, luego caen y se toman. Historias hay de lo que tragan; cualquiera cosa que se eche de los navíos a la mar y aunque sea estiércol, lo engullen si dejar nada. Después que los toman y abren el buche se hallan dentro todas las cosas que han tragado, y ha acaecido pedazos de botijas de barro hallarse dentro del buche, y creo que yo he visto algo dello si no lo he olvidado. Si una vez los prenden con el anzuelo, y al subir en el navío, como es muy pesado, se desgarran, no por eso escarmienta, sino que por su golosina, tornándole a echar cebo, tarde que temprano, si la nao no anda mucho es tomado. Cómese como cazón, bien harto y cubierto de ajos, y con él hartas veces se mata en los navíos la hambre.

Hay infinitos crocodilos de los que se dice haber en el Nilo, que llamamos impropriadamente lagartos, pero no son sino crocodilos naturales. No tienen la cabeza roma como los lagartos, sino¹⁷⁹ muy salido el hocico de la manera de los del puerco, y más de dos o tres palmos. Tiene cuatro pies con sus uñas, y gran cantidad de dientes muy agudos que parece poder trozar una barra de hierro; muy más fiera y cruel bestia es para comer hombres que los tiburones. Llegan a tener diez y quince codos de longura, y yo los he visto muy grandes. Tienen los machos su natura para engendrar (puesto que no se si usan de aquel instrumento para la generación) de la manera que la tienen los niños de cuatro y cinco años, y toda la gordura de alrededor della es almizque verdadero, y lo mismo es las agallas; es tan penetrativo aquel olor, aunque muy suave, que pone hastío, quitando la gana de comer; yo tengo al presente dello, y ha más de diez y seis años que lo tengo y huele hoy tanto como si fuera ayer cuando se sacara. Viven de noche en el agua y de día en la tierra. Puédense matar con anzuelo de cadena en el agua, con cebo, y cuando están en tierra durmiendo con alguna ballesta, dándoles por la barriga; pero si le dan por encima, un arcabuz no lo matará por la dureza de las conchas o cuero que tiene. Es pecoso de manchillas amarillas como azafranadas, y por eso se dice crocodilo, de *croco*, que quiere decir azafrán. Uno solo se halló en esta Isla, en la punta del Tiburón, a la mar del Sur. La abundancia dellos es en tierra firme; muchos hay en la costa del Sur de la isla de Cuba, en un río que se llama Caulo. Dícese que éste, entre todos los animales, mueve la quijada o mejilla de arriba. Del cual muchas cosas dice Plinio, libro VIII, capítulo 25.

¹⁷⁹Salidas las.

Hay en esta mar, en especial por estas islas, a la boca de los ríos, entre el agua salada y dulce, los que llamaban los indios manatíes, la penúltima sílaba luenga. Estos se mantienen de yerba, la que nace en el agua dulce junto a las riberas. Son tan grandes como grandes rameras, sin pies, sino con sus aletas con que nadan, y bien tienen tanto y medio como una ternera. No es pescado de escama, sino de cuero como el de las toninas o atunes, o como de ballenas; el que lo comiese delante quien no supiese qué era, en Viernes Santo, creería que comía propia carne, porque así lo parece; es muy más sabroso y precioso que ternera, mayormente los que se toman pequeños, echados en adobo como se suele comer la ternera.

En todas las cosas que comían estas gentes, cocidas o asadas o crudas, echaban de la pimienta que llamaban axí, la última sílaba aguda, la cual ya es en toda España conocida. Tiénesse por¹⁸⁰ especia sana, según acá dicen nuestros médicos, y la mejor señal es comella mucho los indios, porque esto es cierto que es no comer cosa que sea dañosa eran temperatísimos. Hay tres especies de esta pimienta o axí: la una grande, cuasi como un dedo y que llega a pararse muy colorado, y otra redonda, que parecen propias cerezas, y esta especie quema más, y ambas las dichas son domésticas; la tercera es menudita como la pimienta que conoscemos, y ésta es toda silvestre que nasce sin sembralla en los montes. Y es aquí de saber, que sólo aquello es lo que quema en esta pimienta o axí, conviene a saber, la simiente y unas listicas o rayas o cejas que hacen dentro los apartamientos donde suele estar la simiente: todo lo de en medio que no toca a las dichas rayas o granitos de simiente, dulce y suave es.

Tornando al pan que llamaron los indios cazabi, la penúltima luenga, este es el mejor pan que creo yo haber en el mundo después del de trigo, porque es muy sano y muy fácil de hacer, y pocas personas y en pocos días pueden aparejar cantidad para provisión de mucha gente, y sostiénese mucho tiempo¹⁸¹. Este defecto tiene, que para solo no tiene sabor ni gusto, sino poco, pero con manjar que haga cocina sabrosa, y también para con leche, muy mejor es que aun el de trigo. Pónese y cógese y amásase de la manera siguiente. Hacían los indios unos montones de tierra, levantados una vara de medir y que tenían en contorno 9 ó 12 pies, el uno apartado del otro dos o tres pies, todos por su orden, rengleras de mill y dos mill y diez mill de luengo, y otras tantas de anchura, según la cantidad que determinaban poner. Hechos los montones tomaban la planta, que son una ramas tan altas como un hombre, y como los sarmientos de las vides cuando están tiernas y verdes con sus yemas, puesto que muy más gruesas y aun, más hermosas y más verdes oscuras que los sarmientos que digo de nuestras viñas, y hacen pedazos dellas de a palmo o poco más de palmo, y hincan seis o ocho o

¹⁸⁰Cosa.

¹⁸¹Verdad

nueve dellos, las yemas hacia arriba, en la corona de cada montón, por su orden, apartados uno de otro, a la manera de un alquerque con que entre nosotros se juega, con tres o cuatro rengleras, según el montón es, dentro todo en la tierra, salvo dos o tres dedos que dejan fuera; la cual postura en tiempo que no llueve, sino que en polvo esté la tierra, debe ser. Sobreviniendo después las aguas, prenden aquellos pedazos que de a palmo fueron puestos, y de cada yema de las que quedaron fuera de la tierra se produce su ramilla, y éstas van creciendo, y cuanto las ramas crecen y suben en alto por de fuera, tanto se arraigan y crecen de dentro de la tierras las raíces, así en grandeza, que será de dos y de tres palmos (de la hechura de zanahorias, aunque no de aquella color), como en gordura, que llega a ser gruesa como una pierna, y a las veces como el muslo, y otras veces, según la fertilidad de la tierra, algo más¹⁸². Luego, como son presos aquellos pedazos de planta, en las puntas dellos brotan las hojas, y creciendo crecen ellas, y de las ramas principales de las puntas dellas. Son las hojas como una mano abierta y extendidos los dedos; es muy hermosa, verde oscura, con una listilla que tira algo a coloradilla¹⁸³ o un poquito bermejuela.

Cuando esta labranza es ya de cuatro o cinco meses, que hace copa la hoja, es tan hermosa de ver de lejos y de cerca, que ni nuestras viñas por mayo ni junio, ni otra alguna huerta ni labranza puede parecer más hermosa, mayormente cuando la labranza es grande que tiene veinte o treinta mill montones de luengo juntos y cinco o diez mill de ancho, porque ocupa gran campo; sólo carecen de olor, del que abundan las viñas en Castilla. Después de puestas estas plantas, hasta un entero año no están las raíces, para hacer pan dellas sazonadas, puesto que a necesidad bien se podría hacer y comer; de un año en adelante puédense coger y hacer pan, pero mejor después de un año y medio¹⁸⁴ pasado, y mejor de dos, y duran hasta tres, que pueden estar debajo de la tierra sin dañarse, y así se va comiendo dellas. Después de tres años son ya viejas y duras y no buenas para hacer pan, si no fuere para los puercos o para el muladar, por manera que después de un año se comienza a hacer pan dellas el que es menester, y estáse siempre en el campo el resto, que aunque llueva o ventee no le hace daño, hasta los tres años, como dicho es. Dentro del primer año es menester desherbarse toda la labranza dos veces, porque nace mucha yerba como la tierra es tan fértil; después del año no es menester.

Esta labranza, en el lenguaje de los indios desta isla se llamaba conuco, la penúltima luenga, y las raíces yuca, luenga la primera sílaba, y la planta yacubia. La color de las raíces es como leonada oscura una tez que tienen muy delgada por encima, pero quitada o raspada con una concha como de almeja, aquella tez, todo lo demás es blanco como la nieve, al menos más

¹⁸²Creciendo las.

¹⁸³O algo.

¹⁸⁴En adelante.

blanco que un nabo raído. Esta yuca o raíces de que hacen el pan es tal que quien las comiese así crudas moriría, por el zumo que tienen, que es ponzoña, como abajo diremos.

Hay otras raíces que llamaron los indios ajos y batatas, que son dos especies dellas. Estas postreras son más delicadas y de¹⁸⁵ más noble naturaleza en su especie; siémbrense de planta en montones de la manera que de la yuca se ha dicho, pero la planta es diversa. La planta destas raíces es a la manera de las calabazas de nuestra tierra, pero es muy más hermosa y delicada; no tiene aquellas como espinitas que la planta de la calabaza tiene, sino más suave, delgada, limpia o lisa, y las hojas del tamaño, y así arpadas y tan lisas, suaves y hermosas, como las de las¹⁸⁶ vides o viñas de Castilla. Estas, a cuatro y a cinco meses después de plantadas a ser comestibles vienen. Plántanse en los montones dichos un palmo o dos¹⁸⁷ de aquellas ramillas, o como correas, la mitad dentro de la tierra¹⁸⁸, en cinco o seis partes de la corona del montón¹⁸⁹, y por la orden de la planta de la yuca questá dicha, las cuales luego con el sol se amortiguan y marchitan como que se mueren, pero fácilmente prenden y reviven, y tanto crecen las raíces que¹⁹⁰ crían dentro de la tierra,, cuando la planta por la tierra cunde, y como la de las calabazas se extiende. No son mayores que nabos grandes o zanahorias¹⁹¹ pequeñas. Llámase la dicha planta yucaba, la media sílaba luenga. Cómese cocida como espinacas o acelgas con aceite y vinagre, y crudas son buenas también para los puercos.

Estas raíces de ajos y batatas, la sílaba de en medio luenga, no tienen cosa de ponzoña y puedense comer crudas y asadas y cocidas, pero asadas son más buenas, y para que sean muy mucho buenas, las batatas especialmente, que son de muy delicada naturaleza, hanlas de poner ocho o diez días al sol, rociadas primero y aun lavadas con un escudilla de salmuera, más agua que sal, y cubiertas por encima de rara yerba porque no les dé todo el sol, lo cual hecho, las que se quieren comer asadas, metidas en el rescoldo del huego hasta que ellas estén tiernas, salen enmeladas como si las sacasen de un bote de conserva. Y si las quieren cocidas hinchan una olla de ellas y echen dentro una escudilla de agua, no para cocellas, sino porque la olla, estando seca en el principio, no se quiebre, y cubran la olla con hojas de la planta dellas, o de vides o de otras hojas buenas, para que no salga el vaho fuera, y cociendo así una, o dos, o tres horas o lo que menester fuere, porque no han menester mucho tiempo, embébase aquella

¹⁸⁵Mayor nobleza.

¹⁸⁶Hojas.

¹⁸⁷La una mitad dentro de la tierra.

¹⁸⁸Y luego se amortiguan con el sol por la orden.

¹⁸⁹Como.

¹⁹⁰Hacen.

¹⁹¹Puesto que.

agua y sale otra tanta miel o almíbar, y ellas todas enmeladas como si fuesen una conserva, pero harto más sabrosa que otra cosa muy buena. Y cierto en ninguna parte del mundo parece que puede haber tantas ni tales raíces como las destas tierras. Las batatas de la provincia de Xaraguá eran las mejores de toda esta Isla por excelencia.

Había en esta Isla y ponían los vecinos naturales della otras raíces tan gruesas y redondas como¹⁹² unas chicas pelotas, que llamaban lerenes¹⁹³; las hojas dellas eran como de coles, las que llaman yantas, pero más hermosas y más llanas y anchas, y las ramas o másteles que tiene la hoja son más tiestas y levantadas. Otras raíces había que llamaban yahubias, que no hallo en las cosas de Castilla a qué comparallas. Todas éstas buenas y sabrosas de comer cocidas y asadas, pero ninguna se iguala con los ajos y batatas.

Sin todas estas raíces que eran domésticas y los indios las sembraban o plantaban y cultivaban, hay en los montes otras que llamaban los indios guayaron, la sílaba de en medio breve, que tienen la hechura y blancura de chequitos rábanos, buenas de comer asadas, pero para los puercos muy sabrosas y deseadas, y por esta raíz y otras muchas montesinas y fructas que hay en esta isla, que los puercos comen, y con que se crían, es tan sabrosa y tan sana y comestible su carne. Otra fructa¹⁹⁴ tenían, que¹⁹⁵ sembraban y se criaba o hacía debajo de la tierra, que no eran raíces sino lo mismo que el meollo de las avellanas de Castilla; digo que eran ni más ni menos que las avellanas sin cáscara, y éstas tenían su cáscara o vaina en que nacían y con que se cubrían muy diferente que las avellanas, porque era de la manera como están las habas en sus vainas cuando están en el habar, puesto que ni era verde la vaina ni blanda, sino seca, cuasi de la manera que están las vainas de las arvejas o de los garbanzos en Castilla cuando están para cogellas; llamábase maní, la última sílaba aguda, y era tan sabrosa que ni avellanas ni nueces, ni otra¹⁹⁶ fructa seca de las de Castilla, por sabrosa que fuese, se le podía comparar. Y porque siempre se comía della mucha por su buen sabor, es luego el dolor de la cabeza tras ella, pero no comiendo demasiada no duele la cabeza ni hace otro daño; hase de comer siempre, para que sepa muy bien, con pan cazabi o de trigo si lo hay.

CAPÍTULO XI

Dícese la manera de hacer el pan cazabi.

Queda por decir el cómo se amasa el pan cazabi, e¹⁹⁷ cuán fácilmente y cuánto provecho sale dél, porque por entremeter todas las raíces domésticas

¹⁹²Nueces.

¹⁹³*Calathea allouia* (C.E.D.).

¹⁹⁴Capítulo 78.

¹⁹⁵Se hacían.

¹⁹⁶Cosa.

¹⁹⁷Cuanto es el provecho.

de que la gente desta Isla para su mantenimiento usaba, no ha tenido en el precedente capítulo esto su lugar. Pasado, pues, el año, que es el tiempo del cual en adelante tiene en sazón el conuco o labranza, o la yuca, que son las raíces, para comenzar a hacer pan dellas o dél, van¹⁹⁸ dos, o tres, o cuatro hombres o mujeres al conuco o labranza y¹⁹⁹ sacan fácilmente y sin trabajo, con un palo escarbando, las raíces o yuca de los montes (como sea tierra mollida y allí ayuntada, puesto que con las aguas se aprieta algo), de cada rama que se hizo de cada tarazón de nueve o diez de los que de a palmo plantaron, dos o tres y cuatro raíces mucho mayores que zanahorias y más gruesas, como se dijo, por manera que de cada montón sacan²⁰⁰ cuasi media carga y aun buena de un asno; y si la tierra es holgada y muy fértil, como la hay en muchas partes, da mucha más de la señalada.

Traídas estas raíces a casa, que comúnmente junto está la labranza, la cantidad dellas que quieren traer, con aquellas conchitas que dije como almejas, o las que llamamos en Castilla veneras, raspan aquella tez o hollejo que dije ser cuasi como leonada, y quedando la raíz como la nieve blanca, rállanlas en unas piedras ásperas sobre cierto lecho al cual llamaban guariquetén, la penúltima breve, que hacen de palos y cañas, puestas²⁰¹ por suelo dél unas hojas o coberturas que tienen las palmas, que son como unos cueros de venados; finalmente, como si lo rallasen en una artesa para que aquella masa no se caiga, que es como la que podría salir de muchos²⁰² nabos en un rallo rallados que estaría con mucho zumo blanco como es la masa dellos, de aquesta misma manera es aquella masa de la yuca. Después de rallada la cantidad que determinan rallar, cúbrenla con las hojas de las palmas que dije y diré abajo, placiendo a Dios; déjanla cuasi como para livdar²⁰³ (*sic*) hasta otro día.

Tienen una manga que llaman cibucam²⁰⁴, la media sílaba breve, hecha de empleita de palma, de braza y media o poco más y ancha cuanto quepa un brazo, la cual tiene un asa a cada cabo, de donde se puede colgar. Esta manga hínchenla de aquella masa, muy llena y apretada, y cuélganla de la una asa de alguna rama de un árbol, y por la otra asa meten un palo de dos brazos o poco más, y²⁰⁵ metido el un cabo del palo en un agujero del árbol junto a la tierra, siéntanse dos y tres mujeres o personas al otro cabo del palo y están allí una hora o más sentadas, y así se aprieta y exprime toda aquella agua y jugo de la dicha masa. Sácanla después de la manga o cibucam y queda ní más ni menos que si fuese alfeñique blanco y apretado, no seco,

¹⁹⁸Los hombres.

¹⁹⁹Deshacen.

²⁰⁰Una.

²⁰¹Unas.

²⁰²Rallos.

²⁰³Como hacemos la masa.

²⁰⁴La última.

²⁰⁵Puesto.

sino sin zumo, que es placer verlo cuán lindo está. Tienen luego un cedazo algo más espeso que un harnero de los con que ahechan el trigo en el Andalucía, que llamaban híziz, la primera sílaba luenga, hecho de unas cañitas de carrizo muy delicadas, y allí desboronan aquella masa ya vuelta en otra forma, la cual, como esté seca o enjuta sin el agua o zumo que tenía, luego se desborona con las manos, y pasado por aquel híziz o cedazo queda cernida muy buena harina, y en el cedazo algunas granzas o pedacillos de la yuca que no fue bien rallada.

La harina así limpia y aparejada, tienen ya los hornos calientes, tres y cuatro, si quieren hacer cantidad de pan. Estos hornos son como unos suelos de lebrillos en que amasan y lavan las mujeres del Andalucía; finalmente, son hechos de barro, redondos y llanos, de dos dedos en alto, como una rodela grande que estuviese no por medio levantada, sino toda llana; éstos llamaban burén, aguda la última. Tiénelos puestos sobre tres o cuatro piedras, y debajo todo el huego que cabe, y ellos así bien callientes, echan la dicha harina por todo el horno de dos dedos asimismo en alto, y está un cuarto bueno de hora cociéndose de aquella parte; después vuelven la torta con una hoja o vestidura de palma que es como si fuese pala o tabla muy delgada, de la manera que se vuelve una tortilla de huevos en la sartén con un plato, la cual está cociéndose de aquella parte otro tanto, y cocida queda la torta de altor de medio dedo, muy blanca y algo rosada. Pónenla luego al sol, donde se tuesta en dos o tres horas, y se para tan tiesta como si fuese un plato de barro cocido o una tabla, pero al tiempo del comer, luego o después de muchos días que lo ponen en la mesa²⁰⁶, partiéndolo a pedazos con la mano (el cual luego se parte y poco menos suena al partir que si partiesen un plato), metiéndolo en caldo de la olla se han de dar priesa a sacallo luego, porque no se quede todo deshecho en la escodilla como si fuese una oblea. Queda blandísimo y suave y cuasi enjuto después de sacado del caldo y puestos los pedazos en un plato, del cual pueden comer suavemente, mozos y viejos sin dientes, harto mejor, al menos los viejos, que del pan de trigo.

Hacíase y hácese muy delgado y muy más lindo y blanco, para poner a la mesa para los señores, cuasi como unas muy hermosas obleas, cuando es rallada la yuca en unos cueros de pescado como cazón, que los indios llamaban libuza, la media sílaba luenga, el cual cuero tenían apegado a una piedra, o cubierta la piedra con él, sobre que rallaban, y las tortas delgadas que desta masa rallada en aquellos cueros hacían, llamaban xavxao. En las piedras comunes rallado, hacían las tortas más gruesas para mantenimiento de mucha gente, y así cuando querían lo diferenciaban, después de puesto al sol aquellas dos, o tres, o cuatro horas o pocas más, en las cuales se saca y hace bizcocho, como es dicho. Cuando se hace cantidad, ponen las tortas

²⁰⁶Metiéndola en.

en unos cadalechos de palos o cañas²⁰⁷sobre unas horquestas, medio estado altas del suelo, y dura dos o tres años sin dañarse, tan bueno como si hobiera un mes que se hobiera hecho, pero hanlo de guardar de goteras y de agua, porque luego se deshace y no aprovecha para cosa sino para echarlo a los puercos y a las aves.

Tiene cada persona que comer en dos arrobas de aquel pan o de aquellas tortas un mes bueno en abundancia. Sale comúnmente de cada millar de montones doscientas arrobas, que son cient cargas de las de los indios, porque a dos arrobas se mandó que echasen en cada carga, puesto que nunca lo han guardado los españoles o pocas veces lo han guardado que no echen más aun indio, y aun tres o cuatro han acostumbrado a echar. Tierras hay muchas en esta Isla que de un millar de montones se sacan ciento y cincuenta y 170 cargas de pan cazabi, que, como dicho es, cada carga tiene dos arrobas.

Y reducida toda la facilidad con que se hace planta y cría y amasa este pan, y el aprovechamiento dél, a cierto compendio y brevedad, sumámosla así: que veinte personas de trabajo que trabajen un entero mes²⁰⁸, seis horas no más cada día, harán tanta labranza destes conucos, que dije llamarse, cuanta puedan comer de pan trescientas personas en dos años, y antes me acorto que alargo; mayormente que arada la tierra con bueyes, como hay dellos tan grande abundancia, y alzando los montones con azadas de hieiro, no como los pobres indios, que con un palo de una braza, tostada la puerca y en tierra virgen y dura, la cavaban y los alzaban, es manifiesta hoy la ventaja. Amasarán y cocerán cinco o seis mujeres, con cinco burenes o hornos de los que dijimos, cada día cincuenta y sesenta arrobas deste pan, que son veinte y cinco y treinta cargas²⁰⁹, con que comerán cada día mil personas largas, mayormente que ya no es menester para sacar y exprimir el zumo o agua de las raíces o yuca las mangas de empleita, ni sentarse las mujeres en el palo, porque ya hay y se pueden hacer cada día unas prensillas de husillo, que en un credo se puede toda el agua o jugo exprimir sin alguna tardanza y trabajo. Y así creo que consta bien clara la facilidad con que se hace aqueste pan y la utilidad y provecho que dello se saca y puede sacar.

Y esta es y ha sido, y no otra, la causa porque no hay en esta Isla más trigo que en Cecilia, ni en Italia ni en toda España; conviene a saber, que como los españoles no hayan venido ni vengán a estas Indias por otro fin, ni tengan ni hayan tenido intento, el que más asentado parece que está, sino haber oro y las riquezas que haber pretenden a costa de las vidas y trabajos ajenos, y tornarse a Castilla a las pompear y gozar, como esta Historia por su discurso mostrará, constándoles la facilidad y ganancia deste pan, mientras

²⁰⁷Sobre horcones.

²⁰⁸Aunque no.

²⁰⁹Mayormente.

les duraron los indios que en servidumbre tuvieron hasta que en ella los²¹⁰ acabaron en las minas y en los otros trabajos, no curaban más de hacer desde pan para con que los indios les sirviesen, porque para sí mismos, con dos pipas de harina que traían los navíos de Castilla, que les costaban a diez castellanos, tenían que comer un año. Después de aquellos muertos que mataron a los indios, sucedieron otros vecinos que hoy en esta Isla hay, los cuales comenzaron a traer negros que en lugar de los indios pasados heredaron los trabajos, [y] hallan el mismo provecho y aun mayor en los ingenios de azúcar y otras granjerías, y el pan para mantener aquéllos tan a la mano²¹¹, ¿quién les ha de boquear en que a sí mismos y a la gente que tienen ocupen en arar y cavar y hacer molinos y aceñas y semejantes cuidados de donde no han haber más utilidad de tener pan, teniéndolo de Castilla para sus personas por 10, ó 20, ó 30 castellanos? Si en esta Isla no hobiera pan, o no tal pan, más trigo y mejor pan²¹² hobiera dél que en todo lo poblado del mundo, y de no habello hoy ninguna otra ha sido la causa.

Con esta cosa de maravillar quiero acabar lo que toca este pan, y es que aquella agua o zumo²¹³ que es mucha, que tiene y sale de la dicha masa, y la llaman los indios hien, es de tal naturaleza que cualquiera que la bebiese así cruda como sale moriría como si bebiese agua de rejalgar, con lo cual se han muerto a sí mismos muchos indios bebiéndola desesperados, en esta Isla y en la de Cuba, por salir de la vida tan amarga que los españoles les daban, según que²¹⁴ en otra parte se dirá; pero con un hervor que se dé al huego pierde²¹⁵ la ponzoña y queda hecha vinagre sabroso para guisar algunos guisados que requieren agro o vinagre, y así los hacían los indios y yo comí algunas veces dellos.

Sembraban y cogían dos veces al año el grano que llamaban maíz, no para hacer pan dél, sino para comer tierno por fructa, crudo, y asado cuando está en leche, y es muy sabroso, y también hacían dél cierto potaje, molido y con agua. Era menudo y de muchas colores, morado y blanco y colorado y amarillo, todo esto en un mazorca; llamábanlo maíz y desta isla salió este nombre.

CAPÍTULO XII

Frutas que se daban en la isla Española.

Había en esta isla algunas frutas silvestres por los montes, y dellas muy buenas, ninguna, empero, doméstica, porque no curaban de tener huertas ni frutales los indios, como se dirá, el contrario de los de la Tierra Firme,

²¹⁰Mataron.

²¹¹Para que se han.

²¹²Del que.

²¹³O jugo.

²¹⁴Abajo.

²¹⁵La dicha agua.

sino que cuando las topaban acaso, las comían, la mejor de las cuales, y quizá de gran parte del mundo, eran los que llamaban mameyes, que arriba²¹⁶ dejimos haber de su origen sólo en la punta desta isla que se llamaba la Guayarima. Las que llamamos piñas, que fruta en olor y sabor admirable, no la había en esta isla, sino que de la isla de Sant Juan se trujo, y por esto aquí no hablo hasta su lugar della. Había las que llamaban guayabas, la penúltima sílaba luenga, y éstas son muy odoríferas, sabrosas también, pero las desta isla eran chequitas; las que hoy hay y está la isla llena dellas, que son muy mayores y muy más hermosas y más sabrosas y más olorosas, fueron traídas de Tierra Firme, y cierto es fruta de harta golosina.

Había otra mucho buena y suave, muy sabrosa, puesto que no odorífera, tan grande como un membrillo, que no es otra cosa sino como una bolsa de natas o mantequilla, y así es blanco y más ralo o líquido que espeso, como manteca muy blanca, lo que della es comestible; tiene dentro algunas pepitas negras y lucias, como si fueran de azabaja, tan grandes como piñones con sus cáscaras, aunque muy más lindas. La cáscara o bolsa en que está lo comestible es como entre color verde y parda, la cual llamaban los indios *annona*²¹⁷, la penúltima luenga.

Otra fructa hay que se llama *hove*²¹⁸, propios como ciruelas, sino que son amarillos y tienen²¹⁹ los cuescos grandes y poca carne, pero lo que tienen es muy sabroso mezclado con un poco de agro, y sobre todo es muy odorífero, y no hay cosa que más coman los puercos y vayan diez leguas al olor por buscalla. Los árboles son muy grandes y altos y graciosos a la vista; la hoja es no del todo redonda²²⁰, del tamaño de un real de plata, verde clara; cocida en agua es muy buena para lavar las piernas los que las tienen malas.

Hay otra en esta isla que llaman *guanábanas*, la penúltima sílaba²²¹ breve, que son tan grandes como unas bolas de jugar birlos; la corteza tienen verde clara y unas como tetillas de niño, con unas espinas en ellas; lo de dentro y que de comer, algo amarillo y como un muy maduro y tierno melón. Son muy sabrosas con un poco de agro que le da el buen sabor; hay en cada una que comer dos hombres.

Otra fructa hay del tamaño de una almendra, sin cuesco, y de aquella casi hechura, colorada como una guinda o cereza, poco menos, y creo que tanto sabrosas como ellas, y así zumosas y frescas como ellas.

Otra es llamada *pitahaya*, la penúltima sílaba luenga; es colorada la cáscara por de fuera y tiene ciertas espinas no buenas en ellas. Lo de dentro

²¹⁶En el capítulo 71.

²¹⁷Anón. *Annona squamosa* (C.E.D.).

²¹⁸Jobo.

²¹⁹Mucho.

²²⁰Pequeña.

²²¹Luenga.

es cuasi como lo de una madura breva, con unos granitos muchos negros como los de los higos paharies de Castilla, y de la hechura de la breva; algo es sabrosa y fresca. El árbol en que nace son una pencas luengas de la naturaleza de las zabilas de Castilla de que creo hacen el acíbar, aunque las zabilas están nacidas en la tierra y sus pencas son muchas y derechas desde abajo arriba, y las pencas de las pitahayas sale una de la tierra y encarámase en otros árboles y cunde al través y al revés por ellos que parece culebra, y ésta salen otras pocas de pencas, y todas llenas de espinas no muy buenas; finalmente, nunca está sola sino entre otros árboles de otra especie que las sostiene.

Otra es redonda como una gran lima o una naranja pequeña; es amarilla clara la cáscara por de fuera; lo de dentro, que se come, es cuasi como lo de la pitahaya, puesto que no tan bueno; el nombre no me acuerdo. Nace en unos espinos de espinas brevísimas, los cuales no hay a qué compararlos, sino que hasta un estado en alto es tan gordo como un gordo muslo; de allí salen dos o tres como cirios, muy derechos, cuasi juntos y como labrados por un entallador, con sus follajes, para poner en un retablo, llenos, empero, de grandes espinas como alfileles grandes, y aun²²² agudas como agujas de acero, sin otra hoja alguna.

Hay unos árboles grandes, mayores que grandes nogales, que producen unas uvas del tamaño de guindas, entre coloradas y leonadas, sabrosas; no se me acuerda el nombre dellas.

Otro árbol hay que aparece algo en las hojas a grandes higueras, aunque es mayor y las hojas mayores y algo más abierto en las ramas y brazos que tiene que las higueras, que llaman yabruma²²³, la penúltima lengua; todo el mástel o tronco dél y las ramas tiene huecas²²⁴, y cuasi como cañutos de las cañas de Castilla. Este da una fruta pardilla que parece gusano, tan complido y grueso como un buen dedo, y está también hueco; esta fruta sabe cuasi como higos pasados, porque tiene dentro de sí cierta dulzura como miel, y pasarse hía al sol como se pasan los higos.

Otra se halla en ciertos árboles grandes que están en las riberas frescas de los ríos, que se llamaban por los indios guabas, y es cuanto a las vainas o cáscaras como garrobas propias la fruta; salvo que lo que tiene de comer es como manteca blanca, sino que es poquita, pero dulce y muy sabrosa y de la manera que dejimos que es la de las annonas, y tienen dentro de sí entre lo comestible unas pepitas²²⁵. Todas estas frutas, si se hobieran traspuerto y hecho domésticas en huertas y sido curadas y cultivadas o regaladas, como todas las fructas del mundo de que hoy en Castilla gozamos se trasplantaron, domesticaron y curaron, sin duda ninguna cada una dellas

²²²Más.

²²³Yagrumo (*Cecropia peltata*) (C.E.D.).

²²⁴Como las.

²²⁵Negrillas.

fuera estimada, y algunas por excelentes, y más que muchas de las de España tenidas; pero ni los indios, por no ser de su naturaleza dados a regalos y curiosidades, no se curaron dellas más de cuanto las comían cuando acaso las sopaban, ni los españoles por sus ocupaciones de adquirir dineros y poco cuidado de poblar en estas tierras, e imperseverancia de morar en ellas mucho tiempo, y aun porque son amigos de comer de sudores ajenos, ni las estiman ni han dellas curado.

En las riberas de la mar hay una fructa que llaman los indios tunas, de hechura de las bolsas en que están las adormideras, pero son verdes claras, llenas las cáscaras de unas espinitas delgadas, a trechos por orden bien puestas. Nacen en unos arbolitos de hasta a cuatro palmos poco más altos del suelo, todos espinosos y fieros; lo que tiene dentro esta fructa, quitada la cáscara, es de zumo y carne como lo de las moras de nuestra tierra; comiéndola, toda va a parar a la orina, y a los principios, cuando no sabíamos qué era, la comieron algunos no sin gran miedo, creyendo que era sangre lo que salía y que se debían de haber²²⁶ rompido todas las venas.

En las mismas riberas de la mar hay²²⁷ otros arbolitos que la hoja y cuasi todo tienen de madroños; la fructa es²²⁸ unas manzanillas cuasi del tamaño de nueces, con un hollejo o cáscara delgada, blanca y algunas veces morada y otras colorada; lo de dentro, que se come, es blanco y sabroso, pero es poco, por tener los cuescos grandes. Llamaban los indios a esta fructa hiccacos²²⁹, la penúltima luenga. Ninguna fruta ni árbol, los indios desta isla y aun de las demás islas, tenían cuidado sembrar ni plantar después de su pan y ajos y batatas, y el axí, que es la pimienta, y el maíz y las otras raíces que se han dicho, sino solos arbolillos de las manzanillas, con que cuando se sentían enfermos se purgaban, y nosotros acá, desde que lo supimos, nos purgábamos, y aun agora en Castilla mezclan los médicos en purgas que dan. Estos arbolillos plantaban junto a sus casas, como cosa que mucho estimaban, y otras yerbas, como lechugas grandes medicinales o purgativas, como abajo diré. Este arbolillo de las manzanillas no es mayor ni crece más de hasta estado y medio; tiene pocas ramas y poco bulto; la hoja es muy hermosa, cuasi es como la de la yuca de que se hace el pan cazabi, como una gran mano los dedos desparcidos abiertos. La fruta es cuasi como avellanas y así blancas; es la que llaman los médicos ben, de manera que está escripta, y hace mención della la medicina. Es de gran eficacia para purgar, de cólera principalmente, según se cree por los no médicos por lo que se ha visto por la experiencia. Con ella nos purgábamos antiguamente sólo mascándolas como si mascáramos avellanas, y como no iban molidas, sino en pedacillos enteros, pasábamos gran trabajo en los gómitos grandes y arcadas, las cuales no

²²⁶Quebrado algunas.

²²⁷Una fructa.

²²⁸Como.

²²⁹*Chrysobalanus icaco* (C.E.D.).

cesaban mientras los pedacitos no se deshacían ni desapegaban de las tripas; después caímos a cabo de muchos años en tostallas y molellas, y así no daban tanta pena; pero después que vinieron a esta Isla médicos usaron dellas como debían, preparándolas y confeccionándolas con otras convenientes medicinas, porque dicen que estas manzanillas son, no purga, sino punta de purga en la medicina. Finalmente, la leche dellas, ques muy blanca como de almendras, es la que tiene la virtud purgativa.

Otra cosa para purgar, no sé para qué enfermedades, hay en esta isla, y²³⁰ yo sospecho que debe de ser para males de flema, y ésta es una correa o raíz, no porque esté debajo de tierra, sino que tiene su raíz debajo della y encarámase por los árboles de la manera de la hiedra, y así parece algo, no en la hoja, porque no la tiene, sino en parecer correa y encaramarse como la hiedra; llamábanla los indios bexuco, la penúltima sílaba luenga. Pueden atar cualquiera cosa con ella como con una cuerda, porque es nervosa y tiene quince y veinte brazas y más de luengo. Generalmente hay muchos bexucos en todos los montes, y sirven para todas cosas de atar y son muy provechosos.

CAPÍTULO XIII

Arboles de la isla Española.-

Manera que los indios tenían de producir fuego.

Referidas las fructas que en esta Isla hay naturales y silvestres, digamos de los árboles más principales de que tenemos más frecuente noticia; esto es general en todos, que nunca pierden la hoja en todo el año. Ya dejimos arriba la multitud y grandeza y hermosura de los pinos, los cuales creo que ocupan cincuenta leguas de sierras, mayormente en la provincia de Cibao, que son las minas del oro, donde más numerosidad dellos hay. Son derechos como cirios, muy altos y muy gruesos para²³¹ másteles de muy grandes naos; son muy jugosos por la mucha resina que tienen para hacer mucha y muy buena pez; llevan unas pigñitas chequitas, inútiles; finalmente son de los que en Castilla llaman negrales, puédese hacer gran tablazón dellos y nunca acabarse.

El árbol que se llama guayacán en lengua desta Isla, la sílaba postrera luenga, cuya agua se toma para sanar de la enfermedad de las bubas, es árbol bien grande, como nogal, pero más lindo; la hoja me parece que será como la del peral de Castilla y más clara, vende y más chica; el tronco principal y las ramas son como plateadas y donadas²³², entreveradas de dos o tres colores. Para sacar el agua se ha de cortar la madera y hacer dos o tres almozadas de pedacitos muy menuditos y echallos a remojar en agua del río, que haya cuatro azumbres, cinco y seis días y más: después cocello que

²³⁰Creo.

²³¹Grandes.

²³²Cuasi.

mengüen los tres azumbres y quede sólo el uno. Ha de tener, el que lo toma, muy gran dieta, sin comer sino un par de yemas de huevos, y de tres, a tres o cuatro días, un cuartillo de una polla con unos bizcochillos; y más delicado y sano, y para esta cura más provechoso, creo ques el cazabi xabxao, que no los bizcochos de pan de trigo²³³. Dél no ha de beber, todo el tiempo que determina tomallo, agua ni voino, sino solamente aquella agua del palo, que no es menos amarga que hieles o acíbar; desta manera lo han tomado mucho tiempo en esta Isla; pero ya hay más experiencia en la manera cómo se ha de tomar y en la dieta que han de tener, especialmente en Castilla. Toda vía digo que requiere sobre todo extrema dieta y no beber otra cosa sino aquella agua. Acostumbróse a tomar en esta Isla desta manera, que tomándola con mucha dieta, después de pasados los nueve o quince o más días que la determinaban tomar, tenían una olla, como dicen, podrida, y comían mucho de todo lo que en ella estaba, y como el estómago estaba tan delgado de la dieta pasada prorrumpía luego en cámaras dos o tres días, por las cuales purgaba todo el humor malo y así quedaban del todo muy sanos; y yo tuve dello experiencia, que lo vide y también lo oí haber acaecido a algunos. Tengo por cierto que no sólo para las bubas, pero para cualquiera enfermedad que proceda de humor frío, tomándola, será cierta la sanidad, y cuando acaece dél mal de las bubas o de otro alguno, con ella no sanar es porque procede de humor caliente, y esto tengo por cierto días ha. El palo de la isla de Sant Juan se tiene por mejor, no sé si es de la misma especie de la desta Isla o de otra que difiera en cualidad, al cual llaman los españoles el palo santo.

Hay en estas Islas comúnmente en todas estas Indias, donde no es la tierra fría sino más calliente, unos árboles que los indice desta Isla llamaban ceibas, la i letra luenga, que son comúnmente tan grandes y de tanta copa de rama y hoja y espesura que harán sombra y estarán debajo dél quinientos de caballo, y algunos cubrirán mucho más. Es muy poderoso, alegre y gracioso árbol; tiene de gordor más que tres y cuatro bueyes su principal tronco, y algunos se han hallado, y creo questá uno en la isla de Guadalupe, que fueron diez o doce hombres, los cuales abiertos los brazos, y aun con dos pares de calzas extendidas, no lo pudieron abrazar, y así loí certificar. De ser comúnmente grandísimos y grosísimos y admirables ningunos debe dudar, ni tener por exceso que aquél fuese tan grande, porque en esta Isla, en la ribera de Haina²³⁴ ocho o diez leguas de Sancto Domingo, yendo hacia la Vega, hobo uno que llamaban el árbol gordo, y cerca dél se asentó una villa de españoles que la nombraron así, que si no me he olvidalo, cabían dentro de sus concavidades pienso que trece hombres, y estaban cubiertos, cuando llovía, del agua, y a mí en él acaeció lo mismo, y creo que no lo podían

²³³Pero la manera.

²³⁴Uno o dos leguas.

abrazar diez hombres, si, como digo, no me he olvidado. El mástel o tronco principal antes que comiencen las ramas terná does y tres lanzas en alto; comienzan las primeras ramas, no de bajo a alto como los otros árboles, sino extendidas mucho derechas por lo ancho, que parece maravilla con el peso que tienen no quebrarse, y por esto lo hacen tan capaz y que tanta sombra haga: son tan gruesas comúnmente las ramas dichas como un hombre, aunque tenga más que otros de gordura. Las hojas son verdes oscuras, delgadas y arpadas, si bien me acuerdo; no siento que haya en Castilla a qué las comparar, si no es, si no me engaño, a las del que llamamos árbol del paraíso.

Y porque lo dicho no parezca increíble, léase lo que dice Estrabón en el XV libro de su Geografía, donde cuenta que hay árboles de admirable grandeza en las Indias, algunos de los cuales apenas podrán cinco hombres abrazar, los brazos extendidos; así, pues, como hay tan gruesos que los troncos o másteles dellos no los puedan cinco hombres abrazar, parece que aunque²³⁵ se diga que seis y diez tienen que hacer en abrazar alguno, no será increíble maravilla, cuanto más que habemos visto lo que decimos.

Hay en algunas partes robles, pero en pocas y pocos; haylos más que en otras en la provincia de Yaquimo, en unos valles cerca de la mar, y en esta provincia hobo y hay el brasil, pero no mucho, de donde pensó el Almirante que descubrió este orbe²³⁶ que salieran grandes riquezas, como abajo diremos.

Tiene también otros árboles esta Isla, que llamaban caoban, la o letra luenga, los indios; tienen muy buena madera para arcas y mesas, algo colorada o encarnada con algún olorcillo bueno, que parece que quiso ser cedro pero no lo es, porque en esta Isla no hay cedros, en la de Cuba sí, miuy excelentes. Otros árboles hay, como hayas, algo blancos; en lengua de indios no sé el nombre dellos.

Hay otros árboles delgados, pequeños, en los montes de la costa del Sur hacia Sancto Domingo especialmente, que los indios llamaban caimitos²³⁷ la penúltima luenga, que tienen la madera para hacer arcos como de tejo, y éstos creo que los hacían los indios. Tiene la hoja muy señalada, porque de una parte la tiene muy verde, como la del naranjo, aunque es chequita, y de la otra parte como si toda fuese alheñada.

Hay otros que llamaban los indios guazimas, la medida sílaba breve, que propios son moredas en la hoja, puesto que la tiene áspero y gruesa, pero cuando comienza la nueva creo que sería para criar seda o poco menos. La fruta es de hechura de moras, pero es muy dura y negra, puesto que tiene algún zumo pero muy poquito, y es dulce como miel, por lo cual los

²³⁵Haya otros.

²³⁶Sacar.

²³⁷*Chrysophyllum caimito* (C.E.D.).

puercos la comen y con ella engordan y la van a buscar donde la huelen, como tras loshovos dejamos en el precedente capítulo. Deste árbol sólo sacaban huego los indios; tomaban dos palos dél muy secos, el uno tan gordo como dos dedos, y hacían en él con las uñas o con unapiedra una mosquecita, y ponían este palo debajo de ambos pies, y el otro palo era más delgado, como un dedo, la punta redondilla, puesta en la mosca. Con ambas palmas de las manos traíanlo a manera de un taladro, y esto con mucha fuerza; con este andar de manos salía del palo de abajo molido polvo, de la misma manera delgado como harina. Cuanto el palo de abajo se ahondaba con el de arriba, y cuanto más el hoyo se ahondaba y el polvo salía, tanto más se hacía a prisa con las manos y con fuerza o vehemencia, y entonces el mismo polvo o madera molida que del palo de abajo salía era encendido de la manera que se enciende la yesca dando con el eslabón en el pedernal en Castilla.

Y esta²³⁸ es la industria que los indios²³⁹ para sacar huego sin hierro y pedernal tenían, la cual es antigua, según della hace mención Plinio en el libro XVI, capítulo 41, donde dice: "... que los soldados en las guerras y los pastores en los montones o campos, hallaron este secreto, como no tuviesen pedernal ni eslabón para sacar huego"; sacábanlo de la manera dicha, según él, de las ramas de los morales y laureles y de los tejos, porque son cálidos de su naturaleza. *Callide morus laurus, hedera et omnes quibus ignaria fiunt, exploratorum hoc usus in castris pastorumque reperit, quum ad excutiendum ignem non semper lapidis occasio est; teritur igitur lignum ligno, ignemque concipit attritu excipi, etc.: materia aridi fomitis frugi vel foliorum facillime conceptum; sed nihil hedera prestantiusque teratur lauro, laurumque terat; boec* dice Plinio, por manera que las guazimas de estas tierras son morales o especie dellos, según parece por estas palabras de Plinio; y mírese aquí que *hedera* tiene dos significaciones: una por la yedra y otra por el tejo, árbol.

CAPÍTULO XIV

De otros árboles de la isla Española.

Hay en esta Isla eso mesmo unos árboles que los indios llamaban xaguas; árboles son hermosos y copados como naranjos, pero mucho más altos y la hoja verde oscura; no me acuerdo a qué la pueda comparar. Tiene una fructa de hechura de huevos grandes de abutardas, blanca la tez y dura por de fuera; lo de dentro no hay a qué lo pueda comparar de las cosas de Castilla²⁴⁰. El zumo desta fructa es blanco y poco a poco se hace tinta muy negra, con que teñían los indios algunas cosas que hacían de algodón y nosotros escribíamos. Este zumo o agua de las xaguas tiene la virtud de

²³⁸Manera.

²³⁹Huego encendían para.

²⁴⁰Desta fructa se hace.

apretar las carnes y quitar el cansancio de las piernas y por esto se untaban los indios las piernas principalmente y también el cuerpo. Después de pintada se quita con dificultad en algunos días aunque se lave.

Estos mismos árboles y la misma fructa, a lo que parece, porque ninguna diferencia parece tener, hay en la isla de Cuba, y allí también los llamaban los vecinos naturales de allí xaguas. Dándoles con un palo o piedra, porque son duras, y poniéndolas juntas muchas dellas a un rincón, tres o cuatro días o pocos más, se maduran y se hace la carne dellas muy zumosa o llena de un licor dulce como miel y cuasi de la color de miel, que las hace como una breva muy madura, y tan dulcísimas, que pocas o ninguna fruta les hace ventaja de las de Castilla; pero en esta Isla Española no las comían los vecinos della, o porque no cayeron en ello, o porque por ventura son aquéllas de otra especie, aunque no lo parecen por ningún indicio.

Otro árbol hay muy provechoso en esta Isla, y es el que llamaban los indios hibuelo²⁴¹, la sílaba penúltima luenga. Este produce unas calabazas redondas como una bola y no mayores comúnmente, aunque algunos las echan un poco luengas; están llenas de pepitas y carne blanca como las de Castilla²⁴², y son tan tiestas y duras las teces después de secas, por de dentro y por de fuera, no como las de Castilla, que son fofas y²⁴³ fácilmente se quiebran, sino como si fuesen de hueso; sacada la carne y las pepitas, servíanse dellas de vasos para beber y de platos y escudillas.

Hay también unos arbolitos tan altos como estado y medio, que producen unos capullos que tienen por de fuera como vello y son de la hechura de una almendra que está en el árbol, aunque no de aquella color ni gordor, porque son delgados y huecos; tienen dentro unos apartamientos o venas, y éstos están llenos de unos granos colorados, pegajosos como cera muy tierna o viscosa. Destos hacían los indios unas pelotillas y con ellas se untaban y hacían coloradas las caras y los cuerpos, a jirones con la otra tinta negra, para cuando iban a sus guerras; también aprieta esta color o tinta las carnes. Tírase también con dificultad; tienen un olor penetrativo y no bueno. Llamaban esta color los indios bixa.

Almácigos también hay muchos, según decía el Almirante, si almácigos son aquellos que él decía. No siente a qué los comparar y nunca vide que se probase sacar dellos almáciga. Hay otro árbol en esta Isla que los indios della llamaban cupey²⁴⁴, la penúltima sílaba luenga, del cual se puede alguna cosa nueva referir; es árbol más alto que un alto naranjo, aunque no así copado, sino algo más abierto. Tiene tres cosas notables: la una las hojas, que son tan grandes²⁴⁵ y cuasi de la hechura de una azuela de hierro de un

²⁴¹Hibuelo. *Crescentia cujete* (C.E.D.).

²⁴²Pero secado todo aquello y.

²⁴³Luego.

²⁴⁴Copey.

²⁴⁵Como.

carpintero, imaginándola que sea lo agudo della redondo y sin gavilanes; es muy verde y oscura y hermosa, gruesa como un real y tiesta, no floja, y por esto con un alfiler, y mejor con un palillo agudo, escribe el hombre todo lo que quiere, y luego señalase la letra²⁴⁶ amarilla, de un sudor o zumo cuasi como el de la zabila, y desde a poco tórnase la letra blanca. Deste papel y péndolas, por falta del de Castilla, los tiempos primeros en esta Isla usábamnos. La otra cosa es la fructa que produce aqueste árbol, no para comer, ni hay a qué comparalla sino²⁴⁷ a unas rosas, no llanas, de madera, que ponen sobre las cuatro varas de las camas de campo, doradas, bien hechas, con unas coronillas encima cuasi de la forma de las adormideras; por de fuera son blancas y que tiran a verdes claras, puesto que se abren o desquebrajan. Lo de dentro es pez negra, con que se puede cualquiera cosa, como con pez, empegar²⁴⁸; tiene algunas pepitas que comen las aves, o lo que con ellas está pegado. La tercera cosa es más notable, que cuando las aves están en éste o en otro árbol, y en él²⁴⁹ purgan algunas de las dichas pepitas, las que paran o se pegan en el árbol allí nacen como si²⁵⁰ las ingiriesen, y lo que nasce son unas raíces de gordor de un alanza muy lisa, y todo su crecer es ir carabajo a buscar la tierra y en ella después arraigarse y²⁵¹ echadas raíces nasce della otro árbol como el que la fruta hobo dado. Estas raíces, descendiendo hacia abajo, como el árbol es alto, son de 25 y 30 y más palmos, y éstas son muy lindas astas de lanzas, todas muy derechas y muy nervudas y lisas, que no han menester dolallas o alisallas. Y deste árbol que dejimos llamarse cupey salen de la manera dicha las varas de lanzas, y no como algunos piensan de los árboles que se llaman xaguas.

Estrabón, en el libro XV de su Geografía, refiere haber en la India que está más al Mediodía unos árboles grandísimos que algo parecen a lo que deste cupey habemos dicho, aunque digno de mayor admiración. Destos dice que su rama, después que han crecido hasta grandor de doce codos (debe ser en soslayo y no hacia arriba), van creciendo para abajo en busca de la tierra, y llegadas en la tierra echan allí raíces y dellas nasce otro árbol como él mismo; el cual después de crecido y las ramas crecidas como las primeras, van carabajo, buscando la tierra y echan sus raíces y dellas crece otro árbol, y así de uno se hacen muchos, y de todos se constituye una como cámara o pabellón grande puesto sobre muchas columnas. De aquí podemos colegir que estas nuestras Indias son parte de aquella nombrada India.

Otro árbol hay²⁵², principalmente en la provincia de Higüey, hacia la costa de la mar, y más cantidad en la isla de la Saona y por aquellas isletas,

²⁴⁶De un zumo amarillo cuasi como.

²⁴⁷En alguna manera parece algo.

²⁴⁸La 3ª es.

²⁴⁹Estercolan.

²⁵⁰Fuese.

²⁵¹Arraigadas después.

²⁵²Comúnmente.

que los indios llamaban guao, la primera sílaba luenga, el cual será, el más alto, de estado y medio de un hombre, que con sus ramas no hace mucho bulto; árbol seco y estéril, y así no se halla sino entre peñas, cuya hoja es como la coscoja o carrasco que queman en los hornos en Castilla, con sus espinitas alrededor de la hoja, y también tiene algunas por las ramas y todo él (a lo que creo, porque ha días que no lo vide)²⁵³. La leche deste árbol es ponzoñosa, y della y de otras cosas hacen los indios la yerba que ponen las flechas con que matan. Andando por los montes destes árboles, como son los pesos y bajos y los caminos angostos tocando las ramas en la cara, con las espinillas, parece que salpica la leche, y luego se hincha la cara y abrasa como si se cubriese de la que llamamos del monte, y por muchos días no se quita y amansa, y esto comúnmente hace daño a las caras de los hombres que son muy blancos y delicados y flemáticos; a los coléricos y que tiran en el pelo y taheños y a los hermejos ningún daño hace. Y a mí me dieron las ramas en la cara y nunca me hizo mal, porque no soy de los muy blancos ni flemático. Fuera de las provincias y tierra que dije, por toda esta Isla no hay este árbol guao, sino uno de cuando en cuando, porque toda la tierra fuera de aquélla que es estéril, en esta Isla es fertilísima, que sean montes o valles.

CAPÍTULO XV²⁵⁴

Síguese tratando de los árboles que hay en la isla Española.

Hay otro árbol de que se hace artificialmente el bálsamo, que llaman en esta Isla bálsamo. Este árbol será como pequeños naranjos; la hoja tiene verde oscura, de tamaño del medio real o poco más, cuasi es de la forma de un corazón. Donde yo lo he visto es en el monte una legua pasando de la villa de Santiago, yendo camino de Puerto de Plata y por los montes por allí adelante. Hácese por arte desta manera: que los palos o rajas dél se cortan muy menuditos con una hacha (mejor es azuela, porque cuanto más menudos se cortaren mejor es): estas cortaduras, en cantidad de dos celemines o tres, échanse en un lebrillo grande, que quepa dos arrobas y aun media más, lleno de agua, y así, con esta proporción, más o menos según la cantidad de la madera, el agua proporcionable. Déjase así estar remojando ocho días; después, en una caldera muy limpia pónese a cocer y mengua de cuatro las tres partes. Cocido y menguado así, en muchas escudillas se echa y reparte, poniéndolo al sol dos o tres días, el cual se espesa como miel y para de color de arropo o de miel algo oscura, y el olor cobra algo suave. Yo lo he hecho hacer por este modo y salió mucho bueno, y obra de un cuartillo o poco más que envié a Castilla a cierta persona, en el año 28 ó 30, de lo vendió, según supe por veinte ducados. La experiencia que deste licor se tiene hoy es que para cualquiera herida donde salga sangre, y donde no

²⁵³Estas espinillas.

²⁵⁴Déjese aquí algo blanco para el sumario.

haya miembro o nervio o casco cortado, puesto en ella caliente, bien empapada y atada, no es menester más de una vez curalla.

Las palmas desta Isla son muy provechosas, mayormente las que tienen las hojas y ramas como las de Castilla, porque hay otras especies de palmas que las tienen tiestas y como una mano abiertos los²⁵⁵ dedos, o como la hoja de las de los palmitos de Castilla, sino que las de Castilla están parradas con el suelo y éstas son altas tres y cuatro estados dél, y destas hay dos y tres maneras dellas, y el provecho que hay dellas es cubrir las casas en algunas partes desta Isla con ellas. Nacen comúnmente en los lugares no fértiles, y no en montañas, sino en llanos rasos. Pero las primeras que dije, que tienen las ramas y hojas como las de Castilla, éstas son muy hermosas y provechosas, fértiles y nunca se hallan sino en tierra muy fértil y de muchas aguas y ríos cerca; éstas son muy altas, tanto y más que las de España, porque tienen diez o doce y quince brazas en alto, y muy derechas; el mástel dellas no es a pencas como las nuestras, sino lisas y duras, mucho más que si fuesen de hueso. Son huecas, pasados dos dedos buenos de gordo que tiene lo que digo, que es muy dura, y están llenas de unas hilachas, las cuales quitadas o sacadas, que se quitan y sacan fácilmente, quedan como una culebrina o lombarda, que suelen servir, enteras o partidas por medio, de canales por donde venga el agua para edificios, en especial donde se hace el azúcar, que se llaman ingenios; desta madera hacían los indios las que llamaban macanas²⁵⁶.

Llegando a lo alto, que es pasando todo lo que digo ser duro como hueso, comienza el palmito, que terná seis palmos y siete de alto, y terná de grueso como un hombre por la cintura y más grueso, y es algo más que el mismo mástel que viene desde el suelo. Este palmito, que dije tener seis o siete palmos, está vestido de unas hojas que los indios llamaban yaguas, la última breve, de las cuales tiene²⁵⁷ diez y doce, tantas cuantos son los ramos de la palma y unas sobre otras; las primeras, como se van secando, las despide la naturaleza, y como aquéllas caen las segundas son ya primeras, y después las otras; y entre tanto que unas están para caer, otras se crían de nuevo, y así nunca faltan unas y otras²⁵⁸ perpetuamente. Son por la parte de fuera algo verdes y por la de dentro blancas; después de secas quedan en la misma color con poca diferencia. Después de caídas en el suelo son tan anchas y tan largas, y casi de la forma y manera que un cuero de un grande becerro, y así tienen lomo e ijadas. Con una se cubre un hombre del sol y del agua sin mojarse un pelo, y no las pasa el agua más, antes menos, que a un grueso cuero. Con éstas se pueden cubrir y cubren las chozas, andando camino, y aun en los pueblos las casas; son, finalmente, para mil provechos y cosas buenas.

²⁵⁵Dellos que en la hoja.

²⁵⁶Como en el capítulo... dejimos.

²⁵⁷Cuatro y cinco las.

²⁵⁸Naturalmente.

De lo postrero o que es más alto de cada yagua, nace un ramo, y cuando cae a su tiempo que se despide la yagua, cae el ramo, porque en ella, como dije, es originado; de cada yagua, como dije, sale un grande ramo de la misma hoja y manera de los de España que llevan los dátiles, y así hacen arriba la copa muy graciosa y muy ancha. No llevan fructo sino aquellos como manojos blancos en que las de Castilla producen los dátiles, y en aquéllos nacen ciertas contecitas no grandes. El palmito, desnudo de siete o de ocho yaguas y otras cortezas que se siguen a ellas muy albas o blancas, antes que se llegue a lo comestible, es muy dulce todo él, con muchos cogollos que dentro de sí contiene, y la cabeza en especial, que comienza, como dije, donde el mástil todo acaba, y ternán en él que comer veinte hombres y más, como sea tan grande.

Nogales hay algunos²⁵⁹ pero muy raros, y no sé que los haya sino en lo alto de las minas de Cibao, la provincia que dije llamarse Haití, la última sílaba aguda, de donde se denominó toda esta Isla: las nueces que echan no son de provecho alguno, porque todo lo de dentro es madera y cuasi nada tienen de meollo. Si los ingiriesen por ventura se hacían domésticos y darían buen fructo.

Zarzamoras hay algunas, pero cuasi sin fructo porque las morillas que hacen valen poco. Parras monteses de las que se cree que Noé plantó la viña, que en latín se llaman *labruscas*, y que dan de sí uvas tintas menudas, pero verdaderas uvas, en diversas partes desta Isla, en los montes apegadas a otros árboles, hay muchas. Son acedas porque nunca bien maduran; madurarían, según yo creo, si las cultivasen y los diese el sol y el aire, lo que no tienen por estar en los montes pegadas a los árboles y siempre a la sombra. La hoja no la tienen escotada por dos partes como la de Castilla, sino una sola; es sin aquello algo más luenga que redonda, pero arpada a la redonda.

Cañas y cañaverales hay infinitas en esta Isla, en todos los ríos y arroyos y riberas dellos hasta entrar en el agua, y siempre es muy fértil y viciosa la tierra, más que otra, donde las hay. Difieren de las de Castilla en esto, que son cuasi masizas porque están llenas de hilos de la misma natura, puesto que por defuera tienen sus nudos y señalados los cañutos. Jamás se quiebran por medio aunque con un trozo dellas den muchos y grandes golpes en cualquiera cosa, sino rájanse por muchas rajas o hendeduras de alto a bajo. Las hojas y hermosura dellas propias son como las de Castilla, sino que todavía muestran ser más silvestres y no tan delicadas.

Carrizos hay también muchos en las ciénagas y lagunas o lagos; éstos son huecos los cañutos como los de España, y con éstas mondedes, porque son muy lindos, los indios hacían lazos y adornaban sus casas. Hay otras infinitas²⁶⁰ especies de árboles silvestres, a muchos de los cuales tenían puestos

²⁵⁹Según en el cap. 73 dejamos.

²⁶⁰Género.

nombres los indios y de otros creo que no curaban nombrillos, muy diferentes en hoja y en madera de los de España.

CAPÍTULO XVI²⁶¹

De las yerbas que se crían en la isla Española.

Cuanto a las yerbas, son inmersas las que hay en esta Isla y de especies diversas, y que creo de gran virtud medicinales, porque son muy hermosas y pintadas, como con tijeras cortadas²⁶² muchas dellas, que luego parece haberlas naturaleza por su virtud señalado.

Una yerba cognozco yo que es como una lechuga de pocas hojas, y está parrada con el suelo, y comúnmente está en los rasos y zabana, con el zumo de la cual el flujo de la sangre de las narices se estanca echándose la persona en el suelo o sobre una mesa, la cara arriba, exprimiendo de aquel zumo algunas gotas por la ventana de la nariz por donde sale la sangre.

De las de Castilla, que acá son y eran cuando los primeros venimos, naturales, las que yo he visto y cognosco son las que aquí nombraré. Helecho muy alto y grande hay en las sierras comúnmente que tienen yerba y son de montes muy claros; en grande abundancia culantrillo de pozo, cerrajes, creo que doradilla, llantén, verdolagas, y éstas me acuerdo que llamaban los indios maníbari, la penúltima breve; bledos de dos maneras, unos muy verdes y otros colorados y muy grandes, salvo que tienen algunas espinas; ortigas, yerbamora, altamisa muy grande y muy buena, manzanilla, a lo que parece sin olor alguno. Los boticarios dicen que hay otras muchas de las que hay en España, que los que no las²⁶³ cognoscemos no tenemos cuenta con ellas.

Una otra yerba natural desta Isla nasce a las riberas y junto al agua de los ríos, en la tierra de las hoyas que es muy fértil y muy blanda para sembrar en ella cualquier hortaliza; esta yerba llamaban los indios y; es muy fresca y muy verde y muy graciosa; tiene la forma de un corazón en plano, y es tan ancha como muy poco menos que dos manos. Críase y cunde todo el suelo sin levantarse como la hiedra o las calabazas, pero las correas²⁶⁴ donde nace son muy más hermosas y más sotiles y delgadas que la de la hiedra ni calabazas. Tiene un poco de buen olor, y con ella se lavaban los indios, hombres y mujeres, como siempre acostumbraban. Tiene la virtud del jabón para lavar ropas, en especial de lienzo, puesto que los españoles no han curado della para en esto della se aprovechar. Algunas veces se han purgado con ella a tiento y sanado de callenturas, no sabiendo a qué indisposición se ha de aplicar. Cómenla muy bien los puercos y engordan con ella.

²⁶¹Déjese aquí blanco para el sumario.

²⁶²Según de las de Castilla cognoscidas; muchas más de las que yo cognozco dicen que hay los boticarios: las que yo sé que hay son helecho muy grande y a cada paso culantrillo de pozo.

²⁶³Somos.

²⁶⁴Son por donde.

Otra yerba hay que es como cebollas albarranas, la cual es muy buen jabón para lavar ropa, puesto que creo que mucho la gasta. Hay juncia de la de Castilla, y también la que llamamos enea, de donde salen los que nombramos bohordos. En las ciénagas y lugares de muchas aguas hay muchas malvas de las de Castilla. La yerba común, de que todos los llanos que llamaban los indios zabanas, la penúltima luenga, y las sierras que no tienen arboledas, están llenas, es²⁶⁵ yerba hermosísima y odorífera, delgada y muy alta, que²⁶⁶ poco menos por algunas y muchas partes un hombre se cobría, pero en general pasaba de la cinta. Entre esta yerba se criaba otra yerba muy delgada que parecía lino²⁶⁷ en cerro ya seco, cogido, raspado y adobado para hilarse, y podré decir que era muy más linda, con la cual cobrían los indios sus casas, que llamaban bohíos, la penúltima luenga, que la hermosura y limpieza della y de las casas della cubiertas, era verlas y alegría. Era muy más hermosa y espesa y alta la de las vegas, y sobre todo la de la Vega Real. Quien agora viere las vegas, y mayormente la Grande, parecerle ha que nunca en ellas hobo tal yerba, porque están tan pacidas y comidas de los infinitos ganados que en ellas hay, que no es salida de la tierra cuando es comida y raída; pero lo dicho es verdad.

FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA:
HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS (1552)¹

Hay en ella² muchos muy buenos puertos, grandes y provechosos ríos, como son Hatibanico, Yuma, Ozama, Neiva, Nizao, Nigua, Hayna y Yaques, el que por sí entra en el mar; hay otros menores, como son Macorix, Cibao y Cotuy. De ellos el primero es rico en pescado, y los otros en oro. Hay dos lagos notables, uno por su bondad y otro por su rareza. El que está en las sierras donde nace el río Nizao, a nadie aprovecha y a todos asombra, y pocos lo ven. El de Xaragua es salado, aunque recibe muchos arroyos y ríos dulces, por cuya causa cría infinitos peces, y entre ellos grandes tortugas y tiburones; está cerca del mar y tiene dieciocho leguas. Sus riberas estaban muy pobladas; aparte las salinas de Puerto-Hermoso y del río Yaques, hay una sierra de sal en Hainoa, que la cavan como en Cardona de Cataluña. Hay mucho color azul y muy fino, infinito brasil y mucho algodón y ámbar; riquísimas minas de oro, y aun lo cogían en lagunas y por los ríos... Es tierra fertilísima...

...Cocuyos son una especie de escarabajos con alas, o moscar, y son un poco más pequeños que los murciélagos. Tienen cada uno cuatro estrellas, que relucen a maravilla: en los ojos tienen dos de ellas y las otras debajo de

²⁶⁵Como en el cap. 75 comenzamos a decir.

²⁶⁶Apenas.

²⁶⁷Regantío.

¹Editorial Iberia, Barcelona, 1965.

²La Española.

las alas. Alumbran tanto, que a su claridad, su vuelan, hilan, tejen, cosen, pintan, bailan y hacen otra porción de cosas por las noches; cazan de noche con ellos jutías, que son conejuelos o ratas, y pescan... La nigua es como un pulga pequeñita, saltadera y amiga de polvo; no pica sino en los pies; se mete entre cuerpo y carne; pare luego sus liendres en mayor cantidad que cuerpo tiene, las cuales en breve engendran otras, y si las dejan, se multiplican tanto que ni las pueden agotar ni remediar si no con fuego o con hierro; pero si las sacan pronto, como el arador, es poco su daño...

...Manatí es un pez que no le hay en las aguas de nuestro hemisferio; se cría en mar y en ríos; es de la forma del odre, con dos pies solamente, con los que nada, y estos a la altura de los hombros. Va estrechándose del medio a la cola. Tiene la cabeza como de buey, aunque tiene la cara más hundida y más carnosa la barba; los ojos pequeñitos, el color pardillo, el cuero muy fuerte y con algunos pelillos; veinte pies de largo, gordo por los medios, y tan feo, que más no puede ser. Tiene los pies redondos y cada uno con cuatro uñas, como el elefante; paren las hembras con las vacas y así, tienen dos tetas con que dan de mamar a sus hijos. Comiendo manatí parece carne más que pescado; fresco sabe a ternera, salado a atún, pero así es mejor y se conserva mucho, la manteca que sacan de él es muy buena, y no se enrancia; adoban con ella su mismo cuero, y sirve de zapatos y otras cosas. Cría cierta especie de piedras en la cabeza, que aprovechan para la piedra y para la ijada. Los suelen matar cuando están paciendo hierba a orillas de los ríos, y con redes cuando son pequeños. Así cogió uno el cacique Carameteji y lo crió veintiséis años en una laguna que llaman Guainabo, donde moraba. Salió tan sentido, aunque grande, y tan manso y amigable, que mal año para los delfines de los antiguos; comía de la mano cuanto le daban; venía llamándole Mato, que quiere decir magnífico; salía fuera del agua a comer en casa; retozaba en la ribera con los muchachos y con los hombres; mostraba deleitarse cuando cantaban; sufría que se le subiesen encima, pasaba a los hombres de un lado a otro de la laguna sin zambullirlos y llevaba diez de una vez sin ningún trabajo, y así tenían con él grandísimo pasatiempo los indios...

...No había en esta isla animales terrestres con cuatro pies, sino tres clases de conejos, o por mejor decir ratas, que llamaban hutías, corí y mohuy; quemís, que eran como liebres, y gozquejos de muchos colores, que ni aullaban ni ladraban. Cazaban con ellos, y cuando estaban gordos se los comían. Ahora hay toda clase de bestias que sirven de carga y carne. Han multiplicado tanto las vacas, que dan la carne a quien desuella el cuero... A los diez meses conciben las novillas, y hasta las potrancas hacen lo mismo. Los perros que se han escapado y criado en los montes y en despoblado, son carniceros más que lobos, y hacen mucho daño en cabras y ovejas. Los gatos, aunque fueron de España, no mean tanto como en ella cuando andan en celo, ni aguardan a enero para vocear, sino que a todo tiempo del año se juntan, y sin estruendo ni gritería. Había vides en esta isla, cuyas uvas sazona-

ban; sin embargo, no hacían vino de ellas, de lo que me maravillo, siendo la gente amiga de emborracharse. Llevaron sarmiento de aquí, cuyas uvas maduran por Navidad. Pero todavía no hacen vino, no se si por flojedad de los hombres o por fortaleza de la tierra. El trigo se da muy bien, aunque se dan poco a él por ser el maíz fácil y seguro de coger, y pan sustancioso y que sirve para vino. Al principio de sembrar el trigo se hacían cañas muy fuertes y espigas gordas, hasta el punto de que cada una de ellas producía dos mil granos: multiplicación semejante jamás se vio. Por lo cual se conoce lo graso que es aquella tierra de que hablamos, por cuya causa deben ser estériles los olivos y todos aquellos árboles que tienen fruta con hueso, y hasta muchos de ellos no prenden, como son los duraznos y los de su género. Las palmas, empero, maduran sus dátiles, aunque no son buenos. Lo contrario sucede con los árboles de pepita, que se crían muy bien, ya sean dulces, ya sean agrios. Hay muchas cañafistulas naturales, sin embargo, son vanas o malas; los que se han hecho de pepitas de boticarios que allí pasaron son excelentes y en grandísimo número, sólo que los destruyen las hormigas. Todas las hierbas de hortalizas que llevaron de aquí se hacen muy lozanas; y tanto, que las más de ellas no grana, como son rábanos, lechugas, cebollas, perejil, berzas, zanahorias, nabos y cohombros. Lo que se ha multiplicado mucho es el azúcar, que hay al pie de treinta ingenios y trapiches ricos... También sacan bálsamo bastardo de un árbol llamado goaconar³, que huele bien y arde como corazón de pino... Lo sacan asimismo de otras cosas, y aunque no es igual que lo de Judea, es bueno para llagas y dolores. Infinitas aves hay en esta isla que no las hay en España, y muchas como en ella; empero, ni había pavos ni gallinas; aquellos se crían poco y mal, y estas mucho y bien, sin diferenciarse nada de cómo son aquí, salvo que los gallos no cantan a medianoche. Las cosas que de ordinario se traen como mercaderías, y en cantidad, de esta isla a estas partes son azúcar, brasil, bálsamo, cañafistula, cueros y azul...

JUAN DE ECHAGOIAN:

RELACIÓN DE LA ISLA ESPAÑOLA (1568)¹

♦♦♦ **E**ntran a esta ciudad² por un río que hasta cuatro leguas es de agua salada, y de allí adelante es dulce. Hace este río muchas vueltas, hermosas y quebradas, a vista de muy hermosas arboledas, y en ellas hay muchas estancias que acá llaman heredades; y así mismo hay ganado y cabras. Tiene grande número de frutas de la tierra, y de frutas de España muchos mejores, y muy buenos y hortaliza, de la cual alguna semilla torna a producir y otra no. Las coles duran diez y doce

³Sin identificación (C.E.D.).

¹En Rodríguez Demorizi, Emilio. *Relaciones Históricas de Santo Domingo*, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), 1942, tomo I.

²Santo Domingo (C.E.D.).

años, porque contándola nace otra, y de los cogollos, aunque no tuviese raíz, nacen tantos cuerpos de colo cuantas ramitas se ponen. Es tierra de berengenas como Toledo, y de pepinos, y muchas cidras; de naranjos y limones de muchas suertes hay sin número. Patatas hay pocas, y en esta tierra se ha perdido ya la raíz de las buenas patatas. De frutas de la tierra hay uvas monteses y algunas parras de España que dan muy buenas uvas, y moscateles algunas. Hubo viñas en Nigua que daban muchas uvas; háse perdido el cuidado que en esto había, porque se dañan, y llevando sarmientos de las islas de Canarias habría parras muy poderosas, como las hay en las dichas islas. Hay muchos granados, porque esta fruta se da mucho. Membrillos habrá seis árboles³, y los que salen de estos son de los buenos de España; y entre otras frutas desta tierra, hay tres principales, que por ser tales las diré aquí: que son plátanos: unos muy pequeños que llaman dominicos, y otros grandes, que son de hechura de un bolo. Los árboles son muy altos y de muy hermosa vista; llámense platanales; tienen unas hojas muy largas, varas de cuatro y más de media de ancho, y quitado el capullo y cubierta se comen sin cortallos. Son blancos, y como carne de mermelada, de olor de una buena camuesa. Este árbol nunca da más del primer fruto, porque luego se pierde y pudre; y este fruto sale de una manga blanca y azul muy hermosa, que se va abriendo, como va creciendo el plátano, de donde salen tres o cuatro racimos que tendrán más de cien plátanos, y su comida natural es cuando madura en el árbol, lo cual no se hace sino cuando se cortan verdes, y en quince días maduran; y háse de notar que entre tanto que este árbol da su fruto nacen otros al pie, de manera que cada año viene a ser uno. Es mantenimiento principal de aquella tierra; son más de doscientos mil árboles de estos los que están en la dicha ciudad, ingenios y estancias.

Y asimismo otra fruta que llaman piñas: unas algo blancas, y otras algo amarillas, que son las mejores. Tienen la demostración exterior a las piñas de esta tierra; es fruto de muy suave olor, mueve mucho el apetito para gana de comer; no tiene cuesco, cría cólera, traese en conserva a España y pierde algo del buen color.

Y así mismo otra fruta que se llama mamei, que de estos mameyes hay unos grandes y otros pequeños. Tienen unos cuatro huesos, y otros dos; son de tamaño y redondos como una bola, más grande o pequeña. Es del olor y casi sabor del melocotón, sino que la carne es algo más dura; los árboles son tan altos como álamos, y tienen dos mil, y más o menos de esta fruta, conforme al cuerpo del árbol. Es el número que hay de estos árboles muy grande. Esto cuanto a las frutas principales, porque de otra fruta llamada guayaba se dirá adelante, cuando se hable del ganado.

...El campo, como está dicho, de esta ciudad y su tierra es muy fértil en grandísima manera. Hay grandes dehesas, y hay montes de cuatro y cinco

³Este escaso número de árboles se explica por no ser el membrillo originario del país.

leguas del árbol llamado guayacán, que acá se nombra “el palo sano”⁴. Es contra el mal francés, y aun para muchas enfermedades, que cortado todo, en cuatro años nace otro tanto palo. De este palo se lleva mucho a Flandes, de que hacen platos y morteros y otros servicios, porque además que es como un acero, es saludable este servicio.

Hay en la dicha ciudad y isla grande número de cañafistolos, y dase muy bien, y asimismo en la villa de la Yaguana, que es una villa de al pie de cien vecinos y puerto de mar del distrito de la dicha ciudad. Estos cañafistolos son unos árboles muy altos; tienen una flor amarilla de muy admirable olor, que se cuece para hacer de ella conserva, que es tal y tan saludable que se había de tener cuidado de que se trajese para la casa Real de S.M. Y así mismo, cuando es muy pequeña la cañafistola, que está muy tierna, se hace de ella muy buena conserva, que es casi tan buena como la de la dicha flor; y esta cañafistola es mercadería que se trae a España. Después acá se ha hallado una yerba que se llama la china⁵, que hay tanta que no tiene ningún precio.

El mantenimiento de estos negros de estancias y ingenios, y de los que están en la ciudad trabajando, y sirviendo a sus amos, que serán por todos veinte mil negros, es comer casabi, que se hace de una raíz que ponen en montones; que cuando está crecida y gorda en el montón esta raíz, la raen, y lo que raen lo lavan, y con el molde que tienen para ello hacen una torta muy grande algo tostada, y de esta raíz se apura más y se hace otro casabi muy delgado, sabroso de comer, que se llama *sablao*. De la flor de esta raíz, que se llama *anaíboa*, se hace un potaje con leche, como manjar blanco, que es muy sabroso, y tiene mucha fuerza, y es de tanta substancia que por poco que se coma trae sudor; y esta comida es general... Cogerseia mucho trigo si se sembrase...

El ganado de esta tierra es mucho, y solía ser muy mucho más sin comparación, porque multiplicaba al tercio, y se hallaban cuatrocientas mil vacas de rodeo. La causa de haber al presente poco ganado es, porque como los vecinos tengan mucha necesidad. No solamente matan el ganado crecido, pero las vacas preñadas y el ganado de edad de dos y tres años; y aunque esto se ha prohibido y mandado a pregonar no se haga, todavía lo hacen. Y también en los lugares de la dicha ciudad, en la tierra adentro, hay puertos de mar donde entran navíos de extranjeros, y como van sin licencia de S.M. venden barato a trueque de cueros y azúcar, y se llevan el oro en polvo, y los vecinos, sin tener otras consideraciones, matan cuanto ganado tienen... Por otra razón asimismo hay falta de carne, porque los perros han criado y aumentado en tanta manera, que hay más de cien mil perros, como lobos, que llaman cimarrones. Estos matan el ganado, en especial el pequeño, y dejan la carne y solamente beben la sangre. Y la carne que dejan

⁴Palo santo (C.E.D.).

⁵Sin identificación (C.E.D.).

comen los puercos, así los mansos como los cimarrones, que son muchos. Otra tercera causa porque hay falta de carne, y esta última es la que más daño hace, es porque en la dicha isla hay un árbol grande, y otros hay pequeños, que se llaman guayabal. Da una fruta muy hermosa, tan grande como un membrillo. De dentro las buenas son muy coloradas, y amarillas de fuera; tiene dentro muchos granos; y llámase guayaba; como el ganado alcance a comer esta fruta, de lo que estercola, como es tierra tan fértil, de cada grano se ha hecho y hace un árbol; y como haya nacido tanto número de árboles, ha hecho las tres cuartas partes del campo sombrío, que están tan espesos los árboles que no se puede caminar, y a caballo no se puede matar ganado, y los perros son más señores de él: y por ser el pasto sombrío no hay tanta yerba, ni se cría grano, por lo cual asimismo el ganado ha tenido acogimiento para de manso y de rodeo hacerse bravo y cimarrón... Cuanto al ganado ovejuno, hay asimismo poco, que serán hasta cincuenta mil cabezas, y tres mil cabras, y las yeguas y mulas y caballos monteses sin número... Muchas palomas, gallinas, y gallinas de Guinea sin número, que tienen el parecido y sabor de perdices, salvo que son muy mayores. Y tantos naranjos dulces y agrios y secas y naranjas caxeles, como y de la manera que está dicho de los guayabales, que van haciendo el mismo daño como está dicho.

JUAN LÓPEZ DE VELASCO:

GEOGRAFÍA Y DESCRIPCIÓN UNIVERSAL DE LAS INDIAS (1571)¹

El temple de esta Isla² es húmedo y caliente, aunque no de manera que de pena el calor, porque los aires son templados; no del todo sano, especialmente para niños que nacen en ella, que se mueren muchos: es la tierra y suelo della arenisco, pero muy empradecido y fresco todo el año, y lleno de muchos ríos de aguas dulces y delgadas: hay grandes arboledas y malezas de casi todos los árboles silvestres... y especialmente de guayabos, que van en grande crecimiento cada día, cerrando la tierra y ocupando los pastos, por los muchos que nacen en todas partes del estiércol de las vacas y otros ganados que comen el fruto dellos y lo repastan en los pastos cabañas.

Hay grandes montes de guayacán o palo santo que llaman de las Indias, muchos montes también de cañafistola, que sin cultura ninguna se crían y fructifican, y mucha china y brasil y árboles de algodón, plátanos, piñas y mameis, y dáse grandemente el gengibre con otras muchas otras frutas de la tierra y de España casi todas las que se han llevado; hánse dado tanto los naranjos, que se han venido a extender hasta hacerse mon-

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones Geográficas de Santo Domingo*. Sociedad Dominicana de Geografía, Santo Domingo, 1970, vol. I.

²La Española (C.E.D.).

tes dellos, y también de sidras y limones y todo agro: hay grande abundancia de granados, higueras y así mismo se dan muchos melones, pepinos berengenas, rábanos, lechugas, batatas, uvas de la tierra y de España, con otras hortalizas y legumbres de España, aunque con el vicio de la tierra muchas dellas no fructifican o la simiente dellas no nace si la siembran, y así el trigo no grana ni se siembra porque todo se va en caña, aunque en algunas partes altas de esta isla dicen que se ha cogido. No se coge maíz, sino poco, y así el pan y sustento della es ordinario cazabi, que es una raíz que se coge de cultura.

Hay algunos animales terrestres y acuáticos, aunque pocos, y domésticos ninguno: los que se han llevado a España, en especial vacuno, ha multiplicado de manera que en años pasados hubo en la isla más de cuatrocientas mil cabezas de rodeo, sin las cimarronas de que hay grande multitud: ahora no es tanto, porque los pastos se disminuyen con los guayabos que nacen, y los vecinos, por aprovecharse dello cuando llegan navíos, matan lo preñado; y también matan muchos perros cimarrones, que suele haber de diez mil perros arriba, y hacen en todo el ganado mucho daño y mayor en las ovejas: hay también cabras, aunque no tantas, y caballos y yeguas, asnos y mulos: se ha todo multiplicado también excesivamente, y así hay mucho cimarrón de lo uno y lo otro, que lo prenden con redes todos los que quieren; y de los puercos cimarrones hay monteses grande acopio.

Había en la isla cuando se descubrió, palomas torcaces y zuritas, tórtolas, golondrinas, garzas, garzotas, halcones y neblíes buenos, azores y águilas, y hánse llevado de España palomas mansas y gallinas que se han criado muchas; hay muchas lagartijas y culebras, alacranes y otros animales venenosos, y muchas niguas, que se meten en la carne como aradores y hacen mucho daño.

Hay en los ríos y la mar abundancia de pescado, lisas, mojarras, sábalos, róbalos, pulpos, tollos, agujas, lenguados, acedías, ostias, almejas y ballenas y otros muchos y diversos pescados.

FRAY JUAN GONZÁLEZ DE MENDOZA:
DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO (1586)¹

En esta Isla² ay mucha cantidad de ganado vacunos que en la que queda atrás de Puerto Rico, y cógese mucho más azúcar, y gengibre, y cañafistola, y ansí mismo muchas frutas de las de España, y otras de la tierra que son muchas. Ay muchos puercos, cuya carne es tan fina y tan sabrosa como el carnero de España, y vale todo por muy poco

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones Geográficas de Santo Domingo*. La obra de González de Mendoza se titula: *Historia de las Cosas Más Notables, Ritos y Costumbres del Gran Reyno de la India*, 1586. En esta edición, el autor agregó varios capítulos, uno de los cuales, muy breve, está dedicado a la isla de Santo Domingo.

²La Española (C.E.D.).

precio, y cómprase un novillo por ocho reales, y las demás cosas de la tierra a este respeto, aunque las mercaderías de España valen caras... En toda la isla no se coge trigo, sino en el obispado de Palenzuela, aunque ay muchas partes donde si lo sembrasen se daría bien; pero la naturaleza que suele suplir las necesidades, cumplió la del trigo con darles en su lugar una rayz que se cría en toda la isla en mucha cantidad y abundancia y les fuere de pan como la hazía a los propios naturales quando fueron nuestros españoles; es blanca y se llama cazave, la cual molida, y echa arina hazen della pan para sustentarse, aunque no es tan bueno como la arina de trigo pueden pasar con él sustentarse... Es tierra muy cálida, a cuya causa los mantenimientos son de poca sustancia...

BALTAZAR LÓPEZ DE CASTRO:
PRIMER MEMORIAL DEL ARBITRIO PARA EL REMEDIO DE LOS
RESCATES EN LA ISLA ESPAÑOLA (1598)¹

Esta Isla averiguadamente se sabe por los que tienen entera noticia de ella que es la más rica y fértil de las que se conocen... Hay añil y guatapana y peralejo, y otros muchos minerales y frutos que produce y se crían en la tierra, como son cañafístola, pimienta, guayacán, tabaco, gengibre, azúcar y cueros, que cualquiera de estas especies harán un reino bien gobernado, rico, porque la tierra es capaz de dar abundantísimamente lo que la más fértil del mundo. Hay muchos puercos monteses en toda la Isla, que cualquiera monterero en un día mata ocho, diez o doce puercos. Hay muchos y buenos caballos, mulas y yeguas, tantas que sus dueños hacen matar las que no tienen buenos colores y tallas y a los que tienen más de diez años. Hay todo género de ganados que paren en todos los tiempos del año, y sinnúmero vacuno, de suerte que un buen novillo, cuero, carne y sebo de él no vale más de dieciséis reales.

Hay infinito pescado de innumerables especies y pejes, así en la mar de toda la costa de la Isla, como en muchos ríos y lagunas que tiene. Hay muchísima caza de diferentes géneros, hay muchos sacres y neblíes tan notables que con los silvestres cazan los hombres que por su pasatiempo lo quieren hacer. Hay muchas abejas que crían en el monte; hay china, zarzaparrilla, sasafrás y muchos árboles y yerbas medicinales, y la con que se hace el vidrio, y entre estas, tres maravillosas que llaman penda², amor seco³ y guaynio⁴, que cualquiera de ellas en las llagas o heridas en que se pone,

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones Históricas de Santo Domingo*. Archivo General de la Nación, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), vol. II, págs. 104, 107-107.

²*Citharexylum fruticosum* (C.E.D.).

³*Desmodium spp* (C.E.D.).

⁴Sin identificar (C.E.D.).

nunca se ha visto que se haya afistolado, y sanan en brevísimo tiempo, y restañando la sangre de cualquiera rotura de venas, y de todas tres, de dos años acá, se hace un cocimiento con aceite de oliva, de que se saca bálsamo de color del de Alejandría y muy oloroso, con que se hacen prestas y acertadas curas.

Hay el mismo bálsamo de Alejandría y mucha cabima de que se saca el aceite y trementina de beté y brea, y morales donde se crían gusanos de seda, y pita, y infinitas maderas de varios colores, morado, amarillo y negro, blanco y pardo; granadillo, cedro, pino, nogal, roble, haya, y casi todas las maderas de que se usa, y con las que se fabrican casas y navíos, y otras ordinarias, tantas, que parece imposible poder jamás gastarlas; y en todos los montes hay muchos naranjos, arraihan, palmas, cidras, limas y limones, y toronjas, y plátanos y piñas, y otras frutas; en cualquiera parte de la dicha Isla que se siembre trigo, se da dos veces en el año, tan grandes y granadas las espigas, que son extraordinarias.

Esta riqueza y prosperidad ha venido en tan gran disminución que no valen hoy los aprovechamientos de la Isla la cincuentena parte de lo referido...

SIGLO XVII

ANTONIO VÁZQUEZ DE ESPINOSA:
 COMPENDIO Y DESCRIPCIÓN
 DE LAS INDIAS OCCIDENTALES (1629)¹

El temple de esta isla es cálido y húmedo, siempre es verano, iguales los días y las noches por estar dentro del trópico, fértil y abundante de mantenimientos: el pan principal u ordinario que se come en ella es casabe, que se hace de una raíz llamada yuca, a modo de nabos galicianos. Para hazer el pan o cazabe rallan la yuca y esprimen el zumo, que es mortal veneno, aunque cozido es el principal sustento de los indios. De las ralladuras de la yuca hazen unas tortas grandes como rodelas blancas u delgadas, ques el pan ordinario de esta isla y de las demás, y de otras muchas partes de tierra caliente de Tierra firme. También avía maíz en abundancia, que es el trigo de las indias; de la yuca y del maíz hacían su vino para beber, y de presente lo hacen los indios, y de otras frutas y raíces de que ai cantidad en la isla. Trigo, ni las demás frutas de España, ni las avía, ni se dan, por ser la tierra muy viciosa, aunque en las sierras, y en otras partes más templadas de la isla se darían bien; ubas silvestres las ai en abundancia, aunque dellas no sabían hazer vino.

Las frutas de la Isla son las más que ai en las Indias, como son plátanos de diferentes suertes, que es mi socorrida en todos tiempos y necesidades, por averla todo el año: mameyes, que son como grandes membrillos, color y sabor de melocotón, la piña es fruta regalada, que se da en unas matas a modo de cardos, aguacate es fruta mui regalada, ai diferencias de guayabas, silvestres y cultivadas, que son a modo de peras, icacos y otras frutas, que en su lugar irán declaradas sus calidades, y del modo que son.

Por toda la isla ai abundancia de caza, palomas grandes y torcaces, tórtolas de muchas suertes, gallinas de Guinea², faisanes, paugies³, pabas y

¹En Emilio Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones Geográficas de Santo Domingo*. Sociedad Dominicana de Geografía, Santo Domingo, 1970, tomo I.

²*Numida meleagris*. Comúnmente llamada solo guinea. Es ave proveniente de las costas de Guinea (C.E.D.).

³Sin identificar.

otras aves: por los ríos diferencias de pescados regalados en abundancia, ai fuertes y preciosas maderas, assí para fábricas de navíos como para otros ministerios, diferencias de frutas, raíces y yerbas de excelentes virtudes contra todas enfermedades, cógese cantidad de cañafistola mui buena.

... lábase cantidad de azúcar en muchos ingenios que ai en la isla, cógese gengibre, tabaco, bálsamo, cañafistola, brasil, guayacán y otras cosas de estima. Tiene innumerables crías de ganado mayor, de que todos los años vienen las naos cargadas assi de corambre como de los otros frutos, de que pudieran venir otros muchos navíos cargados si los enviaran, con que fuera la tierra más rica; ai en la isla para las crías del ganado y beneficio de las demás haciendas más de 4,000 esclavos de los vezinos de Santo Domingo y muchos mulatos libres.

LUIS GERÓNIMO DE ALCOCER:
RELACIÓN SUMARIA DEL ESTADO PRESENTE
DE LA ISLA ESPAÑOLA (1650)¹

♦♦♦♦ **A**y en ella² muchos ríos y arroyos y son tantos que no pondré sino los que salen al mar porque su número pone admiración y no quisiera que pareciera encarecimiento. No lo digo por alabanza, que plugiera a dios no fuera tan abundante de aguas y ríos quizá fuera menos húmeda y más sana.

El capitán Francisco Ramírez Camacho, por mandato del Presidente Don Gabriel de Chaves Osorio, boxó esta yslla el año de 1629 y entre otras cosas de que hace relación dice que contó 117 ríos y arroyos que tienen boca al mar y los va contando por sus nombres y los lugares desta yslla adonde caen y corren y con todo esso se le quedaron muchos por contar porque iba por la mar y cuando se desviaba de tierra dos o tres leguas para montar algún cabo se le pasaban muchos ríos y arroyos. Yo e comunicado este punto con personas experimentadas y de Verdad y que an andado toda esta yslla y dicen que serán ducientos ríos y arroyos pocos más o menos los que salen desta yslla al mar y los setenta son ríos caudalosos y navegables tan grandes como Hebro, Duero y Guadalquivir en España y algunos son tan caudalosos que tienen tres o cuatro bocas por donde salen al mar.

En estos ríos y arroyos que salen al mar entran otros innumerables ríos y arroyos que algunos dicen que son cinco mill y otros quatro mill; lo cierto es que no se pueden contar y que toda esta yslla está surcada y arada de ellos. Léanse los autores que tratan desto y se verá esta verdad. Por qualquier parte que se camine a media legua y a legua se pasan ríos y

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones Históricas de Santo Domingo*. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), 1942, tomo I.

²La Española (C.E.D.).

arroyos y en partes en distancia de una legua ay muchos ríos y arroyos que entran en ellos.

Tienen muchos ríos que se hunden y sumen y por devaxo de tierra van a pagar su tributo al mar y otros que poco antes de salir al mar se manifiestan y hacen boca aviendo corrido algunas leguas por devaxo de tierra, y otros que salen a algunos lagos adonde pierden su nombre y no salen al mar y entre estos es notable un río que llaman Brujuelas, que siete leguas antes del mar se hunde y sale en el mismo mar adonde llaman la ensenada de Andrés y en este lugar en medio del agua salada del mar cogen agua dulce los marineros que tienen noticia dello. Ay en esta ysla sin los ríos muchísimas lagunas o lagos, algunas muy grandes y otras medianas; de las mayores daré noticia por ser notables.

Sea la primera la laguna que llaman de Henriquillo por un cacique así llamado que se le reveló y algunas veces se retiraba en una ysla³ que está medio de esta laguna; tiene de largo catorce leguas y otros dicen diez y ocho y de ancho de tres asta seis; es salada como el mar, por donde se sospecha que se comunica con él por devaxo de tierra; levanta grandes olas quando ay viento y está tres leguas distante del mar, tiene en medio una ysla de poco más de una legua de largo y media de ancho; no cría otros pexes sino tiburones o marajos no muy grandes, pero muy carnívoros y voraces de los quales ay muchísimos, y se sospecha que ellos an acabado todo el pexe de la laguna o no lo dexan criar porque en las bocas de los ríos y arroyos que entran en ella dicen que se hallan manatíes y hicoteas y otros pexes. Entran en esta laguna siete arroyos y un río que llaman de Las Damas, muy agradable y de buena agua y todos los arroyos que entran en ella son dulces y de buen agua y con todo esso es muy salada como el mismo mar = En la ysla que está en esta laguna echó cabras para que se criasen un vecino de Santo Domingo, y yendo a reconocerla Gonzalo de Frías, capitán de la artillería de la fuerza desta Ciudad y Antonio de Peña, vecino de Azua, con otras personas en una mala canoa, se levantaron olas que trastornaron y hundieron la canoa y escapóse un muchacho español que iba con ellos, que se tuvo por milagro. Los demás no parecieron; sospéchase que los comieron los pexes marajos; fue gran pérdida para esta Ciudad por ser personas de valor. Desde entonces no ay quien se atreva a yr a la ysla y ver las cabras, que sin duda abrá muchas por ser su tierra a propósito para ellas.

La laguna que llama de Neiva porque se comunica por un caño con el caudaloso río de Neiva, tiene tres leguas de largo y legua y media de ancho; es muy abundante de pescado y hicoteas con que provee a esta Ciudad de Santo Domingo; está en el Distrito de la Villa de Azua, en cierto tiempo del año es tanto el pexe que acude al caño con que se junta esta laguna con el río Neiva que pone admiración porque va al río a desobar y entonces es

³Cabritos, antes Guanisaca (C.E.D.).

quando se hace mayor pesquería, porque los más vecinos de Azua y de otras partes acuden a pescar y ponen nasas y corrales en el caño, y tanto pesca el primero como los de atrás y es tanto el pescado que sacan que a veces no lo pueden salar ni beneficiar todo y se contentan con los huevos del pescado, de que traen muchísimos a vender a esta Ciudad y son muy grandes de más de a quarta y muy gustosos.

Más adelante está otra laguna nombrada de Azucí^d que es de agua dulce y delgada y muy buena para beber. Entran en ella algunos ríos; cría mucho pexe y hicoteas; tiene de largo diez leguas y de ancho seis y hace olas como el mar.

De tantos ríos, arroyos y lagunas y de ser la tierra muy lluviosa, que casi todo el año está lloviendo, procede el ser esta isla Española muy húmeda, y como sobre esto es caliente, es enfermísima por la mayor parte, aunque ay en ella puestos secos y frescos que son sanos, y generalmente la banda norte de esta ysla es más fresca y sana, pero oy está despoblada y es lástimas que tan buena tierra se pierda, que sólo sirve a los herejes y extranjeros, como diré después.

...Tiene esta ysla muchos valles muy fertiles y abundantes que sera fuerça hacer mención de algunos.

El valle ve Neiva questa en el distrito de la villa de Aça treinta leguas dê la ciudad de Santo Domingo, es muy fertil y abundante de todas las cosas necesarias para la vida humana. Lllamanle El Parayso terrenal; tiene grande abundancia de pescado; nado mayor y se pudieran criar ovejas y ganado de cerda porque el poco que se cria es muy bueno y el mexor de la ysla, hacense muchos quesos en el de que proueen a esta Ciudad de S^{to} Domingo.

Y es su principal grangeria y si los supiesen hacer fueran tan buenos como los de Flandes= Ay en el valle mucha casa de volateria y en el solo se halla gran cant^d de pabos reales o pabones muy grandes y vistosos que los lleuan a otras partes y son muy estimados= Ay tambien / gran cant^d de garças y en vn bosque donde se recojen a dormir se hallan muchas garçotas blancas y pardas que son muy estimadas para penachos de sombreros= Alrededor deste valle se hallan cerros de sal, de yeso, y caparroça, y otras cossas. Crianse en esta valle buenos caballos y mulas y jumentos.

El Valle de San Joan es de lindo temple, fresco y sano y que algunas vezes hace muy gran frio. Críase en el mucho ganado mayor y se pudiera criar mucho menor porque se cria muy bueno. Alguno ay y se pudiera criar mucho si la falta de caudal no lo escusara= Ay en esta valle muchos caballos cerreros o como aca dicen, cimarrones, que todos los que quieren los cojen y se aprouechan de ellos= Es tanto el numero de ellos que pone admiración

^dAzuey, hoy del Fondo (C.E.D.).

y es vna de las maravillas del mundo. Para cojer caballos en este valle y en otros hacen vnos corrales con mangas largas y luego van a espantarlos y encierran tantos que muchas veçes se leuan por delante el corral y las mangas y rompen y es menester tener cuenta con que no vengan a el corral muchos; despues de encerrados entran en el corral y matan a todos los que tienen edad y solo aprouechan los de dos o tres años y de estos se les mueren muchos y con todo eso ay tantos que dicen ay mas de treinta mill caballos, y los que se moderan algo dicen que mas de veinte mill. Lo que admira mas a los que no la an visto es que quando van a espantar los caballos p^a que entren en los corrales empieçan a correr de vna p^{te} a otra y vnos espantan a los otros, de manera que puesta vna persona en vn lugar alto ve pasar vn dia entero caballos corriendo que son tantos que hacen temblar la tierra. Crianse en este valle muy buenas mulas y no digo mas del por no ser prolixo.

El Valle de Guaua es tambien muy fertil y abundante de ganado mayor y caballos (aunque no tantos como en San Juan) y mulas muy buenas; esta sesenta leguas de Santo Domingo— el valle de Jatiuonico⁵ es abundante de mucho ganado vacuno de cerda y caballos; esta despoblado que solo van sus dueños a hacer cueros en el, porque esta muchas leguas de la ciud^d de S^{to} Domingo; otros valles ay en esta ysla pero estos son los mas notables y por no detenerme no hago relación de ellos; en toda esta ysla ay gran abundancia de ganado mayor por los montes, bosques y arcabucos adonde van solo a matar las reças para aprouechar los cueros dexando las mas veces perdida la carne.

Suelense hacer cada año 40.000 cueros pocos mas o menos; ay también mucho ganado de cerda silueste que matan para aprouechar la manteca que es la que se gasta en esta Ysla y en otras partes de las Indias.

Los frutos desta ysla son cueros, mucho gengibre, mas que en Puerto Rico que se solian cojer de 25.000 a 30.000 quintales cada año conforme al valor que tiene en España, cañafistola, azucar, y tabaco muy bueno que si se beneficiara fuera mejor que el de Barinas. Con todo eso se cojen mas de 200.000 mil libras cada año y ya se va cojiendo cacao que este año de 1650 dicen se abra cojido seis mill cargas de a 75 libras cada una, y dicen es buen cacao, mejor que el de otras partes.

De pan casaua, mais, arros, habas, frixoles, millo, batatas, yautías, maní, y lerenes, y de otras legumbres y de platanos, auyamas, calabças, melones, pepinos y patillas o zandias se coge lo que basta para los moradores desta ysla y no se coge mas porque no tienen saca destes frutos.

Ay en esta ysla muchos caballos y jumentos que valen muy baratos; ay pocas mulas porque no ay quien de propocito las crie que se pudiera hacer con facilidad por auer tantas yeguas y jumentos. Las que ay son acaso y

⁵Artibonito o Hatibonico (E.R.D.).

valen a dies y a doce pessos que es mucho para lo poco que valen los demas quartagos⁶. Criase mucho ganado de cerda y vacuno y algunas ovejas y se pudieran criar muchas por auer pasto a propocito para ellas.

En los rios y lagunas se cria mucho pexe y muchas hicoteas que son como galapagos aunque mas grandes de palmo y de a palmo y medio y las comen y tienen por comida regalada; su carne es como de vn pollo; dicen que no es mantenimiento sano por ser muy humedo— En la mar se cria mucho pexe diferente del de los ríos y muchas tortugas muy grandes como vna adarga y mas= Tambien las comen y estiman su carne y hacen de ella muchos guisados que quien no lo sabe jusgaran q^e son de vaca o carnero.

Ay tambien vn pexe que llaman Manati que se halla en otras muchas partes de las Indias, que tiene la cabeça como ternero y su carne es como de vaca o puerco y tiene mas carne que dos vacas porque todo es carne; los de la tierra lo estiman por regalo y lo buscan con cuydado particularmente en quaresma q^e les deue de quitar el deseo de comer carne.

En los rios que salen desta ysla por la vanda del norte ay muchos caimanes o lagartos que son propiam^{te} cocodrilos; no son aqui muy feroçes ni se sabe que ayan hecho daño a alguna persona; a los ganados y animales que van descuidados a beber suelen asir y llevarlos a fondo adonde los ahogan y se los comen; van creciendo mucho y pasandose de vnos rios y lagos a otros y como matan pocos se multiplican mucho y adonde entran acaban todo el pescado. Los que matan es para quitarles vnas como landres que tienen olor de almisque pero es muy vehemente. Para de lexos es buen olor y mesclado con otros olores es muy agradable.

Tiene muchas maderas esta ysla que no le falta ning^a de las preciosas de las Indias y algunas de las de Europa. La mas comun es la que llaman caoba, ay cedros olorosos, brasil, granadillo, guayacan o palo santo; cabimas, vsuas, y otras maderas; ay vna que llaman capá muy buena para el fondo de los nauios por ser recia y que dura mucho en el agua; otra madera que llaman Maria que es muy buena para la ligaçon de los altos de los nauios y de algunas muy altas se an hecho arboles de nabios que salen buenos— Ay robles laureles muy altos de que tambien se hacen arboles para naos; en la serrania ay nogales que dan vnas nueces muy recias y de poca medula= Ay pinos, mas no son tan altos como los de Europa ni dan piñas; tienen mucha tea de que se solia sacar brea; ya no ay quien la beneficie; dan muy buena trementina— Otras muchas maderas ay que fuera cansado referirlas todas.

Tambien ay euano muy fino y es cosa notable que en vn arroyo que sale al rio de Jatiuonico en la vanda del norte desta ysla, estan como quarenta maderos de euano arrancados y caydos en el çuelo y el vno dellos es tan

⁶Cuartago, jaca, caballo de talla mediana (E.R.D.).

grueço, que sirue de puente a el arroyo, los quales dicen que desde que se gano y poblo esta ysla se allaron y estan sin corrupción alguna, y que no saben de donde vinieron porque muchas leguas desviadas de alli no se a allado otros maderos de euano que si digo que los ay en esta ysla es muy desuiado deste arroyo adonde llaman la Sabana que oy no ay paso para yr a ella como e dho. en otra ocasion.

Ay muchos generos de palmas. La mas comun es la que da vnas camiças de palmito de la palma que llaman yaguas que sirue de texa para cubrir las casas de paja; ay palmas de cocos, tambien ay palmas de datiles que si se sembraran vbiera muchas. En la playa de la baía de Ocoa las ay del tiempo que llegauan alli las flotas de Nueva España y de las pepitas de los datiles que comian los de la flota nacia[n] tantas y dicen que son muy buenos los datiles si los cogen de sason.

Todas las frutas de Europa que tocan en agrio se allan en esta ysla en gran abundancia, que parece que son naturales de ella, naranjas de a tres o quatro generos, agrias y dulces; limones y limas y cidras agrias y dulçes de dos o tres generos, toronjas y otras frutas deste genero.

De las frutas de Europa ay algunas vbas higos y granadas y pudiera auer muchas porque ay diuersas tierras y temples a propocito para ellas= Mas como es menester sembrarlas y cultivarlas y tienen las frutas de la tierra tan baratas que las hallan por todas partes que la tierra las da de suyo, no quieren trabajar en otras.

Todas las frutas de las Indias se allan en esta ysla con muchas ventajas y algunas an sido traídas de otras partes. Y en ella se an mejorado mucho y se dan en gran abundancia. La mas comun es el platano de que ay tres o quatro generos, y la mejor dicen que es la piña, fruta olorosa y suave avnque ay algunas agrias y no refiero tantos generos de frutas como ay por no ser prolixo, basta lo dicho.

En la vanda oriental desta ysla adonde esta la villa de Higuei, se halla vna canela muy fuerte que en lo demas conforma con la del oriente, dicen que es por falta de beneficio y de saberla coger a su tiempo.

Esta ysla Española es muy abundante de yeruas porque todo el año esta dando yerua verde sin agostarse, por lo qual ay muchissimas yeruas medicinales y muchas purgas asi de las de Europa y de las que traen de oriente como propias de la tierra y de otras partes de las Indias de yeruas, flores, raices y frutas, sino que es tanta la floxedad que ay de buscarlas y aprouecharse dellas que muchas veces las ay por las calles y plaças, y las estan vendiendo en la votica por precios excesiuos y lo peor es que las buscan en la tierra y las venden haciendo entender que las truxeron de España para darles mas valor= No refiero las yeruas porque son ynumerables y cansaria si las vbiera de referir todas.

Ay en esta ysla gran abundancia de caza de bolateria de palomas que ay innumerables por los campos, gallinas de guinea que son como perdices,

añares, faizanes, cocos, patos reales, patillos, yaguasas⁷, tortolas y algunas perdices; ay tambien vnas aues como grullas que tienen la pluma muy roxa y se llaman flamencos de que ay gran abundancia en algunas partes aunque vn autor dice no las ay sino en Cuba. Ay garças r^s. y en el Valle de Neiuá ay tantas que en vn bosque donde tienen su dormida se hallan ynnumerables garçotas blancas y pardas que despiden las garças las quales van a buscar para penachos de sombreros y son muy hermosas y estimadas para el tiempo de regocijos y las leuan a otras partes.

Ay innumerables papagaios catalnicas, y pericos que son todas aues de vn genero que tienen la pluma verde con algunas amarillas y roxas; tienen muy buena vista y enseñadas ablan mejor que tordos; ay ruiseñores, calandrias y otras aues que cantan muy dulcemente y otras ynnumerables aues que no siruen sino de hacer daño en las labranças como cueruos, graxos y otros que llaman judios.

En el Valle de Neiuá ay muchos pauones muy hermosos y estimados y los vienen a buscar de otras partes de las Indias y se leuan a España y como ay tantos los suelen comer y es aueraga lada de muy buen sabor y gusto solo que se queixan que engaña con la vista porque es muy pequeña despues de pelada; dicen que sera como vna gallina y las hembras son menores pero son mas sabrosas. Ay tambien muy buenos halcones que al principio de la poblacion de la yslla se buscaban y criaban y se lleuaron algunos a España para su magestad.

Dase bien el algodón en esta yslla antes parece que es arbol natural della porque naçe muchas veces por los campos sin sembrarlo y si tubiesse saca del se cogeria gran cant^d, mas oy no lo gastan sino en medias y en faxas y escofietas para las negras y por esso no se coge mas del que es necesario para esto; el arbol del algodón es mucho mayor que el de Europa y da innumerables capullos del algodón. Y si se poda cada año el arbol dura muchos años y si no dura tres o quatro.

De casa de monte no ay mas de vacas o toros y jabalies y estos en grande abundancia por toda la yslla; de los jaulies mas quieren matar las hembras que los machos porque de ordinario se hace dellas la manteca con que se guiça en esta tierra y en muchas de las Indias.—

En algunas partes desta yslla ay auejas que crian miel y sera en los arboles y no se benefician que fuera gran aliuio porque vale la sera muy cara.

Ay tambien aquellos lagartos que llaman yguanas o ivanas q^e son muy diferentes de las hicoteas. Vn autor que escriuió de las Indias por relaciones confunde estos dos nombres. Pensando que eran vna misma cosa yguana y hicotea y esto lo dice no en vna parte sino en muchas de su Historia siendo animales muy diferentes porq^e. la iguana es como lagarto y la hicotea es como lagartapago: a la iguana la comen por gran regalo y la dan a los enfermos y su carne parece como de vn pollo y aun es mejor.

⁷*Tabebuia acrophylla* (C.E.D.).

...La vanda del norte desta ysla esta despoblada siendo la parte della mas sana, mas fresca y mas fertil. Esta llena de ganados de todas suertes de que se aprouechan oy los estrangeros destos reinos de España y vienen a hacer cueros y carne de vacas y cebo, y manteca de ganado de cerda para leuar a vender a otras partes de las Indias que tienen pobladas y tambien vienen a cargar de sal y de cañafistola y de otros frutos para llevar a su tierra de Europa.

ANDRÉS NÚÑEZ DE TORRA:
RELACIÓN SUMARIA (1662)¹

El temperamento de esta parte², de día es en todo el año sin ninguna fatiga de color, de noche es tanto el fresco, que se necessita de ropa y lumbre.

...El terreno de Bayajá a Santiago es muy a propósito para trigo, y ganado cabrío, ovejas y carneros, y en sus principios avía de estos géneros grandes haziendas con muy lindos rios para regadío, aguas frescas y de zarza...

...Entran luego los hatos de Baní y algunas monterías con mucho ganado...

...La punta y río de Nizao está cinco leguas de la Ciudad de Santo Domingo... y de esta punta entra la ensenada, playa y río de Haina, que en su rivera están todas las más y mejores haziendas de cacao, ingenios de azúcar y algunos hatos de ganado.

...Atraviesan toda esta Isla unas serranías que llaman de Maniel, su principio dellas es en la villa de Azua, su remate (según tengo entendido) es en los siete ríos...

...Son muy abundantes estos ríos y arroyos, de diversidad de pezes muy gustosos, hicoteas, que son como Galápagos, Camarones y de otros géneros, que ay tanto, que hazen considerables pesquerías, unas con corrales artificiosos, otras encandilando de noche al pez, y matándolo a palos, y otras emborrachándole con unas yerbas y bejucos, que esto machacado lo echan en el río, y todos los pezes que participan de la fuerza de esta yerba sobreagan y salen a las orillas, donde en breve tiempo cargan lo que quieren.

Ay 200 ríos en esta Isla, los 70 navegables, tan grandes y esparcidos y hondos como Guadalquiví, y todos salen al mar: ay opiniones que de riachuelos y arroyos ay poco menos de 40 y no lo dudo: porque cada quarto de legua ay riachuelos, y arroyos que passar, y estos todo el año corren.

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones Geográficas de Santo Domingo*. Sociedad Dominicana de Geografía, Santo Domingo, vol. I.

²Se refiere a la parte española de PollPo (C.E.D.).

...Ay quatro lagunas, que en una ay una Isla de 14 leguas, y en ella gran número de ganado cabrío, que no se atreven a ir a ella por la braveza de sus olas, y cantidad de Tiburones que ay: y porque aviéndolo intentado unos vezinos en una canoa, embarcación muy pequeña, las olas la zozobraron y los Tiburones se comieron toda la gente, librando solo un muchacho encima de la dicha canoa. En las otras ay mucha cantidad de pezes de todos géneros.

...Ay en dicha Isla alcaparrosa, añil si se beneficiara, tunales donde se cría la grana, que tampoco se beneficia, bainillas, que no se tiene conocimiento dellas; mármol, jaspe, yeso, azufre, ay serranías de piedra imán; ay mucha caza de bolatería en todos los montes, y en las lagunas y ríos y algunas de las de estos Reinos. Ay diversidad de aves muy vistosas y de toda estima, pues con dezir que en los principios se cogían halcones para traer a su Magestad, no se necessita de más ponderación.

Es tanta la muchedumbre de ganado bacuno y de cerda alzados y sin dueño. Cavallos, mulas y jumentos, que estos en la tierra adentro para conducir la corambre a dicha ciudad de Santo Domingo disponen unas cercas de cuerdas para coger los que han menester y en ellos entresacan los de tres a quatro años, y largan o matan los demás.

En toda la Isla no ay animal ni sabandija ponzoñosa que haga mal a la gente, ni animales, sino son unos Gilbaros a manera de los lobos destos Reinos, y quatro géneros de mosquitos que fatigan la gente, y animales: y algunos Caimanes en los ríos, y en las costas del mar, y laguna referida algunos tiburones.

El pan de la tierra, que se llama casabe, es de una planta que en todos tiempos se pone, y assí se coge siempre que se quiere, y de sus raíces con mucho beneficio se jaze este pan; el agua que de ella sale es veneno, y beneficiada sirve de zarza muy gustosa para la carne. Es pan de muy poca sustancia, pero muy sano. Hácese assimismo pan de maíz, y de millo, y arroz; y de lo que más abundancia ay para los pobres y regalo para todos es una fruta llamada plátanos, que sirve de pan y es general: porque se come verde, maduro en guisados y en diferentes dulces que se hazen dellos, y los passan como higos.

Ay muchas legumbres, assí de las destos Reinos como variedad de las de aquellas partes.

Ay todo el año hortaliza de la tierra, y de la destos Reinos. Los más montes de la Isla son de frutas muy gustosas: y en la Ciudad y Lugares las ay destos Reinos, aventajándolos en lo que toca a las de agrio, como limones, naranjas, toronjas, cidras, etc.

Ay quatro géneros de palmas, de uno se saca tablazón, de que se hazen las cercas de los bugíos, y de sus cáscaras se cubren, su cogollo se come; el gusto del es como cardo, y de ella sacan vino de la tierra; otro es de dátiles, otro de corozos, una fruta muy aceitosa. Otro género es de cocos. Crían en los árboles y en los montes las avejas miel y cera.

Tiene toda esta Isla muchas maderas de cuantas ay en todas las Indias y aun de las de Europa y de las de Oriente, pues hasta canela ay aunque no tan buena como la que se gasta. Ay unos árboles que llaman Damajuana, que de su cáscara se hazen sogas, y jarcia y cables para navíos. Ay otros árboles, de que los negros benefician de su corteza lienzo para vestirle, que llaman Iabuey³. Ay también para cualesquier fábricas de naos madera con más abundancia que en otra alguna parte de las Indias, palos y pinos para sus árboles muy buenos, y de que sacar brea, que la mejor es de llamado Copey. Ay otro árbol que se saca aceite, y no es de comer.

Cógese en dicha Isla cacao, azúcar, tabaco, gengibre, corambre, y mucha que se curte, achiote, cañafistola, zarza, brasil y otros géneros con tanta abundancia que solían salir cada año de dicho puerto para estos Reinos, Islas de Canaria, Nueva España y Cartagena 16 navíos, los más de porte, todos cargados, y oy con dos tormentas que ha avido y tres pestes y dos visitas generales que a dicha Isla han ido, ha quedado muy arruinada...

ALEXANDER OLIVIER EXQUEMELIN:
PIRATAS DE AMÉRICA (1678)¹

CAPÍTULO II

La isla de la Tortuga está situada a tres leguas de la costa norte de la grande y célebre isla Española en los 20^º 30 latitud septentrional, y tiene una circunferencia de dieciséis leguas. Los españoles le dieron este nombre a la isla porque tiene la forma de una tortuga de mar. A pesar de que la isla es muy rocosa, está cubierta de árboles frondosos que crecen sobre los peñascos. En la isla casi no hay capa vegetal en el suelo, o sea que las raíces de los árboles están completamente a la vista.

La costa norte de la isla está completamente despoblada y posee poco atractivo, pues no tiene playa ni puerto salvo unos pasos estrechos entre los escollos. Sólo la parte sur está poblada y tiene un puerto único para los navíos...

En cuanto a la vegetación de la Tortuga allí crecen excelentes árboles madereros, tales como la *chlorophola tinctoria*² (que produce tinte amarillo) y los sándalos rojo, blanco y amarillo... Aquí también crece el *lignum sanctum*³ (guayacán) que los habitantes llaman madera sarnosa. Los árboles que dan el *gum elemi* abundan mucho en la isla, la *radix china* o raíz de china también, pero francamente no es tan buena como la de Oriente. Su carne es muy blanca y blanda, y por tanto sirve de alimento para los puercos

³Sin identificar.

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Ed. de Santo Domingo, 1979.

²Fustete o palo amarillo (N. del T.).

³Guajacum officinale (C.E.D.).

cimarrones. La isla también tiene otras plantas medicinales y no carece de áloes.

En la isla abunda la madera para la construcción de barcos y viviendas. Hay muchas variedades de frutas y plantas al igual que las otras islas del Caribe. Algunas de las más abundantes son la yuca, la patata, el ñame, el melón, la sandía, la guayaba, el guineo, el plátano, la piña, el cajuil y tantos otros que no nombraré para no aburrir al lector. También hay gran abundancia de palmas...

Hay muchos jabalíes en la isla...

Varias veces al año llegan palomas en tales cantidades que los isleños pueden alimentarse con ellas sin necesidad de otra carne...

En la isla hay muchos cangrejos, tanto de mar como de tierra, y son grandes y sabrosos...

CAPÍTULO III

La isla Española está situada entre los 17 y 1/2º a 20º latitud septentrional y se extiende de oriente a occidente unas 120 leguas; tiene unas 300 leguas de circunferencia, siendo en algunos lugares más y en otros menos ancha...

...La capital se llama Santo Domingo... Alrededor de la ciudad prosperan bellas plantaciones donde crecen muchas variedades de frutos, según la naturaleza de la región...

...La ciudad de Santiago de los Caballeros está dedicada al patrón Santiago... La ciudad está rodeada de deliciosos prados, abundantes en ganado silvestre y doméstico...

Al sur de la ciudad de Santiago está situada una agradable aldea llamada El Cotuí o Nuestra Señora de la Alta gracia.

La región aledaña a esta aldea produce mucho cacao o chocolate, jengibre y tabaco; además, el ganado rinde abundante sebo.

Los habitantes de la isla Española se trasladan frecuentemente en canoas a la pequeña isla Saona, que está situada a poca distancia de la costa sur, y allí pescan las tortugas que van a las playas a enterrar sus huevos. No hay ninguna otra cosa de interés en esta isleta; pues es muy arenosa y lo único que crece allí es el campeche...

Al oeste de la ciudad de Santo Domingo está situado el hermoso pueblo de Azua... Este sitio es bellísimo a causa de las magníficas praderas que lo rodean; estas sabanas tienen más de veinte leguas de perímetro y están llenas de ganado...

...La isla tiene excelentes puertos. De Cabo de Lobos hacia el Poniente a Cabo Tiburón, hay cuatro o cinco puertos mejores que los de Inglaterra. Alrededor de estos puertos se extienden hermosas praderas y valles donde fluyen ríos del agua más pura del mundo; en la costa hay bellas playas adonde vienen muchas tortugas a enterrar sus huevos. Además, de Cabo

Tiburón a Cabo María hay dos buenos puertos y entre este último y el Cabo de San Nicolás por lo menos doce más. De este lugar a Punta de Espada hay otros veinte puertos. En todos desembocan dos y hasta tres ríos juntos que contienen gran cantidad de peces.

CAPÍTULO IV

La isla Española es extremadamente rica en la variedad de frutos que produce. Hay grandes llanos de cinco a seis leguas en extensión, totalmente cubiertos de naranjos dulces y agrios. También hay gran cantidad de limones, aunque estos no se comparan con los de España, pues son del tamaño de un huevito de gallina y mucho más agrios.

También hay sabanas enteras cubiertas de palmas muy altas y agradables a la vista. La palma alcanza una altura de 150 a 200 pies. Tiene el tronco liso hasta la cima donde las ramas y las semillas brotan de una materia blanca parecida al repollo. Esta materia blanca (palmito) es muy sabrosa cocinada con carne pues tiene sabor a repollo fino. Una vez al año la palma echa semillas que sirven de alimento a los puercos cimarrones.

Cada palma tiene un máximo de doce ramas, y todos los meses una cae y la mata repone otra. Las ramas tienen unos siete u ocho pies de largo y de tres a cuatro de ancho. Las hojas son muy útiles, pues son fuertes y los habitantes las usan para techar sus viviendas; además, las utilizan para empaçar carne ahumada, como explicaré más adelante. El tallo de estas hojas es verde por fuera y blanco por dentro, y los habitantes usan la membrana del interior para escribir sobre ella como si fuese pergamino. Las ramas de la palma también sirven para protegerse de la lluvia cuando no se encuentra sorprendido por una tormenta en el campo. De las hojas se fabrica una especie de cubo para cargar agua, pero estos no duran más que siete u ocho días.

El tronco de la palma es muy fuerte, pero la madera no tiene más que tres o cuatro pulgadas de espesor; en el interior contiene una materia blanda que se puede cortar fácilmente con un cuchillo. Tienen unos doce pies de grueso, y un tamaño uniforme hasta la cima. Crecen en terrenos llanos y salinosos. Los habitantes hacen vino de esta palma de la siguiente manera: cortan la palma unos tres o cuatro pies por encima de la raíz, hacen un agujero rectangular y dejan gotear un líquido que se fermenta rápidamente y que emborracha poderosamente. Los franceses le llaman a este árbol "la palma franca".

Además de la palma ya descrita, hay en la Española otras cuatro variedades: *latanier*, palma espinosa, *palmiste à chapelet* y palma de vino. La palma *latanier* no es tan alta como la llamada de vino, pero tiene casi la misma forma, excepto que sus hojas tienen el aspecto de abanicos de unos siete u ocho pies de largo y cubiertas de espinas de unas seis pulgadas. Esta palma echa su simiente tal como lo hemos descrito en el caso de la palma

franca, pero la suya es más grande y gruesa; también es un alimento excelente para los animales silvestres. Las hojas solamente sirven para techar las casas. Esta palma raramente crece en tierra fértil, pero prospera en terrenos arenosos y pedregosos.

La palma espinosa se conoce por este nombre a causa de que espinas de tres a cuatro pulgadas de largo la cubren desde las raíces hasta las ramas. Ciertas tribus de indios suramericanos usan estas espinas para torturar a sus enemigos. Primero amarran su víctima a un árbol y preparan espinas envueltas en pedazos de algodón mojados en aceite. Entonces se las clavan en la carne hasta cubrir su cuerpo completamente como si fuese la misma palma; luego le dan fuego a los pedazos de algodón. Si la víctima canta, le estiman un guerrero valiente que no teme ni el peligro ni el dolor; pero si el prisionero grita, dicen que es un cobarde que no merece compasión. Esto me lo contó un indio que hacía alarde de haber tratado a sus enemigos de esta manera, pero la costumbre también ha sido observada por cristianos que han vivido entre estos salvajes.

Pero volvamos a nuestra descripción de la palma espinosa. Esta alcanza la misma altura que la *latanier*, pero las pencas son como las de la palma franca, excepto que no tienen tallo. También de esta palma se puede hacer un buen vino. Su semilla es más redonda y gruesa que la de las demás palmas. Por dentro tiene una pepita muy dura que es tan sabrosa como nuestra nuez. Este árbol normalmente se encuentra en terreno pantanoso cerca de la costa.

La palma de vino recibe su nombre porque es la que mayor cantidad de vino produce. Esta palma no sobrepasa los cuarenta o cincuenta pies de altura y tiene una forma extraordinaria. De la raíz a la mitad del tronco no tiene más de tres o cuatro palmos de grueso, pero de allí en adelante crece hasta ser del grueso de un barril. Esta parte gruesa contiene una materia parecida al corazón de repollo, llena de un líquido sabroso que una vez fermentado es tan fuerte como el vino. El líquido se exprime fácilmente después de haber tumbado el árbol con un cuchillo grande que llaman *machete*.

Cuando la palma ha sido tumbada, hacen un agujero cuadrado en el centro de la parte gruesa a la cual llaman barril. Entonces extraen la materia blanca, y ablandándola primero, luego la exprimen con las manos. El árbol mismo provee todos los utensilios necesarios para este proceso, pues cuelan el líquido a través de hojas de palma, y de ellas también hacen los recipientes para almacenar y beber el vino.

Este árbol produce simiente de la misma manera que las otras palmas, pero las semillas tienen un aspecto diferente. Son del mismo tamaño y color de las cerezas y de sabor muy delicioso, pero irritan bastante la garganta. Estas palmas crecen por lo general en los terrenos montañosos y rocosos.

La *palmiste à chapelet* o palma de rosario recibe su nombre porque los españoles utilizan una clase de collar hecho de las pequeñas y duras semillas como rosario para decir sus oraciones. Los árboles son altos y delgados, tienen pocas hojas y crecen usualmente en las montañas altas.

También abundan en la isla muchos árboles grandes que dan una fruta* del tamaño de un melón (de los que crecen en Europa) con una semilla del tamaño de un huevo de gallina en el medio. La carne es de color de melón pero la cáscara es gris. El sabor se parece al albaricoque y de hecho los franceses le llaman *abricot*. Los puercos cimarrones engordan mucho comiendo estas frutas y los cazadores franceses la comen en sustitución del pan cuando carecen de trigo.

También tienen otros árboles parecidos a nuestro peral que ellos llaman *caimitos*. Estos árboles producen una fruta del color y forma de una ciruela negra muy grande, jugosa y dulce. Tiene cinco y a veces sólo tres pepitas del tamaño de frijoles. Los puercos cimarrones comen esta fruta también, pero no es tan abundante como las otras.

Hay unos árboles grandes que dan una fruta llamada *genipas*** . Este árbol alcanza el tamaño de un cerezo negro y las hojas son parecidas, pero tiene ramas mucho más anchas. La fruta es del tamaño de dos puños, la cáscara color cenicienta y la carne contiene cantidad de pepitas que están cubiertas por una película muy amarga. Si se come la fruta sin pelarla, causa estreñimiento y fuerte dolor de intestinos.

Cuando se exprime la fruta antes de madurar, el líquido es tan negro como la tinta. Se puede escribir con este líquido sobre papel, pero la escritura se desvanece a los nueve días, como si nunca se hubiese escrito sobre la hoja. La madera de este árbol es muy codiciada para la construcción, porque es sólida y muy hermosa. También sería adecuada para la fabricación de navíos, pues dura mucho tiempo en el agua.

Hay muchos árboles frutales que han sido descritos por otros autores, y muchos cedros muy codiciados para la fabricación de barcos y *canoas*. Estas canoas las hacen de un solo tronco ahuecado, y ni siquiera tienen asientos, pero no obstante son tan rápidas como las mejores lanchas europeas. Los indios las hacen sin ningún instrumento de metal. Primero tumban el árbol quemándolo cerca de la raíz y controlando el fuego para que no quemé todo el tronco. Después de haber tumbado el árbol, hacen un fuego encima del tronco. Algunos vigilan este fuego con cubos de agua listos para apagar las llamas donde fuere necesario, y otros raspan la madera carbonizada con hachas de piedra dándole forma al tronco de la manera apropiada. En estas canoas navegan veinte, ochenta y hasta cien leguas mar afuera.

*Parece que el autor se refiere al mamey cuando habla de albaricoque (N. del T.).

**Jagua (N. del T.).

Hay grandes cantidades de *lignum sanctum* o guayacán en la isla y muchos otros árboles y plantas medicinales, tales como áloes, *cassia lignea*⁴ (cañafístula), raíz de china, y el árbol del cual se obtiene el *gum elemi*. Hay árboles de cuya madera se producen tintes, por ejemplo los tres tipos de sándalo; también tienen árboles cuya madera se usa en la construcción de casas y barcos.

El *Mapou*⁵ alcanza un tamaño enorme y lo usan para fabricar canoas, aunque no es tan bueno como el cedro. Es muy poroso y se hunde fácilmente. El *acomá*⁶ es muy pesado y del color del boj que crece en Europa. Su madera es muy buena para la construcción y particularmente para la fabricación de hélices de molinos de azúcar, pues es muy dura. El roble es otra madera empleada en la construcción de viviendas. Es ideal para la fabricación de buques, pues dura mucho tiempo en el agua, y lo que es más importante aún, no es atacada por los gusanos marinos, como tantas otras maderas.

Brasilete o Palo de Brasil es muy conocida en Europa bajo el nombre de *madera de pescado* y es muy popular en la fabricación de tintes. Crece en grandes cantidades en el sur de la isla y sobre todo en Jacmel y Jáquima, que son dos puertos capaces de recibir buques grandes.

El *Manzanillo* crece en la costa con sus ramas colgando sobre el agua. La fruta es tan dulce como nuestra camuesa, pero altamente venenosa. Tan pronto como alguien come de esta fruta, le dan calenturas y mucha sed; luego cambia de color, torna rabioso y muere. Lo que es peor aún, también los peces que comen de esa fruta son venenosos. La fruta tiene un líquido lechoso como el del higo; éste causa ronchas en la piel que parecen quemaduras y causan un dolor intenso. En una ocasión arranqué una rama de este árbol para espantar los mosquitos de mi cara. Al próximo día amanecí hinchado y cubierto de ronchas, y pasé tres días sin poder ver.

Otro árbol que crece cerca de la costa pare una fruta como la ciruela endrina, con una semilla grande en el medio; hay dos tipos: blanco y negro. Los puercos cimarrones vienen a la playa a comer estas frutas cuando están maduras y engordan mucho con ellas. Estos árboles, que los españoles llaman *bicacos*, crecen en las playas y extienden sus ramas sobre la arena. Son aproximadamente del tamaño de los arbustos que crecen en nuestras dunas.

Después de haber hecho una breve descripción de algunos árboles y frutas de la isla Española, diremos algo de los insectos y reptiles que allí se encuentran. A pesar de que en toda la isla no existen bichos ponzoñosos, hay tres especies de insectos que atormentan a los habitantes de tal manera que les es casi insoportable, y sobre todo para los que acaban de llegar a esta tierra.

⁴*Casia fistula* (C.E.D.).

⁵Ceiba (C.E.D.)

⁶¿Caya amarilla? (*Mastichodendion factidissimum* (C.E.D.).

Las primeras son tan grandes como las moscas que tenemos en días de verano en Europa; lanzándose sobre su víctima le chupan la sangre hasta estar tan hartas que casi no pueden volar. En lugares donde son muy abundantes, la única solución es romper una rama de algún árbol y abanicarse como hacen las vacas con sus rabos para espantar estos bichos. Molestan a la gente particularmente por las mañanas y las tardes, y lo más desconcertante es el sonido que hacen en los oídos, que es verdaderamente insopor-table. A estos bichos los españoles les llaman mosquitos y los franceses *maranguines*.

El segundo tipo es del tamaño de una pepita de arena. Son más astutos que los mosquitos, pues no hacen ruido y se cuelan por la tela de la ropa y las sábanas. Los cazadores se untan la cara con manteca de cerdo para protegerse cuando salen a los bosques, y de noche quemaban tabaco en sus tiendas de campaña para poder dormir tranquilos. Estos insectos están activos por la mañana y de noche; durante el día dejan que la gente descansa si sopla una brisa, pues el viento fresco los espanta.

El tercer tipo es un mosquito rojo del tamaño de una semilla de mostaza. Estos no pican, pero muerden, dejando pequeñas llagas en la piel. La cara se le hincha de tal manera que la persona queda totalmente desfigurada. Estos mosquitos están activos durante todo el día, pero de noche no molestan al hombre. Los españoles les llaman *rojados* y los franceses *calarodes*.

Existe otro bicho del color y forma de la cochinilla, pero más grande y largo, con dos puntos en la cabeza que brillan de noche. Cuando se congregan en grupos de tres o cuatro en un árbol, cualquiera los tomaría por un fuego. Yo he pasado la noche con cientos de estos bichos en una choza y he podido leer fácilmente con la luz que daban. Yo quise traer algunos conmigo de regreso a Europa, pero se murieron del frío en el camino. La luz se apaga inmediatamente cuando mueren o si son aplastados. Los españoles les llaman *moscas de fuego*. También hay muchos insectos parecidos a los grillos; cuando alguien camina cerca de ellos empiezan a gritar y revientan.

Hay muchas especies de reptiles, incluyendo culebras, pero ninguna de estas es ponzoñosa. Se alimentan con pollos, palomas y otras aves pero también ayudan al agricultor comiéndose las ratas y los ratones. Son tan listas que imitan el sonido de los ratones para atraer a su víctima. No mastican la carne: primero chupan la sangre y luego tragan el cuerpo entero, dejándolo en el estómago hasta pudrirse.

Hay otro tipo de reptil que llaman *Cazador de moscas*, que se come los insectos dañinos, pero no molesta a los demás animales. También tienen tortugas de tierra que viven en charcas y pantanos y cuya carne es muy sabrosa. Al tiempo de la cosecha de tabaco aparecen muchos gusanos. Una vez que atacan una siembra de tabaco, no hay quien los extermine. A veces

la gente se ve forzada a cortar todo el tabaco y destruirlo. Estos gusanos son del grueso de un dedo.

Hay algunas arañas horribles que tienen el cuerpo del tamaño de un huevo; sus piernas son tan gruesas como las de un cangrejo pequeño y muy peludas. Tienen cuatro dientes negros del tamaño de los de una liebre pequeña y muerden malamente aunque no son ponzoñosas. Viven en los techos de las casas. En las orillas de las charcas y aguas estancadas se encuentran ciempiés (en latín *scolopendria*) y alacranes en cantidades, pero no de la especie venenosa. Si una persona es mordida por uno de estos bichos, no es necesario aplicarle ningún medicamento. La herida se hincha al comienzo, pero luego se cura por sí sola. En toda la isla no se halla un bicho verdaderamente peligroso a causa de su veneno.

No debemos dejar de mencionar al caimán, que es una especie de cocodrilo que abunda en la isla y crece a un tamaño sorprendente. Se han visto algunos de sesenta pies de largo y unos doce pies de ancho. Estos reptiles demuestran una astucia curiosa en procurarse su alimento. Se ponen a flotar en los ríos, fingiendo ser troncos de árboles podridos. Se quedan cerca de las riberas y cuando un jabalí o una vaca silvestre baja al río a beber agua, el caimán ataca a su víctima llevándola al fondo para ahogarla. Para obtener más fuerza, el caimán se traga uno o dos quintales de piedra; pues son tan livianos que de otra manera tuvieran dificultad en quedarse en el fondo. Cuando han atrapado a su víctima, la dejan descomponen tres o cuatro días, pues no pueden comérsela hasta que no esté media podrida su carroña.

Cuando los cazadores dejan sus cueros secándose a orillas de los ríos, estos animales los arrastran hasta el agua y los llevan al fondo, donde sujetándolos con el peso de algunas piedras, los dejan hasta que los pelos se les caen; esto lo he visto con mis propios ojos. Relataré algunas cosas más sobre el caimán, pues dudo que ningún otro autor que haya escrito sobre estos reptiles tuviera tanta experiencia con estos bichos como yo.

Una persona fidedigna me contó que una vez fue al río a lavar su tienda de campaña y que un caimán vino hacia él, mordió la tienda y empezó a halarla hacia el agua. Por curiosidad el hombre dejó que el caimán llevara la tienda hasta el agua, preparándose para ir a buscarla si fuese necesario. Entonces, poniéndose un cuchillo afilado en la boca, cogió la tienda y empezó a hacer fuerza, pero el caimán lo llevó hasta el fondo del río. Soltando la tienda, el caimán entonces atacó al hombre, moviendo el rabo como un látigo. El río estaba tan limpio que el hombre veía claramente todos los movimientos del caimán, y cuando ya no aguantaba más estar sumergido bajo el agua, le pegó una puñalada al animal en la barriga. Al instante el caimán desistió del ataque y se murió de la herida. El hombre arrastró el caimán a la orilla y abriéndole la barriga con su cuchillo, encontró más de un quintal de piedra: toda suerte de piedras del tamaño de un puño. Estos bichos no se pueden esconder: aún cuando no están a la vista, se pueden

oler porque despiden un fuerte olor a almizcle. Tienen glándulas entre la carne y la piel donde se forma una sustancia parecida al almizcle. Tienen dos en la garganta, dos debajo de las piernas delanteras y dos más debajo de las traseras. Los cazadores guardan estas glándulas para enviarlas al mercado europeo.

Los caimanes se reproducen por huevos. Una vez al año, alrededor del mes de mayo, ponen sus huevos en la playa cubriéndolos con arena, y los dejan allí hasta que nacen los críos. Estos huevos son del tamaño de los de ganso, con una cáscara dura y áspera. Inmediatamente nacen, las criaturas salen caminando como patitos y se dirigen al agua, donde permanecen flotando durante los primeros nueve días. Para protegerlos de las aves de rapiña, la madre puede tragárselos. Entonces durante el día la madre se acuesta en la arena y los críos salen a jugar al aire libre; pero tan pronto como alguien se acerca se esconden de nuevo dentro del cuerpo de la madre. Esto lo he visto con mis propios ojos. Un caimán se soleaba del otro lado del río, y cuando tiré una piedra al agua, todos los críos regresaron a su barriga. A estos caimanes generalmente se les llama cocodrilos.

CAPÍTULO V

La isla Española no solamente está dotada de gran abundancia de frutos silvestres y un suelo fértil, propicio para todos los cultivos, sino que además abundan en ella los animales, tales como los caballos, las reses y los puercos cimarrones. Estos animales son una rica fuente de alimento y contribuyen a dar aliento al comercio de la isla.

También hay gran cantidad de perros salvajes que presentan una seria amenaza para los otros animales; tan pronto como nace un becerro, se lo comen, si no hay alguien cerca que le ofrezca protección al animalito. Andan por las sabanas en bandas de cincuenta o sesenta, atreviéndose atacar a un grupo de jabalíes, sin retirarse hasta no matar a dos o tres de sus víctimas.

Un cazador me enseñó en una ocasión algo que jamás hubiese creído si me lo hubieran contado. Estábamos de cacería juntos cuando oímos el ruido de unos perros salvajes atacando a un jabalí, y dejando nuestros perros con el críado que nos acompañaba, nos acercamos al escenario cada uno con un fusil. Entonces nos subimos en un árbol de donde podíamos observar todo cómodamente. El puerco estaba acorralado contra un árbol y duró aproximadamente una hora defendiéndose con sus colmillos, sin que los perros se atrevieran atacarle directamente. El jabalí se paraba en las patas traseras contra el árbol, y si un perro agredía y el puerco lograba herirlo con sus colmillos, ese perro jamás volvía al ataque.

Después de permanecer acorralado durante una hora, el jabalí intentó huir, pero uno de los perros le saltó encima y lo castró con un solo mordisco. Inmediatamente todos los otros perros atacaron y lo mataron a dentelladas. Tan pronto como los movimientos del animal cesaron, todos los otros

perros se apartaron mientras que el que había tomado la iniciativa en la acción comía los mejores trozos. Solamente después de satisfecho el primer perro, los otros comieron también, devorando el jabalí entero en menos de media hora. Casi se pudiera decir que estos perros tienen cierta inteligencia, dando un ejemplo a la gente de como se debe premiar la iniciativa, pues el perro que había encontrado el jabalí recibió el honor de ser el primero en comer de la presa.

El hombre que me acompañaba ha presenciado eventos similares en otras ocasiones. En cada grupo de perros hay uno que siempre sale a buscar presa. Tan pronto como encuentra un jabalí, lo único que tiene que hacer es ladrar y al instante el resto de la tropa le sigue. Yo he visto algo similar entre los perros de caza. Los cazadores siempre tienen un perro consigo para descubrir la presa, y una vez éste la ha encontrado, aguarda tranquilamente hasta que los cazadores la matan. Entonces el cazador recompensa a su podenco con un buen trozo de carne, y de nuevo éste sale en busca de otras presas. Todos los otros perros se quedan con los cazadores hasta que oyen los ladridos del sabueso.

El gobernador de la isla Tortuga, M. Bertrand d'Ogeron, notando la gran cantidad de puercos cimarrones que los perros mataban y lo difícil que se hacía conseguir carne para las plantaciones, intentó exterminar los perros para siempre. En 1668 mandó buscar veneno a Francia y lo echó sobre los cadáveres de varios caballos viejos que hizo sacrificar con este propósito. Durante seis meses intensificó el esfuerzo por exterminar los perros, pero su número en la isla no bajó considerablemente.

Estos perros pueden ser domesticados y con frecuencia los cazadores lo hacen. Cuando encuentran un cachorro recién nacido lo llevan a su casa, lo crían y lo entrenan para la cacería.

El lector estará curioso por saber cómo llegaron los perros a la isla, y trataré de explicarlo en cuanto me sea posible. Cuando los españoles ocuparon la Española, la isla estaba habitada por unos indios. Viéndose dominados por los españoles bajo el pretexto de la religión, los indios se rebelaron contra los conquistadores, haciéndoles tanto daño que los españoles decidieron destruirlos. Pero los indios se refugiaron en los espesos bosques de las montañas, y los españoles se vieron forzados a traer perros para sacarlos de su escondite. Cuando encontraban a los indios, los españoles los destruían en pedazos, los que entonces daban de comer a los mismos perros.

Desde aquel entonces, los indios les temen tanto a los españoles, que no se atreven a salir, y la mayor parte han muerto de hambre, habiéndose escondido en las montañas por temor a ser asesinados. Yo mismo he visto una cueva en las montañas que está llena de restos humanos que estimaría pertenecen a no menos de cien víctimas; y he visto muchas otras de esas cuevas mientras recorría el país de cacería. Cuando habían muerto tantos indios que ya no molestaban, los españoles soltaron algunos perros y parece

ser que éstos son los que se han propagado, pues los perros salvajes no son oriundos de la isla.

Los caballos de la Española son pequeños de estatura, con el cuerpo corto, la cabeza gruesa, el pescuezo largo y las piernas fuertes; en otras palabras, de raza muy degenerada. Andan juntos en grupos de dos o trescientos y si alguien se les acerca, el líder sale corriendo hasta estar a quinientos o seiscientos pasos del intruso, y de repente gira con toda la tropa siguiendo sus pasos de cerca.

Estos caballos son muy fáciles de domesticar. Los cazadores acostumbran atraparlos para transportar carne y cueros a la costa. Amarran una soga de un lado al otro de algún camino estrecho por donde suelen pasar los caballos con frecuencia. Cuando un caballo corre por allí, la soga le detiene por las piernas y queda cogido a la mata al enderezarse ésta. Una vez atrapados, los caballos reciben muchos latigazos y se ven forzados a arrastrar algo de mucho peso hasta que quedan muy mansos. Por este medio los animales quedan domesticados en ocho días, y tan dispuestos a cargar un fardo como cualquier caballo de carga. Después de este riguroso entrenamiento los cazadores los sueltan hasta necesitarlos de nuevo, pues quedan verdaderamente domesticados.

También había grandes cantidades de ganado silvestre, pero hoy en día empieza a escasear a causa de la cantidad de desperdicio innecesario que ha habido en la cacería. Los españoles matan todo lo que pueden tan solo con el fin de perjudicar a los franceses; los perros salvajes devoran muchos becerros jóvenes; y los bucaneros los cazan en grandes cantidades para aprovechar los cueros. Los toros son animales grandes y fuertes. Si son provocados, pueden ser feroces y muy peligrosos; pero en general no son nada agresivos. Sus cueros miden de once a trece o catorce pies de largo.

Es un verdadero milagro que todavía haya reses y puercos salvajes en la isla Española, pues hace 81 años que entre los españoles y los franceses sacrifican más de 1500 puercos cimarrones diariamente. Es más, yo diría en base a mi propia experiencia, que los franceses solos cazan más de ese número todos los días, y que todavía queden tantos animales es realmente asombroso. Son de tamaño mediano y por lo general de color negro, casi sin excepción. Andan en tropas de cincuenta a sesenta animales, los machos siempre a la delantera, con las hembras y los marranitos a la retaguardia. Cuando son atacados por los perros salvajes, se dispersan tan rápidamente como les es posible. Siempre hay algunos jabalíes que son más solitarios y estos siempre son los mejores animales.

Yo lo sé por experiencia propia que los puercos cimarrones pueden ser domesticados. Nosotros hemos atrapado marranitos en el monte y los hemos criado dándoles carne de comer. Una vez grandes, nos seguían como si fuesen perros. Corrían delante de nosotros al bosque, y cuando se encontraban con puercos cimarrones empezaban a hacer ruidos y los perros iban

detrás de ellos. Al matar el jabalí, los puercos mansos comían de la carne cruda tal como si fuesen perros, y luego volvían a seguirnos.

En la isla Española hay gran diversidad de aves, que en su mayoría son comestibles. Existen guineas, cotorras y palomas, garzas, cangrejeros, cuervos y pavos silvestres. También hay flamencos, patos, gansos, colibrís, ruiseñores y muchos otros cuyos nombres no conozco.

Los españoles llaman *pintadas* a las gallinas de guinea a causa de su plumaje, pintado de blanco y negro como la piel del tigre. No tienen crestas rojas en la cabeza como las demás gallinas, sino que tienen algo como una corona espinosa. Son aproximadamente del tamaño de las gallinas grandes en Europa y su carne tiene un sabor similar. Andan por los bosques en bandadas de cincuenta a sesenta aves, y tan pronto como perciben algo que se acerca, vuelan a los árboles haciendo un gran escándalo con su cacareo. Ponen sus huevos en el suelo, por lo que es muy fácil encontrarlos. Los pollitos pueden ser criados por una gallina doméstica, pero tan pronto como oyen los sonidos de los otros en los montes, se van corriendo al bosque y se vuelven silvestres dentro de poco tiempo.

Hay muchas cotorras en el campo. Estos pájaros casi siempre hacen sus nidos en los huecos hechos por otras aves en las palmeras, pues tienen el pico muy aguileño y no pueden hacer las aberturas por sí mismas. Parece ser que la naturaleza les socorrió con la industria de otras aves llamadas *carpinteros*, cuyos picos pueden agujerear árboles tan duros que dañarían la mejor hacha de hierro. Estos pájaros son aproximadamente del tamaño de nuestros gorriones y tienen un pico de pulgada y media de largo, con tanta fuerza que en una sola semana pueden hacer un hoyo suficientemente grande para sus nidos.

Hay bandadas gigantescas de palomas por todas partes, pero solamente son comestibles durante cierta temporada, como hemos explicado en el capítulo sobre la isla Tortuga. Las palomas son más grandes que las de la Tortuga y cuando los árboles tienen frutas, engordan tanto que al matarlas el buche les explota.

Hay otra clase de ave que llaman *cangrejeros* que son del tamaño de las garzas y se alimentan con los cangrejos que encuentran cerca del agua. Son buenos de comer y tienen siete hieles distintas en lugares del cuerpo. Las garzas son las mismas que tenemos en Europa.

También hay cantidades de cuervos que se alimentan con la carroña de los animales muertos dejados por los perros salvajes o desperdiciados por los bucaneros. Cuando se anda de cacería, estas aves se aglomeran en bandadas muy grandes y hacen tanto escándalo que los cazadores casi no pueden oírse hablar los unos a los otros. Son muy parecidos a los cuervos de Europa y sirven de alimento en tiempo de extrema necesidad.

Los pavos americanos son aves corpulentas, del tamaño de nuestro pavo, pero con la cabeza, las patas y el plumaje muy diferentes. Tienen el pico y

los pies como la cigüeña, y son completamente blancos con dos manchas negras en las alas.

Los *flamencos* habitan las regiones de la costa sur de la isla. Tienen el cuerpo como la cigüeña, con el pescuezo de casi seis pies de largo y patas en proporción. El pico lo tienen como los gansos, pero más grueso y curvo, con la lengua de una pulgada de grueso. Su carne es muy sabrosa. Estas aves siempre vuelan juntas en bandadas de cincuenta a sesenta. Cuando están cerca del agua buscando alimento, un flamenco siempre queda de guardia, y si ve algo peligroso acercarse despega gritando a los otros en advertencia, y entonces todos los demás pájaros le siguen.

Los *pescadores* viven a las orillas de los ríos y sólo comen peces. Son blancos, del tamaño de un pato, y tienen el pico rojo aguileño de unas nueve pulgadas de largo. Las patas también son rojizas.

Las *fragatas* vuelan a velocidades altas y con tanta delicadeza que es casi imposible notar sus movimientos. Vuelan muy lejos mar afuera y se alimentan solamente de peces. Son del tamaño del pavo; su carne tiene sabor de ternera y es muy nutritiva. Nadie jamás ha visto estos pájaros en tierra, pues hacen sus nidos en los árboles que crecen con raíces en el agua.

Cuando estos pájaros no pescan suficiente para dar de comer a sus críos, vuelan alrededor de las grietas donde viven otras aves y dan golpes con sus alas hasta que éstas tienen que huir; entonces estas últimas, para hacerse más livianas, en su vuelo vomitan todo lo que tienen en sus buches. Pero las fragatas rápidamente vuelan debajo, recogiendo la comida antes de que caiga al agua. Las víctimas frecuentemente se tienen que acostar sin ninguna comida en sus buches. A estas aves les llaman *pájaros bobos*, porque se dejan engañar por aves menos poderosas, pues sus picos son mucho más fuertes que los de las fragatas. Estos pájaros bobos son del tamaño de un pato, con el pico como las garzas con serruchos de ambos lados. También se alimentan con peces y descansan frecuentemente en los árboles que crecen en el agua.

Estos pájaros se dejan atrapar por el hombre sin ninguna resistencia, solamente chillan. Frecuentemente se posan en las cubiertas de los barcos que navegan cerca de las Antillas y los marineros los atrapan; pero no son buenos de comer, pues tienen un olor y un sabor muy grasoso.

A un pájaro que tiene un sabor parecido le llaman *garganta grande*, pues puede tragar un pez del tamaño de la cabeza de un hombre, aunque el pájaro mismo es del tamaño de un ganso corriente. El pico tiene ocho pulgadas de largo y cuatro de ancho. Estos pájaros siempre frecuentan las orillas de los ríos, la costa del mar y los cayos rocosos.

La gallina de agua o agachadita es similar a la nuestra, pero algo más grande y gruesa. Hay grandes cantidades de patos durante la temporada, pero son tan gordos que es preciso quemarles un poco de la grasa antes de comerlos, y lo mismo se aplica a la cerceta.

Los gansos visitan la isla una vez al año y permanecen allí de tres a cuatro meses. Comen tantas semillas de cierta clase, que se hacen demasiado pesados para volar, y entonces son muy fáciles de atrapar, pues caminan como patos en la arena; algo que yo mismo he hecho muchas veces. Solíamos encontrarnos con una bandada de gansos en las sabanas y los seguíamos hasta que no pudieran caminar ni volar más, y entonces los matábamos con un palo cualquiera. Después de hartarse de esta manera los gansos pasan a veces hasta un mes sin comer nada, quemando su propia grasa hasta perder suficiente peso para poder volar de nuevo.

El colibrí es el más minúsculo de todos los pájaros en el mundo. Tiene un plumaje de un colorido extraordinario y se alimenta del néctar de las flores. Solamente los indios pueden cazar estos pajaritos con sus flechas; luego los hacen disecar y los venden a los cristianos. Antes de disparar contra estos pajaritos, ponen con mucha destreza una gota de cera en las puntas de sus flechas, para así evitar hacer daño al cuerpo tan frágil del colibrí.

Nos falta aún por tratar de los franceses que habitan una parte importante de la isla. Ya hemos dicho como se establecieron en la Isla con sus criados contratados por un término de tres años...

FRAY DOMINGO FERNÁNDEZ DE NAVARRETE:
NOTICIAS DE LA ISLA ESPAÑOLA, SANTO DOMINGO (1680)¹

♦♦♦ **H**ai escriptor que da a esta isla cinco mil ríos: lo que yo se es que desde Higuei, cabeza de la isla, hasta Azua, no llegan con arroyos y arroyuelos a treinta, de los quales por abril y mayo solo seis o siete tienen agua...

...Fuera de los animales ordinarios, bacas, cavallos, mulas, cabras, carneros, puercos, perros y gatos, no se halla otra especie en toda la Isla. El número de perros es excesivo, válense dellos para las monterías del ganado mayor y para los animales de cerda. En Higuei visité un testamento y leyéndole hallé una cláusula que decía, item señalo y dexo por bienes míos un hato de treinta perros entre chicos y grandes. Aquí se incluía lo mas bien parado y la mayor parte de su hacienda: todos estos animales fueron traídos de los españoles, de donde se deja ver que otros distintos, que se hallan en diferentes islas, no siendo de los imperfectos, serían también llevados por algunos a ellas.

Aumentóse grandemente aquí el ganado bacuno. Tanto es el corambre que ha sacado así el español como el francés, que se reconoce ya no poca falta, y lo que hai se ha retirado tanto a las espesuras de los montes que es

¹En Rodríguez Demorizi, Emilio: *Relaciones Históricas de Santo Domingo*. Archivo General de la Nación, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), vol. III.

dificultoso el sacarlo a campo raso. Lo que se ve en los hatos y haciendas es lo menos, y con accidentes varios que ha habido se vende la res a nueve reales, y ayer a quince desde mes de setiembre se concertaron quarenta a este precio. Hai toros tan grandes y gruesos que hallándome en Azua, donde vivió el gran Cortés, y donde está la piedra, en que estado sentado dijo que no había de parar hasta hallar un pedazo de oro tan grande como ella (sic)... Hai abundancia de cabras en dicha Villa, y algunas han parido a tres de un parto, y vióse allí estos años un prodigio, y fue que criando dos cabras, a dos criaturas mellizas, llegó la una cabra a tanto que llorando la niña que criaba con su leche, le conocía por la voz y acudía al punto y la daba la teta, y si lloraba la otra no se movía ni dejaba el pasto, por ver aquella maravilla provocaban veces los de casa, y los vecinos hallaron la criatura quando estaba paciendo la cabra por allí cerca, la qual oyendo la voz, balando y corriendo, entraba en casa y juntándose a la camilla le daba el pecho.

Excetas las aves caseras y pájaros ordinarios, que no son muchos, se ve en esta tierra abundancia de una especie, a que llaman gallinas de Guinea. Es velosísima en correr, la pluma muy hermosa, difícilísima de domesticarse, es de mui buen sustento, vuela ligera y con todo eso no se halla en Puerto Rico, y estando tan cercana aquella isla a esta. Los Pavos Reales que se crían al oeste de Azua son muchos, y tan hermosos como los más, y en Tierra Firme, distante sólo ochenta leguas desta, y habiendo islas en el intermedio no hai uno solo. Una monstruosidad se vio en esta Ciudad los meses pasados, y fue que una señora, viendo entre sus gallinas una muy gruesa, quiso saber por experiencia y vista de ojos lo que tenía dentro del cuerpo, y matóla, y vio tanta enjundia, que admiraba se determinó a pesarla, y halló veinte onzas, antes más que menos...

Flores y frutos no faltan en esta tierra; los jasmínes todo el año cargados de flor, que es bendición de Dios el verlos. Azar en grande abundancia, la siempreviva es mui ordinaria, la de cañafístola carece de olor, pero mui vistosa, estímase su conserva. Cocos, dátiles, aunque no perfectos, tamarindos, guanábanas, caimitos, aguacates, chicosapotes, guayabas, plátanos, ajos, chicomamei, mamones, uvas, estas las hai siempre y en diciembre y enero las he comido mui sazonadas; muchas papaias, naranjas, limones y tantos destos, que se hallan caminos sembrados dellos, y del caballo mesmo se acogen con la mano, y también las naranjas, de todas estas especies y de otras se halla mucho. Piñas, xicamas, sandias, melones no faltan. Entre los árboles que hai es celebrado el guayacán; he encontrado montes grandes deste árbol; es vistoso y de linda sombra, la resina que echan es la que usan para apabonar; hasta aquí no la avía visto, ni tuve conocimiento della; almásigos hai también muchos, assi los llaman por la resina que echan, que es para almasigar; otro árbol hai mui útil a la gente del campo, llámase jaguei, son muchos los que se visten de su corteza; la planta de donde se

saca el casabe llamada yuca se cultiva mucho, es el pan cotidiano, sustento el peor que he visto hasta aora, pudieran sustentarse de mais con facilidad y con la mesma de arros, pero no lo hacen, y con ser sustento tan trabajoso entiendo son los más los que se sustentan con plátanos, materia más barata. El cacao de que tanto abundó esta Isla no ha quedado más que el aquí fue Troya, en faltando lo de Tierra Firme, de donde se trae en algunos barcos, no se bebe. Hoy se compra el millar por tres pesos, el árbol es de los raros del mundo, todos los meses da fruto, pero el de diciembre y junio con mayor pujanza, los pocos que han quedado aun no llegan a cuajar, sino uno u otro, es cosa despanto y admiración. Caobas hai en abundancia, y en la tierra de Guaba aseguran que hai lindísimas maderas, he visto dos géneros de ellas, no me acuerdo de los nombres, otra hai mui preciosa llamada sabiná², otro árbol hai de que tengo algunos pies en mi huerta: llámase guandul³; su fruto son unas vainillas mucho más pequeñas que algarrobas, de que también he visto en los campos; tienen dentro un grano algo menor que garbanzos, son de buen sustento y gusto; y el árbol alegre y vistoso. Dexadas otras cosas acabo este negocio con decir que si hubiera gente que trabajase la tierra, que es admirable para todo, pudiera competir con cualquiera, y si se aplicaran a las minas aun fuera más.

FERNANDO DE ARAUJO Y RIVERA:
DESCRIPCIÓN DE LA ISLA ESPAÑOLA
O DE SANTO DOMINGO (1699)¹

CAPÍTULO 3º

Asi mismo causa admiración lo mucho que abunda de aguas manantiales, y Lagunas de que se forman ininidad de arroyos, y multitud de Ríos, que los mas son navegables quatro, seis, y mas leguas tierra adentro, siendo muy dificultosos de badear, y abundan de mucha diversidad de Pescados que llaman de agua dulce, y otros que suben de la mar en tanta copia, que en los tiempos de cuaresma los Naturales suelen hacer unos artificios en los tales rios de Cañas que llaman Corrales, en donde entrada la Pesca no sabe salir, y la sacan á cargas; y en particular en un parage que llaman Neyva sube el Pescado á deshuevar con tanta abundancia que concurre mucha gente á cogerlo por grangería, y casi sin industria coge cada uno el que quiere, dejando de voluntad el demas. Abundan tambien las Lagunas de una especie de Galapagos quatro tantos mayores que los de estos Reynos que llaman *Ycoteas*, de que se hacen sazoados

²*Juniperus gracilior* (C.E.D.).

³*Gandul cuajanus cajan* (E.E.D.).

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones Históricas de Santo Domingo*. Ed. Montalvo, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), 1942, tomo I.

guisados en particular en los días de viernes, esto además de la mucha pesca que abunda en las Playas que la circundan de peces de mucho regalo.

Abunda tambien de volatería como son *Labancos*, pájaros franceses, y otras especies de aves que se mantienen en los rios, y otras terrestres como son multitud de Palomas bravas, Gallinas de Guinea de naturaleza de Perdices, y de tres tanto tamaño. Pabos Reales que se crían, y multiplican en ciertas Montañas y finalmente hay otras mil especies de aves.

La fertilidad de la tierra produce, tantos, y tan buenos Pastos, que hay Campiñas, que por allá llaman *Sabanas* de cuatro, seis, ocho, diez y doze leguas: siendo la yerba que producen muy crecida, y en algunos parages la hay de la que llamamos Yerva buena, Artemisa y otras muy aromáticas, causa de ser la carne de los Animales que se crían por los tales parages de superior sazón, y de multiplicarse mucho.

CAPÍTULO 4º

Abunda así mismo de diversidad de frutas, que la naturaleza de la tierra produce sin el menor beneficio con tanta abundancia que hay montes dilatados de unas y otras: como son de Limonares, Naranjales de Naranjas agrias, dulces, y agrias dulces, de Cidras de gran tamaño, y otras frutas de la tierra sazoadas como son Guayavas, Aguacates, Caymitos, Mameyes, Guanavanas, Cocos, Mamones, Ycacos, Piñas de comer, y otras frutas de Palmas hasta Dátiles, Pimientos, que allá se llaman Agíes, y una especie de tomates pequeños.

Abunda igualmente de diversidad de maderas adecuadas para cualesquiera fábricas, como son Cedros, Cahobanas, Guayacan, Palo Santo, Pinos, Barías², palo sano, y otras especies de estimación, y medicinales, como palo de China, y otros Arbolitos, de los cuales, ó de la fruta de ellos, los naturales de la tierra mediante las experiencias de las virtudes ocultas que han experimentado en cada uno para curar llagas, dolores y otros achaques, haciendo diferentes medicamentos, ya sacándoles la substancia, ya poniéndolos en infusión, y como mas la experiencia y necesidad los ha enseñado, siendo así mismo silvestres los Arboles, que producen la Caña fistola, de que los Franceses tienen gran trato, y los que producen los tamarindos.

CAPÍTULO 5º

Debese tener así mismo por la mas principal la variedad de frutos industriales, (que los mas por el poco beneficio que tienen casi se podían llamar naturales) que produce dicha Ysla, y no hay la menor duda produciera con mayor fertilidad que en otras partes si se cultivasen, y hubiese providencia de Comercio; y siendo lo primero tres especies de Platanos, que planta-

²Mara. (*Capophylum calata*) (C.E.D).

dos una vez en parage donde los animales no les hacen daño, sin casi otro beneficio duran muchos años, produciendo frutos sazonados cada mes, el qual se puede comparar al Maná; por que sirve de regalo en quanto a diversos guisados que se hacen de el, y sirve para la Olla, y de el hacen pan cociendolos en el horno en el punto que le saben dar los naturales.

El segundo es Maiz, y una raiz que llaman Yuca, de que se hace el Cazave que sirve de pan; cuyo beneficio consiste solo en talar el monte, quemarlo, y cerrarlo con estas que llaman Palizadas, por resguardarlo de los animales, mediante que para sembrarlo no se hace mas cultivo que hacer hoyitos muy pequeños en la tierra, y encubrir en ellos los granos de Maiz, que siembran; ó un pedacito de Palo de la tal Yuca, y despues de nacido solo se le hace el beneficio de cortar la Yerba, y ramas que nacen entre él, y por la mayor parte suelen tener las Labranzas á un mismo tiempo los dos frutos; y quando se coge el uno, queda el otro que es mas tardio, creciendo, y sazonandose para ser cogido á su tiempo.

El tercer fruto es Caña dulce de que se hace Azucar melado, y Miel con menos trabajo que en otras partes, y de mejor calidad en tanto modo que reconoció el suplicante, que tanta, y más utilidad tiene un vecino de aquella Ysla en un trapiche de veinte esclavos que uno de Caracas, y otras partes en un trapiche de quarenta, ó cincuenta.

El quarto fruto es el Arroz, el qual se coge con tanta abundancia y fertilidad, á pesar de una especie de aves que lo persigue y maltrata, que se conduce por grangería á otras partes ultra mar.

El quinto fruto es tavaco, cuyo beneficio es mas prolixo; pero se cria con gran fertilidad, y de buena calidad; de forma que si huviera Comercio se pudiera cultivar mucho, y por falta de el se beneficia solo el que es necesario para el consumo de la tierra.

El sexto es Algodón que lo producen unos Arbolitos que duran muchos años sin necesitar de mas cultivo, ni beneficio que el de los Platanos.

El septimo fruto es Trigo que de pocos años á esta parte se ha comenzado á sembrar en el término de la Ciudad de Santiago de los Cavalleros tierra adentro de la Ysla, que por ser aquel temperamento mas benigno por participar de fresco se ha experimentado que los años que ha habido tiempos á proposito ha producido á ciento y mas por uno.

Dase tambien *Millo* ó *Mijo* que por fruta se cultiva en algunas partes tan fertil que un grano hace por quatro del de estos Reynos, y cortado el que llega á sazonarse buelve á retoñar hasta tres, ó quatro veces permaneciendo, y fructificando hasta mas de dos años; y además de ser bueno para las Aves domesticas, se hace de el un plato regalado como de Arroz, y otras cosas.

Danse tambien todo genero de Legumbres que hay en estos Reynos, y de mas á mas otro como Lentejas, que producen unos Arbolitos llamados *Grandules*, que duran algunos años fructificando.

Crianse igualmente diversidad de raíces como Batatas, Names, y Autias; y otras que sirven de bastimento.

Danse así mismo Melones, Sandias, Calabazas, y todo genero de Hortaliza; siendo los pies de Verengenas, y de pimientos árboles que duran seis, y ocho años. Los Repollos excusan de sembrarse, mediante á que cortandolos producen retoños; y estos se buelven á plantar, y assi producen continuadamente sin degenerar.

En tiempos pasados hubo grandes Haciendas de Cacao de buena calidad que se cogia con grande abundancia; por cuya razon avia gran trato con la Nueva España: y la falta de este fruto que parece lo quitó Nuestro Señor con cierta enfermedad que dio á los Arbolitos que llaman alhorra, y tambien suele dar al trigo fue el principio, y causa total de la pobreza á que quedó reducida esta Ysla, y en que está.

Tambien hubo cierto trato de Gengibre que se comerciaba á estos Reynos, y de ellos al Norte, y faltó este despues que los Extranjeros se apoderaron de algunas Yslas, en donde lo cultivaban.

Añil lo produce la tierra en grande abundancia y fertilidad sin cultivo alguno, y si huviera Comercio, y se beneficiara fuera de grande utilidad como lo es para los Franceses que cultiban y benefician mucho.

Lino, y Cáñamo se ha experimentado en algunas pruebas que se hicieron de sembrarle que se da con gran fertilidad, y mejor que en parte ninguna de la Europa; y aunque lo prolixo, y trabajoso del beneficio del Lino no es para la gente que se cria en aquella tierra, el de Cáñamo sí, y fuera de gran utilidad al servicio de V. M. el que se cultivase por quanto se pudieran proveer á menos costo los Navios de la Armada de Barlovento, y otros de Armadas, y flotas de estopa, Jarcias, Cables, y Cabos: y assí mismo las embarcaciones que traginan por aquella Costa se proveerian de allí de los tales menesteres precisos, sin recurrir, como lo hacen, a la providencia de ocasionandoles mas ese util el qual tuvieran menos y mucho mejor si se fabricase Lona, que pudiera con facilidad así para Velas de Embarcaciones, como para el vestuario de la gente Labrador, por quanto en el Campo solo usan de vestuario de Crudo, que es lo mismo que estopa de estos Reynos.

Tambien aseguro que en las Cañadas de los montes de tierra adentro hay Parras Silvestres, y que producen Ubas; y las que hay en la Ciudad sabiendolas podar dos, ó tres veces al año, producen otros tantos frutos, aunque no sazoados, ni con igualdad.

CAPÍTULO 6º

La fertilidad de Pastos referida parece es causa de que produzca mucho Ganado Bacuno, Cavallar, y Jumentos, y Mular; y assí mismo la mucha abundancia de frutos que produce hace averla tambien de Ganado de Cerda; habiendo de todos los referidos generos en tanta abundancia sin dueño conocido que se estiman por de naturaleza fiera, y se hacen de aquel que

primero los coge, viviendo algunos solo de montearlos: si es Ganado de Cerda para mantenerse, y sustentar sus familias; si son Cavallos mulas, ó Jumentos para domarlos, servirse de ellos, ó venderlos; y si toros para aprovecharse de los Cueros, ó en la Ciudad, si hay ocasión de ello, ó en las bocas de los rios á los Extranjeros que concurren á comerciar: siendo en tal manera el multiplico del Ganado Bacuno, que en un Ato que tiene el Convento de N^a Sra. de la Merced Redemción de Cautivos, se asienta por fixo que es muy ordinario parir las Bacas a dos Becerrillos, y algunas á tres, celebrandose entre muchas Personas el chiste de decir que los Religiosos quisieron consumir el Ato, y que la Virgen no lo ha permitido, obrando dicha maravilla; y siendo cierto que las Novillas de un año luego conciben; y si no fuera la relajación en el Comercio con Extranjeros, que es causa de que la mayor parte de gente de los Lugares de tierra adentro se aplique á matar dicho Ganado brabo, y domestico para comerciar los Cueros; y si no fuera tambien lo mucho que montean los Franceses, y una plaga que hay en aquella Ysla de Perros alzados que llaman Givaros tan nocivos como los Lobos de estos Reynos los que se sustentan de todo genero del Ganado referido recién nacido, abundaría tanto que llenaría la tierra. Ganado Obejuno y Cabruno, aunque hay experiencia que conciben y paren las Obejas, y Cabras dos veces al año, y cada vez á dos, y tres Corderos, y Cabritos, no se crián acaso por la referida plaga de los Perros Givaros; y si algunas se crián es por alguna persona curiosa, y de cuidado, que los conserva en las Goteras del lugar, ó en algun trapiche para su regalo.

Asi mismo las Aves domesticas como son Pabos, Gallinas, Palomas, Anades, y Gansos multiplican mas al doble que en estos Reynos, y se crián con mayor facilidad y menos cuidado.

SIGLO XVIII

PIERRE FRANCOIS XAVIER DE CHARLEVOIX:
 HISTORIA DE LA ISLA ESPAÑOLA O DE SANTO DOMINGO (1730)¹
 LIBRO PRIMERO

De la diferencia de terrenos

Ya he dicho que la diversidad de climas de nuestra isla, venía, al menos en parte, de la diversidad de sus tierras; y efectivamente las hay en ella de todas clases y colores. Las más apreciadas son las de un negro subido, mezcladas con un poco de arena que las hace ligeras, movibles y porosas; pero hay pocas de las que no se pueda sacar alguna ventaja. La mitad de la isla está cubierta de montañas, que en su mayor parte pueden cultivarse hasta la cima; no habiendo estériles sino algunas muy escarpadas y de altura extraordinaria: tales son las que se encuentran hacia el Cabo Tiburón, de donde se descubren las de Santa Marta que están a 180 leguas de distancia.

Sobre las costas caen algunas que sirven de dique a los embates del mar; y desgraciado el navío que se vea arrojado por el furor de los vientos sobre estas costas sin riberas, donde no se ven sino rocas desnudas, altas y derechas, que por esta razón son llamadas costas de hierro; tal es en particular una, cuya extremidad oriental llega al Cabo Francés, que ha tomado su nombre, y la occidental al puerto de Acul.

Manera de echar los árboles sus raíces

En algunos lugares, desde que se cava algunos pies, se encuentra la toba, en otros la arcilla, o la tierra arcillosa, o el barro de alfarero; pero a menudo también la tierra buena hasta mucha profundidad; y lo que sorprenderá quizás, al principio, es que estos últimos terrenos son a veces los más desguarnecidos de árboles.

Hay, sin embargo, una razón sensible para ello: la seca, que dura tres o cuatro meses seguidos, en las tres cuartas partes de la isla e impide a estas tierras poder suministrar a los árboles jugo suficiente para nutrirlos; mientras

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Ed. de Santo Domingo, Santo Domingo, 1977.

que en las otras, las lluvias y rocíos son retenidos por los fondos duros, de que he hablado, y mantienen la escasa tierra buena que los cubre en la humedad necesaria para esa producción. Los habitantes hábiles no dejan, por eso, de preferir siempre las tierras más profundas a las otras, en razón de que no se desmejoran tan pronto. Por lo demás, de lo que acabo de decir, en cuanto a la poca profundidad de la mayor parte de las tierras de este país, no debe concluirse que no puedan alimentar sino árboles muy pequeños: ellas los llevan de los más altos y de los más fuertes, lo que constituye una de las maravillas de nuestra isla.

Esta consiste en que las raíces de los árboles, cualesquiera que sean, jamás se introducen más de dos pies en tierra y la mayor parte no llegan ni aún muy cerca de esta profundidad, pero se extienden más o menos en la superficie según el peso que deben sostener: exceptúase el cañafistol que profundiza sus raíces casi como nuestros árboles en Europa; pero es exótico allí. Se cuenta que la reina Isabel de Castilla, a quien refería Cristóbal Colón varias particularidades de los países que había descubierto, no bien se hubo enterado de la que nos ocupa, le dijo con aire de disgusto: “Me temo que pase a los hombres, nacidos en aquel país, como a los árboles, y carezcan de solidez, constancia y sinceridad”, pero Colón pudo haberle respondido, que los árboles ganaban por la extensión horizontal o por el número de sus raíces, lo que perdían en profundidad, y que también debía haber, para los habitantes de la isla, un equivalente que les indemnizara por una parte, de lo que les faltase por la otra.

El árbol cuyas raíces se extienden más lejos, es la higuera, que las lleva a más de setenta pies. Las palmeras, al contrario, las tienen muy cortas, pero en compensación, tan numerosas, que aunque este árbol alcanza ordinariamente más de cien pies de alto, no está más expuesto que los otros a ser derribado por los vientos. Además, si esta poca profundidad de las raíces no ocurriese sino en los sitios en que se encuentra luego la toba, la roca u otros obstáculos semejantes podrían suponerse éstos su causa única; pero en todos los que tenemos sucede lo mismo. Es preciso, pues, buscar en otra parte el origen de ese fenómeno: yo lo encuentro en lo que he dicho respecto a la extrema sequedad de la tierra más allá de cierta profundidad a que las lluvias más continuas no penetran bastante, porque el sol no les da lluvias más continuas no penetran bastante, porque el sol no les da tiempo. Así, teniendo los árboles necesidad de humedad, y no encontrándola sino en la superficie, donde rara vez falta, aunque no reciba sino el rocío, siempre abundante, hacen tomar a sus raíces el curso horizontal, en lugar del perpendicular; pero, ordinariamente, estos terrenos, como ya lo he dicho, no son los más arbolados.

La isla está regada por un prodigioso número de ríos, de los que la mayor parte no son sino torrentes y arroyos: algunos en extremo rápidos. Todas esas aguas son sanas y saludables, pero tan vivas y frescas que es

necesario beberlas con discreción; y hay peligro en bañarse en ellas. Se asegura que a lo menos quince son tan anchos como el Charenta en Rochefort, no comprendidos en este número los seis principales. Estos seis son: el Ozama, cuya embocadura forma el puerto de Santo Domingo; el Neyba que no tiene de considerable sino la cantidad de bocas por las que descarga en el mar, y que tiene hasta el inconveniente de cambiar a menudo de lecho; el Macorís, que es el más navegable de todos los ríos de la isla, y el más abundante en peces, pero que no viene de muy lejos; el Yaque o río de Montecristo, en cuyo nacimiento se ha encontrado una hermosa mina de oro, y que arrastra en sus arenas granos de este precioso metal; el Yuna, que es en extremo rápido y en sus fuentes contiene una mina de cobre muy abundante; y el Hattibonito vulgarmente Artibonito que es el más largo y ancho de todos. De estos seis ríos los tres primeros desaguan en el Sur, los dos siguientes en el Norte, y el último en el Oeste.

Lagos. El lago de Jaragua, el estanque de Cul de Sac, y el estanque Salado. Opinión de Oviedo y de diversos autores que parecen serle contrarios

Los antiguos autores nos hablan de dos lagos que no debo olvidar aquí: el uno es conocido en sus obras bajo el nombre de Lago de Jaragua; y no es fácil poner de acuerdo lo que dicen de él, con nuestras cartas y relaciones modernas, emanadas de mejores datos.

Oviedo lo visitó en 1515, y asegura, tiene 18 leguas de largo, en algunos lugares tres de ancho, en otros solamente dos, y a veces menos de una; recibe, dice, varios ríos, y por todas partes, excepto en donde descargan estos ríos, es salado como el mar, con el cual nada lo comunica: se coge allí, según él, toda clase de peces de mar, a excepción de ballenas y otros de su magnitud; se encuentran, sobre todo, cantidades de rodaballos y tiburones, sin faltar tampoco los peces de río. Por otra parte, el Padre Le Pers dice, que un istmo bastante largo lo divide en dos partes desiguales, y D. Pedro Mártir de Anglería parece hablar de dos lagos en vez de uno.

M. Butet, hoy teniente del Rey, y Comandante de Bayahá, en un periódico venido a mis manos, y que, además del plano de Santo Domingo, me ha proporcionado noticias muy exactas sobre el estado actual de la colonia española, que ha recorrido en 1716 y 1717; M. Butet, digo, aclara este punto de geografía, poniendo en evidencia que, D. Pedro Mártir de Anglería y el Padre Le Pers, aunque no hayan visitado los lugares, han hablado de aquel lago más correctamente que Oviedo, quien escribió después de haberlo visto. Según el citado periódico, el pueblecillo francés de Cul de Sac, situado a una legua del mar, en una hondonada bastante profunda, que se encuentra casi en medio de la costa occidental de la isla, y donde se cree estuvo la antigua Jaragua, capital de un reino del mismo nombre, da el suyo a una especie de lago, o estanque de figura irregular, situado en sus inmediacio-

nes: éste no tiene sino cuatro leguas, en su mayor longitud, una y media en su parte más ancha, y mucho menos en varios lugares; corre de N.O. a S.E. y sus aguas son dulces pero de un gusto en extremo insípido. Al Oriente de dicho estanque hay una llanura conocida bajo el nombre de Plaine des Verrettes, cuyo lago, de cuatro leguas, está limitado a ambos lados por montañas; su ancho, de sólo tres leguas, separa el mencionado estanque de otro más grande, que los españoles llaman Enriquillo y los franceses Etang Salé.

Este segundo lago tiene ocho leguas de largo E.S.E. y O.N.O. y está al E. de Plaine des Verrettes: tiene dos leguas en su parte más ancha; sus aguas no son sino salobres, y M. Butet, después de haberlas observado bastante, durante cuatro o cinco horas cada vez, en tres diferentes ocasiones, no ha encontrado que subiesen ni bajasen más que las del estanque de Cul de Sac. Ha visto también en uno y otro gran número de caimanes, pero no tiburones ni otros peces de mar; de aquí concluye que, la opinión vulgar, de que el lago de Enriquillo comunica con el mar, carece de fundamento, y que la salobridad de sus aguas viene únicamente de las minas de sal, que abundan en las montañas vecinas.

Además de estos dos estanques, a una legua del último hay una laguna de una legua de circuito, la cual, durante las grandes aguas, se derrama en él, por las barrancas que ocupan todo el espacio intermedio. Esta laguna, dice M. Butet, se halla entre las montañas de la Beata, conocidas en los libros españoles bajo el nombre de montañas de Bahoruco, una de cuyas extremidades termina en la costa del Sur, frente a la pequeña isla Beata. Veremos luego, en el curso de esta historia, cómo el cacique Enrique, cuando hacía a los españoles la cruda guerra que duró trece años, se había acantonado en esas montañas, y se retiraba a veces al centro de una laguna, que no podía ser otra cosa que el lago de Jaragua, donde en consecuencia, había terrenos habitables. Esto supuesto, no me parece imposible, conciliar a Oviedo, cuya autoridad, a pesar de todo, es de gran peso cuando habla como testigo ocular; con los autores que parecen oponérsele, y el periódico de M. Butet, que en apariencia le contradice.

Efectivamente, reuniendo las dos leguas de ancho del estanque salado, que se extiende casi de Norte a Sur, con el pequeño lago de las montañas de la Beata, y la media legua de distancia que hay de uno a otro, tenemos las tres leguas del mayor ancho, que Oviedo da al lago de Jaragua: después, suponiendo que en las tres leguas de la Plaine des Verrettes, que establece la separación entre el estanque de Cul de Sac y el lago de Enriquillo, se forma, durante las grandes aguas, una serie de charcos o pantanos que podría pasar por una continuación del lago, tendremos nada menos que las dieciocho leguas que el mismo Oviedo da de largo a su lago, el cual visitó quizás en tiempo de alguna inundación. También puede ser, que estos estanques hayan tenido en otros tiempos tiburones y rodaballos (no se podría negar, al menos, que se hayan encontrado allí manatíes al principio), y que

todos estos peces hayan sido exterminados con el tiempo, lo que también sería una prueba de que el lago de Enriquillo no comunica con el mar. Por otra parte, el terreno de la Plaine des Verrettes es muy desigual; viéndose en él, según M. Butet, colinas y sabanas pequeñas. Aun cuando estas sabanas no se inundan actualmente, ellas han podido inundarse en otro tiempo, pues cada día se ven ejemplos de cambios más considerables, en mucho menos tiempo que el transcurrido desde el descubrimiento de la isla Española. Al fin me parece más natural esta explicación, que la de sospechar que un autor como Oviedo, asegure haber visto lo que no existía; y que todos los que han escrito después de él, le hayan seguido a ciegas y sin examinar las cosas.

El otro lago, de que han hecho mención los historiadores castellanos, está en la cima de una altísima montaña. Don Nicolás Ovando, gran comendador de Alcántara, siendo Gobernador general de las Indias, quiso hacer visitar este lago, del que se decían cosas maravillosas, y dio esta comisión a dos hombres resueltos, uno de los cuales se llamaba Pedro de Lumbreros y el otro Rodrigo de Mejía. La montaña, en que está situado el lago, es tan escabrosa de un lado que no les fue posible subir por allí; fueles necesario tomar el otro lado, mucho más largo, y no por eso muy accesible; y aun así, Mejía y los insulares que les habían dado para acompañarles, nunca pudieron llegar hasta el fin: pero no fue aquélla la sola causa que les paralizó, sino un gran ruido que les asustó de un modo increíble. Sin embargo, Lumbreros, aunque en extremo fatigado y transido de frío, continuó subiendo por rodeos que le extenuaron mucho más. El frío aumentaba y el ruido se hacía cada vez más terrible, pero Lumbreros, después de haber descansado un poco, hizo el último esfuerzo y llegó por fin a la cima de la montaña.

Allí vio una especie de laguna que le pareció tenía de ancho el alcance de un tiro de ballesta, y el triple de largo: y esto es cuanto pudo decir. No se aproximó sino a la distancia de doce a quince pasos, y le faltó valor para verla por más largo tiempo que durante el espacio en que rezaba un Miserere; tanto le aterrorizó el ruido, siempre creciente, a su parecer, que ya no sabía dónde se encontraba. Oviedo, a quien Lumbreros había referido personalmente la ventura, agrega, que jamás se ha sabido nada de más positivo sobre este lago, aunque se hayan compuesto muchos cuentos sobre el particular. Del pie de esta montaña sale un bonito río nombrado Nizao. Hay también otro que parece salir del mismo lago y cuyas orillas siguió Lumbreros algún tiempo, después que le dejaron solo sus compañeros; éste se llama Pani.

De los peces

He dicho que las costas de nuestra isla no abundaban en peces, pero no es necesario alejarse mucho de ellas para cogerlos excelentes y numerosos.

Los más comunes son las rayas, los congrios, los ángeles, pargos, marsopas, bonitos, dorados, pilotos, manatíes y cocodrilos. También se cogen allí, por todas partes, caracoles y langostas de mar, almejas y cangrejos comunes y marinos en gran número.

Se han encontrado perlas en diversos lugares; las riberas del mar están cubiertas de conchillas de todas especies; el ámbar gris es raro; sin embargo, hace algún tiempo que, después de una gran tempestad, unos marinos ingleses recogieron cerca de una libra, en uno de los cayos de que ya he hablado. No se encuentra el coral, a menos que quiera darse ese nombre a esas madrêporas o penachos de mar que tienen la forma de abanico.

De los cangrejos marinos

Se pescan en estas regiones dos especies de cangrejos marinos: la primera es el nombrado agama del que se cogen muchos en las redes o chinchorros que se echan en el mar. Este animal tiene cerca de siete pulgadas de largo, por cuatro de ancho: su carapacho o casco es de figura cuadrada, velludo, granuloso, ligeramente curvo, pintado de varios colores, terminando abajo por puntas dentadas y guarnecido de pelos; sus ojos, a distancia de dos pulgadas el uno del otro, tienen el espesor de los guisantes, de un negro brillante, encajados en dos órbitas redondas y un poco salientes: su frente es chata y se ven en ella a derecha e izquierda dos anchas placas dentadas llenas de pelos, con otras dos sobrepuestas, y que todas cuatro se mueven en diverso sentido por medio de dos junturas. De en medio de estas placas salen dos cuernos y cuatro puntas, cuyo extremo está hendido a modo de pinzas y es velludo. La boca del animal está debajo, en una pequeña fosa oval cubierta de varios barbillones movibles que tienen diferentes articulaciones.

La segunda especie de cangrejo marino, es el Pagurus de los antiguos. Se le encuentra en abundancia en las costas y rocas escarpadas, sobre las cuales salta. Frecuenta también los fondos de poca profundidad, los lugares en que hay madrêporas, penachos, y litofitos, sobre todo en el vecindario de las islas Caribes. La concha de este cangrejo es casi redonda, el fondo es rojizo y todo sembrado de púas lo mismo que sus bordes: el hocico del animal está armado de cuernos poco salientes; sus ojos están hundidos en cavidades puestas al sesgo y defendidos por varias puntas a manera de párpados: de sus fosas nasales salen largos hilos que se pliegan y mueven en diversas direcciones: su boca es como la de los cangrejos comunes, a los cuales se asemeja también por la parte del pecho; sus dos brazos son muy delgados y largos, y sus mordientes medianos con relación al resto del cuerpo. Los otros cuatro pies que tiene a cada lado, alineados bajo el vientre, son gruesos, y termina cada uno en una articulación y una punta negruzca. Su carne es áspera y de un gusto insípido, de modo que sólo los pobres la comen.

De los cangrejos comunes. Del soldado

Los cangrejos comunes, que son numerosos en las costas de todas las Antillas, constituyen uno de los más ricos manás de que la naturaleza haya provisto a sus habitantes. Se distinguen sobre todo, tres clases; de mar, de montañas y de ríos, siendo los primeros los más abundantes. No viven en el mar, pero van a él a refrescarse de tiempo en tiempo, y por eso se les encuentra de ordinario en sus orillas. Nuestros esclavos los llaman sus pollos, y son, efectivamente, para ellos un gran recurso de subsistencia. Los segundos son rojos y viven en lugares secos, siendo todavía más estimados que los primeros. Pero los de río son superiores a todos y pueden hacer honor a cualquier mesa de buen gusto. Lo que se llama soldado es, como los cangrejos, una especie de langosta cuyo nombre científico es "cancellus marinus". Se le encuentra por todas partes, en las orillas del mar, y es comestible de buen sabor. Su nombre le viene de que todo su cuerpo está armado, excepto la extremidad de abajo, que tiene desnuda, y donde parece ser en extremo sensible: por eso se forra desde que nace, entrando en la primera concha que encuentra: para hacerle salir de ella, basta aproximarle al fuego.

Sargazos; praderías marinas; tortugas

Por poco que se haya navegado en este archipiélago, se han debido ver esas praderías naturales, cubiertas de una yerba llamada sargazo. Las hay que aparecen sobre la superficie del mar, pero en general están en el fondo del agua y en las costas. En ellas es donde, entre otros animales marinos, se encuentran las tortugas en gran número. Las hay de dos especies: las llamadas propiamente tortugas, las cuales buscan los pastos buenos y bien provistos de yerbas, y las que se conocen bajo el nombre de carey, cuya cubierta es esa concha tan estimada; éstas viven de ordinario en los lugares pedregosos, cubiertos solamente de un poco de musgo.

Entre los peces peculiares de estos mares, se nota el piloto, así llamado porque cuando encuentra un buque, nada siempre delante de él, hasta conducirlo a un puerto. Este es un pez muy pequeño, del que no he podido saber más, ni tampoco de la rémora, la cual debe su nombre a un error popular, cuyo único fundamento consiste en que dicho pececito, se adhiere a las embarcaciones, como también a los grandes peces, para ponerse al abrigo de la fuerte agitación de las ondas, durante las tempestades. Se conocen hoy bastante los dorados, y los bonitos o peces voladores, y todo el mundo tiene noticia de la caza que los primeros dan a los segundos. Se sabe también que, por una doble maravilla, el bonito vuela, pero no puede hacerlo sino cuando sus alas, o para hablar con más propiedad, sus aletas, están mojadas. Lo que mucha gente ignora quizás, es, que estos pobres animales, igualmente perseguidos en el aire y en el agua, no evitan a veces, las fauces de los dorados, sino para ser presa de ciertas aves, que

le hacen una guerra no menos cruel; de suerte que la libertad de pasar de un elemento a otro, no les sirve sino para ver multiplicado el número de sus enemigos.

De las galeras

Nada sobrepaja en belleza a otra especie de pez llamada galera. En realidad no es más que un insecto, cuya piel, inflada y llena de aire, queda fuera del agua, y está adornada, al parecer, de todos los colores; sirviéndole como de vela, o más bien haciendo que sea llevado de un lado a otro a merced del viento. Pero es preciso contentarse con mirarle, pues no se le toca impunemente. Apenas se le palpa, siquiera levemente, queda la mano infectada de cierta cola mordiente que causa los más vivos dolores. Dicen algunos, haber observado, que este dolor aumenta a medida que el sol se eleva sobre el horizonte. Aunque Aristóteles atribuye el mismo fenómeno a las estrellas de mar, de que están igualmente muy poblados, los alrededores de las Antillas, parece que este hecho no se halla, aún, tan averiguado para poder asegurarlo. Además del dorado, que acabo de mencionar, el papagayo de mar, y otros peces conocidos bajo el nombre de peces de roca, tienen colores de azul y oro tan brillantes, que sus escamas parecen piedras preciosas. El erizo y el sapo de mar y una especie de cochinito marino muy singular, son también producciones de estos mismos mares, y no tienen otro uso que adornar los gabinetes de curiosidades.

Del Manatí

Se encuentran en solo el manatí, si hemos de creer a ciertos autores, la mayor parte de las particularidades, que la fábula ha atribuido a la sirena y al delfín. Pero, se necesita, para eso, ver las cosas de distinto modo que la generalidad. No tengo noticias de que el manatí haya cantado nunca, y sólo se dice que, cuando se le saca a tierra, derrama lágrimas y se queja, y de ahí viene el nombre de *lamentin* que le han dado los franceses. En cuanto a su figura, nada tiene ciertamente de bonita, ni aún la semejanza que se le supone con el delfín, no pudiendo, en realidad, ser otra sino la de que parece muy amigo del hombre. Los españoles le han llamado manatí a causa de las dos nadaderas que tiene bajo los hombros, las cuales se aproximan un poco a la figura de las manos, y de las que se sirve tanto para nadar como para llevar sus hijos.

El primero que supuso que este pez podía ser la sirena de los antiguos, fue Cristóbal Colón, el cual daba fácil crédito a todas las maravillas que podían hacer sus descubrimientos más célebres. Pero tal suposición no ha estado muy en boga. La hembra del manatí, lacta sus pequeñuelos colocándolos debajo, como las vacas, lo que ha hecho, se le llame por algunos, vaca marina. También ha contribuido a hacerle dar esta denominación, la figura de la cabeza, que se aproxima a la del buey, aunque tiene el hocico más

hundido, la barba más carnosa y los ojos más pequeños. Su color es pardo, y hay algunos de veinte pies de largo, por diez de grueso hacia los hombros, grosor que va en disminución hasta la cola. Su carne tiene el gusto de ternera cuando fresca, y de atún estando salada: pero es más exquisita y se conserva más largo tiempo. La grasa que se le extrae es también muy buena y no se pone rancia. Su piel da un cuero excelente para zapatos. En la cabeza de estos animales se forman unas piedras que son remedio eficaz para el cólico y mal de piedra. Los grandes no se matan sino en tierra cuando van a pacer a lo largo de las costas y de los ríos; los pequeños se cogen en redes. Este pez se familiariza muy fácilmente con el hombre, según cuentan, y sobre este particular refiere Gomara un hecho pasado, dice, en nuestra isla, al cual el lector dará el crédito que quisiera; helo aquí: Un cacique alimentaba un manatí en un pequeño lago o estanque de Gonaives, donde efectivamente, este pez es más común que ningún otro lugar. Lo había hecho tan familiar que acudía a su llamamiento y le ponía sobre las espaldas cuanta carga quería, la cual pasaba el manatí a la otra orilla. Un español le llamó un día y le hirió disparándole un fusil; lo que le hizo más circunspecto, y desde entonces no se aproximaba sino cuando había examinado bien si el que se le llamaba era o no indio, lo que conocía por la barba. Por fin desapareció después de una creciente que, al parecer, le arrastró al mar, con el cual comunica el lago en que se hallaba. Herrera cuenta una historia muy parecida y que en el fondo, es quizá la misma que Gomara habría disfrazado según su costumbre, aunque la una no sea más verosímil que la otra. El manatí de Herrera, salía desde que le llamaban, a tierra; comía lo que le presentaba a la mano, y seguía detrás de los que le daban así de comer, hasta las casas; jugaba con los niños, y parecía recibir mucho placer con la música: consentía que se le montasen sobre las espaldas y pasaba, dicen, hasta diez hombres a la vez de una orilla del lago a la otra.

De los cocodrilos

Los cocodrilos, que los americanos llaman caimanes, no son menos singulares que los manatíes. En realidad no se les domestica en las islas, como lo hacen, según se dice, en la China, pero tienen, como en cualquier otra parte, un instinto admirable para ir a buscar su presa hasta en los bosques, donde preparan celadas de un modo muy diestro a los puercos cimarrones y otros animales, a los que sorprenden casi siempre. Aun los mismos cazadores han sido alguna vez cogidos por ellos. Se dice que los de Cuba son muy listos y aventajan a los hombres en la carrera. Para esto clavan la cola en tierra y se lanzan con extrema rapidez. Verdad es que esto es siempre en línea recta, bastando para escaparles, huir serpenteando. Los de nuestra isla dejan rara vez los ríos, donde se mantienen acechando en ciertos pasajes y en los abrevaderos. No es ordinario que ataquen a los hombres, sino cuando se les ha herido o irritado de cualquier manera que sea; pero jamás

dan cuartel a los otros animales, a los que siempre apresan por el hocico, para privarles de la respiración. Luego los arrastran al fondo del agua donde los dejan podrir antes de hacer de ellos su comida. Son afectos a los olores fuertes, y ellos mismos despiden uno que se aproxima al del almizcle. Las corneas del país son muy golosas de sus huevos que sacan debajo de la arena, donde esos anfibios los ocultan y donde sólo el calor del sol hace la incubación, lo que igualmente se efectúa con los de tortuga. Se dice que hay caimanes de veinticinco pies de largo, y no es raro verlos del grueso de un buey ordinario. Cuando se ha de pasar un lago, o río, donde se teme tropezar con estos animales, cuyo encuentro nunca es agradable, basta arrojar al agua algunas vejigas aventadas; los caimanes corren sobre ellas y no cogen sino viento, lo que divierte y permite pasar con seguridad.

De la iguana

Se encuentra en la misma isla otra especie de anfibio que los antiguos habitantes llamaban ivana o iguana, y que tan a menudo se ve en el agua como en lo alto de los árboles. Tiene algo del lagarto y del cocodrilo, pero aventaja al uno y al otro, en que su carne es de un gusto delicado, aunque dicen ser dañosa para los que padecen o han padecido de sífilis.

Oviedo la pone en el número de las serpientes, y es lo cierto que su piel tiene los mismos colores, y que su figura es de las más horribles. Pero nada es tan engañoso como su aspecto, pues no hay animal más inofensivo y manso. Las de mayor tamaño miden dos palmos y medio de largo y poco más de uno de ancho. La iguana tiene las patas de lagarto, la cabeza más gruesa y una cola doble más larga que su cuerpo: sus dientes son muy agudos, y tiene una especie de buche tan largo y ancho que le cae hasta el pecho. Sus patas delanteras son más largas que las traseras y las rematan unos dedos cuyas uñas son como garras de aves de rapiña; pero son incapaces de asir nada fuertemente. Por último, tiene en todo el largo del lomo, como un aletón levantado y dentado en forma de sierra. Se encuentran a veces unas muy pequeñas, que son, al parecer, de una especie particular. Este animal es absolutamente mudo y no produce ninguna especie de sonido. Su mansedumbre es extremada y su paciencia increíble; se le tendrá tres semanas seguidas atado, sin darle de beber ni de comer y no hará el menor movimiento para libertarse. Su comida ordinaria es un poco de casabe o de yerbas, o de otras cosas semejantes. Sólo puede nadar siendo pequeño, pues des que ha alcanzado su mayor crecimiento le es imposible ese movimiento de las patas que le sostenía sobre el agua. Pone sus huevos en la arena a lo largo de los ríos y arroyos, y se pretende que produce cuarenta o cincuenta a la vez. Oviedo ha observado que estos huevos no se cuecen en el aceite ni en la manteca sino en el agua solamente. No son más gruesos que una nuez, y su cubierta consiste, en sólo una película muy delgada. Como este animal deja que se aproximen a él fácilmente, no es difícil coger-

le. Se le recorre suavemente el lomo con un lazo corredizo; él cree que ese roce viene de algún insecto y permanece algún tiempo sin moverse; pero mientras espera el momento de caer sobre su presa, se encuentra apresado el mismo por el cuello.

De los patos

No se ven en la isla tantas especies de aves como en Europa, pero las hay de una belleza a que las nuestras ni siquiera se aproximan. Las golondrinas, las cornejas, las tórtolas, las palomas, los gansos y los patos salvajes son casi los mismos. Se ven patos que tienen todo el cuerpo blanco y la cabeza de un hermoso color rojo. Hay también una especie almizclada que se cree ha sido llevada de otra parte; ésta es la única que se cría en los corrales, no solamente por la belleza de sus plumas, sino también a causa de su grosor y de que hacen varias nidadas al año. Se ha observado que los hijos que vienen de la unión de los unos con los otros, no procrean. Por lo demás, los antiguos habitantes de las islas no tenían ninguna especie de aves domésticas.

De los gansos, guineas y faisanes

Los gansos de las Antillas no sacan cría sino una vez al año. No pasa lo mismo con las otras especies de aves de corral, ya indígenas, ya extranjeras. Todas las estaciones les son favorables al efecto, y nada sería más fácil que criarlas, si no estuviesen sujetas a una enfermedad que se llama las bubas, y de que mueren en gran número. Lo que se ve más ordinariamente en los corrales, son las gallinas pintadas que han sido llamadas de guinea; los pajuiles que se encuentran en gran número a lo largo del río Neyba y los faisanes. En la isla había pintadas algo diferentes de las otras y más pequeñas, pero nunca fue posible domesticarlas. Esta imposibilidad llegó al extremo de que, si se echaban sus huevos a una gallina ordinaria, los polluelos no bien tenían plumas en las alas cuando desaparecían. Este animal tiene el pico y las patas casi como nuestras gallinas: es del mismo tamaño, pero sus plumas tienen todas una mancha blanca que les forma como un ojo, mucho menos marcado que el de los pajuiles; el resto de ellas es de un color más oscuro y tira a gris cenizo. Esta variedad es la que ha hecho que españoles le den el nombre de pintada o gallina pintada que en el fondo, no le conviene mucho. Tiene la cabeza y el cuello casi pelados, lo que es causa de una pequeña deformidad, disimulada sin embargo por su cresta, que es corta pero de un rojo muy vivo.

Las tórtolas, los pico-verdes, ruiseñores y pardillas

Se cree ordinariamente que hay en la misma isla perdices rojas y hortelanas, pero es un error, pues éstas sólo son diferentes especies de tórtolas; las nuestras, en particular, son allí muy comunes. El pico-verde tiene todas

las propiedades del de Francia, pero le aventaja mucho por la belleza de su plumaje rojo y negro sobre el fondo amarillo. Los franceses, siguiendo a los españoles, le han llamado carpintero, porque cuando golpea la madera con su pico hace gran ruido. Por lo demás, no puede llevar ese nombre sino irónicamente, pues lejos de construir destruye, y se han visto grandes edificios cuyos postes de tal manera habían agujereado esos animales, que ha sido preciso derribarlos. Nuestra isla tiene también su ruiseñor, que por la figura y voz se parece muy poco al de Europa. Debe su nombre al placer que experimentó Cristóbal Colón al oírle cantar en el mes de diciembre. Pero se encuentra allí una especie de pardilla, cuyo acento es bastante agradable. Esta avecilla es muy rara, y en general el gorjeo de los pájaros no es, en aquel país, uno de los encantos de los bosques y campos; si ellos agradan a la vista más que los nuestros, deleitan mucho menos al oído.

Del alcatraz y los papagayos

Las aves de rapiña no faltan en la isla, viéndose en ella un gran número de especies. Se encuentran, sobre todo, alcatraces en abundancia. Este es un pájaro que tiene del cormorán y del pelícano, pero es muy diferente del último para poderle dar precisamente su nombre, como lo ha hecho el Padre Labat.

Lo singular en él, y por lo que se le ha llamado en francés *grand gossier*, es que, de la parte inferior de su pico, el cual tiene muy largo y ancho, pende una especie de bolsa, de prodigiosa capacidad, y que le sirve de almacén. No cesa de cazar o más bien de pescar hasta llenarla: luego digiere a sus anchas, pero bastante presto, lo que así ha reunido; y es inconcebible lo que cuesta su manutención a los curiosos poseedores de alguno de estos pájaros. Todo es bueno para él, pero cuando está libre no vive sino de peces, y no se le encuentra sino en las orillas del mar, donde su color es siempre cenizo oscuro, y a lo largo de los ríos, donde, al menos en algunos lugares, es de un blanco bellísimo. Otra ave de presa, bastante común en las islas, es el malfenis, que se aproxima al halcón y al águila. Muchos otros a que llaman indistintamente pescadores y garcetas, son verdaderamente garzas reales, y difieren muy poco de las nuestras. En fin, los papagayos son también habitantes naturales de las Antillas, donde se ven de todas especies y colores; pero las dos maravillas de la América, en materia de aves, son el flamenco y el colibrí, uno de los más grandes y el más pequeño de todas las especies que vuelan, sin ser insectos.

El flamenco

El flamenco debe su nombre a los españoles, sin que haya llegado hasta nosotros la razón que tuvieron para llamarle así. Estas aves se encuentran por grandes tropas en las lagunas, y como tienen las patas desmesuradamente altas, se podrían tomar de lejos por un escuadrón alineado en orden

de batalla. En realidad, están de ordinario, en guardia contra la sorpresa de sus enemigos, y se pretende que hay algunos siempre de centinelas, mientras los otros se ocupan en buscar qué comer. A más de eso, se dice que les da el olor de la pólvora de muy lejos, de modo que difícilmente se llega cerca de ellos. Nuestros antiguos bucaneros se servían, para matarlos, de una estratagema semejante a la de que, se dice, usan los habitantes de la Florida para acercarse a los ciervos: se cubrían con una piel de buey, y caminando contra el viento, se aproximaban a su presa, sin que los flamencos, acostumbrados a ver pacer los bueyes en los campos, se espantasen; de modo que les tiraban cómodamente. Las plumas del flamenco son de bellísimo encarnado, un poco mezclado de blanco y negro. Es del tamaño de una gallina ordinaria de India, pero su carne no es comestible, exceptuando la lengua que es un bocado exquisito. Cuando se pueden coger jóvenes se les domestica fácilmente, siempre que se les dé a beber agua salada, pero a esa edad sus plumas nada tienen de hermoso.

Del colibrí

El colibrí a que se da el nombre de pájaro-mosca en el Canadá, ha sido llamado por los españoles tominejo, porque con su nido, no pesa sino cerca de dos de esas pesitas que se nombran en España tomines. Todavía es más pequeño en el Canadá donde su cuerpo, comprendidas las plumas no es más grueso que el de un abejorro. Sus colores son el rojo, el negro, el verde y el blanco, con matices dorados sobre el verde y el rojo. Tiene en la cabeza un penachito negro; su garganta es de un rojo muy vivo, el vientre blanco vistoso, y todo el resto verde, color de hoja de rosal. La hembra no tiene de estos colores sino el blanco, bajo el vientre; lo demás de su plumaje es cenizo claro. El pico y las patas de este animalito son relativamente muy largos, teniendo el de las islas un poco encorvado el primero, mientras el pájaro-mosca del Canadá lo tiene recto. El Padre Le Pers pretende que el colibrí no hace otro ruido que el del zumbido de sus alas, el cual es bastante fuerte por tener el vuelo muy rápido. El Padre Labat, al contrario, asegura que tiene un canto muy melodioso. Yo no puedo decidir entre estos dos asertos porque no he visto ningún colibrí con vida. En cuando al pájaro-mosca del Canadá, he oído una hembra que silbaba de un modo muy fuerte pero poco agradable. A menudo he visto muchos, pero jamás he oído cantar uno solo.

Insectos, las luciérnagas

La luciérnaga que los antiguos habitantes de estas islas llamaban cocuyo, y al que los españoles han conservado ese nombre, tiene también su mérito. Es una especie de escarabajo poco más pequeño que el abejorro, con dos ojos en la cabeza y dos bajo las alas, de donde sale una luz, que esparce una gran claridad y que es, quizás, el más hermoso fósforo viviente que haya en la naturaleza. Se camina y aún se lee a su claridad y eran de gran utilidad a

los españoles que se servían de ellos para la caza y la pesca durante la noche, atándoselos a los pies y las manos. Se agrega que también son un excelente repelente contra los mosquitos y otros insectos semejantes, que sin eso molestan mucho, y de lo que no podría uno librarse ni aun durante el día, sobre todo en los lugares un poco cubiertos de árboles, sino exponiéndose a un sol siempre abrasador. Los cocuyos se cogían de noche con tizones, pues desde que veían fuego, acudían a él, y cuando los hacían caer, no volvían a levantar el vuelo. Lo que produce la luz a que me refiero, es un humor que causa el mismo efecto en las manos y la cara al frotarlas con él. Herrera nos asegura que al llamarlos por su nombre, mostrándoles el tizón encendido, venían al momento; práctica que, al parecer, habían aprendido los españoles de los indios. Bien se puede creer, sin embargo, que lo que más convidaba a pasearse y viajar durante la noche, era la frescura de ella unida a tantas otras bellezas, pues los cocuyos no se ven sino en una estación, que es la de los grandes calores, y difícilmente se les conserva más de ocho días. Nuestras moscas ordinarias, que han ido a las islas en las naves europeas, se han multiplicado allí prodigiosamente, de tal modo, que no se puede matar una pieza de caza un poco lejos de las habitaciones, sin que en pocas horas esté cubierta de esos insectos que la corrompen al momento. Los mismos buques han hecho a las Antillas otro presente no menos perjudicial, cual es el de las ratas y ratones, que allí se han hecho muy abundantes y hacen destrozos increíbles.

De los insectos venenosos

Entre los otros insectos y reptiles se notan varias especies de escorpión, un escarabajo llamado rinóceros, varias especies de lagartijas, de arañas, de hormigas y de culebras. Alguna de estas últimas son bastante gruesas para tragarse gallinas enteras; pero ninguno de estos animales es venenoso, si se exceptúan ciertos escorpiones que nacen en la península de Samaná, y una araña cuya parte posterior es roja, la más grande y monstruosa que se conoce, pero cuya picadura tampoco es frecuente. En cuanto al escorpión se habla de él de una manera muy general y el hecho de ser venenoso no está bien averiguado. Pero el escarabajo rinóceros es un animal muy curioso, que bien merece demos aquí su descripción.

El escarabajo rinóceros

A poco de haberse cortado una palmera, acude cierta especie de escarabajo que deja en ella gran cantidad de gusanos cornudos, que los habitantes buscan cuidadosamente, y que pasan por ser un plato muy delicado. En efecto, no es otra cosa que grasa dulce y agradable, envuelta en una película ondulada en forma de voluta. Es verdad que a primera vista su figura es repulsiva y causa cierta repugnancia, invencible para algunos, pero la generalidad se acostumbra pronto a no rechazarlos. Los produce el escarabajo en

cuestión, que viene a ser una especie de mosca voladora, de nariz muy prolongada y hecha a manera de cuerno un poco arqueado: de aquí le viene el nombre de rinóceros. Este cuerno está ordinariamente guarnecido de dos escobillitas, una arriba y la otra abajo: además le salen de los conductos nasales dos antenas movibles que tienen varias articulaciones, terminando por bonitos discos aterciopelados que le sirven para proteger los ojos. Le cubre la cabeza un casco de forma casi oval y de una sola pieza, algo convexo, de un negro lustroso, muy liso, y de consistencia dura, vidriosa y quebradiza: la boca, hendida horizontalmente, la forman dos mandíbulas, armadas por completo de buenos dientes: el tórax es huesoso y acompañado de dos brazos, de los que cada uno tiene tres coyunturas o articulaciones: estos brazos, terminados por patas hendidas en puntas y velludas, están doblados de ordinario, encajándose un poco más abajo, en una escotadura que se encuentra en la parte superior del vientre: de cada lado tiene una pierna o pata completamente semejante al brazo descrito, encajada a su vez, en un corselete compuesto de varias piezas, que se unen a la cubierta del pecho: del bajo vientre salen también otras dos patas que en nada difieren de las anteriores: varias túnicas, colocadas las unas sobre las otras, se hallan a la extremidad posterior de este insecto, que lleva arriba cuatro alas, dos interiores finas y transparentes como gasa, y dos exteriores rayadas, negras, ovaladas, secas y sonoras.

Las niguas y los piojos de madera

Las avispas, ciempiés y una especie de hormiga muy grande y completamente negra llamada flamenco, dejan también algunas señales en la piel en que han clavado su aguijón, pero estas picaduras no tienen consecuencia alguna perniciosa. No sucede lo mismo respecto de otro diminuto insecto, que los insulares llamaban nigua, y que los franceses han nombrado *chique*, el cual se introduce en la carne y particularmente en los pies, donde se hace desde luego sentir por una gran comezón. Es preciso sacarlo pronto, pues sin eso progresa rápidamente, como una especie de cáncer, y se multiplica como la polilla. Los españoles sufrieron mucho sus molestias al principio, porque no sabiendo lo que era, ni el modo de verse libres de tal incomodidad, se les pudrían los pies en medio de los dolores más violentos. Hay una tercera especie de hormiga blanca, que es todavía más perniciosa: su sustancia es muy blanda y su baba o saliva es un disolvente que hace impresión hasta sobre el hierro: se la llama piojo de madera porque se adhiere a los palos blandos de que se nutre, y que arruina por completo: desde que ha invadido el techo de una casa, destruye en poco tiempo toda su armazón. Principia por destrozar las latas, que regularmente son de madera muy floja, y luego trabaja en las soleras, que roe bastante presto. Se ha descubierto desde hace poco, que el arsénico lo mata rápidamente; para librarse pronto de él, basta esparcir un poco de este veneno sobre el trillo que se abre aquel

insecto, y que es una especie de parapeto de tierra, o de camino cubierto. El piojo de madera hace también mucho estrago en la ropa y los libros, y no hay baúl donde no penetre, de igual modo que una especie de abejorro llamado *ravet* (y en español cucaracha), un poco más aplastado que los nuestros, y que no trabaja sino de noche.

Los cuadrúpedos

Hay mucho menos que decir sobre los cuadrúpedos naturales de esta isla, que sobre los otros géneros de animales. No se encontraron sino cinco especies, cuando se hizo el descubrimiento, y, como carecían todos de defensas, los gatos y los perros españoles los extinguieron pronto. Los indígenas los llamaban utías, chemís, mohuis, corís y goschis: pero este último nombre no lo he hallado sino en las memorias del Padre Le Pers. Los más grandes no eran mayores que nuestros conejos ordinarios, a los que se parecían mucho las tres primeras especies, siendo todos propios de comer. Oviedo dice que el utías era como un ratón grande y el corís como un conejito. Los había, todos blancos, y de colores mezclados. El corís según otros autores era blanco y negro, no tenía cola y su boca era semejante a la del topo. Los goschis eran perritos mudos que agradaban mucho a las damas, las cuales los llevaban en sus brazos. Servían en la caza para descubrir a los otros animales; eran igualmente buenos para comer y sirvieron de gran recurso a los españoles en las primeras hambres que experimentaron. Muy pronto habría desaparecido, aun esta especie, de la isla, si no los hubiesen luego importado de varios puntos del continente. Los había de varias clases, pues los unos tenían la piel completamente lisa, otros tenían todo el cuerpo cubierto de una lana bastante suave, y la mayor parte no tenía sino una especie de vello, muy delicado y escaso. Se encontraba en ellos igual variedad de colores a la que se ve en los perros, y mayor aún, porque todos los matices, y hasta los más vivos, los adornaban.

PEDRO MURILLO VELARDE:

GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE LA ISLA ESPAÑOLA (1752)¹

La isla Española es fértil de azúcar, ganados, vacas, caballos y puercos. Hay altas sierras y pedregosas...

El gengibre se llevó de la India Oriental a la Española, y ha multiplicado de suerte que en la flota de 1587 se llevaron más de 22 quintales a Sevilla, según Acosta. También hay algodón, añil en piedra y yerba. Aquí y en Cuba y otras Islas hay *Yuca*, que es una raíz de que hacen unas tortas, que es el pan de la tierra y llaman Cazabe, y es como la Mandioca del Perú: el zumo de la raíz exprimido es veneno.

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones Geográficas de Santo Domingo*, tomo I.

DANIEL LESCALLIER:

ITINERARIO DE UN VIAJE POR LA PARTE ESPAÑOLA
DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO (1764)¹

No se viaja en Santo Domingo, y sobre todo en la parte española, tan cómodamente como en Francia, pues la mayor parte de los caminos son impracticables en carruajes, y con frecuencia sólo con mucho trabajo se puede pasar por ellos a caballo. Hay que cargar en mulos todos los víveres necesarios mientras se hace el recorrido de la ruta, pues la parte española es tan desierta y tan pobre que no se encuentra allí el menor alimento que comprar. Frecuentemente puede uno recorrer hasta diez leguas sin encontrar una sola choza, y tiene uno que detenerse a la sombra de algún árbol frondoso para pasar allí la hora del mediodía. A menudo se ve uno obligado a dormir a la intemperie, a la luz de la luna, tendido sobre un cuero de buey o en una hamaca colgada de dos árboles.

Darí­a trabajo convencer a muchas personas de que sea posible hallarle encanto a una vida semejante. Sin embargo, su novedad y la belleza natural del pa­is y de las regiones que uno cruza mientras hace esta ruta hacen olvidar todas las fatigas que se sufren.

Hay dos caminos para ir de Cabo Francés, capital de la parte francesa de esta Isla, a la ciudad de Santo Domingo, que pertenece a los espa­noles. Aunque no hay setenta leguas de distancia directa entre estos dos lugares, se ve uno obligado a recorrer cerca de cien para evitar un grupo de monta­ñas casi impracticables que ocupan toda la parte central de la Isla. El primero de estos caminos pasa por Santiago de los Caballeros, que es la segunda ciudad de la colonia espa­nola en cuanto a importancia se refiere. El segundo pasa por San Juan, que podemos considerar como la tercera poblaci3n. Uno se extiende durante sus dos terceras partes hacia el Este y luego se vuelve hacia el Sur. El otro da la vuelta por los dos lados opuestos.

No hablaré ni de Cabo Francés ni de la bella llanura que toma su nombre y cuyos ingenios son tan ricos que se puede decir, cuando llueve, que es oro lo que cae para sus habitantes. Es fácil imaginarse una ciudad nueva, bastante grande y muy comercial, cuyas calles son todas trazadas a cuerda, cuyos habitantes est3n divididos en blancos, que descansan tranquilamente, y en negros, que trabajan mucho y duramente, entre quienes se representa una mala comedia, todo ello situado inmediatamente al pie de una elevada monta­ña cuya reverberaci3n aumenta considerablemente el calor natural del clima.

Después de haber recorrido quince leguas al través de esta bella llanura, pasando por tres preciosos caminos bordeados de setos de limoneros que sirven de cerca a grandes cañaverales, se llega a la frontera espa­nola del Massacre.

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones Geográficas de Santo Domingo*, tomo I.

Este poblado, llamado por los españoles Dajabón, es el lugar donde tiene su residencia el Comandante de la Frontera del Norte por el Rey de España, llamado Don Gaspar de Leos y Echalas. Está situado en el paso del río Massacre o Dajabón, que sirve aquí de límite entre los territorios de las dos naciones. Se asegura que el nombre de este río viene de una batalla que se libró a sus orillas, en que varios españoles perdieron la vida. En efecto, las palabras “dar-un-jabón”, de que parece estar compuesto su nombre español, significan “dar jabón”, es decir, corregir, vencer, lo cual confirma esta conjetura.

Este lugar dista quince leguas de Cabo Francés, tres leguas del Fuerte Del-fin, un cuarto de legua de la aldea francesa llamada Unamende (que en español llaman Juana Méndez) y siete leguas del puerto español de Montecristi.

Dajabón en sí tiene poca importancia. Sus casas, cuyo número no excede de cincuenta, están todas fabricadas de madera, pero el ganado que se cría en los prados de los alrededores es objeto de gran comercio que beneficia toda la zona.

Continuando la ruta, después de haber pasado algunas sabanas² que están cubiertas de muy buenos pastos, en diversas partes se cruza por algunos arroyos y pequeños ríos cuyas aguas riegan esta región, dándole un verdor permanente que la hace muy provechosa para el ganado y vuelve la tierra muy fértil. Estos arroyos y ríos están todos precedidos en cada margen de pequeños bosques formados de árboles que han alcanzado ya la plenitud de su desarrollo, y nada puede verse allí que sea más encantador que este paisaje entrecortado de bosques y sabanas y bordeado a derecha e izquierda por montañas que terminan en el horizonte, donde se vuelven agradablemente azules.

Después de haber pasado dos torrentes o saltos, y al final de una bella sabana llamada Sabana Larga donde hay algunos Hatos³, se encuentra el pequeño río de Chacuey, cuya agua goza de la fama de ser un agua excelente. Este río se pasa a pie o a caballo, pues en esta región se desconoce el uso de los puentes, torciendo a la derecha, es decir, remontando un poco su curso y atravesando en línea oblicua un camino que se percibe del otro lado.

Más allá de este río se pasa por una región muy parecida a la anterior, pero de manera general menos bella a los ojos hasta llegar al río Guayubín, que dista tres leguas del río Chacuey. Este río da poca agua en los tiempos

²Nos vemos obligados a servirnos de este término muy usado en América para expresar los lugares incultos donde la naturaleza no ha sembrado árboles y donde sólo crece hierba y no puede llamarse ni prado ni pradera. En toda la parte española de Santo Domingo, que se halla todavía en el estado en que la formó el Creador y casi enteramente cubierta de bosques, todos los espacios desprovistos de árboles son sabanas y todo lo que no es sabana es un bosque espeso. Sabana es propiamente lo opuesto a selva, bosque (N. del A.)

³Haciendas donde se cría el ganado (N. del A.)

de sequía, pero en los tiempos de lluvias hace grandes avenidas y su torrente se vuelve impetuoso, lo que ha hecho que su cauce sea bastante ancho. Cuando baja se cruza por el primer vado que está frente al camino, pero cuando sus aguas crecen uno está obligado a buscar el vado siguiente, y algunas veces hay que usar el tercero, que es el más favorable, ya que en este lugar el lecho del río es mucho más ancho y por consiguiente la corriente del río es más baja.

Este río está bordeado por ambos lados de árboles muy bellos, cuyas tupidas ramas se inclinan con natural elegancia hasta tocar el agua. Su eterno verdor y un cielo siempre azul y sereno, cuyas imágenes copia la límpida corriente, producen un efecto maravilloso aunque silvestre y digno de representar los baños de Diana.

De aquí al río de Gurabo, durante un espacio de más o menos cinco leguas y media, hay una zona igualmente entrecortada de bosques y sabanas y algunos pequeños montes a ciertos intervalos. En este intervalo se atraviesan cuatro riachuelos y un solo hatillo hermosamente situado sobre una pequeña altura a igual distancia de los dos ríos de Guayubín y de Gurabo. Este último, el Gurabo, se agota en los tiempos de sequía. Después de haberlo atravesado, uno se vuelve un poco hacia el Sur para volverlo a encontrar y para encontrar nuevamente, como a media legua, un hatillo que queda a doce leguas y media de Dajabón, y aquí termina esta primera jornada.

La segunda jornada es de diez leguas y media. A dos leguas de este hatillo, yendo hacia el Norte, hay otro situado sobre la margen izquierda del gran río Yaque, que en este lugar es ancho, profundo y perfectamente navegable, aunque de esta magnífica condición no se haga ningún uso.

A tres leguas del río Gurabo, siguiendo el camino real, se llega al río de Mao, después de haber pasado por una zona cuyas dos terceras partes se componen de tierras áridas y donde se producen muchas de esas plantas espinosas llamadas Teas⁴, Raquetas⁵, y Patas de Tortuga⁶.

⁴Las Teas (llamadas en latín por los botánicos *Creus* y en inglés *Torch Thistle* - *Tea Cardo*) están compuestas de varios tallos largos acanalados y erizados de largas y agudas espinas. Todas salen del mismo tallo o vástago, que alcanza a veces hasta quince y veinte pies de altura. Esta planta espinosa se conoce en el noroeste de la parte española de Santo Domingo con el nombre de **cayuco** y la madera delgada que le sirve de esqueleto arde como la tea. (N. del A.)

⁵Las Raquetas son plantas rastreras compuestas de varias hojas grandes, muy espesas y terminadas en puntas de un lado y redondas del otro, unidas por encima las unas a las otras, sin tallos. Son de un color verde claro y tienen de trecho en trecho haces de espinas. Las frutas, que brotan en las extremidades de las hojas y que también están erizadas de espinas, tienen un bello color rojo y son buenas para comer. Los españoles les llaman **tuna** y los ingleses le dan a esta planta el nombre *Prickly Pear* (**Pera Espinosa**). (N. del A.). *Euphorbia lactea* (C.E.D.).

⁶La Pata de Tortuga es un árbol que consiste en un tallo largo y grueso completamente erizado de largas espinas, en cuyo extremo brotan hojas gruesas de una figura redondeada irregular que se mantienen juntas por el extremo las unas a las otras sin ramas. (N. del A.). El diccionario de Lioguer no registra ese nombre, y sí pata de chivo (*Baubinia divaricata*), pata de cotorra (*Echinobloa colonus*), pata de vaca (*Baubinia monandra*), pata de gallina (*Chloris radiata*), y pata de gallo (*Didymopanax morototoni*) (C.E.D.).

El río de Mao es bastante ancho y se cruza como todos los otros, por un vado, ya sea a pie o a caballo. Se dice que a él llegan los caimanes⁷ del río Yaque, en el cual vierte sus aguas el Mao y donde abundan estos animales anfibios. Este río arrastra en su arena partículas de oro, lo que hace creer que las montañas de donde provienen sus aguas contienen minas de este metal. Está bordeado a cada lado de árboles muy bellos y de gran desarrollo durante una gran extensión de su curso.

El espacio comprendido entre el río Mao y el río Amina, que le sigue, es de una legua, toda de camino montuoso, mezcla de pequeños bosques y sabanas.

Este último río es estrecho y bastante profundo. Después de pasar el río y el monte que lo bordea, a un cuarto de legua de distancia, se encuentra una aldea llamada Boca de Amina, situada como lo indica su nombre, cerca de la confluencia del río Amina y el río Yaque. Este poblado está compuesto aproximadamente de treinta casas hechas de ramas de árboles entrelazadas, techadas de hojas de palmeras (yaguas) y una iglesia fabricada con material semejante. No se observa en todo el camino precedente ninguna señal de cultivo ni de hacienda de crianza de animales.

Casi a la salida de esta aldea uno entra en una selva espesa que continúa durante cinco leguas y media hasta llegar a una pequeña sabana donde hay una pequeña propiedad a orilla del río Yaque, que aquí es ancho y rápido y que uno cruza por un vado a favor de un banco de escombros colocado oblicuamente siguiendo el curso del río hasta alcanzar la otra orilla. Hay que tener gran cuidado en no pasar demasiado cerca del borde de este banco o balsa aunque la profundidad del agua sea allí menor, pues la rapidez de la corriente podría arrastrar los caballos a lo más profundo del río.

Luego se camina como una legua por un bosque sin apartarse mucho de este río, y al salir de este monte se llega a Santiago, que es el término de esta segunda jornada.

Santiago de los Caballeros tiene el título de ciudad y está reconocida como la segunda localidad de la colonia española. Su longitud es más o menos de trescientas toesas por ciento cincuenta de ancho. La mayor parte de las viviendas de esta ciudad consiste en cabañas fabricadas de ramas de árboles con techos de hojas de palmeras (yaguas). Sus calles, que semejan un prado, están enteramente cubiertas de yerbas. Está situada en una sabana sobre la margen derecha del río Yaque, más comúnmente llamado por los españoles río de Santiago, cuya agua es muy sana y excelente para beber.

⁷Especie de cocodrilo, el mismo que los ingleses llaman "Alligator" en sus colonias. Difiere del de El Nilo, si es verdad que este ataca y devora al hombre. El caimán huye del hombre y el único ejemplo de crueldad de que he oído hablar de este animal es el de un cocodrilo hembra que mató a un niño para impedir que éste le quitara sus pequeños, según el sentimiento que la naturaleza le inspira en casos semejantes al más tímido de todos los animales. (N. del A.)

De este lugar corre por un escarpado que tiene más de veinte toesas de largo y forma un pequeño contorno que rodea la mitad de la ciudad. Gran número de cocoteros, por encima de estas casas pobres, coronan agradablemente el aspecto de esta ciudad. No se hace allí otro comercio más que el de un poco de tabaco que se cultiva en los terrenos situados en los alrededores. Si uno no conociera el carácter de sus amos, creería uno que esta misma ciudad, cuya miseria acabamos de pintar, podría convertirse en una ciudad o en un lugar muy floreciente por la riqueza de su suelo y la navegación de su río. El aire que allí se respira es casi el mejor y el más fresco de toda la Isla. En esta ciudad hay un Convento de Religiosos de la Mercedaria. Toda su guarnición la componen un Vice-Gobernador y seis soldados.

No hay más que ocho leguas de Santiago a otro poblado llamado La Vega. Esto forma la tercera jornada desde Dajabón.

Al salir de Santiago se entra en un bosque espeso, donde los caminos están llenos de lodo aún en los tiempos más secos o de menos lluvias. Después de recorrer aproximadamente dos leguas y media estos caminos, uno atraviesa un pequeño río. Media legua más allá uno deja a la izquierda un campo llamado El Caimito. El bosque continúa casi sin interrupción hasta llegar a Río Verde, pequeño río que se pasa fácilmente en todo tiempo. En los montes espesos que rodean este río se encuentran abundante y libremente diversas clases de palmitos y muchos árboles de un grosor prodigioso.

A media legua al otro lado de Río Verde uno deja a la derecha el camino del Santo. Cerro, es decir la Montaña Santa, lugar de devoción situado en una montaña bastante elevada a legua y media del camino real. El origen de esta devoción es tan antiguo como el descubrimiento de la Isla. Habiendo llegado los españoles a este lugar para someter a los antiguos insulares, fueron atacados por un gran número de ellos, y considerando que el partido era desigual para ellos, aunque estuviesen ellos, los conquistadores, situados en una altura que dominaba todos los alrededores, pidieron a Dios su auxilio e hicieron plantar una gran cruz cuya sola vista espantó y aterrorizó de tal modo a los salvajes que la lucha se decidió bien pronto a favor de los castellanos.

Los místicos pretendieron haber visto a la Santa Virgen que llevaba o soportaba a su hijo, el Niño Jesús, en uno de los brazos de la Cruz, y desde esta época se le ha llamado la Cruz de La Vega, y ha alcanzado una fama tan grande que las buenas mujeres de Santo Domingo se arrebatan sus restos cuando los encuentran o creen encontrarlos, y siempre los prefieren a los de la Cruz de Jerusalén.

Desde ahí se recorre una región frecuentemente interrumpida por sabanas, regada por algunos riachuelos, y donde se encuentran, de trecho en trecho, algunos hatos pequeños, haciendas para ganado, y se cruza el río Camú para llegar a La Vega.

El vado de este río es bastante fácil. Se pasa oblicuamente bajando un poco, por un banco o balsa debajo de la cual la corriente pasa muy rápidamente.

La Vega es un poblado de poca importancia como pueblo. Está compuesto de casas fabricadas de ramas de árboles y cubiertas de hojas de palmeras. No se ve allí ningún cultivo, y toda la riqueza de sus habitantes consiste en ganado que se alimenta del pasto que hay en las sabanas de los alrededores, donde lo hay en gran abundancia en todas las épocas del año.

La región comprendida entre Santiago y La Vega y también a una gran distancia más allá, hallándose en manos de gente industriosa, se convertiría en una serie ininterrumpida de plantaciones de caña de azúcar, pues es difícil encontrar un terreno más bello y mejor regado que el de toda esa región. El frescor que la favorece hace crecer y desarrollarse bien no solamente todas las plantas productivas propias de los países cálidos, sino también casi todos los árboles frutales de Europa.

Partiendo de La Vega uno entra en una sabana larga, que tiene como una legua de extensión en diferentes sentidos. Esta zona está limitada al Sur por una gran cadena de montañas, en la que se levanta un pico que parece casi redondo y que tiene gran altura. A la derecha, muy cerca del camino, deja uno un pequeño ható y se entra en un bosque, donde vuelve uno a encontrarse con el río Camú, el cual se acerca serpenteando varias veces al camino. Aunque esta zona sea la mejor y la más poblada de toda la ruta y aunque uno encuentre a intervalos, por espacio de más de tres leguas, diferentes propiedades ganaderas, ofrece el espectáculo más sorprendente de la indolencia española. Una ruin choza situada en un monte espeso, un pequeño redil para el ganado, algunos cocoteros y un pequeño cuadro de terreno sembrado de caña de azúcar para comer cruda o para endulzar el chocolate que provee en abundancia las matas de cacao que crecen aquí en los montes sin necesidad de cultivo alguno, he ahí en qué consiste esas haciendas, de las que una sola puede dar una idea de lo que son las demás.

A cuatro leguas y media de La Vega se vuelve a pasar el río Camú y se sigue por su orilla después durante un espacio hasta donde el río Jima le entra al Camú, y recorriendo siempre un monte espeso en un terreno muy fértil, se pasa nuevamente este río después de caminar algo más de una legua. Aquí el nombre del río es de río Gima o Jima, y su gran anchura y su poca profundidad hacen su paso fácil.

Atravesando luego el bosque durante más o menos media legua, se llega a una gran sabana que tiene como una legua de largo y varias viviendas dispersas. Esta sabana, que se llama Sabana de Jima, queda a unas siete leguas de La Vega.

La jornada siguiente, que es la quinta desde Dajabón, es de seis leguas.

A tres cuartos de legua de Jima, que se hacen cruzando una gran sabana, se atraviesa un pequeño río bordeado de árboles de los dos lados, igual

que los demás. Luego se entra en una extensa y bella sabana que tiene como una legua de largo sin interrupción y al final de la cual se encuentran tres viviendas bastante vecinas las unas de las otras. Allí comienza a verse del lado del Norte y del Nordeste un considerable llano, dividido todo en sabanas y que termina en una gran cadena de montañas que se extiende desde Samaná hasta Montecristi, entre el curso que siguen las aguas del río Yaque y el mar.

Los bosques se estrechan luego por espacio de más de media legua que termina en una gran sabana que se separa en diversas ramas y donde hay dos propiedades semejantes a todas las demás, es decir, demasiado pobres y sin cultivo. A la derecha, muy cerca del camino, uno deja algunas colinas cubiertas de bosques, las cuales pertenecen a la gran cordillera de La Vega.

No lejos de allí se atraviesa un pequeño río, una sabana bastante grande, donde hay dos propiedades de explotación, y luego otro riachuelo bordeado de montes, a cuya salida se ven a la derecha del camino dos explotaciones rurales hermosamente situadas al pie de algunas otras colinas. La sabana continúa por espacio de una legua hasta el bosque que se extiende al borde del río Yuna, a cuyas orillas se llega después de cruzar un pequeño brazo.

El Yuna es un río extraordinariamente rápido y no es fácil vadearlo por poco que se haya desbordado. No es prudente arriesgarse a cruzarlo en tales casos. Para pasar este río deben seguirse ciertas instrucciones: hay que observar, cuando se ha alcanzado el medio del río, dónde es menos profundo y dónde tiene la corriente menos impetuosidad, remontar hasta frente al lugar adonde uno arriba del otro lado para no ser arrastrado después por la violencia de las aguas; entonces se atraviesa por la parte más estrecha posible, desconfiando siempre de las aguas para no ser arrastrado por ellas.

Aunque en esta región no se conocen los puentes ni las balsas, no dejan de cruzar los ríos desbordados cuando no se quiere esperar hasta que las aguas bajen de nivel, lo que sucede algunas veces de un día para el otro. He aquí el medio de que se valen los españoles para pasar al otro lado: Se toma un cuero de buey, el cual se levanta un poco de cada extremidad, con lo cual se forma un hueco en el medio, donde se coloca la persona que quiere pasar el río y que tiene necesidad de usar este medio ingenioso que Horacio les supone a los navegantes para estos casos. A esto se le llama "canoa de cuero". Dos hombres sostienen cada uno de los lados de este pellejo y lo transportan nadando hasta la otra orilla llevando dentro al que se halla allí tendido y que debe tener un cuidado extremo de no hacer el menor movimiento, lo que podría hacer entrar el agua en esta embarcación. De esta manera pasan una persona tras otra y los equipajes, sin que nadie ni nada se moje. Los caballos pasan a nado, y luego se sigue la ruta.

A un cuarto de legua del Yuna se cruza todavía otro brazo del mismo río en el punto donde le entra. De allí hay que recorrer todavía una legua hasta

Cotuy, adonde se llega después de haber pasado a distancias iguales dos riachuelos o torrentes que van a verter sus aguas en el Yuna. Esta región es montuosa y está cubierta de bosques espesos. Allí hay siempre lodo en abundancia, aún en los tiempos más secos, pues al no poder el sol penetrar al través de la abundancia de hojas de los árboles para secar el agua, ésta permanece en los montes y caminos.

Las orillas del río Yuna producen mucha madera propia para la construcción de viviendas y sabinos por arboladuras la cual podría ser de mucha utilidad y provecho por la facilidad que habría en transportarla por este río a la Bahía de Samaná, donde desemboca el río Yuna.

Cotuy es un caserío semejante a los anteriores. Consta de un grupo de casas situadas en una sabana donde no se observa ningún cultivo, excepto algunos bananeros y cocoteros.

La sexta jornada, desde Cotuy hasta Cevicos, es de ocho leguas y media.

Uno entra en los montes a la salida de Cotuy, y al cabo de un cuarto de legua, se cruza un pequeño río, después de lo cual se llega a una bella sabana, desde donde se ve un hato a mano derecha. Luego uno entra en los bosques para muy pronto atravesar el río Maguaca. Ascendiendo un mal camino durante un espacio de un cuarto de legua, llegamos a una sabana que tiene apenas media legua y que termina cortada por un riachuelo y un pequeño monte que la separa de otra sabana extensa y hermosa, como de una legua de largo, llamada la Gran Sabana de Orián. Sus límites están más allá del horizonte. En su extremo Este se ven a la derecha y a la izquierda dos hatos cerca de un pequeño monte por donde corre otro riachuelo poco considerable.

Es difícil ver otra región más bella, un terreno mejor y, al mismo tiempo, una zona más descuidada que la que se atraviesa desde Santiago hasta aquí. Pero después de pasar este último río, la zona cambia de aspecto y se vuelve montuosa, desigual y árida. Tiene uno por delante de los ojos una montaña que hay que prepararse a subir a pesar de lo malo de los caminos que allí hay.

Se cruza otro riachuelo y a media legua de ahí se atraviesa un pequeño río llamado Yagué. Luego hay como una hora de ascenso por caminos demasiado malos, pero todo esto queda compensado por el amplio panorama de un llano bellísimo que se alcanza a ver allá en el fondo, por el cual uno acaba de pasar y que se extiende al Norte de todo el camino precedente. Uno descende durante otra hora por el lado opuesto de esta montaña, desde donde se descubre otra llanura muy bella, la cual se extiende del otro lado hasta el extremo Este de la Isla. Al pie de esta pendiente se encuentra una pequeña sabana y otra montaña de poca altura que forma parte de la cordillera principal y que hay que subir y bajar por el otro lado.

Al final de este difícil camino se llega a una sabana donde hay un hato. Luego se pasa dos veces un riachuelo que corre por un monte bastante espeso, y a media legua de distancia de allí uno entra en la Sabana de Cevicos, donde hay algunas explotaciones rurales tan pobres como uno puede imaginárselo. Aquí se detiene uno como final de la sexta jornada.

Para salir de Cevicos, uno regresa durante cerca de un cuarto de legua por el mismo camino por donde llegó, y después de haber recorrido una legua por la sabana se atraviesa un riachuelo que separa esta sabana de otra muy larga y muy incómoda por sus desigualdades, lo que ha hecho que los españoles le den el nombre de Sabana de la Paciencia. Sin embargo, sólo hay que tener paciencia durante el recorrido de una legua que dura el paso de esta sabana. Luego no encuentra en su extremo una montaña llamada también por los españoles Montaña de la Paciencia, y con más justo título. Para poder hacerse una idea hay que pasar por esos caminos. Esto es poco cuando sólo hay lodo que llega hasta el pecho de los caballos en los tiempos de sequía, y entonces los españoles claman contentos: Ah! que buenos están los caminos hoy. No hay que dar detalles sobre los malos pasos y saltos que uno tiene que dar para subir y bajar estas montañas. Al pie de esta primera montaña se atraviesa dos veces el mismo río, y se sube otra montaña llamada El Piñal, tan difícil, por lo menos, como la anterior. En la falda de El Piñal se cruza también la pequeña sabana de Guamaca, rodeada de montañas y rodeada también por todos los lados de bosques espesos que forman una región silvestre y solitaria, pero bella e imponente.

Uno entra en el bosque y hay que volver a descender para luego atravesar un arroyo. Este paso es muy escarpado y difícil. Hay que apearse de los caballos para dejar a los pobres animales en libertad de poder salir del apuro, y a pesar de esta precaución a menudo se derriban y van a parar al pie de la pendiente, que es sumamente rápida y de terreno húmedo y resbaladizo. Tiene uno que hacer mucho esfuerzo con auxilio de las manos para evitar que le ocurra otro tanto.

Al paso de este pequeño río le sigue inmediatamente una hermosa sabana situada al pie de una gran cadena de montañas. Se empieza aquí nuevamente a subir esta cadena de montañas, desde donde se observa este mismo llano, que se extiende hasta el extremo Este de la Isla, y al cabo de legua y media de ascenso se halla uno en la cima y comienza a ver a lo lejos la gran llanura del Sur, que se extiende hasta la ciudad de Santo Domingo, y al sureste de la Isla. Al pie de esta montaña se detiene uno en un hato o finca ganadera de considerable extensión e importancia llamada San Juan, que dista ocho leguas y media de Cevicos y donde termina la séptima jornada.

La jornada siguiente es de doce leguas. A una legua del hato de San Juan se atraviesan dos pequeños ríos que están a poca distancia el uno del

otro. Todo este camino, durante una distancia de tres leguas hasta el paso del Río Ozama, es una sabana extensa llamada de San Pedro. Este río tiene un lecho fangoso y su agua es legamosa. Por poco que haya crecido su corriente, hay que pasarlo en canoa de cuero del tipo ya descrito anteriormente, y su lecho es estrecho y profundo.

Después del paso del Ozama, sigue una sabana bella y extensa que tiene unas dos leguas de longitud. Por allí se cruzan dos riachuelos, después de los cuales hay un hato considerable llamado Los Ovillos, que queda muy cerca del camino. Dos veces más se vuelve a cruzar el último de estos riachuelos, que es muy pequeño, y se deja a la derecha, entre dos pasos, una pequeña explotación agrícola.

A un cuarto de legua más allá se pasa el pequeño río de Guanuma, agradable a la vista por la limpieza de sus aguas y por el hermoso aspecto de los montes que lo bordean. Después, muy cerca de ahí, hay un pequeño río de donde se entra en una extensa sabana que tiene dos leguas de longitud. Durante el curso de estas dos leguas, el camino se dirige directamente hacia un grupo de tres pequeñas alturas llamadas La Sierra Prieta, y torciendo luego un poco hacia la izquierda para pasar de esta montaña, se sube por donde hay dos caminos, de los que el de la derecha es el camino real de Santo Domingo y conduce a esta ciudad por un desvío bastante largo después de haber cruzado el río Isabela y que pasa por una aldea llamada Pueblo de los Isleños, que casi toca las murallas de la ciudad^(*). Esta pequeña aldea está enteramente habitada por canarios llamados por los españoles *isleños*, es decir, insulares), de los que se hace una transmigración continua a esta colonia con el fin de poblarla y de aumentar el cultivo de la isla, pues esos pueblos de las Islas Canarias están considerados como muy laboriosos por los españoles, quienes no los juzgan probablemente más que por comparación consigo mismos. Asentados en los mejores terrenos, hasta ahora no han hecho más que algunos progresos insignificantes en su agricultura, que sólo consiste en el cultivo del plátano y el guineo y un poco de yuca para su subsistencia.

El otro camino no se utiliza, aunque es más corto, porque no sigue hasta la ciudad. Cruza por una sabana inmensa, cuyos límites uno no puede alcanzar a ver, y pasando cerca de un hato llamado San José llega a un pequeño río llamado la Yuca, que está a media legua de allí. Una sabana que tiene como una legua de largo y conduce a un ingenio azucarero llamado San Felipe, cuyo propietario, Don Tomás de Heredia, posee por lo menos cuatro leguas cuadradas de terreno comprendido entre los ríos de La Yuca, el Ozama y La Isabela. Este vasto terreno está sin cultivo, con excepción de algunos cuadros sembrados de caña de azúcar, aunque es susceptible de gran cultivo por su asombrosa fertilidad.

^(*)San Carlos. (E.R.D.).

Sólo se hace azúcar moreno, un azúcar bruto, y esto en poca cantidad. Estos habitantes no tienen ningún estímulo. Si ellos cultivaran y produjeran más víveres que los necesarios para su alimentación y los artículos y productos que puedan ser suficientes para el consumo de la ciudad, se verían obligados a deshacerse de ellos sufriendo pérdidas a favor de una compañía catalana que tiene un privilegio exclusivo para el comercio: que fija ella misma el precio de todo lo que vende y lo que compra.

Esta propiedad de explotación rural de San Felipe es el término de la octava jornada y no dista más que tres leguas de Santo Domingo.

Saliendo de San Felipe se atraviesa una sabana, un riachuelo y otras dos sabanas, donde se ven algunas casas de negros, y se llega al río Ozama, por el cual se llega en piragua a la ciudad de Santo Domingo. Sin embargo, en todo el recorrido de este espacio, no se vuelve a ver a todo lo largo de las orillas de este río más que una sola explotación rural, situada en su confluencia con el río Isabela. Se deja este río a la derecha, y como a un cuarto de legua más lejos se alcanza a ver sobre una altura a la izquierda una aldea llamada Pueblo de San Lorenzo, habitado enteramente por negros africanos de la región de Los Minas, a una legua de la ciudad de Santo Domingo.

A un cuarto de legua antes de llegar a la ciudad se ve a la derecha un tejedor o fábrica de ladrillos, y muy cerca de la ciudad, en el mismo lado, hay una fuente de agua dulce adonde los barcos que se hallan en el puerto mandan a tomar el agua potable que necesitan, pues la del río es muy salobre debido a su comunicación con el mar.

La ciudad de Santo Domingo tiene quinientas toesas (la toesa tiene tres pies) de largo por aproximadamente cuatrocientas de ancho, y cerca de una legua de perímetro (una legua es equivalente a 3.89 kilómetros). Sus calles son anchas y bien alineadas, y la mayor parte de las casas son fabricadas de mampostería y sus paredes son gruesas y sólidas. Dentro de su cinturón de murallas encierra dieciséis iglesias y una Capilla. La casa llamada Palacio del Gobernador no vale la pena hacer mención de él. La persona que actualmente reside allí se llama Don Manuel de Azlor y Urríes, Virto de Vera, y Gurrea de Aragón, Mariscal de Campo, y tiene el título de Presidente. Hay un Segundo comandante y un batallón llamado Batallón Fijo de Santo Domingo, cuya mayor parte está compuesta de reclutas de desertores franceses.

La fortificación que rodea esta ciudad no es otra cosa que una muralla bastante fuerte, con una vía cubierta, sin fosos ni obras exteriores. A los enemigos les sería muy fácil escalarla. Hay hasta parajes abiertos en algunos sitios donde la muralla no tiene más de seis o siete pies de altura y por donde los contrabandistas introducen de noche las mercaderías que traen de las colonias francesas. Esta muralla no tiene más de veinte pies en su parte más alta, que queda en la parte Oeste del lado del mar.

Esta ciudad está habitada por negros libres, mulatos, caribes y por una mezcla de todas estas especies; hay allí muy pocas familias enteramente blancas. Varias hasta de las que ocupan el primer rango se observa muy bien que no han conservado toda la pureza de su sangre^(*).

Fuera de la capital no hay una sola de estas especies que no esté mezclada. Parece difícil conciliar el orgullo castellano con el poco escrúpulo que han tenido al mezclarse con todas las especies que nos vemos movidos a mirar con ojo despectivo o diferente. Con ello sólo pude alcanzar el darle a su indolencia la ventaja de su grandeza de alma. Una choza miserable con una hamaca suspendida en medio, rodeada de un poco de pasto y de algún cultivo adecuado para llevar una vida perezosa que sirve de dote a una negra o a una caribe, pueden haber hecho olvidar o dejar atrás todas las consideraciones humanas.

Todos los alrededores son un llano inmenso y casi todo sin ningún cultivo, aunque su terreno parece excelente. El índigo silvestre, sin ningún provecho o utilidad, crece allí con una rara belleza hasta al pie mismo de las murallas que rodean la ciudad.

Hay ochenta leguas de Cabo Francés (Haití) a Santo Domingo por el camino que acabo de describir. El camino por el cual regresé no le lleva más de dos o tres leguas.

Saliendo después del mediodía de Santo Domingo uno va a pasar la noche en Jaina, que está a una distancia de tres leguas y cuarto.

A un cuarto de legua de la ciudad se pasa cerca de un lugar llamado Guibia, que no es otra cosa que una caleta de arena precedida de arrecifes sobre la orilla del mar, notable por la facilidad que hay para bañarse allí, sin temor a los tiburones voraces que abundan en estos mares, y cuya entrada se la impiden las rocas a flor de agua.

A media legua de Santo Domingo, situado también a orilla del Mar, está el fuerte de San Jerónimo, compuesto de cuatro bastiones y un foso que parece destinado a defender los aproches de este apostadero, cuya mayor seguridad, sin embargo, la constituyen los arrecifes que impiden la entrada a todas las naves de mayor calado, y los hombres de tropa que impiden el desembarco en los alrededores hasta Jaina, pero, más que todo eso, la poca importancia que tiene esta colonia.

Desde ahí a Jaina no hay nada notable. Sólo se ven algunas pequeñas explotaciones rurales y casas pobres esparcidas a lo largo del camino.

Jaina es un poblado nuevo que no consta más que de cinco o seis casas, levantado para defender el desembarco de una caleta de arena al pie de la pequeña escarpadura donde se halla situado, que es el único lugar de la costa abordable hasta Santo Domingo, que no tiene nada que temer de

^(*)Véase una pormenorizada **Note relative a la population couleur**, en la obra de Pamphile de Lacroix, **Memoires pour servir a l'Histoire de la Revolution de Saint Domingue**. París, 1819, vol. 1, p. IX-XV.

ningún otro lado. Los ingleses intentaron hace mucho tiempo un desembarco que no tuvo éxito. Se quiso hacer allí una pequeña fortificación, que es una batería de barbetas en semicírculo, toda nueva y un poco fuerte y grande.

Al salir de Jaina, se sigue la orilla del mar por la arena durante un corto espacio para cruzar el río Jaina, muy cerca de su desembocadura. Aunque precisamente en el sitio donde el río vierte sus aguas en el mar hay apenas agua suficiente para dejar entrar las canoas más pequeñas, el río se ensancha y se vuelve más profundo repentinamente, de modo que no se puede pasar ni a pie ni a caballo por este sitio. Se mete uno en una piragua y los caballos atraviesan a nado.

A la derecha, al otro lado del río, se ve una pequeña altura donde hay un cacaotal perteneciente a Don Tomás de Echalas.

Después de haber seguido durante algún tiempo más por la orilla del mar, uno se separa un poco de allí y se entra en un monte donde se atraviesa un riachuelo llamado Itabo. En el extremo de una sabana que se encuentra más allá de este riachuelo está situado un pequeño caserío llamado Nigua, a legua y cuarto de Jaina, cerca del pequeño río de su nombre y que vierte sus aguas no lejos de allí en el mar.

Después del río Nigua se atraviesa una sabana, en cuyo medio hay una pequeña explotación rural, por donde el camino pasa por un riachuelo llamado Sainaguá, muy cerca del mar. A media legua de allí se encuentran otros dos riachuelos, el primero de los cuales se llama Najayo.

Saliendo entonces del bosque se pasan dos pequeñas sabanas y otro pequeño río bordeado de montes por ambos lados, al comienzo de lo cual hay una sabana llamada Sabana Grande, donde está situado un hato de bastante consideración. Esta sabana tiene media legua de largo, y al dejar atrás la sabana se entra en un monte, pasando por una zanja seca por donde corrió algún arroyuelo.

El bosque sigue con algunas pequeñas interrupciones durante casi una legua hasta llegar a la Sabana de Nigua, donde hay tres pequeñas explotaciones rurales con algunas viviendas. Al fin de esta sabana, en el bosque se pasa un pequeño riachuelo que es un brazo del río Nizao, cuyo ramal principal se cruza a alguna distancia de allí al final de un llano de piedras que parece estar inundado con frecuencia por las crecientes de este torrente.

El río Nizao es bastante rápido, pero fácil de cruzar cuando sus aguas están bajas. A media legua de este paso, después de haber visto una pequeña sabana de forma casi circular que tiene una explotación agrícola, se entra en una más grande donde se halla un pequeño caserío llamado Nizao, el cual se compone de diez o quince casas, pero no tiene iglesia. A casi una legua de distancia de Nizao, hay otra sabana llamada Catalina, donde hay una pequeña finca perteneciente a los jesuitas.

De la Sabana Catalina se recorre como una legua y media por un pequeño bosque donde hay muchas latanias o palmeras-abanico⁸ de la especie mediana. A la salida de este bosque se entra en una gran sabana en cuyo extremo hay un poblado llamado Candelaria, con un pequeño río llamado Paya, que corre por la parte baja. Este caserío tiene a lo sumo veinte chozas. De allí a Baní no hay más que una legua, que uno recorre por una especie de sabana estrecha, donde se cruza por algunos montes de latanias, en cuyo centro hay una pequeña explotación rural a mano izquierda.

Toda esta región está bordeada del lado Norte, y a la derecha del camino que uno acaba de pasar, de altas montañas que extienden sus ramales hasta cerca de allí. En los tiempos de seca el río de Baní se pasa con mucha facilidad.

El poblado de Baní está a un cuarto de legua del otro lado del paso del río del mismo nombre. El poblado está situado en medio de una gran sabana y se compone de varias casas dispersas y de una iglesia. Está habitado principalmente por canarios, que animan a uno a pasar por esta colonia, considerándolos como muy industriosos.

Sin embargo, no hay hecho mucho progreso en la agricultura y parecen preferir, como los criollos españoles, el hato para la cría de ganado, que no da casi ningún trabajo, a otra clase de explotación más lucrativa pero que exigiría una vida más activa y laboriosa.

En este poblado hay una especie de fábrica de sogas de pita⁹ y de árganas y macutos¹⁰ de hojas de latania de la especie más pequeña, que abunda mucho en los alrededores de Baní, y de todos los arreos necesarios para un animal de carga.

Al Norte de Baní, extendiéndose desde el nordeste hasta el noroeste, se ve un grupo de montañas muy elevadas y que se prolongan hasta muy lejos. En estas montañas abunda el *puerco cimarrón*¹¹.

⁸La latania es una especie de palmera cuyas hojas tienen la forma de un abanico grande y están compuestas de varios pliegues que se fijan alrededor del tallo y cada uno termina en punta. Se pueden distinguir tres especies de latanias: La latania grande, cuyo tronco es grueso como el de las otras palmeras y se eleva algunas veces hasta una altura igual. Sus hojas tienen de cuatro a cinco pies de diámetro. Sirven para techar las chozas de los negros y otras construcciones de la misma especie, para hacer tejidos de diferentes clases, que sirven para fabricar sacos, serones, macutos, etc. De este material se hacen lazos y otras cosas. La especie mediana es menos alta y se distingue fácilmente en que sus hojas son menos grandes; los tallos que soportan las hojas son espinosos y el tronco es de un color gris más pronunciado y a menudo negro. La especie pequeña es todavía más diferente. Los troncos más gruesos no lo son más que el brazo, elevándose, sin embargo, a una altura de 30 pies y a veces más. En el extremo alto de este tronco, prodigiosamente delgado para su altura, brotan algunas hojas pequeñas. (N. del A.)

⁹La pita, llamada cabuya por los españoles, es una especie de áloe cuyas hojas, de un color verde oscuro, largas y estrechas, dan una especie de fibra dura y seca, apropiada para hacer cuerdas o sogas para usos ordinarios, aunque son menos fuertes que las sogas se cáñamo. (N. del A.)

¹⁰Los macutos son una especie de cesto, y las árganas son dos sacos hechos de hojas de palmera donde se pone la carga para los caballos o mulos. (N. del A.)

¹¹Tiene la apariencia de ser la misma especie de animal que el jabalí de Europa, aunque ni los franceses ni los españoles le dan el mismo nombre en sus colonias. "Sanglier" se dice en

La jornada precedente, de Jaina a Baní, es de diez leguas. La que sigue, que es la tercera desde Santo Domingo, de Baní a Sepisepi, es de doce leguas.

Al salir de Baní, uno se desvía hacia el Sur y camina por espacio de media legua para evitar una montaña aislada. Luego se deja a la izquierda una finca y un camino, y poco a poco se dirige hacia el a Oeste al través de una región árida y pedregosa que forma una gran sabana donde crecen muchas teas espinosas, raquetas y patas de tortuga.

Esta región está cortada, en un espacio de más de cuatro leguas, por varias corrientes, de las que las dos primeras, llamadas Mirey y Baní, tienen cauces bastante anchos, pero solamente tienen agua en tiempo de lluvias. Se pasa muy cerca de tres pequeñas fincas o explotaciones rurales durante el espacio de estas cuatro leguas, y se llega a la Sabana de la Cruz, donde hay un hato de alguna importancia. En la parte baja de esta sabana hay un riachuelo seco como los anteriores, en una hondonada al otro lado de la cual se pasa a una sabana árida que tiene cerca de dos leguas de largo, después de la cual se baja una altura bastante considerable, desde donde se alcanza a ver la bella Bahía de Ocoa y las montañas que la rodean. Al pie de este descenso hay un arroyo seco y una sabana bastante larga, de la misma naturaleza que la anterior, seguida de una bajada que conduce a varios brazos del río Ocoa, que no tienen agua más que cuando hacen sus crecientes. De estos brazos el primero queda a un cuarto de legua de la rama principal. Hasta el paso de este río y como a un cuarto de legua del otro lado no es más que un montón de piedras arrastradas por las crecientes de este río, que parecen ser de gran consideración en ciertos tiempos, especialmente en la época de las lluvias abundantes. Se sale de esta región pedregosa cruzando otro brazo del mismo río, y después de haber pasado muy cerca de una ruina que se dice ser la de un antiguo ingenio azucarero, se entra en una especie de rara espesura formada enteramente por latanias de la especie grande, cuyas hojas sirven para techar las casas que fabrican allí. Estos árboles, que pertenecen a la familia de las palmeras, tienen muchas hojas y crecen muy apretados entre sí, con lo que dan una sombra muy agradable.

Después de caminar media legua en este bosque, se encuentra un claro donde se alcanza a ver la orilla del mar que está en la parte oriental de la Bahía de Ocoa. Se pasa otro pequeño monte formado por esta especie de palmeras y se costea la orilla del mar caminando por la arena al pie de una montaña que bordea la costa hasta llegar donde se hallan dos grandes palmeras muy notables, las cuales se levantan muy cerca del agua. Entonces uno se aleja un poco de la costa y penetra en un pequeño bosque en el cual

español "jabalí", y los colonos españoles llaman al de América "puerco cimarrón", de donde los franceses formaron por corrupción "marrón", que quiere decir salvaje (M. del A.)

se atraviesa un riachuelo seco por tres lugares diferentes, a bastante distancia unos de los otros. Después se presenta una región árida cubierta de teas (cayucos) y raquetas espinosas (alpargatas), que son las plantas cuyo desarrollo permite la Naturaleza con mucha frecuencia en estos climas en esa clase de terrenos malos.

Un pequeño espacio claro del bosque de estas mismas latanias de que acabamos de hablar permite la entrada en la Sabana de Sepisepí, la cual está enteramente rodeada de esta especie de palmera. Esta sabana, limitada por montañas de todos lados, excepto el lado donde le queda el mar, está rodeada de palmeras que forman por todas partes paisajes extraordinarios.

La vista que ofrece la Bahía de Ocoa allá en el fondo, de la cual se goza durante una gran parte del recorrido de este camino limitado por todas partes por montañas, es verdaderamente admirable y en ella se combinan como un todo mar y cielo. Esta Bahía tiene una forma redondeada en el interior y tiene dos puntas que le sirven como de cierre, lo cual difiere mucho de la manera como está diseñada en los mapas ordinarios de Santo Domingo, los cuales son todos evidentemente defectuosos, sobre todo en cuanto al interior del territorio se refiere.

Al salir de la hermosa Sabana de Sepisepí para comenzar la cuarta jornada, caminamos todavía por un monte de latanias, el cual dejamos para entrar en otra pequeña sabana, donde hay un hatillo llamado de Sepipí y un pequeño río que lleva el mismo nombre. Desde este hatillo hasta Azua, toda la región durante las dos primeras leguas es una especie de sabana árida y cubierta de teas espinosas, y atravesamos el lecho seco de siete arroyuelos que sólo tienen agua en los tiempos de lluvia y de los cuales el tercero se llama río Grande. Caminamos por el lecho del último durante una distancia de cerca de un cuarto de legua y lo dejamos en una sabana arenosa y seca y muy cerca del mar. Después de haber cruzado por un bosque de esas latanias grandes, pasamos un montículo desde donde se camina una legua más para llegar a Azua por una zona igualmente árida.

Azua está situada inmediatamente después del paso del pequeño río Vía, que va a desembocar en el mar a poca distancia de allí. Este poblado es uno de los lugares importantes de la colonia española. Los galeones que vienen todos los años hacia el mes de octubre a traer las sumas necesarias para pagar a las tropas y los oficiales no pueden entrar en el puerto de Santo Domingo, cuyo banco o barra no tiene agua suficiente para permitir el paso de los barcos de mayor calado vienen a anclar en la Bahía de Ocoa. El tesoro que traen se deposita en Azua. Este poblado tiene a lo sumo cincuenta casas fabricadas de madera, pero todas bastante bien alineadas.

Saliendo de Azua uno comienza a alejarse de la orilla del mar y se pasan dos riachuelos secos que van por un bosquecillo que se deja luego para entrar en una región seca como las anteriores. Al cabo de una legua de camino de allí se encuentra el pequeño río Jura. Durante dos leguas más

allá, la región es árida y está cubierta de teas y raquetas. Se atraviesa un pequeño espacio cubierto de montes y se baja un poco para entrar en un ancho lecho de piedras formado por los desbordamientos de un torrente. Este lecho o cause se compone de diferentes brazos, por el principal de los cuales uno sube, donde corre un hilo de agua, es decir, una escasa corriente, y uno se detiene en el lugar más conveniente para dejar que los animales pasten allí, después de sufrir tanto durante toda esta ruta, que hemos venido recorriendo en tiempos de sequía.

Esta jornada es de siete leguas y media.

Hay que recorrer más de dos leguas al comienzo de la jornada siguiente por los cauces que forma un torrente llamado Tábara, durante las cuales se asciende sensiblemente, después se baja a una parte honda rodeada por un camino muy inclinado, en cuya parte baja se cruza otro lecho de un río seco.

Se sube nuevamente por una pequeña altura que se baja bien pronto después de tener delante de sí la hermosa vista del río Yaque, que vierte sus aguas en el mar, no lejos de allí, en la Bahía de Neiba, y la de las montañas que bordean su curso. Se sigue, después de este descenso, el lecho pedregoso de un torrente que conduce a una sabana donde hay un hato o finca ganadera. Después de esta sabana, se llega al bosque y se atraviesa una pequeña loma que tiene como una legua de largo que termina en un paso muy malo e inclinado, el cual se baja para pasar dos veces un pequeño río llamado río Salado, después de lo cual se llega a un hato de poca importancia que se llama también Hato de río Salado.

De este hato al próximo hay una legua de camino al través de una región árida y pedregosa. A un cuarto de legua de Río Salado se pasa muy cerca de dos montes aislados. Al otro lado de este último hato corre un pequeño río, el cual se cruza por el sitio en que entra en el Yaque, por el cual se pasa después a media legua de allí, luego de haber cruzado una sabana pedregosa situada al pie de una colina que se deja a la derecha.

El paso de este río es peligroso en ciertas épocas del año por la rapidez de su corriente. Además en sus aguas hay caimanes. Este río se distingue del río Yaque que pasa por Santiago y que desemboca en el mar, cerca de Montecristi, por el nombre de "pequeño Yaque", pues el de Santiago tiene un caudal mayor y es más importante.

A media legua larga de este paso hay un hato después del cual se empieza otra vez a ascender, se baja después a un fondo hueco singularmente cerrado por todos lados, el cual uno vuelve a subir después de haber estado en el fondo. Se vuelve a bajar y se pasa a otra elevación, donde hay una pequeña y bella sabana. Todo el camino anterior, desde el paso del Yaque hasta esta sabana, se hace al través de un monte espeso. Se baja nuevamente al bosque para atravesar, al cabo de una legua de camino, el pequeño río Mijo, el cual le entra al Neiba.

Al pasar este río se entra en el hermoso valle de San Juan, que está rodeado por todas partes de elevadas montañas, aunque el valle mismo se halla situado a considerable altura sobre el nivel del mar.

A una legua del otro lado del río Mijo se atraviesa un riachuelo seco y otro bastante grande con agua corriente, bordeado de montes en las dos orillas de su curso. Del otro lado hay un hato, ya al salir del bosque. A medida legua de allí se cruza otro arroyuelo llamado Hinoba^(*), bordeado también de montes espesos en las dos orillas. A la salida del bosque se encuentra otro hato, el cual tiene en su interior a este último arroyo, y durante legua y media se recorre una bella sabana excelente para pasto y la cría de ganado. Después de haber dejado a la izquierda una explotación rural llamada El Limón, al final de este camino se llega a San Juan.

Esta aldea tiene bastante importancia por el gran número de hatos o fincas ganaderas que la rodean y por la multitud de ganado vacuno y de caballos que se alimentan del pasto que crece de manera natural en sus bellas sabanas.

Está situada como a un octavo de legua de la margen izquierda del río de Neiba, en un llano muy extenso donde se disfruta durante todo el año de un aire templado y donde hace frío en los meses de diciembre y enero. El cura de San Juan, hombre digno y en quien se puede creer, me aseguró haber visto traer por dos cazadores de la cima de algunas de las montañas vecinas, pequeños trozos de hielo formados allí por la baja temperatura.

Tampoco se ve aquí, al igual que ocurre en todos los demás lugares, ninguna especie de cultivo. San Juan es el término de la quinta jornada desde Santo Domingo, y queda a doce leguas de distancia del Torrente de Tábara.

Saliendo de San Juan entra uno en un monte que bordea el río Neiba, el cual se atraviesa muy fácilmente en un sitio donde su lecho se ensancha considerablemente y forma dos isletas.

Después de pasar este río, se pasa a una sabana inmensa que cortan durante el espacio de tres leguas cuatro riachuelos que sólo tienen agua en los tiempos de lluvias y que parecen dirigir su curso hacia el río Neiba. En todo este espacio hay cuatro fincas ganaderas o hatos, de los que el último se halla cerca del paso del cuarto riachuelo.

En la sabana árida que sigue se encuentran mucha madrepora y fragmentos de rocas del mar que parecen ser de épocas muy antiguas. No hay allí, sin embargo, ningún viento suficientemente fuerte para haber podido traer las aguas del mar hasta ese lugar, pues la altura de esta región, estimándola como poca, se puede fijar como por encima del nivel del mar en seiscientos toesas (una toesa es igual a 6 pies).

^(*)Es Jínova. (E.R.D.).

No podríamos decir, porque no sería bien recibido, que los viajeros llevaron, por simple placer o diversión, esta cantidad de piedras tan pesadas para cubrir con ellas una gran extensión de terreno que está a cerca de veinte leguas del mar, de donde proceden evidentemente. M. de Voltaire, en su disertación sobre los cambios ocurridos en nuestro globo, la cual figura al final de su volumen de la Filosofía de Newton, insinúa esta opinión con respecto a las petrificaciones marinas que se han encontrado en los Alpes. Me parece que el Sistema de Pitágoras, que versificó tan elegantemente según Ovidio, bastaría para darse cuenta de esos fenómenos:

El mar cambia su lecho, su flujo y su ribera,
 El limón que nos trae en el seno de sus aguas nace,
 El Cáucaso está como sembrado de restos de naves.
 La mano lenta del tiempo explana las montañas,
 Ahonda los valles y cañadas, levanta las campiñas, etc.

Luego se pasa por un monte, después de haber descendido insensiblemente, y se cruza un pequeño río que siempre tiene agua corriente, llamado Nibaguana, y que corre como a una legua del hato precedente. De este riachuelo al pequeño hato de Cahueco^(*) hay como tres leguas de sabana, en el curso de las cuales se pasan seis arroyuelos que sólo tienen agua en las épocas de lluvias, y a mano izquierda dejamos una explotación rural de poca importancia y un pequeño hato.

Cada orilla del río Cahueco está precedida de montes espesos, y al salir de allí encontramos algunos hatos en una sabana bastante llana, por cuya parte baja este río continúa su curso, corriendo en una especie de encajonamiento considerable. Esta sabana tiene cerca de media legua de largo y termina aquí la sexta jornada de ocho leguas de San Juan.

La séptima jornada desde allí a Bánica, que es otra aldea de esa región, es de siete leguas.

Tan pronto como se deja la Sabana de Cahueco, la región cambia de aspecto. Durante el espacio de seis leguas no es más que una confusión de pequeños montículos arenosos y áridos que forman una región triste y monótona hasta llevar al fastidio. Durante este espacio se cruzan doce arroyuelos o ríos pequeños que no tienen agua más que en los tiempos de lluvias. El último de estos riachuelos está seguido de un monte espeso, que conduce a una sabana, después por una bajada hasta el pequeño río de Tocino, que se pasa sin ninguna dificultad muy cerca de su confluencia con el río Artibonito. Pasamos muy cerca de una pequeña explotación agrícola, y después de haber subido hasta una pequeña sabana, se atraviesa un torrente que no dista más de media legua de Bánica al través de una gran sabana.

^(*)En Las Matas dicen Yacahueque, según nos informa el Lic. Víctor Garrido. (E.R.D.).

Bánica es una pequeña aldea bastante bien alineada y cuyas casas están construidas de madera, como todas las demás de esa región. Está situada sobre la margen izquierda del río Artibonito, que es el mayor de esta Isla y en cuyas aguas hay caimanes en abundancia.

El río Artibonito corre en este lugar entre dos orillas escarpadas. En ciertas épocas del año, el paso de este río es muy peligroso. No hay otra observación que hacer, con respecto al vado de este río, que seguir en línea recta por el camino que se ve del otro lado. La gente de esa región conoce fácilmente desde el primer vistazo si el río está vadeable o no, y en el último caso lo atraviesan en canoas de cuero, de las que ya se ha hablado en este mismo itinerario.

Inmediatamente después de este paso, el camino se divide en dos ramales, de los que uno conduce a Hinchá, San-Rafael, El Dondón y Cabo Francés, y el otro va a Dajabón al través de una cadena de montañas. Este último es el que he seguido.

A una legua de Bánica, que se hace por una región montuosa donde se baja considerablemente después de haber subido la colina que bordea el río Artibonito, se pasa un pequeño río llamado Río Alonziano, más allá del cual hay una pequeña explotación agrícola que está muy cerca del camino.

De allí, sin alargar mucho el camino, tomando la derecha y dejando el camino real de la izquierda, se puede ir a ver la Villa de la Fuente, conocida con el nombre de Las Aguas de Bánica de la cual dista como dos leguas. Se llega allí por un camino muy desigual.

La Fuente es un poblado de aproximadamente cuarenta casas para uso de las personas que van allí a tomar las aguas minerales, y cuyo mayor número se compone ordinariamente de franceses. Hay tres fuentes, las cuales no dan más que un chorrillo de agua cada una. La primera es muy caliente, la segunda es tibia y la tercera casi fría. Estas aguas son blanquecinas y semejantes al agua de cal. La gente se baña allí en busca de cura para los dolores reumáticos, ciática y otras enfermedades de esta especie.

A media legua de allí, después de haber vuelto a tomar el camino real, se cruza nuevamente el río Alonziano, el cual corre entre dos orillas muy escarpadas, de donde se entra en una sabana que tiene dos hatos llamados de El Cercado.

Luego se pasa durante una legua una región interrumpida por montículos, desigualdades y precipicios, donde uno se ve obligado a dar vueltas considerables para llegar a una cañada que se pasa tres veces y que va a desembocar a algunas leguas de allí en el río Artibonito. Nace en las montañas vecinas y en su curso forma varias cascadas muy agradables por el sonido que producen sus aguas.

Después se asciende por espacio de una legua y se baja durante tres más por caminos en declive, donde se atraviesan dos cañadas y donde se ve

el lugar del nacimiento de algunas otras. A la izquierda, un poco más allá del camino, en la parte baja de este descenso, se deja una pequeña explotación agrícola después de la cual se atraviesan cuatro cañadas más y se pasa por tres pequeños hatos, en el último de los cuales nos detenemos para poner fin a la octava jornada, después de haber caminado diez leguas desde Bánica.

Todas estas montañas, desde Bánica hasta aquí y hasta después del Massacre, están cubiertas de sapinos de los que hay muchos que serían muy buenos para hacer arboladuras, y que uno podría hacer llegar hasta el mar a lo largo del río Artibonito si hubiera siquiera una pequeña industria en esta región, pero la Naturaleza produce allí de todo tan sólo para que se pierda.

A una legua del hato anterior, se atraviesa en una hondonada el río Gurabo, que nace en las montañas de los alrededores. Después se pasa una pequeña cañada que junta sus aguas con las del río Gurabo. Durante un espacio de tres leguas no hay nada digno de mención, con excepción de una pequeña explotación rural, que se deja a la izquierda cerca del camino, y muchos sapinos. Se llega a una pequeña sabana, donde hay dos hatos de poca extensión y que tienen algunos plataneros¹². Se entra en el monte y en el espacio de otras dos leguas se cruzan cuatro cañadas las cuales corren todas por hondonadas hasta desembarcar en una quinta cañada que bordeamos para cruzarla luego al cabo de estas dos leguas, dejando a la derecha una pequeña finca ganadera. El camino anterior es muy desigual, pero en este lugar encontramos cerca de media legua poblada también de sapinos, después de la cual hay que bajar la gran cadena de montañas durante un camino de cuatro leguas. Alcanzamos a ver la cima de La Granja¹³ y las bellas sabanas que hay en los alrededores de Dajabón, las cuales se atraviesan para ir a Santiago.

Al pie de esta larga pendiente, durante el espacio de una legua, se pasan tres cañadas por una zona muy desigual. La segunda de estas cañadas se llama río del Normando, y la tercera Cabeza de Caballo. Antes de pasar esta última se ve a la derecha un hato recientemente establecido y algunas

¹²Lugares sembrados de bananeros, plantas que tienen de veinte a treinta pies de alto y cuyas hojas, que tienen dos pies de ancho y diez o quince de largo, brotan todas de la cima de su tallo. Su fruto, que crece en grandes racimos, de un espesor de una pulgada y de seis a ocho de largo, constituye el principal alimento de los criollos y los negros. Hay dos especies: una llamada plátano y la otra más guineo. La primera es más larga, más dura, de un color amarillo más pronunciado que la otra y de un gusto menos succulento. Estas frutas se comen de infinitas maneras: asadas, salcochadas, cortadas en trozos menudos con fricasé de carne, hechas dulce, maduras, crudas, etc. El guineo se distingue del plátano en el tamaño de su fruta, ya que el guineo tiene sus hojas más cortas, cuyo color es verde con manchas negras, mientras que las del plátano son verdes o rojizas. (N. del A.)

¹³Este es el nombre que le dan a un lugar de la costa de Santo Domingo, a catorce leguas de Cabo Francés, cerca del puerto español de Monte Cristi, que parece aislado y tiene la forma del techo de una granja. Los barcos que vienen de Francia van a alojarse allí. (N. del A.)

plantaciones de víveres. Nos detenemos en una finca ganadera y situada a un cuarto de legua del paso de esta última cañada, y aquí termina la novena jornada, de doce leguas de distancia.

De ahí a Dajabón, que es el lugar donde comenzamos este itinerario y donde debe terminar, sólo hay tres leguas de distancia. Aquí se dejan los sapinos y nos encontramos en una sabana, en cuya parte baja corre por la izquierda el río Capotillo, llamado también río de Juan de Nantes, que en este lugar separa el territorio francés del español hasta su desembocadura en el río Massacre o Dajabón, que sirve luego de línea divisoria entre las dos colonias durante el resto de su curso hasta el mar. Del otro lado se ve la aldea de Uanamende y varias explotaciones rurales franceses.

Después de dos leguas de camino, se atraviesa el río Dajabón, cerca del cual hay una bella sabana repleta de ganado, por la cual se llega a la aldea de Dajabón después de caminar como una legua.

DANIEL LESCALLIER:

ITINERARIO DESDE SANTO DOMINGO A CAP-FRANCAIS
Y DESDE ESTA CIUDAD HASTA EL LÍMITE DE SAN RAFAEL
PASANDO POR AZUA Y SAN JUAN (1764)¹

PRIMERA JORNADA:

2 leguas y 1/2

Saliedo de Santo Domingo, el camino tuerce hacia la izquierda para acercarse al mar, el cual queda a mano siniestra y a una distancia de 50 a 200 toesas. Por este camino seguimos hasta el Fuerte de San Jerónimo, que también dejamos a la izquierda, y se encuentra a media legua de la ciudad de *San Jerónimo* (sic). Continuamos por la orilla del mar, pero a una mayor distancia de ella, hasta Haina, nuevo poblado español situado al extremo Este de la bahía de su mismo nombre, sobre una lengua de tierra formada por el río Haina y el mar, y a tres leguas de distancia de Santo Domingo. Sin embargo, una legua antes de llegar se ven algunos asentos, recientemente roturados, pero poco considerables. Desde el poblado de Haina el camino pasa por debajo de una batería, descendiendo así de la meseta formada por aquella lengua de tierra, para cruzar por delante del río, a una distancia de 200 toesas, muy cerca de su desembocadura. Este río no es vadeable. Hay que atravesarlo en canoa, y los caballos pueden hacerlo a nado.

Desde Haina el camino sigue bordeando la bahía del mismo nombre hasta unos tres cuartos de legua, donde se encuentra un arroyo con un hat

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Viajeros de Francia en Santo Domingo*. Sociedad Dominicana de Geografía, Santo Domingo, 1979.

a la orilla izquierda del camino, mientras a la derecha dejamos la costa y llegamos al poblado de Nigua, enclavado sobre una prominencia rematada en una sabana, a la cual se sube por una pendiente bastante abrupta después de haber atravesado el arroyo Itabo, totalmente seco, y en cuya margen siniestra se hallan dos hatos, a uno y otro lado del camino. Durante esta jornada, siempre en dirección Oeste, el terreno resulta liso y muy uniforme, gracias al espacio de llanura que deja la terminación de una estribación del Cibao y el mar, con una legua de ancho por legua y media de largo. Todo está cubierto de árboles. El camino es sumamente bello. Nigua queda a dos leguas y media de Santo Domingo.

SEGUNDA JORNADA:

9 leguas

En Nigua se desciende de la meseta para transponer precisamente el río Nigua, que siempre lleva agua, y el cual divídese en dos brazos en este lugar. Luego hay que subir otra meseta, de pendientes suaves, que separa el Nigua del Sinaguá. A la derecha del camino de esa meseta encuéntrase, como a medio cuarto de legua antes de llegar al Sinaguá, un hato llamado Hato de Boca de Nigua, después se cruza este río, muy cerca de su desembocadura en el mar, tras de lo cual se avanza por la orilla, que es arenosa y llana, durante una media legua, al término de la cual el camino dobla un poco a la derecha para llegar al Najayo, río que también ha de atravesarse muy próximo a su desagüe, alcanzando así la ensenada de Najayo, separada de la anterior por un pequeño cabo rocoso que dejamos a la izquierda. El Najayo perennemente tiene caudal. Hasta él la distancia desde el Sinaguá es de legua y media, y éste, a su vez, queda a tres cuartos de legua del Nigua. Desde el Najayo se sigue por la caleta del mismo nombre hasta un arroyuelo que vierte en medio de la ensenada, a media legua de distancia de aquel. De ahí subimos a otra meseta, bastante amplia, donde hay una bonita sabana que recibe el nombre de Sabana Grande, y en la cual aparecen varios hatos a la derecha del camino, situados en los linderos del bosque. Bajamos la meseta, terminada en un torrente, que debemos atravesar, ubicado a una legua larga de distancia del anterior. Desde este torrente se llega al primer brazo del Nizao en cosa de una legua, luego de haber pasado cinco pequeñas sabanas. Las cuatro primeras son muy reducidas; la quinta es más dilatada, encontrándose en ella los hatos llamados de Nigua. Desde el primer brazo del Nizao se llega al brazo grande, situado a media legua escasa y después de haber dejado otros brazos suyos atrás. Hay mucha agua en el brazo grande y casi ninguna en los restantes. En realidad, el agua no se halla más que en las grandes playas. Toda esta parte del Nizao está cubierta de pequeñas rocas que dificultan el camino. Desde el Nizao se dobla un poco a la izquierda hasta llegar a un arroyo que aparece a tres cuartos de legua, no sin antes haber atravesado tres sabanas exiguas. En las dos primeras se

ven unos cuantos hatos. Un poco más tarde se entra en la Sabana Catalina, que parece redonda y con un cuarto de legua de diámetro. También aquí contemplamos algunos hatos. Luego viene otra pequeña sabana desde la cual penetramos en un bosque. Allí descubre la vista un camino a la izquierda que conduce a la ciudad de Azua. Por esta espesura ganamos la Sabana de Paya, con la misma amplitud más o menos que la Catalina, y donde también existen ciertos hatos. Desde esta sabana se ingresa a su vez en otro bosque, para cruzar poco después el río Paya, a legua y media del último arroyo. Tan pronto como lo hemos pasado a pie enjuto, aparece otra sabana con un cuarto de legua de extensión; ella nos introduce en otra nueva foresta hasta llegar al río Baní, a una legua de distancia del Paya. De ordinario, en el Baní siempre hay agua. Sin embargo, a veces se seca, pero tales ocasiones son raras. Una vez que hemos vadeado el río, llegase a una sabana enorme y bella donde está situado el pueblo de Baní, a medio cuarto de legua del río. Este es el término de la segunda jornada que tiene 9 leguas. La dirección general es Oeste-1/4-Sudeste. El camino es francamente hermoso y el territorio llano, sobre todo, desde el Nizao a Baní, donde la llanura es siempre continua aunque cubierta de vegetación. Todo es bosque o sabana.

TERCERA JORNADA:

9 leguas

Partiendo de Baní llegamos a los Hatos de Don Pedro Martín, a la derecha del camino, a siete cuartos de legua de Baní, después de haber rodeado el Cerro de la Vigía y pasado siete cañadas. Medio cuarto de legua más allá del camino entramos por un bosquecillo, que debemos atravesar, en el centro del cual corre un arroyo. A la salida de esta foresta se encuentran los hatos de La Mantenne, que señalan el comienzo de la sabana del mismo nombre, a un cuarto de legua de los últimos Hatos de Arroyo Hondo y a cinco cuartos de los de Don Pedro Martín. Inmediatamente después de haber cruzado un arroyo, de donde se baja para atravesar otro gran arroyo encajonado, y luego subir a una amplia meseta, bastante elevada, se presenta una sabana bella en extremo llamada Sabana de la Cruz. Esta meseta se extiende mucho de Norte a Sur, llegando a tener media legua de ancha. Desde ella se descubre la bahía de Ocoa que ofrece un espectáculo de singular hermosura. Descenderemos seguidamente por una pendiente bastante accidentada, la cual va a terminar en el primer brazo del río Ocoa, situado a legua y media de distancia del último arroyo. En la Sabana de la Cruz, más o menos en el centro de ella y a la derecha del camino, se encuentra el Hato de la Cruz, y, efectivamente, en el arranque de una cuesta cerca del Ocoa se ve una Cruz de madera a la izquierda del camino. Del primer brazo del Ocoa llegamos al brazo grande del mismo río, casi a legua y media del primero. Hállase allí en todo tiempo mucha agua.

En este intervalo cruzamos cantidad de diminutos brazos secos muy pedregosos, con muchas guazábaras y tupida maleza. Sin embargo, se denomina este lugar Sabana de la Bahía. En medio de él, a la derecha del camino y a un cuarto de legua, hay unos hatos, nombrados Hatos de la Bahía. En cambio, a la izquierda, divisamos cabe la orilla del mar el Cerro del Morro. El brazo grande del Ocoa corre por la parte baja de la falda de una montaña que marca el fin de una cadena perteneciente al macizo del Cibao. Desde el río Ocoa nuestro camino dobla hacia la izquierda para bordear la loma y alcanzar la ensenada, o, mejor dicho, la bahía de Ocoa. A media legua del río se encuentra a la izquierda, contiguo al camino, un antiguo ingenio totalmente en ruinas. Un poco más lejos, a medio cuarto de legua, nace un camino que lleva al mar. Es la única vía de comunicación con el fondeadero de los buques españoles. A un cuarto de legua de tal bifurcación hay una diminuta sabana llamada Sabanita de Ocoa, que llega casi hasta el mar.

A partir de esta sabana seguimos por la orilla del mar, que es de arena y guijarros, a lo largo de legua y media, después de lo cual dejamos la bahía para entrar en un bosque y ganar así la Sabana de Cepicepí, una legua más allá. El espacio comprendido entre la Sabanita de Ocoa y el sitio donde abandonamos el litoral que va a la par con el camino, es una escarpadura de 15 a 20 pies de altura que festonea la orilla y que sólo deja entre ella y el mar una playa estrecha, que es lo que forma el camino, y donde hay muchas piedras que hacen el avance sumamente dificultoso. La Playa sólo tiene de 8 a 20 pies de ancha. Esta escarpadura es superada por una pendiente menos abrupta que es el reverso de la cadena misma de que antes hablamos. La Sabana de Cepicepí llega a tener un cuarto de legua de largo por trescientas toesas de ancho, con apariencia más o menos ovalada. Todo el bosque desde Ocoa hasta la Sabana de Cepicepí es de palmeras y se llama El Palmar de Ocoa.

Esta jornada de 9 leguas lleva dirección Noroeste-1/4-Oeste. El camino resulta bastante bueno, excepto en la ensenada de Ocoa a causa de la playa, pero es hermoso en el trayecto comprendido entre Baní y Ocoa. Sin embargo, todo este intervalo aparece seco, árido y yermo, formando a ratos bosque y a ratos sabana, o por mejor decirlo, todo es un bosque claro que deja pequeños intersticios, los cuales hacen las veces de sabanitas, aunque casi sin hierba alguna.

CUARTA JORNADA:

8 leguas

A un cuarto de legua de la Sabana de Cepicepí se encuentra el río del mismo nombre, donde siempre hay agua. Después de una legua llegamos a una encrucijada del camino para el paso del ganado, luego de transponer dos arroyos. Desde este mismo cruce se llega a la ciudad de Azua no sin haber atravesado el riachuelo Bía, a dos leguas y cuarto de la aludida encru-

cijada. Más o menos en medio de ese espacio, se deja a la izquierda un cerro bastante elevado que llega hasta el mar. Una vez que hemos salido de Azua, como a cosa de media legua, se encuentra el río Jura, que apenas tiene agua. Media legua más allá hay un camino que conduce a Neyba. A cinco cuartos de legua aparece ya el torrente de Tábara, que es grande y muy rápido. Su lecho presenta sesenta toesas de ancho en bastantes lugares con un encajonamiento de 12 a 15 pies de profundidad, casi verticalmente cortado a pico. Allí tampoco se ve agua, salvo en tiempo de lluvias o de tormentas, pero hay pequeños manantiales más arriba del hato de Tábara los cuales juntan sus caudales, permitiendo así abreviar en ellos los caballos. Desde el punto donde se entra en este torrente de Tábara continuamos la marcha hasta el hato del mismo nombre, sitio en que damos por terminada nuestra jornada. El camino pasa por diferentes brazos secos sumamente pedregosos. El hato queda a la orilla derecha; desde él arranca un camino para Puerto Príncipe. La dirección de esta jornada es siempre Noroeste-1/4-Oeste. El terreno es malo, árido y pedregoso, con sabanas secas, cubiertas de maleza, matorrales y guazábaras sin fin.

QUINTA JORNADA:

8 leguas

Partiendo del Hato de Tábara se sigue por el torrente hasta su confluencia con el río Sangosto, lo cual hace un espacio de casi dos leguas. Allí dejamos el torrente de Tábara para doblar a la izquierda y entrar en el río Sangosto, que también seguimos durante media legua, de donde el camino vuelve un poco hacia la derecha para subir la montaña del Puerto. De la cima de esta montaña hasta el Hato de Tábara hay tres leguas. Enseguida bajamos la montaña hasta la cañada de El Mole, a media legua. De esta cañada se sube un poco para volver a bajar hasta el Hato Biajama, no lejos de su desembocadura en el Neyba. Desde este hato a la montaña del Puerto hay una legua y media. Esta montaña del Puerto es una cadena considerable y muy alta que separa las vertientes del Neyba de las del Tábara. Desde el Hato de Biajama el camino va bordeando el Neyba hasta San Juan donde se cruza este río. Así llegamos al Hato del río Salado, a medio cuarto de legua después de haber transpuesto el propio río Salado. Desde este hato al último hay legua y media. En la mitada de este espacio el camino atraviesa un arroyo que desagua en el río Salado y un cerro que debemos subir para bajar enseguida y cruzar este pequeño río. Del hato del Río Salado se llega a la llanura de Villalpando a una legua. Después de este hato se encuentra el río Yaque a un cuarto de legua, el cual vadeamos muy cerca de su desembocadura en el Neyba, y medio cuarto de legua más allá se encuentra el Hato de Louvenco. De ahí se llega a la sabana llamada Sabaneta, a tres cuartos de legua, después de haber atravesado cinco pequeños arroyos que separan otras tantas mesetas. Como el camino sube desde Sabaneta llégase a una

pequeña isla formada por el río Mijo, a una legua. En este intervalo transponemos dos arroyos y tres pequeñas sabanas. En medio de la isleta del Mijo hay un sendero que conduce por el lado izquierdo al Hato de Elgorite a un cuarto de legua y a media legua de distancia del Neyba.

Aquí termina la jornada. Todo el territorio está cubierto por bosques hasta el Mijo y la llanura de San Juan comienza en este río. De todos los ríos atravesados durante esta jornada, solamente el Biajama, el Yaque y el Mijo tienen agua, sobre todo el Yaque que siempre lleva mucha. El terreno es bastante malo hasta la montaña del Puerto. Luego mejora a medida que nos acercamos a la llanura de San Juan, viéndose a través de los bosques montes bien altos. El camino únicamente resulta malo en la montaña del Puerto. La dirección de esta jornada es hacia el Noroeste.

SEXTA JORNADA:

4 leguas

Desde el Hato de Elgorite sale un sendero que se junta con el camino principal a un cuarto de legua. Topamos luego con el río Yávano precisamente a legua y media de distancia de Elgorite.

A mitad de camino se encuentran dos arroyos que se atraviesan un poco más arriba de su unión. A partir del lugar donde cruzamos el Yávano hasta el Neyba hay media legua. La llanura aquí se ensancha, hácese uniforme y el terreno mejora. Una vez transpuesto el Yávano se dejan a la izquierda los Hatos de Puena, llegando al río Jínova a tres cuartos de legua. Estos dos ríos siempre tienen agua, están encajonados y bordeados de árboles.

Desde el Jínova hubimos de abandonar a la izquierda algunos hatos más para entrar, por fin, en la ciudad de San Juan a dos leguas. Durante esta jornada el camino es muy bello y el terreno bastante bueno. La dirección, invariablemente, es hacia el Noroeste-1/-Oeste.

SÉPTIMA JORNADA:

8 leguas y media

Saliendo de San Juan el camino desciende para cruzar el Neyba, que corre profundo y festoneado por tupida vegetación. Luego se encuentra el río Higüera a una legua. El intervalo entre uno y otro se denomina Sabanas de Santomé. Hay que atravesar un pequeño arroyo, más o menos en medio de ellas, y dejar atrás algunos hatos por el lado derecho. Desde el Higüera llegamos al riachuelo Río del Oro, encajonado y bordeado de árboles, distante del anterior tres cuartos de legua. Se pasa un pequeño bosque a medio camino. Desde el Río del Oro alcanzamos el río La Ceyba casi a siete cuartos de legua. Un cuarto de legua antes de llegar penetramos en una espesura por donde discurre este río, y el espacio entre ella y el Río del Oro denomínase Sabana de San Roque. Casi a una legua dejamos atrás, por el lado derecho, un cerro llamado Punta Caña. Al salir del Río del Oro se ven a la diestra

algunos hatos, y partiendo de éstos hasta el bosque de La Ceyba la sabana se vuelve un poco irregular y pedregosa. Entre el Higüera y el Río del Oro dejamos también a la derecha un pequeño cerro nombrado Caracola.

A tres cuartos de legua de La Ceyba se encuentra el río Nibaguana, de cauce hondo y con las orillas pobladas de vegetación. Media legua más allá hallamos el arroyo Bagonay con idéntica configuración que el anterior. Del Bagonay se llega al Torrente Grande, a cinco cuartos de legua, no sin haber pasado otro torrente chico a sólo medio cuarto de legua del Bagonay. A mitad del espacio entre el Ceyba y el Nibaguana surge un arroyuelo que debemos vadear. Media legua adelante de aquel Torrente Grande encontraremos otro arroyo, pero a partir de éste y como a medio cuarto de legua ya el camino se bifurca. El ramal de la izquierda conduce a Puerto Príncipe. Desde esa bifurcación se alcanza, tras una legua, el río Hobes². Sólo un cuarto de legua más allá, contando desde la bifurcación señalada, se hallan los Hatos de las Matas. El Hobes está muy encajonado y árboles sin fin lo bordean. Una vez que lo hayamos atravesado veremos todavía al lado siniestro varios hatos, el último de los cuales queda a tres cuartos de legua del mismo paraje por donde esguazamos el río. Apreciamos, además, que ellos se hallan situados a la orilla izquierda y en lo alto de la barranca fluvial, así como al borde de un bosque que aparece en un recodo del río. Todos estos hatos reciben el nombre de Hatos de Hobes,. Aquí finaliza la jornada. A lo largo de ella el camino ofrece muchos paisajes bellos. El territorio se compone en parte de bosques y en parte de sabanas; el terreno, en cambio, parece bastante mediocre. La dirección es, invariablemente, hacia el Oeste-Noroeste.

OCTAVA JORNADA:

9 leguas

A legua y media de los Hatos de Hobes arribamos a un gran arroyo, muy profundo, después de haber transpuesto cinco arroyos, también algo encajonados, y cuyos intervalos entre unos y otros son un poco desiguales. Desde aquel gran arroyo se llega a otro similar, a cosa de una legua de distancia. Durante este trayecto contemplaremos una corta cadena de pequeñas lomas llamadas Puerto de Bánica. Justamente, en el lugar por donde se cruza el último arroyo toparemos, a un cuarto de legua, con un bosque, dentro del cual, y también a un cuarto de legua de habernos introducido en él, nace un camino a la izquierda que enlaza con Puerto Príncipe. Luego de esta bifurcación se encuentra la Sabana de la Cruz, donde podemos ver los hatos del mismo nombre, a la diestra del camino y en la orilla derecha del quinto arroyo que es necesario vadear para llegar a ellos, el postrero de los cuales queda a una legua de distancia de aquella bifurcación de la Sabana

²Jobos. (E.R.D.)

de la Cruz. Pasarse deben tres sabanitas más para llegar al río Tocino, distante media legua de la Sabana de la Cruz, y el cual nos toca cruzar a medio cuarto de legua de su desembocadura en el río Artibonito. A partir del tocino se entra en una pradera muy reducida donde dejamos un hato a la izquierda. Hállase después otra corta pradera, desde la cual penetramos en la sabana donde está enclavado el pueblo de Bánica, a tres cuartos de legua del Tocino, en la orilla izquierda del Artibonito, al borde de sus mismos precipicios. Desde Bánica se baja para cruzar el río, y de aquí volvemos a subir luego para atravesar el Bánica a tres cuartos de legua del Artibonito. La confluencia de ambos ríos y la del Tocino ponen fin a las dos cadenas que forman el valle del Artibonito, las cuales arrancan del macizo del Cibao. A media legua del Artibonito se encuentra un camino que se dirige a Dajabón y a las aguas minerales de cierta fuente del propio río Bánica. Llegamos así al río Ibara³ que ha de pasarse por una pequeña isla a tres cuartos de legua del Bánica. Poco después de haberlo transpuesto, se encuentra el llamado Hato de Luciana, a un cuarto de legua, a la izquierda del camino, y al cual uno puede allegarse por diferentes senderos.

A cinco cuartos de legua del Ibara se ve un arroyo considerable y una legua más allá se atraviesa otro arroyo encajonado bastante grande. De aquí se llega, en un cuarto de legua, a la Sabana y al hato de la Laguneta, que señala la meta de esta jornada. El territorio, por lo general, es muy malo y muy irregular, debido a que los espacios entre los ríos forman incesantes barrancos que a su vez levantan pequeñas lomas y mesetas que tornan el camino bastante difícil y tortuoso. Todo el terreno, a partir del Artibonito, es estéril, malas sabanas y algún que otro bosque. La dirección siempre es hacia el Noroeste.

NOVENA JORNADA:

10 leguas

Saliendo del Hato de la Laguneta nos acercaremos a un enorme arroyo, muy profundo, a casi legua y media, después de haber cruzado dos arroyos igualmente hondos. Desde ahí, a cinco cuartos de legua, se alcanza otro arroyo grande denominado Aguas Hediondas, no sin haber atravesado tres arroyos más.

Desde Aguas Hediondas se llega a los Hatos del Pastel tan pronto como hemos pasado otros tres arroyos. A partir de esos hatos, situados a la izquierda del camino y a una legua de Aguas Hediondas, aportamos a los Hatos del Papayo a siete cuartos de legua. Este trayecto se ve cortado por seis arroyos que forzoso es salvar, no obstante ser profundos en demasía. Un cuarto de legua antes de llegar a los mencionados hatos, dejamos atrás, por el lado siniestro, un camino que conduce a Híncha. Desde estos Hatos

³Tábara. (E.R.D.)

del Papayo pasaremos por un nuevo arroyo para luego esguazar el río Samaná a una legua de distancia. A su vez, a una legua del Samaná toparemos con el río Lag (sic) después de vadear dos arroyos. Después de este último río hay que atravesar de nuevo un par de arroyos; entonces descubrimos el río Bojorca, a cinco cuartos de legua, y en cuya orilla izquierda están los Hatos de Bojorca, a la derecha del camino. Un cuarto de legua antes de arribar al Coladera, hay un sendero por la siniestra que también lleva a Hinchá. Del Bojorca se alcanza el Goaba a cinco cuartos de legua. El Goaba se ve muy hundido e igualmente bordeado de árboles. Un cuarto de legua después de haberlo cruzado ganamos el Hato del Piñón o de San José junto a la barranca misma del Goaba. Aquí concluye la jornada. En todo el espacio comprendido entre el Hato de la Laguneta y los Hatos del Papayo los ríos y arroyos son muy angostos, hallándose separados unos de otros por cadenas de verdes colinas con abundante vegetación, las cuales emanan todas de la cadena principal del Cibao y van a extinguirse en los Hatos de Bojorca. Después de los Hatos del Papayo las colinas se hacen más suaves, menos altas y el terreno mejora a medida que nos vamos acercando a los Hatos de Bojorca, punto donde comienza la llanura de Goaba. El camino resulta malo y tortuoso hasta el río Bojorca, volviéndose más fácil posteriormente. El intervalo entre este río y el Goaba se denomina Sabana del Pidal, regada por tres arroyos, los cuales necesariamente hay que pasar. Poco antes de alcanzar la Llanura de Goaba, veremos un hato a la izquierda del camino, llamado Hato del Caimán; la pradera donde está situado el Hato de San José se llama igualmente Sabana del Caimán. Al llegar aquí tenemos enfrente y al Oeste-Noroeste un montículo aislado apellidado Cerro del Piñón, a un cuarto de legua de distancia. Este cerro deja entre él y las montañas de la derecha un espacio con un cuarto de legua más o menos de anchura por donde pasa el camino, que en este preciso lugar vuelve a bifurcarse. El ramal de la derecha va a Dajabón. Poco antes de acercarnos a esa bifurcación se ve otro camino que, dando la vuelta al Cerro del Piñón, por la izquierda, conduce a algunos hatos esparcidos por la llanura, desde donde prosigue hasta Cap. Al pie del cerro, a la derecha, hay un hato que también recibe el nombre de Hato del Piñón. En realidad, toda esta parte se llama El Piñón. La dirección de la jornada es, constantemente, hacia el Oeste-Noroeste.

DÉCIMA JORNADA:

5 leguas

Saliendo del Hato de San José o del Piñón y siguiendo por la parte baja de la pendiente del Cerro del Piñón llegamos al Hato de Buenavista, a la derecha del camino, y a dos leguas y media del montículo aludido. Un cuarto de legua antes de llegar a ahí se encuentra un camino que, por la izquierda, conduce a los Hatos de la Llanura de Goaba. A media legua de ellos hay que atravesar el arroyo de Mata-Agua. Más allá y a igual distancia

ha de cruzarse todavía otro río apodado Cañada Seca un poco más arriba de su desembocadura en el río Bouyajá. Aquí es donde queda la Entrada o Puerta del Dondón y donde termina la Llanura de Goaba, formada por la montaña de Juan Rodríguez, que se prolonga al Suroeste, y por la loma de Cabrito, que viene del Noroeste, constituyendo entre ambas prominencias el valle de Bouyajá o de la Puerta. Al lado siniestro vemos los Hatos de la Cabuya, que están como a media legua del camino, alcanzables gracias a un sendero que hasta ellos lleva, dirigiéndose luego hacia otros hatos. Del río Cañada Seca se gana la Puerta y se atraviesa el río Bouyajá para llegar a la villa de San Rafael. A media legua de San Rafael nos topamos a la derecha con el Cuerpo de Guardia. Al arribar a él se contemplan diversos hatos pequeños a derecha e izquierda del carril. Desde ese Cuerpo de Guardia ha de pasarse por un arroyo muy rápido, pero ordinariamente sin agua, desde donde volveremos a esguazar el Bouyajá, para alcanzar otro cuerpo de Guardia que marca el límite de las posesiones francesas y españolas. Este queda a tres cuartos de legua del primer Cuerpo de Guardia. El valle es bastante estrecho y se halla cubierta de espesura hasta el pueblo de El Dondón. El camino que lleva a San Rafael resulta sobremano bueno, pero desde esta nueva población hasta la frontera es muy malo.

La dirección de toda la jornada solamente es al Noroeste. La Llanura de Goaba es bella, verde y cercada por bosquecillos claros, tanto de árboles como de maleza. A partir de San Rafael un camino realmente hermoso conduce a la población de Hinchá por la orilla derecha del río Bouyajá.

DANIEL LESCALLIER:

ITINERARIO DESDE EL RÍO MASACRE A SANTO DOMINGO
POR SANTIAGO, LA VEGA Y COTUÍ (1764)¹

PRIMERA JORNADA:

7 leguas y 1/2

Después de haber atravesado el Masacre se entra en Dajabón, población española a la orilla derecha de este río. De Dajabón, el camino, dirigiéndose al Sur-1/4-Sudeste, cruza la Sabana de Dajabón, para arribar así al pequeño río de Goaba, donde no se encuentra agua sino en los tiempos lluviosos, a media legua de distancia del Masacre. Del Goaba el camino recorre la sabana de Santiago, que tiene media legua de ancha, y termina en el río Jácuaba, que siempre lleva agua. A la margen derecha de este río hay una hacienda llamada el Hato de don Luis de Tende, por donde pasa el camino, el cual atraviesa luego la Sabana de Jácula, con tres cuartos de legua de anchura, llegando al río Macabón, donde apenas nada de agua hay. Después de haberlo vadeado, penetramos en la Sabana

¹En Rodríguez Demorizi, E.: Obra citada.

Larga, de menos extensión al Norte y al Sur que las precedentes, festoneada de árboles y terminando hacia adelante en punta a medida que uno se acerca al río Chacuey. En la extremidad de esta punta se encuentran varios hatos a derecha e izquierda del camino, a una legua del Macabón. Desde esos hatos el camino entra en un bosque, que por esta parte no tiene más que medio cuarto de legua de ancho y en medio del cual corre el río Chacuey, donde hay agua. Poco después de habernos introducido en la Sabana Larga, se ve hacia el Sur un hato hermoso y grande al borde del bosque que termina esta sabana, bastante cerca del Macabón. Casi a una legua del río Chacuey, luego de haber salido del bosque, hallando la Sabana de Talanquera, que sólo cuenta con media de anchura entrando posteriormente en otra foresta hasta llegar al río Maguaca, no sin previamente atravesar una sabanita que se halla en medio de la espesura. Desde el río Maguaca al precedente hay tres cuartos de legua. La Sabana de Talanquera es algo irregular. Allí cruzamos dos pequeños arroyos separados por lomas suaves que el camino escala. A partir del Maguaca, que invariablemente ofrece agua, continúa la caminata por el bosque durante casi doscientas toesas (para franquear la Sabana de Escalante, en el centro de la cual hay un hato que ostenta el mismo nombre. Esta sabana, donde el camino ingresa y donde serpentea un arroyuelo, es poco considerable y está rodeada de matas. Pasado el bosque hallamos otra sabana muy extensa a derecha e izquierda que termina más allá en otro arroyo, salpicado de vegetación, que se encuentra hacia la derecha, a lo largo de un cuarto de legua, desde donde por el lindero de la espesura vuelve hacia el Sur, poniendo fin de este modo a la gran Sabana de la Canoa, que el camino atraviesa y que cuenta con legua y media de latitud. Esta sabana la vemos limitada por una foresta, en la cual penetramos, y cuya extensión hasta el río Guayubín es de casi un cuarto de legua. Poco antes de llegar a ella, topamos a la diestra con un pequeño sendero que conduce al Hato de la Antonia, casi en la raya de la foresta misma, a un cuarto de legua del camino principal. La Sabana de la Canoa es muy extensa al Norte y al Sur. Sus límites no se perciben. Ella forma parte de la vasta y espléndida llanura por donde discurre el Yaque y que proporciona la vista más bella cuando uno llega cerca de los Dos Montecillos, muy próximos uno a otro, entre los cuales pasa el camino, situados en el tercio de la sabana. Descúbrese desde allí La Granja al Noroeste-1/4-Norte y las montañas de Monte Cristi, las cuales forman una cadena continua hasta la península de Samaná. Antes de llegar a Los Dos Montecillos aparece un camino amplio y magnífico que viene de Monte Christi. La Sabana de la Canoa no es como las otras, que son lisas y donde no hay más que hierba, antes al contrario, en ella abunda mucho la maleza y una gran cantidad de bosquesillos de tupida vegetación. Desde el río Guayubín el camino continúa por un bosque durante un cuarto de legua y de aquí se entra a la Sabana de Renchadero. Más tarde una estrecha vereda conduce por la izquierda a un hato, a una cuarto de legua

del bosque. Crúzase luego una punta del mismo bosque para llegar al Hato de Renchadero, a una legua del río Guayubín. Este es el fin de la primera jornada. Hay suficiente hierba para los caballos, lo cual no sucede en las sabanas anteriores, por lo menos en tiempos de sequía. Durante todo el trayecto el camino por lo general se dirige al Sudeste-1/4-Este. Al Norte se ve constantemente la cadena de Monte Christi que separa el Yaque del litoral marítimo, y al Sur otra gran cadena de montañas muy elevadas por detrás de las cuales vierten las aguas al Artibonito. El camino es muy hermoso en tiempo seco, siempre avanzando por llanura y el terreno parece bueno.

SEGUNDA JORNADA:

7 leguas y media

Saliendo del Hato de Renchadero una senda conduce al camino principal a un cuarto de legua. El camino principal atraviesa una gran sabana llamada Sabana del Hospital hasta el río Cañas, distante dos leguas del Hato de Renchadero. Un cuarto de legua antes de llegar al Cañas vemos a la izquierda un hato nombrado también del Hospital.

Desde el Cañas el camino se adentra en otra sabana grande, llamada Sabana del Rompino, cerca de este río, y luego en otra apodada Sabana del Piloto, al lado del río Gurabo, que la corta por delante. Estos dos ríos carecen de agua. A un cuarto de legua después de haber esguazado el Cañas el camino pasa entre dos pequeños promontorios, muy cercanos uno de otro; el de la izquierda es algo más elevado y escarpado que el de la derecha. Desde el río Gurabo se adentra el carril en una sabana muy grande que finaliza en un bosque bastante tupido y de alto follaje. Esta sabana alcanza dos leguas de extensión Este-Oeste. Media legua más allá, luego de haber atravesado el Gurabo, un sendero estrecho conduce por la derecha a un hato encima de un arroyito, el cual debemos cruzar trescientas toesas más abajo. Ya al extremo de esta sabana penetramos en cierto bosque por donde corre el río Mao. Ese bosque tiene cerca de siete cuartos de legua de amplitud serpenteando casi por el medio de él el propio río Mao. Allí abunda siempre el agua. Antes de abandonar esta espesura nos vemos obligados a transponer dos arroyuelos que discurren dentro del bosque mismo. Desde el Cañas al Gurabo hay legua y media, y desde el Gurabo al bosque dos. Al salir de la floresta franqueamos la Sabana de Amina, que tiene un cuarto de legua poco más o menos de ancha Norte-Sur y algo más de larga. Esta termina en el río Amina, que es bastante considerable y se halla encajonado como a veinte pies de profundidad, con tres o cuatro pies de caudal. La pendiente es suave contando sólo con siete u ocho toesas de anchura en el lugar por donde debemos vadearlo. Aquí damos por concluida nuestra segunda jornada. La Sabana de Amina es sumamente adecuada para acampar en ella, ya que los caballos pueden ser allí muy bien apacentados. El camino

resulta hermoso por doquiera y, por lo general, va en dirección Este-1/4-Sudeste. Las tres grandes sabanas que hubimos de atravesar, comprendidas entre los ríos Guayubín, Cañas y Gurabo, así como el bosque por donde corre el Mao, pueden ser consideradas lo mismo bosques que sabanas, pues el boscaje es lo que más domina en ellas. Se trata, en realidad, de bosqucillos continuos o bien de maleza y árboles en gran cantidad. Sin embargo, se denominan sabanas. Véñse en ellas bueyes y en los intervalos de los mismos bosques abunda mucho la hierba. Siempre se tiene a la vista la cadena continua de Monte Christi al Norte y la del Cibao al Sur.

TERCERA JORNADA:

8 leguas

Desde la Sabana de Amina el camino desciende casi al Norte para cruzar el río, tornando de nuevo por el Este hacia un bosque, por donde caminamos durante casi una legua, después de lo cual encontramos la Sabana Sin Provecho, que tiene alrededor de dos leguas de largo Este-Oeste y cerca de una legua de ancho. Esta se remata por todas partes con espesuras frondosas, al igual que todas las sabanas que encontraremos de aquí en adelante. Por eso puede uno imaginarse toda la Isla de Santo Domingo como un bosque o más bien como una selva enorme que tan sólo deja aquí y allá algunos claros naturales que son las sabanas y otras partes cultivadas que los antiguos tuvieron que desmontar. A partir de la Sabana Sin Provecho el camino se mete en otro bosque durante tres leguas. Hallamos luego otra bonita sabana circundada al Norte y al Este por el río Yaque, con un cuarto de legua de ancho Este-Oeste y un poco más de largo. En medio de ella hay un ható bastante extenso. Llegados junto al Yaque, descendemos a él por un declive muy pronunciado, vadeándolo en un punto que tiene cincuenta toesas de ancho por cinco pies de altura del agua en el medio. Este río es muy rápido y difícil de atravesar. Luego subimos la pendiente opuesta, pero menos elevada, pasando a continuación por desfiladero de una especie de pequeña península que forma el contorno del río, donde se encuentran algunas viviendas. Desde el lugar donde se acaba de transponer el Yaque, nuestro camino vuelve un poco hacia la izquierda para llegar a Santiago, a una legua de distancia del sitio por donde hubimos de cruzar el Yaque. Aquel desfiladero de la península puede que tenga un cuarto de legua de anchura. Después se atraviesa medio cuarto de legua de bosque y entramos así en una magnífica sabana, que forma una llanura muy hermosa, encontrándose en lo alto de ella la ciudad de Santiago. En el mismo lugar donde se alcanza el Yaque, al Este de la península aludida, un sendero paralelo al río conduce a un laborioso ladrillar, después de haber pasado cerca de un ható. Este ladrillar, al borde del agua, se halla como a cuatrocientas toesas de la ciudad al Sur-1/4-Sureste. El camino durante esta jornada avanza siempre en dirección Este. Es sumamente pintoresco y se ve

siempre la cadena de Monte Christi al Septentrión y la gran cadena del Artibonito al Mediodía.

CUARTA JORNADA:

8 leguas

Saliendo de Santiago el camino desciende de la llanura y va a alcanzar el río Yaque, muy encajonado en esta parte, a un cuarto de legua de la ciudad. Se encuentra a la izquierda un Cuerpo de Guardia y el camino va bordeando el río, que se deja atrás, para introducirse en un bosque, el cual continúa sin interrupción hasta La Vega. A otro cuarto de legua de Santiago se topa un amplio camino que lleva por la derecha al hato Mayor. A media legua de esta bifurcación se cruza ya el río Puñal, que no siempre tiene agua, y que corre por un pequeño valle cuyos declives son suaves. Desde este río se sube por una cuesta imperceptible para luego volver a bajar y atravesar el río llamado Río Verde, a dos leguas del Puñal. A partir de aquí se sigue la orilla derecha de este Río Verde durante un cuarto de legua para tornarlo a vadear. En el intervalo de las dos travesías del citado Río Verde se encuentran tres hatos con algunas plantaciones de cacao. Estos se denominan Sitios de Río Verde. Desde este río se sube un poco por la izquierda para volver a bajar y atravesar un riachuelo, el Guaco, a tres cuartos de legua del Río Verde, desde donde se pasan tres arroyos más, bastante encajonados, para ascender a una llanura poco elevada. Esta llanura es el punto más alto del valle del Yaque, es decir, de toda la parte comprendida entre Dajabón, Sabana, la cadena de Monte Christi y la del Artibonito. Las pendientes de ella que miran al Poniente forman las vertientes del Yaque, y las que miran al Naciente lo son a su vez del Camú y del Yuna, los cuales se juntan cuando se dirigen hacia la Bahía de Samaná. Desde esta misma llanura se vuelve a bajar por una cuesta moderada al río Camú, tan pronto como hayamos atravesado dos diminutos y encajonados arroyos. Entre el Río Verde y el Camú se cuentan dos leguas. Ambos ríos, al igual que el Guaco, llevan siempre agua. Del Camú se llega pronto a La Vega, pues sólo queda a un cuarto de legua de dicho río. La ciudad de La Vega se halla situada en una sabana algo pequeña, rodeada de bosque por todas partes. Durante la presente jornada el camino, que es sobremanera hermoso, se dirige al Este-1/4-Sureste, pero nada de los alrededores puede descubrirse desde él, ya que una tupida foresta lo cubre constantemente desde Santiago.

QUINTA JORNADA:

8 leguas

Una vez abandonada La Vega, nuestro camino alcanza de nuevo el Camú, y siguiendo paralelo a él por su orilla derecha continúa así hasta dos leguas y media en que lo vuelve a cruzar, para avanzar todavía junto a él durante cinco cuartos de legua hasta el río Jima, el cual debemos esguazar también

un poco más abajo de su confluencia con el Camú. A legua y media de La Vega se encuentra una sabanita denominada Sabaneta, donde la vista contempla varios hatos con bonitas plantaciones de cacao, guineos y algunas piezas de caña. El intervalo entre La Vega y Sabaneta es, en realidad una sabana alargada, muy estrecha, por donde pasa el camino, la cual se ve circundada por un bosque cerrado con árboles de alto follaje. Desde Sabaneta hasta el río Jima todo es espesura. Incluso a partir del Jima, que corre por un profundo cauce, el bosque continúa durante un cuarto de legua. Hállase luego la Sabana de Boca le Jima, con media legua de ancha por algo más de larga en dirección Norte-Sur. A la entrada de esta sabana hay un hato a la izquierda, contiguo al camino. Desde la Sabana de Boca de Jima el camino conduce al río Caya, que en todo tiempo lleva agua, a dos leguas de distancia del Jima. Después se atraviesan tres sabanas más, menores que la primera, separadas por hileras de árboles y donde pululan hatos con plantaciones de cacao. Desde el río Caya el camino llega al río Voma, que queda a una legua. Este espacio está integrado por dos sabanas, las cuales se ven separadas entre sí por un arroyo con márgenes arboladas. Desde el Voma se alcanza el río Guamita gracias a una sabana bastante grande con una legua de extensión en toda dirección. Al entrar en ella se divisan varios hatos al extremo meridional y uno a la izquierda del camino, no lejos del Guamita, situado sobre una pequeña prominencia. Aquí concluye la quinta jornada. Se puede acampar en una u otra orilla del Guamita, que está algo encajonado y bordeado de árboles. El camino de esta jornada es aún muy bello, dirigiéndose, por lo general, hacia el Este. Hay bosques por todos los lados. Sin embargo, desde la Sabana del Voma se ven las montañas del Norte y del Sur que forman el valle del Yaque. También se comienza a perfilar el macizo del Cibao al Sur-1/4-Suroeste.

SEXTA JORNADA:

7 leguas

Partiendo desde el Guamita, el camino cruza la sabana del mismo nombre con media legua de anchura. Penetra luego en un bosque hasta el río Yuna, adonde llegamos después de haber atravesado dos arroyos. La distancia entre el Guamita y el Yuna es de cinco cuartos de legua. Siempre hay agua en el primero, aunque poca, y mucha en el último. Desde el Yuna el bosque continúa hasta Cotuí, pueblo situado en una pequeña sabana a tres cuartos de legua del río Yuna. Desde Cotuí hay que traspasar unas hileras de árboles para ingresar en una sabana con cerca de media legua de ancha, terminando hacia adelante en un arroyuelo, que es donde comienza otro bosque hasta el río Maguá, a una legua de Cotuí, el cual lleva agua en toda época. Del Maguá se continúa caminando por otro nuevo bosque, durante medio cuarto de legua, hasta entrar en una sabana sumamente bella y dilatada, llamada Sabana Grande. Es, pues, bastante extensa. Hállase cercada de

espesuras por doquiera, rematándose por delante, o sea, al extremo, por un arroyo, que queda a cinco cuartos de legua del Maguá. Sabana Grande puede que tenga legua y media de extensión Norte-Sur. A partir de ella se cruza un arroyo y se franquea otra sabana, de media legua de ancha y una de larga, también dirección Norte-Sur. Esta sabana es desigual, ya que varias pequeñas prominencias forman su superficie. Un arroyo algo hondo, que debemos transponer, la separa de una meseta cubierta de vegetación, a la cual subimos para volver a bajar seguido al río Yaquí, a cinco cuartos de legua de Sabana Grande. Desde este río, el camino escala la montaña de Cevicos, que separa el Yaquí del riachuelo Blanco y del río Cevicos. Esta montaña es una estribación un poco alejada de las ramificaciones que por este lado tiene el macizo del Cibao; resulta bastante elevada; sus pendientes son demasiado abruptas, de manera que el camino se hace a toda hora malo y difícil. La montaña, por lo común, está llena de árboles; sin embargo, se ven algunos lugares sin ellos, así como reducidas sabanas por aquí y por allá. La distancia real desde el río Yaquí al riachuelo Blanco es casi de cinco cuartos de legua, pero a esta medida hay que agregar por lo menos un tercio a causa del gran número de sinuosidades que ostenta el camino. Al llegar a la cima de la montaña queda uno agradablemente compensado del cansancio que haya tenido que soportar, debido a la contemplación del hermoso y vasto valle de La Vega y al territorio comprendido entre la Bahía de Samaná y Monte Christi, todo lo cual presenta el aspecto más grandioso e interesante. A partir del riachuelo Blanco, que siempre brinda agua, lo mismo que el Yaquí, llegamos por un terreno llano hasta el río Cevicos, mucho más caudaloso que los dos anteriores, muy encajonado y con sobrada agua. La distancia entre ambos ríos es de un cuarto de legua, siendo cubierto este espacio en parte por bosques y en parte por sabanas. Desde el Cevicos, con sus márgenes arboladas, entramos a la sabana del mismo nombre. Seguimos todavía el camino principal durante un cuarto de legua, al cabo del cual hay que abandonarlo para dirigirnos al hato de Cevicos, gracias a un sendero que hasta él nos guía por el lado izquierdo. La Sabana de Cevicos es muy amplia y se ve como salpicada por minúsculos bosquecillos. Durante toda esta jornada el camino es asaz bueno desde el Guamita hasta la Sabana Grande inclusive, dirigiéndose invariablemente hacia el Este-Sureste; pero desde esta sabana hasta el Cevicos se torna muy malo, siendo la dirección general Sureste-1/4-Sur. De vez en cuando se divisa el macizo del Cibao al Suroeste-1/4-Oeste.

SÉPTIMA JORNADA:

7 leguas y media

Saliendo del Hato de Cevicos, un sendero —como ya dijimos— nos lleva en alcance del camino principal. Atravesamos luego la Sabana de Cevicos, que termina en el río Naranjo, llamado también El Pequeño Cevicos, a me-

dia legua del hato del mismo nombre. Desde el Naranjo entramos en la Sabana de la Paciencia, que cuenta cerca de legua y media de longitud Sureste-1/-Sur por un cuarto de latitud. Penetramos inmediatamente en una espesura para cruzar el Arainos, a dos leguas de distancia del Naranjo. A ambos ríos nunca les falta caudal. Todo este intervalo, por lo general, es bosque, que deja muchos espacios pequeños completamente claros que hacen el oficio de otras tantas sabanas. Desde el Arainos el bosque continúa, aunque se vuelve más estrecho. Llegamos así al río Yasa, que siempre tiene agua, y está distante del último como un cuarto de legua.

Por ahí proseguimos, bosque adelante, hasta media legua, donde se encuentra un gran arroyo adonde vienen a terminar las faltas de la montaña de Pardavé, que comenzamos a subir por una bonita sabana, nombrada Sabana del Aguacate. Ascendimos luego al bosque que cubre la montaña dejando algunos reducidos claros de trecho en trecho. Ahí el camino se vuelve muy escarpado y de tránsito difícil. Este no mejora en la bajada, continuando las dificultades hasta otro gran arroyo, que les pone fin como a legua y media del arroyo anterior. En la cima de esta montaña, que es tan alta como la de Cevicos y con idéntica configuración, disfrutamos de una vista no menos agradable, pues desde allí se descubre la hermosa llanura de Santo Domingo, o sea, todo el territorio comprendido entre la península de Samaná, Cabo Rafael, Punta España, Santo Domingo y el macizo del Cibao, es decir, las tierras del Seibo y de Higüey. El grupo montañoso del Cibao distínguese sobradamente bien hacia el Occidente. Desde un gran arroyo encajonado se atraviesa un poco cierto bosque para entrar en la Sabana de Don Juan, donde se encuentra un hato llamado de la misma manera. Esta sabana va extendiéndose hasta el río Bermejo, bordeado de vegetación y a media legua de distancia del último arroyo. Una vez transpuesto este río, entramos en una hermosísima y dilatada pradera, que recibe el nombre de Sabana de San Pedro. La seguimos durante casi un par de leguas, después de lo cual atravesamos unas hileras de árboles que la separan de la Sabana de la Guita, donde hay un hato con idéntica denominación, a un cuarto de legua de dichas hileras de árboles. La última sabana se hace cada vez más ancha que la anterior de San Pedro, que sólo tiene un cuarto de legua de anchura como máximo y en medio de la cual se alza el Hato de San Pedro.

Desde el Hato de Cevicos hasta la montaña de Pardavé, el camino no es malo, orientándose al Sureste-1/4-Sur; en cambio, a partir de la Sabana de Don Juan hasta la de Guita, es decir, desde la parte baja de la falda Sur-1/4-Sureste de Pardavé, el camino se torna muy bueno, dirigiéndose hacia el Sur-1/-Sureste. Se siguen viendo los picos del Cibao al Oeste-Noreste.

Si del hato de la Guita pudiéramos ir a Santo Domingo en línea recta, dirección Sur, la jornada sólo se haría en seis leguas, como mucho. Pero la configuración de la llanura por esta parte no permite semejante tipo de comunicación, debido, sobre todo, a los ríos Ozama e Isabela, que no son

vadeables en los lugares por donde cabría esguazarlos, y a las incontables lagunas que allí se encuentran a cada paso. Verdad es que los caminantes pueden atravesar fácilmente éstas en tiempo de sequía, al igual que cruzar el Ozama en canoa o a nado, como lo hacen algunos moradores de estos parajes. Sin embargo, nada de eso resulta fácil para los caballos. Quedamos obligados, en consecuencia, a seguir por entero el camino principal, el cual, para llegar a la ciudad de Santo Domingo, situada al Mediodía, da una vuelta hacia el Oeste recorriendo once leguas a través de notables y frecuentes sinuosidades.

Así, pues, desde el hato de la Guita nos es forzoso continuar por la sabana del mismo nombre hasta el río Limón, a una legua de dicho hato. Inmediatamente después se pasa una sabanita que termina en un arroyo llamado La Caoba, el cual hay que transponer para entrar en la Sabana de la Luisa, limitada al Norte por el río Ozama, a una legua de distancia del Limón. Al ingresar en esta sabana dejamos a la izquierda el Hato de la Luisa, enclavado en el lindero de un bosque que circunda la propia sabana. De ordinario el Ozama es vadeable por este sitio, pero en tiempo de lluvias hay que subir mucho más arriba con objeto de buscar el punto adecuado para efectuar el paso, de lo contrario habrá que esperar algunas veces hasta ocho días a que haya disminuido el caudal de los aguaceros. Lo mismo sucede con los demás ríos, algo importantes que se deben cruzar por las dos rutas de Santo Domingo.

Desde el Ozama el camino dobla a la derecha para franquear la Sabana Sanguino, que comprende una legua de ancha y finaliza en el riachuelo Icao. Después del Icao dirígese de nuevo el carril hacia la izquierda por la Sabana Prieta, poco más o menos igual que la anterior, colindando muy cerca, por la derecha, con Sierra Prieta, que es un collado de poca altura y cubierta de bosques. Aquí el camino dobla otra vez a la derecha y, casi hacia el Norte, se mete por entre ciertos promontorios y rodea un cerrito adyacente a Sierra Prieta, para atravesar enseguida al Oeste dos pequeños arroyos, muy cercanos uno a otro, apodados Los Arroyos del Yuca, ingresando así en la Sabana Cansamancebo, que domina hasta el río Guayacusa, distante del Icao a legua y media, aunque cabría añadir algo más por las raras vueltas y revueltas del camino. Cruzamos luego la Sabana de la Monja hasta un cuarto de legua, donde nos topamos con el pequeño río Cribep plata. De ahí el camino penetra en un bosque volviendo en dirección Suroeste. Ese bosque continúa hasta las murallas de Santo Domingo, quedando solamente interrumpiendo de vez en cuando con algunas viviendas esparcidas por él y alejadas unas de otras. A legua y media del Cribep plata se atraviesa el río Isabela, río bello y navegable para canoas. Desde el Isabela proseguimos todo el tiempo metidos dentro de un bosque, avanzando por en medio de algunos hatos que se divisan a derecha e izquierda. El camino pasa muy cerca, por la diestra, de una estancia situada en una pequeña prominencia,

a dos leguas del Isabela. Allí se ve cacao y un trozo muy hermoso sembrado de caña. Media legua más allá un camino sale por la derecha y conduce a otros hatos y viviendas que hay por los alrededores. Desde esta bifurcación se caminan aún cinco cuartos de legua más, llegando finalmente a la ciudad capital de Santo Domingo, que sólo se descubre cuando uno está encima de ella y al bajar la colina de los Isleños, cuyas pendientes terminan al pie de las mismas murallas. Entramos a la capital por la Puerta Nueva o del Conde. Una legua antes de llegar a ella el carril se bifurca, yendo el de la izquierda al pueblo de los Isleños, desde donde enlaza otro con la ciudad. Durante esta jornada el camino, por lo común, no es malo, tornándose bellissimo desde el Isabela a Santo Domingo.

A partir del hato de la Guita la dirección a Santo Domingo es hacia el Sur, pero nuestro camino dirígese primero al Oeste-1/-Suroeste hasta la Sabana Prieta, se encarrila luego al Norte-Noroeste, durante tres cuartos de legua, inclinándose luego para tornar por fin al Sur-Sureste hasta Santo Domingo.

La ciudad de Santo Domingo se halla situada a la orilla derecha del Ozama junto a la desembocadura de él. Este río, realmente magnífico, asciende hacia el Norte hasta unos cinco cuartos de legua, donde recibe al Isabela, que es también otro río espléndido. A medio camino de la confluencia de ambos hasta Santo Domingo hay un ladrillar en la margen izquierda. Un poco más arriba está el pueblo de Los Minas. Como a dos tercios existe otro ladrillar en la propia orilla derecha. Y en la confluencia misma se ve el ladrillar de Coca, en la ribera siniestra del Ozama².

Desde esta confluencia el Ozama se encamina hacia el Noroeste durante legua y media, hallándose a una legua el caseío de Botto³, que es una refinería bastante considerable, construida en la orilla diestra.

El Isabela sube al Norte-1/4-Noroeste. Todos los terrenos confinantes con estos dos ríos, hasta muy lejos, se ven cubiertos de vegetación. Encuéntrense por ellos muchas lagunas y cantidad de pequeñas lomas, pero en general, el terreno es excelente y extremadamente fértil.

Frente por frente de la ciudad, a la orilla izquierda del río, hay un pobladito. Un camino lleva desde él al Seibo e Higüey; otro camino, por no decir un pésimo sendero, comunica con la Bahía de Samaná, pero éste es poco o nada frecuentado.

El río Ozama resulta navegable para toda clase de barcos hasta su confluencia, siéndolo todavía desde aquí para los botes, hasta una distancia máxima de siete leguas. En cambio el Isabela, solamente lo es para toda suerte de canoas hasta cuatro o cinco leguas después de su junta con el Ozama.

²Estas fábricas de ladrillos existían desde los comienzos de la Colonia. Ver E. R. D., *El Pleito Ovando-Tapia*, S.D., 1978. (E.R.D.)

ANTONIO SÁNCHEZ VALVERDE:
 IDEA DEL VALOR DE LA ISLA ESPAÑOLA (1785)¹

CAPÍTULO II

*De las serranías que cortan la isla,
 sus llanuras y temple²*

Toda la área y superficie de Santo Domingo está cortada de Norte a Sur y del Este a Oeste con cordilleras de Serranías más o menos altas, que la dividen en muchas partes, con gran separación, en cuyos intermedios se forman inmensos llanos o valles. El de la Vega Real se tiene por el mayor de todos, situado al Norte de la Isla. El Padre Charlevoix³ le da 80 leguas de largo, sobre 10 de ancho. Pero se equivoca; porque si lo toma desde la Bahía de Samaná, por donde viene corriendo con el *Yaque* grande una llanura sin interrupción, ni Serranía notable, que termina en la planicie que ocupan los Franceses, llamada del *Guarico*⁴, excede en mucho a la longitud referida; pero si se ciñe a lo que es jurisdicción de la antigua Ciudad de la Concepción de la Vega, deberá rebaxar más de la mitad. Los ríos, arroyos y quebradas o cañadas que la riegan son innumerables, aunque no llegan a los 30.000 que cuenta el mismo Autor⁵. La hermosura y frescura de este llano causó admiración y llamó toda la atención del Almirante y primeros Españoles que abordaron la Isla por la Isabela.

Pasado el río *Camú* hay otro paño de tierra plano, que llamamos el despoblado de Santiago y corre baxo nuestra dominación hasta el río *Daxabón*, de 25 a 30 leguas con latitud proporcionada. Al oeste de la Capital está el Valle de *Vani*, que se estiende desde el río *Nisao* hasta el de *Ocoa*, con excelentes pastos para toda especie de ganados, cuyas carnes son del gusto más delicado y muy abundantes en leche y grosura. La especie bacuna suele padecer en ellos notablemente por las largas secas que causa el ímpetu casi continuo de las brisas, que arrebatan con celeridad las nubes, sin darlas el tiempo correspondiente para deshacerse en lluvias⁶. Por esta razón sufren allí los Criadores de tiempo en tiempo crecidos quebrantos; pero es tal la excelencia de los sitios, que con cualesquiera lluvias resarcen, sin mucha dilación, sus pérdidas; y si tubiesen bastantes fuerzas para abrir norias en sus respectivas posesiones, como lo ha hecho algún otro con cono-

¹Editora Nacional, Santo Domingo, 1971.

²Véanse descripciones semejantes a la de este capítulo, con otras noticias, en la *Relación* de Alcocer, de 1650, en *Relaciones Históricas de Santo Domingo...*, vol. I, p. 198-209. Véase, además Chardón, *Geografía y fisiografía*, en ob. cit. p. 24. (ERD).

³Charlev. lib. I. (A)

⁴Hoy Cabo-Haitiano.

⁵Esta exageración es obra de Las Casas. Véase su exaltada descripción del Valle de La Vega Real en su *Apologética historia de las Indias*, Madrid, 1909. (ERD).

⁶En estos tiempos, ya atravesado el valle por poderosas acequias por donde fluyen las aguas del Nizao y otros ríos inferiores, la aseveración del autor sale cierta con gran ventaja, sino en cuanto a la ganadería, a la agricultura, generalizada en el valle. (FCU).

cida utilidad, evitarían, si no el todo, la mayor parte de este daño. A este Valle sigue el de *Azua*, el de *San Juan* o antigua *Maguana*, dividido del de *Santo Tomé* por las aguas de *Neyba*, después del qual se separan por otros Ríos y Serranías, el del *Onceano*, corrompida la voz *Oceano*, que se le dio sin duda por su extensión: el de *Hincha*, *Guaba* y otros. Al Oriente de la Capital hay unas inmensas Praderías, llamadas por eso con la voz genérica de los *Llanos*; pero todo el terreno que hay desde el río *Ozama* hasta la punta Oriental, internando al Norte y buscando el paralelo de *Montaña redonda*, es una tierra igual, con tal qual, cerrillo pequeño, cuya total extensión puede computarse por una quinta o sexta parte de la Isla.

De esta organización que dio el Autor de la Naturaleza a aquel cuerpo, viene una diferencia de climas, que no se experimentan fácilmente en otra parte sobre igual extensión de terreno y elevación polar. Vemos allí en territorios muy contiguos ser uno notablemente más lluvioso que otro y lograr una diferencia bien sensible en los grados de calor. Los llanos de *Bánica* confinan con los de *San Juan* y *Santo Tomé*; unos y otros están situados al pie de Serranías: por consiguiente bien regados de ríos y de arroyos. Con todo, los de *Bánica* son más ardientes que los de *San Juan* y los naturales de aquellos más robustos y de mejor talla que los de *San Juan*, en donde el fresco es tal, que casi todo el año se necesita de mucho abrigo, principalmente en la noche. El Valle de *Constanza*, dividido del de *San Juan* por unas altas Serranías y colocado a la parte del Norte de la Isla en jurisdicción de la Vega, que estuvo desconocido muchos años⁷, es tan fresco, que en la estación más calurosa del año se conserva la carne quatro y cinco días: de que estoy informado por muchas personas fidedignas y por su propia poseedor actual Don Melchor Suriel, sugeto veracísimo. En las cimas de esta Sierras, cuyo acceso es trabajosísimo, se encuentra escarcha todo el año y se necesita de hogueras para dormir. Las causas físicas de esta diferencia y los errores con que sobre ellas discurren algunos Escritores, ocuparían sin necesidad muchas páginas en una Obra que sólo mira a la utilidad. Pero por lo general el temple de nuestra Isla por diferentes principios es una Primavera en sus noches y mañanas hasta las ocho, o nueve horas. Después de ellas, elevándose más el Sol, e hiriendo casi siempre perpendicularmente con sus rayos la superficie de la tierra, se hace más sensible el calor, que templan las lluvias, la brisa, la constitución de las montañas y otros accidentes con alguna diferencia y desigualdad, según los territorios y los meses.

La bondad de esta temperatura, aunque declina al extremo del calor, se conoce por la robustez, sanidad y fecundidad de sus indígenas: por la pomposidad, fertilidad, corpulencia y variedad de sus árboles y frutos. Los habi-

⁷En 1851 visitó la región el doctor Sir Robert Schomburgk, a la cual le dedicó su artículo *Visit to the Valley of Constanza...*, publicado en *The Atheneum*, London, 1852, p. 797. (ERD).

tantes que encontramos en *Hayti*, aunque no consta con seguridad su número, que algunos hacen subir a más de cinco millones, es cierto que componían cinco poderosas Monarquías, cuyos Soberanos tenían a su obediencia muchos Señores o Caciques menos principales⁸. ¿Y de dónde vendría la subsistencia de estos pueblos innumerables, bien alimentados, ágiles, sanos y propagativos o fecundos? Sabemos que carecían de cuadrúpedos, de que no había más de cuatro especies pequeñas llamadas *Hutía*, *Quemí*, *Mobuy* y *Cory*, las cuales ni eran muy abundantes, ni llegaba la mayor a la corpulencia de un gato. Por otra parte, sabemos la ignorancia en que estaban de la Agricultura: las pocas simientes que tenían y lo poquísimas que se daban a su siembra: de que se concluye que el fondo de subsistencia de tantos millares de individuos, venía de la feracidad de un terreno, cuyos prados están siempre vestidos de verdura y sus árboles cargados de flores y frutos: siendo pocas las especies que guardan sus producciones para estación determinada. El tamaño de los frutos es generalmente mucho mayor, sin comparación, que los de Europa y tanta la variedad de los frutales, que se conoce la liberalidad con que favoreció aquel terreno su autor, queriendo que los unos produjesen cuando cesaban éstos pocos, para que perennemente se viese provisto y matizado el campo; de que se asombraron los primeros Europeos, acostumbrados a ver sus prados desnudos y sus árboles como áridos esqueletos la mitad del año. De esta abundancia, de que hablaremos después más largamente, unida a la feliz ignorancia del lujo y de la glotonería, venía la desaplicación al trabajo que echamos a la cara, con nombre de poltronería, a unos Filósofos frugales, que sabían contentarse con los dones gratuitos de una benéfica madre.

A esta conclusión y a su antecedente resiste con el mayor empeño Mr. Paw, una de las antorchas del presente siglo ilustrado entre los Estrangeros, cuya claridad no ha llegado a Madrid, porque consiste en discurrir con toda libertad sobre lo más sagrado, en arrollar la Religión, infamar el Estado Eclesiástico y hablar contra los Españoles. Todo lo ha hecho Mr. Paw; y sobre todo ha empleado nueve o diez años en acinar quantas fábulas se han escrito contra las Indias Orientales, contra sus primeros Pobladores y contra los que las descubrieron y conquistaron. A las escritas añadió su fecunda imaginación otras muchas, dirigidas todas a establecer un Romance filosófico sobre la degeneración que habían padecido y padecen en aquella gran porción del Globo o Planeta terráqueo, las especies vegetal y animal, con inclusión de la humana, baxo el título de *Recherches Philosophiques sur les Americains*⁹.

⁸La población indígena de la Isla, según las Casas, era de 3.000.000; de 2.000.000, según Fray Tomás de Angulo; y de más de 1.000.000, según el geógrafo López de Velasco. (ERD).

⁹M. de Paw, *Recherches philosophiques sur les americains, ou mémoires intéressants pour servir a l'histoire de l'espece humaine*. Par... Nouvelle edition, augmentée d'une *Dissertation critique* par Dom Pernety.

CAPÍTULO IV

*De los principales ríos
que la fertilizan*

Desde las Serranías de que acabamos de hablar y de otras menos dilatadas y altas se desata una multitud prodigiosa de ríos, arroyos y quebradas, cuyos nombres solos ocuparían muchas páginas y aun sería difícil darlos a todos; pero como para mi propósito no sea necesaria esta menuda descripción, sólo hablaré aquí de los más principales. El del *Ozama*, que unido con la *Isabela* forma el Puerto de Santo Domingo, como se ha dicho, viene de mucha distancia por la parte del Norte y es navegable por más de siete leguas en Canoas, lo que facilita la conducción así de los frutos de sus dos márgenes, como de lo interior de la tierra acia el Este, por otros ríos más pequeños y arroyos, quales son los de *Yabacao*, *Monte de Plata*, *Savita*, *Guavanimo*, *Yuma*, *Duey*, *Jaynamoza*, *Naranjo*, *Yuca*, *Dajao*, &c., que aunque aora no son navegables por falta de fuerzas en los hacendados, éstos los harían tales por su propio interés, siempre que engrosasen sus haciendas con proporcional número de Negros al que tienen los Franceses. La parte Occidental del *Ozama* que forma con la *Isabela* la figura de una Y griega, tiene tantas aguadas, cuyo curso se dirige al uno o al otro, que todo el terreno intermedio es un bosque fresquísimo, excepto lo poco que se ha labrado y sus frecuentes cortaduras hacen penosísimo el camino con qualesquiera lluvias.

A distancia como de tres leguas de la desembocadura de estos, acia el Oeste, desagua el de *Hayna*, llamado vulgarmente Jayna. El nacimiento de éste no es muy distante del de otro llamado *Nigua*; pero desde el principio van separándose en su curso, que dirige el primero más al Oriente y el segundo por el contrario al Poniente, abrazando entre los dos una dilatada y fértil llanura, que en los principios del descubrimiento fue el más precioso manantial de nuestras riquezas y comercio, así por el mucho y finísimo oro que hay en sus cavezadas, como por las azucarerías, cacaguales, añilerías y otros frutos, que hacían ascender los diezmos de aquel distrito más de lo que suben hoy los de toda la Isla. Una sola hacienda, que está a las márgenes de *Jayna*, llamada *Cañaboba*¹⁰, que hoy es de ningún producto, se conocía antiguamente con el nombre de la *Urca*; porque su poseedor enviaba a Sevilla una todos los años con los frutos residuos que no había expendido en la Capital.

¹⁰La estancia *Cañaboba*, mencionada por el autor como fuente de prosperidad agrícola y comercial un tiempo, era de cacao, y pertenecía en 1780 a doña Petronila de Coca: colindaba con ella la estancia de cacao *Los Cocos*, de don Lorenzo Angulo, y el ingenio *Sabanabotana*, de don José de la Vega. Por este tiempo el ingenio tenía 27 esclavos de servicio: la estancia *Cañaboba* 18: y la de *Los Cocos*. 4. (FCU).

Del *Nigua*, dice Oviedo como testigo ocular¹¹, que es muy principal, rico y de grandísima utilidad por los grandes heredamientos y labranzas de hermosas haciendas que hay en sus Costas y Comarcas y por los ingenios de azúcar. Corre desde su nacimiento hasta el mar de nueve a diez leguas. Tiene su origen en un elevadísimo peñasco, que he visto, como límite de mi hacienda de *Villegas*. Descienden de él dos gruesos brazos de agua, sobre un playazo de arena, que la sorbe y consume toda, sin que se haya podido saber el curso que toma y me persuado a que sea subterráneo. Pero como las vertientes de algunas montañas y el curso de muchos arroyos y riachuelos, tanto de la parte del Este como del Oeste, buscan el declive de la tierra para desaguar y le hallan por aquella parte, forman con su concurrencia el cauce o madre, que es bastante espaciosa, aunque de poca agua en los tiempos que no llueve y que sólo tiene las del arroyo *Galán* y otros pequeños. Baxando del peñasco al Sur, como una legua, se hace una Isleta entre las Haciendas de *Boruga* y *el Pedregal*, que están al Este, y la de *Villegas*, situada al Oeste. En una montaña de éstas, de bastante elevación, fronteriza a la Isleta, brota un peñasco de la Sierra, que queda como en la mitad de su altura, tres ojos de agua perennes en distancia como de tres varas, cada uno de los quales tendrá el diámetro y circunferencia de la copa de un sombrero regular. Los primeros Fundadores de ingenios o molinos de azúcar que hubo en Santo Domingo comenzaron por aquel terreno y supieron aprovecharse de este rico presente de naturaleza, recibiendo todo el caudal de las tres erupciones en una espaciosa pila que, a pesar del abandono y del tiempo, se conserva entera con el nombre de la *Toma*¹². Sus aqüeductos corrían a dos o tres grandes molinos. Perdiéronse éstos en la decadencia de la Isla y rebosando el receptáculo, sigue la agua su curso natural por el

¹¹Oviedo, lib. 6, cap. 7. (A) En la desembocadura del *Nigua* tuvo intención de echar los fundamentos de una rica población Diego Caballero. Por C. R. de Valladolid 26 de febrero de 1538, ordenóse a la Real Audiencia que hiciese información sobre el ingenio de Diego Caballero, población de dicho ingenio, y con qué contaba, pues había pedido una legua en cuadro, con facultad para amojonarla y tener jurisdicción ordinaria, por ser su solar conocido. Su apoderado Sebastián Rodríguez había expuesto que Caballero "es uno de los primeros pobladores y conquistadores della y que de treynta años a esta parte siempre Nos ha servido en los descubrimientos y conquistas del Océano, y que es buen vezino e poblador desa isla, e para la ennoblescer y perpetuarse en ella, él ha hecho un edificio de ingenio de azúcar en un rio que se dize Nigua, que ha sido cosa de mucha costa y trabajo en que dizque ha gastado más de quinze mil ducados, en el qual dicho ingenio tiene echa una población de españoles y negros e indios, en que ay más de sesenta casas de piedra y de paja, y que en la dicha población tiene una iglesia con un clérigo que les dize misa, y ha comenzado en aquella hazienda a poner viñas, las quales dizque se dan muy bien, y que tiene trigo sembrado y espera que se dará abundantemente, y que como cosa que tanto le ha costado, desea que tenga alguna perpetuidad, en especial porque cae en camino por donde vienen todos los españoles que escapan de las otras tierras, los quales son allí muy socorridos, y que tiene pensamiento de en esta hazienda hazer todas las esperiencias del pastel, grana y morales para seda y de todos los frutales destes reinos porque es tierra aparejada para ello. AGÍ, Santo Domingo 868, lib. I, f. 113. (FCU).

¹²Véase artículo acerca de *La Toma* en la obra *San Cristóbal de antaño*, C.T., p. 137. (ERD).

cauce o madre, que llaman de *Nigua*, cuyo nombre lleva hasta el mar, habiendo recibido antes por el mismo terreno de *Villegas*, el arroyo de este nombre, los de *Marciliana*, *Juan Caballero*, *Velázquez* y el río *Yamán*, con otras aguadas semejantes.

Nisao es otro buen río por la propia Costa del Sur, muy rico (dice el citado Oviedo) de heredamientos y cañaverales de azúcar: muchos y hermosos pastos de ganados en sus cercanías. De la desembocadura de *Nigua* a la de *Nisao* habrá seis a siete leguas y toda la tierra que se comprende entre los dos fue y es labradera, llana en la mayor parte: tan fértil, que el inmenso Bosque de gruesa arboleda, llamado el monte *Najayo*¹³, que ha crecido allí después que dexó de cultivarse, da continua provisión de maderas para las Fábricas de Ciudad e inmediaciones, sin que se conozcan los cortes. Su espesura fue en el año de 652¹⁴ la principal defensa de los vecinos contra el poderoso desembarco de 8.000 hombres que en tiempo del usurpador de Inglaterra Oliverio Comwel, hizo el Vice-Almirante Penn, que fue rechazado y derrotado entre aquellos bosques y los que desde allí siguen hasta la Capital. En ellos perdió más de 3.000 Soldados y once Vanderas, no llegando a 400 los Españoles Criollos, que ganaron tan señalada victoria. Con este desastre tomó la derrota de Jamayca, que desde entonces ocupa la Nación Británica. Todo este plano de tierra está hoy inculto a pesar de su admirable fertilidad y proporciones bellísimas.

Desde *Nisao* al río y Bahía de *Ocoa*, de que hemos hablado, no hay río considerable y que desagüe en el mar. Después de la Bahía hasta la desembocadura de *Neiba* hay muchos y excelentes. En el terreno de la Población llamada *Azua*, o *Vía* (que tiene la gloria de haber contado por vecino al Conquistador de México)¹⁵, además de los ríos que la dan el nombre, están los de las *Mulas*, *Távora*, *Mijo* y *Yaque*, que la divide de *San Juan de la Maguana*, diferente del *Yaque grande*, que corre por el Norte. El territorio de *Azua* a beneficio de estas aguadas y otras muchas no tan considerables, nos dio en los principios gruesas cantidades de azúcar y cañafistola de la mejor calidad de toda la Isla, con preciosas maderas que conducía fácilmente

¹³El beneficio de los bosques en las zonas cercanas al mar y parajes por donde el enemigo invasor podría acercarse a la Capital, estuvo prohibido siempre, y la explotación de sus maderas reservada para fines del real servicio. El autor hace alusión a solamente las obras a cargo de la Real Hacienda. Durante la construcción de cuarteles, años de 1757-1762, sobrestante Juan Marcelino Mendía, púsosele en data el 2 de abril de 1757 "por el corte de maderas que de cuenta de S.M. se está trozando en los montes de Nahayo con destino para la fábrica de Cuarteles, y son correspondientes a los gastos causados en jornales, salarios y mantenimientos de personas que se han ocupado el pasado marzo" la cantidad de 2.250 reales Y entre las últimas partidas, el 13 de agosto de 1757, día "en que cesó este trabajo" del corte, diéronsele al mismo Mendía 2.262 reales. AGI, Contaduría 1069A. (FCU).

¹⁴Es 1655. V., acerca de la invasión de Penn y Venables. *Relaciones históricas de Santo Domingo...*, vol. III. (ERD).

¹⁵En efecto, en Azua hizo de escribano el célebre Hernán Cortés, que también fue vecino de Santo Domingo antes de ser Conquistador de México. (ERD).

te el propietario o bien a la Bahía de *Ocoa*, o bien al Puerto de *Azua*, según la situación en que se hallaban las haciendas. Lo cierto es que cuanto produce en su distrito es de esquisito gusto y bondad. Las naranjas, de que abunda todo el año, son las más hermosas y desde que comienzan a pintarse en amarillo, dexa de sentirse en ellas la más ligera punta de ácido. Después de los furiosos terremotos del año 51, que comenzaron el día 18 de Octubre a las tres de la tarde, se han descubierto en las Sierras, que llaman de *Viajama*, aguas minerales¹⁶, que con la fermentación de la materia y concusiones de la masa brotaron por diferentes partes, mostrando que la mole de toda aquella Serranía es de azufre¹⁷.

Entre el río *Yaque* que limita a *Azua* por la parte Occidental y el de *Neyba*, está el Valle de San Juan y fue el asiento del gran Reyno de la *Maguana*, que acabó en la infeliz *Anacaona*. Estas amenas y dilatadas llanuras y la de Santo Thomé al otro lado del *Neyba*, tienen bellísimos pastos de ganado: única utilidad que sacamos hoy de ellas. También hay grandes y frescos Bosques, que humedecen las aguas del mismo *Neyba* y más de 300 arroyos, quebradas y riachuelos en que, como refiere Oviedo¹⁸, hubo a los principios del siglo 16, fuera de numerosas crianzas de ganado, plantíos de todos los frutos comerciales, principalmente de azúcar, cuya conducción voluminosa manifiesta que su situación es proporcionada al embarque por la Costa del Sur.

Del llano de San Thomé adelante, siguiendo al Oeste y tirando una paralela de Norte a Sur, ocupan los Franceses los Puertos de nuestra Isla: por consiguiente, nos inutilizan una grande y bellísima porción de terreno en los Partidos de *San Juan*, *Bánica*, *Hincha* y *Guaba*, situados al Sur de la Isla, fecundados de innumerables aguadas, principalmente del gran río *Guayamuco*, *las Cabullas*, *Guaraguei*, y el caudaloso de *Hatibonico*, &c.

A este río dan los Franceses el nombre de *Artibonit* y lo mismo a la llanura de sus tierras por donde pasa, en que está situada su rica y comerciante Población de San Marcos. Habla de ésta Raynal¹⁹, y dice: "Que su prosperidad aumentaría considerablemente si se lograra regarla con las aguas de este río: porque es naturalmente muy seca y sólo necesita de este auxilio para exceder en su fecundidad a las mejores tierras. Por operaciones Matemáticas se ha demostrado la posibilidad. ¡Tanto es el imperio de las

¹⁶En este lugar temperaba el Presidente Santana, por prescripción médica. En la curiosa obra de Moreau de Saint-Mery, *Recueil de vues des lieux... de Saint Domingue...*, París, 1791, hay una vista de la entrada de la fuente de aguas termales de Bánica. (ERD).

¹⁷El 2 de noviembre de 1528 se pagó al maestro Hernández su salario de artillero y polvorista "porque fue por mandado desta Real Abdiencia a la villa de Acua y sus términos, a buscar e hazer espiencia del salitre para hazer pólvora, que al presente avía mucha nescesidad della en la dicha Fortaleza, e ovo información que avía el dicho salitre en el dicho término de Acua". AGI. Santo Domingo 903. (FCU).

¹⁸Oviedo, *loco citado*, & *alibi*. (A).

¹⁹Raynal en el tom. 5 lib. 13. cap. 22, fol. 168. (A).

Naciones sabias sobre la naturaleza! Todos los propietarios desean con impaciencia la empresa de Obra tan grande. El Gobierno gastaría, pero quedaría bien recompensado de este sacrificio por una sexta parte de aumento en las producciones de la colonia”. Hasta aquí el Abate Raynal. Todos estos cálculos Matemáticos podríamos nosotros ahorrarles, divirtiendo las aguas del río por nuestras posesiones con mucha facilidad antes de entrar en sus límites y destruirles tan ventajoso proyecto; pero no tenemos Negros como ellos. *¡Tal es el trabajo de los pobres, que conocen la utilidad y no pueden apropiársela!*²⁰

Lo mismo sucede por la parte del Norte con los distritos de Santiago y Vega, en que fuera del gran *Yaque*, hay tantos ríos caudalosos, como son *Camú, Mao, Guayubín, Daxabon, &c.* Bien que estos dilatados Partidos, en caso de cultivarse, podrían conducir sus frutos, como antiguamente lo hicieron, por los Puertos de *Plata y Monte Cristi*, donde desemboca el citado *Yaque*, muy fácil de hacerse navegable, como también muchos de los que le entran. Todas estas inmensas Posesiones no nos sirven en el día de otra cosa que de mantener a los Franceses y proveherles de mulas, bestias y bueyes para mover las máquinas de sus ingenios y cargar sus frutos. De aquí viene que nos llamen sus *Pastores*; pero también viene que sean nuestros dependientes: porque no teniendo ellos Criadores, abandonarían necesariamente sus quantiosos y grandes plantíos y se verían precisados a evacuar la Isla, siempre que dexasemos de contribuirles con aquellos auxilios.

Por el propio N. corre el más rápido y caudaloso río, llamado *Yuna*, que desagua al Este de nuestra Isla en la gran Bahía de Samaná, el qual en nuestros días se ha hecho navegable por más de doce leguas²¹ para la extracción que por cuenta de S.M. se hace de los tabacos, que se cogen en los Partidos de Santiago, Vega y Cotuy. Sus aguas y las de innumerables arroyos y otros ríos que le entran, fertilizan muchas leguas de terreno llano, abundantísimo de bosques y pastos en que se hace principalmente

²⁰V. Objeciones en Moreau de Saint-Mery, ob. cit., p. 252, quien consideraba imposible el desvío del Artibonito según lo sugería Sánchez Valverde. (ERD).

²¹Véase la obra *Sánchez Ramírez*, de Fr. Cipriano de Utrera, p. 118, nota 248. El Gobernador Solano y Bote, el 24 de septiembre de 1774 escribió para conocimiento de S.M. que la cosecha de tabaco del año anterior en su parte escogida fue de 3.131 quintales, y como se esperaba que la de 1774 fuese de 6.000 quintales y “no era posible traerla a lomo a este puerto (de la Capital), porque aún la de estos dos años antecedentes, no han podido traerse, si no es con mucho daño de los pueblos, distrayéndose para ello hombres y caballerías de los ejercicios productivos de la agricultura y crianza, pasé a reconocer el río Yuna y el Camú que, pasando por la ciudad de la Vega, cinco leguas de Santiago, entra en aquél, y hallé que se podrían hacer navegables de champanes y grandes canoas desde *San Rafael de Angelina*, cuatro leguas abajo de la Vega, hasta el *Golfete*, que llaman, en la Bahía de Samaná, y que el camino que hay desde San Rafael hasta Santiago se podría allanar para ruedas sin excesivo costo” y ello sin gasto a Real Hacienda, sino de Santiago, la Vega y el Cotuí por el inmediato beneficio que recibían, “exonerándoles, como pedían, del gravamen de la conducción de tabacos a lomo”. Y por R. O. dada en el Pardo el 8 de enero de 1775, se le aprobó la providencia de haber hecho navegables aquellos dos ríos. AGI, Santo Domingo 1055. (FCU).

tan fuerte crianza de cerdos, que después de mantenidos todo el año con su carne aquellos Pueblos, abastecen la Metrópoli y llenan las Colonias Francesas.

De los ríos, que dando vuelta del Este o Bahía de *Samaná*, hacia el Puerto de Santo Domingo por el Sur, fertilizan la tierra, hablamos en el Capítulo II.

CAPÍTULO V

Idea general de la isla: Principios de su fertilidad, variedad y rica abundancia de sus producciones

De la descripción que hemos hecho de lo interior y exterior de la Isla viene naturalmente la ventajosa idea que debemos formar de su cuerpo. Yo me la figuro una dilatada y estendida planicie o llanura de tierra muy levantada sobre las aguas del Occéano, dividida en partes proporcionadas por las excrescencias de la misma tierra, la qual se eleva de Norte a Sur y del Este al Oeste en cordilleras de montañas que la refrescan y en vez de inutilizar parte de su todo, la dan tanta más área laborable y fructífera, quanto más se dobla el terreno en su elevación. Porque todas ellas manifiestan a la vista con sus gruesas arboledas, densos bosques y perpétuo verdor, ser más feraces que los propios valles y llanos, y ofrecen a los ojos el objeto más agradable con su frondosidad. La que se encuentra sin este pomposo adorno, con un exterior pedrisco y estéril, es porque encierra ricos minerales o piedras preciosas y útiles.

De estas elevadas montañas nace la prodigiosa e increíble multitud de manantiales, quebradas, arroyos y ríos que por todas partes la cortan, serpentean, humedecen y fertilizan, por los quales, como por arterias, venas y fibras, distribuye y propaga aquella enorme masa el jugo fructífero a cada una de sus partes más pequeñas. Para la feracidad incomparable de aquella Isla contribuyen muchísimo las freqüentes lluvias que, sin diferencia de estación, se experimentan todo el año. Pero como estas son fuertes y pasajeras, como por otra parte el Sol hiere con tanta vehemencia, se empapa muy poco la tierra por el primer principio y esto poco se deseca bien pronto por el segundo; de que se concluye que el jugo permanente es el de los ríos y arroyos tan freqüentes, y tales que aun quando fuesen más raras las lluvias, se supliría con gran facilidad este defecto, sacando acequias y canales con que regar todas las porciones de tierra que se destinasen a la siembra.

De estos principios de feracidad y la bondad de su suelo viene el verdor permanente de sus praderías, la numerosa y continúa variedad de sus flores aromáticas que embalsaman todo su ambiente: la grandeza y frescura de sus bosques, de cuyas principales maderas y más útiles, hablaremos aora, dexando otras innumerables, conforme al fin que nos hemos propuesto.

CAPÍTULO VI

*De las maderas útiles que produce la isla*²²

En el género de las producciones vegetales y útiles, ninguna es más abundante en Santo Domingo que los Caobas. Este es un árbol grueso de seis y siete varas de circunferencia, casi igual desde lo alto, en que se estienden sus ramas hasta el suelo, en cuya distancia tiene el tronco doce y catorce varas y a veces más. Su color veteado, de un rojo obscuro, es bien conocido y preferido por su hermosura para los muebles preciosos de las casas. Su madera es sólida, pero fácil de labrar. Son innumerables los que se crían, especialmente en una mitad de la Isla, comenzando por la parte del Este²³. Danse también en el resto de ella, aunque no con la misma abundancia y corpulencia. En los bosques de Azua se ha descubierto en estos últimos años otra especie o clase de estos mismos árboles, mucho más vistosos y apreciables para mesas, cómodas, &c.; porque además de recibir el mismo brillo con el beneficio de la cera, ofrece a la vista, en vez del veteado, unos ojos que a corta distancia no parecen sino pintados de propósito²⁴.

En los mismos montes de Azua se ha encontrado otro árbol de color amarillo, que da perfecto tinte pagizo, al qual han puesto el nombre de *Futete*. Es fácil de labrar, tiene una tez muy linda y aunque ignoro toda su corpulencia y grosura, sé que no es de los pequeños. En el territorio de *Azua* no es escaso, y creemos que se encuentra en otras muchas partes.

El *Roble* es poco menos abundante que el *Caobas* más alto, aunque no tan grueso. Es mucho más sólido y por consiguiente más a propósito para aquellas obras que necesitan de mayor consistencia y fortaleza. De su longitud y espesor, testifica Oviedo²⁵ "haber visto vigas muy luengas y gruesas, labradas a quatro esquinas, de 70 a 80 pies de luengo y de 16 palmos y más, en quadra y redondo, o cintura después de labradas". Aunque este árbol no tenga la ventaja del Caoba para los muebles y tablazón de Bageles, es mejor para las mazas de los molinos de azúcar y otros usos. En la construcción de Navíos es excelente para quillas, costillas, codastes, tarugos y quanto necesite de mucha solidez.

²²Véase José Schiffino, *Riqueza forestal dominicana*. C.T., 1945, 2 vols.; W. D. Durland, *Los bosques de la República Dominicana*, (Reprod. de *The geographical Review*, vol. XII, abril 1922, No. 2) 1925, 18 p.; y *Reconocimiento de los recursos forestales*, en Chardón, ob. cit., p. 364-395. (ERD).

²³La exportación de caoba fue, durante muchos años, el principal recurso económico del país, "el ramo más comerciable y de labor", como decía don Pascual Real en 1821, en sus disposiciones acerca del arancel de exportación de la caoba. Véase en *La Imprenta y los primeros periódicos de Santo Domingo*, C.T., 1944 p. 107. Todavía en 1844 constituía la más importante y explotada fuente de ingresos en la República. V. *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1946*. C.T., 1944. p. 157, 168, 180, 188, 213 y 237. (ERD).

La *Hácana*²⁶ es poco menos gruesa y corpulenta; pero su madera es más fuerte que la del Caoba y tanto como la del Roble. Aun una y otra hace la ventaja de resistir más a la corrupción, que en aquel clima hace poco duraderas las mejores materias: por lo qual ha comenzado a preferirse la *Hácana* a todas las demás para las vigas que se echan en los techos de las casas y otras muchas obras, aunque no es tan suelta para su labor como el Caoba.

La *Caya*, el *Guayacán* y el *Quiebra Hacha*²⁷ son tres especies de árboles fuertísimos, recios y firmes, que, aunque no son muy elevados ni gruesos, tienen la corpulencia que basta para ser utilísimos en muchos obrages. Dánse con abundancia. Son casi incorruptibles, y el último se petrifica facilísimamente hincado en tierra húmeda. La resina del *Guayacán* es bien conocida en la medicina, su madera es útil para tazas en que conservar el agua para los que padecen de *Itiricia* y obstrucciones. Su corteza suple por defecto del jabón y blanquean con ella los lienzos mucho más²⁸.

El *Candelón* o *Canelón*²⁹ es otro árbol semejante a los que acabamos de referir en quanto a su textura, peso y facilidad de petrificarse; pero sobre ser más crecido y recio, tiene un color rojo tan encendido y vivo que parece

²⁴Oviedo, (*Historia de las Indias*, vol. I, p. 340-341), hace la siguiente descripción y elogio de la caoba: "En esta isla Española y otras y en la Tierra Firme hai muy grandes robles naturales e como los de España, e de mui recia madera; e la hoja es así como la de los robles de Castilla. Destos, i de otro árbol que tractaré en el capítulo, se hacen los husos i exes e ruedas de los ingenios de azúcar en esta Isla, e las vigas para las prensas, que son mui luengas e gruesas e a quatro esquinas labradas, de septenta e ochenta pies de luengo e de diez e seys palmos en quadro o redondo e cintura, después de labrada la viga. Que es mui grand cosa, e son piezas mui hermosas de ver por su groseza e longitud; e como tengo dicho, es mui fuerte o buena madera, e a mi ver yo la tengo por una de las mas lindas que hai en el mundo: lo cual nos han enseñado agora nuevamente la silla episcopal e las otras que con ella están en el coro de la iglesia mayor nueva ciudad de Santo Domingo de la Isla Española, que son desta madera e de la que se dirá en el siguiente capítulo del caoban. Y digo que, a mi parescer, son sillas que en el coro de las iglesias de Toledo e Sevilla metropolitanas, serían estimadas e tenidas en mucho; porque los asientos i espaldares destas sillas son deste roble i la guarnición e colupnas e perfiles de caoban, e labradas de excelentes esculturas, al romano, de medio relieve; e queda lo ques de roble de una color mas que pardo e mui vecina a color blanco o como plateado e lo ques de caoban mui colorado, ques como un morado que tira a la color de púrpura. En fin, a mis ojos ello es rica madera e la mejor cosa que he visto para semejante edificio e para cualquier cosa, en que la quisierren poner. Pero para labrar este roble, se requiere que esté mucho tiempo cortado enxudo e curado, porque de si es humidísimo e ha de tener salida toda aquella agua e estar mui curado. E si oviere diez años que se cortó, es mui bueno; e si mas, mui mejor... Caoban es un árbol de los mayores e mejores e de mejor madera e color que hai entre todos los destaq Isla Española la qual madera es asaz colorada, e hácense della mui hermosas puertas e mesas, e caxas e tablazon para lo que quieren, e mui lindas vigas, e tan gruesas e luengas como las quieren o las pide la obra". (ERD). Acerca de la silla episcopal, que dice Oviedo, véase *La Immaculada Concepción*, de Fr. Cipriano de Utrera, p. 77, nota 88. (FCU).

²⁵Lib. 9, cap. 8. (A).

²⁶Sin identificar. (CED).

²⁷*Krugiodendron ferreum*. (CED).

²⁸Sobre sus usos benéficos a la salud, véase al célebre Médico Gabriel Falloppio de Morbo Gall. a cap. 39 y siguientes. (A).

²⁹*Acacia scleroxylla*. (CED).

fuego y por eso le han llamado Candelón: da el propio tinte y sirve para las mismas obras que los antecedentes, a los cuales es preferido por la hermosura y permanencia del color.

El *Capá*³⁰, poco menos frecuente que el Caoba y algo inferior en sus dos dimensiones, es por lo que mira a su textura y solidez de la clase del Roble, su color es blanquizco y hay de amarillo que da tinte, y preferible para curvas y quillas y útil para los mismos efectos y obras que los antecedentes, porque cede igualmente a la industria y a la fuerza del Artífice. Los *Laureles* son bien conocidos de todos y abundantísimos en la Isla y propios para planes de Embarcaciones.

Los *Naranjos* de diferentes especies en la fruta, tienen muy poca en la naturaleza y color de la madera, que es de buena consistencia, de color amarillo baxo, de cinco y seis varas de alto, con la circunferencia de tres a quatro palmos. Sirve para muchas cosas y se encuentran dilatados bosques por la Isla. Los *Espinos* tienen mejor amarillo, son mucho más altos y recios, de que se hacen hermosos muebles y preciosa sillería.

La *Cavima*³¹ es árbol alto, derecho, de quatro a cinco palmos de circunferencia, con once y más varas de elevación, color amarillo muy claro, de bello olor y textura facilísima de labrar; y aunque no es tan fuerte como el Roble, tiene bastante consistencia y nos servimos mucho de su madera, que es abundante para varias cosas. La *Sabina*, aunque no es escasa, no es tan frecuente y es a propósito para tablazón y tan útil como el Cedro: es más consistente, y fuera de muchos servicios a que se destina, es bien notoria su utilidad para la construcción en los Astilleros y el grande aprecio que de ella hacen los Ingleses para este efecto.

El Palo *María o Baría*, como le llaman vulgarmente los Carpinteros en la Isla, es semejante a la *Cavima* en su longitud y diámetro, aunque tiene mucha diferencia respeto de la textura. Porque la de el *María o Baría* es flexible y recibe mucho peso, doblándose sin quebrar, por lo qual el principal uso que hacemos de él es para varas de coches y obras semejantes.

Pinos hay con abundancia y en parages no dificultosos de conducirlos por los ríos. Oviedo dice que no son tan excelentes como los de España. El los vio recién descubierta la Isla, quando ni los beneficiaban, ni hacían uso alguno de ellos los Indios. Todavía se hace muy poco por la abundancia de otras maderas mejores y lo propensa que es esta a criar el *Comegên*, insecto pequeño y dañósimo. En aquellos Pinales en que se han dedicado algunos pobres a utilizar la resina, sangrándolos, y purificándolos por incisiones, se encuentran Pinos tan buenos y útiles para la arboladura como los de Europa. Uno de estos Resineros el año de 80 presentó para palo mayor de una Balandra de las más grandes, cuyo amo trataba mandar a buscarle fuera, un

³⁰*Petitia domingensis*. (CED).

³¹*Guarea guidonia*. (CED).

Pino que no estaba a mucha distancia de la Capital, en el qual se encontraron todas las calidades necesarias.

Los árboles que llamamos de *Ceyba* son de furioso espesor y altura. Danse por toda la Isla, aunque con más abundancia en las Vegas y cercanías de los ríos y de todo género de aguada. Echa una mazorca o espiga de una tercia de largo que termina en punta, teniendo por su pie seis u ocho pulgadas de circunferencia, la qual encierra en seis celdillas, que forma en la parte de dentro, una sutilísima pelusa o lana, de que se hacen suavísimos colchones y almohadas. Esta producción me parece que puede hacerla utilísima la industria, o para las fábricas de sombreros, de que tengo noticia haberse hecho feliz experiencia en Filadelfia: o reduciéndola al hilado; que aunque puede costar algo por su cortedad y finura, también serán muy exquisitos y apreciables los texidos. La madera de este árbol es ligera y suave de labrar, por lo qual se hacen de ella muchas cosas. Pero la grande utilidad y servicio de ella es para formar Barcas, o Canoas enterizas, esto es, de una pieza, capaces de 40 y 50 hombres y de transportar muchos quintales.

El *Mamey* tiene la misma deformidad en su masa; pero la madera de éste es tosca, dura y como su fruto es resinoso, también se resiente el árbol de este achaque y es difícil de tratar por el Carpintero. Si se le dexa desecar largo tiempo, cede mejor al hierro y sus gruesos troncos son muy a propósito para las mazas de los molinos, ingenios y otras obras que necesitan de espesor y dureza. Se hacen de él grandes Canoas, Baños, Artesas y muchos utensilios. Creo que si se beneficiase este árbol y se le hiciese descargar parte de su resina por los medios que a otros, sería más labradero y por consiguiente de una considerable utilidad, por ser el más frecuente de todos. Semejante a él, aunque no tan grandes, ni gruesos, son el *Copey* y árbol llamado *Higo* o *Higuillo*, tanto o más grande que el *Mamey* y sin el vicio de la resina, mas no tan duro ni fuerte.

El *Jobo* silvestre es madera bastantemente gruesa, aunque no muy larga de cañón. Los *Almácigos* suben algo más, con poco menos espesor. El *Higüero* es semejante a los dos: porque todos tres tienen los filamentos o textura de su madera algo esponjosa y por consiguiente ligera y muy suave de labrar, de que además del beneficio medicinal particular de cada uno, nos servimos para muchos muebles y utensilios. El *Higüero* se prefiere a todo otro, árbol para las caxas de coches.

Encuéntanse en muchas partes los *Cedros* de ambas especies; esto es, blanquizos y encarnados, tan excelentes como los de la Isla de Cuba o Fernandina, aunque no son la misma abundancia. Bien que los respectivos amos de los terrenos en que se crían por sí, los harían abundar siempre que los animase el interés. Pero sería interminable este tratado si hubiese de hablar de todas las especies, calidades y servicios de sus maderas, de las quales aun no conocemos el nombre, propiedades y estimación de las que se dan en las montañas y bosques; mas no omitiré decir que hay muchos a

propósito para tablillas de techumbres, barricas y toneles; bejucos y varas flexibles para abrazaderas o arcos.

También abunda la Isla de otras maderas que podemos llamar preciosas y exquisitas por la hermosura y variedad de sus colores y por su consistencia. Tales son el *Ebano*, conocido generalmente: el *Granadillo* negro, fuerte y de mucho peso, el *Catey* de las mismas calidades, aunque con algunas vetillas que lo agracian y estando bien bruñido ofrece una superficie semejante a la concha del Carey, el palo llamado *Nazareno*³³ por sus vetas moradas, el de *Tabaco*, arbusto cuyos tallos o bastones se aprecian mucho. No se encuentran largos, porque además de no elevarse mucho, es naturalmente tortuoso; pero su color variado de lindo negro y amarillo y lo terso de su superficie labrada, lo hacen tan apreciable como hermoso, de que comienzan a hacerse silletas, que exceden a todas en fortaleza y hermosura. Es abundantísimo, especialmente en la parte del S. El *Guaconejo*³⁴, el *Cuerno de Buey*³⁵ y oras muchas son también variadas y fuertes y algunas de ellas de bastante altura y espesor.

CAPÍTULO VII

De las palmas

Como la Palma no es propiamente madera, como se conocerá en su descripción y por otra parte son muchas y muy diferentes sus especies y sus utilidades, me ha parecido conveniente hablar de su género con separación³⁶. Las de Dátil no se encuentran al presente en la Isla por haberse dexado perder la semilla; pero se dieron muy bien y producían mucho, como lo testifica Oviedo. Yo alcancé una antiquísima cerca del Convento de Santa Clara. Otras hay más pequeñas, que llaman de *Corojo*, o *Corozo*³⁷, que levantan seis o siete brazas, con quatro palmos, poco más o menos, de circunferencia, vestidas por todo su exterior de unas espinas largas, negras, punzantes y muy espesas. Producen éstas su fruto en racimos grandes de tres quartas, más o menos, pendientes de un bástago. Cada una de las frutas, que son perfectamente redondas, es del tamaño de un melocotón regular. Cúbrela una película verde a modo de pergamino, baxo de la qual se halla primeramente una substancia resinosa del espesor de dos pesos duros. El ganado bacuno, que engulle estos globos con muy poca masticación, digiere esta especie de carnosidad y arroja el resto de la fruta. Porque lo que sigue es otra cobertura poco menos gruesa, pero tan firme y consistente

³²*Bactris plumeriana*. (CED).

³³Sin identificar. (CED).

³⁴*Amyris balsamifera*. (CED).

³⁵*Ixora ferrea*. (CED).

³⁶Véase R. M. Moscoso, *Catalogus Florae Domingensis* (Catálogo de la flora dominicana) New York, 1943; y *Palmas dominicanas*, C.T., 1945; y José Schiffino, *Riqueza forestal dominicana*. C.T., 1945. (ERD).

³⁷*Acrocomia quisqueyana*. (CED).

como el hueso del melocotón, pero de color negro y se labran de ella al torno cuentas de rosario y otras menudencias que sacan muy lindo tez y son apreciables, a que dan vulgarmente el nombre de *Collor*. Dentro de esta última textura está la almendra, de la figura y tamaño de avellana grande, y aunque algo más dura para comer, es buen nutrimento, de mucho y delicado aceyte.

Otras Palmas hay, llamadas de *Cana*, de *Yarey*³⁸, de *Guano*³⁹, de cuya simiente pequeña se aprovechan algunas veces; pero de sus hojas, palmas o pencas largas, de figura de abanico, se sacan muchas utilidades. De ellas enteras se cubren muchas utilidades. De ellas enteras se cubren las casas y dura su *cobija* (así se dice por allá), según el espesor que se le da, diez, doce y veinte años. La de la caña es hermosísima a la vista. De los dedos, o girones de estas pencas, se texen sombreros, más estimables de unas que de otras. También se fabrican árganas, o serones grandes, que es de lo que nos servimos para la conducción de todos los frutos, mercaderías y cosas que han de cargarse en cavalgaduras. Hácense también otros géneros de cestos manuales, que allí se llaman *Macutas*, y en otras partes de América, *Abas*, de los cuales se sirven los criados para llevar y traer quanto se necesita, como no sea cosa líquida. Todas estas especies de Palmas y otras menos útiles son abundantísimas en toda la Isla, con la diferencia que en unas prevalecen más que en otras, según las varias naturalezas del terreno.

Pero la más abundante y que generalmente se entiende con el nombre de Palma, crece o sube más que ningún árbol conocido. Su duración es de siglos; porque aunque en la parte interior, o intestina es esponjosa, o casi hueca, tiene una superficie que forma un cubo perfectamente redondo de quatro dedos de espesor y de diez y doce palmos de circunferencia, tan sólida, que solas las planchas de metal pueden ser más duras, quando el árbol ha tomado su perfecta consistencia. El modo regular de cortar este árbol es darle fuego por su raíz. Derribado, se abre al hilo con uñas de hierro a distancia de ocho o diez dedos y da unos listones o tablas larquísimas. Estas se labran quitando aquellos filamentos que ocupaban los intestinos de la Palma, hasta reducir la tabla al espesor de un dedo, poco más, en que tiene toda su solidez adelgazando o afilando las partes laterales, para que caygan bien unas sobre otras en las vestiduras de la armazón o paredes de las casas que se fabrican con ellas y que a pesar de las continuas lluvias y ardientes soles, duran muchísimos años, y puede decirse que son perpetuas. Para clavarlas es menester barrenar la tabla para que no se hienda.

Fuera de esta grandísima utilidad, que sería más ventajosa en la Europa si acá se condujesen las tablas, da la Palma, de que hablamos, su fruto que

³⁸ *Copernicia boileyanana*. (CED).

³⁹ *Coccothrinax asgentea*. (CED).

es el alimento con que tanto se multiplican los Cerdos en toda la Isla. Cada mes produce un racimo que pesa desde dos a quatro arrobas y más con un grano o simiente del tamaño de la cereza. Al principio es verde y a proporción que madura, pasa a ser amarillo y va goteando o cayendo sobre la tierra⁴⁰. Críase hasta cierto tiempo en una emboltura que llamamos *Yaguacil* y forma una especie de vasija que termina en dos puntas iguales abierta por medio en figura de naveta. Aprécianla los Cosecheros de tabaco para forrar y beneficiar los andullos o garrotos, de que se hace el rapé. Su longitud es de tres a quatro palmos y su diámetro como de uno y medio a dos.

Da también la Palma cada Luna junto a su cogollo un cortezón amarilluzco por dentro y ceniciento por defuera, el qual en su mitad o espinazo tiene el espesor de un dedo y va adelgazando hasta hacerse como un pergamino ordinario en las orillas laterales, que llaman *Yagua*, flexible, y de que se hace mucho uso, principalmente para cubrir las casas, porque su superficie exterior escurridiza y su textura lo hacen impenetrable a las lluvias, dándole un declive como el de los texados. Su longitud es de vara y media poco más o menos, según la feracidad de los sitios: su latitud en la parte media, de dos tercias, la qual en la parte superior se estrecha más y se dilata en la inferior; pues aunque son más anchas estas Yaguas, se las quita quatro o seis dedos de lo más débil en cada lado. De estas tiras o listones se sacan los asideros para atarlas por de dentro. Este utilísimo árbol se encuentra en toda la Isla con muchísima abundancia y los Estrangeros que carecen de él en las inmediatas que ocupan, solicitan y pagan a buen precio sus tablas y cortezones o Yaguas. Omito la Palma del Coco, aunque su fruta o nuez es apreciable, porque contribuiría poquísimo al Comercio.

CAPÍTULO VIII

De los vegetales más preciosos

Comenzaremos a hablar de estas producciones por la caña dulce o de azúcar^(*), sobre la qual convienen los primeros Escritores en que es estraña

³⁸*Copernicia boileyanana*. (CED).

³⁹*Coccolbrinax asgentea*. (CED).

⁴⁰Siempre he deseado que los Profesores de Botánica y los Médicos hiciesen alto en este grano y experimentasen su virtud. Porque quando está verde, hace su jugo una impresión particular en la piel y fibras del cerebro. Untado en ellas causa ardor y picazón, y así se chasquean los niños unos a otros, estregándose con la fruta, a la que llaman por esta razón *alegra cogote*. Yo he procurado ver si en las otras partes del cuerpo hacía igual impresión, y en ninguna se siente otra cosa que el fresco de su humedad. Aquella correspondencia particular sobre el cerebro puede tener muchos efectos benéficos contra varias enfermedades que vician una de las partes más nobles de nuestra máquina, si se apura con el estudio que merece. (N. del A.).

(*)Véase el opúsculo de Juan José Sánchez Guerrero, *La Caña en Santo Domingo*, S.D. 1893, 87 pp. y también *Aportación de los Colonizadores españoles a la prosperidad de América*, Madrid, 1929, publicado por el Ministerio de Trabajo y Previsión. (ERD).

de aquel suelo y del de toda la América. Oviedo⁴¹ dice: que se llevó de las Canarias y comenzó a plantarse por curiosidad en los Jardines y Huertos: que después se dieron a su cultivo y fue tan rápida su multiplicación que en menos de 25 años se contaban 20 ricos y poderosos ingenios corrientes y molientes, y otros tres que estaban para moler en el mismo año, que era en el de 535. Llamábanse *Ingenios* aquellos Molinos que corrían a impulso del agua, fuera de los quales, dice el mismo Historiador, que había otros cinco de Caballos y muchos que se edificaban, de cuyos azúcares muy buenos volvían las Naos cargadas a España y que con las espumas y mieles que se perdían en la Isla o daban de gracia, podría hacerse rica otra gran Provincia. Lo que hay más de maravillar (añade) de estas gruesas haciendas es, que en tiempo de muchos de los que hoy vivimos y de los que a Santo Domingo pasaron desde 22 ó 23 años acá, ningún Ingenio de éstos hallamos en esta tierra.

Después de esta época que señala Oviedo, se multiplicaron mucho más aquellas Fábricas y creció el producto de los azúcares; de suerte que, no

⁴¹Lic. 4, cap. 8. (A).— Antonio del Monte y Tejada, en *Historia de Santo Domingo*, S.D., 1890, tom. III, pp. 82-89, reproduce el citado cap. 8 del cronista Fernández de Oviedo. (ERD).

En *Carlos V y sus Banqueros*, Madrid, 1943, p. 321, de Ramón Caraute, se dice que Colón trajo de las Canarias la caña de azúcar en su segundo viaje: que las plantaciones producían poco fruto en 1511; que en 1517 se recibió, dedicada al Cardenal Cisneros, una muestra de azúcar producido en la Española, y que “pronto se instalaron ingenios o molinos, de fuerza hidráulica unos, y de tiro animal otros, que protegidos por la administración se multiplicaron”, y que de Santo Domingo pasó el cultivo a Cuba, etc. Tocante a la protección de los ingenios, el dato informativo de la época lo ofrece el licenciado Rodrigo de Figueroa en carta al Emperador de 6 de julio de 1520. “Las granjerías de los ingenios de acá y cañafistolos se multiplican cada día mucho: está puesto por obra de se hacer cuarenta ingenios más, y los más por obligaciones, porque se les han dado indios y a otros han prestado dineros de V. M. por tiempo de dos años. V.M. debía enviar a mandar al Tesorero Pasamonte que sea liberal en dar lo que se manda emprestar, que esto es lo que ha de resucitar esta Isla...” AGI, Patronato 174, No. 19. Y por lo que toca a la parte administrativa de tal protección, por la importancia de la historia del cultivo de la caña en Santo Domingo, se anotan las fechas de las obligaciones, los obligados y dinero recibido por vía de préstamo de Real Hacienda, en virtud de R. C. de 21 de agosto de 1521, “por lo qual manda (el Emperador) que de su Real Hazienda se den y presten a los vezinos y moradores desta isla que tengan aparejo para hazer ingenios para socorro e ayuda de fazellos, quatro mill e quinientos pesos de oro, tomando dellos syguridad que en cierto tiempo lo volverán y pagarán a S.M...”: 1 de diciembre de 1521, a Hernando Gorjón 400 pesos de oro, 13 de diciembre de 1521, a Diego Caballero, 400 pesos de oro; 29 de abril de 1522, a Gonzalo de Guzmán, 400 pesos de oro; 27 de enero de 1523, al licenciado Antonio Serrano, 400 pesos de oro; 3 de febrero de 1523, a Pedro de Valenzuela, 400 pesos de oro; 24 de abril de 1523, a Fernando de Carvajal, alcalde mayor de Santo Domingo, 400 pesos de oro; 8 de junio de 1523, a Diego Franco, 200 pesos de oro; 25 de abril de 1525, a Francisco Tostado, 400 pesos de oro. AGI, Contratación 1050.

La protección a los ingenios se extendió a más, porque por R.C. de Toledo, de 15 de enero de 1829, y por otra de Palencia, de 28 de septiembre de 1530, y por otra de Valladolid, de 30 de marzo de 1557, se mandó que los dueños de ingenios no fuesen ejecutados por sus deudas en nada tocante o dependiente de los ingenios, tales como los mismos ingenios, aperos de fábrica y de labranzas, indios, azúcar, etc. Y por numerosas prorrogaciones temporales, durante muchas decenas de años los ingenios introducían en la Isla todo herraje y utensilio propio de la industria sin pagar ningunos derechos, desde 1540, a petición original de Diego Caballero, Procurador a Corte. (FCU).

consumiéndose ya ni en aquella Isla, ni en la matriz todos los que producía, se solicitó el permiso de navegación a la Flandes y Payses Baxos, como refiere el Cronista Herrera⁴². Decayó este precioso ramo de riquezas, como todos los demás, con la despoblación y nuevos descubrimientos. En el día contamos 22 de alguna consideración⁴³. Es número se completa con uno que hay en Azua y otro en Santiago. Digo de alguna consideración respecto de la extrema pobreza de los otros. La fuerza de Negros de los 22 apenas llegará a 600, que son los menos que cuenta un Molino de los medianos entre los Franceses que muelen azúcar y mieles, y otros que llamamos Trapiches y sólo se ocupan en las mieles. Todo su producto queda entre los habitantes y apenas se saca algún poco para Puerto Rico, y de tiempo en tiempo para España; porque los propietarios carecen de Negros, de utensilios y faltan las proporciones de Comercio. Los Franceses, que ocupan un terreno muy inferior en calidad y extensión, hacen en el día todo el Comercio, que diremos después, de este fruto por los principios opuestos, que son la copia de Negros y franqueza para la introducción de los aperos y extracción de los frutos.

El *Café* es otra planta estraña de aquel terreno, al qual la llevaron los Franceses; y ha sido tan a propósito para este grano, que no hay parte de

⁴²Herrera, Dec. 4 cap. 6. (A) V. *Historia General y Natural de Indias*, lib. IV, cap. VIII, de Gonzalo Fernández Oviedo, fuente clásica del número de ingenios de su tiempo y sus propietarios, locación, calidad e importancia de cada uno. “Los azúcares y cañafistolos se multiplican mucho: ay más de quarenta yngenios de azúcar de agua empezados a hacer, con obligación de hacerlos unos porque recibieron dineros emprestados, y otros, indios: muelen dellos ya tres, y otros tres de cavallos”. (Carta de Rodrigo de Figueroa de 18 de noviembre de 1520, AGI, Patronato 174, ramo 19). Cabeza de un poder de 17 de febrero de 1553; “Sepan cuantos esta carta de poder vieren, cómo nos don Cristóbal Colón, y el Secretario Diego Caballero, y el Contador Alvaro Caballero, y Ruy Díaz Caballero, y Juan Caballero Bazán, y Francisco Caballero, y Diego de Guzmán, y Baltasar García, y Hernán Sánchez Alemán, y Tomás Justinián, y doña Inés de Fuentes, viuda, mujer que fue de Antonio Meléndez, y Catalina Blázquez, viuda, mujer que fui de Francisco Tostado, difunto; y Hernando de Hoyos, y Pedro Vázquez de Ayllón, y el licenciado Estévez, y Melchor de Torres, y Juan Sodorín, y Diego de Aguilar, y Gómez Hernández, y García de Escalante, y Lope de Bardeci, y Martín García, mercader: todos señores de ingenios, vecinos que somos desta muy noble y muy leal cibdad de Santo Domingo del Puerto de la Isla Española de las Indias del Mar Océano, por nosotros y en nombre de los demás señores de ingenios que con nosotros y cualquier de nos tiene compañía y parte en cualquier ingenio...” Poder dado a Juan de Vadillo, y en su lugar a Juan Rodríguez, estante en Corte. AGI, Justicia, 983. (FCU).

⁴³La enumeración de ingenios y trapiches alrededor de la Capital, a que se refiere el autor, es ésta para 1780. Ingenios *Engombe* y *Carelío* (dos) de don Lorenzo Angulo; *Sabanabotana*, de don José de la Vega; del *Pedregal*, del coronel don Antonio Alvarez Barba; *Parra*, de don Nicolás Guridi; de *San Cristóbal*, de José Antonio Zarraga; de *Nigua*, de don Casimiro Bello; de *Camba abajo*, de don Felipe Guridi; de *Camba arriba*, de don José Frómata; de *Cumba*, de doña Gregoria de Heredia; de *La Jagua*, de don Nicolás Guridi. Trapiches: *El Lepo*, de Francisca de Herrera; *Ingenio Nuevo*, de Isabel de Mota; *Costilla*, de Juan Evangelista Hernández; *Pa-drón*, del mismo Hernández; de *Vera*, de Juanela de Mota; *San Antonio*, de Juan José Martínez; *El Rosario*, de Gregorio González; de la *Guerretera*, de Fernando Bello; de *Guajimia*, de don Francisco Caballero; de *Bondillo*, de don Francisco de los Reyes; de *Boca de Baní*, de Cristóbal Soto.—Papel suelto, procedente del Archivo de la Audiencia de Santo Domingo, en el Archivo Nacional, Habana. (FCU).

la Isla en que no se dé y produzca prodigiosamente⁴⁴. Es verdad que varía algo en la calidad y tamaño, según lo más alto o baxo de la tierra y otras circunstancias; pero siempre es bueno y en algunos terrenos tan excelente como el de Moca⁴⁵. De sus cosechas anuales, que son dos, hacen crecidos cargamentos nuestros vecinos, quando nosotros sólo cogemos el que basta para un corto consumo que hacen de él los Naturales por darse mucho más al chocolate. Los Pueblos limítrofes con los Franceses, que se sirven más del Café, sacan la mayor parte de las habitaciones extranjeras.

Dase el *Algodón* en Santo Domingo naturalmente y sin cultivo alguno, excelente, de varios colores; porque lo hay blanco y de color de canela, más o menos subido, muy fino y fácil de hilar. Produce sus capullos todo el año y sembrado una vez, crece, dura muchos años, engruesa y encepa, dando abundantísima cosecha; con la particularidad de que en los terrenos más áridos y pedriscos y en las mismas grietas o aberturas de las rocas viene por sí. Desde el principio del descubrimiento despreciamos este renglón y Oviedo se queja del poco caso que se hacía en su tiempo⁴⁶,

⁴⁴Por R.O. de 8 de junio de 1768 se ordenó al Gobernador de Santo Domingo que informase si el cultivo del café podría perjudicar al cultivo del tabaco en la Isla y al de los azúcares en los terrenos y en la gente que se ocupase en lo del café, y que enviase muestras del café que por entonces se cogía en la Isla con expresión de los sitios y distancia en que se cogía, porque el Rey quería extender a la Isla el cultivo de este grano, relevando de los derechos a los cosecheros por cinco años. En su respuesta, de 10 de noviembre de 1768, Azlor expuso al Consejo de las Indias que la siembra del café en la Isla era muy ventajosa, compatible con la caña, sin poder transcender a la siembra del tabaco, por no hallarse en práctica ni aún para su consumo, del cual se provee de la ciudad de Santo Domingo a los lugares de la tierra adentro; solamente dos sujetos siembran café, y aunque hay otros naturales dados a esta labor, pero son muy reducidos y es poco lo que cosechan. Enviará las muestras en primera ocasión. (Hay carta de Azlor, de 11 de febrero de 1770, avisando del envío de un barril con muestras de café). AGI, Santo Domingo, 930, 973. (FCU).

⁴⁵Diversas referencias de las plantaciones de café en la Isla, en *Samaná, pasado y porvenir*, C.T., 1945, p. 27, 58, 128, 129, 149, 151, 165, 170, 194, 228. Véase, además, *Reconocimiento agro-pecuario*, en Chardón, ob. cit. p. 153-345. (Trata del café, cacao, azúcar, tabaco, arroz, plátano, guineo, frutas, industrias, etc.) (ERD).

⁴⁶El testimonio asumido de Fernández de Oviedo es exacto en la realidad de aquellos tiempos, porque el 10 de enero de 1572 los Oidores Grajeda, Vera y Castillo (Audiencia entera) decían al Rey que para el remedio de la extrema necesidad de la Isla, convenía se hiciese una de estas dos cosas: o mandar que cada uno sembrase en su heredad una parte de algodón o gengibre, o que en España no se metiese por algún tiempo ninguna de estas dos cosas procedentes de reinos extraños. De esta consulta se tomó pie, previo informe del Procurador de la Isla Diego de Encinas, para la expedición de una R.C., dada en Madrid el 19 de enero de 1573, por la que se pidió informe a la Audiencia sobre la cantidad de gengibre y algodón que se cosechaba en la Isla en aquella sazón, para considerar si convenía conceder la exención de derechos que solicitaba Encinas, y aún se dio otra, del Bosque de Segovia, el 13 de julio de 1573, para que la Audiencia favoreciese dichos dos cultivos y diese protección a su salida para los reinos de España. Con todo, no hubo celo oficial y el cultivo del algodón careció de importancia, como antes se desatendió una disposición real de 11 de marzo de 1563, que impuso a los Oidores que asistiesen con su protección a los cultivos del arroz y del algodón, porque se hacían muy cortas remesas a Sevilla. AGI, Santo Domingo 60; 868, libro III: 899. (FCU).

pudiendo enriquecer mucho nuestro Comercio, como nos lo están manifestando los Estrangeros⁴⁷.

El *Añil* es una planta o arbusto que sube como unos quatro o cinco pies sobre dos o tres bástagos, de que nacen otros muchos casi horizontalmente adornados de una hojita semejante a la de la *Guaba* en tamaño y figura; pero de un verde claro muy vistoso, en que se distingue de otro arbusto, llamado *Brusca*, semejante en todo menos en el verde, que es más obscuro. De las ojas de aquella planta, beneficiadas en pilas, donde se dexan corromper y se baten hasta hacer una masa, se saca aquella pasta tan estimable para los Tintes a que damos el nombre de *Añil* y los Franceses el de *Indigo*. A los principios del descubrimiento se cultivó muy poco, y quando nos dimos más a este ramo fue a los fines del siglo 16, en que se hicieron considerables remesas a la Matriz⁴⁸. Siguióse la despoblación y decadencia y en el día sacan de ella muchos tesoros los Franceses, quando a nosotros nos sirve de estorbo por su mucha abundancia y profundas raíces, para emplearnos en otras siembras.

El *Tabaco* es tan natural que nace por sí en todas partes y alrededor de las mismas casas. Su hoja es más frondosa que en ninguna parte de la América. Su calidad generalmente buena en todos los sitios y en muchos tan superior como el de la Isla de Cuba o Habana, de que se han hecho pruebas últimamente en las Fábricas de Sevilla y se ha preferido para los Cigarros al de la misma Habana⁴⁹. Para el *Son o Rapé* es el más excelente y los *Andullos*

⁴⁷En su *Historia de las Indias*, libro X, cap. V, dice Oviedo: "Mucho algodón hay salvaje en esta Isla Española... Pero como en esta isla no se dan a lo labrar e cultivar, no se hace tanto como en el tiempo de los indios, que tenían más cuidado dello". En una carta del Rey, 1513, a Miguel de Pasamonte, Tesorero de la Isla Española, le dio instrucciones de comprar y de entregar a Pedrarias Dávila "quatrocientas camisas de algodón de las que se fazen en Villanueva de Yaquimo... Así mismo comprareys doze yeguas ensilladas y enfrenadas y un caballo... Así mismo comprareys quinientas bateas de servicio y doscientas de labar oro..." V. Serrano y Sanz, *Orígenes de la dominación española en América*. Madrid, 1918, pp. CCCXXVII. (*Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, volumen 25). En la Biblioteca de Palacio, Madrid, hay el siguiente documento del siglo XVIII, acerca del algodón: *Informe del Marqués del Real Tesoro a la Sociedad Económica de Madrid, sobre precio de algodón en la Isla de Santo Domingo y costa de su traída al puerto de Cádiz*, escrito hacia 1780. V. J. Domínguez Bordona, *Manuscritos de América*, Madrid, 1935, p. 127, doc. 335-5. El Marqués Joaquín Muñoz de Villena, (1709-1790) fue Director de la Sociedad Matritense. (ERD).

⁴⁸La aseveración del autor, que a toda luz se refiere al producto extraído de la planta, no parece bien ajustada a la entidad de las cosas en los tiempos. V. *Relaciones Históricas de Santo Domingo*, vol. II, p. 310, nota (7). Por R.C. de Valladolid, 8 de julio de 1558, se mandó al Presidente y Oidores que, como se tenía entendido que en la Isla Española se daba una yerba que hace el oficio del pastel para teñir la lana y el algodón de azul, para acudir a la providencia de que el pastel no se importase más de Francia, informasen si en la Isla se daba dicha yerba: si en cantidad bastante para la industria del tinte, qué yerba era, cómo se cultivaba, qué procedimiento usaban los indios para servirse de su tinte, o si era cosa que se llevaba a la Isla, o si se daba en ella, naciendo en los campos, y si era venenosa: y que con la información enviasen alguna cantidad para hacer experimento de ella. AGI, Santo Domingo 899. (FCU).

⁴⁹El cultivo del tabaco en la Española tiene una corta historia muy interesante. Dice un papel anónimo, al que de mano diferente se le puso la indicación del año 1595: "Entre los

o *Garrotes* de nuestras cosechas son muy apreciados de los Franceses para este efecto. Hasta ahora poco, sólo se sembraba en los Partidos de Santiago y Vega lo que bastaba para el consumo de la Isla y para llevar por alto a las

vicios que estos indios tenían, hera uno muy malo es tener una ahumadas que llamaban tabaco, lo qual hazian con el humo de cierta yerva de qualidad del veleño, aunque no de aquella hechura y forma. Esta yerva es como quatro o cinco palmos de alto, con unas ojas anchas, gruesas, blondas y vellosas. Los caciques y hombres principales tenían unos palillos huecos del largo de un xeme, poco más o menos, y como un dedo o menos de grueso, y estos cañutos tenían dos cañones que respondían a uno, todo en una pieza y los dos ponían en las ventanas de las narizes, y el otro en el humo y yerva que ardía, y así tomaban aquel humo una, o dos, o más vezes hasta que quedaban sin sentido grande espacio, tendidos en tierra, beodos o adomidos de grave e pesado sueño, y a estos palillos con que tomaban este humo llamaban *tabaco* y no a la yerva e sueño que les causaba, y esta yerva preciaban mucho y la criaban para este efecto, y no solamente tenían por sano hazer esto, pero por muy santa cosa. Algunos españoles tocados de la buba, estando afligidos con dolores, tomaban este zahumerio, porque dezian, que estando así trasportados, aquel tiempo no sentían los dolores de la enfermedad: después lo han usado algunos negros quando cesan del trabajo y dizen hazerlo para descansar". AGI, Patronato 18, ramo 13. Durante la trata del contrabando que dio ocasión a la orden de la despoblación de los pueblos de la banda del Norte de esta Isla, el cultivo del tabaco fue muy fomentado para su trueque con los corsarios extranjeros, y fueron muchos los conucos y estancias que hubo en el Cibao. (V. *Relaciones históricas de Santo Domingo*, vol. II, pp. 166, 168, 181, 434); y para obviar tantas infracciones, por C.R. de San Lorenzo, 26 de agosto de 1606, dióse orden a los Gobernadores de Santo Domingo, Cuba, Margarita, Puerto Rico, Cumaná y Nueva Andalucía, para que prohibiesen el cultivo por diez años. (Está publicada esta Cédula en *Disposiciones complementarias de las Leyes de Indias*, Madrid, 1930, tomo III, p. 323, con el núm. 836).

El Cabildo Catedral saltó en defensa del cultivo por defensa propia, y en un memorial al Rey de 17 de mayo de 1608. (AGI, Santo Domingo 94), expuso sus motivos que el apoderado suyo en la Corte glosó en esta representación al Consejo de Indias:

"Muy poderoso Señor:

El Deán y Cabildo de la Metropolitana de la Ciudad de Santo Domingo de la Isla Española dice: Que por otras peticiones ha significado el daño, pérdida y menoscabo que se sigue a vuestra Real Hacienda como a la de los particulares de la dicha provincia y rentas de aquella Iglesia en ejecutar la Real Cédula en que V.M. prohíbe el trato y sementera del tabaco que se siembra y coge en aquella provincia, por ser, como es, la más pobre de todas las Indias, y pender, como pende, la mayor parte del sustento y conservación de los vecinos de ella el trato de dicho tabaco, y ser, como es el sustento principal de los esclavos que tienen para su servicio en ella, a quien si el dicho tabaco les faltase, no sería posible asegurarse de ellos en habiendo seguridad de algún alzamiento o motín, por lo cual, y para el provecho que, como dicho es, resulta a la Real Hacienda de V.M. y bien común de toda aquella tierra, y no tener ni seguirse del dicho trato y sementera ningún inconveniente pues todo lo que se siembra y coge se trae a estos Reinos, sin tener salida para ninguna parte, que por ser flojo y de menos fuerza que lo de Tierra firme y otras partes, nadie lo apetece ni lo busca, y para que a V.A. le conste ser todo así lo sobredicho, pide y suplica mande a D. Diego Gómez de Sandoval que va por Presidente de Aquella Audiencia, informe, y siendo necesario y conveniente suspender la ejecución de la dicha Cédula, lo haga hasta dar cuenta de todo a V.A., y provea lo que convenga, que en ello recibirá merced". AGI, Santo Domingo 24.

La resolución de Felipe III fue ésta: "Informe el presidente sobre esto". AGI, ibidem. En cuyo cumplimiento se despachó R.G. de Valladolid el 2 de agosto de 1608 dirigida a la Audiencia, con expresión de razones al tenor de dicha representación, para que informara. AGI, Santo Domingo 900, registro H6.

Hizose la información del caso, y en carta de 12 de mayo de 1609 Gómez de Sandoval expresó su parecer, diciendo que todos los vecinos llamados a declarar "concuerdan en que convenía que V.M. mandase dar licencia para que los naturales gozasen de este socorro, fundándose así en lo que he dicho, como en que es bien para los pobres por la facilidad y poca

Colonias vecinas. Después que S.M. ha dado fomento a este ramo, tomando porción de él, se han animado algunos a su cultivo. Este tomará por consiguiente tanto incremento, quanto vaya dándose de salida al Cosechero; y a

costa que tiene el victuarlo. El inconveniente que hallo es haber mandado V.M. a esta Real Audiencia el año de 606 vea si converná que los vecinos desta Isla tengan este trato, y si les pareciere que tiene inconvenientes por los muchos enemigos que suelen acudir a esta costa a rescatar tabaco, lo prohiban, como lo hicieron; por la misericordia de Dios no hay imaginación de rescates. Esto es lo que he entendido..." AGI, Santo Domingo 94. El mal quedó conjurado.

Por cartas de 2 de abril de 1721 y 17 de octubre de 1723, don Juan López de Morla, Gobernador de las Armas de Santiago, pidió al Rey, para remedio del trato con franceses, entre otras cosas, la permisión y orden de que entrasen en esta parte los molinos de tabaco, sumamente abundante en el país, y que por la falta de caudales y de esclavos y gente para las labores, se introdujesen negros, recibiendo a cambio de este fruto. AGI, Santo Domingo 237.

El estanco del tabaco fue establecido en España por R.C. circular de 9 de mayo de 1634 y la explotación del negocio se dio a arrendatarios, pero los fraudes fueron tantos, sobre todo desde que el rapé se fabricó en Sevilla desde 1670, que el negocio se hizo pasar al de la Real Hacienda el 9 de abril de 1701, y por sucesivas Reales Cédulas se llevó el estanco a mucha centralización de monopolio.

La abundancia y buena calidad del tabaco de Cuba y la poca frecuencia de barcos españoles en esta Isla mantenían mucha ignorancia sobre la calidad del tabaco de Santo Domingo. En una propuesta de arbitrios, el Capitán General don Alfonso de Castro y Mazo propuso al Rey el 13 de octubre de 1735:

"El segundo arbitrio más proporcionado por ahora de notable alivio a estos vasallos y que los ha de estimular a sus mayores aumentos, consiste en que V.M. mande reconocer la calidad del tabaco (que con ésta remito, y se recoge con abundante rendimiento en esta Isla, y según aseguran diferentes sujetos de la Habana que al presente se hallan en esta Capital a dependencias y tienen haciendas de este fruto), es tan buena y mejor calidad que el de aquella Isla y con la gran excusa de no tener aquí salida este fruto, no se aplican a sembrarlo ni a beneficiar más que el precio para su propio consumo, del que se les pierde mucho por su excesivo rendimiento: y es cierto que si por V.M. se dispone el que le carguen embarcaciones que le transporten a la Europa, abundaría excesivamente, respecto de la suma fertilidad de la tierra y su buena disposición para este fruto con especialidad. Sin dificultad se establecerá el estanco, dejando libre el que se gaste en la misma vecindad, pues por falta de compradores está naturalmente estancado: y en estos términos se podrá comprar todo y remitir por cuenta de V.M. Es así que como no hay quien le compre, no se siembra más que el que se consume en la Isla, por lo cual no se puede despachar embarcación a este puerto sin prevenir un año antes la venida, y adelantar V.M. treinta o cuarenta mil pesos por el primer año para hacer asiento con los sembradores y para que, teniendo segura la compra, se empeñen con fervor a la siembra de dicho fruto. En eso nunca pude malograrse el caudal de V.M., pues caso que no se lograra la idea (que parece infalible) quedará el dinero en Cajas Reales". El mismo Gobernador, después de referir sus juicios sobre la conducción del tabaco, via Habana o la Guaira, y de que la cosecha del segundo año, por ser mayor, daría pie a providencias particulares sobre embarcaciones, dice: "El primer año no será necesario nombrar factor hasta experimentar el producto de asegurar la planta de este comercio: pero yo me obligo a poner persona de satisfacción que con mi intervención y la de Oficiales Reales, recoja y ajuste los frutos que con muy pocos costos de V.M., a cuyo ahorro me aplicaré con desvelo, así por manifestar a V.M. mi leal celo, como para beneficiar estos pobres vasallos e Isla. Hállome informado de los mismos sujetos inteligentes de la Havana, que se hallan actualmente aquí, que el valor del tabaco es el mismo que corre en aquella ciudad, de que se sigue que si se sembrara con el esperanzado interés seguro de su saca y venta, abaratará más que en aquella Isla, siendo así que los mismos me aseguran ser de igual calidad y alguno de excesiva, para cuya inspección remito la muestra adjunta". AGI, Santo Domingo 262.

Tales fueron las bases del incremento que a poco andar de los años tuvo el cultivo del tabaco, y fue don Francisco Rubio y Peñaranda, Capitán General, quien dio los primeros pasos en virtud de real disposición, y el 26 de enero de 1752 escribió a don Fernando Pisón, Alcalde

proporción se mejorará también el beneficio. Los Franceses, que conocen la poca venta que tienen de este renglón los Cosecheros en nuestras Poblaciones y que una vez llevado a sus colonias, no les conviene sacarlo, les dan la

mayor y Gobernador de las Armas en Santiago que comprase “cinco cargas (que harán diez tercios) de a doce manojos cada una del *superior* que llaman *de Tienda*: otras tantas de a 16 manojos del *rescogido*, y el mismo número del de *tripa* con 20 manojos, que todos componen las diez cargas y los treinta tercios que se piden de las distintas clases conocidas en esta Isla, y cuidando Vmd. de elegir el más selecto”.— AGI, Indiferente General 155.

Por Orden de 12 de Octubre de 1763 se comunicó al Gobernador Azlor la resolución real de crear en la Isla una Factoría de Tabacos, y por otra de igual fecha se mandó al Virrey de México que situara “por ahora” cada año 25.000 pesos. Una instrucción de 19 artículos, su fecha el 11 de octubre de 1763, regulaba el establecimiento de la Factoría y sus atribuciones para promover y acaparar la cuota de tabaco que se asignó a Santo Domingo, tabaco del Cibao, y sobre todo “en la jurisdicción de Santiago y en todas las demás que puedan producir abundantes cosechas de buenos tabacos para el mayor adelantamiento de la construcción de cigarros que se deben labrar en las Reales Fábricas de Sevilla”, porque por los experimentos hechos el tabaco de la Española es muy a propósito para cigarros. Fueron nombrados Factor de esta comisión don José Cid de la Paz, Teniente de Factor y Sobrestante mayor de la Fábrica de Cigarros de Sevilla, y Oficial interventor y contador don José Carranza, entonces oficial escribiente de las mismas fábricas sevillanas: el asiento de la Factoría debía estar precisamente en la ciudad de Santo Domingo, donde habría de hacerse almacén: dichos oficiales procurarían que el Gobernador convocase a los alcaldes y justicias de los pueblos para que informaran el monto de las cosechas anuales, tierras de labor, precio a que se había vendido el tabaco, adelantar socorros si convenía con algunos labradores, etc., etc. Y continuando el negocio con algunos defectos, por R.O. de 22 de agosto de 1768, se le previene al Gobernador que se encargase a peritos el efectuar las compras, por lo que el Gobernador Azlor hubo de recurrir, según se le mandaba, al establecimiento de un primer Factor de Tabacos, para hacer la compra con dos empleados subalternos en Santiago, y un segundo Factor en Santo Domingo para recibirlo, con otros dos empleados, y por sendos decretos de 2 de enero de 1770 nombró por primer Factor a don Andrés de Lecanda, Guardalmacén, y por segundo a don José de la Vega, Teniente de Caballería de Milicias arregladas, para la Capital, y a don Francisco Antonio Velilla de Torres, por primer Factor en Santiago de los Caballeros.

Ya en 1771 los parajes dedicados a este cultivo eran: *Limonal, Licey, Gurabo, Guazimal, Sabana Grande, Canca, Quinigua, Guayabal, Moca, Jacagua, Egido, Papayo, Buenavista*. El tabaco de *Licey* era entonces el considerado con superioridad a todos los demás de la clase superior.

El Superintendente Vicente Carrasco escribió al Marqués de la Corona, su Jefe, Sevilla 22 de mayo de 1771: “Como estos peritos declaran cuanto se puede apetecer sobre la bondad de la hoja de esta Isla, y la que podrá adquirir si se le diera el beneficio de que carece a imitación del de la Havana con el melazo, ahogado y prensa, no tengo yo que añadir”. Y lo que el Fiel Principal de la Fábrica, don Antonio Aguilar de Zela, decía, fue: “Lo cierto es que esta Isla ha dado los primeros tabacos que vinieron a España, y por haber tomado incremento el comercio de la Habana, pasó a decadencia el de ésta, por estar a trasmano y que las flotas ya no hacen arribo, ni refresco en ella, y sí en la de Puerto Rico; pero continuando el que vengan las remesas, como las dos anteriores, y dándoles a sus tabacos los beneficios que van en las prevenciones, podrá desde luego servir para una y otra materia, así en la construcción de cigarros como en el polvo, respecto de venir manojos de hoja madura, anchas, de buen olor y suficiente cuerpo, con la fragancia que tienen los de los mejores partidos de la otra Isla. Y, en fin, de una hoja se han hecho cuarenta cigarros (cosa no vista)”.

Los peritos de Sevilla, sobre un cargamento de tabaco de Santo Domingo, escribieron en uno de sus informes: “Nos ha parecido que de los 195 tercios de hoja de aquella Isla que últimamente se recibieron en estas Fábricas y reconocimos, los de *superior calidad* pueden estimarse equivalentes a la hoja regular del partido de Santiago de Govea de la Isla de la Habana: los de *mediana calidad* a la hoja del partido de Cuba largo, y los de *endeble* a la hoja del partido de Bayamo Largo”.

ley sobre el precio y les obligan a el más ínfimo, siendo tan alto el que ellos le dan con la simple Fábrica del rapé. Si entre nosotros se hiciese este o otro equivalente, hallarían su cuenta los Cosecheros, dexarían de llevarlo a los Estrangeros y perderían éstos mucho en sus Fábricas, las cuales sin alguna porción de nuestros andullos son muy despreciables.

El *Cacao* es natural⁵⁰. Dase en muchas partes. Su almendra es más aceytosa que la de la Provincia de Venezuela o Caracas; y el gusto, si no excede, al

A consecuencia de la ejecución de los requisitos impuestos por la Real Fábrica de Sevilla, los cosecheros se reunieron en Santiago de los Caballeros el 10 de marzo de 1771, para representar la ruina a que se iba por no corresponder el precio concertado del tabaco con la aplicación del procedimiento de enmelarlo, y porque a todos era notorio pudrirse la hoja suave con el agua que se había mandado echar; y habiendo Solano comunicado el caso, por R.O. de Aranjuez 23 de abril de 1773 se ordenó el aumento de 4 reales sobre cada una de las tres clases que se pagaban a razón de 18, 16 y 12 reales la arroba, pero imponiendo que el tabaco fuese de buena calidad, "con la fragancia y requisitos que señalan los prácticos de Sevilla".

Quando parecía que este cultivo entraba ya en fase de gran extensión, llegó la R.O. de 16 de septiembre de 1774, que prevenía la reducción de la siembra del tabaco para la producción de solas 12.000 arrobas con las enmiendas de su preparación prescritas en la misma orden y aunque el Gobernador Solano representó en favor de los agricultores, por otra R.O. de 27 de abril de 1775, se repitió por confirmación aquella tasa, hasta que, por fin, por una tercera, dada en San Lorenzo el 17 de noviembre de 1778, se permitió que, cumplidas las cargas de surtir las reales fábricas, pudiesen vender los cosecheros los tabacos sobrantes en la colonia francesa, pero aquéllos "que por su baja calidad no son de recibo en las reales fábricas", tomando por pago solamente dinero a negros: de que se dio aviso haberse ejecutado en oficio de 24 de febrero de 1779.

En esta época se calculaba que en cada cosecha de cierto tabaco inferior se sacaban de 1600 y 1700 andullos, por servir nada más que para este efecto, de 4 a 5 libras cada uno: su precio regular en Santiago no era mayor de 1-1/2 real fuerte: componían una carga 40 andullos, y cada andullo puesto en Santo Domingo costaba y valía 2 reales de América, y la libra puesta en Cádiz se daba por un real de vellón, dos cuartos y tres mrs. El tabaco en hoja se componía: la carga de dos serones; el serón de 12 manojos; el manajo de 5 manojitos, y el manojito de 3 ó 4 hojas" y cuando la cosecha se hacía en sazón la carga pesaba 8 y hasta 9 arrobas, que valía la arroba 12 pesos. El tabaco generalmente y según su clase corría la escala de 24 a 13 pesos el quintal. AGI, Santo Domingo 1055.

Usáronse dos vías de conducción al almacén de la ciudad de Santo Domingo: la terrestre, muy penosa, y la fluvial-marítima desde 1774. Véase *Sánchez Ramírez*, por Fr. Cipriano de Utrera, p. 118, nota 248. (FCU). Hay interesantes detalles de la industria del tabaco en *Pregunta que se han hecho a D. Juan de Bocanegra, vecino de la Isla Española, por los Directores Generales de la Renta del Tabaco y respuestas de Bocanegra*, 11 de julio de 1747, en *Relaciones históricas de Santo Domingo*, vol. IV. (ERD).

⁵⁰La feracidad de esta isla que mantuvo lozanos los pies de esta planta, aunque en estado silvestre, por largos años después de la despoblación de la banda del Norte, hizo creer a cuantos el autor interrogó sobre ello, que el cacao era natural en la Isla.

Pero no lo era. El licenciado Rodrigo de Ribero, Visitador de la Española, al rey, carta sin fecha (en la Isla en 1583): "Las personas que vienen a esta Isla y ven la disposición de la tierra, tienen por cierto que se daría clavo y pimienta como en la India Oriental, si lo trajesen verde y no pasado por leña o seco, para que presto en la tierra naciese, sería, dándose en esta Isla, gran bien para el seguro de las cosas en adelante, y excusar tan grande navegación. También dicense daría en esta Isla cacao, como se da en el Perú, en Potosí. Un vecino de esta ciudad hace diligencia para traerlo, lo que asimismo habría mucho gasto de ello en estas Islas circunvecinas y en Nueva España y en las comarcas de Tierrafirme, a donde no llega lo que hay en el Perú". AGI, Santo Domingo 73. Muy extensamente escribió el cronista Oviedo sobre la planta del

menos no es inferior. El Chocolate más rico es el que se labra con la mezcla de los dos granos; esto es, de el de Caracas y el de Santo Domingo.

Esta Isla tiene sobre aquella Provincia la ventaja para los Cacaguales de que su humedad y frescura la dispensan de regadíos, y en Caracas es indispensable traer azequias para formar un Cacagual. Es verdad que las tormentas o uracanes en las cercanías de la Capital, Costas del Sur y parte Oriental, son un azote furioso contra este género de Haciendas, aunque no por eso dexan de ser muy útiles y con ellas se han hecho y sostienen algunos de los mejores caudales; pero en la Vega Real y partes del Norte donde no se experimentan los uracanes, hubo antiguamente crecidísimas plantaciones, de que se encuentran todavía dilatados bosques, confundidos con la maleza y otros árboles⁵¹.

La *Bixa* es un árbol como de dos brazas de alto, bien copado y frondoso. Da unos capullos a manera de los del *Algodón*; pero se juntan muchos y forman un ramillete. Dentro de cada uno hay quatro casillas, en las cuales se encierran los granos de color roxo, o propiamente de sangre, que se estrahen con facilidad y son algo pegajosos. De estos granos se hace una masa a modo de ladrillos, que llaman *Achote* y los Franceses *Rocou*, cuyo comercio en el siglo 16 fue utilísimo a la Isla y se hicieron quantiosas siembras, de que duran los vestigios. Esta pasta servía y sirve, lo primero, para

cacao, y el racionero hubo de ver, pues tanto cita a aquél, que el cacao no era de las islas, sino de Tierra firme.

Para los tiempos de la despoblación de la banda del Norte, y muchos años después, el fruto del cacao no ofrece ocasión para ser mencionado en el ramo de lo comercial, y aún en el de la agricultura, y solamente porque desde que dejó de observarse lo dispuesto de no pasarse de la guardarraya, se hallaron plantas que sobreexistieron en parajes cultivados antes de la despoblación, pudo creerse que se daba naturalmente en la Isla, si ya no es que fuese tan corto lo hallado, que aún ello no fuese tan antiguo. Luis Jerónimo de Alcocer, en su Relación de la Isla Española (*Relaciones Históricas...* vol. I, p. 204), dice, significando un novísimo cultivo: "ya se va cogiendo cacao que este año de 1650 dicen se abrá cojido seis mil cargas de a 75 libras cada una, y dicen es buen cacao, mejor que el de otras partes". Y que este aserto es de hecho verdadero se ve por el testimonio de don Manuel de Feix Tinoso, quien en carta de 6 de abril de 1659 decía sobre las calamidades de la Española: "Las arboledas de cacao, que de quince a diez y seis años a esta parte se sembraron, están perdidas por no haber esclavos con que se beneficien". AGI, Santo Domingo 273. Y aún fue mayor su perdición en el año de las muchas calamidades de 1666, pues una tormenta o ciclón destruyó casi todas las plantaciones de la Isla, y lo que quedó acabó de abatirlo un terremoto, según estas palabras del Gobernador Zayas Bazán, cartas de 6 y 8 de mayo de 1671: "Hace tres años que no se coge fruto ninguno en aquella (Isla) por haber sucedido un terremoto tan recio que arruinó todos los árboles de cacao y demás haciendas de los vecinos y la mayor parte de las viviendas de la Ciudad". AGI, Santo Domingo 273.

Por R.C. de San Lorenzo de 20 de septiembre de 1720 se dio un Reglamento sobre los derechos que debían exigirse del cacao puesto en Cádiz procedente de América. AGI, Aud. de Caracas 534. Algo de este régimen hubo de tocar a Santo Domingo, sobre todo desde que se dio orden a don Alfonso de Castro y Mazo para que fomentase (y lo practicó) los cultivos de trigo en favor de la misma Isla, y de cacao para su remisión a España, AGI, Santo Domingo 201. (FCU).

⁵¹V.R. Ciferri. *Informe sobre la industria cacaotera de Santo Domingo*, S.D., 1930; y *Studies on cacao*. P.R., 1931. (ERD).

dar color y gusto a los manjares y guisos, sin el picor del pimentón, que se le ha substituido, ni el color de la pimienta. Lo segundo, para hacer tintes; pues su color es semejante, dice Oviedo⁵², al del *Almagre*, aunque más fino: y Herrera le compara con el *Bermellón*. Lo tercero para varios usos saludables y medicinales contra golpes y algunos afectos del pecho. Los Fabricantes extranjeros conocen bien este tinte y los Franceses sienten tener en Santo Domingo y otras Colonias poquísimas cosecha de *Rocou*, quando a nosotros se nos pierde por defecto de comercio.

El *Gengibre*, dice el Historiador Herrera que le llevaron los Portugueses de las Islas de los Molucos a nuestras Indias Occidentales y que en la Isla Española se dio muy bien: y que es una raíz como *Rubia* o *Azafrán*⁵³. No sé si es buena su comparación; lo que es cierto es que fue tan bien recibido de aquel suelo, que en poco tiempo se levantaron muchas labranzas de este género y se trahían gruesas cantidades a España, fuera de lo mucho que se consumía en la Isla y otras circunvecinas. Su precio subió tanto, que hubo año que se remato el quintal en la postura de Diezmos a quarenta pesos⁵⁴.

⁵²Ovied. lib. 8, cap. 5. in fine, & cap. 6. (A).

⁵³Herr. Dec. 3 cap. II in fine. (A).

⁵⁴Consta de Originales, que obran en el Archivo del Cabildo Eclesiástico. (A).— Los señores de la Real Audiencia escribieron al rey el 24 de marzo de 1573: "Un hombre solo ha cogido este año mil arrobas de gengibre de setenta y cinco que sembró, y las torna a sembrar todas este año sin vender una libra de él"; y pidieron que S.M. favoreciera este cultivo. AGI, Santo Domingo 71. En realidad, ya se había puesto atención a este fruto, pues se reconoce por R.C. de San Lorenzo 11 de marzo de 1563, que se encargaba a las autoridades de la Isla el mayor fomento del gengibre, y como no se supiera la calidad del de esta Isla, se mandó hacer remisión a España de dos cajones del mejor que se hallase. AGI, Santo Domingo 868, registro libro III. f. 5.

El introductor de este cultivo en la Isla fue Rodrigo Peláez, quien en una información hecha a su petición el 1 de junio de 1577, introdujo esta pregunta (que es la 3ª): "Iten, si es verdad que habrá trece años poco más o menos, que de un poco de gengibre verde que vino a esta ciudad de la isla de Santomé en un navío de negros que vino a José Pedrálvarez, que lo trujo Sebastián Rodríguez, el dicho Rodrigo Peláez hubo como tres onzas de él, e informándose cómo se sembraba, lo sembró en un arriate de su casa y, teniendo mucha cuenta y cuidado, haciendo muchas experiencias en sembrallo, en que gastó mucho tiempo y cuidado, por perseverar tanto tiempo, aunque muchas veces no se acertaba y no se cogía sino lo que se sembraba, vino a coger cantidad que lo pudo sembrar en el campo y dar a otros que lo sembrasen, por lo cual, entre el dicho Rodrigo Peláez y otros vecinos, labradores del dicho gengibre en el año pasado de mil y quinientos y setenta y seis se sembró más de tres mil arrobas, de las cuales se ha cogido este año de setenta y siete cantidad de seis mil arrobas de gengibre seco y beneficiado, que en las naos que de próximo están de partida para España, y sólo el dicho Rodrigo Peláez envía en ellas dos mil y quinientas arrobas, que valen en España a seis ducados, poco más o menos, el arroba". AGI, Santo Domingo 13. Era el intento de dicho sujeto que se titulaba *inventor* del cultivo del gengibre en la Isla que se le diese facultad para cargar navíos con gengibre fuera de ocasión de flotas, y de cuya conveniencia o inconvenientes se pidió a la Audiencia que informase, por R.C. de Badajoz 26 de mayo de 1580. AGI, Santo Domingo 899.

Tan preponderante fue de allí a poco este ramo que tocaron no pocos desórdenes que recayeron en daño de los esclavos por la improporción del número de braceros con lo que se sembraba por cuenta de sus amos, que hubo de aplicarse remedio por unas ordenanzas (no vistas) que dio el Cabildo de la Ciudad: "E yo, dicho Baltasar López, escribano de Cámara susodicho, en cumplimiento de lo proveído por los Señores Presidente y Oidores, doy fe que

Su excelencia para el desayuno en lugares húmedos y su beneficio para varios accidentes, especialmente para indigestiones, obstrucciones y otros vicios del estómago, son muy sabidos y ciertos. Hácese en el día poco uso de su virtud en las Boticas de Europa, o porque ha dexado de traerse o porque los Pharmaceutas, que hallan mejor cuenta en componer drogas que en vender simples, le han desacreditado.

No puedo omitir, aunque muchos lo duden y otros no lo crean, que en aquella Isla y dentro de la propia Capital se cría naturalmente el verdadero y legítimo *Thé*. Yo le he visto, gustado y experimentado sus efectos con noticia que tube de mi padre. No falta por fortuna entre los mismos Señores Ministros que han de ver esta Obra, alguno que tenga igual conocimiento y experiencia y que le haya visto en todo el camino que va de la Ciudad al Castillo de San Gerónimo. Es verdad que pocos le conocen sino es por una yerva pectoral, que en cada parte tiene su nombre y el más común en la Capital es el de *Muñigá*. Estoy bien informado que en un cerro inmediato a la Población de *Monte Christi*, viene por sí abundantísimamente y que los Franceses cargan quanto pueden al Guarico. Me persuado que no sería despreciable a la Nación el cultivo de un ramo que en el día es tan usual y que no carece de una virtud benéfica bien decidida.

Para conclusión de este Capítulo sobre el Reyno vegetable, que sería interminable si hubiese de comprender todas las frutas, los árboles, las maderas útiles, las preciosas, naturales y trasplantadas y todas las raíces nutritivas y medicinales, no puedo dexar de advertir que entre los árboles que se han pasado en silencio deben contarse lo primero los Nogales, de que abundan algunas partes de la Isla, como el hato llamado *Hayti de Roxas*⁵⁵, jurisdicción de *Bayaguana*, de donde se me ha conducido porción de la fruta. De ellos habla Oviedo, lib. 9. cap. 3. Lo segundo, los *Jaguas*, de cuya fruta dice el mismo⁵⁶, que es rica de comer: la agua clarísima que de ella se

en el Cabildo que la Justicia y Regimiento de esta dicha ciudad hicieron en veinte y un días del mes de diciembre del año pasado de mil y quinientos ochenta y seis hicieron y ordenaron cierta ordenanza, que en efecto mandaron no sembrase ningún labrador más cantidad de ochocientos arrobas de gengibre, en cierta forma y con ciertas condiciones, la cual dicha ordenanza se suso referida fue confirmada por los Señores Presidente y Oidores de esta Real Audiencia de S.M. y fue apregonada por toda esta dicha ciudad: y por parte del dicho Rodrigo Peláez fue suplicado, etc.". AGI, Santo Domingo 80. Fue caso que Peláez probó tener los esclavos necesarios y convenientes para sembrar 1400 arrobas y muchas más, y como no se satisfizo con aquella concesión, apeló al Consejo de Indias, que le devolvió su asunto y que tornase a pedir en la Audiencia para que ésta proveyese como conviniera. Después de 1638 cesan las citas documentales sobre el gengibre como artículo de exportación. (FCU).— Véanse diversas noticias de las numerosas plantaciones de gengibre y de su exportación en *Relaciones Históricas de Santo Domingo...*, vol. II, p. 33, 45, 78, 83, 133, 166-168, 180, 181, 227, 374, 425-428, 437, 439, 441, 442. (ERD).

⁵⁵Véase *Actos relativos al deslinde de los terrenos del hato Haiti de Rojas y de los de la Sierra del Agua*, noviembre 1770, en Archivo Real de Bayaguana, Libro No. 11, doc. 97, en A.G. de la N. (ERD).

⁵⁶Oviedo, lib. 8, cap. 5. (A).

expone dá tinte, tanto o más negro que el azabache y es admirable baño contra el cansancio porque fortalece y aprieta las carnes. Es árbol hermoso, alto y derecho como el Fresno. Hácense de él lanzas tan luengas y gruesas como se quieren. Es más pesado que el Fresno y de linda tez y color entre pardo y leonado. Lo tercero, que de las cortezas de la *Jagua*, del *Jagiüey*, del *Hanón*, de la *Emajagua* y otros árboles altos, se sacan unos listones de arriba abaxo larguísimos, con los cuales se fabrican cordages y sogas para todo uso y servicio, ahorrando por este medio las de cáñamo, cabuya, esparto y correas de cuero.

CAPÍTULO X

De sus producciones animales

§ I. De los Quadrúpedos

Hemos dicho que nuestros Descubridores sólo encontraron en *Hayti* quatro especies pequeñas de Quadrúpedos, que su voracidad, en frase de Oviedo, consumió dentro de pocos años. Con exquisitas diligencias pude haber uno de ellos, que me presentaron en la Ciudad de *Bayaguana*, cogido en las Monterías llamadas *Haití de Roxas*. Su figura y tamaño era de un Lechoncillo de quince días; su pelo tan raro y delgado como el de los Perros, que decimos *Chinos*; no tenía cola y el hocico me pareció algo más aguzado en su extremo que el de un Lechón; era absolutamente mudo y murió dentro de poco tiempo. No sé a qual de las especies corresponderá; porque Oviedo las describe con bastante confusión, al qual sigue la nueva Encyclopedia, añadiendo otras equivocaciones como acostumbra.

De los Quadrúpedos que se llevaron de la Europa, abundan la Isla en Bacadas, Cerdos, Ovejas, Cabras, Caballos y Burros. De la propagación de cada una de estas especies puestas en suelo tan feraz y cielo tan benigno, hablan con admiración nuestros primeros Escritores. El citado Oviedo, tratando el año de 535, por consiguiente a los 43 del descubrimiento, de las ventajas que hace la *Isla Española* a las de *Sicilia e Inglaterra* en el libro 3, cáp. II. A los principios pone estas palabras: "Díxelo, porque habiendo venido en nuestro tiempo las primeras Bacas de *España* a esta *Isla*, son ya tantas, que las Naves vuelven cargadas de los cueros de ellos, y ha acaecido muchas veces alancear 500 y 300 de ellas y más o menos como place a sus dueños y dexar en el campo perder la carne por llevar los cueros a *España*; y porque mejor se entienda esto ser así: digo, que la arrelde de carne vale a dos maravedís: y una Baca parida un castellano; y un Carnero un real. Yo digo lo que he visto en esto de los ganados, y yo los he vendido de mi hacienda en la Villa de *San Juan de la Maguana* a este precio y menos. De este ganado Bacuno y de Puercos, se ha hecho mucho de ello salvage"⁵⁷.

⁵⁷Véanse abundantes noticias acerca del ganado de la Isla en *Relaciones Históricas de Santo Domingo...*, vols. I y II. El vol. II contiene los censos del ganado y de los hatos de la Española en 1606. (ERD).

Es menester advertir que Oviedo habla de los primeros quarenta años del descubrimiento e importación de las Bacas en nuestra Isla y por consiguiente de la estación en que estuvo más habitada de Indígena y Europeos. Como sin mucho intervalo se siguió la decadencia y la despoblación, crecieron infinitamente los ganados y lo mismo sucedió con los Cerdos, Caballos y Burros, que la ocuparon toda, haciéndose bravíos y montaraces. Después de los primeros 25 años de nuestro siglo se salía a caza de estas dos últimas especies y se vendían a vilísimo precio⁵⁸. Todavía los hay casi en toda la Isla, aunque no en tan crecido número. En cuanto al ganado Bacuno y Cerdos, es sin comparación mayor la cantidad de los *Alzados o Extravagantes* y por otro nombre *Orejanos*, por falta de marca en la oreja, que la de los mansos. Aquí es menester notar que hay ganado *Corralero*, que es el que pasta cerca de las habitaciones y se reduce fácilmente a los corrales para el esquilmo de la leche; *Manso*, que anda en puntas conocidas, cuyos sitios de pasto saben los Amos y Mayoriales; *Extravagantes*, que necesitan del aperreo u ojeo, saliendo muchos a juntarle con Perros quando es menester para matanza o pesas; y finalmente, *Montaraz o Bravío*, que anda errante por los bosques, selvas y serranías, el qual sólo se aprovecha matándole en las mismas malezas y conduciendo la carne y cuero que se puede, según la distancia en que se alancea.

Con el motivo de las matanzas por la utilidad de la corambre, que refiere Oviedo de su tiempo y fue sin comparación mayor en el siglo pasado y principios de éste, por el contrabando que en las Costas se hacía con los Holandeses y otras Naciones, vendiéndoles la corambre o permutándola por mercancías, se crió en los montes gran número de Perros alzados, a los cuales se daba y da el nombre de *Xibaros*, que han causado mucho estrago en el multiplico de esta especie, cebándose principalmente en los animales recién nacidos y tiernos. Poco a poco han sido extinguiéndose, a medida que se ha aumentado la población⁵⁹. De la corrupción de

⁵⁸Un siglo antes también. El Gobernador don Gabriel Chávez Osorio ordenó hacer una información sobre la abundancia de bestias en la Isla. Entre los llamados a declarar entró el Alguacil mayor de la ciudad de Santo Domingo, don Francisco Rodríguez Franco, y “dijo que sabe este testigo, como persona que ha comprado y vendido cantidad de potros de una hacienda llamada *Guanábana* que solía tener, que es en esta Isla, y que el ordinario precio a que se suelen vender en esta ciudad es a 40 y a 44 reales de cuartos, que son 12 y 14 de plata, y que podría haber cuatro o cinco días que doña Elena Franco, su hermana, compró una partida a Baltasar de León, de la villa de Azua, a 14 reales de plata cada uno, y a los dichos precios y a menos se compran en muchas ocasiones en esta ciudad por haber mucha cantidad de bestias en esta Isla; y esto es lo que sabe y la verdad para el juramento que hizo, etc.”. (Júntase en el expediente, con otros testimonios, el de un decreto de Chávez Osorio, por el que prohíbe a los soldados que por sí tomen potros a persona cualquiera para hacer servicios de campo, por saberse que más adelante los vendían por nonada, conocida en la tierra la baratura consuetudinaria de estos animales. AGI, Escribanía de Cámara 13A. (FCU).

⁵⁹El 6 de junio de 1732 el Cabildo de la Ciudad de Santo Domingo hizo una representación al Gobernador para que diese orden “para el exterminio de los perros jíbaros en la tierra adentro, que, con motivo de las secas y muerte de ganados, habían ido en notable aumento”.

aquellas carnes se engendraron unos Moscosos verdosos y dorados, semejantes a las *Cantáridas*, que llaman los Naturales *Moscas de gusano*, porque en qualquiera pelado o excoriación que padezca el animal, sea bacuno, caballar o de cerda, se sienta la Mosca y depone su simiente, la qual se anima en gusanos que van royendo y ulcerando el animal, hasta matarle. Para atajar sus perniciosos efectos es menester ocurrir todos los días con los polvos de las puntas de cigarros molidas o con los de cebadilla, que son más eficaces para su curación. Como esto no puede practicarse sino es con los que están a la vista, es grande el número de los que se pierden, especialmente de recién nacidos, a cuya vida u ombligo tierno y ensangrentado, ocurre luego la tal Mosca y hace su mortal deposición. Sin embargo de todos estos enemigos, del aumento de nuestra población y del crecidísimo consumo de la parte *Francesa*, hay todavía en la *Isla* mucho número de todas estas especies.

No hay duda que todas nuestras Poblaciones limítrofes con los Franceses y las más cercanas a ellas, tanto de la vanda, del Sur como de la del Norte, donde ha sido siempre más fuerte la crianza de las Bacas, han padecido un deterioro muy considerable con motivo de esta última guerra, por el abasto de muchos millares de cabezas que se vieron obligados los criadores a contribuir para la subsistencia de nuestras tropas y las Francesas y de las tripulaciones de ambas Esquadras, alojadas en el *Guarico*. Por consiguiente, necesitan de unas providencias eficaces para que puedan reponerse y no perdamos un ramo tan esencial que ha sido desde la época de la decadencia el único apoyo de la *Española*. La juiciosa economía que se ha guardado hasta ahora, prohibiendo la matanza de las hembras, que son la primera fuente del multiplico de la especie, sería en nuestros días el principio más seguro de la ruina. La larga continuación de abastecer con los machos, así nuestras Poblaciones como las de los Franceses, había recudido las Bacadas,

AGI, Escribanía de Cámara 16B.— En el siglo XVI se reputaba que el número de los perros jíbaros era de muchos cientos de miles, y para poner remedio un procurador a Corte, Baltasar García, pidió se diese orden real que pusiese a la autoridad en el caso de aplicarlo, y se despachó una en Valladolid el 22 de marzo de 1557, por la que se mandó a la Audiencia que juntase a los propietarios y estancieros para que se concertasen para la ayuda mutua, teniendo negros que se diesen la mano en el matar el mayor número posible de perros, y que un negro en cada estancia fuese ocupado en sólo ir arrancando los guayabos tiernos, porque en las espesuras de los guayabales formados por la semilla que las vacas iban por doquiera despositando, se refugiaban juntamente el ganado y sus enemigos los perros jíbaros. Los propietarios y estancieros debían hacer juramento de acudir a estos remedios, era el sentir de García, cuya propuesta, en esta parte, no mereció acogida. AGI, Santo Domingo 899. (FCU).

Era tal la cantidad de *perros jíbaros* (sin dueños, alzados en los montes) que azotaban los hatos, destrozando el ganado, que el Gobernador Zorrilla, por auto del 12 de marzo de 1746, ratificó la orden de que cada año se hiciese un repartimiento general entre los vecinos de cada población o lugar para que cada uno matase el número que le correspondiese de perros jíbaros de su jurisdicción, con la obligación de “presentar en su respectivo Cabildo el número de pieles de los jíbaros que se les repartiesen en aquel año”. Así consta en orden original, existente en el Archivo Real de Híguéy, en Archivo General de la Nación. (ERD).

antes de la guerra, a menos del número necesario de Toros para fecundar las hembras. Este hecho es indubitable⁶⁰. Con los crecidos envíos durante la guerra, fue preciso dispensar en esta ley por aquel defecto; y se ha seguido una tal desproporción en el número de los dos sexos, que la mayor parte del de las hembras queda infecundo por la cortedad del otro.

Por lo que hace a la especie Caballar, es innegable que su multiplicación fue rapidísima y que nada perdieron de su origen⁶¹. Los que se llevaron de *España* fueron de las mejores razas y sus crías conservaron la valentía y hermosura de los padres. En el curso de casi tres siglos que han corrido, vemos todavía, especialmente en ciertos distritos, como los de *Vani*, *Azua*, *Maguana* y *Bánica*, una entera semejanza con los mejores de acá. Sólo he

⁶⁰Para muestra se da aquí el art. IV del Tratado firmado por los plenipotenciarios de los Jefes Gobernadores de una y otra parte de la Isla don Ignacio Pérez Caro y don Gabriel de Bory, su fecha en Santo Domingo el 21 de julio de 1762:

“Cuarto.— Que debiendo procurarse las dos naciones la subsistencia necesaria para la defensa común, y faltando a los franceses el abasto de carnes que necesitan para el consumo de las tropas que hoy en día existen en sus colonias, y las que esperan de Europa: los españoles les darán por ahora y durante la guerra, y sin que pueda esto hacer obligación, ejemplar ni costumbre en adelante, ni para el tiempo de la paz, el número de ochocientas reses vacunas de ganado macho al mes, y más si lo permitiese la fuerza de los hatos, a saber, para la provisión o abasto del Guarico, o a Cabo Francés, mientras se mantenga allí el mayor número de sus tropas, se le darán la cantidad de seiscientas reses saladas por la parte de Dajabón, San Rafael y otros parajes allí vecinos; y las otras doscientas reses para la provisión del resto de las tropas francesas, se le suministrarán de la frontera de Neiba y los lugares vecinos, todos los cuales se le pagarán en los parajes de la frontera señalados aquí, o que se determinen en adelante, según el diferente destino que tuvieren dichas tropas francesas, y a los precios de treinta y cinco pesos por cada mancornia de reses de tres años arriba, pues no deben admitir ni dejar pasar las que no tuviesen esta edad, y las que pasen de ellas tampoco se pagarán a mayor precio, y que los franceses proveerán por su parte a los españoles y a los precios corrientes entre los franceses las municiones de boca y también de guerra de que necesiten y sean independientes de la provisión necesaria para la conservación de su país”. AGI, Santo Domingo 1101. Lo que se sobreentendiendo gravó la situación del ganado, pues el comercio civil continuó como siempre.

Sánchez Valverde omite una de las principales causas de la extinción del ganado (la del robo) por razones congruentes con el intento de su libro. Un extracto oficial de carta del Gobernador, 4 de junio de 1769, dice que la Isla no florece, entre diversas causas, “por no trabajar, y que con la vecindad de los franceses y facilidad de pasarse a sus terrenos, y aunque por sí y sus antecesores y Real Audiencia se han aplicado a castigarlos y exterminarlos, han experimentado que el vicio crece y los culpables se ausentan, ya por temor de los alcaldes, parentesco, alianza, falta de cárceles buenas y de prisiones, y, lo que es más, de guardias fieles que por soborno les facilitan su escape, y que, usando del modo común que las leyes disponen, los procesos son dilatados, y no haciendo la justicia en el mismo paraje, escarmientan poco o nada los ladrones, y los labradores y criadores de ganado desmayan en su labor y crianza por las continuas pérdidas que tienen”. AGI, Santo Domingo 930. En este mismo documento se declara a que el Gobernador había propuesto la moderación de los derechos de salida de ganado a la colonia a un 6%, la Real Hacienda tendría grande entrada y podría sustentar y mantener una Compañía de 78 hombres para impedir extravíos de ganados, coger ladrones y esclavos fugitivos, concediéndoles la tercera parte de lo que cogieran, además de 6.180 pesos para situado de sus sueldos, y que por este medio todos los de la Isla, por verse libres de ladrones y sus daños, llevarían a bien pagar medio real al año por cada cabeza de ganado mayor vacuno. (FCU).

⁶¹Trata del caballo en Santo Domingo el Dr. Angel Cabrera en su docta obra *Caballos de América*. Buenos Aires, 1945, p. 97. (ERD).

notado que no varían tanto los colores y esto nace del ningún cuidado que se tiene en buscar para la mezcla las diferencias de pelos, de cuya conbinación viene la hermosa variedad. En la constancia para llevar la fatiga, no dudaré decir que exceden los de Santo Domingo. Allí no se da a una bestia de carga más alimento, que quitarla de noche la que ha llevado todo el día, ponerla una manea y una suelta, que son las trabas que se echan de mano a mano y de mano a pie de la Caballería para que no pueda alejarse, y dexarla pacer en la sabana o prado, después de haber hecho catorce o diez y seis leguas de camino. Al día siguiente se repite la misma acción; y aunque este afán no puede durar muchos días continuados, con todo, no dexan de ir así quatro o cinco días y si se tiene algún cuidado muchos más, lo que ciertamente no hacen en *Europa*, no digo las Caballerías, pero ni las Mulas. En la carrera son velocísimos e infatigables. Hay en los hatos los que llaman *Sabaneros*, que son del servicio diario de andar tras las Bacadas, los cuales se llevan toda una mañana corriendo sin que se les note decadencia y con aquella carrera que es menester para tomar la delantera a un Toro silvestre que huye en busca de los bosques. Las razas de Frisones que han llevado de la *Filadelfia* y *Nueva York* y los que se llaman *Santa Marteños* o del *Río la Hacha*, que caminan sin fatiga del ginete tres o más leguas por hora, han propagado también su raza sin mengua. Los asnos y las Mulas ni son muy grandes, ni pequeños; pero en la fortaleza no les habrá superiores. Este es uno de aquellos Países en que el cataclysmo, que trastornó el cerebro de Mr. Pauw, dexó tan viciados sus jugos, que no hay especie de animal que no degenerare luego.

§ II. De las Aves⁶²

No será fuera de propósito dar aquí alguna noticia de su abundancia en Aves y Peces, que hacen un considerable ramo de la subsistencia y que rebaja otro tanto del consumo que sin este auxilio se haría de los Quadrúpedos. Toda la *Isla* está poblada de quatro especies de Palomas, las unas cenicientas y grandes como una polla igualada, otras hay Torcaces como las de *España* y son las de morado claro, grandes y de excelente sabor; y las otras dos de morado obscuro que tira a negro, de las cuales unas tienen cierta coronilla blanca y otras no, ambas un poco más pequeñas que las Torcaces, como las bravías de *España*; aunque de buen gusto, no tan excelente como las primeras, pero mucho más abundantes y tanto, que en la misma Capital y sus rededores, por los meses de Abril, Mayo y Junio se ve pasar desde el mediodía hasta el anochecer de la parte del Poniente acia el Oriente una columna casi continuada, quanto alcanza la vista de Norte a Sur. De éstas se matan millares fuera de la Ciudad, principalmente en un manglar

⁶²V.A. Wetmore y B.H. Saales, *The birds of Haiti and the Dominican Republic*. Washington, 1931. (ERD).

que está al Norte y en todas las estancias de la parte del Este. Quando el viento es un poco fuerte que no pueden levantarse mucho, es diversión ordinaria subirse a las azoteas a tirarlas.

Hay otra especie de aves mayor que ésta y que tiene tanta carne como una Gallina casera, a las cuales llamamos *Gallinas de Guinea* y los Franceses *Pintadas*, quizás porque sobre un fondo azul oscuro tiene cada una de sus plumas al extremo, un ojo blanco del tamaño de una lenteja pequeña. También abundan por toda aquella tierra, van en bandadas de mucho número y sirven de alimento y de regalo en las mesas. Las Tórtolas son también abundantísimas y delicadas, de cuatro o cinco especies, mayores y menores. En la parte de los *Llanos* son muchos los Anades, Anzares y Patos que se encuentran en sus lagunas y se numeran hasta veinte y tres géneros diferentes, en los cuales hay también mucho número de cierta especie de Garzas que llaman *Cocos*, de poco menos carne que una Gallina y de buen sabor, de que se mantienen muchos en aquellos meses con una escopeta y cuatro tiros al rededor de la casa. De estas mismas Aves hay en lo demás de la Isla, aunque no con tanta abundancia, como también de otra especie de Aves terrenas y acuáticas, llamadas *Yaguazas* y otras *Cucharetas*, por la figura de su pico.

Los *Faysanes* y *Flamencos*, que son mayores y andan en tropas, se encuentran en todas partes, principalmente a las orillas de ríos y lagunas y en el distrito de *Neyba* y *Azua* son innumerables, como también los *Pabos Reales*, que llaman *Pajúiles*, cuyo hermosísimo plumage se trae a *Europa*, como también los animales, que son mayores que un Pabo y de carne muy sabrosa. En fin, la abundancia de *Cotorras* y *Pericos*, que son de la clase de *Papagayos* y de buena carne, es tanta, que matándolos continuamente, causan notable perjuicio a las cosechas de grano. Omito las *Garzas*, *Carraos* y otras muchas Aves mayores y menores, todas comestibles y útiles para el mantenimiento y el regalo.

Es verdad que poblando y cultivando más la *Isla*, escasearía este género; pero también se multiplicaría mucho más el de las Aves domésticas que se dan de todas especies con tanta felicidad, que de las llevadas de acá, dice Oviedo en el lugar citado⁶³: "*Gallinas* como las de *Castilla* no las había; pero de las que han traído de *España* se han hecho tantas, que en parte del mundo no puede haber más, ni por maravilla sale un huevo falto de quantos echan a una *Gallina* de los que ella puede cubrir o cobar".

§ III. De los Peces⁶⁴

En quanto a los Peces sería menester también tratado aparte y no pequeño, si hubiese de hablar de todas sus especies y propiedades. Bástenos

⁶³Lib. 3, cap. II. (A).

⁶⁴V. lista de peces, de aves, etc., de la Isla en *Samaná, pasado y porvenir*, C.T., 1945, p. 108. (ERD).

para el asunto lo que es indubitable, de que toda aquella Costa abunda de muchos y varios grandes y pequeños: los cuales unos son conocidos en estos mares de *Europa* y otros absolutamente desemejantes. El *Carite*, Pez regalado y que crece hasta la estatura de un hombre, el *Sábalo*, de bastante corpulencia y especial gusto, principalmente en ciertos meses, el *Lebranche* y otros muchos, con una infinidad inagotable de *Lisas*, *Sardinas* y *Colorados*, parecidos los pequeños al *Besugo*, pero que crecen mucho más, serían capaces de mantener una grande Población, como mantubieron los millares de Indios antes del descubrimiento. Muchas de estas especies suben a los ríos, donde se propagan y hacen más delicadas al paladar. Otras son propias de los ríos y no se encuentran en el mar. En los arroyos y también en los mismos ríos se encuentran los que llaman *Dajados*, muy parecidos a las *Truchas*, y al gusto de muchos Europeos mejores que ellas. No hay quebradilla, como sea de las que siempre conservan alguna agua, que no las tenga; como también las *Guavinas* y quatro especies de *Cancros*, o *Jaybas*, otros *Cangrejos* de río, a diferencia de las muchas especies que se crían en tierra, otros *Camarones* y otros *Langostas*, todos los cuales son cubiertos de una escama gruesa principal y muchas pequeñas en diferentes figuras, tamaños y colores, pero generalmente con una carne blanquísima y regaladísima.

No puedo omitir la particularidad que el año de ochenta noté en una de estas especies que se cría en *Bánica* en un riachuelo que entra en el gran río de *Atibonico*, por la parte del *Onceano*, que tube entonces por rara; pero en Julio de este año pasando por la parte del Norte, en el despoblado de Santiago, hallé lo mismo en el hato de *Vrabo*⁶⁵, llamado así por un arroyo inmediato, donde vi las mismas conchas o escamas, las cuales tienen de color de bermellón una cruz perfectísima sobre una peana, con dos especies de cirios y son más o menos grandes estas cruces, según lo es el animal. Tengo una de más de tres pulgadas sin la peana.

A este Reyno no aquátil debe añadirse el innumerable y variado de conchas y testáceos animados, que en tanta copia se encuentra por toda la *Isla* y sus Costas, de que hacen mucho caso y uso todas las Naciones de *Europa* que pasan allá. No es menor el número de las *Tortugas*, testáceo casi redondo en su figura, plano por la parte inferior y ovalado en la superior, que crece hasta seis y siete pies. Su carne, así fresca como salada, es sana y de buen gusto. Engruesa mucho y su multiplicación es prodigiosa, porque este animal, que es anfibio, sale a desovar a las Playas, donde caba la arena hasta hacer un hoyo en que depone de 300 a 400 huevos, poco menos que los de Gallina, los cuales vuelve a cubrir con la propia arena. Esta diligencia hace dos veces en el año y en cada una sale también dos noches, dexando pasar una por medio; de suerte que llegan y pasan de mil los huevos que pone durante el año. Entonces es que los Pescadores se

⁶⁵Gurabo. (ERD).

ponen en vela a acecharlas; las cortan el paso al agua y las tornan, conque quedan inmóviles. En esta operación se engañó Don Antonio Ulloa⁶⁶, creyendo que dentro de la misma agua las cogían y volvían los Pescadores: sin reparar ni en la dificultad de que un hombre coja un pez en el agua, ni en la de que en aquel fluido se le inutilice la acción por el trastorno, quedándoles sus largos y gruesos aletones en aptitud de batiroslos y manejarse. De esta misma especie, con alguna diferencia, es el *Carey*, de que se saca la concha tan apreciable de este nombre.

Nuestros Pescadores, aunque desperdician mucha, sacan algunos millares de libras que se llevan a las Colonias Extranjeras por la estimación de tres pesos y a veces más que tiene en ellas cada libra. Este objeto, al parecer despreciable, merecía la atención del Gobierno, si se considerase bien: así para impedir a los Pescadores el abuso de desenterrar los huevos, en que hay poquísimo provecho y crecidísimo atraso; como en hacer que, cuando llegan de sus pescas, manifestasen esta Concha, sin exigirles derechos y diesen cuenta de los Compradores al tiempo de su venta para que se averiguase el destino y se enderezase su giro, de suerte que no comprásemos después de mano de los Extranjeros, sino de la misma Nación, las preciosas caxas y muebles que se labran de esta materia. Igualmente debía prohibírseles la pesca de las pequeñas, que no pueden dar utilidad y que cuando vienen en las redes con otros peces, las diesen libertad.

De la misma clase, esto es, de los *Testáceos*, son las *Hycoteas*, que juzga Oviedo ser voz *Haytina*, sinónima con la *Tortuga*, pero se engaña. Son las *Hycoteas*, *Testáceos* y *Anfibios* como la *Tortuga* y el *Carey*; pero muy diferentes en tamaño, color, extremidades de las patas, las cuales terminan en uñas semejantes a las del *Gato* en la *Hycotea*, de que carecen la *Tortuga* y el *Carey* en sus aletones. Tampoco la *Hycotea* tiene, como estas dos especies, su asiento en el mar, ni en la agua salada, sino en las lagunas y ríos de agua dulce. La de mayor corpulencia crece hasta media vara poco más en su concha superior y una tercia en la inferior. Nótase en este *Anfibio* la singularidad de no crecer el mucho a proporción de la hembra. Es mucho más pequeño, tiene muy manchada la Concha, que arrastra de unos tiznes color de sangre, sus patas están guarnecidas de uñas mucho más largas que las de la hembra. La carne de éstas es de los manjares más deliciosos con que puede regalarse el paladar. La del macho, fuera de no ser de igual gusto, es temible como la de la *Iguana* y el *Manatí*, para aquellos que adolecen del

⁶⁶D. Antonio de Ulloa, Not. Amer. Entren, 9 pp. 171 y 172. (A). Se refiere a la obra de Antonio de Ulloa, *Noticias americanas*. Entretenimientos físico-históricos sobre la América Meridional y la Septentrional Oriental. Comparación general de los territorios, climas y producciones en las tres especies: Vegetales, Animales y Minerales, con relación particular de las petrificaciones de cuerpos marinos, de los indios naturales de aquellos países, sus costumbres y usos; de las antigüedades. Discurso sobre la lengua y sobre el modo en que pasaron los primeros pobladores. Imp. de Francisco M. de Mena, Madrid, 1772, 407 p. (ERD).

mal vergonzoso, porque le hace brotar. Toda la *Isla* abunda de estos *Testáceos* y otros de diferente figura, pertenecientes al género de los *Cancros*, de buen gusto y sano nutrimento, cuales son la *Langosta* (no la perniciosa de *Euro-pa*, que hasta aora no ha pasado allá) *Anfibio* cubierto de varias Conchas, largo hasta un pie, del grosor como de ocho pulgadas en la parte de arriba, que disminuye poco a poco hasta la cola; de largas patas en tres articulaciones, compuestas de otros tantos cilindros de hueso cubiertos de un pelo corto y recio, cuya carne es muy blanca y delicada: los *Camarones* muy semejantes en la figura y carne, aunque más chicos y matizados de encarnado, las *Jaybas* y otros muchos, que sería largo referir y se crían en todos los ríos y arroyos. Si el Filósofo Pauw para sus inquisiciones *Americanas* hubiese tomado estas y semejantes noticias, propias para el desempeño de su Obra, se hubiera convencido sin duda por la copia que hallamos de estos anfibios y encontramos en la *Isla de Hayti* y demás partes de las *Indias*, que la naturaleza había dado allí a sus hijos suficiente alimento en sus producciones espontáneas de frutos, raíces, aves, peces y anfibios, sin que fuese necesario obligarla a ello, hiriéndola con el arado o regándola con el sudor. Principalmente quando la población de aquella *Isla*, aunque no llegase a tres millones, como testifica el Ilustrísimo Casas, no puede negarse que era muy grande en proporción a la extensión del terreno.

DORVO SOULASTRE: VIAJE POR TIERRA DE SANTO DOMINGO,
CAPITAL DE LA PARTE ESPAÑOLA DE SANTO DOMINGO,
AL CABO FRANCÉS, CAPITAL DE LA PARTE FRANCESA
DE LA MISMA ISLA (1789)^{1*}

La parte española de Santo Domingo, la más considerable y la más fértil de la isla, puede dividirse en tres grandes porciones: la del centro, ocupada por la principal cadena de montañas, que se enlazan con el grupo del Cibao, punto central; la del sur; notable por la desembocadura del Neiba; por la bahía de *Ocoa* y muy particularmente por la ciudad capital de Santo Domingo, situada en la orilla derecha de la

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *La Era de Francia en Santo Domingo*. Academia Dominicana de la Historia, Ciudad Trujillo (Santo Domingo), 1955.

*Traducción del francés por el Lic. C. Armando Rodríguez, quien agregó al texto algunas notas explicativas, marcadas C.A.R. La obra está precedida de una dedicatoria del autor al Príncipe Cambacérès, Archi-canciller del Imperio, Duque de Parma, y contiene la siguiente advertencia: "La Expedición francesa, a las órdenes del general Hédouville, salió de Brest el 30 del pluvioso, año VI. [18 de febrero 1798] y llegó felizmente a Santo Domingo, el 6 del germinal siguiente, [27 de marzo 1798] en las tres fragatas del Estado, la *Bravoure*, la *Cocarde* y la *Sirene* comandadas por Mr. Faure, capitán de navío. Las órdenes del ministro de la Marina eran formales. La expedición entera debía dirigirse, por tierra, de Santo Domingo al Cabo Francés, [adonde llegó el 20 de abril], pero las dificultades del viaje y la imposibilidad de procurarse una cantidad suficiente de caballos y mulos, determinaron al General en jefe a dividir la expedición en dos partes una de las cuales, después de seis días de descanso, se reembarcó en las fragatas

desembocadura del Ozama²; por último la del Norte, subdividida por la larga cadena de Monte Cristi.

Es particularmente en la llanura inmensa encerrada entre esta cadena de Monte Cristi y la primera cadena del Cibao por donde nuestra marcha se ha dirigido del este hacia el oeste. Antes nos fue preciso atravesar la isla en toda su anchura, caminando de sur a norte, de manera que nuestro viaje se divide naturalmente en dos partes.

Una observación común a ambas partes, es que, desde Santo Domingo hasta Dajabón, lo que hace una extensión de más de 80 leguas, no hemos visto un solo lugar estéril; por todas partes la tierra está cubierta de árboles de la mayor belleza, llenos de vigor, o tapizada de verdura. Las mismas montañas, tanto las que hemos atravesado, como aquellas que nuestra vista podían alcanzar, ofrecían el mismo aspecto. Jamás la naturaleza fue más rica, más brillante, ni dio más signos de fecundidad; pero tampoco nunca fue menos favorecida.

y la otra se quedó en tierra, hasta el momento fijado para la partida, que se efectuó ocho días después.

Lo que va a continuación, es el resultado de las notas tomadas apresuradamente relativas a la dirección de un camino poco frecuentado, y a lo que ha podido recogerse sobre el aspecto, las producciones y las antigüedades del país. Una gran parte de estas notas se debe a Mr. Forest, joven de mérito sobresaliente, agregado al general Hédouville, en calidad de secretario particular.

“Para utilizar mejor todas estas notas, es conveniente antecederlas de un juicio general sobre la parte de la isla que tenemos que recorrer”. (Se refiere a Claude Ferdinand Forest, de 29 años de edad entonces). La obra consta de 407 páginas; la parte relativa a Santo Domingo, traducida, llega hasta la página 89. Véase, acerca de la presencia de Hédouville en Santo Domingo, la obra de Antoine Michel, *La misión du Gral. Hédouville a Saint Domingue*. Port-au-Prince, 1929, tome premier. El Conde Gabriel Teodoro José Hédouville, general y diplomático, pacificador de la Vandée, nació en Lion en 1755 y murió en 1825. En 1793 era general de brigada; se distinguió en Kayserlautern; fue detenido como noble y puesto en libertad; tomó parte en la primera pacificación de la Vandée en calidad de jefe del Estado Mayor de Hoche (1796); designado para el Gobierno de Santo Domingo, debió abandonar la colonia después de combatir inútilmente a Louverture. De regreso en Francia, mediante hábiles negociaciones logró pacificar de nuevo la Vandée, en 1800. Fue Ministro Plenipotenciario en Rusia (1801-1804); Senador, Chambelan, Conde del Imperio (1805), hizo la campaña de Prusia en 1806, como jefe de Estado Mayor de Jerónimo Bonaparte; votó la deposición de Napoleón en el Senado en 1814, fue elevado a par por Luis XVIII (4 junio), y desde entonces se retiró a la vida privada.

Atendiendo generosamente a solicitud nuestra, el Presidente de la Comisión de Límites Geográficos Nacionales, ingeniero don Vicente Tolentino Rojas, hizo preparar un *Mapa de la ruta seguida por la expedición del General Hédouville, desde Santo Domingo hasta Cabo Francés, en 1798*. El trabajo fue realizado por el Instituto Geográfico y Geológico de la Universidad de Santo Domingo, mediante el concurso de las Comisiones Comunales de Cooperación a los Estudios Geográficos, de las comunes por cuyo territorio pasó la citada expedición. Algunos de los informes de las mencionadas Comisiones se extractan en las notas 25 bis, 36, 46, 48, 49 y 50.

²El autor comete aquí un error muy corriente, al decir que la ciudad de Santo Domingo está en la orilla *izquierda* del Ozama. La orilla derecha es la que está a la *derecha* de una persona que *desciende* el curso del río y orilla *izquierda* la que está a su izquierda. También equivoca el autor el nombre del Ozama escribiéndolo *Ozanna*, y equivoca otros muchos nombres de lugares y de ríos, que el traductor tratará de ir corrigiendo. (C.A.R.).

En toda la primera parte de nuestra ruta, de próximamente 30 leguas, de Santo Domingo al Cotuí, solo encontramos una aldeita, algunas chozas esparcidas y ni una sola villa. El Cotuí mismo, como se verá en el itinerario, a penas merece este nombre; sin embargo, sería difícil reunir mayor número de ventajas naturales.

El país, aunque montañoso en general, ofrece sin embargo extensas y muy bellas llanuras, que no son, para decirlo bien, sino partes desprendidas de la llanura inmensa de Santo Domingo³; tales son, entre otras, las de Monte Negro o Sierra Prieta, *El Llano Sanguino*; las muy ricas sabanas o praderas de la *Luisa* y de San Pedro de las tres Savitas y las de Kima e Himariva⁴.

Esos campos están regados por numerosas corrientes de agua, entre las cuales se distinguen los importantes ríos del Ozama y la Isabela.

Estos ríos comunican directamente con el mar del sur, mientras que el río Yuna, al acercarse a alguna distancia del camino, hacia el Cotuí, ofrece igualmente una comunicación con el mar del norte, por la bahía de Samaná. El suelo allí sería muy a propósito para toda clase de producciones, tal como lo dejan ver la variedad de los árboles y de las plantas que crecen espontáneamente, y el poco cultivo que la indolencia de los colonos españoles mantienen, y también algunos establecimientos más interesantes que un primer ensayo de industria, coronado por el éxito, ha formado a poca distancia de los ríos Isabela y Ozama.

El país ofrece también riquezas de otro género, con las minas de cobre que encierra, y las de oro y las de plata que se encuentran allí a cada paso.

Pero todas estas ventajas son nulas en este momento. Los habitantes no cultivan sino lo necesario para sus primeras necesidades y no hay más comercio que el de los ganados, criados o abandonados a ellos mismos en aquellas ricas comarcas, que ofrecen pastos tan sanos como abundantes.

El ganado vacuno se ha multiplicado allí con tal grado de fuerza y de perfección, que da trabajo darse cuenta verdadera de ello. Los pastos artificiales de Suiza y de la Normandía no producen bestias tan hermosas; las vacas, especialmente, son altísimas y de una anchura enormes, y dan una leche tan abundante como sabrosa y agradable al gusto.

Hay allí también una bonita raza de caballos criollos; tienen un vigor y una celeridad prodigiosas y mucha gracia cuando están bajo el jinete, pero su tamaño no pasa de ocho o nueve pulgadas⁵.

³Esta llanura, que se extiende desde Nizao hasta la Punta Espada y desde las orillas del mar al sur hasta las montañas que la separan de la parte septentrional, tiene 50 leguas de largo, por una anchura de 12 a 13 leguas. (N. del A.).

⁴Se dejan esos nombres *Kima e Himariva* tal como los escribió el autor; debe ser Jima y Jima Arriba. (C.A.R.).

⁵El traductor confiesa no comprender qué medida es esa aplicada a un caballo, aunque fuera enano. Tal vez sea error tipográfico. (C.A.R.).

La segunda parte de nuestro camino, desde el Cotuí hasta Dajabón, ofrece, poco más o menos el mismo aspecto y los mismos resultados.

Allí sí encontramos haciendas más numerosas; las dos ciudades de La Vega y de Santiago y algunos comienzos de agricultura. Pero, cuán poco proporcionados son esos establecimientos con lo que podría producir, con lo que solicita inútilmente la dichosa disposición y la riqueza de ese bello país.

Ese país forma, en su conjunto, salvo algunas desigualdades del terreno y dos o tres cerrillos separados del grupo del Cibao, una llanura continua, encerrada como lo he observado ya, entre la primera cadena del Cibao y la de Monte Cristi.

Este inmenso valle está bañado en toda su longitud por el río Gran Yaque o de Monte Cristi, que corre al oeste y desemboca en el mar del Norte, en el puerto del mismo nombre; y por el río Yuna, que corre al este y que sin embargo desemboca igualmente en el mar del Norte, así como se acaba de ver, por la bahía de Samaná.

Está regado en toda su anchura por ríos y riachuelos tan numerosos como en la primera parte del camino, que todos desaguan a distancias casi regulares, en los dos grandes ríos que acabamos de nombrar. Entre esas corrientes, es necesario distinguir el Jima, el Camú, Río Verde, Amina, Mao, Guayubín, Maguaca, cuyas aguas están reputadas como las mejores de la isla y el Chacuey.

Ese valle ofrece, sin embargo, en algunas de sus partes inundaciones tremendas⁶, pero esa superabundancia de agua que abandonada a sí misma, no es más que un instrumento de destrucción, dominada por el arte y reparada con inteligencia se transformaría en una nueva fuente de prosperidad.

El suelo, aunque igualmente propio para la agricultura, no tiene en todas partes la misma fecundidad, ni está destinado a dar los mismos productos.

La parte más interesante es la llanura de la Vega Real, tan justamente famosa por su extensión y por la fertilidad de su suelo. Ella admitiría toda clase de cultivos, pero más particularmente el de la caña de azúcar, del cacao y del tabaco. Lo que hemos notado de la belleza de los árboles y del espesor de los bosques, así como de los débiles ensayos de cultivos que ya

⁶Esas indicaciones son particularmente sensibles en los grandes ríos. Sus efectos son tan súbitos como terribles: desde que la estación de las lluvias llega, el agua se precipita torrencialmente, se hincha el curso del río y cuando el agua ha sobrepasado el lecho ordinario o roto los diques naturales, tumba y arrastra todo lo que encuentra a su paso. Sin embargo, se ha encontrado el modo de desafiar el furor de esos torrentes y de atravesarlos, ya que no sin temor, por lo menos sin peligro cierto. Este medio es muy singular, para que debamos dar aquí la descripción, aunque la dichosa época de nuestro viaje nos haya dispensado de recurrir a él. Dos palos cruzados, aplicados sobre un cuero de buey al que se levanten y sujetan los bordes, forman una especie de canasto o cama de cuero, que se llama simplemente *cuero*. Es en ese frágil esquiife, donde se colocan primeramente el equipaje después el viajero, que debe sostenerse en equilibrio medio acostado, con las manos apoyadas en los palos. Tres hombres dirigen el cuero nadando a su lado; los caballos siguen también nadando y así se termina el viaje. (N. del A.).

se han intentado y particularmente los afortunados trabajos de Santo Cerro y de Puñal, de los que se encontrará un esbozo en el itinerario, no permiten dudar del buen éxito de los establecimientos que se forman allí, toda esta parte comprende propiamente desde el Cotuí hasta Santiago.

De Santiago a Dajabón el suelo parece de una clase inferior pero las plantas, y especialmente el añil silvestre, que se encuentra en los lugares aparentemente más estériles, dejan comprender que existe todavía allí una fuerza suficiente para los cultivos; tal vez podría hacerla también tan interesante en su género como la primera, siguiendo la indicación del terreno según su naturaleza y cultivando muy particularmente el añil.

Este país posee eminentemente la preciosa fuente de las minas de todas clases. Nos ha confirmado en esto, la circunstancia de que el oro que el Río Verde arrastra en sus aguas, y que, separado de la arena con la que está mezclado, ofrece, aún en ese momento, con la ayuda del lavado, y a pesar del agotamiento ocasionado por las primeras investigaciones y la imperfección de los medios de extracción, la subsistencia de familias numerosas. En Santiago es donde se trabaja ese oro, al que llaman también oro virgen y el que es más precioso y más puro que el que se extrae de la mina. Con él se fabrican joyas, que consisten principalmente en hebillas, botones de vestidos, rosarios, collares y brazaletes de una riqueza tal, que parecería prodigiosa en cualquiera otra parte que no sea en un país en donde la naturaleza parece que juega con ese brillante y rico metal.

Muchas comarcas producen maderas de construcción; a las cuales, las dos grandes comunicaciones con la mar del Norte, ofrecen una fácil salida.

Pero, en medio de esta abundancia, una reflexión penosa, la que hicimos hace poco, viene a afligir al mismo tiempo la vista y el corazón del observador. Todas estas riquezas son, hasta ahora, casi enteramente perdidas para los habitantes de estas fecundas comarcas.

Las haciendas que se han establecido allí, están tan poco proporcionadas, tanto por su número como por su extensión, a lo que debían ser, que ellos, por decirlo así, sólo hacen notar más la falta de cultivo.

Puede decirse, pues, que todo aquello es una tierra virgen. Ella llama a gritos la industria y la actividad francesas, las que serían abundantemente recompensadas por sus esfuerzos reunidos, para llevarla al grado de fertilidad y de rendimiento de que es susceptible.

...Dejamos a Santo Domingo el 16, a las cinco de la tarde bajo una fuerte lluvia. Los españoles estaban muy admirados al vernos tomar el camino con tan mal tiempo, pero, como se había señalado día y hora para el viaje, el general quiso dar a los naturales del país, el ejemplo de una disciplina y de una exactitud con las cuales ellos están lejos de estar familiarizados. Al salir de la ciudad atravesamos al oeste una llanura que costea la orilla del mar en la parte trasera de la ensenada de San Jerónimo, situada en el fondo de la bahía. Esta llanura tiene próximamente una legua de longitud por

media legua de latitud; está circunvalada por una cadena de montículos poco elevados que se prolongan muy adelante del frente de las fortificaciones del lado norte y que termina en la orilla derecha del Ozama. Vimos a doscientas toesas⁷ de la ciudad el poblado de San Carlos, a la derecha del camino, y después de haber seguido ese mismo camino, limitado por bosques de haber seguido ese mismo camino, limitado por bosques por ambos lados, llegamos hacia las ocho de la noche a la finca Pedra Lio⁽²⁾ perteneciente a Doña Teresa Sánchez, donde fuimos perfectamente bien acogidos. En el camino que conduce a esta hacienda encontramos algunas otras dispersas acá y acullá; pero eso no era, propiamente hablando, sino chozas con sus cercados. La más notable está situada a más de una legua a la derecha y pertenece a un francés. El principal o más bien el único trabajo en que se ocupan en estas habitaciones, es la crianza del ganado que sirve para el abastecimiento de Santo Domingo, que ellos proveen también de leche. La finca de Da. Teresa Sánchez se compone de algunas chozas construidas, cerradas y cubiertas con la madera, la cáscara y las hojas de palmera, y de un cercado formado con un vallado toscamente enmimbado o defendido por torrenteras; por otra parte, ningún cultivo, pero sí varias frutas, tales como naranjas, piñas y zapotes.

Anotaré ahora, para no repetirlo más, la manera como se alimentan aquí durante los viajes los caballos y los mulos; eso no es cosa muy dificultosa. Se le quita la brida y la silla; se le colocan trabas o *maniotas* en los pies y se les deja vagar en la sabana, donde no encuentran de alimento más que una yerba muy corta. Cuando se puede encontrar maíz o trigo sarraceno, se le da una pequeña ración para restaurarlos. A la mañana siguiente van a cogerlos y después de haberlos ensillado y embridado emprende de nuevo el viaje.

Al dejar a Pedra Lio, el camino se dirige hacia el noroeste por una sabana de poca extensión, después de la cual se encuentran bosques notables por la variedad de sus árboles y sobre todo por las diferentes formas y numerosas acacias. Se ven algunas cabañas ocupadas por negros libres y una algo más importante perteneciente a algunos blancos; está rodeada de pequeños recintos cuadrados; allí se ven bananeros y cañas de azúcar. Próximamente una legua más lejos, a la izquierda y cerca del camino está la habitación de don Juan Martín; está situada en un terreno elevado que domina una llanura por la que corre el río Isabela. Media legua más allá se distingue una cadena de lomas las más elevadas de las cuales se pierden en las nubes.

Descendimos por un terreno inclinado hasta el río Isabela crecido entonces por las aguas de las lluvias que acababan de caer y que habían aumentado el volumen. El curso de este río, bastante rápido su anchura es de quince toesas próximamente nuestras cabalgaduras tenían el agua hasta la cincha. Después encontramos bosques cortados, de distancia en distancia

⁷Toesa: antigua medida de longitud que equivalía a 1 metro 949, casi dos metros. (C.A.R.).

por pequeñas sabanas que tienen casi todos, sus hatos y algunos ganados: algunos cerros amontonados a distintas distancias, ofrecía vistas pintorescas. Delante de cada habitación se encuentran cruces y en un pequeño cercado se ve un número más considerable, lo que, unido a muchos féretros en forma de angarillas, nos hizo pensar que era un cementerio público. Encontramos una pequeña recua de mulos que venían de Santiago, cargados de café. Pasamos los lechos secos de corrientes de agua o de ríos como el Caribe Plata, nombre que indica que esa corriente arrastra planta, y la de Guayacura.

Después de tres horas de camino hicimos alto en la finca de Manabo, situada en la extremidad de una gran sabana pantanosa: esta finca estaba inculta entonces, aunque ordinariamente habitada. Dos terneros abandonados en un cercado vecino, parecían un tributo ofrecido por manos invisibles; pero no nos aprovechamos de ello y solo tomamos un ligero refrigerio con nuestras propias provisiones. Notamos en los alrededores una gran cantidad de sensitivas⁸.

Reanudamos nuestro viaje por un camino erizado de piedras o sustancias negruzcas, con toda la apariencia a las de las minas de hierro, pero producidas por una especie de lava o fusión de diferentes materias volcánicas que forman en esta parte el suelo de la isla. El país, despoblado a trechos presenta algunas haciendas o hatos, y a la izquierda cerros en lontananza. Entramos en seguida en la llanura del Monte Negro o Sierra Prieta, cubierta, más que la precedente, de esas piedras negruzcas que hacen la marcha tan penosa: en los montes vecinos, a la izquierda, se encuentran minas de cobre. Al salir de esta sabana pasamos un arroyo que corría en una quebrada profunda, y después de atravesar otra sabana, rodeada de una cadena de cerros que forman anfiteatro, encontramos otro arroyo, cuya agua está reputada de la mejor calidad: estos dos arroyos se designan con el nombre común de Inca o de Mañoc⁹. El camino sigue por una gran sabana, que tiene por la izquierda, a poca distancia, el cerro Negro, cuya cima puntiaguda está cubierta de árboles del más bello verdor, y por la derecha hay una gran llanura, que parece no tener más límites que el mar, aunque no se le divise desde este punto. Esta llanura se forma con la unión de la del Monte Negro y la llamada Llano Sanguino, porque ella fue el teatro de un gran combate entre los españoles y los Indios. Esta llanura se prolonga durante más de una hora de camino, y tiene por la izquierda una cadena de cerros a una distancia variada y que ofrece, entre el camino y estos cerros, diferentes vallejuelos llenos de palmeras y de otros árboles que se combinan de la manera más variada y más agradable.

⁸Entre nosotros el nombre vulgar de la sensitiva es *moriviví*. Tanto el uno como el otro nombre les viene por el fenómeno inexplicable de que si se toca o sacude las hojas se contraen y cierran por algún tiempo hasta que vuelven a su estado normal. También tienen otro nombre científico: *mimosa-púdica* o *vergonzosa*. (C.A.R.).

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Pasamos en seguida el río Ozama, que corre, como el Isabela, de izquierda a derecha, y ambos casi semejantes por la rapidéz, la anchura y la profundidad. Las orillas de estos ríos son escarpadas y están llenas de enredaderas que, cubriendo los grandes árboles hasta sus cimas, forman macizos de verdura agradablemente diversificados.

A poca distancia del Ozama el camino es malísimo y está casi enteramente destruido por el paso de las bestias de carga y además estaba lleno de agua y de lodo a causa de las lluvias. El camino continúa así hasta la entrada de la sabana donde está enclavada la finca la Luisa: allí fue donde hicimos alto. Había llovido ese día y el mal tiempo aumentó en la tarde y continuó toda la noche. La fatiga que experimentaron todos los hombres de nuestra escolta, nos obligó a dividir en dos partes la marcha de este día y se decidió que en lo adelante la escolta saldría antes que nosotros⁹.

Recorrimos en la mañana la hacienda la Luisa, que no es más que la reunión de diez o doce cabañas en el fondo de la sabana, a poca distancia de los cerros que se levantan a la izquierda. Esta hacienda no tiene ningún cultivo y no sirve sino para criar ganado. En los alrededores hay muchas cotorras, gallinas de guinea y pieles de culebras. Oímos algunos cañonazos en la dirección de Santo Domingo, y lo atribuimos a la solemnidad de Sábado Santo.

Tomamos carnes frescas en la Luisa y partimos en la tarde, pasamos dos arroyos y una sabana de media legua de extensión al salir de la cual hay un hato pequeño, compuesto de dos cabañas sin cercado. Entramos en seguida en una sabana lindísima cuya yerba es abundante y de muy buena calidad; allí se respira un aire embalsamado por las exhalaciones, de los naranjos, de que están llenos los bosques vecinos.

Después de caminar como dos horas, nos detuvimos en la finca San Pedro, compuesta de tres miserables chozas, de las cuales una sola está ocupada por los dueños lo que nos obligó a levantar tiendas de campaña

⁹Yamasá, 18 de abril 1947. Informe del Sr. Patricio Ramírez. Dice "(a)–Leyendo y comentando reiteradamente con varios moradores de la localidad la interesante crónica de la ruta seguida por la expedición que nos ocupa hemos llegado al convencimiento de que dicha expedición no tocó en ningún momento de su jornada la jurisdicción comunal de Yamasá, puesto que todas las citas de parajes, llanuras, montañas, ríos, etc., que hace el cronista, corresponden a las jurisdicciones de antiguas comunes de Villa Mella y La Victoria, primero y de la de Monte Plata, hasta Cevicos y Cotuí, por último.

Se deduce, por las citas expresadas, que la expedición partió de Santo Domingo siguiendo el camino que se denomina "To-tierra", rumbo a "La Isabela", cruzando el río de este nombre hasta "Higuero", sección de la antigua común de Villa Mella. De aquí enderezaron rumbo a "Sierra Prieta" tocando luego a "La Bomba", pasando frente a "Mata Redonda", pertenecientes estos lugares a la antigua común de La Victoria, en cuya travesía conservaron un rumbo de suroeste noreste. Cruzaron luego el río Ozama por el sitio que actualmente se nombra "La Tita", llegando a "La Luisa" de la común de Monte Plata, dejando así al oeste la común de Yamasá, cuyo límite establece el caudaloso curso del río Ozama.

(c) La ruta descrita es la que aprovechan desde tiempos remotos los moradores de un sector comunal de Cotuí, incluyendo a Cevicos y numerosas secciones de la parte oeste de la común de Monte Plata, para comunicarse con Ciudad Trujillo". (C.A.R.).

para el destacamento de cazadores que formaba nuestra escolta. Esta finca es notable por su posición, en el extremo de un cerrito avanzado en el extenso valle que forma la cadena casi circular de los lejanos cerros. Allí se cultiva, pero en muy pequeña cantidad y solamente para las necesidades de los habitantes, algodón, añil, cacao y cañas de azúcar. La vista puede extenderse allí a gran distancia, sin otra variedad que la de los árboles de que se componen las selvas que se prolongan hasta la cima de los cerros y aún de los cerros mismos que están amontonados unos sobre los otros y a distancias diversas, en forma de anfiteatro. Se divisa hacia el oeste una lindísima pradera por la cual pasa el camino que debíamos tomar. Durante nuestra parada pasó una recua de diez mulos cargados de café, salidos de Santiago hacia diez días.

Dejamos a San Pedro el 19, después de atravesar la sabana de que acabo de hacer mención; descendimos por un camino muy escarpado y malo, el arroyo Bermejo o arroyo Colorado, después del cual se encuentra un monte muy inclinado, rodeado por la izquierda, de precipicios, de los que se ve la profundidad a través de los árboles que los cubren. Fuimos indemnizados de aquel camino tan malo por una sabana terminada por un montículo y algunos bosquecillos, donde encontramos el agradable perfume de la víspera y vimos piñas silvestres y mirtos. Esta sabana nos conduce a otro monte empinado, rocalloso y cortado a trechos por algunas quebradas: haciendo algunos rodeos y subiendo sucesivamente las pendientes de los montes, llegamos a la cima. Encontramos al subir a ella una vista encantadora a la izquierda, sobre el valle de la Hoya, y sobre una hondonada que los habitantes llaman la Tumba del Diablo; pero, al llegar a la cima que es la del monte Bolloveo¹⁰, el mismo, según toda apariencia, de que habla Mr. Moreau de Saint-Méry, con el nombre de Pardavé, encontramos una vista mucho más amplia.

El general se detuvo en este lugar para gozar del aspecto de un magnífico valle, que comienzo poco más o menos al sudeste y se extiende hacia delante, al volver de la izquierda a la derecha. La ciudad de Monte Plata, nombre que indica *minas de plata*¹¹ debe encontrarse próximamente a diez leguas a la izquierda. En el fondo de este valle, cuarenta leguas del país pertenecen a un solo propietario, don Coca, de Santo Domingo. Primera-

¹⁰Bellavista?

¹¹Este es un error de Dorvo Soulastre. La ciudad de Yaguana fue arruinada en 1591 por Cristóbal Newport, y los españoles, cumpliendo una real orden la demolieron completamente en 1605, al mismo tiempo que a Puerto Plata, Monte Cristi y Bayajá, porque esos lugares habían sido convertidos en puntos de reunión de los contrabandistas. Los vecinos de aquellas poblaciones, cumpliendo la inicua orden, se resignaron a ir a fundar dos nuevas poblaciones en el interior de la isla; Bayagua, cuyo nombre fue formado como parte de las dos palabras *Bayajá* y *Yaguana*; y *Monte Plata* que dio asilo a los vecinos de Monte Cristi y Puerto Plata. Véase *Geografía de la Isla*, por C. Armando Rodríguez, págs. 296 y 297, nota 2ª, José Gabriel García, *Historia*, tomo I, págs. 147 y 148. (C.A.R.).

mente se ve, a la derecha, el Monte Negro o Sierra Prieta; después, como a doce leguas, el Nizao, donde el río de este nombre tiene su nacimiento; los dos montes de Jaina, entre los cuales corren las aguas de este río, y por fin, volviendo al punto de partida, se descubren las montañas de la Paciencia, que tenemos todavía que atravesar. Después de haber descendido por un camino bastante malo, atravesamos una sabana en la que algunos árboles dispersos, sobre una yerba abundante, parecen anunciar unos antiguos cultivos. El camino, limitado de trecho en trecho por montes rodeados de precipicios, hacen el tránsito muy difícil por el número de senderos estrechos y profundos abiertos en una especie de toba bermeja. Entramos en seguida en una sabana preciosa que habíamos visto desde lo alto de las montañas y notamos un coto grande y ganados en mayor número que en los precedentes. Encontramos un río que corría en una quebrada profunda rodeada de monte y después de haberlo atravesado, hicimos alto en un lugar encantador; los más curiosos de nosotros se dispersaron por los alrededores; los más fatigados descansaron¹².

Las comidas campestres que tomábamos en las paradas; el reposo bienhechor que disfrutábamos allí, hubiera debido esparcir en el alma una dulce serenidad; pero el filósofo sensible, el amigo de la humanidad no podían olvidar que ellos iban pisando una tierra en otro tiempo poblada de muchos millares de habitantes pacíficos, y ahora fertilizado por la sangre de aquellas desgraciadas víctimas del fanatismo y de la sed insaciable de oro. Bárbara intolerancia, amor desenfrenado de riquezas. ¡De cuántos crímenes fuisteis la causa y muy a menudo la excusa!

Al reemprender nuestra ruta, encontramos caminos cortados por montes escarpados y senderos difíciles, cubiertos de piedras que hacían la marcha penosa; después de haber atravesado un arroyo, llegamos al pie de uno de esos montes, llamado de la Paciencia. Lo franqueamos a través de los bosques de que está cubierto, por un sendero inclinado, simoso y cortado en la roca, que tenía precipicios a ambos lados. En ese trayecto difícil, la vista descansa un instante en un valle, a la izquierda profundo, tapizado de verdura y adornado con macizos de enredaderas. Pasados esos malos caminos, nos encontramos en un monte más agradable, cubierto de yerbas y de piedras negruzcas, en donde había algunos rebaños dispersos. En seguida

¹²Estas paradas que se renovaban diariamente, me parece que necesitan una descripción particular. El césped nos servía de mesa y mantel y lo más a menudo de asiento; algunas carnes frías, agua de un arroyo cercano, mezclado con un poco de ron o de vino, galletas, y casabe acompañan la comida que se duraba ordinariamente sino un cuarto de hora; se empleaba el resto del tiempo en recorrer los bosques inmediatos o se hacía la siesta en hamacas. Se escogía el lugar con mejor sombra; los árboles sostenían los lechos móviles, donde uno se acurrucaba arrebujándose con cuidado para evitar las picadas de una multitud de insectos, sobre todo a orillas del agua. Dichoso quien pedía ponerse al abrigo por medio de mosquitero de campaña. A la señal de partida todo se recogía, entraba en las banastas y volvía a empezar el viaje. (N. del A.).

no tuvimos más que caminar en bonitos senderos, a través de sabanas pobladas de bosquecillos donde pacían los ganados. Al salir de esta sabana vimos un hato, compuesto de algunas cabañas, que forman lo que llaman la primera Sévigne, hicimos alto en esta finca, en la cual hacía algunos cultivos de algodón, cocos, café, cacao y rosales.

El día 26 dejamos la primera Sévigne y pasamos el arroyo Trorovenia¹³; al salir de la sabana, el camino parecía dirigirse hacia un monte cubierto de bosques; pero se desvía y sigue rodeando el monte. Llegamos, por medio de un descenso rápido y difícil a un gran arroyo llamado Verraca¹⁴, más allá del cual, dejando a la izquierda la segunda Sévigne, atravesamos una bella pradera, salpicada de bosquecillos. Pasamos el arroyo Goguena¹⁵ y algunos bosques, en los que notamos soberbios *mapous*¹⁶ llamados aquí *ceiba*¹⁷. Seguimos nuestro camino por una sabana, alrededor de la cual hay una docena de cabañas que forman la tercera Sévigne y allí vimos un pájaro blanco conocido con el nombre de *Gamla* y que tiene alguna semejanza con el cisne¹⁸.

En la extremidad de la sabana de *Semblac*¹⁹ los miembros de las instituciones constituidas del Cotuí, en número de nueve personas, a caballo, echaron pie a tierra para venir a nuestro encuentro. El general, testimonió a la diputación cuán sensible estaba él por sus atenciones y le prometió, en nombre del gobierno francés, el mantenimiento del orden, el respeto a las propiedades y la libertad del culto. Invitó a los habitantes a permanecer tranquilos y a entregarse a sus ocupaciones ordinarias y les dijo que, hasta la toma de posesión, los franceses vivirían con ellos como buenos aliados y como verdaderos amigos. Los miembros de las instituciones protestaron su adhesión a Francia; volvieron a montar a caballo y nosotros continuamos nuestro viaje acompañados de ellos, y llegamos al Cotuí después de haber atravesado dos sabanas y un lindo arroyo²⁰.

¹³Debe ser la cañada La Travesía.

¹⁴Debe ser el arroyo Barranca, que separa los poblados de Cevicos y los Cajuales.

¹⁵Debe ser el arroyo Guerguén.

¹⁶*Mapous* es el nombre que se da en las Antillas a todos los árboles de madera blanda. (C.A.R.).

¹⁷Este árbol que sirve principalmente para construir grandes gamellas o vasijas redondeadas y poco profundas y a veces de un grosor asombroso. En la hacienda Charitte, cerca del Cabo, existe una Ceiba de dieciséis pies de diámetro. (N. del A.).

¹⁸Debe referirse a la garza. (C.A.R.).

¹⁹Debe referirse a la sabana de San Blas. (C.A.R.).

²⁰Cotuí, 1º de junio 1947. Informe del Sr. P. P. Báez. Dice: "Después de haber hecho expresamente una excursión a los lugares a que se refiere dicho oficio, puedo asegurarle que la ruta seguida fue el actual camino que comienza en el río Payabo (Cevico) en la sección de Arenoso, que es un gajo de monte por el cual se sube, "por un sendero inclinado, simoso y cortado en la roca, que tenía precipicios a ambos lados" y luego se llega al comienzo de la Sabana de la Paciencia. La Primera *Sévigne* no la pude localizar. Desde ese camino se divisa un hermoso panorama desde lometas juntas a la trilla del camino.

"Pasamos el arroyo Torovenia", ese nombre no se conoce, creo que debe leerse *Travesía* que hay una cañada "La Travesía". En realidad "al salir de la Sabana, el camino parece dirigirse hacia un monte cubierto de bosques; pero se desvía y sigue rodeando el monte".

La ciudad o pueblo del Cotuí es poco considerable; las casas, con pocas excepciones, no están mejor construidas que las cabañas que habíamos visto en nuestra ruta. La plaza es cuadrada; la iglesia pequeña y adornada con estatuas o más bien especies de muñecas vestidas e iluminadas de colores²¹.

Las calles son rectas y alineadas tan bien como la plaza; la población es una mezcla de todos los colores; en ella se encuentran algunos pequeños comerciantes franceses. Hay un comandante militar, un alcalde, una jurisdicción particular para las aduanas y un cura.

Encontramos con gran trabajo un pan mal fabricado y pocas provisiones frescas.

Dejamos esa ciudad el 21 y después de haber pasado un arroyo de andar por un camino llano, atravesamos el río Yuna, que corría de izquierda a derecha, ancho y rápido, sin ser, sin embargo, muy profundo. Las orillas, del lado de acá están cubiertas de cañas de azúcar y del otro lado de bosques bastante espesos. Al salir de aquellos bosques atravesamos dos sabanas, llamadas Guantes. La habitación principal está a la derecha, a la entrada de la segunda sabana; es por ahí por donde debe pasarse en la época de las crecientes; esas sabanas pertenecen al comandante actual del Cotuí; y se nos dijo que ellas alimentan próximamente de siete a ochocientas cabezas de ganado vacuno.

“Llegamos... a un gran arroyo llamado Verraca”. No me dieron informe de ese arroyo; el que se conoce es arroyo Barranca que separa el poblado de Cevicos del poblado en formación “Los Cajuales”.

“Pasamos el Arroyo Goguena”, puede ser que este sea el arroyo Gerguén, que queda más acá de Cevicos con relación a Cotuí.

Este mismo sigue la línea telefónica actual.

El camino actual de la vuelta a la Loma de los Palos (Sección de La Cueva-Cevicos), pero, antiguamente el camino era cortando la Loma de los Palos para salir al río Chacuey más arriba del paso actual.

“Un pájaro blanco conocido con el nombre Gamla Gamba”. Todos los informes fueron negativos, posiblemente sea garza.

“En la extremidad de la Sabana de Semblao”. Me parece que dada la pronunciación francesa sea la Sabana de San Blas.

“Llegamos al Cotuí después de haber atravesado dos sabanas y un lindo arroyo”.

Sí. La Sabana del Llano y Sabana de la Seyba, a menos que quiera hacer referencia a la Sabana de los Paralejos en Cevicos y Sabana Grande, de allá, haciendo de estas dos una, y de las del Llano y La Seyba otra. Y ese Lindo Arroyo debe ser Maguaca.

De Cotuí salieron y tomaron el camino real a la Piña, como está demarcado en el plano que les envié, camino que queda al Sur paralelo con la carretera Cotuí-Rincón.

“Atravesamos dos sabanas llamadas Guantes”. La Sabana de Vera de Yuna y la de la Sección de Los Corozos se llamaba antiguamente Guantes, conforme a las noticias suministradas.

“Del lado de acá están cubiertas de cañas de azúcar”. Puede ser un error, lo que siempre ha abundado mucho es la caña brava, que pendonea igual a la caña de azúcar. “Goma”, creo que debe leerse Boma. “Ganas” debe leerse Canas. (C.A.R.).

²¹Las más notables son dos estatuas de la virgen bajo la advocación de la cual está la iglesia; una sobre unas andas que se lleva en procesiones; y la otra de pie, en la parte baja del altar, donde ella recibe, desde muy cerca, las plegarias y las ofrendas de los fieles. (N. del A.).

Al salir de una nueva sabana, pasamos al arroyo Guamitas, más allá del cual está la sabana de Goma²² y a poca distancia, a la izquierda, la hacienda Valverde, perteneciente a un sobrino del autor de este nombre²³. Después del bosque de las Ganas²⁴ se encuentra una finca o ható, llamado *Jiménez* y más lejos, a la izquierda, otro ható, llamado las Palmas, ambas muy bien provistas de ganados; ellos pertenecen, así como el bosque de las Ganas, a don Juan Sánchez. Hicimos alto en esta habitación, que está en un lugar muy agradable, a algunos tiros de fusil del camino de la extremidad más elevada de la sabana, al pie de un monte lleno de bosque, del que está separada por un cercado cultivado, que tiene a la vista por delante varios montes y habitaciones. Uno de nuestros compañeros de viaje mató una especie de culebra, de aproximadamente cuatro pies de largo. El poco cultivo que allí hay no es sino en razón de las necesidades más urgentes de los habitantes de la hacienda.

Después de este alto, vimos, a la derecha y a la izquierda, un gran número de habitaciones en las que se cultiva café y tabaco; allí se crían también, un número bastante considerable de ganados. La hacienda y la sabana de la Piña pertenecen al alcalde actual del Cotuí. Vimos en seguida una reunión numerosa de cabañas colocadas casi circularmente alrededor de las dos bellas sabanas de Jima, adonde llegamos e hicimos alto, después de haber pasado varios arroyos que corrían par cañadas cubiertas de árboles. Antes de llegar a hacer este alto encontramos un correo que iba de Santiago a Santo Domingo. El general Hédouville lo detuvo y le ordenó seguirnos.

Las sabanas de Jima, donde hicimos alto, son llanas y muy extensas; la llanura comienza en el arroyo del mismo nombre; el terreno está lleno de numerosos ganados, pero no se cultiva allí sino en pequeña cantidad, lo que es necesario para la subsistencia de los habitantes, aunque la tierra demuestra una gran fertilidad. Al salir de esas sabanas, el camino se dirige por una llanura, cuya entrada es pantanosa; allí se encuentra un gran número de casas que tienen por principal propietario a don Rola: al entrar allí se encuentran muchos caballos y ganados de todas clases; pero, como en los otros lugares, los cultivos se reducen a lo absolutamente necesario.

Pasamos el río Jima inferior que el Ozama y el Isabela; un poco más lejos están las casas de Ranchillo situadas en una pequeña eminencia de la que se descende hasta la orilla del río Camú.

Fue en ese lugar donde las autoridades civiles y militares de La Vega, en número de nueve personas a caballo, bien vestidas, y de los cuales varios llevaban plumas negras, vinieron a cumplimentar al general, quien les res-

²²Boma. (C.A.R.).

²³Se refiere a Antonio Sánchez Valverde, autor de *Idea del valor de la Isla Española*. Madrid, 1785. (Véase edición de C.T., 1947). (C.A.R.).

²⁴Ganas. (C.A.R.).

pondió en el mismo sentido que a las autoridades del Cotuí; un francés establecido en La Vega servía de intérprete a la diputación.

Después de haber atravesado el río Camú, más considerable que el precedente, entramos en la llanura de Matanza o de Massacre, nombre que le fue dado por haber sido teatro de una sangrienta batalla entre los españoles y los naturales del país. Esta llanura está rodeada de montañas, de las cuales varias forman una soberbia perspectiva, pues se elevan gradualmente en forma de anfiteatro.

Llegamos a La Vega, la que vista de ese lado, parecía menos considerable que lo verdaderamente es, a causa de su situación sobre una meseta inclinada hacia la montaña, la que se divisa muy cerca del otro lado, y de la que sólo está separada por una sabanita y por el río Camú.

Esta ciudad es más extensa y más importante que el Cotuí; la forma es la misma: plaza cuadrada, calles alineadas, y yerba en lugar de pavimento. La iglesia es muy pobre y sólo tiene de notable un retablo de altar que ostenta una alegoría que no presenta ninguna idea religiosa: un hijo, que sale de una nube, está cerca de ser cortado por una mano armada con unas tijeras; abajo una clepsidra, entre una guadaña y una antorcha. Esta iglesia y algunas casas más aparentes, pero que no tenían sino un piso bajo están construidas de mampostería y cubiertas con tejas llanas o encorvadas.

No pueden hacerse suficientes elogios de la acogida que recibimos en esta ciudad y particularmente de los dos hermanos Dorbe²⁵ uno de los cuales es alcalde, nos proporcionaron camas, colchones, mosquiteros; al día siguiente, grandes comidas fueron ofrecidas y servidas con tanto gusto como profusión, y en una de ellas se hizo un obsequio al general de un bajo-relieve en cartón y azúcar, que representaba las armas de la ciudad. Para nuestra partida encontramos un número mayor de caballos que los necesarios para reemplazar los que habíamos tomado en Santo Domingo, pues el deseo de halagar más solícito y el júbilo más vivo y más franco señalaron nuestra permanencia en esa ciudad. Las autoridades que la gobiernan son dos alcaldes nombrados todos los años por un cabildo o consejo electoral, un comandante militar, un cura y su vicario.

Salimos de La Vega por el viejo camino de la derecha, con la intención de visitar la antigua ciudad destruida por un temblor de tierra²⁶. Al salir de la nueva ciudad, pasamos el Camú y entramos en los bosques, donde se ven algunas habitaciones con sus cercados. En el primero de esos bosques se cultivan cañas de azúcar a la izquierda se encuentra Río Seco, después de haber pasado el arroyo de ese nombre, así llamado a causa de la poca abundancia de sus aguas, que sin embargo no se agotan jamás. Hay en ese

²⁵Acerca de los hermanos Del Orbe véase noticia-biográfica en G. Despradel Batista, *Historia de la Concepción de La Vega*. La Vega, 1938, p. 218-253. (C.A.R.).

²⁶Ese terremoto ocurrió el 2 de diciembre de 1562 entre 8 y 9 de la noche, según cartas que se conservan en el Archivo de Indias, y no en el año 1564. (C.A.R.).

bosque un cercado donde se cultiva el tabaco así como en la finca Gologorni que está próxima. Siempre del mismo lado y en una altura está la finca de Quesada. En la parte baja de esa altura, en un lugar marcado con tres cruces de madera sobre un montón de piedras, comenzaba la antigua ciudad de La Vega. El camino, que hasta ese lugar, no había presentado sino algunas sinuosidades sobre pequeños montículos pedregosos se dirige de repente a la derecha por una especie de avenida abierta en el bosque que formaba, según nos dicen, la antigua calle principal de La Vega. Algunos de nuestros compañeros de viaje creyeron reconocer restos de murallas; aún se notan algunos vestigios a poca distancia de las tres cruces; y también se ve en los alrededores los restos de un horno de cal.

La montaña sobre la cual está construido el convento, está cubierta de verdura y separada de otra montaña por una quebrada que es imposible atravesar y cuyo aspecto y sobre todo su profundidad hielan de espanto. Esta segunda montaña es aún más elevada que la en que nos encontramos y difiere de ésta en que aquella está casi enteramente cubierta de bosques. Ambas forman una doble barrera y garantizan de los vientos del sur, que son los más violentos y los más peligrosos en esos lugares, a la antigua ciudad de La Vega, construida al pie de la en que nos encontramos.

El fondo de la llanura del mismo nombre y que se puede comparar a una inmensa cuenca, según nuestra vista nos lo ha permitido, casi por completo cubierto de bosques, los que, a juzgar por la parte que habíamos recorrido, debían ser de la especie más bella y que anuncian un terreno de la fertilidad más grande. Esta llanura está regada por los ríos Licey y Río Verde.

Volvimos a montar a caballo y después de haber dejado a la izquierda algunos hornos de cal y de yeso, seguimos andando, unas veces a la derecha, otras a la izquierda, sobre la parte opuesta del cerro, siguiendo un sendero constantemente tortuoso, que sube, baja y circuye en los cerritos que rodean y padecen servir allí de cortejo al que dejamos. Por fin llegamos a la llanura y alcanzamos el camino que debíamos tomar al dejar La Vega.

En este último trayecto, notamos un cercado muy bien cultivado, a pesar de la pendiente muy inclinada del terreno, y que producía maíz y frijoles, más lejos había minas, en las que se nos dijo que hubo caparrosa en la parte del bosque llamado el Yago²⁷. Seguidamente encontramos lataneros, acacias y zapotes, de la mayor hermosura y a los que asignamos, sin exageración una altura de por lo menos ochenta pies. Por fin, en el momento de entrar en nuestro camino, encontramos una cuadrilla de peregrinos y peregrinas de todas las edades y de todos los colores, que iban a hacer sus devociones al santuario.

²⁷Según Francisco A. Gómez M., este lugar corresponde a Burende. Piensa que al preguntar el nombre del sitio y respondersele "camino de Santiago" (Saint-Yague), el cronista apuntó El Yago. (C.A.R.).

Pasamos dos veces el Río Verde; después de haber atravesado un primer cauce seco, en el cual se derrama en la época de las crecidas. Este arroyo, como ya lo dije al principio de esta obra, es célebre por el oro que se encuentra en sus arenas. Se nos había dicho en Santo Domingo, y nos fue fácil comprobarlo, que casi todos los ribereños trabajan en la rebusca de ese precioso metal, empleando el procedimiento del lavado.

Las mujeres y los niños son principalmente los que se dedican a esta clase de industria. En cuanto a nosotros, sólo notamos al atravesar este arroyo, una gran cantidad de piedras cubiertas de un musgo verdoso, que le ha hecho dar el nombre de Río Verde; en la estación en que lo pasamos, no tenía sino un volumen poco considerable de agua.

Poco después del último paso, divisamos dos habitaciones bastante bonitas, una que era propiedad de Jacinto Malha, y la otra llamada los Caimitos. Admiramos allí muy hermosas matas de café, sembradas al tresbolillo, cuidados y podados en forma de bola como los naranjos de las Fullerías, y en la última un cercado de tierra sembrado de cañas de azúcar, para la irrigación de la cual habían tenido que recurrir a las aguas del Río Verde, que llegaban allí por medio de un canalito construido con ladrillos acanalados, semejantes a los que empleamos para el caballete de los techos y pegadas entre sí con un cemento de la mayor solidez. El resto del terreno cercado de esas habitaciones, además de estar muy bien construidas estaba sembrado de plátanos y de higos, o estaba utilizado en la siembra del maíz y de las batatas.

Ahora entramos en un camino bastante barrancoso, a la derecha del cual hay un bonito valle que nos conduce; por una inclinación muy acentuada a todo lo largo de una quebrada cortada a pico, llena en gran parte de una arena muy fina y pura al arroyo de Puñal, que sirve de límite a la jurisdicción de Santiago.

Más allá de ese arroyo, un cerro muy escarpado, aunque de poca extensión se presenta ante nosotros. Nos fue necesario atravesarlo para encontrar el antiguo camino, a orillas del cual encontramos el cercado y la habitación de Puñal, nombre que toma del arroyo que la riega. La belleza del lugar y el cansancio que sentíamos nos invitaron al reposo e hicimos alto. El cercado de esa habitación es muy vasto y los cultivos son muy extensos, lo que no es común entre los colonos españoles. Frente a la casa principal, hay numerosas palmeras de poca altura, que forman una especie de peristilo del más agradable aspecto. Una parte del cercado está formada por una espesura de arbustos muy tupida, y que son muy espinosos lo que hace muy difícil aproximarse a ellos.

Las separaciones interiores, bien alineadas, y dispuestas en cuadros, están hechas con naranjeros silvestres muy espinosos y tan próximos unos de otros que es imposible pasar la mano por los intervalos. Este cercado está destinado al cultivo del tabaco, de arroz, café y de toda clase de legumbres.

En este lugar fue donde nos entregamos a los encantos del descanso y allí vimos llegar al general Kerverseau, comisario del gobierno en Santiago hoy prefecto colonial en la Guadalupe acompañado de un ayudante. Después de las felicitaciones de costumbre en semejantes circunstancias, montamos nuevamente a caballo y algún tiempo después encontramos al comandante militar español, seguido de cinco o seis oficiales que venían al encuentro del general Hédouville. Las autoridades judiciales y administrativas de la ciudad se presentaron en seguida y después de las arengas, que el calor del sol, entonces casi en el cenit, no permitía encontrar tan buenas como podían serlo, nos encaminamos hacia la ciudad.

Santiago está construido sobre una escarpadura arenosa debajo de la cual corre el Yaque. Se sube allí por dos caminos que se resienten de la posición de la ciudad, y uno de los cuales es barrancoso. Tomamos el camino que tuerce a la derecha; el pueblo de esta ciudad que nos esperaba a la entrada, nos acogió perfectamente bien, aunque los sacerdotes del país, así como todos los de la colonia en general, hubieron empleado toda clase de medios para indisponer a los habitantes contra nosotros. El reconocimiento me obliga a nombrar aquí al Señor Espaillat francés de origen, establecido desde hacía mucho tiempo el Santiago. A la cortesía de sus modales, reunía un celo tan activo y tan hospitalario, que, con la diferencia de los manjares y de las frutas que nos hizo servir, hubiéramos podido creernos como y de vuelta en Europa²⁸.

Santiago es más grande y mejor construido que La Vega aunque inferior a Santo Domingo. La plaza es muy regular; todas las calles alineadas; algunas tienen aceras de ladrillos. Los edificios públicos no tienen nada de notable. La iglesia principal derruida a medias por el temblor de tierra de 1783, iba a ser reconstruida; pero a la noticia de la cesión del país a Francia, los trabajos comenzados se interrumpieron²⁹.

²⁸En un documento de 1797 transcrito por Antoine Michel en su obra *La Misión du Gral. Hédouville...*, p. 94. Dice: "Espaillat, vecino de Santiago, muy rico y poderoso. Es hombre de juicio excelente, debe ser consultado para todos los pasos que dará el gobierno en la parte española; él es el cacique respetado del país y el general puede anunciarle en caso que pueda necesitar de él. En la sección de *Los Melados*, (hoy Provincia de Santiago) estaba la finca de Monsieur Espaillat fundador de la preclara familia de ese nombre en el país, como lo dice justamente el periódico *El Constitucional* (Santiago, 6 marzo 1901). Esa hacienda era una de las de más nombradía en el Cibao. La casa "abrazaba una superficie de 1,500 metros cuadrados y la rodeaba un muro de piedras y ladrillos de altura bastante regular. El arroyo *Los Cedros*, cuyas márgenes fueron fortificadas con dos lienzos de pared, corría por medio de la posesión. Tenía Capilla, taller de Carpintería, herrería, hornos de cal, tejar, fábrica de índigo (añil), alambique, trapiche, enfermería, depósitos para el azúcar y el tabaco, algodón. Una negrada de 500 cabezas componía el personal de la finca". (C.A.R.).

²⁹Santiago, 30 de agosto 1947. Informe de los señores Antonio Paredes Mena, Ricardo Ramírez y Virgilio A. de Peña. Dicen: Parece bastar, para el caso, la presentación de un breve informe, donde se completen y aclaren ciertas circunstancias de la expedición que, en 1798, realizó el General Hédouville. Como detalle de interés sobre el asunto, tenemos a bien insertar la siguiente nota, tomada del *Bulletin of the Seismological Society of America*, pág. 164. vol. 2,

Los caballos pedidos para la partida fueron llegando muy lentamente, de modo que, al ponerse el sol, sólo había para los equipajes, que salieron los primeros y nosotros salimos al día siguiente, a las cinco de la mañana, dejando a nuestra izquierda, a la salida de la ciudad, las ruinas de una capilla destruida por el temblor de tierra de 1783.

El camino se prolonga en un bosque por un cuarto de legua, hasta los límites de la jurisdicción de Santiago. En esta parte de la jurisdicción española, notamos, por primera vez, algunos senderos divergentes que cruzan el camino; pero media legua más lejos encontramos dos caminos muy distintos, uno a la derecha que conduce a Monte Cristi y el otro a la izquierda.

Al salir del bosque donde había algunos cercados cultivados, llegamos a una cuesta muy inclinada y escarpada que conduce al vado del río Yaque. El curso de este río es rápido; pero, aunque más ancho que los precedentes ríos, no es, sin embargo, más profundo.

A la derecha, en la otra orilla, encontramos una sabana y algunas cabañas, y después en un bosque muy extenso, del que no salimos sino después de andar próximamente tres horas y media. La planta conocida en Francia con el nombre de *raqueta*, y las plantas árboles de antorcha y patas de

Nº 3, que dice lo siguiente: “En 1798, Dorvo Soulastre, primer comisario de la colonia, formando parte de la expedición del General Hédouville, hizo un viaje de Santo Domingo a Cabo Haitiano. Llegado a Santiago de los Caballeros escribió lo siguiente: Santiago es más grande que La Vega; la plaza es regular y las calles son rectas. Los edificios públicos no son notables. La iglesia principal, medio derribada por un terremoto en 1783, está siendo reedificada”. Esta Comisión Comunal recorrió con la atención que las circunstancias permitían la ruta seguida por el General Hédouville dentro de la Común de Santiago, y comprobó que desde el arroyo de Puñal, que sirve de límite a la común por esta parte, hasta la ciudad de Santiago, siguió la expedición el camino carretero que va de La Vega a esta ciudad, y que si tuvo que hacer algunos desvíos, esto no alteró sensiblemente la ruta trazada en el croquis anexo. Los nombres de los lugares mencionados en la crónica no han cambiado, pero no así la topografía de la derrota del viaje, aunque no en gran proporción. Los árboles espinosos que vieron en Puñal eran aromos, árboles que todavía abundan en la región. La llegada a Santiago tuvo efecto por el camino conocido hoy por Cuesta de Piedra, y no por la Cuesta Banca (Avenida Duarte), entonces barrancosa vereda.

El Señor Espaillat, de quien se habla, era don Francisco Espaillat, tronco de varias y distinguidas familias de esta ciudad, el cual fue médico cirujano que había venido al país 41 años atrás.

La iglesia de la ciudad, medio destruida por el terremoto de 1783, estaba en el mismo sitio que la Iglesia Parroquial Mayor actual. La ciudad tenía entonces su centro cerca de la Fortaleza San Luis, era de muy poca extensión y formaban sus ejes principales las que son ahora calles San Luis y 16 de Agosto (antes, calle de Las Rosas). Los expedicionarios es casi seguro que bajaron por la última de estas calles, pasaron frente a las ruinas de una capilla que existió en el sitio que ocupa actualmente el Asilo Santa Ana. Luego doblaron a la izquierda, transitaron por la que es hoy Avenida Valerio, bajaron por una cuesta y cruzaron muy probablemente el río Yaque algunos metros más abajo del Puente Yaque, y subieron por la cuesta peñascosa y empinada que conduce a terrenos antaño poblados de tupida vegetación arbórea, donde abundaban los aromos. Más al oeste, pasando por La Herradura, y tomando el camino que conduce a Mao, yéndose “por dentro”, se internó la expedición por regiones donde son abundosos la *raqueta* (euforbiácea de bello aspecto ornamental), los árboles de antorcha” (cayucos) y las “patas de tortuga” (guazábaras)”. (C.A.R.).

tortuga son allí muy abundantes³⁰. Nosotros encontramos algunas un poco antes de llegar a Santiago. Su singularidad llama al principio la curiosidad del viajero, pero después producen cansancio por su monotonía; y al mismo tiempo causan pena al pensar que su abundancia es un signo cierto de la esterilidad del suelo; sin embargo, la variedad, la frescura de los otros árboles indican que hay bastante savia para los cultivos, y el terreno parece, en muchos lugares, muy apropiado para cultivar el añil.

A la salida de los bosques los montes se prolongan hacia adelante; el camino se vuelve a la izquierda continúa por la sabana de Amina arenosa y frecuentemente atravesada por torrentes, la que tiene a la derecha el río Yaque, que no se ve en este lugar y a la izquierda un grupo de montículos verdes, entre ellos el Amina, tiene su curso que a corta distancia desemboca en el Yaque.

Después de pasar el Amina, llegamos a una cuesta torrentosa, desde cuya altura se divisa la aldea de la boca del Amina situada en el fondo. Algunas cañadas y el suelo casi por todas partes cubierto de casquijo, anuncian los estragos de los torrentes. Pasamos en seguida el río Mao, rápido como el Amina y con agua sólo para la mitad del lecho.

Después del alto, dejamos las orillas de este río, dejando los montículos a la derecha.

Después pasamos en seco el lecho torrentoso de una quebrada, y después de una lluvia de media hora atravesamos otro cauce, lleno ya de agua, abundantes y muy rápidas.

Entramos más allá en la sabana de Gurabo, donde hay varias cabañas, en las que pasamos la noche y donde notamos unas sillas hechas con una

³⁰La *pata de tortuga*, al salir de tierra, se parece bastante a la *raqueta*, pero poco después se ve la espiga formarse, crecer, convertirse en un tronco espinoso y regular: sus hojas se alargan se ramifican sucesivamente, y conservan sin embargo, algo de su forma primitiva; otras se quedan con su primera forma y esas son las hojas del árbol, por lo general de un color rojizo, amarillento y que van palideciendo a medida que se abren.

La *antorcha* se forma poco más o menos del mismo modo; es una especie de cirio verde, acanalado y erizado de espinas, que toma, con el tiempo, la consistencia de la madera y forma un tronco regular, de la altura de los otros árboles y a veces tiene cinco o seis pulgadas de diámetro; sus ramas se componen de otras especies de cirios sucesivamente, y parecen los unos sobre los otros de una forma regular. Todas esas antorchas nos parecieron menos grandes y de un verde más pálido que las que se conservan en París, en el Jardín de plantas y que rompen al crecer continuamente las varillas de la especie de torre en que está encerrada. Su utilidad es servir de antorcha, reemplazando al pino, que la distancia de las montañas lo hacen muy raro, lo que les hace dar vulgarmente el nombre de *madera de antorcha*, o candelabro.

La *raqueta*, produce un fruto muy común y muy refrescante para los viajeros, y se llama *manzana de raqueta*; se parece mucho al higo; la primera costra es verde, después se aclara y se convierte en rojo, color de vino, en el lado que está expuesta al sol.

Esta fruta está erizada de espinas extremadamente finas y es preciso ser muy diestro para cogerla y mondarla sin convertir sus dedos en un acericio lleno de esas espinas, que son casi imperceptibles. Bajo esa primera costra que es bastante gruesa, se encuentra una segunda cáscara blanca, mucho más fina y más tierna que la primera, que encierra una substancia blanda, de un rojo vivo, mezclada con granitos como el higo. El gusto de esta substancia es muy agradable, y al mismo tiempo ácida y azucarada. Cuando se come mucho esta fruta la orina se tiñe de rojo; pero de eso no resulta ninguna incomodidad. (N. del A.).

madera extraordinariamente ligera, que se llama vulgarmente alcorcho, o corcho de las Indias, que tiene la singular propiedad de afilar las navajas tan bien como el cuero mejor preparado.

El cauce del Gurabo no es más que un torrente que se llama en la lengua del país un arroyo. Está a la entrada del bosque al borde de la sabana, y lo pasamos a seco; en seguida anduvimos durante más de una hora en un llano cortado por un montículo y después por un torrente; atravesamos seguidamente un bonito arroyo llamado Llano, que corre en un lecho sombreado por un agradable arbolado.

En lo alto de una colina llena de barrancos, se encuentran dos caminos, uno a la derecha que era el nuestro y el otro que conduce a un hato llamado el Hospital, porque en la última guerra los españoles depositaban allí sus enfermos.

A alguna distancia vimos árboles de añil silvestre y más lejos tamarindos.

Después de algunas horas de camino, descubrimos a derecha e izquierda, y a poca distancia los unos de los otros, árboles semejantes a los de la llanura. Toda esa comarca está llena de montículos. En un lugar se encuentran montones bastante grandes de piedras que parecen indicar una cantera. Dos linderos de bellos bosques en un fondo fértil están separados por una llanura árida, donde se encuentran algunas cabañas a medio construir o en completa ruina.

En el segundo de esos bosques pasamos el río Guayubín, que solo ocupaba entonces la cuarta parte de su cauce. Sus bordes son escarpados y cubiertos de árboles muy elevados. Su curso casi circular en este lugar y la bóveda de verdura bajo la cual parece que se pierde, le da un aspecto silencioso y romántico que lo ha hecho comparar a los baños de Diana. Las observaciones hechas en sus orillas hacen suponer que el terreno en que corre ese río, o las montañas en que se encuentra su nacimiento contienen un metal precioso.

De ese lugar tan agradable se pasa a un terreno llano, a menudo cubierto de arena, o árido. El camino asciende entonces a un cerro pedregoso, a continuación del cual se entra en una larga sabana, donde el suelo es negruzco y sembrado de algunas malezas espinosas. Vimos a derecha e izquierda, a alguna distancia del camino, algunas chozas, y después de haber pasado en seco algunas quebradas y el lecho de un torrente, encontramos un numeroso rebaño de carneros y de cabras de tamaño pequeño, moteados de blanco y de rojo leonado. Entremos seguidamente en una llanura circular cuyo suelo es rojizo y ardiente, sembrado de cabañas y rodeado de bosques no muy lejanos.

Una cuesta de arena y de grava conduce al bonito arroyo o río de Maguaca, cuyas orillas son sombrías como los del precedente: un bosquecillo lo separa de una sabana árida, donde, al pie de una colina se encuentra una cabaña con una galería al frente. Se atraviesa de nuevo el bosque para

entrar en una gran llanura donde el suelo es igualmente rojizo, y se extiende hasta el pie de un monte muy elevado, que es necesario subir para llegar al río Chagani³¹: tuvimos en la llanura una vista bastante dilatada; cuando llegamos a la cima del monte, quedamos encantados de la magnificencia del paisaje. A lo lejos se divisan montes que se confunden con las nubes, y la vista se detiene con placer en una habitación bien cultivada, situada en el fondo del valle. Esta montaña está cubierta y parece formada de piedras que tienen la transparencia y las vetas del mármol, y de otras piedras y de grandes capas en hojas verdosas, en la forma de piedras de pizarra, lo que indicaba bastante la presencia de una mina de cobre.

Pasamos en seguida el río Chaquane⁽²⁾, que no difiere de los precedentes, sino en que sus aguas son menos rápidas. Hicimos alto en la orilla opuesta donde encontramos al comandante de Dajabón escoltado por treinta o cuarenta dragones negros.

Llegamos a esta ciudad, después de haber atravesado sucesivamente las cuatro bellas sabanas de Sabana Larga, de Amba⁽³⁾ de Yagua⁽⁴⁾ y de Dajabón, todas separadas por torrentes del mismo nombre que las sabanas. Estos torrentes corren en las cañadas orilladas de bosques, y que estaban secas en el momento en que pasamos por allí³².

Dajabón es un pueblo de poca extensión; no tiene otras fortificaciones sino un foso de tierra defendido por algunos cañones. Dejamos este pueblo

³¹Guayubín, 23 de septiembre 1947. Informe del Sr. Manuel Ventura Martínez. Dice: "Respecto al croquis que me encarga esa superioridad, debo informarle, que según la crónica de ruta, el General Expedicionario Hédouville, hizo su entrada por Valverde, de ahí pasó la cañada que separa esta Común de la de Valverde, pasando a Cercadillo y Piloto, de ahí pasó a Cana, donde está el paraje "El Hospital"; de ahí cruzó la cordillera, cayendo en la sección de Martín García, que es por donde pasa el río que hoy se denomina "Guayubincito"; de aquí cruzó yendo a caer a Las Matas de Santa Cruz, Escalante, y de aquí a Los Ciruelos ambos sectores separados por el río que hoy se denomina "Maguaca". Los Ciruelos es jurisdicción de Dajabón, y Escalante corresponde a la Común de Guayubín. (N. del A.).

³²Dajabón, 9 de octubre 1947. Informe del Lic. Fabio Fiallo Cáceres. Dice: "a) El arroyo o río que figura en la crónica con el nombre de "Maguaca" conserva aún este nombre y el paisaje descrito es el mismo; "b) La sabana árida descrita corresponde a la de "Talanquera", donde está enclavado un poblado rural designado con el nombre de "Los Ciruelos", actualmente Sección de esta común de Dajabón, y su aspecto actual es la que se señala en la crónica en cuestión; c) El arroyo o río "Chabani" no se conoce en el lugar; según el Padre Santa Anna que visitó el lugar, debe ser "Arroyo Grande" que actualmente es afluente de "Chacuey" y que circunda la sierra de "Talanquera", que está antes de llegar a Chacuey y que corresponde en todos los datos geológicos a la descripción hecha en la crónica; d) El río "Chacuane" corresponde en el orden de la crónica al río "Chacuey"; e) Las sabanas descritas con los nombres "Sabana Larga", "Amba", "Yagua" y "Dajabón", corresponden respectivamente en sus nombres actuales a "Sabana Larga", "Esperón", "Sabana Santiago" y "Beller", y los arroyos descritos como torrentes secos que se conocían de conformidad con esa crónica con los nombres de esas sabanas, llevan en su orden respectivos los nombres siguientes: "Macaboncito", que separa la "Sabana de Esperón" de "Sabana Larga", "Jacuba" que separa a "Sabana Santiago" de la "Esperón", y "Guajabo", que separa a "Beller" de "Sabana Santiago"; f) La ruina descrita con el nombre de "Boiery" en la parte haitiana de acuerdo con información ha variado el nombre y se designa "La Ferriere". Aún se conservan ruinas de casas y mamposterías de murallas y fuertes, pero como ciudad o villa ha desaparecido". (C.A.R.).

acompañado del general negro Moisé, sobrino de Toussaint Louverture, comandante del Fuerte Delfín (Fort Dauphin) llamado Liberté que había venido a alcanzar al general Hédouville, con una fuerte escolta y un coche.

El camino, después de haber pasado el río Massacre, y atravesado un bosquecillo, continúa por entre setos bien cortados y alineados entre campos cultivados y bellas y numerosas habitaciones. Encontramos allí por fin la fertilidad secundada por la industria y por todas partes la huella de la actividad francesa y dichosos serían si las ruinas de Boiery³³ Ouanaminthe y otras huellas todavía recientes de las desgracias de la guerra, no hubieren extendido sobre aquellos agradables cuadros una masa de sombra más aflictiva todavía para el corazón que para los ojos!

ALBERT: RESEÑA TOPOGRÁFICA
DE LA PARTE DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO
HABITADA POR LOS ESPAÑOLES (C. 1795)¹

La parte Española de Santo Domingo comprende alrededor de los tres quintos de la totalidad de la Isla. Es muy montañosa, aunque mucho menos que la parte ocupada por los franceses. Su superficie se halla cortada y separada en todas direcciones por cadenas de montañas, que la dividen naturalmente en valles de diversos frescor y en llanuras de sublime belleza. Incontables son sus ríos, y la Naturaleza parece haberlos dispuesto de la manera más conveniente para producir, bajo la mano emprendedora y laboriosa del agricultor, el oro y las riquezas que los españoles buscaron inútilmente durante largo tiempo en el seno de la tierra, cuando ellas se encontraban verdaderamente sobre su superficie.

...Santo Domingo, capital de la Parte Española, es una ciudad bastante importante, edificada en la orilla occidental del río Ozama, en el centro de una llanura de veinticinco o treinta leguas de extensión aproximadamente y una de las más hermosas de toda la Isla...

Toda la espléndida llanura de Santo Domingo, en vez de ser aprovechada para la agricultura, está cubierta en gran parte por hatos, que, desde hace cuatro o cinco años, es decir, desde las desgracias de la Parte Francesa de

³³Dajabón, 7 de octubre 1947. Informe del P. Antonio Valle. Dice: "El río Maguaca pasa por entre Los Ciruelos y Escalante, límite de la Provincia. Chobani debe ser Arroyo Grande, el más importante de los arroyos que corren entre el Maguaca y el Chacuey, del que es afluente. La única altura que en el camino se encuentra en la línea de pequeñas colinas que ahora se llaman "La Sierra", cerca de Sabana Larga. Chacuana es Chacuey. Las tres Sabanas que se citan tienen que ser: Sabana Larga, la llanura de Esperón, prolongación de la anterior, y la llanura de Santiago". (C.A.R.).

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Viajeros de Francia en Santo Domingo*.

Santo Domingo, han propiciado algunas plantaciones de azúcar, café y cacao, pero en módica cantidad, por ser la tierra de esta zona sureña poco fértil, generalmente hablando.

Ocoa es el único puerto de la costa meridional que podría acoger grandes embarcaciones y hasta buques. Está formado por un entrante hacia el Norte, al fondo del cual se encuentra la desembocadura del río Ocoa y de varios otros riachuelos, así como por la bahía y la pequeña ciudad de Azua, edificada sobre un terreno arenoso y casi estéril...

Samaná y Sabana de la Mar son dos pequeños pueblos sumamente míseros, sin agricultura y sin industria, aunque su tierra sea una de las mejores de toda la Isla y susceptible de cualquier especie de cultivo, principalmente del índigo. La bahía de Samaná, que lleva este mismo nombre, es inmensa y de una sorprendente belleza...

El río Yuna, que desemboca en la bahía, es muy navegable hasta 20 leguas tierra adentro. El territorio regado por él es de los más fértiles y sobremanera abundante en maderas de construcción, así como en otras muchas otras cosas que faltan en las restantes partes de la Isla. El Yuna sube hasta la Vega Real...

Puerto Plata es una pequeña ciudad en la parte Norte. Cuenta con un puerto suficientemente cómodo para los buques mercantes, amparado por una fortaleza asaz importante. Su suelo es pantanoso y, por consiguiente, malsano, aunque bastante fértil y abundante en madera de construcción. Sus cultivos reducen a algunos víveres; su comercio, a ganado.

...Al Este de Santo Domingo se encuentran los pequeños pueblos de Monte Plata, Higüey, Boyá, Bayaguana y El Seibo, todos muy pobres. Las inmensas sabanas que los rodean no son tan abundantes en ganado como las otras.

...Muy en el interior de la tierra se encuentra San Juan de la Maguana, ciudad bastante importante. Sus llanuras son las más abundosas de toda la Isla en animales, como bueyes, caballos, mulos, etc. Las parroquias de Neyba, Bánica e Híncha de menos importancia y muy poco pobladas. La agricultura es casi nula en ellas.

En Bánica existen aguas termales altamente renombradas. Parece que la Naturaleza quiso favorecer con el mismo don la Parte Este de Santo Domingo como ya lo había hecho con la Parte Oeste...

En la parte Norte está situada la ciudad de Santiago, ciudad grandemente poblada, en la ribera del Yaque. Su tierra es suficientemente fértil y productiva para cierto tipo de cultivos, como azúcar, café, cacao y sobre todo tabaco, el cual es de primera calidad... La exportación de los productos de toda esta región se efectúa por Puerto Plata, pero podría hacerse con más facilidad a través del río Yaque que, como hemos dicho, es navegable hasta 30 leguas tierra adentro y aún más allá de Santiago, el cual lanza su caudal en la bahía de Manzanillo...

La Vega es menos importante. Esta ciudad queda aproximadamente hacia el centro de toda la Colonia y en medio de la famosa llanura de la Vega Real, que tiene cerca de 35 leguas de largo por 6,8 y 9 de ancho, bañada por diferentes ríos y separada de Santo Domingo por un macizo considerable de montañas inhóspitas. Las maderas de construcción abundan mucho en ellas. Sus terrenos son muy productivos, pudiendo dar cabida fácilmente a 200 ingenios, regables en parte por el río Yuna, que desagüa en la bahía de Samaná; incluso a través de este podrían transportarse los diferentes productos hasta Samaná para llevarlos luego desde ahí a los almacenes de Europa, por ser el Yuna navegable en toda su longitud casi hasta La Vega.

Cotuí es un pequeño poblado sumamente pobre, aunque colinda, con el feraz territorio de La Vega. Tiene abandonada la agricultura, dedicándose por entero al comercio de animales.

M. L. MOREAU DE SAINT-MÉRY: DESCRIPCIÓN TOPOGRÁFICA
Y POLÍTICA DE LA PARTE ESPAÑOLA
DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO (1796)¹

De las Montañas

Santo Domingo posee largas cadenas de montañas, cuya dirección principal es, poco más o menos, del Este al Oeste y las que colocadas a una distancia bastante igual de las dos costas, la septentrional y la meridional, recorren su longitud en esa misma dirección. Estas cadenas de montañas, que se pueden reducir a dos principales, no tienen entre sí un paralelismo constante. De esta doble arista parten cadenas secundarias, las que tomando diversas direcciones, dejan desfiladeros más o menos profundos, que cortan también, en direcciones diferentes, montecillos y cerros contiguos o separados, cuyas direcciones varían; de manera que las montañas secundarias y los cerros y montecillos parecen ser otros tantos contrafuertes dados a las grandes cadenas por la naturaleza.

Es entre éstas y la costa que se encuentran llanuras de diferentes extensiones, sea que se las compare entre sí, sea que se las estudie separadamente. Los contrafuertes que salen de las cadenas principales, se dirigen hacia el mar y dividen también las llanuras en porciones desiguales, las estrechan y las abrigan y llegan algunas veces hasta la orilla, interrumpiendo una superficie llana y sirviéndole de algún modo como límite o como defensa.

Las dos grandes cadenas de montañas se elevan a medida que se alejan de la parte oriental; pero esta progresión, sensible durante casi 40 leguas, se detiene para ofrecer una elevación sensiblemente igual, durante un largo trecho, en la prolongación de esas cadenas, que parecen ensancharse hasta alcanzar la mitad de la banda más estrecha de la isla, que sin embargo se

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Ed. de Santo Domingo, Santo Domingo, 1976.

extiende bastante hacia el oeste, disminuyen en ancho sin por eso disminuir su altura. Pero, hacia esa extremidad occidental, las montañas parecen amontonadas unas sobre las otras. Esta configuración y la altura misma de las montañas es causa de que, a pesar de la vasta extensión de varias llanuras, cuando se ve la isla desde cierta distancia, parece montuosa en su totalidad y su aspecto está muy lejos de responder a la idea favorable que se debe tener de ella. Pero el observador que contempla las cadenas de montañas y todas las estribaciones que de ellas salen como de un tronco principal, para ir a extender sus sinuosas ramificaciones sobre toda la superficie de la isla, ve allí, en cuanto a ella, la causa de su fertilidad, el inmenso depósito en que se acumulan las aguas que los innumerables ríos van en seguida a derramar por todas partes; un medio destinado por la naturaleza, a temperar los efectos de un sol ardiente; a moderar la impetuosidad de los vientos, a variar la temperatura y aún a multiplicar los recursos y las combinaciones de la industria humana; en fin, el suelo destinado a llevar hasta la consumación de los siglos los bosques bien hechos que, desde el nacimiento del mundo tal vez, reciben las propicias aguas que las nubes contienen en su seno; bosques que por su fragosidad son protegidos contra los impulsos del hombre, cuyo genio no es siempre conservador.

Esas montañas encierran además un número infinito de minas de todas clases y no hay persona que no conozca la alta reputación de las montañas del Cibao, en cuyas entrañas, la avaricia española ha enterrado millares de indios condenados a buscar allí el oro que ha sembrado tantos crímenes sobre la tierra.

Es casi imposible hacer una descripción que pueda ser común a todas las montañas de Santo Domingo, porque su naturaleza y su situación varían y que una multitud de circunstancias las hacen diferir entre sí. Así es que, mientras hay algunas en que todo anuncia fertilidad, en las que se contemplan todos los vegetales de la isla, en la que todo atrae o recompensa el trabajo del hombre, otras no presentan sino el horroroso aspecto de la esterilidad y parecen impedir todo acceso, no solamente a la codicia, sino también a la esperanza de crear allí con qué satisfacer las necesidades más groseras. A veces esos dos extremos se hacen notar en intervalos muy limitados, o al menos con diferencias sensibles que forman contrastes de los cuales no puede no dejar de sorprenderse. Es necesario, pues, renunciar a generalidades que exigirían excepciones casi continuas, y limitarse a colocar en los detalles de las descripciones particulares de los diferentes lugares, todo aquello que pueda agregar algo a lo que se refiere a las montañas.

Hay personas que, al examinar el mapa de la América no se limitan a pensar con el Plinio francés, que las islas innumerables situadas desde la desembocadura del Orinoco hasta el canal de Bahamá (islas entre las cuales se pueden citar algunas de las *Granadinas*, que no se ven siempre en las mareas muy altas o en las grandes agitaciones del mar) deben ser considera-

das como las *cimas de grandes montañas cuyas faldas y bases están cubiertas por el elemento líquido*; y que han llegado hasta suponer que esas islas eran las cimas más elevadas de una cadena de montañas que coronaban una tierra cuya sumersión produjo el Golfo de México. Esta opinión no podrá, sin embargo, sostenerse, sino agregando a la desaparición de la inmensa superficie del golfo, la de otra superficie que hubiera unido el Continente, desde Yucatán hasta la boca del Orinoco, a las islas de este archipiélago y aún más, la de una tercera superficie, por medio de la cual esas islas hubieran estado contiguas a la península de la Florida y una tierra cualquiera que las terminara por el norte. Pues no se puede imaginar que esas cimas de montañas hubieran podido por sí mismas terminar un continente; y en cuanto a considerar además, que a los dos puntos por los cuales se deba concebir, según ese sistema, que las dos extremidades de esta cadena de montañas tocaran a la Guayana y a Méjico, no hay cadena de montañas que apoyen la posibilidad de la escisión, la razón acaba por rechazar una idea que hace desaparecer una superficie de varias centenas de millares de leguas, sin que la causa de una catástrofe se indique y sin que la época sea consignada en los anales del mundo.

Pero las montañas de esas islas y con mayor razón las islas mismas y la de Santo Domingo muy particularmente, ¿estuvieron cubiertas por las aguas? No puede dudarse de esto, después de las teorías que nos dejó indicadas el mortal Buffón: paralelismo en las capas; orden extraño a la gravedad específica de las substancias de que dichas capas están compuestas; tales son las pruebas de la acción de un fluido dirigido por las grandes causas que mueven el globo y es principalmente en las montañas, porque sus faldas están a veces expuestas a la observación, donde se encuentra la prueba.

Las montañas de las Antillas y las Antillas mismas, si deben ser consideradas como cimas de montañas, tienen una dirección contraria a la que Buffón designa como la más común en el nuevo continente, puesto que ellas corten de este a oeste, sobre todo desde la isla de San Cristóbal hasta la de Cuba; pues desde la isla de Trinidad hasta la de Nieves, están en su mayor parte dispuestas de norte a sur; pero, en todas las Antillas las montañas apoyan estas observaciones del mismo autor, de que esas cimas de la tierra dividen las islas en el sentido de su mayor longitud, así como los promontorios y las otras partes avanzadas.

Ya he dejado consignado que esta disposición es la de las principales cadenas de montañas de Santo Domingo. Tanto su composición como sus dimensiones varían en ellas; en las unas las cimas son de roca viva, de asperón o de granito y de otras materias vitrificables, y estas cimas desnudas y armadas ofrecen una especie de picos y un aspecto en el que se combinan al mismo tiempo el grandor y la tristeza; en las otras las cimas están cubiertas de una capa vegetal, a veces mezcladas con piedras más o menos duras y más o menos calcinables. En todas las montañas, según que sean más o

menos picadas o más o menos inclinadas, la inclinación de las capas ofrece también algunas diferencias, y es sobre todo en las masas de rocas, de algún modo sobrepuestas, que esta inclinación está sometida a las más grandes variaciones.

Aquí debemos hacer mención de una observación del Señor Adán List², y es que, en muchas montañas de Santo Domingo se encuentran capas de células de políperos, a menudo muy aparentes a orillas del mar o en las faldas de las montañas muy inclinadas. A veces esas células están más o menos llenas o de tierra vegetal o de pólipos mismos en estado de descomposición; otras veces conservan sus cavidades.

El mismo observador quedó igualmente sorprendido con esas masas enormes de piedras ligeras, calcinables y sonoras, a las que en Santo Domingo dan el nombre de *Piedras de Cucarachas* y que forman algunas veces capas o vetas de una misma montaña, en proporciones variables en las que alternan con capas de otras materias. Esas piedras que le parecen formadas con restos de testáceos y de crustáceos, tienen unas veces sus lechos o capas muy extendidos, y otras separados unos de otros. El Señor Adán List piensa que las partes de crustáceos, después de haberse descompuesto habrán servido de cemento a los restos de testáceos y que de la separación de esta especie de betún habrán resultado los hoyos con que están perforadas las *piedras de cucarachas*. La observación general ha probado hasta aquí que las montañas de Santo Domingo tienen por base el granito o el cuarzo. Se encuentran sin embargo altozanos y cerrillos de tierra transportados de un lugar a otro, como el señor Adán List lo ha visto igualmente; pero esas colinas o montañitas secundarias, deben ser consideradas como que tienen por verdadera base, la base del suelo que las soporta; pues ellas mismas no son sino el resultado de las lluvias abundantísimas que arrastran la capa vegetal formada en la superficie de las montañas superiores y de algunas porciones pedregosas y arenosas las han abandonado seguidamente, en algunos puntos en que la inclinación faltó; de modo que ellas formaron los montículos sucesivos en los que se pueden reconocer algunas capas de guijarrillos redondos o porciones de cantos rodados y redondeados y otras capas de arena, vitrificables o calcáreas. Esos montículos y las extremidades de las montañas, tienen también lechos de arcilla o de marga más o menos sólida y la que, por ser grasosa al tacto, toma el nombre de *tierra de jabón*, en varios lugares de Santo Domingo.

Todo habla, pues, en las montañas de esta isla, de su permanencia bajo las aguas del mar y del trabajo posterior de las aguas pluviales. Puede agregarse a estas pruebas, las que se desprenden de la existencia de conchas marinas en las diferentes capas de las montañas. Se las encuentra, sea en la cima de

²Adán List: Observador muy estimable, colono de Santo Domingo y miembro de la sociedad de ciencias y artes del Cabo Francés (Cabo Haitiano). (C.A.R.)

ellas más elevadas o ya a una gran profundidad en aquellas que lo son menos, y sin que su número esté en relación con su mayor o menor alejamiento del mar.

Hay varias montañas de la isla que, por la mezcla confusa de las materias de que están compuestas y por la inclinación singular de sus capas, anuncian que experimentaron grandes convulsiones. Es también muy natural que se impute una parte de esos efectos a los temblores de tierra, a los cuales sabemos que Santo Domingo ha estado siempre sometido; grandes fragosidades, hundimientos considerables; masas enormes cambiadas de lugar y aún derribadas, a pesar de la solidez de sus bases, recuerdan esa causa a quienquiera que contemple esos espantosos resultados. Pero no puede uno evitar el atribuir también una parte de eso a los movimientos volcánicos. A la verdad, no se conocen volcanes en actividad en la isla, porque lo que se dice de erupciones remotas y hasta cierto punto no vistas en las montañas del Cibao, espera experiencias confirmativas. Pero, en muchos lugares (sobre todo entre el Môle y Gonaïves) una lava espesa convertida en tierra vegetal con la acción del tiempo que todo lo cambia, presenta pruebas de volcanes ya extinguidos. Eso es muy particularmente lo que hace ver algunas montañas negruzcas y despojadas de vegetación, en las que la vista descubre aún las trazas del elemento insaciable que quiso devorarlas. Es allí donde un suelo que parece móvil y colocado sobre cavidades a las cuales sirve de bóveda, deja filtrar aguas termales, productos sulfurosos y escorias, que ponen de manifiesto la energía de un agente subterráneo.

Las montañas de Santo Domingo no tienen una gran elevación sobre el nivel del mar y esta elevación puede estimarse en 400 toesas perpendiculares, en la mayor parte de las del interior; pero las del *Cibao*, de la *Selle* y de la *Hotte*, tienen una altura doble y las que las rodean o que forman su prolongación, se aproximan tanto más de una o de otra de esas medidas, cuanto que ellas se encuentren en una distancia más o menos grande de esos puntos principales.

De las Llanuras

Las llanuras que rodean toda esta armazón montañosa o que llenan el espacio comprendido entre ella y la orilla, forman la mayor porción de la superficie de la isla. Esas llanuras tienen su pendiente en dirección desde las montañas hasta el mar, pero de una manera más o menos sensible; de modo que hay algunas que parecen un anfiteatro muy prolongado, mientras que otras parecen sometidas a un nivel casi perfecto.

La calidad del terreno varía, ya de una llanura a la otra, ya entre los diferentes lugares de la misma llanura. Por todas partes el suelo participa de la naturaleza de las montañas vecinas y cuyas ramificaciones colaterales llegan algunas veces, como ya se ha dicho, hasta la costa, donde presentan, unas veces extremidades que se inclinan hacia el mar, o cuyos lados bajan

por declives más o menos suaves, otras veces masas cónicas o alturas cortadas a pico y de tal modo armadas de piedras, que se les da el nombre de costas de hierro (*côtes de fer*), o sean costas de rocas escarpadas y perpendiculares.

Los terrenos contiguos al mar, tienen también lechos de políperos y de restos de animales crustáceos y testáceos. Casi por todas partes se puede reconocer que las llanuras han sido formadas a expensas de las montañas y de lo que las lluvias han arrancado a la superficie de éstas, compuestas también de restos de vegetales. Se encuentran asimismo allí partes arenosas y cascotes o gravas debidas a las degradaciones de las piedras que las aguas han arrastrado igualmente.

Sería, pues, una empresa interminable señalar todas las especies de terrenos de las llanuras de Santo Domingo y la profundidad de las diferentes capas que se pueden encontrar en ellas. En una parte, es una tierra feraz completamente vegetal; en otra es una mezcla de la misma tierra con guijarrillos redondos o con arena; aquí es una masa descompuesta; allá una arcilla pura; a veces una marga perfecta, impropriadamente llamada *toba* y que hace efervescencia con los ácidos; más allá una arena vitrificable que causa el desconsuelo de los agricultores.

Hay también una porción bastante considerable de terreno, que prolonga, hasta cierto punto, la extensión de las llanuras, pero sin aumentar la utilidad de una manera absoluta. Es toda aquella parte, contigua al mar y remojada o cubierta por éste en las diferentes épocas de las mareas (las que no suben, sin embargo, en Santo Domingo sino a *veinte pulgadas* a lo más) y no ofrecen sino recursos muy remotos para los cultivos, si por acaso la industria quiere utilizarlos.

Esta porción acuática es también muy variada, a causa de la proximidad de un río que arrastra muy un limo fértil sin que nadie participe de esta preciosa ventaja. A veces el terreno es fangoso y no tiene otros puntos sólidos que aquellos en que las raíces del flexible mangle se han entrelazado y pueden detener las porciones terrosas que son arrastradas a esos pantanos, o que producen la descomposición de los crustáceos y la de los caracoles, mientras que más lejos es ya un suelo verdadero elevado por sobre el nivel del mar y donde las rizóforas o mangles, los juncos marinos y algunas manchas salinosas en florescencia, anuncian ya un largo trabajo de la naturaleza. En fin, allí se encuentran también espacios en que la tierra está próxima a hacerse vegetativa, en donde hermosos uveros de las orillas del mar, dan la prueba de una verdadera desecación; en una palabra, un suelo que el hombre puede fecundar por medio de zanjas de desagüe capaces de estancar grandes cantidades de aguas que dañan al mismo tiempo la agricultura y la salubridad del aire, porque, miríadas de insectos y de animáculos de que están llenos todos los terrenos cenagosos, mantienen allí, por su descomposición un foco de putrefacción.

Es también fácil reconocer que las llanuras han adquirido una parte de su extensión por la acumulación sucesiva de porciones que la degradación de las montañas han acarreado a todo lo largo de la costa, puesto que a distancia de varias leguas de la orilla, se encuentra en la isla, a ciertas profundidades, capas de sal marina, bancos de conchas y restos de plantas marinas.

De los Ríos

He tenido ya ocasión de repetir que la isla de Santo Domingo es, por lo general, muy bien regada por ríos, arroyos y otras numerosas corrientes de agua. Hay, sin embargo, lugares privados de esta ventaja que nada puede reemplazar en los países cálidos y hablaré de estas excepciones a medida que el orden de la descripción me las presente.

Los ríos no pueden tener un curso muy dilatado, por lo que se ha dicho ya de la conformación de la isla, sobre todo si se calcula el intervalo absoluto que hay entre sus nacimientos y sus desembocaduras; pero esta conformación hace también que sus aguas tengan necesidad de ir serpenteando para buscar una salida entre las montañas que están obligadas a contornear. En esas montañas las aguas corren casi siempre por lechos bastante profundos que la velocidad de su curso ha excavado. Algunas veces un lecho de tierra o de arena de diferentes clases lleva sus aguas; éstas pasan a veces entre peñas y piedras atravesándolas con esfuerzo o filtrándose entre sus intersticios. Por un lado tienen una inclinación poco rápida, por otro se precipitan por un plano muy inclinado y a veces corren en cascada o forman especies de saltos o de cataratas.

Llegada a la llanura, la naturaleza de su lecho cambia con bastante frecuencia, pero pierden siempre allí una parte de su velocidad.

Sería difícil, por lo general, hacerse una idea precisa de lo que esos ríos pueden volverse en sus desbordamientos, por el aspecto tranquilo que tienen en los tiempos ordinarios. Aquel arroyo que apenas llevaba suficiente agua para cubrir los pies a los viajeros, se convierte de repente, con una pequeña tormenta, en un verdadero río en cuya corriente impetuosa no es prudente exponer cosa alguna. Si la corriente llega a romper los diques naturales, va a derramar muy lejos en la llanura, el excedente de sus aguas, causando grandes estragos.

Para poder comprender mejor hasta qué distancia de su lecho, un río puede extender sus aguas, debo decir que las llanuras de Santo Domingo, formadas tal vez en su totalidad, por los depósitos que dejaban las aguas cuando erraban excavando canales que ellas mismas colmaban y volvían a abrir alternativamente, se encuentran en la actualidad con pendientes laterales que salen de las orillas de los ríos que riegan esas llanuras. Resulta de esta particularidad, que el lecho del río está en el punto más elevado de la llanura; de manera que cuando las aguas sobrepasan las orillas, encuentran

de repente una inclinación que las lleva rápidamente a una gran distancia y que las aguas que han sido una vez empujadas fuera de su lecho, no pueden volver a él; la evaporación, o las zanjas y barrancos que esas aguas forman por sí mismas, son los únicos medios capaces de desembarazar la superficie que cubren por más o menos largo tiempo, después de haber acabado de pudrir allí todas las plantas que su corriente no pudo arrancar.

No es raro ver en Santo Domingo, un río que ofrezca en sus dos orillas un suelo diferente, de modo que uno presenta arcilla, por ejemplo y el otro una especie de marga. Se ve también en las montañas, ríos que corren a los pies de rocas cortadas a pico. Cuando los dos lados son de la misma clase, lo que no siempre sucede, y que un camino atraviesa el río para entrar en una garganta, el viajero no puede librarse de experimentar un sentimiento que tiene algo de sombrío, sin por eso inspirar un temor verdadero; y eso es en el momento en que al vadear el río, mide con la vista la elevación de las rocas y considera su pequeñez en esta especie de tumba en la que se encuentra como enterrado en vida. Hay también algunos de esos lugares que son todavía más pintorescos, porque las rocas están encorvadas formando bóvedas hacia el espacio que las separa, de manera que la luz penetra allí con dificultad. Semejante trayecto, realizado durante una de las tempestades de que he hablado, parece tomar un carácter lúgubre y siniestro, y si los que se atrevieron a decir que no había eco en las montañas de Santo Domingo, se hubieran encontrado entonces allí, habrían abjurado de este error y se habrían convencido de que el sonido se repercute allí como en otras partes y que si no produce comúnmente sino un ruido confuso, es más bien a la multiplicidad que a la ausencia de ecos que este efecto debe atribuirse.

Las aguas potables no son todas igualmente buenas en Santo Domingo. La variedad de terrenos por los cuales corren, las sustancias extrañas que encuentran a su paso, la rapidez de sus corrientes, todo influye sobre su pureza. En general, las aguas son más límpidas y salubres en las montañas que en las llanuras; pero, puede agregarse que nadie se ha ocupado bastante en Santo Domingo de la elección de ese fluido, que influye sobre la salud del hombre y por consiguiente sobre la duración de la vida. Esta influencia es sin embargo muy conocida, sobre todo, después que los descubrimientos, de la química, nos han revelado tantos secretos.

Ojeada Sobre los Tres Reinos de la Naturaleza³

El clima de Santo Domingo es extremadamente propicio al desarrollo de todos los seres y hay una prueba continua de ello en los tres reinos de la naturaleza.

³V. Alcocer, *Relación sumaria de la Isla Española...*, en E. Rodríguez Demorizi, *Relaciones históricas...*, vol. I, pp. 193-267. (C.A.R.)

El reino animal, en cuanto a los cuadrúpedos, está casi enteramente compuesto de animales traídos de Europa, pues es sabido que cuando el descubrimiento de la isla por Cristóbal Colón, no se encontró en ella sino cuatro especies de cuadrúpedos⁴ extremadamente pequeños y que han tenido casi la misma suerte que los primeros habitantes de esta isla inmensa.

Santo Domingo tiene los pájaros propios de su clima, además de aquellos que le son comunes con Europa y entre los peces que se encuentran en sus costas hay también algunas clases que pertenecen igualmente a los dos mundos.

En el reino mineral hay particularmente mucha analogía ya que se encuentran minas de hierro, cobre y plomo; pero las de plata, oro y piedras preciosas y aun las de mercurio, dan a esta isla una superioridad en esta materia⁵.

En cuanto al reino vegetal, sería difícil expresar y describir toda su pompa. La naturaleza ostenta las bellezas de Santo Domingo con una actividad continua y una profusión que puede servir para dar una idea de su inagotable fecundidad. Hay árboles, de los cuales algunas especies embellecen también el suelo europeo; que cubren todavía partes incultas de las montañas y también porciones llanas de ciertas partes de la isla. Su utilidad está comprobada por mil experiencias, aunque su alejamiento de los puntos en que pudieran ser empleados no permite siempre recurrir a ellos. La belleza de sus maderas, su dureza, su incorruptibilidad misma, las hace propias para construcción y mobiliario. El arte prueba cada día, con relación a algunas de ellas, que pueden servir para muchísimos usos.

Si se estudian los arbustos, se les encuentra también en grandísimo número, y muchos son preciosos por sus producciones. Ellos producen, así como otros árboles, frutos excelentes y sobre todo de aquellos en que parece que la naturaleza ha colocado ácidos para combatir la facilidad con que un gran calor lleva las diferentes sustancias a la putrefacción.

La riqueza de la vegetación es mayor aún en cuanto a las plantas se refiere. ¡Cuántos nuevos tesoros podría la botánica encontrar en el Nuevo Mundo y en la sola isla de Santo Domingo, en la que una gran cantidad de plantas de Europa han sido naturalizadas, en donde existen en gran número varias que se encuentran también en otras partes del globo y en las que hay que notar esta circunstancia singular, que muchas de las plantas cuyo cultivo constituye su riqueza, no le son propias, sino que han sido traídas de fuera!

⁴Cuando el Descubrimiento de la isla de Santo Domingo, sólo se encontraron en ella cuatro pequeños cuadrúpedos. Frai Bartolomé de las Casas en el tomo 5 de su *Historia de las Indias*, página 301, dice que sólo se encontraron cuatro pequeños cuadrúpedos que eran: el QUEMI, el mayor de todos; la HUTIA, el MOHIC y el CURI.

⁵V. Américo Lugo, *Minas en la Española*. Clío, enero-febrero, 1940.

Se ha llegado también a aclimatar ciertos árboles frutales de Europa, mientras que otros, o por la diferencia del clima, o por falta de cuidado, o por otras causas no estudiadas han continuado siendo únicamente objetos de simple curiosidad. Son también poco a propósito para que se pueda juzgar lo que son en Francia, por ejemplo el bananero y la caña de azúcar del Jardín de Plantas de París, para imaginárselas tal y como son en Santo Domingo.

Es principalmente en las montañas de la isla donde los frutos adquieren una calidad superior. Es también allí donde se encuentran legumbres que por su hermosura y su sabor, podría compararse con las mismas especies de España.

¡Cuánta pena se experimenta al ver que en un país donde la naturaleza hace tanto por el hombre, el hombre, en general, haga tan poco por ella! y es muy particularmente a la parte española que esta observación puede aplicarse.

Para dar mayor interés a lo que tengo que decir de esta última y para asociar de algún modo a los infelices indios con las ideas que inspiran los lugares de donde su raza ha desaparecido, creo debo hablar rápidamente de la división de la isla, en el momento en que Colón vino a traer al Nuevo Mundo, a cambio de sus riquezas, las luces, las artes y los vicios del antiguo.

Extensión de la Parte Española

La parte española de Santo Domingo, que es la más oriental de la isla, tiene, según se puede estimar, sin una exactitud geométrica, pero sí aproximadamente, poco más o menos 90 leguas en su mayor longitud de este a oeste y 60 leguas en su mayor anchura, lo que puede reducirse a una longitud media de 80 leguas y a una anchura media de próximamente 40 leguas. Se tiene, pues, en números redondos, una superficie de 3,200 leguas cuadradas, cantidad muy aproximada al cálculo de Don Antonio Sánchez Valverde, quien ha encontrado, según el mapa publicado por Don Tomás López, 3,175 leguas cuadradas. Hay, con corta diferencia 400 leguas en montañas que tienen, sobre las de la parte francesa, la ventaja de ser comúnmente más cultivables, y de tener aún un suelo que disputa a veces al de los valles; de manera que resta todavía una hermosa y fértil superficie de más de 2,700 leguas cuadradas, dividida en valles y en llanuras de longitud y anchuras diferentes.

Puede repetirse, con Charlevoix, que ninguna otra Antilla como Santo Domingo, podía procurar a los españoles los medios de establecerse sólidamente en estos mares; y con Sánchez Valverde, que Santo Domingo es para ellos una llave del golfo de México; un lugar propicio como punto de escala de todos los buques; un lugar de descanso para las escuadras y las flotas, y un punto naval infinitamente importante. Es de esta cuna de los europeos en el Nuevo Mundo que salieron todas las expediciones que se lo han

sometido y es allí que se preparó la conquista del Perú y la de México y donde se colocaron las primeras bases del poder español en América.

Tantas circunstancias reunidas han mezclado un sentimiento de amor propio a la posesión de Santo Domingo por los españoles: amor propio que no nos perdonará jamás el habernos asociado a esta posesión.

Alrededor de Santo Domingo hay, a pequeña distancia, varias islas, de las cuales algunas pertenecen a los españoles. Estas son: *Altovelo*, *La Beata*, *La Saona*, *Santa Catalina*, *La Mona* y el *Monito*, de las que trataré también después de haberme ocupado de la gran isla.

Lo que he dicho de las montañas, de la isla en general, es aplicable a las de la parte española. A juzgar por el grosor de los árboles y por el espesor de su follaje, estas montañas deben ser de una grandísima fertilidad. Las hay sin embargo que sólo ofrecen un aspecto de desnudez y de esterilidad; pero esto es casi siempre debido a la proximidad de algunas minas, más o menos preciosas y más o menos abundantes.

Las montañas de la parte española son bastante elevadas para atraer allí las lluvias que siguen una periodicidad bastante notable, y sus espesas selvas parecen conservar mucho mayor tiempo los saludables efectos sobre su suelo. Son esas lluvias las que proveen las aguas que son más abundantes en la parte española que en la francesa, y son ellas las que conservan este perpetuo verdor, esta frescura tan suave en un clima tórrido y el brillo esplendoroso de todo el reino vegetal.

Poco más o menos en el punto en que se encontrarían dos líneas, una que fuese de este a oeste, del Cabo Rafael a San Marcos, y otra con dirección de norte a sur, desde Puerto Plata al río Nizao, está el centro de un grupo considerable de montañas, llamado *el Cibao*. Esa es la parte más elevada de toda la isla y donde tienen su nacimiento los principales ríos que la riegan. De este grupo, como de un punto común, salen diferentes cadenas de montañas, más o menos altas, entre las cuales toman su curso muchos ríos. Esas montañas al subdividirse a medida que se prolongan, forman valles y vallejuelos, por donde ríos y arroyos encuentran salida. Podría casi decirse que, toda esta masa montañosa no es sino un solo sistema de montañas, limitado al norte por la llanura de la Vega Real; al este por la bahía de Samaná; al sudeste por la llanura de Santo Domingo; al sur por una parte de la misma llanura anterior y por las de Baní y Azua; al sudoeste por la llanura de Neiba; al oeste por las llanuras de San Juan, de Bánica, de Guajaba, de Hinchá hasta el Dajabón que es por sí mismo la prolongación de una de las ramas del Cibao; y en fin, al noroeste por la llanura del cabo Francés.

La cadena más larga y más elevada del Cibao es la que, de ese grupo, se dirige hacia el Dondón y sigue hasta Port de Paix (Puerto de Paz). Yo la llamo la *primera cadena* para dar mayor claridad a mi descripción y hacerla más fácil de comprender.

Otra cadena muy alta e inclinada, sale del mismo grupo y dirigiéndose al este, va a concluir en el cabo Rafael o de la *Montaña Redonda*; esta es la cadena de Cevico o *la segunda*.

Estas dos cadenas, consideradas como prolongaciones una de la otra, forman la más larga cadena de montañas que existe en la isla, y sirven para dividir en dos partes, la *septentrional* y la *meridional*, la colonia española.

Las llanuras de la parte española tienen una extensión que las nuestras están muy lejos de igualar. Lo que sigue a continuación nos convencerá de ello. Comenzaremos como siempre por el punto más occidental de la costa sur.

La primera llanura española está al pie de las montañas del Baoruco y, en su lado oeste, hacia la punta de la isla Beata, tiene aproximadamente 10 leguas de norte a sur, más o menos 8 de ancho de este a oeste.

Del lado del este de las mismas montañas del Baoruco, dirigiéndose hacia la bahía de Neiba, hay una segunda llanura, cuya longitud de norte a sur, es según se ha estimado, de 15 leguas, por un ancho que varía desde dos hasta seis leguas, a causa de los ramales de la parte montañosa. Esta segunda llanura, que se dirige a lo largo del río de Neiba, va a reunirse a la llanura de Neiba.

La llanura de Neiba, cuyas dimensiones varían, limitada al este por el río de su nombre y al oeste por la *laguna de Enriquillo* y por las montañas que se dirigen hacia Mirebelais, tiene, desde el río de su nombre hasta las fuentes del Pedernales, aproximadamente 12 leguas de este a oeste, por 9 leguas de norte a sur, aunque en algunas partes sólo tiene tres. Ella va por una pequeña garganta y en dirección al norte hacia el *río Seibo*, para unirse con las llanuras de las Caobas, de Bánica y de Farfán, y siguiendo el río de su nombre, gana las llanuras de Santomé y de San Juan.

El río de Neiba separa la llanura de Neiba de la de Azua, que tiene al norte una cadena de montañas. La llanura de Azua se ha estimado que alcanza aproximadamente 12 leguas de oeste a este, desde la desembocadura del Neiba hasta la ensenada de la Caldera, con la misma profundidad. En la ensenada de la Caldera, comienza la llanura de Baní o Vaní, la que, hasta la desembocadura del Nizao, donde acaba, tiene 12 leguas de largo, por una anchura que varía desde 4 hasta 9 leguas.

De Nizao a la punta sudeste de la isla, llamada *Punta Espada*, es decir, en una longitud de 65 leguas aproximadamente, a causa de la forma de la costa, no hay más interrupción que la producida por algunas colinitas cultivables que están entre el río Romana y el del Soco, y que se extienden hasta ocho leguas de norte a sur, y a cinco de este a oeste, estrechando, en esta dimensión, la llanura que por lo general tiene once y aun trece leguas de anchura. Hasta aquí la costa sur. En la costa oriental, la parte llana se prolonga todavía desde la Punta Espada hasta el cabo de la Montaña Redonda o Cabo Rafael, lo que da dieciséis leguas de longitud por una anchura casi igual.

Al partir de la extremidad oeste de esta llanura, se encuentra otra que cuenta 38 leguas de este a oeste, hasta el punto que corresponde a las minas del Cibao, con una anchura variable desde 10 hasta 15 leguas.

De las minas del Cibao hasta Santiago la llanura se estrecha de 2 a 3 leguas y después se ensancha repentinamente y adquiere de 5 a 8 leguas de anchura y sigue hasta el río Dajabón o Masacre, recorriendo una nueva extensión de 28 leguas aproximadamente.

Pero, todo lo que acabo de exponer de las partes planas no completa las de la parte española, puesto que hay también un gran número de llanuras en el interior, cuyas dimensiones son poco considerables en verdad, pero que ofrecen siempre un aumento de terreno llano en el que los cultivos son más fáciles.

También se encuentran en el interior las dos grandes llanuras de San Juan y de las Caobas, que ya he mencionado; la primera unida a la de Santomé, tiene 10 a 11 leguas desde las faldas de las montañas en que nacen el grande y el pequeño Yaque, que ella tiene al este, hasta las montañas que tiene al oeste, y hacia las cuales corre el río Seibo, y una anchura igual de norte a sur. La segunda (la llanura de las Caobas) está después del río Seibo, se extiende 14 leguas en el oeste y tiene de 5 a 9 leguas de ancho en su mayor parte.

Hay también en el interior, las llanuras de Bánica, de HINCHA, de Guaba y de San Rafael y algunas otras, de las que también trataré.

En fin, en toda la costa norte, desde la bahía de Manzanillo y Monte Cristi hasta Samaná, el terreno que es siempre llano, alcanza una extensión de más de 60 leguas, con una anchura de 2 ó 3 leguas.

En esta superficie total de montañas y de llanuras, que tiene, como ya lo he dicho aproximadamente 3,200 leguas cuadradas, en la que están esparcidos 125,000 habitantes, de los cuales 110.000 son libres y 15.000 esclavos, lo que no alcanza a 40 individuos por legua cuadrada. Así, pues, recordando que fray Bartolomé de las Casas aseguró que Santo Domingo contenía tres millones de habitantes, cuando el descubrimiento, número que se cree exagerado y que yo reduzco a la tercera parte, se ve que en la parte española, que forma más de tres quintas partes de la isla, debía haber aproximadamente 700 mil almas, lo que hace más de seis veces la población actual.

...Se cuentan en toda la colonia veintidós ingenios o sean fábricas de azúcar de alguna consideración; pues los otros que hay no valen la pena ni de citarlos aquí; y estas mismas veintidós fábricas, no tienen sino 600 negros entre todas. Fabrican azúcar y jarabe, mientras que las otras, en las que los animales hacen mover los molinos para moler la caña, sin abrigo y al aire libre, a los que se llaman *torniquetes* (trapiches) no producen sino jarabe. Toda esta producción se consume en la isla, y aún en los años de cosechas favorables, los propietarios se ven obligados a renunciar a una parte de sus cosechas, por falta de salida y porque los bajos precios no compensan el

trabajo ni los gastos de la producción. Por la misma razón, son muy pocos los que blanquean su azúcar, con excepción de algunos quintales que dedican para dulces u otros usos del mismo género; pero cuando se presentan ocasiones de vender o de embarcar para Puerto Rico o para España, cosa que resulta muy pocas veces y en pequeñísima cantidad, la buena clase del azúcar prueba la bondad del suelo que la produce, pero nada en favor del arte del fabricante.

Se cultiva también café, pero sólo la pequeña cantidad que alcanza para el consumo que hacen de él algunos habitantes de un país donde se prefiere el chocolate y aún aquellos que viven cerca de la frontera, se abastecen de café con los franceses. Fue el Dondón de donde los españoles recibieron las semillas de café que sembraron. El café crece muy bien en todas partes de la isla y produce mucho, muy particularmente en ciertos lugares altos y montañosos. Sin embargo, el café varía en calidad y en tamaño, según que el terreno sea más o menos elevado o por otras circunstancias locales; pero ese café es siempre bueno y hay lugares que lo producen tan estimado como el de Moka. Se valúa ordinariamente el producto del café en una libra de peso por cada planta.

Es tal la indiferencia que se tiene por el cultivo del algodón, que sería imposible creer que este producto tenga un valor tan a propósito para excitar la industria y que este utilísimo vegetal crezca naturalmente en Santo Domingo y que se encuentre de tan excelente calidad, aun cuando haya crecido sin ningún cuidado. Se produce y crece con muy buen éxito en los terrenos pedregosos, en los que son muy áridos y aun en los intersticios de las piedras.

Desde el principio del descubrimiento de la isla se cultiva en ella un poco de índigo y al finalizar el siglo XVI, se hicieron considerables envíos a la metrópoli; pero este arbusto ha sido víctima de la despoblación y aniquilamiento por el abandono; y los colonos españoles no conocen más de esa planta sino el obstáculo que opone por su producción natural y por sus raíces, a los trabajos mediocres que hay que practicar en los campos en que el índigo se ha propagado espontáneamente.

El tabaco, planta natural de la isla, se encuentra por todas partes. Valverde observa que la anchura de sus hojas excede a la de todos los tabacos de América; que su calidad, generalmente buena, en casi todos los sitios, iguala muchas veces la del tabaco de Cuba o de La Habana; que es tan estimado como éste en las fábricas de Sevilla y que a veces lo prefieren, cuando desean emplearlo en cigarros. Este tabaco adquiere mejor calidad convertido en *rapé*, y cuando se prepara en *rollos* o en *andullos* es muy buscado por los franceses, porque mezclado con otros tabacos, les comunica su calidad por el vigor de su savia. Sin embargo, los españoles se limitaban a sembrar un poco de tabaco en los campos de Santiago y de La Vega y únicamente para el consumo de la colonia y para hacer un poco de contrabando con las islas vecinas.

Pero, después que el rey de España ha alentado este cultivo, tomando una parte del producto, ella ocupa a muchas personas en las dos comarcas mencionadas y en la del Cotuí y es posible que el cultivo se aumente.

El cacao es uno de los productos de que se ocupan más en la parte española. Es planta indígena también y se encuentra en muchos lugares. Según Valverde (del que copio este artículo), en el tiempo del descubrimiento de Santo Domingo, el cacao ha sido, después de las minas y del azúcar, la fuente más efectiva de la riqueza de los colonos. En el siglo XVI no había más cacao que el de Santo Domingo, y esta isla proveía entonces a toda España; y aún había un excedente, que obligó a solicitar de la corte de Madrid el permiso para embarcarlo al extranjero. La almendra del cacao de Santo Domingo es más acídula que la de la provincia de Venezuela y Caracas, a la cual no es inferior, y es de una experiencia constante en las Indias, que el chocolate que se prepara con partes iguales de los dos cacaos, es más delicado que el que se arregla con la almendra de Caracas solamente. Pero este cultivo ha disminuido también como todos los otros. En verdad, los huracanes que se dejan sentir en la parte del sur y en la del este de la isla, son un gran desastre para los cacaotales; ¡hay tantos lugares en que las plantas de cacao se reproducirían de manera extraordinaria recordando así la época en que fueron tan útiles! Apenas hay cacao para el consumo de la colonia, porque desde 1764, que se había llegado a exportar un poco a Cádiz, los vientos han destruido una parte de los árboles que producen esta almendra, cuyo uso es, al mismo tiempo, agradable y sano. Aún se encuentra en la llanura de la Vega Real y en otros lugares de la parte norte, un testimonio evidente de la antigua utilidad que producía este arbusto, es decir, innumerables plantas silvestres de cacao que están en la espesura de los bosques.

En cuanto al achioté o bija, sólo se encuentran vestigios de su cultivo que era muy productivo en el siglo XVI, cuando había grandes plantaciones.

Se puede decir la misma cosa del abandono del jengibre, del que se embarcaban en otro tiempo grandes cargamentos para España; la cañafístola ha corrido la misma suerte.

Hay también en la parte española unas pequeñas fundaciones llamadas *conucos* (lugares cercados para cultivar) nombre que equivalía al de habitación de víveres o plaza de víveres en las islas francesas; es la parcelación ordinaria de algunos colonos de poca fortuna, y más comúnmente de hombres de color o libertos.

Si la rápida descripción que acabo de hacer de los diferentes objetos que pueden ocupar la industria de los colonos españoles, pudiera comprenderlos todos, sería bastante difícil concebir cómo pueden asegurarles su subsistencia y los medios de satisfacer sus diferentes necesidades; pero me falta, precisamente, hablar de una clase de establecimientos que es al mismo tiempo de lo más común, lo más útil y lo más análogo con la costumbre y con el carácter de esos mismos colonos: me refiero a los *batos*.

Un *hato* es una especie de *yeguada*, destinada para la cría de los animales, y se distinguen en la parte española con el epíteto o sobrenombre sacado de la especie animal que es el objeto principal del hato. Y así se dice un *hato de bestias caballares*, un *hato de reses vacunas*, y por fin, se llama *corral*, palabra que significa *cercado, parque*, el lugar destinado a la crianza exclusiva de los cerdos.

La parte española de Santo Domingo tiene gran abundancia de bueyes, caballos, ovejas, cabras, asnos, y cerdos, que se han propagado de una manera tal, que los primeros escritores españoles sobre la América, hablan de eso con una verdadera admiración.

Oviedo decía en 1535, cuarenta y tres años después del descubrimiento de Santo Domingo, que las vacas, cuyos primeros ejemplares vinieron de España, habían llegado a tal cantidad, que algunos buques volvían cargados con sus cueros, y que a veces sucedía que empezaban a matar a lanzazos, hasta quinientas, solamente para utilizar los cueros. Con un centavo se podían conseguir cuatro libras de carne, una vaca preñada por un peso y tres cuartos; un carnero por la octava parte de un peso. Oviedo, que asegura haber vendido menos caro algunos animales de su hacienda, agrega que muchos rebaños de ganado de cerda y de lana, se habían convertido en animales cimarrones en los bosques.

Ahora bien, si en la época en que hablaba Oviedo, había ya semejante excedente, cuando la colonia estaba más llena de indígenas y de europeos, al no haber cesado de disminuir el número de consumidores a causa de la decadencia y despoblación existente desde hacía tiempo, los rebaños se habían vuelto cimarrones y se habían multiplicado a tal extremo que cubrirían hoy, hasta cierto punto, toda la superficie de Santo Domingo.

Sin embargo, los hechos están muy lejos de responder a este cálculo; hay siempre muchos hatos, y éstos forman, como ya lo hemos dicho, la clase más numerosa de establecimientos españoles. Estos hatos varían en extensión y por el número de sus animales; pero en general contienen un espacio desproporcionado para el uso a que se dedican; lo que prueba cuán poco precio se da a las posesiones territoriales, casi sin utilidad para los españoles. Hay hatos que ocupan en la actualidad varias leguas y sin embargo sólo contienen cuatrocientas o quinientas cabezas de ganado y a veces menos.

Esos terrenos son inmensas sabanas o praderas naturales, en las cuales hay, sin embargo, algunas partes de bosques, y de éstos, uno está, a menudo, en la extremidad del hato, de modo que ese bosque, que se llama *venerie* (montería) pueda ser común a otros hatos limítrofes. La montería que puede servir de guarida a los animales durante los grandes calores, tiene también por objeto atraer a los animales montaraces, cuya caza sustenta a los colonos.

En esos espacios considerables, los animales se separan en rebaños llamados *hatas* o *puntas* y *pastan* lejos unos de otros; cada *punta* está some-

tida a la influencia de un *padrote* (caballo padre) o de un *toro* semental que no soporta que otro padrote o toro de otra *punta* se mezcle con la suya. Y a pesar de esta especie de asociación, sucede, sin embargo, que o doce animales se dispersan en una superficie de cuarto de agua o de media legua.

Esta gran divagación que produce, en el carácter mismo de los animales cambios sensibles, ha hecho, como lo dice Valverde, que los *bateros*, los han dividido en cuatro clases, a saber: *los corraleros*, *los mansos*, *los extravagantes o alzados u orejanos* y *los montaraces o bravíos*.

Los animales *corraleros* forman la clase menos numerosa; son aquellos que se han criado en los alrededores de la casa y entran sin dificultad en los parques donde pueden ordeñarse las vacas.

Los animales *mansos* son los que se alejan poco de la casa; que van formando rebaños y que entran en los patios y corrales, cuando los cercan y los dirigen a esos puntos.

Los *extravagantes*, *alzados u orejanos* se alejan mucho de la casa y van siempre separados unos de otros.

Los *montaraces o bravíos* viven en las partes más retiradas de los bosques y de las montañas.

Baoruco y sus Cercanías

El lugar situado más al occidente de la frontera española, en la costa o banda del sur, es la desembocadura del río *Pedernales (Guijarros)*, llamado por los franceses *Río de Anses a Pitre (Ensenada de los Payasos)*. En la parte oriental es donde desaparece este río varias veces y en el lugar más alto de su curso es donde están las montañas elevadísimas del Baoruco o sean del Maniel, que no forman parte de las sierras del Cibao, puesto que se dirigen casi de norte a sur, hacia la laguna salada y la laguna salobre, donde encuentran ramificaciones de las cadenas salidas del Cibao y que vienen hacia Mirebalais. Las montañas del Baoruco son extremadamente fértiles; forman, al extenderse hasta el mar del sur; una punta que si se prolongara iría a pasar muy cerca del punto más oriental de la islita de la Beata.

Valverde informa, respecto de estas montañas, cuya temperatura elogia, que cuando don Manuel de Azlor, presidente de Santo Domingo (después virrey de Navarra), vino una vez allí para perseguir a los negros fugitivos, hizo levantar tiendas en su campamento durante la noche y que él se cubrió con hojas de las coles que los negros cultivaban. Esta localidad, donde todo anuncia la existencia de minas de oro, puesto que las aguas arrastran pepitas de ese metal y arena mezclada con ellas, ha sido siempre, desde hace ochenta años, el asilo de los negros fugitivos, españoles y franceses, los que, a veces en sus incursiones, han cometido atropellos en la parte francesa que les vecina. A pesar de los ataques repetidos, que los han dispersado varias veces; a pesar de que una cédula del rey de España del 24 de octubre de 1764, autorizaba al presidente español a proponer a los negros de esta na-

ción, reunirse en los lugares que se les indicara para formar caseños, donde serían considerados como libertos, ellos han preferido siempre esta vida vagabunda, y la naturaleza de las montañas en donde forman sus asilos, y muy particularmente la poca población del territorio español, les han proporcionado siempre la facilidad de mantenerse allí.

...En todo lo largo de la costa al oeste de esas montañas hay muchas puntas y ensenadas. El nombre *Anses a Pitres* es la denominación común de esta extensión de la costa desde la *Punta de los Lazos* (Pointe des Piéges) que está a una legua al oeste de la desembocadura del río Pedernales y por consiguiente en el territorio francés, hasta el *Cabo Falso*, lo que forma una extensión de casi doce leguas.

Los grandes buques pueden fondear a media legua frente a la desembocadura del río de Anses a Pitres y los pequeños mucho más cerca. Este río, cuyas aguas son de las mejores de la isla, es bastante importante pero no navegable. Nace en la parte septentrional de las montañas del Baoruco. En tiempos de guerra algunos buques de línea y corsarios ingleses hacen largas estaciones en ese lugar y a veces construyen barracas en la parte llana oriental del río, y allí permanecen meses enteros. Los bueyes, los cerdos y cimarrones y la caza, les proveen una alimentación sana y abundante; aunque cubiertos y ocultos por el cabo Falso y por la Beata, tienen sin embargo, vigías que divisan hasta muy lejos y hacen así la guerra con gran comodidad, puesto que tienen alimentos, agua, leña y un buen punto de observación.

Después de la desembocadura de este río y yendo hacia la parte española, se encuentran el río y la ensenada del *Troujacob* (Hoyo de Jacobo) y después la punta del mismo nombre. Esta punta, como las que la preceden en *Anses a Pitres*, está festonada por una costa brava (pedregosa) de cerca de trescientas toesas de anchura que la limita por completo. Pero de la punta o derrocadero de Trou-Jacob comienza una costa brava continua que llega pronto a Cabo Rojo. Entre éste y la punta de *Bóvedas de Abajo* o de las Agujas está la Ensenada *Ruosselle*.

Después de la punta Agujas o Bóvedas de Abajo se encuentra una ensenada magnífica, llamada *Ensenada de las Aguilas* o simplemente *Ensenada sin Fondo*, donde pretenden algunos que los buques pueden ir a amarrarse en tierra. Hay también otro fondeadero llamado *Ensenada Tomás*, antes de la punta *Chimaché*, que protege la ensenada de las *Aguilas* o *Sin Fondo*, al sur; y después de la ensenada Tomás está el cabo Falso, que algunos mapas confunden equivocadamente con la punta Agujas.

Desde el cabo Falso, en donde la costa comienza a dirigirse hacia el este, hasta la punta de Baoruco, se puede pasar por el canal entre la Beata y la isla grande, con fondo de seis a nueve brazas, dejando al sur los islotes de la Beata, pero esta profundidad se reduce a menos de tres brazas cuando se está sobre un alto fondo que sale de la Beata y que corre al norte. Desde el cabo Falso hasta el cabo Baoruco la costa es acantilada y muy alta, es

decir, que tiene desde 80 hasta 160 pies sobre el nivel del mar. Esa costa ofrece, sin embargo, la ensenada a *Burgaux* (*Burgados*), *el Trou du Guet* (*Hoyo del Acecho*), la ensenada *des Truyes*, donde la costa se dirige al sudeste y por último, la ensenada *des Vases* (*de los Légamos*) que precede a la punta del Baoruco, llamada también punta o cabo de la *Beata y cabo Falso*; este es el punto más meridional de toda la isla de Santo Domingo y donde concluye la costa peñascosa que empieza en la punta del Trou-Jacob.

Para que no se forme una idea falsa de la localidad, en la que indico una costa escarpada y algunas ensenadas, es indispensable decir que esas ensenadas están formadas por cantidades de arena y tierra que están entre la orilla y la costa peñascosa, y que esta última forma unas especies de ostras por el lado del mar.

Al hablar de las llanuras de la parte española, he dicho que había, al pie de las montañas del Baoruco y a partir de la punta de la Beata, dos llanuras, una de las cuales, la del oeste, tiene aproximadamente 80 leguas cuadradas⁶ y la otra, al oeste, aproximadamente 60. Las ochenta leguas de la primera, limitadas al oeste por la parroquia francesa de los Cayos de Jacmel, son muy apropiadas para toda clase de cultivos, sin hablar de las partes montañosas circunvecinas, en las que la siembra del café tendría muy buen éxito. Se puede suponer que esa preciosa extensión sería suficiente para ciento cincuenta ingenios de azúcar de más de trescientos cuadrados (*carreaux*)⁷ capaces de emplear treinta mil negros y dentro del número de estos ingenios, estimado que no puede considerarse exagerado, cerca de la mitad estarían a no más de cuatro o cinco leguas del mar. Ya se puede suponer cuán favorable sería esta llanura para el cultivo de otros productos, como el añil, el algodón y el tabaco.

El cálculo que se acaba de hacer, establece también que en la segunda llanura del Baoruco, situada al éste, se podrían tener igualmente más de cien ingenios de azúcar, en los que se emplearían veinte mil negros. La fundación de ingenios en esas comarcas cambiaría en colonias civilizadas, a los esclavos fugitivos de que he hablado.

Al este de las montañas de Baoruco está el río Nayaucu; después el cabo Mongón que está a 2,500 toesas de la punta Baoruco. Del cabo Mongón, siguiendo la costa que se dirige casi al norte, se llega a un puertecito llamado por los españoles mismos el *Petit Trou*, nombres evidentemente francés, como varios otros que ya he citado después del río Pedernales y que serían más que suficientes para probar que los franceses estuvieron establecidos

⁶La *legua* de que se trata en esta obra es una extensión de dos mil toesas de diez pies franceses cada una. (C.A.R.)

⁷*Carreau*: (cuadro). Extensión de terreno que en Santo Domingo comprendía cien pasos de tres pies y medio en cuadro. El cuadrado de Santo Domingo tiene aproximadamente tres fanegas. La fanega es el espacio de tierra en que se siembra una fanega de trigo (55 1/2 libras). (C.A.R.)

en esos lugares. El Petit Trou (el Hoyito) es poco profundo y sembrado de escollos; pero como este cantón abunda en cacería, está constantemente frecuentado por los cazadores, que se llaman también *monteros*, por el nombre de la clase de bueyes *montaraces* que ellos persiguen, u *orejanos*, porque esos bueyes no tienen las orejas cortadas, a diferencia de los *corraleros* o *mansos*. Algunos barquitos de la ciudad de Santo Domingo, vienen a veces a este puerto para buscar la carne y manteca (*saindoux*) que ha producido la caza. Por estar deshabitado, cazan a veces en el Petit Trou. Este puertecito podría utilizarse para embarcar maderas y otros productos que las comarcas circundantes pueden producir.

Neiba

Del norte del Petit Trou, yendo hacia la desembocadura del río Neiba, se encuentra la bahía de Neiba, situada entre las montañas de Baoruco y las de Martín García; ella tiene también el nombre de *Bahía Juliana*. Grandes buques pueden fondear allí; pero si las diferentes bocas de ese río (la mayor parte de las cuales varía anualmente) se reunieran en una o dos bocas solamente (lo que no sería muy difícil conseguir) el río sería navegable varias leguas por los buques que actualmente están obligados a quedarse en la bahía. Habría, además; la ventaja de que podrían entrar hasta muy lejos, río arriba, lanchas o barcas chatas. El río de *Neiba* (palabra que en español significa *blanco, blanca*), nace en las montañas del interior de Santo Domingo, cerca de las montañas del Cibao. El río se dirige, durante varias leguas, al oeste; después se hace considerable y vuelve su curso al sur en el valle de su nombre y después de haber recogido muchos otros ríos, grandes y pequeños, desemboca en el mar por siete bocas diferentes.

La llanura o valle de Neiba, tiene aproximadamente 80 leguas cuadradas de superficie. El río de su mismo nombre y algunas montañas, la separan, al este, de las llanuras de Azua y de Baní o Vaní, mientras que tiene por límites al oeste, el río de las Damas y la *Laguna Española*, llamada también *Laguna de Jaragua* o *Lago de Enriqueillo*, designado en las cartas francesas con la expresión de *Riquillo*. Digamos respecto a esto, que ese nombre de Enriqueillo o *Pequeño Enrique*, le viene del cacique Enrique, que encontró un asilo en la isleta que hay en medio del lago, durante el tiempo que los españoles llaman su *rebelión*. Se ve también, a alguna distancia de allí y en el extremo de la parte francesa, y yendo hacia el mar, restos de un antiguo atrincheramiento semicircular, apoyado en una montaña en cada extremo y guarnecido en la parte interna de pequeñas zanjas que se tocan y que sin duda servían para sostener el atrincheramiento. Las cavernas vecinas están llenas de osamentas humanas amontonadas. La llanura de Neiba es sumamente fértil y propia al comercio, a causa del río que tiene un gran caudal. La caza allí es también tan útil como agradable. Las aves se multiplican de una manera muy rápida y esta parte parece ser el asilo de los flamencos y

los faisanes, que andan en bandadas y se encuentran por todas partes y principalmente en los lugares donde hay agua. Es también allí donde se encuentran los pavos reales o pavos empenachados (mezcla del pavo blanco y del pavo de color) muy estimados, porque son de un sabor más delicado que los pavos ordinarios y porque las bellezas de su deslumbrante plumaje, exceden a las de la misma ave en Europa.

Esta llanura sería bastante para establecer allí más de 150 trapiches, la salida de cuyos productos se haría fácil por medio de ese gran río que los franceses tuvieron durante largo tiempo como límite de sus posesiones y quienes han deseado siempre verlo adoptar como límite, que dejaría de algún modo, a su industria una nueva y segunda colonia francesa que fundar e inmensos productos que cosechar. Pero esta esperanza ha sido defraudada y ese lugar tan rico, donde la naturaleza no puede mostrar su fertilidad, sino con magníficos follajes y con el grosor de sus árboles, no es más que un desierto.

Hay, sin embargo, a nueve leguas aproximadamente del río de Neiba, un poblado llamado también con el nombre de Neiba, que contiene poco más o menos doscientas casas y que puede dar trescientos hombres de armas. El terreno entre el pueblo y el río es salino. Hay quince leguas del pueblo de Neiba a la ciudad de Azua y el camino que las comunica y que atraviesa el río Neiba está en parte entre montañas áridas que se prolongan hasta a dos leguas de Azua.

Yendo del pueblo de Neiba, hasta el punto en que la línea fronteriza corta la laguna del Fondo (*Etang Saumatre*) hay aproximadamente dieciséis leguas. Se hace esta distancia rodeando uno u otro de los lados del lago de Enriquillo, del que se encuentra el extremo sudeste, a poca distancia después de dejar el pueblo de Neiba; el sendero de la orilla sudoeste, está encerrado por una montaña que la acerca al lago. Se llega al cuerpo de guardia español, del lugar llamado *El Fundo* y cerca del cual está la casa del comandante de esta frontera; allí está la laguna del Fondo o *Saumatre*, atravesada por la línea fronteriza. El sendero toma también los dos lados de esta nueva laguna, llamada por algunos *laguna de Azuey*, pero por su derecha, el camino es intransitable a caballo, mientras que por el otro lado es mejor, pero este último es el más largo.

Por este camino de las lagunas y por el pueblo de Neiba es por donde se tiene comunicación de *Port-au-Prince* (Puerto Príncipe) a la ciudad de Santo Domingo, pasando por Azua, Baní, etc. Ese camino es de 69 leguas pues se cuentan 14 desde el cuerpo de guardia del *Fundo* hasta Puerto Príncipe. Para acortar un poco el camino y sobre todo para hacerlo menos desagradable, se puede atravesar la laguna del *Fondo* en bote.

Es a propósito observar que no fue sino en 1730 cuando los españoles fundaron trabajos al oeste del río de Neiba, época en que los franceses tenían ya algunos lugarejos ocupados en esa parte.

El territorio de Neiba tiene una especie de yeso y además algún talco, sustancias éstas que se encuentran también en varios otros lugares. Hay en esa región un montículo de sal marina fósil, que los españoles emplean mucho en los usos domésticos, y que la naturaleza reproduce con tal rapidez, que una excavación ordinaria se vuelve a llenar completamente al cabo de un año.

Azua

Después del río de Neiba, empieza el territorio de Azua, que tiene el territorio de San Juan de la Maguana al noroeste; el de Neiba al oeste; el mar al sur; Baní al este y al norte de las partes montañosas, las que se prolongan también detrás del territorio de Baní.

Esas montañas pertenecen a la tercera cadena, que, saliendo del Cibao va a seguir la orilla izquierda del Yaquecillo, en la dirección del sudoeste, éste por su orilla opuesta, al este, extiende sus aguas desde la desembocadura del Neiba hasta Nizao. De esta cadena, una de las más extensas y más altas, sale una gran cantidad de estribaciones dirigidas al sur, las que dejan, entre ellas y el mar, las llanuras de Azua y de Baní, con algunos intervalos más o menos anchos. Esas cadenas secundarias, de las cuales las más considerables son: 1º las dos que forman el valle de Azua en esa parte y que terminan cerca de la ciudad; 2º la que costea la orilla derecha del río Ocoa y termina en la *Ensenadita de Ocoa (Petite-Anse d'Ocoa)*; 3º la que termina en la meseta de la Cruz; 4º y por último la que va a detenerse en el Cerro de la Vigía de Baní y que separan los ríos Tábara, Bía, Sepisepi, Ocoa, Baní y Paya que se encuentran en el orden en que han sido nombrados, yendo del oeste al este, con un gran número de cañadas intermedias.

El territorio de Azua está atravesado por un camino que comienza donde termina el territorio de San Juan de la Maguana, en el paso del río Yaquecillo, cuyo nacimiento está en el Cibao, muy cerca del nacimiento del Gran Yaque, sobre cuya orilla izquierda está la cadena de montañas de que se acaba de hablar y que corta el camino, como se verá en seguida.

El camino atraviesa el río Yaquecillo (que tiene siempre mucha agua), muy cerca de su desembocadura en el Neiba y va en seguida por el llano a encontrar a un cuarto de legua el hato de *Bitta al Pendo (Vital Pando)*. Una legua más lejos está el hato del *Río Salado* y a algo más de un cuarto de legua de éste, se pasa el riachuelo *Salado* que se echa en el Neiba, muy cerca de allí, y desde el cual hasta el Biajama, donde se encuentra siempre agua, se cuenta más de una legua. Entre los arroyos Salado y Biajama, pero más cerca de este último, el camino atraviesa una cañada, que baña por un lado un cerro que el río Biajama baña por el otro. Se sube este cerro, después se vuelve a bajar hacia el Biajama que es precedido a poca distancia por el hato de su nombre, y que se pasa no lejos del punto en que desem-

boca en el Neiba; de manera que el camino que describo se acerca al Neiba y lo sigue hasta el paso del Yaquecillo.

Desde el arroyo Biajama, el camino sube y después desciende para encontrar la cañada que se llama el Môle que está a más de tres cuartos de legua de Biajama; el camino se aleja entonces del Neiba, el que en su curso se subdivide frecuentemente en varios brazos. De la cañada del Môle se sube como media legua para llegar a la cima de *El Puerto*, prolongación de la cadena que viene del Cibao, que se extiende a todo lo largo de la orilla izquierda del Yaquecillo. *El Puerto* está a menos de la orilla izquierda del Yaquecillo. *El Puerto* está a menos de una y media legua del río Biajama. En seguida se baja la montaña y adelantando aproximadamente mil quinientas toesas, se entra en el arroyo *Sangosto* que se sigue y que se atraviesa varias veces durante media legua hasta su confluencia con el torrente de *Tábara*. Desde ahí el camino gana un poco a la derecha y se toma el torrente de *Tábara* que se sigue por casi dos leguas hasta el hato de su nombre, que está a tres leguas largas de la cima de El Puerto.

El torrente de *Tábara* es muy considerable y rápido y desemboca directamente en el mar; su lecho tiene hasta 60 toesas de ancho en muchos lugares, con un encajonamiento desde 12 hasta 15 pies de profundidad casi a pico. No se ve en él agua sino en los tiempos de lluvia o de borrascas; pero tiene algunas fuentecitas sobre el hato de *Tábara*, las que se reúnen en los puntos inferiores, y sirven de abrevadero a los animales. El camino pasa por diferentes brazos secos y demasiado pedregosos. El hato de *Tábara* está en la orilla derecha del torrente, en el punto a donde llega el camino que conduce a Puerto Príncipe. Del Biajama a *Tábara* el camino se llama *cascajal*, nombre dado por los españoles a todos los caminos pedregosos, y desiguales como el que nos ocupa.

A cinco cuartos de legua después del hato de *Tábara*, se deja el lecho del torrente y aproximadamente a otros cinco cuartos de agua se encuentra un camino que conduce a la bahía de Neiba. Media legua más lejos está el río Jura, sin agua, que se encuentra a más de media legua de la ciudad de Azua, de la que me ocuparé muy pronto.

Inmediatamente después de haber atravesado la ciudad de Azua, se encuentra el riachuelo Bía o Vía y dos leguas más lejos se encuentra un camino que cruza la carretera y que sirve de comunicación a algunos hatos. Hacia la mitad de este lugar, se deja a la derecha un cerro bastante elevado y que se extiende hasta el mar, una legua más lejos y después de haber pasado dos cañadas, está el arroyo Sepisepi, a media legua del cual comienza la sabana del mismo nombre. Esta sabana puede tener un cuarto de legua de longitud por trescientas toesas de anchura y su forma es poco más o menos oval. Después siguen bosques formados por palmeras, llamados *Palmar de Ocoa*, que llegan hasta el río de este nombre, es decir, en una extensión de tres leguas.

A una media legua escasa, después de haber dejado la sabana de Sepisepi, el camino llega a la orilla del mar y sigue la costa (que es de arena y de guijarros) durante más de legua y media, después de las cuales se encuentra la sabanita de Ocoa que llega casi al mar. Todo el espacio en que el camino sigue la costa, es una escarpadura de 15 a 20 pies de altura, que no deja entre ella y el mar sino una playa estrecha de 8 a 10 pies de anchura, que forma el camino, lleno de gruesas piedras que lo hacen muy incómodo. Esta escarpadura tiene por encima una pendiente menos rápida, que es el respaldo de una cadena secundaria de montañas que vienen del Cibao.

Un cuarto de legua después de la sabanita de Ocoa está la horquilla que forma con el camino, una comunicación que conduce en la bahía de Ocoa, al fondeadero de los buques españoles, a 700 toesas de distancia del camino. Avanzando un poco, se ve a la izquierda y cerca del camino, las ruinas del antiguo ingenio de azúcar Zuazo, del que hablaré más adelante. A una media legua de allí está el paso o vado del río Ocoa, que el camino alcanza alejándose aún más de la orilla de la bahía y rodeando la montaña, por cuyas faldas corre este río y que es el extremo de la cadena secundaria que viene del Cibao y de la que acabo de hablar.

Aquí termina el territorio de Azua, sobre el cual tengo todavía muchos detalles que dar, antes de entrar en el de Baní.

Al doblar la punta oriental de la bahía de Neiba, se encuentra el puerto viejo de la antigua ciudad de Azua, fundada en 1504 por el Adelantado Don Diego Colón. Le puso el sobrenombre de Compostela, a causa del comendador Gallego, de la orden de Santiago de Compostela, que tenía allí hacienda; pero este nombre se ha perdido con el tiempo y ha sobrevivido el de Azua que es el nombre que llevaba ese lugar cuando la isla pertenecía a los indígenas.

El puerto viejo de Azua, que es absolutamente de la misma naturaleza que la bahía de Neiba, servía en otro tiempo para el embarque de los excelentes azúcares de la llanura de Azua, donde las cañas producen buenas cosechas durante seis años, sin tener necesidad de volverlas a plantar. Se iba a cargar esos azúcares en los buques fondeados en Ocoa y en Santo Domingo, así como lo aseguran los historiadores de aquel tiempo y muy particularmente Oviedo y Herrera.

La llanura de Azua, que en el oeste comienza en el río Neiba y que llega hasta la ensenada de la Caldera al este, tiene aproximadamente 150 leguas cuadradas de superficie. Se llama igualmente *Vía*, al cantón de Azua, que se enorgullece de haber tenido entre sus habitantes a Cortés, el conquistador de Méjico, quien fue Secretario del Ayuntamiento de Azua. Además del río que le da su nombre, Azua tiene los ríos Musas, Tábara, Mijo y también el Yaque que la separa del cantón de San Juan de la Maguana, al que no debe confundirse con el río Gran Yaque, que corre en el departamento del norte y desemboca en Montecristi.

Todos estos ríos eran otras tantas causas de fertilidad y de medios de transporte, ya por el puerto de Azua, ya por la bahía de Ocoa, según la situación de las haciendas, de inmensas cantidades de azúcar, cañafistolas de la mejor clase y maderas preciosas.

Todo lo que produce el cantón de Azua sobresale por su bondad y su gusto exquisito. Allí se han visto cañas de 18 pies de altura. Algunas personas pretenden, sin embargo, que su terreno al norte y al este está muy lejos de valer lo que el del sur y el del sudoeste. En el suelo de Azua es donde se producen en gran abundancia y durante todo el año, las más hermosas naranjas y con gusto tan azucarado, que no dejan sentir absolutamente ningún sabor acidulado. Azua tiene varias minas de oro que se trabajaron antiguamente, pero que están en la actualidad absolutamente abandonadas. Después del furioso temblor de tierra del 18 de octubre de 1751, que comenzó a las 3 de la tarde, se han descubierto en las montañas de *Viajama*, aguas minerales que brotan de varias fuentes, lo que hace suponer, por su naturaleza, que la montaña que las contiene es sulfurosa. En Azua hay también talco.

Las montañas de Azua están llenas de madera de fustete que produce una bella tintura amarilla que puede trabajarse con mucha facilidad y que adquiere un hermoso pulimento.

Ese territorio goza de una ventaja infinitamente preciosa; y es la de conservar una raza de caballos que no han degenerado, por decirlo así, de aquellos que más se estiman en España. Cuando el descubrimiento de América, aquí no había caballos y ya se sabe qué impresión produjo en el espíritu de estos insulares el aspecto de un hombre montado en uno de esos animales. Pero en poco tiempo la América vio a estos bellos cuadrúpedos convertirse en cosa propia, puede decirse, y servir, como en Europa para la utilidad de sus habitantes.

La degeneración es una ley a la cual la naturaleza ha sometido a casi todos los seres, cuando son transportados a grandes distancias y muy particularmente el caballo, ha perdido en nuestra isla algo de su estatura y puede ser que hasta su complexión física se haya deteriorado, pero no se ha degradado en cuanto a lo moral, y los caballos de Azua han conservado todas las ventajas corporales. Solamente se nota que su piel no es tan variada como en España, lo que se atribuye al poco cuidado que se tiene en buscar, en la mezcla de las especies, la clase del pelo.

Y agregaré aquí que hay caballos españoles de tres clases en Santo Domingo. Unos son vivos, muy finos, de una talla aventajada y propios únicamente para la silla, para servir de monturas o de padrotes; los otros son menos bellos, de tamaño mediano, pero llenos de ardor y conservando aún la gracia de sus movimientos, y que son propios para el tiro de carruajes, o para monturas de personas, que ignorando el arte de la equitación, sólo buscan un animal fácil de montar. Los de la tercera clase son débiles, su piel

es isabelino dorado o amarillo claro; su mirada es tierna, y ofrecen tan poco servicio, que la modicidad de su precio es el único motivo que permite comprarlos, porque no pueden ser enganchados en coches o carros sino para carreras cortas y en general, es necesario evitar fatigarlos. Hay también en la parte española, una raza de caballos frisonos que fue traída de Filadelfia y del Estado de Nueva York.

Los caballos españoles tienen un carácter un poco inquieto; a menudo son caprichosos y casi siempre la aproximación del hombre los asusta. Sería imprudente acercarse a ellos sin precaución, de aproximárseles sin que lo hayan visto, pues siempre están listos para sacudirle algunas coces, y ese carácter se deja conocer aún más en los caballos españoles de raza mezclada, de la parte francesa. La manera cómo esos caballos se han criado, y que es verdaderamente montaraz, debe contribuir grandemente a darles esos defectos. Los caballos de Caracas son mucho más estimados que los de Santo Domingo español, sobre todo como padrotes, y por eso se traen a veces de aquella provincia, así como también de Santa Marta y Riohacha para mejorar la clase.

Azua, que fue saqueada por corsarios franceses, antes de 1543, no había cesado de menguar en el estado floreciente a que he dicho había llegado, de tal modo que en 1737, su población llegaba a penas a 500 habitantes. Pero el temblor de tierra de 1751 le asestó un terrible y funesto golpe, derribando todas sus casas y entrando el mar hasta los puntos en que la ciudad estaba edificada, de modo que, hubo que reconstruirla en la orilla derecha del riachuelo *Bía*, a cinco cuartos de legua del mar y a casi media legua de la extremidad de dos cadenas de montañas que salen del Cibao y que forman el valle por donde corre el Bía. Azua está agradablemente situada, en una posición muy sana y una llanura abierta. Hay una plaza muy grande en el centro de la ciudad, la que parece ir saliendo, a partir de 1780, del estado miserable en que estaba, sin que, sin embargo, sea digna todavía de llamar mucho la atención. La iglesia no fue concluida sino en una época muy reciente. Los habitantes de Azua, que en gran parte descenden de las colonias llegadas de las Canarias, son industriosos, de gran tamaño y bien formados.

La ciudad de Azua está a 24 leguas al oeste de la capital; tiene actualmente como trescientas casas y más de tres mil personas en toda la extensión del territorio que lleva ese nombre y en el que podría haber, por lo menos, cuatrocientos ingenios de azúcar, en los que encontrarían trabajo ochenta mil negros. Azua suministra quinientos hombres de armas, contando una compañía de caballería.

Azua obtuvo el 6 de diciembre de 1508 un escudo de armas formado así: escudo de azur con estrella de plata en la punta del Jefe y ondeado de plata y de azur en la punta.

Entre el puerto viejo de la antigua Azua, al oeste y la punta de Salinas al este, se encuentra la célebre bahía de Ocoa. En la parte del este de su

entrada está el puerto de la Caldera, bastante grande, abierto y profundo para recibir buques de todas las dimensiones.

La bahía de Ocoa está a 18 leguas de la capital y es en ella donde el río del mismo nombre, del que ya he hablado, desemboca en el mar a siete leguas de Nizao y a nueve de la ciudad de Azua, provee a los navegantes una aguada abundante y fácil.

La forma de la bahía de Ocoa, que muchas personas trazan como una herradura, tiene verdaderamente la forma de una *omega*. Los dos cabos o puntas que forman su entrada, están casi a tres cuartos de legua uno de otro y van distanciándose a medida que se pasa al interior, hasta formar una circunferencia de tres o cuatro leguas. Esta bahía puede recibir las más grandes escuadras y flotas más numerosas, cuyos buques podrían aproximarse hasta poner el bauprés en tierra y amarrarse allí. La altura de las costas defiende la bahía de los vientos y hace que el mar esté sereno y tranquilo. En el lado en que desemboca el río de Ocoa, se divisan los palmares de que he hablado antes y cuya prolongación parece llamar una colonia, en el punto en que se ven aún los arruinados muros de un molino que perteneció originariamente al licenciado Zuazo, donde se elaboraba una gran cantidad de magnífico azúcar, dos carretadas de la cual fueron suficientes para pagar el 15 de abril de 1592 el rescate de la ciudad de Azua, a Cristóbal Newport, inglés.

La bahía de Ocoa había merecido de los españoles el nombre de *Puerto Hermoso*; y los buques españoles vienen a fondear allí. La orilla de esta bahía es de arena; sus alrededores están como abandonados y hasta hay lugares donde no se ve sino pinos silvestres y otras plantas del mismo género y se pretende que el aire no es muy sano en los lugares próximos.

Baní

En el río de Ocoa, que se atraviesa en el lugar que ya he indicado, comienza el territorio de Baní que tiene a Azua al oeste, el Nizao al este, el mar al sur y las montañas al norte.

Todo lo que he dicho del río de Ocoa se refiere a un gran brazo que tiene, donde se encuentra siempre mucha agua. A una legua de este brazo, se pasa un segundo brazo o el *bracito*. Entre el uno y el otro, se encuentra una gran cantidad de bracitos más pequeños, muy pedregosos, con muchos pinares y malezas. Este intervalo se llama Sabana de *la Boya*; un poco antes de llegar a su mitad y a quinientas toesas en la parte izquierda del camino, se encuentran los hatos llamados también en *la Boya*. Entre esta sabana y el mar y cerca de la desembocadura del río Ocoa, está el *Cerro del Morro*. Del pequeño brazo del Ocoa, se sube con un poco de rapidez a una gran meseta bastante elevada donde hay una gran sabana llamada *Sabana de la Cruz*. De esta meseta que es muy extensa de norte a sur y que puede tener mil doscientas toesas de oeste a este, la vista se recrea sobre la magnífica bahía

de Ocoa, cuyo aspecto se asocia agradablemente al lugar de los palmares y despierta ideas de grandeza y de poder, con las cuales el estado de abandono de los puntos circundantes, forman un contraste que el viajero filósofo no deja de notar sin algún fruto.

Los hatos de la Cruz están a la izquierda del camino, aproximadamente en el centro de la meseta, donde se encuentra una cruz de madera a la derecha, cuando se está cerca de llegar a la cumbre. Es evidente que este signo religioso ha dado su nombre a este cantón.

De la meseta se baja a una gran cañada o torrente encajonado, que se encuentra a una legua y media del brazo pequeño del río Ocoa. Casi inmediatamente después se encuentran los hatos de *Arroyo Hondo*; en seguida se llega a otra cañada grande, después de la cual se entra en la Sabana de la *Mantenne*, donde está a algo más de un cuarto de legua, el primero de los hatos de la *Mantenne*. De éstos se llega a un bosquecillo que se agravia, en medio del cual hay una cañada. Medio cuarto de legua después de haber salido del bosque y a la izquierda del camino están los hatos de Don Pedro Martín, que sólo distan cinco cuartos de legua de los de Arroyo Hondo, y desde ahí se cuenta todavía siete cuartos de legua hasta el pueblo de Baní, el que se encuentra después de haber pasado siete cañadas y rodeado el *Cerro de la Vigía*, colocado a la izquierda del camino. Este cerro o colina, situado al oeste, cuarto sudoeste del pueblo, es la extremidad de una gran cadena de montañas que viene del Cibao y que se detiene a una legua y media del mar.

El pueblo de Baní está en la orilla derecha y a cerca de 250 toesas del río de su nombre, en una grande y bella sabana que fue un hato, a tres mil toesas del mar, y a catorce leguas de la ciudad de Santo Domingo. Este pueblo que no es antiguo, fue formado por la reunión de varios hateros de los alrededores. Sólo tiene 80 casas dispersas. En toda la extensión de la parroquia sólo se encuentran mil ochocientas personas, en su mayor parte isleños (venidos de las Canarias) o libertos. El pueblo de Baní está casi en el medio de la longitud este y oeste de la llanura que le ha dado su nombre y cuya superficie puede estimarse en aproximadamente 80 leguas cuadradas.

Al dejar el pueblo de Baní, a medio cuarto de legua se encuentra, siguiendo el camino, el río de Baní. Casi siempre tiene agua este río, pero sin embargo, algunas veces se ha secado. Después de haberlo pasado, se atraviesa un bosque de tres cuartos de legua, que conduce a una sabana, por la que se camina un cuarto de legua para llegar al *arroyo Paya* que se pasa a pie enjuto. Después se entra en un bosque; en seguida está la sabana de *Paya*, en donde están los hatos, y que se separa de un bosque; después otra sabanita; de allí un camino que se dirige a la derecha, llega a la hacienda *del Agua*; después se encuentra la sabana Catalina, un poco más grande que la de Paya, de figura redonda y de más de seiscientas toesas de diámetro, donde hay también algunos hatos. En el extremo de la sabana Catalina hay

una cañada distante algo más de tres cuartos de legua del río Nizao, y se encuentra este último río después de haber atravesado tres sabanetas, de las cuales, las dos más próximas al Nizao tienen algunos hatos. Aquí es donde termina el territorio de Baní.

Al examinar la costa de este territorio, se nota que la punta *Salinas o de Ocoa*, que es necesario llamar *Punta de la Caldera*, según un mapa hecho por Don José de Solano en 1776, la costa del sur corre de este a oeste hasta el río y hasta la punta de Nizao. Entre el río y esta punta, las barcas pequeñas y lanchas pueden fondear, principalmente en las desembocaduras del Nizao al mar y más al este en la ensenada de la Catalina (donde el río de Baní desemboca en el mar), por medio de la cual los Jesuitas hacían la extracción de los productos de sus haciendas y de sus ingenios de azúcar, como lo practica todavía Don Nicolás Guridi, que posee una parte de sus dominios.

El río Nizao nace en las montañas del centro de la isla y se echa en el mar al oeste de la punta de su nombre. La punta misma está al oeste de la de *Palenque (lugar de víveres y corral)*.

Oviedo habla con mucha complacencia del río de Nizao, a causa de los ricos trabajos que hay en sus orillas y de los hermosos rebaños de sus cercanías.

El territorio de Baní es muy fértil en excelentes pastos para rebaños de todas clases, cuya carne adquiere un gusto muy delicado; estos animales suministran en abundancia leche y sebo. Los animales vacunos se han acostumbrado a pastar allí, particularmente en las grandes sequías, que causa la impetuosidad casi continua de las brisas que no dejan a las nubes el tiempo necesario para convertirse en agua. Por eso allí se experimentan algunas veces grandes pérdidas de animales. Pero es tan dichosa la naturaleza en ese lugar, que con algunas lluvias las pérdidas son muy pronto reparadas. Muchas personas han encontrado, en la apertura de los pozos, un preservativo contra estos daños; pero todos los propietarios no tienen los medios de emplear semejante recurso. El cantón de Baní, comparte con el de Azua, la ventaja de poseer una bella raza de caballos de España.

Se podría muy bien establecer en la llanura de Baní, más de ciento veinte ingenios de azúcar y dar ocupación a 24 mil negros.

Ciudad de Santo Domingo y Territorio que Depende de Ella

A parte del curso del río Nizao, que viene del Cibao, comienza la llanura y el territorio de Santo Domingo, limitado al oeste por el de Baní, al sur por el mar, al este por el curso del Ozama y al norte por las montañas. Es conveniente hablar primeramente de estas últimas para ser bien inteligible.

Una cadena de montañas, que confina con la orilla izquierda del Nizao, se extiende en una dirección aproximadamente al sur, y las aguas de sus

vertientes caen entre el Nizao y el Jaina; y separa con sus contrafuertes los ríos de Najayo, Sainaguá, Nigua e Itabo. Esta es la cuarta cadena del Cibao.

Otra cadena que sale también del Cibao, separa el río Jaina de la Isabela y deja un gran intervalo de llanura entre su extremidad y el mar; la llamaré la quinta cadena. En el espacio que hay entre la Isabela y el Ozama, el terreno es bastante llano y es una de las extremidades de la llanura de Santo Domingo; pero ese terreno se eleva al dirigirse al norte hacia el Cibao, lo que puede hacerlo considerar desde este punto como una sexta cadena de poca extensión, o más bien como un contrafuerte del Cibao, cuyas vertientes vienen a terminar hacia las sabanas de la Monga, Sierra Prieta, la Luisa y Cansamancebo, donde ellas separan los ríos Isabela, Crible-Plato, Guácara, Icaco, Ozama, Yabacao y Limón.

Por fin viene la cadena de Pardavé o séptima cadena que se dirige al este, que es muy elevada y que separa el río Yasse del río Bermejo, que desaguan ambos en el Ozama pero en la orilla izquierda y que van a aumentar el volumen de sus aguas.

Veamos ahora el camino de comunicación entre Baní y Santo Domingo.

Al terminar el territorio de Baní, se pasa el brazo grande de Nizao, en el que se encuentra mucha agua; en el intervalo de ese brazo hasta el brazo pequeño, que está a media legua, se pasan varios otros que, como este último, no tienen agua sino en tiempos de lluvias. Todo este espacio es pedregoso, lo que hace que el camino sea muy malo. Del brazo pequeño del Nizao se pasan cinco sabanetas, la primera de las cuales, que es pequeña, contiene hatos, que se llaman *los hatos de Nigua* y a una legua de este brazo pequeño hay una cañada de la que se sube a una meseta bastante grande en cuya altura se encuentra una bonita sabana, llamada *Sabana Grande*.

Esta pradera natural contiene varios hatos en la izquierda del camino y a la orilla de un bosque. De la meseta se baja hacia otra quebrada situada a una legua larga de la precedente y que va a desaguar en la ensenada de Najayo. Al costear esta ensenada se pasa otra cañada que se encuentra en el medio, y se lleva al río de Najayo, cuya desembocadura está en el ángulo nordeste. La ensenada tiene como media legua de abertura y casi tanto de profundidad.

El río de Najayo tiene siempre agua; se atraviesa el río y se costea un cabo pequeño de roca que separa la ensenada de Najayo de la de Sainaguá y dirigiéndose a la derecha se llega a la orilla del mar que es llana y arenosa. Se sigue esa orilla durante una media legua antes de llegar al río de Sainaguá, el que se pasa como el de Najayo, muy cerca de su desembocadura, la que no está sino a legua y media de esta última.

Del río Sainaguá se sube a una meseta cuyas pendientes son suaves, y que separa el Sainaguá del Nigua, del que sólo dista como seiscientos toesas. Sobre esta meseta, a la izquierda del camino y a un octavo de legua del río

Sainaguá, está el hato de la desembocadura del Nigua (*Boca Nigua*). Se pasa el río de Nigua, que siempre tiene agua, y se divide en dos brazos en este lugar.

Oviedo celebra mucho el Nigua, del cual conoció la utilidad, a causa de las grandes industrias que había en sus orillas y muy particularmente sus hermosos ingenios de azúcar. El Nigua tiene de nueve a diez leguas de curso y nace en una roca muy elevada, que parece, según dice Valverde, ser el límite de mi hacienda de Villegas. Y el río baja, agrega Valverde, formando dos brazos en una gran playa que lo absorbe totalmente, sin que se sepa lo que se ha hecho. Pero, como el agua que baja de algunas montañas y la de muchos arroyos y riachuelos vienen a reunirse en aquella parte, se forma un depósito bastante grande, que es sin embargo, muy reducido en los tiempos secos, en que sólo recibe el arroyo Galán y otros poco considerables. Aproximadamente a una legua debajo de la Roca, al sur, hay una isleta entre las haciendas de Boruga y de Pedregal al este y la de Villegas al oeste. Frente a esa isleta y a una montaña, hay una roca que, hacia la mitad de su altura, arroja tres caños, separados entre sí por un intervalo de ocho pies aproximadamente, de donde el agua sale continuamente con un volumen de ocho pulgadas de diámetro por cada uno.

Los primeros molinos de agua para los ingenios de azúcar de Santo Domingo, fueron establecidos en esos terrenos, donde se aprovechó este rico don de la naturaleza, recogiendo las aguas de esas tres bocas en un estanque espacioso, el cual, a pesar del tiempo y del abandono se conserva íntegro, con el nombre de *La Toma*. Como los acueductos que se dirigían a dos o tres grandes molinos se obstruyeron, el agua ha vuelto a tomar su curso natural por el receptáculo llamado *alberca o estanque de Nigua*, y llega al mar después de haber recibido el tributo de los arroyos Villegas, Marcelino, Juan Caballero, Velázquez, Yamán y varios otros.

Esta descripción de Valverde, habla sin duda de los mismos lugares citados por Charlevoix, tomo I, página 19 bis, donde dice, que el comendador Ovando envió a Pedro de Lumbreros y a Pedro de Mejía para visitar un lago en la cima de una alta montaña, del pie de la cual surge el río Nizao.

Hace más de 20 años que se formó una aldea o establecimiento parroquial entre el Nizao y el Nigua, llamada *los Molinos de Agua*, a causa de las circunstancias que se acaban de anotar. Este curato no tiene iglesia, ni diezmos, sino únicamente las ofrendas y el producto de una capitación sobre los negros de su dependencia, colonia de aproximadamente 2,500 individuos, en parte hombres de color ya libres. Esta parroquia, que no es propiamente dicho, sino un anexo de Santo Domingo, tiene una sucursal, especie de ermita en que el cura dice la misa alternativamente, y anuncia cada domingo o día feriado, en cual de los dos lugares celebrará el servicio divino el domingo o día feriado siguiente.

Se podrían fundar allí cincuenta trapiches de azúcar a más de los que hay y establecer también un número igual de plantaciones de añil y de café, con sus correspondientes fábricas.

La desembocadura del río Nigua está a siete leguas aproximadamente de la de Nizao. Todo el espacio comprendido entre las dos, ha sido cultivado en otro tiempo, y es un terreno llano en su mayor parte. El suelo allí es tan fértil que la inmensa selva del Monte Najayo que creció después que los trabajos de agricultura cesaron, provee continuamente las maderas necesarias para las construcciones de la capital y de sus cercanías, sin que se note que allí se hayan dado cortes. Fue su espesor, según lo asegura Valverde, lo que constituyó la principal defensa de los españoles cuando la invasión de Venables, a quien obligaron a reembarcarse y a dirigirse a Jamaica, donde los ingleses fueron más dichosos, pues realizaron su conquista*. Toda esa gran porción de terreno está inculto en la actualidad.

Después de atravesar el río de Nigua, se sube para llegar a la hacienda llamada también Nigua, colocada en una eminencia, a una distancia de cuatro y media leguas de Santo Domingo. Se baja rápidamente por el lado opuesto de la meseta y se pasa el arroyuelo de Itabo, que no conserva agua en los tiempos de seca, y en cuya orilla izquierda se encuentra un ható a cada lado del camino. De allí se llega a una cañada, en la margen izquierda de la cual hay un ható. De esta cañada el camino sigue la ensenada de *Jaina* durante tres cuartos de legua, hasta llegar al río de Jaina, susceptible de hacerlo navegable; ventajas que se podrían procurar al río de Nizao y al de Nigua.

Los ríos de Nigua y de Jaina no están muy lejos uno de otro; pero desde su nacimiento, estos dos ríos se distancian en su curso, pues el primero se dirige al oeste del segundo. Esos dos ríos encierran entre sí una llanura vasta y fértil, que en su origen ha sido la fuente más abundante de riquezas de la colonia. La cantidad de oro puro que se sacaba de sus cavidades, sus ingenios de azúcar, sus cacaotales, sus plantaciones de añil y sus otros productos, producían derechos que sobrepasaban los que produce hoy toda la parte española. Una hacienda situada en las orillas del Jaina y que hoy no tiene ningún valor, era conocida antiguamente con el nombre de la *Ballena*, en vez del de *Cañabola* que tiene hoy. El primer nombre se le dio a causa de los envíos que hacía anualmente su propietario a Sevilla, del excedente de los productos que no había podido consumir en la capital de la isla, envíos que hacía en un buque llamado la *Ballena*. En los alrededores del Jaina se ven plantaciones de añil, convertidas en silvestres, lo que anuncia que esta utilísima planta favorecía en otro tiempo este cantón y que ella produciría todavía nuevos recursos.

*Antes de continuar, quiero consignar aquí, de paso, que Valverde se ha engañado completamente en lo que se refiere al General Venables que él dice pereció durante esa invasión. Ese general volvió a Inglaterra después de la conquista de Jamaica, la que abandonó el 25 de junio de 1655. Cromwel lo hizo encarcelar en la Torre de Londres, de donde no salió sino después de haber sido destituido de todos sus cargos. (N. del A.)

El río de Jaina no es vadeable, y hay que pasarlo en botes o en balsas *de cuero*, a doscientas toesas de su desembocadura, y los animales lo atraviesan a nado.

En la parte alta de este río estaban las célebres minas de oro de San Cristóbal, descubiertas por Francisco de Garaz y Miguel Díaz, muy cerca de las cuales Colón hizo construir el fuerte del mismo nombre de San Cristóbal. No lejos de esas minas se encuentra hoy la parroquia de Santa Rosa o de Jaina, que comprende, en su extensión, la antigua y rica población de Buenaventura, reducida hoy a un pequeño número de individuos que crían ganados y que lavan oro. Los hatos de la llanura de Santa Rosa y de las orillas del Jaina, deben ser considerados como una dependencia de la ciudad de Santo Domingo. Entre ellos se cuentan, por lo menos, dos mil individuos, la mayor parte hombres de color, libres y esclavos.

En las orillas del Jaina, en la hacienda de Gamboa y Guayabal, se encuentra una mina de plata, muy rica, que se comenzó a trabajar, pero que fue abandonada porque dieciocho negros perecieron en ella en un hundimiento de la mina. Hay también otra mina del mismo metal entre los hatos de la Cruz y de San Miguel.

Después del río Jaina el camino pasa, cerca de la batería de la meseta formada por una lengua de tierra de la que voy a hablar, y que está a tres leguas de Santo Domingo. Avanzando una legua, se encuentran algunos establecimientos de agricultura; de allí el camino sigue la orilla hasta el fuerte de San Jerónimo⁸, situado a más de media legua de Santo Domingo, y sigue, inclinándose un poco hacia la izquierda hasta alcanzar la capital por un punto de sus murallas que está al noroeste; doscientas toesas antes de llegar a las murallas, está la encrucijada que forma el camino por el cual se va a Cotuy, sin entrar en la capital.

La costa que corresponde al espacio que se acaba de recorrer por el camino, forma también una extensión de aproximadamente doce leguas desde Nizao hasta Santo Domingo. De la punta de Nizao, que se adelanta como cuatro leguas al sur, la tierra se dirige bruscamente al nordeste, hasta la desembocadura del Jaina. En esta playa fue en donde el Vicealmirante Penn desembarcó en 1655 las tropas inglesas a las órdenes de Venables. Ese desembarco estando la escuadra a la vela, prueba la accesibilidad de la costa y su poca defensa, aunque sea vecina de la capital.

Poco más o menos a la mitad de la distancia entre Nizao y Santo Domingo, está el poblado de Jaina, si se puede dar este nombre a dos o tres hatos nuevos, situados en la extremidad oriental de una ensenada que lleva, como el poblado, el nombre del río, en la orilla izquierda del cual se encuentran, no lejos de su desembocadura. El curso del Jaina, partiendo de su boca, se

⁸Este fuerte, en el que había un depósito de explosivos, voló espontáneamente en la madrugada del miércoles, 4 de noviembre de 1937. (C.A.R.)

dirige al norte como trescientas toesas, después se dirige al este cuarto nordeste durante quinientas toesas, para volver a tomar en seguida su primera dirección al norte. Esta especie de codo, formado a trescientas toesas de la boca, deja entre él y el mar, una meseta que comanda y domina toda la ensenada de Jaina, que es de arena y que tiene más de mil quinientas toesas de extensión. Como no se puede realizar desembarco en la costa comprendida entre el fuerte de San Jerónimo y el río Jaina, la posición de esta meseta es muy ventajosa, y además está fortificada por la batería de que he hablado. Los terrenos son allí extremadamente fértiles y su situación muy agradable y sana; hay además, una gran abundancia de agua en los alrededores, pues a cerca de trescientas toesas de la boca del Jaina, este río está encajonado, y este encajonamiento va aumentando hasta sesenta pies de altura. El Jaina no es vadeable en todos sus puntos y los bordes de su orilla derecha están, y lo repito, cubiertos de bosques impenetrables.

La costa comprendida entre Jaina y Santo Domingo es de roca escarpada a pico, por lo general entre seis y quince pies de elevación, y existe en el mar, frente a esta costa, una barrera de arrecifes que tiene más o menos treinta toesas de ancho.

El fuerte de San Jerónimo está a la orilla de la costa y cerca del camino. Este fuerte, no es, propiamente hablando, sino un reducto de mampostería, pero construido con arte. Es un cuadrado fortificado, de veinte toesas por lado y de aproximadamente veinte pies de elevación con un foso. Pueden acogerse allí ciento cincuenta hombres con los víveres y municiones que les son necesarios. Un comandante inteligente podría defender con honor ese pequeño fortín, que no podría tomarse sin una brecha en regla.

Henos aquí llegados ya al puerto de la ciudad capital.

Este puerto está formado con la confluencia de los ríos Isabela y Ozama, que forman al juntarse una Y griega. Cada uno de estos ríos recibe en su curso otros afluentes menos considerables y un número infinito de arroyos, riachuelos, cañadas y otras pequeñas corrientes. Esos dos ríos principales tienen su nacimiento en las montañas que están al noroeste de la capital y vienen a juntar sus aguas a un poco más de una legua de esta última, para formar, adelante de la ciudad un fondeadero capaz de recibir buques de línea. El río Ozama tiene, frente a Santo Domingo, la anchura del Charente, a orillas del cual está Rochefort (Francia), y está encajonado entre dos orillas de rocas perpendiculares, que tienen en algunos veinte pies de altura, aunque se reducen a cuatro al norte de la ciudad. El Ozama tiene en el largo de una legua desde catorce hasta veinticuatro pies de agua, con un fondo de lodo y de arena blanda.

Es un magnífico puerto, una verdadera dársena natural, con careneros innumerables para los buques que puedan llegar allí, pues en la boca, que lleva el nombre del Ozama solo, se encuentra una peña que no permite el acceso a los buques que desalojan más de dieciocho o veinte pies de agua.

Oviedo dice haber visto pasar por allí el navío *El Imperial*, de más de 400 toneladas, y se asegura que esta peña podría ser arrancada de allí sin gran trabajo. Debo agregar que esta barra no se eleva mucho, puesto que fue sondeada en 1681 por el señor de Maintenon, que mandaba una fragata francesa y solamente encontró diecisiete pies de profundidad.

Se puede juzgar del enorme volumen de agua que los dos ríos llevan al mar, por el color rojizo que producen en las crecidas y que se extiende tan lejos como la vista alcanza, sin que por eso los dos ríos traspasasen entonces sus orillas, como resulta en las inundaciones muy raras, tales como la del mes de mayo de 1751. El Ozama es navegable por nueve o diez leguas de norte a sur. En las orillas de este río hay tejares, plazas de vituallas e ingenios para fabricar azúcar.

...Si se considera a Samaná y a la península desde el punto de vista de la cultura habría muchos menos elogios que hacer, que si se les considera como puntos marítimos. La península se encuentra reducida a casi dos leguas de ancho en el punto en que está el istmo y cuya longitud es de quince leguas, no podría contener sino un pequeño número de establecimientos, sobre todo de fábricas de azúcar, aunque esa superficie esté regada por más de veinte ríos, de los cuales dieciséis se dirigen al interior de la bahía. Varios de estos ríos no tienen siempre un curso visible; algunos de ellos se pierden entre las rocas, y desaparecen en un suelo arenoso para seguir una ruta subterránea que no se puede conocer; otras veces corren formando cascadas y saltos; ora deslizándose por un terreno plano; algunos hay cuyas aguas van enriquecidas con pepitas de oro. Además, la península tiene montañas escalonadas que ocupan una gran porción del territorio; su elevación no es muy considerable y sus cumbres ofrecen muy a menudo superficies planas; pero en el extremo oriental y casi en una tercera parte de la longitud de la península, el país es inhabitable y al aproximarse al mar se hace, por decirlo así, inaccesible, a causa de peñas que lo cubren y lo cortan en todas direcciones.

En la península se encuentran magníficas maderas y eso debe contarse entre las ventajas del lugar para establecer un arsenal y para un puerto de construcción.

Del otro lado de la bahía no hay más que la Sabana de la Mar que permita pensar en la agricultura; parece como si no fuera para ese útil motivo, que la naturaleza haya querido consagrar a Samaná, pero sí tiene una reunión de medios de fuerza y de protección, particularidad que entre otras asimila bastante a Samaná con el Môle de San Nicolás.

Es, pues, desde este único aspecto que es necesario considerar a Samaná, que está todavía muy rústica, y en la que los individuos de la especie humana e están en un número tan pequeño, que esta soberbia bahía tiene todavía su apariencia agreste y en los animales que comparten su dominio, todos los caracteres de los lugares primitivos.

En las orillas de la bahía y de los esteros o del río Yuna, que ocupan el fondo, se encuentra el mangle, que domina en todas las orillas bajas y acuáticas de la zona tórrida, en donde el hombre no le ha impuesto su industria, y con él los millares de crustáceos que viven entre sus raíces y los innumerables enjambres de mosquitos y de maringuinos a los que protege su efímera existencia contra los vientos, como para recompensarlos de que sus dardos imperceptibles saben defender al mismo mangle de la proximidad del hombre armado con su hacha. Ya he dicho que, sobre todo en el fondo de la bahía, hay cúmulos de ostras que allí conservan, sin turbaciones, la existencia casi inmóvil que la naturaleza les ha asignado y numerosos peces se reparten el imperio de las aguas de toda la bahía.

Los bosques son el asilo de los cerdos cimarrones, que los cazadores vienen allí a perseguir de vez en cuando, pero cuya reproducción ha reparado muy pronto las ligeras pérdidas.

En fin, en muchos lugares de esta inmensa bahía y sobre todo en los cayos, se encuentra una multitud de aves de todas clases, desde la Fragata⁹ de gran envergadura, a quien la gota y la ciática piden un aceite calmante, hasta la más pequeña paloma torcaz, a quien la sensualidad acuerda un galardón. Todas esas repúblicas son amigas y viven vecinas unas de las otras, y cuando por azar (pues azar es en la bahía de Samaná), el hombre, que es el enemigo de casi todo lo que respira, viene a llevar la muerte a sus retiros, el espanto hace huir a esas densas multitudes en el aire que ellas oscurecen, pero su pronta vuelta bastaría sólo para probar que no han aprendido a ser desconfiadas.

...Puerto Plata fue descubierto y visitado por Colón en su primer viaje. Está dominado por una montaña, cuya cima es tan blanca, que los españoles la creyeron cubierta de nieve y cuando se desengañaron la nombraron Montaña de Plata y al puerto Puerto Plata, que significa *puerto de plata*. En otro viaje, Colón que pasó por allí con su hermano Bartolomé, trazó el plan del establecimiento que fue ejecutado por Ovando en 1502. La entrada del puerto, que no es muy seguro, está precisamente al norte; el fondo es de tres barzas y disminuye considerablemente desde que se entra, lo que se atribuye al lodo que arrastran los dos ríos que desembocan allí. Hay además, en algunos lugares, un fondo de rocas tan aguzadas que pueden cortar los cabos. Las ráfagas del norte y del noroeste son muy temibles allí. Se entra a ese puerto acercándose mucho a la punta de los arrecifes, casi al lado del Fuerte que está al este y entonces se fondea en medio del puerto.

⁹Fragata: ave palmípeda, familia de las pelecanidas, de los mares tropicales, que encierra el único género pelícano; son muy veloces, con alas inmensas y muy poderosas en su vuelo. La fragata grande o águila de mar, mide un metro de largo, comprendida la cola y dos metros treinta centímetros de envergadura, pero su cuerpo es tan pequeño que el animal entero pesa solamente un kilo y medio. Estos pájaros son muy voraces, viven de pescados, anidan en las rocas y ponen un solo huevo. Su plumaje oscuro es un poco metálico en los machos. (C.A.R.)

El cantón de Puerto Plata es muy rico en minas de oro, de plata y de cobre; también se encuentra allí yeso.

A comienzos del siglo XVI, Puerto Plata estuvo muy floreciente, entonces obtuvo su escudo de armas como muchos otros lugares de la colonia española. Es un escudo de plata con una montaña de sinople, y en lo alto una F y una Y de oro, coronadas, y en la punta ondas de plata y de azur. Los buques de España llegaban allí en gran número y encontraban su cargamento de azúcar, porque en aquella época era uno de los embarcaderos de La Vega y de Santiago, hacia los cuales Ovando había hecho construir un magnífico camino; por lo cual se le censuró mucho los gastos hechos. Puerto Plata fue sin embargo, devastado por los corsarios antes de 1543, pues la decadencia de que he hablado en otra parte sucedió, y Puerto Plata se entregó al contrabando, que suplía la falta de comercio con la metrópoli y se encontró comprendido en la proscripción de 1606 y en la demolición de los puntos marítimos de la costa norte. Los habitantes de Puerto Plata, según la orden de retirarse al interior, se reunieron a los de Montecristi y fundaron la ciudad de Monte Plata. Pero la nueva población de Montecristi, que obtuvo en el gobierno de Don Francisco Rubio un indulto real para hacer, con todas las naciones, un comercio libre durante diez años, este comercio que produjo grandes beneficios, que hizo introducir negros y que atrajo a muchos extranjeros, dio lugar al restablecimiento de Puerto Plata, que se había comenzado con familias de Canarias. La población actual de su territorio, puede estimarse en dos mil o dos mil quinientas personas. Puerto Plata es malsano por la costumbre que hay de beber el agua de un riachuelo que da la fiebre, sobe todo a los recién llegados. En 1788 se trabajaba todavía en construir una bonita iglesia.

...Al sur del *Estero de los Légamos* la costa corre de este a oeste y a 5,550 toesas de la entrada del estero, se encuentra la desembocadura del río Masacre, que está todavía en la bahía de Manzanillo y que es hoy el punto de separación entre las dos colonias, francesa y española, en la costa norte de la isla.

La bahía de Manzanillo, aunque muy hermosa, no es sin embargo tan útil como podría serlo, si los fondos de ella fueran bien conocidos. Ella tiene muchos lugares donde falta el agua, circunstancia que se puede atribuir principalmente a los desbordamientos del río Masacre, que arrastra una gran cantidad de leña, de arena y de piedras. Puede ser que esos mismos desbordamientos exijan que la bahía fuera sondeada anualmente, después que ellos ocurran. En general, es prudente pasar más cerca de la punta Icao, que del lado sur de la bahía para entrar en ella, porque esta punta arenosa no tiene arrecifes. El fondo de la bahía es fangoso.

El río Masacre, cuya desembocadura está al norte, como se ha dicho, tiene, por espacio de una legua desde 5 hasta 12 pies de agua, y es bastante ancho; pero su lecho está siempre obstruido por las maderas que arrastran.

Esos montones forman hoyas que se convierten en asilo de caimanes; el río es muy abundante en pesca y esta ventaja ha atraído muy a menudo y retenido a muchos buques de guerra en la bahía de Manzanillo. Allí es donde se encuentran esos enormes *mulos de río*, peces que hacen las delicias de las mesas del Cabo. En la época de los desbordamientos, esos peces son empujados a la bahía, donde los negros, que son muy prácticos van a pescarlos.

Esta pesca es muy difícil en este lugar, a causa de la madera de que he hablado. Es necesario que los negros sean muy hábiles zambullidores para ir a desprender la red que se enreda casi a cada instante. Pero, cuando ya está cerca el momento de sacar la red a la orilla, un espectáculo muy curioso es ver a los negros, a los peces y a los caimanes todos mezclados. La audacia de los primeros parece producir la estupidez de estos últimos, que se dejan matar a garrotazos o con los golpes producidos con los mangos de las hachas, para que después los negros cojan los dientes, que venden en seguida para hacer chupadores, cuyo aderezo sirve para graduar el lujo o el orgullo de los que cuelgan en el cuello de sus hijos.

Sin duda causaría admiración que los pescadores franceses vengan a una costa española, si yo no advirtiera que el Presidente de Santo Domingo acuerda ordinariamente permisos de pesca en la bahía de Manzanillo, a personas que el gobierno francés les recomienda. Sin embargo, esos permisos no los ponen siempre al abrigo de las vejaciones de un cuerpo de guardia español que está en las proximidades y que aún, algunas veces, detiene a los pescadores con sus botes. Pero los propietarios inteligentes saben, según se asegura, que esos actos significan solamente, en francés, que ya es tiempo de renovar ciertos regalitos, a los que se atribuye el poder de conciliar todas las benevolencias. Volveré a ocuparme del río Masacre cuando comience la descripción de la parte francesa.

Ahora, echemos una ojeada general sobre la costa desde el cabo Samaná hasta la bahía de Manzanillo, lo que comprende una extensión de más de 80 leguas, medidas en línea recta.

La cosa más sorprendente y la que es tal vez, la más propia para mostrar el carácter de las dos naciones, es ver del lado oeste del Masacre, establecimientos en los que todo anuncia una industria activa y goces que se extienden hasta objetos de lujo, mientras del otro lado, todo enseña la esterilidad; pues algunas pequeñas porciones de terreno cultivadas apenas con lo que es necesario para la vida animal, no puede destruir la triste monotonía de este aspecto. Y esa monotonía reina, en alguna forma, desde Samaná hasta la orilla oriental del Masacre y la altura de la cadena de Monte Cristi parece aumentarse mucho más. Por todas partes se encuentra la miseria y la miseria más difícil de curar, la que está acompañada por el orgullo. Varios de los puntos de esta larga superficie serían propios para establecimientos de diversos géneros, pero la naturaleza allí espera al hombre y el hombre, si

por acaso aparece por allí no quiere hacer nada ni por ella ni por él mismo. Es por eso por lo que, las orillas de la bahía de Manzanillo son inútiles, aunque sería muy posible desecarlas y crear en ellas magníficas manufacturas.

Ya hemos visto que, con excepción de las ciudades de Monte Cristi, de Puerto Plata y de Samaná, a las cuales esta denominación de ciudad está muy lejos de convenir, la costa norte de la parte española está casi deshabitada. Sin embargo, los terrenos que avecinan el mar, son concedidos, no en lotes pequeños, lo que haría suponer un concurso de concesionarios y de deseos de cultivar, sino en grandísimas porciones. Es tal vez un poco por la pesca que se solicitan esas concesiones, pero mucho más por la caza de los puerco cimarrones.

El tiempo de esta caza es aquel en que una especie de palmas produce sus granos que están en racimos y cuyo fruto gusta muchísimo a esos animales. Un español, si está solo, va armado con una lanza, un *machete* y un cuchillo, a los lugares del bosque donde existen esas palmas, con algunos perros, que, al divisar al puerco cimarrón, se reúnen alrededor de él y lo distraen ladrando hasta que el cazador viene a matarlo con la lanza. Al animal se le abre y se vacía; se desprecia la cabeza y las patas y el cazador carga con el cuerpo, el que a veces despedaza para facilitar el transporte.

Si, por el contrario, hay varios cazadores juntos, escogen un lugar donde crean que la caza será abundante; construyen allí una pequeña barraca o *ajoupa*, cubierta con pencas u hojas de palma y preparan varias horquillas con travesaños para salar y hacer secar las mitades del puerco cimarrón o para amontonarlas hasta que estén preparadas. Muy a menudo los transportes se hacen por mar, por lo menos, cuando se trata de una caza considerable.

Cuando los cazadores tienen pólvora, buscan también otra caza; pues se ven verdaderas nubes de patos, de cercetas, de palomas torcaces, sobre todo en la bahía de Manzanillo y en la de Cosbeck, en las que esos animales tienen, por decirlo así, el goce exclusivo.

Casi toda la costa está orlada de mangles que mantienen siempre el terreno más o menos pantanoso. Hay mangles tan gruesos que pueden suministrar magníficos cabriales. Esta planta tiene también otra utilidad y es la corteza que forma una casca excelente; pero son los franceses los que la aprovechan pues el abandono de esta costa los favorece respecto a esto.

Puede ser que el cuidado de cortar el mangle después de haberlo descortezado, haga crecer útiles renuevos, mientras que el tronco, dejado en pie se pudre. Esta costumbre, sin duda, obligará a ir a buscar la casca más al interior, lo que aumentará la dificultad y la especie de martirio que hacen sufrir los mosquitos de los cuales no puede uno preservarse sino por medio de un espeso humo, muy capaz de traicionar a los que vienen así a un

territorio extranjero. Esos mangles son el asilo de numerosos cangrejos y forman ostrales casi continuos. Algunos marinos han pretendido, que el agua que ha permanecido al pie de ciertos manglares era un buen febrífugo.

El terreno que avecina la costa, encierra también maderas muy buenas, susceptibles de ser empleadas en diferentes usos, ya para quemar, ya para construir. Algunos franceses se aventuran a ir a buscarlas, al menos para los hornos y van a venderlas lo más comúnmente al Cabo Francés. Estas especies de robos, no se llevan a cabo sin peligro, pues el ruido de las hachas y la caída de los árboles, pueden advertir, por casualidad, a un solo español, que saldrá de su apatía para ir a buscar otros más lejos, con la esperanza de apoderarse de los leñadores y sobre todo de su barca y de sus provisiones.

Los arrecifes, tan comunes a lo largo de esta parte septentrional, ofrecen también algunos recursos en cuanto a la pesca. Los que van a buscar casca y leña son los mejores y casi los únicos prácticos, porque los españoles navegan por allí muy raramente. Muchos de esos arrecifes se descubren en la bajamar y dejan ver madréporas, corales, plantas marinas y otras sustancias, cuyo examen interesaría en gran medida al naturalista. Diversos animales habitan esos lugares acuáticos; unos recorriendo la superficie, mientras que otros viven reclusos en las hendiduras. Se encuentran también langostas de un tamaño prodigioso y caracoles nutritivos, como el burgao y el lambí.

Hay algunos de esos arrecifes cuyas cavidades se convierten en otros tantos depósitos o viveros en la bajamar. Entonces se pueden sacar de allí los peces, si se puede uno expresar así; pero los franceses los destruirían si fueran allí más frecuentemente, por la manía cruel, de coger mucho mayor cantidad de la que necesitan. Las pocas molestias que los peces experimentan entre esos arrecifes, atrae a ellos algunos manatís y tiburones. El primero, al que su oído delicado advierte el menor peligro, no logra, sin embargo, garantizarse siempre; pero si es alcanzado por un harpón, se sumerge con la celeridad de una flecha, busca alguna hendidura entre las peñas y priva de ese modo al pescador de su presa y del instrumento con que la hirió. En cuanto al tiburón su voracidad lo hace atrevido y obstinado y difícilmente puede matársele, puesto que, atravesado y maltratado con varios golpes, completamente desollado en cierta longitud de su cuerpo y abandonado en la orilla como muerto, se le ha visto algunas veces, cuando el mar sube y le pone a flote, volver con facilidad a su elemento natural.

Henos aquí llegados al momento en que es necesario examinar los establecimientos colocados entre la cadena de montañas de Monte Cristi al norte y la primera y la segunda cadenas del Cibao al sur.

Hablando del territorio de Santo Domingo, he conducido al lector hasta la cima de la cadena de Cevicos, que limita hacia el oriente la superficie que deseo recorrer con él.

Cotuí

Con la parte norte de la cadena de Cevicos, comienza el territorio del Cotuí¹⁰, limitado al este por la bahía de Samaná, al norte por la cadena de Monte Cristi, al oeste por el territorio de La Vega y al sur por la misma cadena de Cevicos.

Desde la cumbre de Cevicos, se pasa el camino, que está como a veinticinco leguas de la ciudad de Santo Domingo; se baja hacia el Cotuí, por un camino tan poco fácil como el que sirvió para subir a lo alto de la montaña. Abajo está el río Yaque, el tercero de ese nombre en la parte española. Este río siempre tiene agua, y en realidad ésta no se encuentra sino a una legua y media del río Blanco, que está en el extremo de la bajada de Cevicos al sur, pero la forma sinuosa del camino, aumenta tal vez este espacio de una mitad más. Del río Yaque se sube muy rápidamente a una meseta cubierta de bosque, para descender en seguida y llegar a un torrente encajonado. De este punto se entra en una sabana de media legua de este a oeste y de más de una legua de norte a sur, muy desigual y casi compuesta de pequeños promontorios. Un torrente situado a casi una legua y cuarto del Maguaca, del que se va a hablar, la termina y la separa de Sabana Grande, que está a más de dos mil quinientas toesas del río Yaque, y la que puede tener una extensión de una legua y media de norte a sur, toda rodeada de bosques. Después de haberla atravesado, se entra en el bosque, que después de trescientas toesas conduce al Maguaca. Este río no se seca nunca; se le pasa a cerca de una legua de su desembocadura en el Yuna y después del río se vuelve a entrar en el bosque, hasta que, habiendo llegado a un torrentito se ve comenzar una sabana de casi media legua de ancho, y se sigue todavía un lindero de bosque. Por fin a una legua del río Maguaca está la ciudad del Cotuí.

Esta ciudad está situada en la orilla derecha y a una media legua del río Yuna, que cesa de ser vadeable en ese punto. Este lugar cuenta apenas ciento sesenta casas, pequeñas y esparcidas, lo que le da un aspecto muy irregular. Está en medio de una sabanita que sólo tiene un cuarto de legua de extensión y está rodeada de bosques. La ciudad del Cotuí está como a treinta leguas de Santo Domingo, y como a doce leguas del fondo de la bahía de Samaná y de la ciudad de La Vega.

La posición del Cotuí estaba en otro tiempo más avanzada hacia el norte. Originalmente se llamó Las Minas y La Mejorada (la privilegiada) cuando Rodríguez Mejía la fundó en 1505, según órdenes del comendador Ovando. El nombre de Las Minas le fue dado porque había algunas en su territorio y se explotaban en esa época varias muy ricas de oro. Pero desde 1520 los trabajadores comenzaron a faltarles, como en las de Buenaventura.

¹⁰V. E. Rodríguez Demorizi, *Relaciones históricas...*, pp. 19, 23, 29, 89, 129, 135, 157, 201, 210, 239, 287, 305. (C.A.R.)

En la montaña de Maimón, donde nace el río del mismo nombre, hay una mina de cobre, muy abundante y tan rica, que se asegura que puede dar ocho por ciento de oro, acrisolando el metal. En 1747, Don Gregorio Alvarez Travieso, que se había asociado con otras seis personas, comenzó a explotarla y Valverde nos enseña que su padre, uno de los asociados, dirigió esta empresa durante tres años y que pasó uno en el lugar. En esta mina se encuentra un excelente *lapizlázuli*, del que el señor Charitte llevó algunos pedazos a Francia en 1714, y una especie de creta o de yeso vetado, que los pintores juzgan preferible al bol o arcilla rojiza que se usa para dorar. Dos minas de imán se juntan a aquellas. No lejos de la montaña de Maimón hay otra montaña llamada de la Esmeralda, porque ella encierra estas piedras preciosas. He hablado ya del río de este último nombre. En la cadena de Cevicos y en los lugares vecinos hay también hierro puro, de la mejor calidad, que se podría transportar con facilidad, valiéndose del río Yuna.

...El terreno del Cotuí es muy bueno; la calidad del tabaco, lo puede probar, y se cree que sería también extremadamente propio para cacaoales, sobre todo, si se juzga por la belleza de los cacaos que se ven allí, entre los cuales los hay silvestres.

El bananero, esta planta tan útil, este maná de las Antillas, encuentra allí un terreno singularmente favorable, y en todos los tiempos, este fruto ha sido de una calidad tan superior en Santo Domingo, que los españoles designan con el nombre de *plátanos o bananos de los domingos*, a los que esta isla produce.

...Saliendo de la ciudad de Cotuí para seguir el camino real, y dirigiéndose hacia La Vega se atraviesa un bosque que conduce al río Yuna.

Ya se sabe que este río, que va a desembocar en el mar en el fondo de la bahía de Samaná, es, entre todos los de la isla, el que arrastra un mayor volumen de agua y con mayor velocidad, y que se le ha hecho navegable muy recientemente, por una extensión de más de doce leguas, para el transporte del tabaco que se compra por cuenta del rey en el territorio del Cotuí y en los de La Vega y Santiago. En las orillas de este río es donde se encuentra una parte de las maderas de construcción, de que he hablado al tratar de la bahía de Samaná, y sus aguas podrían fertilizar inmensos terrenos.

La profundidad del Yuna no permite vadearlo en el punto del camino, a que supongo que ha llegado ya el lector. Es necesario valerse de un bote, es decir, atravesarlo en un cuero: manera de pasar cuyo género merece ser conocido.

Se toma un cuero de buey, en el cual se colocan dos palos cruzados; se pliega el cuero por sus bordes en la forma de un papel de mazapán y para mantenerlo en esa situación, se le amarra todo alrededor con una cuerda que se apoya en los puntos en que terminan las puntas de los palos. El equipaje se coloca en esta especie de bote que se lanza primeramente al río

para ver si flota convenientemente. Si se trata de transportar un hombre, el esquife se trae a tierra y se coloca al viajero medio acostado, recomendándole apoyar las manos en los palos. Por segunda vez se lanza al río el bote y cuando está en perfecto equilibrio, se le advierte al pasajero que no tiene nada que temer y sobre todo se le recomienda no moverse. Después de tomadas todas estas precauciones, un hombre va delante tirando de una cuerda amarrada al cuero mientras que otros dos lo empujan y lo dirigen. Cuando los conductores no pueden ya andar en el agua, se ponen a nadar, gobernando y empujando la navicilla hasta que llegue al otro lado, es decir, como a cien pasos, cuando es el Yuna el río que se atraviesa así. La posición de la persona que se ha hecho viajar de este modo no es cómoda, ni mucho menos, y aquellos para quienes el sistema es nuevo, no esperan estar a la mitad del trayecto para arrepentirse de haber emprendido semejante viaje; mientras que los criollos españoles han contraído esa costumbre desde su nacimiento la encuentran muy natural.

En cuanto a los guías, esa clase de navegación les parece tan extremadamente sencilla, que no piensan en ningún peligro, ni siquiera el del encuentro con los caimanes, los que parecen asombrarse del atrevimiento del hombre.

Esos animales, que no escasean, atrapan con mucha frecuencia los bueyes y los caballos que atraviesan los ríos y los ahogan, tirando de ellos por el hocico hasta el fondo del agua. El primer movimiento del caimán es siempre huir del hombre; sin embargo, cuando éste se ha atrevido a atacarlo, pierde el temor y no lo respeta más.

Puesto que hemos hablado del caimán, tal vez sea éste el momento de asegurar que, lo que se cuenta de la inteligencia del perro cuando quiere pasar un río sin tener nada que temer, es una gran verdad. El perro se detiene en una orilla y ladra durante largo tiempo y cuando los caimanes son atraídos por sus gritos, el perro corre a todo escape y va a atravesar el río como a doscientos pasos más arriba.

Franqueado el Yuna, se encuentra la sucursal de Angelina, cuyos fundamentos fueron hechos hace cosa como de veinte años, por Don José Solano, y se entra en un bosque donde hay dos arroyos. Se llega en seguida a la sabana Guamita, de cerca de mil doscientas toesas de ancho, al cabo de la cual está el río del mismo nombre, que tiene siempre un poco de agua, que está algo encajonado y rodeado de bosque. Después de este río se llega al río Voma, después de una sabana del mismo nombre de algo más de una legua de extensión y en cuyo extremo hay algunos hatos: Del río Voma, se pasan dos nuevas sabanas (entre las cuales hay un torrente de orillas arboladas) hasta llegar al río Caya, que conserva siempre su agua.

El Voma une al Caya; su confluencia está como a dos mil quinientos toesas, más abajo del camino y a una pequeña distancia del lugar en que sus aguas reunidas desembocan en el Camú.

Después del Caya se atraviesan tres sabanas, separadas por bosquecillos, en las que se encuentran algunos hatos y plantaciones de cacao. Allí hay una iglesita llamada Juma, situada en los hatos de Migual Villasama. Después de estas tres sabanas, viene la de la embocadura del Jima (Boca de Jima) de cerca de una media legua de este a oeste, por un poco más de ancho de norte a sur, y a la que sigue un bosque de casi un cuarto de legua, por el cual pasa el río de Jima, que es encajonado. Se cruza este río un poco más abajo de su confluencia con el Camú, cuyas aguas se mezclan sin confundirse, pues el Jima va a cortar la orilla opuesta del Camú, guardando siempre su propio nombre. Después del Jima se cruzan como dos leguas de bosque, pero durante casi una legua y media desde que el paso de este río, se sigue la orilla izquierda del Camú y después se atraviesa éste a esa distancia y a casi dos leguas y media de La Vega. Terminado el bosque se encuentra uno en una sabaneta a la cual, varios hatos con bonitas plantaciones de cacao y plátanos y algunos cañaverales, dan un aspecto que agrada, tanto más cuanto que, en todo el intervalo recorrido desde el Cotuí, nada ha recreado la vista y que en esos lugares tan poco frecuentados, el viajero cree, por decirlo así, haber descubierto lo que él no hizo más que volver a encontrar después de una larga espera.

En el extremo de la sabaneta, desde la cual se cuentan aún dos leguas, poco más o menos, hasta la ciudad de La Vega, hay un bosque muy elevado; después una larga sabana muy estrecha que conduce a La Vega, sin dejar de seguir la orilla derecha del Camú desde el punto donde se le cruzó.

...Al salir de la ciudad de La Vega para ir a Santiago, se pasa a un cuarto de legua el río Camú.

Entre este río y el Yuna, hay una octava cadena de montañas de poca extensión y poco elevada, en la confluencia de esos dos ríos, pero que va creciendo según se va acercando más al Cibao. De esa cadena salen también algunos contrafuertes, que en el intervalo de los dos ríos van a separar los ríos intermediarios.

Desde Camú el camino sube por una cuesta suave, hacia una meseta. En este camino se pasan dos torrentes encajonados. La meseta, aunque poco elevada es, sin embargo, el punto más elevado del valle, es decir, de toda La Vega Real. Sus aguas se vierten al este en el Camú y al oeste en el Yaque. Es el límite natural del territorio de La Vega y del de Santiago, formando parte de una novena cadena casi insensible, que separa, como se ve, las aguas del Camú y del Yuna, de las del río Verde y del Yaque. Es una serie de mesetas suaves en la dirección del norte, que van a alcanzar la cadena de Monte Cristi, las que son tanto más elevadas cuanto más se aproximan al Cibao.

Santiago

Al descender de la meseta, cuyo frente occidental es el principio del territorio de Santiago, se pasan tres torrentes muy encajonados y se llega al

arroyo Guaco, a legua y cuarto del paso del Camú. Hay que subir de nuevo y después bajar para pasar el río Verde, como a mil quinientas o mil seiscientas toesas del Guaco, que desemboca en el Río Verde que como éste y el Camú, siempre tienen agua.

Se encuentran después tres hatos con algunas plantaciones de Cacao, llamados los sitios de Río Verde, y a un cuarto de legua, se pasa de nuevo este río, al cual Cristóbal Colón dio ese nombre, cuando fue a visitar las minas del Cibao, a causa de la limpidez y de la celeridad de sus aguas, y al cual se le sigue siempre la orilla izquierda, entre los dos puntos en que se atraviesa.

Del segundo paso del río Verde, se sube insensiblemente para volver a bajar del mismo modo e ir a atravesar como a dos leguas, el río de la Batalla (Puñal). Este río se seca algunas veces; su cauce está en un vallecillo, cuyas vertientes son suaves. Como a dos leguas escasas de este río el camino está cortado por una carretera, que a la izquierda del viajero, se dirige hacia el Hato Mayor; no lejos de allí hay un cuerpo de guardia, también a la izquierda, y en ese punto acaba el bosque, para continuar después La Vega. El camino entonces sigue todo lo largo del río Yaque, que es muy encajonado en esta parte y como a quinientas toesas del cuerpo de guardia, se entra en Santiago.

...Santiago está situado en la orilla derecha del Yaque, en una sabana en forma de eminencia que domina el río. Este, que empieza a ser muy encajonado en esta parte está dominado por una altura al norte –cuarto– nordeste, a tiro de fusil y cubierto de bosques muy claros. Otra altura menos considerable, que se encuentra del otro lado del río, a medio tiro de cañón al sur, es también más elevada que la ciudad.

Esta es absolutamente abierta y jamás ha tenido murallas. Tienen una plaza bastante grande en el centro; las calles están muy bien alineadas y cortadas en ángulos rectos. Contiene más de seiscientas casas lo que anuncia un gran crecimiento después de 1724, fecha en que sólo tenía trescientas ochenta, según un memorial del señor Butter, impreso al final del segundo volumen de Charlevoix este crecimiento no remonta más allá de veinticinco años. Las casas son de madera, excepto ciento cincuenta que son de piedras, o de ladrillos fabricados en las inmediaciones. Hay un tejlar a orillas del agua, poco más o menos al sur como a un cuarto de legua de la ciudad.

...Saliendo de Santiago para dirigirse al oeste; se pasa por una hermosa meseta, sobre la cual está construida esa ciudad; después se anda como un octavo de legua en el bosque, para atravesar en seguida el istmo de una pequeña península que forma una sinuosidad del río, donde hay varias habitaciones; este istmo puede tener como quinientas toesas y en su extremo se encuentra el río Yaque como a una legua de Santiago, adonde el camino llega, dirigiéndose a la derecha.

Se atraviesa el río Yaque en este lugar, donde su anchura es como de cincuenta toesas de ancho y cuatro o cinco pies de agua en su mitad. El río es bastante rápido y difícil de vadear. Como este río se encuentra sumamente encajonado, se sube con trabajo su otra orilla que es muy elevada; desde este punto, el camino que voy a recorrer, no deja más la orilla izquierda del Yaque y las tierras situadas del mismo lado, se llaman Continente de Lisón. Allí se cultiva un poco de trigo, cuya harina se emplea en todas las iglesias de la colonia española para hacer el pan sin levadura.

Inmediatamente después del Yaque se encuentra una bonita sabana limitada al norte y al este por este río; tiene un cuarto de legua de ancho de este a oeste por un poco más de largo; allí se encuentra un hato muy grande. Al extremo de esta sabana, se entra en el bosque, en el que se hacen algo más de tres leguas para llegar a la sabana Sin Provecho, de dos leguas de oriente a occidente y de cerca de una legua de ancho. Está rodeada de bosque y para expresarse más correctamente, es uno de esos intervalos naturales que se encuentran en los bosques que cubren toda esta parte; intervalos a los cuales es necesario agregar los producidos por los desmontes. Pasada la sabana Sin Provecho se entra en el bosque, donde se camina como una legua yendo al oeste; después haciendo un pequeño codo al norte, se encuentra el río de Amina que ha dado su nombre a la sucursal, fundada hace veinte años. En sus alrededores está el hato de la Boca de Amina. Este río tiene como veinte pies de encajonamiento y tres o cuatro pies de agua; la caída es suave y no tiene sino siete u ocho toesas de ancho por el lugar donde se pasa. Después del río el camino sube a la sabana de Amina, donde los caballos encuentran un pasto abundante; ese fue uno de los lugares en donde el señor de Cussy acampó cuando vino a atacar a Santiago. Esta sabana conduce a un bosque que tiene como una legua y tres cuartos y poco más o menos en su mitad serpentea el río Mao, que siempre tiene agua. Dos riachuelos siguen después de la extremidad de este bosque de altos árboles, y muy espeso, y está terminado por una sabana bastante grande, de dos leguas de extensión de este a oeste, rodeada por el río de Gurabo, que precede a un sendero que conduce por la izquierda a un hato que está al sureste.

Pasado el río Gurabo, se llega a la sabana del Piloto a la que sigue la sabana Rompino. A algo más de tres cuartos de legua de Gurabo, el camino pasa entre dos pequeños promontorios muy cercanos uno de otro, pero el de la derecha es un poco más elevado y escarpado. Como a media legua más lejos está el río Cañas que está a una y media leguas de Gurabo; estos dos ríos no tienen agua.

Un cuarto de legua después de haber dejado el río Cañas y en la sabana del Hospital, se ve a la derecha, el hato de este último nombre. Lo mismo resulta en la Sabana Renchadero que viene después y a la derecha de la cual está también un hato Renchadero; después se hace un cuarto de legua por

el bosque y se llega al río Guayubín, que está a cerca de una legua del hato Renchadero. Este río Guayubín, que es el mismo que otros llaman Rebouc, es aquel que durante mucho tiempo fue el límite reconocido entre los franceses y los españoles, como se ve en el compendio histórico que está al principio de este volumen. Ese río recibe al río Cañas y sucesivamente los de Maguaca y Chacuey, y va, aumentando con esas aguas a desembocar en el Yaque.

La palabra *Rebouc* es una corrupción francesa de la palabra española *revuelto*, y que significa *sublevado*. Como los españoles veían los establecimientos franceses en Santo Domingo como una usurpación y su defensa natural como una revuelta, habían dado el nombre de lugar de las revueltas, al punto de los límites que éstos habían adoptado y de los cuales hablan las ordenanzas de los Administradores franceses del 24 de febrero de 1711 y del 3 de diciembre de 1715, como de la frontera entre las dos naciones. (Respecto de esto, pueden verse las leyes de Santo Domingo, tomo 1º, página 624 y tomo 2º, páginas 262 y 476).

Del río Rebouc se entra en el bosque y se camina por él como un cuarto de legua. Entonces se llega a la espaciosa sabana de la Canoa, un poco antes de la cual hay un senderito, a la izquierda del camino, que conduce, al hato de la Antonia, situado como a un cuarto de legua de distancia. Se atraviesa la sabana de la Canoa, que tiene una y media legua de ancho, pero, tan larga, que la vista no puede alcanzar sus límites de norte a sur.

A dos tercios de la sabana, el camino pasa entre dos montecillos muy próximos uno del otro. De este punto de la bella y gran llanura donde corre el Yaque, se descubre la Granía, al noroeste cuarto norte, y la larga cadena de montañas de Monte Cristi, que se pierde de vista al prolongarse hacia la península de Samaná; la vista se asombra de este vasto espectáculo que inspira aún nuevas reflexiones y causa nuevos motivos de admiración al viajero, siempre que no sea español. Un poco después de los montecillos se encuentra el cruce de un hermoso camino que conduce a Monte Cristi, que dista de allí como trece leguas.

De la sabana de la Canoa, donde se ven algunas malezas, el camino va rodeando un bosque que está en la izquierda durante algo más de un cuarto de legua hasta llegar a un arroyo; después de éste, hay una sabana de poca extensión de este a oeste, que termina en otro arroyuelo; se encuentra otro bosque, después se llega a la sabanita de Escalante que está rodeada también de bosque y en medio de la cual hay un hato que lleva su nombre. Es preciso tomar de nuevo otro bosque, para, después de haber andado como doscientas toesas, llegar al río Maguaca, que no se seca nunca.

Pasado el Maguaca, se presenta un bosque y después una sabanita; en seguida, se llega a la sabana de Talanquera. Esta última es un poco montuosa y en ella se pasan dos arroyuelos que separan dos montículos suaves a los que el camino sube. Después de esta sabana vuelve a aparecer el bosque, y

en seguida el río Chacuey que no se seca nunca y que sólo está a mil seiscientos o mil setecientos toesas del río Maguaca.

A Chacuey sucede el bosque, que no tiene allí sino un octavo de legua hasta Sabana Larga, donde hay una iglesita y hatos a la derecha y a la izquierda. Esta Sabana empieza casi en punta, pero después se ancha en dirección al norte. En la extremidad de la sabana, hacia el sur, hay un hermoso hato, como a una legua del camino. El río Macabón, que en los tiempos ordinarios no tiene agua, separa la sabana Larga de la Jácuba, que tiene tres leguas de norte a sur. Después de esta última, se atraviesa el hato de Don Luis de Tende, situado a la orilla derecha del río Jácuba que la termina. Este río siempre tiene agua y no está sino a una legua de Macabón. Después viene la sabana de Santiago, que al cabo de una media legua conduce al paso del río de Goaba, donde no se encuentra agua sino en los tiempos lluviosos y de donde se entra en la sabana en que se encuentra el pueblo de Dajabón, hacia el cual conduce el camino cuando se han hecho como mil toesas después de dejar el Goaba.

Dajabón

Daxabón, Dajabón, Dahabón, de lo cual los franceses han hecho Laxabón, es un establecimiento fundado desde hace cerca de cuarenta años, colocado a cuatrocientas toesas de la orilla derecha del Masacre, que otros llaman Dajabón y cuyo nombre indio era *Guatapaná*. Este río es el límite común entre los franceses y los españoles en ese punto, desde el Tratado de 1776. El Dajabón va a desaguar en la bahía de Manzanillo, como lo hemos visto antes. Dajabón, que está al sur del camino, ha crecido mucho, pero es a expensas de la colonia, porque son los habitantes pobres que abandonan los hatos, para venir a establecerse allí y aprovecharse de las pequeñas ventajas que se ofrecen a los que se determinan a tomar ese partido. Dajabón está a más de ochenta leguas de Santo Domingo; a caso veinte y ocho de Santiago; diez de Monte Cristi; media legua de Ouanaminthe; seis leguas de Fort-Dauphin; dieciocho del Cabo Francés y como a dieciocho de Hinchá. Dajabón formaba parte en otro tiempo, del territorio de Santiago, del que fue separado para formar una parroquia, en la que se cuentan, por lo menos, cuatro mil personas.

Es a su posición, como frontera de la parte francesa, que Dajabón debe toda su importancia, lo que yo haré comprender mejor dentro de poco. Este lugar es la residencia ordinaria del comandante en jefe de todos los departamentos de Puerto Plata, Monte Cristi, Dajabón y Santiago, y los que tienen el mando particular de esos diversos lugares, están bajo sus órdenes. Allí hay caballería guardacosta. Dajabón puede contener como cien casas de poco valor. El terreno no es muy bueno en los alrededores del pueblo.

Ahora, dirijamos una mirada sobre el conjunto de todo aquello que les haya llamado la atención, en aquella comarca que originariamente se llamó

la Vega Real; es decir, todo lo comprendido desde el fondo de la bahía de Samaná hasta Dajabón, entre la cadena de Monte Cristi y la del Cibao.

Esta inmensa superficie plana, la más considerable de todas las de la colonia, sin excepción, ofrece cuatro poblaciones; a saber: el Cotuí, la Vega, Santiago y Dajabón. Su longitud la recorren enteramente, por decirlo así, tres grandes ríos: el Yuna, el Camú y el Gran Yaque, a los cuales vienen a traer su tributo, todos los ríos que bajan de la parte de las montañas del Cibao que miran al norte, y de la parte de la cadena de montañas de Monte Cristi que tiene su frente al sur. Pero la naturaleza como para acordar todavía mayores ventajas a esta magnífica llanura, ha dividido su inclinación en dos porciones que parten, poco más o menos de la mitad. Así es que el Camú viene a desaguar en el Yuna, después de haber recibido el Jima y el Caya, engrosados ya con las aguas del Voma y del Guamita, y que la longitud de sus cursos reunidos forman dos quintos de la extensión de la llanura, yendo de occidente a oriente; mientras que el Yaque recorre las otras tres quintas, yendo del este al nordeste cuarto oeste, es decir, en el sentido casi opuesto. Ya he repetido varias veces que al Yuna lo habían hecho navegable por más de doce leguas y aún se asegura que un bote o piragua entró por este río al Camú y lo remontó hasta cerca de la Vega. Sería también muy posible hacer navegable el Yaque, por más del doble de esa distancia. De manera que la Vega Real, regada ya por un gran número de ríos, los cuales a su vez, serían susceptibles de hacerlos a propósito para ser navegables por embarcaciones planas, y que los ingenieros hidráulicos podrían también aprovechar para muchos usos diferentes, distribuyendo sus aguas por diversos lugares; esta llanura es pues, al mismo tiempo, la llanura más grande, la más fértil y aquella en que las grandes salidas comerciales y los transportes de todo género, serían los más fáciles, si la mano de la industria pudiera ampararse de los medios que la naturaleza ha puesto allí por todas partes y con profusión.

...En el camino de ochenta leguas, desde Santo Domingo hasta el río Masacre, que he hecho recorrer al lector, se pasan treinta y cinco ríos y veintinueve torrentes y quebradas, la mayor parte de los cuales son de la llanura de La Vega. Los más considerables de esos ríos son: el Yuna, Jima, Río Verde, Camú, Yaque y Amina que nacen todos en el Cibao. El Yuna tiene su nacimiento en la misma cumbre del Cibao y se dirige primeramente al noreste hasta su confluencia con el Camú de donde tuerce al este y cuando llega más abajo del Cotuí, se dirige poco más o menos al sureste hasta su desembocadura. El río Yuna es el más ancho, pero el Yaque es de mayor extensión; este último recibe el Río Verde, engrosado ya con las aguas del Guaco y del río Batalla; después sucesivamente, los ríos Amina, Mao, Gurabo, Cañas, Guayubín o Rebouc, Maguaca, Chacuey, Macabón y Jácuba, que bajan también de las montañas del Cibao, excepto el Río Verde.

De todos los ríos de La Vega Real sólo hay los ríos Batalla, Gurabo, Cañas y Macabón que no conservan sus aguas en los tiempos de seca y se puede agregar también el Guajaba, que tiene su desembocadura en el Masacre; las aguas de toda esta llanura son excelentes; todos estos ríos son más o menos encajonados, desde cuatro hasta diez y aun doce pies: el Amina lo es de más de veinticinco pies, a lo menos en el punto en que el camino lo corta. El Yaque tiene en sus orillas repechos de más de cuarenta pies de elevación; es bastante escarpado, tanto arriba como abajo de Santiago; pero frente a frente a de esta ciudad, las cuevas son más suaves.

San Rafael

Inmediatamente después de haber llegado a la primera cadena y al sur del límite, se encuentra el cantón de San Rafael que tiene el sobrenombre de la Angostura. Este lugar ha tomado este epíteto por su situación, porque San Rafael es una garganta que comunica la parte española con la parte francesa. Es también útil hacer notar en esta ocasión, que se ha dado el nombre de Montaña de la Puerta a la parte de la primera cadena que se aproxima a la parte francesa y que los franceses han llamado durante largo tiempo *la Puerta*, al cantón de San Rafael, denominación evidentemente producida por la posición de la garganta, considerada como un pasaje o una puerta. La palabra *de Angostura*, es ahora doblemente aplicable a este cantón, puesto que, con motivo del trazado de los límites, forma una especie de lengua de tierra que, como acabo de decirlo, penetra más que todas las otras posesiones españoles, en el territorio francés. Esta configuración del cantón de San Rafael, le da por límites al norte, después de Dajabón, la pendiente de las montañas de las parroquias francesas de Ouanaminthe, de Vallière, de la Grande Rivière, del Dondón, y de la Mermelada y de parte de la parroquia francesa de Gonaïves.

San Rafael está muy bien regado por varios ríos y un gran número de arroyos que corren, desde el Dondón hasta el río Ibara, entre los diversos contrafuertes que la primera cadena de montañas tiene en la parte sur y que separan los ríos de Bouyajá o Bayala, Goaba, Bohorca, Caladera, Lag y Samaná. Más lejos, en el sur, está una décima cadena de montañas cuyos contrafuertes separan el río de Bánica del de Ibara.

Esta décima cadena no nace en el grupo del Cibao, pues pertenece inmediatamente a la primera cadena y vierte, como los contrafuertes de ésta, todas sus aguas en los diferentes brazos del Artibonito. El valle de San Rafael, es bastante cerrado y está cubierto de bosque hasta los límites del Dondón. Sin embargo, si se considera a San Rafael, como se hacía en otro tiempo, es decir, como una porción de la inmensa llanura de Goajaba, lo que decimos de su encierro no le es ya aplicable. El terreno de este cantón es bueno en general y las sabanas son bellas y muy bien cubiertas de pasto.

Hace aproximadamente treinta años que, durante la presidencia de Don Manuel de Azlor, se fundó un pueblo en San Rafael; está situado en la orilla derecha del río de Bouyajá, en el valle de San Rafael o de la Puerta, a cerca de un cuarto de legua de la garganta que es estrecha y cuyas vertientes son rápidas, lo que la hace fácil de defender y de cerrarla, siendo dueños de las alturas de la derecha y de la izquierda. El pueblo de San Rafael es poco considerable y la parroquia que él forma es un anexo y una dependencia de la de Hincha.

El aire de San Rafael y de sus alrededores es muy saludable y fresco, pero en el pueblo que se encuentra en la garganta, se siente un gran calor. En él hay una guarnición pequeña, que más bien debe considerarse como una guardia de fronteras, y como una dificultad opuesta al contrabando con la parte francesa.

Una cosa muy notable es, que la sabana de Guajaba, que está, poco más o menos al nivel de las que la siguen hasta el Yaquecillo, se encuentra también al nivel del pueblo del Dondón. Ahora bien, la altura del suelo de este último, puede calcularse en quinientas toesas sobre la superficie del mar. Debe, pues, haber, una diferencia notable entre la temperatura de la llanura del Cabo y la de las llanuras españolas de que hablamos, y por lo tanto se nota mucho la diferencia por aquellos que viajan de las unas a las otras.

A dos leguas y media, al sur del pueblo de San Rafael, está el de la Atalaya (*de la centinela o de la descubierta*); pueblo el más occidental de toda la colonia española, comenzado también hace como treinta años. Este pueblo forma, bajo la advocación de San Miguel, una parroquia que es todavía una anexa de la Hincha. La Atalaya tuvo por fundador a Don José Guzmán, en favor del cual se la convirtió en una baronía. Sin detenerme a considerar todo lo que tiene de raro esta manera de recompensar las virtudes de un individuo, por lo menos en la parte española de Santo Domingo, siento verdadero placer en decir, junto con todos los colonos franceses, que las virtudes de Don José Guzmán, entre las cuales se distingue su beneficencia y su generosa hospitalidad, son a propósito para merecer los homenajes de todos los hombres de bien y un lugar en el recuerdo de todos los seres agradecidos.

El camino desde San Rafael a la frontera es malo. Una vez se trató de hacerlo propio para los transportes de mercancías y productos de todo género en 1762, cuando se temía en las dos colonias de Santo Domingo, al enemigo común de las dos naciones; pero los trabajos fueron abandonados al tenerse noticias de la paz en 1763. A tres cuartos de legua y a la derecha, se encuentra un cuerpo de guardia, cerca del cual están algunos hatos a ambos lados del camino. Del cuerpo de guardia se pasa un torrente muy empinado pero sin agua, de donde se llega al río de Bouyajá, para llegar a otro cuerpo de guardia colocado a tres cuartos de legua del primero, y en el punto limítrofe con el Dondón. Pero, volvamos a San Rafael, para seguir con lo que nos queda por examinar.

Después de este poblado se pasa el Bouyajá y se llega al torrente llamado Río de la Cañada Seca, un poco antes de su desembocadura en el río de Bouyajá; se sale de la Puerta formada por la montaña de Juan Rodríguez, que se prolonga al suroeste y por la loma cabrito que viene del noroeste; entre esas dos montañas se encuentra el valle en que corre el río de Bouyajá o de la Puerta. Desde ese torrente se ven a la derecha los hatos de la Cabuya que están como a media legua del camino; y de ahí sale un sendero que se bifurca un poco más lejos, y cuyo ramal derecho va hasta los hatos de la Cabuya, mientras que el ramal de la izquierda va al *Piñón*, cantón del que hablaré dentro de poco.

En seguida de ese torrente se entra en la llanura de Goaba. Algo más de media legua después se pasa el arroyo de *Mata-Aguia*, y a otra distancia igual se llega al Hato de Buenavista que está a la izquierda del camino. Media legua más allá hay un camino a la derecha, que conduce a los hatos de la llanura de Goaba. Como a dos y media leguas del hato de Buenavista se llega al pie de la cuesta del Cerro de los Pinos (*Piñón*), a la derecha del cual se pasa el cerro o Collado del *Piñón*, que está al oeste-suroeste. Este cerro aislado deja entre él y las montañas de la izquierda un espacio como de un cuarto de legua de ancho, por donde pasa el camino, cortado en ese lugar por otro camino que va a Dajabón. Un poco después de este cruce está el de otro sendero que, por la izquierda lleva al hato de San José en la sabana del Caimán. Avanzando todavía un poco más, hay un tercer cruce, con un camino que, rodeando el Cerro de los Pinos por la derecha, conduce entre hatos hasta el Cabo Francés; todo este cantón se llama *Los Pinos*. Más adelante, como a un tercio de legua se pasa el río de Goaba, muy encajonado y orillado de bosque, y a poca distancia de allí, está el Hato del Caimán, a la derecha del camino.

Una legua y cuarto después del Goaba, viene el río de la Bojorca. El intervalo entre esos dos ríos se llama la Sabana del Pidal, atravesada por tres arroyos que es necesario cruzar; el tercero se llama Jaina-Caimán. Por la orilla izquierda del Bojorca y del camino, están los hatos del mismo nombre; ahí termina la llanura de Goaba. Caminando una legua y cuarto después del paso del Bojorca y atravesando dos ríos se llega al río del Paso Pequeño o la *Coladera*. Un cuarto de legua después, y a la derecha, hay un camino que conduce a Hincha. Del río Coladera, al Lag, se encuentran dos arroyos como a legua y media de distancia. Del Lag se anda como una legua y se encuentran dos arroyos hasta el río Samaná. Después de pasar este último, se encuentra un torrente antes de llegar al primero de los hatos del Papayo, que está como a media legua escasa. Quinientos toesas después de los hatos, se deja a la derecha otro camino que va a Hincha.

...Desde el punto en que está el cruce del camino de Hincha, después de los hatos del Papayo, que están a la derecha del camino, es necesario hacer más de una legua y media y cruzar seis arroyos antes de llegar a los

hatos del Pastel, y como a una legua escasa y atravesando otros tres arroyos, se llega al gran torrente llamado Aguas Profundas o Hediondas y una legua y cuarto más allá se llega a un torrente muy encajonado; un octavo de legua después de su orilla meridional hay otro cruce del camino que conduce a Hincha. Se hace en seguida una legua, después de pasar otros dos torrentes bastante encajonados; después la sabana y el hato de la Laguneta, situados a cerca de seis mil toesas de las Aguas Hediondas.

Después del hato, el camino es absolutamente igual al precedente puesto que a un cuarto de legua, es necesario pasar otro gran torrente encajonado; después otro torrente una legua más lejos; a dos mil quinientas toesas de este último, está el río Ibara, del que se encuentran dos brazos a un octavo de legua uno del otro, y forman una isleta en el punto en que el camino lo atraviesa.

Después de haber pasado el Ibara, se va hacia el río de Bánica o del Oncéano; a media legua a la derecha está el hato del Oncéano y a un cuarto de legua más lejos, se atraviesa el río de Bánica que no está sino a tres cuartos de legua del Ibara.

El nombre de Oncéano que llevan el hato y el río es también el del valle de Bánica; de esta expresión que se ha corrompido, se ha formado el valle del Océano, sin duda, dice Valverde, porque este valle es muy extenso. Es también en este valle donde se encuentran los contrafuertes de la décima cadena.

Algo más de media legua después de haber pasado el río de Bánica se encuentra un camino que conduce a las aguas minerales de Bánica y a Dajabón, y en seguida se baja para pasar, a un cuarto de legua, el Hatibonico, del que los franceses han hecho Artibonito, y entre las aguas del cual y las del Bánica, está la undécima cadena de montañas, que, como la décima, es una ramificación de la primera cadena que se prolonga, dirigiéndose al oeste-cuarto-suroeste.

Cuando se pasa el Artibonito en este punto, aunque es muy encajonado y que en el tiempo lluvioso lleva un gran volumen de agua, es muy difícil reconocer esta clase de río, que atraviesa una de las llanuras más fértiles de la parte francesa; río, cuyas aguas son, desde hace más de ochenta años, el motivo de cálculos y de proyectos, que no han producido nada todavía, por decirlo así, mientras que en diferentes épocas, la naturaleza que se burla algunas veces de los designios del hombre, ha hecho servir las aguas del Artibonito para devastar una llanura, en la que él debía secundar los esfuerzos de la industria. Pero Artibonito se aumenta considerablemente antes de dejar el territorio español; primero, por medio de los ríos que he nombrado desde que comencé la descripción del territorio de San Rafael, los que van a desembocar en el Guamayuco que llega al Artibonito y también por muchos otros que me faltan por mencionar, que desembocan también en el Artibonito, pero por la orilla izquierda. Este río es el que tiene el curso más largo con motivo de sus sinuosidades.

...Del pueblo de Bánica, se atraviesan tres sabanitas y a algo más de media legua, se pasa el río de Tocino, a cerca de mil quinientas toesas de su embocadura en el Artibonito. Después del río tocino, vienen aún otras tres sabanetas y no está sin embargo sino a media legua de la sabana de la Cruz. En esta sabana están los hatos del mismo nombre, a la izquierda del camino y en la orilla derecha de un torrente que se atraviesa. Se entra en un bosque y después de hacer en él como mil quinientas toesas, se encuentra a la derecha el cruce de un camino que lleva a Puerto Príncipe. Se sale del bosque como a seiscientas toesas de allí, para cruzar un lugar llamado el Paso o la Garganta de Bánica, compuesto de una cadenita de montículos. A media legua del bosque se encuentra un gran arroyo torrentoso. De éste hasta otro arroyo muy encajonado hay una legua; después se encuentran cuatro más, también un poco encajonados, en un segundo espacio que no es, igualmente, sino de una legua.

A quinientas toesas del último torrente están los hatos de Hobes, a la derecha del camino, y tres cuarto de legua después del último se llega al río de Hobes; éste es muy encajonado y rodeado de bosques y va a desembocar en el Artibonito, como el Tocino.

Entre este río de Hobes y el del Artibonito hay una duodécima cadena de montañas que va a terminar en el pueblo de Bánica, subdividiéndose todavía en varias cadenas pequeñas que forman otros tantos torrentes, y que separan también el Tocino del Artibonito.

Mil quinientas toesas después del Hobes están los hatos de las Matas que preceden como quinientas toesas el punto en que cruza un camino, que por la derecha conduce a Puerto Príncipe. De la bifurcación del camino se llega a un torrente a un octavo de legua; después otro gran torrente a media legua. Este último, a su vez está a legua y cuarto de otro torrente llamado Bagonay, el cual precede algo más de media legua el arroyo de Nibaguana.

Se cuentan poco más o menos, quinientas toesas de este arroyo al río Seibo, que se atraviesa en un bosque. Un cuarto de legua más lejos, cesa el bosque y allí comienza la Sabana de la Roca, y como a media legua, se deja a la izquierda el Cerro de Punta Caña, después del cual hasta el arroyo del Oro hay media legua. Este arroyo está precedido de algunos hatos, hasta los cuales la Sabana de la Roca es un poco pedregosa y llena de monte.

El arroyo o río del Oro es encajonado y orillado de bosques y está a tres cuartos de legua del río Higüera. Entre ellos hay un bosquecillo y a la izquierda el cerrito de Caracol; en el río Higüera y el río de Oro, que no tienen agua en los tiempos de seca, desembocan en el río Neiba, así como el Seibo, y ambos corren en la dirección oeste-suroeste.

Del río Higüera se sigue durante una legua para ir a cruzar el río de Neiba. Este espacio, poco más o menos en medio del que se encuentra un

torrente pequeño, y en el cual hay algunos hatos del lado derecho, depende del llano de Santomé o de Santo Tomás

Este nombre viene, sin duda, de un pobladito que produjo la construcción del fuerte de Santomé, que Cristóbal Colón había fundado no lejos de la fuente del Artibonito, en la provincia del Cibao, al sur de las minas de ese nombre, para proteger el trabajo contra los indios. Hace largo tiempo que no se encuentran ni vestigios de este pobladito, del cual he querido, sin embargo, señalar aproximadamente la posición en el mapa; pero no hay lugar a dudas, puesto que la entrada de la llanura de Santomé, conduce hacia las montañas en que estaban las minas, y porque Caonabo, uno de los caciques, con quien se trabaron algunos combates, habitaba cerca de la llanura o sabana de Santomé, en el oeste, y estorbaba el trabajo de las minas, que en el Fuerte de Santomé (así llamado por Colón, porque no habían querido creer en las riquezas del Cibao) haya sido el origen de la denominación de esa llanura.

El Neiba es uno de los grandes ríos de la isla, como lo hemos dicho antes. Entre ese río y el Hobes, está la decimotercera cadena de montañas, dividida también en contrafuertes, que terminan en el llano de San Juan, y que separan el río Higüera, el río de Oro, el río Seibo y varios otros arroyos o torrentes, de los cuales, los dos más importantes son los de Bagonay y de Nibaguana.

San Juan de la Maguana

Después de pasar el río Neiba, se sube para llegar a San Juan de la Maguana, que muchos mapas colocan en la orilla izquierda. El sobrenombre de Maguana, trae a la idea el recuerdo de uno de los cinco reinos que componían la isla cuando el descubrimiento, cuya capital estaba donde se encuentra actualmente San Juan, y que desapareció con la infortunada Anacaona. Este cantón fue saqueado por corsarios ingleses hacia el año 1543.

...Saliendo del pueblo y volviendo a tomar el camino hacia el sur, se llega al río de Jínova, que está a cerca de dos leguas, dejando algunos hatos a su derecha. Pasado este río se va a cruzar el de Jávano, a mil quinientas toesas, teniendo a su derecha los hatos de Puena. El río Jávano, que se pasa a media legua de su desembocadura en el Neiba, tiene siempre agua como el Jínova. Del Jávano, como a legua y tres cuartos se llega a una isleta formada por el río Mijo y en medio de la cual hay un sendero que conduce por la derecha al hato de Elgorite, distante un cuarto de legua. Después de haber dejado la isleta, se pasan tres sabanitas y dos arroyos antes de llegar a la sabana llamada *Sabaneta*, que está a algo más de una legua; subiéndola en seguida cinco mesetas y pasando cinco arroyuelos que las separan, se encuentra a mil quinientas toesas el hato de Luvenco, que sólo está como a un octavo de legua del paso del Yaquencillo; paso desde el que comencé la descripción del territorio de Azua.

Entre el Neiba y el Yaque está la décimocuarta cadena de montañas que viene del grupo del Cibao, ya directamente o ya por cadenas secundarias. Esta se dirige al suroeste-cuarto-oeste y se subdivide en contrafuertes que van a separar las aguas de los ríos Jínova, Jávano y Mijo que desembocan en el Neiba. La llanura de San Juan está limitada al oeste por la parroquia francesa de la Croix-des-Bouquets y por los lagos. Oviedo, el más antiguo historiador de Santo Domingo y que escribía en 1535, tenía una hacienda, en aquel territorio de la llanura de San Juan. Tenemos necesidad ahora de volver a ocuparnos de lo que llamamos la parte occidental de la colonia española, para someterla a observaciones generales.

La primera, que dejamos entrever al tratar de San Rafael, es que algunos puntos de la porción llana de esta parte que ocupa por lo menos doscientas leguas cuadradas de superficie, se encuentran al nivel del lugar que ocupa el pueblo de Dondón, a quinientas toesas de altura sobre el nivel del mar, lo que da un carácter particular a esta parte de la isla, puesto que su suelo es más elevado que varias montañas de la parte francesa.

Lo que hemos recorrido y descrito desde San Rafael hasta el Yaquecillo, y que se subdivide en varias llanuras que forman las doscientas leguas cuadradas, no sirve absolutamente en la actualidad sino para criar animales destinados, en su mayor parte, al abastecimiento de la colonia francesa, después, desde luego, que las varias poblaciones de esas llanuras que componen como veinticinco mil almas, han sacado su subsistencia. Sin embargo, en otro tiempo existieron ingenios de azúcar en el cantón de San Juan, y el azúcar que allí se producía se estimaba como igual al de Azua. La llanura de San Juan tiene también de común con la de Azua, la ventaja de conservar una magnífica raza de caballos. Pero es necesario también, para animar la crianza y los cuidados de que tienen necesidad los caballos, que su salida de la parte española sea libre, puesto que, en la colonia francesa, se ven muy pocos, muy particularmente los que son propios para montar, que no llegan allí sino de contrabando. El menor estímulo que se les diera, haría que los colonos españoles, despertaran de su apatía, pues aman los caballos con pasión.

La vasta extensión de las praderas, de los grandes bosques, de los ríos, de los arroyos y arroyuelos y de fuentes innumerables; la proximidad de las montañas, todo concurre a dar una temperatura suave a toda la región occidental de la colonia española, donde el aire está sin cesar movilizado por las moléculas húmedas puestas en evaporación. Oviedo habla con elogios de los innumerables rebaños, y de las plantaciones de todas clases de frutos comerciales, que se veían al comienzo del siglo XVI en esa parte, y cuyos transportes se hacían por los puertos de la costa sur. Igual cosa sucedería si la agricultura renaciera allí, puesto que los límites franceses y la primera cadena de montañas no dejan ninguna otra salida. Pero, aún entonces, la facilidad de hacer al río Neiba navegable por buques chatos y chalanas, y lo

mismo el Yaque, disminuirían mucho lo largo y por consiguiente los inconvenientes de esos acarreos.

¡Cuántos ingenios de azúcar se podrían fundar en doscientas leguas cuadradas, tan bien regadas, y cuántos otros establecimientos y manufacturas encontrarían lugar en los espacios que no se dedicaran a la caña de azúcar!

Pero, en la extensión misma de esta inmensa llanura, la temperatura varía, como en otras partes, según los lugares y sus grados de elevación. Y por eso es que el valle de Bánica es más caluroso que el de San Juan; circunstancia que hace que los animales son más grandes y más robustos en la llanura de Bánica. En el valle de San Juan hace bastante frío, por lo cual durante casi todo el año es necesario estar bien vestido y cubrirse bien por la noche, lo que se deja sentir mucho más en el valle de Constanza, que, como se ha dicho, tiene una de sus salidas hacia el valle de San Juan. En general, en esta llanura, como en casi todas las de la colonia española, el clima es, poco más o menos, como el de la primavera durante la noche y en la mañana, hasta un poco después de la salida del sol; y en seguida, según el sol se levanta, el calor aumenta, para disminuir después gradualmente, cuando este astro desciende.

Repito que el cantón de San Rafael es saludable y fértil, lo que es común al de Hincha. En cuanto a Bánica, su suelo es menos bueno, pues está cortado, lleno de bosques y muy montañoso, y por eso los animales no pueden multiplicarse mucho a causa de la mediocridad de las sabanas. En el cantón de San Juan, se crían muchos animales; pero este lugar está muy frecuentemente sujeto a largas sequías que arrebatan a los propietarios una gran parte de los beneficios. Ellos tienen también un gran enemigo en su propia indolencia, que sólo está un poco combatida por los Isleños.

Una cosa muy enojosa y cuyos efectos deberán ser muy sensibles algún día, porque van siempre en aumento, es que las hermosas llanuras de San Juan y de Santomé están infectadas con el *linéonal* (llamado *grand cousin*, *primo*, por los colonos franceses), que cubre ya una cuarta parte y cuya propagación es espantosa: Hincha, Guaba y San Rafael, están casi invadidas por el mirto, la albahaca silvestre, y otras plantas que quitan muchísimo terreno para la subsistencia de los animales; esta deterioración de las praderas es general en la isla.

Aguas Minerales de Bánica

Bánica tiene además una gran ventaja en las aguas minerales que la naturaleza le ha concedido y cuya utilidad exige que hablemos de ello con algún detalle. Para hacerlas conocer bien, creo no poder hacer nada mejor que copiar lo que diré respecto a eso en la obra intitolada: *Diario de Santo Domingo*, en los dos números de los meses de febrero y de marzo de 1766.

“A dos leguas de la ciudad de Bánica, en las montañas y en la pendiente de una colina, en medio de un bosque, hay cuatro fuentes de aguas termales, cercanas unas de otras y que corren por cavernas y grutas de los alrededores. La primera se llama el Baño Grande; la segunda el Baño Pequeño; la tercera el Baño de los Bosques; y la cuarta el Baño de la Cantina. El Termómetro de Réaumur¹¹, en los más grandes calores no sube en este lugar a más de 22 ó 23 grados a mediodía y en la noche vuelve a bajar hasta 14^o. Cuando se sumerge el termómetro en las cuatro fuentes, ellas lo hacen subir, en el orden en que acabo de nombrarlas, a 17, 13, 10 1/2 y 11 grados, sobre la temperatura del aire. El análisis químico ha probado que esas aguas, no tienen ni sales ácidas, ni selenita, ni vitriolo, ni hierro. Se encuentra en su fondo gran cantidad de flores de azufre, que se subliman en las paredes de las fuentes, pero es un azufre enteramente dividido y que no está precipitado por la mezcla de ningún ácido. Aunque muy transparentes esas aguas, tienen un olor y un gusto muy desagradables y su olor se nota desde muy lejos. Las cuatro fuentes dan todas en la proporción de once a doce granos, aproximadamente, en una pinta de agua, una verdadera sal gema, que se crepita al fuego y cuyos cristales tienen la forma cúbica y un gusto salino. Las Aguas minerales de Bánica están compuestas de un espíritu mineral, elástico, volátil, aéreo, y encierra un espíritu volátil-alcalino-orinoso que se evapora fácilmente y que da a la disolución de sublimado corrosivo, un color amarillo, así como un aceite bituminoso graso y abundante, y una materia bituminosa también, pero más desleída e íntimamente unida a las aguas, la cual estando mezclada con una base terrosa, se precipita. En fin, el petróleo que domina allí, compone una de sus más grandes virtudes como la de todas las aguas termales que atraviesan una tierra calcárea o gredosa y que no contienen sino una sal neutra.

Esas aguas son extremadamente jabonosas, penetrantes, fundentes. Se las prohíbe en las enfermedades agudas e inflamatorias, así como a los pulmoniacos, a las mujeres embarazadas, a las nodrizas, pues les secaría la leche y a los hidrópicos. Dichas aguas ejercen influencia con más actividad, según que el calor sea más fuerte en una fuente relativamente a otra. Son

¹¹El termómetro de Réaumur toma su nombre del de su inventor, el célebre físico y naturalista francés René Antonio de Réaumur, apellidado el Plinio del siglo XVIII. Nació en la Rochela en 1683 y murió en 1757. La escala de Réaumur está dividida en 80 partes. La conversión de grados Réaumur en grados centígrados, o viceversa no ofrece ninguna dificultad: un cálculo sencillísimo nos conduce rápidamente al resultado. Regla: Para convertir grados Réaumur a grados centígrados, se agrega a los grados Réaumur su *cuarta parte*, o de otro modo, se multiplican los grados Réaumur por 5 y el producto se divide por 4. Tomando como ejemplo la temperatura indicada por el autor tenemos:

$$\begin{array}{r} 22^{\circ} \text{ R} + \text{su cuarta parte} \\ \underline{5 \ 1/2} \\ 27 \ 1/2 \text{ centígrado. (C.A.R.)} \end{array}$$

muy convenientes para las enfermedades de languidez, para las largas fiebres intermitentes, las obstrucciones, relajaciones; para las enfermedades que minan o destruyen la belleza, sobre todo en las ciudades, o que la marchitan y la descoloran; para el escorbuto, la pituita, y las afecciones del estómago; el flato, la gota, los reumatismos fríos, enfermedades de los riñones, el asma y la parálisis. Esas aguas sirven de purgante suave y tomadas en baños son muy eficaces para las enfermedades de la piel. Pero, ya sea como bebida o sea en baño, es necesario consultar el estado del enfermo y sobre todo combinarlo con los grados de calor de las aguas. En una palabra, allí, como en todas las fuentes, es necesario estudiar el efecto que producen, y sería muy difícil encontrar preceptos más prudentes y reglas más detalladas que las que se indican en el memorial que cito. Terminaré el artículo medicinal de las aguas, diciendo que el autor indica como la estación más favorable para tomar esas aguas, el intervalo comprendido entre el mes de octubre y el mes de mayo, porque entonces el cielo está sereno y las tempestades y los grandes ventarrones son allí raros; que el aire no es ni caliente ni húmedo, pero que es tan puro como el de los mejores países de Europa. Los alimentos, la carne, la caza, los peces de río, y la leche se encuentran allí en abundancia y de un gusto exquisito. El resto del año es tempestuoso y muy a menudo cae un granizo tan grueso como en los países meridionales de Europa; las mañanas son bastante frescas en ese lugar y es necesario procurarse vestidos de invierno.

Lagunas

La laguna más considerable es la Laguna Salada, o Enriquillo, o Lago de Jaragua, que está totalmente en la colonia española y de la cual ya me ocupé algo con relación al nombre de Enriquillo, cuando trataba del valle de Neiba. Esta laguna tiene como nueve leguas en su mayor longitud, está poco más o menos de sureste a noroeste, y como tres leguas y media en su mayor anchura; se le pueden dar veintidós leguas de contorno. La singularidad más notable de esta laguna es una isleta que tiene en su centro, que tiene dos leguas de longitud y una legua de ancho, donde se encuentra una fuente de agua dulce y muchos rebaños numerosos de cabras, lo que la hizo llamar por los franceses *Isla Cabritos*; tiene también unos lagartos de un enorme tamaño. Esta laguna es profunda, y en ella hay muchos caimanes y tortugas de tierra, o hicoteas.

Los españoles aseguran que se encuentran en la laguna de Enriquillo, peces de mar y hasta se asegura que se han visto tiburones, manatíes y una especie de salmón. Si debo creer varios testimonios concordantes y a los cuales no puedo dejar de tener confianza, no se encuentran, a los menos en la actualidad, ninguno de esos animales. El agua de esa laguna es límpida, amarga, salada y de un olor desagradable. Los ríos de la Descubierta, Río Blanco o de Plata y el río de las Damas desembocan en ella.

Al sur de esta laguna, a más de una legua y abajo de la isla Cabritos, se encuentra una laguna de agua dulce, llamada por los españoles Laguna Hicotea, que tiene cerca de dos leguas del sureste al noroeste y un ancho de media legua que varía en diferentes puntos. Esta laguna no tiene ninguna comunicación con las otras dos y su extensión depende de la cantidad de lluvias y del agua de los arroyos que la alimentan; es abundante en buenos peces y en caza marina. Da nacimiento a algunos riachuelos y hay una parte montañosa entre ella y el mar, en la dirección del sur.

Aproximadamente a dos leguas al noroeste de la laguna Salada, o Gran Laguna, se encuentra otra que tiene la misma dirección que ésta, pero con solamente cinco leguas de largo, con un ancho variable, desde una legua y media hasta tres leguas; los franceses la llaman *Etang Saumâtre* Laguna Salobre, a causa del gusto acre de sus aguas y los españoles Laguna de Azuey. La línea de demarcación la cruza, poco más o menos en dos partes iguales, en el sentido de su longitud. Algunos cerros la rodean, excepto en su parte sur, donde se encuentra la pequeña llanura de Fond-Parisien, que dos propietarios cultivan de cañas de azúcar y donde podrían fundarse todavía dos ingenios del mismo género. Esta laguna tiene orillas muy bajas y su profundidad no está sino en el centro; es, sin embargo, mucho menor que la de la Gran Laguna. Allí hay caimanes, hicoteas y tres o cuatro clases de peces de mala clase. Se encuentran también ranas y una especie de anguila. Muy pocos manantiales llevan sus aguas a esta laguna y no se le conoce ninguna salida. Es una parte de la pequeña llanura de Verretes, la que no debe confundirse con la parroquia de Verretes, en el alto del Artibonito, que pasa entre la Laguna Salada (Enriquillo), y la Laguna Salobre (Laguna del Fondo) donde se encuentran fuentes que tienen un olor muy fuerte a hígado de azufre¹².

El extremo noroeste de la Laguna del Fondo está aproximadamente a seis leguas del mar de la costa oeste de la isla, y el extremo sureste de la Laguna Salada o Enriquillo está un poco más lejos de la costa sur. Al suroeste de esta última hay una montaña que llega hasta la orilla.

La analogía de las aguas de estas dos lagunas con las del mar, la proximidad de éste en dos lugares diferentes y lo que se publica de los peces que se dice han sido encontrados en ellas y también un movimiento que se cree análogo al de las mareas, todo ha hecho pensar que esas lagunas se comunican con el mar. En cuanto a los peces y a las mareas, los hechos no lo han justificado y con respecto al gusto de las aguas, podría ser más fácil explicarlo por la proximidad de una montaña de sal fósil, de la cual he dicho lo pronto que se produce en el artículo de Neiba¹³. Esta sal tiene una gran

¹²*Hígado de azufre* es la frase corriente para designar el *polisulfuro potásico*. (C.A.R.)

¹³Como simples datos hacemos el siguiente extracto de nuestra *Geografía de la Isla de Santo Domingo* (1915), páginas 72, 73, 425 y 426. Los lagos y lagunas son generalmente de

blancura, pero es un poco acre y echa a perder la carne y el pescado que los españoles salan por ese medio. Esa sal parece azul cuando está en pedazos grandes; pero cuando está pulverizada toma el color de que he hablado. No pretendo, sin embargo, que se deba mirar este asunto como cosa resuelta, por lo que acabo de decir y creo que hay motivos que no dependen de una vana curiosidad y sí deberían determinar a practicarse observaciones e investigaciones propias para confirmar si efectivamente la Laguna Salada (Enriquillo) y la Laguna Salobre (del Fondo) se comunican o no con el mar.

La laguna salada y la laguna dulce están rodeadas de grietas, algunas de las cuales tienen hasta cuatro pies de profundidad. Se las considera como vestigios de algunos temblores de tierra, y muy particularmente del de fecha tres de junio de 1770. Las montañas que están en la vecindad de esas dos lagunas son propias para la agricultura y los españoles mantienen en ellas algunos hatos.

Heme aquí llegado al punto de haber hecho conocer, con tantos detalles como me ha sido posible, los diversos lugares de la colonia española y me parece, que lo que se ofrece más naturalmente después de esto para ser descrito, es la manera cómo esos lugares se comunican entre sí.

Caminos

Las dos comunicaciones principales de la parte española, no solamente porque ellas son comunes al mayor número de lugares de esta parte; sino también porque es por medio de ellas que las dos colonias mantienen sus relaciones, son las que he seguido en la descripción y que van de San Rafael a Santo Domingo, por Bánica, San Juan, Azua y Baní; y de Dajabón, también a la capital, por Santiago, La Vega y el Cotuí. Pero es por estos caminos

agua dulce, aunque los hay también de agua salada, etc. Cuando los lagos tienen algún desagüe son, por lo general de agua *potable o dulce*; los que no tienen desagüe son casi siempre de agua *salobre*. Los lagos salados deben su origen a la evaporación constante del agua dulce que le llevan sus tributarios, lo que hace acumular las sustancias solubles que esas corrientes arrastran. La salsedumbre de las aguas de los lagos se debe generalmente a que las aguas dulces que aportan los ríos que los alimentan, se evaporan constantemente, mientras que las sustancias solubles que esos ríos arrastran en su curso, como soda, magnesia y sal, se acumulan progresivamente en el fondo, lo que se neutraliza un poco con la precipitación lluviosa. Hay cuatro clases de lagos: 1º Los que recogen las aguas de uno o varios ríos y que no se comunican con el mar, a lo menos de una manera ostensible. Esos lagos son siempre *salobres o salados*, como el Lago del Fondo y el Lago de Enriquillo. 2º Los que no tienen ríos *afuentes*, pero sí algún río o caño *emisor o afluente* y que generalmente son dulces. 3º Los lagos interpuestos en el curso de algún río y formados por el rebalse de las aguas de éste, etc. Estos lagos son generalmente de agua dulce, porque las aguas no se depositan, sino que son arrastradas al mar. 4º Los lagos aislados que no reciben río ni se desaguan por ningún lado, compensando las pérdidas debidas a la evaporación con las aguas de las lluvias o la de los manantiales interiores, como la Laguna del Limón. La salsedumbre de las aguas del lago de Enriquillo se debe probablemente, además de las causas ya explicadas, a la proximidad de las grandes minas de sal gema que por allí existen, sustancia que disuelven y arrastran los numerosos ríos y arroyos que desaguan en el lago, o tal vez se debe a que el mismo lago se encuentra sobre un inmenso lecho de sal, pues *hasta ahora* no se le ha podido encontrar comunicación con el mar. (C.A.R.)

mismos, los más frecuentados, los más grandes y los más importantes para los españoles, por lo que se puede juzgar la naturaleza de los otros caminos.

El primer camino, el de San Rafael a Santo Domingo tiene como setenta y cinco leguas que un viajero no puede recorrer en diez días a caballo. No es solamente por causa del terreno que existe esta lentitud, sino por la necesidad de combinar sus jornadas de modo que se puedan encontrar lugares de paradas y para descansar, lo que no impide que sea necesario llevar consigo todo lo necesario para alimentarse y para acostarse; porque, lo más a menudo, es necesario atravesar grandes espacios sin ningún recurso que esperar y aun permanecer al aire libre si no se ha llevado una tienda de campaña. Es pues, indispensable que el viajero regule su celeridad por la de los animales que transportan sus provisiones y su cama, aunque éstos no se compongan sino de los objetos menos buscados. En el camino de San Rafael a Santo Domingo, es necesario pasar treinta y tres ríos más de cien quebradas y torrentes.

En la primera jornada sólo se hacen cinco leguas de San Rafael hasta el hato de San José o de los Pinos, dirigiéndose al sureste. El camino está en la hermosa llanura de Goaba, donde se encuentran bosquecillos claros y malezas.

La segunda jornada es de diez leguas, del hato de San José hasta la Laguneta, yendo al este-sur-este. En esta extensión el espacio que hay entre la Bajorca y los hatos del Papayo, tiene montículos más suaves y un camino mejor que el de los hatos a la Laguneta, porque en esta última porción los ríos y cañadas son muy encajonados y separados por cadenas de pequeñas colinas llenas de bosquecillos, que son los contrafuertes de la décima y undécima cadenas.

La tercera jornada en que se va al sureste, es de nueve leguas desde la Laguneta hasta los hatos de Hobes. El camino es bastante malo y el país montuoso, porque los intervalos entre los ríos y las cañadas, son otras tantas cadenas de colinas y de mesetas que hacen el camino muy difícil y tortuoso. Antes de llegar al Artibonito el terreno es estéril, con sabanas y bosquecillos.

De los hatos de Hobes a la ciudad de San Juan, se va en la cuarta jornada, haciendo ocho leguas y dirigiéndose al este-sur-este, por un buen camino. En la quinta jornada no se recorre sino cuatro leguas, desde San Juan hasta el hato de Elgorite, que alcanza a la orilla del camino. El camino es muy bonito y se dirige al sureste-cuarto-este.

La sexta jornada es de ocho leguas desde el hato Elgorite hasta el de Tábara. El camino se va haciendo menos bueno al alejarse de San Juan, sin llegar a ser malo, a no ser en la montaña del Paso; el camino se dirige al sureste.

La séptima jornada es también de ocho leguas, desde el hato de Tábara hasta la sabana de Sepisepi. Este intervalo tiene lugares áridos y pedregosos, sabanas secas, bosquecillos y muchos árboles de cuaba. El camino se dirige hacia el sureste-cuarto-este.

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

La octava jornada, que tiene la misma dirección que la precedente, y en la que se encuentra un buen camino, excepto en la playa de Ocoa, es de nueve leguas; el camino conduce a la sabana Sepisepi en Baní.

Se hacen todavía nueve leguas más en la novena jornada, desde Baní hasta Nigua, yendo al este-cuarto-nordeste, en un camino bueno y llano.

Por fin, el último día se va de Nigua a Santo Domingo, haciendo cuatro leguas y media, por un camino muy bueno, pero en el paso del Jaina se pierde mucho tiempo.

Se puede concebir más fácilmente la idea de la lentitud de este viaje cuando se piense que, cuando se quiso enviar del Cabo a Santo Domingo el regimiento francés de Enghien, que llegó en el mes de noviembre de 1780, para hacer guarnición, este intervalo de setenta y cinco leguas y media entre San Rafael y Santo Domingo, fue dividido en dieciocho jornadas, a fin de que los soldados pudieran descansar en los hatos y estar dispensados de acamparse, lo que en la estación de las lluvias hubiera tenido grandes inconvenientes; se había dispuesto así el itinerario para cada jornada:

1 ^º	De San Rafael, primer descanso, a la Bojorca	4	1/2	Leguas
2 ^º	a los hatos del Papayo	4	1/2	"
3 ^º	a las Aguas Profundas	4	1/2	"
4 ^º	a Bánica	3	3/8	"
5 ^º	a los Jobos	5	5/8	"
6 ^º	a la Ceiba	4	1/2	"
7 ^º	a la San Juan	3	3/8	"
8 ^º	a los Bancos, cerca del río Yaque	5	5/8	"
9 ^º	a Bijajama	4	1/2	"
10 ^º	a Tábara	3	7/8	"
11 ^º	a Azua	3	7/8	"
12 ^º	a Sepisepi	3	3/8	"
13 ^º	a Sabana Buey, después de la Playa Ocoa	3	3/8	"
14 ^º	a Matanzas	4	1/2	"
15 ^º	a Bosi3n de Palta	3	1/2	"
16 ^º	a Sabana Grande	3	1/2	"
17 ^º	a Molino de Nigua	3	15/16	"
18 ^º	a Santo Domingo	5	1/16	"
	Total	75	1/2	"

El otro camino desde Dajab3n hasta Santo Domingo, es de ochenta y dos leguas y se recorre más pronto relativamente, puesto que el viajero a caballo no emplea sino ocho días.

La primera jornada es de algo más de nueve leguas de Dajab3n al hato de la Renchadera, a casi una legua del río de Guayubín o del Rebouc, yendo al sureste-cuarto-este. El camino es muy bonito en tiempo seco, es llano, y pasa rozando al sur la primera cadena de montañas, y divisando continuamente al norte la cadena de Montañas de Monte Cristi.

En la segunda jornada, se hacen como nueve y cuarto leguas, desde el hato de la Renchadera hasta la sabana de Amina, dirigiéndose por lo general al este-cuarto-sureste y entre las mismas montañas que la víspera. El camino

es muy bonito, las sabanas que recorre están llenas de bosques y se encuentran también muchas malezas y cuaba.

En la tercera jornada, haciendo nueve leguas y media se llega de Amina a la ciudad de Santiago; el camino es magnífico; tiene a derecha e izquierda las montañas y se dirige siempre al este.

La cuarta jornada lleva de Santiago a la Vega. Se recorren diez leguas siempre por el bosque; el camino es muy bello y se dirige al este, cuarto sureste.

El quinto día se sale de la Vega y se llega al río Guamita. Esta distancia de ocho leguas ofrece un camino bastante bello, con bosques de todos lados, excepto en la sabana de Voma, donde vuelven a verse las montañas a derecha e izquierda y donde se comienza a divisar el grupo del Cibao. En general el camino se dirige al este.

La sexta jornada comprende las diez leguas que hay entre Guamita y el hato de Cevicos. El camino no es malo desde Guamita hasta Sabana Grande incluso y se dirige al sureste-cuarto-sur. De tiempo en tiempo se ve el Cibao al suroeste-cuarto-oeste.

La séptima jornada hace el camino del hato de Cevicos hasta el hato de Guya (aproximadamente once leguas). El camino, desde el primero de estos hatos hasta la montaña de Pardavé no es malo y se dirige al sureste-cuarto-sur; pero desde el bajo de Pardavé al sur, el camino vuelve a ser hermoso y se dirige al sur-cuarto-sureste. Se divisa la cima del Cibao en el oeste-noroeste.

En la octava y última jornada se llega a la capital, después de haber hecho como catorce leguas en el sur, pero con muchos rodeos; el camino es muy bonito desde el Paso del Isabela sin que se pueda decir en general que era malo antes de llegar allí.

El lector no me tomará a mal que le muestre cómo las ochenta y dos leguas de este camino fueron distribuidos en dieciséis jornadas, con un itinerario dirigido por el presidente español al gobernador francés, para la marcha del regimiento de Enghien:

1º	De Dajabón a Sabana Grande	5	Leguas
2º	al hato de la Antonia	3 1/2	"
3º	al Hospital	3 1/2	"
4º	al hato de la Boca de Amina	5	"
5º	a Santiago	10	"
6º	a las chozas del Caimán o Caisínfn	5	"
7º	a la Vega	5	"
8º	a las chozas de Miguel Villafama	6	"
9º	al Cotuí por el camino de Angelina	6 1/2	"
10º	a las chozas de Sabana Grande	3	"
11º	al Hoyo de Agua	6	"
12º	al pie de la Luisa	4 1/2	"
13º	al hato de la Luisa y Arroyo Bermejo	4 1/2	"
14º	a las chozas de Higüero y Caña Mancebo	5	"
15º	a la Venta	5	"
16º	a Santo Domingo	3 1/2	"
	Total	<u>82 1/2</u>	<u>"</u>

Debo hacer notar aquí, que en muchos lugares, el itinerario no indica más que chozas como único asilo, y observa también que el país está tan desierto, desde Sabana Grande hasta el pie de la Luisa, que será necesario, anticipadamente, preparar chozas para la tropa. Por eso sólo se podrá tener una idea bastante justa de lo que es la colonia española.

Volviendo ahora sobre el segundo de los dos caminos principales, diré que hay de Dajabón a Monte Cristi una comunicación por la llanura de Dajabón. Ya se ha visto que este último lugar tiene una con Hincha y otra con Bánica. Ambas pasan por la montaña de la Sierra, que es un punto de la primera cadena de montañas.

Santiago, independientemente del camino principal, tiene un camino que, desde la llanura de la Canoa, cinco leguas antes de llegar a Dajabón, conduce a Monte Cristi. En tiempos pasados había otro camino, que llevaba también a Monte Cristi, por la orilla derecha del Yaque, pero ya está completamente destruido y hace mucho tiempo que nadie se atrevería a pasar por allí sino a pie.

Ya he hablado de un buen camino que existía originariamente, entre Santiago y Puerto Plata, los gastos del cual habían sido motivo de crítica contra el comendador Ovando; pero actualmente es un camino extremadamente malo, que cruza la cadena de Monte Cristi por una especie de intervalo que dejan las montañas entre sí, formando en ese punto una pendiente suave.

Un camino directo que había entre el Cotuí y Samaná ha tenido la misma suerte: lo emplean, sin embargo, pero es una empresa a la que se deciden pocas personas, y esto, atravesando hatos y dando muchas vueltas.

He hecho notar, en el camino de San Rafael a Santo Domingo, los caminos que conducen a otros puntos que no son los del camino principal. Hay uno que, desde San Rafael va, por la Atalaya, al alto de Gonaïves y a la llanura del Artibonito; y otro camino que conduce de Hincha a Mirebalais. Este último ha sido hasta 1754 el camino que comunicaba a Puerto Príncipe con el Cabo Francés. Se iba de Hincha al paso de la Puerta (hoy San Rafael), donde se encontraba una barranca con el nombre de Taberna de la Puerta, para venir a descender al Joli-Trou de la Grande Rivière, y alcanzar, por ese último lugar, la ciudad del Cabo. Es esta comunicación (en la que los vestigios mismos del camino han desaparecido actualmente en muchos lugares) aquella cuyo uso da el Tratado de límites a los franceses, con la obligación de mantenerla en buen estado.

Deben recordarse también los caminos que, desde el alto de Tábara y de sus cercanías, se dirigen hacia el cantón de Neiba y que sirven igualmente de comunicación entre la colonia española y Puerto Príncipe.

No creo tener necesidad de decir que existen en la parte española otros caminos además de los que he tenido ocasión de citar en esta descripción, pues es muy fácil comprender que para dirigirse de las diversas haciendas,

a la parroquia o a otros puntos cualesquiera, donde hay necesidad de ir a comprar o a vender, se necesitan caminos o siquiera senderos, pues cualesquiera otra palabra pintaría mal la naturaleza de las comunicaciones, que son simples trillos o veredas, lo más frecuentemente a través de las selvas.

Bosques

Estos bosques, algunos de los cuales existían antes de la colonia, y otros que se han reproducido después del abandono de la agricultura, contienen árboles muy preciosos para todos los usos. El que ocupa el primer puesto entre todos, a causa de su solidez, de su facilidad para prestarse a los deseos del obrero, y además a causa del pulimento que puede recibir, es la caoba para muebles. Es tal vez el más común y sobre todo en la parte del este de la isla, es donde se encuentran las más hermosas caobas; las hay que tienen hasta quince y dieciocho pies de circunferencia y el doble en altura. Y en cuanto a los diferentes matices, las de Azua son las que tienen la preferencia. Hay algunas que presentan venas y dibujos tan bellos, que uno estaría inclinado a creer que son debidos al arte. Todo el mundo conoce la caoba y el lujo le debe muchas comodidades para que esa madera no sea apreciada en todo cuanto vale.

Azua produce también, con bastante abundancia, la madera de fustete o de brasil¹⁴, que en otro tiempo fue buscada en la isla, a causa de su propiedad para teñir de un color amarillo.

La encina-roble, aunque menos común que la caoba, es mucho más alta que aquélla y propia para utilizarla en los molinos de azúcar; en la construcción es muy útil para las piezas que exigen una gran solidez.

El nogal, guayacán, quiebrahacha, inmortal, sábina, bálsamo verde, especie de calofilia, pino, cedro, ébano, palo de mármol y varios otros, están también destinados a obras de construcción, edificaciones de mampostería y a otros usos de la economía rural y doméstica; todos tienen cualidades preciosas y el quiebra-hacha y el inmortal, sobre todo, parecen dignos de esos nombres, por la facultad que tienen de petrificarse cuando se colocan en tierra con un suelo húmedo. En otro tiempo Santo Domingo vio salir de sus puertos buques, contruidos enteramente con maderas del país y con motivo de uno de esos buques dijo Valverde, que sobrevino la querella que tuvo lugar entre Sevilla y Cádiz, para saber a cual de esas dos ciudades pertenecía exclusivamente el comercio de la América.

También se encuentra el árbol que, por su porte y la riqueza de su fruta lo han hecho considerar como el árbol de las Hespérides, pues encanta la

¹⁴ *Fustete o brasil* y también *fustel*, según tengo entendido, son palabras sinónimas y es el nombre vulgar de una especie de *sumaque* de los tintoreros (*Cesalpina crista*). Produce un color amarillo anaranjado una clase, y otra clase un color rojizo. Parece que tiene puntos de semejanza con el *campeche* (*haematotilum campechanum*) pero este último produce un color rojo. (C.A.R.)

vista y el olor y el gusto son exquisitos y además su madera agrega todavía una utilidad más a su existencia.

Menos agradable, pero más majestuoso que el naranjo, es el *albaricoque*¹⁵, tan estimado de los indios, que crece por todas partes, igualmente sin cultivo alguno. Entre otros usos, es muy estimado para botes y la ceiba también se usa para lo mismo.

Hay arbustos que, como los árboles, se prestan a todas las combinaciones de la taracea y los asientos hechos con madera de espino, tienen una elegancia que gusta mucho por el contraste de sus diversos matices. En fin, no citaremos más que ese árbol cuya utilidad no se puede alabar bastante, que da al pobre africano una vajilla que puede renovarse y multiplicarse sin gastos, y da también los medios de transportar y conservar sustancias y objetos que no hubiera podido destinar a sus goces, sin los vasos que el calabacero le proporciona.

El suelo español es también muy abundante en palmeras cuya elevación y el vástago, proporcionan una justa admiración. Este árbol que la naturaleza parece haber producido para dar una idea de las columnas de diferentes géneros, de diversas variedades, todas más o menos preciosas, ya por su madera que da tablas de gran duración, ya por sus frutos, que alimentan los animales, ya por sus hojas y sus pencas que suministran una cobertura gruesa, un mimbre flexible para hacer cestos y sacos y una especie de cama. Pero después volveré a ocuparme en esos diversos objetos del reino vegetal.

Animales de Caza, Peces, Tortugas, Etc.

En el número de estos medios, se deben contar particularmente los ganados y los animales de caza. La paloma grande cenicienta; la paloma de collar o torcaz con plumas violáceas, pueden hacer las delicias de un paladar exquisito, y otras dos clases de palomas más pequeñas, de un color violeta sombrío, tienen también su mérito. Esos animales pasan en verdaderas nubes, y el hombre les deja grandes intervalos, en que pueden, sin alarmas, entregarse a sus amores y reproducirse. Las pintadas cimarronas o gallinas de Guinea, tan justamente estimadas por su sabor, son igualmente numerosas y se reúnen en bandadas; hay cuatro o cinco especies de tórtolas, patos silvestres, gansos y patos domésticos, entre los cuales hay un gran número de variedades; una especie de garza, espátulas y varias otras aves multiplican y varían los recursos de la mesa, y son también la causa de que, por decirlo así, nadie se ocupa de las aves domésticas.

Se encuentran también, verdaderas tropas de faisanes y flamencos, sobre todo en las orillas de los ríos y de los lugares acuáticos. Principalmente

¹⁵*Abricotier* (Albaricoque). El autor, siguiendo la costumbre de los franceses que vivían en Haití, llama a nuestro mango, *abricot*, fruta que no existe en la isla de Santo Domingo.

en Neiba y en Azua, es donde son muy numerosos, como el pavo real, que parece haber preferido siempre esos parajes, pues fue allí donde los encontraron desde los primeros instantes del descubrimiento de la isla.

Los papagayos son también muy numerosos. No tienen el plumaje brillante de los del Amazonas, ni la forma elegante de los del Senegal, ni la facilidad de los de la costa de Africa para imitar la voz humana; pero, despojados de su plumaje verde, constituyen un plato delicado que se puede preparar de diferentes modos, y los aficionados los encuentran entonces de un mayor valor que cuando atraviesan los aires en bandadas, ensordeciendo con sus gritos y penetrantes y su garrulidad desapacible.

A tantos recursos es necesario agregar los que ofrecen con prodigalidad, las aguas del mar, de los ríos y de los arroyos. El sargo, el sábalo, el salmonete, el besugo, la sardina, la dorada, la trucha y multitud de otros peces pueblan esas aguas y pagarán un justo tributo a la industria del hombre. También puede hacerse mención de las langostas, cangrejos marinos, moluscos testáceos, y ostras, sin olvidarse de las tortugas de mar y las de tierra¹⁶, cuya carne delicada, tiene la propiedad de purificar la sangre y detener los efectos del escorbuto, ese peligroso azote de los países cálidos.

C. VINCENT: RESUMEN DEL VIAJE HECHO DEL CABO A SANTO DOMINGO (1789)^{1*}

Informe al Gobierno de mi conducta desde el mismo día de mi llegada a la Colonia hasta el momento en que partió el General Hédouville, partida que ha requerido mi viaje a Santo Domingo, donde me dispuse a escribir este resumen, pesándome sinceramente de haberme ocupado en esto, por ser un objeto civil y en cierto modo ajeno a mis deberes y ocupaciones como Oficial del Cuerpo de Ingenieros. Pero una vez prestado el informe de una misión y de un viaje sumamente interesante, comprendí que si hubiera podido disponer de mi persona, me hubiera ocupado de unos asuntos que siempre habían merecido toda mi atención.

¹⁶*Tortugas de tierra.* Estos quelonios reciben el nombre de *Hicoteas*, *Icoteas* o *Jicoteas*, en las Antillas. Las que viven en los ríos las llaman *fluviátiles*; las que viven en lagunas y pantanos son las *palustres*. La hicotea macho, que aquí llamamos catuán es la *hemys rugosa* de los naturalistas; la hembra, que es mayor que el *catuán* es la *hemys decusata*. Entre las tortugas de los mares tropicales hay la llamada *Gauana*, muy abundante en las costas de la isla de Santo Domingo, sobre todo en la parte de Haití. Esa tortuga (*la thalassochelys corticata*), se caracteriza por un carapacho alargado como de un metro cincuenta centímetros. La concha de esos quelonios es muy estimada en el comercio, pues, como la del *carey*, se emplea en trabajos de marquertería. (C.A.R.)

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Viajeros de Francia a Santo Domingo*.

^{*}En la carátula dice *Precis d'un voyage du Cap a Sto. Domingo pendant les mois de Brumaire et de Frimaire an sept* (22 octubre a 20 diciembre 1798). Es de observarse lo dificultosa que ha sido esta traducción. Pero, los investigadores podrán, a su arbitrio, consultar las Xerocopias de los originales existentes en el Archivo de la Fundación Rodríguez Demorizi.

Es aún con esa intención que yo marché desde Santo Domingo a Port-Republicain deseando visitar lo antes posible todo aquello relacionado con mi servicio en este último lugar, desde donde yo he podido reintegrarme con gran facilidad y gran conveniencia para el servicio en los puntos fortificados del Arcahaye, Saint-Marc y los Gonaïves.

Abandoné Cap el 13 de Brumario en la tarde, en compañía del ciudadano Thomany, capitán de la Guardia Nacional. Los dos perseguíamos el mismo propósito: llevar al Comisario Roume, residente en Santo Domingo, los oficios de la municipalidad y del General en Jefe que invitaban a ese ciudadano a regresar a Cap para asumir allí la posición de agente particular del Directorio. Las últimas palabras que nos dijo el General en Jefe en el momento de nuestra partida fueron: "No dejen de traer al ciudadano Roume. Pónganse a uno y otro lado de él, y tráiganle como sea". Nadie como yo podía desear tanto el éxito de nuestra gestión.

Pernoctamos el mismo día 13 en el barrio de Caracole, observando por dondequiera una gran calma y las cosas en un estado infinitamente satisfactorio en todo aquello pertinente a los cultivos.

Almorzamos al día siguiente, 14 Brumario, en la habitación Vaublanc, en el barrio de Ouanaminthe, y vinimos a dormir a Dajabón. Las barriadas de Ouanaminthe y de Maribaroux no ofrecen aún suficiente progreso en su establecimiento como los lugares que nosotros recorrimos la víspera. Sin embargo, allí la tranquilidad nos pareció asegurada. Y en un suelo tan fértil, las grandes ventajas sacadas por el trabajo de los agricultores, harán que las llanuras de Ouanaminthe y de Maribaroux no sean inferiores en cultivo y producción.

El interés que teníamos en apresurar nuestra marcha y el deseo de aprovechar el fresco de la noche, nos hicieron salir de Dajabón a las tres de la madrugada.

El hombre más curioso del mundo no tiene nada que sentir al atravesar en la oscuridad de la noche el país que estábamos recorriendo; la tremenda monotonía del paisaje, de sabanas inmensas, yermas de animales que hacen su ornamento y riqueza, la necesidad de agua, la cual raramente se encuentra en los más profundos arroyos que sirven de desagüe al agua de las lluvias y de fuentes del país. Tal es más o menos durante esta primera jornada en la Parte Española el aspecto monótono del inmenso terreno que se atraviesa; terreno continuamente terminado al Sur por la cadena central del Cibao y al Norte por el mar. Habremos de convenir, sin embargo, que de vez en cuando algunos bosques de alto follaje embellecen y animan el paisaje. Esto ocurre, sobre todo, en las pendientes de los arroyos y en su lecho. Allí se encuentran estas parcelas de bosques que la humedad del suelo engalana perennemente del más bello verdor; y la vegetación que festonea el cauce de las caudalosas aguas del río Yaque, así como aquellos que allí se acercaron para ser vivificados por la frescura de su caudal, son igualmente frescos y muy vivaces.

Hay dos caminos para ir desde Dajabón a Santiago. El más corto es aquel que acorta ventajosamente los montes y que pasa un gran número de torrentes que desaguan todo en el Yaque, río que desde Santiago conserva su nombre hasta desembocar en el mar. Es un poco más abajo de la confluencia del Guayubín con el Yaque que pasa el segundo camino que va de Dajabón a Santiago. Tiene más de dos o tres leguas que el anterior, pero él asegura al viajero el medio de no ser detenido para nada ya que existe un *cañón* sobre el Yaque que permite pasar el río. Pero a veces los arroyos multiplicados que atraviesan el camino más corto se oponen frecuentemente por el volumen de sus aguas a la marcha de quienes lo recorren.

Nosotros preferimos, por razones de seguridad, el camino más largo. Y después de haber pasado el Yaque a siete leguas de Dajabón, caminamos tres leguas más para dirigirnos a Hato del Medio, donde pasamos la noche.

Abandonamos este paraje de poca quietud y miseria extrema, antes de amanecer, y nos dirigimos a comer en casa de un hacendado español. Desde aquí fuimos a dormir más allá del Hato de Esperanza.

Particularmente es durante esta segunda jornada que con toda razón advertimos que viajábamos por un país extranjero y, sobre todo, muy pobre. Por allí no se encuentran más que muy raramente bohíos del más ínfimo valor e infinitamente descuidados, que son las viviendas de hombres propietarios de terrenos inmensos, por lo general cultivables y solamente adecuados para pasto de numerosos animales. Estos hombres sobrios en exceso, son conocidos bajo el nombre de *hateros*.

...Nosotros pasamos la tercera noche a cuatro leguas de Santiago, llegando al día siguiente por la mañana a esta última villa después de recorrer por un bosque un camino generalmente cubierto, y consecuentemente, menos cruel para el viajero a causa del calor horrible que quemaba el suelo que atravesábamos.

Nuestra estadía en Santiago, ciudad pequeña y hermosa, situada en una posición agradable y con un clima muy bueno, hubiese sido larga, si nosotros nos hubiésemos logrado las demandas que hicimos al cabildo para obtener animales. Debemos comprar muy poco sobre las órdenes precisas de las autoridades para procurarse caballos, monturas y otros animales de carga, y se debe sin titubear, para no perder tiempo, hacer contratos particulares con los habitantes a fin de procurarse lo que se puede necesitar. Esto fue lo que hicimos en Santiago. De allí partimos el 18 para seguir nuestra ruta.

Nuestra primera parada, saliendo de Santiago, fue hecha al borde del Camú, cerca de la ciudad de La Vega, colocada en lo alto del magnífico sitio, más fértil, más sano y de la más vasta llanura de Santo Domingo. Es en esta ciudad, poco importante y construida con vallados de madera de palma cubiertas con la hoja del *latanier* (yagua), es en sus alrededores que se puede gozar del aspecto más agreste y del paisaje más animado de las cadenas de montañas bastante distantes unas de otras para dejar en el valle

que ellas forman una largura de muchas leguas en dirección este-oeste, vertiendo en la llanura de La Vega abundantes aguas de fuentes, que viniendo de cimas poco elevadas y poco rápidas benefician el terreno que ellas riegan sin estropearlo, y van a dar al río Yuna, el cual corre por en medio de la llanura donde ellas corren un caudal de agua suficiente para llevar barcos y trasladar al mar todos los productos de esta región, frutos inmensos proporcionados de los más bellos árboles, es lo que todos se elevan del rico suelo del valle, a una altura casi igual presentando a la observación por encima de ellos el cuadro vivo más raro y más variado en colores, desde el verde más intenso del caobo a la blancura verdeante de la palmera, o al calor rojizo del caimito, y a todas las variedades de este género que la naturaleza más espléndida en la llanura de La Vega que por todas partes asoma con profusión.

Pero si el amante de la naturaleza está en su derecho de procurarse gozos auténticos contemplando este paisaje, tan rico como variado, no tardará apenas en caer en la cuenta que este magnífico valle que desciende tan suavemente hacia el mar por una soberbia bahía, podría llegar a ser infinitamente más productivo y precioso si estuviese bien cultivado. La llanura de La Vega, elevada en su parte alta en más de ochocientas toesas sobre el nivel del mar, ofrece el clima más suave y más adaptado a los europeos. La riqueza de su suelo, según atestiguan tantos productos vegetales de los cuales está él ricamente cargado, asegura que el azúcar, el café, el añil y el tabaco se darían allí muy bien. También el comercio de maderas sería un objeto digno de atención para todos los negociantes, sobre todo, en razón de la facilidad que ofrecería el medio de transportarla hasta el mar, bastaría igualmente elevarse bien poco más arriba de la llanura para procurarse el beneficio de cultivar el trigo y recoger así la harina suficiente para tantas necesidades de la vida.

Al día siguiente, 19, nosotros atravesamos una parte rica en pastos y conservando apenas más que unos cuantos animales debido a la gran sequía del pasado año, que a razón de las entregas son muy considerables que han sido hechas a los ingleses. En la tarde pasamos por el lugar de Cotuí, desde donde fuimos a dormir a corta distancia de esta villa, la cual vale mucho menos que La Vega, y donde se encuentran, al igual que en este último lugar, algunos franceses refugiados, principalmente médicos.

Nuestro viaje durante el día 20 fue ciertamente penoso. Los caminos abiertos en una región que cada vez se iba haciendo más montañosa y destrozados por los aguaceros, retrasaban nuestra marcha. Comimos, según costumbre, debajo de un árbol, y por la tarde llegamos a la elevada Sabana de...*, donde nos acostamos.

La jornada del 21 fue todavía más penosa que la anterior. Nosotros hallamos efectivamente caminos tenidos en toda ocasión como pésimos, absolu-

*En anco en el original manuscrito.

tamente anegados por las abundantes lluvias que caen después de largo tiempo. Un horrible huracán que había tenido lugar poco ha, y de tal calibre, que los habitantes no conservaban idea de otro parecido, abatió la mayoría de los árboles más corpulentos, y la estrechísima vereda se encontraba frecuentemente obstruida por gruesos troncos que obligaban a dar unos rodeos excesivamente molestos, nosotros vinimos a dormir a la sabana de San Pedro, luego de haber atravesado caminos espantosos y jamás olvidados de aquellos que han caminado los montes de la Paciencia, de Piñal y de Lolme. Nosotros deberíamos haber llegado el 22 a Santo Domingo. Pero nuestro estado de fatiga, la situación de los caminos, y más que nada, la ignorancia de nuestro guía, que se perdió, nos forzaron a ir a dormir a tres leguas de la ciudad, adonde arribamos el 23, después de haber seguido durante cosa de dos leguas el curso del Ozama, bellissimo río, de plácida corriente, y cuyas tierras en ambas orillas no han sido todavía más que muy raramente sometidas a los trabajos de la agricultura.

Ha sido luego de nueve días y medio de fatigosa y lentísima caminata a causa del mal estado de los caminos que anduvimos para terminar dimos por concluido nuestro itinerario de Cap a Santo Domingo.

Esta última ciudad es uno de los puntos del mundo que yo más había deseado conocer. El interés que yo tengo en la magnífica Isla de Santo Domingo, la primera urbe importante que sus conquistadores soñaron en construir; el alcázar que elevó el hijo del gran Colón; la de su padre; la iglesia donde los restos de este hombre extraordinario han reposado durante mucho tiempo, todo ello me hacía desear ver esta antigua capital de la Isla, de la cual yo me había formado, desgraciadamente, una idea demasiado elevada de acuerdo a sus ventajas particulares, y, sobre todo, a la descripción que de ella hace Charlevoix. Existen sin embargo algunos edificios (casas), especialmente templos que testimonian en alto grado la grandeza de aquellos que los construyeron. Pero, hablando en general de la ciudad de Santo Domingo ya muy decaída de su antiguo esplendor, y que va perdiendo más y más cada día, está situada en la desembocadura del Ozama en el mar, sobre la margen occidental de dicho río. Ella se encuentra rodeada en gran porción de su contorno por el río y por el mar, los cuales dan a todo el lugar una temperatura húmeda singularmente aumentada por la desigualdad del suelo que vertiendo del norte al Sur por pendientes demasiado rápidas no conducen sin embargo parte por una misma pendiente sus aguas hasta la mar, detenidas al contrario por la orilla del Ozama, elevada a unos 50 pies por encima de la desembocadura del río, lado sur-oeste, ellas están detenidas por una pendiente opuesta a permanecer un más largo tiempo en la ciudad, donde ellas socavan el suelo de las calles antes de llegar a su destino, y es frecuente observar en la urbe muchos muros, sobre todo los de las gradas, graderías, escalinatas y escaleras excavadas hasta sus cimientos, lo que es peligroso en un país expuesto a temblores de tierra (terremotos).

Una tercera causa que seguramente contribuye mucho a la humedad poco saludable del aire, etc., de las casas de Santo Domingo es debida al género de construcción de ellas, que es siempre de material firme de un gran espesor; la facilidad que tiene el español de encontrar canteras por doquiera que él cava, hace que no construyese más que de cantería demasiado pesada, y por esta razón muy adecuada para retener la humedad. Las fuentes faltan también alrededor de la ciudad. Por eso, sus vecinos se ven forzados a construir aljibes para asegurar sus provisiones de agua, lo que hace que todas las casas estén cubiertas por terrazas casi horizontales, género de cubierta que mantiene mucho la humedad.

La ciudad de Santo Domingo, aunque muy bien trazada, no goza sin embargo, de la ventaja de la mayoría de nuestras ciudades de la Parte Francesa, generalmente construidas sobre terrenos con una pendiente hacia el mar sensiblemente regular; se estima ordinariamente siguiendo las calles de estas villas que dan vista al mar la ventaja de ver la rala y los navíos que la llenan. En Santo Domingo, la elevada orilla occidental del río impide absolutamente que el Puerto pueda ser avistado, y es preciso estar en lugares muy abandonados para ver los buques fondeados en el río.

Los alrededores de Santo Domingo son, por lo general, muy poco productivos, y la roca en allanada explanada se encuentra enseguida comúnmente bajo una capa de tierra poco espesa, de suerte que ella está casi siempre sin cultivo, lo que la priva de estos grandes atractivos y de esta apariencia de riqueza que..., si bien en los alrededores de los pueblos grandes, y que son también la principal fuente de nuestras ciudades de la Parte Francesa. Si se observa, por otro lado, que el puerto de Santo Domingo es un puerto peligrosamente abierto a los embates del Sur, que los buques grandes no pueden anclar allí seguramente y que aquellos que calan trece o catorce pies de agua difícilmente pueden ser introducidos en el Puerto, habremos de convenir que múltiples y poderosos motivos contrarían la elección que se ha hecho para capital de la Colonia de un lugar cuyo puerto es impracticable para los grandes navíos, y cuyos alrededores por tierra no ofrecen ningún recurso para el cultivo de los principales frutos de la Colonia.

...Yo salí el 22, a las cinco de la tarde, de Santo Domingo, para venir a dormir a un ingenio perteneciente a un español, hombre muy meritorio, llamado Aria Sabal (Oyarzabal).

Este establecimiento es, sin duda, el más magnífico y el mayor de la Parte Española, aunque las construcciones atestiguan por doquier que el propietario tenía mucho dinero y el arquitecto mucha pesadez en sus ideas y estilo de construcción.

Pasé regresando de Santo Domingo sobre esta habitación, situada en Nigua, delante del pequeño cuadrado fortificado de San Jerónimo, desde donde, siguiendo siempre un camino llano y poco alejado de la costa, nosotros llegamos al río Haina, sobre cuya margen izquierda se encuentra un

muro elevado como parapeto, capaz de defender la entrada al territorio de cualquiera tropa que hubiese efectuado allí una operación de desembarco. Este muro en parapeto está unido a una batería armada de muchas piezas de cañones, que apuntando hacia el mar guardan la entrada por el río.

Yo partí el 23, de madrugada, desde los bordes del Nigua para llegar a almorzar sobre las orillas del Nizao, antes de llegar tuve que pasar el Najayo, inmediatamente después, cerca de la costa durante un cierto tiempo, seguí caminando durante tres horas hacia el oeste para llegar a Baní, atravesando una región bastante hermosa y la más poblada de animales. Una media legua antes de llegar a Baní se encuentra el poblado de Paya, situado sobre el río de este nombre, donde descansé dos horas. Después seguí mi camino hacia Sabana Baní donde yo pernocté.

Llegando al poblado de Baní que se observa que los cerros que desde Santo Domingo habían siempre parecido establecer bastante distancia unos de otros, de pronto se juntan para formar la bella y riente sabana en la cual la villa de Baní, mejor construida que La Vega y Cotuí, se encuentra asentada.

Viajaba durante la tarde de un hermoso día y con menos calor del que se podía sentir en Santo Domingo. Caminé durante cinco horas para llegar a Sabana Baní, pero jamás viajé con tanto placer en la colonia. La ruta trazada en una bella región, a través de abundantes pastizales todavía poblados de animales en el mejor estado, la apariencia de comodidad de los hateros, generalmente menos mal alojados que en los otros lugares de la Colonia, el canto, en fin, de los pastores según iba declinando el día, canto tan común cuando regresan los rebaños, canto que anuncia tanto la presencia de la bonanza y de los gozos que sólo vienen de la vida del campo, y que yo no había jamás escuchado antes, todo me asegura que la región de Baní tenía grandes ventajas por encima de las otras regiones que yo había atravesado hasta entonces; y es sin duda durante el tiempo que yo permanecí en su territorio que yo disfruté los momentos más agradables de *mi viaje*. Pero como un mismo lugar no podía reunir todas las ventajas, el distrito de Baní ofrece raramente agua buena, o encontré allí solamente de la muy mala, durante la agradable tarde de la cual hablé, y el viajero debe tomar la precaución de hacer su provisión antes de salir de Baní, a fin de estar provisto de ella hasta más allá de Ocoa.

Si había atravesado un hermoso país durante la tarde yo debía encontrar en adelante uno de los peores que haya visto. Fue ese donde yo reposé, el cual no produce absolutamente más que *laloen* y el *opuntia* y la más mala madera *dura*. Pasé una desdichada noche en Sabana Buey. Me marché al día siguiente muy temprano sobre una elevación cercana para descubrir el mar y observar el puerto de las Calderas que puede procurar un asilo bien seguro contra cualquier tormenta, a la flota más numerosa y compuesta incluso de barcos de primer rango. Este puerto, el cual me ha parecido tener su entrada en dirección este-oeste, se haya formado por una lengua de tierra

en forma de península que avanza para formar la Bahía de la Caldera, cuya entrada podía ser fácilmente defendida por baterías cuyos fuegos se cruzarían de una y otra parte de la entrada.

Regresado, a las ocho de la mañana, de mi visita al puerto de las Calderas, proseguí mi camino para llegar a Azua. Seguí durante una gran parte de la jornada los *Bozos* abrasadores del mar. Necesitaba descansar, cuando después de cinco horas de caminata, me detuve del otro lado de Ocoa, y de allí con tres horas de nuevas fatigas, llegué por fin a Azua, villa bastante considerable, bastante bien construida, gozando la ventaja de un pequeño puerto, un poco alejado de ella, pero esencial para su comercio que vivifica mucho una vasta salina situada a media legua del pueblo, el riachuelo de la Candela corre al Este y podría muy fácilmente ser puesto sobre la tierra, lo que haría de la villa de Azua un lugar delicioso para ser habitado.

Pero el indolente español tendiendo en su hamaca goza del privilegio de no hacer nada. También es incapaz del menor esfuerzo del genio y de la fatiga más ordinaria, él no ve que un trabajo poco considerable bastaría para ahorrarle una pena de todos los días, una buena y apetecible agua que él va a buscar hoy con dolor al fondo de un arroyuelo, podría ser fácilmente llevada a su misma puerta y sería posible fertilizar el abrasado y árido suelo que está sin cesar bajo sus pies.

A una legua de la villa de Azua pasé el río *Jura*, cuya agua bien diferente de la que yo había encontrado en Baní, me pareció excelente. Sin embargo, este pequeño río, al igual que la mayor parte de los que uno atraviesa por este camino, está sin caudal. Esta falta de caudal obligó a abandonar ingenios de azúcar, que, según me han dicho, fueron de los primeros creados en la Colonización.

Luego de un reposo de dos horas durante el más grande calor, pero bajo un *Gayac* que procuraba la sombra más perfecta y que encontraba completamente dispuesto a ofrecer un refugio a los viajeros fatigados, partí dispuesto a acercarme al río Neyba, donde yo hice provisión de agua para el resto del día, y fui a dormir a dos leguas más allá después de haber recorrido durante esa tarde un camino francamente pésimo.

Yo salí el 26, a la hora acostumbrada, es decir, lo más temprano que la indolencia y las costumbres de mi guía español me pudieron permitir, lo que no ocurría jamás antes de tomar un desayuno, que consistía principalmente en café con leche. Dos horas más tarde yo pasé el Neyba, desde donde sin alejarme mucho de la orilla derecha, llegué en cuatro horas de camino en el *Bassin* de la amplia llanura de Neyba.

Fue entonces que un espectáculo verdaderamente tan grande como nuevo para mí se extendió bajo mis ojos; yo veía al Este la orilla derecha del Neyba, que yo acababa de atravesar, y que podía ser regada por las aguas de este río que desembocan en el mar a cuatro leguas del mismo lugar donde yo estaba. Montañas elevadas al norte corriendo de este y oeste respectaban

un paralelismo sensible con las que le son opuestas al sur y que muy elevadas, también de dirección este-oeste, forman la sierra del Bahoruco y dejan entre ellas la inmensa llanura de Neyba, larga de más de veinte leguas y ancha de tres a cuatro. Yo pregunté qué río recogía las aguas de lluvia y de las fuentes de estas dos cadenas, pues el Neyba parecía extraño la cuenca del mismo nombre. Cada uno me aseguraba que ellas no alimentaban ninguno, apenas podía concebir yo esto, cuando montando a caballo después de mediodía para irme al poblado de Neyba, yo reconocí que el suelo de la cuenca del río comprendido entre ambas cadenas de montañas era sensiblemente desnivelado sin que las aguas puedan correr de manera pronunciada y en consecuencia y no pudiendo sin que ellas caven ningún canal o lecho de río. Yo no quedaba todavía satisfecho, cuando yo fui advertido por pantanos de los cuales mi montura se desprendió difícilmente, pues abundantes aguas provenientes de la caída de las montañas remojaban absolutamente el suelo que estaba constantemente mojado; este estado del suelo y las abundantes evaporaciones debidas necesariamente al calor más ardiente que yo he sentido en Santo Domingo, habrían bastado, sin duda, para explicarme por qué las montañas que yo veía no procuraban ninguna corriente de agua. Pero toda cavilación de este género debió cesar cuando yo seguí al día siguiente los estanques salados y salobres que forman realmente los grandes tanques que reciben y conservan las aguas de las pendientes de las lomas pro adyacentes.

Fue solamente después de diez horas de camino y a las nueve de la noche del 26 que yo llegué al poblado de Neyba con caballos agotados por la fatiga, y esto no fue sin pena que yo llegué a procurarme algunos para la tarde del siguiente día 27.

Rara vez se ve un suelo más árido que el que yo recorrí sobre una longitud de quince leguas entre Azua y Neyba, es preciso exceptuar sin embargo algunas porciones de suelo pantanoso que alimentan unos cuantos vegetales de malísima calidad. El poblado de Neyba situado en el centro de un terreno bastante ingrato, debe necesariamente sufrir las consecuencias de la nulidad del suelo del cual es el lugar principal. También me ha parecido el más desolado y el más caluroso de la colonia. No permanecí allí más que medio día y a pesar de ser la estación más fresca del año, no he sentido nunca calor más intenso en Santo Domingo. Las lluvias del norte abundantes en otras partes de la Colonia al fin del otoño, y particularmente en Santo Domingo, jamás refrescan las áridas tierras de las llanuras comprendidas entre Azua y Neyba, y es necesario realmente estar acostumbrado a las fatigas de los climas para poder soportar las del viaje desde la ciudad de Santo Domingo a Port-Republicain en esta estación del año; la escasez de víveres es por otra parte extrema en toda esta región. Sus habitantes apenas tienen suficiente para su subsistencia, y hoy que los de Neyba cuentan con una guarnición de cincuenta hombres a alimentar, ellos mismos sufren realmente para poder llegar a suministrar a esta guarnición los víveres de la

tierra indispensablemente necesarios para su subsistencia; y más verosímil es aún que ellos puedan continuar suministrándoselos.

Abandoné la aldea de Neyba el 27 a las tres de la tarde para continuar mi ruta hacia Port-Republicain.

Encontré a dos horas de mi punto de partida el primer puesto de Barbaco, donde tuve que enseñar mi pasaporte. Yo pasé a una legua de allí *l'Ebrión*, y hallé una legua más lejos todavía el puesto de este mismo nombre, es al primer punto que debía dormir, y es así que lo debe hacer todo viajero que parta de Neyba a las tres de la tarde para llegar a Port-Republicain; pernотamos en la segunda jornada al pie del cerro que separa la cuenca de la *Croix-des-Bouquets* del Neyba, sobre una pequeña meseta elevada a 50 pies por encima del estanque para llegar en la jornada siguiente a Port-Republicain.

No sería aconsejable otra distribución de los puntos de descenso, porque todo el camino entre el *l'Ebrión* y el punto indicado para la segunda noche está tan lleno de mosquitos e insectos de toda especie, que se hace imposible absolutamente imposible dormir. Otra razón debe aún determinar al viajero a pasar la segunda noche en el punto indicado: el trozo más pesado y realmente el más malo del camino es el de la loma que separa las dos cuencas, Neyba y la *Croix-des-Bouquets*, y se termina en el lago Saumatre. No es más que con grandes fatigas y aun peligro para los animales que se puede recorrer hoy, y es por esta razón que es importante dormir al pie de aquel cerro difícil, a fin de poder subirlo al día siguiente antes de la salida del sol, esa precaución disminuye mucho la fatiga. Pasado este pesado trozo de camino, que exige un tiempo de dos horas, se llega fácilmente en tres horas y por un buen camino al poblado de *Croix-des-Bouquets*, desde donde se puede, siguiendo siempre la misma ruta, llegar en otras tres horas a Port-Republicain, donde yo entré al fin el 29 a las dos de la madrugada.

La distancia entre Santo Domingo y Port-Republicain por Azua y Neyba es de 60 leguas, más o menos. Este camino es generalmente bello y a menudo muy agradable desde Santo Domingo, aunque esté cruzado frecuentemente por ríos bastante caudalosos, de los cuales los principales son el Nigua, el Nizao y el Ocoa, capaces todos de detener al viajero en tiempo del lluvias ordinarias. Esta porción del país, aunque esté poco poblada, presenta un gran número de pequeñas fundaciones llamadas conucos. Ellas son la vivienda de numerosas familias, tan sobrias por su temperamento, como perezosas por inclinación y costumbre. Casi no se ve cultivo alguno alrededor de ellas; algunos platanales, algunas *touffes* de caña, poca patata, yuca y otros víveres del país que son los únicos productos que les ocupan durante el año entero. Y su haraganería es tal, para todo cuanto puede pasar alrededor de ellos, que ni siquiera se acuerdan de abrir el más estrecho camino que les bastaría para ponerles en comunicación con el camino principal, adonde ellos no llegan más que con pena, y después de haber dado muchas vueltas por el bosque, hasta tal punto que el viajero no puede suponer

ninguna de estas viviendas cuando el ésta a dos pasos de ellas, y piensa viajar en medio de un desierto, cuando a derecha e izquierda de él tiene numerosos conjuntos de viviendas.

El territorio que se recorre desde Azua a Port-Republicain tiene mucho menos agua que el de Santo Domingo a Azua. No se encuentra más que el río Neyba, cuyo caudal puede representar un gran obstáculo para los viajeros en tiempo de lluvias ordinarias, pero el calor llega a ser excesivamente fatigoso en esta parte del camino a lo largo del cual no se encuentra ningún cultivo; y las únicas plantas que allí se dan, debido a las grandes sequías que se hacen sentir durante la mayor parte del año, no ofrecen más que un pasto poco abundante a los animales que los habitantes crían, y que son la sola riqueza de esta región. En consecuencia, esta parte es una de las menos pobladas de la Colonia, y no se encuentran más que raramente establecimientos de hatos confiados con frecuencia a pocos hombres bajo las órdenes de un jefe, llamado mayoral, mientras que el propietario tiene su residencia habitual en el pueblo de Neyba, lugar bastante triste e insoportable para vivir en él a causa de su fuerte calor. Es, pues, realmente una necesidad para el viajero que va desde Azua al paraje de Port-Republicain de poder llegar en la cuenca de esta Croix-des-Bouquets, cuyo rico suelo ofrece las más grandes ventajas, y llegó a ser de una grande fertilidad antes de los horribles sucesos que lo entregaron al enemigo.

Llegado al pie del cerro en este hermoso lugar el viajero no tiene que temer ningún obstáculo, y él puede en cuatro horas llegar a Port-Republicain.

C. LYONNET: ESTADÍSTICA DE LA PARTE ESPAÑOLA DE SANTO DOMINGO (1800)¹

CAPÍTULO PRIMERO

§ I

La parte española de Santo Domingo está situada entre los 17^º 50 minutos y el 20^º de latitud septentrional.

La longitud occidental, según el meridiano de París, se extiende desde el grado 71^º hasta el 75^º. Señalándole próximamente ochenta leguas² en su mayor longitud, por una latitud que varía entre sesenta y

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *La Era de Francia en Santo Domingo*.

²Es folleto de 56 páginas, ha sido traducido del francés por el Lic. C. Armando Rodríguez, quien ha agregado algunas notas ilustrativas. No hemos encontrado noticias de Lyonnet. Apenas sabemos que "un veuf, Pierre Lyonnet, agent forestier, 39 años", salió de Brest el 18 de febrero de 1798, llegó a Santo Domingo el 27 de marzo siguiente. Así consta en la obra de Antoine Michel, *La misión du gal. Hédouville a Saint Domingue*. Port-au-Prince, 1929, p. 81. Lyonnet, lo dice él mismo, visitó dos veces el país, y hablaba el español. En una carta del Obispo Mauviel al Obispo Gregoire, escrita en Santo Domingo el 17 de septiembre de 1803, dice que Lyonnet regresaba a Francia entonces.

²Dos leguas antiguas, medida de París, equivalen a un miriámetro. (N. del A.)

cuarenta, se puede establecer que la parte española tiene cerca de tres mil doscientas leguas cuadradas.

PÁRRAFO II

Suelo

El suelo se divide en montañas primitivas y secundarias, en valles y en llanuras.

Las montañas primitivas, cuyas bases se componen de granito y de cuarzo son el Cibao, la cadena de Monte Cristi y la Cadena llamada Cordillera Central.

De esas montañas, que parecen haber estado casi enteramente bajo las aguas, se han formado un gran número de montañas secundarias, por efecto de los volcanes, de los temblores de tierra y de la retirada de las aguas hacia sus cuencas.

Las montañas secundarias de segunda formación, participan en general de la naturaleza de aquellas que le dieron nacimiento. En los acantilados de los torrentes y en el lecho de los ríos que los han surcado hasta una gran profundidad, se encuentran piedras calcáreas, rocas graníticas, cuarzosas, esquistas y casi por todas partes de minerales más o menos ricos. Las hay también que no son sino una aglutinación de diversas tierras, conocidas con el nombre de guijarros. Esos guijarros ocultan en su seno granos de oro y pepitas del mismo metal. También se encuentran allí petrificaciones de todas clases. Esas riquezas han sido echadas allí por las sacudidas de los volcanes, en el momento de su separación del cuerpo principal. Todavía hoy se ven los pozos que cavaron los indios, para extraer la tierra aurífera que ellos iban a lavar en el arroyo más próximo.

La dirección de las principales montañas de Cibao y de Monte Cristi va de este a oeste. Ellas dejan un espacio de terreno de setenta leguas de longitud por una latitud de cinco a ocho. Varios contrafuertes salidos del Cibao, se extienden sin embargo, por todos los puntos de la colonia y se avanzan hasta muy cerca del mar, del lado de la Bahía de Ocoa. En las tres mil doscientas leguas cuadradas que hemos dado como superficie a la parte española, hay próximamente quinientas de montañas. Ellas son, por lo general, propias a todas las clases de cultivos que se acostumbran en las montañas de las Antillas. Allí se podría reunir una parte de las que se cultivan en Europa. El terreno compite, a menudo en profundidad con el de las llanuras.

Los valles son numerosos, bien regados y muy propios para la agricultura y para la crianza de ganados.

§ III. *Llanuras y ríos*

Una gran parte de las llanuras está vecina al mar en todo el semicírculo que él describe alrededor de la colonia. Hay también varias llanuras que están encajonadas en los contrafuertes del Cibao y de los cerros del centro.

Aunque las llanuras de la parte española sean susceptibles de ser dedicadas toda clase de cultivos de los que se acostumbran en las llanuras de las otras colonias, no se desprende de eso que se pueda esperar por todas partes una cosecha uniforme, porque el terreno es muy variado, y porque como participa de las capas de las montañas primitivas, ofrece unas veces una tierra negra y fecunda, propia para la caña de azúcar, y otras un terreno arenoso, propio para el añil, y por último un suelo pedregoso muy a propósito para la siembra del algodón.

Como el mejor medio para poderlos juzgar, es indicar al mismo tiempo los ríos principales que los atraviesan y los cerros que los dominan, principiaré por el Baoruco y después de haber recorrido las orillas del mar hablaré del interior de la isla. No temo avanzar que no hay ningún otro país tan bien regado. Ese beneficio se debe al gran número de montañas, de las que fluyen en todas direcciones, fuentes muy abundantes que, al reunirse, forman varios ríos.

Baoruco

El Baoruco, que no es sino una prolongación de la montaña de la Silla (La Selle) da nacimiento al río de Pedernales. Este río servía de límite en otro tiempo, entre la parte francesa y la parte española. Los montes o lomas de esas comarcas son muy fértiles y se podrían fundar doscientas haciendas o habitaciones en esa llanura que no tiene ni poblados ni habitantes. Los negros del Maniel van allí para cortar árboles, cuyas maderas venden a los barcos de cabotaje.

Neiba

El río de Neiba nace en las montañas de la cordillera Central. Después de haber recibido veinte ríos que riegan una llanura de ochenta leguas cuadradas, forma en su desembocadura un puerto pequeño que podría ser muy provechoso si se reunieran en un solo lecho una parte de sus aguas. Entonces los buques podrían navegar hasta el Yaquecillo. La población del territorio y la del poblado, que está situado entre el río y el lago de Enriquillo, no alcanza sino a cuatro mil almas.

Azua

Después de la llanura de Neiba y avanzando hacia el este se encuentra la llanura de Azua, que no está regada sino por riachuelos secundarios. En otro tiempo se fabricaba allí una inmensa cantidad de azúcar. Hoy ya casi no hay agricultura. El pueblo se compone de doscientas ochenta casas próximamente y la población total de ese departamento alcanza, poco más o menos, a cinco mil habitantes.

Baní

La llanura de Baní, que puede tener ochenta leguas cuadradas está rodeada en gran parte, por lomas fértiles en las que nacen varios ríos. El

principal de éstos es el Nizao, que nace en la cordillera Central; en otro tiempo había en las orillas de este río ricas haciendas. El pueblo de Baní está situado en medio de una hermosa sabana. En toda la extensión de esa parroquia puede haber aproximadamente dos mil cuatrocientos habitantes.

Del otro lado del Nizao hay una cadena de montañas, corrida por llanuras muy bien regadas. El Nigua es célebre a causa de las bellas haciendas que había en sus orillas y muy particularmente sus importantes ingenios de azúcar. Cerca de la hacienda Boruga hay una roca de la que sale un volumen de agua de veinte pulgadas de diámetro. Fue allí donde se establecieron los primeros molinos de azúcar.

Entre el Nigua y el Jaina hay una llanura que estuvo anteriormente cultivada, pero que hoy está cubierta de bosques. Al norte del Jaina estaban las minas de oro de San Cristóbal.

Llanura de Santo Domingo

La llanura de Santo Domingo está regada por los ríos Isabela y Ozama, los que, después de haber recibido en sus cursos otros ríos menos considerables, forman con su confluencia más arriba de la ciudad, el puerto de Santo Domingo.

El terreno comprendido entre Jaina y el Ozama, es por lo general, llano, bien regado y a propósito para toda clase de cultivos.

Desde Nizao hasta Santo Domingo se encuentran varios importantes ingenios de azúcar y algunos trapiches para fabricar melado.

El Puerto de que acabo de hablar es seguro y cómodo. Ofrece un infinito número de careneros. La ciudad, que está construida en anfiteatro frente al puerto y frente a la rada, tiene calles anchas y rectas. Una muralla alta y gruesa forman el recinto.

En todo el territorio se cuentan próximamente dieciocho mil almas.

Bayaguana, Seibo e Higüey

Al este del Ozama comienza una llanura regada por los ríos Macorís, Soco, Cumayasa, la Romana³ e Higüey, y todos ofrecen un puerto más o menos grande. En las orillas de esos ríos no existe ninguna clase de agricultura.

La ciudad del Seibo está situada en medio de esta llanura, que tiene veinticinco leguas de longitud, por doce de anchura; el pueblo de Bayaguana está próximo a las lomas de Monte Plata, mientras que el tercero es el

³*Cumayasa y La Romana* no son ríos, sino dos abras o estuarios formados por el mar. El puerto de *Cumayasa* tiene muy buen fondeadero y una entrada fácil y limpia; en su fondo desemboca el *Arroyo Hondo*. El puerto de *La Romana* tiene un magnífico fondeadero, muy protegido pero con entrada estrecha y peligrosa. El abra de *La Romana* tiene toda la apariencia de la desembocadura de un río y contribuye más a que lo parezca, el hecho de que en el fondo de ella desemboca un arroyuelo insignificante, el *Yerba Buena*. Véase la *Geografía de la Isla de Santo Domingo*, por C. Armando Rodríguez, páginas 264 y 265. (C.A.R.)

más oriental de toda la isla⁴, sobre el río Higüey, que le da su nombre. La población de esos tres pueblos comprendiendo también a Boyá y a Monte Plata es de poco más o menos seis mil habitantes.

Sabana de la Mar

La llanura de Sabana de la Mar, situada entre la Montaña Redonda y una prolongación de la segunda cadena, puede tener cuarenta leguas cuadradas. Nueve ríos dividen esta llanura y van en seguida a desembocar en la bahía de Samaná. La población del pueblo conocido con el mismo nombre que el de la llanura, así como la del pueblo de Samaná, situado en la península, al norte de la bahía, no es sino de setecientos habitantes.

Llanuras del Norte

Desde la bahía Escocesa hasta más allá de la Isabela, se recorre una llanura de veinticinco leguas de longitud, que están regadas por los ríos y quebradas de la cadena de Monte Cristi. Esta llanura no está cultivada, con excepción de alguna que otra débil tentativas comenzadas en las cercanías de Puerto Plata y de la Isabela. El pueblo de Puerto Plata es el único que por allí se encuentra. Hay, sin embargo, establecimientos aislados, a todo lo largo de la costa.

Se puede apreciar la población de esta costa en tres mil quinientas almas.

Cotuí

Después de haber recorrido rápidamente las llanuras que están vecinas al mar, paso a ocuparme de las que están situadas en el interior de la colonia.

El territorio de Cotuí, que tiene por límites las montañas de Cevicos, la bahía de Samaná, la cadena de Monte Cristi y el territorio de La Vega, está regado por el río Yuna. Este río el más hermoso de la isla, es navegable desde la ciudad hasta el mar. La población de toda la comarca alcanza a ocho mil habitantes.

La Vega

La llanura de La Vega, limitada al norte por la cadena de Monte Cristi y al sur por el Cibao, está regada por el Camú, que desemboca en el Yuna. La fertilidad de su suelo no va en zaga a ningún otro. Se puede considerar el pueblo de La Vega como la tercera ciudad de la colonia y fijar la población de todo el cantón en nueve mil almas.

Santiago

El territorio de Santiago, limitado por la cadena de Monte Cristi y el Cibao, se extiende desde el de La Vega hasta las llanuras de Monte Cristi y

⁴*Higüey* se descompone así: Hi = lugar y güey = sol, es decir, lugar por donde sale el sol. Y efectivamente *Higüey* es el lugar más oriental de la isla de Santo Domingo. En el idioma de los indios de algunas antillas *i*, *bi*, *ni* y *ti* significaban *lugar* y *güey* significaba *sol*. (C.A.R.)

de Dajabón. Está regado por el Yaque, que baña las orillas de la ciudad y por varios otros ríos que vienen del Cibao. Una parte de su suelo es árido, muy particularmente el espacio que toca la orilla derecha del Yaque, para dirigirse a Monte Cristi. La población de la ciudad de Santiago y de su distrito alcanza a veinticinco mil habitantes de uno y otro sexo y de todas las edades.

Todas las proximidades de Monte Cristi, si se exceptúan las orillas del Yaque son estériles. Son mucho mejores las tierras de Dajabón.

La población de estos dos cantones es de mil doscientos individuos.

San Rafael, Goaba, Guajaba, Hinchá

Saliendo de los desfiladeros de San Rafael hasta el lugar en donde el Artibonito entra en el territorio de la parte francesa, siguiendo desde las mismas gargantas de San Rafael, el reverso de la primera cadena del Cibao, se describe las dos terceras partes del círculo de una llanura muy extensa en la que hay cuatro pueblos⁵.

Su población alcanzaba antes de la revolución a doce mil habitantes. Aunque la altura del suelo sea de quinientas toesas⁶ sobre el nivel del mar, esta llanura está perfectamente regada.

Bánica-San Juan

El territorio de estos dos distritos está dominado por varios ramales del Cibao que vierten allí una gran abundancia de agua.

El río Artibonito atraviesa el territorio de Bánica y el río Neiba recorre el de San Juan. La población actual no pasa de siete mil almas. Antes de la guerra la población alcanzaba a más de once mil habitantes.

Valle de Constanza

Casi en la cima de una montaña y frente por frente de La Vega y de Santiago se encuentra el Valle de Constanza. Ese valle está regado por varios arroyos y hoy se encuentra habitado⁷.

Lagunas

En las proximidades del pueblo de Neiba se encuentran dos lagunas. La que se llama Enriquillo, por el nombre de un cacique que se refugió en una

⁵San Rafael de la Angostura fue fundado en virtud de Real Decreto del 2 de julio de 1761, según consta en Real Cédula del 13 de noviembre de 1771 en la cual ordenaba el Rey se votasen dos mil pesos para reconstruir 16 bohíos que destruyó un incendio el día de San Pedro, del año 1769. (Copia antigua, de este documento, en nuestra Biblioteca). Véase otras noticias en artículo del Dr. Guido Despradel Batista, *San Rafael de la Angostura*, en el diario *La Nación*, C.T., 6 noviembre 1942. (C.A.R.)

⁶Antigua medida de longitud usada en Francia antes de la adopción del sistema métrico decimal, y que valía 1 m. 949; poco más o menos 6 pies franceses o 7 pies castellanos. (C.A.R.)

⁷En 1851 visitó la región el doctor Sir Robert Schomburgk, a la cual le dedicó su artículo *Visit to the Valley of Constanza...*, publicado en *The Atheneum*, London, 1852, p. 197. (C.A.R.)

islita que se encuentra en el centro de la laguna⁸ tiene veintidós leguas de circunferencia. Esta islita posee una fuente de agua dulce, mientras que las aguas de la laguna son salobres. Algo más de una legua, al sur de la laguna Enriquillo, se encuentra otra llamada Laguna Dulce. Las aguas son dulces y el pescado es abundante. En la parte noroeste de la Laguna Enriquillo hay otra tercera laguna que los franceses llaman Etang Saumatre (Laguna Salobre⁹) a causa del sabor mineralizado de sus aguas. La semejanza de las aguas de esas dos lagunas con las del mar, haría creer que tiene alguna comunicación con el mar. Sin embargo, como existe una gran masa de sal fósil en el territorio de Neiba, es también probable que haya una ramificación que se avance hasta esos lagos.

Acueductos-Fuentes

Como los manantiales son tan comunes, los habitantes no se han ocupado absolutamente de la construcción de acueductos ni de fuentes.

Sin embargo, en otro tiempo existían varios acueductos que conducían las aguas de la Roca de Nigua hasta varias haciendas. Ovando había comenzado un acueducto para llevar las aguas del Jaina a Santo Domingo; pero nunca fue concluido. La necesidad de agua buena para los habitantes de esta ciudad, hace desear ardientemente que se vuelva a emprender ese trabajo.

Aguas Minerales

En Azua y en Bánica¹⁰ se encuentran aguas minerales. Las de Azua son supurosas. En cuanto a las de Bánica, son extraordinariamente saponáceas, penetrantes y fundentes. Se ha descubierto que esas aguas son buenas para las enfermedades de languidez, para las fiebres intermitentes, las obstrucciones, el escorbuto, las afecciones del estómago, el flato, los reumatismos fríos y la parálisis.

Vegetales

Sería muy difícil describir toda la magnificencia del reino vegetal. Las montañas y las llanuras están cubiertas de una inmensa variedad de árboles, algunos de los cuales son preciosos por sus producciones.

⁸La laguna de Enriquillo tiene una superficie de 550 kilómetros cuadrados, 125 kils. de circunferencia, 48 kms. de largo de E. a O. y un ancho que varía entre 5 y 10 kms. Esta laguna ha sido llamada también *Lago Salado* y *Lago de Jaragua*. En el centro de esa laguna hay una isleta llamada por los indígenas *Guarisaca* y hoy *isla Cabritos*. Según Pedro Mártir de Anglería, ese lago se llamaba en tiempo de los indios *Hagueybagón*. Véase *Geografía de la Isla de Santo Domingo*, por C. Armando Rodríguez, págs. 427 a 431. (C.A.R.)

⁹Esta laguna *Dulce* es la misma que después se llamó *Laguna del Limón e Hicotea del Limón*. Tiene como ocho kilómetros de largo y cuatro de ancho y en ella se encuentran muchas hicoteas y aves acuáticas. La Laguna del Fondo o de Asuey y también Lago Tar son otros tantos nombres de la Laguna Salobre (Etang Saumatre). (C.A.R.)

¹⁰En este lugar temperaba el Presidente Santana, por prescripción médica. En la curiosa obra de Moreau de Saint-Méry, *Recueil de vues des lieux... de Saint Domingue...*, París 1791, hay una vista de la entrada de la fuente de aguas termales de Bánica. (C.A.R.)

Por todas partes se ven también arbustos que producen frutos excelentes. La naturaleza parece haber colocado en la mayor parte de ellos, ácidos conservadores de la salud, bajo un cielo en que el calor obliga a los diversos productos a podrirse. Tengo motivos para creer que si se injertan los árboles frutales, se mejorarían las clases. Las personas que se dedican al estudio de la botánica, saben de qué feliz éxito han sido coronados los trabajos de los sabios que han recorrido esta colonia.

Entre las plantas útiles, se debe clasificar la *pita*¹¹ que se emplea para hacer sacos y sogas. En la parte francesa se importaba anualmente una cantidad valorada próximamente en seis mil pesos.

Los criollos españoles, que están satisfechos con las producciones del país, no han naturalizado todavía sino una pequeña parte de los vegetales de Europa, que se han aclimatado tan bien en la parte francesa. El datilero, había sido transportado con buen éxito a Santo Domingo y a Bánica. Sea por negligencia o por cualquiera otra causa, este árbol, al mismo tiempo tan útil y precioso, ha desaparecido. En sus jardines no se encuentra sino el pimiento, el tornillo y las *manzanas de amor*¹².

Animales

Colón no encontró en la isla sino cuatro clases de cuadrúpedos que ya no existen y de los cuales los autores españoles no nos han dejado sino una descripción muy imperfecta¹³. De Europa fue de donde se trajeron el ganado vacuno, el caballo, el burro, la oveja, la cabra y el cerdo. Estos animales se han propagado de una manera prodigiosa. El ganado vacuno no ha degenerado absolutamente; es de un buen tamaño y no tiene menos fuerza que el de Europa.

Hace mucho tiempo que la crianza del ganado ha caído en un abandono muy perjudicial. Los obstáculos que se ponían para su introducción en la parte francesa, pusieron a los colonos en un estado de completo desaliento. Desde que no vieron en el producto de sus hatos, un medio seguro y libre de proveer a sus necesidades, no se ocuparon más de ellos.

A una epidemia que sobrevino en la isla, se unieron, para completar la ruina de los hateros, las requisas innumerables que hacían los españoles, los ingleses y los franceses¹⁴.

¹¹Planta textil amarilídea. Se llama también *agave*, *cabuya*, *benequén*, *maguey*. Las plantas amarilídeas tienen por tipo el *narciso*.

¹²La *Manzana de amor*, (pomme d'amour) es como los franceses, en aquella época, llamaban al *tomate*. (C.A.R.)

¹³Según el Padre Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias*, tomo 5, Capítulo X, página 301, estos animales eran: *quemi*, *la hutía*, *el mobic* y *el curí*. Además, había unos perrillos mudos. (C.A.R.)

¹⁴El hatero debía reunir ciertas condiciones, como lo apunta Bernardo y Estrada en su *Manual de agrimensura cubana...*, p. 144: "Hatero es el individuo que se ejercita en el cuidado y crianza de animales en un hato. Las circunstancias que debe reunir el hatero son robustez,

Sin embargo, como los hatos debían asegurar la subsistencia de la colonia, es urgente estimular el celo de los propietarios en favor de sus rebaños. Según el censo practicado en 1780, por orden del presidente, había doscientas mil cabezas de ganado vacuno, sin contar entre ellas las que estaban exentas del tributo. Ha sido tal la devastación, que hoy no se encontrarían, tal vez sino cien mil¹⁵.

Hay tres especies de caballos: unos son vivos y muy finos y sirven para monturas y para padrotes¹⁶.

Los otros, menos bellos, sirven para caballos de tiro y aún para monturas.

Los de la tercera clase se emplean en el transporte de los productos y de las mercancías.

Desde hace algún tiempo algunos colonos han sacado padrotes de la América Septentrional y han formado una nueva especie que llaman *bastardos* ingleses, a los que tienen gran estimación.

Los de Santiago, Neiba, Azua y San Juan son los preferidos.

Los mulos¹⁷ son más pequeños que los de Tierra Firme; y no son tampoco tan mansos como aquellos. Aunque el mulo sea más fácil de alimentar que el caballo, los colonos españoles no se cuidan mucho de criarlos, porque los muletos están expuestos a perecer antes del tercer año.

Los colonos españoles no vendían más que un número pequeño a la parte francesa.

Los asnos se crían muy bien y anualmente se vendían a los franceses como cuatrocientos.

agilidad, conocimiento de los lugares o parajes del hato y donde se hallan las mejores aguadas y pastos: conocimiento particular de los animales que están a su cuidado y vigilancia, así como de las enfermedades a que están sujetos y el modo de curarlos: últimamente sobriedad y buena conducta, aunque esta última cualidad se recomienda en general a todos los hombres. El hatero se distingue del *montero*, en que el primero anda más a caballo que a pie; viceversa del segundo, que anda más a pie que a caballo. El primero tiene que salvar grandes distancias buscando el ganado mayor por las sabanas y conduciendo a veces grandes *piaras* de un punto a otro; el segundo camina por bosques o montes valiéndose de estrechísimas veredas practicadas en la espesura para buscar los trozos de cerdos, y muchas veces ni aún veredas hay, y tiene que *romper monte* en su carrera. Parece que las palabras *batero* y *sabanero* son más parecidas en su significación, siendo la sola diferencia, la de que el *sabanero* solo está encargado de cierta cantidad de animales determinados por orden del hatero para su vigilancia y cuidado. Por último diremos que el hatero debe ser excelente jinete y domador". (C.A.R.)

¹⁵Véanse abundantes noticias acerca del ganado de la Isla en *Relaciones históricas de Santo Domingo...*, vols. I y II. En vol. II contiene los censos del ganado de los hatos de la Española en 1606. (C.A.R.)

¹⁶*Padrote*: palabra que no figura en el Diccionario de la Academia Española, que se aplica al animal macho semental, es decir, que se dedica a la reproducción. En algunos países de América le llaman también *garañón* al caballo padrote; pero este nombre se aplica más particularmente al asno semental. (C.A.R.)

¹⁷*Mulo*: Híbrido nacido de caballo y asno o de asno y yegua: *mulo castellano* el que nace de garañón y yegua: a los mulos los llaman también macho de carga y acémila. (C.A.R.)

El número de animales caballares y asnales, alcanzaba, antes de la revolución a cincuenta mil. Tengo motivo para creer que ese número se ha reducido a la mitad.

Se cría una gran cantidad de cerdos, poco más o menos, como en Europa¹⁸.

Independientemente de esos recursos, los campesinos pueden también abastecerse con la caza de *puercos cimarrones*, de los que están llenos los bosques. Hay aquí personas que han hecho de esta cacería una profesión habitual.

Aunque las ovejas se crían muy bien, los españoles no se ocupan de esa crianza en gran cantidad. Hay cantones en donde mantienen muchas cabras. Sería de desear que se introdujera aquí esa clase de cabra africana, conocida con el nombre de *Capra Lybica*. Su pelo, que es largo y sedoso, se convertiría un día en un objeto de comercio.

Caza

Toda la parte española es abundantísima en animales de caza. Allí hay cinco clases de palomas que en ciertos tiempos, recorren toda la isla en bandadas enormes y por lo tanto, es muy fácil de matar la cantidad que se quiera¹⁹.

Las *pintadas-cimarronas*²⁰, que no son inferiores a ningún otro animal de caza, por su sabor exquisito, son también muy numerosas, y se reúnen por bandadas. Hay cuatro especies de *tórtolas*; *patos silvestres*, *cercetas* y *espátulas*, que sirven para el abastecimiento y lujo de las mesas²¹.

Hay también *faisanes* y *flamencos* en las orillas de los ríos, pero muy particularmente en Neiba y en Azua. El *pavo real*²² es también muy abundante en esos lugares.

*Peces*²³

El mar, los ríos y los arroyos ofrecen con prodigalidad pescados de toda especie. Me contentaré con mencionar los siguientes: *sargo*, *sábalo*, *salmo-*

¹⁸La crianza de cerdos, libre, era una de las grandes causas de la decadencia de la Isla, porque entorpecía el fomento de la agricultura. No había *conuco* que resistiera el embate de una voraz manda de cerdos montaraces. Con razón decía don Emiliano Tejera que los cerdos y las revoluciones eran los principales enemigos del país. Acerca de la *crianza libre*, una de las mayores causas del atraso de la República, escribió una jugosísima y previsora exposición – carta del 14 de noviembre de 1894, a T.D. Morales, inserta en *Clío*, C.T. 1941, p. 190-194. (C.A.R.)

¹⁹Son varias las clases de palomas que se encuentran en la isla de Santo Domingo: la *deuda*, *doméstica* o *casera*; la *silvestre* o *brava*; la *zorita* o *campesina*; la *torcaz*, la *paloma calzada*; la *buchona* y la *de moño*. (C.A.R.)

²⁰Las *pintadas* son las *gallinas de guinea*. (C.A.R.)

²¹V.A. Wetmore y B.H. Saales, *The birds of Haiti and the Dominican Republic*. Washington, 1931. (C.A.R.)

²²En la República Dominicana la gente del pueblo llama al pavo real *pauji*, *paujil* y *pajuil*; pero es por confusión con el nombre de otra ave parecida de Sur América. (C.A.R.)

²³V. lista de peces, de aves, etc. de la Isla en *Samaná, pasado y porvenir*, C.T., 1945, p. 108 (C.A.R.)

nete, besugo, sardina, dorada, trucha, carpa; merluza, manatí. Se pueden mencionar también los *cangrejos, los caracoles alimenticios, las tortugas de mar y de tierra*²⁴ y muy particularmente las *ostras*²⁵.

Animales Peligrosos

Aquí no se conoce otro animal carnicero sino el *caimán*. La mordedura de la culebra no es peligrosa. Hay, sin embargo, algunos reptiles a los que hay que temer mucho: como el *ciempiés* y también el *escorpión*²⁶.

También existen en las sabanas unas *moscas verdes* que se posan en las desolladuras de los animales, en las que depositan un huevo que se convierte después en un gusano; ese gusano ocasiona a menudo la pérdida del animal.

El mosquito es allí, como en todos los países cálidos, un insecto demasiado incómodo.

Pastos

Hay pastos que son comunes y otros que, en virtud de una concesión, pertenecen a particulares. Estos pastos no son más que extensas praderas naturales, casi siempre rodeadas de bosques y muy bien regadas. Cuando una seca muy larga quita a los animales los medios de existencia, entran en los bosques de donde salen después de las lluvias. Tal es la fuerza de la vegetación, que después de algunos días de lluvia, una sabana que estaba seca vuelve a presentar su primitiva verdura.

Labranza

En esta colonia no se usa el arado, aunque éste podría ser muy ventajoso para los campos que se destinan para sembrar tabaco, maíz, arroz, papas y otros productos. El conservatorio de artes²⁷ a petición del ministro de la marina, hizo confeccionar modelos de arados que debían serme enviados. La infelicidad de los tiempos presentó un obstáculo a un proyecto tan útil.

*Bosques*²⁸

Los montes contienen árboles buenos para todos los usos. Entre los más preciosos se cuentan: la *caoba*, de color liso y la mosqueada. La caoba lisa

²⁴Las *tortugas de tierra* que menciona el autor son las *bicoteas* o *jicoteas*. Las hay *flaviátiles* que viven en los ríos; las *palustres* o de pantano, que viven en los lodazales y lagunas y las que gustan y viven en los céspedes. (C.A.R.)²⁵Las ostras son el marisco comestible más estimado, pero se recomienda no comerlo en los meses cuyos nombres no tengan R es decir, de mayo a agosto, tiempo en el cual son muy nocivas; en los otros meses son muy buenas. (C.A.R.)

²⁶Podemos agregar el *guabá, el cortapico y la cacata o araña peluda* que son arácnidos más o menos ponzoñosos pero ninguno de picaduras mortales. Al *escorpión* se llama también *alacrán* pero no es *reptil* como dice el autor, sino arácnido. (C.A.R.)

²⁷*Conservatorio de artes* es un establecimiento público dedicado a la conservación de modelos, máquinas, instrumentos y demás productos industriales. (C.A.R.)

²⁸Véase José Schiffino, *Riqueza forestal dominicana*, C.T., 1945, 2 vols.; y W.D. Darland, *Los bosques de la República Dominicana*. (Reprod. de *The geographical Review*, vol. XII, abril 1922, Nº 2) 1925, 18 p.; y *Reconocimiento de los recursos forestales*, en Chardón, ob. cit., p. 364-395.

es más común en la parte este de la isla que en las otras partes. En cuanto a la mosqueada, hay que darle la preferencia a las de Azua. La madera *brasil*²⁹ crece todavía con mucha abundancia en los territorios de Azua y de Baní. El *guayacán*, la *encina-roble*, el *nogal*, el *arce*, el *quiebra-hacha*, la *sabina*, el *bálsamo-verde* o *calofilo*, el *pino*, el *cedro*, el *ébano*, el *palo de mármol*, el *acomal*³⁰ tapizan por todas partes la orilla de los ríos y la cima de las montañas. En otro tiempo salían y todavía salen hoy de los puertos de la colonia, buques contruidos con maderas del país.

Varios franceses, después de la cesión de la parte española, han comenzado explotaciones forestales en las cercanías de Puerto Plata.

El agotamiento de nuestros bosques, las necesidades de nuestros puertos y la ventaja de emplear nuestro dinero en un terreno que importa fertilizar, todo eso nos anuncia la necesidad de explotarlo por cuenta de la marina. Veinte ríos navegables servirán para hacer llegar esas maderas al mar.

No solamente conviene que la marina explote por su cuenta, sino que también conviene que ella compre los árboles útiles que hayan tumbado los colonos.

El comercio encontrará también ventajas reales en la compra del campeche, del fustete y de todo aquello que pueda servir al lujo de nuestras casas. Según cálculos que he tenido a bien hacer en los mismos lugares, me atrevo a avanzar que esas maderas no nos costarán más que las del interior de Francia.

Aunque el jornal del obrero fuera la mitad más caro que en Europa, esta aserción no sería por eso más verdadera, porque la alimentación de los bueyes no cuesta nada y porque los trabajos se efectúan en las orillas de los ríos y del mar, con lo cual se economizará en los transportes y con eso se restablecerá el balance.

Los bellos pinares de Samaná y los de Neiba, presentan todavía una utilidad verdadera. Como se reprocha a los pinos el ser demasiado crasos, se podría sangrarlos, entrarles la resina, para ponerlos en condiciones de ser utilizados en varios usos.

Abejas

La vegetación continua de las plantas y la sucesión no interrumpida de las flores, favorece extremadamente la propagación de las *moscas de miel*³¹. Es absolutamente necesario ocuparse como sea más conveniente, de una

²⁹Madera tintórea (*cosalpinia crista*) o más probablemente la llamada entre nosotros *campeche* (*haematoxilum campechamun*). El *brasil* se llama también *fustete* y *fustel*. Véase *Geografía de la Isla de Santo Domingo*, (1915) pág. 288, nota 1. (C.A.R.)

³⁰No estamos seguros de cuál es el árbol o arbusto a que el autor llama *acomal*; pero parece que es una planta bixinea que empleaban los indígenas para el tratamiento de las enfermedades venéreas. (C.A.R.). Se trata de la caya amarilla (*Mastichodendron foetidissimum*) (C.E.D.)

³¹En francés se da también el nombre de *mouches a miel* a las abejas. (C.A.R.)

rama de rentas, tanto más considerable, cuanto que ella no exige sino muy pocos gastos³².

Aves de Corral

No hay ningún clima en que las aves se críen mejor que en Santo Domingo. Sin embargo, los españoles no crían sino una pequeña cantidad.

M. PEDRÓN: MEMORIA DESCRIPTIVA DE LA PARTE ESPAÑOLA DE SANTO DOMINGO (1800)^{1*}

Los antiguos habitantes de esta isla hallaban *Haití* (tierra alta) nombre que le está siempre muy bien adecuado; o *Quisqueya* (madre de las tierras) que no le es tan propio.

La isla está aún dividida en dos partes; la antigua parte francesa y la llamada Española, que acaba de ser cedida a la República² por el tratado de Basilea. La primera es bastante conocida por nosotros para que sea necesario hablar de ella: así pues, lo que se dirá ahora, no se refiere sino a la última.

³²Acerca de las abejas dice lo siguiente el historiador Oviedo en su *Sumario de la Natural historia de las Indias*: “Hay muchas abejas que crían en los hoquedades de los árboles, y son pequeñas, del tamaño de las moscas, o poco más, y las puntas de las alas tiene cortadas al través, de la fación o manera de las puntas de los machetes victorianos, y por medio del ala una señal al través, blanca, y no pican ni hacen mal, ni tiene agujón, y hacen grandes panales, y los agujerillos de ellos hay en uno más que en cuatro de los de acá, aunque ellas son menores abejas que las de España, y la miel es muy buena y sana, pero es morena cuasi como arrope”. Y el cronista José de Acosta que, como Oviedo, estuvo en esta ciudad, dice: “De colmeneros poco experiencia hay, porque los panales donde los hay en Indias, dándose en árboles, o debajo de la tierra, y no en colmenas al modo de Castilla; y los panales que yo he visto en la provincia de los Charcas, que allá nombran lechiguanas, son de color pardo y de muy poco jugo: más parecen paja dulce, que panales de miel. Dicen que las abejas son tan chiquitas como moscas, y que enjambran debajo de la tierra: la miel es aceda y negra. En otras partes hay mejor miel, y panales más bien formados, como en la provincia de Tucumán, en Chile y en Cartagena.

En el país hay diversas clases de abejas. Abejas italianas y abejas caucásicas. La primera traída al país, de 1901 a 1902, por Geo Pou, y la caucásica traída por el mismo en 1905. Pou introdujo aquí las *cojas movilizadas* en 1901, para sus apiarios: La Malvorosa, Geo, Manelic.

También se formaron apiarios en esos años en Samaná y Sánchez, etc. En Bani fue donde la abeja dio los mejores resultados. También en Azua, Monte Cristi, La Romana y Barahona. Estos apiarios exportan miel, y todavía es uno de los renglones de nuestra exportación. Los mejores apiarios actuales son los de Monte Cristi. La abeja negra francesa fue introducida en el país por el año de 1801. (C.A.R.)

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *La Era de Francia en Santo Domingo*.

^{*}Este importante manuscrito, 57 folios, inédito, se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Harvard, (Ms. Fr. 25 F), del que obtuvimos fotocopia en 1941. La obra ha sido traducida del francés por el Lic. C. Armando Rodríguez, docto en esta clase de trabajos así como en historia y geografía de la Isla. Parece que Pedrón revisó su trabajo en el año VII (1802), escrito en el año V (1800). Además de nuestras notas figuran al pie otros de Pedrón, marcadas con la letra (P) y del traductor señaladas con las iniciales: (C.A.R.)

²Al hablar aquí de República se trata de la República francesa. (C.A.R.)

Algunas veces he traducido o copiado en francés a los autores españoles que han escrito sobre esta parte de la Isla, muy particularmente a Valverde³, para la parte histórica y para los yacimientos de algunas minas. Para todo lo demás, digo lo que he visto, apreciado u oído, sin otra pretensión que la de contribuir a hacer conocer más de lo que lo es, esta parte inapreciable de Santo Domingo⁴.

Extensión; Ojeada sobre las Tierras

Hay 155 leguas por mar desde el río Pedernales (piedra de chispa) o de Anses a Pitre, en el sur de la isla, al de Dajabón, o Massacre, en el norte, pasando por la punta de la isla, al este y 228 leguas de costas, a causa de las sinuosidades que forman la avanzada de las montañas del Baoruco (que termina en el cabo Beata) y la escotadura formada por la bahía de Ocoa en el sur; la punta Espada, el Cabo Engaño⁵ (o del Fraude) y la profundidad de la bahía de Samaná en el este; la bahía llamada Escocesa, entre la península de Samaná y el Cabo Francés Viejo en el norte y otros lugares más pequeños en las tres bandas.

Hay de extensión de tierra próximamente 45 leguas en línea recta del sur al norte de la embocadura del río Pedernales (o de Anses a Pitre) a la del Dajabón (o Massacre). Como la anchura de esta parte es menos grande dirigiéndose al este, esta común no es sino de 35 leguas de norte a sur, en línea recta. La longitud de este a oeste es de 60.

La superficie de este país se ve interrumpido en todas sus partes por montañas, llanuras y lugares que no son perfectamente ni lo uno ni lo otro. Estas partes están más regular o irregularmente colocadas en su extensión.

Las dos principales llanuras son: 1^o la de La Vega Real (llanura Real) próximamente en el centro de la región nordeste de esta parte de la isla; y 2^o la de Higüey o de los Caballeros, cerca de las costas sur y este.

Hay varios grupos de montañas muy altas, de las cuales las más considerables son las de Constanza, y la de Cibao. Su base encuentra poco más o menos en el centro de esta parte de la Isla, un poco hacia el sudoeste; a 15 leguas al este del antiguo límite; a 35 de la costa oriental; a 20 de la costa norte (puerto Isabela) y a poca distancia de la costa del sur, entre Baní y Azua.

En ese grupo de fértiles montañas, aunque allí se encuentran muchas minas, es donde nacen casi todos los grandes ríos que desembocan en el

³El ciudadano Roume envió desde Madrid, al comenzar el año, la obra de este último, al ministro de marina Tuget. (N. del A.)

⁴No he tomado absolutamente nada de Mr. Moreau de St. Mery, pues no leí su obra sobre Santo Domingo, sino en el año 6, un año después de haber redactado esta memoria, y no estoy disgustado por ello. (N. del A.)

⁵Yo pienso que se le ha dado mal el nombre de *Lingaño* al departamento de esta parte, a causa de las bromas de mal género que se pueden hacer con esta palabra, muy parecida a la española *Engaño* que quiere decir *fraude*, *dolo*. (N. del A.)

mar por las tres bandas. El Artibonito, que atraviesa la parte francesa, tiene igualmente allí su nacimiento.

Las otras montañas son también muy fértiles, más particularmente las de Baoruco, las de Puerto Plata, &c. aunque en ellas se encuentran también algunas minas.

Todas esas tierras están interrumpidas y regadas por un gran número de ríos, arroyos, lagunas y fuentes.

Herrera, Oviedo, Charlevoix y Valverde⁶, que han escrito detalles muy interesantes sobre esta parte de la Isla, dan a estos terrenos, particularmente a las llanuras y muy principalmente a la llamada de La Vega, medidas determinadas sobre las cuales algunos de ellos no están de acuerdo. Ellos a menudo, tienen razón, tanto uno como el otro, aunque no tengan la misma opinión; porque esas llanuras (sobre todo la de La Vega) son tan irregulares, que cada autor, contando precisamente lo que ha medido (o más bien, estimado) les ha dado límites que no son precisamente los mismos.

En efecto, ramales de la llanura de La Vega, por ejemplo se extienden entre colinas, y van a juntarse con otras pequeñas llanuras que aparentemente se agregan a su vecina mayor, y que las otras no las comprenden como formando parte de ella, por la razón de que consideran esas pequeñas llanuras como separadas de la grande, de la cual han calculado la extensión.

Por otra parte: hay lugares que no son bastante llanos, según unos, para poder considerarse como una continuación de la llanura, o no bastante montuosos para poder ser vistos como si la interrumpieran y la hicieran cesar; esos mismos lugares son considerados por otros de una manera diferente.

Lo mismo resulta con la extensión de las montañas, cuyo emplazamiento exacto y la medida cabal, es aún más difícil de determinar.

Del mismo modo, ese emplazamiento exacto de cada gran parte dado por un *puede ser*, no es perfectamente conocida de ningún hombre y no puede ser dada ni puede hablarse de ello sino sin detalles, y sin examinarlo de cerca⁷.

⁶Oviedo pasó gran parte de su vida en S.D., adonde llegó por primera vez en 1515. Aquí murió en 1557 y fue sepultado en la Catedral de Santo Domingo. Sus obras, bien conocidas, — al menos su célebre *Historia general y natural de las Indias*—, fueron escritas total o parcialmente en la Isla. Véase P. Henríquez Ureña, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*. Buenos Aires, 1936, p. 73. A la obra de Pierre Francois de Charlevoix, *Histoire de L'Isle Espagnole*, de la cual hay ediciones, de 1730 (París, 2 vols.) y 1733 (Amsterdam, 4 vols.) sirvió de base la *Histoire*, manuscrita, de Le Pers, cuya publicación se ha iniciado en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, C.T., 1946, Nº 46, p. 107. Pedrón alude, igualmente, a las *Décadas* de Herrera, y a la obra de Antonio Sánchez Valverde, *Idea del valor de la Isla Española*, (Madrid, 1785, y C.T., 1947). (C.A.R.)

⁷La distribución y la calificación que Mr. Moreau de St. Mery da a un gran número de pequeñas montañas como contrafuertes de las más grandes, &c. me han parecido, sobre el terreno, sujetas a muchas objeciones destructivas de su sistema. (N. del A.)

La Vega Real comienza o se termina en el fondo de la bahía de Samaná, y se extiende hacia el oeste con una anchura de próximamente 6 leguas, que varía poco hasta el Cotuy, donde se ensancha, avanzando siempre hacia el oeste hasta la ciudad de La Vega, donde puede tener 10 leguas de anchura; desde allí, se prolonga, disminuyendo, hasta Santiago, donde es casi nula a tal extremo que se dice que es siempre llana. A algunas leguas al noroeste de esta última ciudad, una bella llanura se presenta y se extiende hasta la frontera de un lado del río Yaque, que la atraviesa y del otro hasta Monte Cristi. Los cerrillos que se encuentran en el este y el oeste de Santiago parecen reparar la llanura llamada de La Vega de la de Monte Cristi que sigue paralela al río de Santiago, llamado el Yaque: esta última llanura es muy ancha, sobre todo hacia la tierra baja.

Una parte del terreno, aunque más bien llano que montañoso, que separa la ciudad de Santiago de la de La Vega, no es, en varios lugares, tal como muchos lo desean para dar a una localidad el nombre de llanura continua. Es más llano de La Vega al Cotuy, aunque al aproximarse a este último lugar, se encuentra una parte del terreno un poco montañoso. Esta llanura no tiene sino 18 leguas de este a oeste, por 7 a 8 de norte a sur, perfectamente planas. El terreno es más regularmente llano en el centro y al norte de la llanura hasta la bahía de Samaná, en el fondo de la cual viene a desembocar el grande y bello río Yuna, navegable hasta 10 leguas a través de esta planicie.

Todas las producciones de la parte francesa, principalmente la caña de azúcar, los cacaotales y los cafetales crecen allí muy bien y producen mucho: sólo el algodón no produce y el índigo que produce poco. El rocío y la temperatura de esta parte eximen de tener que regar las cañas de azúcar, las que, en los primeros años, encuentran la tierra demasiado compacta. La llanura de Higüey es más regularmente plana que la de La Vega. Es más adecuada para fabricar azúcar, que esta última, a causa del suelo y del calor. Es pedregosa en muchos sitios. En esos puntos será necesario el riego, y un crecido número de grandes ríos proveerán el agua necesaria para este fin.

Como la llanura de Higüey es más baja y cálida que la de La Vega, el algodón produce y el índigo rinde mucho. No resulta lo mismo con los cafetales y cacaotales que necesitan un clima fresco.

Esta grande y magnífica llanura se extiende cerca de 30 leguas, desde la cabeza de la Isla (desde punta Espada y punta Engaño) hasta cerca del Ozama, con una anchura de próximamente 8 leguas de extensión hasta la costa sur.

Está cortada por una gran cantidad de ríos entre los cuales, los más considerables, en números de seis, son navegables por buques más o menos grandes, y pueden también servir para la explotación de las tierras, para su riego y para la producción de artículos de consumo.

Los alrededores de Santo Domingo, sobre todo en las partes norte y oeste, son muy buenos para producir toda clase de frutos coloniales: sola-

mente el café y el cacao, deben preferirse que sean cultivados en otra parte, por la razón de que el café no se da bien sino en las montañas o en las llanuras muy nuevas y frescas, y el cacao, que teme los huracanes más que el café, se cría mejor y produce más en un lugar elevado que en un terreno que no lo sea tanto, como son las cercanías de esta capital, donde, por otra parte, los huracanes hacen mucho daño a los cacaotales. Esos alrededores que se extienden de 7 a 8 leguas al oeste y próximamente 15 hacia el norte (hasta San Pedro) no son ni perfectamente llanos, ni montañosos; sino conservan el término medio (tanto como es posible) es decir, que después de una extensión cualquiera bastante llana, se encuentra una quebrada o un montículo más o menos profunda o elevada, y la frecuencia de esas variaciones impide determinar a cual de esas dos clases pertenece el terreno de que se trata. Dirigiéndose al este, hacia la Sabana de los Caballeros, el terreno se presenta más llano⁸.

Esta porción de tierra está regada y atravesada por muchas fuentes, arroyos, lagunas &⁹ y por los dos hermosos ríos Isabela y Ozama y por el Haina y Nigüey⁹.

Ella es por lo general, un poco pedregosa y poblada de árboles: está dividida en bosquecillos y sabanas muchos de los cuales parecen ser naturales; en resumen, la caña de azúcar se cosecha en los lugares llanos y el índigo, el algodón y los víveres por todas partes, teniendo cuidado de dar a cada planta el lugar que le sea más apropiado.

Costas, Puertos, Ríos &¹⁰

Desde el río de Anses a Pitre o Pedernales, dirigiéndose hacia el sud-sudeste, por una costa de próximamente 8 leguas de largo se encuentra una llanura fértil y bella que se extiende más o menos en anchura lo mismo que en longitud; y más atrás, en el éste de la costa y de la llanura, se encuentran las excelentes montañas del Baoruco, que sirvieron de refugio a los negros de la parte francesa que huían de la esclavitud¹¹.

Esta costa es sana y muy abundante en peces comestibles.

Ese era el lugar más poblado de naturales del país, a la llegada de los europeos. Las puntas de Cabo Rojo y de las Agujas forman allí una bella ensenada, llamada de Las Agujas¹².

⁸Sabana del Guabatico. (E.R.D.)

⁹No hay tal río Nigüey; debe ser el Nigua. (C.A.R.)

¹⁰Para mejor conocimiento del asunto de este capítulo y del siguiente, véase Sir. Robert H. Schomburgk, *Reseña de los principales puertos y puntos de anclaje de las costas de la República Dominicana*, S.D., 1881; Lic. C. Armando Rodríguez, *Geografía física, política e histórica de la Isla de Santo Domingo*, S.D., 1915; e Ing. Juan Ulises García B., *Los ríos ignorados*, artículos en *La Nación*, C.T., 8 de agosto 1940. (E.R.D.)

¹¹Estos negros eran los llamados negros marrones. (C.A.R.)

¹²Esta punta *Agujas* se llama también *Cabo Falso*. (C.A.R.)

Doblando la punta del sur de esta costa, se encuentra un puestecito bastante mediocre llamado Baoruco, entre la punta de las Agujas y el Cabo Falso¹³.

Del Cabo Falso a la punta de las montañas, delante de dos llanuras, se extiende una costa accesible, con un fondo de 7 a 10 brazas de agua, entre las isletas llamadas de los Frailes; este fondo llega a 5, 4 y 3 brazas delante de un escollo que se extiende desde la Beata hacia el noroeste.

La isla Beata está distante 3 ó 4 leguas de la de Santo Domingo: hay un pasaje en el canal que ellas forman; ese canal tiene de 5 a 10 brazas de agua que en la parte más estrecha, tiene solamente 3 brazas. El Gran Colón pasó por él en el mes de agosto de 1504, por asegurarse de si un puerto verdadero se encontraba allí, como él lo había sospechado en 1498¹⁴.

La isla de la Beata tiene próximamente 2 1/2 leguas de largo, de este a oeste, por 1 1/2 legua de norte a sur: en su parte oeste, se encuentra una ensenada donde hay un buen fondeadero con 10 brazas. La tierra es a propósito para algunos cultivos: allí se encuentran puercos cimarrones: hay excelentes aguas pluviales en un hoyo en la roca que está próximamente en el centro y que contiene cerca de doscientas barricas de agua cuando está llena. Hay también salinas muy abundantes, particularmente en la parte oriental; es decir, a barlovento.

Frente a la parte ancha de esta isla, en el sudoeste, se encuentra otra isla más pequeña y más estéril llamada Alto Velo, accesible, rodeada de fondeaderos, con excepción del lado oeste que es todo de arrecifes. Desde este lugar hasta la Catalina, no hay ninguna otra isla en esa costa. En la isla mayor, dando la vuelta hacia el este de las montañas del Baoruco, la costa se extiende del sudoeste al noroeste y en ella se encuentra el fondeadero llamado Petit-Trou¹⁵, bajo y lleno de rocas: las embarcaciones pequeñas, francesas y españolas van allí a cambiar telas y aguardiente, tafíá¹⁶ o ron, por carne y manteca que los cazadores y los montañeses les ofrecen. Allí se encuentra también madera de construcción y también caoba. Con los hombres de este lugar no hay seguridad absolutamente, pues allí no se encuentra ningún establecimiento ni casa comercial.

En el norte de Petit-Trou se encuentran las desembocaduras cambiantes del río de Neiba, el cual da su nombre a la bahía allí formada. Esta bahía tiene el océano al sur; las faldas de las montañas de Baoruco al oeste; la

¹³Ya hemos dicho antes que la punta Agujas y el cabo Falso son la misma cosa. El autor Mr. Pedrón parece que era poco conocedor de los nombres de toda esa costa y por eso los confundió alguna que otra vez; aunque, a pesar de eso, hace una magnífica descripción de toda esa parte. (C.A.R.)

¹⁴También estuvo en la Beata el Libertador Simón Bolívar. (E.R.D.)

¹⁵*Petit Trou* (agujero chico) en 1884 se le cambió el nombre por *Enriquillo*, que fue el último cacique indio. (C.A.R.)

¹⁶*Tafíá* es un aguardiente de menor graduación que el ron; también lo llaman en Haití *Tafíá y clairain*, (clerén), tal vez por corrupción de *clairret o clairete*. (E.R.D.)

llanura por la que corre el río, al norte, y la montaña de Martín García al éste. Los buques de gran calado pueden fondear en esa bahía; los pequeños están más abrigados que los otros, según la cantidad de agua que desalojen.

Al este de la montaña de Martín García está el puerto viejo de Azua, excelente, aunque pequeño. Es allí donde tal vez convendría transportar la ciudad de Azua, que está a 3 1/2 leguas. La llanura que confina con este puerto es buena: en otro tiempo se fabricaba allí mucho azúcar y hoy se fabrica poco, aunque hay un buen número de fábricas de azúcar que son muy pequeñas.

La mayor parte de los habitantes de esa comarca se limita a la crianza de ganado, de rebaños de carneros, de cabras y cerdos. Cosechan víveres a penas suficientes para su subsistencia. No hay ninguna agua dulce en el Puerto Viejo; pero sería fácil conducir allí el río que atraviesa la llanura.

La ciudad de Azua se encuentra actualmente a una legua próximamente al nordeste del lugar en que estaba cuando el temblor de tierra de 1751 la destruyó. Esa ciudad está a una legua y media del mar, en el lugar más próximo, que es la parte noroeste de la bahía de Ocoa. Cerca del embarcadero de ésta ciudad hay un fondeadero poco seguro, llamado Tortuguero, a donde se dirigen los buques que hacen el comercio con Azua. Si hay necesidad de ello a causa del tiempo, van a fondearse los buques al Puerto Viejo.

A algunas leguas al este queda el fondo de la bahía de Ocoa, al sur, un poco al este de ese fondo, está el fondeadero, cuyo mérito es el de ser sano y cómodo: los buques se colocan, casi tocando la costa, cerca de un hermoso río del mismo nombre (Ocoa): a pesar de eso, los que han hablado de esta bahía la han alabado demasiado, puesto que ella no es bastante cerrada para garantizar los buques de un fuerte ventarrón: su forma es de dos tercios de círculo, abierta al sudoeste; es bastante amplia para contener las escuadras y flotas más numerosas. Queda a 18 leguas al oeste de Santo Domingo. Los alrededores son incultos, a causa de la gran seca de esa comarca, donde a veces pasan años enteros sin caer la más mínima lluvia. Hay, sin embargo, algunos hatos.

A poca distancia al sur del fondeadero de esta bahía, está el puerto llamado de la Caldera, muy bien abrigado y cerrado por una punta llamada de la Salina, y cuyo fondeadero es excelente. Este lugar está destinado por la naturaleza a convertirse en un puerto muy seguro para toda clase de buques, aún para buques de guerra hasta el número de 12. Es fácil de defender la entrada con una batería establecida en la punta que la cierra o en la costa opuesta. En el fondo de este puerto hay una fuente de agua muy potable. Allí se forma naturalmente mucha sal, la que se va a buscar a la punta llamada Salina. La entrada del puerto que está de norte a sur, permite entrar y salir a toda hora con la brisa del este que allí reina continuamente.

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

De esta punta a la de Nizao se va, durante diez leguas del oeste al este, a lo largo de una costa bastante sana que se puede costear muy cerca, y delante de la cual pueden fondear los buques, casi en todas partes, más o menos lejos, según que desalojen mayor o mejor cantidad de agua. Desde hace largo tiempo se explota en los alrededores de Nizao (río de este nombre) mucha madera de caoba.

De la punta de Nizao hasta Jaina, la dirección es nordeste durante 4 leguas; fue en este último lugar donde el almirante Penn desembarcó en 1652, un ejército inglés de 8 a 10,000 hombres comandados por el general Venables, para realizar la conquista de la Isla: ese ejército fue completamente derrotado, con grandes pérdidas, por los habitantes españoles. En ese lugar hay un fuerte, distante 4 leguas de la ciudad de Santo Domingo.

Producciones Vegetales

Los antiguos habitantes naturales de la isla tenían pocas simientes y cultivaban poco la tierra; algunas legumbres, raíces y muchos frutos, bastaban, sin duda para su alimentación frugal.

Los productos vegetales en maderas, frutos, bejucos y legumbres son los mismos en esta parte de la isla que en otra. La piña¹⁷, el zapote, el albaricoque¹⁸, la guayaba, el cajuil y su semilla, el granadillo, la calabacite¹⁹, la papaya²⁰, el melón de agua²¹, el caimito, la naranja, el coco, la chirimoya, el aguacate, se encuentran allí en abundancia. Los víveres son también los mismos; y el casabe es el que más se usa.

Las caobas, cedros, quiebrahacha, &^a se encuentran también en gran cantidad, porque en su mayor parte no han sido explotados.

Las palmeras reales, palmas, cocoteros y lataneros se encuentran allí en mayor cantidad que en la antigua parte francesa, más bellos y más variados²².

Agricultura, Comercio, &^a

En otro tiempo había mucha más agricultura que la que hay actualmente y aún la que existe, sobrepasa considerablemente lo poco que se hacía cuando la decadencia total de esta parte²³.

¹⁷La *piña*, llamada también *anana* y *ananás*. (C.A.R.)

¹⁸Debe ser el *mango*, por su parecido con el *albaricoque*. Este último no lo hay aquí.

¹⁹Debe ser la *calabaza*, que aquí le llaman *auyama*. (C.A.R.)

²⁰La *papaya* que aquí se llama *lechosa*. (C.A.R.)

²¹El *melón de agua* es la *sandía* española y la *patilla americana*. (C.A.R.)

²²Véase R.M. Moscoso, *Catalogus Florae Domingensis* (Catálogo de la flora dominicana) New York, 1943; y *Palmas dominicanas*, C.T., 1945; y José Schiffino, *Riqueza forestal dominicana*, C.T., 1945. (E.R.D.)

²³Acerca de la decadencia de la Isla, del comercio y arbitrios para su mejora, véanse en *Relaciones históricas de Santo Domingo...*, vol. I, principalmente las Relaciones de Araujo y Rivera y de Haro y Monterroso. (E.R.D.)

La caña de azúcar traída de las islas Canarias a Santo Domingo se cultivó en seguida con un buen éxito admirable y produce considerablemente.

En 1535 ya 20 ricos ingenios de azúcar establecidos en el departamento de Santo Domingo, y 3 más listos para moler; muchos otros se están fundando.

Había un buen número de establecimientos de este género en las llanuras de Neiba, de Azua, Baní, Nizao, Jaina e Higüey. Esta industria se hacía menos en la parte del norte.

Nunca se han producido muchos artículos de consumo en la llanura de Montecristi ni en las cercanías de Puerto Plata, y todavía menos, en la bahía de Samaná. Nunca ha habido sino un ingenio importante de azúcar (que todavía existe) en la comarca de Santiago. En el valle de La Vega se elaboraba muy poco azúcar, pero se cultivaba mucho cacao.

Todos estos establecimientos levantados durante el entusiasmo producido por la maravilla de los descubrimientos que acaban de efectuarse y por la ayuda de los indios, a quienes se obligaba a trabajar en la agricultura, cayeron por el desaliento que se amparó de los conquistadores por las guerras continuas y crueles que les fue necesario hacer a los naturales del país.

Estos últimos, más maltratados que nunca se, fugaron a los bosques y aún fuera de la isla, y aquellos que no pudieron o no se atrevieron a efectuar esta retirada, perecieron de pesar y de miseria.

En el mismo tiempo, los europeos, contrariados por estas circunstancias en sus proyectos de fortuna por medio de la agricultura, abandonaron esta isla para dirigirse a México, a Cuba, a Caracas, &^a donde la novedad y la esperanza de tener más tranquilidad y más fortuna los atraía. Entonces todos los trabajos de agricultura cesaron y los campos quedaron desiertos.

Solamente desde hace 80 años es que los establecimientos de hato y de caña de azúcar volvieron a tomar incremento y consistencia.

Los hatos han prosperado más que los ingenios de caña de azúcar; la razón es, sin duda, que para los primeros sólo se necesita mucha tierra y pocos hombres en proporción que los hombres libres se entregan voluntariamente a ese género de ocupación, y que en el tiempo de la mayor decadencia de esta parte, los hatos se mantuvieron en un estado menos precarios que lo estaba la agricultura.

Para los trabajos de la caña se necesitaban muchos brazos; los hombres libres no querían dedicarse a este trabajo; eran necesarios esclavos; y como, desde hace pocos años que los propietarios de tierras han encontrado el modo de procurarse negros, esta cultura ha, no solamente tardado en hacerse de nuevo, sino aún, no ha llegado a un grado mediocre de prosperidad.

Puede ser que haya 20 habitantes que cultiven la caña para fabricar azúcar y aguardiente, y más de 40 que solamente fabrican melado y muy poca azúcar. Dos únicamente, don Juan Oyarzabal, tiene negüey (chique) y

Mr. Espaillat, en Santiago, tienen haciendas de importancia en ese género de cultivo; todas esas 60 haciendas de caña en conjunto, no ocupan 1,500 cultivadores.

El cafeto, planta extranjera traída por los franceses a esta parte, no se cultiva en ningún sitio de una manera algo importante para la venta; pero casi por todas partes se encuentran algunas plantas de él²⁴.

El añil crece, sin cultivo alguno, y se multiplica con una fuerza increíble en muchas sabanas; jardines abandonados y aún en los caminos reales y nadie se ocupa en sacar provecho alguno de eso.

El algodón, que es de una fácil explotación y que crece muy bien donde no haya mucho frío, casi no es cultivado²⁵.

El cacao que crece magnífico y que es excelente en esta parte (pues rivalizaba antes con el de Caracas en todos los mercados) ya casi no se cultiva: se siembra muy poco, ni siquiera lo suficiente para un mediano consumo en esta parte de la isla. Estos restos del cultivo del cacao, que tuvo su grado de esplendor como el azúcar, solo se encuentran en las comarcas de La Vega, del Cotuí y de Samaná²⁶.

Se encuentran algunos árboles de achote²⁷ casi por todas partes, pero no se cultiva en ninguna parte.

Solamente el tabaco es lo que los habitantes del interior, particularmente los de Santiago y los de La Vega, cultivan y por consiguiente dedican al comercio. Muchos de esos habitantes cultivan una pequeña cantidad; pero un gran número lo hace y el total se eleva todavía, un año con otro, de 12 a 1400 millares de peso²⁸. Este tabaco es bueno, se prepara en andullos de

²⁴Acerca de la caña de azúcar véase Sánchez Valverde..., pp. 58-60, notas 67-69; y acerca del café, en la misma obra, p. 61, nota 70. (E.R.D.)

²⁵En su *Historia de las Indias*, libros X, cap. V, dice Oviedo: "Mucho algodón hay salvaje en esta Isla Española... Pero como en esta isla no se dan a lo labrar e cultivar, no se hace tanto como en el tiempo de los indios, que tenían mas cuydado dello". En una carta del Rey, 1513, a Miguel de Pasamonte, Tesorero de la Isla Española, le dio instrucciones de comprar y de entregar a Pedrarias Dávila "quatrocientas camisas de algodón de las que se fazen en Villanueva de Yaquino... Así mismo comprareys doze yeguas ensilladas y enfrendas y un caballo... Así mismo comprareys quinientas bateas de servicio y doscientas de labar oro... V. Serrando y Sans, *Orígenes de la dominación española en América*. Madrid, 1918, pp. CCCXXVII. (*Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, volumen 25). En la biblioteca de Palacio, Madrid, hay el siguiente documento del siglo XVII, acerca del algodón: *Informe del Marqués del Real Tesoro a la Sociedad Económica de Madrid, sobre precio de algodón en la Isla de Santo Domingo y costa de su traída al puerto de Cádiz*, escrito hacia 1780. V.J. Domínguez Bordona, *Manuscritos de América*. Madrid, 1935, p. 127, doc. 335-5. El Marqués Joaquín Muñoz de Villena (1709-1790) fue Director de la Sociedad Matritense. (E.R.D.)

²⁶Véase Despradel Batista, *El cacao en la Española*. En revista *Agricultura*, C.T., vol. XXXVIII, Nº 174, 1947, pp. 7-10; R. Ciferri, *Informe sobre la industria cacaotera en Santo Domingo, S.D.*, 1930; y *Studies on Cacao*, P.R., 1931. Del cacao de Santo Domingo, muy estimable, se considera el mejor el que se cultiva en Higüey. (E.R.D.)

²⁷*Rocous* es la *bija*, también llamada *achote* y *achote*. (C.A.R.)

²⁸Se prepararon algunos centenares de millares de tabaco de aumento en el año 5, y en el año 6 se prepararon cerca de dos millones. (N. del A.)

4 1/2 libras próximamente, apretados y cubiertos de yagua; se lleva a Montecristi y a Santo Domingo por cargas de caballo, de 180 lbs. de peso (la libra de 14 onzas). También se prepara mucho en hojas amarradas por manojos del mismo peso que el andullo, y destinadas a fabricar cigarros: La clase inferior no se vende en los puertos de mar, sino a 12 pesos la carga; el ordinario a 16 es el mejor, hasta 20. Este precio varía de más a menos según la demanda o el silencio de los comerciantes. Los habitantes que no tienen animales para cargar su tabaco, pagan 8 pesos por carga, precio ordinario (más bien menos que más²⁹).

El jengibre nace casi sin cultivo: lo utilizan poco aquí y no estando asegurada la salida a un precio que procure al cultivador una compensación a su trabajo por la explotación, esta planta no se cultiva como objeto de comercio³⁰.

Los artículos de consumo se producen en esta parte en el mismo tiempo y en la misma estación que en la antigua parte francesa, y tienen allí más valor porque se consume totalmente.

Como hay poco lujo en esta parte, cuyos habitantes naturalmente sobrios; son por lo general poco ricos, y donde muchos son pobres; el comercio no es considerable. Allí se importa café y cacao, un poco de azúcar, telas blancas, grises y crudas de todas calidades, sobre todo bretañas³¹, muselinas, pañuelos e indianas de todas clases; hilos varios; tejidos de lana y tela de seda (principalmente la prunelle³² el tafetán negro y gro de Tours) vinos de Burdeos tintos; y vino de Málaga:

Lo poco que se consume se paga con tabaco, madera de caoba³³, y el aguardiente que allí se produce; con el precio que los habitantes reciben

²⁹Hay interesantes detalles de la industria del tabaco en *Preguntas que se han hecho a D. Juan de Bocanegra, vecino de la Isla Española, por los Directores Generales de la Renta del Tabaco y respuestas de Bocanegra*, 11 de julio 1747, en *Relaciones históricas de Santo Domingo...*, vol. III inédito. Por Real Orden de octubre de 1770 el Rey recomendó al Gobernador Azlor promover la siembra del tabaco en la Isla, y dio instrucciones para su exportación. Afirma que "los tabacos de Santo Domingo, sin que parezca exageración, son superiores a los de La Habana, tanto en fortaleza como en duración". Al andullo se le daba el nombre de tabaco de cuerda (1747). Extensos datos acerca del tabaco en Sánchez Valverde..., p. 63, nota 75. (E.R.D.)

³⁰Véanse diversas noticias de las numerosas plantaciones de jengibre y de su exportación en *Relaciones históricas de Santo Domingo...*, vol. II, p. 33, 45, 78, 83, 133, 166-168, 180, 227, 374, 425-428, 437, 439, 441, 442; y Sánchez Valverde..., p. 70, nota 80. (E.R.D.)

³¹Telas finas fabricadas en Bretaña. (C.A.R.)

³²Tela de lana cuyo nombre español no conocemos. (C.A.R.)

³³La exportación de caoba fue durante muchos años, el principal recurso económico del país, "el ramo más comerciable y de labor", como decía don Pascual Real en 1821, en sus disposiciones acerca del arancel de exportación de la caoba. Véase en *La imprenta y los primeros periódicos de Santo Domingo*, C.T., 1944, p. 107. Todavía en 1844 constituía la más importante y explotada fuente de ingresos en la República. V. *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo*, 1844-1946. C.T., 1944, p. 157, 68, 180, 188, 213 y 237. Oviedo, (*Historia de las Indias*, vol. I, p. 340-341), hace la siguiente descripción y elogio de la caoba: "En esta isla Española y otras y en la Tierra Firme hay muy grandes robles naturales e como los de España, e de muy recia madera; e la hoja es así como la de los robles de Castilla. Destos, y de otro árbol

por los animales que venden, con el monto de los derechos de importación y con los 200 mil pesos que el Gobierno introduce, un año con otro, para pagar las tropas.

Un poco más de actividad reemplazaría fácilmente el vacío de esos 200 mil pesos en esta parte, cuando nosotros hayamos tomado posesión de ella³⁴.

que trataré en el capítulo siguiente, se hacen los usos y exes e ruedas de los ingenios de azúcar en esta Isla, e las vigas para las prensas, que son muy luengas e gruesas e a quatro esquinas labradas, de septenta e ochenta pies de luengo e de diez e seys palmos en cuadro o redondo e cintura, después de labrada la viga. Que es mui grand cosa, e son piezas mui hermosas de ver por su grosseza e longitud: e como tengo dicho, es mui fuerte o buena madera, e a mi ver yo la tengo por una de las mas lindas que hai en el mundo: lo cual nos han enseñado agora nuevamente la silla episcopal e las otras que con ella están en el coro de la iglesia mayor desta ciudad de Santo Domingo de la Isla Española, que son desta madera e de la que se dirá en el siguiente capítulo del caoban. Y digo que, a mi parecer, son sillas que en el coro de las Iglesias de Toledo e Sevilla metropolitanas, serían estimadas e tenidas en mucho, porque los asientos e espaldares destas sillas son deste roble y la guarnición e columnas e perfiles de caoban, e labradas de escelentes esculturas, al romano, de medio relieve; e queda lo que es de roble de una color mas que pardo e mui vecina a color blanco o como plateado e lo que es de caoban mui colorado, ques como un morado que tira a la color de púrpura. En fin, a mis ojos ello es rica madera e la mejor cosa que he visto para semejante edificio e para cualquier cosa, en que la quisieren poner. Pero para labrar este roble, se requiere que esté mucho tiempo cortado e enxuto e curado, porque de si es humidísimo e ha de tener salida toda aquella agua a estar mui curado. E si oviere diez años que se cortó, es mui bueno; e si mas, mui mejor... Caoban es árbol de los mayores e mejores de mejor madera e color que hai entre todos los desta Isla Española la qual madera es asaz colorada, e hácese della mui hermosas puertas e mesas, e caxas e tablazon para lo que quieren, e mui lindas vigas, e tan gruesas e luengas como las quieren o las pide la obra". Acerca de la silla episcopal, citada por Oviedo, véase *La Inmaculada Concepción*, de Fr. Cipriano de Utrera, p. 77, nota 88. (E.R.D.)

³⁴Con carta del 18 de enero de 1767, el Gobernador Azlor envió a la Corte una Representación del Ayuntamiento de Santo Domingo exponiendo "la suma fertilidad de su terreno para la producción de azúcar, cacao, café, añil, algodón y otros frutos, evidenciándolo con los abundantes que cogían los franceses en la menor y menos feraz parte que ocupan en este territorio, proponiendo para su fomento" entre otros arbitrios la introducción de 1,500 negros por cuenta de la Real Hacienda para que se vendiesen a los hacendados. El Rey resolvió, el 22 de marzo de 1768, que se expidiesen las respectivas Cédulas, tal como se hizo el 29 de octubre de 1769, mandando al Gobernador de Santo Domingo crease una Junta para que formase en Plan para el fomento agrícola de Santo Domingo. Esta Junta debe de ser la misma Sociedad de Hacendados que menciona Sánchez Valverde, p. 145). En su cumplimiento el Gobernador Solano, a nombre de la Junta y por carta del 24 de octubre de 1772, solicitó del Rey las ocho gracias que formaban el citado Plan formulado por la Junta. Bien tardamente se resolvió acerca del Plan: por Real Cédula del 12 de abril de 1786, el Rey concedió a los vecinos de la Española, ente otras gracias y prerrogativas, la libertad de introducción de negros, sin limitación, para los cuales debía formarse un Código especial a la manera del votado en Francia en 1784; la concesión y franquicias, exención de diezmos, suministro de instrumentos de labranza; la reglamentación del Comercio de ganado con la colonia francesa y otras plausibles disposiciones encaminadas al fomento de la agricultura y del comercio en la Colonia. (La importante Real Cédula de 1786, impresa en Madrid en ese año, en que constan los puntos del citado Plan y demás pormenores, se conserva manuscrita en el Archivo Real de Higiüey, en Archivo General de la Nación). Mientras tanto las autoridades de la Española no habían quedado inactivas. En 1778 el Gobernador Solano obtuvo del Rey la reducción de la mitad del derecho de alcabala por cinco años en el comercio interior de la Isla. Consta el documento de 58 capítulos, de gran interés para el conocimiento del comercio en la Isla. Véase en *Boletín del Arcbivo General de la Nación*, 1946, Nº 46, p. 173-190. En el año 1786, el Cabildo de Santo

Productos Animales Cuadrúpedos, Aves y Peces

De las cuatro clases de cuadrúpedos que los europeos encontraron al llegar a esta isla, no se encuentra desde hace mucho tiempo sino el que llamamos agutí³⁵.

Los historiadores españoles contemporáneos, nos enseñan que los ganados vacunos, caballar, asnal, los cerdos, ovejas y volatería, traídos por europeos, se han multiplicado de tal manera, que en el período de 40 años, su número se ha hecho considerable, y que a pesar de que se consumían mucho en el país, se exportaban ya en gran cantidad; esos animales no tenían ya sino muy poco valor, a causa de la gran abundancia que de ellos había.

Los cazadores mataban en los bosques reses vacunas que se habían convertido enteramente en salvajes o semisalvajes, con el único objeto de tomar las pieles, que no se vendían, secas y sin curtir, sino a 2 reales (cerca de 27 sueldos tornés³⁶). Como la carne no tenía salida o muy poca salida, los cazadores se llevaban solamente la que podían para su consumo y abandonaban el resto a los pájaros y a los gusanos³⁷.

Po ese tiempo, los habitantes se habían dedicado a la agricultura, preferentemente cerca de las ciudades y pueblos y en las cercanías del mar; los animales de que hemos hablado han continuado creciendo en número considerable en los lugares más lejanos, y una parte se ha hecho salvaje (o cimarrona)³⁸.

Domingo dictó una *Ordenanza sobre que no haya cría de ganados e tierras de labor, ni labores en tierra de crianza*, en vista de las "querellas de los labradores por los continuos daños... que ocasiona la muchedumbre de cerdos..." Dictó el Cabildo otras ordenanzas sobre Reducción de los negros libres a San Lorenzo de las Minas; Negros y negras ganadores; Abasto de carne; y Venta de carne salada y otros abastos públicos. Estas Ordenanzas pueden verse en el citado *Boletín*, p. 157-172. Hay alusiones a Santo Domingo y Monte Cristi en el *Reglamento y aranceles reales para el comercio libre de España a Indias de 12 de octubre de 1778*. Madrid, (1778). (E.R.D.)

³⁵*Agutí*. Mamífero roedor de América llamado también en algunas partes *acure*, *tuza* *Éa*. (C.A.R.)

³⁶*Tornés*. Nombre que se daba a la moneda francesa acuñada en Tornos y que valía menos que la de París. (C.A.R.)

³⁷Por solo el puerto de Santo Domingo se exportaba, en el siglo XVI, cada año, "más de un millón de cueros, azúcar, gengibre y demás frutos sin el oro, la plata y perlas", según decía Baltasar López de Castro en su *Memorial* del 20 de noviembre de 1598. (*Relaciones históricas de Santo Domingo...*, vol. II, p. 167). Por Bando del 15 de octubre de 1751, el Gobernador Rubio y Peñaranda prohibió, a pena de la vida etc., el comercio ilícito de ganado vacuno y caballar con la Colonia francesa, en vista del abuso que cometían en este tráfico, con perjuicio de la Metrópoli, los dueños de los hatos, principalmente la de las regiones fronterizas. Véase original de interesante Bando, firmado por Rubio y Peñaranda, en Archivo Real de Higüey, año 1751, Archivo General de la Nación. Entre los papeles del Consejo de Indias debe de hallarse el extenso expediente formado en 1742 por el Gobernador de la Colonia, don Pedro Zorrilla, relativo al fomento de los hatos y al comercio de ganado en la colonia francesa. (E.R.D.)

³⁸Era tal la cantidad de *perros jíbaros* (sin dueños, alzados en los montes) que azotaban los hatos, destrozando el ganado, que el Gobernador Zorrilla, por auto del 12 de marzo de 1746, ratificó la orden de que cada año se hiciese un repartimiento general entre los vecinos de cada población o lugar para que cada uno matase el número que le correspondiese de perros jíbaros

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Cuando la decadencia de la agricultura y la despoblación, los hatos experimentaron también una disminución, y el número de los animales cimarrones aumentó por el abandono que ciertos propietarios hicieron y por la dificultad de reunirlos, a lo menos de tiempo en tiempo, a la vista del hombre.

Sólo después del comienzo de este siglo, fue cuando los españoles, tranquilos poseedores de esta parte de Santo Domingo, no encontrando cosa mejor en otros lugares de la América se animaron de nuevo y levantaron el país de algún modo hasta ponerlo en el punto en que nosotros lo encontramos.

Aquellos animales que se retiran enteramente a los bosques y a las montañas o que nacen allí, no se multiplican tanto como los otros, a causa de que los pequeños exigen al nacer algunos cuidados de parte de los hombres, que no pueden dárselos en los montes.

Hay poco que decir sobre la clase de animales vacunos en esta parte, ellos son muy fecundos en toda la superficie del país: su carne es buena, mejor sin embargo en las comarcas áridas de Baní, Azua, Neiba, Montecristi y otras semejantes, que en las de La Vega, Cotuí y otros, en que los pastos son muy abundantes en todas las estaciones. Lo mismo resulta con los cameros.

Aunque los caballos aquí son buenos en general, porque sin duda los que se trajeron de Europa eran de buena raza, es sin embargo muy notable que los de Baní, Azua, San Juan y Neiba y los de la parte abajo de Santiago son los mejores. La manera de criarlos les da probablemente esta ventaja: al ser criados en un país pedregoso, tienen los cascós más duros que los que pisan habitualmente un suelo más blando, lo que es una gran ventaja en un país en donde no se acostumbra herrar los caballos. Como el lugar nativo de esas bestias es seco y árido, ellos están acostumbrados a comer muy poco cuando hay poco, y los frecuentes y violentos ejercicios en que se han criado y formado los hacen más capaces para soportar la fatiga, que aquellos que no tienen que sufrir los mismos rigores en los primeros tiempos de su vida³⁹.

Los asnos y los mulos son fuertes; pero no se encuentran en tan gran número como sería de desear.

Los pájaros son los mismos en esta parte de la isla que en la otra.

Solamente puede decirse con respecto a las palomas torcaces, que desde Floreal hasta Vendimiario⁴⁰ inclusive, la cantidad es tan considerable en la costa sur, particularmente en la Saona, y en las montañas de San Cristóbal, que es cosa casi increíble para aquellos que no lo hayan visto.

de su jurisdicción, con la obligación de "presentar en su respectivo cabildo el número de pieles de los jíbaros que se les repartiesen en aquel año". Así consta en orden original, existente en el Archivo Real de Higüey, en Archivo General de la Nación. Véase, además, Sánchez Valverde..., p. 84, nota 101. (E.R.D.)

³⁹Trata del caballo en Santo Domingo la docta obra del Dr. Angel Cabrera, *Caballos de América*. Buenos Aires, 1945, p. 97. (E.R.D.)

⁴⁰*Floreal*, del 20 de abril al 19 de mayo. *Vendimiento* del 22 de septiembre al 21 de octubre. (C.A.R.)

Los cazadores van a matarlas en los manglares donde esas aves se detienen con mayor gusto. Otros las esperan al pasar sobre la ciudad de Santo Domingo, que se encuentra en el camino que el mayor número de palomas toma para ir a la Saona, a poner en las montañas de San Cristóbal, y volver con sus pichones a la Saona.

Muchos tiradores al vuelo se colocan en las murallas de la ciudad y otros sobre las casas, cuyos techos sean romanos, y les tiran a su paso: el mayor número va a los lugares de los alrededores. Como las palomas pasan constantemente, sobre todo por las tardes de los cuatro últimos meses, los cazadores no hacen más que cargar sus escopetas y disparar sobre la que de la bandada les parezca más gruesa, según la pesadez de su vuelo. Este ejercicio comienza ordinariamente a las 5 de la tarde (después de las horas de gran calor). Los tiros de escopeta no asustan casi a las palomas, tan seguras se encuentran por su gran número.

En los primeros meses que se presentan en grandes cantidades, es decir, desde germinal⁴¹, van de este a oeste, más durante la mañana que por la tarde, sin agruparse; descansan a cada rato en los bosques, principalmente en los manglares; poco a poco se reúnen por Pradial⁴² y hacen el mismo camino.

Desde entonces, algunas retroceden, mientras que las otras continúan su camino.

En Mesidor⁴³ las bandadas se hacen más numerosas y según avanza la estación (hasta vendimiario) hay tan gran cantidad que a menudo las diferentes bandadas no parecen sino una sola hasta por la noche.

En estos últimos meses, todas las palomas se dirigen al este (preferentemente por la noche) y por la mañana, algunas van hacia el oeste: muy poca cantidad (como el 3 por ciento) hacen un camino opuesto al de la gran mayoría: puede ser que aquellas traten de encontrar a sus compañeros preferidos que habían perdido. En esta estación, las palomas se venden a un cuarto de peso la docena⁴⁴.

De todas las otras clases de pájaros, hay aquí más que en la antigua parte francesa, según las clases y localidades. Por ejemplo, los flamencos, que son muy raros en esta última parte, se encuentran en gran número en las cercanías de las montañas del Baoruco y en la Saona⁴⁵.

⁴¹*Germinal*, séptimo mes del año republicano, desde el 21 de marzo hasta el 19 de abril. (C.A.R.)

⁴²*Pradial*, noveno mes republicano que comenzaba el 20 de mayo y terminaba el 18 de junio. (C.A.R.)

⁴³*Mesidor*, décimo mes del calendario republicano, desde el 19 de junio a 18 de julio. (C.A.R.)

⁴⁴Ha habido muchas menos palomas en los años 5 y 6 que en los años precedentes, aunque todavía hay muchísimas. Esto junto a la carestía del plomo de cacería, ha hecho subir el precio a un medio peso la docena. El gran consumo que hacen de las palomas muchos franceses refugiados, tal vez haya contribuido también a este aumento de precio. (N. del A.)

⁴⁵La Saona es, todavía, el sitio de la Isla en que abundan más las palomas. (E.R.D.)

SIGLO XIX

C. C. ROBIN: VIAJES POR EL INTERIOR DE LUISIANA,
DE FLORIDA OCCIDENTAL Y POR LAS ISLAS DE MARTINICA
Y SANTO DOMINGO (1807)¹

El miércoles 22 de junio nos encontramos a vista de Santo Domingo, dejando siempre las islas de Martinica y Puerto Rico a nuestra derecha. De este modo costeamos primeramente la parte oriental española. ¡Qué extensos llanos descubrimos! Sus montañas sólo se presentaban a grandes intervalos, como para variar el paisaje. La tierra, poco elevada sobre el nivel del mar, nos dejaba contemplar cómodamente las riquezas vegetales de este país inculto, que debiera estar habitado por una numerosa población...

...La entrada del puerto, formada por el río Ozama, está cerrada a ambos lados por grandes rocas desnudas contra las que chocan las olas estrechosamente... El río, poco ancho, profundamente encajonado, se pierde en caracoles bajo la sombra de los bosques que lo bordean. En la otra margen, como de una manera intencional, frente a la ciudad, se abre un vallecito agreste de donde se levantan por entre las plantas rozagantes bananeros, grupos de elevadas palmeras de tronco desnudo y grisáceo, coronadas sin ramas, de espesuras formadas por las hojas desplegadas en forma de graciosos abanicos radiantes...

El territorio de los alrededores de la ciudad no es, como se pretende, muy bueno. Sin embargo, pude observar allí árboles de la mayor belleza, tanto por su altura como por la extensión de sus ramas. El bosque que rodea el río sobre un sitio inclinado no es grande, pero es espeso y está formado por árboles fuertes y hermosos. Qué gran delicia la de poder recorrerlo siempre bajo la sombra, la de poder descansar allí en todas partes, sin temor de verse atacado por fieras ni animales venenosos, contemplar ese follaje de un verde sereno y brillante, entremezclado de flores y de bayas escarlata que innumerables avecillas vienen por bandadas a picotear; esas diversas especies de palmeras de tallo y porte tan pintoresco

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Viajeros de Francia en Santo Domingo*.

y tantos otros vegetales cuyas hojas, flores, silicuas y frutas se desconocen en Europa!

Ah!, bajo una choza que algunas hojas bastarían para cubrir firmemente, el hombre podría encontrar abrigo. A su rededor, el plátano alimenticio, que crece tan pronto y sin necesidad de gran cuidado, el ñame, la patata, la maioca, plantas todas que pueblan la tierra con sus bulbos farináceos, bastarían para cubrir sus necesidades...

...A través de las espinas y las malas yerbas, se ve el naranjo cargado de sus bellas frutas; el aguacate, árbol grande cuya fruta es tan agradable, las ramas colgantes del chirimoyo o anona del Perú, que da una fruta acuosa tan saludable... Las frutas del país son deliciosas y mucho más bellas que las de Martinica. Las tierras de pasto son tan ricas que vi vacas tan bellas y tan hermosas como las de nuestras zonas de Europa.

El pescado allí es sumamente abundante. El río Ozama recibe las aguas de varios ríos navegables que se remontan hasta lejos a través de regiones muy fecundas. Así, el Ozama, bien encajonado en su cauce, puede transportar a poco costo las maderas de todas las especies que producen los inmensos bosques que hay en el interior. La caoba sobre todo, que es tan preciosa y tan buscada por el lujo europeo, formaría una rama muy grande e importante del comercio; el algodón, el café, el índigo, el azúcar y el cacao vendrían por esos diversos ríos a cambiarse en Santo Domingo por productos del cultivo y la industria europeos.

WILLIAM WALTON:

ESTADO ACTUAL DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS (1810)¹

CAPÍTULO I

Santo Domingo o Española (llamada así para distinguirla de Haití), descubierta por el gran Colón, bajo el reinado de los inmortales Fernando e Isabel de Castilla, es la mayor y más fértil de todas las Antillas...

...A esta tierra, prolifera en oro, se dirigió Colón después del descubrimiento de Cuba y de otras islas menores; fue la primera que colonizó y decididamente, su predilecta. Era fértil, tenía belleza local y productos naturales más que ninguna otra... Sus valles, exuberantes en los más ricos pastos y atravesados por caudalosos ríos, la sostuvieron en su decadencia... Sus laderas, prolíficas en todas las maderas comerciales u ornamentales, producen cuanto sea adecuado a sus altitudes, de acuerdo con los distintos climas, ya que el termómetro sube o baja a diferentes niveles.

...A este delicioso lugar, a este saludable país, lleno de riquezas, donde cada planta vestía un follaje distinto y donde los árboles se inclinaban a la exuberancia de apetitosos y desconocidos frutos; donde, en fin, la naturale-

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Ed. de Santo Domingo, Santo Domingo, 1976.

za parecía haber creado un Elíseo que la fantasía romántica no puede comprender, mucho menos describir, fueron conducidos los españoles por el inmortal Colón.

...La parte española se estima en unas 3.175 leguas cuadradas, porción de tierra suficiente para mantener una población de 8 millones de almas. Conserva en gran medida el estado virgen de su tierra, mientras que las de sus vecinos es tierra cansada y, particularmente en muchas de las islas de barlovento, árida...

CAPÍTULO III

La parte española... comienza en la porción sur en el río Pedernales, que corre al occidente de las prodigiosas montañas del Bahoruco (su nombre indígena), las cuales se levantan majestuosas desde la frontera española, y con suaves declives van a morir al mar, en el sur, frente a la isla Beata, formando la Bahía de las Águilas...

...Esta pequeña isla, separada de tierra por un estrecho de 12 pies de profundidad, fue hasta la caída de Santo Domingo el gran refugio de los corsarios franceses... En este sitio abundan las tortugas, cabras, aves silvestres y peces... La tierra es buena y estuvo alguna vez cultivada. Hacia el este de esa magnífica cadena de montañas llamada Bahoruco existe un pequeño puerto llamado Petit Trou, erróneamente localizado en nuestros mapas. Su entrada es rocosa y poco segura. Bordeando la punta y casi en dirección norte está la bahía de Neiba, donde desemboca el río de ese nombre, que nace en las montañas, con un cauce desigual de treinta leguas, alimentado por aguas de otros ríos tributarios, bañando una región bellamente pintoresca y llena de bosques...

...Si seguimos hacia el extremo oeste de esta bahía (Neiba), entramos en Puerto Viejo, que corresponde al pueblo de Azua la Antigua, el cual se encuentra dos leguas tierra adentro. De acuerdo con el testimonio de Herrera y Oviedo fue una vez fértil en azúcar, añil, etc... Es el primer puerto del sur donde se tala la caoba, pero sólo se embarca unas pocas veces al año. El guayacán es más común y el palo del Brasil pasa desapercibido.

Entre este lugar y Punta Salinas, al este, yace la Bahía de Ocoa, en la cual desembocan varios riachuelos, un punto amplio y conveniente para el abastecimiento de agua...

...Desde Punta Salinas a Ocoa, la costa se extiende desde suroeste a este hasta Nizao, y en ese trecho existen varios fondeaderos, tales como Paya, Boca Canasta, etc., que sirven en especial al pueblo interior de Baní, y desde allí se embarcan guayacán, alfóncigo (pistacho) y palo del Brasil.

Desde el puerto de Nizao se embarca caoba... La entrada es rocosa, necesita de un práctico y el río crece de modo considerable con los afluentes. Pasando este punto, tres leguas más arriba, está Palenque, lugar en que se embarca madera...

Dos leguas más arriba se encuentra Boca Nigua, otro lugar de anclaje situado frente al riachuelo del mismo nombre, por el cual se transporta boyando la madera... En este lugar se produce la mejor madera de la isla, pero es difícil, transportarla río abajo, pues éste es sinuoso y poco profundo excepto en época de lluvias, cuando crece de manera notable y arrastra entonces muchos troncos...

Haina es una bahía importante situadas dos leguas más arriba. Debido a un banco irregular de arena no tiene entrada al bello y caudaloso río del mismo nombre que desemboca en ella. Pero es navegable hasta cierta altura y muy conveniente para el transporte de las maderas que lo bordean...

Los cangrejos de tierra que aquí abundan son inmensos en tamaño, habitan en cuevas en la arena, y salen por la noche en numerosas cantidades...

...El puerto de la ciudad de Santo Domingo está formado por la confluencia de los ríos Isabela y Ozama, alimentados por varios ríos más pequeños, tales como el Yabacao, Monte Plata, Sabita, Guabanimo, Yuna, Duey, Haina Mosa, Naranjo, Yuca, Dajao, Higüero o Everton, el cual se desliza por el lugar del mismo nombre; estas aguas desembocan en el mar, en dirección sur, después de bañar las murallas de la ciudad. El Isabela y el Ozama y los afluentes ya mencionados, además de varias otras corrientes de agua, se reúnen en un solo cauce y una legua más arriba de la capital forman una letra Y perfecta, siguiendo su curso por un hermoso caudal rodeado de árboles, tan ancho como el Támesis a la altura de Chelsea, conservando el nombre de Ozama. Este río es muy conveniente para transportar provisiones y productos desde el interior; para estos fines se utiliza una barca, y es sorprendente la destreza y seguridad con que lo cruza un rebaño, a pesar de la corriente. El torrente es fuerte en la época de lluvias, y al desembocar en el mar lo tiñe de un color lodo por un radio de varias millas, formando un curioso contraste con el claro azul del mar, aunque no lo deslucen. Estas aguas son oscuras hasta el final de las murallas, las cuales están a menos de tres cuartos de milla de la entrada...

...entre la Saona y Santa Catalina llegamos al puerto de La Romana, cuya entrada no se distingue hasta que se está muy cerca, debido a que el río hace un recodo en su desembocadura y sus orillas tienen la misma altura y aspecto que el resto de la costa. Tiene media milla de ancho y puede alojar a salvo las flotas que fondean por lo general del lado oeste, el cual es más apropiado como desembarcadero. Esta es quizá una de las escenas más románticas que concebirse pueda: un hermoso río formado al parecer por una fuerte convulsión de la naturaleza...

Sus marcadas márgenes están recubiertas de una variedad de siemprevivas que tapan en parte el refulgente granito y están bordeadas de mangles detrás de los cuales se destacan árboles tropicales adornados con trepadoras que se adhieren, engalanando con sus flores y perfumando lugares donde

se creería imposible la existencia de vegetación alguna. También se ven las trepadoras crecer en la copa de árboles de 60 pies de altura, hasta donde las aves aparentemente transportan las semillas; desde allí desciende una larga fibra a raíz, tan perfecta como una cuerda, cuya punta cae al suelo y lleva humedad a la planta madre en lo alto; con frecuencia cubre la copa del árbol en que empezó a crecer, templando el fogoso imperio tropical y ayudando a refrescar y aliviar la vista con la verde sombra así formada. Dos millas río arriba hay una deliciosa cascada de agua dulce que nace de un diáfano cauce, corre sobre románticas rocas y termina en un arroyuelo, a tal grado cristalino que, junto al barco, puede verse el juguetón corretear de los peces sin escondite alguno...

Dos leguas más arriba está el río Chavón, que se adentra largo trecho y lo obstruye una barra de arena de más de cinco pies. Los barcos fondean frente al banco de arena en ocho brazas de agua y la madera se transporta boyando hasta cuatro leguas río abajo. Las orillas están bordeadas por un escenario silvestre adornado por varias hermosas y verdes isletas, resulta tedioso, sin embargo, remontarlo, dada la fuerza de la corriente y los mosquitos y jejenes que molestan al viajero.

La isla Saona está al extremo sureste de la isla de la Española... Allí abundan los peces, así como las aves silvestres, acuáticas y terrestres de varias clases, en especial palomas que vienen aquí en su migración anual, a anidarse en la apacible soledad de estas regiones, después de lo cual retornan con su cría y se dirigen en inmensas bandadas a otras partes de la isla en busca de granos, semillas y bayas para alimentarse. Así vienen periódicamente a estas partes, donde se reproducen de un modo sucesivo y en abundancia. En su cerrado vuelo, pasan por lo general en el mes de julio sobre la capital y la gente se sube a los techos para probar su puntería...

La Saona, llamada por los nativos Adamanay, se ufana otrora de un cacique y se vanagloriaba de sus súbditos independientes de Haití; fue luego posesión de los jesuitas, quienes mejoraron su tierra fértil y establecieron allí varios asentamientos y tierras de pastoreo... Adecuada como es a toda especie de producción local, con altos y románticos bosques, al presente pasa desapercibida y yace ignorada, siendo explorada sólo por algunos pescadores solitarios que la visitan cada año para recoger conchas de carey o atrapar el ganado alzado que allí abunda y se procrea en la soledad. En época de sequía, éste acude a los estanques y bebederos, donde sus progenitores fueron una vez conducidos por pastores, formando quizá parte de la riqueza de sus amos, de cuyo abandono son hoy los únicos testigos unas pocas ruinas cubiertas de matojos, filas de árboles frutales, un limonero gigante o una valla de campeche.

...Frente a la Saona está la Bahía de Yuna, formada al este por una punta escarpada llamada Muragua, donde desemboca el río Higüey, después de pasar por el pueblo de ese mismo nombre; la entrada tiene 12 pies

de agua. El puerto es seguro, pero el lugar de fondeo queda afuera y está expuesto a los vientos prevalecientes del sureste. Esta parte de la isla es la menos apta para el cultivo; cerca del mar es rocosa y la tierra de capa delgada, pero a ello se debe que la abundante variedad de sus maderas, tanto ornamentales como para la construcción, sean de una fibra más apretada, más pesadas y susceptibles de ser mejor pulidas.

...Maimón y Nisibón son riachuelos que fluyen por deliciosos trechos de ricas tierras, donde se admira la mano creadora de la naturaleza en sus múltiples producciones. Este escenario no ha sido alterado por las huellas del trabajo; la reducida población no ha llegado aún a estos distantes y solitarios lugares; y aunque hay tesoros en estos altos y erectos bosques, no se oye el golpear del leñador ni el viajero que bordea esta extensión del litoral, tal como lo hemos ido conduciendo, es saludado por la presencia de una cabaña junto al mar, ya que los españoles aparecen opuestos a establecerse en sitios que no estén en el interior del país, el cual es más adecuado a sus ocupaciones pastoriles, y además consideran insalubre el aire del mar.

...Samaná es una península y no una isla aparte, como por lo general se ha creído... Una barca cruza la bahía desde el pueblo de Sabana de la Mar, que constituye el punto de comunicación con la capital... Sus aguas se ven aumentadas por el gran río Yuna, el cual, luego de su confluencia con el Camú, es navegable por las ricas llanuras de La Vega Real, Cotuí, etc., recorriendo alrededor de 200 millas y recibiendo la afluencia de más de 40 riachuelos que cruzan el país en distintas direcciones, con ventajas casi sin paralelo en cuanto a ubicación y comercio...

...No existe quizás de este lado del océano un lugar tan adecuado para arsenal o astillero donde se reúnan más requisitos como en esta sorprendente bahía. Sus márgenes y ríos están bordeados por los mejores y más altos árboles maderables, tales como pino y laurel para mástiles; capá, impenetrable a los gusanos y particularmente adecuado para embonar; chicharón y sabicú para quillas; caoba y una gran variedad de otras maderas apropiadas para el armazón del barco y el resto de su estructura; todos los cuales pueden ser talados en la mayor abundancia en la misma puerta del armador...

Doblando el Cabo Cabrón, y siguiendo rumbo oeste junto a las altas y al parecer estériles playas de Samaná, sólo encontramos el río Limón de algún interés especial. Posee una buena ensenada, corre por ricos cafetales y lo circundan los mejores árboles maderables.

...Puerto Plata fue descubierta por Colón en su primer viaje y despertó vehementes expectativas en la tripulación... Sus vecindades son ricas en toda clase de maderas y sólo se requiere dedicación y la seguridad del comercio para mejorar sus recursos latentes...

...Continuando desde la Punta Isabela, en una especie de entrada, el inmortal Colón fundó el primer establecimiento y lo bautizó con el nombre

de su ama e ilustre princesa... Habiendo fondeado en 14 brazas, a la mañana siguiente le sorprendió agradablemente la belleza y romántica ubicación del puerto, un poco abierto hacia el noroeste y dominado del lado atrás por una hermosa cadena de montañas, algunas de gran altura, con ricas laderas y bañadas por el pintoresco río al cual dio también el nombre de Isabela...

Del otro lado del puerto hay una hermosa sabana, frente al norte, rodeada de preciosos bosques...

Monte Cristi está doce leguas más arriba. En su carta de fundación se denomina San Fernando de Monte Cristi, y en sus confines desemboca al mar el gran río Yaque, llamado por Colón Río de Oro, con una segunda ramificación que desemboca en la bahía de Manzanillo, después de deslizarse desde el pueblo interior de Santiago, por grandes llanuras y tierras de tabaco.

CAPÍTULO IV

En ninguna parte del mundo la naturaleza indulgente ha prodigado sus bienes en mayor abundancia que en este lugar. Cualquier planta necesaria para el sustento del hombre u ornamental, traída del clima europeo o del de las Indias Orientales, florece aquí y encuentra tierra propicia, la cual parece estar formada de capas superpuestas de hojas y ramas de árboles que se han ido descomponiendo con el paso de las edades sucesivas y han mejorado sus ricos sedimentos.

Todavía más generosa y benefactora, su poder creador ha llenado las entrañas de la tierra de metales valiosos y además de todas las riquezas que ofrece en su superficie, la ha adornado y diversificado con valles de belleza arcadía y montañas que ennoblecen el paisaje, al tiempo que moderan el clima con la variedad de riachuelos fertilizadores que nacen en su seno, fluyen en curso sinuoso por llanuras de exuberante pasto y forman ríos que podrían convertirse en numerosos canales para el transporte de la producción del arte y de la industria.

...La superficie de la Hispañola está atravesada en todas direcciones por pequeñas cordilleras que forman valles de tamaño y verdor sorprendentes, con mayores diferencias de clima que el que se encuentra en extensiones parecidas de tierras a iguales latitudes. Las más altas son las del Cibao, que se levantan entre cinco y seis mil pies sobre el nivel del mar. El valle de La Vega Real es el más grande y rico de la isla. Bañado por el Yaque del lado occidental, se extiende más allá de las viejas líneas francesas; y al este, por el Yuna, se proyecta hasta la cabeza de la bahía de Samaná, contando en esta superficie con un inmenso número de ríos más pequeños, arroyos y riachuelos que lo cruzan en varias direcciones, cuyos beneficios serían de incalculable valor en un país populoso y emprendedor, donde los canales son tan costosos. Podría decirse que este valle tiene una extensión de 80 leguas de largo y 10 de ancho, 15 en algunos sitios.

Atrajo poderosamente la mirada y la admiración de Colón y de sus seguidores, quienes apenas podían disimular su entusiasmo cuando por primera vez fueron conducidos allí por los nativos de La Isabela.

Al oeste de la capital está el valle de Baní, que abarca desde Nizao hasta Ocoa. El pasto es bueno, pero no está tan bien irrigado como otras zonas de la isla, inconveniente que afecta en particular al ganado durante los meses de sequía. Cerca se encuentra el valle de Azua, luego el de San Juan, o la antigua Maguana, dividido del de Santo Tomás por el río Neiba. Hacia el centro de la línea de demarcación francesa están los de Hinchá, Libón, Guayaba y varios otros. Pero sería imposible señalar los de importancia secundaria para el ganado, en un país donde la naturaleza parece haber prodigado sus bienes y donde no puede caminarsé 20 millas sin contemplar una agradable sucesión de colinas y valles.

Es sorprendente que en lugares tan cercanos exista tan inesperada variación de climas, tanto en cuanto a temperaturas como a lluvias. Las llanuras de Bánica se unen a los distritos más elevados de San Juan y Santo Tomás, todos situados en la parte central de la isla, y el calor allí se hace sentir tanto, que sus habitantes son de estatura más reducida, comparados con los de los otros dos lugares. Aún más frío que el de estos climas es el del valle de Constanza, dividido sólo del de San Juan por una alta cadena de montañas al norte, en la jurisdicción de La Vega Real. Cerrado por completo por las montañas cercanas, a manera de anfiteatro, su existencia era todavía desconocida por los españoles muchos años después del descubrimiento. Aquí se conserva la carne, sin dañarse, por cuatro o cinco días. Es notable la helada matutina el año entero, y el fuego, tan temido en otras partes, es en este valle un presente bien recibido.

Al este de la capital y en la dirección del Seibo, están las inmensas llanuras denominadas adecuadamente Los Llanos, donde la mirada vaga sin obstáculo alguno sobre un mar de yerba, completamente plano, si bien en ocasiones se muestra diversificado por conjuntos naturales de árboles que parecen sembrados por el hombre y le dan el aspecto de un parque. Sin embargo, sólo son grupos de arbolitos y matojos que han crecido de modo espontáneo al margen de un arroyo o toma de agua, a cuyo derredor florecen en la medida en que el agua humedece y fertiliza la tierra. A ellos acude el ganado buscando protección y fresco contra el calor del mediodía y el cansado viajero cuelga de las dobladas ramas su hamaca, que siempre forma parte de su equipaje.

Esta sorprendente llanura constituye aproximadamente una sexta parte de la isla y llega casi hasta el extremo oriental, con una superficie de más de 90 millas y unas 30 millas de ancho. Allí pacen los hatos de ganado de más de cien propietarios y todos los años se apartan, se cuentan y se marcan los jóvenes, cuando todavía el ternero no confunde a su madre. Es maravillosa la destreza con que el vaquero a caballo, lanza en mano, separa los animales

de su amo del resto del ganado. En época de sequía, cuando las hojas son largas y lozanas, es costumbre quemar toda la yerba de la llanura, que sirve de abono anual, pues en este tiempo el ganado va por lo general al bosque en busca de un pasto que el sol no ha tenido el poder de quemar. La operación se realiza pegando fuego a la sección oriental del terreno, desde donde sopla regularmente el viento; las llamas se levantan en amplias masas sucesivas, haciendo a veces que el viajero retroceda y borrando el trillo por el cual acostumbra cabalgar.

Existe una singular y no desagradable diferencia entre los bosques europeos y los de este país, ya que los árboles, además de crecer hasta alturas inmensas, carecen de las ramas más pequeñas que brotan de la parte inferior del tronco, de forma que el sembrador que prepara su terreno y lo ha limpiado de matojos, ve sobre su cabeza un dosel de verdes ramas por el que no penetran los rayos del sol, sostenido por columnas majestuosas y erectas (desde las cuales su escopeta apenas puede apuntar a las palomas) entretejidas por trepadoras o florecientes convulvuláceas. Aquí podría el arquitecto encontrar modelos para una cúpula o para las columnas de un templo, pues las hileras de palmas y otros árboles servirían de peristilos. Para el entendido, las especies más abundantes de árboles nativos indican la calidad del suelo y cuando ha de escogerse tierra para café, tan pronto se distingue el bois d'orme (una especie de olmo), así como ciertas clases de palmito, rara vez se examinan las capas que la cubren para determinar su fertilidad. Mas antes de proseguir, podría no ser impropio detenernos particularmente ante los ríos principales por los cuales, a manera de venas, circulan las riquezas de este valioso cuerpo, ya que además de ser grandes fuentes agrícolas, sirven para el transporte de los productos. Por tanto, un ligero boceto puede interesar al curioso y ampliará nuestra idea sobre los accidentes del terreno.

CAPÍTULO V

Ya se han mencionado los ríos más importantes, pero existen otros que merecen la misma atención. El Haina es el primero que cruzamos, cabalgando hacia el poniente desde la capital, a una distancia de tres leguas. Nace en una propiedad llamada Guamitas, al pie de una hermosa cadena de montañas que se levantan, a veces adornadas de nubes, desde donde se divisa la ciudad. Estas elevaciones son especialmente notables desde el mar, frente al puerto, y sirven para cerrar la perspectiva prodigando sombra y límite al paisaje. El arroyuelo se va ensanchando desde su nacimiento, corriendo de valle en valle formados por colinas, y desemboca navegable en la bahía de su nombre, que hemos descrito antes. Abunda en excelente caza silvestre de varios tipos, también en peces, en particular róbalo y pez cabezudo, que pueden calificarse el salmón y la trucha de las Indias Occidentales. Sus márgenes estuvieron una vez llenas de plantaciones de cacao, azúcar, añil,

algodón, etc., pero ahora las bordean matorrales salvajes; en especial una propiedad denominada *La Urca* porque su propietario enviaba anualmente a Sevilla un barco de ese tipo, colmado de frutos de su propia hacienda, que al presente, como el resto, yace olvidada y sólo envía al mercado vegetales y unas pocas barricas de melaza para ser convertida en melcocha. Desde la ciudad, esta vecindad constituye una deliciosa y corta excursión, abundante en animales y escenas rurales.

El Nigua, dos leguas más abajo, nace del río anterior y corre unas nueve leguas por un hermoso banco de arena y pedregales, en forma tan sinuosa que siguiéndolo por una distancia de dos millas se cruza cinco veces. Cabalgando por sus orillas, un acueducto enmohecido, un depósito y una destruida caldera de azúcar que asoma entre los matorrales, nos dicen que éste fue el primer asiento de la industria europea en el nuevo mundo. Oviedo afirma que en las etapas primeras del descubrimiento, el cultivo se había centralizado sobre todo aquí y que las flotas iban todos los años a España cargadas con sus productos. Que sus establecimientos ofrecían el aspecto de una cultura progresiva y sus habitantes impresionaban por su simpatía y hospitalidad. Pero en vano el viajero de hoy busca la huella. Todo cuanto encuentra son villorios aislados en que habitan leñadores que sólo siembran los vegetales necesarios para su propio consumo. Los ricos propietarios de las haciendas y hatos de este sector se han mudado, dejándolos enmohecerse y decaer en manos, quizá, de un esclavo de confianza que allí ha quedado solo. La pobreza ha usurpado el lugar de la abundancia, y la maleza ha cubierto los campos que una vez sonreían bajo el cuidado del hombre. Sin embargo, en los caídos ánimos del nativo comienza a renacer la esperanza de ver renovar estas imágenes y los llenan justos sentimientos de gratitud para quienes han cooperado con su causa, quedando sólo a la nación inglesa alentar y mejorar la situación descrita. Este río, en su curso hacia el mar, recibe las aguas tributarias de corrientes más pequeñas y constituye una gran ventaja para el transporte de madera en balsas. Es vadeable excepto cuando hace crecidas. Pero en los meses de sequía es muy bajo.

El río Nizao fluye casi paralelamente, siete leguas más abajo y la tierra intermedia es hermosa en extremo, en especial un bosque llamado Naranjo; no está coronado por los altos y corpulentos árboles que dan el toque primitivo al país, sino que es espeso en una variedad de árboles más pequeños, entremezclados con árboles florales y frutales que marcan los lugares en donde una vez existieron plantaciones.

Ya hemos hablado de Neiba, y en el distrito de Azua, que una vez tuvo el honor de ser residencia del gran conquistador de México, se encuentran los ríos Mulas, Tavera, Mijo, Pequeño Yaque y otros de menor tamaño. La vegetación en este sector es delicada en extremo, produciéndose naranjas de sabor comparable a las de Puerto Rico, sin duda las mejores de las Indias Occidentales. Desde los terribles temblores sentidos en 1751, cuando fue

tan grande la conmoción de la naturaleza que se produjeron rajaduras visibles en las elevaciones más altas, han brotado aguas minerales de las montañas de Viajama, que revelan contener azufre.

Por el hermoso valle de San Juan fluyen varios riachuelos que el viajero filantrópico no puede cruzar sin sentimientos de pesar cuando recuerda que allí destruyó Bobadilla² a la desafortunada Anacaona, junto a sus amigos, durante una celebración. Con ella se extinguió la línea de jefes que por largo tiempo habían gobernado este gran reino. La humana y justa Isabel, siempre tierna y consciente de las crueldades inflingidas a estos sus nuevos súbditos, y de cuyo cruel tratamiento se compadeció (aunque tarde), después de tratar de brindarle protección mediante varias leyes justas dictadas en su beneficio, pero cuya ejecución con frecuencia confiaba, por desgracia, al cruel y al opresor, fue sacudida terriblemente por este acto de inhumano ultraje a la indefensa princesa, aún más atroz por haber sido perpetrado en momentos de confianza y diversión. En su lecho de muerte pidió a su consorte sobreviviente venganza contra el hombre que había abusado de la confianza en él depositada cuando se le encomendó la protección de su nueva y favorita colonia y había pagado sus esfuerzos con tal ingratitud.

Es tan grande la variedad y multiplicidad de ríos y montañas que sería quizás monótono abundar sobre este tema; al estudioso sólo le pediremos echar un vistazo al mapa de Solano, o mejor todavía, al de don Tomás López, hecho por órdenes del gobierno español y publicado en Madrid hace 25 años; ambos sin embargo, contienen varios errores topográficos y algunos montes y ríos tienen los nombres equivocados.

Como curiosidad especial, no puede dejar de mencionarse un lago singular, situado hacia la parte sur de la línea de demarcación francesa, hacia el interior, cerca del pueblo de San Juan, casi en el límite del territorio indígena llamado Caquani, que constituye uno de los lados del hermoso valle de Neiba. Esta lámina de agua se conoce con el nombre de Laguna de Enriquillo, porque fue el lugar en donde el jefe indio de ese nombre se retiró después de su derrota y fue capturado por los españoles. Este depósito de agua tiene más de 18 leguas de circunferencia; y aunque su orilla más próxima está situada a ocho leguas del mar, distancia a la que se encuentran varias montañas de elevación considerable, allí se observa el mismo flujo y reflujó que en la costa. El agua es completamente salada, y presenta el mismo aspecto y peso específico que la del océano. Los peces son también de tipo similar y de igual tamaño, tales como el tiburón, la foca, la marsopa, etc. En posesión del autor está la espina dorsal de un tiburón pescado en este lago, que muestra que su dimensión no es idéntica a la de los de mar. En el centro del lago hay una isleta de cerca de dos leguas de largo y una de

²Fue Nicolás de Ovando. (N. T.)

ancho, en que corren manantiales de agua dulce y donde abundan las cabras y animales salvajes. Es imposible dar una idea adecuada de este lugar romántico y pintoresco. Si tuviera el realce de las villas italianas y ciudades que contrastaran con el solitario y majestuoso bosque que rodea la verde y desolada llanura, sería el territorio más interesante que el ojo humano pudiera contemplar o el pincel retratar. Un poco hacia el noroeste hay otro lago mucho más pequeño llamado por los franceses *Etang du Cul de Sac*.

CAPÍTULO VI

Para dar una idea del aspecto físico del país se requeriría más de la fantasía del poeta o la del pintor, que de la narración del viajero; pues para mezclar lo bello y lo sublime, para dibujar playas rodeadas de mangles, que muchas veces se doblan bajo el peso de las ostras que se le adhieren; campos aislados de exuberante café, que producen flores rivales del blanco jazmín y bayas color cereza; alamedas de cacao; la clara caña de azúcar y los campos de yerba de guinea, entremezcladas con el útil plátano, el ondeante bambú y el cocotero; los naranjales rodeados de palmeras, arbustos silvestres de un verde perpetuo, limitados por valles de zábila o encerrados por bosques nativos cubiertos de plantas florecidas, viñedos de varios tonos y perpetuo perfume bañados por juguetones arroyuelos que caen en cascadas naturales desde las montañas, coronados por profundos bosques colgantes, interceptados por llanuras y praderas, grutas y abruptos precipicios; estos diversos y armoniosos accidentes de la naturaleza podrían llenar el escenario y desafiar el conteo y el examen de unos y otros.

No hay aquí auroras o crepúsculos como los que se conocen en Inglaterra. El sol parece hundirse rápidamente en el horizonte, y no se experimenta el lento y gradual caer de la noche. Hay una fugaz transición de luz a oscuridad, sin intermedios aparentes. Las noches de luna son hermosísimas, encantadoras y serenas; pero el imperio de la reina de la noche no es en forma alguna inocuo, ya que, además de reflejar una cantidad considerable de calor, si se expone a ella la cabeza descubierta, ocasiona con frecuencia lo que se llama golpe de luna, el cual causa jaqueca y dolor de la más aguda naturaleza, llevando a quien lo sufre casi al punto de la desesperación. También es dolorosa la influencia del sol o *coup de soleil*. Su sensación es dolorosa y peligrosa, ya que la parte de la cara o cabeza así afectada, se hincha y se quema con color carmesí, acompañado casi siempre de fiebre intensa; la piel se pela y no es extraño ver al soldado inglés, bajo una marcha fatigante, arrojar su fusil y tirarse abatido sobre la yerba, creyéndose víctima del primer síntoma fatal de la temida fiebre contraída en este clima. Sin embargo, el remedio es simple y eficaz y entra especialmente en el dominio de la eficiente mujer criolla. Esta llena con agua dulce un frasco alargado, tal como los que utilizamos para preservar encurtidos, y colocando un pedazo de tela extendida sobre la ancha boca, lo aplica en el lugar del

dolor. A los pocos minutos el agua bulle, pareciendo hervir con el fuego extraído.

La descripción general hecha por Raynal de la isla Hispánica parecería una ilusión romántica a quien no haya podido conocer la verdad; aunque Charmilly reconoce que la parte francesa no es en forma alguna comparable a la española, ya que, además de las producciones variadas de que puede vanagloriarse, el clima en general es de eterna primavera desde las cuatro de la tarde hasta las nueve del día siguiente; y, felizmente para sus soleados habitantes, el intervalo de tiempo entre esas horas, sujeto a los rayos perpendiculares del sol, está por lo general mitigado por brisas periódicas que rara vez dejan de sentirse, paliado por la cercanía de las montañas, lugares guarecidos, viviendas frescas, etc. Nada da mejor crédito de la bondad del clima que la salud, robustez y fecundidad de los indígenas, quienes viven lejos de las aguas estancadas; además del tamaño, espeso follaje y variedad de los bosques y plantas.

Las lluvias son cíclicas, al igual que en las demás islas, pero las más fuertes caen en mayo y junio, cuando los ríos crecen en grado sorprendente y con frecuencia arrastran consigo el trabajo del leñador. Los huracanes rara vez azotan; cuando ocurren, vienen precedidos por una atmósfera sofocante en la cual las nubes, cargadas de vaporosos relámpagos, bajan y auguran diluvio. Los cielos parecen partirse en llamaradas continuas y la tierra emite un ruido profundo y hueco. Las aves cruzan raudas los cielos agitados, mientras el negro, atemorizado, ve su choza, su siembra de plátanos y otros objetos bajo su cuidado y labor, arrasados en cuestión de momentos. El propio Virgilio habría encontrado aquí material con que realzar la sublimidad de su tempestad.

CAPÍTULO VII

A causa de que la agricultura no ha vuelto todavía a la normalidad, la caoba es al presente el principal artículo de exportación del país. Se produce en toda la isla, aunque en ciertas regiones en mayores cantidades; quizá sea más común ahora, ya que bajo las viejas leyes españolas estaba prohibida su tala, restricción que todavía existe en Cuba. La caoba es un árbol alto, erguido y hermoso, con flores de color rojo azafrán, el fruto redondo del tamaño de un limón y en forma de vesícula, pero sin utilidad alguna. Cuando el árbol crece en tierra árida, la madera es dura, de fibra apretada y de mayor diversidad que cuando precede de tierras bajas y húmedas. En este último caso, es más porosa y pálida y de fibra más abierta. En el país se utiliza en la fabricación de vigas, pisos y tejados, en la construcción de barcos, etc.

El roble, aunque de la misma especie que el de Inglaterra, tiene un aspecto distinto. No es tan común como la caoba, es más alto, pero no tan espeso. No obstante, es más sólido y más adecuado para el andamiaje de

construcciones, como madera para aserrar, para quillas, etc., ya que produce tablones de 60 ó 70 pies de largo. La ácana se parece al roble y en muchos casos se prefiere a éste porque se corrompe menos.

El manzanillo produce una madera de bello aspecto, propia para muebles, vetuada como el mármol en verde y amarillo. Pero contiene una especie de savia blanca acre, con la que los indios envenenaban sus flechas, por lo que su tala es peligrosa, así como aserrarlo en planchas, pues la más pequeña partícula de humedad, polvo o savia que caiga en un ojo, produce inflamación que termina con frecuencia en ceguera. Esto obliga al trabajador a cubrirse los ojos con gasa. A pesar de ello, se utiliza a menudo y nada excede la brillantez de su lustre ni la variedad de su colorido. La fruta, semejante a la manzana, es venenosa y su antídoto es la sal, a la cual, como por instinto, se ha visto recurrir hasta al ganado.

El alfóncigo (pistacho) es más común cerca de Azua y Baní; es un árbol frondoso de hojas pequeñas; pero existen también otras maderas que producen tinte amarillo, desconocidas aún por el comercio, especialmente una que se acerca más al verde y bien vale la pena experimentar con ella.

El guayacán abunda en la costa. Crece en dos especies: una que produce una flor azul y la otra con indentaciones blancas; pero la más preciada en el comercio es la que, al cortarla, presenta un color verde oscuro y se cultiva en terreno árido. Cuando florece al borde de los ríos sobrepasa su tamaño normal, pero debido a ese crecimiento más rápido no es tan buena como la que crece en tierras áridas y arenosas ni tiene el mismo peso específico ni durabilidad. El quiebracho o madera de hierro, de una especie similar, presenta la peculiaridad de petrificarse cuando se clava en tierra húmeda. El guayacán produce goma, muy conocida en medicina, y no requiere más preparación que recogerla del árbol del cual gotea. Los nativos utilizan la corteza en vez de jabón para lavar, pues produce buena espuma.

El capá es particularmente adecuado para embonar barcos, ya que es fuerte y casi impenetrable a los gusanos; un piso de esta madera equivale a cuatro de pino. Los barcos españoles se construyen por lo general de ella y duran más que los otros. En las islas inglesas no se desconocen sus virtudes y tiene una demanda considerable. Se utiliza el laurel para armazón de barcos y a veces para mástiles, y debido a su flexibilidad, sirve para los de las goletas. También es común el pino, en especial en el norte, donde existen bosques enteros; cuando se reduce su peso, sangrándolo, es de suma utilidad para el constructor de barcos y otros fines, pero no se destina a usos domésticos en el campo, pues es muy atractivo al comején, uno de los insectos más destructivos de las Indias Occidentales. Esta alimaña es aún más temible en las tiendas de tejidos, siendo su deleite especial las cajas de empacar, las cuales penetra, perforando cada pliegue de la mercancía que contenga, hasta salir por el otro extremo. El pino enano es muy combustible, y si se corta en tiras largas se puede usar como vela y a

su luz, como una antorcha encendida, se pesca durante la noche en los riachuelos camarones, peces, etc. Es por esta razón que los franceses le llaman *Bois Chandelle*.

El palo del Brasil es muy abundante en el litoral, mas por falta de estímulo no se ha convertido aún en un artículo de comercio amplio. El espinillo, tanto de la variedad blanca como la amarilla, es también numeroso, pero es mucho más pesado que el de las Indias Orientales. Tiene un olor agradable y puede pulirse bien, de forma tal que no requiere barniz. Los españoles le dan ese nombre por la cantidad de espinas de tamaño considerable que nacen de su corteza. Tiene el mismo valor proporcional de la caoba.

La ceiba, o árbol del algodón, constituye el mayor de los productos vegetales. De su tronco se fabrican canoas livianas y grandes. Produce una especie de pelusa semejante al algodón de fibra corta, que es utilizada por los españoles como camas. También se ha experimentado con éxito en la fabricación de sombreros. El ciruelo silvestre es un árbol de muchos usos; tiene en parte la enorme flexibilidad del fresno, es sumamente dura y era una de las varias maderas que los indios destinaban a la fabricación de arcos. La jagua produce una fruta que los nativos consideran un plato delicado. Su jugo es tan claro como el agua, pero mancha las telas en forma indeleble, por lo que se aprovecha como tinte o para marcar. También se usa en el baño como fortificante o astringente para aliviar el cansancio de los huesos. El árbol es alto y erecto, la madera firme pero flexible y produce las mejores lanzas. Los cedros son comunes, tanto de la variedad blanca como la roja y la yaya se utiliza para fabricar tacos de billar. En estos bosques se encuentran maderas excelentes para ruedas de carruajes. En Bayaguana es común el nogal, y Oviedo lo destaca muy especialmente.

La jabilla, que no tiene uso comercial alguno produce, sin embargo, una sombra espesa y profunda desfavorable a la vegetación, aunque sirve para formar vallas. Debido a sus agudas espinas es muy adecuada para bordear los caminos. La fruta se parece mucho a una salvadera; redonda, con pequeñas divisiones que se levantan de manera uniforme, semejante a la forma que damos a un pastel por medio de una tartera. Termina en pequeñas fibras al centro, por donde se filtra la arena que contiene. A veces el viajero que cabalga bajo ellas se sorprende al escuchar un ruido igual a un tiro de pistola, pero se da cuenta de que es la fruta que ha explotado y se ha desgranado en mil pedazos, causa de lo cual debe ser el hecho de que contiene cierto grado de aire o alguna otra razón física que nunca he oído definir. La savia es de naturaleza singularmente acre y causa ceguera si cae en los ojos.

Existe una gran cantidad de ébano de dos clases, verde y negro, también granadillo, así como otras maderas adecuadas tanto para tornería como para tintes. Algunas sólo se conocen por sus nombres indígenas y crecen desapercibidas en medio de bosques rara vez pisados.

se dejan sentir en las pocas siembras de cacao en la Hispaniola. Las cotorras son también de temer en las plantaciones de este tipo, así como en las de maíz. Pero es más fácil para el sembrador localizarlas en razón de su estrepitosa localidad cuando vuelan en bandadas. Mas, si perforan un fruto con su pico, éste se pudre y cae al suelo. El cacao es en cierta medida perenne, ya que su fruto se encuentra en el árbol durante todo el año; sin embargo, las dos cosechas principales son en junio y diciembre. Los nativos sólo lo recogen durante la luna menguante porque creen que se conserva mejor si se recolecta durante esa época. Los granos se encuentran dentro de un fruto que se parece al pepino, donde crecen en hileras, rodeados de una sustancia blanda y pulposa. Del fruto, que es morado al madurarse, se extraen los granos a mano, pues su frágil cáscara imposibilita el uso de máquinas. Los granos enteros y buenos son separados de los malos en la misma forma; el fruto se tumba del árbol por medio de un palo largo con dientes pequeños en la punta. Después de recogido, el cacao se pone al sol en montones, se esparce, se seca y es luego almacenado en lugares cerrados, en grandes pilas, allí se fermenta y suda, produciendo un calor húmedo; a veces el médico encerrará en estos almacenes a un paciente a quien haya recetado mercurio para producir mayor grado de ensalivación. Cuando los españoles lo embarcan al granel hacia Europa, lo riegan con agua salada, lo cual produce otro sudor parcial que tiene el buen efecto de destruir cualquier especie de alimaña que pueda quedarle todavía.

Las *recinus americanus*, o palmas de cristo³, es abundante y su hoja a veces forma parte de las prescripciones de la empírica colonial para curar quemaduras, aumentar la leche de las lactantes y otros usos diversos.

Se encuentran higüeros de todos los tamaños, que crecen tanto en árboles como en enredaderas. La naturaleza indulgente parece haber producido este regalo para evitar el uso de ollas de barro, ya que se halla en el fruto en forma de tazón, taza y platillo, vasijas de cualquier tamaño con capacidad hasta de cuatro galones de agua, con cuello parecido al de una damajuana; se utiliza como envase para pólvora, como cacharrillo y para usos domésticos que pudieran requerir distintos envases de barro. Cuando se talla, se tiñe y se adorna produce un hermoso efecto también se aprovechan para fabricar instrumentos musicales.

El plátano o paradisíaca, y la *musa sapientum*, banana o rulo, constituye el alimento principal del pueblo y hace las veces de pan. El plátano se hierve con carne salada, o en la olla española, se fríe en lonjas, se asa bajo cenizas y se cocina en varias otras formas; cuando se le reboza con harina resulta en sabrosos budines. En su primera etapa es verde por completo, pero tan pronto madura se torna amarillo y su sabor cambia. El guineo se come crudo como fruta o se cuece en frituras; no es tan largo como el

³Palma Christi o Higuereta (*Recinus communis*. (C.E.D.))

plátano, aunque crece en manojos igual que aquél. Los españoles conservan la superstición de los nativos de Madeira de no cortarlo nunca transversalmente, sino en tajadas horizontales largas, debido a que en la primera forma presenta la figura del instrumento sagrado de la inmolación de nuestro Salvador. La flor es muy curiosa, con una larga cubierta de color morado, a cuyos ramilletes pendientes siguen los frutos; cada retoño sólo produce fruto una vez y luego se corta. Este tiene forma oblonga, algo parecida a un pepino, pero con el mismo espesor todo el largo. A veces un manajo tiene hasta 58 bananos, pesando cerca de una libra cada uno. Las hojas crecen en la cima y se mueven graciosamente con el viento; son de un verde guisante y al principio parecen un rollo que luego va extendiéndose, a veces hasta ocho pies de largo por uno o dos de ancho. Al centro tienen una nervadura y gran variedad de venas transversales la atraviesan de extremo a extremo. Este vegetal es más nutritivo que la harina, sirve para engordar todo tipo de ganado y su crecimiento es tan rápido que es casi perceptible a la vista. Constituye la esencia de la vida en las Indias Occidentales, y puede merecidamente estimarse como un valioso lujo. No puede uno menos que sonreír ante la descarada ingenuidad con que los Milton criollos, en sus pareados, aseguran ser esta la misma fruta.

“cuyo sabor mortal trajo muerte al mundo y penas a todos”.

El anacardium, o árbol del cajuil, crece silvestre en todas partes, y su fruta tiene un aspecto singular. La semilla, que es la parte que comemos en Inglaterra, parece un riñón pequeño, crece en un extremo de la fruta, la cual cuelga del árbol y tiene el tamaño de un limón, de forma que, a diferencia de otras frutas, el *receptaculum* está en un extremo, y la semilla aparece en la parte exterior. Tiñe de un negro indeleble y es una fruta ácida de sabor muy astringente al paladar.

La vainilla se encuentra silvestre en los bosques inexplorados, donde la favorecen la humedad y la sombra. Pertenecen a una variedad de trepadoras que se adhiere y descansa sobre el árbol vecino, pero pasa desapercibida a los nativos de la Hispañola, que no tienen la menor idea de que una preparación simple le proporcionaría el valor que tiene en Europa. Esta planta no exige cultivo, se adhiere naturalmente y pueden ser injertada, pero es sorprendente que aun en Tierra Firme, donde es conocida y de donde obtenemos la que se consume en Europa, en particular de la provincia de Venezuela, donde es más común, no es objeto de comercio; esta provincia entera, por lo general, cosecha menos de 1,000 libras anuales, que son en su mayoría obsequiadas a los funcionarios principales; tiene el potencial para producir con facilidad hasta 40 veces esa cantidad; el resto se queda en los árboles, pudriéndose olvidadas, o se la comen los monos, quienes también parecen tenerla como plato exquisito. Los grandes de España la usan en el chocolate, los franceses en helados, perfumes, etc., así como para otra variedad de fines.

La quassia amara o quinina criolla y la simaruba o palo amargo⁴ son abundantes, y constituyen hermosos habitantes de los bosques, pero no se incluyen nunca en la materia médica del país, aunque ambas son antisépticas y febrífugas. La simaruba se mece suavemente con el viento y es alta y estatuaria. La parte inferior de la hoja es blanca, la superior de un verde profundo; una y otra se encuentran en cantidades variables. Las flores son amarillas y crecen en espigas de hermosas ramificaciones.

La zarzaparrilla es también una especie de trepadora o enredadera, pero la variedad grande sólo crece silvestre en la Hispañola, no siendo la otra cultivada allí. Pero ésta, así como otras plantas igualmente sudoríferas y balsámicas pasan desapercibidas. Aun el benjuí y el áloe, productos comunes de sus bosques, así como otras drogas nativas, son compradas por los boticarios de la isla, importadas de Inglaterra.

Aquí el algodón requiere poco más que sembrarlo, lo cual se hace por lo general en suelo arenoso. Su calidad es clara, se compara con el mejor de Gonaïves y el de color crudo es tan abundante como el blanco. El que se produce en la costa más baja de Puerto Rico es, sin embargo, el mejor de todas las posesiones vecinas, a pesar de que por falta de estímulo, se ha descuidado su cultivo.

El añil parece haber sido alguna vez uno de los principales cultivos del país, pues todavía aparecen inmensos campos silvestres de este árbol, así como la bija, que ahora es utilizada por los nativos únicamente para sazonar y dar color a ciertos platos y guisos⁵.

La malagueta es una especie distinta del pimiento de Jamaica; es muy preciada por los españoles para aderezar carnes. Crece silvestre en Samaná. Este artículo fue llamado también granos del paraíso; es una especie acre, semejante a la pimienta descubierta por los portugueses entre los negros de la costa de Africa en sus primeros viajes a ese país, y es por esto que, todavía

⁴*Trichilia pallida*. (C.E.D.)

⁵El añil de Guatemala es el mejor, sobre todo el flotante, llamado así porque es liviano y flota en el agua. Los investigadores agrícolas, debido a su gran escasez, están realizando al presente experimentos para cultivarlo en las provincias meridionales del continente europeo, por orden del gobierno francés; Monsieur Bruley, en Italia, y M. Bataglini, en el departamento de Vaucluse, han enviado notas al efecto al Instituto Nacional; pero no debe esperarse que la cantidad producida disminuya el precio al cual están obligados a adquirir el producto en Inglaterra para abastecer a sus propios fabricantes, ahora que se encuentran privados de esa importación de las Indias Orientales y Occidentales. Sin embargo, las investigaciones realizadas sobre esta planta señalan que rivaliza con las mejores importadas, cuyo cultivo se había creído hasta ahora exclusivamente limitado a la zona tórrida. Su cultivo es fácil, su crecimiento rápido y las semillas parecen granos de pólvora. Requieren la mayor limpieza y cuidado para separarlas por completo de la maleza circundante. A los tres meses está listo para su cosecha y es puesto a fermentar en tinajas; esta operación separa el colorante de las hojas, las cuales se precipitan al fondo; el depósito que queda, después de colarlo, se seca, unas veces al sol, otras al horno y luego se corta en pequeñas lascas cuadradas. Como el proceso ha sido explicado en detalle por otras plumas, cualquier nota adicional sería una mera comparación entre el método defectuoso utilizado por los españoles y el sistema mejorado, generalmente adoptado por los franceses. (N. del A.)

hoy una parte de la costa de Guinea se denomina Malagueta, o costa de la Pimienta. Después del descubrimiento de las Indias Orientales, y en especial cuando los monarcas portugueses declararon el comercio de las especies monopolio de la corona, fue prohibida la exportación de granos del paraíso, o malagueta. Ya no es artículo de exportación, aunque en tiempos de Colón era de uso general tanto en Portugal como en España. En toda la Hispaniola, constituye todavía el sazón principal para ciertos platos predilectos. Se cree que, en razón de encontrarse en particular en Samaná, fueron plantadas allí por el propio Colón, cuando visitara esa bahía por primera vez.

Consideran su propio tabaco igual al de Cuba; su cultivo está mayormente limitado a los distritos de La Vega y Santiago. El tabaco, que antes se cosechaba en todas las posesiones españolas de ultramar, así como el que llegaba a sus puertos procedente de Europa, era traído por cuenta de la corona, la cual está investida del privilegio único de su manufactura y venta. Para este fin, se designaban comisarios encargados de su cosecha, quienes compraban las mismas a los precios por ellos determinados, de acuerdo con su apreciación personal, procedimiento que daba lugar a abusos que desalentaban al sembrador. Como se ha cambiado este sistema, es posible que llegue a ser uno de los muchos cultivos a los cuales se dedique la debida atención.

El jengibre hace mucho tiempo dejó de ser objeto de intercambio; sin embargo, el jengibrillo, de la misma especie, el cual produce un excelente tinte amarillo, podría convertirse con facilidad en artículo de exportación. Se hacen dos recolectas anuales de arroz, superior al de Carolina. Puerto Rico, no obstante, lo produce en mayor abundancia y puede a veces ser embarcado al bajo precio de tres dólares el quintal. Contrariamente al que se siembra en suelos arenosos y húmedos, aquí crece con mayor exuberancia en las altas montañas.

Quizás ningún país pueda aportar yerbas más diversas e interesantes que el variado reino vegetal de esta isla, tan poco explorada hasta el momento. Pero requeriría la investigación entusiasta del botánico el hacer el análisis y clasificación de tan útiles y curiosas plantas, muchas de ellas sin nombre conocido por nosotros en Europa. Esto constituiría una obra de considerable magnitud.

Al europeo, al desembarcar, le sorprende el follaje novedoso y diverso del hemisferio tropical; la naranja, o manzana dorada de las Hespérides, los huertos de toronjas, las enramadas cubiertas con el trepador granadillo, florecido o ya en fruto, proporcionan a mediodía una deliciosa sombra que realza la jovialidad de una comida. La granada, la dulce acacia, el rojo y blanco alelí, adornan por igual el ambiente y perfuman el aire.

Como punto curioso no puede dejar de mencionarse que al viajar por los caminos, el caballo a veces pisa un extenso macizo de sensitivas que en seguida se cierran, como lo hace el maíz cargado ante la corriente de aire,

rápido, como por arte de magia. El árbol de té crece silvestre, pero se utiliza sólo como pectoral eficaz.

El almendro tiene la peculiaridad de conservar por completo el sabor de la semilla cuando se mastica, y al destilarse, proporciona sabores rivales a distintos licores.

El áloe sólo sirve para cercas. La pita, de la misma familia, de forma y espinas similares, pero de color verde vivo, se aprovecha, por su textura, para una variedad de fines; y cuando se prensa la hoja por medio de dos palos colocados horizontalmente, extrayendo así la sustancia pulposa que contiene, deja un manojo de fibras, parecidas al cáñamo, pero más largas, de aspecto blancuzco y brillante. Los nativos hacen hamacas de esta fibra, así como otros artículos útiles. Es muy fuerte y merece mucha más atención del público que las fibras del plátano. La pita crece en todas partes de la isla, pero en especial en Santiago, y una vez sembrada es casi eterna, pues las hojas exteriores es todo cuanto se corta de ella cuando han llegado a su crecimiento pleno, mientras otras siguen brotando de su centro. En el río Orinoco, las naves son totalmente aparejadas con esa fibra.

Las frutas y raíces nutritivas de esta isla, nativas y exóticas, son casi las mismas que las de Jamaica, muy delicadas e infinitamente más abundantes; además de las que ya hemos mencionado, encontramos el col caribe o bretón indígena, así como una variedad de otros vegetales que caen bajo la misma denominación; el aguacate, o médula vegetal, melón, patilla o sandía, guayaba, piña, pan de fruta, mango, maní, pomarrosa, ciruelas parecidas a las nuestras, pero de sabor distinto, y muchas otras que el europeo, aún viviendo allí, rara vez prueba en su mesa.

Además de éstos, el plátano, el ñame, la batata, la ahuyama, forman parte de la dieta de los negros, así como el casabe y las raíces de yuca. Muchas sustancias vegetales crecen silvestres en los valles y los bosques, igual que la papa, la más notable de las cuales los franceses llaman *Bondá* y los españoles *volador*, pues crece en una enredadera con frecuencia más alta que el mayor de los árboles.

Se fabrica queso blanco de mala calidad, algo parecido a una nata dura; se conserva con la sal con que se le prepara, y es picante al paladar. A menudo se le da sabor enterrándolo durante varias semanas. Pero, contrario a nosotros, que nos agrada el queso con el gusto amargo de la cerveza negra, los habitantes allí sólo lo comen recubierto de mermelada dulce o de frutas en conserva. Aun en España su condimento más apropiado y delicioso son las uvas; de ahí el viejo proverbio.

Uvas y queso
Saben a beso

Se fabrica la mantequilla poniendo la crema de la leche en una botella. Con dos sacudidas adquiere una consistencia que permite amasarla.

El reino de Flora también se jacta de diversidad y dulzuras, pero para detallarlas habría que llenar un catálogo interminable. Las convulvuláceas floridas de mil clases; el jazmín indígena, blanco y amarillo; la pasionaria de distintos tonos; lirios y una variedad de otras flores con las cuales no estamos familiarizados, adornan el escenario silvestre de los bosques y “derrochan su dulzura en el aire desierto”.

CAPÍTULO IX

Cuando la isla fue descubierta, se encontraron cuatro especies de cuadrúpedos que los indígenas llamaban Hutía, Quemí, Mohuy y el Corí, de tamaño muy pequeñito. Sin embargo, el único que aún existe es el primero, pues al igual que la raza nativa a la que servían, se han extinguido, como si la introducción de animales europeos hubiera afectado también al mundo animal. La Hutía, o agutí, se parece a la ardilla y al conejo, es de color gris, pero no es tan ágil entre los árboles como la primera; como ella, se ayuda con la cola. Permanece más tiempo en tierra, perfora los troncos huecos y huye al monte cuando se le persigue. Es poco común en la Hispañola, excepto en Santiago, donde abunda más. En Cuba existe en mayor cantidad; su carne, cocinada en pasteles, es considerada por muchos un plato delicado. Otro de los animales nativos ya mencionados se asemejaba a un conejillo de Indias pequeño, sin pelo; el tercero era un perro mudo, domesticado por los indígenas.

Los animales que fueron traídos de Europa se procrearon con rapidez, en especial el ganado vacuno, los cerdos, ovejas, cabras, caballos, mulas y asnos. Dice Oviedo que en 1535, esto es, 43 años después del descubrimiento, se exportaban cargamentos de cueros. Se apreciaba poco el ganado y su piel se valorizaba tan poco como su esqueleto. Al abandonar los límites de sus pastos, corren salvajes en los montes y son ahora en muchos sitios legítima presa del cazador. El privilegio de la caza está sujeto a la propiedad de tierras; a veces éstas son vendidas, pero se retiene el derecho a la caza, denominado *montería*. El aumento del ganado sería aún mucho mayor si no fuera por la considerable mortandad que produce una mosca enorme, parecida a la cantárida del Mediterráneo, la cual se adhiere a cualquier rasguño que se haya hecho el animal por accidente, esquivando la lanza del cazador o abriéndose paso entre el espeso bosque. En ese rasguño deposita un huevo, del cual nace un gusano que corroe y agranda la llaga y finalmente, mata al animal. Esta mosca también se aloja en el tierno cordón umbilical del animal recién nacido y allí deja su embrión mortal. A pesar de todos estos accidentes a que están también en cierto grado expuestos los animales que habitan en la llanura, bajo el cuidado del pastor, no obstante la extinción producida por los invasores de la parte francesa y las incursiones haitianas, todavía quedan ganaderos en el distrito del Seibo que poseen 12,000 cabezas de ganado, las cuales venden en manadas a seis y ocho dólares por

cabeza. En la Tierra Firme, la cría de ganado es la ocupación de muchos de sus más ricos habitantes, quienes poseen enormes rebaños; es un hecho curioso que estos ganaderos, sobre todo en Caracas, se enorgullecen de que el vestíbulo de sus casas esté pavimentado con las rótulas de su ganado vacuno, colocadas a manera de mosaicos, de muy hermoso aspecto. Señalan siempre al extranjero que son producto de su propio ganado, y constituyen un índice de su riqueza. En efecto, debe ser muy grande el número de huesos que se utilizan, pues cada uno ocupa un espacio menor de una pulgada cuadrada. Debo confesar, sin embargo, que en el europeo produce un efecto negativo y se les considera grandes carniceros y no grandes ganaderos.

Existen cerdos en cantidades numerosas. Los habitantes utilizan su carne como alimento, pero no es muy saludable para el estómago europeo. Cuando se mata, se sala, se sazona con jugo de naranja agria y se ahuma con yerbas aromáticas, resulta un trozo de carne agradable al paladar. Tal es su cantidad, que el cazador con su lanza y sus perros, muchas veces matará cuatro o cinco antes del desayuno. Siempre se les despelleja y no se les escalda. La piel se exporta para fabricar monturas y forros de baúles.

El caballo, aunque pequeño, es ágil en extremo, de andar firme y fácil de alimentar. Su paso es naturalmente suave, parejo y fino, muy adecuado para la fatiga y el calor del camino y del clima. Trotar sería considerado su mayor demérito. El asno y la mula son también buenos en su clase. En Baní y Azua se crían cabras y ovejas en número considerable. La lana todavía no se ha convertido en mercancía de valor alguno. Es sorprendente que aunque en la Tierra Firme abundan las llamas, vicuñas y venados, nunca hubo nadie con el suficiente patriotismo para traerlas a las regiones apropiadas de la Hispañola, de forma que se procrearan en los llanos adecuados, para beneficio de la posteridad. Actualmente se estima que hay en la isla unos 150,000 caballos, mulas y asnos, y unas 300,000 cabezas de ganado vacuno.

La carne de ave es buena y más barata que en ningún otro lugar de las Indias Occidentales.

La caza es en extremo abundante, más que la que podría desear el deportista en un clima frío que la practicara como ejercicio. En las llanuras de Neiba, además de un faisán especial llamado flamenco, así como otras aves, se encuentra el pavo real cimarrón, cuyo sabor supera al del mejor pavo. Nada es más agradable que ver las manadas de estos animales alimentándose en los lechos de los ríos en desfile real. Aunque sus plumas no son tan brillantes como las de los que domesticamos en Europa, tienen, sin embargo, alegres colores; el ave, al ser silvestre y alimentarse de bayas amargas, constituye el plato más deseable para el epicuro, comparable a la gallina silvestre de Inglaterra o al ganso de Norteamérica. Es aquí el único lugar donde abunda esta especie, y al autor se le ocurre que quizá fuera originalmente obsequiado a los indígenas como una curiosidad europea;

éstos los cuidaron y los criaron como objetos de veneración, pues el lugar donde se encuentran es considerado la tumba postrera de los desafortunados aborígenes.

La gallina de Guinea tiene casi el mismo sabor que el ave antes descrita. Se encuentra en las llanuras en tales cantidades que, en temporada de caza, se venden en el mercado a un real cada una. En sus nidos se encuentran hasta 30 y 40 huevos, de cascarón tan grueso que no se quiebra al caerse. Hay cuatro clases de palomas cimarronas; su carne es sabrosa, aunque algo amarga comparada con los sabores de otras aves. También se come la cotorra, y no escasea la tórtola. A diferencia de la Tierra Firme y las islas vecinas, no existen pájaros cantores, a excepción del ruiseñor de Jamaica y la cigüita, de hermoso plumaje negro y amarillo.

En la lista de aves silvestres se encuentran patos de una gran variedad de especies, el zaramagullón, pato guineo, garza, grulla, pato de la Florida, playero y guineíta.

Los peces son similares a los de otras islas. Los mejores son el róbalo, calaveper⁶, varios tipos de lisa, pargo, mero, negrita, barracuda, camarón y mero cabrilla, además de los peces juveniles. Los criollos consideran el cangrejo de tierra un plato delicado y tienen una forma especial de aderezarlo. Se encuentran tortugas de todas clases. También un número inmenso de hico teas, o pequeñas tortugas anfibias, que son ricas y deliciosas después de condimentadas. No se come la carne de la tortuga que produce la concha de carey, pero el caldo de esta tortuga es recetado para problemas cutáneos.

Los nativos aprecian la iguana, pero debido a su forma repulsiva y escamosa, que corresponde a nuestra idea del dragón enano, no es aceptable a los prejuicios del europeo. La salamandra es una criatura por completo inofensiva. Se alimenta principalmente de moscas; toma el sol y brinca por las paredes soleadas. Las serpientes cruzan desapercibidas el sendero del caminante, los ciempiés son grandes, peligrosos y aparecen con frecuencia en las edificaciones viejas. Rara vez se ve un escorpión, pero sí a veces la venenosa tarántula, un reptil casi igual de temible. Merece la pena destacar que gran cantidad de tiburones acechan bajo las murallas de la ciudad cerca del fuerte de San Gil, llamado por los ingleses el fuerte amarillo, junto al cual está el matadero, y donde permanecen a la espera de las vísceras que allí se arrojan. Constituye quizá un deporte novedoso y raro observar a los niños tirar una vejiga inflada alrededor de la cual acuden tiburones en gran número y, con hambrienta voracidad, tratan de atraparla con torpes mordidas laterales; pero debido a su liviandad, se les escapa, lo cual por lo gene-

⁶Se ha consultado con varios ictiólogos del país sin lograrse identificar el pez al que se refiere el autor por este nombre. Todos están de acuerdo en suponer que hay un error en la ortografía o que se ha cambiado su denominación desde la época en que se escribiera el presente libro. También existe la posibilidad de que se refiera a la tortuga asada en su concha, llamada *calapé* en varios países de América. (N. T.)

ral, termina en una guerra sangrienta entre ellos mismos. Rara vez se adentran en agua dulce, pero son numerosos en el litoral. Ha habido casos de marineros que para escapar del enemigo han saltado del barco, tratando de ganar la costa y han caído por accidente dentro de su voraz fauce. También abundan los tiburones en otras partes de la isla, como lo demuestra el siguiente relato de un hecho extraordinario que me refiriera uno de los oficiales del barco de su Majestad *Daedalus* a bordo del cual ocurriera, mientras éste se encontraba en la bahía de Samaná en la Española, durante su pasada captura.

Varios tiburones nadaban cerca del barco antes del mediodía del 20 de noviembre de 1808, en acecho de presas, atrayendo la atención de toda la tripulación. Se tiró sobre la borda un anzuelo con una buena carnada, la cual fue de inmediato mordida por uno de ellos con extrema voracidad. Sus tentativas de zafarse y escapar se vieron frustradas por una sogá con que fue enlazado y se le pasó alrededor de las aletas. Fue así subido a bordo por no menos de 20 hombres. Al rajarlo, les sorprendió encontrar en su estómago un becerro muerto que había sido tirado al agua sólo unas horas antes. El temible pez medía diez pies de la cola al hocico, la circunferencia de su cuerpo en proporción correspondiente, y en la fauce abierta le hubiera cabido el cuerpo del más fornido de los hombres de a bordo.

Se pescaron otros tres tiburones de igual tamaño; en el último se encontraron sesenta y dos pececillos, un pavo y un carey que medía dos pies seis pulgadas de largo por un pie nueve pulgadas de ancho. Al ser colocado en una tina de agua empezó a nadar y en seguida fue soltado, sin evidencia de haber sufrido ninguna lesión, a pesar del extraño encierro experimentado.

Un suceso tan extraordinario merece ser registrado, y puede tenerse por cierto que con sólo un anzuelo se pescaron en una ocasión sesenta y tres tiburones de distintos tamaños y dimensiones, todos igualmente voraces. No existe ningún otro monstruo acuático, excepto el manatí o vaca de mar, que aparece cerca de la Beata; las costillas de este animal semejan marfil y sus quejidos recuerdan los de una parturienta.

En los primeros tiempos parece que había criaderos de perlas y cerca de Sabana de la Mar, en la Bahía de Samaná, existe un pequeño puerto que aún lleva ese nombre. En el año 1531, de acuerdo con los informes más fidedignos de los españoles, el gobernador de Santo Domingo envió a España, al Emperador, cinco celemines o montones de perlas, el quinto de los cuales fue capturado por la corona. Pero ya no se pescan, ni se encuentran en el mercado, aunque es de concebirse que habiendo transcurrido tanto tiempo, sería beneficioso reanudar este tipo de pesca para la cual son hábiles los nativos, pues saben zambullir. Se obtiene todos los años una cantidad apreciable de concha de carey.

La púrpura (múrice), o tinte de Tiro, es producida por un molusco pequeño, semejante a un caracolito, que aparece en la bahía de San Andrés. El autor ha tenido ocasión de observarlos como objeto curioso en un balneario

llamado Güibia, al final de la avenida que conduce al fuerte San Jerónimo. Algunos autores españoles dicen que también se encuentra en las costas de Guayaquil, en Guatemala (*sic*).

La cochinita es nativa del distrito de San Juan, Baní y el río Ocoa. Este preciado insecto se alimenta de una planta de la misma familia que el nopal de México, llamada alpargata o zapato indígena, debido a la forma de la hoja; suele clasificarse junto con la tuna, aunque la hoja es más delgada, pero tiene la misma forma. El fruto, sin embargo, es más grande, más espinoso, de un verde opaco y de sabor ácido. El color del insecto se deriva de su alimento y es el mismo que el de Nueva España. En este distrito se encuentra ese insecto pequeño y rojo que parece una araña y que, si se aplasta contra el cuerpo humano, envenena su sistema y sólo se cura por medio del remedio indígena, esto es, quemando toda la piel con la llama producida por ciertas hojas.

La nigua, llamada así por los españoles (*acarus*, del orden de las ápteras), es por mucho el insecto más horrible y desagradable de las Indias Occidentales. Habita en el polvo de los pisos y en especial en las cenizas de las cocinas. Ataca principalmente los pies y una picazón de la piel anuncia su presencia en el cuerpo. Parece un pequeño punto negro, se ve al través de la piel y si se descuida, crece hasta el tamaño de una chinche, alojándose debajo de la piel, con una bolsa bajo el vientre que contiene los huevos. La gran destreza en su extracción consiste en no romperlos, ya que si se abre su membrana, se está en la completa seguridad de llevar ese molesto compañero dentro de la carne por muchas semanas después. Tan venenosa es su envoltura y tan difícil de sacar, que a veces hay que abrir la piel para llegar hasta el profundo surco que forma; su mejor cura y antídoto es el polvo de tabaco. Pero aún a veces los negros descuidados pierden un pie a causa de esta alimaña.

Los franceses la llaman *chique* y han enriquecido su vocabulario con un adjetivo derivado, *chiqueux* o niguato, epíteto que se aplica al negro desaseado que descuida su persona, y para quien constituye el insulto más oprobioso. No he tropezado nunca con su descripción completa por naturalistas, aunque he leído que un capuchino conservaba un nido de niguas en un pie como obsequio a las universidades de Europa. Desafortunadamente, el tamaño del surco que le abrió en esa extremidad le produjo tal malestar que fue necesario amputarla; de esta forma el mundo intelectual se vio privado de una muestra llamada a enriquecer las páginas de la historia natural.

El cocuyo es una especie de luciérnaga que emite materia luminosa del vientre y de los ojos. Se parece en su forma al orden de los scarabaeus. En los días de fiesta del mes de junio, se recogen y se atan en gran número; los jóvenes los cuelgan sobre sus vestimentas; luego galopan por las calles en caballos ornamentados en igual forma, produciendo en la oscuridad de la noche el efecto de un gran cuerpo de luz en movimiento, y es así cómo el

enamorado despliega sus afectos. Si se exprimen las entrañas de este insecto contra la pared, producen un llamativo efecto fosforescente, que sólo desaparece cuando se secan.

DAVID DIXON PORTER:

DIARIO DE UNA MISIÓN SECRETA A SANTO DOMINGO (1846)¹

El Campo en Derredor

Una vez fuera de las murallas de la ciudad [Santo Domingo], la naturaleza en toda su hermosura de árboles y flores se muestra a nuestros ojos a cada paso...

A lo largo de la orilla del mar, por millas en el camino a San Cristóbal, se extiende un llano medio sombreado a cada lado contra el sol por la hermosa ceiba, el mango y el coco, cargados de sus sabrosos frutos, y el plátano, con sus anchas hojas y racimos del alimento que suministra a los nativos. Entre ellos, en cantidad, la palma (el árbol de la libertad), un hermoso emblema que los haitianos adoptaron como suyo propio y una de las pocas cosas que durarán aquí, porque se le acaricia en cada plaza pública, donde ondea graciosamente sobre el foro.

A lo largo de los setos que crecen silvestres y con toda la fragancia que solo se consigue en el estado natural, hay una multitud de hermosas flores cuyos nombres no podría dar una vocabulario, y con aves que aletean en derredor, de árbol en árbol, con variado plumaje y notas tan dulces como elruiseño, hacen de ello un Edén apetecible de habitar.

Los altos y frondosos árboles que se alinean a los lados del camino (evidentemente plantados por la mano del hombre en tiempos más prósperos), llevarían a pensar que tras su espeso follaje estaba oculto el castillo de algunos ricos plantadores, pero nada semejante existe ahora...

Todo es naturaleza salvaje y sin cultivar y sin duda que bastante cercana al estado en que la encontró Colón.

Todo el suelo en torno a la ciudad es muy fértil y ni siquiera hace falta un arado para voltear la tierra y exponer sus riquezas...

Partida de Santo Domingo

No mucho de interés se presentó a mi observación en este camino. Todo el campo parecía salvaje y no cultivado...

Grandes árboles, cuyos nombres no sabía, con sus hermosas hojas anchas, lanzaban sombra sobre el camino casi en toda su extensión...

Atravesamos dos ríos en la jornada, el Haina y el Nigua, el primero una corriente bastante pequeña, pero ambos bajos por la falta de lluvias...

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Editora de Santo Domingo, 1978.

Me sorprendieron especialmente los bellos pájaros que jugaban en sus orillas y nadaban corriente abajo... Dos hermosos patos de toda clase de colores nadaban hacia la orilla, atraídos por el caballo, y parecían invitarnos a tomar un baño en el hermoso Haina, mientras una bandada de gallinas de los pantanos, ricas en plumas como los árboles lo eran en follaje, estaban corriendo cerca de los pies del caballo a cinco yardas de mí. Aquí las aves parecen vivir en términos amistosos con el hombre y todo parecía una escena de hadas...

San Cristóbal

...Mayo 19.— Aunque tuviera que perder dos días por ello, ya que estaba en la vecindad, me decidí a visitar las minas de San Cristóbal...

Nuestro viaje fue en su mayor parte a lo largo del lecho del hermoso arroyuelo Nigua, en ninguna parte mencionado en cualquiera de los mapas que he visto y que en realidad merece más atención; porque en ninguna parte vi un escenario más hermoso, y su lecho, nunca seco en todo el año, se retuerce atravesando los más fértiles valles y profundas cañadas...

La vista se deleita a cada paso con el atrevido y salvaje paisaje. Las laderas de las colinas están cubiertas con una variedad de hermosos árboles de espléndido tinte y follaje, cuyos nombres no recuerdo. Pero se me señalaron muchos, tan hermosos en su aspecto y útiles en su naturaleza que no puedo dejar de conservarlos en mi recuerdo.

Entre los más útiles está el árbol de pan², cargado de frutos, y que en esta temporada comienza precisamente a estar en flor. En su lugar viene el fruto, un lujo tan grande para esta gente que apenas conoce el uso del pan, ya que la naturaleza los ha dotado con tantos sustitutos.

El árbol de la piel³, también, casi cubre las colinas. Produce una especie de lana, que es casi tan ligera como el edredón y sería un artículo valioso de exportación...

El árbol de la caoba, la haya, la naranja silvestre y la guayaba, los cocos y las palmas, entremezclados con una docena de clases de enredaderas trepadoras, forman un hermoso cuadro que la mente de un pintor se deleitaría en contemplar.

...Las corrientes abundan con hermosos peces y el puerco cimarrón y el ganado salvaje son tan abundantes y los hombres tan diligentes en la casa que nunca les falta carne...

Mayo 20.— ...A cada lado del río Nigua están las tierras de café que producen lo mejor (las laderas de las colinas) y en las tierras del fondo cualquier cosa ya crece espontáneamente. Encontré algodón de la mejor apariencia sedosa que crecía en esas tierras bajas sin cultivo...

²*Artocarpus altilis*. (C.E.D.)

³Sin identificar. (C.E.D.)

...El ñame, el mejor sustituto de la patata, y la yuca (otra clase de pan), crecen en mayor abundancia de lo que se necesita para el uso de los naturales y sin ningún trabajo, al que son tan opuestos los naturales.

Mayo 22.— ...Un viaje a caballo de una hora... me llevó al río Nizao, una corriente turbia que nos dio indicios de concedernos un buen chapuzón al atravesarlo... Este río es navegable para barcos solo tres millas desde su boca, pero los buques rara vez o nunca entran en él debido a la corriente. Si el Nizao fuera a secarse, habría daño universal, ya que suministra agua a toda la comarca que lo rodea... Afortunadamente, el país abunda tanto en estas pequeñas corrientes que la falta de agua no impedirá que la república sea densamente poblada...

En nuestro camino cruzamos el río Baní, que corre a medio camino entre las dos poblaciones de Paya y Baní y es justamente celebrado por las maravillosas curas que hace a las personas tuberculosas...

Mayo 24.— ...Cerca de ocho millas desde Sabana Buey llegamos al paso de "Las Palmas", un gran bosque de palmas, que se extendía en todas direcciones y de una extensión de cerca de diez millas... La naturaleza ha puesto una formidable barrera en este punto, en una cadena de altas colinas inaccesibles a cualquier otro ser que las cabras y cubierta de espesas malezas de zarza, cuyas grandes espinas desafían todos los esfuerzos del hombre para pasar a través o por encima de ellas. Un estrecho camino de quince pies de ancho se ha cortado a través de las palmas, enroscándose y retorciéndose en toda dirección imaginable como los senderos de un laberinto; y el espeso crecimiento de árboles jóvenes ocultaría por completo cualquier número de hombres que estuvieran dentro.

Mayo 26.— A las dos de la mañana partí con muchos compañeros de viaje, unos que se dirigían a Santo Domingo, otros a Baní y los demás iban a los bosques a cortar caoba.

...Apenas en un instante nos trasladamos a una región de perpetua primavera y cuando el sol se levantó sobre las cumbres de las montañas, dorando sus abundantes picos con sus rayos de oro y dejando caer su grata luz por los oscuros valles de abajo, apenas podía darme cuenta de que un viaje de tres horas a caballo me devolvería a tierras quemadas y áridas por el calor del sol y hasta las hojas de los árboles tostadas y muertas.

...Los árboles estaban llenos de hermoso follaje y los matices de las hojas competían en colorido con los papagayos verde oscuro que llenaban las ramas casi desapercibidas y con su parloteo y ruido parecían disputar nuestro avance por un territorio que por común consentimiento parecía estar dejado a ellos...

Las gallinas silvestres de guinea (de las que había grandes cantidades) levantaban el vuelo ante nosotros a casi cada paso y salían con un penetrante chillido que hacía al bosque devolver un eco del sonido; y el puerco

cimarrón corriendo a través de las malezas cuando nos acercábamos a su retiro, nos advirtió que sería bueno examinar nuestras pistolas.

Aquí parece que no habían tenido falta de lluvia, porque nada era tan hermoso como el verdor. La hierba (algo que no había visto desde que salí de Santo Domingo) crecía aquí con tanta lozanía que teníamos que detenernos y dejar que comieran nuestros caballos por miedo a que se lanzaran sobre los precipicios buscando las hojas de hierba según pasaban junto a ellas; y flores de los bellos matices se encontraban reunidas en cuadros o colgando en hermosos festones de enredaderas que habían subido a las copas de los más altos árboles.

...Estábamos ahora a mil doscientos pies sobre el nivel del mar y todo lo que se veía debajo de nosotros estaba reducido a una miniatura.

Los grandes árboles parecían arbustos desparramados bajo nuestros pies y una pequeña goleta que estaba ahora saliendo del puerto parecía una nota en el océano. Era una vista hermosa y bien digna de la dificultad de subir a la cima de la montaña.

...En el espacio de cinco horas habíamos sido trasladados a una región donde crecían flores perennes y donde la naturaleza nunca cambiaba su aspecto durante todo el año, a no ser por un par de meses, cuando ella ponía un manto verde más intenso debido a la estación de las lluvias. Había dicho adiós al distrito árido y quemado y me aseguraron que ahora no iba a encontrar nada que no deleitara la vista, que estaba en la tierra de las ollas de carne y que sería posible reemplazar mis caballos allí.

...Me sorprendió mucho el tamaño de la planta del café en San José. Crecía silvestre y en gran abundancia y de catorce a quince pies de alto. Los arbustos estaban entonces cargados con el grano y seis ramas que corté al azar dieron un promedio de ciento cuatro granos por tallo y no tenían más que dos pies y medio de largo. Esto no se consideraba una gran cantidad de producción, como luego supe.

El árbol de algodón⁴ también estaba creciendo silvestre y en lozana abundancia y las preciosas vainas precisamente abriéndose y descubriendo el blanco algodón formaban un hermoso contraste con todo lo que había alrededor, que era profundamente verde.

...No puedo describir la delicia de volver nuevamente a los verdes campos, después de trepar por montañas a dos mil pies del mar; la vegetación creciendo de hora en hora en belleza y el verde césped adornado con flores del más hermoso matiz y color... En diez minutos arranqué un ramillete que hubiera avergonzado a las plantas de invernadero que figuran en una sala de baile; y si un botánico puede deleitarse en estos hermosos productos de la naturaleza, sería después de pasar el valle de San José.

Altas montañas se levantaban todavía ante nosotros y todavía tuve, en anticipación, el placer de cruzarlas antes de que pudiera ver la Vega.

⁴Sin identificar. (C.E.D.)

Maniel

Nadie que haya visto a Maniel se sorprendería por el gusto de los habitantes en escogerlo como lugar de residencia. La pequeña población de cuarenta casas es lo único que no lo afecta a uno de admiración y se hunde en completa insignificancia si los ojos lo dejan por un momento y descansan en el espectáculo salvaje en torno de ella. Las montañas de más atrevida apariencia, con sus picos perdidos en las nubes, la rodean por todos los lados, encerrando en este valle campos del más rico pasto donde un hermoso ganado estaba tranquilamente pasciendo o descansando bajo la sombra de árboles casi vencidos por el peso de toda clase de fruta deliciosa... La naturaleza parecía haber gastado mucho de su hábil mano en este hermoso lugar y las altas colinas a cualquier lado parecían desafiar al invasor y al saqueador.

No hay quizás ningún país en el mundo tan abundante en fuerza hidráulica como la isla de Santo Domingo. Las corrientes van con una rapidez que daría toda velocidad necesaria a una rueda de molino y en estas montañas hay un suministro nunca faltante de agua...

...Nada puede sobrepasar el tamaño y la belleza del cafeto, aunque no se cultiva más de lo absolutamente necesario para el consumo doméstico... El cafeto florece bien en cualquier parte de la isla, pero en ninguna tanto como en Maniel, ya que produce en abundancia debido a la parte elevada de las montañas.

...Se muestra tanta indiferencia para el cultivo del algodón que uno pudiera suponer que no es de bastante valor para excitar la diligencia. Sin embargo, a pesar del descuido con que se trata, florece bien en Maniel; y crece en árboles de ocho a nueve pies de altura...

El índigo, del que tanto se envió a la madre patria en el siglo dieciséis, ha participado de la suerte de la despoblación. Ha sido casi enteramente abandonado y se considera por los naturales como una gran molestia, ya que con su crecida lozanía y abundantes raíces presenta un completo estorbo a sus labores en aquellas partes donde crece espontáneamente. Abunda en Maniel.

El tabaco creo que no está limitado a ninguna parte especial de la isla. Lo encontré creciendo por todas partes y bajo las circunstancias más favorables en este lugar...

...Maniel es celebrado con mucha justicia por su fruta. No hay parte de la isla que pueda competir en este respecto, a menos de que no sea Samaná, que se celebra como igualmente bendecida. El plátano, alimento favorito de los dominicanos, crece aquí con enorme tamaño. Yo mismo medí uno, que tenía diez pulgadas y tres cuartos de circunferencia y un pie con dos pulgadas de largo. Esto solo daría al valle una importancia a sus ojos que no tendría de otra manera. La raíz de la yuca, también, crece muy grande; y he visto una que me fue enviada que pesaba cuarenta

libras, tenía tres pies y dos pulgadas de largo y dos pies de diámetro... Esta raíz requiere poco o ningún cultivo y es el artículo principal de que dependen para comer.

En un espacio de 210 acres conté otras tantas diferentes clases de frutas, muchas de ellas del sabor más delicioso y todas agradables al paladar. Hay la naranja de china, la piña con veintinueve pulgadas de diámetro, el níspero, el caimito, el casnillo, el zapote, el mamey, la guanábana, higos, guineos, cerezas, tamarindos, guayaba, granadillo, higüera, pan de fruta, pimonoso, papaya, toronja, oliva, coroso, caimono, cidra, pepino de Angola y muchas otras, todas deliciosas a su manera.

...El distrito de Maniel es celebrado por su caoba y las márgenes de los pequeños ríos alrededor suyo están llenas de ese artículo cortado en grandes maderos y que sólo esperaba que las avenidas los bajen a un mercado; o si las avenidas son demasiado fuertes, los llevarán hacia el mar y allí se perderán, como es el caso frecuente.

...Fuera de la caoba, estas lomas abundan en árboles cuyo valor generalmente se conoce, pero se usan muy rara vez para la exportación o para el consumo doméstico: la manera frugal de vivir les hace prescindir de especias, resinas, etc.; y al considerarse la caoba la fuente más prolífica de ingresos (aunque de hecho no lo es), el clavo, el árbol de bálsamo, el campeche, el raso y las maderas de Brasil son enteramente descuidados y sólo sirven para arrojar una grata sombra o añadir a la belleza del paisaje.

Partida de Maniel

Mayo 28.— Al llegar la luz del día, me despedí de mis bondadosos amigos que estaban allí para verme salir y habían preparado el desayuno mío antes de que yo saliera. Me expresaron los mejores deseos y me dieron la despedida más afectuosa, y pronto me encontré al pie de las montañas donde mis dificultades iban a renovarse otra vez.

...Nada es ni ha sido tan bello como el valle de Maniel visto desde la cima de Loma Quemada. Las plantaciones se habían reducido a manchitas y el pequeño río que da vueltas a través del valle sólo podía distinguirse como una línea brillante de blanco centelleante, con el sol levantándose sobre las cumbres de las lomas y encendiéndolo con sus rayos mañaneros. Las palomas silvestres volaban en derredor en grandes bandadas y a veces ocultaban la tierra a la vista.

Estábamos allá arriba en las nubes, cuatro mil pies sobre el nivel del mar y no podía ver aparecer más que una montaña más alta que aquella en que estaba, y esa se encontraba precisamente frente a nosotros. Ciertamente parecíamos estar por encima de la región de las nubes y podía verse el ligero vapor lejano debajo de nosotros que colgaba de las laderas de las colinas o coronaba las cumbres de las montañas más altas.

...Todo el que conozca la formación de la isla se dará cuenta de que los ríos no pueden tener un curso muy extenso si calculan la distancia entre sus fuentes y sus bocas; pero la formación de la isla, al mismo tiempo que muestra no gran extensión de intervalo, hace necesario que el agua corra un camino sumamente tortuoso antes de que pueda llegar al mar. A veces, luego de correr por cinco millas, vuelve de nuevo atrás casi hasta el sitio de donde comenzó, y una persona que no viaje a lo largo del lecho podría engañarse con la idea de que estaba cruzando distintas corrientes, una que va hacia el norte y la otra hacia el sur. La rapidez de la corriente sobre los lechos de los ríos los hace suficientemente profundos en toda ocasión para hacer una tarea desagradable su paso. Con frecuencia el agua corre dando vueltas sobre las rocas que han caído de las laderas de las montañas. Otras veces se desliza suavemente a lo largo y lo engaña a uno con su profundidad; y luego vuela tan rápido como es posible, en ocasiones dando vueltas en cascadas o lanzándose sobre una bajada y formando las más bellas cataratas.

...El Nizao atraviesa ahora algunas de las más hermosas tierras de la isla sin habitar ni cultivar, hasta que se llega cerca de la costa del mar. Pasamos a través de muchos bellos prados, donde el ganado que se había extraviado de sus dueños estaba paciendo tranquilamente, pero corrían bufando al acercarnos.

...El panorama en derredor era hermoso...

...A todo lo largo de este río⁵ descubrimos las tierras más hermosas y el paisaje supera a la descripción. Todo estaba tan silvestre y sin cultivar como el día en que la isla fue descubierta por primera vez y no hay perspectivas de que este valle sea habitado por una clase mejor de gente que las descritas en Los Ranchos. Los pájaros de toda clase parecían haber abandonado estos bosques, como si estuvieran cansados de su soledad. Quedaron para el jabalí salvaje, al que de vez en cuando sacábamos del lugar donde dormía y entonces corría a asegurarse en la parte más elevada de las montañas, donde espinas y zarzas y hojas armadas de largas y afiladas agujas impedían a sus perseguidores acercarse.

...El Maimón es un río hermoso, en algunos lugares tiene doscientas yardas de ancho y a no ser por la fuerte corriente podría hacerse navegable por largo trecho hacia el interior...

Mayo 31.— ...Pronto olvidé la incomodidad en las diez millas de cabalgar hasta la población llamada Maimón, por el río del mismo nombre... Aquí el Maimón empieza a ser navegable para buques y ofrece un medio fácil de transporte...

En este valle crucé ricas praderas casi cada media hora, y la abundante cantidad de ganado casi me llevó a pensar que iba a llegar a una población

⁵El Banilejos. (C.E.D.)

de alguna importancia. Había muchos lugares hermosos en los que me detuve bajo la sombra de árboles y contemplé el terreno circundante y di gracias a la Providencia de que tales sitios no estuvieran manchados por un clase de seres como los que me encontré en mi viaje del día anterior. El ganado parecía ser perfectamente manso y poseer todos esos prados en su propio derecho, y no vi señales de hombre durante la cabalgada de diez millas.

...Al despedirme del Maimón llegamos a un país casi distinto, donde las praderas abiertas y los buenos caminos nos permitieron viajar con una rapidez que no habíamos alcanzado en muchos días...

...Lejos, al sur, se veían las altas lomas sobre las que había pasado, mientras que al norte inmensas llanuras y montañas menores me daban esperanzas de que me aguardaba menos fatiga. En esta extensa vista hay diez mil lugares que por un momento encadenan la vista y la apartan del cuadro general, con el despliegue de algo que parece particularmente pintoresco. Todo parece ser confusión regular esparcida en las formas más agradables y la naturaleza parece haberse entretenido en amontonar lomas, una encima de la cumbre de la otra, como para ver qué fantásticas formas podía darles.

Los ríos, también de variada anchura y longitud, añaden su límpida y retorcida corriente a la escena encantadora, y grandes llanuras y arboledas de verdura semejante a terciopelo forman a la distancia espectáculos, si no tan grandes, con todo tan agradables a la vista. El elevado y lóbrego Cibao les gana a todos con una especie de temible sublimidad, aunque sus costados relumbran con todos los hermosos árboles de los trópicos...

Teníamos un paseo a caballo de seis horas antes de esperar la llegada a nuestro lugar de destino y viajamos a lo largo de las márgenes del río Yuna (una de las corrientes más hermosas), que se retuerce a través de la isla y es capaz del mayor uso si la mano del trabajo simplemente se diera a los medios que la naturaleza ha sembrado con tanta profusión. Este río es navegable por doce o trece leguas arriba, pero ni un solo barco flota en sus aguas...

...Este gran cuerpo de agua podría distribuirse a través de toda la inmensa llanura de La Vega, por donde corre, y esas tierras, ahora baldías, podrían ser resucitadas por este medio ilimitado de irrigación.

El Yuna es la fuente de la cual la provincia de Samaná va a tomar toda su importancia, aparte de todos los recursos que contiene en si misma; porque cuando estos valles se pueblen densamente, todos los productos del interior de la región, café, azúcar, algodón, etc., serán llevados a flote sobre las aguas del Yuna, si no en vapores, al menos en botes planos; y tendrá la misma relación con Samaná (aunque en más pequeña escala) que el Mississipi tiene con Nueva Orleans.

A los costados de este río hay innumerables cantidades de tierra sin cultivar y nada puede ser más hermoso que el paisaje a lo largo de las orillas. El aire puro está casi lleno de olores y los vientos de las montañas no traen sino salud en sus alas.

Durante casi todo el viaje seguimos la orilla oriental del río, a veces cruzando altos acantilados desde donde podíamos dominar la vista del río en todas direcciones y donde podíamos ver la llanura opuesta a nosotros llena de la gallina silvestre de Guinea, a veces en bandadas de doscientas o trescientas.

La bahía de Samaná presenta quizás uno de los más hermosos paisajes de la isla de Santo Domingo, si no del mundo. En la península, bellas montañas están dispuestas en orden de anfiteatro y ofrecen la vista más pintoresca cuando se entra en la bahía o se echa el ancla bajo sus altos acantilados y se miran a placer las obras maravillosas de la naturaleza. La elevación de estas lomas no puede compararse con la de las montañas del interior. Son enteramente distintas en su forma, siendo frecuentemente llanas en la cumbre y capaces de un hermoso cultivo; árboles útiles, entre los que la palma prospera abundantemente, cubren las laderas de las colinas dentro de la bahía mientras que por el lado cercano al mar rocas inaccesibles dan una vista audaz a los ojos y al mismo tiempo amenazan destruir a cualquier buque que tenga el infortunio de acercarse demasiado a la costa.

Debemos estimar a Samaná como un lugar de poder y una posición que pide gran consideración. No creo, por todo lo oído, que jamás pueda haber gran extensión de agricultura en la península; y por el otro lado de la bahía está solamente la llanura de Sabana de la Mar, la única parte que puede considerarse cultivada en alguna gran extensión. En la península las montañas ocupan la mayor parte de la superficie y la vista es tan bella que el que mira olvida por un momento que hay otros gustos que satisfacer además de la admiración de la naturaleza. Toda la extensión es de cerca de 65 millas de estas hermosas lomas, a través de cuyos valles unos veinte ríos corren hacia el interior de la bahía. Estos forman la parte más pintoresca del espectáculo. A veces van apresurándose tan claros como el cristal; luego se les ve revoloteando sobre las rocas y formando las más hermosas cascadas. Otras veces, se deslizan suavemente sobre las arenas doradas, haciendo girar con la corriente las hermosas piedrecillas blancas, después desaparecen a través de un curso subterráneo y desconocido, y por fin salen de nuevo cuando menos se lo espera del costado de una de las montañas. Todo es hermoso y si el hombre no tuviera más alta ambición que comer, beber y dormir, no puedo hacerme ninguna idea de un lugar que se le adapte mejor que el descrito...

...En el reino animal no hay carencia. Los bosques vecinos están llenos de puercos cimarrones que crecen y se multiplican más aprisa de lo que

pueden ser cazados, y el ganado salvaje vaga entre las colinas y con frecuencia en las llanuras, como lo hace en otras partes de la isla.

Refugios de palomas, tales como oímos de nuestros estados occidentales, son muy corrientes; y en la costa sur grandes tramos de tierra están ocupados por inmensas bandadas de esos pájaros, que destruyen los árboles y echan a perder las muy pequeñas cosechas de los negros. En cambio les traen una provisión de alimento, en la estación de la cría, de más valor quizás que la escasa cosecha que han destruido.

Todas las isletas de la bahía están llenas de aves de varias clases, que no tienen ninguna desconfianza del hombre, hasta que la muerte y la destrucción las azota; y están tan desacostumbradas al ruido de una escopeta que pronto vuelven en muchedumbres al lugar donde sus compañeros se retuercen en la agonía de la muerte y se someten a sí mismos a una suerte parecida.

Hay muchos ríos que desembocan en esta bahía. El principal es el Yuna, que nace cerca de las montañas del Cibao y atraviesa esa larga extensión del país hasta que se vacía en la bahía de Samaná. Está alimentado por no menos de 210 ríos de no gran tamaño; aunque muchos de ellos son navegables para pequeños botes planos, y capaces de producir un sistema de irrigación desconocido en cualquier otro país. Las orillas de todos estos ríos están cubiertas por la madera más fina del mundo, caoba, pino, cedros, encina siempre verde y el árbol de hierro, tan duro y resistente que se puede decir que desafía al tiempo...

Con todas las delicias de Samaná van mezcladas muchas de las incomodidades de la vida. Abunda en toda clase de reptiles venenosos. El aire, por la noche, está lleno de moscas venenosas y los mosquitos casi lo enloquecen a uno. Los "comejenes", una especie de hormiga, destruyen las casas en pocos años, y el escorpión y el lagarto se pueden decir que son los moradores más abundantes de los bosques. Los ríos abundan en caimanes, que yacen en espera de apoderarse del ganado vacuno cuando van a beber, y con relación a las plantas venenosas, difiere de casi todas las demás partes de la isla, abundando tanto en ellas que es difícil pasar de un lugar a otro sin ser afectado por sus enredaderas...

Salida de Cotuí

...Al salir de Cotuí volví por alguna distancia sobre el camino por el que había entrado en la "ciudad"; y como había imaginado, no vi la menor señal de cultivo; aunque como de costumbre se extendía a mi vista una región rica en toda clase de suelo.

...Estábamos ahora en las llanuras de La Vega e íbamos viajando a lo largo del pie de unas montañas, de las que hay dos cadenas principales que se extienden a todo lo largo de la isla de este a oeste. Estas montañas suben con elevación creciente por una distancia de 120 millas, después de las

cuales la elevación continúa invariable. A distancia, el aspecto de la isla es completamente montañoso y no da a quien la mira la idea de las ricas y fértiles llanuras que corren a lo largo de la base. Estas montañas son de hecho la causa de la fertilidad de las tierras, siendo los inmensos depósitos de las aguas que son llevadas por innumerables ríos a todas las partes de la isla, aumentando la facilidad de transporte y multiplicando los recursos del trabajo humano.

Las lomas que dejamos atrás estaban envueltas en sus cimas por las nubes y hubieran dado idea de mayor altura de la que realmente tienen, aunque yo no hacía sino maravillarme de cómo pudimos pasar sobre ellas; y mientras viajaba a lo largo me sorprendía más que nunca su grandeza. Desde entonces, sólo me asombraron las dificultades que encontré al cruzarlas, pero ahora estaba complacido con su imponente apariencia y la sabia previsión de la Providencia en su construcción, destinada por la Naturaleza para rechazar la violencia de los vientos y ofrecer a los habitantes una variedad de clima que no es superada en ninguna parte del mundo.

No puede darse ninguna descripción general de estas montañas. Son tan variadas en sus formas como lo son en sus productos. Muchas de ellas se distinguen por su gran fertilidad, y allí es donde el perezoso español es invitado por la naturaleza a arrellenarse en el seno de la facilidad y el lujo. Otras tienen la apariencia más prohibitiva y parecen poseer apenas bastante hierba para satisfacer las necesidades de los animales; mientras que en sus senos yacen ocultos inagotables tesoros que una vez enriquecieron a una nación y por los cuales la avaricia española deshonoró los registros de la historia con todos los crímenes.

En su composición son tan variadas como en su estructura. La base es por lo general de granito o de cuarzo, mientras que la cumbre presenta la apariencia de suave piedra arenisca y otras sustancias vítreas, mezcladas con una capa de tierra vegetal. Otras rocas primitivas, geneis, pórfido, sienita, caliza, etc., abundan también en el orden que la naturaleza les ha dado en el marco de las montañas y mezcladas con ellas están las venas de minerales cuya naturaleza puede saberse por los fragmentos y piedras encima de la superficie.

...Después de pasar por una llanura bien arbolada y enteramente abandonada, llegamos al río Canin, una rápida y profunda corriente que desagua en el río Yuna y tiene unas 60 yardas de ancho.

...Nuestro itinerario era ahora hacia Macorís, una ciudad que está entre Cotuí y La Vega.

Había oído mucho acerca de la llanura de La Vega, pero la gente presenta estas cosas de tan distinta manera de lo que aparecen a un extranjero que me encontraba preparado para no hallar nada extraordinario.

No puedo decir cuál es la extensión de esta gran llanura o cuáles son sus límites, aunque pienso que se extiende desde Samaná hasta Montecristi. Tres grandes ríos corren a lo largo de toda la extensión suya, y muchos pequeños caen en ellos luego de pasar por alguna extensión de las llanuras. Charlevoix dice: “No menos de treinta y cinco mil ríos riegan la llanura”, pero la exactitud del historiador debe ponerse en duda. El tampoco los vio en persona, sino que pensó verídicos los maravillosos informes de los nativos. Yo no vi más que siete ríos (pequeños corrientes) en toda la distancia hasta Santiago, que es algo enteramente distinto a los treinta y cinco mil.

No podía ver la ventaja de esta celebrada Vega Real sobre el distrito montañoso por el que había pasado. La mayor parte de ella está entregada a la esterilidad y el resto es solamente útil para la cría de ganado...

La tierra parece estar desmontada, en cuanto pude juzgar cerca de cinco millas de ancho a lo largo del camino, habiendo aquí y allí hermosos pedazos de terreno de bosque desde 100 yardas a un cuarto de milla en extensión, dejados para proveer sombra al ganado; y la naturaleza parece haber puesto los pequeños riachuelos equidistantes el uno del otro, a lo largo de la llanura, suministrando a los habitantes y al ganado agua dulce en todas las estaciones.

A través de estas sabanas los caminos deben ser casi impasables en la estación lluviosa, aunque en tiempo seco son tan buenos como puede desearse en un país donde no se usan coches y donde los viajes casi siempre se hacen a caballo. La calidad de la tierra, por supuesto, difiere en los distintos lugares; pero es principalmente espeso fango negro, a través del cual un caballo podría apenas moverse si el suelo no estuviera cubierto de yerba. En algunos lugares es arcilla y arena vitrificable, a la que los nativos miran como una gran desgracia siempre que son “maldecidos” con ella, porque todavía son ignorantes de los usos a los cuales la destina la naturaleza.

En tiempos de lluvias las llanuras de La Vega deben ofrecer una apariencia hermosa, ya que aún en el tiempo en que pasé por ella, cuando la gente y las tierras habían estado padeciendo los efectos de una sequía de once meses, había gran abundancia de pasto; en este respecto esta gente está mucho más favorecida que los del lado sur de la isla, donde no hay hierba sino en las estaciones lluviosas...

Estas tierras a los lados de los caminos son aptas para toda clase de agricultura, aunque varían en las distintas llanuras y a veces en la misma. El suelo participa en cierta medida de la naturaleza de las montañas vecinas y se puede ver que las llanuras han adquirido parte de su extensión mediante la erosión de las lomas, ya que restos de plantas marinas, sal marina, etc., etc., se encuentran a alguna distancia en el interior.

...Teníamos que viajar despacio hacia Macorís, a donde llegamos a las siete de la noche después de catorce horas de viaje...

...Macorís está hermosamente situada en las orillas de una pequeña corriente de agua cristalina, donde las fuentes burbujan desde el lecho del río y dan siempre a los habitantes a beber el agua más pura y fresca...

Junio 4.– Dije adiós a mis amigos y continué de nuevo mi viaje hacia La Vega, a una distancia de siete leguas, por el cálculo español, pero a nueve horas de buen camino.

La región por donde pasaba era bastante parecida a la que hay entre Cotuí y Macorís, aunque no tan abierta. Un camino llano se extendía a toda la distancia, interrumpido solamente en algunos lugares por profundos charcos, donde los cerdos se banquetaban en el espeso fango negro (una clase de suelo que parecía no producir casi nada) y cuando nos acercábamos a la ciudad las muestras de la industria señalaban cada lado del camino...

Santiago

Discurrí a lo largo de la orilla del hermoso río Yaque, contemplando una vista quizá tan encantadora como la mente podía imaginar. La corriente iba con gran rapidez y se retorció a través de valles hasta perderse de vista en las montañas...

...En un recorrido de pocas horas a caballo por la región tuve buena oportunidad de formarme alguna idea del estado de la agricultura en la provincia... Nada puede ser más hermoso que la vista desde las eminencias donde la extendida llanura está toda ante uno, llegando al pie de las montañas del Cibao, al este tan lejos como La Vega y al oeste y al norte hasta Monte Christi. Estos son sus límites.

...Aunque en el tiempo que estuve allí prevaleció la estación seca, todo parecía como primavera. Flores perennes brotaban a cada paso, y cosechas doradas todavía por recogerse parecían haber sido alimentadas por las lluvias vigorizantes.

...La situación de la ciudad de Santiago es una de las más hermosas que he visto. Está construida en una altura que cuelga sobre el río Yaque, que es una de las más bellas y útiles de todas sus corrientes. Es seguido por la mirada hasta que se pierde vista en las montañas donde toma nacimiento y gradualmente se desvanece a lo lejos en la más pequeña línea de luz.

...Nunca hubiera dejado de lamentar el no haber visitado a Moca, porque hubiera dejado de ver el lugar jardín de Dominicana. En el momento en que entramos en su jurisdicción había una diferencia perceptible, debida bien a la mayor laboriosidad o bien a la fecundidad del suelo. Casi me imaginé una vez más en aquel hermoso pequeño paraíso de Maniel, donde las constantes lluvias lo mantenían todo fresco y verde...

...No se puede decir mucho del camino de la región entre Santiago y Puerto Plata. Es una sucesión de montañas con subidas y declives bastante regulares, consideradas en esta parte de la isla como caminos muy malos, pero que me parecían buenos en comparación con los que había pasado.

J. DENNIS HARRIS:

UN VERANO EN LAS FRONTERAS DEL MAR CARIBE (1860)¹

♦♦♦ **L**uego de una travesía de doce días, un contorno azulado, largo, tenue, como si fuese una nube de cuatrocientas millas de largo, se proyectaba sobre las olas. Al poco, con la ayuda de un catalejo, pudimos distinguir las altiplanicies que se elevan regulares, hermosos valles verdes y las oscuras montañas elevándose en el fondo. De inmediato me sentí agitado con todas las ansiedades de la esperanza y del miedo. Nos aproximábamos a las prometedoras costas de Santo Domingo, las que abarcan las repúblicas de Dominicana y Haití.

...Estamos ahora al pie del monte San Marcos, el cual se eleva justo detrás del pueblo de Puerto Plata. La tal llamada carretera no lo era para nada. Había pequeños y estrechos caminitos entre las piedras, buenos para mulas, pero apenas del ancho suficiente para permitir pasar a pie. Subimos la montaña “poco a poco”². Mientras pasábamos entre las rocas el sol nos caía encima con una intensidad que no habíamos experimentado antes...

...Sobre la montaña y al lado de un arroyo, con limoneros por doquier, paramos un momento para refrescarnos. La limonada es barata, pensaría uno; los limones son tan gratis como el agua. Si la naturaleza proveyera el azúcar, hubiéramos tenido un río de limonada...

...dejamos la carretera y a todo galope la mitad del tiempo, cortamos por el bosque, guiados por un camino borroso que vuela sobre las colinas y baja los valles con tan poca discriminación como ningún otro camino de pradera hecho por una manada...

...Habían caído uno o dos aguaceros vigorosos antes de que bajáramos al valle de la Isabela, así que aún quedaba mucho fango resbaloso a lo largo de los estrechos caminos, los cuales quedaban generalmente al borde de alguna montaña, terraplén o, para hacerlo más emocionante, al borde de algún precipicio...

Vadeamos el río impunemente, lo cruzamos y lo volvimos a cruzar, hasta tocar un fondo tan liso como el que rueda alguna se haya deslizado. El valle de la Isabela es tan hermoso como un parque.

El río no es tan largo como el “Bello Río” de Longfellow, pero merece el nombre mucho más...

...Este extraordinario árbol (la palma) crece sin una rama, suave y regular como un poste de barbero a una altura de unos cuarenta o sesenta pies. Y de repente, en ese punto el tronco se torna verde y le brotan de allí dos o tres retoños. Alrededor de estos crecen los frutos, los cuales se usan para engordar a los cerdos. Cada retoño proporciona cada mes una cáscara rara o piel, la cual se utiliza para techar las casas, para empacar tabaco y hasta

¹En Vega, Bernardo: *Los primeros turistas en Santo Domingo*. Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1991.

²Entrecomillado en español en el original. (C.E.D.)

para hacer bañeras, bandejas y otros artículos de uso en el hogar. El tronco del árbol lo utilizan para tablas para construcción. Se raja como una lata y su interior es meduloso, algo así como saúco o yezgo. Sus hojas son de unos doce pies de largo y se curvan con la misma gracia de un arco. En el centro del tope surge una lanza, como el poste de un parasol. Esto fue hecho (pensaría uno) para que bailen en él los ruseñores. El árbol más útil del mundo, pero su utilidad la sobrepasa su propia belleza.

El valle de la Isabela es una alameda de palmeras.

Uno no puede dejar de destacar lo absurdas que son las historias de serpientes que la gente vulgar relata respecto a las Indias Occidentales y al trópico en general. En el mundo no hay nada tan descaradamente falto del más mínimo sentido común. Durante todas mis andanzas por los bosques, sobre las colinas y por el curso de los ríos, la cosa más dañina que he visto es una abeja ¡ni siquiera una simple culebrita muerta!

...Ahora, suponer que no había ningún reptil en todo el país, o ninguno peculiar a sus bahías e islas, sería absurdo. Y cuando llegamos a la costa, sentí mucho perderme de ver un viejo haragán cocodrilo tomando el sol en la arena. De tener siete cabezas, sin embargo, con todo gusto lo atraparía y lo enviaría a Barnum³; pero si no, mejor dejar, como haría Banks⁴ con la Unión, que esa cosa culebrina se deslice!

...De animales cuadrúpedos salvajes no hay ni siquiera una ardilla. Las aves son incontables.

...Estamos trotando por la ruta hacia Puerto Cabello. Ya te he dado antes una descripción de estos valles, pero al pasar ahora por un bosquecillo de "pomarroza" (un fruto muy apreciado en las Indias Occidentales simplemente por su sabor, el árbol se parece mucho a una lima, y su fruto hueco, algo así como una manzana de mayo, lustrosa como una naranja, y de sabor perfumado precisamente como una rosa), no puedo menos que reflexionar que si otra Eva fuera puesta en un jardín terrenal, yo rogaría porque fuera en algún lugar entre las colinas de Nueva Inglaterra, pues, sin lugar a dudas, allí ella podría enfrentar la tentación con una resistencia magistral; pero si la colocan en un jardín como el que se podría hacer en este país –con todos los pecados del mundo ante ella– temo que sería tentada mil veces de nuevo.

Detente un momento en un punto elevado de una hacienda llamada "Crebehunda" (sic), contempla los grandes valles extenderse entre las cadenas de montañas hasta que se pierden en el verde-azul del mar que el catalejo muestra en la distancia. Esquivando ramas, yendo a veces de cabeza por entre el eterno verdor que, de ser posible, crece aún más exuberante, de esta forma finalmente alcanzamos Puerto Cabello, un lugar que prueba ser,

³El famoso circo Barnum. (J.C.)

⁴Posiblemente Nathaniel P. Banks, congresista, gobernador de Massachusetts. H.H.B. (N. del A.)

como entendimos previamente, para un puerto de entrada a toda la costa norte de la isla⁵.

...Si la gente lee las descripciones poéticas de Homero, de paisajes imaginarios, y vienen aquí esperando encontrarlos realizados, estarán tan decepcionados como merecen. Hay tiempos cuando las nubes suben lentamente sobre la cumbre de la montaña, con un brillante sol a sus espaldas, cuando el cielo brilla con un esplendor que trasciende toda concepción; sin embargo, no es probable que ellos vean estas montañas “dando vueltas” o “cabeceando” para conveniencia de nadie. ¿Deben las montañas necesariamente reposar sus excelsas cabezas contra el pecho del cielo, como si mantuvieran una constante comunión tete-a-tete con las estrellas? De ser así, entonces aquí no hay montañas, sólo lomas de papas. Tampoco serán cegados por el excesivo resplandor del sol o de la luna; ni la luna convertirá en plata todo lo que sus rayos toquen. Un rayo de luna es un rayo de luna, supongo, en todo el mundo. Los poetas americanos, sin embargo, pueden ser leídos con impunidad.

...No pasa una mañana, mi querido H., sin que al mirar estos campos de vivos verdes, no piense en ti y en tu rutina de labores diarias en la oficina. Me siento debajo de uno de estos árboles de frutos prohibidos, mientras la brisa inunda el valle con su aroma, el sol apenas asomando sobre las colinas, y la blanca niebla, tan linda como un velo de novia, se levanta lentamente sobre la verde montaña; ahora escucho la voz de mi rui señor favorito y luego los trinos más suaves de una paloma torcaza. Un extraño zumbadorcito se posa en la primera rama seca ante mí. Las cotorras chillan y una docena de pájaros negros cantan a coro, mientras otras variedades gorjean y trinan. La escena toda es elísea. Luego llega un gavilán y ¡chuu-ii!, ¡chuu-ii!, todos se van despavoridamente.

JOSÉ A. ALVAREZ DE PERALTA:
SANTO DOMINGO (1861)¹

Cortan la isla de N. a S. y de E. a O. cordilleras más o menos altas, las cuales forman frescos, fértiles y espaciosísimos valles. El mayor de todos, conocido desde el principio del descubrimiento con el nombre de la *Vega Real*, está situado al norte; tiene poco menos de cien leguas de largo sobre diez de ancho. También son notables por su extensión el *Despoblado de Santiago*, el valle de *Baní*, y los de *Azua*, *San Juan*, *Santomé*, *Oncéano* (corrupción del vocablo Océano), *Hincha*, *Guaba* y *Llanos de Santo Domingo*.

⁵Se refiere a Luperón. (J.C.)

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones geográficas*, tomo I.

Desátase de las montañas una multitud prodigiosa de ríos y arroyos, que con las lluvias, allí muy frecuentes, contribuyen a la templanza del clima, al vigor y lozanía de aquella rica vegetación y a la increíble feracidad de las tierras.

Los ríos más principales son:

El *Ozama*, en cuya desembocadura se halla colocada la capital;

El *Yuna*, que brotando impetuoso en las montañas del Cibao, riega y fertiliza muchas leguas de terreno llano, abundantísimo de bosques y pastos. Se enriquece en su curso con varios afluentes tributarios, y va a desaguar en la bahía de Samaná;

El *Yaque grande*, que nace en la propia cordillera del Cibao y desemboca en la bahía de Manzanillo, no sin surtir antes con sus aguas a la ciudad de Santiago de los Caballeros...;

En fin, el *Haina*, el *Nigua*, el *Nizao*, el *Yaque pequeño*, el *Hatibonito* y el *Neiba*, ríos todos de gran caudal de aguas.

...Son abundantísimas en Santo Domingo las maderas preciosas y de construcción.

Entre las primeras se encuentran:

La *caoba*, de todos conocida; es árbol alto, con una circunferencia de 20 pies castellanos, de madera sólida, pero fácil de labrar; la exportación anual representa un valor de 900,000 pesos fuertes.

El *ébano*, que no hay para qué describirlo por ser muy conocido.

El *granadillo negro*, madera muy fuerte y muy pesada, de la cual se hacen flautas de gran precio y estimación.

El *nazareno*, cuyas vetas moradas le agracian sobre modo.

Por último, el *espinillo*, el *guaconejo*, el *futete*, el *espino*, y otros, de todos los cuales se hacen mesas, cómodas sillas, etc.

De las maderas de construcción, en la imposibilidad de nombrarlas todas, sólo citaremos:

El *Pino*, tan bueno y útil para arboladura de buques como los de Europa; abunda mucho en el país.

El *roble*, árbol de gran corpulencia, de madera sólida y resistente. Refiere Oviedo haber visto vigas de roble *muy luengas y gruesas, labradas a cuatro esquinas, de 70 a 80 pies de luengo y de 16 palmos y más en cuadro y redondo o cintura después de labradas*. Empléase ventajosamente este árbol para la construcción de quillas, codastes, tarugos, etc.

El *cedro*, no abunda tanto como en Cuba y Puerto-Rico; lo hay blanco y encarnado y es de excelente calidad.

La *bacana*, no es tan grueso y corpulento este árbol como el roble, pero su madera es muy sólida y resiste más que ninguna otra a la corrupción.

³Capima. (C.E.D.)

La *cavina*,² árbol alto, recto, fácil de labrar y de regular consistencia.

El *capá*, igual al roble en su textura y solidez; lo hay blanco y amarillo y sirve para las construcciones navales.

La *ceiba*, uno de los árboles de mayor espesor y altura y del cual se hacen canoas enterizas (sistema indio), capaces de contener cincuenta hombres.

En fin, *el mamey, la baria, el copey, el jobo silvestre, el almácigo, la sabina, el candelón y el biguillo*, árboles todos útiles y de corpulencia.

Allí se reproduce *cacao* tan exquisito como el mejor de Venezuela; *tabaco* muy estimado en los mercados alemanes y en la propia isla de Cuba; *café* tan bueno por el gusto y el aroma como el de Puerto-Rico; *azúcar* de calidad superior; y *algodón*, que nada tiene que envidiar al que se cosecha en otras partes del mundo. Debemos contar también entre los productos agrícolas *el añil, el palo de tinte, el gengibre, la cera* y muchas resinas medicinales.

M. GONZÁLEZ LLANA:

ISLA DE SANTO DOMINGO:

DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA (1861)¹

Lo primero que llama la atención al aproximarse a la Isla de Santo Domingo, en su aspecto montañoso y los elevados picos que la dominan.

Siguen la dirección de este a oeste las dos principales cadenas de montañas, que a igual distancia de las costas norte y sur recorren toda la Isla, si bien no con perfecto paralelismo, sirviendo como de enlace de aquel espeso urdimbre, cordilleras subalternas, que extendiéndose en diversos sentidos, dejan entre sí profundos y feraces valles, que contrastan de un modo admirable con la desnudez de las crestas más elevadas, algunas de las cuales no presentan vestigios de vegetación. Elévanse estas montañas a medida que se alejan del este, en progresión sensible por espacio de cuarenta leguas: aquí este asunto se detiene de repente, como si hubiera contribuido a ello una causa que queda desconocida para la ciencia geológica; siguiendo al mismo nivel por algún tiempo, hasta que en el extremo occidental complícase de nuevo el sistema, reúnen en un mismo núcleo las diversas ramificaciones, sobreponiéndose unas montañas a otras, y dominando todo aquel agreste conjunto el pico de Cibao, tan célebre por sus entrañas de oro.

La naturaleza de estas montañas en extremo variada, contribuye a la mayor belleza de la Isla. Unas presentan sus crestas escarpadas, en la que solo crecen los vegetales más rudimentarios, como los líquenes y musgos; otras por el contrario, siempre verde, ostentan la galana y lujosa vegetación de los trópicos, y aparecen cubiertas por el colosal cocotero, la caoba, el

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *obra citada*, tomo I.

cedro, el guayacán, el ébano, y otra multitud de árboles de preciosas maderas que sería prolijo enumerar.

Estas montañas, algunas de las cuales pertenecen al sistema primitivo, como lo demuestra su origen granítico, no son en general muy elevadas sobre el nivel del mar pudiendo calcularse su altura a cuatrocientas toesas, si exceptuamos las de Cibao, Selle y Hote, que cuentan doble elevación. La configuración casi cónica de algunos picos demuestran su origen volcánico, y si este indicio no bastase los, restos de lava que en algunas partes se perciben, cubiertos apenas por la tierra vegetal, corroborarían este aserto. Sin embargo, no se encuentra ningún volcán en actividad.

Esta aglomeración de montañas, es causa de que vista la Isla desde lejos, aparezca en su totalidad montuosa y escarpada, y solo cuando se acercan las naves, se perciben feraces llanuras, vegas inmensas, que elevándose dulcemente, como las gradas de un inmenso anfiteatro, muestran los tesoros de la más espléndida vegetación.

La calidad del terreno varía con frecuencia, de una en otra llanura, y muchas veces también en las distintas partes de un mismo valle en la orilla del mar es algún tanto arenisco en unas partes, pantanoso en otras, y entonces solo le sostienen las flexibles raíces de algunos arbustos, que presentan un punto de apoyo a los pies de los que se atreven a atravesar aquellos peligrosos sitios.

La tierra vegetal, que las copiosas lluvias que riegan la Isla, hacen descender desde la cumbre de las montañas hasta la profundidad de los valles, contribuyen a su mayor fertilidad. Por eso en medio de las ásperas crestas de agudos picos, encuéntrase con frecuencia feraces campos, que dan una amena, variedad al paisaje, con los frondosos árboles de las laderas, con las mieses de las llanuras, por donde aparecen como otras tantas pintadas mariposas, las fragantes flores, esmaltando con variadas tintas las praderas, por entre las cuales serpentean las cristalinas aguas de algún arroyo.

Muchos son los ríos que con sus aguas contribuyen a fecundizar la Isla, algunos de ellos más considerables de lo que podía exigirse, atendiendo a la poca extensión de su curso. En efecto, de la conformación misma de la Isla, en cuyo centro tienen origen sus ríos, claramente se desprende que no pueden presentar un desenvolvimiento considerable; sin embargo, es mayor de lo que a primera vista aparece, a causa de la sinuosidad de su curso. Corren rápidamente por las montañas, con la fuerza de los más impetuosos torrentes, y van sucesivamente disminuyendo la celeridad de su marcha, a medida que se acercan a las llanuras, hasta el punto de ser algunos navegables.

El cauce, que es en general profundo, como lo exige la rapidez de sus aguas, se hace más superficial a medida que se acerca a las costas,

motivando esto la tierra que arrastran de las montañas. Pero en vano trataríamos de formarnos una idea aproximada del caudal de estas corrientes, si fuésemos a juzgar por el que presentan en su estado normal. En la estación de las lluvias, en que parece que se desatan las cataratas del firmamento, los más insignificantes arroyos se convierten en asoladores torrentes, que destrozan cuanto a su paso se encuentra. Árboles, piedras, viviendas, todo desaparece a impulsos de su terrible furia. Los ríos más caudalosos inundan las llanuras, causando grandes destrozos; pero fecundizando al propio tiempo las tierras, con los despojos que arrastran de las elevadas montañas.

La calidad de las aguas de los ríos, considerada como bebida, cambia según los distintos lechos que atraviesan las sustancias extrañas que a su paso encuentran, y la mayor o menor rapidez de curso; pero podemos afirmar en general que son más claras y saludables en las montañas que en las llanuras.

Además de la multitud de corrientes más o menos considerables, son seis los principales ríos que riegan la Isla en distintas direcciones. El más importante de todos si no por el caudal de sus aguas al menos por lamer los muros de la antigua capital de la Isla es el Ozama, cuya embocadura forma el puerto de la ciudad de Santo Domingo, y en cuyas aguas buscan las naves un abrigo contra las tempestades y huracanes tan frecuentes en los países intertropicales.

El Neyba es notable por la multitud de bocas en que se divide al desaguar en el mar, cambiando al mismo tiempo con gran frecuencia de curso, en la estación de las lluvias. El Macorís, es el más caudaloso de todos y presenta un desarrollo de navegación de más de trece leguas, distancia considerable si atendemos a la extensión de la Isla. Además de estos, completan el número de los seis principales que fertilizan con sus aguas la Isla Española, el Yaque, que recibe también el nombre de Monte-Cristo, que arrastra en sus aguas arenas de oro, debidas a una mina que existe en su nacimiento; el Yuna de rápido curso, en cuyas primeras vertientes se encuentran minas de cobre, y finalmente el Artibonito, que siguiendo la dirección de Oriente a Occidente, es la más larga de todas las corrientes de la Isla.

De esos ríos, los tres primeros desaguan al Sur, los dos siguientes al norte y el último al este.

Las abundantes lluvias, las continuas brisas, la casi igualdad de los días y las noches, los arroyos, torrentes y ríos, la frondosa vegetación, finalmente, las espumosas ondas del Atlántico, que rodean aquella tierra como un inmenso cinturón de plata, son causas que contribuyen a templar la atmósfera y hacer menos sensibles los ardorosos rayos de un sol tropical. Esta excesiva humedad que tan beneficiosa es para el clima de Santo Domingo, es sin embargo una de las principales causas de su poca salubridad, recono-

ciendo en ella su origen la mayor parte de las enfermedades. No obstante la mortandad no es tan grande como en las demás grandes Antillas.

Las carnes, que han de servir de alimento, apenas pueden conservarse con grandes precauciones veinte y cuatro horas, el pan si se quiere hacerle durar por espacio de dos a tres días, es menester elaborarlo sin sal ni levadura, como la galleta que se consume en las embarcaciones, y cuesta sumo trabajo el conservar en buen estado los cereales y legumbres para la siembra. Todo entra más pronto en estado de putrefacción a impulsos del calor y humedad que predomina, siendo preciso enterrar los cadáveres a las pocas horas, para evitar los perjudiciales resultados de la corrupción que se apodera de las sustancias orgánicas.

Es notable la Isla además por su extrema fertilidad, que llega a producir más de tres cosechas al año, apenas sin trabajo alguno. Los indígenas a causa de esto se abandonaban a la mayor indolencia, pues la tierra les producía casi espontáneamente cuanto habían menester para su sustento. Las principales producciones de la Isla a la llegada de los primeros españoles, eran el maíz y la caraya, de que elaboraban el pan, frutas exquisitas, el algodón con que fabricaban los vestidos de que se servían solamente como un adorno, pues el clima templado de la Isla y la falta absoluta de toda noción de pudor los hacía casi innecesarios, además el cocotero, el anano, el banano² y otra multitud de árboles y arbustos, les brindaban con su exquisito fruto. Los impenetrables bosques que abundaban en aquella privilegiada región eran también una riqueza que los europeos explotaron y siguen explotando todavía: en ellos crecen con robustez sólo concebible en aquellas ardientes latitudes, la caoba, el guayacán, el ébano y el cedro, de las que la industria saca gran provecho; así como el candelón, el futete, el roble, el espino y otros innumerables, cuyos nombres no pueden caber en los estrechos límites de una descripción geográfica. Como si no bastasen los productos indígenas, la próspera naturaleza dotó aquellos países de la facultad de producir los vegetales de casi todos los climas, de todas las regiones; de suerte que progresan al lado del café de la Arabia, el cinamomo, la caña de azúcar, el gengibre del Asia, el trigo y el nogal del Africa, en una palabra, las producciones de los más variados climas, de las más apartadas regiones.

La fauna de esta Isla no es tan rica como la flora, no obstante, encuéntrase en sus bosques innumerables pájaros matizados de mil variados colores, y que rivalizan con su canto con el ruisenior de nuestras florestas.

Los cuadrúpedos indígenas eran en general pequeños, como las liebres y conejos de Europa, y fueron en su mayor parte destruidos por los españoles. Los naturales les daban distintos nombres según las diversas especies a que pertenecían, como utias, chemis, coros, goschis y otros varios que ser-

²El banano y el plátano fueron traídos de las Canarias por Berlanga. (E.R.D.)

vían también de alimento³. Los ríos eran en general abundantísimos en toda clase de pescado, lo que se explica por su proximidad al mar, cuyas costas abundan en peces de todas clases, en enormes tortugas, en ostras y otras clases de moluscos.

RANDOLPH KEIM: SANTO DOMINGO,
PINCELADAS Y APUNTES DE UN VIAJE (1870)¹

CAPÍTULO X

Excursión a las Cuevas de Santa Ana

A cinco millas de la capital están las cuevas de Santa Ana, bautizadas así, según se dice, en nombre de un individuo de poderes ocultos, que conjuraba los espíritus nativos de la isla que frecuentaban el lugar. Al ser estas cuevas tan interesantes por su reputación especial como obras de la naturaleza así como por las leyendas que corrían, aproveché la primera oportunidad para visitarlas. Me acompañaron varios pasajeros del vapor.

Disponíamos de dos ejemplares decrepitos del reino animal, con el aspecto de caballos, para aliviar el viaje. Averiguamos que esto era lo mejor de que podíamos disponer, a menos que los demás estuvieran dispuestos a ocupar un vehículo desvencijado, evidentemente inventado y manufacturado durante la época de España. Los que no estaban acomodados sobre algo

³En una de las libretas de apuntes del Lic. C. A. Rodríguez, en nuestro poder, hay la siguiente noticia: "*Reptil Curioso* (Lagarto Cornudo). El museo de Historia Natural de París en 1888 tiene un curioso reptil procedente de la Isla de Santo Domingo, designado por Lacepede con el nombre de *Lagarto Cornudo*, W. Magler ha creído conveniente después comprender esta especie en el género *Metapoceros*. (E.R.D.)

Este reptil es, en suma, un *Saurio* de la familia de los *Iguánidos* que se distingue de las Iguanas propiamente dichas por tener los dientes semejantes a los de los Cicluros y por las dos líneas de pelos que presentan en la parte superior de las extremidades posteriores. La única especie conocida es el *Metapocero Cornudo* (*Metapoceros Cornuta*) notable por tener la frente sobrepuesta de un grueso tubérculo en forma de cuerno.

Este lagarto recuerda mucho por su forma aquellos enormes reptiles fósiles *Dinosaurios* conocidos con el nombre de *Iguanodon*, cuyas osamentas se descubrieron en terrenos cretácico, y recientemente en Bélgica. El Lagarto Cornudo mide 70 centímetros de longitud; cuerpo pesado y fornido, color negro parduzco y la línea del dorso guarnecida de espinas ligeramente encorvadas hacia atrás, desde la parte posterior de la cabeza hasta el nacimiento de la cola, donde hay un espacio sin espinas, los cuales se continúan después en cierta porción de aquella. La cola no es cilíndrica como la del lagarto corriente; está comprimida lateralmente y tiene músculos poderosos que permiten al reptil enroscarla bruscamente y con violencia de derecha a izquierda para defenderse.

Las patas son robustas y se desvían del cuerpo en los lados. Detrás de la cabeza el dorso presenta una joroba. Libre la cabeza, en la parte anterior, hay un cuerno dérmico. La parte posterior de la cabeza ancha y arqueada a cada lado.

Debajo de la mandíbula un repliegue de la piel que tiene a uno y otro lado unas bolsas enormes. Come yerbas y carne. Es muy afine de las ciclurus, anolis y de los ambliricus".

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Editora Santo Domingo, Santo Domingo, 1978.

situado entre ellos y la tierra, después de pensarlo bien, prefirieron hacer el viaje a pie.

Una bella mañana, tal como raramente se contempla en otros lugares tropicales, salimos del barco, y en cabalgata por la calle principal de una parte a otra de la ciudad, salimos por la puerta de la Separación (El Conde) en la muralla occidental. Luego de un cementerio situado a la orilla del camino, penetramos en un lugar de la más pródiga abundancia de belleza natural, de color y de exquisitas formas de vegetación. Nuestro camino era un sendero estrecho, en que se alineaban a cada lado todas las variedades de plantas tropicales, desde el gigantesco árbol de caoba hasta la más diminuta y delicada hoja de yerba. Más arriba colgaban ramas verdes y fragantes flores, a menudo obstruyendo los rayos del sol.

La escena no tenía paralelo. Igualaba, si no sobrepasaba en cuanto a variedad y belleza de la flora, las islas más famosas de los trópicos asiáticos. Era una fascinación constante. Los sentidos estaban completamente subyugados. Todo había retornado a la selvaticidad primitiva, y si no hubiéramos estado conscientes de que estaba tan cerca la capital de una nación, se hubiera podido pensar que habíamos entrado en una región donde nunca había penetrado la mano invasora del hombre.

Después de una deliciosa experiencia de dos horas, llegamos a una súbita elevación del terreno. Pasando al margen de un pequeño trecho de maleza nos topamos con una abrupta muralla de tierra y roca. Enfrente había una abertura suficiente para pasar nosotros, conduciendo los caballos. Este pasaje abovedado tenía unos seis pies de altura y doce de ancho. Luego entramos a un anfiteatro perfecto, casi de cien yardas de diámetro, y cubierto de plantas y árboles de las variedades más bellas. Como una maravilla de la naturaleza, lo que estaba ante nosotros era más extraordinario y raro que de grandes proporciones. Un espacio circular se había separado aparentemente de la superficie contigua y por alguna convulsión de la naturaleza se había hundido treinta pies. Las rocas que lo circundaban y estaban formadas así eran de coral. Era evidente, dadas las huellas visibles de la acción del agua, que la formación había estado sumergida en alguna época.

En el borde superior de la roca crecían diversas lianas, que colgaban como un cortinaje. En la porción rocosa había numerosas cavernas, grandes y pequeñas, algunas conectadas entre sí por intrincados pasajes, extendiéndose lejos en las oscuras entrañas de la tierra.

Nuestro grupo acometió la exploración del laberinto subterráneo. Nos recibieron a la entrada numerosos murciélagos, que se tomaron familiaridades tan desagradables, durante sus vuelos a la ventura, como el de detener su vuelo en nuestras caras, para buscar refugio en nuestro pelo, y especialmente extinguían con facilidad maravillosa nuestras velas. Entramos a una de las cuevas por un estrecho agujero de la roca. Uno de nosotros, de un

grueso más que normal, encontró dificultad en penetrar aquí, pero, después de considerable esfuerzo, se abrió paso a la fuerza. Luego de arrastrarnos a lo largo de un estrecho pasaje, llegamos a una pequeña cámara. Los diminutos cristales que se habían formado en las paredes rocosas brillaban a la luz de nuestras velas con efecto deslumbrante. Nos movimos sobre rocas y otros obstáculos, arrastrándonos a través de las aberturas más pequeñas. Vimos varios pasajes secundarios, que iban por las dos direcciones. Sin embargo, mantuvimos el camino correcto, hasta que finalmente, después de una trabajosa jornada, vimos de repente la luz del día. Nos hallábamos ahora en terreno abierto, fuera del espacio circular por el que habíamos entrado, y a bastante distancia.

...Varios ríos desembocan en la bahía, y suministran agua fresca para cualesquiera propósitos de la población, y para el uso de los barcos. El principal de éstos es el río Yuna. Y el Yuna nace en la cadena central de montañas en el pico más alto del Cibao, y luego de pasar cerca del pueblo de Cotuí, recibe por la margen izquierda el Camú. El Yuna tiene dos desembocaduras en la bahía, una en dirección norte en el Atlántico. Anteriormente los botes subían algunas millas río arriba. El río es navegable, dentro de las barras, por barcos que calen cuatro o cinco pies de agua, hasta donde se junta con el Cuaba. El Yuna, con una gran población en las orillas, podría resultar un valioso productor de mercancías, por los artesanos nativos, para la población en las costas de Samaná. El río, con sus afluentes, corre a través de la Vega Real, uno de los valles más fértiles del mundo, y fluye por el distrito mineral de Maimón y los pinales del Cibao. En 1867, el comercio de la porción mayor del valle, que se extiende desde la bahía de Samaná a Cotuí, a orillas del Yuna, y a Concepción de la Vega, a orillas del Camú, y que tiene un promedio de ocho millas de ancho, era transportado por cayucos nativos de unas dos toneladas de capacidad.

...La tierra de la península de Samaná, como todos los otros terrenos de la isla, es altamente productiva. Está cubierta por extensos bosques de caoba, espinillo, caya, cabirma y otra madera de calidad; roble y asaroble, apropiado para la construcción de barcos; capá, valioso para el casco de veleros, y guayacán. El suelo y el clima también permiten la siembra de índigo, cacao, algodón y café. Los actuales habitantes se sienten satisfechos con el cultivo del ñame, el maíz indio y frutas —principalmente guineos, plátanos, piñas, naranjas, mangos, aguacate y cocos— mientras que de la jungla y del bosque sacan, según los dictados del gusto, otras frutas de variedades sin fin y de abundancia inagotable.

Los peces abundan en la bahía de Samaná, y son un importante alimento de la gente de sus costas. En primavera, las ballenas visitan el mar adyacente. Cerca de la desembocadura del Yuna se encuentran ostras en grandes cantidades. Los pájaros marinos abundan en gran número, principal-

mente flamencos, pelícanos, ibis escarlatas, agachadizas y muchas otras variedades.

...El camino durante una corta distancia iba por un terreno bajo, cubierto de palmas y cocos. Una vegetación más pequeña cubría el suelo en una mezcla confusa de verde y con una variedad de matices, y una infinita diversidad de hojas. En medio de esta exuberancia de la naturaleza, se veían aquí y allá asomándose a través del follaje de los arbustos y flores de los bohíos –chozas techadas de palma– de los nativos.

Después de cruzar esta faja, de no más de una milla de ancho, el camino llegó al pie de la primera cadena de la serie de altas montañas que forman la estribación norte o de Montecristi de la cordillera del Cibao. Esta cordillera tiene el punto de partida en cabo Samaná, en la extremidad oriental de la península del mismo nombre, y después de desaparecer en el istmo que se extiende desde la bahía hasta el océano Atlántico, a través del extremo occidental de la península, se levanta de nuevo y sigue la costa norte de la isla, desapareciendo completamente en la vecindad del pueblo de Montecristi. Toda la cadena posee un suelo de rara fertilidad y está cubierto con bosques interminables de caoba, campeche, guayacán y otras maderas valiosas. Los ríos de las montañas, bajan por las faldas del norte, desembocando en el amplio seno del Atlántico. Al sur, después de correr por hermosas sabanas, se convierten en afluentes del Yuna, que desemboca en las aguas tranquilas de Samaná, o paran en el Yaque, que serpentea, como una cinta de plata, por la cuenca de un extenso valle, y llega al océano a través del vestíbulo occidental del Cibao.

Existía un pasadizo tapizado de verde, de por lo menos ochenta pies de ancho, a través del elevado bosque, y se podía ver que ascendía hasta las cumbres más altas que quedaban al frente. Según todas las apariencias, a distancia, esta trocha da el aspecto de una antigua carretera. La experiencia me mostró que era una ilusión. La calzada, que a distancia presentaba un aspecto tan grato para un viaje fácil, según vi, estaba sumamente cortada por caminos de herradura, hundidos profundamente en el terreno, como si hubieran sido la vía para el comercio durante siglos, y entrecruzados entre sí en confusión laberíntica. En algunos sitios, el camino estaba cubierto de callaos, en otros sitios era resbaladizo y estaba húmedo. Por momentos el camino serpenteaba entre cantos rodados, luego a través de pasajes muy estrechos, bajo muros de roca y salientes rocosos, o sobre rocas sueltas de tales dimensiones que se hubiera pensado, excepto después de hacer la prueba, que era imposible pasarlas montados en cualquier animal que careciera de los accesorios convenientes para trepar como complemento de las pezuñas y las fuertes patas.

Así, con mi abigarrada comitiva, penetré profundamente en el bosque y ascendí más alto por las pendientes de las montañas –parecía que el camino se aproximaba rápidamente a la perpendicular–. Frecuentemente el ascenso

era tan violento que la postura de mi cuerpo perdía considerablemente la alineación y con frecuencia tenía la nariz metida entre las orejas de mi caballo, en tanto que la otra extremidad quedaba expuesta al panorama que se alejaba. Parecía una nueva postura con el jinete cabalgando en cuatro patas. A cada momento me encontraba perdiendo terreno. Frecuentemente necesitaba considerable fuerza de las manos y destreza, sin contar con el riesgo de arrancarle la rienda al caballo, para evitar salir despedido por la grupa. Disfruté así de una abundancia de ejercicio físico y mental, al tener que adoptar las diferentes posturas, conocidas y desconocidas, del código de la mejor equitación artística. Mi harapienta escolta montaba los animales sin preocupación, cantando a intervalos las canciones de sus montañas, una mezcla de una cadencia selvática y un mal español, con vigorosa energía, borrando todas las preocupaciones presentes o los pensamientos del mañana. A menudo, durante el viaje, para variar, observaba su espíritu de satisfacción. Meditaba que poseían una filosofía y daban unas lecciones dignas de imitación en esferas más altas. Aunque su condición se eleva sólo unos cuantos pasos por encima del bruto con el que están asociados, viven satisfechos pues conocen sólo los rudimentos más simples del deseo humano. De la mañana a la noche alegraban con sus cantos los oscuros desfiladeros y los picos de las montañas. A veces estos rudos esfuerzos consistían en solos y a veces en un coloquio o diálogo musical. El guía casi siempre empezaba y cantaba unos cuantos compases. El hombre que iba en la retaguardia, probablemente a cincuenta yardas, respondía. Después de repetir esto unas cuantas veces, tomaban parte otros, hasta que todos se unían en un coro montaraz. Al fin llegué a la cumbre de la primera cadena de montañas. Me detuve aquí unos pocos momentos para echarle un vistazo retrospectivo a mi camino y a la región que había dejado atrás. Lejos en la confusa distancia ondulaban las aguas azules del Atlántico; cerca se veía el pueblo y puerto de Puerto Plata, destacándose como una miniatura temblorosa, sobre la copa de los árboles y las gargantas de las montañas y la selva. Los bohíos de los nativos, cubiertos por la riqueza de la naturaleza, eran apenas visibles y a veces sólo los señalaba una columna circular de humo, que ascendía perezosamente en la atmósfera inmóvil.

Pero mi séquito no estaba dispuesto a tales digresiones sentimentales. Según las horas iban corriendo rápidamente hacia la noche, me vi presa del evidente espíritu de inquietud prevaleciente. Sin embargo, percibí que mi escolta no tenía ninguna intención de abandonarme. Se me atendió fielmente durante el viaje, pues me sirvieron algunos que se agregaron como reclutas voluntarios.

A la mañana siguiente me desperté antes del amanecer, y, disfrutando de un desayuno menos apresurado, me encontré de nuevo de camino al salir el sol. La ruta, durante todo el día, se redujo a una sucesión de montañas y valles interpuestos, e iba metido hasta la rodilla en el barro y el agua

resultante de las lluvias diarias de la estación. En ciertos sitios, la bajada de declives muy empinados era una hazaña peligrosa, sobre todo cuando la lluvia había dejado la superficie húmeda e insegura. En los valles era necesario frecuentemente dejar el camino, aunque a veces estos atajos no se encontraban en condición mejor que la vía principal. Además, el estrecho sendero, a través de una espesura de arbustos, estaba excesivamente mojado, y la telaraña de raíces que corría por el suelo, frecuentemente lanzaba al caballo en el lodo. El avance, en tales circunstancias, era una cuestión de paciencia y perseverancia, más que de prisa y mal genio. El camino era una joya de habilidad ingenieril. Me parecía a mí que los que lo planearon debieron haberse perdido en el monte y haber caminado durante varios días sin acordarse de su destino. Una idea que apoya la fuerza de este argumento puede observarse cuando digo que, aunque el camino tiene cerca de sesenta millas, sólo hay dieciséis en línea recta entre Puerto Plata y Santiago de los Caballeros. Durante el día pasé por Altamira, una aldea entre unas treinta o cuarenta chozas nativas. Ocupa una posición alta. La vista desde ese punto era notablemente hermosa y amplia, y abarcaba montañas y valles.

Avanzada la tarde, luego de marchar alrededor de un escarpado promontorio en el pico Diego de Ocampo y de empalmar con la llanura, eché el primer vistazo a Santiago de los Caballeros, que estaba ubicado a una distancia no menor de diez millas. Un amplio valle, de por lo menos doce millas de anchura, se extendía de montaña a montaña y en una bella elevación de la superficie estaba esta vieja ciudad. Al descender de las montañas, la ruta seguía una garganta profunda, oscura y estrecha entre dos cadenas paralelas de montañas. En algunos sitios tenía que marchar por el lecho o la arenosa orilla de un río, y no había más de doce a veinte pies de ancho entre peñasco y peñasco, con las montañas a cada lado. Esta parte del viaje fue turbulenta e interesante. En una sola milla de distancia, en la garganta, crucé una y otra vez el mismo río siete veces. Se me informó después, cuando mencioné el hecho, que había treinta y tres ríos entre las dos ciudades. Después de cruzar la garganta y desembocar en la carretera, el camino se ampliaba y mostraba señales del inmenso número de animales que pasaba. Durante el día tuve oportunidad de formarme una idea del intenso tráfico entre la ciudad del interior y la factoría de la costa. Encontrábamos constantemente recuas de quince a veinte burros, caballos y bueyes, y a veces un burro solitario y el burriquero, todos en camino hacia el puerto de mar. La gran mayoría de los animales iban cargados de tabaco, con un peso de dos a trescientas libras, según el tamaño, condición y fuerza. El tabaco iba en el lomo del animal, el cargamento se dividía en dos partes y se colocaba en arganas, tejidas con hojas de palma.

Nos deteníamos a menudo, en los pasos estrechos, para permitir que pasaran las recuas cargadas.

En los momentos en que salía de la oscuridad de las montañas el día había caído de nuevo y era inevitable pasar una segunda noche en el camino, y era preferible, pues no tenía ganas de entrar tan tarde en el pueblo. Mi peón me guió por un trecho corto del camino principal, luego se desvió y tras una atroz y difícil cabalgata por la espesura, me condujo ante otra cabaña nativa.

CAPÍTULO XXIII

...Habiéndole pagado la hospitalidad al viejo, cogí el camino y antes de subir el calor del día había realizado una buena jornada. La vía pasaba por una región encantadora. Había descendido desde los picos de la cordillera del norte hasta un sitio bajo y descubierto, lleno de innumerables vallecitos, cerros y ríos cristalinos, y de nuevo subí, cruzando cerros más pequeños. La diversidad del panorama y la variedad de la vegetación eran encantadoras, más allá de toda descripción. Las pequeñas sabanas y las bellas arboledas se sucedían constantemente, y sustituían a los oscuros bosques de caoba y campeche, que cubren las regiones montañosas. La almendra, el mango, con un denso follaje de hojas perennes, la lunaria, el brillante follaje de la guanábana, las naranjas agrias, los plátanos, los sembrados verde pálidos de guineos, el coco, la palma gigantesca, con las ramas colgantes, el follaje exuberante del granado, el verde profundo del cafeto, el limoncillo, con sus frutos maduros, todos mezclados en un cambio infinito de colores y formas, sin contar las numerosas variedades desconocidas y sin valor.

El camino cruzaba las aguas rápidas y límpidas del río Verde, bautizado así por Colón en su visita al interior tres siglos antes. El río evidentemente era bastante formidable durante las temporadas de lluvias fuertes. En el momento que lo crucé no tenía más de dieciocho pulgadas de profundidad. La característica más llamativa del paisaje siempre cambiante durante el viaje fue El Pinal, o la montaña del Pino, a lo largo de cuya base se deslizaba el camino. La montaña estaba cubierta, desde el pie hasta la cima, de densos y amplios bosques de pino, mientras que los cerros adyacentes estaban llenos de una vegetación que parecía pertenecer a otro lugar. Este fenómeno peculiar de la naturaleza se destacaba más porque el pino se hallaba confinado sólo en ese lugar, en tanto que el resto de la vegetación era tropical. La madera de estos bosques era utilizada por la gente del campo en lugar de velas. Es una especie de pichipén, y se corta en astillas; se enciende una punta y se coloca la astilla horizontalmente. En esa posición se consume lentamente y da una luz amortiguada y rojoamarillenta.

Cuando llegamos a las colinas encantadoras del Santo Cerro, me detuve para descansar y alimentar los animales. En el entretanto el ahora sobrio Jacques buscó los macutos que contenían las provisiones. Bajo la

grata sombra de un bosquecillo de mangos y limoncillos ingerí un grato desayuno, que me habían colocado sobre una alfombra de yaguas de palmas jóvenes.

Desde lo alto del Santo Cerro, Colón, en la primera visita al interior, deleitó la vista sobre el seno floreciente y voluptuoso de la naturaleza abierto ante él. Contemplaba ahora una vista que hasta excedía las bellezas inigualables de las regiones que había atravesado ya. Se le presentaron de repente ante los ojos vastas sabanas, bosques y ríos serpenteantes.

...El camino entre Santiago y la Vega, aunque es impasable para un vehículo, tenía el ancho suficiente para servir de vía regular al comercio y los viajeros, y sólo necesitaba que se eliminaran algunos obstáculos, de cuando en cuando, y que se tuviera en cuenta además la pendiente de los cerros. Entre la Vega y Cotuí los caminos, en algunos lugares del llano, estaban atravesados por profundos surcos y llenos de hoyos. Mi corcel trastabilló varias veces en los caballones de tierra, y antes de salir de este sitio difícil me había embadurnado y salpicado de lodo. Estaba en ese momento en un sector donde evidentemente habían caído grandes lluvias. Ahora se encontraba empapado y se hacía difícil cruzar la gran pradera, que según me habían informado era firme y seca durante las otras temporadas. Haciendo de tripas corazón, descubrí de todos modos la vía más expedita. Los ríos estaban crecidos y eran difíciles de pasar. No había ni canoas ni botes para facilidad del viajero. Y era desconocida una estructura tal como un puente en toda la porción dominicana de la isla.

Muy temprano en la mañana, juzgando por instinto, pues como he dicho mi reloj no andaba muy bien, llegué a las orillas del hermoso Yuna, y caminé cierta distancia buscando el vado. Por el ancho del río y la rapidez de la corriente, se veía claramente que le habían caído fuertes aguaceros en la cabeza. Aquí se presentó una dificultad, no había puente ni bote. En cuanto a mí era cosa fácil, porque no habría sido la primera vez que cruzaba un río montado a caballo. Pero me encontraba desconcertado en cuanto a mi equipaje y provisiones. Ignoraba completamente la profundidad de las turbias aguas e igualmente sucedía a mi sirviente y a mi peón.

Era necesario cruzarlo, pasara lo que pasara, especialmente si implicaba sólo la pérdida de la comida y de una poca ropa. Mis acompañantes viajaban muy aligerados de los últimos artículos, pues cargaban todos sus efectos en la espalda.

Decidí vadearlo para comprobar la profundidad del río. Jacques, un tunante vocinglero en tierra firme, se rebeló ante la idea de jugarse el pellejo en el río. A punto de decidirme a correr la aventura, un nativo salió de la maleza, en la ribera opuesta. Jacques, liberado de su ansiedad, puso en juego la potencia de su voz para negociar con el indígena de la otra orilla. Bajo la promesa de la compensación liberal de un dólar el negro hijo de

Santo Domingo se quitó los atavíos, que consistían en unos pantalones de algodón y comenzó la faena. El río tenía por lo menos cien yardas de ancho y en muchos lugares llegaba hasta el pecho. La corriente era fuerte y rápida. Debo confesar que tenía mis dudas sobre el salvamento, sin que se empapara, del contenido de las árganas. Pero había que cruzar el río y por tanto mientras más pronto se realizara mejor.

Se desensillaron los caballos y en el primer viaje se dejó en la orilla, bajo el cuidado del peón, todo lo que no era transportable. Con el primoroso atavío de un sombrero de fieltro, subí a mi caballo, y Jacques imitó mi ejemplo. Colocamos mi ropa en las árganas, que mi bípedo porteador amarró juntas y se las colocó en la cabeza.

El indígena entró al agua, seguido por mí, mientras que Jacques formaba la retaguardia. La fuerza de la corriente exigía no poca habilidad ecuestre. Mi animal parece que carecía de instinto para cruzar un río, y varias veces estuvo a punto de ser arrastrado por el río, lo que me obligaba a hacerlo avanzar en sentido oblicuo a la corriente.

Al fin llegamos al agua poco profunda de la orilla opuesta y llegamos a tierra en buena condición.

Mientras el nativo iba de camino para traer el peón y el segundo juego de árganas, disfruté de un baño vigorizante en las aguas del Yuna. Después de una demora comparativamente corta yo y mis acompañantes subimos un risco bajo, sobre el que estaba situado el pueblo de Cotuí. Eran las ocho cuando llegué a la oficina del comandante del destacamento de las tropas estacionadas ahí.

...Subí por la primera montaña, y había llegado a la cumbre a la salida del sol. Como esto no era una cosa premeditada, la sorpresa fue apreciada debidamente. En el fresco aire de la mañana, el panorama era encantador. Gotas de rocío cristalino brillaban en el variado follaje. La vista poseía toda la diversidad y el encanto que siempre sorprende y admira al viajero que cruza las grandes montañas y las anchas sabanas del interior de Santo Domingo. Deteniéndome sólo un momento para echarle un vistazo al hermoso espectáculo, descendí al valle. A la subida de la última cadena de montañas, el camino seguía por la cumbre de una pendiente escarpada y peligrosa. Este era el último pico que teníamos que pasar. El panorama era ahora grande y amplio más allá de toda descripción. La región abarcaba una serie de amplias sabanas que terminaban en el distante y brumoso océano. A la derecha estaban los altos picos de Mariana Chica, Siete Puntos y San Martín, circunscribiendo el valle aurífero del río Haina. A la izquierda las montañas se convertían en una serie de cerros bajos, cubiertos por secciones alternadas de árboles y sabanas.

El descenso de la montaña fue difícil y peligroso. Las bajadas muy pendientes, los peñascos altos, los árboles y la maleza enmarañada, combinados con la lluvia, convirtieron esta parte del viaje en poco agradable.

En una ocasión, mi capacidad como jinete se probó dolorosamente. Mi caballo tropezó, cuando realizaba un pequeño descenso en el lado quebrado e irregular de la montaña. Pude sofrenarlo lo suficiente, en su descenso trastabillante y violento, cuando, incapaz de recuperarse, cayó de rodillas y rodó por el camino, mientras yo caía sobre un conjunto de arbustos.

Antes de llegar a las sabanas, el camino pasaba por el Paso de la Viuda (debería decir el Sillón de la Viuda, N. del T.), bautizado así, según me informaron, a causa del fatal accidente ocurrido a una rica señora que, mientras viajaba por la montaña, cayó, con el caballo, en uno de los precipicios de esta parte del camino.

...El terreno de ahí en adelante estaba inundado, y el viaje en consecuencia no era seguro ni agradable. El camino, al dirigirnos a la vía principal, se deslizaba por una faja de terreno bajo, empapado y cubierto de juncias durante una milla. El lodo en algunos sitios llegaba hasta el vientre de los animales. Mi caballo se cayó varias veces y tuve que desmontarme para poderlo sacar. Fue, por tanto, con una sensación de excesivo alivio que llegué al terreno firme de las sabanas. Tuve que ayudar a mi propio caballo a salir del lodazal durante el camino, de modo que ahora yo era una bella muestra del fértil y adhesivo lodo del Ozama.

A la puesta del sol arribamos al Isabela, un afluente del Ozama. El río estaba excesivamente crecido. Después de salir del terreno alto era necesario atravesar un cañaveral, con agua hasta la rodilla, antes de llegar a la orilla del río. Aquí encontré un barquero tuerto, ajado por los años y negro como el ébano. Sus esfuerzos físicos serían tan grandes en este último viaje que se requirió mucha labia y una paga extra, como aliciente, para cerrar el negocio satisfactoriamente.

El río cubría las márgenes y tenía cien yardas de ancho. De ninguna manera era vadeable. Como las negociaciones entre el diplomático Jacques y el barquero habían resuelto favorablemente los motivos de diferencia, se descargaron y desensillaron los caballos. La embarcación en que íbamos a realizar el cruce era una gran canoa, hecha de un tronco. Aquí se cargó una parte de mis bártulos. Tomé asiento en la proa, Jacques en el medio y el barquero, con el remo, en la popa. Los caballos tenían que pasar a nado.

CAPÍTULO XXXIII

La isla de Santo Domingo (Haití, Española), está situada entre los paralelos dieciocho y veinte de latitud norte y de tres a nueve grados al este de Washington. Se divide en dos partes políticamente independientes, la República Dominicana y la república de Haití. La anterior, enclavada en el este, ocupa tres quintos de toda la isla y tiene un área de unas 17,500 millas cuadradas. La superficie de esta porción es de diversa altura, desde sabanas

onduladas hasta montañas elevadas. El sistema de montañas consiste en dos cadenas principales, la norteña sigue el curso de la costa norte, de la que está próxima; la meridional, en general, va de este a oeste y está a unas diez leguas, tierra adentro, de la costa sur. Estas cadenas montañosas se dividen en dos grupos principales. Primero, las montañas de Samaná, que se extienden desde el este hasta el oeste de la península del mismo nombre con los picos del Diablo y Pílon de Azúcar. Segundo, las montañas de Macorís con los picos característicos de Quitaespuela y Cucurucho. Tercero, las montañas de Montecristi, que corren del este al noroeste, ciento veinticinco millas desde la Silla de Caballo, cuyos principales picos son pico del Norte (3,000 pies), Diego de Ocampo (3,600 pies), cerca de Santiago de los Caballeros, Santa Ana (3,000 pies), y Muraco (3,000 pies). Cuarto, la sierra del Cibao del lado norte, con una extensión de setenta y ocho millas de este a oeste. Quinto, las montañas de Constanza, que se extienden ciento veinte millas de este a oeste, con los altos picos de Entre los Ríos (6,700 pies) y el grupo del pico del Yaque (6,000 pies), al norte de éstos consiste en varias estribaciones pequeñas y bellas. Sexto, las montañas de San Rafael, que se unen, en el oeste, con los montes Negros y las lomas de Cahos, de ciento sesenta y ocho millas de extensión. Séptimo, las sierras de la Hilera (central), que se extiende por trescientas millas, por el este y el oeste, desde Sierra Gorda hasta el río Neiba (los cerros de El Seibo pertenecen a esta cadena; el pico más alto de la cadena montañosa es loma Zina con 9,300 pies de altura). Octavo, el grupo de serranías de Haina, Nizao, Baní y Azua, setenta y cinco millas. Noveno, las sierras de Neiba, de setenta y cinco millas de largo, con su pico más alto, loma de Panza, de 5,500 pies. Décimo, las sierras del Maniel y de Bahoruco, que se extienden setenta y ocho millas de este a oeste.

Entre estos grupos de montañas, cubiertas de vegetación profusa hasta las mismas cumbres, existen valles de fertilidad sin ejemplo, como sigue:

El valle de Neiba, el más occidental, corre a lo largo de la vertiente meridional, y es de una extensión de setecientas millas cuadradas. El río Neiba y una cadena de montañas lo separan, al este, de las llanuras de Azua y Baní, y, hacia el oeste está limitado por el río Las Damas y el lago Enriqueillo. El valle de Azua, que abarca una extensión de 1,300 millas cuadradas, posee un suelo de extraordinaria riqueza. Al oeste de la capital, la ciudad de Santo Domingo, está el rico valle de Baní, que se extiende del río Nizao hasta Ocoa. Esta parte se adapta admirablemente para el pastoreo, como también las excelentes tierras arables cerca del puerto de Sabana Grande de Palenque en la desembocadura del Nizao.

Al este de la capital está la inmensa vega llamada Los Llanos, o las Llanuras, que se extiende desde el río Ozama hasta el punto más oriental del país. Antiguamente los españoles tuvieron grandes cañaverales, hoy en día, sólo se ve un poco de ganado.

El gran valle, superior en fertilidad a todos los otros, es la Vega Real. Está ubicado en el centro de la isla, entre dos cadenas de montañas, y está bañado por los numerosos ríos que forman el Yaque y el Yuna –el primero desemboca en la bahía de Manzanillo, en el noroeste, y el otro en la bahía de Samaná, en el este. La extensión de terreno abierto es de doscientas cuarenta millas de largo y de treinta a cuarenta millas de ancho. Este valle es el jardín de la isla y tiene un clima saludable.

CAPÍTULO XXXIV

Es natural suponer que una superficie tan diversa y un suelo tan fértil sirvan para el cultivo de una gran variedad de productos agrícolas. Se encuentran en todos los lugares de la isla bosques inmensos de caoba, pero se consideran mejores los de la región sur. Se emplea cerca de un quinto de la población del país en el corte y el embarque de esta madera preciosa. Parecería que su existencia es inagotable, pues hay numerosos bosques que no han sido tocados. El árbol de capá, parecido al roble blanco, se halla en gran abundancia en las porciones meridional y oriental de la isla. Es más pequeño y retorcido que el roble, y tiene con él más o menos la misma relación que la que tiene la encina perenne con el roble de las praderas de los Estados Unidos. El espinillo, o doradillo, se encuentra en la parte sur de la isla, pero es más raro que las otras maderas preciosas. El guayacán de Santo Domingo es famoso. Entre las maderas de tinte se cuentan principalmente el fustete y el campeche o palo de tinte. Este último abunda en la parte meridional. Los otros árboles consisten en especies de roble, algarrobo, cedro amarillo y negro, ceiba, brasilete, cabirma, pichipén², almendra, tamarindo, mango, palma y naranja de varias clases. La palma es especialmente útil para los nativos. El aceite de las semillas constituye uno de los artículos básicos de consumo doméstico. Las semillas también sirven para alimentar los puercos cimarrones, que constituyen la riqueza principal de los montañeses. Con cierta parte de la penca se hacen sombreros, cestas, aparejos, árganas y serones. De este valioso árbol se sacan también las tablas para las casas de los indígenas y las yaguas –la corteza exterior cercana a la copa– se emplean para techar las casas y para otros propósitos.

Los productos agrícolas que se adaptan al terreno y al clima son el tabaco, el azúcar, el café, el cacao y el algodón, y una variedad casi infinita de frutas. El tabaco que halló colón en la isla era de una clase muy superior y la planta cultivada de tabaco goza de una justa fama. El tabaco de mejor calidad se cultiva en la gran llanura de Cotuí y la Vega, y se lleva a Santiago para la venta, y de ahí a través de las montañas del Cibao se traslada a Puerto Plata para el embarque. El cultivo de azúcar casi desapareció después de la partida de los españoles. Los escasos propietarios de la vecindad

²Pichipén (*Pinus occidentalis*). (C.E.D.)

de San Cristóbal, Palenque, Azua y el Maniel, que enviaban su cosecha a la ciudad de Santo Domingo, produjeron 3,000 serones en el año de 1862, al costo de dos centavos la libra en los fundos. El cultivo de este artículo ha aumentado durante los años recientes, pero se consume casi completamente en el país para la manufactura de ron y melaza, o se come la caña.

El cultivo de café es insuficiente para cubrir las necesidades de la población, pero en relación con el cacao ha tenido mucho éxito. En el país observé en algunos sitios numerosos cafetos, que aparentemente se daban silvestres, pero en realidad eran unas plantas muy resistentes que habían soportado la maleza que ahora cubre las antiguas plantaciones españolas.

El algodón se da espontáneamente en forma de arbusto. Produce un promedio de 150 a 200 cápsulas, y crece en los terrenos más pobres y en las hendiduras de las rocas. Lo he visto medrar entre los escombros de los pueblos en ruinas. En tiempos de Colón se manufacturaba la hilaza de algodón en gran abundancia y los indios cambiaban grandes bolas de algodón de veinticinco libras de peso por baratijas de vidrio. Colón, como impuesto, obligó a cada indio a suministrar una arroba de algodón de veinticinco libras cada trimestre. La resina del guayacán, conocida con el nombre de guayacol, es también un importante producto industrial. Merece mucha atención la cría de abejas y la producción de miel y cera, que ha tenido mucho éxito. La bija, que produce un excelente colorante llamado por los franceses *rocón*, se da espléndidamente. El añil, o índigo, que se cultivó antiguamente en grandes cantidades para exportarlo a España, ahora sólo se conoce como una cizaña que perturba a los agricultores.

La naturaleza ha derramado su tesoro con mano pródiga sobre Santo Domingo. El nativo, que no está acostumbrado al trabajo y lo detesta, encuentra alimento abundante y silvestre en los bosques y en los sotos. En la calidad, cantidad y variedad de los frutos, ninguna isla del mundo supera a Santo Domingo.

La producción más importante, como artículo alimenticio, es el plátano y luego el guineo. Ambos se dan en gran abundancia. El plátano, que se considera una legumbre, es un producto importante en el régimen alimenticio. Se halla siempre en el menú de los ricos, o en la tosca mesa de los pobres. Se prepara de varios modos –asado, hervido, o cortado en pedazos y frito. Existen varias variedades de ambas especies. En el guineo, el guineo manzana es la fruta más grande, aunque el guineo hembra es más delicado y delicioso. El plátano florece en forma de bellos conos de color púrpura. Durante todo el año se pueden ver los racimos de frutos maduros o en maduración.

Luego del plátano y el guineo, en su uso por el hombre, va el coco. Este frutal prodigioso prospera de modo notable. En un año un solo árbol, con suelo y condiciones apropiadas, según se dice, puede parir hasta doscientas nueces, en tanto que en condiciones más pobres la producción sólo es de

cuarenta nueces en el mismo lapso. Según me informaron, el tiempo usual para que el árbol fructifique se puede rebajar a cinco años si se le echa varias veces al año una pequeña cantidad de sal en el corazón de las pencas. El fruto tiene numerosos usos. La parte comestible es muy agradable; el agua se toma, y la leche se emplea para cocinar. El aceite, manufacturado de la copra, posee virtudes medicinales para mejorar o curar las contusiones, la fiebre reumática, y hasta se dice que es invaluable para los trastornos pulmonares. El aceite además sirve para otros usos domésticos; es también un producto comercial. La jícara sirve para hacer tazas y platos. La madera del árbol se emplea para la construcción y las hojas sirven para diversos propósitos, como la fabricación de macutos, árganas y esteras.

El pan del país se fabrica con la raíz de la yuca. Se conoce en esta forma con el nombre de casabe, un producto de la dieta alimenticia heredado de los pobladores aborígenes de la isla. La yuca se guaya y se mezcla con leche de coco, después de lo cual se hacen grandes tortas finas, y, según el estilo primitivo de los habitantes originales de la isla, se cuece, colocando la torta dentro de hojas de palma, y poniéndola en el fuego. La arepa, una especie del pan de maíz preparado por los indios norteamericanos, hecha con maíz tierno, se emplea extensamente y no es desagradable al paladar. Se prepara con maíz tierno, sin la tusa, y se mezcla con una cantidad de coco rayado. A la masa se le añade leche de coco, y se cuece igual que el casabe. No hay dificultad en disponer durante todo el año de yuca y maíz. La yautía, generalmente silvestre, produce un tubérculo que ocupa el lugar de los plátanos, la yuca y el ñame en tiempos de escasez.

Entre las frutas se cuenta el mango, un bello árbol. Produce a la edad de cuatro años y durante los meses de mayo y junio. El caimito es una fruta redonda y pulposa, que se cosecha más o menos en febrero y llega hasta marzo. La guayaba produce durante todo el año. La guanábana, a la que se califica a menudo de "limonada sólida", a causa del gusto ácido y refrescante, sirve para satisfacer el apetito humano, durante los meses de febrero y marzo, y cesa de producir en abril, y florece de nuevo, y da otra cosecha a mediados del verano. También encontramos la deliciosa y semiácida granada, el cremoso anón, el tamarindo, la ciruela silvestre, la piña y el limoncillo, en la época apropiada.

El jengibre y el arruruz³ se producen de modo notable y además de sus usos medicinales sus hojas largas y de un verde brillante, muy semejante a los lirios de los jardines, forman un hermoso bordillo para los paseos. También con estas raíces se fabrica un vino delicioso, de mucha aceptación en la isla. Los limoncillos sirven también para hacer una bebida agradable.

Se siembra mucho el higüero, una especie de calabaza tropical, en razón de las vasijas útiles para el uso doméstico que se hacen de la fruta.

³Debe ser el arrarú o ararú (*Maranta arundinacea*). (C.E.D.)

Entre los vegetales que mejor se dan en la isla se cuentan el espárrago, los frijoles, los tomates, el molondrón, la berenjena y los pimientos, que están listos para su empleo en mayo, y el maíz tierno, el repollo, la remolacha y la chirivía⁴, más tarde.

Durante los meses de invierno, en las latitudes nórdicas, cuando la naturaleza, habiendo realizado el ciclo anual, permanece ociosa, el agricultor de Santo Domingo disfruta de una temporada muy ocupada sembrando maíz, algodón y caña de azúcar. En verdad, durante todo el año el campesino tiene que realizar labores apropiadas: la preparación del terreno y la siembra de las semillas en la tierra, y además tiene ante sí la madurez que no termina nunca de los frutos y de las cosechas. Es sorprendente la velocidad con que crece toda la vegetación. Cada mes rinde ganancias económicas y tienen sus bellezas. La temporada de las rosas se inicia en febrero y dura, con profusión interminable, cinco meses. Marzo es el mes preferido de las flores y las frutas. En abril están listos todos los vegetales para la mesa; en Nueva York se dispone de ellos en junio. En mayo florecen el tamarindo, la ciruela silvestre, la granada, la guayaba y el café. Los anones y la guanábana se dan entre la temporada del caimito, en febrero y marzo, y el mango, en junio y julio. El maíz, sembrado en febrero y marzo, está listo en septiembre. La yuca requiere de seis a ocho meses, y los enormes tubérculos del ñame requieren de ocho a diez meses. Es un hecho singular que las plantas sembradas en octubre y noviembre tengan menos follaje y maduren más lentamente que las plantadas en el verano.

La principal producción de artículos agropecuarios de la isla, distribuidos por distritos son:

Santo Domingo: Caoba, guayacán, maderas de tinte, cera, cueros y azúcar.

Azua: Caoba, un poco de azúcar. El distrito de San Juan, en esta provincia, es famoso por sus pastos y se cría una gran cantidad de caballos y ganado. Los cueros son aquí el principal artículo de exportación.

El Seibo: En esta provincia, la fuente principal de ingresos es la crianza de ganado, aunque también se tala una cantidad considerable de caoba.

La Vega y Santiago se dedican principalmente a la siembra de tabaco. Estos dos distritos se conocen con el nombre general del "Cibao" y forman las porciones más pobladas de la república. La gente, también, se destaca particularmente por su laboriosidad.

Es un hecho notable que Santo Domingo no tenga animales salvajes. La verdad es que corretean unos cuantos cerdos realengos por los bosques, pero difícilmente se les puede dar el título de animales feroces. Ni tampoco hay serpientes, excepto una especie similar a la culebra de rayas amarillas, y tan inofensiva como ella. Se pueden encontrar ocasionalmente en los bosques escorpiones, tarántulas y ciempiés.

⁴Planta de la familia de las umbilíferas de raíz carnosa y comestible. (C.E.D.)

RAMÓN GONZÁLEZ TABLAS:
HISTORIA DE LA DOMINACIÓN Y ÚLTIMA GUERRA DE ESPAÑA
EN SANTO DOMINGO (1870)¹

CAPÍTULO II

Sobre las condiciones que reúne la isla de Santo Domingo para ser considerada como país privilegiado, tiene la muy apreciable de contar en su interior ríos caudalosos navegables aun para buques de gran porte, y otros infinitos, que aunque menores, están brindando inmensas utilidades a la agricultura, a la industria y al comercio.

Sus puertos y bahías son en gran número, y los más frecuentados, Santo Domingo, Puerto Plata, Samaná, Puerto Caldera y Monte-Cristi.

Los principales ríos, son el Ozama, que desemboca en el mar, bañando las murallas de la capital; el Isabela, que se le une como a dos leguas tierra adentro; el Yuna, que desemboca en Samaná, y los no menos caudalosos, el Jaina y el Nigua, que desaguan por la parte del sur, no lejos de Azua y Baní.

En derredor, y a poca distancia de La Española, hay otras islas menores, amenas y frondosas, y que bien merecen se fije en ellas la consideración.

Prescindiremos en esta parte como en toda la relación que estamos haciendo, de las islas que caen al frente de la república haitiana y al mencionar las de La Española hacemos referencia a las que pertenecen a la parte que tres veces fue nuestra.

En el sur, hallarán en el mapa los lectores la isla Beata; su terreno es magnífico, tiene ricas arboledas, excelentes pastos y muchos ganados. Hoy está desierta, pero estuvo en tiempos muy poblada. Su extensión es de ocho millas de E. a O. y de seis de N. a S. con un circuito de treinta, próximamente. Al O. tiene esta abandonada isleta un excelente puerto con nueve brazas de fondo. Muy cerca de la Beata están otras menores llamadas *Los frailes* y *Altovelo*.

La isla Catalina, al S. de La Española, también ofrece alguna importancia con sus buenos terrenos y sus ganados silvestres. De E. a O. tiene como dos leguas y de N. a S. tres cuartos.

Cerca de ésta se halla al E. la isla Saona, importante por más de un concepto. Santomas, Curazao, las Turcas y otras islas que en las Antillas poseen naciones europeas, son mucho más pequeñas que la solitaria Saona. Tiene como 18 leguas de circunferencia, seis de E. a O. y dos y media de N. a S. Cuando arribó a ella Cristóbal Colón, la encontró bien habitada y cultivada, gobernándola un cacique soberano independiente de los que mandaban en Santo Domingo. Su suelo es feraz, despejado y pintoresco, tiene excelente agua, abunda mucho en ganados silvestres y extraordinariamente en aves.

Por último, dejando de mencionar algunas otras isletas, que aunque de menor extensión, no por eso dejan de ser excelentes, diremos que al O. de

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Ed. de Santo Domingo, Santo Domingo, 1974.

la Saona y más cerca de Puerto Rico que de la Española, hay dos islotes llamados la Mona y el Monito, con buenas condiciones de ser pobladas.

La Mona tiene dos leguas de E. a O. y una de N. a S., y para que pueda formarse juicio de sus buenas cualidades, bastará decir que los Reyes Católicos la cedieron como una muestra de espléndida generosidad, a Bartolomé Colón, hermano del almirante, y el agraciado se dedicó a cultivarla, sacando de ella grandes riquezas. El Monito es de menor importancia.

La Isla de Santo Domingo tiene un suelo tan feraz y rico en producciones naturales, que tuvieron que reconocerlo así los primeros españoles que fueron a ella, por más que aquellos hombres aventureros por excelencia, eran muy poco dados a indagar las circunstancias agrícolas de los países que iban descubriendo y conquistando.

Gonzalo Fernández de Oviedo fue uno de aquellos soldados que corriendo de una a otra isla de las Antillas, y gran parte del continente americano, se estableció, por fin, en La Española, y dejó a la posteridad una excelente obra de sus viajes y empresas, con curiosísimas noticias que sirven de raíz para la historia. Al tratar Oviedo de dar una idea del territorio dominicano, no halló en su imaginación un medio más claro, una figura más pintoresca, que hacer una comparación entre Santo Domingo, Sicilia e Inglaterra, concluyendo por conceder a la Antilla grandes ventajas.

Pocos ignoran que todo país inmediato a los trópicos lleva consigo mismo condiciones vegetales favorables: debe saberse que aun entre aquellos países privilegiados por su situación geográfica, la isla de Santo Domingo es de las más favorecidas y más fértiles del universo entero.

Hállanse vegas inmensas y llanuras dilatadas, fáciles de cultivar y de hacer de regadío con la multitud de ríos y arroyos que la serpentean que no bajan de trescientos; y la más fecunda imaginación no podría calcular las fabulosas riquezas que allí podría utilizar la agricultura.

La Vega real hacia el norte de la isla, cuenta con unas diez leguas de ancho por ochenta de largo. Cristóbal Colón y sus compañeros, al ver aquella prolongada llanura, prorrumpieron en gritos de admiración y fue ella la causa que hubo para que se fundara La Isabela, primera población de la isla.

Lo que se llama despoblado de Santiago, entre los ríos Camú y Dajabón, es otra preciosa llanura que no baja de 25 leguas de largo con su anchura correspondiente. Las planicies de Baní, Azua, San Juan de la Maguana, el territorio llamado Los Llanos, porque está plano, como nuestros campos de la Mancha, y el que se denomina la ribera del Ozama, son todos sitios que, como otros que dejamos de nombrar, están convidando a una colonización populosa para hacerla rica y feliz. Interpuestas con la sabiduría y acierto con que Dios acaba sus obras, hay al par de las llanuras, montañas y sierras de prodigiosa altura.

Todavía no creemos que esté bien averiguado cuál de las dos partes, llana o montuosa, sea la más importante y productiva en la isla de Santo

Domingo. Los árboles de ricas maderas y los inagotables tesoros mineralógicos, están en las montañas, y sus pastos suelen ser más exquisitos, dando brillantes resultados los terrenos roturados de sus laderas.

Los indígenas habitantes eran poco inteligentes en la agricultura y teniendo escasa cantidad de animales con que alimentarse, debe inferirse que la parte más esencial de su subsistencia consistía en la gran cantidad y variedad de frutos silvestres que tanto abundaban y aún abundan por los bosques.

Es general en las Antillas la creencia de que las frutas de La Española son de mayor tamaño y más exquisitas que las de cualquiera otra isla, incluso la de Cuba. Hay con superabundancia piñas, plátanos, cocos, mangos, mameyes, guanábanas, papayas, guayabas, mamones, nísperos, marañones y otras especies de frutas, dulces, frescas y alimenticias que fuera molesto enumerar.

Sin que hubiera tanta variedad ni abundancia como en las frutas, tenían los indios varias raíces, de que sacaban buen partido para su alimento, tales eran la yuca, de que hacían sus tortas de casabe, la patata, el boniato y otras.

Pero el suelo de Santo Domingo fue más agradecido a las importaciones de Europa que el de ésta lo ha sido con las plantaciones indianas, pues según dice el historiador de las Indias, el padre Acosta, en el capítulo 31 de su historia natural:

“Mejor han sido pagadas las Indias en lo que toca a plantas, que en otras mercaderías, porque las que han venido a España son pocas y dándose mal; las que han pasado de España son muchas y dándose bien”.

Y en otra parte dice el mismo autor:

“Cuando por acá se da de esto casero y de provecho, hortalizas, legumbres, verduras de todas suertes, porque han sido cuidadosos los que han ido en llevar semillas de todo, y a todo ha respondido bien la tierra”.

Para que la isla de Santo Domingo sea, como es, de un suelo el más fértil que la imaginación pueda concebir, reúne cuantas circunstancias para ello son necesarias, como son excelente calidad de la tierra, sol ardiente y humedad constante, ya por el riego de sus innumerables ríos y arroyos, ya por las continuas y muy frecuentes lluvias, sin distinción de estaciones, ya también por el copioso rocío que por las noches refresca las plantas.

Desde el principio de la ocupación de la isla por los españoles, se importó la caña de azúcar, traída de las islas Canarias, según Oviedo, como un objeto de curiosidad que empezó a plantarse en los jardines y en los huertos; pero su multiplicación fue tan rápida y portentosa, que incitó a su cultivo con tal atención, que en menos de veinticinco años existían ya en Santo Domingo, según afirma el P. Valverde:

“Veinte ricos y poderosos ingenios corrientes y molientes, y otros tres que estaban para moler en el año de 1535”.

Debiendo advertirse que entonces llamaban únicamente ingenios a aquellos cuyas máquinas eran movidas por el agua, y además por la misma época existían trapiches movidos por caballos; pero luego que pasó aquella primera época, el aumento de la elaboración del azúcar ha sido muy considerable; porque si desde un principio los buques iban todos cargados de aquel valioso artículo para surtir a la Península, pronto fue necesario solicitar y obtener permiso para exportar al extranjero, y principalmente para Flandes, el sobrante de azúcar y mieles.

El café ha sido quizá la segunda semilla cuya plantación probó en La Española de una manera admirable. Donde quiera que hay o hubo un case- rí o pueblecito, allí se hallan las buenas matas o arbustos y aun corpulentos árboles de café.

Está demostrado que su calidad no es tan buena en los países llanos como en los montes y terrenos pedregosos, pero en cualquier sitio en que se cultiva con algún esmero e inteligencia, es tan superior como el más exquisito del universo. Hay en la isla un pueblo que toma el nombre de Moca, porque el café de su jurisdicción es, a juicio de los más inteligentes, tan bueno cuando menos como el tan ponderado de la Arabia.

El cacao se produce igualmente de excelente calidad y en tanta abundancia como se quiera cultivar.

El algodón y el añil se producen con suma facilidad, y en el día yacen en completo abandono tan ricos artículos.

El tabaco, de tan excelente calidad, que ha disfrutado por largo tiempo su preferencia al mejor de la Vuelta de Abajo de Cuba, se reproduce con tal facilidad y abundancia, que ha llegado a ser en el país planta silvestre. Por muchos años del siglo pasado ha surtido a la fábrica de Sevilla. En la actualidad es el primer producto que tiene la isla, y con su exportación principalmente se surten los naturales de cuantos efectos del exterior necesitan.

Además de estas producciones, universalmente conocidas por su general uso, hay en La Española otras muchas exóticas e indígenas que omitimos enumerar por no hacer digresivas descripciones de plantas poco conocidas en Europa.

De todas las magníficas y ricas producciones que hoy posee la isla de Santo Domingo, creemos la más fácil de explotar el artículo de maderas de construcción, en que abunda, hasta el punto de rayar en lo increíble.

Si quisiéramos hacer una relación un tanto circunstanciada de los montes y de los preciosos árboles que contienen, sería salirnos del propósito que nos impusimos de ser sucintos. Así, pues, haremos una muy

rápida revista de estos productos tan ambicionados en Europa, que en La Española yacen perdidos y son de la propiedad del primero que los quiera.

Hay prodigiosa cantidad de caobas, y lo que aún es más apreciable, hay mucha que hoy se conoce con el nombre de caracolillo, porque forma unos ojos, unos dibujos y unos caprichos tan extraños con su vetado, que duplica su valor.

Hay fustete, que es una madera hermosa y amarilla, que generalmente se usa para tinte, aunque por su buena consistencia podrían hacerse muebles muy preciosos.

Hay robles, hácana, la caya², el guayacán y el quiebra-hachol³, cuyas maderas se hacen casi incorruptibles y sólo tienen el inconveniente de ser inmanejables frecuentemente por su excesiva dureza.

Hay abundancia de candelón, cuya madera de color encendido, como la candela de donde ha tomado el nombre, es también dura hasta rechazar los instrumentos de acero, si no están perfectamente preparados.

Hay superabundancia de cedro, de naranjo silvestre y capá, maderas que dóciles al hacha son útiles y preciosas para muebles, y con decir que todos los árboles frutales son de buena madera para construcción, nos ahorramos largas explicaciones.

Existe además otra clase de árboles y maderas que podemos llamar preciosas, tales son el ébano, el granadillo negro, el catey, el palo nazareno, llamado así por sus vetas moradas, el de tabaco muy buscado para bastones, por sus caprichosas manchas negras y amarillas, el guanajo, el cuerno de buey y otros árboles y arbustos de sumo valor para adornos y hacer preciosidades.

Como en este capítulo nos hemos propuesto dar a conocer únicamente las maderas llamadas de construcción, hemos omitido hablar de la gigantesca ceyba, del coco y de la variedad de palmas de que tantísimo abunda la isla.

El palo campeche es tan sumamente abundante en las cercanías de Monte Christi, que en los trece meses que estuvo allí acantonada la división expedicionaria, la tropa guisó siempre sus ranchos con aquella madera que en Europa se vende muy cara y por onzas.

Cuando los españoles llegaron por vez primera a Santo Domingo, se hallaron con la extraña novedad de que los naturales y el país sólo tenían cuatro especies de cuadrúpedos, de tan poco tamaño, que ninguno de ellos llegaba al de un gato y tan poco abundantes, que según dejaron escrito los compañeros de Colón, muy pronto los consumieron.

Designábanlos con estos nombres: Jutía, Tuemi, Mubuy y Cory. De la primera de estas cuatro especies aún se conservan en la isla algunos ejem-

²*Cleome spinosa*. (C.E.D.)

³Quiebrahacha (*Krugio dendron ferreum*). (C.E.D.)

plares, y en la de Cuba hay muchísimos. Son unos seres tímidos e inofensivos, habitan en las copas de los árboles y viven de frutas y raíces. Su forma es bastante parecida a la de una gran rata, pero con pelo tan fuerte que se asemeja a la cerda, siendo sus manos como las del mono.

Luego que los españoles determinaron establecerse en la isla, importaron a ella algunas parejas de ganado caballar, vacuno, de cerda y cabrío. La propagación fue tan portentosa, que jamás se hubiera podido imaginar tan extraordinaria multiplicación.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea algún tanto aproximada de la prodigiosa cantidad de animales útiles y de la mayor estimación que ha poseído, y hoy mismo posee La Española, deberán tener presente que Oviedo, al ponderarla, habla de los primeros años de la colonización y cuando tenía más pobladores; pues cuando los ganados monteses pudieron vivir a su anchura y pastar en los terrenos elaborados, que la escasez de habitantes iba dejando yermos, entonces el transcurso de los años hizo que por cada uno de ellos, hubiese miles de reses de las importadas de Europa.

Así se explica que los insurrectos hayan podido subsistir en sus cantones, lejanos de todo auxilio. A diversos prisioneros y presentados en la parte del sur, del Seybo, de Guanuma, de Monte-Christi y Puerto-Plata, les hicimos siempre la pregunta de lo que comían, y todos nos contestaban unánimes "carne". Nos consta que los jefes enemigos no cuidaban del alimento de sus fuerzas, sino permitiendo la matanza de los ganados que se hallaban por los cantones, y cuando más, si había personas vecinas de las cercanías, lo que se hacía era regularizar el destrozo y dar ya muerta la ración de carne.

Por el norte de la isla abundan mucho el ganado asnal y cabrío, el caballar también es común, sus condiciones son excelentes, aunque generalmente de poca alzada. Las vacas y cerdos son la verdadera riqueza pecuaria del país, y seguramente que bien explotada esta mina, bastaría para hacerlo rico.

Si con la frondosa vegetación, templado clima y bosques interminables con que cuenta la isla de Santo Domingo, no fuera también rica en aves, sería una aberración de la naturaleza; pero como jamás hace Dios imperfectas sus obras, con justa proporción a la sempiterna verdura de sus campos, ha sabido poblarlos de preciosos habitantes de pintadas plumas.

Las aves útiles, alzadas o domésticas, que posee un país, aumentan su verdadera riqueza y ningún otro más rico en este concepto que La Española.

Prosiguiendo en nuestro propósito de no parecer exagerados, copiamos aquí un párrafo del librito ya citado del padre Valverde, sacerdote respetable, hijo del país; dice así:

"Toda la isla está poblada de cuatro especies de palomas; las unas cenicientas y grandes como una polla; otras hay torcaces como las de España, y son de un morado claro, grandes y de excelente sabor, y las otras dos de morado oscuro que

tira a negro, de las cuales unas tienen cierta coronilla blanca y otras no, ambas un poco más pequeñas que las torcaces y aunque de buen gusto, no tan excelentes como las primeras; pero mucho más abundantes, y tanto, que en la misma ciudad y sus alrededores, por los meses de abril, mayo y junio, se ve pasar desde el medio día hasta el anochecer, de la parte Poniente hacia el Oriente una columna casi continuada, cuanto alcanza la vista de N. a S. de estas se matan millares fuera de la ciudad, principalmente en un manglar que está al N. y en todas las estancias de la parte del este. Cuando el viento es un poco fuerte, que no pueden levantarse mucho, es diversión ordinaria subirse a las azoteas a tirarlas”.

Otro autor copiaremos también para no cargar con la responsabilidad de dar ascenso a frases no creíbles para todos. Dice Oviedo:

“Gallinas como las de Castilla no las había, pero de las que se han traído de España, se han hecho tantas, que en parte del mundo no puede haber más. Ni por maravilla sale un huevo falto de cuantos se echan a una gallina, etc.”

Las bandadas de gallinas de Guinea se encuentran por todos los bosques de Santo Domingo con tanta frecuencia como por España las perdices. Hay muchas tórtolas, faisanes, pavos reales y cotorras, cuya caza no solamente es divertida, sino muy útil y que podría ser de mucho lucro en otro país donde las cosas tuvieran su justo valor. Las aves acuáticas que se hallan en ciertas localidades, como a orillas del mar del Sur, de lagunas y remansos de ríos, están en gran cantidad y de las más apetecidas especies. Los patos, los gansos, los cisnes, los flamencos, etc., han logrado formar islas de guano.

Y si después de haber enumerado estos pájaros de suma utilidad para la industria, comercio y alimento del hombre, intentáramos hacer una reseña de aquella otra parte de avecillas que al parecer sólo han venido al mundo para excitar nuestra admiración por sus preciosísimos plumajes, por sus melodiosos cantos, fuera ya una empresa de suyo larga y por eso ajena de esta obra.

Debiéramos dejar aquí este punto, pero no resistiremos el deseo de decir, aunque sea plagiando el estilo de Oviedo, que en parte del mundo no puede haber más sinsontes. Estábamos a punto de comparar su abundancia con la de los gorriones en España. Los soldados en Monte-Christi los cogían por docenas, y cuando tomaban las crías de los nidos, venían los padres a darlas de comer. Tampoco callaremos otro particular; vimos en aquel campamento gran abundancia y mucha variedad de pájaros-moscas de muy diminuto tamaño y de una hermosura inexplicable. También era fácil cogé-los, pues disparándoles un tiro cerca, aunque en dirección contraria a donde estaban, caían unos muertos y otros atontados.

En la isla de Santo Domingo no hay animales feroces ni reptiles venenosos; existen sí el caimán, la iguana, el lagarto, el majá y culebras de varios tamaños, pero que jamás acometen al hombre.

Los insectos son algunos verdaderamente venenosos. En los sitios húmedos, abundan los alacranes, los ciempiés y las arañas peludas. De éstas, que los naturalistas europeos admiran porque son poco vistas, se crían en la campiña de Monte-Christi, con tal abundancia que en poco rato pueden recogerse docenas.

En la campiña y en algunos de los bohíos encontramos algunos ejemplares de un ser viviente, de especie completamente desconocida para cuantos allí le vimos. Los indígenas le llaman *el palito* por su figura, y también le denominan *la guitarra* por su canto. Los que hemos visto semejante ser, le comparamos a un palito seco de rosál por su color y por sus nudos. Suele ser largo, como de una cuarta, grueso como una pluma de ave de las que se usan para escribir. Se mueve perezosamente sobre cuatro patas largas y flacas y tiene unas alas cortas como las del grillo; pero lo que más de particular tiene, y es la razón porque nos detuvimos hablando de él, es que su picadura es casi siempre mortal, según nos han asegurado varios dominicanos. A los pocos días de haber llegado al campamento de Monte-Christi, se presentaban en el hospital varios soldados muy graves que no sabían decir lo que tenían, y sin que los médicos descubrieran en ellos otra cosa que los síntomas de un envenenamiento.

Concluiremos esta parte, manifestando, en resumen, que los ríos de Santo Domingo y los mares que le circundan, son fecundísimos en la cría de todas las especies conocidas.

SAMUEL HAZARD:

SANTO DOMINGO, SU PASADO Y SU PRESENTE (1873)¹

CAPÍTULO XIII

Una hermosa mañana nos reunimos una parte de nosotros para emprender una expedición a caballo por las cercanías, que nos reportaría mucho entretenimiento gracias a la colaboración de un grupo de nativos. Nuestros caballos se habían allegado por diversos medios, aunque ninguno de ellos, con sus arreos originales y sus jinetes libremente vestidos, podría participar en un desfile de gala. En particular dos o tres de nosotros presentábamos un aspecto ridículo: un robusto militar del oeste que insistía en tomar el caballo más pequeño, y el doctor era más exigente en el tamaño de la silla que en la calidad de su montura, mientras que los demás habíamos escogido bastante al azar.

Por suerte, nuestros caballos se mostraron de mejores cualidades que de aspecto, pues el tamaño no es un criterio de valía en los caballos dominicanos, que están dotados de maravillosa resistencia y rapidez de movimientos,

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Ed. de Santo Domingo, Santo Domingo, 1974.

siendo su andar muy parecido al de los caballos cubanos, una especie de trote o amblar.

Al oeste y al norte de la ciudad el terreno es bastante quebrado y rocoso, pero al poco cambia de carácter y se vuelve muy agradable, aunque a cierta distancia el terreno es bastante nivelado y el suelo está compuesto de una arcilla rojiza laterítica.

En los viejos tiempos los alrededores de la ciudad eran famosos por la belleza de sus jardines y los encantos de las fincas de recreo o casas de campo que poseían la mayoría de los ciudadanos ricos, pero actualmente han desaparecido en su totalidad, y uno sólo se encuentra con la "finca" ordinaria o huerto de frutales, aunque a lo largo de la costa se han establecido algunas hermosas propiedades.

Sin embargo, es curioso que en Santo Domingo, donde la naturaleza es tan exuberante en helechos, frutos y flores, el hombre parece haberse preocupado muy poco del cultivo de estos vegetales, y es de lo más raro hallar siquiera un asomo de huerta, ya sea en el campo como en la ciudad. La explicación que me ha dado la gente invariablemente al preguntarles el por qué de esta falta ha sido "¿con qué fin?; tan pronto como lo hubiéramos hecho sería destruido por otra revolución".

La mayoría de las Antillas son notorias por sus cavernas o cuevas subterráneas, y Santo Domingo participa en alto grado de esta peculiaridad, pues estas grutas se hallan en cualquier parte de la isla.

En la orilla oriental del Ozama, a unas dos millas de la ciudad, se halla la curiosa "Cueva de Agua", que contiene un vistoso lago natural formado en una gruta rocosa en la que hay muchas estalagmitas de formas curiosas.

Sin embargo, las más notorias de estas grutas son las de Santa Ana, uno de los santuarios de los nativos, que venían a adorar a sus zemes o dioses.

Nuestro grupo se dirigió a esta gruta tras circunvalar la ciudad; traspasando la puerta occidental y en frente del gran cementerio, que se levanta desnudo y desolado justo al lado de las murallas de la ciudad, llegamos a la llanura de matorrales que se extiende por detrás de la ciudad, hasta que, al introducirnos directamente en el bosque por un sendero de herradura, quedamos protegidos del sol por el denso follaje, que al reunirse sobre nuestras cabezas formaba en muchas ocasiones arcos naturales bajo cuyas sombras protectoras quedábamos como aislados del mundo exterior, encontrándonos a cada recodo del camino con hermosas vistas de palmeras, cocoteros y lianas, así como de matas en flor, que eran encantadoras, mientras el aroma y la fragancia de la vegetación, aún perlada del rocío matutino, eran especialmente deliciosos. Aquí también nos encontramos la hierba de los mayas,



HELECHOS DE SANTO DOMINGO

en la que ya había madurado el fruto amarillo que, comido en pequeñas cantidades, actúa como moderado purgante. Tras cabalgar cierta distancia contratamos en una de las casas a nuestro guía, un muchacho negro que sacaba agua vestido sólo con unos pantalones y exponiendo su espalda desnuda al ardiente sol que no parecía importarle. Al llegar a un alto seto, que no podíamos saltar ni rodear, hicimos entrar tras una pequeña oposición a nuestros pequeños y fogosos caballos en la mata de chicalote, lo que hicieron al fin decididamente.

Entonces descendimos por un estrecho camino que atravesaba verdes terrenos hacia una senda umbría que se hundió repentinamente en la entrada de la gruta, que consta de una doble arcada formada por grotescos pilares de caliza coralina, y uno de cuyos arcos permite la entrada de visitantes a caballo. Alrededor de estas columnas crecía la espesa vegetación tropical, y las plantas parásitas que colgaban de las ramas de los árboles daban a la entrada un aspecto hermosísimo.

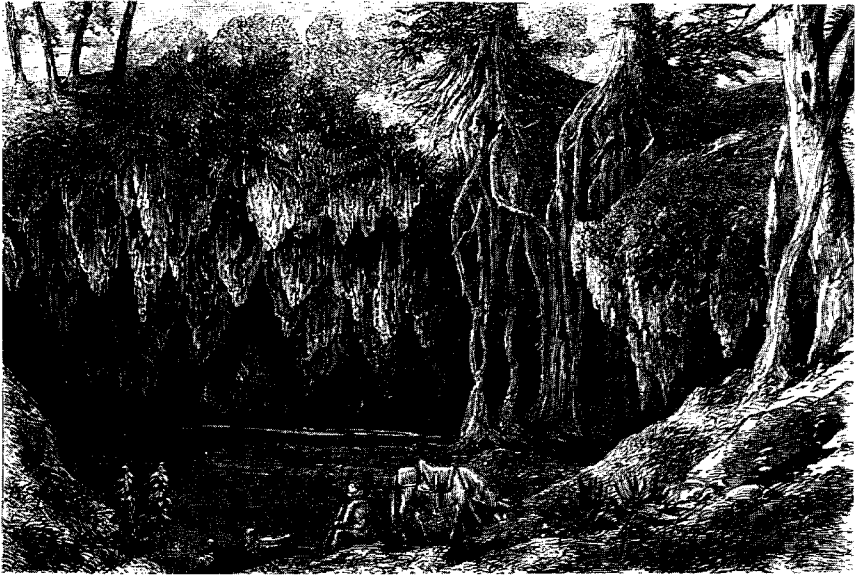
Como estaba montado sobre el caballo más corpulento del grupo, consideré a veces necesario agacharme sobre la silla para evitar golpearme con la cabeza en el techo, con lo que calculé que la menor altura de la gruta, desde el suelo al techo, era de unos siete u ocho pies.

Esta entrada forma una especie de salón doble, tras el que llegamos a un anfiteatro rocoso de unos trescientos pies o más de diámetro.

La visión era verdaderamente extraña, pues el anfiteatro tenía el aspecto de haber sido un lago antiguamente, y sus paredes estaban formadas de la misma roca, amasada en grotescos estratos de formas extrañas, en cuya base rodeaban todo el circo las entradas de las cavernas; arriba se hallaba el cielo azul claro inusitadamente brillante, y la exuberante vegetación de la isla asomaba al borde superior del anfiteatro, al que daban gracia y belleza con sus formas y polícromas; los airosos zarcillos de las enredaderas se enroscaban en los troncos de los árboles, cuyo espeso y umbroso follaje tamizaba la luz que entraba en la cavidad, tapizada de piedras y masas rocosas de variadas formas, desordenadas en salvaje confusión, y el musgo, los helechos y las matas que se arrastraban y crecían en todas las hendiduras se unían con su belleza a aquella escena agreste, extraña y maravillosa.

Lo que daba un aspecto todavía más interesante, si así puedo expresarlo, fantástico al anfiteatro, eran las largas e innumerables raíces de los árboles que se hallaban al borde de la roca, y que parecía como si hubieran arraigado en una tierra que al haber sido arrastrada por soliflucción hubiera dejado a las raíces reunidas en manojos de diez a treinta raíces cada uno, que al crecer hacia abajo, enraizando finalmente en el substrato, parecían columnas de madera, pues resaltaban sobre el fondo oscuro de las cavernas.

Entramos en varias de estas grutas y no distinguimos nada más que sombras y mochuelos, apenas asustados por la luz de nuestras débiles candelas. Aunque estas cuevas son extremadamente interesantes por mostrar



CLEVAS DE SANTA ANA

los fenómenos de la naturaleza, no tienen ni el brillo de las cuevas cristalinas de Bellamar en Cuba ni la grandiosidad y extensión de nuestra Cueva del Mamut en Kentucky. De cualquier modo, constituyen una visión fantástica las formas de los pilares y paredes con sus diferentes matices de oscuridad, que hacen a uno esperar la aparición de algún monstruoso demonio o un ermitaño de aspecto salvaje preguntándonos con qué derecho su soledad es turbada por seres de un lejano mundo occidental.

...Al oeste de la provincia de Santo Domingo se halla el famoso distrito de Azua, que empieza en el río Ocoa y se extiende hasta la línea divisoria, comprendiendo en sus límites los municipios de Azua, Neyva, Barahona, San Juan, Las Matas, Bánica, etc., la mayoría de los cuales se hallan en la porción disputada del mapa y comprenden algunas de las mejores partes de la isla, aunque ahora se hallan totalmente desorganizadas a causa de las constantes invasiones de los habitantes de la frontera haitiana unidos a algunos refugiados dominicanos, que dirigidos por el General Cabral, un antiguo líder dominicano, mantienen al territorio situado al oeste de Azua en un estado de tensión militar semejante al de nuestra frontera india.

La frontera occidental del territorio dominicano empieza, como veremos al mirar el mapa, en la orilla sur del río Pedernales, que discurre al oeste de la elevada cordillera conocida con su nombre indio de Bahoruco.

Estas montañas, que se elevan majestuosamente desde las fronteras dominicanas, descienden con suave pendiente hacia el mar y en dirección sudoeste, formando una costa frente a la que se encuentra la pequeña isla de Beata.

Valverde dice que estas montañas son extraordinariamente fértiles y poseen un excelente clima, y cita como ejemplo que un oficial español que había subido a ellas en busca de unos fugitivos cubrió las tiendas de su destacamento con hojas de repollo lo que da buena muestra de su tamaño.

...Continuando en dirección al norte de Cabo Beata, la primera bahía de importancia es Neyba, en la que desemboca el río del mismo nombre, que nace en la mencionada montaña y baña una buena extensión de terreno.

La región occidental había sido ocupada por los Marrones o negros fugitivos, y constituía la primitiva provincia de Xaragua.

En los primeros días de la conquista estas laderas se dedicaban al cultivo del azúcar, y Saint-Méry, que fue plantador, calcula que en las dos llanuras adyacentes a la costa habría establecidas unas 250 plantaciones de azúcar, capaces de emplear en su época a más de 50.000 negros, mientras que en la llanura de Neyba, regada por el río, se podían establecer unas 150 plantaciones más.

Al tener el Neyba varias bocas que forman marjales o terrenos pantanosos, la Bahía de Neyba no es para esta región un puerto tan bueno como el de Barahona, un poco más al sur, y que es capaz de ser mejorado en alto grado, e incluso se dice que Toussaint había empezado a establecer allí una importante ciudad cuando la llegada de los franceses puso fin a todos sus planes.

Todo el territorio situado al este del curioso lago Enriquillo se conoce vulgarmente con el nombre de Llanura de Neyba, que en general es bastante fértil.

...Al norte, a orillas del Neyba, se encuentra el precioso valle de San Juan, famoso en todos los tiempos por su gran fertilidad y la salubridad de su clima, aunque últimamente ha sido el objetivo de las incursiones de Cabral.

En los viejos tiempos todo este distrito comprendía la provincia de Maguana, gobernada por el jefe Caonabo. La ciudad de San Juan es una antigua plaza y embargo, redimida por el aspecto respetable del venerable y sobresaliente "Doctor".

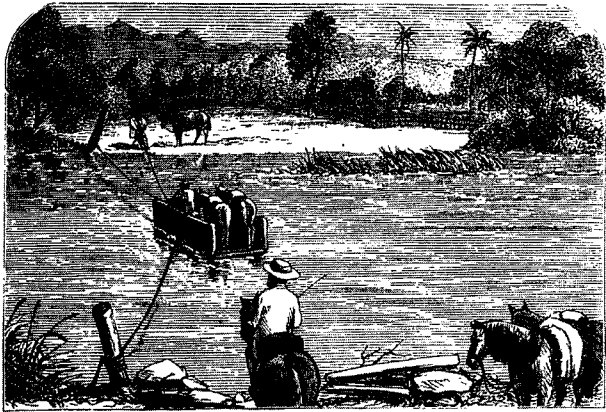
Pero *vamos, señores*; estamos ahora sobre las colinas donde nos paramos unos minutos para organizar más perfectamente nuestra columna, y desde esta vieja aldea miramos por última vez la ciudad de Santo Domingo.

Es realmente una hermosa vista con esta mañana fresca y luminosa de febrero, de una atmósfera tan clara como el éter y un cielo tan azul como el cobalto; a nuestros pies la hermosa y soñolienta ciudad con sus musgosas murallas y sus torres cubiertas de hiedra, las graciosas palmeras que salen de los patios cerrados, que constituyen un panorama extraño pero bello e interesante, a la que el mar de azul brillante, con sus olas espumosas, daba un fondo brillante y lleno de movimiento.

Espoleando nuestras monturas, pronto atravesamos las cuatro millas que nos separaban del transbordador con el que íbamos a cruzar el Isabela, un brazo del Ozama, que es el río a cuya orilla se halla Santo Domingo.

El camino hasta este punto había sido bastante bonito, recorriendo un terreno ondulado colonizado a medias por las cabañas del habitante negro o la casa del blanco; el suelo estaba poblado principalmente por matorrales, grupos de palmeras y plantaciones de plátano, de cuyo producto se sirven los habitantes como comida, verdura y pan. El plátano, que es una clase basta de banana con una carne seca y feculenta, tanto se puede hervir como asar.

Nuestra llegada al transbordador no pareció impresionar a los barqueiros negros que estaban en la otra orilla, pues no parecieron apresurarse para servirnos con su barcaza, hasta que el enérgico “juramento” del Profesor, acompañado de la muestra de un documento oficial y el grito de “servicio oficial” los sobresaltó y les hizo venir a atendernos. El transbordador era un enorme lanchón plano, y su maquinaria consistía en una cuerda. El río tenía aquí más de cincuenta yardas de ancho; sus aguas eran clarísimas y corría rápidamente entre orillas cenagosas; inmediatamente des-



CRUZANDO EL ISABELA

pués de cruzarlo tuvimos que subir por un camino empinado, embarrado y muy quebrado hasta llegar a terrenos más elevados, donde, tomando el camino principal, continuamos nuestro viaje, atravesando constantemente los bosques, que aunque interesantes para nosotros por el extraño aspecto de las plantas y los árboles, no son dignos de mención especial. Nos alegramos cuando a mediodía, hora a la que el sol tenía fuerza incluso para penetrar el espeso follaje, se nos anunció la parada de mediodía.

Nos detuvimos a orillas de una pequeña corriente de agua fresca, conocida como “El Yuco”, cuyas límpidas aguas utilizamos para hacer un ponche frío preparado con las naranjas agrias que cogimos de los árboles que nos daban sombra, cuyo jugo, mezclado con ron dominicano, constituye un ponche fenomenal.

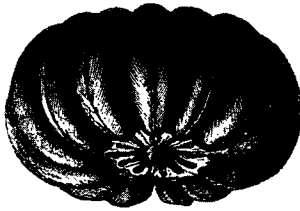
Esta fue nuestra primera experiencia en la acampada, y, si nos creen, jamás se ha disfrutado más en una comida que con este frugal almuerzo de bocadillos de “sardina” y ponche frío.

...Ya recobrados volvimos a montar, abriéndonos camino por el embarrado camino del bosque, en el que, de vez en cuando, nuestros oídos eran

sorprendidos por agudas detonaciones semejantes a disparos de pistola, que sin embargo, procedían del higüero o jabillo, cuyo fruto se asemeja ligeramente a una salvadera, tiene forma de tomate acanalado, y que al secarse explota por el calor del sol.

Estas explosiones tienen lugar sólo a mediodía, cuando el sol se halla en su apogeo, y su estampido causa en ocasiones un buen sobresalto.

Al cabo de varias millas de marcha llegamos a campo abierto, a la vista de unas hermosas sabanas, que aunque son un tanto onduladas llevan el nombre genérico de "Llanos" o praderas, y que parecen granjas naturales, pues están formadas por un profundo suelo negro de la mejor calidad, cubierto de hierba larga y abundante, entre la que de vez en cuando destacaban grupos de árboles.



FRUTO DEL HIGÜERO

El país me recordaba mucho a las tierras bajas de Minnesota, excepto en que el horizonte estaba aquí ribeteado por un hermoso panorama de cumbres nubosas, hasta cuyos mismos pies se extendían estas magníficas llanuras, preparadas para la llegada del agricultor. Como ya caía el crepúsculo, se consideró aconsejable escoger un lugar para pasar la noche, en especial cuando algunos componentes del grupo, no acostumbrados a cabalgar, podían sufrir a causa de una primera jornada de veinte millas, especialmente por unos caminos como los que habíamos recorrido.

Así lo hicimos, deteniéndonos en La Tosa, como se llama la estancia, que consta de una simple cabaña con uno o dos anejos, todos construidos de la misma humilde manera, ocupando una pequeña loma en una de las mencionadas sabanas; a su espalda hay un cinturón boscoso atravesado por un arroyo de agua clara.

Nos levantamos de mañanita, y el Doctor y yo bajamos a un arroyo cercano para tomar un baño estimulante en las frescas aguas de la límpida corriente.

El rocío persiste en la hierba abundante, y al pasar por el bosque el aire estaba cargado con la fragancia de la rica vegetación, entre la que pendían innumerables naranjas con sus mejillas doradas perladas por el rocío. El aire era fresco y tonificante, como lo es siempre de madrugada en esta isla.

Escogiendo un remanso del arroyo que formaba una especie de piscina natural, disfrutamos de la claridad y frescura del agua, que saltaba espumante por unas rocas musgosas a cierta distancia más arriba; verdaderamente, toda la escena podía haber pasado por un paraje de las Adirondacks de no haber sido por un inmenso árbol cruzado en la corriente que estaba cubierto con las plantas peculiares tan sólo de los trópicos.

...De nuevo a caballo, cabalgamos unas ocho millas por unas soberbias praderas onduladas capaces de transformarse en las mejores plantaciones

de azúcar. El día, claro y brillante, cegaba con el reflejo de la pureza de la atmósfera, lo que aquí constituye una constante cotidiana, excepto en la estación lluviosa, que comprende mayo y los meses siguientes.

Volvimos a cruzar el río Ozama, el mismo que habíamos dejado profundo y turbio en Santo Domingo y que aquí discurría rápidamente por su lecho arenoso con sus aguas claras como el cristal tentando al cansado jinete que lo vadea con su agradable sabor y su aspecto refrescante.

Cabalgando por este valle del Ozama encontramos un país casi totalmente despoblado, aunque se pueden conseguir fincas con sólo pedir las; la población está dispersa y raramente se ve una casa, aunque una tosca cruz de madera levantada al borde de una senda casi invisible indica al cansado viajero que siguiendo la pista hallará un alojamiento de cualquier tipo, ya sea a unos metros como a una milla de distancia.

Atavesando ahora un territorio de bosque denso en el que se puede crear el más simple sustituto de un camino simplemente quitando la maleza y talando los árboles que acierten a encontrarse en línea recta, llegamos a una hacienda llana o sabana conocida como La Luisa, que, cubierta de hierba larga, es similar a nuestras praderas de Illinois, aunque mucho más variada y hermosa, y aquí y allá salpicada de charcas formadas por el agua de lluvia, tan abundante en toda esta región de la isla.

...Al cabo de cinco millas llegamos al pie de la Cordillera, que levantándose aquí a una altura de unos 3.000 pies, recibe la denominación de "Sillón de la Viuda", en cuya cara sur se hallan las fuentes del Ozama.

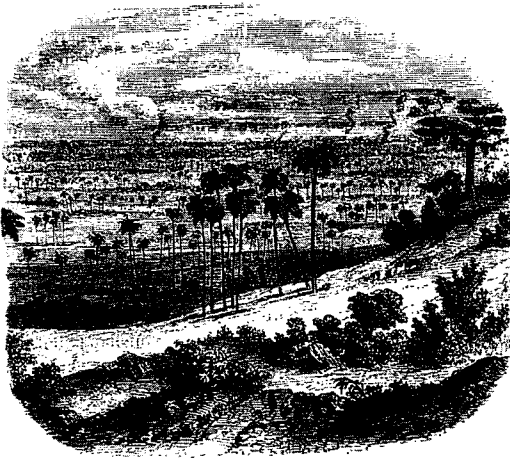
Cabalgamos por verdes pendientes y escarpados desfiladeros de arcilla seca, excepto en algunos lugares del camino donde un arroyo que se escurre de la montaña mantiene el suelo mojado; subimos colinas boscosas en las que se ven todo tipo de plantas parásitas, tanto en su forma incipiente de un simple haz de hierba sobre la rama de algún árbol, como colgando en extrañas sogas leñosas como en graciosos festones o entrelazadas formando robustos conjuntos ramosos; apretando las rodillas y sujetando los estribos, o casi abrazando el cuello del animal, con una mano asiendo firmemente un mechón de crines para no caer, coronamos la cima de la montaña, donde desmontamos y atamos nuestros caballos para, abriéndonos vía por entre la maleza, llegar a una abrupta punta saliente al borde del precipicio.

¡Era el "Paso de la Viuda", y allí estaba el gran corazón montañoso de la isla, con el prominente Pico Yaque lejano y esfumado!

Teníamos ante nosotros un panorama desarrollado como un enorme mapa topográfico, con cada punto marcado en claro relieve por la propia naturaleza, para que no pudiera haber confusión posible entre colina y hondonada, montaña y valle.

Pendiente abajo se levantaban las copas de los árboles de la cercana montaña; más allá la pendiente de una alta montaña, y más cuevas y valles

cubiertos de selva, entre los que acá y allá destacaba un retazo marrón claro de sabana, y en lontananza se sucedían hasta atajo a través de la selva, y llegaron sin ningún contratiempo; pero todos nos alegramos cuando el profesor prefirió ir por el mismo lecho de un arroyo antes que seguir por el



VEGA REAL

camino; remontando su curso seguramente encontraríamos un fondo guijarroso, aun a costa de salpicarnos de agua pura. Esa escena extraña y salvaje creo que ninguno de nosotros la olvide jamás, pues remontando el arroyo pasamos por una estrecha terraza aluvial en cuyo centro estaba la pequeña corriente, sobre la cual se formaba en ocasiones una bóveda vegetal tan espesa, integrada por las ramas y el follaje de los árboles ribereños, que ocultaba comple-

tamente la luz solar; entonces vimos por agujeros en la maleza grupos de palmeras y otros árboles extraños en una pradera tras la que se levantaban las colinas cubiertas de gigantescos árboles del monte sobre los que habían crecido los más densos y graciosos doseles colgantes de la enredadera formando un paisaje que parecía que la misma naturaleza hubiera adornado y festoneado sus márgenes en honor del representante del progreso encarnado en la humilde persona del Comisionado White.

Finalmente volvimos a tomar el camino, y pasando repentinamente del bosque a campo abierto, vimos por primera vez una parte de la tan renombrada Vega Real, cuyo nombre fue dado, al parecer por el mismo Colón, sólo a la llanura situada entre Samaná y Monte Cristi; pero al surgir nuevas aldeas se restringió la amplitud de la denominación, que se aplicó a la comarca de la Vega y sus alrededores. Actualmente esta denominación comprende toda la llanura comprendida entre la sierra de Monte Cristi y el sistema del Cibao, más conocido como la Cordillera, extendiéndose hacia el oeste desde Samaná hasta la frontera haitiana, cerca de Monte Cristi.

En este inmenso valle están comprendidas las mejores tierras y las principales ciudades de la isla, incluyendo Cotuí, Macorís, la Vega, Moca, Santiago de los Caballeros, Guayubín y Monte Cristi, y aunque hay mesetas abundantes no se debe suponer que todo el territorio es una pradera llana, pues incluso muchas de las praderas que lo componen son muy onduladas, y cadenas de montañas rompen la llanura en diferentes puntos. Pero hoy en

día la principal riqueza agrícola de la isla se centra en la “Vega” o el “Cibao”, como se llama igualmente; y aunque hasta ahora habíamos encontrado pocas casas en nuestro viaje, empezamos a encontrar, al acercarnos a la región en que tanto cambiaba el carácter del territorio, más signos de cultivo y población.

...Cruzando varias sabanas llegamos finalmente a orillas del río Cevicos, que vadeamos prontamente cabalgando seguidamente por una avenida herbosa y sombreada por las palmeras, cocoteros y bananos, hasta llegar a la aldea del mismo nombre, donde nos detuvimos como de costumbre en la cabaña de un ciudadano negro.

...Cabalgamos cuarenta millas, las peores que he hecho en mi vida, hasta que llegamos a Cotuí, por caminos que no eran tal, subiendo por pendientes resbalosas de arcilla y bajando por declives rocosos que en algunos lugares eran tan estrechos y ofrecían un apoyo tan peligroso que nos vimos obligados a desmontar y fustigar a nuestros caballos para que bajaran, mientras nosotros lo hacíamos agarrándonos con las manos a las ramas y matas a la vez que perdíamos pie constantemente. Ya pueden todos exclamar y rogar “¡Dadnos caminos!”, que nosotros diremos “¡Amén!” de corazón.

CAPÍTULO XVI

A una milla y media del río Yuna, en el centro de la sabana, se halla la antigua ciudad de Cotuí, una de las que fueron establecidas originalmente por los españoles, a unas ochenta millas de la ciudad de Santo Domingo, a la misma distancia de la Vega en el norte y a unas treinta y cinco millas del punto más cercano de la Bahía de Samaná.

...Bajo unas circunstancias favorables todo favorece su crecimiento, ya que está situada a orillas del río Yuna, el mayor río navegable, exceptuando al Artibonite, de toda la isla.

Este río nace en las colinas rocosas del valle de Constanza, corre por lo general en dirección este y pasa a una milla y media de Cotuí, desde donde continúa su curso atravesando la gran llanura de la Vega Real y desemboca finalmente por varias bocas en la Bahía de Samaná, tras haber recorrido unas 200 millas.

Es alimentado por innumerables corrientes, y es actualmente navegable para las embarcaciones hasta Almacén, unas cuarenta millas río arriba; pero las canoas no encuentran dificultad en subir hasta Cotuí, siendo la profundidad del río en la estación seca de varios pies, y la anchura de unas 150 a 200 yardas. No sería difícil reformar el canal para que pudieran pasar barcazas, y en tal caso Cotuí se convertiría en el puerto de embarque agrícola de toda la región.

...De muy buen grado partimos de Cotuí al siguiente día de madrugada, pues aunque esta gente nos había tratado bien, uno pronto se aburre de un lugar donde no hay absolutamente nada que ver o hacer, y el moreno Co-

mandante parecía deseoso de sacar el mayor partido de nosotros, pues en estos lugares la llegada de un extranjero distinguido es extremadamente rara.

Por consiguiente consideró su deber despedirnos en el camino, y montado en un pequeño y fogoso caballo, pareció enorgullecerse de desplegar sus conocimientos de equitación, por los que son notorios todos los dominicanos.

De una manera sencilla, esta agente, con sincera cortesía, hizo todo lo que estuvo en su poder para honrar al “huésped de paso”, y si parece que hable jocosamente de su aspecto y sus hábitos, no es con deseo de ridiculizarlos, sino como una descripción verídica tal como yo los veo como extranjero.

Llegamos finalmente a orillas del río principal, el Yuna, una de cuyas ramas habíamos cruzado poco después de salir de Cotuí; vimos aquí que debíamos descargar los caballos que llevaban nuestro equipaje y hacerlos atravesar el río a nado y colocando sus cargamentos en canoas, a la vez que nosotros nos vimos en la necesidad de cruzar el río medio a nado y medio vadeándolo.

El río era muy ancho y su corriente rápida; las orillas eran bajas y arenosas; al igual que su lecho, pero todos conseguimos atravesarlo sin accidente excepto el escritor, que con su habitual buena suerte, consiguió llenarse las dos botas de agua.

...Dejando atrás el Yuna y sus afluentes, entramos en un camino deliciosamente umbrío y tapizado de hierba, del que recorrimos varias millas llegando a la orilla del arroyo en el que hicimos nuestra parada de mediodía para comer.



“CAMINO REAL”

Por la tarde seguimos recorriendo terreno llano, ora sabana, ora ligeramente ondulado y boscoso, hasta que nos encontramos con el “Camino Real”, una amplia avenida en el bosque, que pese a hallarse actualmente en un estado deplorable, denotaba la evidencia de que en alguna

época se había intentado convertirlo en una carretera regular, pues las palmeras reales que habían sido plantadas en línea para sombrear la ruta seguían dándole un aspecto imponente y agradable. Pero la carretera en sí estaba llena de barro y agua, y el firme, abarrancado y acanalado, se asemejaba al de nuestros caminos de troncos, con la diferencia de que aquí se diría que habían sido sustituidos por salientes de barro recocado por el sol.

Este acanalado es debido a que los animales que atraviesan esta carretera pisan en el mismo lugar que los que les preceden, y estos canales, que se ablandan al llenarse de agua, van profundizando cada vez más, de modo que el viajero que sigue esta ruta nota cómo su caballo pisa en los surcos y lomos, a la vez que el jinete se balancea como si fuera a camello.

Varias horas de este traqueteo hicieron que nos alegráramos mucho cuando por fin llegamos a las márgenes del Jaina, tributario del Yuna, y pudimos refrescarnos con un baño en su clara e impetuosa corriente, de unas veinte yardas de ancho y más de nuestra montura de profundidad. Para pasar la noche nos detuvimos en la hermosa sabana que ostenta el romántico nombre indígena de Hu-man-i-cu.

...Cuando finalizó el desayuno tuvo lugar una reunión general de los ciudadanos, pronunciándose varias alocuciones, y tras despedirnos, salimos de la villa escoltados por el Gobernador y muchos otros, a los que también se agregó el padre, que con la sotana recogida y montado en un pequeño y brioso caballo, desafió a todo el grupo a una carrera que habría ganado sin duda; pero tras vadear el río avivamos la marcha, con lo que pronto estábamos en camino hacia Moca.

Pero a seis millas de la Vega íbamos a ver un lugar en el que estábamos más interesados que en cualquier otro sitio de la isla, y del que habíamos recibido lo que considerábamos fabulosas descripciones. Era la famosa colina del "Santo Cerro" de Colón.

El camino por el que viajábamos era muy romántico y bonito, aunque fragoso, y dejándolo repentinamente empezamos a subir por una senda muy estrecha y pedregosa que conducía a lo que parecía una protuberancia rocosa que destacaba por encima de las copas de los árboles.

Al continuar descubrimos que estábamos ascendiendo a una colina aislada, y cuando superamos los árboles de la parte más baja, empezamos a contemplar soberbias visiones de parte de la Vega Real.

Sin embargo, ninguno de nosotros se esperaba el panorama que vimos ante nosotros al alcanzar la misma cima de la colina, extendiéndose ante nosotros en todas direcciones toda la famosa Vega Real de Colón.

El lugar en el que nos hallábamos era el famoso Santo Cerro, famoso en la historia de la isla como el lugar en que se produjo un gran milagro en favor de los españoles.

...Aparte de lo histórica que sea esta colina y sus alrededores, nos depa-
ró el gran placer de poder contemplar diríase que toda la isla a nuestros pies; muy por debajo de nosotros, a derecha e izquierda, se extienden los miles y miles de leguas de esta noble y hermosa llanura conocida dentro y fuera de la isla como la Vega Real. Enfrente nuestro, mirando al norte y extendiéndose hasta casi perderse de vista, se elevaba, brumosa, imponente y majestuosa, la Sierra de Monte Cristi, que se extiende casi hasta Samaná,

cuya bahía, con sus aguas azules y nebulosas, o reflejando el sol, podíamos percibir como una mancha en lontananza.

Desde la base de la colina en la que nos hallábamos hasta la cadena montañosa se extendía la vasta llanura, tranquila y sedante, rota acá y allá por la cinta plateada de un riachuelo, o el rizado humano azul que denotaba la situación de algún pueblo o cabaña. Es una llanura como la que se ve desde Catskill, en Nueva York, o el Dyke, en Inglaterra, en un día claro, aunque de carácter muy opuesto, pues aquí no se veían ricos campos de cereales ni bonitas granjas o limpias aldeas, denotando una agricultura cuidada y próspera. No; aquí no sé veía nada más que la naturaleza, una naturaleza hermosa ciertamente, pero salvaje e inculta, en la que la palmera, el cacao y todo tipo de árboles del país gozaban de un dominio indisputado en esta inmensa extensión de terreno, que con el trabajo y el capital unidos a la inteligencia y la industriosisidad, se convertiría en una perfecta huerta de flores, frutos y hortalizas.

Pareceré muy materialista ante tales panoramas, pero no podía dejar de pensar en la esperanza de que pronto se podrá ver el humo de la locomotora del proyectado ferrocarril, que llevaría el progreso, la civilización y la cultura a esta soberbia región.

Descendiendo de la colina, despedimos al padre y sus amigos, y acompañados por el gobernador, pronto continuamos nuestro viaje. A poca distancia de la base del Santo Cerro, nos señaló el grupo de piedras que marcaban parte del emplazamiento de la antigua Concepción de la Vega, a la que dio nombre la llanura.

...En la época de los primeros españoles éste era el principal lugar del que partían sus incursiones; aquí estuvo el foco del motín de Roldán, y cuando Bobadilla llegó de España, Colón recibió aquí las noticias de su llegada.

En años posteriores, el país se arruinó tan completamente que se llegó a olvidar el paso usado por los antiguos españoles para visitar las minas del Cibao, y no fue redescubierto hasta muchos años después.

Es extraño que este mismo paso, que conduce al valle de Constanza, es poco conocido, y sin embargo, este valle es famoso como uno de los lugares más deliciosos de la isla. Dicen que tiene unas cinco leguas de perímetro, y está bien irrigado por encantadores manantiales. El pasto es bueno para todo tipo de ganado, y por el otro lado comunica con el maravilloso valle de San Juan, al que ya se ha aludido. Se da por cierto que los caballos son aquí excelentes, y las ovejas y cabras crecen sorprendentemente. El lugar es tan frío que durante ocho meses del año se necesitan gruesas mantas en la cama, y en la estación cálida la carne se mantiene fresca varios días.

En la parte más elevada de las cercanas montañas hay a menudo una ligera escarcha, y en el valle generalmente es confortable y necesario encender fuego al atardecer. Antiguamente éste era un territorio famoso por su

trigo, y los que han conseguido penetrar en algunas partes de este misterioso valle aseguran que aún hay habitantes blancos, y que las mujeres incluso tienen cabellos rubios y ojos azules semejantes a los vizcaínos.

Era mi intención penetrar en este paraje desconocido, pero al no poder conseguir un guía, me vi obligado a creer la afirmación de que es actualmente impenetrable, y que, de hecho, no ha sido atravesado desde hace muchos años por hombres blancos.

...Las sierras que lo rodean son muy altas, oscilando algunas de sus cumbres entre los 7,000 y 9,000 pies de altura; y todos los nativos creen que hay oro en abundancia por la naturaleza del cuarzo.

Me inclino a creer, por lo que me han contado y lo que he visto en las cercanías, que este valle es similar a los de la región de Yateras, al este de Cuba, de los que por experiencia personal puedo atestiguar que son de un clima, una salubridad y un suelo soberbios.

Y así, pensando en el lejano pasado y el casi desconocido presente de este maravilloso territorio, continuamos nuestro viaje hacia Moca, pasando por una región tolerablemente colonizada a ambos lados del camino por los diversos tipos de granjas conocidos como "fincas", "estancias", "ingenios" y "conucos", fundos de pequeño tamaño en los que se cultiva tabaco, trigo y plátanos, se elabora cañamiel y melazas de modo rudimentario y se deja crecer el café casi en estado silvestre.

En el aire acogedor de la tarde llegamos a la vista de la hermosa ciudad de Moca, situada en una llanura al pie de las grandes montañas que la abrigan, y empezamos a notar la inmensa diferencia entre la temperatura de la costa y la del país montañoso, como se llaman estas llanuras elevadas y estas montañas.

CAPÍTULO XVII

Ya llevábamos ocho días de viaje, casi siempre sobre la silla, atravesando un país que podría considerarse una selva prehistórica. Hasta nuestra llegada a Cotuí, el país estaba tan escasamente poblado que sólo en ocasiones nos encontrábamos casas al lado del camino.

Casi sin comer, expuestos al sol y en ocasiones mojados por los enojosos chaparrones tropicales que se iban tan aprisa como habían llegado, aún seguíamos todos animados y con buena salud, a pesar de los pronósticos del mal pensado, y así iniciamos nuestra etapa de quince millas desde Moca a Santiago, la famosa ciudad del "Cibao".

Montando en nuestros caballos, y acompañados por una brillante escolta, dejamos atrás de mañanita la agradable ciudad de Moca, con su aspecto alegre y sus bonitas muchachas, y tomando una continuación del Camino Real, nos encontramos en un territorio mucho más densamente colonizado.

El camino era ancho, umbrío y en general bastante seco, aunque de vez en cuando nos metíamos en algunos tramos de mal aspecto, en los que teníamos que esforzarnos por salir del barro pastoso.



RÍO YAQUE

La tierra era en todas partes de la marga más fértil y negra, similar a la de las espléndidas tierras del Mississippi, y a ambos lados del camino encontramos viviendas mucho mejores y plantaciones más intensivas; pero de cualquier modo subsiste aquí una completa ausencia de un cultivo sistemático del terreno.

...Pronto apreciamos que nos íbamos acercando a una ciudad importante, pues nos encontrábamos constantemente con recuas en el camino, cargadas de tabaco con destino al principal depósito, Santiago.

Pasamos después por campos de guayabo silvestre, atravesamos acres enteros de tabaco de hoja ancha, maíz y otros productos, a la vez que nos encontrábamos a cada paso sotos de ramón, cuyas hojas comían los caballos y el ganado como si fueran hierba.

...Habiéndome apartado del camino, uno de los funcionarios me llevó al borde de una escarpa, desde la que vi, muy por debajo nuestro, el ancho y rápido Yaque, cuyo curso se había estrechado bastante; éste es el famoso río de oro de Colón, que atravesando el corazón de la isla, avena algunas de sus llanuras más fértiles, cuyos límites terminan abruptamente en el Yaque, muchas veces en forma de precipicios. Este río, también conocido como el Yaque o el Yaque Grande, nace en las montañas cercanas al Pico Yaque, y su curso se extiende a lo largo de unas doscientas millas, desembocando finalmente en la Bahía de Manzanillo. Posee muchos afluentes, y sus aguas riegan y fertilizan una vasta extensión de territorio, pudiéndose fácilmente transformar en un amplio canal por la naturaleza de sus márgenes. Su curso

es tan tortuoso que Colón, al cruzarlo varias veces, creyó que se había encontrado con varios ríos diferentes, por lo que le puso diferentes nombres.

CAPÍTULO XVIII

Cuando nuestra expedición alcanzó Santiago, encontramos que, debido a medidas tomadas con otros Comisionados, Mr. White no pudo disponer del tiempo necesario para llevar a efecto sus deseos de visitar Puerto Plata y las tierras que se extienden hacia el noroeste de Santiago hasta la Bahía de Manzanillo y Monte Cristi. Como quiera que ambos, el doctor y yo, habíamos visitado ya Puerto Plata, el comisario nos rogó que hiciéramos este viaje por tierra y le informáramos sobre el mismo en Monte Cristi, mientras él alcanzó el barco y emprendió el viaje por mar; habiéndonos, pues, puesto de acuerdo, rápidamente hicimos los preparativos necesarios y retuvimos con nosotros dos de los peones (sirvientes), con los abastecimientos necesarios así como los caballos precisos, mientras el resto de la expedición acompañaba a Mr. White.

...La región que teníamos intención de visitar es famosa en toda la isla por su buen clima y saludable ambiente, al punto de considerarla como un auténtico paraíso; lo único que le faltaba para ser merecedora de esta denominación era una mayor abundancia de agua.

Posteriormente, en la mañana del 3 de marzo, una hora o dos después de habernos dejado Mr. White y sus acompañantes, emprendimos nuestra marcha saliendo de Santiago, y tras vadear el río Yaque, cuya corriente volveríamos a encontrar en Manzanillo, abordamos el ancho camino que conduce a Monte Cristi, y del que se dice que es la única vía continua en la isla que se puede encontrar en los mapas.

Encontramos un camino seco y polvoriento, cuyo suelo estaba formado principalmente por arcilla blanquecina, y en algunos lugares por grava roja y arcilla, sin embargo, era ancho y limpio de barro, bastante sombreado y con sus bordes poblados de árboles, por lo demás, con poco trabajo y menos gasto, nos pudimos hacer con plaza en un excelente coche de tiro dedicado a llevar a Monte Cristi los productos que ahora buscan su salida por Puerto Plata.

Recorriendo unas ocho millas de este camino hasta el lugar donde se desvía hacia Puerto Plata, encontramos unas tierras faltas de interés y muy despobladas, hasta el punto que determinamos recorrer la margen sur del Yaque, que era poco conocida y más interesante, y aunque más larga de recorrido, atraviesa las hermosas tierras del valle que forman el lecho del Yaque.

Siguiendo luego un riachuelo, dimos con la desembocadura del río principal, en cuyo lugar los márgenes del mismo quedaban muy bajos y el ancho del mismo era de unas 100 brazas aproximadamente, por el que



CAMPO DE CACTOS, CERCA DE MONTE CRISTI

pasando sobre un lecho de grava descendían las aguas con gran rapidez; sin embargo, la corriente era tan fuerte, que nos obligó a cambiar de dirección y dirigir nuestras cabalgaduras enfrentándolas directamente a la misma, dejándonos arrastrar un largo trecho por la corriente del río, mientras nuestro guía desde la orilla nos señalaba con la mano la dirección que debíamos conservar. Arribados a la otra orilla, dirigimos nuestros caballos ahora por la orilla sur, y continuamos nuestro camino atravesando de nuevo las tierras bajas junto al río pobladas de arboleda, y con gran sorpresa para nosotros también muy habitadas, siendo la mayoría de sus moradores negros y mulatos, que tenían como principal ocupación la agricultura, principalmente el cultivo del tabaco; de todas formas quede bien entendido que para ellos las plantaciones de plátanos eran tan necesarios y consubstanciales con su modo de vivir como los techos de sus cabañas, porque es del “plátano” que vive el campesino dominicano.

...Más aún, todas esas tierras de aluvi6n eran ricas, por sus suelos, y por sus 6rboles de finas maderas; solamente con el tabaco que hubieran podido recolectar, habrían podido recibir grandes sumas de dinero, dado que sus campos con bajo 6ndice de humedad eran los que requiere el cultivo de las mejores clases de tabaco, que es precisamente lo que ocurre en Cuba, con el famoso tipo “Vuelta Abajo”.

Despu6s de cabalgar unas siete millas a lo largo de esas tierras bajas por una vía despejada y con ambos bordes cubiertos por una vegetaci6n lujuriante, y sin encontrar ning6n lugar habitado hasta que alcanzamos Platanay,

lugar que no era más que un sencillito conjunto de chozas de palma en medio de la desierta sabana; en apariencia su población la formaban solamente algunas mujeres y perros.

Nuestro recorrido de la tarde, nos condujo hasta las tierras altas, alejándonos de los valles, con lo que pronto tuvimos la evidencia de que el clima naturalmente seco de esta parte de la isla, contribuía a la resaca y dura naturaleza del suelo, pues aunque aparentaba ser de buena arcilla, quedaba tan quemada por el ardiente sol que tomaba el aspecto de piedra; por lo demás, la región parecía totalmente deshabitada, salvo en el caso de algún que otro conjunto de chamizos aislados en medio de la sabana, como el ya citado de Platanay. En este tiempo habíamos podido observar también algunos ejemplares de cactus de formas variadas, esparcidos por los valles, aunque no muchos; en cambio ahora aparecían como la exclusiva vegetación de esos parajes; entre otros, abundaba una especie corta (espartago) y gruesa, con sus anchas hojas espinosas que servían de alimento para el ganado. Como quiera que el sol iba descendiendo sobre el horizonte, aceleramos nuestra marcha, con lo que penetramos en el más extraño pedazo de mundo que hubiéramos visto nunca. En algunos espacios la senda quedaba cortada por fisuras de extraña forma o caóticos acantilados, que vistos a distancia parecían imponentes masas de rocas, pero que al acercarnos a ellas podíamos comprobar que se trataba solamente de arcillas, que debido a una larga sequía habían quedado fragmentadas, agrietadas y desmenuzadas, mientras que sobre la llanura podía contemplarse toda la inmensa variedad de cactus, creciendo en fantasmagórica y extraña confusión, ofreciendo a la vista sus raras formas y frío color gris; aquí y allá crecían desperdigados algunos árboles eranos, de los que colgaban musgos secos formando caprichosos encajes, con lo que contribuían a dar al paisaje un aspecto espectral y tenebroso.

...Habiendo abandonado el lugar a primeras horas de la mañana, pronto llegamos al río Amina, de corriente rápida de gran belleza natural, no sin haber tocado bajíos mal cubiertos por las aguas, llegamos a otro río de rápida corriente, el Mao, que junto con el anterior, desembocaban en el Yaque. Vadeamos las dos corrientes cuyas orillas se hallaban cubiertas de árboles de todas clases y muy bajos; en cuanto al lecho del río, estaba principalmente formado por pequeñas piedras de colores claros. Tras penetrar en los bosques llegamos al altiplano, en el que se levantaba el aislado pueblo de Mao, formado por el conjunto de diez o doce chozas al estilo del país, pobladas por mulatos y algunos negros. También entre ellos, la misma e invariable respuesta a nuestra pregunta: “¿Qué cultivan ustedes aquí?”, era “Tabaco, señor”.

...Hicimos un gran rodeo, al perdernos de nuestro camino por las tierras bajas y las riberas del río, tropezando durante la marcha con magníficas plantaciones y sembrados de tabaco, lo que no evitó que nos alejáramos más de seis millas de nuestra ruta, hasta que tuvimos la suerte de encontrar-

nos con un nativo, que tuvo la gentileza de acompañarnos, separándose de su camino casi una milla, hasta mostrarnos el buen camino.

El aspecto de esta parte de la Vega Real es muy peculiar y cambiante; así, junto a la corriente del Yaque puede verse una naturaleza exuberante, con palmas, enredaderas, árboles, todo ello cubierto por las más variadas especies de orquídeas, dando su sombra a praderas cubiertas por una gruesa capa de hierba y rodeadas de arbustos siempre verdes.

Sin embargo, al separarnos cierta distancia del río, y aun situados en medio de dos corrientes de agua que casi siempre afluyen en el Yaque, todo está seco; ante la vista se extiende la llanura, apenas cubierta de una pobre y escasa vegetación que parece estar muriéndose de sed; mientras veíamos a lo lejos las montañas de Monte Cristi en las que constantemente estaba lloviendo, aunque por extraño que parezca, aquellas lluvias no caían más allá de la cima; realidad que más tarde llegué a conocer y que da lugar al hecho de que mientras el lado norte recibe abundantes lluvias, el sur se encuentra constantemente agostado por la sequía.

La nueva carretera a la que se nos había conducido era el llamado "Camino Real", palabras que en este caso respondían bastante a la realidad, pues se trataba de una carretera ancha y sin barro, con una faja de tierra sin cultivar a cada lado, tierra que parecía calcinada por el calor del sol y la falta de agua. Algunas personas hablan del ardiente sol de los desiertos, pero yo pienso que sería difícil rivalizar en este sentido con este sol del mediodía en la Dominicana, con la circunstancia de que la carretera se hallaba completamente desprovista de sombra: allí no había hierba alguna para que pudieran comer los caballos, ni agua para beber en muchas millas. A pesar de mi pañuelo de bolsillo anudado sobre mi cabeza a modo dominicano, un sombrero de gruesa hoja de palma sobre la misma, y mi sombrilla abierta, resultaba del todo imposible evitar los rayos del sol; en consecuencia, pensando que cuanto antes saliera de allí tanto mejor, apliqué las espuelas a mi caballo, y dejando al doctor que se lo tomara con más calma, salí galopando en busca de sombra, hierba y agua. Calor y más calor es lo que sentía a medida que iba devorando una milla tras otra.

No encontraba nada, sólo tierra seca y estéril, por ningún lado se veían casas ni hombres, ni siquiera animales, excepto algún que otro borrico extraviado; mientras y para hacer las cosas peores, cada arroyo al que me acercaba estaba más seco que un hueso, "sólo veía tierra, tierra por todas partes, pero agua, ninguna". Mientras contemplaba los cactus en sus muy variadas formas, algunas de cuyas especies podían considerarse gigantes, o las hermosas plantas de áloes, con sus frescas hojas verdes y flores de tallo largo, me seguía preguntando al tiempo que me admiraba, cómo se sostenían y vivían tan felizmente; mientras y en el mismo momento en que empezaba a sentirme desesperado, descubrí no muy alejados y frente a mí un grupo de árboles, con algunos ejemplares vacunos bajo los mismos, con lo

que, dirigiéndome rápido hacia ellos, mis ojos se alegraron a la vista de un arroyuelo de aguas claras y poco profundo, protegido por la sombra de unos árboles enanos y algunos más de mayor tamaño, pero no había en el lugar ninguna clase de hierba.

...Antes de que penetráramos de nuevo en las ricas tierras del valle por donde transcurría el río, se nos echó encima la noche, pero como quiera que la luna lucía en todo su esplendor, nos alegramos pese a todo por poder continuar el viaje a través de una región que nada podía ofrecernos para animar la escena, ni paisaje ni habitantes.

Con todo, una vez llegados junto a las orillas del Yaque, encontramos allí un pequeño poblado donde se nos avisó que tendríamos que atravesar el río por nuestros propios medios, lo mismo que los caballos, puesto que el barquero se encontraba en la otra orilla. Sin embargo, nos dirigimos directamente a la margen del río que tendría unos quince pies de altura y era además bastante empinada; al llegar a la misma nos sentamos y estuvimos aguardando algo así como una hora a que volviera el hombre que cuidaba del transbordador, quien al parecer estaba ocupado en la otra orilla, y al que nuestros gritos no parecían importar-le mucho.

...Temprana y alegremente, el General vino a vernos para aconsejarnos que debíamos partir lo antes posible, para lo que con gran amabilidad nos envió un dragón que acompañándonos nos mostrara el camino y nos condujera hasta la casa del padre del General, a medio camino de la carretera hacia Monte Cristi donde teníamos que almorzar; así que tomando rápidamente un café con algo de pan, pronto nos pusimos *en route*, siguiendo durante cierto tiempo la dirección del río; luego, dejando detrás de nosotros el hermoso valle en que se halla situada Guayubín, pronto nos hallamos de nuevo sobre el reseco y duro suelo de las tierras altas, que solamente parece servir para que crezcan cactus y se críen ramoneantes rebaños de cabras, de los que encontramos muchos en nuestro camino. Una viva marcha durante tres horas nos condujo a la mansión de don Ambrosio García, el padre del General. Allí, sobre una pequeña colina, y situada un poco apartada de la carretera, se hallaba la sencilla pero espaciosa morada, pero eso sí, sin una brizna de hierba, un árbol, o aún una galería o porche para resguardar un poco a sus moradores del ardiente sol; aunque la magnificencia del lugar y el todavía más salutar aire, compensaban bastante esos inconvenientes.



ALGODONERO

...Don Ambrosio nos habló acerca de la sequedad del suelo y la escasez de agua, y a continuación nos condujo a visitar su conuco o hacienda, para mostrarnos allí plantaciones de naranjos, guisantes, frijoles, tomates, maíz, calabazas, y numerosos frutos del país, también una planta parecida a un



ALOE FLORECIDO

pequeño árbol, la planta de algodón creciendo sobre lo que él y otros venían calificando de suelo estéril, y en verdad que sin máquinas, pozos o cisternas, y aun careciendo de los más sencillos aperos para la agricultura, no podían cultivar la caña de azúcar, el café y el cacao, productos todos que necesitan agua en mayor o menor cantidad.

Le pregunté si alguna vez había labrado aquella tierra; me contestó que nunca tuvo un arado, y que además creía que no había ninguno en la isla (lo que ciertamente era verdad); pero que, si dispusiera de uno, podría hacer que su tierra fuera mucho más valiosa con el trabajo de revolverla durante la estación lluviosa. Esta estación, me dijo, es muy irregular, pero generalmente llueve bastante a lo largo del año, aunque a veces este último resulta ser muy seco. El profesor Blake y el mayor Macgrue, viejos californianos, ya me

habían dicho que por lo que habían observado, este distrito se parecía mucho climáticamente a California; y que con obras de irrigación adecuadas podría transformarse en tierra de primera calidad, apta para cultivo de cualquier producto y por cualquier persona. Sin embargo, igualmente ahora hay dos por productos que pueden muy bien cosecharse aquí y además son de gran valor, me refiero a la planta de algodón, la cual en lugar de ser un pequeño arbusto que crece de una semilla una vez al año, se halla constituida por un pequeño arbolito, que dura dos o tres años y que sólo necesita ser podado y espurgado para producir una gran cosecha de algodón de inmejorable calidad —muy parecido, según algunos, al isla del mar; y no solamente blanco de color, sino también de la clase conocida como Nankeen.

El otro producto es el llamado “Cabulla” (*Foucroya Cubense* de los botánicos), una especie de maguey o cabuya, con cuyas fibras se fabrica el cáñamo, materia de la que están hechos casi todo género de cordelería, y que además, mezclado con “sisal”, permite la confección de cuerdas de gran calidad. Estas dos especies de cultivo crecen naturalmente sin precisar cui-

dados en esta tierra seca, pero si se cultivan con esmero pueden florecer en grandes plantaciones.

Toda esta región aparentemente estéril, es el hogar del cacto, del cual llegué a contar más de una docena de especies, mientras que de la familia de las cabuyas se podían contemplar una inmensa variedad; encontramos también varias especies de áloes florecidos, con un tallo de más de quince pies de altura, la variedad más soberbia que jamás hemos visto.

Don Ambrosio nos habló sobre la parte disputada de aquella tierra en posesión de los haitianos, de la que dijo que podía considerarse como el jardín de la isla y que se extendía hasta el otro lado de Azua en la frontera. Al rato nos describió el entero valle del Yaque como formado por una capa muy fértil de tierra de aluvión junto al río, y desde el que se extendía en ambas orillas una planicie quebrada que llegaba al pie de las montañas; la parte baja de la ondulada planicie, podía regarse con facilidad, y con ello llegar a producir toda clase de cultivos tropicales, especialmente caña de azúcar.

La ladera sur de los montes situados al norte generalmente es muy seca en una extensión hasta casi quince millas de Monte Cristi; en cambio, las laderas de la cadena situada al sur que miran al norte son muy fértiles. Sin embargo, todas esas tierras que hemos citado son especialmente adecuadas al cultivo del algodón. Desde luego que el aspecto de toda la región cambia mucho durante la estación de lluvias; entonces todo aparece más brillante, más fresco y muy verde; ocurre poco más o menos como durante nuestra primavera y verano, en los meses de abril, mayo, junio y julio.

No obstante esos meses de sequía, el ganado vacuno, los caballos y las mulas, se crían muy bien dado que la comarca es notoriamente saludable, y por añadidura, los primeros, cuando no hay hierba, comen espartago.

Gracias al tiempo de descanso, que incluyó además una buena siesta en las hamacas, nos sentimos de nuevo en buena disposición para reanudar la marcha, por lo que a última hora de la tarde abandonamos la casa de García donde se nos había dado tan buena hospitalidad, y partimos hacia Monte Cristi, ciudad de la que nos separaban todavía unas doce millas, por una región de aproximadamente con las mismas características de la que recorriamos en aquel momento.

Al tiempo que el sol iba a desaparecer bajo el horizonte, coronamos la montaña que nos separaba del mar, momento en que súbitamente se presentó a nuestra vista un magnífico panorama. Desde el elevado lugar en que nos hallábamos la carretera descendía hacia una extensa planicie, un poco quebrada a su izquierda por una pequeña colina, más allá de cuya cima podían verse los tejados de las casas de Monte Cristi y las tierras que se extendían descendiendo hasta las arenas de la playa; hacia la derecha, el llano a través del que corría un arroyo de aguas salobres, se extendía hasta un cerro bastante elevado y desprovisto de vegetación, conocido con varios

nombres, La Grange (el Granero, dado por Colón), y el “Morro”, el cual, adentrándose en el mar frente a la ciudad, formaba junto con otra faja de tierra abrupta, el promontorio, que cerraba la espaciosa bahía de Monte Cristi, dentro de la que en aquellos momentos no había más que unas pocas embarcaciones de pesca, y a la que en otros tiempos se dirigían muchos barcos procedentes de lejanos climas.

Bajando del cerro por una carretera con muchas curvas entramos en el pequeño pueblo, que es todo cuanto queda de la que en un tiempo fue famosa, importante y populosa ciudad de Monte Cristi.

...A doce millas al oeste de Monte Cristi se encuentra el magnífico puerto que forma la Bahía de Manzanillo, cuyas aguas son tan claras que puede verse el fondo a dieciséis brazas de profundidad. Es una bahía igual, o todavía mejor que la de Samaná, aunque quizás no sea tan extensa, ya que tiene sólo cinco o seis millas de ancho, por siete de largo, con varios canales y pequeñas calas en su interior. En algunos lugares de la misma el fondo es tan profundo que los barcos pueden fondear con el bauprés rozando la rivera.



CAIMÁN

Sus orillas se hallan pobladas de árboles, entre los que predomina el mangle rojo,

de lo cual, según se dice, proviene la insalubridad del lugar.

Aquí llueve en abundancia, y el gran río Yaque que pasa por Santiago desemboca en esta bahía por su curso natural, pero en la actualidad se ha formado una especie de laguna, a causa de las obstrucciones ocasionadas con las aportaciones del río, arenas, troncos, etc., y que se han ido formando a lo largo del curso desde Peladero. Esta laguna se extiende sobre un área de ocho millas cuadradas aproximadamente, y poco a poco, pero constantemente, se va abriendo paso de nuevo hacia el interior, cubriendo las tierras bajas llenas de vegetación que hay en su vecindad, sobre las que se ha formado la laguna citada y en la que viven numerosas familias de peces y otros animales acuáticos; aquí también ha encontrado su habitáculo el “caimán”, que ha hecho famosas esas aguas.

La Bahía de Manzanillo se extiende en dirección de noroeste a sudeste, y penetra en el interior de la isla unas diez millas aproximadamente; en la misma desembocan también varios cursos de agua además del Yaque, el principal de los cuales es el Massacre, o Dajabón, famoso por la pureza de sus aguas.

El agua del Yaque es también extraordinariamente pura, y la laguna o lago que forma tiene una profundidad media de cinco o seis pies, pero el calado del canal varía entre ocho y quince pies; en consecuencia, los vapores pueden fácilmente navegar por él, aunque no entre los viejos bosques a través de los que pasa el río.

Abriéndose paso entre medio de una red de plantas acuáticas y marismas, se llega por fin a ver el río propiamente dicho, que en este lugar tiene una anchura de casi 250 yardas, con unas aguas tan transparentes que se pueden ver fácilmente los numerosos peces y caimanes que las pueblan.

Originalmente el Yaque desembocaba también en la bahía de Monte Cristi, ya que tenía dos bocas, pero en la actualidad ha quedado obstruido, según acabamos de indicar; de todas formas, sería fácil tarea abrir de nuevo un canal para suministrar agua dulce a Monte Cristi y restablecer la fertilidad de las muchas tierras en la actualidad sumergidas por la laguna. Se dice también que el río podría ser navegable río arriba hasta la ciudad de Santiago para barcos de fondo plano o de ruedas a popa.

Residentes en la localidad afirman que se está realizando una evolución natural en la boca del río, cambio que en pocos años puede volver al mismo a su antiguo cauce natural, haciéndolo desembocar por Monte Cristi a través de varios canales que en la actualidad se hallan cegados por numerosos árboles y obstruidos por sedimentos arrastrados por la corriente, que han formado lo que en lengua dominicana se llama una “balza” por bahía, similar a las que se constituyen en el Mississipi, y que cambia el natural curso del río desviándolo hacia los bosques de sus orillas.

Ambos lados de este río, desde la laguna hasta Maguaco, se hallan poblados de hileras del árbol de campeche, en una anchura de una a tres millas, en las que abundaban los ejemplares de buena calidad, gruesos y muy derechos; por lo demás, se sabía que, trabajando económicamente en su cuidado, y cortando únicamente los árboles más gruesos, se podían extraer ocho o diez mil toneladas anuales del distrito, dado que los árboles crecen muy deprisa. La dificultad que hoy existe para exportar ese artículo consiste más que nada en la distancia que hay que recorrer para su transporte, lo que unido al coste de la mano de obra necesaria, hacen sus gastos de explotación excesivos.

Todas las tierras que al sur del Yaque bordean el río desde Manzanillo a Guayubín son extremadamente fértiles y en ellas se encuentran esparcidos numerosos poblados y haciendas. Aquí se producen en abundancia tabaco, cera y miel; sin embargo, los dos últimos productos, debido a la carencia de tonelería y dificultades de transporte, no pueden considerarse producciones importantes, aunque se podrían exportar en grandes cantidades si se vencieran aquellas dificultades.

La “sierra” o hilera de montañas que se extienden desde los límites sureños hasta esta comarca, y que corre casi paralela al río Yaque, proporciona en abundancia madera de caoba de la mejor calidad.

Este árbol crece en “manchas”, como así se denominan, o sea, en grupos de quince o veinte árboles muy juntos, sin que en alguna distancia de ellos sea posible encontrar ningún ejemplar separado; y según dichos árboles tuvieran más o menos necesidad de agua, o hubieran

medios de transporte disponibles se procedía a derribarlos. Por esta razón la madera de caoba siempre ha sido un poco escasa en los lugares de fácil acceso, en cambio tierra adentro, y aún a poca distancia en el interior de los impenetrables bosques, hay gran abundancia de esta preciosa madera, así como de las de fustete, guayacán, ébano y otras valiosas maderas apenas conocidas.

...Todo este territorio que he estado describiendo se conoce con el nombre de “Despoblado”, y como quiera que se halla cerca de la frontera haitiana, ha sido siempre una región desolada, aunque parte de la misma comprende las mejores tierras de la isla. El suelo es lo suficientemente fértil para producir azúcar, café, arroz y tabaco de todas clases y a todos los niveles; los montes se hallan poblados de árboles, y en las sabanas puede criarse ganado vacuno en cantidad, pues en ellas la hierba llega a las rodillas de un hombre a caballo.

Se dice que el caimán abunda en todos los ríos de la región, y en cuanto a la famosa “iguana”, una especie de la familia de los lagartos, no solamente abunda, sino que se cree además que puede ser peligrosa a causa de su tamaño, dado que algunos ejemplares alcanzan los cinco pies de largo.



IGUANA

Un habitante del lugar me explicó que dicho animal “era más audaz que el caimán, aunque no se podía comparar en fuerza y tamaño con este último. En cualquier caso hay que tener cuidado con no pisarla, pues se revuelve como una serpiente; así, mientras un hombre se encuentra en situación favorable frente a un caimán, cuya única arma temible es la cola, las garras y los dientes sólo los

utiliza en segundo lugar; en cambio, la vieja y maliciosa iguana salta encima como un perro, y puede revolverse diez veces en un minuto”. Sin embargo, su carne es comestible y los naturales del país la consideran un delicado manjar, lo que más tarde fue descubierto por lo españoles que colonizaron el país, quienes la describían como una especie de serpiente, y rehusaban tocarla; a pesar de ello, el “Adelantado (Bartolomé Colón), seducido por la gentileza de la hermana del cacique, Anacaona, accedió a probar de aquella especie de serpiente. Pero cuando al probarla sintió su delicado sabor, comió gran cantidad sin temor de ninguna especie, a la vista de lo cual sus compañeros terminaron haciendo lo mismo”, etc.

Vi allí algunas de las tortugas emido más grandes que jamás había visto; esa es una variedad que abunda mucho en las aguas que rodean la isla. Escuchando lo que nos contaba un comerciante sobre un barril lleno de ellas y del sistema empleado para capturarlas, me eché a reír mostrando mi

incredulidad y contesté que era una historia parecida a la de Saint Mery sobre los perros de la isla, los cuales queriendo nadar por las riberas, y temerosos de los caimanes, se situaban primero en algún lugar de la orilla y allí empezaban a gañir y ladrar, hasta que veían que todos los monstruos se habían dirigido al mismo sitio, lo que aprovechaban los perros para salir disparados, y de esta forma atravesar el río con seguridad. “No solamente”, dijo mi amigo, “puedo certificar que digo la verdad, sino que además añadiré que con frecuencia las mulas también recurren al mismo artificio, para poder cruzar el río; yo mismo he visto cómo lo llevaban a cabo”. Siendo pues las cosas de esta forma, me siento obligado a creer su relato sobre la forma de cazar tortugas, especialmente después de haber visto personalmente la realidad de su captura.

Estos animales juegan entre ellas en aguas poco profundas junto a cocodrilos y caimanes, para luego ir a descansar sobre las arenas de la playa dormitando en lugares soleados.

Las mujeres negras, que dicho sea de paso, no tienen ni el más pequeño temor de los caimanes, conocedoras de esa costumbre, buscan los adormecidos monstruos, y suavemente les hacen cosquillas en el vientre, con lo que consiguen que el animal se vuelva patas arriba con la panza al sol, momento que aprovechan rápidamente para apoderarse de las tortugas emido que hay debajo.

CAPÍTULO XIX

Deseando examinar el territorio situado entre el río Yaque y la costa, que se extiende desde Monte Cristi a Puerto Plata, partí de madrugada en dirección a esta ciudad, aunque mis caballos y algunos de mis servidores presentaban síntomas de hallarse fatigados después de tan largas y duras jornadas.

Aunque cada año se dan al menos tres cosechas abundantes de trigo, el viajero encuentra enormes dificultades para adquirir el grano suficiente para alimentar siquiera a su caballo, por lo que debe confiar en la avena y los pastos, o adquirir trigales sólo para forraje, sin tener en cuenta el grano. Los pobres animales son reventados y poco alimentados, y al no ser cuidados es en muchos casos sólo su robusta naturaleza lo que les salva de una muerte miserable.

En las primeras veinticuatro millas el camino era muy semejante al que había recorrido anteriormente, y esta distancia correspondía a la que mediaba entre Monte Cristi y Guayubín, que recorrí de día, por lo que pude apreciar la sequedad del territorio, como ya he dicho anteriormente, que está muy poco habitado y se considera estéril, aunque como ya he constatado, lo único que se precisa para fertilizarlo es un simple sistema de irrigación.

...Mi pobre caballo, fatigado por mis constantes viajes por la isla, estaba completamente agotado cuando llegamos a Guayubín, por el calor y la sed,

que hasta entonces no había podido mitigar por falta de agua en todo el camino. Al llegar al fondo del valle del Yaque estaba tan extenuado que tuve que desmontar y llevarlo una milla a pie hasta la casa del señor Rodríguez, para quien tenía una pequeña carta de presentación, y donde mientras uno de los criados llevaba al caballo a un abrevadero para que calmara su sed, yo me aproveché de la oportunidad para disfrutar de una pequeña siesta en la sempiterna hamaca en espera de la llegada de mi escolta, de la que me había distanciado considerablemente. Como no había nadie de la familia en casa, envié a mis “peones” a Guayubín, que sólo se hallaba a una milla o dos de distancia, para ordenar mi comida y ver si era posible procurarme caballos de refresco, pues todos los míos estaban casi completamente agotados.

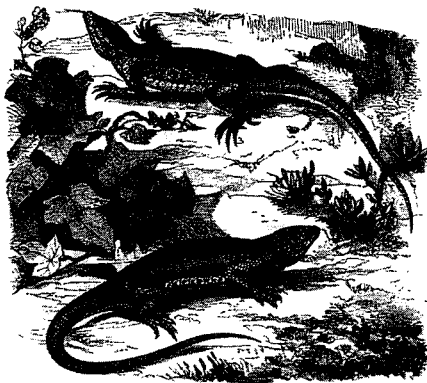
En esta casa tuve la oportunidad de estudiar su manera primitiva de preparar el tabaco para el mercado y para su consumo; es del tipo más simple, y cuando se seca se extiende para ser después apilado en canastadas, sin atender al color, perfección o calidad de las hojas, que se apilan indiscriminadamente en las esteras. No obstante, creo que si se cuidara, el tabaco dominicano

podría ser comercialmente tan valioso como el cubano. Parte del que fumé en las tierras altas del interior tenía el mismo sabor y calidad que el mejor Vuelta Abajo, e indudablemente si se cuidara su elaboración, gran cantidad de este tabaco sería igualmente bueno, siendo ahora sólo pasable por negligencia o ignorancia de su preparación.

Es una característica peculiar de esta isla que en todos los territorios áridos, en el momento en que uno se acerca a un arroyo, todo el aspecto del territorio cambia de una estéril sequedad a la vegetación más exuberante, de modo que el viajero en estas regiones secas generalmente conoce que se acerca al agua por el gradual incremento de la vegetación y el mantillo. Este es el caso de las cercanías de Guayubín, pues sus tierras son las mejores de la isla, y la ciudad misma está situada en las mejores tierras bajas ribereñas, en las que crece toda clase de vegetación.

Conforme avanzaba por el territorio me daba cuenta de que el suelo volvía aparecerse por su naturaleza seca y arenosa al de Monte Cristi, aunque aquí atravesé parcelas de tierra bastante buena.

No encontré criatura alguna en mi cabalgada, aparte de los pequeños y vivarachos lagartos de todo tamaño y color que cruzaban nerviosamente la senda o salían de sus escondites en los herbosos caminos de la floresta, alarmados por los cascos de mi caballo.



LAGARTO

...Hay dos carreteras que atraviesan las montañas en dirección a la costa; una está bastante al oeste y la otra es el famoso paso de Colón, la “Puerta de los Hidalgos”, llamada así porque cuando Colón penetró en el interior de la isla lo hizo por esta ruta, entonces la única conocida; y fue tan difícil que para permitir el paso de sus caballos y pertrechos, los jóvenes caballeros se pusieron manos a la obra, quitando las rocas y la maleza para abrir un pasaje, que recibió su nombre en honor a la energía manifestada por aquellos jóvenes soldados. Esta fue la primera pista construida en el Nuevo Mundo, y como supimos por la experiencia, un típico ejemplo de los caminos montañosos en Santo Domingo.

Poco después de abandonar la hacienda de don Antonio habíamos llegado a un terreno ligeramente ascendente, hasta que llegamos a una ladera por la que subimos con dificultades hasta la cima de la montaña. Allí el único medio de descenso era una senda rocosa con todo el aspecto del pedregoso lecho de un torrente; como me dijo el guía, éste era el famoso paso. Tropezando y resbalando, tumbados sobre las ancas o sobre el cuello de nuestros caballos, tratamos de bajar, pero la excitación y la belleza del escenario me compensó del peligro.

Las laderas eran principalmente barrancos, y grandes masas de roca yacían esparcidas en nuestro camino, cubierto a cada lado de matorrales y árboles de gran tamaño, cuyas ramas se encontraban con frecuencia encima de nuestras cabezas de tal modo que impedían el paso de la luz. Llegamos a un recodo del camino desde el que vimos por entre el ramaje el océano azul de la costa norteña, de forma que parecía hallarse curiosamente en línea con las copas de los árboles, pese a la altura a que nos hallábamos.

La cordillera sobre la que nos hallábamos es conocida como La Sierra, y corre paralela a la costa; es de tipo calizo y con bastante escasez de agua, sin ofrecer atracción a la minería. Desde su cumbre descendimos por un camino difícil casi hasta la costa, a la casa de un campesino. Hasta ahora habíamos pasado en general por un terreno escabroso y arbolado, con bastante agua, y ahora nos hallábamos en las tierras bajas costeras, llenas de claros naturales en los valles y lomas, ocupados por colonos cultivadores de tabaco, café, plátano y gran cantidad de buen algodón de fibra larga y re-



PUERTA DE LOS HIDALGOS

sistente. Una de aquellas fincas presentaba un aspecto muy americano, con pórticos y el primer cenador emparrado que había visto en la isla. El suelo era de la mejor tierra negra, de riqueza inconfundible y capaz, como sus habitantes me contaron, de producir cualquier tipo de vegetación.

Toda la población de esta región se dedica principalmente al cultivo del tabaco, sin ocuparse del ganado, aunque poseen gran número de cerdos



CERDOS SALVAJES

que viven en libertad, siendo necesario proteger los plantíos con encañizadas para evitar su entrada. Los bosques están llenos de estos curiosos animales, generalmente grandes, delgados y nervudos, y de naturaleza muy salvaje; al lanzarse sobre el viajero cuando cabalga por la floresta, pueden ser tomados fácilmente por pécaris. Su carne constituye el único alimento animal de los habitantes de esta región.

En nuestro lugar de parada para comer, como mi guía no sabía cocinar ninguna de mis provisiones y la propietaria de la casa en que nos detuvimos se disculpó por

no tener nada que ofrecernos aparte de bananas asadas o cerdo frito, me puse a preparar algo de comer, lo que sorprendió a la señora y le hizo exclamar: *¡Dios, señor, si es usted un gran cocinero!*"

El sol estaba en su cenit cuando partimos para nuestro destino de noche: La Laguna, una población situada justo enfrente de la antigua ciudadela y Bahía de Isabela, famosa por ser el primer lugar de la isla colonizado por Colón. Nuestro camino proseguía por las tierras bajas de los bosques, aunque la vía principal estaba cruzada aquí y allá por anchas fajas abiertas libres de maleza que bajaban hasta la orilla del mar, empleadas por los taladores de ébano para bajar los enormes troncos de ébano, fustete y otras maderas valiosas que abundaban en todo aquel territorio. Vimos que muchas piezas de aquella madera habían sido abandonadas medio quemadas en el barro, pues las fuertes lluvias habían dejado las sendas tan embarradas que había sido imposible bajar por ellas los troncos a la costa para su embarque. Toda esta tala se efectúa con los instrumentos más primitivos, sin emplear ninguna sierra y simplemente cortando con hacha los árboles en gruesos troncos de un tamaño adecuado para el transporte.

El embarque del ébano es la ocupación de la población ribereña, que lleva estos troncos a alguna bahía o ensenada adecuada en la que pequeños barcos o barcazas los transportan a puertos mayores para llevarlos al extran-

jero; y en algunos casos, cuando el tamaño de la bahía lo permite, los mismos navíos suben directamente y recogen el cargamento en estos puertos. Todo el suelo de estas tierras costeras parece ser de la mejor clase, pareciéndose al del Bajo Mississippi, y diría que es igualmente favorable para el cultivo del algodón.

En esta región se encuentran árboles de todo tipo, algunos de inmenso tamaño. Vimos un árbol llamado por los nativos "Higo", de cuyo tronco surgían a unos dos metros y medio del suelo unos doce enormes contrafuertes de un tamaño tal que entre dos de ellos crecía un árbol de buen tamaño.

Encontramos las plantas parásitas "Haguey" y "Cupey" por todas partes, con aspecto de ser posteriores al crecimiento del árbol parasitado; también vimos palmeras de todas las especies a cada paso. La fragancia más deliciosa provenía de los millones de florecillas que nacían de una mata llamada "Aroma" por los nativos, cuyo olor se parece mucho al de nuestras lilas, aunque es más delicado, y cuya flor es de un color rojo ligeramente amarillento. También atrajo mi atención una bonita flor estrellada que crecía en profusión y fue denominada "Doña Ana" por mi guía.

Por la tarde, como ya nos hallábamos a corta distancia del antiguo poblado de Isabela, sus asociaciones históricas me tentaron a desviarme para ver lo que quedaba de él. La visita no mereció la pena en absoluto, pues el lugar no poseía ninguna belleza natural, y las pocas ruinas que quedaban no poseían ninguna forma o significado particular por estar cubiertas en su mayor parte por plantas trepadoras y abundante vegetación. Con grandes dificultades se puede reconstruir la situación de una pequeña calle de la colonia original. De cualquier modo ya representaba algo haber visto el lugar que constituyó la primera colonia europea en territorio americano, consagrado por el recuerdo de la presencia de Colón bajo los techos que pudieron haber soportado los restos de aquellas paredes.

En lugares así se establece frecuentemente la tarántula; y aquí vi por primera y última vez una de estas horribles arañas, cuyo número y peligrosidad han sido tan exagerados, pues me contaron, como pude comprobar, que no es frecuente dar con ellas, y que si en ocasiones pueden picar a alguna persona descuidada, su picadura es solo dolorosa, y nunca mortífera.



ENREDADERAS PARÁSITAS

Hoy en día, al igual que en la época de su colonización, el lugar es notorio por su insalubridad, y por su situación no es de extrañar que aquí sea muy corriente a la “calentura” o fiebre del país, ya que está situado a orillas de un arroyo que desemboca en una pequeña bahía cuyas costas son bajas y ligeramente pantanosas.

La noche nos sorprendió antes de que pudiéramos llegar al diseminado poblado de Laguna, y tuve la desgracia de encontrar que el plantador en cuya casa esperaba alojarme estaba ausente con su familia, y, por sugerencia del guía, recorrimos una milla o dos más para llegar a la casa de otro hacendado, atravesando oscuros barrancos y senderos cubiertos de espesa vegetación, y vadeando también dos o tres riachuelos, hasta que, cansados y soñolientos, nos alegramos a la vista de luces en la casa de nuestro destino.

...Tengo el tiempo justo para decir “Adiós... mañana en Puerto Plata” y salimos al galope; al guía no lo volví a ver hasta que al día siguiente lo encontré por la tarde preguntando por un americano loco que temía hubiera sufrido un accidente en el camino.

Sin embargo, éste fue uno de los trayectos más hermosos que hice en Santo Domingo, por lo que concierne al paisaje: hermosas praderas, bosques



RÍO BAJABONICO

espesos y umbríos y lomas cubiertas de hierba, seguidas de rocosos precipicios y senderos embarrados se sucedían rápidamente en el camino. En un momento dado galopaba por una magnífica meseta despejada en la que los caminos conducían a plantaciones de tabaco, café o plátano; ahora bajaba por la orilla pedregosa y escarpada de un rápido río que había que vadear;

después volvía a subir hasta un “bohío” negro para preguntar el camino (lo que era muy frecuente), y en cualquier caso el movimiento de mi fusta sobre las ancas o la frente del animal tenía siempre el mismo y favorable efecto. Antes de llegar a la carretera de Puerto Plata conté no menos de diez ríos o recodos de los mismos que debía atravesar de nuevo siendo el agua dulce, clara y fría sin excepción, y sus lechos generalmente pedregosos o cubiertos de guijarros, llegando las orillas en muchas ocasiones a ser singularmente acantiladas. El río principal, que crucé repetidas veces, era el Bajabonico o

Isabela, cuyas aguas, aunque rápidas, eran generalmente poco profundas, pese a que por la naturaleza de sus orillas puede aumentar mucho su profundidad en la estación lluviosa. En todo este territorio costero del norte, su rico suelo, su buen clima, la abundancia de agua y la capacidad general para producir cualquier tipo de planta tropical lo convierten en el territorio más atractivo de la isla, diariamente expuesto al efecto refrescante de los alisios del norte.

...Al anochecer entraba en el camino principal que lleva de Santiago a Puerto Plata, justo bajo el pico de Altamira. El escenario es extremadamente grandioso, aunque salvaje y pintoresco; grandes colinas se extienden por todos lados y en sus cumbres se congregan los nubarrones que presagian un aguacero tropical, a la vez que el sol se oculta con gloria majestuosa. El camino es terrible: una simple cañada de arcilla blanda, con rocas de todos los tamaños en una confusión aparentemente volcánica. Acá y allá pueden verse largos convoyes de mulas, cargadas de tabaco y frutas o sólidos pedazos de madera, que bajan penosamente por el camino entre las imprecaciones, lamentos y juramentos del recuerdo.

JOSÉ DE LA GÁNDARA:

ANEXIÓN Y GUERRA DE SANTO DOMINGO (1884)¹

V

La superficie de la isla está sembrada de multitud de montañas, sierras y cordilleras que se elevan, extendiéndose en todas direcciones, particularmente de E. a O., dividiendo el terreno en numerosas cuencas y formando deliciosos valles y vastas llanuras, regados por el curso de ríos y corrientes caudalosas, y que ofrecen al espectador la hermosura de la más rica y brillante vegetación.

El llano de la Vega Real, al N. de la isla, se considera el mayor de todos; pero hay, además, pasado el río Camú, otro que se denomina Despoblado de Santiago, que corre al O. y da fin en las orillas del Dajabón, comprendiendo con varia anchura, una extensión de veinticinco a treinta leguas. En la costa del S. se encuentra el rico valle de Baní, que abarca todo el fértil suelo comprendido entre el Nizao y el Ocoa, abundante en pastos de la mejor calidad y en ganado de muchas especies. A este valle siguen el de Azua, el de San Juan o antigua Maguana, y los de Santo Tomé, Onceano, Híncha, Quava y otros. Al Oriente de la ciudad de Santo Domingo hay interminables praderías, llamándose por tal motivo aquel terreno el de los llanos, que se extienden hasta la punta E. de la isla, llamada Cabo del Engaño. Así en el interior como en los extremos del territorio dominicano existen infinidad de montañas de distintas proporciones y elevación, de las que, por

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Ed. de Santo Domingo, Santo Domingo, 1975.

uno y otro lado, se desprenden verdaderas series de alturas con mayor o menor desnivel, produciendo corrientes de aguas, arroyos y ríos que se dirigen al Océano, regando a su paso las tierras y fomentando las producciones vegetales. La confusión que causaría en una descripción compendiosa exponer los nombres de tantos montes, sin ocuparse en su estructura para poder distinguirlos y recordarlos, evita el que los apunte aquí. Remito, pues, al lector, en casos de curiosidad o duda al estudio de los mapas más detallados y minuciosos, añadiendo sólo que la cordillera más notable es la del Cibao, cuyo punto o altura central alcanza 2.000 metros sobre el nivel del mar, y el más culminante 2.800. Atraviesa esta cadena de montes, en su mayor parte, la isla, de E. a O., y proyecta con sus ramales muchos promontorios, ensenadas, golfos y puertos las costas del S.

Esta agrupación de alturas es susceptible de cultivo casi hasta las cumbres, como lo son en general las montañas más bajas de todo aquel productivo país. Las faldas de gran número de ellas están cubiertas de espesos bosques vírgenes, donde abundan ricas maderas, y en las caídas de la sierra del Cibao nacen los ríos más caudalosos de la isla.

VI.

Dentro de los límites de un ligero estudio como el presente, de la topografía general del suelo dominicano, no cabe ocuparse en el excesivo número de ríos que serpentean por los valles, dándoles asombrosa vitalidad. Ya van indicados varios de ellos en la explicación que he hecho de las condiciones de la costa, y sólo falta a mi propósito ampliar esta reseña con algunas otras indicaciones que serán muy breves.

El Ozama y el Isabela reunidos vienen a formar el puerto de Santo Domingo, según queda expresado, siendo el primero navegable por más de siete leguas hacia su nacimiento, en canoas, lo que facilita la conducción de los frutos producidos en sus márgenes y en las tierras cercanas a la capital. Tanto el Ozama como el Isabela llegan al mar henchidos por el caudal de muchas vertientes y de varios arroyos y ríos que desaguan en su curso, y que son el Yavacao, el Monte Plata, el Savita, el Quavanimio y otros de menos importancia.

El Haina o Jaina, que se precipita en el mar a unas tres leguas al O. de Santo Domingo, con el Nigua, que se desliza más al Poniente, comprenden una bellísima llanura, que en un tiempo fue verdadero manantial de riqueza para los españoles. El Nizao es otro de los ríos de la costa del S., notable por los cañaverales de azúcar que mantiene en sus contornos, así como por los buenos pastos para ganados que se crían en las llanuras que riega. De la desembocadura del Nizao a la del Nigua, pueden contarse seis o siete leguas de tierra llana y labrantía en su mayor parte; pero por el abandono en que estaba había crecido allí una gruesa arboleda, denominada el monte Najayo, de donde se extraían abundantes maderas para obras de edificación. La

espesura de ese dilatado bosque fue el mayor recurso contra el desembarque de los ingleses en 1652. En su espesura, un corto número de criollos, que no llegaban a 400, derrotaron un ejército de 8 a 10.000 hombres, haciéndoles más de 3.000 bajas, obteniendo sobre aquella fuerza militar una completa victoria, que la obligó a reembarcarse, dejando en poder del enemigo 11 banderas².

Al O. del Nizao hasta el Ocoa no hay ríos de importancia que entren en el mar. Luego, antes de llegar a la bahía de Neyba, existen muchos importantes. En el terreno de la ciudad de Azua, que tiene la gloria de haber hospedado al descubridor del Nuevo Mundo, además del río Azua, están los de las Mulas, Tavera y el Yaque, que hace límite con San Juan de la Maguana, y que no debe confundirse con el otro Yaque el Grande, que se extiende por el N. El territorio de Azua, merced a las aguas que lo bañan, produce abundantes y exquisitos frutos, especialmente las naranjas, que no faltan en ninguna época del año.

Al N. de la bahía de Neyba, y al O. de San Juan de la Maguana, nace el río Artibonito o Hatibonico, llamado por los franceses Artibonite, muy caudaloso, que penetra en territorio de la república Haitiana, después de recorrer algunos terrenos de los partidos de Bánica, Hinchá y Guaba, comarcas que ayudan a fecundar también innumerables aguadas, y principalmente el gran río Guguayuco, las Caballas y Guaraguay. Después, subiendo por la frontera haitiana, para terminar el examen de los ríos que existen en el suelo dominicano, encontramos hacia el N., en zona de los distritos de Santiago de los Caballeros y la Vega, gran porción de ellos muy crecidos, como el gran Yaque, que desagua junto a Monte Cristi, el Camú, el Mao, el Guayubín, el Dajabón, etc., que podrían favorecer el cultivo de inmensas tierras, que no se labran, abriendo vías de exportación a las cosechas para llevarlas a los puertos de Monte-Cristi y Puerto-Plata. Además, por el N. de Santo Domingo, se abre camino con el ímpetu de su corriente el río Yuna, que puede considerarse el mayor de la isla, el que, después de un paseo dilatado, penetra en la bahía de Samaná, llevando con sus aguas las de otros ríos de menor cuantía. Concurren a dicha bahía del mismo modo los ríos Naranja y Magua.

Por último, haciendo un rápido reconocimiento sobre la carta geográfica, que ha de empezar en Monte-Cristi, y dando la vuelta por el E. a la parte de la isla a que se refiere esta introducción, concluir en el río Pedernales, se encontrarán desde el cabo Público al cabo Viejo Francés, los ríos Bahabonto o Isabela, Maimón, Munos, Camú, Sosua, Yásica, Jobo, Limón y San Juan, y desde el cabo Francés al cabo Samaná, los Salado, Sajón, Boba y Nagua. Desde la bahía Samaná hasta el cabo de San Rafael, el Jayán y el Yegua. Antes de llega al cabo Engaño, el Nisibón, el Maimón y el Anamuya. Continuando la vuelta hasta Santo Domingo, el Quiabon, el de la Romana, el

²Sánchez Valverde: *Idea del valor de la isla Española en Santo Domingo.* (N. del A.)

Cumayasa, el Soco y el Macorís. Pasada la bahía de Neyba, el río Baní, el Azua, el Caimán y el Nayauco, y finalmente el Pedernales.

VIII.

En las montañas hay terrenos a propósito para los cultivos europeos. Los llanos de tierra oscura sirven para la recolección de la caña dulce. Sobre los terrenos arenosos se cultiva el índigo; el algodón crece en los terrenos cascajosos, y el café se siembra en todas partes, pero con ventaja en las tierras ricas en greda. Una de las producciones más estimadas de Santo Domingo es la de las maderas. Allí se crían de tantas clases, que es casi imposible enumerarlas. El roble, el pino, el ancardo, el abeto y muchas de las conocidas en Europa, el mamey, la caya, y guayacán, el canclón o candelón, el cedro y otras que se emplean con utilidad en la construcción y en la fabricación de mobiliarios. Se producen también con sorprendente abundancia las maderas que se tienen por preciosas, como la caoba, el ébano, el granadillo negro, el catey, el palo Nazareno, el guaconejo, el cuerno de buey, etc., etc., que se prestan al pulimento y bruñido, y ofrecen un aspecto delicado después de trabajadas.

Crece también en Santo Domingo diferentes especies de palmas. Los bosques se multiplican en la isla, y aunque las cortas de árboles se hagan con extraordinaria frecuencia, la naturaleza pródiga repuebla relativamente en poco tiempo los bosques talados. El café, que es de regular calidad, y el tabaco, representan otra riqueza que no está suficientemente explotada. Además de esto, se cogen cosechas de trigo, maíz, arroz y otros granos. Hay clases especiales de frutas: manzanas, melocotones, uvas, albaricoques, ciruelas, melones, plátanos, cidras, naranjas, limones, bananas y guayabas. No faltan legumbres, y una hortaliza gigantesca: coles de grande tamaño, alcachofas, rábanos, remolachas y batatas. De varias frutas se hace dulce, y en particular es apetecido por los habitantes el de guayaba, que es de un gusto delicado. Existen muchas minas de oro, plata, estaño, cobre, platino y hierro. Por último, los artículos de exportación más comunes, son: el café, el cacao, el algodón, el campeche, el tabaco, la madera amarilla, la pita, la concha de tortuga, los cueros y la tafia³. La mayor preponderancia del comercio la tienen los puertos de la república haitiana.

Cuando los españoles descubrieron la isla de Haití sólo existían en ella cuatro clases de cuadrúpedos pequeños desconocidos en Europa, que, según Oviedo, consumieron los descubridores de aquel país en pocos años. D. Antonio Sánchez Valverde dice en su obra, ya citada, que con esquisitas diligencias pudo haber uno de ellos que le presentaron en la ciudad de Bayaguana, y su figura y tamaño eran de un lechoncillo de 15 días, su pelo tan raro y delgado como el de los perros llamados chinos; no tenía cola y

³Aguardiente de caña. (N. del A.)

era absolutamente mudo. Y añade el padre Sánchez, que no sabe a cuál de las especies correspondería, y que Oviedo las describe con bastante confusión. De Europa, después, se llevaron a la isla varias clases de cuadrúpedos y se hizo una eficaz procreación, existiendo hoy en el país bastantes ganados de vacas, cerdos, ovejas, cabras, caballos y burros, y diferentes razas de perros. Respecto de aves, se crían gallinas de Guinea, palomas, tórtolas, anades, patos, faisanes, pavos reales y otras muchas que no necesitamos mencionar, porque bastan las citadas para comprender la riqueza y abundancia de la fauna terrestre dominicana. No son menores las de su fauna fluvial y marítima. En esto, como en todo la naturaleza no ha negado ninguno de sus dones a aquella infortunada isla, y sin género alguno de duda puede sostenerse que la variedad y número de sus productos fueron motivos que se tuvieron aquí muy presentes para acoger con entusiasmo la idea de la reincorporación.

BARÓN DE EGGERS:

DE PUERTO PLATA AL PICO DE VALLE NUEVO (1887)^{1*}

En otra ocasión haré un trabajo más largo sobre mi viaje por Santo Domingo, para tratar especialmente de sus condiciones sociales y de su agricultura. Hoy daré un mero apunte acerca de mis investigaciones en la parte del interior, que hasta ahora estaba casi desconocida. Al cabo de una permanencia de tres semanas en Puerto Plata, costa del norte, durante la cual hice la ascensión de la loma Isabel de Torres (770 m.)², y estudié la flora de los alrededores, el 2 de mayo de 1887 salí hacia Santiago, atravesando la serranía de Monte Cristi. Aunque este es camino de mucho tráfico entre el rico interior y el puerto principal de la República, por el cual pasa casi la mitad de las importaciones y exportaciones del país, sus condiciones son tales, que solamente lo pueden andar animales de carga, y eso a condición de que no llueva demasiado. Durante la estación de las lluvias, en el invierno, las comunicaciones entre el interior y la costa, permanecen a veces interrumpidas por varias semanas, aunque la distancia sólo sea como de 50 kilómetros, la que estando secos los caminos, se puede recorrer en un día.

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones geográficas de Santo Domingo*, tomo I.

^{*}Publicado en el Boletín de Petermann, t. 1, 1888. Traducido al español por Carlos Nouel y Alejandro Llenas, se publicó en *El Porvenir*, Puerto Plata, en junio de 1888, Nos. 768-773. Reproducido, con notas del Dr. Alejandro Llenas y del Pbro. Dr. Apolinar Tejera, en la revista *La Cuna de América*, S.D., 1909, que es el texto que utilizamos. Reproducido, sin notas, en *La Información*, Santiago, 22 de octubre de 1960, con el título de *Viaje por el interior de Santo Domingo*. (E.R.D.)

²Esta medida concuerda con la de William M. Gabb (*On the topography and geology of Santo Domingo*: 1873), a saber: 2.520 pies. Según Sir Robert Hermann Schomburgk, tenía 700 metros. (Apolinar Tejera).

Después de haber pasado el pequeño arroyo de San Marcos, se sube la cuesta del mismo hasta una elevación de 360 metros. Luego se baja, y se pasa por unos llanos pantanosos, al través de bosques, en medio de los cuales se ven algunos ranchos, hasta que se llega al río Bajabonico (100 metros). Este tiene un cauce muy ancho, y sus crecientes son a veces considerables en tiempo de lluvias. Cuando lo crucé, sólo tenía medio metro de agua. De aquí sube el camino poco a poco. Dejados los Llanos de Pérez, y casi siempre al través del bosque, se llega, recorridos 325 metros, al lugar de Altamira. Allí pernocté. En el monte, cerca de Altamira, crece entre otras plantas una vainilla de vaina corta. La fruta, aunque muy aromática, no es objeto de cosecha para los habitantes. De ese pueblecito sube el camino hasta el alto de La Cumbre (670 metros); y baja después, pasando por el Aguacate y el Limón (440 metros), lugar que tiene algunas casas muy decentes. Saliendo de allí, se atraviesa el valle estrecho del arroyo Las Lavas, que se vadea varias veces; y se llega, con una altitud de 200 metros, al llano de la extensa Vega Real.

La sierra de Monte Cristi pertenece al terreno calcáreo terciario. Su altura varía de 650 a 700 m.; y el punto culminante, *Diego de Ocampo*, tiene 1220 m. Mientras que el clima del lado norte es bastante húmedo, las aguas del lado sur son mucho menos abundantes: esto se reconoce principalmente por la presencia de varios cactus, como la opuncia, alta como un árbol, los cirios, & &.

La Vega Real es un valle muy conocido, situado entre la sierra de Monte Cristi al norte, y la parte central de la sierra del Cibao por el sur, y se extiende con una altura media de 150 metros, desde la bahía de Samaná al este, hasta la bahía de Monte Cristi al oeste. La línea divisoria de las aguas, de una elevación de 220 metros, se encuentra casi en su mitad, cerca de Santiago. El terreno allí es también calcáreo terciario. Al este, donde el clima es mucho más húmedo, el suelo tiene una capa profunda de humus; en el oeste es más seco el terreno.

Después de una marcha a caballo de algunas horas por un terreno perfectamente llano, llegué a la capital del Cibao, Santiago, por la tarde, bajo un aguacero tremendo. Santiago es un pueblo bonito y muy comercial, con poco más o menos 8.000 habitantes: las calles derechas, pero descuidadas, casas de un piso, y sin nada notable que admirar. La ciudad está situada cerca del río Yaque, en un punto en que éste desvía su curso del norte al oeste, a 30 metros de elevación sobre el nivel del río, en una meseta de cal y esquistos, cuyas barrancas al suroeste son muy pendientes. La población comprende una gran parte de blancos, o mestizos muy claros. En el interior se encuentra mucho menor proporción de morenos o gente de color. Y sea dicho en honor de la población de Santo Domingo: la cuestión de raza no existe en este país.

Estuve algún tiempo en Santiago, para visitar las lomas, tanto al sur como al norte; y también observé con atención la vegetación del llano. El 21 de mayo, continué mi ruta para la sierra del Cibao.

Siguiendo el camino, al llegar cerca de la ciudad de la Vega, tomé a la derecha. Pasé el río Camú dos veces; y luego, después de haber subido la pequeña cima de El Puerto, arribé a una loma de 550 metros de altitud. Allí me encontré en un magnífico bosque de pinos. Antes de vadear el Camú, en una altura de 190 metros, ya había visto los primeros pinos. Desde esta altura (loma *Mata Clara*), se perciben las montañas en su completa belleza, casi sin ninguna otra clase de árboles, sino pinos. El pino que crece aquí es de la misma especie que el que se encuentra en Cuba, *Pinus occidentalis*. Este árbol cubre con sus inmensos bosques la mayor parte de la sierra del Cibao, hasta los puntos más elevados, a una altitud vertical de cerca de 2.500 metros. Es este un caso muy notable en geografía botánica. Es en una altitud de cerca de 2.200 metros sobre el nivel del mar, que dicho árbol parece alcanzar su desarrollo completo: troncos de 60 metros de altura y de 3 a 4 metros de circunferencia no son escasos allí. Su palo tiene mucha resina y produce madera de construcción magnífica. Por falta de medios de conducción no se utiliza sino muy poco. La presencia de los pinos allí parece ser independiente de las condiciones del clima: depende mejor de las condiciones del terreno, porque sólo se encuentran donde el suelo está formado por tierra arcillosa mezclada con cascajo. Desde que se presenta un suelo calcáreo, o rico de humus, desaparece el pino, y se ve reemplazado por árboles de las demás clases: esto se nota muchas veces de una manera extraordinaria, al subir las lomas más elevadas. Como los árboles se presentan en grupos separados, y el suelo de la loma produce yerba pequeña, y helechos o arbustos raros, la jornada en las alturas de la isla no ofrece tantas dificultades como cuando se viaja en las demás partes inexploradas de los países tropicales. De manera que si el Profesor Gabb, quien desde 1869 hasta 1871 exploró la isla desde el punto de vista geológico, tuvo que devolverse a la altura de 1670 metros, como el punto más elevado que pudo alcanzar, me parece que fue por otras causas, y no por la imposibilidad de pasar por los bosques de helechos.

Aunque el camino en la loma *Mata Clara* no presentó grandes dificultades, un aguacero copiosísimo, que cayó durante varias horas, me obligó por fin a detenerme en ella, y a pasar una noche muy fría y muy desagradable, sin comer ni beber, en aquella altura.

De madrugada seguí con mis peones y caballos. Bajé el monte hasta 520 m., y allí pasé el río Jimenoa, tributario bastante grande del Yaque. Poco después llegue a Jarabacoa, lugarejo cerca del Yaque arriba, en una altura de 550 m. Aunque Jarabacoa es una parroquia con más de 800 habitantes, las casas están formadas con tablas de una palma que es muy común en Santo Domingo; los costados hechos de tabla muy estrecha de *Oreodoxa oleracea*, y la cobija de yaguas, que es parte de la hoja de la misma palma. En una plaza despejada, se encuentra la iglesia, que parece un rancho, también fabricada con *Oreodoxa*, y la comandancia. Un corneta, un tambor, y tres hombres armados con Remingtons, forman allí la guarnición.

Los habitantes se dedican a la agricultura, y principalmente a la preparación de andullos, largo cilindro de tabaco aromático enrollado en una yagua, y apretado con sogas. Estos rollos, que pesan de 5 a 6 libras, objeto de tráfico en el país entero, y hasta en Haití, son muy apreciados por los criollos. El tabaco es algo fuerte; se corta fino con un cuchillo, y se fuma en cachimbos pequeños, cuyo hornillo se hace de tierra arcillosa colorada, que abunda en todas partes por la sierra. El tubo está formado con el tallo de una *gleichenia* que se encuentra en las cimas elevadas de las lomas, y se llama *calimete*. Este nombre, así como la forma del hornillo, permite pensar que el cachimbo, y también la manera de preparar el tabaco, viene de los naturales indios³.

La temperatura de Jarabacoa es bastante fresca, principalmente por la mañana. El termómetro sólo indicaba, regularmente al amanecer, 13 ó 14 grados R.

A pequeña distancia, por el sur de Jarabacoa, se levanta una loma como de 1.000 m., de altura, cubierta de bosques cerrados, llamada *La Jagua*. Su punta occidental tiene la forma de un pilón de azúcar tronchado, *El Mogote* (1.400 m.); y al este se levanta el *Monte Barrero*, con una altura de 1.250 m.

En el valle que rodea a Jarabacoa se encuentran pinos e igualmente otros árboles; en los intervalos, se hallan conucos, que son las plantaciones de los habitantes, cercados sólidamente con troncos de pinos. Entre los árboles interesantes, solo citaré el nogal (*Juglans jamaicensis*). Sus frutas son puntiagudas por un lado.

Desde Jarabacoa, subí primero al Monte Barrero, que es bastante accesible, porque el camino que conduce al valle de Constanza, pasa por allí.

³La *gleichenia* es un helecho que habita en la zona tórrida.

Según Oviedo (*Historia general y natural de Indias*, t. I, lib. V., cap. II), "los caciques e hombres principales tenían unos palillos huecos del tamaño de un xeme ó menos de la grosseza del dedo menor de la mano, y estos cañutos tenían dos cañones respondientes á uno, como aquí está pintado (la figura parece una Y), é todo en una pieza. Y los dos ponían en las ventanas de las narices, é el otro en el humo é hierva que estaba ardiendo ó quemándose; y estaban muy lisos é bien labrados"... "Los indios que no alcanzaban aquellos palillos, tomaban aquel humo con unos cálamos ó cañuelas de carrizos, é á aquel instrumento con que tomaban el humo, ó á las cañuelas que es dicho llamaban los indios *tabaco*, é no á la hierva ó sueño que los toma (como pensaban algunos)".

Si no estoy errado, el tubito (*calimete*) del cachimbo ó pipa criolla, cachimba en Cuba y en algunos otros puntos de América, como dice Oviedo, procede del carrizo (*carex palustris*), planta de las gramíneas ó de las ciperáceas, que se da frondosamente en los paúles y aguazales, y contribuye a cegarlos paulatinamente.

El venezolano Baldomero Rivodó, autor de varios trabajos filológicos, en el libro intitulado *Voces nuevas en la lengua castellana*. París 1889, asienta que la palabra cachimbo proviene del idioma portugués. (A.T.)

Pero la piñuela (*Cyrtopodium Andersonii*), Lindley, no pertenece a las bromeliáceas, sino a la hermosa y variada familia de las orquídeas, afín de aquellas. Es quizás una planta peculiar de la América tropical; y sin duda su segundo nombre lo lleva en honor del insigne naturalista inglés Alejandro Anderson, que habitó algún tiempo en las islas de Santa Lucía. San Vicente y Trinidad, ocupado en herborizar. (A.T.)

Caminando por debajo de pinos magníficos, se atraviesa por lugares llanos que rodean a Jarabacoa, y se esguaza el río Baiguata, pequeño tributario, muy límpido, del Jimenoa, el cual, como casi todos los ríos de las regiones altas, está rodeado de un bosque umbroso de *Jambosa vulgaris* (Pomarrosa).

Pasando por delante de los pocos anchos que forman el lugarejo de El Pedregal, sube el camino una cuesta muy parada del Monte Barrero, cubierta de un bosque de pinos elevados. La cuesta es muy rápida, en muchas partes de 30 grados de inclinación; y como el camino tenía mucho lodo por efecto de las aguas, y esta cortado también por donde quiera por las raíces de los pinos, se puede suponer que una subida culminante del Barrero, era una fatiga muy grande, tanto para los caballos como para la gente.

La molestia de la subida se halla empero bastante remunerada en varios puntos. Ya en el camino se encontraban, en pequeños valles y entre las peñas, muchas plantas interesantes, entre otras la hermosa *Fuchsia triphylla* rojo oscuro, la primera especie conocida de la familia Fuchsia, llamada así por Plumier; un *Siphocampylos* color rojo ardiente; una *Pentarrhaphia* grande; una *Iridea* azul; como también una *Cyathea* hermosísima. Curiosa era la vista de las palmas que se notaban aquí y allá entre los pinos, como la Euterpe (Manacle), cuya fruta sirve de alimento agradable a los puercos casi cimarrones.

Al llegar al punto culminante, encontré una cantidad bastante grande de plantas que nunca había visto, principalmente una *Ilex*, algunas Compositas, varias Labiadas, etcétera.

El suelo de la loma se ve cubierto en muchos puntos con bosques de *Davila aculeata*, pero parece que aquel árbol no se da en alturas superiores a 1.100 m. Entre otras plantas más pequeñas que se encuentran en los montes de pinos, citaré un *Hypericum*, que crece a un nivel de 600 m.; y las *Bromeliáceas*, que se hallan a menudo adheridas a los troncos de pino, de las cuales algunas tienen hojas rojas y anchas, magníficas⁴.

El reino animal es pobre en estos montes. Casi no se encontraban insectos; de aves, sólo una especie de cuervo, cuyo graznido monótono resonaba entre aquellos árboles enormes.

La vista, interrumpida a menudo por nubes que pasaban, es soberbia por la parte del norte. Por encima de la Vega, se descubren las montañas de la sierra de Monte Cristi, y se ven muy claramente las dos ciudades de Santiago y Moca, con sus casas blancas.

Después de haber pasado varios días en Jarabacoa, ocupado en examinar los alrededores, seguí mi ruta el 27 de mayo, acompañado del moreno que había llevado de San Thomas, y de algunos indígenas empleados como peones; en dirección al valle de Constanza. Como ya se ha dicho, el camino que va para Constanza, sube por el Monte Barrero, y sigue después otro que

⁴Piñuelas (N. del Dr. A. Ll.).

hace muchas eses. Sobre la altura, es muchas veces tan estrecho y con laderas tan pendientes a ambos lados, que se puede uno figurar que va andando sobre la cumbrera de una casa. Por fortuna las pendientes están cubiertas de pinos muy próximos los unos a los otros, de modo que la sensación de vértigo causada por aquellos precipicios, se desvanece un tanto. La montaña está formada casi toda de pedernales, que en muchos lugares han sido arrasados por las lluvias, de tal manera que la vereda para los animales desaparece a veces completamente, y es preciso ir la trazando de nuevo.

Dada la vuelta al punto culminante del *Monte Redondo* (1,250 m.), sigue el camino de nuevo culebreando con una altitud poco más o menos de 1.100 a 1.200 m., hasta que se baja por una hondonada llena de lodo, al río *Jimenoa*, que corre en este punto 1.190 m., sobre el nivel del mar; y por consiguiente, durante este corto trayecto hasta su entrada en el *Yaque*, más arriba de Jarabacoa, tiene una diferencia de nivel de 670 m.

El río aquí es bonito y claro; a ambos lados tiene montes muy tupidos.

Inmediatamente después de haber pasado ese río, a la una p.m., empezó un temporal de agua, cosa que es muy frecuente allí, pero con tanta violencia, que casi era imposible seguir la jornada. Pero como de Jarabacoa a Constanza no se encuentra en el camino una sola casa, y pasar una noche en aquella loma en el monte, mojado hasta la piel, era penoso, no me pareció conveniente parar allí, y seguimos lo mejor que pudimos. Aquel aguacero impetuoso cambió bien pronto el camino en arroyos de lodo blando, por los cuales hombres y animales avanzaban con el mayor trabajo, ya subiendo, ya bajando. Principalmente nos fue bastante difícil subir el alto de *La Cumbre* (1.440 m.), y el de *Rancho Quemado* (1.440 m); como también bajar la hoya del río *Tireo*⁵ (1.050 m.), al que llegamos después de haber atravesado un bosque considerable. El *Tireo* es un tributario bastante caudaloso del *Yuna*, que desagua por el este en la bahía de Samaná, mientras que el *Jimenoa*, como tributario del *Yaque*, lleva sus aguas por el N. O. a la bahía de Manzanillo.

El *Tireo* había cogido tanta agua con las lluvias, que solo pudimos pasarlo con mucho cuidado, y mojándose todo nuestro equipaje. Más adelante del *Tireo*, tuvimos que pasar dos alturas cubiertas con montes de pinos magníficos. Desde allí se va allanando el terreno, para formar la extremidad oriental de la altiplanicie de Constanza. El valle se ensancha luego mucho más, y el camino sigue por un llano agradable, atravesando

⁵Por qué este nombre, de origen griego (broquel, escudo, rodela), en esta remota y deshabitada región? Pedro Mártir de Anglería, en su *Década Tercera*, Libro VIII, Capítulo II, al discurrir sobre los valles de la *maravillosa Española*, describe con poéticos rasgos uno que se asemeja bastante al bellissimo de Constanza, por su aspecto físico, y menciona el río *Tirecoto*, "que corriendo hacia el oriente, aumenta las aguas de Juna" (sic). Y como el *Tireo* mezcla las suyas con las del *Yuna*, es presumible que dicho nombre sea una alteración o abreviación de *Tirecoto*. (A.T.)

primero montes de pino, y luego una sabana verde, espléndida, y de gran extensión. A ambos lados se levantan alturas bastante importantes, las cuales rodean el valle por todos lados, cubiertas también con pinos, entre los que se veían flotar grandes nubes, mientras que en el valle ya reinaba la oscuridad.

Después de haber pasado la sabana, empieza otra vez el monte dejando ver en la extremidad oeste del valle espacios talados, en donde hallamos por fin con gran satisfacción, porque la noche estaba un poco avanzada, un albergue en uno de los bohíos que allí encontramos.

El valle de Constanza, de 1.170 m., sobre el nivel del mar, tiene una forma ovalada angosta, con dirección principal del este al oeste, de modo que es paralela a la dirección de las lomas. Estas atienen una extensión de 8 kilómetros, y su cumbre es completamente llana, y cubierta casi por donde quiera con bosques de pinos, y tienen un terreno bastante bueno, principalmente en la parte del O. Además de la gran sabana ya mencionada, hay otra más pequeña en la extremidad del valle, al noroeste.

Schomburgk encontró allí en el año 1851 solamente una casa habitada; pero hoy la población cuenta como cien vecinos, la mayor parte blancos o muy claros, los cuales ocupan 30 bohíos, diseminados en el valle. La gente vive de la crianza y de la cultura de frutos menores como frijoles, batatas, yuca, maíz, y también de su tabaco, que trabajado ya en andullos, transportan al sur de las lomas, por el valle de San Juan⁶.

El valle posee una ermita, que es un bohío cubierto de paja, en la que el cura de Jarabacoa dice misa de cuando en cuando.

El clima aquí es bastante fresco, y los habitantes aseguran que en el invierno el frío acaba las matas de plátano y otras plantas delicadas. El 28 de mayo, a las 6 a.m., el termómetro marcaba 12º R. Desde noviembre hasta marzo reina la seca, y llueve en los demás meses⁷.

⁶Del 1869 al 1871 hizo como es sabido notables estudios topográficos y geológicos en el país, el competente norteamericano William M. Gabb, y con tal motivo estuvo en el valle de Constanza, por lo menos dieciocho años después del sabio naturalista Sir Robert Hermann Schomburgk. Conforme al interesante relato de Gabb en el ya mencionado trabajo *On the topography and geology*, Philadelphia, 1873, entonces había en Constanza doce bohíos. Al cabo de otros dieciocho años, cuando la Vega, que estuvo desconocido muchos años, están fresco, que en mento de ciento cincuenta por ciento en la población. Actualmente llegan a noventiséis. La progresión ha sido considerable en el espacio de veintidós años, esto es, de un doscientos veinte por ciento. (A.T.). Los *Informes* de Gabb figuran en E.R.D., *Riqueza mineral y agrícola de Santo Domingo*, S.D., 1965). (E.R.D.)

⁷Léese en la *Idea del valor de la Isla Española y utilidades que de ella puede sacar su Monarquía*, por Don Antonio Sánchez Valverde, Madrid, 1785: "El valle de Constanza, dividido del de San Juan por unas altas serranías, y colocado a la parte norte de la Isla, en jurisdicción de la Vega, que estuvo desconocido muchos años, es tan fresco, que en la estación más calurosa del año se conserva la carne cuatro y cinco días, de que estoy informado por muchas personas fidedignas, y por su propio poseedor actual, Don Melchor Suriel, sujeto veracísimo. En las cimas de estas sierras, cuyo acceso es trabajosísimo, se encuentra escarcha todo el año, y se necesita de hogueras para dormir". (A.T.)

Este valle podía sin duda, con mayor diligencia de parte de los habitantes, dar muchos productos, y también los frutos menores de la zona templada. Así como está la gente vejeta en una condición miserable, y parece bastante pobre. Víveres para nuestra expedición fue imposible conseguirlos, ni aún leche siquiera.

Como la *oreodoxa*, la que según he dicho ya, crece en lugares menos elevados y suministra los materiales necesarios para hacer bohíos, no se encuentra en aquellos lugares, los pequeños bohíos están hechos de tablas de *Enterpe* (*Manacle*), y cobijados con hojas de caña brava, gramínea de elevado tamaño, porque la yagua del *Enterpe* es muy corta y débil. Los setos de las casas están regularmente formados de varas de la misma caña brava.

Allí no se ocupan en utilizar la madera de aquellos pinos tan bellos, para levantar casas; los habitantes la emplean solamente como combustible y como alumbrado⁸.

El valle es muy rico en aguas; a ambos lados corren arroyos hermosos de agua límpida y fresca: el Pantujo al N., y el arroyo de Constanza por el sur.

El monte es abierto y claro por donde quiera: solo aquí y allá se destacan pequeños bosques de árboles frondosos. En el terreno arenoso de aquellos montes, se ve a menudo una pequeña *Oxalis* blanca de bulbos color de chocolate; en el bosque vecino al arroyo Pantujo, hallé un *Rubus*⁹ elevado, de fruta negra y sabrosa. Cerca de las habitaciones se encuentran grupos de guayabos, y al lado del arroyo de Constanza, otros de *Jambosa vulgaris*,

⁸La *cuaba* (N. del Dr. A. Ll.).

⁹Será acaso la zarzamora, a de las rosáceas, aunque no se indica la especie? Jamás se ha hecho mención de esta planta, que produce agradables bayas, entre los frutales del país.

Y sin embargo, Fray Bartolomé de las Casas, en la *Apologética historia destas Indias Occidentales y Meridionales*, la nombra en dos ocasiones. La primera vez se refiere a la *gran provincia y rica de Cibao*, y ahora que hay zarzamoras como las de Castilla. También parece que alude a ella, Pedro Mártir de Anglería, al hablar de las montañas del Cibero (sic): "Aquella tierra, escribe, cría helechos, y ortigas, y zarzas con serpas, que se llenan de moras, cosas que prueban el frío que hace en aquella región". Década Tercera, Libro VIII, Capítulo II, pág. 420).

El botánico dominicano R. M. Moscoso, en su interesante obra *Las familias vegetales representadas en la flora de Santo Domingo*, 1897, dice en la página 88, que en la Sierra de Jarabacoa se halla el *Rubus alpinus* (Macfadyen), y lo llama cereza.

Cuando William M. Gabb intentó subir al Pico del Yaque, por el mes de junio del 1870, un poco más allá de *Manabao* tropezó con varios *Rubus*, probablemente iguales al que encontró en la vecindad del arroyo *Pantujo* el viajero Eggers, y al mencionado por Moscoso. He aquí la curiosa relación de Gabb en su ya citada obra: "Conseguidos los guías, y más peones, ascendimos todos a ocho personas. Dejando los caballos, salimos de *Manabao* a pie por el cauce del río, durante media milla. El terreno, casi llano, estaba cubierto de grandes árboles, con arbustos debajo de éstos. Subimos por la punta de un cerro lleno de palmeras y pinos mezclados, y alfombrado con hojas de pino y de altas yerbas, entre las cuales había multitud de arbustos y plantas nuevos para mí, nunca vistos en las tierras bajas, y lo más inesperado aún, una vieja amiga de casa, matas en gran número de zarzamora (*Black berry*), con algunas bayas maduras. La planta apenas se conocía, creciendo solamente en las elevadas montañas, de modo que la gente que me acompañaba, no sabía que sus frutas eran comibles, y fue inútil que yo procediese a gustarlas para que esto la alentase a participar de tan inesperado banquete. (A.T.)

contiguos a un bosque bastante considerable, el cual ocupa un llano húmedo por la parte sur del valle.

Por el valle de Constanza pasa el camino que va del Cibao al llano grande de San Juan de la Maguana, que se encuentra en la vertiente sur de la cordillera, y de donde se traen vacas y caballos para Santiago, por cuya razón hay un tránsito considerable por el valle desde los tiempos remotos. Es difícil pues comprender como han podido perpetuarse tantos cuentos que aún repiten los habitantes de los llanos, representando estos lugares como una región misteriosa.

Diferente cosa es lo que concierne a una loma, la más elevada del país, la cual hasta hoy estaba inexplorada, y por la que solo transitaban algunos monteros cuando iban a cazar puercos cimarrones. Esa loma, muy parada, de bosques de pinos, de suelo casi todo arenoso y árido, apenas llama la atención de aquellos escasos habitantes, poco laboriosos y acostumbrados a una temperatura más templada, y a quienes únicamente los puede decidir a visitar tan desierta altura, la esperanza de encontrar oro, que no existe allí sino en pequeña cantidad¹⁰.

Durante las últimas guerras con España en el 1863, los habitantes descubrieron varias sabanas en los altos, por el sureste de Constanza, las que forman una cuenca en la cumbre de la loma, y a las que dieron el nombre de *El Valle Nuevo*, y allí apastaron sus animales.

Aunque *El Valle Nuevo* no está habitado, se ha formado poco a poco en aquella dirección una vereda por donde los dueños de los animales pueden subir a vigilarlos; y por esa vereda resolví yo visitar el valle, para de allí subir a los altos culminantes de aquellas serranías.

El 29 de mayo salimos de Constanza cinco personas, con un caballo de carga. Vadeamos el arroyo de Constanza y anduvimos por el bosque ya indicado, en la parte sur del valle; luego subimos una altura con monte de pinos, para después bajar a un valle estrecho. Por allí, a 1.270 m., sobre el nivel del mar, corre el Río Grande de Constanza, arroyo fresco, cuyo lecho

¹⁰Antes de las investigaciones interesantísimas de Sir Robert Hermann Schomburgk, se creía comúnmente con el esclarecido Alejandro de Humboldt, y el ilustre Ramón de la Sagra, que el núcleo orográfico de las Antillas era el Pico Turquino, con 2.560 metros, situado en la Sierra Maestra o Macaca, en la banda oriental de Cuba. El primero que en América, y en vista probablemente de la carta o de las apuntes de Schomburgk, hizo observaciones acerca de esta errada opinión, la que aún tiene albergue en enciclopedias y poliantes de autores europeos, fue el distinguido cubano; Esteban Pichardo, en su Geografía de dicha isla, como se puede ver en la obra de la misma índole, de Don José María de la Torre, impresa en La Habana en el año 1860.

Ahora bien: el tenor de los datos de Schomburgk, loma Tina es el monte de mayor altura de Santo Domingo y del archipiélago colombiano, lo que Gabb como que pone en duda cuando trata del alteroso Pico del Yaqué.

Como se verá más adelante, Eggers tiene por exactas, en general, las medidas de ambos. Así pues, a que loma, ¿la más elevada del país, y hasta entonces inexplorada, se referirá el ilustrado viajero alemán? (A.T.)

está cubierto de piedras y que va a desaguar en el Río del Medio, tributario del Yaque chico del sur.

Después de haber cruzado a pie aquel río, se pasa un arroyo y afluente suyo, el arroyo del Pinal Grande, y luego se sube una loma muy pendiente, para ascender gradualmente por un monte de pinos, y se ladea por el este una barranca terrible y profunda, corriendo por su base el arroyo expresado. La loma empieza a tomar un aspecto demasiado salvaje. Las pendientes del lado opuesto a aquel precipicio, son casi verticales; los picos de las lomas muy agudos e inaccesibles; en frente de nosotros, al sur, se levantaban tres picos muy enhiestos y abruptos cubiertos de pinales.

Habiendo alcanzado una altitud de 1.500 m., se baja por un pequeño monte a una hondonada húmeda, para entrar bien pronto de nuevo en un monte seco de pinos, cuyo terreno colorado, mezclado de cascajo, se ve cubierto de *Pteris aquilina*, de 4 a 6 pies de altura. Este lugar se llama. *El Helechar*¹¹.

A una altura de 1.770 m. se entra otra vez en un monte muy espeso y húmedo, en cuyos árboles se ven musgos, peperomias, helechos, orquídeas, licopodios y otros epífitos (Parásitos)¹². Por aquel monte el camino es casi impracticable, aún a pie, porque el terreno es blando y está lleno de raíces de árboles caídos y de ramas tendidas, lo cual, todo entretejido, casi hace imposible la marcha. El machete tenía que funcionar sin descanso; y solo después de varias horas de trabajo, pudimos al fin llegar al término de aquel monte, en una altitud de 1.970 m., para entonces entrar de nuevo en un bosque seco de pinos.

Además de los *Pteris* consabidos, se encontraban en los montes de pinos de aquella altura, varias plantas, entre otras una *Cyatea*, una *Fuchsia* hermosa de flores grandes, (*Fuchsia Pringsheimü*), especie nueva, un *Siphocampylus* de flores purpúreas, una *Andromeda* pequeña medio rastrera.

Poco después de medio día, principió a retumbar el trueno y los nubarrones a acumularse sobre nosotros. Descansamos un momento, y seguimos nuestro camino, subiendo por el monte de pinos. Por donde quiera se veía tendidos por centenares troncos enormes, algunos caídos de vejez, otros tumbarlos por el rayo. Uno de ellos parecía haber sido herido hacía pocos días: su mitad estaba todavía parada, la otra desecha en astillas regadas por el suelo.

Luego que hubimos trepado la pendiente casi vertical de la barranca, llegamos por fin a una altitud de 2.230 m., en donde se encuentra la primera

¹¹Helecho llamado rabo de caballo. (N. del Dr. A. Ll.).

Este ha sufrido una equivocación. La cola o rabo de caballo no corresponde a los helechos. Es el tipo de los equisetos, del latín *euquus*, caballo, y *seta*, cerda o crin. La gigantesca criptógama de que habla el viajero Eggers, me parece que es el helecho hembra. (A.T.)

¹²Me resisto a creer que el término encerrado dentro del paréntesis, a guisa de explicación o aclaración, se halle en el original, porque las plantas epífitas, aunque medran generalmente en los árboles, no son verdaderos parásitos. (A.T.)

sabana; y a poco de haber pasado una pequeña hoya, llegamos al *Valle Nuevo* (2.270 m.), cuando comenzó a llover.

Con grande satisfacción encontramos allí un rancho de troncos de pino, construido por los amos de los animales, que nos sirvió de excelente refugio. Bien pronto hicimos una verdadera candelada de cuaba, y se preparó comida con los víveres que habíamos llevado.

La lluvia pasó pronto, de modo que la última parte de la tarde la pude emplear en recoger activamente las plantas de aquel lugar.

El *Valle Nuevo* es un llano ondulado, de bastante extensión, situado en la cumbre de una loma ancha y dominado por alturas secundarias que forman el punto culminante de aquella sierra, de las cuales algunas aparecen truncadas, en particular el *Pico del Valle Nuevo*.

El llano está casi completamente cubierto de yerbas, dispuestas en pajones fuertes y cerrados, formándole una gruesa alfombra a aquel suelo. Este presenta pedregales de cascajo grueso y fino, en ciertas partes peñascos grandes. Aquí y allá se encuentran pequeños bosques formados de arbustos pertenecientes a las composíteas, a las ericáceas y de *Garrya Fadyeni*. Entre las peñas se ven helechos, una escrofulariácea amarilla, la andrómeda medio rastrera ya citada y una multitud de plantas que recuerdan un clima más septentrional, tales como el *Hieratium*, la *Alchemilla*, el *Galium*, el *Chimaphila*, y además el *Pteris triphylla*, unas eriacauláceas, y cerca del arroyo, ranunculáceas y *Carex*. Pegado a los pocos pinos que se balancean en la sabana, se nota principalmente un *Loranthus*, de hojas pequeñas y de flores rosadas admirables.

La noche fue muy fresca, y a las 6 de la mañana el termómetro sólo indicaba 9º R; de modo que es probable que la temperatura, a fines de diciembre, baje a 0º, como me lo dieron a entender los pocos habitantes del lugar. Mi caballo, no acostumbrado a una temperatura tan baja, permaneció sin comer y temblando, cerca del rancho, la mayor parte de la noche.

De madrugada nos pusimos en camino para subir el Pico del Valle, al cual llegamos después de haber andado más de una hora. Cuanto más se acerca uno a la cumbre, más a menudo se ven grandes peñascos formados de *Breccie*, y que cubren el suelo por donde quiera. Algunos son cuadrados y de tamaño enorme; otros piramidales de 40 a 50 pies de alto. El *conglomerado* consiste en guijarros del tamaño del puño, que son pedazos redondos de varias clases de peñas, como granito, cuarzo, selenita, etcétera¹³.

Con algún trabajo logré subir encima de la última peña, y allí encontré la altitud máxima del *Pico del Valle*, o sea 2.630 m. sobre el nivel del mar. La vista desde aquella altura es grandiosa. Por el sur se descubre a cierta distancia el monte tina, (cuya altitud fue calculada por Schomburgk en 3.140 m.) y toda la costa de Azua. Hacia el oeste se destaca el valle grande de San

¹³Terreno primario eruptivo. (N. del Dr. A. Ll.).

Juan; por el noroeste, descuella la sierra enorme de la Cordillera Central, con los picos truncados *El Cayetano*, *Loma Rucilla*¹⁴, y otros. Al norte se extiende la vista por las sierras menos elevadas de Constanza y Jarabacoa, parte de la Vega Real, y más allá la sierra de Monte Cristi con el Pico del Norte y Diego de Ocampo. Por fin al noroeste y al este, una multitud de lomas, de las cuales algunas parecen tener la altura del *Pico del Valle Nuevo*, y una de ellas bastante próxima, la cumbre aislada del Banilejo.

Las lomas de la cordillera en el noroeste, en particular la *Loma Rucilla*, no parecen ser mucho más elevadas que el *Pico del Valle Nuevo*, de manera que en general encontré exactas las medidas de altitud dadas por Schomburgk y Gabb. Ellos estiman en 2.930 m. (9.500 pies ingleses) la elevación de *Loma Rucilla*, aunque éste no pudo llegar sino a cierta distancia de aquella altura¹⁵.

La vegetación de la cumbre consiste casi exclusivamente, además de yerbas, en raros arbustos de 3 a 4 pies de alto. Allí vi una *lyonia*, de hojas coriáceas y de flores grandes, la *Garrya Fadyeni*, una composita glutinosa, y de tiempo en tiempo algún pino, árbol que en este sitio es pequeño y solo alcanza de 12 a 16 pies. En las anfractuosidades de los peñascos crecen *peperomias*, *adiantos*, musgos y líquenes.

Después de algunas horas de descanso, volví al rancho de *El Valle Nuevo*, y de allí inmediatamente se cogió el mismo camino del día anterior, para bajar al valle de Constanza, donde llegué de tarde, hecho una sopa, pero muy satisfecho del resultado de la excursión.

En ella tuve la fortuna de subir a una altura que no había pisado aun ningún viajero en Santo Domingo; y especialmente de estudiar con el mejor éxito la flora de aquella encumbrada cordillera. Yo he descubierto, por decirlo así, un camino por el cual es posible proseguir nuevos estudios de aquella sierra enorme y casi desconocida; y para esas expediciones puede servir de punto de partida, no muy difícil de alcanzar, el mismo *Valle Nuevo*.

¹⁴Juzgo oportuno llamar aquí la atención, aunque de paso, acerca de dos errores considerables que se advierten en los *Elementos de geografía física, política e histórica de la República Dominicana*, por el Padre Meriño. Cítase en la página 65 a Loma Rucilla, nombre que también se le da al majestuoso y gigantesco Pico del Yaque, como si fuera una eminencia distinta de tan elevado monte, el cual se halla en la Hilería Central, y sin embargo se le considera en el consabido texto como una ramificación y estribación de la gran cordillera del Cibao. Tendida de oriente a occidente, no puede ser de ningún modo el Pico del Yaque un contrafuerte o espolón de ésta, puesto que de él descienden en direcciones diametralmente opuestas, dos caudalosos ríos, lo que demuestra desde luego que la mencionada montaña se encuentra en la línea divisoria de las aguas que bañan la banda septentrional y la meridional de la isla. (A.T.)

¹⁵Tengo que rectificar aquí un error que se encuentra en la relación del trabajo de Gabb sobre la Topografía y Geología de Santo Domingo (Boletín de Petermann, t. XX, p. 359). El que cita ese trabajo, hace decir a Gabb que el Pico del Yaque tiene 4.000 pies más que la elevación que él mismo alcanzó (5.550 pies), lo que da un resultado casi igual al cálculo de Schomburgk. En otro lugar agrega luego Gabb que los puntos más elevados de la Cordillera Central tienen poco más o menos 9.000 pies de altura. (Nota de Eggers).

JOSÉ RAMÓN ABAD: LA REPÚBLICA DOMINICANA:
RESEÑA GENERAL GEOGRÁFICO-ESTADÍSTICA (1888)¹

CAPÍTULO II

La Cordillera Central, que atraviesa la isla de E. a O. con una ligera inclinación hacia el N., no solo es el eje del sistema de montañas de la isla, sino que parece serlo de todo el sistema Antillano, descrito por Humboldt.

Aunque cortada por depresiones considerables el enlace de las montañas que forman esta cordillera está perfectamente determinado. Empiezan las primeras lomas a elevarse cerca del mar, en el extremo oriental de la isla, y a medida que la serranía avanza, en su dirección hacia el O., la base de sus grandes moles se ensancha, sus cumbres crecen y se empinan y sus estribaciones se extienden a grandes distancias en las direcciones del N.O. y del S.O. Algunas de estas ramificaciones adquieren el carácter de verdaderas cordilleras independientes; pues sus crestas se levantan atrevidas y pujantes sobre las mayores alturas del gran núcleo central, sin que por esto desaparezca la dependencia que guardan entre sí. Así, el centro de la Isla resulta ser también el centro de su sistema orográfico.

En su extremidad oriental, la cordillera del Cibao raras veces adquiere una altura mayor de trescientos metros sobre el nivel del mar; pero al llegar al centro de su desarrollo, y en sus avances hacia el O., las altitudes toman grandes proporciones. Algunos de sus picos se elevan a 2.500 y 2.800 metros, y después de hacer este esfuerzo empiezan a deprimirse de nuevo, corriéndose en diferentes hileras, bien eslabonadas, que forman anchos valles en los confines occidentales de la República y penetran en el territorio haitiano, que cruzan de E. a O., para sepultarse en el Océano.

Las mayores alturas de la Cordillera no se encuentran pues, en la vecina República, como muchos creen, y como deja comprenderlo el nombre que ésta ha guardado. Haití vale tanto como tierra alta, en el lenguaje de los indios aborígenes, y el país que lo usa, lo lleva con propiedad en el sentido de que casi todo él es montañoso, áspero y escarpado; pero, sin que las ramificaciones que cruzan aquella parte de la isla dejen de presentar considerables eminencias, ninguna de ellas alcanza las majestuosas proporciones conquistadas por las altas frentes del Cibao, que, cual el Pico del Yaque, se envuelven perennemente en un turbante de blancas nubes.

Este Pico del Yaque o el Rucillo, por cuyo nombre es igualmente conocido, mide 2.955 metros sobre el nivel del mar, según Schomburgk, cuyos datos sobre las alturas y medidas geográficas de la Isla son los más perfectos que hasta ahora existen, y corrigen muchos errores manifiestos de mapas y cartas topográficas, anteriores al que por sus notas se ha hecho. Recientemente, en 1870, el geólogo Señor Gabb, intentó subir a las cumbres del

¹Imprenta García Hermanos, Santo Domingo, 1888.

Yaque y comprobar la altura dada por aquella autoridad; empleó 24 horas llegar a los 5.500 pies, y la falta de agua, que no se encuentra en aquellos lugares, y de medios para abrirse paso, por entre bosques seculares y por el inextricable laberinto de zarzas y de breñas que cubren la parte alta de la montaña, le obligaron a desistir de su empeño. El señor Gabb reconoce que si la medida obtenida por Schomburgk quizás no sea rigurosamente exacta, por lo menos se aproxima grandemente a la verdad. La debemos, pues, aceptar como dato fehaciente y comprobado.

Ya hemos dicho que los picos más elevados no se encuentran siempre en el gran espinazo de la Cordillera, pues algunas de las estribaciones laterales, que se avanzan como costillas de aquel cuerpo gigante, ostentan eminencias que se elevan 600 metros, y aún más, sobre los lomos de la sierra madre.

El monte Tina, al S.E. del pico del Yaque, al cual Schomburgk atribuye mayor altura que a éste, no corresponde directamente a la Cordillera Central, ni aun a alguna de sus grandes estribaciones, sino que se levanta sobre una gran masa de montañas aisladas, al N.E. de Azua y al E. de los desfiladeros que abren el paso al pintoresco y hermoso valle de Constanza.

Partiendo del pico del Yaque, que es el nudo de la Cordillera, corren hacia el N. NO., estribaciones considerables. Es la primera que se encuentra una hilera muy tortuosa llamada Limpia-Nariz. Hacia el O. se extiende otra serranía, cuyo punto culminante es la Loma Joca, de 2.000 a 2.500 metros de elevación. Otra hilera muy notable es la que se prolonga entre el río Magua y el Cenoví, de la que es pico Gallo, con 2.500 metros de altura, la cresta prominente. En esta misma dirección corren dos distintas estribaciones; la una se dirige hacia la frontera de Haití, destacándose el monte Diablo sobre sus más elevadas cumbres, y la otra, que se inclina hacia el S., levanta el pico "Nalga de maco" a 2.000 ó 2.500 metros de altura.

Al S.E., del Pico del Yaque varias estribaciones arrancan del gran nudo central y recorriendo encontradas direcciones, proyectan grandes masas de montañas tortuosas, que hacen cambiar en sinuosísimas curvas las corrientes de las aguas recogidas en sus flancos y dan, a los ríos que se forman a sus pies, un desarrollo kilométrico desproporcionado a la medida geográfica del terreno. Estas estribaciones, terminadas casi siempre por crestas elevadas y angostas cuchillas, corren unas en dirección S.O., mientras que otras vienen más al S., prolongándose hasta cerca de la costa. Las primeras forman la sierra que cubre el valle de San Juan por el O., la de Constanza más al centro, y la de Neiba al S.O. Las segundas se tienden en formas más suaves, si alguna vez repentina y abruptamente cortadas a pico, en lo general, las afiladas cuchillas se ven sustituidas por lomas redondeadas que abren fácil acceso a las comunicaciones entre el S. y el N. de la Isla, y forman una región montañosa hasta cerca del mar, en casi todo el territorio comprendido entre la Capital y Azua, al N.O., y N.E., respectivamente, de ambas pobla-

ciones. En esta sección y arrancando del núcleo central, corren otras masas de montañas que se dirigen al S.O., distinguiéndose entre ellas Monte Banilejo y Manaclal al E. del río Nizao, y al Occidente Valdesía, Barbacoa y la loma de Los Pinos: las estribaciones con que terminan por el S., son las sierras de San Cristóbal, de Baní y del Maniel.

Volviendo a la gran Hilera Central, hacia el N., en la divisoria de las aguas, hay un punto culminante cerca de Piedra Blanca, desde el cual una cadena bien eslabonada se dirige al Sr., y después de formar sucesivamente las elevaciones de Siete Picos, nombre dado por el número de puntas que se encuentran en su cumbre, y Monte Mariana Chica, que tiene la particularidad de terminar en una masa cuadrada, siguen una serie de lomas que se confunden en los Llanos al N. de la Capital. Sobre esta parte hay otro monte elevado que tiene el mismo nombre de Mariana Chica; pero no puede confundirse con el anterior. El primero está a la izquierda del Jaina y el segundo en la Común de Yamasá.

Desde Piedra Blanca las ramificaciones de la Cordillera toman una inclinación curva hacia el N.E., para enderezar su línea paralela a la costa, en donde terminan, dejando una gran llanura hacia el S. y tendiendo pequeñas estribaciones hasta cerca del mar, por el lado de la bahía de Samaná.

Tal es la gran cordillera del Cibao, que ocupa una área aproximadamente igual a las dos terceras partes del territorio de la República.

Otro sistema de montañas, perfectamente distinto del que acabamos de describir, se extiende por el N. en línea opuesta y paralela al del Cibao, formando en la extensa cuenca comprendida entre ambos, el valle más importante que tiene la Isla, al cual, el gran Colón, lleno de asombro y entusiasmo, al penetrar en él por primera vez, dio el nombre de Vega Real, justa y espontáneamente inspirado por la majestad y alteza de aquella comarca, sin rival en las Antillas.

La cordillera que ahora nos ocupa, al igual que la precedente, corre de E. a O., inclinándose ligeramente al N. Da principio cerca de la bahía de Samaná y se extiende al O. formando el marco superior del magnífico valle, que riegan los grandes ríos Yaque, Camú y Yuna, hasta terminar en el morro de Monte Cristi. Sus estribaciones más largas se dirigen hacia la costa N., que en casi toda la extensión alcanza hasta chocar con las aguas del Océano.

Una de estas estribaciones forma la serranía de Puerto Plata, y las depresiones entre ella y el núcleo principal, de que depende, forman extensos y fértiles valles, bien guarecidos y convenientemente regados. A esta cordillera, en su conjunto, se le ha dado el nombre de Sierra de Monte Cristi; pero su parte media e inferior, hacia el E., se conoce por Sierra de Macorís.

Otra región montañosa, que constituye un grupo alejado y muy distinto de los dos anteriores, es la serranía de Samaná, que ocupa íntegramente toda la península de su nombre. Corre de E. a O. y sus estribaciones se hunden entre las espumas del mar que la rodean por tres rumbos diferentes.

Esta serranía, por su situación geográfica y por su inclinación, parece ser la prolongación o cabeza de la cordillera de Monte Cristi, pero su formación geológica demuestra lo contrario, y la señala como perteneciente al núcleo del sistema antillano, de la que ha debido ser una fracción aislada en medio del Océano, hasta que los aluviones del bajo Yuna, avanzando y creciendo incesantemente la han unido al cuerpo de la isla.

La cuarta y última agrupación de montañas en que puede dividirse el sistema orográfico de la República, la constituye las sierras del Bahoruco. Situadas al S.O., dan principio en la bahía de Neiba, y con una inclinación, constante, de E. a O., se extienden hacia la parte meridional de Haití, en donde adquieren su mayor desarrollo. Corresponden al sistema del Cibao; pero se hallan separadas del núcleo central por bahías, valles, lagos y lagunas, que conservando una anchura media, casi igual, desde la bahía de Neiba hasta el fondo de la bahía de Puerto Príncipe, indican que esta región ha podido ser otra isla primitiva, al S.O., de la principal, unida al continente actual por ulteriores levantamientos del suelo.

La descripción que acabamos de hacer del sistema orográfico nos explica por qué la isla de Santo Domingo cuenta con numerosas corrientes de agua, unas muy considerables y otras de pequeña importancia, según tengan su origen en el centro de la Cordillera del Cibao, en las ramificaciones inferiores, o en las tres hileras secundarias de Monte Cristi, Samaná y Bahoruco.

Las ondulaciones y declives de la masa central; las áreas curvas e irregulares de sus regiones hidrográficas; las montañas que las ciñen, las escalonan o las cortan, dan tal rapidez y velocidad a las aguas corrientes durante su curso superior, prolongan tan grandemente el trayecto que recorren y aumentan su caudal de manera tan asombrosa, que parece increíble al primer examen que se hace del mapa físico del territorio. Después de adquirir así extensión y caudal, estos ríos llegan a las superficies planas de los llanos que atraviesan, y conteniendo su corriente en un cauce ancho, sin obstáculos ni desniveles transversales, llegan mansamente al mar, pudiéndose utilizar los más de ellos como vías de comunicaciones interiores para pequeñas embarcaciones.

Esta es una feliz disposición que permite utilizar las aguas dulces de las corrientes secundarias y superiores para el suministro de las ciudades y para el riego de los campos, en donde sea menester, a la vez que facilita vías de transporte, que distintos sentidos y por muchos kilómetros, se internan en la Isla.

De esta distribución de las corrientes resultan ríos de primero y de segundo orden, siendo los primeros los que nacen en la masa central de la Cordillera del Cibao y corren hasta el mar, y son los segundos todos los demás. A estos ríos principales afluyen centenares de arroyos, quebradas y torrentes, que mantienen en todos ellos un caudal de aguas permanente.

La parte N. y O., de la isla está regada por muchos menos ríos que la del S.; pero son también mayores y de más importancia.

El Yaque del N. tiene sus fuentes al pie del alto pico cuyo nombre lleva, y con sus vueltas y revueltas prolonga su curso unos 400 kilómetros antes de desembocar en las bahías de Monte Cristi y de Manzanillo.

En su marcha recibe las aguas del potente Jimenoa, que nace a unas diez millas de Jarabacoa y después de describir una curva casi circular de 70 a 80 kilómetros de desarrollo se junta con el Yaque. Más arriba de Santiago recibe el Bao, de largo curso, como que viene de las montañas del O., en donde se levanta Loma Joca; después y sucesivamente se le agregan los ríos Amina, Mao, Gurabo, Caña, Guayubín y otras siete u ocho corrientes de menos caudal que los nombrados.

Este río riega la mitad occidental del gran valle del Cibao, partiendo de las pequeñas eminencias que dirigen las aguas del valle unas al E. y otras al O.

El Yuna es el otro río que completa el riego del expresado valle dirigiéndose por el E. a desembocar por diferentes bocas a la bahía de Samaná y por el gran Estero al Océano.

Nace cerca del Monte Banilejo en el centro de la Isla y en su curso de más de 360 kilómetros recibe numerosas afluentes de los cuales los más considerables son el Maimón, Payabo, Cevicos, Yaya y Camú. Este último río es de gran caudal de aguas, y como el Yuna, puede utilizarse en la navegación interior con poco trabajo de arte para disminuir la corriente en contados puntos, en que, sin ser excesiva, deja poco fondo para que las embarcaciones floten holgadamente.

El Dajabón, que nace en la Hilería central, es muy inferior a los dos anteriores, pero tiene importancia política por ser una parte de su curso la línea divisoria de la frontera haitiana, en el N., hasta la bahía de Manzanillo, en donde desagua.

El Hatibonito nace a cierta distancia del pico "Nalga de Maco", corre rodeándolo por sus flancos, primero al N., luego al E. y después al S., para seguir su majestuoso curso hacia los valles del O., que atraviesa antes de penetrar en el territorio de Haití, a donde llega ya con las notables proporciones adquiridas por su gran desarrollo y por los numerosos afluentes que lo enriquecen.

Estos son los ríos de primer orden que de la Cordillera Central parten hacia el N., el E., y el O., de la Isla. Los que corren hacia el S., ya hemos dicho que son menos considerables, pero no menos útiles y sí más numerosos.

El primero entre todos es el Neiba o el Yaque del Sur; nace en el mismo pico en que toma origen su homónimo del N., y se dirige a la bahía de Neiba, siguiendo un curso de 300 kilómetros. Son sus mayores tributarios el río de las Cuevas, el del Medio, el Mijo y el San Juan de la Maguana.

Ocoa, que nace en el monte Ocoa, en la Cordillera Central, y desemboca en la bahía de su nombre con varios afluentes importantes.

Ozama nace en la misma Cordillera, y recibe como brazo más importante el Isabela y antes el Yuca, Guanuma, Verde, Yabacao y la Savita.

Macorís, de buen caudal, enriquecido por los ríos Magua y Guamo, Limones, Abijas, Lajas y otros.

Soco, nace más arriba de monte Isabela, en la Hilera central, y después de recibir varios afluentes desagua en la ensenada del mismo nombre.

Río de la Romana, aunque de corto curso, y pequeño caudal, forma una gran ría, que es sin duda, el mejor puerto natural, al E., de la República.

Quiabon, que nace en la misma cordillera y con un curso de solo 70 kilómetros llega al mar al E. de Punta Mina.

Yuma o Duey, que es el último, en el extremo oriental de la Isla.

Todos estos ríos son navegables para pequeñas embarcaciones en una extensión de algunos kilómetros al interior, y suelen serlo igualmente la mayor parte de sus afluentes inferiores. En algunos de estos ríos pueden penetrar buques de regular porte a algunos kilómetros de su desembocadura, y para hacerlos navegables bastaría, en muchos casos, limpiar sus orillas y los obstáculos que los mismos ríos han ido acumulando en su cauce.

Los ríos Nizao, Nigua, Jaina y Brujuelas proceden igualmente de la Cordillera Central, son torrenciales y se pierden en el mar o se sepultan parcial o totalmente en las arenas antes de llegar a su desagua natural por la costa S., como sucede con el Brujuelas.

La cordillera de Monte Cristi es fuente de pocos ríos; las dos únicas corrientes que merecen este nombre son el Isabela y el Yásica. El primero viene por el S., de Puerto Plata y se dirige al N., a través de un valle prolongado que recorre hasta llegar al Océano. El Yásica tiene sus fuentes en la misma vecindad que el Isabela, pero su curso se dirige al N.E., y después de engrosar su caudal con algunos afluentes, no muy escasos en aguas, se hace flotable en el último tercio de su curso.

La vertiente S., de esta cordillera solo da origen a corrientes de poco caudal y breve curso, que se descargan en el valle del Cibao, y son recogidas a su paso por los ríos Yaque, Camú y Yuna.

Las dos serranías de Samaná y Bahoruco, que completan el sistema orográfico de la Isla, se hallan muy próximas a la costa para que puedan alimentar verdaderos ríos; pero en cambio sus pequeños valles interiores se hallan perfectamente regados y las necesidades de la agricultura en estas comarcas, quedan completamente satisfechas.

Hay dos lagos en el interior de la Isla que merecen citarse. Ocupan de E. a O., la depresión que encuadran, por el N., las serranías de Neiba, y por el Sr., la cordillera del Bahoruco, y son como una continuación de la bahía de Neiba por un extremo y de la de Port-au-Prince por el otro, interrumpidas por el levantamiento del terreno intermedio.

El mayor de ellos es el lago Enriquillo, de 55 kilómetros de longitud, con una anchura media de 18 kilómetros, todo él enclavado en territorio de la República, lo que no sucede con el otro lago, que le sigue en la dirección O., llamado del Fondo, o Azuei, y por los haitianos, Saumatre, el cual se halla en la misma frontera y por en medio de él, cortándolo de N. a S., pasa la línea imaginaria de la división entre ambos Estados. Su longitud es de algunos 25 kilómetros por unos 12 kilómetros de anchura media.

Ambos lagos reciben numerosas corrientes de agua dulce que bajan de las serranías inmediatas, sin embargo de lo cual, sus aguas son tan saladas como las del Océano, mantienen los mismos peces, y están sujetas a los movimientos de la marea.

Si el examen geológico y topográfico de la región ocupada por los expresados lagos, no demostrara, de manera evidente, que no son más que la continuación del mismo mar, los fenómenos citados serían indicios suficientes para creerlo así. No puede dudarse que las montañas del Bahoruco debieron formar una isla separada de la principal, y el levantamiento de dos lenguas de tierra intermedias dejó, encerrados los brazos de mar que hoy forman los lagos salados de que nos venimos ocupando, y que, según todas las probabilidades, siguen unidos al Océano, del cual han sido secuestrados, y por corrientes, o mejor aun, por anchas comunicaciones subterráneas.

Hay, además, algunos depósitos naturales de aguas estantes, formando lagunas de pequeña extensión, que se alimentan por desviaciones subterráneas de corrientes perennes de agua dulce; otros que son meros estancamientos de las aguas pluviales, recogidas en hondonadas de suelo impermeable, y que están llamados a desaparecer en beneficio de la salud pública a medida que los campos entren en cultivo; y finalmente, otros, formados por remansos y expansiones de los ríos, cuando desaguan sobre llanuras: de bajo nivel, como las marismas causadas por las aguas del Yaque, en la bahía de Manzanillo.

CAPÍTULO III

La descripción que en los dos capítulos precedentes hemos hecho de las costas, montañas y ríos de la República, sirven para fijar los caracteres generales de su topografía, marcando el cuadro en que esta se encierra y las líneas generales que la determinan.

Sobre un gran plano, casi triangular, corre la cordillera matriz de El Cibao, con dirección de E. a O. Relativamente baja y estrecha en el primer tercio de su recorrido, adquiere su mayor desarrollo, en amplitud y altura, en el segundo tercio, para terminar, en el tercero, tendiendo altos y potentes brazos hacia el N. y S.O., que penetran en el territorio de Haití. Esta hilera de montañas divide la República en dos partes irregulares, las cuales, a su vez, se subdividen por las estribaciones de aquella cadena, y por las cordilleras

de segundo orden, que corren paralelas a las costas y son hacia el N., las sierras de Monte Cristi y Samaná; hacia el S.O., las serranías de Bahoruco.

Tenemos, pues, una gran masa central de montañas que empieza cerca de la costa oriental, con una altura de 250 a 300 metros sobre el nivel del mar, y conservando esta misma elevación media por largo trecho, forma una faja de veinte y cinco kilómetros de ancho, prolongada en una extensión de ciento ochenta y cinco kilómetros de largo, hasta donde termina este primer tercio de la gran Cordillera. Desde el pie de esta faja de montañas, dirigiéndose hacia el S. y buscando los bordes del mar, se tiende un inmenso plano a nivel de cincuenta kilómetros de diámetro por doscientos kilómetros de longitud, formando extensos llanos y anchurosos valles, unidos entre sí, con una superficie total de más de 10.000 kilómetros cuadrados, o sea un millón de hectáreas de terreno llano, todo él cruzado por numerosas corrientes, que se bifurcan a distancias regulares, y forman ríos de manso curso y de útil empleo en las comunicaciones entre la costa y el interior.

Tan considerable explanada se halla dividida en sabanas, y en grandes bosques.— Las sabanas vienen inmediatamente después de las lomas, se extienden casi sin interrupción hasta algo más allá de Higüey, y llegan, por el S., hasta la línea de los bosques, algunas veces hasta muy cerca de la costa, mientras que en otras se detienen a muchos kilómetros en el interior, particularmente sobre las riberas de los ríos, que determinan los verdaderos valles de esta comarca. En la proximidad de la costa, de O. a E., corre una escabrosa elevación continua de poca altura, que disminuye gradualmente, hasta que en la extremidad oriental de la Isla, después de haber desaparecido por completo, se presenta otra vez, pero con nueva forma, pues las escarpas se levantan como si fueran tres terrazas superpuestas, desde el frente de la Isla Saona hasta el Cabo Engaño.

La región que hemos descrito comprende gran parte de la Provincia de El Seibo, el Distrito marítimo de San Pedro de Macorís y una porción de la Provincia de Santo Domingo, cuya ciudad capital se halla situada en el extremo occidental de esta gran planicie.

El segundo tercio de la Cordillera del Cibao curva hacia el S. y adquiere tal amplitud, por virtud del poderoso desarrollo de sus estribaciones meridionales, que llena casi todo el espacio comprendido entre la Capital y Azua, dejando de por medio como superficie plana, los llanos de Baní y algunos pequeños valles elevados.

Ya hemos hecho notar, al describir el sistema orográfico en general, que la Cordillera madre ofrece la particularidad de que sus mayores alturas están, a veces, sobrepajadas por otras elevaciones de sus hijuelas. Así se ve aquí en las proyecciones que se encuentran en las del Jaina; y notoriamente se observa en el desfiladero por donde pasa el camino del Bonao, sobre el citado río al E., del cual, las montañas secundarias de Siete Picos y Mariano Chica levantan sus empinadas crestas 2.000 y aún 3.000 pies sobre la cuchi-

lla de la cordillera principal, que es el camino, o mejor dicho, la brecha que se sigue para atravesar del Sr., al N. de la isla por esta parte. Tal disposición de las montañas facilita el paso, y pocos trabajos de ingeniería serían necesarios para abrir un camino carretero por el sitio indicado, con pocas alturas que vencer, para comunicar rápidamente, las dos grandes divisiones del N. y S., de la República.

La Provincia de Santo Domingo, además de una parte que le corresponde en los llanos antes mencionados, y de una legua que se prolonga al N. hasta el fondo de la bahía de Samaná, completa su extensión superficial con toda la región montañosa al S., de la cordillera madre, comprendiendo las proyecciones que desde allí se dirigen hasta el Mar Caribe, en un desarrollo de 58 kilómetros de longitud por algo más de ancho, y una altura media de 1.000 metros en el nacimiento del río Ocoa, y no más de 150 por encima de Bayaguana. Como puntos culminantes se destacan los picos de Valdesia, con 1.800 metros de altura, y Banilejo, Lucía e Higüera, con más de 1.200. Al O. del Ozama la comarca está cortada por esta serie de proyecciones, que se dirigen de S. a N., pero siguiéndolas desde sus puntos de conexión con la Cordillera madre, se ve, que aunque algunas son muy tortuosas y otras hasta parecen montañas aisladas, todas están sujetas a la misma ley que las eslabona, y, con más o menos regularidad, siguen sin interrupción hasta que se pierden en los llanos de la costa.

La región que ahora nos ocupa, resulta, así, dividida en tres zonas distintas: la primera plana, al S.E. de la Cordillera, en la cual las lluvias son frecuentes, los vientos alisios tienen perfecto acceso, y los ríos corren mansamente, como se ven en los cursos del Ozama y del Isabela; la segunda zona es elevada, con pequeños valles interiores, cortada por sierras tortuosas y por ríos torrenciales, como el Jaina, el Nizao y el Nigua, que si son de poco caudal de agua, se hacen temibles por sus corrientes violentas y repentinas; finalmente, la tercera y última división que establecemos es la que se extiende por la costa hacia el río Ocoa, abierta al O., y cerrada al E. y al N. por la doble barrera que forman las sierras de San Cristóbal y la del Maniel, con prolongadas sequías y escasas corrientes de agua que se agotan fácilmente.

Y aquí vemos una demostración de la influencia que los vientos reinantes tienen en la composición de la atmósfera y la de esta en la vida de las plantas; pues la vegetación espontánea, en estas tres zonas, parece depender más directamente de la composición de la atmósfera y consiguiente gradación de las lluvias, que de la composición del suelo. Así se observa que la distribución de los bosques y sabanas, y la extensión y calidad de unos y otras, no se hallan sujetas a la clase de tierras y detritus que cubren la superficie, ni tampoco a la configuración del terreno. Las lomas, a ambos lados del Jaina, se componen de las mismas rocas, y a pesar de ésto las del O. están cubiertas de bosques espesos, mientras que las del E. lo están de

yerbas, a excepción de tal o cual cayo de monte, que corona la cima de algún cerro o señala el curso de alguna corriente. En las sabanas de Baní, hasta Ocoa, el terreno tiene un aspecto árido, cubierto de yerba corta, con pequeñas florestas y matorrales de poco desarrollo. En los montes altos de maleza crece bien entre los bosques, mientras que en los montes de la parte baja, tanto los grandes vegetales como los pequeños son de menos talla. En los lugares secos, cerca de Baní y en los alrededores de la bahía de las Calderas, la vegetación es pobre y raquítica, en tanto que al E., de la sierra de San Cristóbal los bosques que se adelantan sobre la costa presentan el mayor desarrollo adquirido por los grandes vegetales en esta parte de los trópicos.

La tercera sección de la cordillera, que abraza el complemento de la región S. y O., de la República, hasta la frontera haitiana, por esta última parte, y hasta el mar por la otra, es la que presenta, al primer examen, más motivos de estudio, pues ofrece mayor variedad de aspectos que ninguna otra, y promete, quizás ser la más rica y la que, en sus secciones superior y media, brinde mayores conveniencias para la emigración europea; pero por su proximidad a la frontera de Haití, por haber sido el sangriento teatro de las guerras con ese país, y por las constantes atrevidas intrusiones hechas en el territorio dominicano, de aventureros que vienen del O., resulta ser también la menos conocida y la que menor número de habitantes cuenta.

Las estribaciones de la Cordillera Central que bajan sobre el río Ocoa, vuelven a tomar, por encima de las llanuras de Sabana Buey, su dirección N.O., y replegándose sobre su eje, en el punto en que el río Mijo abre el paso que comunica el valle de Azua con el de San Juan, sigue su línea N.O., hasta cerca de San Rafael. Allí lanza la proyección poderosa, que, con el nombre de Sierra de Neiba, retrocede hacia el S.E., hasta volver a encontrarse con el punto de partida en el mismo tajo del río Mijo. Es una vuelta completa, sobre sí misma, que hace la Cordillera madre, para encerrar en su seno los magníficos valles de San Juan, Las Matas, Las Caobas, Bánica, Hincha y Guaba.

Entre esta serranía de Neiba y la de Bahoruco al S., se encuentran apisionados los pequeños mares interiores, que se conocen con los nombres de Enriquillo y Lago del Fondo. A su vez, separando a éstos dos lagos entre sí y al de Enriquillo de la bahía de Neiba, se hallan las superficies planas, que sirven de istmo a la extremidad S.O. de la República Dominicana, que llamaremos península de Barahona.

De semejante distribución de las tierras elevadas de esta parte S.O., de la República, resultan tres órdenes de cordilleras. La Central, al N., sirviendo de lindero a la provincia de Azua y de marco septentrional a los grandes valles superiores que hemos mencionado; la serranía de Neiba, que desciende del N., al S., curvando al E., para aproximarse, o mejor dicho, juntarse otra vez a la gran cordillera de la cual procede y a la cual vuelve a reunirse por la

angosta cuenca del Mijo; y la sierra de Bahoruco, que corre independiente, imitando por el S., la región de los lagos.

Esto nos da también tres órdenes de superficies planas con distintas condiciones de climas y vegetación.— 1ro. Los valles de Azua y Neiba, que se junta sin apenas interrumpir su superficie plana, de atmósfera ardiente y escasas lluvias, debida a que el paso de los vientos del e., está cerrado por las grandes elevaciones que la encuadran hacia el E. y N.; pero en cambio bien regado por el poderoso Yaque del S. o río de Neiba, que rodea el valle por el N.O., y por las filtraciones de las lagunas y de las corrientes subterráneas.— 2do. Las llanuras elevadas del Bahoruco, de terrenos ricos cubiertos de la vegetación más poderosa y activa que tiene la Isla, cuando los llanos se aproximan a las montañas, y en cambio de vegetación espinosa y pobre cuando se acercan a la costa, en cuya línea abundan los salitales y manchas de terrenos esteparios.— 3ro. Los espléndidos valles del centro, cuya entrada actual es la estrecha cuenca, o mejor, cañada escarpada, por donde el río Mijo se abre paso; tierras llanas, fértiles, elevándose progresivamente un valle sobre el otro inferior, desde el de San Juan al de Guaba, forman esta variada comarca, perfectamente regada por muchas y perennes corrientes, entre las que descuella el majestuoso Hatibonico, y bien defendida de los vientos por una cintura de elevadísimas montañas. Estas abren paso, entre sus flancos, a otros valles más escondidos, y relativamente, pequeños y estrechos, los cuales por su altitud, por la temperatura constantemente fresca de sus aguas y de su atmósfera, son un verdadero tesoro de inapreciable mérito, en esta región tropical en que Santo Domingo se encuentra.

Toda esta parte de la República forma la región Sur.

La segunda división de la República corresponde a la parte N., de la gran Cordillera Central, y comprende las provincias de Santiago, la Vega, Espaillat, una parte de la del Seibo, otra pequeña de la de Santo Domingo, y los tres distritos marítimos de Monte Cristi, Puerto Plata y Samaná. En su conjunto es conocida con el nombre de El Cibao.

Su aspecto topográfico se muestra perfectamente determinado, y consiste:

1ro. Del flanco N., de la gran masa de montañas, que forma la cordillera del Cibao en toda su longitud, y encierra, en sus tortuosas vueltas, numerosos valles, no muy extensos, pero fértiles, frescos y bien ventilados.

2do. Del magnífico valle del Cibao o Vega Real, desde la bahía de Samaná hasta las de Manzanillo y Monte Cristi, que se halla dividido en su mitad central, por ligeras elevaciones que dan opuesta dirección a las grandes corrientes que la riegan.

3ro. Una región montañosa de 30 a 40 kilómetros de ancho, que corre cerrando el valle de E. a O. en toda su línea septentrional, se prolonga por medio de sus estribaciones hasta la costa, y resguarda, entre sus recodos y proyecciones, una serie de valles de segundo orden.

4to. Una serie de lomas independientes de las grandes cordilleras; pero eslabonadas entre sí en toda su extensión y cuyo conjunto forma la península de Samaná.

La gran Cordillera que deslinda esta gran división por el S., tiene sus puntos culminantes en el mismo centro de la isla, en donde se elevan altos picos de 1.800 a 2.800 metros sobre el nivel del mar. En sus flancos del N., que dominan la Vega Real, no se muestra la forma irregular que prevalece en sus estribaciones meridionales; lejos de eso, sus proyecciones laterales son largas, casi paralelas, ligeramente inclinadas al E. o al N. y de mayor extensión las que arrancan de los puntos más altos de la Sierra y corren cerca de los límites entre las provincias de Santiago y la Vega.

Hacia el N.O. hay una curiosa cordillera secundaria que corre casi paralela al río Yaque y se conoce con el nombre de Las Lomas de Zamba. No pertenecen al sistema general y surgen, aisladas e independientes, de las estribaciones que avanzan al S., de ellas. Son estrechas, bajas, de altura muy uniforme, cortadas en angostos desfiladeros por los numerosos tributarios del Yaque que bajan de la Sierra madre. En estas cortaduras, particularmente en las que abren paso a los ríos Mao y Amina, se presentan fuertes capas de fragmentos de terrados bien definidos, que parecen indicar que, en otros tiempos, esta cadena de cerros ha sido mucho más considerable de lo que es hoy.

El famoso valle que se tiende entre la Cordillera Central al S., y la de Monte Cristi al N., tiene 270 kilómetros de largo, 17 kilómetros de ancho medio en su parte superior, 25 kilómetros en la inferior y algo más hacia las bocas del Yuna, lo que da una superficie de unas 600.000 hectáreas de tierras propias para todos los cultivos tropicales, pues aún los aguazales que terminan el valle en sus extremos E. N. E., y N.O. pueden ser saneados y ventajosamente utilizados en provechosos cultivos especiales.

La mayor altura del valle se halla en su parte central, en donde se levantan unas pequeñas eminencias que la atraviesan de S. a N.; pero dejando un paso abierto y perfectamente llano, poco antes de llegar esas colinas a la cordillera de Monte Cristi. Esta altura, tomada cuidadosamente en la ciudad de Santiago, por medio del barómetro, es de 176 metros sobre el nivel del mar.

La propiedad que las tierras altas tienen de absorber la humedad traída por las brisas marinas, se manifiesta repetidamente en distintas comarcas de la isla, pero muy especialmente en la parte del valle regada por el Yaque, al O. de Santiago. A poco andar, desde esta ciudad con dirección al O., el aire se siente cada vez más seco, las lluvias son más raras, de suerte que pronto aquella región toma un carácter propio, que determina una vegetación particular de plantas espinosas y de tallos y hojas carnudas. El fenómeno contrario se observa en la otra mitad del valle, desde Santiago hacia el E. Aquí la atmósfera se halla saturada de humedad, las lluvias son frecuentes y co-

piosas y la vegetación que cubre sus tierras tiene todas las formas de las grandes selvas de la América Central. No puede hallarse contraste mayor en una zona tan igual en todos sus aspectos y que puede ser atravesada en pocas horas por un ferrocarril. Este extenso valle se divide, pues, climatológicamente y también hidrológicamente, en dos secciones distintas que pueden llamarse, con perfecta propiedad, el uno, valle del Yaque, y el otro, valle del Yuna.

En el que llamamos valle del Yuna la eminencia dominante mas notable, es el Santo Cerro, elevación de renombre histórico, que se levanta aislada a unos siete kilómetros de la Ciudad de la Vega. La cumbre del cerro es una pequeña eminencia alomada desde la cual se alcanza una de las más completas y admirables vistas de la Isla. En frente, mirando al E., se prolonga la inmensidad de la llanura, en donde se anidan las tres ciudades de la Vega, Moca y Macorís; a la izquierda se tiende grande y majestuosa la cordillera de Monte Cristi, formando horizonte sus primeras lomas tras de las cuales se confunden, con el azul del cielo las más lejanas cumbres; por la derecha, a no gran distancia, se destacan los altos picos de la Hilerá Central, y hasta llegar a su base se prolonga la vasta planicie, apacible y tranquila, cortada aquí y acullá por alguna plateada corriente que serpentea entre las selvas primitivas que aun cubren aquellas soledades, hoy, en nuestros días, casi tan vírgenes como cuando por primera vez levantó Colón su tienda en las faldas del Santo Cerro; empero, volviendo los ojos hacia el Oriente, por donde se adivina la bahía de Samaná, la vista puede percibir las espirales de humo del primer ferrocarril construido en la isla, destinado a llevar a esa hermosa comarca la vida del progreso moderno y a convertir aquellas misteriosas selvas en anchurosos y activos campos de producción.

El valle del Yaque es la prolongación occidental de la misma Vega Real; ciñendo por el N. y por el S. las mismas hileras de montañas, y termina en el O., en las dos grandes bahías de Manzanillo y de Monte Cristi, en las cuales desagua, por dos distintos brazos, el poderoso río que lo fecunda.

Al N. del valle hemos dicho que las montañas de Monte Cristi y Macorís forman una cordillera continuada de 15 a 50 kilómetros de ancho, con picos que se elevan de 800 a 1.200 metros de altura. Los más notables son Isabel de Torres, a la espalda de Puerto Plata, que levanta su alta meseta de rocas calcáreas 780 metros sobre el nivel del mar, y el agudo pico de Diego Campo, el más alto en esta cordillera, que se eleva a 1.200 metros.— Ambas alturas fueron tomadas barométricamente, por el profesor Pennell.

Las proyecciones que avanzan sobre el valle son cortas y abruptas, y subordinándose a semejante disposición topográfica, las corrientes de aguas que de las mismas se desprenden, son pocas y de escaso volumen. Todas corren paralelamente a engrosar, los caudales del Yaque, del Camú y del Yuna, que son los majestuosos señores del valle.

En cambio las estribaciones que surgen hacia el N. son largas, tortuosas, particularmente al S.E., y cerca de Puerto Plata, en donde estos ramales toman mayores proporciones y separándose, forman anchas cuencas y valles considerables, regados por los ríos que se deslizan de las vertientes superiores en rápidas corrientes, para buscar en los llanos, cerca de las costas, un lecho más tranquilo donde remansar sus aguas y formar caudales capaces de ser utilizados para la navegación interior en pequeñas embarcaciones.

Poco vamos a tener que decir para describir la topografía de la península de Samaná.

La minuciosa relación que hemos hecho de sus costas, por dentro y por fuera de su bahía, y la que hemos hecho, también de sus ríos y montañas, nos obligaría ahora a incurrir en repeticiones inútiles.

Baste saber que es una lengua de tierra montañosa formando casi un paralelogramo de 20 kilómetros de ancho por 50 kilómetros de largo, avanzado en el mar, en dirección e., y unida al continente por un istmo, arenoso y bajo, que guarda igual anchura que la península.

Sus montañas lanzan sus más largos estribos hacia el N. y el E., y las depresiones que eslabonan la cadena en todas direcciones, forman contiguos valles que se estrechan y se dilatan, culebreando por entre los flancos de las colinas y constantemente engalanados, unos y otras, con los matices brillantes de una vegetación exuberante y excesivamente frondosa. La altura media de sus lomas es de 800 pies sobre el nivel del mar y es su eminencia más notable, la que con mucha propiedad es llamada Pílon de Azúcar, por la forma que asemeja. Se levanta hacia el E. de la Península y es un buen guía para los navegantes.

Vamos a terminar esta descripción topográfica, diciendo algo de la pequeña faja de la Cordillera Central que faldea el borde de la bahía, en oposición a la península de Samaná.

El carácter topográfico de esta sección es sumamente sencillo. Sus colinas descienden próximamente hasta el mar, cubiertas de bosques, pero con pocos valles intermedios. Al O., y viniendo del Yuna a la bahía de San Lorenzo, los cerros tienen un aspecto singular: son cavernosos, forman como vasos, unos al lado de otros, sin dejar superficies planas intermedias, llegan hasta el mar que los socava y labra las cuevas de que hemos hablado al describir la bahía de San Lorenzo. Siguiendo al E., se abre una playa extensa, con una faja de tierra llana de dos hasta siete kilómetros de ancho, y a espaldas de este llano viene una sucesión alternante de sabanas y de bosques, que penetran en la cordillera hasta alcanzar sus mayores altitudes.

Las corrientes son perennes, aunque de breve curso, siendo el río Yabón el más importante. Este y el Yanigua comparten el riego del más hermoso y fértil valle que se encuentra en esta sección. Corriendo al e., de Sabana de la Mar; los estribos de la sierra se acercan más a la costa, para volver a separar-

se y dejar llanos, en parte de sabanas y en parte cubiertos de bosques. Hacia la Cordillera son suavemente ondulados, y las lomas son bajas y redondeadas, cortadas por corrientes de agua dulce, que se ventean por entre espesas arboledas.

El territorio de esta sección pertenece en una pequeña parte al Distrito marítimo de Samaná; y desde Sabana de la Mar hacia el E., corresponde a la Provincia del Seibo.

CAPÍTULO V

Uno de los caracteres que hace notable la flora de Santo Domingo, es la prodigiosa diversidad de los géneros y especies que la componen. Bompland y Humboldt contaron 4.160 plantas distintas, propias de la América equinoccial, y bien puede asegurarse que, si no todas, la mayor parte de ellas, existen en la isla.

Otro carácter de la flora dominicana, es que las plantas asociadas, a veces se aíslan, y como solo se ve en los países templados, o en zonas no ecuatoriales, forman bosques de una sola especie. Así en el centro de la isla, se conocen comarca extensas en que predomina el pino, hasta el extremo de que, con frecuencia, cubre esta esencia la total superficie del suelo.

Las diferencias en la composición física del piso, y las que se originan de las condiciones predominantes, de mayor o menor humedad en sus capas, contribuyen, igualmente, a dar especial y marcadísimo aspecto a regiones enteras, de manera que, las altas montañas, los valles elevados y las mesetas interiores, difieren completamente, en su vegetación espontánea de las anchas llanuras, de las vegas profundas, o de las lomas y terrazas calizas de la costa.

Y en estas mismas situaciones los paisajes cambian como cambian los elementos componentes del suelo y de la atmósfera. Así vemos en el N.E., en el S.E., y en la región S., de Neiba, las vegas y llanuras cubiertas de grandes bosques, con árboles de alto cañón y abultado follaje, y colindando con ellas en todas partes, otras llanuras no menos hermosas, pero únicamente vestidas con la verde alfombra que forman los matojos entremezclados a las tendidas y rastreras gramas.

Aquella primera forma de la vegetación espontánea, se muestra en los terrenos cuyo subsuelo, sin ser absolutamente impermeable, permite conservar cierta humedad a las capas productivas; la segunda aparece en los suelos, en los cuales estas dos condiciones se muestran en sentido inverso, y los lechos subyacentes absorben la humedad de la superficie que se pierde entre profundas grietas. Estos últimos suelos forman las sabanas, que son tanto más impropias para el cultivo, cuanto aquellas condiciones se hallan en ellas más determinadas.

Otra marcadísima diferencia, que ya en el examen topográfico hemos tenido ocasión de hacer notar, es el que resulta entre los lugares

abiertos a los vientos alisios y los que se hallan en oposición a ellos. En los primeros, la vegetación se ostenta abundante de verdura y de follaje; en la segunda aparece desmedrada, dura y espinosa; y tal es el contraste, que, por ejemplo, la flora natural de ambos extremos del valle del Cibao, no parece propia de un mismo país, ni producida en iguales condiciones de altitud y clima.

En este caso, la diferencia no procede tanto de la composición física del suelo y del subsuelo, como de la falta de humedad permanente, por razón de la escasez local de las lluvias y de la distribución de las corrientes. Subsana esta falta por medio de los riegos artificiales, en donde esto sea posible, y es posible en casi todas partes en donde se hace necesario, las hoy aparentemente estériles regiones de las aulagas, de los cactus y de los agaves, sobrepujaría a otras que se estiman como más preciadas, y que, sin embargo, no tienen las ventajas que aquellas ofrecen al cultivo, tanto por el poderoso empuje de su fuerza vegetativa, como por la mayor holgura y facilidad que presentan al trabajo del hombre.

Poco conocida hasta el día la flora de la Isla, tanto en su parte agrícola como en la florestal, por falta de estudios locales, y sin ninguna obra publicada acerca de ella que pueda servir de guía en las investigaciones, se hace difícil determinar sus generalidades y mucho más relacionarlas en todos sus detalles. Obsérvase, sin embargo, que entre los tres grupos primordiales, las dicotiledóneas ocupan un lugar preminente, siendo su número mucho mayor que el que forman las monocotiledóneas y acotiledóneas juntas.

Las especies arbóreas se cuentan con gran profusión en relación con las herbáceas, y forman, aproximadamente, el 20% del total de plantas, siendo el carácter de todas ellas, en su vegetación, la marcada tendencia al endurecimiento de los tejidos, por lo que llegan a adquirir éstos, en algunas herbáceas, una consistencia, casi leñosa.

Entre las familias que con más profusión vegetan en la isla se encuentran las Ranunculáceas, las Magnoliáceas, las Anonáceas, las Menispermáceas, las Ninfáceas, las Papaveráceas, las Crucíferas; las Caparídeas, las Baxíneas, las Poligáneas, las Cariófileas, las Malváceas, las Bombáceas, las Bitneriáceas, entre las que figura el *Theobroma cacao*, como planta de cultivo; las Tiliáceas, las Caneláceas, las Gutíferas, las Malpigiáceas, las Meliáceas, las Rutáceas, las Zigófileas, las Ampelídeas, las Hipocratáceas, las Celastríneas, las Rámneas, las Samídeas, las Terebintáceas y las Leguminosas.

Vegetan, además, profusamente representadas, las Rosáceas, combretáceas, Letrárieas, Onagráreas, melastomáceas, Memecéleas, Mirtáceas, Cucurbitáceas, Loáseas, Papayáceas, Pasifloras, Rizofáreas, Turneráceas, Portuláceas, Crasuláceas, Cáceas, Umbelíferas, Araliáceas, Lorantáceas, Caprifoliáceas, Rubiáceas, entre las que por su valor en el cultivo, aunque planta exótica, se halla el *Coffea arábica*; Sinantéreas, Esfenocleáceas, Oleáceas, Lobeliáceas, Gesneriáceas, Mirsiniáceas, Teofrastáceas, Sapoteáceas,

Ebenáceas, Apocineas, Asclepiádeas, Bignoniáceas, Sesámeas Convulvuláceas, Loganiáceas, Borrágíneas, Solanáceas, entre las que por su importancia figura en primer término el *Nicotiana tabacum*; Gencianáceas, Escrofuláriceas, Acantáceas, Verbenáceas, Labiadas, Plumbagíneas, Plantagíneas y Gramíneas, entre las que figurar la caña de azúcar, que con el tabaco y el cacao, y aun el café, constituyen la principal riqueza agrícola de la República.

Las plantas que sirven de base a los cultivos especiales de la zona tropical, se producen admirablemente en todo el país, y a las que acabamos de mencionar, pudieran añadirse el algodón, el añil, el arroz, el sorgo, el maíz, la bija, el millo, multitud de tubérculos y raíces amiláceas, el maní, el ajonjolí y el ricino, como plantas oleagíneas: el ramio, el maguei o cabulla y muchas otras textiles; ricas variedades de plátanos y bananos, que suministran, a la vez abundante alimento, exquisita fruta de exportación y una fibra textil semejante al abacá á cuya misma familia de las Musáceas pertenecen esta planta filipina y nuestros plátanos y guineos o bananos. Entre los frutales cultivables para exportar merecen lugar preferente la piña (ananás) y diferentes especies de las familias de las auranciáceas y sapotáceas, particularmente las naranjas chinas, las toronjas y cidras, los limones agrios y dulces, los mameyes y nísperos. No debemos olvidar tampoco la numerosa, rica y casi inexplorada familia de las palmeras, que guardan tesoros para la agricultura del porvenir.

Muchas de las plantas exóticas propias de la zona templada, se han aclimatado entre nosotros, y con algún arte en su cultivo se lograrían especies y variedades prolíferas que pudieran rivalizar con sus congéneres del norte.

La región de los pinos y los lugares en que crece la morera, indican perfectamente los sitios propios para gramíneas, como el trigo o la cebada, y leguminosas, como el garbanzo, la esparceta, la alfalfa y aún el trébol.

Las raíces y legumbres de las hortalizas europeas, se crían en todas partes y si no se ven con la abundancia, que convendría a la buena alimentación pública, es sólo debido a lo limitado de la población consumidora, y más que todo, a la carencia casi absoluta de medios rápidos y económicos de comunicación interior; pero patatas, cebollas, repollos, alcachofas, guisantes, garbanzos, espárragos, nabos, zanahorias, remolachas, melones, sandías, fresas, y cuantas plantas anuales de los climas a que pertenecen las citadas se quieran producir, se obtienen, de calidad exquisita y con muy poco arte, aún en los lugares cálidos de la costa.

Los frutales de igual procedencia se aclimatan y fructifican en las situaciones elevadas del interior, siendo, generalmente, los lugares que mejor se adaptan para estos cultivos, aquellos en que no es excesiva la humedad de la atmósfera, porque esta, lo mismo que las copiosas lluvias, perjudican a la madurez de las frutas pulposas y a la de aquellas que tienen epidermis delicada.

Bien quisiéramos dar una nomenclatura exacta, siquiera, de las plantas conocidas en los empleos de las artes e industrias, de aquellas que son o pueden ser objeto de la agricultura local y de las florestales más importantes; pero, aun esto, se hace difícil a causa de la gran confusión que produce la caprichosa repetición y variedad de los nombres vulgares de las plantas. Las hay que tienen tres o cuatro nombres distintos y hay nombres que sirven para tres o cuatro plantas diferentes, y con frecuencia sucede, que el nombre que se le da a un árbol o yerba en tal comarca, lo lleva otro vegetal diferente a muy pocas leguas de distancia, sin contar con las numerosas especies distintas, que, por semejarse en algo, el vulgo las confunde y de dos hace una sola.

A trueque de incurrir en algunos errores, en cuanto a la nomenclatura local, pero atendiendo, en cambio, a la utilidad que puede reportar, damos la siguiente lista, muy incompleta, sin duda, pero tan extensa como la hemos podido hacer, de las plantas que sirven o pueden servir de base a la agricultura local; y las que se utilizan por sus maderas, con los nombres vulgares más generalizados y los géneros botánicos a que pertenecen.

PLANTAS QUE SIRVEN O PUEDEN SERVIR DE BASE A LA AGRICULTURA DOMINICANA²

ALIMENTICIAS HERBÁCEAS

Maíz	Zea maíz
Arroz	Oriza sativa
Mijo o millo	Panicum miliceum
Sorgo	Sorghum Saccharatum
Funde	(Gramínea no clasificada)
Teosina	Idem. Idem.
Trigo	Triticum sativum
Cebada	Hordeum vulgare
Avena	Avena sativa
Batatas	Convolvulus batatas
Jicama	Phaseolus tuberosus
Yuca dulce	Jatropha camanioc
Yuca amarga	Jatropha maniot
Lerén	Maranta allouyia
Sagú	Maranta indica
Papa	Solanum tuberosum
Pataca (topinambur)	Helianta tuberosus
Yautía maraca	Canna edulis
Yautía amarilla	Santosoma sagitaeifolium
Yautía blanca	Arum sagitaeifolium
Ñame blanco	Dioscorea sativa

²No todos los nombres científicos indicados por el autor corresponden a la actual nomenclatura. (C.E.D.)

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Ñame morado	Dioscorea alata
Ñame mapuci	Rajama hastata
Rondai o gunda	Dioscorea tuberculífera
Plátano	Musa paradisiaca
Plátano congo	Musa regia
Guineo morado	Musa violácea
Guineo manzano	Musa cambure
Guineo común	Musa sapientum
Habichuelas	Phaseolus vulgaris
Frijoles	Dolichos vulgaris
Habas	Phaseolus (varias especies)
Guandules	Citius cajanus
Chicharos o guisantes	Pissum sativum
Garbanzos	Cicer arietum
Maní	Arachis hipogea
Molondrón	Hibiscus sculentus
Remolacha	Beta vulgaris
Acelgas	Beta albida
Brocolí	Brarssica oleracea
Coliflor	Brassica botrytis
Col	Brassica capitata
Tayote	Sycios edulis
Espárragos	Asparragus sativus
Nabos	Brassica napus
Rábanos	Raphanus sativus
Berengena	Solanum melongena
Zanahorias	Daucus carota
Ajos	Allium sativum
Cebollas	Allium cepa
Ají	Capsicum (varias especies)
Pimiento	Capsicum annum
Anís	Pimpinela anisum
Apio	Apium graveolens
Berros	Sisymbrium nasturtium
Hinojo	Anethum foeniculum
Bledos	Amaranthus oleracea
Borraja	Borrigo officinales
Chicoria	Chichorium endivia
Auyama	Cucurbita pepo
Culantro	Coriamdram sativum
Espinaca	Espinacea oleracea
Escarola	Cichorium intibus
Vinagrera	Oxalis cornuta
Yerba buena	Mentha rubra
Fresa	Fragaria vesca
Piña	Bromelia ananás
Acedera	Rumex acetosa
Parcha, caguasa, cabalacito, granadillo	Passifloras

Caña de azúcar	Saccharum officinarum
Ajonjolí	Sesamum orientale
Gengibre	Zingiber officinale
Té de las Antillas	Capraria biflora
Vainilla	Vanilla aromática
Vainilla de las Antillas	Vanilla claviculata.
 <i>ALIMENTICIAS ARBÓRERAS</i>	
Aguacate	Persea gratissima
Almendro de las Antillas	Terminalia catappa
Anón	Annona glabra
Avellano de América	Omphalea triandra
Cacao	Theobroma cacao
Café	Coffea arabica
Canelero	Laurus cinnamomum
Canela, canelilla	Canella alba
Caimito	Chrisophillum cainito
Cereza	Malpighia puniceifolia
Cidra	Citrus medica
Ciruela morada	Spondias purpúrea
Chirimoya	Annona Humboldtiana
Granada	Punica grantium
Grosella	Cicca racemosa
Guanábana	Annona muricata
Guayaba ingerta	Psidium piriferum
Guayaba de monte	Psidium pomiferum
Cotoperís	Melicoecea olivaeformis
Coca	Eitoxilon coca
Gina	Inga vera
Hícaros	Crisobalanus icaco
Higo	Ficus carica
Higo de tuna	Opuntia (varias especies)
Huevo vegetal	Cordia sebestena
Fruta de pan	Artocarpus incisa, y otros
Jagua	Genipa americana
Lechoza	Carica papaya
Lima	Citrus limeta
Limón	Citrus limonum
Limoncillo	Melicoecea bijuga
Mamón	Annona Squamosa
Moera	Morus celtidifolia
Mango	Mangífera doméstica
Cajuil o marañón	Anacardium occidentale
Mamei zapote	Lucuma Bomplandi
Mamei de Santo Domingo	Mammea americana
Níspero	Sapota aerhas
Totuma-canistel	Sapota elongata
Naranja de China, de Babor y otras	Citrus aurantium

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Naranja agria	Citrus vulgaris
Toronja	Citrus magnum
Nuez del país	Juglans Jamaicensis
Nuez moscada	Monodora myristica
Nuez moscada legítima	Myristica aromática
Pamarosa	Jambosa vulgaris
Saona	Cocoloba nivea
Tamarindo	Tamarindus occidentalis
Uva de parra, vid	Vitis vinifera
Uva de bejuco de agua o de parra	Vitis caribea, vitis labrusca

PALMERAS

Palma real o de yagua	Oreodoxa regia
Id. de coco	Cocos nucifera
Id. de corozo de las Antillas	Cocos crispata
Id. de guano	Trynax argentea
Id. de cateí	Acrocomia lasiospatha
Id. de cacheo	(no especificada)
Id. de yarei	Chamerops
Id. manacle o manaca	Euterpe oleracea (geonoma)
Id. de cana	Copernitia tectorum
Id. de dátil	Phoenix dactilifera
Id. de corozo o de Guinea	Elais guinnensis

PLANTAS INDUSTRIALES

Algodón	Gossypium hirsutum
Tabaco	Nicotiana tabacum
Añil de Guatemala	Indigofera disperma
Añil cimarrón	Indigófera citisoides y otras variedades
Bija	Bixa orellana
Curcuma o gengibrillo	Curcuma longa
Pimienta de cubeta	Piper cubeba
Pimienta de malagueta	Laurus Eugenia
Algalia, ambarilla	Hibiscus abelmoschus
Alcanfor	Camphorra officinalis
Mabí	Ciano culubrina
Zarzaparrilla	Smilax salsaparrilla
Cañafístola	Cassia fistula
Zábila, acíbar	Aloes perfoliata
Jalapa	Convolvulus jalapa
Cereipo	Myroxylon futescens
Almácigo	Bursera gummifera
Bálsamo del Perú	Mirospermum peruiferum
Copal	Edwigia balsámica
Amaceí o aceite de palo	Copaífera officinalis
Caucho, goma elástica	Castillea elástica
Iligo	Ficus elliptica

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Jaguey	Ficus indica
Arbol de la cera	Miricia cerifera
Mangle prieto o colorado	Rhizophora mangle
Guatapaná, dividiní	Caesalpina coriaria
Jobos, ciruelas	Spondias (Varias especies)
Campeche	Hematoxilum campechianum
Brasil	Coulteria tinetoria
Brasilete	Caesalpina
Mora, fustete	Maclura tinetoria
Carrasca	Ilex macoucou
Lana (miralgnano)	Bombax pyramidale
Guama	Lenchocarpus tenax
Majagua	Hibiscus tiliaceus
Memiso	
Lengua de vaca	Elephantrophus seaber
Ramio	Urtica utiles o nivea
Bayoneta	Yucca albifolia. Y. Gloriosa
Maguey	Agave americana
Cabulla	AGane vivipara
Maya	Maya anthelmintica
Piñón	Jatropha curcas
Javillo	Hura crepitans
Higuereta	Ricinus communis
Flor del sol	Helianthus annus
Guáyiga	Zamia intermedia

YERBAS PARA PRADOS ARTIFICIALES

Gramíneas	Infinidad de especies
Yerba de Guinea	Panicum altíssimun
Yerba Páez, malojillo, Paral	Andropogon avenances
Yerba dulce	
Yerba lechera	Euphorbia trichotoma
Malva té	Corchorus siliculosos
Malva rosa	Hibiscus mutabilis
Sanguinaria	Flecebrun lanatun
Caña brava	Bambusa arundinacea
Bejuco de campanilla y gran multitud de los géneros convulvulus, Desmonium, Rhosiosa y otros, cuyos nombres locales son muy confusos.	

ARBOLES CON HOJAS QUE COMEN LAS RESES

Abey	Poepigia excelsa
Anón	Annona squamosa
Bucaré o Bruscal	Erytyna corallodendron
Guásima	Guasima ulmifolia
Ramón	Trophis americana
Roble Blanco	Tecome Pentaphilia
Jau-Jau	Mimosa odorantísima

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Saúco	Sambucus nigra
Guásara	
Ateje	Cordia colocoza
<i>ARBOLES MADERABLES DE LOS BOSQUES</i>	
Abey macho	Hedwigia blasamífera
Acana	Acras disuta
Algarrobo	Himenea courbaril
Almendrillo	Pommus occidentalis
Almendrón	Terminalia catappa
Aceituno	Agotoxycum puntatum
Ayúa (Pino macho en Cuba)	
Baitoa (madera blanca de construcción)	
Baías, mara o María	Callophyllum calaba
Bero	Zigophyllum arboreum
Bayahonda	Acacia formosa
Cabima (cedro macho C.)	Cedrela angustifolia
Cabo de hacha	Trichila spondias
Cacao, guaraguao o nisperillo	
Cimarrón	
Café cimarrón	
Caimoní	
Candelón (cigüeran C.)	Colubrina ferruginosa
Caimitillo	Crisophilum olivatorme
Caoba	Swietenia mahogani
Caobilla de costa	Croton lucidum
Capá prieto de sabana	Cordia gerascantus
Capá blanco o de Pto. Rico	Varonia alba
Caraqueña	
Castaño, Guara	CAtanbia americana
Caya amarilla	Zanthozilum coriaceum
Caya colorada	
Cedro hembra	Cedrela odorata
Ceiba	Bombax ceiba
Cigua prieta o amarilla	Nectandra cigua
Cigua blanca	
Chácara o Cañafistola cimarrona	Coalteria fistula
Chochinilla	Camoclaia integrifolia?
Cocuyo	
Coaba, (Pino)tea)	Pinus occidentalis
Cuabilla o Chicharón	Chicharrona intermedia
Cotorrero o Perico	
Cuerno de buey o palo-blanco	Tecoma leucoxilon
Copey (dos especies)	Clusia rosea y clusia alba
Corazón de paloma	
Ebano de Santo Domingo	Brya ebenus
Ebano	Mimosa Lebbec
Espinillo, aceitillo	Cloroxilon Swietenia

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Espino	Zanthoxilum lanccolatum
Escobón	
Granadillo	
Guayacán	Guniacum officinale
Guayacancillo o Vera	Guaiacum verticale
Guaconejo, Tea	Amiris silvatica
Guanábano cimarrón, (da corcho en la raíz)	Artobotris palustris
Higüero o Güira cimarrona	Crescentia cujete
Hoja ancha, (Hortegón, Puerto Rico)	
Guaragua o ciruelillo, (Húcar, P. Rico.-Júcaro C.) ..	Bucida capitata
Hueso	Swatea
Laurel	Varias especies de Laurus
Limoncillo cimarrón	Pimento Pimenta
Jute o Corcho	Corchorus capsularis
Jagua	Genipa americana
Jía	Cascaria alba
Juan Prieto	
Juan Primero	
Maboa	Cameraria lactefolia
Mameyuelo	
Macao	
Membrillo	Cerasus occidentalis
Nisperillo	Sapota palladium
Nogal	Juglans Jamaicense
Ozúa	Pimienta vulgaris
Palo amargo	Ceanotus americano
Palo muñeco	Quassia amara
Palo de vaca o de leche	Brosimo galactodendron
Palo moscada	Myristica moscata
Quibra hacha	Bumelia nigra
Roble blanco	Bignonia encoxilon
Roble prieto. Encina de Santo Domingo	Catalpa longuísima
Roble de olor	Catalpa chelone
Roble amarillo.-Péndola	Catalpa citarexylon
Tabaco (Palo de)	
Tarana	
Vara de lazo	
Yaya fina y Yaya boba	
Yagua, (Capá blanco, Pto. Rico)	Varronia alba
Yayabico	Crithalis fructicosa

CAPÍTULO VI

La fauna de Santo Domingo, en cuanto a la diversidad y abundancia de especies en las doce clases del reino animal, tanto en la región terrestre, como en la marina, parece guardar un término medio entre la mayor diversidad de las faunas de Cuba y Jamaica y las más restringidas de las islas meridionales de Barlovento.

Abundan en primer término los insectos, casi todos inofensivos, útiles algunos, como la abeja y aquellos que contribuyen a la fecundación de los numerosos vegetales unisexuales de nuestra flora. Las arañas no abundan mucho, y solo la especie de tarántula conocida con el nombre de araña peluda es algo dañina; la denominada azul y el guabá son más nocivos que su ponzoña produce inflamaciones locales, bastantes intensas, en algunos casos con fiebre. Asimismo las ocasiona la picada del alacrán y del ciempiés. Pero estos insectos, que viven en los escondrijos, debajo de las piedras y en los maderos podridos, se ven raras veces y siempre huyen del hombre; el uso diario de la escoba y del plumero basta para que no aparezcan en ninguna habitación.

Escasas son las clases de reptiles, radiados, vermes y *zoófitos*. Hay pocas culebras, y aunque se encuentran algunas de buen tamaño, todas son inofensivas. Los lagartos son muy frecuentes en los bosques; entre ellos, las de mayor tamaño son las iguanas, de las que hay varias especies, y se dice que su carne es muy sana y delicada. La mordedura de este reptil no es peligrosa.

Los crustáceos son tan abundantes en número como escasos en especies; pero casi todos son utilizables en la alimentación como lo son igualmente los testáceos y los moluscos marinos bivalvos y univalvos, que constituyen las mismas especies conocidas en todas las regiones bañadas por el mar Caribe. No faltan tampoco especies terrestres o de agua dulce; aunque no son tan importantes como las marinas. El caimán puebla las aguas inferiores de los ríos Yaque del Norte y Yaque del Sur.

La clase de los mamíferos está representada por cinco especies terrestres, todas de murciélagos, y una especie marina, que es el manatí. Los murciélagos viven reunidos en cuevas extensas, en donde sus propias deyecciones y sus restos descompuestos, unidos a la cal carbonatada que se desprende de las paredes de las cuevas, han formado depósitos, en algunas partes considerables, de una materia orgánica fosfatada, que, aunque está muy lejos de tener la riqueza fertilizante del legítimo huano puede, sin embargo, hallar útil empleo en la agricultura local.

Las crónicas de la época del descubrimiento hablan de cinco especies de mamíferos que se encontraron en la isla, y estos eran la hutía, el cori hoy curía, el quemí, el mohuí y el perro mudo, cuadrúpedos pequeños, de los cuales los tres últimos han desaparecido desde hace mucho tiempo, si es que en verdad han existido, pues la confusión con que son descritos por los que los vieron, hace suponer que distintos nombres se dieran a los dos primeros animales, que son los únicos de que se tiene conocimiento exacto, y que aun se encuentran en la isla.

No poseemos estudio ninguno hecho acerca de los peces que pueblan nuestros mares y ríos; pero el muy concienzudo y luminoso realizado por el sabio Poey en la isla de Cuba, puede servir de guía para este conocimiento,

puesto que examinadas bien las redes de los pescadores se ven extraer de ellas las mismas especies que pueblan los mares y los ríos de las otras Antillas. Los más comunes son el pargo, el carite, la cherna, el mero, el lebranche, la sierra, la lisa, sardina, colorado, capitán, atún, dorado, sábalo, picuda, aguijón, maqueque, loro, robalo y cazabe. El terrible tiburón, el delfín, el manatí y el pez espada son los más corpulentos que se ven en las costas, aparte de la ballena que con bastante frecuencia se ha cogido en la bahía de Samaná, en cuyas mansas aguas parece que viene a descansar durante sus grandes travesías de un polo a otro polo. Los ríos y arroyos son fértiles en pesca, abundando en ellos el dajao, la guabina, anguila, viajaca, y entre los crustáceos y testáceos, el camarón, la jaiba y la hicotea.

Las aves, tal vez la clase más interesante del reino animal, figuran en un número regular de especies propias de nuestra isla; algunas le son exclusivas, otras son antillanas, y no pocas transeúntes durante el invierno.

Las más abundantes de todas son las palomas de varias especies que se crían en los bosques por millares de millares; siguen las tórtolas, rolas, codornices, raviche, búcaro, pavo real, carrao, el perico, la cotorra, el ánade, patos de varias especies, la yaguaza y otros, como los citados, de carne delicada. Entre las clases no comestibles citaremos la garza real, el flamenco, el alcatraz, la cuchareta, la gaviota, el rabijunco, el martín pescador, el zaramagullón, todos los cuales son ictiófagos; el gavilán, el guaraguao, halcón, el búho, el mochuelo son aves de presa, y en escala menor, como insectívoros, lo son el judío, el pájaro bobo, el pitirre, el ruiseñor, el mayito, el jilguero, la calandria, el turpial, la cigua, el barrancolí, el zumbador, el colibrí, el carpintero; las golondrinas e infinitos otros, entre los cuales se distinguen muchos por sus bellos plumajes de brillantes colores.

Esto en cuanto respecta a las especies indígenas de la fauna dominicana. Respecto a las exóticas, todos los cuadrúpedos y aves que utiliza el hombre civilizado se han propagado admirablemente en la parte de la isla que corresponde a la República de suerte que, con mayor arte en dirigir su propagación y en aprovechar sus productos, la industria pecuaria alcanzaría la importancia que debe tener y que haría de ella la base fundamental de la riqueza pública del país. Basta, por ahora, saber que aunque algo desmedradas las razas por la falta de cuidado con que se asisten las crianzas, numerosos rebaños pueblan las sabanas y los bosques de la República, y que tanto el ganado caballar como el vacuno, el ovino y el cabrío son sobrios, resistentes, sanos y fecundos, prestándose por lo tanto a su mejoramiento gradual y a que se desarrollen, en ellos, las buenas cualidades que les faltan para cumplir mejor los beneficios que los animales al servicio del hombre están destinados a satisfacer.

El ganado de cerda es abundantísimo en los bosques de la República, de cuyos lugares más despoblados se ha enseñoreado esta especie, criándose completamente silvestre y en las condiciones de los animales dañinos

que deben ser destruidos por los perjuicios de todo género que causan. Estos perjuicios son de distinta naturaleza y de tal importancia que llegan a influir en el carácter de la población, pues confundiendo las pjaras de cerdos domésticos con los monteses o alzados, se sostiene en los campos un merodeo permanente, incompatible con las buenas costumbres y con el respeto a la propiedad, que es, con frecuencia, atropellada directa o indirectamente. Además, esta mezcla constante de la raza montés, que está completamente degenerada y ha vuelto a su origen salvaje, con las razas domésticas, da por resultado que las buenas cualidades que estas tienen para la ceiba, las van perdiendo gradualmente, y la especie que se forma es de suyo tan poco productiva, que a pesar de su número, Santo Domingo es tributario de grandes sumas de dinero a los Estados Unidos, por la manteca y puerco salado que de allí importa.

CAPÍTULO VII

La extensa línea de las costas, con tierras fértiles, ha permitido multiplicar en ellas los centros de población, porque es más fácil habilitar puertos que construir caminos. Así sucede que, con excepción de las cuatro ciudades de Santiago, la Vega, Moca y Macorís, (San Francisco) todas las demás poblaciones de alguna importancia que existen en la República, se han fundado en el litoral y en la proximidad de los ríos más caudalosos.

Apartándonos de las costas hacia el interior, las tierras más feraces y las maderas más exquisitas de sus selvas vírgenes no podían ser explotadas en tanto no hubiese caminos. Solo la crianza de ganados permitía sacar algún provecho de aquellos campos cubiertos de perenne verdor, porque por su propio pie pueden los animales ser conducidos a los mercados de consumo o de exportación.

Las viviendas construidas en los hatos para vigilar la crianza libre, han sido, necesariamente, el principio de casi todas las poblaciones interiores, y por la naturaleza de semejante origen esos caseríos han crecido muy lentamente, tanto en vecindario como en producción agrícola, porque para la industria pecuaria, en la forma que se practicaba, el aislamiento y la incomunicación eran un elemento propicio; y debemos decirlo también, este procedimiento era, por entonces, el único adecuado a los medios de que disponían los criadores. Todo cultivo había de ser una lucha con los animales sueltos, y, por lo tanto, los habitantes lo limitaban a la mezquina producción de algunos víveres, los más precisos a su subsistencia, sin pensar en extender las labores, para aumentar sus productos de cambio, porque, aparte de esa lucha, las dificultades del transporte tenían que ser motivo razonablemente suficiente para inutilizar todo proyecto que en este sentido se les hubiese ocurrido. La agricultura, primera y necesaria forma del trabajo activo en todos los pueblos, se hizo incompatible con la crianza, y surgieron de ahí las preocupaciones, costumbres e intereses que han llega-

do a nuestros días, y que perjudican notablemente el progreso general de la República.

En cuanto a las cuatro ciudades interiores del Cibao, que antes hemos mencionado, han podido desarrollarse y crecer más rápidamente; porque situadas, como se hallan, en un extenso valle, sin montañas que opongan barreras al tránsito, y con dos ríos caudalosos, casi unidos en su prolongación, que les sirven de arteria para la fácil circulación interna y para conducir los productos a los puertos, ventajosamente abiertos en sus extremidades, se hallaron bien comunicadas entre sí, y pronto hubieron de adquirir elementos adecuados a una vida tan activa como la que gozaban los pueblos de las costas. Su prosperidad se acrecentó desde el momento que no hicieron del pastoreo un medio único de vivir, sino que dando mayor extensión a su agricultura, la ampliaron con el cultivo de algunas plantas industriales, particularmente del tabaco, que sirvió de base a un comercio relativamente activo, del que, como era natural, se aprovecharon los puertos más inmediatos, situados al norte de la Isla.

De este orden de cosas resultaba que las poblaciones del litoral, hacia el sur, nada iban a buscar al interior, ni al norte; explotaban los productos naturales que hallaban a su alcance, y mantenían, por mar, las relaciones comerciales que entre ellas mismas se iban estableciendo, cuidándose mejor de comunicarse con el exterior que con el resto de la nación. Los pueblos del Cibao, más dedicados que ningunos otros a la agricultura, y preocupados particularmente con la producción del tabaco, mantenían sus relaciones con sus puertos naturales, sin cuidarse gran cosa del resto de la República. Entre tanto las más extensas regiones del país, apenas y solo muy superficialmente exploradas, seguían casi desiertas, aisladas, privadas de todo contacto activo entre sí y con las poblaciones más afortunadas del litoral.

Separación artificial, pero efectiva, en cuanto a las relaciones del comercio, de la industria, de la agricultura y de la vida social entre ambas regiones. Separación perniciosa, que no está de acuerdo con los intereses generales de la nación, ni, tampoco, con los locales de las mismas comarcas, y que, cuanto antes y a toda costa, conviene hacer desaparecer, por el único medio eficaz que hay de lograrlo: es decir, por la construcción de algunos caminos carreteros y de las vías férreas más precisas, solicitadas, a la vez, por el interés político y por el interés social de la República.

Los caminos que hay en la actualidad son simples trochas abiertas a través de los bosques, o brechas por entre las montañas, o trillados laberínticos por las sabanas. Inútil es decir que no se aprovechan por el comercio, ni por la agricultura; y cuando, en algunos lugares, la necesidad obliga a transportar por ellos los frutos, es sacrificando una buena parte del valor de los mismos, en calidad y en precio, lo que apareja una pérdida efectiva en la riqueza nacional.

Hay bastante ilustración en Santo Domingo, para que unánimemente se reconozca la necesidad urgente de dotar al país de comunicaciones interiores rápidas; y sus gobiernos han estado, y están siempre, dispuestos a acordar concesiones liberales a las empresas que se dispongan a construir calzadas y ferrocarriles, a canalizar sus ríos navegables y a establecer en ellos barcos de vapor para el transporte de viajeros y frutos.

Todos sabemos que nada valen las feraces tierras de los valles interiores, mientras sus productos no puedan ser extraídos económicamente. Los caminos son, pues, una causa de valor, y en este sentido, los sacrificios que han de hacerse para poseerlas, deben medirse por la riqueza futura que contribuyen a formar, sobre valores casi negativos en el presente. Pero, además de causa, los caminos son también efectos del valor, porque en donde la riqueza existe, existen igualmente los medios para construirlos. Estas dos condiciones, de causa y efecto deben tenerse en cuenta para estudiar la red de caminos que convenga construir en la República, a fin de que los intereses generales de la nación se satisfagan en primer término, y nunca queden subordinados a los caprichos del interés local o particular, y a fin, también, de que las zonas primeramente beneficiadas, al aumentar su riqueza local, por medio de esfuerzos nacionales, sirvan luego de elemento auxiliar para extender igual beneficio a otras comarcas.

En primer término conviene unir la región del sur con la del norte de la República, es decir, la Capital con el Cibao, por lo menos hasta Santiago, o bien hasta empalmar con el ferrocarril que va hoy de Sánchez, en la bahía de Samaná, hasta la Vega, y que debe prolongarse a Santiago, de conformidad con las condiciones de la concesión otorgada a la actual compañía constructora.

La distancia que separa ambos puntos extremos, Santo Domingo y Santiago, es solo de 182 kilómetros, de los cuales escasamente hay 20 kilómetros por entre las montañas, al atravesar la Hilerá central; el resto del camino es perfectamente llano, con abundante piedra y arbolado en todo el trayecto, lo que facilita y abarata la construcción de cualquier clase de vía.

Los terrenos que hay que atravesar son fértiles, bien regados, inmejorables para el cultivo del cacao y del café, de las frutas de exportación, de plantas textiles y oleojinosas, del algodón y del tabaco; y esa región tan útil, se halla casi desierta porque faltan los capitales que la vivifiquen, y que no han de acudir, mientras no exista la arteria por donde se establezca la circulación. Es un caso preciso, urgente, el ponerse de acuerdo para obtener los medios de perfeccionar esa comunicación interior, haciéndola en lo posible rápida, y en absoluto económica, por ser esas dos condiciones indispensables para que sea útil, y cese la separación de intereses que parece dividir la región del norte de la del sur de la República.

Actualmente esa comunicación interior, entre el norte y el sur, es lenta, penosísima y casi imposible durante la larga temporada de las lluvias. En el

norte, el punto céntrico del empalme de los caminos es la ciudad de la Vega; en el sur lo es, naturalmente, la Capital. Tres trochas directas hay abiertas y que se usan indistintamente, si bien parece que una de ellas merece la preferencia pues ha sido acogida por la Posta y por la línea telegráfica para ambos servicios. Aunque enojosa la tarea, como es enojoso el tránsito por ellas, vamos a describir el itinerario de estas tres vías, conocidas con el nombre de camino del Bonao, la que está más al oeste; camino del Sillón, la que se dirige más al este, y camino de las Gallinas la que va por en medio de las dos anteriores, y que, por ser la más céntrica, es también la más corta. Seguiremos el itinerario hasta la estación de Baird, en el ferrocarril del Cibao, por ser el punto confluyente mejor equilibrado para las tres, y porque desde Baird, la línea férrea, lleva a la Vega, lo mismo que a los extremos del Cibao.

Camino del Bonao

A partir de la Capital, por San Carlos, se sigue por terreno llano a la Venta, y un buen trecho después a la sabana de Santa Rosa, que hay que atravesar. Hacia su extremo noroeste se cruza el arroyo de Peralejo, y luego el del Jobo, atravesando después la sabana del mismo nombre. En su extremidad se divide el camino: el de la derecha pasa por la quebrada de Piedra Gorda, llegando a poco a la sabana de las Nasas. El de la izquierda sigue hasta encontrar el arroyo de Madrigal; lo cruza y cae a Monte Pueblo, o sea el sitio en que, en la época de la conquista, se fundó la ciudad de la Buena-ventura, para explotar las arenas auríferas de la comarca. De esa población solo se ven hoy algunos vestigios.

Prosiguiendo el camino se pasa por arroyo Valiente; se llega a Arbol Gordo y poco después a las Nasas, en cuyo punto las dos trochas se unen sobre un terreno sumamente pantanoso; continúa el camino hasta el arroyo de Novillero, para pasar por la sabana del mismo nombre, siguiendo después hasta las orillas del Jaina.

Aquí ya puede observarse la dirección del eje de la Cordillera central, que se marca de este a oeste, dividiendo las aguas que corren, unas hacia el sur, para formar el río Jaina, y las otras hacia el norte sirven los afluentes del Yuna. El camino sigue por el valle superior del Jaina, cuyo río cruza tres veces, pero atravesando también el arroyo Catarey, que se encuentra entre el primero y el segundo paso. Cerca del tercer vado del Jaina se ve la boca de los Guanaitos, que se deja a un lado, y por entre espesuras y fangales, se va avanzando lentamente; se sale a los Puellos, luego se pasa por encima de los nacimientos de varias quebradas y se llega a un sitio que los monteros llaman las Matas.

La comarca que se recorre desde el Jaina hasta este sitio, y a través de todo el valle de los Guanaitos, por el cual prosigue el camino, es extremadamente fértil y llana; su nivel es ya bastante levantado, de suerte que si se abriese paso a las aguas, desaparecería el exceso de humedad que hoy le

perjudica. Los Guaninitos se cruzan nueve veces, siendo el tránsito entre sus diversos pasos de lo más molesto que pueda imaginarse, por la naturaleza del piso, verdadero lodazal, formado por la acumulación de una masa de detritos vegetales y los derrames continuos de las corrientes superiores. No se encuentra solidez en el suelo, aun durante los meses de la seca, que es desconocida en este lugar, en donde por la disposición de las montañas, elevadas al oeste y abiertas al sur-este, llueve con excesiva abundancia casi todo el año.

Cuando después de mil trabajos se ha logrado salir de esos atolladeros, llega el viajero a un terreno abierto, hermosa pradera natural, llamada la Sabana del Puerto, que le permite reponerse un tanto antes de emprender el ascenso a través de la Cordillera, por cuchillas no muy altas ni angostas, que siguen diferentes curvas, costeano, sin atacarlas nunca, las altas lomas de la Sierra. El punto más elevado a que sube el camino es el alto de la Laguneta; desde allí empieza el descenso con dirección al norte, cruzando aguas que corren hacia el Yuna. Bajada la loma se pasa arroyo Vuelto, se sigue por la cuenca de esta corriente, cruzándola muchas veces, y siempre descendiendo, se llega al Aguacate; poco después a Piedra Blanca, que es el lugar en donde tres distintas estribaciones señalan las aberturas por donde pasan el camino que venimos describiendo, el que se dirige a Cotuí y el que va al Maniel. Las tres sendas se reunen en Piedra Blanca.

Continuando para el Bonaó se toma la inclinación noroeste, se pasa el río Maimón; después se sube la loma de Piedra Blanca, para bajarla y alcanzar el campo del Bonaó, en cuyo trayecto se cruzan varios arroyos antes de llegar al pueblo. La distancia recorrida es de unos cien kilómetros, quizás ciento diez, por causa de las vueltas que se dan en la Sierra, y por los desechos que hay que tomar para evitar sitios infranqueables a caballo.

Del Bonaó a Baird hay que andar todavía otros 50 kilómetros, siguiendo el camino de la Vega, en gran parte, por ser el más abierto y transitado, pero no menos malo que el anterior. Hay muchas lomas que subir y bajar, y no pocos arroyos, con pasos difíciles, además del Yuna que se cruza en canoa en las grandes lluvias.

Esta vía parece haber sido la primera que se usó para comunicarse de Santo Domingo al Cibao, pues Colón, que fundó el pueblo del Bonaó en 1494, residió en él algún tiempo, y desde allí se transitaba para la Buenaventura, cuando esta población fue un importante centro minero. Al abandonarse el laboreo de las minas, decayeron por completo ambas poblaciones, una de ellas para desaparecer en absoluto, y el camino se fue abandonando, porque, aunque no es muy largo, ni presenta grandes alturas que vencer, va casi siempre sobre un piso fangoso, lleno de atascaderos, con muchas corrientes de agua, algunas muy fuertes, que con frecuencia detienen al viajero por largo tiempo, antes de dar paso, y todo esto había de ser causa más que suficiente para que el tránsito por él disminuyen, como camino real del

Cibao, desde el instante que se encontrara otro paso menos molesto, aunque fuese más largo. El camino del Sillón fue el que vino a reemplazar, y es el que vamos a seguir ahora.

El Camino del Sillón de la Viuda

Es más largo que el precedente, por lo menos de 30 kilómetros; pero, aunque más largo, es preferible por el mejor piso que tiene. De la Capital parte hacia el norte, para cruzar el Isabela a unos siete kilómetros de marcha, cerca de su confluencia con el Ozama. El río es allí navegable, y se cruza en una barca de paso; se asciende un cerco y se llega por entre bosques hasta los campos del demolido ingenio Estela, y poco después al pueblo de Mella, pasado el cual se toma el camino de la derecha, y por entre bosques y sabanetas se llega al arroyo Yuca, luego a Jobo Corcovado, y después al arroyo Dajao, entrando, en seguida, en la gran sabana de Mata Redonda; se cruza el Tosa, para alcanzar la sabana de Sanguino, y a poco más andar, el vado del río Ozama.

El camino en estas praderas es fácil hasta que termina el valle del Ozama; pero cuando se aproxima a la orilla del río y sobre todo pasado este, hay que andar por terrenos impermeables, en los cuales se detiene el agua, conservando el piso constantemente enfangado. Al salir de estos cenegales se entra en la sabana de la Luisa, que se atraviesa siempre con dirección N.N.E.; se cruza una sabaneta; luego el arroyo Limón, y después el de Caoban, la sabana de la Guía y la de San Pedro. A tres o cuatro kilómetros del centro de esta sabana se encuentra el arroyo Bermejo, y al otro lado las sabanetas de Don Juan, desde las cuales el ascenso se acentúa y las curvas del camino se multiplican, hasta que se llega al punto culminante de la loma, que es el puerto o paso del Sillón.

Moreau de Saint-Méry al describir este paso de la Cordillera, y Hazard, que se ha guiado por él, exageran la altura, que suponen dominante al extremo de poderse ver, desde un mismo sitio, la península de Samaná, el cabo San Rafael, punta Espada, todas las tierras de los inmensos llanos del Seibo, de Higüey y Santo Domingo, y al oeste el grupo del Cibao. Todo esto es muy pintoresco; pero puramente imaginario: al alcanzar el alto del Sillón, por delante, hacia el noroeste y el nordeste, hay árboles muy elevados que impiden la vista de los lugares citados en aquellas direcciones, y hacia el sur el mar queda muy apartado, para que su superficie parezca brillante y contraste con el tono azulado de las tierras que lo encuadran: todo en el lejano horizonte se confunde en una misma tinta nebulosa y el mar puede adivinarse; pero no se ve.

El Sillón, mejor que una cumbre, es un desfiladero estrecho, rodeado de precipicios, que separa por este lado la región del norte de la del sur, de manera tan efectiva, que un puñado de hombres podría disputar el paso a un ejército. Por su lado de occidente toman su mayor extensión las

macizas moles del Cibao, y mirando hacia el S. se alcanza a dominar la inmensa planicie recorrida hasta arroyo Bermejo y su ilimitada prolongación oriental.

La bajada de la montaña, por el lado del norte no es muy escabrosa; pero como se anda por bosques no faltan los fangales que detienen la marcha de las bestias. Ya al pie de la montaña el camino sigue por sabanas altas, entrecortadas por bosquecillos, y después de pasar el Payabo, arroyo de bastante corriente, se sale de nuevo al abierto de las sabanetas y florestas que preceden a una sabana muy larga llamada de la Paciencia, que termina en un arroyo; viene después una llanura y se llega a Cevico, subiendo y bajando la Cuesta Blanca.

De Cevico al Cotuí hay unos 30 kilómetros de camino penoso, por ser terreno quebrado, cruzado por arroyos de pasos difíciles en sus entradas y salidas. La loma de los Palos es la última que se atraviesa en el trayecto.

Claro es que este camino podría mejorarse y tal vez se evitaría el actual paso por el Sillón, pues, aparentemente, se presentan a la vista otros puertos, que, al parecer, abren paso, al oeste de aquella loma; pero solo una exploración formalmente hecha con ese objeto, podría dar la certeza que es indispensable en asuntos de este orden.

Camino de las Gallinas

Este nombre está tomado de una antigua trocha que va por Yamasá al Cotuí, pasando por el hato de las Gallinas, hoy más conocido por hato de la Guázuma, de la cual se ha modificado parte del trayecto, en el valle superior del Ozama, alejándolo del pueblo de Yamasá, para cortar la distancia hasta Cotuí.

Saliendo de Santo Domingo se pasa el río Isabela por la barca de Santa Cruz y se sigue el camino real de Mella. Después que se pasa el pueblo, se toma por la izquierda, entre sabanetas y montes bajos hacia el arroyo Yuca; cruzada esta corriente, se sigue por un bosque a salir a una gran llanura llamada Maricao, que hay que atravesar en dirección a Sierra Prieta, desviándose del rumbo norte para evitar el arroyo Hicaco, de paso malo en el trayecto natural, por cuyo motivo se remonta a pasarlo por su nacimiento.

De la Sabana de Sierra Prieta, a donde se llega después de pasado el arroyo, se sigue a la de Sanguino hasta alcanzar el río de Guanuma, se pasa la sabana del mismo nombre hasta el arroyo de las Mayas; viene luego la sabana de los Jovillos, la de Santa Cruz, hasta el río Yamasá. El pueblo de este nombre queda distante como cinco kilómetros al noroeste, y el camino sigue por el hato de Antoncí, entre bosques y sabanas, a buscar los cerros de la Patilla, por los cuales se pasa en dirección al Ozama, a salir frente al desagüe del arroyo Batei; se cruza el Ozama, que es vadeable en este punto, y se prosigue por el monte hasta pasar a Batei. Después de subir una colina, se llega a los bohíos de la Guázuma, desde los cuales una pendiente suave

conduce al pie de la loma del Demajagual, que es el puerto de la Cordillera en este lugar.

El ascenso no es penoso, pero sí largo, pues se emplean dos horas muy completas antes de dominar la cumbre, que toma el nombre de loma de las Auyamas y también de las Hormigas. Desde aquí principia la bajada, larga y cortada por numerosas corrientes: el primer arroyo que se encuentra es el Chacuei que hay que pasar muchas veces; por el orden sucesivo en que van apareciendo, se cruza una vez el citado arroyo; después el Yagrumito, luego el Yagrumo; el Mulato; Monjas; Copei; Quebrada Honda; la Herradura, muy caudaloso, y desde cuya cercanía principian los correos de Chacuei; siguen, todavía, el arroyo de Hato Viejo; tres pasos del Chacuei en tres encuentros sucesivos; el arroyo Bermejo; el de la Culata, y entonces se llega a los cerros de Sabana Grande, que quedan a uno y otro lado del camino. En este lugar la trocha se divide en dos direcciones distintas; la de la derecha está marcada por los alambres del telégrafo y la de la izquierda es la de Jibe, más corta, según los prácticos del lugar. Por esta van los postas del correo.

Siguiendo por la línea del telégrafo se toma la sabana abajo (Sabana Grande) y se llega al camino de Cevico, y continuando por él se alcanza el arroyo de Jibe, al término de la sabana por esta parte. Al otro lado del arroyo se encuentra la sabana de Villarrasa y se sigue por ella hasta el río Maguaca: el camino continúa hasta la Mata de Diego Félix, en donde, a poco, se llega al arroyo de Hicaco, inmediato al pueblo del Cotuí.

Tomando el camino de la izquierda se va más directamente al arroyo Jibe, que se pasa por un sitio difícil. Otro atrecho hay más corto aun, y es, cogiendo, en el último paso del Chacuei, la vereda de las Yayas, para salir a Bermejo y después a Maguaca.

Estos son los tres únicos puertos conocidos de la Cordillera, por donde se dirigen los caminos que comunican a la Capital de la República con el centro del Cibao. Mucho más al este hay pasos mejores en la Cordillera, pero los caminos salen a Sabana la Mar, en la bahía de Samaná, que está en un extremo, y por lo tanto no satisfacen la necesidad que se siente de una vía directa, terrestre e interior, que, desde la Capital, vaya, en poco tiempo, al corazón del Cibao.

Entre las vías que hemos descrito debe escogerse una, y como no es fácil emprender su construcción inmediata por el Estado, lo que conviene es ir acumulando en esa dirección, elementos que sirvan para llamar el trabajo y luego el movimiento, precursores de una vida más activa. Si de los tres itinerarios se escoge el que sigue la posta, que indudablemente es el más practicable, se sabe que tiene 88 kilómetros hasta Cotuí, y 30 kilómetros más de Cotuí a la estación de Baird en el ferrocarril del Cibao; que desde Santo Domingo hasta cerca de la loma Demajagual, hay más de 65 kilómetros en llano firme, sin grandes dificultades en el trayecto; que la mayor elevación en el paso de la Cordillera no excede de 50 metros sobre el nivel del mar;

que del otro lado de la loma, en donde algunas, y que pequeños puentes bastan para salvar las que quedan. Esa zona hasta Cotuí hay que estudiarla y determinar un trazado definitivo.

En Cotuí conviene estimular la agricultura, pues tiene tierras fértiles y buena salida hasta el Yuna y por el ferrocarril. Hacia el extremo del llano, antes del Demajugal, debiera fomentarse la creación de un poblado, y luego otro más abajo, entre Mella y la desviación que va para Yamasá, lugares en que los frutos pueden extraerse por el Ozama, y que tienen tierras propias para el cultivo de frutas de exportación, tabaco, café y cacao. Principalmente estas, porque otras muchas podrían cultivarse allí.

Con estos preliminares podría construirse luego una ría estrecha hasta la Cordillera y otra de Cotuí a Baird; la primera de 50 kilómetros y la segunda de 30 kilómetros aproximadamente. El trayecto de la Cordillera no ofrece grandes dificultades para una vía carrilera; pero habilitándola, simplemente para el paso de caballos, con algunos puentes en los arroyos, desmontes en los trechos cerrados por bosques espesos, y con afirmados en los pasos fangosos, esos 20 kilómetros se andarían fácilmente en 4 horas, y la comunicación hasta la Vega se realizaría, combinada con el ferrocarril actual del Cibao, en poco más o menos 9 horas. ¡Cuán inmensa ventaja sería esta para los intereses generales de la República, si se considera que, no privando el paso los ríos, el correo emplea tres días para realizar esa comunicación.

Caminos del Este

Las vías por donde se va de Santo Domingo hacia el N.E. y el E. son más fáciles, pero no son otra cosa sino sendas abiertas en los montes y trillados que se multiplican a lo infinito en las sabanas.

Hacia el N.E. hay un camino, que, a la salida de la Capital coge por la izquierda del Ozama, pasa por entre varias grandes líneas azucareras, que son los ingenios "Francia", "Constancia", "Hainamosa", "San Luis" y "San Isidro", sigue por una vía ancha, entre bosques claros, hasta llegar a la gran sabana de Guabatico, que se atraviesa en toda su extensión de S. a N., en una anchura de unos 35 kilómetros y se llega al hato Pulgarín, dejando los pueblos de Guerra y Bayaguana a poca distancia.

Desde Pulgarín se empiezan a subir unas sabanetas que conducen a la Cordillera; esta tiene su primer puerto o paso, no muy elevado, en la loma de los Castellanos. Es este una brecha fácil, con un vallecito estrecho al terminar el descenso por el N., en donde corre el río que sigue para San Pedro de Macorís; pasada esta corriente, que allí no es caudalosa, se presenta otra cuesta, cuya prolongación es la loma de los Muertos, y al pasarla queda vencida la Cordillera. La bajada es muy llevadera, por montes, quebradas y sabanetas, con escasas corrientes, y estas, pequeñas; se llega a Sabana Grande, y por entre bosques se prosigue hasta El Valle, lugar muy fértil, con algunas sabanetas al rededor, que pronto desaparecen, para dar

lugar a los ricos aluviones formados por los ríos Yanigua y Yabón. Desde El Valle a Sabana la Mar el terreno es llano y el camino ancho; pero el piso húmedo, fangoso, sombreado por los grandes árboles de los bosques que lo limitan, y esto hace que se ponga intransitable durante una buena parte del año, en que las lluvias son continuas en aquella región.

La distancia, en línea recta, de Santo Domingo a Sabana la Mar es de 95 kilómetros; la del camino es aproximadamente de 105 kilómetros.

El otro camino del este, por el interior, va de la Capital por la izquierda del Ozama, en una línea oblicuamente inclinada al N., por entre pequeños bosques y sabanas que conducen del cantón de Pajarito al lugar de Mojarra, recorriendo 22 kilómetros; prosigue por igual terreno hasta Guerra, 7 kilómetros; se andan otros 22 kilómetros por bosques y sabanetas, hasta pasar el Brujuelas, río torrencial, temible en sus fuertes avenidas, pero que baja pronto y queda seco gran parte del año; sigue el camino a la población de Los Llanos, separada de Guerra 34 kilómetros, y de San Pedro de Macorís, a donde se puede ir por una senda que parte hacia el S., a través de los bosques y praderas de las Yaguas y la Yeguada, 35 kilómetros.

De la población de Los Llanos, prosiguiendo siempre por la planicie, francamente al N., se alcanza pronto el caudaloso Dos Ríos, que forma la ría de Macorís; más adelante, como a 12 kilómetros, se cruza la corriente de Lajas y poco después el río Yguamo. Al otro lado se prosigue por el lado de la Pringamoza, de cuyo centro sale una vereda directa al Seibo por Paso Hondo y el Salado; pero el camino real, más indicado al N., va a buscar la falda de la Cordillera para llegar a Hato Mayor, cruzando, poco antes del pueblo, el río Maguaca. La distancia de Los Llanos a Hato Mayor es de 45 kilómetros.

Desde la salida de Santo Domingo hasta este último punto se recorre siempre una perfecta llanura, y solo en este lugar, en donde se ha alcanzado una estribación de la Cordillera, hay que subir unas lomas bajas para llegar a un valle donde se cruzan los ríos Cibao y Magarín más otras dos corrientes pequeñas; después, por la falda de un cerro, aislado al S., se va a buscar el paso del arroyo Culebra, luego el del río del Seibo y se llega a esta población, separada de la anterior 35 kilómetros.

Del Seibo, capital de la Provincia, el camino se inclina al S.O., y se recorren 60 kilómetros para llegar a Higüey, última población en el extremo oriental de la República. Se andan, a la salida del primer punto, unos 20 kilómetros sobre lomas bajas de la Cordillera y luego todo el camino sigue por llanos y sabanetas, cortados por los ríos Chabón, Palos y Sanate, que hay que vadear, lo mismo que algunas pequeñas quebradas que bajan de las montañas, a cuya proximidad está trazado el camino.

Esta vía tiene un desarrollo total de 183 kilómetros, desde la Capital a Higüey. Las dos poblaciones principales son el Seibo e Higüey. La primera se comunica con el puerto de la Romana por un camino directo de 50

kilómetros; y la segunda va a los puertos de Chabón y del Yuma, por dos vías diferentes, que tienen, cada una, 40 kilómetros y forman un triángulo equilátero, sobre la base de una línea recta que pasará entre los dos puertos, sobre las terrazas de la costa.

Desde Santo Domingo sale otro camino que va por el litoral directamente al pueblo de Macorís, y luego se prolonga hasta el Soco, Cumayasa y la Romana. Como quiera que San Pedro de Macorís, es hoy una población importante, con muchos productos y bastante comercio, convendría fijar el trazado de su camino directo, a la vez que vaya a establecerse la línea telegráfica, ya decretada, para seguir luego al Seibo. De la Capital a Macorís no hay necesidad de separarse de la recta, y entre los dos segundos pueblos las desviaciones son insignificantes. La distancia es, respectivamente de 72 kilómetros hasta Macorís y de 60 kilómetros entre esta población y el Seibo, por un piso sólido y prácticamente nivelado, como que es la trayectoria de la más extensa planicie que tiene la República.

Camino del Oeste

Veamos ahora las vías que comunican la Capital con el oeste.

Saliendo de la ciudad en esa dirección se sigue un camino llano, arenoso y ancho, bordeado en su primer tramo, que recorre un tranvía, por algunas quintas. En Güibia, a kilómetro y medio del punto de partida, cesa la línea carrilera y se prosigue el camino por 15 kilómetros para llegar al río Jaina, que se pasa en una barca. Antes del paso, se encuentra un pequeño caserío, embrión de un pueblo futuro, y del otro lado se halla el empalme de dos caminos; uno es una senda escabrosa que va por la loma, del Hatillo a San Cristóbal, y que solo se usa por ser más corta, y por evitar los muchos vados que el camino real tiene sobre el Nigua; el otro es la línea del litoral que se prolonga hasta Azua, y es el que vamos a seguir.

Desde el Jaina sigue la vía a poca distancia de la costa; se atraviesa el arroyo Itabo, y a poco se llega a la ermita de Nigua, en donde hay un poblado de alguna consideración; después de bajar una cuesta se encuentra el camino carretero que lleva al pueblo de San Cristóbal.

Esta línea transversal se dirige por el valle del Nigua, cruzando el río cinco veces antes de llegar al citado pueblo, distante 34 kilómetros de Santo Domingo.

Volviendo a la encrucijada de los dos caminos en la ermita de Nigua, se toma el de la izquierda para pasar el río por un vado; más adelante se cruza el arroyo Sainaguá, y bordeándolo, se llega al poblado de Hato Viejo; se baja la cuesta pedregosa de Najayo, para cruzar el arroyo que corre por su pie, y pocos minutos después se alcanza la playa, que lleva el mismo nombre de la cuesta y del arroyo. Se anda un corto trecho por la ribera del mar hasta cruzar el arroyo Agua Dulce, para emprender la subida de la cuesta que conduce a un caserío en la sabana; siguiendo por sabana de El Medio vuelve

a subirse otra cuesta y se llega al Puesto cantonal de Sabana Grande, en una extensa planicie. Siempre por Llanos se llega al poblado de Ñagá, y al bajar una cuesta se corta la línea férrea del ingenio "Italia", que sirve las comunicaciones entre la expresada factoría y el puerto de Palenque, a 10 kilómetros de distancia.

Al otro lado del ferrocarril hay una pequeña corriente y más adelante el río Nizao. El paso del río es muy ancho y en tiempo de lluvias peligroso, por la impetuosidad de la corriente. En la margen se encuentra un poblado, y prosiguiendo la ruta se cruza el arroyo Catalina, luego el lecho seco del arroyo Pastor, hasta que se efectúa el encuentro del camino que va de San Cristóbal a Baní.

Esta otra ruta transversal, después de cruzar el arroyo Catalina y el caudaloso Nizao por el paso de Santa Ana o Pizarrete, sigue por las colindancias del ingenio "Italia" al poblado de Yaguata, luego atraviesa los arroyos Santa Cruz y Moja-Casabe, llega al de Doña Ana y allí se divide en tres ramales: uno es el camino de la Estancia, otro de la Loma y el tercero el de Sainaguá, que, por distintas direcciones, comunican a Baní con San Cristóbal.

Partiendo de la encrucijada de los dos caminos, para seguir a Baní, se coge por terreno accidentado al poblado de Paya, se cruza su arroyo, y cuatro kilómetros más allá se encuentra el río de Baní, que se pasa, para entrar en la población del mismo nombre, distante 66 kilómetros de la Capital.

De Baní salen dos caminos para Azua: uno va por el interior y otro por la costa, reuniéndose ambos, otra vez, en un sitio llamado El Loaso.

La vía por la costa es algo más larga, pero de mejor andar, porque es más llano el piso. Saliendo de Baní por esa ruta se cruza el arroyo de Guázuma, se pasa por el poblado del Llano, luego se encuentra el de Sombrero, se atraviesa el arroyo de la Virreina y dirigiéndose del S. al O. se entra en un ameno valle. Más adelante se encuentra el villorrio de Matanzas, y cambiando a un terreno accidentado, cortado por varias quebradas, se llega a Arroyo Hondo, en donde hay un poblado del cual parte el camino que va a las Salinas y al magnífico puerto de las Calderas, distante solo cinco kilómetros de este punto y catorce de Baní.

Desde Arroyo Hondo el camino se tiende por una hermosa planicie, llamada Sabana de la Cruz, apéa una larga bajada y cae al Puesto cantonal de Sabana Buey, y algo más adelante al río Ocoa, el cual cruza, no lejos de su desembocadura, para seguir, por el callejón del ingenio azucarero que hay allí, hasta salir a Playa Grande, ya en la bahía. Sigue el camino sobre las arenas que lamen las olas, por espacio de 4 kilómetros, y entonces cambiando a un terreno pedregoso y accidentado, se desvía del mar, para volver a sus riberas en Playa Chiquita y tornar a alejarse en dirección al interior, hasta el Loaso, que es el punto de unión de este camino con el otro que hemos dicho va también de Baní a Azua.

Siguiendo siempre la dirección al O. se alcanza la playa del Caracol, luego el poblado de las Charcas, se cruza el arroyo del mismo nombre, luego el llamado Río Grande; se deja a la derecha el poblado de Estebanía, se pasa un arroyo, y más adelante otro, cuyo nombre es San Francisco. Poco después se entra en el Salado de los Mochos, y se prosigue hasta encontrar el empalme de un camino que va de Azua a San José de Ocoa, se pasa el río Vía y por la opuesta orilla se entra en la ciudad. Azua queda distante de Baní 74 kilómetros y de la Capital 140.

El otro camino que va por el interior, se dirige desde Baní al Cañafístol, cae a las Tablas, y después de cruzar un arroyo continúa por una rica y hermosa llanura hasta el lugar de las Carreras, célebre en la historia patria por la gran victoria que allí se alcanzó el 21 de abril de 1849 contra el ejército haitiano. En este sitio se pasa el río Ocoa, y se emprende el ascenso de la montaña del Número, no menos célebre por el triunfo obtenido, cuatro días antes, de igual mes y año, contra las mismas fuerzas invasoras del emperador Soulouque. Se desciende la cuesta, atravesando cañadas y quebradas, hasta llegar al llano del Hatillo, para ir a buscar en el Loaso, el camino del litoral ya conocido.

Es Azua punto estratégico en la distribución de las vías que de allí parten hacia los lugares del O., S., O., y N.O. Mucho tendríamos que entretenernos si fuéramos a describir el itinerario de todas esas sendas, tanto más numerosas cuanto menos merecen el nombre de caminos; nos limitaremos tan solo, a señalar las principales y a dar algunas noticias acerca de las interesantes comunicaciones de aquella parte de la República con el Cibao.

Puerto Viejo, distante 18 kilómetros de Azua, servía antiguamente para el comercio marítimo de esta ciudad, pero cuando la población fue reedificada en el emplazamiento que ocupa hoy, tuvo que buscar otro puerto para su tráfico y habilitó para ello la ensenada del Tortuguero, en donde desemboca el río Vía, a 12 kilómetros de la ciudad, que se recorren por un camino directo inclinado al S.S.E.

El que comunica con Barahona va hacia el antiguo puerto, cruzando antes los ríos Jura y Tábara, después se sigue por la orilla del mar a buscar los cerros de la terraza que la amurallan por la costa, y dando vuelta a la bahía de Neiba en todo el desarrollo de su inmensa curva cóncava, se cruza el río Yaque del Sur, casi en su desembocadura, para subir luego unos cerros, y continuar por la costa meridional de la bahía hasta llegar a la ciudad de Barahona, separada del punto de partida, en línea recta, por una distancia de solo 55 kilómetros, que resulta triplicada a causa del desarrollo que tiene la curva de herradura que forma la bahía.

De Barahona sale una senda que va por el litoral a Enriquillo, y otra que desde el paso del Yaque, en el camino de Azua, torciendo al O. y luego al N.E., atraviesa por las montañas de sal, prosigue por la sabana de los Palos hasta un punto en que se divide en dos ramales. El del S. va al cantón de las

Damas, y continuando por el borde meridional de los lagos Enriquillo y Fondo, se interna en la frontera haitiana. El otro camino se dirige al N.E. y lleva directamente a Neiba, para después seguir a la República vecina por la costa N. de los lagos. La distancia de Barahona a Neiba es de unos 50 kilómetros; el terreno es llano y el piso firme.

Entre Azua y Neiba el camino sigue una línea casi recta de unos 100 kilómetros, o poco más. Al salir del primer punto se toma francamente al oeste, atravesando la magnífica planicie que riegan los ríos Jura y Tábara. Después de pasada la primera de estas corrientes empiezan algunas elevaciones, hasta que el camino se interna sobre las lomas de una estribación meridional de la serranía de Neiba, pasada la cual se cae en el río Yaque, que se cruza en canoa, y del otro lado, faldeando las lomas, se sigue hasta entrar en el valle de Neiba y luego en la población.

Desde Neiba hay una senda escabrosa que va directamente a San Juan de la Maguana; pero para ir a este pueblo desde Azua por el camino real, se sigue este hasta el paso del Jura, allí se toma por el Cayucar a llegar al arroyo de Tábara, en donde se divide en dos ramales; uno continúa hacia la derecha, pasa por frente al poblado de Viajama, atraviesa un arroyo cuyas aguas se sienten fuertemente impregnadas de azufre, y llega al Cantón de Florentino, en donde se reúne con la otra senda, que, desviada por la izquierda, sube la loma del Puerto, baja a Boca Mula y bordea el río Yaque para venir al mismo Cantón.

Desde aquí sigue la vía por terrenos accidentados hasta llegar al llano del Yaque, se vadea este río por sitio nada agradable en tiempo de lluvias, sigue al poblado del Guanito, luego al de Sabana Alta, y más adelante se cruza el río Mijo, llegando ya la valle de San Juan. Aquí se encuentran diferentes caseríos e infinidad de arroyuelos antes de encontrar el poblado de la Culata, a diez minutos de San Juan. La distancia recorrida desde Azua es de 110 kilómetros.

De San Juan parten varios caminos. Seguiremos el del O. que termina por dos extremos distintos en la frontera haitiana. Al salir de la población toma el rumbo del O. a cruzar el caudaloso río San Juan, para seguir por un valle extenso y delicioso, que se une con la gran planicie de San Tomé. Se pasa el arroyo del Loro; se va a Punta Caña, se atraviesa el arroyo de la Ceiba, la Sabana del Pajonal y se llega al pueblo de las Matas de Farfán.

De esta Común salen tres caminos: uno se dirige al S.O. y va al pueblo del Cercado, prolongándose después hasta Haití; el otro se inclina al O. franco, atraviesa el río de las Matas, luego el Matagallo, pasa por la sabana de Rebó, sigue, al Cachimán, se atraviesa el Puerto y llega a las Caobas, para continuar por unos 10 kilómetros antes de entrar en Haití. El tercer camino se dirige más al NO., cruza varias corrientes antes de llegar a Bánica, atraviesa el caudaloso Hatibonico, el Océano y Guayamuco, sigue por el valle de Híncha, y allí se divide en dos ramales, que, ambos van a la frontera, el uno pasando por San Miguel de la Atalaya y el otro siguiendo las llanuras de

Guaba e internándose después en los montes para alcanzar la Común de San Rafael, muy cerca de la línea fronteriza.

Camino del Oeste al Norte

Toda esta considerable región de la Provincia de Azua y Distrito de Barahona, puede decirse que se halla incomunicada con el Cibao, del cual le separa la Cordillera Central.

Antiguamente era muy frecuentada una senda que desde más allá de Bánica atravesaba la Cordillera y llegaba a Monte Cristi; pero actualmente solo la usan los habitantes del lugar.

Hoy la comunicación interior se hace desde San Juan, atravesando una multitud de ríos, arroyos, barrancos y montañas altísimas, que dan paso, por entre desfiladeros profundos o sobre tortuosas y angostísimas cuchillas, que hay que seguir en toda la altura de la Cordillera, desde que se dejan los llanos de Túbano. En esta vía se encuentra el valle del río de El medio, el del Limón; el de Constanza, del cual por su importancia nos hemos ocupado varias veces.

El caserío de Constanza se halla casi al terminar el llano, en la orilla de los bosques y sobre el arroyo Limón; del otro lado vuelven a abrirse grandes montañas, que se bajan gradualmente para caer al Jimenoa, el cual no es aquí más que un pequeño arroyo de aguas extremadamente frescas y cristalinas; la Cordillera se sigue durante medio día de viaje por desfiladeros que giran en todas las direcciones del cuadrante, hasta que se alcanza lo más alto de una cumbre elevada. La magnífica vista panorámica que se disfruta en este lugar es precursora de una rápida bajada, como de seis kilómetros, por verdaderos precipicios, que descienden de una alta loma resbalosa llamada el Barrero; después se llega a un afluente caudaloso del Jimenoa y a poco más de dos kilómetros se entra en el pintoresco valle de Jarabacoa.

La pequeña población de este nombre está situada en la margen del Yaque del Norte, que no es todavía más que un torrente impetuoso de 25 varas de ancho. Del valle parten dos caminos; uno se dirige por altas y revueltas montañas hasta un lugar llamado Tabera, continúa por rápidas pendientes o subiendo escarpadas cuestas que se prolongan por la margen del Yaque, y después por colinas más suaves que llevan a Santiago; el otro sigue por el valle cuatro kilómetros sobre los ríos Jimenoa y Yami, cruzando esta corriente, sube una alta loma y prosigue por la cumbre gran trecho entre pinales, para descender hacia el extremo N. de esta estribación a buscar el Camú, que pronto se alcanza, y siguiendo ya el valle de la Vega, se cruza el río por camino llano se llega a esta ciudad.

En toda la región del O. que hemos recorrido solo nos falta conocer un lugar importante. Este es el pueblo de San José de Ocoa, vulgarmente conocido por el Maniel, situado al O. de la Capital, al N.N.O. de Baní y al N.E. de Azua, a cuya provincia se le ha agregado recientemente.

El camino que lo une a Santo Domingo, es el mismo que ya conocemos desde esta ciudad hasta Baní. A partir de este último pueblo se dirige por la proximidad del caserío de Cañafistol, sigue y cruza el arroyo de las Tablas, toca al poblado de Calabaza, atraviesa un fértil valle, pasa el arroyo de Honduras, sube una cuesta algo tendida, que se baja por el lado opuesto, para caer en un llano regado por el Ocoa, sigue por la orilla de la misma corriente, que cruza doce veces consecutivas, hasta llegar a la loma del Verraco, allí se desecha el río para tomar la cuesta, y después de pasarla se vuelve al río, que hay que cruzar de nuevo otras cinco veces, antes de encontrar la subida de Banilejo. Se sube esta pendiente y al otro lado, después de bajarla, se halla un arroyo que lleva ese mismo nombre de Banilejo, el cual se pasa siete veces antes de descubrir el pintoresco pueblo de San José de Ocoa, término del camino, al que muy pronto se llega.

La capital de la Provincia, que es Azua, está unida a esta población de San José, por un camino que al salir de Azua sigue la ruta de Baní hasta cerca del caserío de San Francisco, continúa por el valle al poblado de Estebanía, va luego al de las Charcas, sube a la meseta de Caña Gimarrona, para emprender la difícil subida de una larga cuesta que conduce al río Banilejo. El desarrollo de las curvas, en esta parte de la trocha, es tan corto y la senda tan angosta, que es preciso pasar por ella con algunas precauciones para evitar el encuentro de viajeros que vengan en dirección opuesta, pues hay muchos sitios en los cuales falta el espacio indispensable para que pasen dos caballos con carga.

Después de cruzar el río, se prosigue por un terreno muy accidentado hasta llegar al villorio del Pinal, luego se entra en el arroyo Palma, que se sigue aguas abajo en todas sus vueltas, y revueltas que son innumerables, por estar abierto su lecho en un terreno de esquivo pizarroso. Esta condición del piso es general en todas aquellas lomas, que son, por este motivo, muy ventajosas para el cultivo del café. Andando por las orillas del arroyo, ó cruzándolo cuando se hace necesario, se llega lentamente al pueblo de San José de Ocoa.

Estos son los dos caminos por donde se conducen los frutos del Maniel, respectivamente, a Baní o a Azua, y las dificultades del transporte absorben tan crecida parte del valor de los productos, que no es posible pretender que aquella magnífica y extensa comarca adquiera algún desarrollo, del mucho de que es capaz, en tanto que ese inconveniente no se subsane. No es la obra de la presente generación la de construir toda la red de comunicaciones que necesita la República; pero sí, debe realizar las vías más precisas, aquellas que por sus inmediatos resultados están llamadas a acrecentar rápidamente la riqueza general, produciendo los primeros elementos de las empresas del porvenir, y esta comunicación del Maniel con la costa S., es, indudablemente, una de ellas.

La comarca en que se asienta el pueblo de San José de Ocoa, es productora de algún café, cacao y azúcar, y todas las tierras que, por muchas leguas, se extienden hacia el N.E. con dirección a Rancho Abajo, Rancho Arriba y Monte Banilejo, son de calidad excelente, como mejores no las hay en ninguna parte del mundo, para el cultivo de café. La evidencia de este aserto, que adelantamos con seguridad, se adquiere al simple examen de los cafetos que crecen casi silvestres, lo mismo en las lomas y collados que en las sobre-vegas de las cañadas, de los arroyos y de los ríos. Estas últimas posiciones prometen, además, dar una calidad de tabaco aromático muy superior.

Si se sigue la senda de monteros que conduce del Maniel al entronque del camino del Bonaio en Piedra Blanca, (esta es una vía por donde desde Azua se va al Cibao) después de cruzar el río Ocoa se anda un buen trecho por un valle delicioso, entre pequeños campos cultivados, y todo lo que allí se produce, aunque malamente preparado, revela, por la buena calidad de los frutos, la bondad del suelo y de la atmósfera que han servido para alimentarlos.

Al subir la montaña de Rancho Abajo, y en el opuesto lado, en donde se halla el poblado del mismo nombre, se encuentra siempre una vegetación espléndida; ya en el valle alto del río Nizao las montañas son mayores, pero todas cubiertas de grandes árboles. Al caer a Rancho Arriba, después de bajar la loma, el camino que se sigue es el lecho del río Banilejo³, que corre mansamente por un terreno llano, muy extenso, cubierto por palmares que se pierden de vista, a la derecha y a la izquierda del río.

Esta parte de la comarca es de las menos conocidas. Hacia la izquierda del río, mirando al N., se hallan unas grandes lagunas, que por cuatro caños distintos, se vierten en el río Banilejo. Ni en los trabajos que hizo el profesor Gabb, ni en ninguna de las geografías de la isla se habla de esos grandes depósitos de agua, que tal vez llegan hasta el pie del pico de Banilejo, y que, mirados desde las alturas de los ceros inmediatos, parece que cubren una superficie de muchos kilómetros cuadrados. Sus bordes meridionales son inaccesibles, porque mucho antes de llegar a las aguas profundas hay una extensión considerable de légamos, formados por la fosilización de los vegetales arrastrados de los montes, y sobre ese piso inconsistente, que no resiste el peso de los animales, ni de los hombres, ha brotado una vegetación de juncos y espadañas que va invadiendo las mismas lagunas. El suelo es en gran parte, una tembladera peligrosa, sobre la cual nadie se aventura a penetrar; pero con canoas o balsas no sería imposible llegar hasta el inte-

³Se habrá observado cuán frecuente es en la República la repetición de los mismos nombres aplicados a distintos ríos, montañas y lugares. Este río Banilejo y el monte que con igual nombre mencionamos luego, son otros diferentes que el río y la loma de Banilejo de que hemos hecho mérito al describir el camino que va de Azua al Maniel. Aquel río Banilejo desagua en el Ocoa, y este que hallamos ahora, nace en el centro de la Cordillera al pie del pico de su nombre, y lleva sus aguas al Nizao. (N. del A.)

rior, bien sea siguiendo las corrientes de desagüe o bien descendiendo por las montañas del N.

Esta exploración sería muy interesante para conocer exactamente la posición e importancia de esas aguas, situadas a tan gran altura y contenidas por diques poderosos. Conviene tener presente que los valles de Constanza, de Jarabacoa, de la Laguneta y otros semejantes han sido lagos interiores, que se han desaguado rompiendo algunos de sus diques y causando grandes inundaciones, en épocas no muy remotas, aunque fuera de los recuerdos históricos.

Aparte de este interés la exploración de esa comarca ofrece otros muchos. Se dice que viven millares de aves marinas en aquellos lugares; pero el agua de las lagunas debe ser dulce, pues probada la que baja por sus desagües es potable, aunque marcadamente ferruginosa y de un color rojizo, debido a la gran cantidad de hierro en disolución que contiene, y que se oxigena en la superficie, al contacto del aire, para precipitar luego a formar nuevos sedimentos. Estos fenómenos en las transformaciones del metal pueden observarse casi a la vista.

Volviendo al camino, o séase, para hablar con mayor exactitud, al lecho del río Banilejo, se sigue remontando la corriente, que va disminuyendo, hasta que queda convertido en un hilo de aguas cristalinas, ya bien adentro, sobre la montaña en la que se levanta el pico de Banilejo. Al dejar el curso del agua se emprende la subida de la loma, que es larga y alta, y el paso una cuchilla revuelta, tortuosa, extremadamente estrecha en muchos lugares. Terminado el descenso, hacia el N., se encuentra el río Maimón, ya con algún caudal de agua, y el curso de esta corriente marca la dirección del sendero, que se sigue, sin abandonarlo, hasta llegar a Piedra Blanca. Desde este punto en adelante el camino es el mismo que ya conocemos, como conduciendo de Santo Domingo a la Vega, por el Bonaio.

Camino del Cibao

Hemos dicho que la ciudad de la Vega es el centro de los caminos del Cibao y el punto de reunión de los que se dirigen a la parte S. de la República. Su posición cerca de la Cordillera y en medio del valle le da estas ventajas naturales, que la obra de la industria hará desaparecer tan pronto como el ferrocarril llegue a Santiago, cuya ciudad, por su posición, está llamada a ser el eje de las comunicaciones entre los dos valles del Yaque y del Yuna.

Entre tanto debemos considerar a la Vega como centro positivo de la actual red de camino en aquella región, exceptuándose, únicamente, los ramales situados a su oriente, que, como es natural, se dirigirán a los paraderos del ferrocarril para ir a los puertos de la bahía de Samaná.

La línea que se titula "Ferrocarril de Samaná a Santiago" tiene en explotación el trayecto comprendido entre el puerto de Sánchez y la ciudad de la

Vega, uniendo estos dos extremos con las estaciones intermedias de Almacén, Barbero y Baird.

Al N. de la línea están situadas las poblaciones de San Francisco de Macorís y Matanzas; al S. de la misma se hallan las de Cevico, Cotuí y Bonaó.

Hemos visto que estas tres últimas son, actualmente, etapas intermedias en las rutas que se dirigen de la Capital, directamente, al Cibao. Esta circunstancia les da mayor interés, a parte del que tengan por su propio valer, que se acrecentará, indudablemente, a causa de la proximidad a que están de la vía férrea, con la que tratarán de comunicarse del modo más fácil y directo. Parece natural que Cevico se dirija al paradero de Almacén, y que Cotuí y Bonaó vayan ambos a Baird, pues, aún cuando siguiendo la recta, Cotuí hallaría alguna ventaja en ir a la estación de Barbero, la diferencia es tan poca, que no compensa el beneficio que ofrece la estación de Baird, más próxima a la Vega y a San Francisco, y por esta circunstancia de mayor interés para los vecinos del Cotuí y para la línea de la Capital.

Actualmente Cevico se comunica con el Cotuí por el camino que conocemos como prolongación septentrional del de "El Sillón". Bonaó va directamente a la Vega por un camino malo de 60 kilómetros; va al Cotuí por una trocha que sigue la corriente del río Maimón, el cual cruza varias veces, y pasando por el poblado del Hatillo llega a aquel pueblo. Esta trocha solo puede convenir al servicio de los habitantes de la comarca, sin que sea susceptible de adquirir mayor importancia; pues si el paso por el Bonaó fuese elegido para establecer la vía general del centro, con más razón se haría necesaria la prolongación directa desde el Bonaó a Baird.

Si el paso por el camino llamado de "Las Gallinas" resulta aceptado en definitiva, su complemento indispensable es la prolongación desde Cotuí a Baird, en cuyo trayecto se atraviesan los caudalosos ríos Yuna y Camú.

Al N. de la línea férrea solo tiene importancia la ciudad de San Francisco, de la cual depende la común de Matanzas, puertecito de la costa N., al cual se va por una trocha de montaña, larga y penosa. En cuanto a San Francisco de Macorís, tiene su comunicación natural con la Vega y con los puertos de Samaná por medio del ferrocarril que pasa a poca distancia. Nueve kilómetros de terreno llano separan esa ciudad de la estación de Baird; así es que, con poco esfuerzo, puede construirse un ramal de vía férrea que la una a la línea general.

Además tiene dos caminos de herradura que van, directamente, uno a la Vega y otro a Moca. La distancia que hay que recorrer es de unos 45 kilómetros desde el primer punto a cada uno de los otros dos, y los ríos que se atraviesan son también los mismos, pues todos son corrientes que bajan de la Hilerá septentrional, llamada serranía de Monte Cristi, a engrosar las aguas del río Camú. El terreno que se cruza es llano y fértil; por todos conceptos favorable al establecimiento de buenos caminos.

En el extremo oriental del ferrocarril se halla la península de Samaná, de cuyos caminos muy poco tenemos que decir. Desde Sánchez a Santa Bárbara, corre una senda por todo el litoral, unas veces por las mismas playas y otras subiendo las pequeñas lomas de su sistema de montañas, que vienen a morir entre las espumas del mar. Como en la Península no hay más que esas dos poblaciones, no ha necesitado de otros caminos, y hacia el interior solo tiene algunos senderos para uso de los habitantes de las secciones.

Desde Sánchez a la Vega, hemos dicho que se han establecido los paraderos de Almacén, Barbero y Baird, creados para el servicio de la vía férrea, y que están llamados a convertirse en poblaciones de importancia. Esto es una cuestión de tiempo y nada más. De la Vega parten dos caminos para Santiago: uno, directo, pasa faldeando por el O. del Santo Cerro y atraviesa el río Verde, notable por sus arenas auríferas. El otro va por el oriente del Santo Cerro, pasa por el sitio en que primeramente se fundó la ciudad de la antigua Vega y comunica con Moca, desde donde sigue a Santiago. La distancia entre estas tres ciudades, que todas son Capitales de Provincia, se comparte como sigue: de la Vega a Moca 25 kilómetros; de Moca a Santiago 30 kilómetros; de la Vega a Santiago por la vía directa 45 kilómetros y pasando por Moca 55 kilómetros.

La Ciudad de Santiago de los Caballeros, que es la más considerable del Cibao, y la segunda en importancia de la república, es centro de los caminos que comunican todas las poblaciones del occidente de la Vega Real, o séase del valle del Yaque y de las que están entre la sierra Zamba y la Hilerá central. También parte de allí el principal camino que conduce a Puerto Plata a través de la gran cordillera de Monte Cristi. Dos vías corren paralelas hasta Guayubín: una va por el N. del Yaque y termina en Monte Cristi; la otra sigue un trecho por el N. cambia al S. y se dirige a Dajabón en la frontera haitiana.

La que se prolonga por el borde septentrional del Yaque, sale de Santiago, y sigue hasta el punto llamado la Emboscada; que es en donde hace su bifurcación el camino de Puerto Plata. Continúa a pasar por el poblado de Esperanza, luego por el de Guayacanes y después por los de Jaibón y Hatillo, hasta que se lleva a Guayubín, para seguir a Monte Cristi, que está separado de ese último pueblo por una distancia de 47 kilómetros y de Santiago 145 kilómetros. Este es el camino directo que más se usa para ir de Santiago a Monte Cristi, porque tiene buen piso y no hay que cruzar el Yaque ni ninguna otra corriente caudalosa; solo hay, en el trayecto, pequeños arroyos casi siempre secos.

El otro camino que comunica ambas poblaciones sale por la ribera septentrional del río, y se andan como unos 13 kilómetros hasta llegar a un vado que está en la misma confluencia de un arroyo que viene de la serranía de Monte Cristi. En este trozo el piso es bueno, tanto en las tierras llanas del valle, como en las colinas de la serranía, aunque estas son pedregosas, están

cubiertas, como aquellas, de árboles frondosos. En el vado el Yaque tiene una anchura de cien metros y sus aguas claras corren sobre un lecho de cascajo.

Después que se ha pasado a la ribera meridional se andan unos once kilómetros sobre ricos aluviones, y entonces se sube a unas colinas bajas, de terreno cascajoso en la superficie, y cuando se llega al piso sobre el nivel ordinario del valle, la vegetación cambia por completo y toma el aspecto peculiar de los lugares secos. Plantas espinosas, como la espartagata, las tunas, los cactus de formas caprichosas, distinguiéndose entre ellos los cayucos de las dos variedades, el negro y el blanco, cubren el suelo, y en la vegetación arbórea solo se ven acacias de distintas especies como la bayahonda, el aroma, entremezclados con algunas otras maderas estimables por su dureza.

Así que se deja este lugar se sigue el camino hasta cruzar el río Amina, de rápida corriente; unos nueve kilómetros más adelante, después de haber pasado algunos arroyos, cuyos lechos en general se hallan secos, se llega al Mao, río considerable que viene desde la Hilera central a engrosar las aguas del Yaque. Las vegas de uno y otro río, el Amina y el Mao, están formadas por magníficos aluviones. Solo necesitan de un riego asegurado, que fácilmente puede proporcionárseles, para que sean grandemente productivas.

Se asciende otra vez a un terreno alto, seco y pedregoso y poco después se llega al villorrio de Santa Cruz de Mao; se andan algunos kilómetros más por terrenos de aluvión, y siguiendo el camino real, vuelve a tomarse la parte alta del plano con un piso llano y seco, hasta que se alcanza el río Gurabo. Del otro lado empieza el terreno a mostrarse más fértil, interrumpido únicamente por pequeñas colinas de areniscas y calizas, y prosigue en esa forma hasta que vuelve a encontrarse el Yaque, que se pasa en barca a unos dos kilómetros abajo de Guayubín, para seguir a Monte Cristi, por el camino real que ya conocemos de la orilla norte.

Antes de pasar la barca en Guayubín, puede seguirse el camino que termina en Dajabón a unos 52 kilómetros. También hay una vereda que conduce directamente desde el empalme del camino al pueblo de Sabaneta. Estas pequeñas poblaciones se comunican entre sí por diferentes senderos que sería prolijo enumerar. El más interesante es el que partiendo de Santiago hacia el S. va a San José de las Matas, en la falda de la Hilera Central y desde este pueblo; penetra en la Cordillera, o por el O., sigue al Cantón de Guaraguanó, a Sabaneta y Dajabón. Esta es una región útil pero poco explotada a causa de su proximidad a la frontera haitiana.

Volviendo a Santiago, se encuentran dos caminos que parten de allí para Puerto Plata. Uno es el de Palo Quemado, que es muy poco usado por lo difícil y áspero de su paso en la Cordillera. El otro es el de Altamira que es la ruta comercial, y, hasta ahora, la más importante que ha tenido la República, pues por esa vía se ha hecho y aun se hace un importante transporte de frutos y de provisiones.

Al salir de Santiago se andan unos 16 kilómetros por el valle del Yaque, en dirección al O., camino de Monte Cristi, que se deja en la Emboscada para seguir por el río de las Lavas hasta llegar al Limón; desde allí se emprende la subida de la Cordillera por el paso de Alta Mira, dejando al oriente el alto pico de Diego de Ocampo. Después de pasar algunos arroyos que llevan sus aguas al río Isabela o Bajabonico; se cruzan las estribaciones inferiores sobre las cuales se levanta el monte Isabel de Torres y se desciende al llano, ya cerca de Puerto Plata, habiendo recorrido, desde la salida de Santiago, una distancia total de 78 kilómetros, de los cuales 20 sobre piso llano en los dos extremos de la línea, y 58, ascendiendo y bajando montañas a través de la Cordillera.

Estos son los caminos principales del Cibao; pero lo mismo que en el resto de la República hay otra multitud de senderos abiertos para acortar las distancias o para comunicarse entre sí los pueblos pequeños y los cantones y secciones. Así en el paso de Altamira se encuentra una senda que va directamente a Guayubín y por ella se transita para ir de Monte Cristi a Puerto Plata. Desde esta última ciudad hay una trocha que sigue por el litoral, en las dos direcciones del O. hasta el río Isabela, y del E. hasta terminar en el extremo de la Península de Samaná. Al describir la costa N. de la República hemos dado detalles de esa ruta; ahora solo añadiremos que con ella se comunican las sendas que a través de la Cordillera van a Santiago por Palo Quemado al río Yásica; de Moca, por Jamao a Batei; y de San Francisco de Macorís por el S. de la loma Quita Espuela, siguiendo la cuenca del río Nigua, a Matanzas.

FREDERICK A. OBER: EN LA ESTELA DE COLÓN (1891)¹

Alrededor de La Isabela

♦♦♦ **E**l puerto más cercano [a La Isabela] es el de Puerto Plata, que queda como a sesenta millas de distancia, y en este lugar desembarqué un día del mes de mayo de 1891. Dos días después de mi llegada encontré un pequeño barco costero, que llaman goleta, cuyo capitán me prometió dejarme en La Isabela, al pasar por allí rumbo al distrito donde abunda la caoba.

...Desde Puerto Plata para abajo, siguiendo la costa, el escenario es extremadamente pintoresco...

...Cuando echamos ancla como a media milla de la costa, la lluvia empezó a caer a torrentes, y durante una hora estuvimos apretujados en un agujero sofocante que ellos llamaban la "cabina". Al cabo de un rato cesó la lluvia, mis efectos fueron cargados en un pequeño bote y nos

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones geográficas de Santo Domingo*, tomo II

dirigimos hacia el río. No pudimos ver ninguna entrada, pero finalmente dejamos los rompientes, y después de dar contra la arena varias veces llegamos bien al interior. Luego nos encontramos en el río más triste y monótono que yo había visto durante muchos meses. Era una corriente rápida de aguas amarillas entre bordes de mangles. La única señal de vida allí fueron unas garzas de color azul y blanco, frailecillos acuáticos y cigoñuelas de cuello negro.

...A la hora del alba, la mañana siguiente, los sinsontes nos despertaron, y saliendo de debajo de nuestros mosquiteros, sacudimos las pulgas de nuestras sábanas y fuimos atacados por millaradas de mosquitos y jejenes. Poco más o menos de las seis, después de tomar el café de la mañana, Washington o "Wash", como lo llamaban, nos guió por la empinada orilla del río y al través de un espeso monte en dirección de la ciudad perdida.

La mañana estaba fresca y húmeda, los arbustos y las yerbas mojados por la lluvia, los árboles de más arriba llenos de avecillas: palomas que arrullan melancólicamente, pericos parloteros, el zumbido y el canto penetrante del colibrí, todo cruzaba nuestro sendero como si fuera un rayo de luz. Más allá de los bosques cruzamos una región pantanosa llena de mangles, con el río de un lado y escarpadas rocas de coral del otro, llegando después de eso a un promontorio escarpado cubierto de una navegación muy densa formada de cactus y de una espesura casi impenetrable de plantas espinosas.

...Nos arrastramos al través de las malezas y zarzales, sudorosos por el terrible calor, atacados por enjambres de mosquitos y jejenes, pero sin encontrarnos con insectos nocivos. Los arbustos estaban abundantemente envueltos en telarañas ocupadas por propietarios de mal aspecto; pero, afortunadamente, no nos encontraremos con las arañas de tierra venenosísimas, cuya picadura es mortal, aunque son muy abundantes allí. Después de algunas horas, por medio de una cita, nos reunimos todos en la cañada, en la parte principal de la laguna, y después de refrescarnos un poco partimos nuevamente, escudriñando los bosques en todas direcciones, pero sin alcanzar el resultado apetecido.

Donde se Encontró el Primer Oro

...Entre las muchas fotografías que tomé de los lugares relacionados con los viajes de Colón, ninguna tiene el interés peculiar que encierra una que conseguí tomar cuando estuve en La Isabela, de la margen derecha de su río, el Baja-Bonico, que muestra el sendero seguido por los caballeros al otro lado del llano y las montañas de Monte Cristi con el Puerto de los Hidalgos. La escena es tan selvática de aspecto como lo podía ser en aquel tiempo también, pues las ruedas de los carretones se han ausentado para no retornar jamás, y la escasa población de aquí está inerte y muerta frente a los acontecimientos del día.

Los españoles que marcharon al través del desfiladero desmontado por los caballeros, vieron ante sí el valle del Yaque, donde se alternan el llano verdeante y la selva lujuriosa, tendidos de la cadena de plata de un río hermoso.

...Salimos de Santiago un hermoso día del mes de mayo de 1892... Bajando el río Yaque, que aquí es un río ancho y de corriente rápida, lodosa y turbulenta, cruzamos sus violentas aguas en un *ferry-boat* (barca) de construcción única...

Dejando el río y dándole las espaldas a la hermosa ciudad, entramos en el camino de la región con el corazón lleno de valor y de entusiasmo. El escenario era grandioso pero solitario, habiendo allí pocas casas y chozas a lo largo del camino o sendero, y los montes eran silenciosos y tristes.

Después de más o menos una hora de camino, cruzamos un pequeño río con el cual estábamos destinados a familiarizarnos antes de terminar el viaje, pues lo cruzamos, dijeron mis amigos, más de cien veces...

Subiendo por algunas de las empinadas colinas, finalmente divisamos el pequeño caserío de Santo Domingo, situado allá en una hondonada. Una voz que llegamos a la *fortaleza*, primeramente no vimos nada que indicara ruinas, o siquiera restos de algo; pero un peón que vive aquí nos guió al través de los campos hasta una altura bastante escarpada, cubierta de pequeños árboles, y allí vimos lo que habíamos venido a buscar: rasgos de un terremoto y una zanja profunda, que era todo lo que quedaba de la fortaleza de Santo Tomás, erigida por Colón hace cuatrocientos años.

...Un bajo murmullo de agua corriente llegó a nuestros oídos, y siguiendo la dirección por donde nos llegaba el sonido llegamos a esa verdadera corriente, allá abajo oculta entre dos bordes empinados, que se deslizaba con murmullos sobre guijarros redondeados. Estaba encerrada entre murellas de pomarrosas que estaban entonces en floración, y era por sí sola tan atractiva que no necesitaba de la tradición de guardar oro en sus arenas para aumentar su encanto.

...Nos hallábamos en medio de los pinales, y en realidad Santo Tomás está en la región de los pinos, donde el aire es puro y delicioso. Caminábamos sobre las laderas y al través de profundas barrancas hasta que se puso tan oscuro que no podíamos ver lo que nos quedaba delante...

El Puerto de Monte de Plata

Una costa de aspecto diferente me saludé cuando subí a la cubierta por la mañana después de salir de Cabo Haitiano. Era más abierta y menos triste, sin embargo no era tan lozana y lujuriente...

El pueblo de Puerto Plata... ocupa el lugar más atractivo de cuantos he visto en Santo Domingo, con su pequeña bahía cercada de tierra, sus verdes pendientes cubiertas de jardines tropicales y los valles vecinos sembrados de caña de azúcar...

Samaná y el Golfo de las Flechas

Una travesía que duró una noche desde Puerto Plata, en lento pero cómodo barco de la Clyde, me llevó a la bahía de Samaná.

...He visto otros muchos bellos lugares en el mundo y no carecen de excelente material para hacer una comparación, pero realmente este lugar se halla fuera de toda comparación y es único en su propia belleza natural.

...El verdadero puerto de Samaná se halla a unas cinco o seis millas dentro del golfo y se llama, igual que la ciudad de allí, Santa Bárbara... Las colinas del lado de la tierra son bastante escarpadas, pero están cultivadas hasta su cima y ofrecen bellos sitios para el levantamiento de casas; los valles son fértiles para los productos tropicales...

El Santo Cerro de Santo Domingo

...Destinada la región por un Dios benéfico para morada del hombre, dotada de un clima delicioso, de los más bellos paisajes y de un fértil suelo, ¿cómo ha abusado el hombre de estos dones gloriosos del Todopoderoso! En torno al valle, que es llano, y en el recodo del río Camú, hay una hilera de colinas cubiertas de pinos, hallándose y mezclándose de esta suerte la vegetación de las dos zonas entre pinos y palmeras.

...El Santo Cerro de Santo Domingo es una de las más notables atracciones naturales de la isla. Se eleva a unos 600 pies sobre el magnífico y extenso valle llamado La Vega Real, que se extiende casi al través de toda la isla. En 1494, cruzando las montañas del río Yaque, viniendo desde la costa de La Isabela, fue cuando Colón le dio este nombre al hermoso valle que tuvo ante sus ojos y que se abría allí como un valle del Paraíso, regado por resplandecientes ríos, como salpicado de palmeras, sobre las cuales flotaban las nubes de humo que se levantaban de las populosas aldeas indias, y sobre los cuales se extendía un cielo purísimo de un azul encantado.

...En cuanto al panorama que se ve desde la iglesia, me declaro incapaz de hacerle justicia, sencillamente. Sobrepassa en belleza al panorama del valle Ymurí de Guadalupe, en Cuba, y en algunos aspectos la vista sobre Granada desde el Palacio de la Alhambra, panoramas de cuya visión he disfrutado, pero que cada uno tiene un encanto diferente. Desde una altura de 600 pies y más, uno mira directamente allá abajo jardines tropicales ocupados por chozas techadas de yaguas y campos flameantes del vívido carmesí de los flamboyanes, y más allá los montes de palmeras y los bosquecillos de cacaoteros, cafetos, plátanos y guineos; un vasto llano limitado solamente por las montañas de Monte-Cristi; populoso, aunque callado; fértil, aunque semicultivado; bello, aunque todavía con sus bellezas intocadas. Contemplando estos visibles encantos que tanto impresionaron al Almirante que lo llamó La Vega Real, y recordando los sucesos inmortales de la historia que han llegado hasta aquí, el corazón del que tiene por delante ese espléndido panorama se llena de emociones que es difícil expresar. Con el hechizo de

la luna inundando con la plaza de su luz todo el valle, la extensa llanura era inexpresamente bella, y yo quería que todos cuantos aman lo divino en la naturaleza pudieran contemplarlo por lo menos una vez.

Pueblos Sepultados²

...Las colinas de la cordillera del Cerro se levantan cerca, y al otro lado del valle, sobre Moca, se levantan otras colinas azules que se proyectan contra el cielo.

...Más allá de río Verde encontramos un trecho de camino donde los caballos caminaban simplemente pasando de un hoyo a otro hoyo. Estos hoyos se extendían hasta donde podía llegar la vista, y hacían del camino un vasto mar de lodo atravesado por especie de bancos irregulares, como surcos hondos a través de un campo arado y del más rico suelo...

...Rica y lozana es toda la región que hay entre La Vega y Santiago... Cuenta con el suelo más fértil y tiene las más bellas formas de vida vegetal; es tan seductoramente lujuriente, tan lozanamente regia y encantadora, que me hizo doler el corazón el pensar que toda esa belleza y toda esa riqueza se esté desperdiciando.

²El título de este capítulo se refiere a las excursiones arqueológicas que el autor se proponía efectuar en La Vega Vieja. (C.E.D.)

SIGLO XX

ADRIANO LÓPEZ MORILLO:
 MEMORIAS SOBRE LA SEGUNDA REINCORPORACIÓN
 DE SANTO DOMINGO A ESPAÑA (1903)¹

II

Empezando por el N. del territorio dominicano, encontramos una larga cadena de montañas conocidas con el nombre de “Montes del Cibao”, que teniendo su origen entre “Cabo Cabrón” y “Punta Balandras”, en la Península de Samaná, termina en Monte Cristi después de servir de divisoria entre la costa N. y los llanos de Santiago, con las cuencas del Yaque y del Yuna. De esta cordillera derívanse varios ramales de elevadísimas montañas, que, descendiendo a la costa, forman los puertos de Puerto Plata, Isabela, Estero Balsa y Monte Cristi. En esa cadena, tienen su nacimiento el Yaque, Bajabonico, Isabela, Lajas, y Mamey y se yerguen macizos como los de Diego de Ocampo (1.230 metros sobre el nivel del mar), Las Cumbres (1.067), Pico del Norte (670), Pico Santana (975) y otros que aunque alternando con profundísimos barrancos y cortaduras cubiertas de tupidas e impenetrables selvas.

Por estas estribaciones y sierras pasan los caminos de Puerto Plata a Santiago, Moca, Macorís y Santana. Desde el llamado despoblado de Santiago y a partir de la orilla izquierda del Yaque, álzase una cadena de montañas también del Cibao, que corren en dirección a la frontera de Haití, por el norte.

Estos montes se conocen desde Sabaneta con el nombre genérico de la Sierra, constituyen la izquierda de una gran parte de la cuenca del Yaque y terminan en varias derivaciones y ramales llamados “Lomas de David”, de las cuales sale el Dajabón, que encuentra el Matrie haitiano formando el límite fronterizo por aquella parte, tomando también el nombre de Masacre, que conserva al precipitarse en el mar.

Una extensa y en gran parte inexplorada cordillera, nace en el Cotuí (Santo Domingo) y termina en el cabo Foux (Haití) cerca de San Nicolás. Esta cordillera se subdivide en diferentes sierras, separadas por grandes

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Ed. de Santo Domingo, Santo Domingo, 1983.

valles y extensas sabanas, en cuyas alturas y en la vertiente norte nacen en el Cibao, Jimenoa, Mao, Caña, Yaguajal, Caoba, Aminilla, Maquence, Macabón y varios afluentes, los más del Yaque, y del Jimenoa los otros. En la vertiente sur nacen el Yaque chico, San Juan, Libón y Artibonito. En ella hay montes como Pico de Yaque, de 2.935 metros, y otras de menos elevación pero también de considerable altura. Esta cordillera en Dondon (Haití) se divide en tres grandes ramales: el primero, o sea el del norte, termina en Port-Paix; el segundo, en cabo San Nicolás; y el tercero, volviendo hacia el sur, penetra en territorio dominicano nuevamente y forma el renombrado valle de Hinchá, que sirve de lecho al caudaloso Guayamuco, afluente del Artibonito. En el Guayamuco desaguan el Edionada Ybarra. Frío, Maisal, Naranjo y otros. En este ramal existe el Mont Diable (Haití), de 1550 metros.

En la parte oriental de la República Dominicana, entre Punta Macao y Cabo Engaño, nace la mayor de las cadenas de montañas del sistema dominico-haitiano que, con variado trazado y multitud de derivaciones, va a morir en el Cabo de Saint Marc (Haití), en el Golfo de la Gonave, donde está situada la Isla de este nombre, dividida por una alta cordillera que era continuación de la anterior cuando el mar u otra causa separó la Gonave del resto de la Isla. En esta gran cordillera tiene su nacimiento, en la vertiente norte, del Maimón, Maguay, Yabón, Nacaragua, Poyabo, Jaya, Yuna, Las Cuevas, Cañas y otros de menos importancia; y en la vertiente sur el Quiabón, Soco, Macorís, Ozama, Jaina, Nízao, Neiba, Pedernales y otros, todos los cuales desembocan en la costa meridional de la República Dominicana. En esta vertiente sur están las famosas lagunas de Enriquillo, Xaragua y El Fondo; la primera, con 37 kilómetros de largo y 7 de ancho. En su punto medio se encuentra una deliciosa isleta llamada de los Cabritos. Parte de la laguna "El Fondo" corresponde a Haití, pues la línea fronteriza pasa por su punto céntrico. Próximas a esta laguna existen las riquísimas salinas de Neiba.

Al sur de esta cordillera está todo el terreno montañoso que se extiende desde la Capital de Santo Domingo a Azua de Compostela, montañas de respetable elevación y, como todas las de Santo Domingo, cubiertas de espesas selvas y cortadas en diferentes puntos por los ríos Ozama, Jaina, Nízao, San Juan, Neiba y los muchos afluentes que en ellos desaguan. En el enlace de estas series de eminencias con la cordillera anteriormente descrita, hay picos como el de Buso (1.350 metros sobre el nivel del mar), Monte Valdesia (1.430, 1.615 y 1.800) y Loma Pausa (1.890 metros).

Entre la bahía de Neiba en territorio dominicano y Punta Beata, existe una masa montañoso y laberíntica, casi deshabitada, que se extiende hacia Occidente, penetrando en Haití, donde muere. Esta cadena de montañas se conoce con el nombre de Sierra de Bahoruco en territorio dominicano y de

la Selle en Haití². En ella descuellan por sus gigantescas proporciones el Monte de la Selle (2.715 metros), desde cuya elevada cúspide se denomina uno de los más grandiosos panoramas del territorio dominico-haitiano, y una gran extensión del mar de las Antillas. Nacen en la vertiente norte de esta cordillera, y en el territorio dominicano, los ríos Bahoruco, Caimán, Nayaecou y otros, que desaguan en el mar después de ser enriquecidos con afluentes de consideración, y el Berbisi, que desemboca en la laguna de Enriquillo. En la parte haitiana de esta montaña tienen su origen, al norte, el Cul-du-Sac, le Froid, Bateau y Leogane, ríos que afluyen al mar por Occidente en el Golfo de la Gonave. En las mismas montañas nace el gran Riviere, que vierte al sur.

Todavía en territorio haitiano puede apreciarse una última cadena de montañas en la Península meridional, pues es sabido que la república haitiana está formada por dos grandes penínsulas que se unen entre sí por medio de una ancha faja de terreno montañoso.

III

El clima de la Isla varía mucho, no siendo igual la temperatura por esta razón en todas las comarcas. La causa de estas diferencias climatológicas consiste en las grandes cordilleras que la atraviesan, y que dan lugar a variadas altitudes y sensibles desigualdades.

Las brisas del mar, o sea, los vientos alisios, templan los ardorosos efectos del sol durante el día; y el terral contrarresta de noche la radiación del calórico que la tierra absorbe. Durante la noche se siente en las montañas verdadero frío, viéndose obligados los que pernoctan en ellas a encender hogueras para preservarse de su riguroso ambiente. Este frío no es tan sólo molesto, sino poco saludable. En los valles el clima es sano y se disfruta de agradable temperatura. En cambio en los llanos áridos, el ambiente es cálido y por tanto muy nocivo para los europeos.

En Santo Domingo, como en todas las Antillas, existen dos estaciones, la seca y la lluviosa. Esta dura generalmente los meses de mayo a octubre. Entonces las tormentas o turbonadas son por lo regular diarias, acompañadas de terribles descargas eléctricas y copiosas lluvias que, aumentando el caudal de los ríos, anegan e incomunican unas comarcas con otras por falta de puentes. No he visto uno ni creo que lo hubiera en toda la Isla, y por esta causa todos los ríos hay que vadearlos a veces nadando los caballos y con gran exposición de los viajeros. Cuando las aguas duran algunos días sin interrupción, como yo presencié en el Cibao, se forman grandes cañadas que no sólo impiden el paso sino que luego producen fiebres palúdicas. La salud de los europeos está amenazada por tan mortífera enfermedad.

²Es una gran extensión de territorio inhabitado, donde existía todavía, cuando la anexión, una tribu de salvajes de raza africana, de la que hacía pocos meses había capturado tres individuos una partida exploradora dominicana. Estos salvajes eran conocidos por el nombre de Bienbienés. (N. del A.)

El vómito o fiebre amarilla³ se presenta con relativa intensidad en toda la parte sur de la Isla y a veces en la zona marítima del norte. Las fiebres más o menos perniciosas son generales en toda la Isla. No hay comarca, por saludable que sea, en la que durante el año no ocurran casos de calentura.

Durante la última guerra que sostuvimos en el país, nuestros soldados fueron invadidos a millares, y diezmados los batallones. Momentos hubo en que sólo grupos de hombres escualidos y aniquilados sostenían en algunos puntos el honor de la bandera.

La temperatura en los meses de julio y agosto no pasa de 35º centígrados en las llanuras o sabanas; en las montañas de 22 a 25. Durante las noches baja a 15 y 17. En toda la Isla no se presenta a un mismo tiempo el período pluvial ni con la misma duración. En el norte llueve continuamente. La seca suele presentarse en agosto y septiembre.

En el NE. las lluvias tienen lugar en el mes de noviembre. Al E. llueve muy poco. En el O. y en el S., como en el interior, el invierno, o sea, la época lluviosa, es de mayo a octubre.

En los equinoccios reinan terribles huracanes que causan grandes estragos. En Puerto Plata, en 1862, fueron arrancadas las palmeras y cocoteros y hendían los aires como miserables cañas; ni una cerca quedó en pie; casas enteras aisladas fueron arrolladas como si fueran de cartón. El autor ha visto llover sin cesar en el Cibao durante los meses de mayo y junio, diez y siete días seguidos.

IV

Es la topografía dominicana una de las más bellas del mundo. En su selvático y accidentado terreno, la vista se recrea contemplando considerables llanuras o sabanas cubiertas de verde y lozana vegetación.

Tiene justa nombradía por su gran extensión y riqueza, al N., La Vega Real⁴, de más de 137 kilómetros de largo, que comprende toda la cuenca del Valle del Yuna. El entusiasta y bondadoso Fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*, llama la Vega Real “grande y bienaventurada” y agrega:

“Hacen esta vega desde que comienza hasta que se acaba, dos cordilleras de altísimas, fertilísimas y graciosísimas sierras, que la toman en medio: lo más alto de ellas y todas ellas fértil, fresco, gracioso, lleno de alegría.

Por cualquier parte de estas dos sierras que se asoman los hombres, se parecen y descubren veinte, treinta y cuarenta leguas, a los que tienen la vista larga, como quien estuviese en medio de un Océano”...

³Tifus icteroides. (N. del A.)

⁴Fundó Colón en persona al pie de Santo Cerro la Ciudad de Concepción de la Vega en honor de la inmaculada Virgen María, destruida más tarde por un terremoto. Existía todavía, cuando estuve allí, un espino resguardado por un cercado de mampostería, de cuyas ramas, según tradición, Colón había hecho una Cruz que mandó colocar en lo alto del Santo Cerro. (N. del A.)

Exactitud grande hay en esta entusiasta y típica descripción del Obispo de Chiapas. Enumera bellezas de que él disfrutó, dando justa expansión a su espíritu. En aquella época, el Dr. Pedro Suárez de Deza, que tenía allí su sede consagró a Las Casas, apadrinándolo el almirante. Cantó allí misa por primera vez, siendo esta la primera misa nueva que se cantaba en la Española⁵. En su "Apologética Historia", Las Casas, al describir la Vega Real, sin decaer un momento su entusiasmo y admiración, añade candorosamente... "… ¿cuánto con mayor razón se pusieran en esta Vega los Campos Eliseos, y Serterio la vivienda della cudiciara, la cual excede a estas Indias todas y siento que a toda la tierra del mundo"…

El llamado despoblado de Santiago es un valle de variada y caprichosa fisonomía, con una longitud que excede de 127 kilómetros. Los valles de Baní, Azua, San Juan de la Maguana, las riberas del Ozama y una gran parte del Seibo, son planicies extensas y productoras. Las sabanas llamadas Los Llanos que se extienden al este de la Capital, tienen más de 165 kilómetros de longitud, todo pradería⁶, y unos 30 de ancho en alguna parte hasta Punta Engaño.

Hay opiniones diversas sobre cuál de los terrenos es más rico, si el montañés o el llano. En realidad, ambos encierran veneros cuantiosos de riquezas, envidiados privilegios otorgados por la naturaleza, que amontonó tesoros donde tan pocos hábitos de trabajo existen y tan poca actividad tienen sus habitantes.

Las montañas dominicanas, por elevadas que sean, son susceptibles de toda especie de cultivo; he visto a más de 2.000 metros sobre el nivel del mar las mismas producciones que en los más profundos valles.

La tierra de todo el antiguo Haití produce cuanto se desee. En ella se aclimatan las hortalizas de todos los países y la mayoría de las frutas. Sólo hace falta una constante labor y bien dirigida agricultura. Aun sin estos elementos, el suelo produce sin esfuerzo de sus habitantes.

Entre las hortalizas se dan coles de gran tamaño, alcachofas, rábanos, remolacha, pimientos, tomates, habas y frijoles. En tubérculos, ñames, boniato, yuca, batatas y patatas. En cereales, maíz y trigo. El arroz se produce en cualquier terreno. En una vega cerca de Moca he visto garbanzos. En frutas hay manzanas, melocotones, albaricoques, ciruelas, naranjas, limones, cidras, melones, uvas, más de setenta clases de plátanos, algunos de gran tamaño, riquísimas bananas, guayabas, anones, marañones, caimitos exquisitos, nísperos, piñas, zapote, lechosa o papaya, mamey, guanábanas y cocos. Existe en Santo Domingo una fruta parecida a la toronja, pero de gran tamaño, algunos de cuyos ejemplares son de más de 25 centímetros de

⁵Herrera-Década 1. libro VII. (N. del A.)

⁶Allí había desde la conquista los famosos Hatos, o sea, dehesas destinadas a la crianza de toda clase de ganado. Los campesinos, como aspiran la H, pronuncian Jato. (N. del A.)

diámetro. Sólo se utiliza en dulce; tiene la forma de la toronja, su cáscara es lisa y la pulpa casi del color de la granada.

El café se cosecha tanto en Santo Domingo como en Haití. Es de tan buena calidad como el mejor de Cuba y Puerto Rico. El tabaco⁷ varía según la comarca, pues mientras en unas partes es flojo y tiene poco aroma, en cambio es excelente en la bajada de Licey y en otros parajes del Cibao. Los alemanes se llevaban, durante nuestra última estancia en Santo Domingo, todo el que se producía. En nuestra primera dominación, la fábrica de Sevilla recibía de la tierra dominicana todo el tabaco que ésta elaboraba.

El cacao es igual al de mejor calidad de Guayaquil. Según la opinión de los conocedores de este producto, podrá mejorarse mucho la clase y aumentar considerablemente la producción. El algodón es excelente y se produce en cualquier terreno de la Isla, dándose dos variedades perfectamente distintas: el blanco y el gris.

El índigo es otro de los productos dominicanos.

La caña de azúcar se cultivó, según Oviedo, desde el principio de la conquista, en los primeros años, sin fines industriales y productores, sólo como una planta curiosa. Pero se propagó con tanta rapidez que en menos de veinte y cinco años existían en Santo Domingo, según el P. Valverde, “veinte ricos y poderosos Ingenios corrientes y molientes y otros tres que estaban para moler en el año 1535”. Hay que hacer una salvedad y es que entonces llamaban ingenios solamente a los que sus máquinas eran movidas por el agua, sin contar los llamados trapiches, cuyo motor eran caballos, y, en otros, los mismos indios. La producción del azúcar fue tal, que además de surtir a España se obtuvo permiso para exportarlo al extranjero. Hoy día ha vuelto a fomentarse la industria azucarera, pero mil causas y el carácter apático de los dominicanos, hace que no tome todo el vuelo e incremento que debiera para convertir a Santo Domingo en una de las regiones más productoras de azúcar. La caña de Haití, que se distingue por un hermoso color verde, se cosecha con la misma facilidad que en Puerto Rico y Cuba.

Aun cuando anualmente se hagan grandes talas para el carboneo, siembras de granos u otras industrias, los bosques de la antigua Española son inacabables y embellecerán siempre el original paisaje dominicano. Por cualquier parte que se transite en las regiones montañosas, se encuentran cristalinos arroyos y ricas fuentes naturales que reaniman y refrescan al cansado viajero abrasado por el ardiente sol de los trópicos, y, en ciertas horas en que el caminante se ve obligado a sestar, nunca le faltará un corpulento caobo, un copey, un cedro o, por lo menos, un jobo⁸.

Llama la atención el efecto que ofrece la flora en Santo Domingo. No he visto ninguna selva de una misma especie ni de un solo género de árboles.

⁷Había dos variedades del “Nicotiana Tabacum”: la rapanda y la plombajinafolia. (N. del A.)

⁸Especie de ciruelo de tupida y grande corona. (N. del A.)

La selva allí es un inextricable bosque compuesto de individuos de diferentes familias y géneros, predominando, como es de suponer, algunas especies según la región. Así, en los ramales montañosos, que cruzan el camino de Puerto Plata a Santiago de los Caballeros, crece en abundancia el caobo, cedro, roble, guayabo y limonero, mezclados con variadas plantas arborescentes e inmensas lianas –bejucos– que se entrelazan a los árboles y trepan hasta su corona, haciendo el efecto de la jarcia en los barcos. En cambio, en los montes del Cibao conocidos por la Sierra, que es la cadena de montañas que corre por la izquierda del Valle del Yaque, abundan y pueblan aquella comarca grandes y frondosos pinales como los que hay en Europa, de donde fue importada la semilla que, arrojada allí hace más de trescientos años, se propagó de una manera prodigiosa. Habita el pino en aquellas montañas en amigable consorcio con los árboles y plantas de la flora americana, con un desarrollo y proporciones colosales; he visto muchísimos de más de un metro de diámetro a un metro del suelo. Grandes y hermosos helechos rodean aquellos esbeltos pinos, y variadas especies de lianas se entrelazan y mezclan parsando a veces de un pino a un copey y de éste a una ceiba, el árbol más elevado de las Antillas. La liana o bejuco⁹ es una parásita que nunca falta en la selva americana y en las grandes espesuras¹⁰ aumentando siempre las dificultades al que quiere atravesarlas y obligándole a emplear el hacha o el machete para abrirse paso por entre aquella salvaje vegetación.

Los bosques de Santo Domingo producen muchas y ricas maderas ya de lujo, ya industriales o para labor; entre las primeras encuéntrase el ébano, caobas variadas, cedro, aceitillo, quina, granadillo negro, catey, palo Nazareno –llámase así por las vetas moradas que tiene. La madera de todos los frutales puede utilizarse en lo que se quiera, como el copey, mamey, jobo, anón, zapote, naranjo, limonero y tamarindo. También tienen diferentes aplicaciones y son preciosas el guayacán, pimienta, nuez moscada, capá, fustete, algarrobo, almendro, pispén, candelón, de un vivo color rojo, el palo de campeche, que forma bosques, y otras maderas tintóreas.

Hay en Santo Domingo rica variedad de plantas medicinales, cuyas propiedades conocen empíricamente los naturales del país. Existen varias yerbas comestibles y gramíneas que utilizan las gentes de los campos a manera de café y con el jengibre hacen una infusión parecida al té y al mate argentino, algo picante y muy agradable.

Descuellan en los campos dominicanos varias especies de palmeras, siendo las principales la Real, esbelta y lozana, que crece en los buenos

⁹De ellos salen los famosos bastones llamados mata-negro; hay un bejuco del cual se extrae sal. Merece también especial mención el bejuco de parra, que en las épocas de mayor sequía, lo mismo que la raíz del jobo, proporciona agua fresca en cantidad suficiente para mitigar la sed de viajero. (N. del A.)

¹⁰Maniguas. (N. del A.)

terrenos, siendo el más bello adorno del paisaje americano; el cocotero, el yarey, y otros que viven en cualquier terreno, lo mismo a las orillas de un río que en la cumbre de la más elevada montaña. La palma llamada del viajero, árbol de original forma, es un inmenso abanico formado por hermosas hojas a modo de grandes espadas en forma pectinada, de bonito color verde, y de un blanco gris el tronco.

La palmera, además de embellecer el paisaje dándole el carácter peculiar de los climas intertropicales, ofrece preciados productos. De su corteza se sacan tablas durísimas para construir viviendas, camas, mesas, bancos y otros varios objetos de gran utilidad. Del cogollo llamado palmito o palmiche se obtienen unas láminas blancas, lustrosas, agradables al paladar y alimenticias de las cuales se extrae alcohol, con el que fabrican aguardiente los naturales del país.

Las láminas exteriores de este cogollo, llamadas "yaguas", son duras, estriadas y anchas y sirven para techar los bohíos y aun las casas en las poblaciones. Con ellas hacen los naturales puertas y cajas para envasar el azúcar y las utilizan para otros varios usos. Las pencas o ramas sirven también para techar y se sacan en primer término de la palma llamada de cobija. De la llamada pleita, hacen sombreros, macutos¹¹ y serones para empacar el azúcar y el tabaco.

El cocotero es también una palmera hueca en su base, con lisos estípites o cubiertos de escamas. Hay palmeras de tronco espinoso como el corajo. La Palmera Real tiene el tronco hinchado hacia su mitad, adelgazando hacia arriba y abajo. Las hojas son de un color verde oscuro en el cocotero, o presentan en el envés un color blanco plata, como la miraguana.

En todas las palmeras brota la inflorescencia del tronco por debajo del nacimiento de la hoja. En la mayoría de los espacios las espadas ya lisas, ya accidentadas y cubiertas de espinas, son péndulas, y las flores masculinas ofrecen a veces una blancura deslumbradora. El sabio Barón de Humboldt fue de los primeros naturalistas que observó que después de las coníferas y los eucaliptos, de la familia de las Mirtacias, las palmeras son las plantas que ofrecen el ejemplo de mayor desarrollo, pero esto no tiene lugar en las Antillas, en donde parece que la viciada atmósfera que envuelve a las islas impide a la palmera desarrollarse como en el continente americano.

El helecho arborescente es otro de los preciosos adornos de las montañas dominico-haitianas, y vistos a cierta distancia hacen el efecto de hermosas y elegantes palmeras.

El higüero que los naturales llaman *jigüero*, pues sabido es que la H aspirada suena allí como J, es un árbol que produce una fruta parecida a una

¹¹Saco que llevan colgado del hombro, y en el que guardan sus víveres los dominicanos cuando van de viaje. (N. del A.)

cucurbitácea que adquiere gran tamaño, de corteza durísima, compacta y leñosa, y en cuyo interior hay una pulpa blanca de apetitoso aroma, pero insípida y algo laxante.

En el jiguero o güiro, que también con este nombre lo conocen, encuentran los habitantes de los campos y muchas de las ciudades, fuentes, tazas, cucharas, cántaros para agua y recipientes para varios usos, según el tamaño.

Hay unos güiros en forma prolongada y muy oblongos que tienen la siguiente singularísima aplicación. Después de secos y vaciados por una pequeña abertura que en ellos practican, tallan en su cáscara ranuras transversales y, rascando en ellas con un alambre o un trozo de concha, producen un ruido desagradable que sirve, como en Cuba y Puerto Rico, para acompañamiento de la música del país.

La fauna es tan variada y rica como la flora, abunda en aves, peces, reptiles, crustáceos y moluscos. Los cuadrúpedos están representados por las especies trasladadas de Europa, habiéndose propagado prodigiosamente en la parte dominicana los caballos, asnos, bueyes, cabras y cerdos. Los caballos de San Juan de la Maguana y algunos del Cibao eran los más estimados, pero creo que en la actualidad está en decadencia la raza caballar. Entre los animales salvajes se cría el cerdo bravo, el jabalí y el perro jíbaro. Hay también venados.

Cuando los españoles llegaron a la Isla no se conocían más especies de cuadrúpedos que tres: el curí, quemí y mohic y como cuadrumano debe mencionarse la jutía, que no debe clasificarse, en mi concepto, entre los cuadrúpedos. Tiene manos como los monos, habita en los árboles, no es carnívoro, pues se alimenta de frutas y semillas; es tímido e inofensivo y su carne sirve de alimento en casos dados. El quemí y el mohic se han extinguido o, por lo menos, no se les ve por los terrenos habitados; posible es que en lo más intrincado y elevado de las altas cordilleras, aún inexploradas, vivan todavía, y sería de desear su hallazgo para que vinieran a enriquecer la fauna antillana.

El curí es el conocido en España por Conejo de Indias.

Las aves están representadas por gran número de especies de variado tamaño y de vistoso plumaje.

Hay cuatro especies de palomas; una de gran tamaño, casi como una polla; otra, como la torcaz de España; y otras dos pequeñas y de plumaje muy parecido al de nuestra codorniz¹².

La gallina de Guinea común, "Numida Meleagris", vive sociable en algunos puntos y se encuentra en todas las selvas, lo mismo que el faisán común, "Phasianus colchicus"; el pavipollo común conocido en Cuba por

¹²En la sabana de la salida de Santiago de los Caballeros a la derecha del Yaque. río abajo. se cazaban por millares y son muy sabrosas. (N. del A.)

Guanajo, o sea, el “Meleagides” (gallo-pavo), exactamente igual al de Europa; abunda el Pavo Real, “Pavo cristatus”, como también el Papagayo del Amazonas, el “Chrysotis amazonicus”, o sea, la cotorra; las tórtolas, gorriónes, colibrís, pájaros moscas o colibrís rubí, topacio, “Ornisruya moschita”, que es la más hermosa especie de colibrí y quizá la más común. Habita en todas las Antillas y gran parte del continente americano. El adorno de la cabeza del macho es precioso; plumitas a modo de escamas cubren toda la región craneana y alárganse hasta el pico, de modo que forman un casquete que brilla como un rubí con reflejos violáceos; el gáznate y los lados del cuello están cubiertos por plumas blancas, que en la sombra presentan un color verdoso. La longitud total del avecilla es de poco más de tres pulgadas.

En los ríos y arroyos se refrescan y solazan numerosos individuos de diferentes especies de garzas, patos-gansos, flamencos y pollas de agua.

Los reptiles, aunque abundantes en ejemplares, como igualmente los insectos, reúnen pocas especies. No hay ningún reptil venenoso. Entre los lagartos es el más conocido el “Anolí Semiurus Cubiere”, que se distingue por una gran papada que alarga a voluntad. Hay una iguana como la de Cuba y varias especies más de lagartos y una Lacerta parecida a la “Virides” europea. Las culebras están representadas por tres o cuatro especies, distinguiéndose una de gran tamaño igual en un todo a la conocida en Cuba por majá. En Santo Domingo, como en todas las Antillas, se vive en íntima sociedad con el escorpión, llamado allí vulgarmente “alacrán”, cuya mordedura, aunque causa agudos dolores, no produce la muerte como el vulgo cree, sucediendo lo mismo con la Scolopendra” o ciempiés, cuya longitud llega a catorce centímetros. Provistas de unas placas córneas y resistentes que la protegen admirablemente, su picadura causa más agudos y pertinaces dolores que la del Scorpión, pero no produce la muerte. Existe un arácnido conocido en el país por “cacata” que no es más que la araña peluda de Cuba o el guabá de Puerto-Rico—la “Migala avicularia”, o “Araunca avicularia” de Linneo—ponzoñosa como todas las de su especie y abundantísima en toda la Isla.

En todos los ríos y arroyos de Santo Domingo abundan los peces y moluscos. La lisa es un pez que se coge a tiros, pero sin ser herida. Los tiradores tienen la destreza de hacer pasar el proyectil por su hocico y flota, en cuyo instante se apoderan del pez.

En la costa son numerosos los tiburones representados por el “Carcharias Limia”, antropófago, devorador de hombres según lo nombran los naturalistas e igual al de Cuba y al de todo el seno mejicano.

Hay varias especies de tortugas; la “Chelonia maculosa” de Lamark; la ambricata o carey y otras. En Santo Domingo, como en todas las Antillas, se hace gran comercio con las placas de carey, que después de pulimenta-

das son tan estimadas y hermosas como las que se recogen en China y Oceanía.

Los crustáceos están representados por sabrosas langostas, como las de Europa, y langostinos.

La malacología es rica en géneros y especies tanto marítimos como terrestres y fluviales, distinguiéndose entre las grandes especies el hermoso *Cassisetuberosa*, el *Madascariensis* y el *Strombus-gigas* y, entre los de menor tamaño, *Bonitas*, *Cipraeas* y *Olivas*.

ENRIQUE DESCHAMPS: LA REPÚBLICA DOMINICANA: DIRECTORIO Y GUÍA GENERAL (1907)¹

PRIMERA PARTE

Geografía Física

La orografía dominicana es la más notable de las Antillas. Ninguna otra de éstas islas posee los varios sistemas de montañas que levantan el suelo de Santo Domingo defendiendo sus valles de los huracanes, multiplicando sus incontables arterias fluviales y adaptando el país a todas las razas humanas y a una variedad infinita de cultivos. La cordillera Central, que atraviesa la isla de E. a O. con una ligera inclinación hacia el N., es el eje de todo el sistema orográfico. Síguele en importancia tres hileras más: dos septentrionales y una meridional.

Las primeras alturas de la gran línea central arrancan desde muy cerca del mar en el oriente de la isla, y a medida que las montañas se precipitan en su dirección hacia el O. la base de sus moles gigantescas se ensancha, se empinan sus cumbres y sus estribaciones levantan a uno y otro lado regiones inmensas del suelo. Esta imponente cordillera eleva a las nubes picos de 2.800 metros sobre el nivel del mar.

La primera de las dos septentrionales se inicia al O. del Gran Estero y termina en Montecristi, alzando a 1.220 metros del pico Diego de Ocampo. La segunda forma, o poco menos, la Península de Samaná, teniendo su mayor altura en Pilon de Azúcar con 583 metros de altitud. La meridional es la legendaria serranía del Batoruco, que nace en la bahía de Neiba y con una inclinación constante de E. a O. se extiende hacia la parte meridional de Haití, en donde adquiere su mayor desarrollo.

El Monte Tina, que se levanta al S.E. del Pico del Yaque, y que es el núcleo del sistema antillano, alcanza una altura de 3.140 metros, y no corresponde directamente a la gran hilera central ni a ninguna de sus poderosas estribaciones. El gigantesco Monte Tina se eleva sobre un portentoso con-

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Ed. de Santo Domingo, Santo Domingo, 1974

junto de montañas aisladas, al NE. de Azua, y al E. de los grandes desfiladeros que dan acceso al espléndido valle de Constanza.

Un estudio somero de su sistema orográfico, evidencia por qué la isla de Santo Domingo cuenta con tan numerosas corrientes de agua, unas muy caudalosas y otras de importancia relativa, según tengan su origen en el centro de la gran cordillera del Cibao, en sus ramificaciones inferiores o en las tres hileras secundarias de Montecristi, Samaná y Bahoruco. Las ondulaciones y declives de la masa central; las áreas curvas e irregulares de sus regiones hidrográficas; las ondulaciones y declives de la masa central; las áreas curvas e irregulares de sus regiones hidrográficas; las montañas que las ciñen, escalonan o cortan, dan tal rapidez y velocidad a las aguas corrientes durante el curso superior; prolongan por tal manera el trayecto que recorren, y aumentan su caudal de modo tan asombroso, que parece increíble al primer examen que se hace del mapa físico del territorio. Esta feliz disposición permite utilizar las aguas de las corrientes secundarias y superiores para el suministro de las ciudades y el riego de los campos, ofreciendo a la vez fáciles vías de transporte en distintos sentidos y por muchos kilómetros.

Al NO., en el puerto de Montecristi, desemboca el Yaque del Norte que nace en Pico del Yaque, nudo de la Cordillera Central, y desde donde recoge la gran mayoría de las aguas que fertilizan la región cibaëña. Es navegable en un estimable número de kilómetros.

En el fondo de la bahía de Samaná desemboca el caudaloso río Yuna, uno de los mayores de la isla, navegable en una importante extensión de su curso.

En la costa SE. desagua el Soco y en la misma dirección, unos kilómetros más al S., el amplio estuario del Higuamo, en cuyo cauce desaguan numerosas corrientes del E. de la República.

El Ozama, que lleva al mar las aguas de una extensa comarca, forma al desembocar el puerto de la ciudad capital, y finalmente en el SO., en la hermosa bahía de Neiba, desagua el Yaque del Sur, que nace como su homónimo del N., en el Pico del Yaque, y en un curso de extensión considerable une a las suyas las aguas de poderosos afluentes. El Yaque del Sur es igualmente navegable por embarcaciones medianas en una importante porción de su dilatado curso.

La abundancia de arroyos, manantiales y demás corrientes secundarias que riegan el suelo dominicano es tan asombrosa, que difícilmente recorreremos una legua, aún en departamentos áridos, sin que hayamos de atravesar alguno de aquéllos.

Existen dos lagos importantes en la Isla. Ambos están en una misma región. Se extienden de E. a O. en el bajo que limitan las montañas de Neiba por el N. y las serranías del Bahoruco por el S.

El mayor de ambos es el lago Enriquillo, nombre que inmortaliza la memoria del último cacique quisqueyano, que llevó ese nombre y que se

creo vivió en la isla Cabritos, situada en el centro de dicho lago. Este mide 55 kilómetros de longitud, con una anchura media de 18. Todo él está en territorio dominicano.

Durante el invierno se observa en ambos lados un fenómeno interesante y curioso constituido por la millonada de aves de climas fríos, probablemente de la parte N. del Continente, y de una diversidad prodigiosa de especies y colores que vienen a pasar en ellos los meses últimos y los primeros de cada año. El pintoresco y alegre espectáculo que ofrecen las hermosas playas de ambos lagos en los meses de noviembre hasta abril es realmente indescriptible.

El segundo, denominado del Fondo o Azuei, está en la misma frontera y ésta la corta virtualmente de N. a SE. Mide 25 kilómetros de largo por 12 de ancho. Ambos reciben numerosos arroyos de agua dulce, no obstante lo cual sus aguas son absolutamente saladas; viven en ellos los mismos peces y están sujetos a los movimientos de la marea.

Existen, además, diversos depósitos naturales de agua formando pequeños lagos nutridos perennemente por corrientes subterráneas y otros constituidos por expansiones de ríos que desembocan en llanuras de nivel inferior; pero todos éstos asumen muy escasa importancia.

Flora

...Vegetan en toda la isla con verdadera profusión las familias Ranunculáceas, Magnoliáceas, Anonáceas, Menispermáceas, Ninfáceas, Papaveráceas, Crucíferas, Caparideas, Baxineas, Poligáneas, Cariofileas, Malváceas, Bombáceas, Bitueriáceas, Filiáceas, Caneláceas, Gutíferas, Malpigiáceas, Meliáceas, Rutáceas, Zigofileas, Ampelídeas, Hipocratáceas, Celastríneas, Ramneas, Samídeas, Terebintáceas, Leguminosas, Rosáceas, Combretáceas, Letrarias, Onagráceas, Melastomáceas, Memecéleas, Mirtáceas, Cucurbitáceas, Loáceas, Papayáceas, Pasifloras, Rizofáreas, Turneráceas, Portuláceas, Crasuláceas, Cáceas, Umbelíferas, Araliáceas, Lorentáceas, Caprifoliáceas, Rupíáceas, Linantéreas, Esfonoleáceas, Lobeliáceas, Oleáceas, Mirsiniáceas, Teofrastáceas, Sapotáceas, Ebenáceas, Apocíneas, Asclepiáceas, Bignoniáceas, Lesámeas, Convolvuláceas, Loganiáceas, Borragíneas, Solanáceas, Gencianáceas, Escrofularíceas, Labiadas, Plumbagíneas, Plantagíneas y Gramíneas.

Entre las familias precedentes figuran: el cacao entre las Bitueriáceas; entre las Rubiáceas el café, la caña de azúcar entre las Gramíneas, y las tres constituyen la principal riqueza agrícola de la República. Háse aclimatado con extremada facilidad en el país una multitud de plantas exóticas propias de la zona templada, y sabido es, porque se han practicado ensayos con el mejor éxito, que en considerables extensiones de terreno, actualmente cubiertas de pino, se producen con todas las ventajas que en sus medios originarios, leguminosas como el garbanzo, la esparceta, la alfalfa y el trébol, y gramíneas como el trigo y la cebada.

La relativa insignificancia de la población consumidora; la carencia de medios de transportes rápidos y económicos y la gran abundancia de especies propias, han impedido el cultivo en grande escala, en el país, de la mayoría de los tubérculos y legumbres de las hortalizas europeas. Sin embargo, en él se producen, de calidad excelente y gracias a muy poco trabajo, patatas, cebollas, repollos, alcachofas, guisantes, garbanzos, espárragos, nabos, zanahorias, remolachas, melones, sandías o patillas y una considerable diversidad de plantas, propias del clima a que pertenecen las antedichas y que aquí se aclimatan inmediatamente.

A fin de dar una idea aproximada y con mayores detalles que los que facilita la nómina de familias que dejamos apuntada más arriba, transcribimos a continuación la lista de plantas que sirven de base a la agricultura dominicana, publicada por D. José Ramón Abad, y cuyo conocimiento ha de ser de utilidad inmediata a los interesados.

Dicha lista podrá no ser completa y aun adolecer de algún error de nombre, pero abarca indudablemente la inmensa mayoría de las plantas útiles que vegetan en nuestro fértil suelo:

ALIMENTICIAS HERBÁCEAS²

Maíz	Zea maíz
Arroz	Oriza sativa
Mijo o millo	Panicum meliaceum
Sorgo	Sorghum Saccharatum
Funde	(Gramínea no clasificada)
Teosina	Idem. Idem.
Trigo	Triticum sativum
Cebada	Hordeum vulgare
Avena	Avena sativa
Batatas	Convolvulus batatas
Jicama	Phaseolus tuberosus
Yuca dulce	Jatropha camanioc
Yuca amarga	Jatropha maniot
Lerén	Maranta allouyia
Sagú	Maranta indica
Papa	Solanum tuberosum
Pataca (topinambur)	Helianta tuberosus
Yautía maraca	Canna edulis
Yautía amarilla	Santosoma sagitaeifolium
Yautía blanca	Arum sagitaeifolium
Ñame blanco	Dioscorea sativa
Ñame morado	Dioscorea alata
Ñame mapuci	ajama bastata
Rondai o gunda	Dioscorea tuberculifera

²No todas las denominaciones científicas de las plantas que señala el autor se corresponde con las actuales que, por ejemplo, trae Liogier. (C.E.D.)

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Plátano	Muse paradisiaca
Plátano congo	Musa regia
Guineo morado	Musa violácea
Guineo manzano	Musa cambure
Guineo común	Musa sapientum
Habichuelas	Phaseolus vulgaris
Frijoles	Dolichos vulgaris
Habas	Phaseolus (varias especies)
Guandules	Citius cajanus
Chicharos o guisantes	Pissum sativum
Garbanzos	Cicer arietum
Maní	Arachis hipogea
Molondrón	Hibiscus sculentus
Remolacha	Beta vulgaris
Acelgas	Beta albida
Brocolí	Brassica oleracea
Coliflor	Brassica botrytis
Col	Brassica capitata
Tayote	Sycios edulis
Espárragos	Asparragus sativus
Nabos	Brassica napus
Rábanos (Raphanus sativus)	
Berengena	Solanum melongena
Zanahorias	Daucus carota
Ajos	Allium sativum
Cebollas	Allium cepa
Ají	Capsicum (varias especies)
Pimiento	Capsicum annum
Anís	Pimpinela anisum
Apio	Apium graveolens
Berros	Sisymbrium nasturtium
Hinojo	Anethum foeniculum
Bledos	Amaranthus oleracea
Borraja	Borrago officinalis
Chicoria	Chichorium endivia
Auyama	Cucurbita pepo
Culantro	Coriamdram sativum
Espinaca	Espinacea oleracea
Escarola	Cichorium intibus
Vinagrera	Oxalis cornuta
Yerba buena	Mentha rubra
Fresa	Fragaria vesca
Piña	Bromelia ananás
Acedera	Rumex acetosa
Parcha, caguasa, cabalacito granadillo	Passifloras
Caña de azúcar	Saccharum oficianarum
Ajonjolí	Sesamum orientale
Gengibre	Zingiber oficinale

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Té de las Antillas	Capraria biflora
Vainilla	Vanilla aromática
Vainilla de las Antillas	Vanilla claviculata.
ALIMENTICIAS ARBÓRERAS	
Aguacate	Persea gratissima
Almendra de las Antillas	Terminalia catappa
Anón	Annona glabra
Avellano de América	Omphalea triandra
Cacao	Theobroma cacao
Café	Coffea arabica
Canelero	Laurus cinnamomum
Canela, canelilla	Canella alba
Caimito	Chrisophillum cainito
Cereza	Malpighia puniceifolia
Cidra	Citrus medica
Ciruella morada	Spondias purpúrea
Chirimoya	Annona Humboldtiana
Granada	Punica grantium
Grosella	Cicca racemosa
Guanábana	Annona muricata
Guayaba ingerta	Psidium piiferum
Guayaba de monte	Psidium pomiferum
Cotoperís	Melicocoea olivaeforma
Coca	Eitoxilon coca
Gina	Inga vera
Hícaros	Crisobalanus icaco
Higo	Ficus caica
Higo de tuna	Opuntia (varias especies)
Huevo vegetal	Cordia sebestena
Fruta de pan	Artocarpus incisa, y otros
Jagua	Genipa americana
Lechoza	Caprica papaya
Lima	Citrus limeta
Limón	Citrus limonum
Limoncillo	Melicocoea bijuga
Mamón	Annona Squamosa
Moera	Morus celtidifolia
Mango	Mangífera doméstica
Cajuil o marañón	Anacardium occidentale
Mamei zapote	Lucuma Bomplandi
Mamei de Santo Domingo	Mammea americana
Níspero	Sapota aerhas
Totuma-canistel	Sapota elongata
Naranja de China, de Babor y otras	Citrus aurantium
Naranja agria	Citrus vulgaris
Toronja	Citrus magnus
Nuez del país	Juglans Jamaicae

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Nuez moscada	Monodora myristica
Nuez moscada legitima	Myristica aromática
Pomarrosa	Jambosa vulgaris
Saona	Cocoloba nivea
Tamarindo	Tamarindus occidentalis
Uva de parra, vid	Vitis vinifera
Uva de bejuco de agua o de parra	Vitis caribea, vitis labrusca
PALMERAS	
Palma real o de yagua	Oreodoxa regia
Id. de coco	Cocos nucifera
Id. de corozo de las Antillas	Cocos crispá
Id. de guano	Trynax agentea
Id. de catei	Acrocomia lasiospatha
Id. de cacheo	(no especificada)
Id. de yarei	Chamerops
Id. manacle o manaca	Euterpe oleracea (geonoma)
Id. de cana	Copernitia tectorum
Id. de dátíl	Phoenix dactilifera
Id. de corozo o de Guinea	Elais guineensis
PLANTAS INDUSTRIALES	
Algodón	Gossypium hirsutum
Tabaco	Nicotiana tabacum
Añil de Guatemala	Indigofera disperma
Añil cimarrón	Indigófera citisoides y otras variedades
Bija	Bixa orellana
Curcuma o gengibrillo	Curcuma longa
Pimienta de cubeta	Piper cubeba
Pimienta de malagueta	Laurus Eugenia
Algalia, ambarilla	Hibiscus abelmoschus
Alcanfor	Camphorra officinalis
Mabí	Ciano culubrina
Zarzaparrilla	Smilax salsaparrilla
Cañafístola	Cassia fistula
Zábila, acíbar	Aloes perfoliata
Jalapa	Convolvulus jalapa
Cereiipo	Myroxylon frutescens
Almácigo	Bursera gummifera
Bálsamo del Perú	Mirospermum peruiferum
Copal	Edwigia balsámica
Amacei o aceite de palo	Copaifera officinalis
Caucho, goma elástica	Castillea elástica
Iligo	Ficus elliptica
Jaguey	Ficus indica
Arbol de la cera	Miricia cerifera
Mangle prieto o colorado	Rhizophora mangle

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Guatapaná, dividiní	Caesalpina coriaria
Jobos, ciruelas	Spondias (Varias especies)
Campeche	Hematoxilum campechianum
Brasil	Coulteria tinetoria
Brasilete	Caesalpina
Mora, fustete	Maclura tinetoria
Carrasca	Ilex macoucou
Lana (miralgnano)	Bombax pyramidale
Guama	Lenchocarpus tenax
Majagua	Hibiscus tiliaceus
Memiso	
Lengua de vaca	Elephantrophus scaber
Ramio	Urtica utiles o nivea
Bayoneta	Yucca albifolia. Y. Gloriosa
Maguey	Agave americana
Cabulla	AGane vivipara
Maya	Maya anthelmintica
Piñón	Jatropha curcas
Javillo	Hura crepitans
Higuereta	Ricinus communis
Flor del sol	Helianthus annus
Guáyiga	Zamia intermedia

HIERBAS PARA PRADOS ARTIFICIALES

Gramíneas	Infinidad de especies
Yerba de Guinea	Panicum altíssimun
Yerba Páez, malojillo, Paral	Andropogon avenances
Yerba dulce	
Yerba lechera	Euphorbia trichotoma
Malva té	Corchorus siliculosos
Malva rosa	Hibiscus mutabilis
Sanguinaria	Flecebrun lanatun
Caña brava	Bambusa arundinacea
Bejuco de campanilla y gran multitud de los géneros convulvulus, Desmonium, Rhosiosa y otros, cuyos nombres locales son miuy confusos.	

ARBOLES CON HOJAS QUE COMEN LAS RESES

Abey	Poepigia excelsa
Anón	Annona squamosa
Bucaré o Bruscal	Erityna coraliodendron
Guásima	Guasima ulmifolia
Ramón	Trophis americana
Roble Blanco	Tecome Pentaphilia
Jau-Jau	Mimosa odorantísima
Saúco	Sambucus nigra
Guásara	
Ateje	Cordia coloceca

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

ARBOLES MADERABLES DE LOS BOSQUES

Abey macho	Hedwigia balsamifera
Acana	Acras disuta
Algarrobo	Himenea courbaril
Almendrillo	Pommus occidentalis
Almendrón	Terminalia catappa
Aceituno	Agotoxycum puntatum
Ayúa (Pino macho en Cuba)	
Baitoa (madera blanca de construcción)	
Barías, mara o María	Callophyllum calaba
Bera	Zigophyllum arboreum
Bayahonda	Acacia formosa
Cabima (cedro macho C.)	Cedrela angustifolia
Cabo de hacha	Trichila spondias
Cacao, guaraguo o nisperillo	
Cimarrón	
Café cimarrón	
Caimoní	
Candelón (cigüeteran C.)	Colubrina ferruginosa
Caimitillo	Crisophilum olivaforme
Caoba	Swietenia mahogani
Caobilla de costa	Croton lucidum
Capá prieto de sabana	Cordia gerascantus
Capá blanco o de Pto. Rico	Varonia alba
Caraqueña	
Castaño, Guara	CAtanbia americana
Caya amarilla	Zanthoxilum coriaceum
Caya colorada	
Cedro hembra	Cedrela odorata
Ceiba	Bombax ceiba
Cigua prieta o amarilla	Nectandra cigua
Cigua blanca	
Chicara o Cañafistola cimarrona	Coalteria fistula
Cochinilla	Camoclalia integrifolia?
Cocuyo	
Coaba, (Pino)tea)	Pinus occidentalis
Cuabilla o Chicharón	Chicharrona intermedia
Cotorrero o Perico	
Cuerno de buey o palo-blanco	Tecoma leucoxilon
Copey (dos especies)	Clusia rosea y clusia alba
Corazón de paloma	
Ebano de Santo Domingo	Brya ebenus
Ebano	Mimosa Lebbec
Espinillo, aceitillo	Cloroxilon Swietenia
Espino	Zanthoxilum lanccolatum
Escobón	
Granadillo	
Guayacán	Guaiacum officinale

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Guayacancillo o Vera	Guaiacum verticale
Guaconejo, Tea	Amiris silvatica
Guanábano cimarrón, (da corcho en la raíz)	Artobotris palustris
Higüero o Güira cimarrona	Crescentia palustris
Hoja ancha, (Hortegón, Puerto Rico)	
Guaraguao o ciruelillo, (Húcar, P. Rico.-Júcaro C.) ..	Bucida capitata
Hueso	Swatea
Laurel	Varias especies de Laurus
Limoncillo cimarrón	Pimento Pimenta
Jute o Corcho	Corchorus capsularis
Jagua	Genipa americana
Jía	Cascaria alba
Juan Prieto	
Juan Primero	
Maboa	Cameraria lactefolia
Mameyuelo	
Macao	
Membrillo	Cerasus occidentalis
Nisperillo	Sapota palladium
Nogal	Juglans Jamaicense
Ozúa	Pimienta vulgaris
Palo amargo	Ceanotus americano
Palo muñeco	Quassia amara
Palo de vaca o de leche	Brosimo galactodendron
Palo moscada	Myristica moscata
Quiebra hacha	Bumelia nigra
Roble blanco	Bignonia excoxilon
Roble prieto. Encina de Santo Domingo	Catalpa longuísima
Roble de olor	Catalpa chelone
Roble amarillo.-Péndola	Catalpa citarexylon
Tabaco (Palo de)	
Tarana	
Vara de lazo	
Yaya fina y Yaya boba	
Yagua, (Capá blanco, Pto. Rico)	Varronia alba
Yayabico	Crithalis fructifosa

Fauna

Existe en el país un número considerable de insectos de diversas especies, absolutamente inofensivos en su mayoría, útiles muchos de ellos a la fecundación de las plantas unisexuales. Entre estos figura en primer término la abeja, que con la miel y la cera por ella elaboradas concurre en no escasa parte a la producción nacional.

Aunque es relativamente numeroso el grupo de las arañas existente, no hay sino tres que causan algún daño, principalmente al ganado. Son éstas las denominadas *araña pehuda*, *cacata azul* y *guabá*. La primera vive entre las zarzas y debajo de los montones de basura que regularmente se hacen

en las sabanas; la azul, en unos hoyos hechos en la tierra por ella misma, en las sabanas también, y el guabá, por lo común, debajo de las piedras. Los tres suelen salir en busca de alimento durante la noche, y de ahí que frecuentemente piquen al ganado que duerme en los llanos. La picadura de estos tres insectos produce grandes inflamaciones locales, y aún fiebre, a las personas y a los animales.

Aunque con menos intensidad, produce efectos parecidos la ponzoña del *ciempiés* y del *alacrán*; pero éstos sólo viven en los intersticios y debajo de los pisos de madera de las casas viejas o desaseadas.

Son raros en el país los reptiles, radiados, vermes y zoófitos. En los grandes bosques existen algunas culebras de regulares dimensiones, pero siempre inofensivas y que huyen del hombre.

Hay también en los bosques solitarios algunas especies de lagartos, igualmente inofensivos, contándose entre ellos la iguana, que es el de mayor tamaño y que se nutre de hojas y de frutas. Algunas personas gustan de la carne de esta última, juzgándola sana y agradable.

Además, entre los animales indígenas de la República, figuran dos cuadrúpedos pequeños: la curia y la hutía. La primera se reproduce de un modo realmente asombroso; es limpia, de piel suave y bonita, y su carne blanda y fina, se come bastante en el país entre los habitantes de algunos puntos de la República. La segunda, de hocico puntiagudo, es una especie de ratón grande, menos dañina y más limpia que éste, pero es especie que va desapareciendo. Hace algunos años que se introdujo el hurón, pequeño cuadrúpedo carnívoros de la India, con el objeto de que exterminara la millonada de ratas que perjudicaba cañaverales, conucos y cacaotales; pero se ha propagado de tal suerte la nueva especie, que en ciertos puntos ha llegado a constituir un mal superior al que se trató de corregir con su introducción en el país, pues el hurón ha tenido por conveniente dejar en paz a las ratas y consagrarse al exterminio de las aves domésticas. Los mamíferos están representados en la isla por cinco especies de murciélagos.

En cuanto a los animales terrestres exóticos, puede afirmarse que en la República se han introducido y aclimatado con la mayor facilidad, y hasta el presente sin el auxilio de las artes que concurren al perfeccionamiento de las especies, todos los animales y aves que sirven de algún modo al mundo civilizado. Precisamente la carencia de disposiciones oficiales favorecedoras del cruzamiento, por parte del Gobierno, y de los cuidados debidos por la de nuestros empíricos ganaderos, ha dilatado el auge de la industria pecuaria que, gracias a las envidiables condiciones climatológicas y a la superabundancia de pastos y aguadas naturales en todo el territorio, está llamada a constituir una de las mayores fuentes de producción de la República, siendo en la actualidad uno de los ramos más importantes del comercio dominicano. Aun careciendo de la indiscutible eficacia de

dichos cuidados, el ganado caballar, el vacuno, el ovino y el cabrío, tienen en el país condiciones que los hacen fecundos, resistentes y, en una palabra, aptos para alcanzar el mejoramiento en que aquellos cuidados se resuelven.

El ganado de cerda se reproduce en la República con una fecundidad extraordinaria, habiendo muchos departamentos en que esta especie se cría en grandes piaras salvajes.

OTTO SCHOENRICH:

SANTO DOMINGO UN PAÍS CON FUTURO (1918)¹

CAPÍTULO VIII

Topografía y Clima

Cuentan que un almirante inglés, tratando de ilustrar a Jorge III la topografía de una de las islas de las Indias Occidentales, arrugó en su mano un trozo de papel y lo colocó en la mesa ante el monarca diciendo: “Esa, señor, es la isla”. El viajero que recorre las Indias Occidentales descubre que esta historia lo sigue de un lugar a otro. Entre las islas que reclaman haber originado la anécdota está Haití, y sea como sea, tal descripción parece aplicarse admirablemente. Escarpadas e irregulares cadenas montañosas salpicadas de valles forman la mayor parte de la superficie, mientras que en el sudeste se extiende una gran llanura desde las montañas hasta la costa.

Las montañas de la República Dominicana pueden ser agrupadas en cinco cordilleras principales: dos a lo largo de la costa norte, una en el centro de la isla, y dos en el sudoeste. Todas se extienden de este a oeste y presentan numerosos ramales, especialmente la cordillera central, que es la más importante y comprende los picos más altos.

Una de las cordilleras del norte es la breve Cordillera de Samaná, la cual nace en el Cabo Samaná, extendiéndose a todo lo largo de la península de Samaná, por más de treinta millas, y terminando cerca del Gran Estero. Alcanzan las mayores alturas el Monte Pilón de Azúcar y el Monte Diablo, los cuales tienen 1.900 y 1.300 pies de altitud, respectivamente. A primera vista, este grupo parece ser una extensión de la segunda cadena, la Cordillera de Monte Cristi, pero su formación geológica prueba que más bien pertenece a la gran cordillera central. Probablemente en algún período remoto fue una isla separada de tierra firme.

La otra cordillera septentrional nace cerca de la Bahía de Samaná y se extiende hasta Monte Cristi. Se conoce como la Cordillera de Monte Cristi, aunque a la parte oriental también se la llama la Sierra de Macorís. Manda

¹Sociedad Dominicana de Bibliófilos. Santo Domingo, 1977.

varios ramales hasta la costa, siendo el más importante de estos el que termina en Puerto Plata. Los puntos más altos de la cordillera son el Monte Diego de Ocampo, con una altura de 4.000 pies; el Pico Norte de 3.500 pies; y el Monte Murazo de 3.400 pies. Un hito notable es el Monte Isabel de Torres, de 2.300 pies de altura, el cual domina Puerto Plata. Su cima está normalmente envuelta en nubes, y pequeñas neblinas se ciernen frecuentemente sobre su superficie. A Colón, cuando realizaba su primer viaje, la corona de nubes le pareció que brillaba como plata bruñida al sol matutino. La tomó por nieve hasta que una investigación desde más cerca le reveló su verdadera naturaleza, por lo cual denominó la montaña Monte de Plata, y el puerto en la base del mismo fue llamado luego Puerto Plata. Se dice que a la montaña se le dio su nombre actual, Isabel de Torres, en honor de la esposa de un prominente colono, Diego de Ocampo, quien viviera en Santiago y por quien fuera nombrada la montaña próxima a la ciudad.

La principal cadena montañosa, la Cordillera Central, comienza en el extremo más oriental de la isla, atraviesa el centro de la República, cruza hasta territorio haitiano y se sumerge al mar en el promontorio de San Nicolás para reaparecer en Cuba, al otro lado del Paso del Viento. Constituye una parte de la gran cordillera que forma el espinazo de todas las islas que limitan al Mar Caribe en su parte norte. En la parte oriental de Santo Domingo la cordillera consiste meramente de una cadena de altas colinas que raramente sobrepasan los 900 pies de altura, pero al centro y al oeste de la República toma magnitudes mucho mayores, enviando ramales que son de por sí importantes cadenas montañosas, y varios picos de las mismas superan los 6.000 pies de altura. El punto más alto de la isla y de las Indias Occidentales es el Monte Tina, con una altura de 10.300 pies, magnífica avanzada de ese ramal de la Cordillera Central que atraviesa la parte sudcentral de la República. El próximo punto más alto es el Pico Yaque, de 9.700 pies de altitud, situado casi en el centro de la isla. La densa jungla que cubre las escarpadas laderas de estos gigantes hasta ahora han contrariado los pocos intentos de explorar sus cúspides. Al oeste del Pico Yaque está el monte Cucurucho, de 7.400 pies de altura; y al noroeste el Monte Entre los Ríos, de 8.000 pies, y el Monte Gallo, de 8.200 pies de elevación. Debe recordarse que a falta de medidas cuidadosas, las alturas aquí escritas son meras aproximaciones.

La Cordillera Central es peculiar con sus numerosos ramales que a menudo son más intrincados en sus ramificaciones y comprenden picos más majestuosos que la cadena matriz. Los ramales más importantes son los que se extienden desde el Monte Banilejo hasta la costa meridional, y llenan el distrito entre San Cristóbal y Azua con un lío de montañas. Aparte del ya mencionado Monte Tina, los picos principales son el Monte Río Grande, de 6.900 pies, el cual domina el hermoso Valle de Constanza; y el Monte Valdesia, de 5.900 pies de altura. Una de las cadenas mejor definidas del sur es la Sierra del

Agua, que va desde el sur de la Cordillera Central hasta Río San Juan. Los ramales del norte son aún más numerosos y cubren un área mayor. Entre ellos puede hacerse especial referencia a la Sierra Zamba que corre paralelamente al Río Yaque del Norte; la Sierra de San José de las Matas; la Cordillera de Santiago; la Cordillera de Jarabacoa y la Cordillera de Cotuí.

La cuarta cadena montañosa principal de la República la Sierra de Neiba, se la clasifica a veces como parte de la Cordillera Central. Surge de la margen occidental del Río Neiba y sigue hacia el oeste paralela a la cordillera central, adentrándose en territorio haitiano. Entre sus picos principales está el Monte Panzo, de 6.200 pies de altura. La quinta cordillera principal, situada en el extremo sudoeste de la República, se conoce como sierra de Batoruco, y a veces como Maniel de los Negros. Nace en la costa del Caribe al sur de la Bahía de Barahona y corre hacia el oeste siguiendo en Haití, formando una parte integral de la cadena de montañas que atraviesa la gran península en el sur de la República de Haití.

Estas cordilleras y sus ramales dividen el país en un número de distintas regiones, las cuales, debido a la dificultad de comunicación, se han desarrollado más o menos independientemente unas de otras. La división más importante es la efectuada por una faja de montañas, la cual, de doce millas de ancho en su parte más estrecha, y extendiéndose desde las costas del Canal de la Mona hasta más allá de la frontera haitiana, constituye una escarpada barrera entre el norte y el sur de la República.

El distrito situado al norte de la Cordillera Central, que comprende la región más rica del país, aún conserva su antiguo nombre indio: "Cibao" – palabra que despertó acariciadas esperanzas en el corazón de Colón, quien la identificó con "Cipango", el Japón que tan ansiosamente buscaba. El Cibao comprende las laderas septentrionales de la Cordillera Central con sus fértiles valles y llanuras costeras, y particularmente el magnífico valle del Cibao, situado entre la Cordillera Central y la Cordillera de Monte Cristi, que se extiende desde la Bahía de Samaná hasta la Bahía de Manzanillo. La extensión de este extraordinario valle es de unas 150 millas, con una anchura promedio de 10 millas, en su parte noroeste y 15 millas en la parte sudeste, y comprende las tierras más fértiles y las ciudades más populosas del interior de la República. La parte más alta del valle está a unos 600 pies sobre el nivel del mar, situada en su punto medio, cerca de la ciudad de Santiago, donde una línea de bajas colinas que divide el valle en dos partes forma una vertiente para sus ríos. La parte noroeste de estas dos secciones se conoce como el valle de Santiago o del Yaque, y forma la porción mayor de la cuenca del Yaque del Norte, mientras que la mitad del sudeste, a través de la cual fluye el Río Yuna, es el soberbio Valle de la Vega Real.

Una de las vistas más hermosas del Valle del Cibao y del mundo, se obtiene desde la histórica eminencia del Santo Cerro, una colina que avanza

desde la Cordillera Central, situada a unas tres millas de la ciudad de La Vega. Desde el pie de esta colina la gran llanura se pierde en la distancia, uniéndose al cielo azul celeste en el horizonte oriental, y a lo lejos, en el norte, bordeando las pardas laderas de las elevadas montañas de Monte Cristi, cuyos picos más remotos son apenas perceptibles envueltos en su azulada bruma. Una rica alfombra de verde oscuro cubre la llanura, donde puntos claros indican trechos labrados del terreno e hilos plateados que revelan la presencia de arroyos. Las ciudades de Moca y La Vega se distinguen fácilmente, y en días claros puede discernirse hasta San Francisco de Macorís. El paisaje se ve animado por nubes o tormentas que se mueven sobre porciones de la vasta expansión. Al observar esta encantadora escena, Colón quedó tan impresionado por su magnificencia que dio al gran valle el nombre que aún conserva –La Vega Real.

Al sur de la Cordillera Central aumenta el número de llanuras. La mayor expansión de tierra llana de la isla es el gran valle que forma la parte sudeste de la República Dominicana. Comprende casi toda la región al este del Río Jaina y al sur de la Cordillera Central, y tiene unas 115 millas de largo por 30 millas de ancho. Este Valle Oriental o Llanura del Seibo, como a veces se le llama, está cubierto de bosques y amplias sabanas, estando las más notables comprendidas en una serie de praderas conocidas como Los Llanos.

Las llanuras más pequeñas e irregulares son: la árida llanura costera de Baní, situada entre el Río Nizao y el Ocoa, con una longitud de 25 millas y una anchura que va de 3 a 12 millas; y el Valle de Azua, que va desde el Monte El Número, próximo a Ocoa, hasta el río Neiba, una extensión de 33 millas con una anchura de 3 a 30 millas.

El Valle de Neiba, situado en la parte sudoeste de la República entre las montañas de Neiba y Bahoruco, es más regular. Es parte del valle que se extiende desde la Bahía de Neiba, en Santo Domingo, hasta Puerto Príncipe en Haití. La porción dominicana es de 65 millas de largo por 12 millas de ancho, y más de la mitad de su área está cubierta por las aguas del Lago Enriquillo. La península al sur de las montañas de Bahoruco es una meseta irregular.

En el centro mismo de la República, rodeado por todos lados de las empinadas montañas del grupo central, está el Valle de Constanza; rico, pero hoy casi inaccesible. No menos rico, pero mucho más grande, es otra llanura interior, conocida como el Valle Oriental o Central, el cual es una sucesión de fértiles valles, que se extienden desde el Río Neiba hasta St. Raphael, casi 115 millas, con una anchura de nueve a veinte millas. La República Dominicana reclama todo el valle, pero más de la mitad está en posesión de Haití.

Todos estos valles y llanuras gozan la ventaja de ser regados por una compleja red de ríos de mayor o menor tamaño. Muchos de los ríos son

navegables durante varias millas en la parte baja de su cauce por botes y canoas, ofreciendo medios de comunicación a los que añade importancia el pésimo estado de los caminos terrestres.

El río más grande de la República es el Yaque del Norte, de unas 240 millas de longitud, el cual surge de las laderas del Pico Yaque, describe un cauce tortuoso hacia el norte, recibiendo numerosos afluentes de las montañas, hasta llegar a las proximidades de la ciudad de Santiago de los Caballeros, desde donde gira hacia el noroeste y fluye a través del Valle de Santiago, reforzado por infinidad de tributarios. Sus aguas finalmente se vierten parcialmente en la Bahía de Monte Cristi y parcialmente a través de las múltiples bocas del delta de la Bahía de Manzanillo. Los detritos y los maderos flotantes llevados por la corriente, llenaron enteramente el canal de Monte Cristi durante años, y todavía constituyen barreras que causan la formación de amplias lagunas en el delta e inundan vastos trechos de rica tierra agrícola. Aunque las barreras naturales de su entrada hacen el río inaccesible para barcos grandes, es navegable para canoas a través de todo su curso en el Valle de Santiago.

Otro río considerable es el amarillo Yuna, que baña la parte oriental del Valle del Cibao. Surgiendo de las montañas próximas del centro de la República, dirige su curso hacia la Vega Real, donde recibe las aguas del rápido Camú, para fluir entonces hacia el este, entrando en la Bahía de Samaná a través de un cenagoso delta, y su extensión total sobrepasa las 200 millas. Parte de sus aguas atraviesa el pantano del Gran Esterto, para verterlas en el Océano Atlántico. Hasta su confluencia con el Camú, una distancia de 30 millas, el Yuna es navegable para barcos y lanchones, y más allá de la confluencia, el Yuna y el Camú son navegables por canoas durante casi 30 millas más; aunque hay trechos bajos donde la corriente se hace rápida y es necesaria gran precaución. En otras épocas, el Yuna era una de las salidas principales del Cibao; carga y pasajeros eran transportados en su corriente hasta la Bahía de Samaná, y una vez en las aguas de la Bahía, hasta la ciudad de Samaná, donde ocurría el transbordo a barcos mayores. Con el establecimiento de la vía férrea de La Vega a Sánchez, el río ha perdido en gran parte su anterior importancia.

El tercer río de tamaño considerable es el Neiba o Yaque del sur, que surge próximo a los manantiales del Yaque del Norte y prosigue hacia el sur por unas 180 millas, vertiéndose en la Bahía de Neiba. La repetición de los recursos geográficos es una de las peculiaridades de Santo Domingo. Así, hay dos ríos y una montaña llamados Yaque, varias montañas llamadas Cucurucho, una cordillera y dos ciudades llamadas Macorís, mientras que existe una profusión de ríos menores, montañas y distritos en diferentes partes del país que tienen nombres idénticos. La repetición de nombres resulta más curiosa aún ya que los dominicanos no han titubeado en cambiar los nombres históricos de ciudades y calles. El

Yaque del Sur, o Río Neiba, recibe varios afluentes copiosos, siendo el Río San Juan el mayor de todos. Gran parte de la madera exportada de Barahona es transportada a flote por el Yaque, y el río es navegable unas 20 millas para barcos de fondo plano, aunque se interponen obstáculos de rápidos y lechos rocosos.

Los demás ríos de la parte meridional de Santo Domingo son mucho más pequeños. El principal es el Ozama, en cuya desembocadura está ubicada la ciudad capital. El río tiene unas 60 millas de extensión, y lleva un sorprendente caudal de agua. Siendo navegable para barcas unas 9 millas desde su desembocadura y para canoas unas 15 millas, forma una importante avenida de provisiones para la ciudad de Santo Domingo. En las tres millas desde su confluencia con el Isabela hasta el mar su profundidad es de unos 24 pies, pero sobre el banco de arena de su desembocadura la profundidad es de sólo 15 pies. Dos ríos de la península sudeste, el Macorís y el Soco, proporcionan valiosas salidas para los productos de los campos azucareros situados en sus riberas. Ciertos ríos dominicanos ofrecen peculiaridades. En las montañas hay riachuelos que brotan de sus laderas, sus aguas murmuran alegremente durante varias millas y desaparecen en la tierra tan misteriosamente como surgieron. Varios arroyos costeros se hunden en la arena de las playas, justamente antes de las grandes llanuras, al noroeste de Bayaguana, fluye hacia el sur por 25 millas a través de los llanos y desaparece en la tierra a una milla del mar. Casi todos los arroyos que ordinariamente son insignificantes y de aspecto inocente, en un lapso de tiempo sorprendentemente breve se convierten por la acción de las lluvias en furiosos torrentes. El más formidable de estos ríos torrenciales es el Nizao, el cual se vierte en el Mar Caribe próximo a la Punta Palenque. En la parte inferior del curso de este río, su lecho tiene aproximadamente una milla de ancho, de la cual sólo una pequeña porción está cubierta por los diversos ramales del río, quedándose el resto en bancos de arena, lechos de cascajo, trechos cenagosos y ensenadas estancadas; y tan frecuentemente cambia el río sus canales, y está sujeto a tan repentinas crecidas, que las autoridades locales se han visto obligadas a colocar guías en las riberas casi continuamente, a fin de dirigir a los viajeros que lo cruzan.

Los rápidos y las cascadas de los ríos dominicanos están llenos de posibilidades, pero hasta el momento actual han permanecido en su condición primitiva, y no se ha utilizado su energía para mover una sola maquinaria. La cascada más grande y más hermosa de la isla es indudablemente la del río Jimenoa, en las montañas, unas diez millas al sur de la ciudad de La Vega, donde el Jimenoa se lanza sobre un precipicio de cien pies de altura, produciendo nubes de rocío y un rugido que a veces se percibe en Jarabacoa, a seis millas de distancia. Otra hermosa caída de agua es la del río Dajabón, en la frontera haitiana, de 30 pies de altura; y también hay cascadas notables en el Río Comate, próximo a Bayaguana, en las grandes llanuras; en los ríos

Nigua e Higüero, a pocas millas de la ciudad de Santo Domingo; en el Río Inova, cerca de la ciudad de San José de las Matas; y en el Río Guaranas, situado en la común de Neiba, en la frontera haitiana.

Los últimos lagos son los dos del Valle de Neiba. El mayor, Lago Enriquillo, está enteramente comprendido en territorio dominicano; mientras que el menor, indistintamente llamado Etang Saumatre, o Lago Azuei, o Laguna del Fondo, por donde pasa la línea fronteriza, menos de una cuarta parte está bajo la jurisdicción dominicana. Ambos son muy pintorescos, y con el color verdoso de sus aguas y sus áridas inmediaciones recuerdan escenas del Lago Titicaca en Bolivia. En tiempo de tormenta se vuelven tan picados como el océano. El Lago Enriquillo deriva su nombre del último cacique indio de la isla, el romántico caudillo Enriquillo, quien después de resistir fieramente a los españoles, concluyó finalmente en 1533 una paz honorable con los mismos en la Isla de Cabras, situada en el centro de este lago. El lago tiene más de 70 millas de circunferencia, con una longitud de unas 33 millas y una anchura que va de 3 a 9 millas. La Isla de Cabras, de 6 millas de largo por una de ancho, es el hogar de rebaños de cabras. El Lago Azuei sólo tiene 15 millas de longitud con una anchura de 2 a 7 millas.

Aunque los dos lagos están separados por sólo cinco millas, el Lago Enriquillo está a 102 pies bajo el nivel del mar, y el Lago Azuei a 56 pies sobre el nivel del mar. Ambos lagos reciben las aguas de varios esteros pequeños y frescos, pero aparentemente no tiene salida y sus aguas son saladas; las del Lago Azuei sólo ligeramente, pero las del Lago Enriquillo son más saladas que las del mar. Sin embargo, en la Isla de Cabras hay un fresco manantial de agua, y tres lagunas situadas al este y al sur del Lago Enriquillo también contienen agua dulce. A menudo el Lago Azuei presenta la paradoja de bajar el nivel de sus aguas en la temporada de lluvias y de ascenderlo durante la temporada de sequía. Este fenómeno se atribuye a la presencia de manantiales en el fondo del lago, los cuales están excepcionalmente copiosos al final de la temporada lluviosa. Ambos lagos poseen por lo menos una variedad de pez oceánico, aunque el punto más cercano de la costa marítima dista veinte millas. Las tortugas abundan en ambos lagos y hay muchos caimanes en el Lago Enriquillo y unos cuantos en el Lago Azuei.

CAPÍTULO X

Flora y Fauna

En los bosques que cubren sus montañas, Santo Domingo tiene maderas duras, maderas de tintes y maderas de construcción de valor inestimable. Hace apenas una generación los caobos crecían hasta la costa, pero los años de corte indiscriminado han agotado los abastos más cercanos, y ahora las maderas más valiosas deben buscarse en el interior. En las montañas y en las

altas mesetas del interior hay centenares de millas cuadradas de cedro español y pino de hoja larga. Las principales maderas de exportación son: caoba, guayacán, conocida comercialmente como *lignum vitae* (una de las maderas más duras, y tan pesada que si cuando se está cargando el barco un tronco cae al mar, se va al fondo como si fuera hierro), bera o *lignum vitae* bastarda, el espinillo, el campeche (famoso material de tintura), madera de mástil y cedro. Otros productos forestales exportados son: dividivi, una corteza de curtir, y resinas. La mayoría de estas exportaciones va a los Estados Unidos e Inglaterra. Para preparar la madera de consumo local hay aserraderos en La Vega y Santiago de los Caballeros.

Con respecto a la fauna nativa, Santo Domingo ocupa una posición intermedia entre la diversa y abundante fauna de Cuba y las especies más limitadas de las Islas de Sotavento. Abundan los insectos, y en todas las ciudades costeras es necesario dormir bajo un mosquitero. Las abejas silvestres se hallan en muchas partes del país, y la apicultura ha sido muy exitosa.

Hay pocos insectos venenosos. Los que a veces se encuentran son la especie de tarántula conocida como la araña peluda, la araña conocida guavá, y la araña azul; también el escorpión y el ciempiés. Su picada produce dolor intenso, inflamación y fiebre. Se encuentran en las grietas, bajo las piedras, en cuevas, y en madera podrida. Las dos últimas se ven a menudo en casas viejas, pero el uso diario de la escoba y el plumero las hacen aparecer sólo raramente. Algunos de estos animales crecen a gran tamaño. Cabalgando por la frontera mi caballo se espantó de una tarántula en el camino, y llamando la atención de mi compañero hacia ella, exclamé que era tan grande como un platillo. “Eso no es nada –replicó–, por aquí hay muchas del tamaño de un plato de sopa”.

Hay pocas clases de reptiles. Santo Domingo es un paraíso donde se da poca importancia a las serpientes, pues son muy escasas, y aunque ocasionalmente se encuentran algunas de tamaño considerable, son todas inofensivas. Los lagartos abundan en los bosques, y su clase más grande se conoce como iguana, la cual es comida por algunos campesinos, como en épocas anteriores la comían los indios. Todos los lagartos son inofensivos. Una especie de caimán se encuentra en las aguas más bajas del Yaque del Norte y del Yaque del Sur, así como en los lagos salados de la frontera haitiana. Las tortugas aparecen en tal número que sus conchas son artículos comerciales. Los crustáceos son muy cuantiosos en número pero escasos en especies. Existe una ostra menuda, no más grande que la uña del pulgar, pero muy succulenta. La fauna marina es la misma que en las Antillas vecinas; el mar y los ríos rebosan de peces comestibles, a los cuales, sin embargo, se les presta poca atención. Los tiburones infestan las costas y hacen inseguro el baño a menos que sea detrás de arrecifes protectores. También ocasionalmente se ve un manatí o vaca marina. Este extraño mamífero tiene pechos que recuerdan los de un ser humano y emite gritos que suenan casi huma-

nos. Es probable que un grupo de manatíes jugueteando en el agua indujera a Colón a entrar en su diario de navegación que había visto sirenas cerca de Monte Cristi.

Hay más de ciento cincuenta especies de pájaros, de las cuales unas noventa son residentes, y entre éstas hay varias peculiares a esta isla. Los bosques resuenan con los gritos de los papagayos y otros pájaros de hermoso plumaje; desde cualquier punto de la costa pueden observarse pelicanos y otros pájaros ictiófagos lanzándose a las aguas tras su presa. Los lagos y los ríos son el hogar de miles de patos silvestres. En los bosques se crían miríadas de palomas silvestres, y es infinito el número de las aves insectívoras, incluyendo el ruisenior con su dulce canto, el jilguero y el turpial, la golondrina, el pitirre y el colibrí. Las cuevas están habitadas por enjambres de murciélagos, y el guano de las mismas, mezclado con los detritos calcáreos de las paredes rocosas, se encuentra en grandes depósitos y constituye un buen fertilizante.

En la época del descubrimiento los españoles encontraron muy pocas especies de mamíferos cuadrúpedos. Uno fue el agutí, que parece una rata grande y habita en los bosques. Otro es el coatí, similar a la ardilla y fácilmente domesticable. Se mencionan tres otras clases: el quemí, el mojuí y el perro mudo, pero ya no se encuentran, y como la descripción de dos de ellos casi concuerda con la de otros mencionados anteriormente, es posible que se aplicaran nombres diferentes a los mismos animales. También es posible que se hiciera referencia al solenodón o almiquí, animal que se creyó extinguido por mucho tiempo, pero del cual se han encontrado recientemente varios especímenes en Santo Domingo. Este animal tiene unos dos pies de largo y se asemeja a la rata, pero tiene un largo hocico prensil y las costumbres de un hormiguero, y está considerado como un remanente del tipo zoológico primitivo del cual divergen ambos roedores y los animales insectívoros de la actualidad.

Los españoles introdujeron los animales domésticos europeos, los cuales comenzaron a proliferar inmediatamente. Durante los siglos diecisiete y dieciocho la principal y por mucho tiempo la única industria de la parte española de la isla fue la cría de ganado. Algunas cabezas de ganado y puercos escaparon a los montes, regresando a su estado salvaje, y a mediados y finales del siglo diecisiete grandes manadas de ganado salvaje erraban por la isla. Ya no existen tales manadas, pero los cerdos salvajes se han refugiado en los huecos más remotos de las montañas y son la plaga de los campos. La especie equina, nacida de los caballos andaluces traídos por los españoles, ha degenerado considerablemente, y hoy día los mejores caballos de la República son de raza puertorriqueña, pero finalmente se está dedicando atención a la cría. Las mayores manadas de ganado erran por las áridas tierras sin cercar del noroeste. Los cueros se exportan en grandes cantidades, pero existen pocas lecherías. En los últimos años se está pres-

tando atención a mejorar las razas, y se han establecido varias haciendas de cría cerca de San Pedro de Macorís.

La cría de ovejas se sigue en cierto grado en las áridas regiones del sudoeste y el noroeste, pero la lana es de clase ordinaria. Una industria importante en estas regiones, especialmente en las proximidades de Azua, es la cría de cabras. Mi encuesta de la población de Azua fue respondida por el contador del vapor de la línea Clyde: “Alrededor de tres mil personas y unos tres millones de cabras”. Aunque este estimado del número de cabras puede haber sido algo exagerado, la verdad es que están por doquier, y embisten por las calles en manadas; y en la gran iglesia de Azua encontré una cabra en el vestíbulo mirando reverentemente hacia adentro. Más de nueve décimas partes de las pieles de cabra exportadas de la República van a los Estados Unidos.

HYATT VERRILL:

EL LIBRO DE LAS INDIAS OCCIDENTALES (1919)¹

CAPÍTULO XIV

♦♦♦ **S**anto Domingo es la segunda [isla] más grande de las Indias Occidentales y la más rica y fértil de las Antillas. Sus paisajes son maravillosamente bellos, sus montañas estupendas, sus planicies son vastas y sus valles maravillosos. La atraviesan ríos inmensos, en su interior hay lagos como mares, su superficie la cubren bosques inconmensurables, cerca de sus costas hay islotes más grandes que muchas de las Antillas Menores, sus picos son los más altos de las Indias Occidentales y sus arroyos fluyen literalmente sobre arenas doradas...

...Monte Christi (sic), el primer puerto que se toca, está lejos de ser un sitio atractivo, y, al estar situado en la parte más desolada y poco atractiva de la isla, puede dar una impresión falsa y decepcionante.

Directamente desde el agua se eleva una colina imponente, cuya cara ha sido cortada por un precipicio de reflejos rojos y amarillos; una cadena maciza de montañas se eleva en la distancia, y al pie de una llanura verde, ondulante y extensa, hay unas pocas cabañas de madera sin pintar...

Rodeado de bancos de fango y manglares e infestado de miríadas de mosquitos ávidos de sangre, y el puerto de Monte Christi es insoportable para el hombre blanco civilizado y apenas es un lugar para desembarcar, habitado por unos cuantos negros y hombres de color... Hacia el este de este punto olvidado, el aspecto de la isla cambia rápidamente. Al poco, las sombrías y estériles colinas dan paso a laderas ricas en forestas exuberantes

¹En Vega, Bernardo: *Los primeros turistas en Santo Domingo*.

que crecen hasta el mismo litoral y cadena tras cadena de montañas enormes como torres cubiertas de verdor, hasta donde alcanza la vista.

Se pasan, en sucesión interminable, promontorios de bosques y ensenadas bordeadas de junglas, y en las orillas de una de estas bahías Colón fundó la Isabela, la primera ciudad europea en el Nuevo Mundo. Hoy día tan sólo unas cuantas piedras escondidas en los matorrales, una pared tambaleante y un poste conmemorativo marcan la ubicación de este histórico lugar.

Cincuenta millas hacia el este se destaca el cono simétrico perfecto de “Isabella la Torre” (sic) y, en su base, sobre una península de colinas que se proyecta, se halla el pueblo de Puerto Plata. Daría mucho trabajo encontrar otra vista más bonita que Puerto Plata visto desde el mar. El pueblo se extiende desde abajo en las orillas de la bahía semicircular, con sus techos rojos, brillando en medio de miríadas de palmeras, como amapolas en un campo de grano; hacia la izquierda, sobre el promontorio, se haya el antiguo fuerte de color rosa pálido y amarillo, y hacia la derecha, la secuencia creciente de verdes montañas coronadas por el estupendo cono cuyo tope cubierto de niebla, tres mil pies sobre el nivel del mar, no ha sido pisado jamás por el hombre².

...Los bosques están llenos de caoba, yaya (“lancewood”), cedro, “satinwood”, guayacán y otras maderas preciosas; vastos bosques de pinos de ramas largas cubren las colinas del interior por cientos de millas, y abundan las riquezas minerales y todos los frutos tropicales –y muchos de zonas templadas– se dan lozanos y en abundancia.

...Más allá de Puerto Plata hay extensiones ininterrumpidas de montañas cubiertas de bosques hasta el Cabo Cabras (sic)³ y, bordeando este, los barcos entran en la magnífica bahía de Samaná, que es quizás la extensión de agua más hermosa del mundo.

Tan azul como el cielo que la cobija, esta bahía se extiende tierra adentro, plácida como un lago, hasta perderse en la niebla de la distancia. Este gran estuario rodeado de tierra tiene treinta millas de largo por diez de ancho, y está moteado por islotes cubiertos de árboles; por el norte lo rodean elevadas montañas ricas en bosques, y por el sur tierras bajas que serpentean vastos llanos y colinas cónicas hasta la costa sur de la isla...

A poco de entrar en la bahía, se pasa una pequeña caleta en la margen norte; un sitio selvático, desierto, oculto en la jungla, pero famoso en los anales de la historia, pues aquí tuvo lugar la primera batalla entre los europeos armados y los salvajes desnudos...

Opuesta a esta pequeña caleta, y a varias millas de la costa, una isleta verde esmeralda rompe la superficie de la bahía: un lugar delicadamente

²Incierto. Desde principios del siglo XVI fue ascendido por europeos. (J.C.)

³Cabo Cabrón. (J.C.)

bello, de unas tres millas de largo por una de ancho, que surge de las playas de blanco coral hasta las colinas cubiertas de árboles. Su nombre es Cayo Levantado y es un lugar maravillosamente interesante para aquellos por cuyas venas corre el romance y las historias de bucaneros y tesoros escondidos, ya que los piratas construyeron aquí una fortaleza –casi inexpugnable– desde donde desafiaron a España, Francia y Gran Bretaña por igual...

...A diez millas de la entrada de la bahía se encuentra Santa Bárbara de Samaná, un pueblo situado encantadoramente en las orillas de un puerto rodeado de tierra y a los pies de elevadas colinas copiosamente cubiertas de frutales, bosques de cacao y jardines.

...Cerca de Sánchez, la bahía de Samaná termina en un vasto pantano de mangles, que se extiende hacia la boca del río Colorado⁴ y cubre un área de más de cien millas cuadradas, y en la seguridad de este pantano impenetrable se refugian miles de garzas, garzas reales, ibis, flamencos y otras aves silvestres. Durante las primeras diez millas después de Sánchez, el ferrocarril cruza por este pantano y luego avanza por ondulantes sabanas de hierba, interrumpidas por plantaciones de cacao, islas de bosques y matorrales, tan dividida por arroyos y ríos que hasta recuerdan un rompecabezas.

A medida que el tren avanza, los bosques se hacen más dispersos, grandes árboles solitarios sobresalen en las verdes llanuras y más allá, en el horizonte, pueden verse las cadenas interiores de montañas.

Esta es zona de pastoreo, y por doquier hay ganado, manadas de caballos sobre cuyos lomos se posan suaves garzas azules y blancas, de aspecto digno, engullendo ávidamente las garrapatas y koscas que atraen sus monturas.

Las sabanas se hacen cada vez más abiertas, y cada vez se ven menos colinas y cañadas, hasta que por todos lados sólo se ve un extenso mar de hierba hasta donde se pierde la vista, exuberante como una pradera de Nueva Inglaterra salpicada de incontables palmeras reales, y aquí y allá el destello de un agua que fluye, sombreada por árboles gigantes de flores rojas⁵. Es La Vega Real –un enorme valle interior de más de cien millas de longitud por cincuenta de ancho e increíblemente fértil. Uno podría buscar por todo el mundo y no encontraría un lugar más bello y prometedor para el agricultor o el colono, o uno más encantador para vivir. Es maravillosamente rico, irrigado con clima templado, donde se dan a la perfección las papas, el trigo, el maíz y muchos otros vegetales y frutos del norte, cubierto de hierba abundante y con capacidad para mantener una inmensa población; sin embargo, esta enorme y alta planicie está desierta y abandonada –un verdadero desperdicio.

...Al borde de La Vega Real, donde la gran planicie se une al pie de la montaña, se encuentra La Vega. Por detrás se elevan cadenas de montañas

⁴¿Barracote? (J.C.)

⁵Las amapolas. (J.C.)

oscuras con extensos bosques de pinos de ramas largas y a sus pies fluye el ancho y sinuoso río Camú...

...El observador que visita Santo Domingo no puede dejar de sentirse atraído por el gran número de palmas reales que se ven por todas partes. Muy decorativas, con sus grandes coronas verde-oscuro sustentadas por troncos blanco-marfil, estas palmas le dan un gran toque tropical al paisaje y son, tal vez, los árboles más majestuosos. Pero son aún más útiles que decorativos y sirven a los nativos para tantos propósitos como el venado a los lapones. El corazón tierno de sus brotes es delicioso, tanto cocido como comido crudo como ensalada, y se conoce como “palmito” por todas las Indias Occidentales. Las capas secas, caídas de la porción exterior de los brotes, se conocen como “yaguas”, que se utilizan como fardos para empacar el tabaco y otros productos y también como tablas y techos para las casas. Las hojas también sirven para cobijar, así como para paja y como cierre de ventanas, y los troncos se cortan en tablones. Es común ver muchas casas, hasta poblados enteros, construidos por completo de palma real sin utilizar ni siquiera un clavo en su construcción...

HARRY A. FRANK:

ANDANDO POR LAS INDIAS OCCIDENTALES (1921)¹

La Tierra de los Agujeros de Balas

◆◆◆ **E**l Ford del Capitán –de su propiedad, que se tome note de paso, no vaya a ser que algún comité investigador levante las orejas– al poco rato estaba nadando en el río fronterizo Masacre, con esa anfibia facilidad que adquiere un “fotingo” en estas Indias Occidentales tan a menudo desprovistas de puentes. El cambio de una a otra civilización –¿o debería llamarlas dos intentos de civilización?– fue tan súbito, tan sorprendentemente abrupto, como la carrera a través del arroyo que aparentaba no poderse cruzar...

...Hasta el cambio en el paisaje era sorprendente. Ya sea que el español colonizó por propia elección esas regiones que le recordaban las llanuras secas y poco sombreadas de sus propias Castilla y Aragón, o porque acaba con una foresta en donde quiera que la vea, es más probable que esté rodeado por vistas desnudas, marrones y semi-áridas. Haití había estado, en su mayoría, se extendía hacia cada lado. La gran planicie que se extendía ante nosotros más allá de Dajabón estaba casi completamente ausente de árboles; excepto por unos separados, secos y espinosos arbustos, apenas crecía nada. Las lluvias que eran tan frecuentes en la tierra de los negros detrás de nosotros, parecía que no habían cruzado la frontera

¹En Vega, Bernardo: op. cit.

en meses². En contraste con la caco-empobrecida Haití³, grandes manadas de ganado deambulaban por la inmensidad marrón, o se agrupaban en las raras pretensiones de sombras; pero lo que encontraban para alimentarse era un misterio, pues no había nada en las contadas y escasas manchas de pasto, quemadas por el sol, que pudiera ser dignificado con el nombre de hierba. Aun cuando más allá aparecía algo semejante a un bosque, resultaba ser un triste desierto de árboles enanos de troncos espinosos y ramas de salvajes espinas, sin indicios de maleza o plantas bajo ellos. Muerto, llano, monótono, hecho doblemente luctuoso por el lamento ocasional de una paloma silvestre, sería difícil imaginar un paisaje más pesado y poco inspirador que este; el panorama que se extendía hasta donde alcanzaba la vista parecía completamente inhóspito para ser habitado por el hombre.

...el abierto valle dio paso a un desierto erizado de espinas a través del cual se había abierto un camino de una amplitud generosa de unos veinte pies –poquito tiempo después, ya que de otra manera hubiéramos tenido el sexto reventón. Utilizo el término camino deliberadamente ya que no había realmente ninguna carretera...

...Nos vimos forzados aquí y allá a gatear por la orilla extrema de una u otra pared de vegetación espinosa: a menudo, el único sendero transitable se alejaba por completo del camino y serpenteaba por entre la maleza espinosa, con las ramas llenas de espinas azotándonos la cara. Grupos de enormes cactus de órgano (sic) y otros de la misma familia nos forzaban a hacer rodeos peligrosos. En el tope de una pequeña subida avistamos el “Morro” de Monte Cristi, una gran montaña rectangular y voluminosa que guía a los marineros tanto en tierra como por mar al puerto más occidental de Santo Domingo. Nuestras esperanzas comenzaron a revivir lentamente cuando – “Groughung!” –nos ocurrió el sexto accidente– ¿o era el séptimo? Recuerdo que el octavo nos sucedió en el fondo de la bajada, cuando tanto la luz del día como nuestros parches se estaban agotando. Cuando ocurrió el noveno nos encontrábamos totalmente a oscuras y nos reveló el hecho de que no había ni un solo fósforo a bordo. Las luces del carro hacía meses que habían dejado de funcionar; uno no sale en Ford durante la noche en la isla de Santo Domingo a menos que sea bajo provocación extrema. Una casucha descubierta entre los matorrales tampoco tenía fósforos, pero la fogata para la cena que había en el suelo, a su lado, aún tenía unas cuantas brasas encendidas. Mientras Raquel sostenía la llama de uno de esos bejucos huecos que sirven como antorchas en Santo Domingo, lo más cerca que fuera prudente, improvisamos un parche que hubiera dejado boquiabierto a cualquier chofer experimentado. Cada crujido de los espinosos matorrales a

²En aquella época llovía más en Haití que en la Línea Noroeste. Es probable que desde entonces la deforestación haya sido más acelerada en Haití. (J.C.)

³“Caco” es la versión haitiana de los gavilleros que luchaban contra los infantes de marina. (J.C.)

nuestro alrededor recibía nuestra más completa atención. En Santo Domingo, al igual que en Haití, hay bandidos⁴ y tienen mucha menos reputación de correr hacia la retaguardia...

...Muchas millas del viaje transcurrieron en un árido desierto de arena que sólo producía enanas y lúgubres forestas erizadas de espinas. De vez en cuando caíamos de una amplia caricatura de carretera a otra aún más abrupta y pedregosa...

...Al final de cincuenta kilómetros, durante los cuales sólo habíamos vadeado un patético arroyuelo, el paisaje cambió un poco para bien, aunque, al mismo tiempo, el camino se hizo aún más atroz. Hasta ahora, la única belleza en el paisaje había sido un bonito bosquecito de cactus florecidos, como candelabros invertidos, y los aterciopelados colores de las vistas desérticas. La vegetación de espinas, el chaparral y los cactus ahora dieron paso a los bambúes, palmeras como torres y otros árboles de gran altura, mientras el maíz y los frijoles comenzaban a vestir el suelo mortalmente seco. Cerca, hacia la izquierda, comenzaban a surgir altas colinas, y más altas aún un poco más lejos, hacia la derecha; entonces aparecieron hacia adelante laberintos de montañas de azul profundo, cadena tras cadena, amontonadas unas tras la otra en una formación anfiteátrica, culminando con el pico de Tino (sic)⁵ y coronado de nubes, a unos diez mil pies sobre el nivel del mar y el punto más alto de las Indias Occidentales.

...Más allá, el campo se hacía aún más verde, con bosques de palmas reales ondulando sus plumajes de avestruz en la ociosidad dignificada del trópico, y la carretera comenzaba a ondular, o, según nos parecía a nosotros detrás de nuestro super-ansioso chofer, se lanzaba y rodaba sobre las bajas faldas de las colinas. Hacia la izquierda nos topamos con una pequeña y oxidada línea de ferrocarril; más adelante, un tendido eléctrico y una docena de cables de telégrafo a horcajadas sobre colinas y valles; atravesamos Villa González a exceso de velocidad y entramos en una región aún más verde de jardines de vegetales en una fértil tierra negra. Luego, de repente, nos encontramos en el tope de una elevación desde la cual se extendía todo el espléndido y verde valle del Yaque— a un par de millas se amontonaba Santiago de los Caballeros, sobre un terreno alto y ondulante, con montañas, aún distantes hacia la derecha, que habían crecido a una altura imponente...

CAPÍTULO IX

Viajes en el Cibao

...Más allá de Navarrete, donde el tren comienza a dejar la carretera del oeste, el tren comenzó a subir lentamente en grandes curvas, más y más alto

⁴Gavilleros. Para detalles sobre sus actuaciones ver las obras "El impacto de la intervención", de Bruce Colder y "Los guerrilleros del este. Una época calumniada", de Félix Servio Doucoudray. (J.C.)

⁵El Tino, hoy Pico Duarte. (J.C.)

hacia la cadena de montañas del norte. Las palmas reales lucían como marcas para vistas escarpadas de vegetaciones más densas pero menos altas; casas dispersas de construcción tropical agazapadas aquí y allá en pequeños espacios limpios de grama, la cual los españoles⁶... los pasajeros se atropellaban en un restaurant de estación...

La costanera del Atlántico de esta pequeña cadena de montañas era más ininterrumpidamente verde que el valle interior dejado atrás, pues tiene la primera opción de las lluvias que vienen del noreste. Café, maíz, manchas sombreadas de cacao y las gigantescas hojas del guineo vestían las profundas laderas. Había ganado pastando aquí y allá bajo el denso follaje...

...En La Sabana, con su ceiba majestuosa enmarcando el punto de partida inmediato, nos detuvimos a cambiar de locomotora... Árboles y arbustos cubiertos completamente de una vegetación tipo hiedra, como si estuvieran vestidos de follaje, colgaban para secarse en el flameante sol a lo largo de la vía. El vasto paisaje de la costa de borde espumoso del azul Atlántico, con los techos rojos de Puerto Plata asomando a través de los árboles, se encogió y esfumó mientras nos acercábamos al estrecho llano, a través del cual trotamos durante unos diez minutos más a través de campos de azúcar, mangos y guineos antes de que los pasajeros se lograran desenderar a la orilla del mar.

...Nuestro viaje más largo hacia el este, desde Santiago, coincidió felizmente con los recorridos mensuales de inspección de su distrito realizados por "Mac" y por "Big George". El recorrido hacia Moca, a través de un valle rico y llano que se extiende a lo lejos hacia el sur, nos proveyó de nueva evidencia sobre la fertilidad de Santo Domingo...

...Aunque Colón nunca lo hubiera subido ni se hubieran practicado "milagros" en él, el Santo Cerro sería un lugar al que valdría la pena venir de lejos a ver, o por lo menos para mirar desde él. La maravillosa y plana Vega Real, el más espléndido valle de Santo Domingo, si no de las Indias Occidentales, se despliega allá abajo en toda su extensión. Profundamente verde, salpicado de palmeras sobre el mar de su vegetación, aún sus lugares cultivados manchas de ininterrumpido verdor; con Moca, Salcedo, el más distante "Macorís", y media docena más de pueblos claramente visibles; un espumoso río brillando aquí y allá, amurallado en la vasta distancia por cordilleras que se elevan a alturas de pinos, hay pocas otras vistas en el mundo tan extensas, verdes o fascinantes como este valle, que en más de la mitad es virgen todavía. Comparado con él, en todos los aspectos, el muy famoso valle del Yamurí (sic) en Cuba, tiene poca importancia.

...Más allá del cruce de La Jina, la vega de denso verdor cambió gradualmente a unas sabanas amplias y marrones que no dejan de parecerse a nuestras praderas del oeste. Estas de nuevo dieron paso lentamente a mata

⁶Faltan algunas líneas en el original. (J.C.)

(sic), una zona semidesértica, sin cultivar, con llanos espacios abiertos. Pimentel, un pueblo bastante grande, en el cual los viajeros hacia el más importante Cotuí cambiaban de los carros a monturas, era seguido por Villa Riva, sobre el Yuma (sic)⁷, el río más grande de las Indias Occidentales y navegable por pequeñas galeras. El paisaje se hizo aún más abierto con inmensos árboles proyectando aquí y allá las redondas sombras del mediodía y semillas de cacao secándose en rudas plataformas elevadas o en alfombras de hojas esparcidas francamente sobre el suelo ante cada bohío, casucha o vivienda de palma. Palmas reales se extendían en estrecha pero rota formación a través de las llanas tierras, y más allá, sobre un alto cerro, como soldados en un ejército arbóreo en huida desordenada. Entonces, el tren avanzó a través de una región pantanosa, donde los flancos de los rieles son cubiertos frecuentemente por el agua salobre, y la exhausta máquina entró tambaleante en Sánchez tan sólo tres horas más tarde.

...Tres horas en un bote de motor abierto manejado por infantes de marina, pegado a una costa siempre verde extendiéndose por una baja colina, tupida de cocoteros que moría en el horizonte oriental, llevó a este par de sobrevivientes a Samaná. Volcado en la cuesta de la misma colina, con un puerto protegido por varios islotes densamente boscosos, el pueblo era más agradable que el más activo de Sánchez. Grandes manchas de la circundante foresta de cocoteros se habían puesto marrones, soladas por una enfermedad parásita que ataca las hojas, ramas y fruto, no sólo de estos, sino también a las plantas de cacao de la región.

...Los gastados senderos, con una profundidad mayor que la cabeza de un jinete y tan estrechos que podíamos rozar nuestros codos, ofrecían a los atacantes una relativa inmunidad; la densa jungla fácilmente podría ocultar un gran número de hombres a una yarda o dos a ambos lados de nosotros; lo empinado de la montaña, que nos obligaba a desmontar y tirar de nuestros cansados animales detrás de nosotros, nos dejaba escasos de aliento como para gastarlo en combate físico; sin embargo, nada excepto el profundo y opresivo silencio de la selva tropical animaba nuestro laborioso avance. Al momento de alcanzar la cima, estábamos listos para creer que los bandidos del Seibo eran un mito. Una ininterrumpida extensión de vegetación, verde oscura por todas partes, se extendía hasta el ilimitado horizonte sureño...

...Nuevamente llegamos a la llanura, pero pasó mucho tiempo antes de que las primeras señales de cultivos rompieran la monótona selva. Esta fue un canuco (sic) de cacao, o pequeña plantación, cubierto de malezas y con una choza en ruinas en una esquina del mismo. Muchos otros se encontraban a lo largo del camino, milla tras milla, todos abandonados en los últimos tres años, ya que el miedo a los bandidos impedía recolectar aún las mazor-

⁷Debe ser el Yuna. (J.C.)

cas que se maduraban, se pudrían y caían debajo de los árboles. Este interminable jardín sofocado por la naturaleza, hacía que este maravilloso y fértil valle luciera doblemente lastimado en su yerma inmensidad.

...Desde su techo, o desde el único otro lugar en el pueblo donde se puede subir, se puede ver que el Seibo está rodeado de pequeñas montañas, cubierto de árboles por doquier, sin una choza fuera de su masa compacta, sus faldas recogidas como las de una nerviosa solterona, asustada todo el tiempo por ratones.

...Por primera vez en cinco años contemplé la Cruz del Sur, cuyos rasgos una vez había conocido como los de un viejo amigo. Durante toda la mañana estuvimos encerrados en un interminable bosque atravesado por un camino llano. Solamente unos cuantos canucos (sic) rompían la perspectiva de meras paredes forestales... Entre los tocones y troncos de inmensos árboles tropicales, negros por las recientes quemadas, la tierra caña de azúcar estaba convirtiendo en un verde brillante la extensión de la recientemente talada foresta... Más adelante más allá de otra franja de bosque que muy pronto sufriría el mismo destino, se encontraban inmensos tramos de caña adulta, luego grupos de cortadores de caña, enormes y chirriantes carretones de caña y, finalmente, un ferrocarril que desdeña acarrear aquello que no sea caña; y a las diez llegábamos al batey de Diego, nuestro "guía" montado, rezagado detrás de nosotros.

E. L. EKMAN:

EN BUSCA DEL MONTE TINA (1930)^{1*}

Cualquiera que se interese por la geografía de un país, se preguntará inevitablemente: "¿Y cuál es la montaña más alta? qué altura tiene?" Recuerdo muy bien, que, cuando muchacho, me llenaba de envidia el hecho de que Noruega aunque más pequeña que mi querida patria Suecia, sin embargo, tenía montañas más altas. Ahora bien, he dirigido a muchísimos dominicanos, de chauffeurs hacia arriba en la escala social, las preguntas aquellas, y sin excepción recibía la siguiente contestación: "Monte Tina, con 3.140 metros"².

¹En Rodríguez Demorizi, E.: *Relaciones geográficas de Santo Domingo*, tomo I.

*Folleto de la benemérita Estación Agronómica de Moca, desaparecida. Serie B, No. 15. *En Busca del Monte Tina*, por el Dr. Erik L. Ekman, S.D., 1930, 17 p. (Reproducido en la *Revista de Agricultura*, S.D., julio 1936). Publicado en francés en la *Revue de la Societe d'Histoire et de Geographie d'Haiti*. No. 33, Port-au-Prince, 1939. En la misma revista, No. 41, de 1941, se publicó otro trabajo de Ekman, *Exoarsion botanique dans le Nord-Ouest de la Republique Dominicaine*. Diversas menciones de Ekman en *The magic Island*, de W. B. Seabrock (New York, 1929, p. 238-269). Ver, además, M. Burret, *Palmae cubenses et domingenses* (E.L. Ekman, 1914-1928), In *Svenska Vet. Akad. Stockolm* No. 7, Serie B, 1929, vol. 6, p. 28. (E.R.D.)

²En *Cuadros de la Naturaleza* (Madrid, 1876, p. 41), Humboldt se refiere a las más elevadas cimas de las Antillas. Dice: "Acaso en época pasada el mar de las Antillas era como el

Una pesquisa acerca de la posición geográfica de tan famosa montaña, no dio un resultado tan definitivo. Generalmente se concedía que debería estar en alguna parte de la Cordillera Central, quizás cerca de Constanza, pero nada más se sabía.

En el exterior sabían tanto, o menos, que los dominicanos. En todos los libros de geografía que he visto, incluyendo los mapas más modernos, siempre figura el Monte Tina como la montaña más alta de Santo Domingo, y por consecuencia, de las Antillas. Mi confianza en la exactitud de los textos sagrados de geografía recibió un ligero choque, cuando, en 1913, el Profesor Dr. Ignacio Urban publicó el itinerario del Padre Miguel Fuertes, en cuanto a una excursión botánica en la Cordillera Central. El Prof. Urban dice (*Symb. Ant.* VII, p. 483): "Er (Padre Fuertes) ... erreichte am 6 Juli 1912 als Erster den Gipfel der Loma Rosilla bei 2855 m., and damit die hoechste Spitze der westindischen Inseln", lo cual quiere decir, en castellano, que el Padre alcanzó el primero la cima de la Loma Rosilla, en una altura de 2855 metros, y con eso de la montaña más alta de las Antillas. Sin embargo, aún en los libros tan modernos como *Un reconocimiento geológico de la República Dominicana*, Washington, 1922, se repite, aunque con moderación, aquello del Monte Tina.

Tales eran mis ideas sobre el Monte Tina, cuando en febrero de 1925, desde un punto tan ventajoso como el de la cima de la Selle de Haití, 2.700 m., vi por la primera vez desplegarse las montañas grandiosas de la Cordillera Central ante mis ojos encantados. Muy por arriba de las otras se levantaban dos gigantes. Por su posición muy cercana el uno al otro, les suponía ser el Pico del Yaque y la Loma Rosilla. Pero dónde estaba el Monte Tina? Delineadas como por un artista divino se destacaban contra el ligero violáceo azul del cielo matutino las siluetas oscuras de las cimas. A través de la Cordillera de Neyba, seguramente más elevada que lo que generalmente se considera, buscaban mis ojos la silueta del Monte Tina, que debería ser fácilmente reconocida, por tratarse de una montaña tan alta. Pero nada vi. Muchísimas lomas se levantaban al este de las cimas gemelas del Pico del Yaque, pero ninguna de altura dominante. Bajé de La Selle, bien seguro de que no había en la Cordillera Central montaña más alta que la Loma Rosilla, o sea el Pico del Yaque.

Al ser introducido, pocos años después, en Santo Domingo, al Secretario de Agricultura Sr. Don Rafael Espaillat, me enteré con él de que el Monte Tina había sido destronado ya hace años de su posición dominante, y que el

Mediterráneo, un mar interior, que repentinamente hubo de ponerse en comunicación con el Océano. Todavía guardan las islas de Cuba, de Haití y de Jamaica los restos de las altas montañas de pizarra micácea que limitaban esta mar al norte; y precisamente los más ricos elevados coinciden con los sitios porque se aproximan más tales islas entre sí. Bien puede suponerse que la más elevada cima de esta cadena de las Antillas estaba situada entre el cabo Tiburón y la punta Morant". (E.R.D.)

Pico del Yaque ocupaba el primer lugar, con una altura de 2.955 m. más o menos. El Monte Tina no sería más que una loma bajita cerca de Túbano.

Al rey destronado se honra, sin embargo, a pesar de su desgracia. Así me decidí de no dejar caer al Monte Tina sin haber averiguado algo más acerca de su existencia. Aunque no la montaña más alta en las Antillas, no dejaría de tener una flora interesante para el botánico, y además, fue en el Monte Tina donde descubrió el ornitólogo americano Beck un ave rarísima llamada científicamente *Loxia megaplaga*, y vulgarmente “Piquito en cruz”. Mi estimado amigo, Prof. Dr. E. Innberg, en Estocolmo, me había escrito varias veces acerca de aquel ave, que se asemeja muchísimo a la *Loxia* de Suecia. Me estaba preparando, pues, para una excursión a la Cordillera Central, cuando recibí una invitación del Dr. R. Ciferri, Director del Colegio de Agricultura de Moca, para acompañar a él, a su hermano, y al Dr. Balzarotti, a una excursión al mismo Monte Tina. Se entiende que acepté, con mucho gusto, y fuimos a San Juan, en el mes de agosto de 1929. En Azua tuvimos la mala suerte de tropezar con un agente de policía, por tener en el estribo del automóvil un bulto de papel secante, el cual, según suponía saber el polizone, no era de uso personal. La convicción de aquel amigo de la ciencia nos costó diez pesos, aunque por el momento se dejó convencer que era para mi uso en las excursiones.

Una vez en San Juan, y el Monte Tina muy lejos adentro de la Cordillera, nos pareció muy a propósito subir primeramente algunas de las montañas al norte de San Juan, para acostumbrarnos al aire rarificado de las alturas. Escogimos aquella que en el mapa de Moya se llama Monte Mijo, 2.195 metros, pero la cual en realidad es la Loma La Vieja, al oeste del Río Mijo, mientras que la montaña al este de aquel río se conoce bajo el nombre de Loma La Viuda. Ambas son altas, y no muy fáciles de subir, de manera que mis compañeros, poco acostumbrados a andar a pie, y quizás un poco exasperados por las dificultades con las cuales tropezamos, dejaron a La Vieja a su suerte. Al parecer, la montaña ofrece poco de interés para el botánico, y no me dolía mucho el hecho de no haber logrado subirla.

Tuve mejor suerte en mis excursiones siguientes. Fui a la Loma de Jayaco (1.425 m.) donde vi por la primera vez una perdiz rara, conocida científicamente como *Oreopeleia leucometopium*, y por los monteros como “Perdiz ceniza”; después al Picacho de los Chicharrones, al oeste del Río San Juan. Esta montaña se parece mucho a la Nalga de Maco (no Culo de Maco, que es otra), y es todavía más alta que aquella, a saber, 1.975 m. Los americanos subieron a esta loma durante la ocupación, y pusieron una bandera y una placa de metal, siendo el pico una base para la triangulación. La flora es pobre, y muy parecida a la de Nalga de Maco.

Todo eso era muy bueno, pero no me puso más cerca del Monte Tina. Entonces oí hablar de un camino que atraviesa la Gran Cordillera Central, desde el Río San Juan hasta San José de las Matas. Según los monteros, aquel camino debería pasar muy cerca de una loma altísima, cuyo nombre ignora-

ba, pero la cual había visto desde muy cerca durante mis excursiones cerca de Monción, en mayo-junio. Conseguí un práctico y fuimos a pie, con un caballo de carga. El camino tiene su entrada donde desagua el Arroyo Limón en Río San Juan. Recientemente mandaron gente para trabajar en este camino, con el propósito de facilitar el tráfico entre el Cibao y San Juan. Por falta de dinero se abandonó el trabajo, y el camino quedó como era, no muy bueno, pero tampoco muy malo. Se va perfectamente bien a caballo... si uno se desmonta. Pasamos la primera noche en el Arroyo del Oro, y nos quedamos por varios días en la Sabana Nueva, donde los monteros tienen una magnífica "casa de piedra", es decir, una piedra sobresaliente que puede dar abrigo a media docena de personas. De aquí subí por el camino ya mencionado hasta su cumbre, 2.625 m., y a la alta montaña cercana, la cual se llama Loma de la Medianía. Esta es la montaña más alta al oeste de la Loma Rosilla-Pico del Yaque, alcanzando una altura de 2.850 metros. Aquí tienen sus cabeceras el Río San Juan, el Río Mijo, y el río Bao. Ya no estaban muy lejos aquellos dos gigantes que había visto desde Haití. Seguramente deberían ser mucho más altos que la Loma de la Medianía, de manera que empecé a sospechar que al fin habría montañas en Santo Domingo con más de 3.000 metros de altura. La cima de la Medianía no era muy rica en plantas raras. Sin embargo, encontré aquí una nueva *Tuerckheimocharis*, y el helecho *Woodsia*, cuya distribución es distintamente boreal³. Tanto mejor fue la cosecha en los lugares cenagosos cerca de la Sabana Nueva. Aquí tuve el gusto de encontrar muy bien representada la flora andino-continental, cuya existencia en las Antillas se ignoraba hasta que fue descubierta por el Barón Eggers en el Valle Nuevo. Encontré la *Agrimonia*, la *Alchemilla*, las *Carices*, etc., todas pertenecientes a géneros de mi propio país. Además, encontré un magnífico *Paspalum* nuevo, el cual he dedicado al Prof. Urban, una *Potentilla* (desgraciadamente estéril), una *Drosera* (familia nueva para Hispaniola) etc. Las aves eran pocas, pero raras, e.g. *Loximitris*, *Brachyspiza*, *Microligea*, todas conocidas como "Cigüitas".

Muy contento del resultado científico de esta última excursión, volví a San Juan para prepararme para otra excursión, ahora para el Pico del Yaque. Es verdad, que había podido ir, y muy cómodamente, a aquella montaña desde Sabana Nueva, por el camino del Macoutico, pero necesitaba comestibles. Para no rehacer el camino, me marché de San Juan rumbo a Las Cañitas, en el camino de Constanza. Mal aconsejado, pasé por Los Guanitos, Boca del Río, Arroyo Cano, Palomino, para quedarme un día en Majagüitas.

³En *Cuadros de la Naturaleza*, Madrid, 1876, p. 469, Humboldt apunta que la primera descripción de los helechos la halló en Oviedo. Dice: "Encuentro la primera descripción de los Helechos arborescentes en la Historia de las Indias, de Oviedo. Entre la multitud de Helechos, dice este viajero enviado a Haití por el rey Fernando el Católico en calidad de director de los lavaderos de oro, los hay que yo cuento por árboles, tan grueso como grandes pinos y muy altos". Oviedo exagera la altura de los Helechos arborescentes". (E.R.D.)

Aquí conseguí un práctico, Remigio Canela, y fuimos a Valle del Yaque, pasando por El Tetero. Al fin había llegado a saber que en este camino era donde debería hallarse el Monte Tina. El camino pasa por el medio de pinales abiertos, alcanzando a menudo la cima de una montaña, que forma la continuación de La Tasajera. Remigio me aseguraba que aquella era la "Loma Tina", así llamada por haber un pozo de agua en su cima. Por lo que yo he podido averiguar después, Remigio tenía razón. Aquí era donde cazaba el Sr. Beck. Siento decir, que yo no vi ningún "piquito en cruz", pero tampoco buscaba mucho, ansioso de llegar al Valle del Yaque antes que se mejora la carga que llevábamos. Por donde pasa el camino, la altura de la loma no llega a 2.100 metros; pero su cima tendrá quizás 2.200 metros. Llegamos al Valle del Yaque, después de haber escalado otra loma llamada Loma del Ranchito, de la misma altura más o menos que la Loma Tina.

El valle del Yaque está situado donde se junta el Yaque con el Arroyo de los Montazos. Aquí hay un rancho bueno, siendo el lugar sitio de crianza. Pasé varios días recogiendo plantas y cazando aves. La Loma rosilla se ve muy cerca del Valle del Yaque, es decir, cuando no hay neblina, lo que sucede con gran frecuencia. Por Remigio me había enterado que existe otro rancho en una altura mucho más grande, y el cual se llama Los Vallecitos. Me figuraba que desde allí sería más fácil la subida al Pico del Yaque y a la Loma Rosilla. Fuimos, pues, a Los Vallecitos. El camino, si se puede llamar así a una vereda no trillada, sube en la dirección de la Rosilla, hasta llegar a unos 2.200 metros de altura. Después se lanza en el abismo donde corre el Yaque, para subir al otro lado a un gajo pedregoso tan estrecho y escarpado que uno apenas puede mantenerse en pie. Al fin llegamos a pinales más llanos, y en la tardecita estuvimos en Los Vallecitos, a una altura de 2.500 metros.

Puede imaginarse mi estupefacción al encontrar allí, no un ranchito pobre, sino un caserío de cinco ranchos, todos bastante bien hechos. Remigio me esclareció acerca de este hecho extraño. Había en los días de la ocupación americana un tal "Liborio", al parecer un visionario religioso, que se proclamaba santo, y enseñaba que el fin del mundo se acercaba. Por consecuencia sus compañeros debían aprovechar del poco tiempo que les quedaba de vida para beber, bailar, etc. Perseguido por las autoridades, Liborio se escondió con sus compañeros en los montes vírgenes detrás de la Vieja y de la Viuda, lo cual no impidió a los americanos lo alcanzaran y lo mataran. Sin embargo, la fama de aquel Liborio era tan grande, que debía encontrar imitadores. Un individuo, que según se dice se llama José Vargas, anunciábase como el "Segundo Liborio", buscando sus prosélitos, principalmente entre el sexo débil. Las consecuencias de sus hazañas fueron las mismas, y tan inevitables, como en el caso de su maestro. José se refugió, él también, en las montañas, con la diferencia que escogió como paradero el lugar menos accesible en toda la República, a saber, Los Vallecitos. Allí se quedó hasta que se le presentó una oportunidad para seguir la fuga hasta Haití.

Los Vallecitos, admirablemente situados para un hombre con los fines místicos de un Segundo Liborio, no lo eran menos para mí. Están en el estribo entre aquellas lomas gigantes que había visto desde Haití. Solamente, no eran el Pico del Yaque y la Loma Rosilla como creía yo, sino el Pico del Yaque y La Pelona, que así se llama la montaña al suroeste del Pico del Yaque. Al parecer, los dos picos tienen más o menos la misma altura. Para llegar a saber cuál de ellos era el más alto, no había otro remedio que subir a los dos y comparar los datos obtenidos por medio del altímetro. Fui primeramente a La Pelona, solo, porque al amigo Remigio no le gustaban mucho las subidas innecesarias. La subida a la Pelona desde Los Vallecitos no ofrece dificultad alguna. Después de unas horas de camino estuve ya en la sabana extensa que hay en la cima, y a cuya existencia se debe el nombre de la montaña. Dos picos secundarios se levantan todavía algo más, uno occidental cubierto de pinos, con manchas de piedras rojas perfectamente libres de vegetación, y otro oriental, muy escarpado, de rocas agudas, negras. Subí primeramente el picacho de los pinos. Llegado, lo primero que hice fue mirar el altímetro (aneróide). Indicaba 2.870 metros (53.80 en la escala fija) y 2.890 metros después de haberlo calentado un poco al aire. Ahora bien, muy pocos altímetros hay que indiquen altura exacta. El mío, por ejemplo, tiene la desventaja de indicarla demasiado baja. Llegué a saber eso, al observarlo en lugares cuya altura se sabía por el único método exacto, es decir, por nivelación. Siempre había que aumentar la altura observada con un 10%, para llegar a la verdadera. Amigos míos aviadores han subido con mi altímetro a una altura de 3.000 m. comparándolo con los instrumentos perfectos de los aeroplanos y confirmaron el error proporcional del 10%. Aumentando, pues, el promedio de las dos observaciones en La Pelona con un 10%, se llega a una altura probable del picacho occidental en 3.168 metros. No había señas en ese picacho de que hubiera pasado gente por allí. Sin embargo, se sabe muy bien que los monteros pasan con frecuencia por La Pelona rumbo al Macoutico, cazando el puerco cimarrón.

La vegetación es poco interesante, por ser de una montaña tan alta. He aquí la lista de las plantas apuntadas en la cima occidental de La Pelona, en orden de su frecuencia: *Pinus occidentalis* (con el parásito *Dodropemon pycnophyllus*), *Danthonia domingensis*, *Agrostis perennans*, *Baccharis myrsinites*, *Senecio Fuertesii*, *Micromeria alpestris*, *Gaultheria domingensis*, *Hieracium Gronovii*, *Hypericum pycnophyllum*, *Lyonia heptamera*, *Tuerckheimocharis densifolia*, *Gnaphalium Eggersii*, *Erigeron araneosus*, *Polypodium moniliforme*, *Elaphoglossum leptophyllum*, *Linaria canadensis*, *Chaptalia Eggersii*, *Hydrocotyle pusilla*. En un lugar un poco más abajo había también *Polypodium otites*, *P. loriceum*, *Viola domingensis*, *Siphocamphylus igneus*, *Woodsia* sp. cfr. *W. ilvensis*, *Pilea caespitosa*, *Pilea pelonae*, *Polypodium angustifolium*. Además había una especie de *Salvia*,

que olvidé recoger, pero que no dejaría de ser la *S. uncinata*, conocida del Pico del Valle Nuevo.

Como se ve, las plantas recogidas aquí son en su mayoría ya conocidas por los viajes de Eggers, Turckheim y Padre Fuertes. Nuevas son la *Tuerckheimocharis*, la *Pilea* y la *Woodsia*, y de esas la *Pilea* solamente es característica de La Pelona. Esto, junto con mis experiencias de otras montañas, demuestra que la oportunidad de encontrar nuevas fanerógamas en las montañas altísimas de Santo Domingo ya pasó.

La avifauna es sumamente pobre. La única ave algo abundante es la *Dendroica pinus*. Vi también la *Brachospiza*, la *Riccordia*, la *Coereba*, y un par de cotorras.

Después de haber apuntado las plantas del pico, bajé a la sabana, para luego subir al picacho oriental. Cerca de la cima se encuentran unas rocas tremendas, y cuando con alguna dificultad logré escalarlas, vi que estaba en otro punto de triangulación de los Americanos. Allí estaban los restos de una bandera, y en una piedra estaba la placa metálica ya familiar.

Observaciones del altímetro dieron por resultado que este picacho era unos diez metros más alto que el otro. El promedio del altímetro no corregido era 2.890 metros, lo que con 10% de aumento da una altura probable de 3.179 metros, digamos 3.175, para redondear. Es preciso añadir que aquellas placas metálicas dejadas por los americanos en los puntos de triangulación nunca llevan la altura puesta, aunque en ellas haya lugar designado para eso.

La flora de este picacho es casi la misma que la del otro. Vi algunas especies aquí que no había apuntado allá, e.g. *Cestrum Tuerckheimii* (algo dudoso, quizás nueva especie), *Erigeron coeruleus*, *Sphacele Urbani*, *Lycopodium clavatum*, *L. complanatum*, *Dichondra repens sericea*, *Botrychium Underwoodianum*, *Euphorbia Eggersii*, *Bulbostylis alpestris*.

Apenas acabadas mis observaciones en ese picacho vi levantarse de las cañadas hondas del Río Bao una neblina densa, que pronto escondía todo por debajo de su manto gris. Hombre cauto, había dejado yo unas marcas en los pinos para asegurar la vuelta, y este junto con la dirección del viento me permitió volver, sin mucha dificultad, a Los Vallecitos, donde me esperaba Remigio ya muy preocupado por mi suerte.

Pasamos una noche fría, sin duda, pero gracias al rancho bien hecho de "Papá Liborio" no sufrimos. Bien temprano empezamos la subida del Pico del Yaque. Me alegré mucho al encontrar muy pronto el helecho raro *Dryopteris rigidissima*, en Santo Domingo conocida solamente en el Pico del Yaque. Ya a las nueve estábamos arriba. Tenía esperanzas de visualizar un magnífico panorama del Cibao, pero vi con alguna preocupación mezclada con admiración que toda la cuenca del Cibao estaba escondida por debajo de un mar de neblinas que vistas desde arriba brillaban como nieve.

La cima del Pico del Yaque es, a mi parecer, el lugar más desolado en toda la República Dominicana. Una sabana, con una vegetación infinitamen-

te pobre, y unas piedras negras, desnudas como la muerte. Había unas pirámides de piedras, obras de otros exploradores, pero ninguna placa de triangulación. El altímetro indicaba 2.810 metros (54.00 de la escala fija), lo cual con el aumento del 10% nos da como altura probable del Pico del Yaque 3.125 metros, en número redondo. Así se ha llegado a saber con seguridad, cuál es la montaña más alta de la República Dominicana, y con eso en todas las Antillas, a saber: La Pelona. Puesto que el hecho es de alguna importancia geográfica, me he enterado por medio del Sr. A. Ortori cuál era en aquellos días (3 y 4 de octubre de 1929) la presión atmosférica sobre Hispaniola. Me contestaron del Servicio Meteorológico de la Capital:

Día 3 de octubre a 11 a.m. pres. atm. 761.8 mm.

Día 4 de octubre a 10 a.m. pres. atm. 672.3 mm.

Día 5 de octubre a 10 a.m. pres. atm. 764.0 mm.

La del día 5 de octubre fue la máxima del mes”.

Lo cual indica que las alturas obtenidas por medio del altímetro, lejos de ser exageradas, deberían aumentarse todavía de algunos metros, y que la del Pico del Yaque tendría unos siete metros en exceso de lo que había calculado yo. Dada, sin embargo, la poca exactitud de un instrumento tal como el altímetro aneróide, creo que haremos bien en fijar las alturas del Pico del Yaque y de La Pelona a 3.125 metros, y a 3.175 metros respectivamente. De toda manera, sean las alturas absolutas como sean, la relación entre La Pelona y el Pico del Yaque quedará la misma.

La vegetación de la cima es, como ya he indicado, muy pobre. Apunté solamente las siguientes plantas: aislados y raquíuticos ejemplares de *Pinus occidentalis*⁴, *Baccharis myrsinites*, *Senecio Fuertesii*, *Lycopodium clavatum* y *L. complanatum*, *Bulbostylis alpestris*, *Hieraium Gronovii*, *Gnaphalium Eggersii*; *Erigeron araneosus*, en la sabana. Entre las rocas de la cima misma había: *Lyonia heptamera*, *Hypericum pycnophyllum*, *Polypodium moniliforme*, *Carex* sp. (probablemente nueva), *Paepalanthus domingensis*.

Nos dirigimos al Valle del Yaque. “En passant” subi a Loma Rosilla... No cabe duda que el nombre de esta loma debe escribirse Rosilla, y no Rucilla, por ser derivado del color rosillo (aunque los monteros lo pronuncian “rucillo”), refiriéndose al color de los pajonales de su cumbre. No forma más que la parte oriental del Pico del Yaque. Su altura es como ya indicó el Padre Fuertes solamente de 2.855 metros (2.860 m. por el altímetro mío corregido) y su vegetación más o menos la misma que la del Pico del Yaque. El padre Fuertes encontró aquí, sin embargo, varias plantas que no vi yo,

⁴En *Cuadros de la naturaleza* (Madrid, 1876, p. 441) de Humboldt, en el Capítulo acerca de las Coníferas, hoy la siguiente nota del Traductor: “Mucho antes que L’Heritier, supo distinguir Cristóbal Colón de los Pinos el género *Podocarpus*. Con fecha de 25 de noviembre de 1492, escribía: “Pinales en la Serranía de Haití que no llevan piñas, pero frutos que aparecen azeitunos del Axaraje de Sevilla”. (E.R.D.)

por ejemplo: *Gymnogramme flexuosa*, *Histiopteris incisa*, *Hypolepis Urbani*, *Laestadia domingensis*, pero estas plantas no crecen en la cima misma sino en el pinar húmedo de la vertiente septentrional.

Muy satisfecho del resultado geográfico de mi excursión, pero no tanto del resultado botánico, volví al Tetero, donde me despedí de Remigio. Ya había formado resolución de ir a Constanza para luego subir a la loma llamada por los constanceros Sabana Alta, y por otros considerada como el verdadero Monte Tina. Junto con mi nuevo práctico, Evangelio Soto, bajé al río del Medio. El río estaba un poco hondo y como los vados son peligrosos, aun en estado normal del río, escogimos el desecho por el río Yaquecillo. Si por el camino del río habíamos corrido el peligro de ahogarnos, el del Yaquecillo podía fácilmente haber resultado desastroso por ser sumamente escarpado. Tuvimos suerte, sin embargo, y llegamos a Constanza con carga y vida.

El camino de Constanza al Valle Nuevo (o Valle de los Robles) ha sido descrito en detalle por el Profesor Urban en su trabajo, "Zur Hochgebirgsflora von Sto. Domingo" (*Symb. Ant.* VI, 1909, p. 280-288).

Para los que no saben leer el alemán, conviene quizás decir, que se trata del camino antiquísimo entre Constanza y Maniel de Ocoa. Se cruza el Río del Medio (aquí llamado Río Grande) y el Arroyo del Pinar Bonito, después se sube por medio de pinales abiertos hasta llegar a una altura de 1.700 metros más o menos. Aquí hay unas manchas de montes de sierra alta, llamadas por los monteros "La Matica", "La Mata Larga", "Los Montazos", con una vegetación bastante variada e interesante. El árbol que más llama la atención aquí es una *Magnolia*, que puede ser una especie nueva. A 2.100 metros más o menos se encuentran de nuevo los pinales. Ya estos son del tipo alpino, es decir, la *Danthonia* ("el pajón") ya aparece junto con otras plantas del mismo grupo fito-geográfico. A una altura de 2.300 metros se llega al primer vallecito, y poco después al Rancho de los Robles, en el Valle Nuevo, a una altura aproximada de 2.400 metros. Ya al acercarme al Valle Nuevo había visto una *Cyperacea* desconocida, y mis primeras excursiones cerca del Valle Nuevo me proporcionaron un goce difícil de ser percibido por un no-botánico. Encontré en su integridad las plantas recogidas aquí por Eggers y Tuerckheim junto con otras no observadas por ellos, por ejemplo: una *Tillaea* (?), una *Verónica* nueva, una *Sagina* (?), plantas todas de clima frío, cuya existencia en Santo Domingo permanecerá en el misterio, desde el punto de vista fito-geográfico.

Ya el segundo día, subí al Pico del Valle Nuevo. Aquí estaban las pirámides y los restos de bandera que al parecer se encuentran ya en todas las lomas altas de la República. Además había una placa de metal, puesta aquí, no por los americanos sino por dominicanos, a saber: por los Doctores Vásquez y Raymond, V. Ureña R., y Miguel Canela L. Aquellos señores habían tenido la precaución de añadir altura y fecha como sigue:

Presión : 557 mm. 22.33 (pulg.)
 Altura : 8.440 pies. 2.573 metros
 Hipsómetro : 91.54 557.5
 Fecha : 28-12-23⁵

Eso de la altura merece algunas palabras. El altímetro mío indicó 2.490 m., y corregido 2.739 m.; Eggers la registra en 2.630 metros. Como se ve, los resultados obtenidos por los distintos instrumentos difieren entre sí de unos cien metros. Puesto que el altímetro mío ha sido repetidamente comparado con otros instrumentos creo que el resultado mío es el que más se aproxima a la verdadera altura.

Urban describe la vista que se ofrece desde el Pico del Valle Nuevo. Sin comentar acerca de los nombres dados a las lomas cercanas (“Hoehen der Cayetanos” = Loma de los Castillos Morados, “Kegel des Vanilejo” = Sabana Alta?) voy a citar solamente: “Im Süden zeigte sich in einiger Entfernung die von Schomburgk auf 3.140 m. geschätzte Loma Tina”. Esto quiere decir, en castellano, que en el sur se vio a cierta distancia la Loma Tina, cuya altura ha sido indicada por Schomburgk en 3.140 metros. ¿Cuál será aquella loma que vio Eggers desde el Pico del Valle Nuevo, y la cual en aquellos días se consideraba como La Tina? La única loma que corresponde a la dirección dada por Eggers y la cual vista desde la altura del Pico del Valle Nuevo toma proporciones gigantes, es el Tetero de Mejía, al sur del Río de las Cuevas, y perteneciente al grupo de la Sierra de Ocoa. Aquella montaña fue visitada por mí en febrero de 1.929, y su altura es de 2.600 metros (altímetro corregido; los americanos la llaman “Monte Oca”, con una altura de 2.625 metros).

Ya el Profesor Urban indicaba que cerca del Pico del Valle Nuevo hay lomas cuya altura se asemeja a la del Pico del Valle. Tiene razón, puesto que la Sabana Alta dista del Pico del Valle Nuevo unos pocos kilómetros, nada más. Ya el día siguiente subí a aquella loma, que casi seguramente puede considerarse como la más alta de la República al este de La Pelona-Pico del Yaque. La subida es cómoda y la vegetación mucho mejor desarrollada que en las demás montañas altas. La altura (corregida) de esta loma es 2.935 metros. Sé que el Dr. Pérez y Miguel Canela estuvieron aquí no hace mucho, aunque no dejaron placa metálica alguna como recuerdo de su visita.

La vegetación de la Sabana Alta es muy distinta a la del Pico del Valle Nuevo, o del Pico del Yaque, debido a la humedad del pinar que cubre la cima. El pino es, como se entiende, el único árbol que se ve aquí, pero hay arbustos tales como: *Ilex Tuerckheimii*, *Garrya Fadyeni*, *Baccharis myrsinites*.

⁵Ekman menciona de manera incompleta a varios dominicanos: Liborio (el llamado *Dios Liborio*; extensa noticia en nuestro libro *Seudónimos dominicanos*); Dr. Vásquez (Dr. Rafael Vásquez Paredes, ya fallecido); Dr. Raymond (Dr. Félix A. Raymonds); Miguel Canela L. (Dr. Miguel Canela Lázaro); Dr. Pérez (Dr. Juan B. Pérez R.). (E.R.D.)

Micromeria alpestris ya se acerca a las plantas perennes. Entre las hierbas es muy bien representada la familia de las Compuestas, con *Laestadia domingensis*, *Gnaphalium Eggersii*, *G. spicatum*, *G. domingensis*, *Hieracium Gronovii*, *Erigeron araneosus*, *Sonchus oleraceus*. Las Gramíneas tienen tres representantes: *Dantonía domingensis*; *Agrostis perennans* y la todavía no publicada *Deschampsia domingensis* Ekman; y las Cyperáceas dos, ambas del género *Carex*, a saber: *Carex albolutescens* y *Carex* sp. (la misma que se encuentra en el Pico del Yaque). También los helechos son bastantes numerosos, con *Hypolepis Urbani*, *Histiopteris incisa*, *Dryopteris paleacea*, *Pteridium aquilinum*, *Plagiogyria semicordata*. Las Serophulariaceas son representadas por *Tuerckheimocharis domingensis* y *Linaria canadensis*, las Campanuláceas por *Siphocampylus igneus* y *Specularia peroliata*. Las demás plantas de la cima son: *Dendropemon pycnophyllus*, *Stellaria antillana*, *Euphorbia Eggersii*, *Viola domingensis*, *Solanum nigrum* y *Relbunium hypocarpium*.

Al este de la Sabana Alta se destacan unas lomas, más bajas, pero de forma grotesca. Carecen al parecer completamente de vegetación. La más extraña es aquella que se llama "Tres Cerros" por ser formada de tres picos que se alzan hacia el cielo como tres torres negras. Es imposible escalarlos puesto que tienen la superficie tan lisa como la de un obelisco. Siento no haber tenido tiempo para explorar aquellas moles maravillosas. No dejará de haber algunas plantas capaces de agarrarse hasta en aquellos monolitos.

Desde la cima de la Sabana Alta obtuve una buena idea de la topografía de la Región de los Valles. Con la palabra "valle" los monteros de Constanza entienden una sabana húmeda en medio de pinales altos. El pino aborrece el terreno cenagoso, lo que explica la existencia de los valles. Son de interés muy particular para el botánico, puesto que en ellos se encuentra la mayoría de las plantas andino-continetales ya mencionadas. Vi que existen cinco grandes valles sin contar el Valle Nuevo, todos al sur del Río Nizao, que tiene su cabecera entre el Pico del Valle y la Sabana Alta. Los nombres de aquellos valles son: Sabana de la Vuelta, Sabana de la Cruz, Los Vallecitos, Los Flacos y Valle de la Zanja. Esta última se encuentra ya al pie de La Chorreosa, la montaña magnífica que forma el límite oriental de la Región de los Valles, y que quizás rivaliza en altura con la Sabana Alta. No faltan los que en La Chorreosa, o Los Tramojos, como la llaman los constanceros, han querido ver el verdadero Monte Tina.

Junto con el buen Evangelio exploraba durante los días siguientes los contornos del Valle Nuevo. El Profesor Urban ya publicó una lista de las plantas encontradas cerca de aquel lugar clásico (Symb. Ant. IX, p. 21-22, 1923) y aunque no haya encontrado muchas otras de igual interés no quiero cansar a mis lectores con otra enumeración de nombres latinos. Hecho evidente es que esas plantas no tienen nombres vulgares, puesto que no son conocidas ni por los monteros más inteligentes.

La última excursión que hice desde el Valle Nuevo como base fue al Río Nizao. Salimos para explorar los valles en la dirección de La Chorriosa. A poco rato, después de haber dejado la Sabana de Vuelta, vi serpentear entre los pinales a un río ya considerable, con pozos, que parecían lagunas. Y eso a una altura de 2.300 metros! Aquello era irresistible. Había que ver aquellos pozos de cerca aunque nunca llegaría a Los Flacos, lo que era mi idea original. Los pozos eran hondos, de agua purísima y muy fría. Abundan allí ciertas especies del género *Potamogeton*, por ejemplo, *P. Pusillus*, *P. malainus* (?) y otras plantas de clima frío. Unos amigos, monteros, me habían asegurado, que en estos pozos se encuentra muy a menudo una clase de patos que no conocían. Yo no los vi, por mala suerte, pero sí vi una garza de color azul-claro, grande, como la *Ardea herodias*. No me atrevo a decir a cuál género pertenezca aquella garza.

Estaba ya de vuelta en Constanza, muy contento con mis colecciones, y siempre encontrando nuevas plantas, cuando un día oí pronunciar espontáneamente la palabra: "Loma Tina". "Ah", pensaba, "ya veremos". Y efectivamente logré saber, que existe todavía otra Loma Tina, pero que esta última es el mismo "Culo de Maco", una montaña bien conocida, que se levanta entre Río del Medio y Río de las Cuevas. Padre Fuertes llegó hasta su cima, y dice que tiene una altura de 2.225 metros solamente. De manera que mis pesquisas acerca del misterioso Monte Tina ya podían considerarse como bien cumplidas.

FRANCIS K. CARY Y DONALD M. TERRY:
 VIAJE A LA REGIÓN OROGRÁFICA CENTRAL
 DE LA REPÚBLICA DOMINICANA (1936)^{1*}

Salimos de la Ciudad de New York, un día lluvioso y frío del mes de noviembre del año 1935, y fue grato para nosotros arribar al Puerto de San Juan de Puerto Rico cuatro días después. En San Juan de Puerto Rico permanecemos por unas horas, y al caer la tarde emprendimos viaje al histórico Santo Domingo, la ciudad más vieja del Nuevo Mundo, en donde el más grande de los descubridores españoles, Don Cristóbal Colón, amarró sus barcos al tronco de una ceiba. Parte de ese árbol existe aún, protegido por un casquete de concreto, en la margen izquierda del río Ozama.

Cuando llegamos a la ciudad de Santo Domingo, visitamos al Ministro Americano y al Cónsul de nuestro país, quienes nos recomendaron a las autoridades gubernamentales. Poco después de nuestra visita, algunos funcionarios públicos y el Gobierno Dominicano conocieron nuestro propósito

¹En Rodríguez Demorizi, E.: obra citada, tomo I.

*Informe. Traducción del inglés por Bayoán de Hostos. Publicado en *Revista de Agricultura*, S.D., junio 1936. La excursión de los geógrafos norteamericanos Cary y Terry, miembros de la American Geographic Society, se realizó en diciembre de 1935. (E.R.D.)

de ascender a la montaña más alta de las Antillas, y enseguida nos proporcionó infinidad de cartas de recomendación e información de gran importancia. El Secretario de Estado de Comercio e Industria nos fue de gran utilidad, por esa razón, dejamos aquí constancia de nuestro agradecimiento al Sr. Alfredo Ricart Olives, Secretario de Estado de Comercio e Industria; el Secretario de Estado de Agricultura, Sr. Rafael A. Espaillet, bajo cuya jurisdicción está el Departamento Forestal, se interesó vivamente por nuestro propósito de conocer la región orográfica central de la República Dominicana; nos dio toda clase de ayuda, para nuestro propósito de conocer esas cumbres.

El Secretario Espaillet nos prodigó una serie de útiles consejos y nos puso en contacto con personas del interior del país, que nos fueron de grandísima ayuda. El Hon. Secretario Espaillet, y el Jefe de la Sección de Agricultura, Sr. B. de Hostos, quien se interesó activa y sinceramente por nuestros planes de viaje, quien, por hablar el inglés, nos fue de ayuda inestimable; para ambos, nuestras gracias más cumplidas.

De Santo Domingo nos transportamos a Santiago en automóvil, a lo largo de la hermosa carretera que une esas dos ciudades, atravesamos la región húmeda del país, en la cual crece lujuriosa la vegetación tropical, que cubre por completo las faldas de los cerros de un follaje verde de admirables perspectivas.

A nuestra llegada a Santiago de los Caballeros, tuvimos el placer de conocer al Lcdo. Manuel A. Lora, Hon. Gobernador de esa Provincia, quien habló con nosotros con la cordialidad que le caracteriza, de las regiones montañosas del país.

Estando en la oficina del Gobernador Lora, tuvimos el placer de conocer al Dr. Tomás E. Pérez, y al Sr. Juan Ulises García Bonnelly, ambas personas han hecho viajes a la región montañosa que nosotros deseábamos conocer.

Al saber el señor García que el propósito de nuestro viaje a Santo Domingo era de organizar nuestra excursión a la región montañosa del país, se ofreció voluntariamente a acompañarnos lo cual fue una fortuna para nosotros servirnos de una persona conocedora de los vividores de las montañas de esas regiones, y, porque además, habla un poco el inglés.

Terminados los preparativos para nuestro viaje a Jánico, el Dr. Pérez se ofreció galantemente a llevarnos a ese sitio en automóvil; Jánico es una Villa de la región montañosa, a la cual puede llegarse en automóvil.

Una vez en Jánico organizamos nuestro viaje a la región montañosa a lomo de mulos, saliendo en una mañana lluviosa muy temprano, al punto de nuestro destino. Al frente de nuestra caravana se puso el Sr. Juan José Collado, quien tenía instrucciones de atendernos y de cuidar de nuestras monturas, a nuestra salida de Jánico, la lluvia continuaba sin interrupción y aumentó a medida que progresábamos en nuestro viaje hacia la cordillera; el camino que nos condujo a la montaña es un trillo transitado por los moradores de esa región. En parte de nuestra ruta, fuimos acompañados por

un agricultor y su hijo, y nos sorprendió ver que, a pesar del torrente de agua que caía, nuestros acompañantes podían mantenerse secos, al amparo de un paraguas, que llevaban abierto, y a pesar de que cabalgaban a nuestro lado. Si interesante fue ver que nuestros acompañantes del campo no se mojaban, también lo fue un poco más tarde ver a esos mismos agricultores vadear un río crecido con el agua hasta las rodillas a pesar de ir a caballo; ni una sola gota de agua les cayó encima.

Las mulas que usamos en nuestro trayecto eran pequeñas pero admirables animales por su resistencia y agilidad.

Durante nuestro trayecto de Jánico a la cordillera admiramos la exuberante vegetación a ambos lados del camino, el cual se encuentra bordeado de árboles frutales y flores de esa región, así como pequeñas plantaciones de café, que crece vigoroso en esos lugares.

Después de un largo y penoso viaje en tiempo lluvioso, caminando en trillos de lodo llegamos a Los Limones, mojados y cansados, al bajar de nuestras monturas ya al caer la tarde, frente a la casa del Sr. Andrés Rodríguez, nos sentimos complacidos de vernos en nuestro albergue esa noche; en él encontramos alimento caliente que, una vez ingerido, nos hizo olvidar las fatigas del viaje y de un día lluvioso. Durante tres días y tres noches consecutivas duró la lluvia que nos obligó a permanecer en Los Limones. Los moradores de ese sitio fueron corteses y amables con nosotros, y se interesaron vivamente en nuestro viaje.

Para los habitantes del Limón, guardamos nosotros la más alta estimación, por su frugalidad y hospitalidad parar con los extranjeros, y por ser al mismo tiempo, un núcleo humano que mora al pie de las montañas más altas del país.

Los Limones es una villa integrada por casas desparramadas situadas a orillas del río Jagua a una elevación de 760 metros, la cual es muy conocida por producirse en sus alrededores el limón dulce, el cual es del tamaño de una naranja dulce, y cuyo jugo tiene la misma consistencia del limón común de cáscara fina; esos limones son muy dulces y jugosos. En nuestra permanencia en Los Limones comimos la fruta ad-libitum, prefiriendo esa fruta a las naranjas dulces y de babor que allí se producen. La villa de Los Limones produce además, habichuelas coloradas, excelente café, arroz, plátanos, cerdos, aves de corral, que vimos en profusas cantidades en los patios de las viviendas.

Durante nuestra permanencia en Los Limones tuvimos la fortuna de obtener los servicios del Sr. Francisco Rodríguez, como guía en nuestra excursión, por haberse dedicado el Sr. Rodríguez a la caza de cerdos salvajes en diferentes expediciones a las regiones montañosas de ese lugar. El Sr. Rodríguez conoce perfectamente, y como el que más, esos solitarios lugares.

En el curso de nuestra expedición pudimos comprobar que el Sr. Rodríguez es una persona de un alto grado de sentido común, quien siempre desempeñó sus funciones de guía a nuestra entera satisfacción.

El Sr. Secretario de E. de Agricultura, para ayudarnos en nuestro viaje, envió al Sr. Agustín Valerio, Guardabosque del Servicio Forestal. El Sr. Valerio se presentó ante nosotros el mismo día que llegamos a Los Limones para ofrecernos sus servicios; el viaje a la cordillera fue organizado por él del modo siguiente: nos proporcionó tres recueros; Gongo Peralta, Rafael Peralta y Enrique Espinal, además utilizó los servicios de Félix Ma. Guzmán como ayudante todos esos hombres trabajaron infatigablemente durante toda nuestra excursión, por lo cual son dignos de encomio.

Los residentes en Los Limones nos informaron, mientras permanecemos en esa villa bajo los torrenciales aguaceros que caían que la lluvia en esos sitios duraba tres, cuatro o cinco días solamente. En efecto, su predicción resultó cierta; en la mañana del ocho de diciembre, la lluvia cesó y emprendimos nuestro viaje de ascensión en mulos y a pie hacia la Rusilla, (La Pelada). Nuestro grupo de expedicionarios lo componían diez hombres, a pesar de eso, hacíamos el viaje rápidamente la primera mañana. Al vadear el río Donaján, que tenía una rápida corriente, fue necesario que dos de nuestros hombres se desnudaran para buscar un lugar seguro en donde vadear ese río, pues las recientes lluvias habían hecho crecer todos los ríos de ese lugar. Al vadear el río Donaján, nuestras monturas subían y bajaban, debido a las enormes piedras que habían en el cauce del río; con algún trabajo cruzamos a la orilla opuesta del Donaján sin tener que lamentar ningún percance; eso sí, mojándonos con agua a la temperatura de 15 grados centígrados.

Después de vaciar el agua que se introdujo en nuestras botas, procedimos a ascender a la primera cima abrupta de la montaña que se levanta entre La Jagua y el río Donaján. Nuestro camino se orientaba ahora hacia el sur-oeste y las bellísimas palmas que festoneaban el río y las faldas de las montañas, nos sirvieron a manera de alameda en nuestra ruta. Las palmas eran especialmente notables en esa región porque raramente se encuentran agrupadas allí. A medida que ascendíamos iban desapareciendo las palmas y entrábamos entonces a un bosque de pinos de los cuales notamos ejemplares de 75 cm. de diámetro (29.52 plg.).

A las 12:30 p.m., llegamos a la cima de la montaña en donde descargamos nuestras mulas y las enviamos con dos hombres de nuestra expedición a Los Limones, para que ellos esperaran allí nuestro regreso.

La elevación del lugar donde nos encontramos ahora era 1.770 metros, la temperatura a la sombra 16 grados centígrados. En ese lugar abandonamos nuestras monturas para proseguir nuestro viaje a pie; a consecuencia de lo pesado de nuestras cargas, nos movíamos lentamente. Acampamos temprano en la tarde, cocinamos una abundante comida para todos. Levantamos nuestras casas de campaña y preparamos nuestras camas para acostarnos felices, pero cansados. Nos encontrábamos a una altura de 1.890 m., el agua era escasa y fue aquí en donde tuvimos que recurrir, por primera vez a adquirir agua del pinito, una planta parásita aérea que crece encima de los

árboles de esas regiones. Una planta de pinito recoge agua de lluvia en cantidad suficiente para llenar una taza y la conserva por varios días entre sus hojas.

Nosotros usamos esa agua para hacer café, té, y para muchos otros usos. Si no hubiéramos tenido la ayuda del agua de los pinitos hubiera sido extremadamente difícil proseguir nuestro viaje.

La noche pasó tranquila en nuestro campamento, castigados sí por una temperatura de 11 grados centígrados la cual obligó a todos los excursionistas a usar cuantos abrigos tenían a la mano. Levantamos nuestro campamento temprano en la mañana, y proseguimos el viaje, para encontrarnos al mediodía a una altura de 2.200 metros. Como el equipaje que llevábamos era sumamente pesado, decidimos alivianar nuestras cargas, abandonando todo lo innecesario hasta nuestro regreso; ésta fue una sabia disposición porque nos permitió viajar esa tarde mucho más rápidamente. La dirección de nuestro viaje ahora se había cambiado al sur franco; cerca de las 4:30 p.m., a consecuencia de lo nublado, oscureció intensamente y nos vimos obligados a acampar temprano.

La topografía a través de la cual pasamos después de haber devuelto las monturas es diferente a los lugares de parte nuestro viaje.

El crecimiento del bosque era denso y nos obligó muchas veces a agacharnos para pasar debajo de los árboles; muchas veces nuestros guías tuvieron que hacer uso del machete para abrirse paso. El bosque es tan denso en esos parajes que las raíces y los troncos de los árboles formaban una gruesa alfombra de varios pies de espesor, sobre la cual muchas veces resbalamos. Sobre esa clase de terreno levantamos nuestro campamento muchas veces.

Al siguiente día de nuestra excursión, nos movimos rápidamente hasta el mediodía cuando ya el sol calentaba demasiado. Como a la 1 p.m., pudimos ver cerca de la cima de la Loma Rusilla reflejos brillantísimos, los cuales examinamos con nuestros binóculos sin poder determinar lo que era. En nuestra libreta de viaje tomamos nota del origen de esa refracción peculiar para determinarla de cerca, más tarde. Temprano en la tarde, al empezar nuestro descenso a la Loma Rusilla, descendimos hasta un arroyuelo donde descansamos durante algún tiempo, y es donde tomamos buena cantidad de agua clara y fresca. Ascendiendo a una altura de 300 metros sobre el arroyuelo y a alguna distancia de él acampamos en la falda de la Loma Rusilla a las 4:30 p.m., donde estábamos ahora era demasiado alto para encontrar plantas de pinitos. Como habíamos llenado todos nuestros receptáculos de agua, teníamos suficiente líquido para nuestra cena y desayuno del día siguiente. Una vez en el campamento, decidimos levantarnos a las 2 a.m., para ascender a la cima de la Loma Rusilla.

Levantarse en las montañas de los trópicos a las 2 a.m., con una temperatura de cinco grados centígrados, es tarea dura y, por consiguiente, nece-

sitamos dos horas para conseguir que nuestros compañeros de excursión se levantaran. A las cuatro de la mañana empezamos nuestra ascensión iluminados por un hacho de cuaba encendido que los brillantes rayos de la luna ayudaban, aumentando la visibilidad; a las seis de la mañana nos encontramos en la cima de la Loma Rusilla. A la salida del sol, que se empinaba ya sobre el horizonte, la sombra producida por la Loma Rusilla sobre la cadena de montañas circunvecinas, producía cambios multicolores admirables que, por primera vez, observamos en las montañas. El matiz de la atmósfera sobre el Valle variaba de un intenso azul a un claro-azul y producía tonalidades horizontales multicolores; la escena en general era fantástica. El horizonte al este del lugar en donde estábamos se enrojecía a medida que ascendía el sol en el espacio. En los valles distantes las semi-sombras de las nubes aparecían como lagos de agua cristalina. Este espectáculo matutino era espléndido, y nos detuvimos para maravillarnos de él y pensar que el viaje y sus dificultades a esas montañas se justificaba con la contemplación de una mañana como la que admirábamos.

Desde el lugar en donde estábamos, hacia el sur-oeste, pudimos observar dos picos de montañas gemelas, no muy lejos de nosotros que nos parecieron ser de la misma elevación del pico de la Loma Rusilla; las dos cimas en cuestión eran las únicas de esa elevación en la vecindad inmediata. A la distancia, hacia el sur-este pudimos ver, lo que nos pareció ser el Monte Tina, el cual aparentemente es de la misma altura que la Loma Rusilla. Desde el Monte Tina, las montañas lejanas que se extienden al norte, hay otro pico que aparentemente es tan alto como los que podíamos observar desde ese sitio. Cuando calibramos nuestro barómetro en el Departamento Nacional de pesas y medidas standards en los Estados Unidos, al regresar a nuestro país, constatamos que el pico de la Loma Rusilla tiene cerca de 3.042 metros de altura.

La cima de la Loma Rusilla está desprovista de árboles, una grama de color marrón parece ser la única muestra de vida vegetal en ese sitio, la cual crece entre las piedras; las piedras casi cubren por completo la Loma Rusilla. Al lado norte de esa montaña encontramos considerable cantidad de escarchas, algunas de ellas de ocho centímetros de espesor, la temperatura del suelo de ese sitio mostró una variación de 0 grado centígrados, en la cima de la cual está expuesta ya a los rayos matutinos del sol; el suelo se calentó más a medida que el sol la hería. La vegetación es densa en casi todas las montañas que pudimos ver desde arriba.

Antes de descender de la Loma Rusilla investigamos el lugar donde habíamos visto los reflejos brillantes, asombrados encontramos témpanos de hielo que se habían solidificado sobre las rocas. Los rayos solares habían herido ese témpano en un ángulo propicio para reflejar sus rayos sobre el camino el día anterior de nuestro ascenso. De ese témpano de hielo recogimos varios pedazos y los convertimos en agua, pues ya estábamos sedientos.

Descendimos rápidamente de la Loma Rusilla, levantamos nuestro campamento e iniciamos nuestro regreso a Los Limones, pues, ya no teníamos ni agua ni alimentos. El día de nuestro regreso a Los Limones fue el más cálido que sentimos en toda nuestra excursión; viajar en esas latitudes sin agua es someterse a duras pruebas. Ese día acampamos temprano en la tarde. Llegamos a Los Limones en la noche del día 12 de diciembre, después de haber estado todo el día desde la salida del sol hasta la caída de la noche caminando por ásperos senderos. Al acercarnos a las primeras casas de Los Limones algunos de sus habitantes, que sabían que regresábamos, salieron a recibirnos ofreciéndonos alimento caliente. Pernoctamos en Los Limones, y al siguiente día montamos nuestros mulos para regresar a Jánico. En el trillo que conduce de Jánico a Los Limones nuestro guía fue saludado por un viajero en español, y cuando nos preparábamos para corresponder a su saludo en español, saludó a otro de nuestros acompañantes en francés, pero antes de pensar nosotros corresponder a su saludo en francés, viendo el viajero que éramos americanos, nos sorprendió saludándonos en inglés.

A nuestro regreso a la Ciudad de Santiago asistimos a un baile que el Dr. Pérez y su esposa habían preparado para nosotros, en ese baile nos divertimos agradablemente, y conocimos gentes verdaderamente gentiles.

Al regresar a la capital de la República, tuvimos el placer y el honor de conocer a Su Excelencia el Presidente de la República, e igualmente pudimos admirar la obra de progreso y desarrollo agrícola que el Presidente realiza con tesonera voluntad.

Nuestro viaje a la República Dominicana fue grato por todos conceptos; consideramos que es un país interesante, en el cual hemos dejado gratos amigos, con los cuales deseamos mantener tibias nuestras relaciones.

INDICE DE AUTORES,
TOPÓNIMOS, FLORA Y FAUNA

- A**
- Abad, José Ramón
637, 702
- Abeja
160, 192, 196, 280, 282, 505, 580, 661,
717
- Abeto
140, 624
- Abijas, río
642
- Abraime, provincia
133
- Abutarda
275
- Acacia
399, 408, 540
- Acebo
142
- Acedia, pez
175, 270
- Aceitillo
695
- Aceituna
124
- Acelga
154
- Acla, villa
179
- Acomal (caya amarilla)
505
- Acosta, Padre
318, 585
- Acul, ciudad
303
- Achiota (bija)
515
- Adamanay (Saona), isla
525
- Adirondacks
596
- Africa
140, 192, 484, 539, 567
- Agachadiza, ave
571
- Agua, sierra del
712
- Agua Dulce, arroyo
749
- Aguacate
297, 298, 513, 522, 541, 570
- Aguacate, poblado
626, 667
- Aguas Hediondas, arroyo
349, 469
- Aguas Profundas, arroyo
479
- Agueibana, prov.
215
- Agujón, pescado
662
- Aguila
186, 270, 314
- Aguilas, ensenada de las
434, 523
- Aguja, pez
175, 270
- Agujas, punta de las
434, 510, 511
- Agutí, mamífero
517, 718
- Aje
33, 36, 37, 43, 83, 84, 245, 246, 253, 297, 318

- Ají
85, 86, 90, 243, 253, 298
- Ajonjolí
653
- Alacrán
201, 270, 290, 590, 661, 698, 709
- Alacranes, isla de los
178
- Albahaca
154, 473
- Albaricoque
287, 483, 513, 624, 693
- Albérchigo
100
- Albur (mijol)
37
- Alcachofa
90-93, 624, 653, 693, 702
- Alcocer, Luis Gerónimo
274
- Alcornoque
140
- Alejandría
57, 87, 272
- Alemania
91, 108, 133
- Alfafa
653, 701
- Algarroba
298
- Algodón
32, 37, 39, 44, 47, 58, 64, 97, 107, 133,
135, 151, 269, 300, 377, 383, 402, 404, 430,
435, 510, 515, 522, 530, 536, 539, 548, 551,
554, 564, 567, 570, 579, 580, 586, 610, 611,
617, 619, 624, 653, 665, 694
- Almáciga
32, 37, 42, 47, 258, 297, 371, 564
- Almeja
157, 270, 308
- Almendra
251, 257, 431, 541, 575, 579
- Almendra
695
- Aloe
44, 277, 539, 541, 608, 611
- Alpes
337
- Alquitira (tragacanto)
37
- Altamira, pobl.
573, 621, 626, 683, 684
- Altiboni, región
48
- Alto Velo, isla de
427, 511, 583
- Altramuz
57, 58
- Alvarez Chanca, Diego
35
- Alvarez de Peralta, José A.
562
- Amaguey, valle
206
- Amazonas, río:
484, 698
- Ambo (Africa), prov.
126
- América
314, 333, 375, 378, 418, 427, 430, 441,
482, 502, 519
- América Central
649
- Amina, río
215, 227, 237, 321, 397, 462, 465, 607,
641, 648, 683
- Aminilla, río
690
- Amor seco
271
- Anade
44, 239, 302, 391, 625
- Anamuy, río
623
- Ancardo
624
- Andalucía
64, 95, 98, 200, 214, 248
- Angel, cabo del
35, 212
- Angostura (San Rafael de la), pobl.
466
- Anguila
56, 175, 226, 241, 476, 662
- Anniuci, región
48

- Anón
113, 386, 522, 581, 582, 693, 695
- Ansar
36, 169, 170, 187, 239, 280, 391, 662
- Anses a Pitre (Haití), río
433, 434, 507, 510
- Antillas
295, 309, 313, 314, 316, 419, 426, 458,
495, 522, 567, 583-585, 591, 695, 696,
698, 699, 717, 719, 728-730, 734, 739
- Antorcha, árbol
341
- Añil
271, 318, 378, 402, 412, 413, 448, 487,
515, 523, 529, 539, 580, 586, 653
- Apio
153
- Aquifolio (acebo)
140
- Arabia
57, 565, 586
- Arabo, región
48
- Aragón
66, 96, 98, 153, 171, 181, 185, 722
- Araínos, río
356
- Aramaná, región
48
- Araña
198, 290, 316, 590, 619, 661, 698, 708,
717
- Araujo y Rivera, Fernando
298
- Arbol Gordo
228, 232, 666
- Arcadia
136
- Archahaye (Haití)
485
- Arce
505
- Ardilla
536, 718
- Arévalo (España), ciudad
180
- Arroyo Hondo, pobl.
624
- Arroz
277, 300, 409, 504, 614, 624, 653, 693,
740
- Arruruz (arruru ararú)
581
- Artibonito (Hatibonito), río
45, 47, 75, 145, 220, 221, 264, 278,
305, 337-339, 348, 353, 365, 466, 469-
471, 476, 478, 481, 499, 508, 563, 599,
620, 623, 626, 641, 647, 676, 685, 690
- Artués
91
- Aruaguei, región
48
- Arveja
246
- Asia
140, 567
- Asno
173, 270, 432, 696
- Atíci, región
48
- Atlántico, océano
566, 570-572, 725
- Atún
243, 662
- Auyama
277
- Auyamas, loma de las
670
- Auzubo
110
- Avellana
108, 111, 112, 150, 151, 246, 253
- Aversa (Italia)
116
- Avila (España), ciudad
84, 95, 181, 673
- Avispa
166, 188, 191, 196, 201, 317
- Ayqueroa, región
48
- Azafrán
384, 533
- Azor
191, 270
- Azores, islas
198

Azua

70, 71, 216, 217, 223, 229, 234, 237, 275, 276, 281, 284, 296, 297, 334, 340, 343, 344, 364, 365, 368, 375, 389, 391, 416, 427, 428, 436-443, 445, 471, 472, 477, 479, 482, 484, 491-494, 496, 500, 502, 503, 505, 507, 512, 514, 519, 523, 528, 530, 534, 543, 578, 580, 582-584, 593, 611, 621, 623, 635, 638, 644, 646, 674-679, 690, 693, 700, 711, 713, 719, 729

Azua, valle de

360, 562

Azuey, lago

473, 476, 716

Azuzi (Azuey)

276, 643

Azzuei, región

48

B

Babbareo, lago

50

Bagonay, arroyo

346, 470, 471

Baguarimaho, región

48

Bahamas, canal de las

418

Bahuán, río

52

Baigüa

174, 184

Baigüate, río

629

Bainoa, prov.

47-50, 52, 206, 208, 219-221, 234, 235

Bajabonito, río

209, 623, 689

Ballena

243, 270, 662

Balsain, ciudad

123

Bálsamos, árbol

40, 42, 147-149, 156, 157, 260, 266, 272, 274, 482, 505, 552

Banana

537, 567, 618, 624, 693

Baní, ciudad

343, 389, 438, 440, 443-445, 477, 479, 490, 491, 496, 497, 505, 507, 514, 523, 528, 534, 543, 546, 549, 578, 583, 584, 644, 674, 675, 677-679, 713

Baní, río

333, 342, 438, 549, 624, 674

Baní, sierras de

639

Baní, valle

359, 428, 519, 528, 562, 621, 644, 693

Bánica, pueblo

337-339, 346, 347, 360, 365, 389, 416, 427-429, 470, 474, 481, 499, 493, 646, 676

Bánica, valle

469, 473, 500, 501, 623, 646

Banilejo, monte

636, 639, 641, 645, 678-680, 711

Banilejo, río

678, 680

Banique, prov.

219, 220, 223

Baño de la Cantina

474

Baño de los Bosques

474

Baño Grande

474

Baño Pequeño

474

Bao, río

465, 466

Baoruco, sierra

48, 64, 216, 217, 221-223, 306, 428, 433-436, 492, 496, 507, 508, 510, 511, 520, 523, 578, 593, 640, 642, 644, 646, 647, 690, 699, 700, 712, 713

Barahona

593, 594, 646, 675-677, 712

Barbacoa, montaña

639

Barcelona

116

Baría (mora)

298, 370, 730, 733

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- | | |
|---|---------------------------------------|
| Barlovento | Bermuda |
| 301, 660 | 129 |
| Barracuda | Berro |
| 544 | 65 |
| Barranca, arroyo | Berza |
| 405 | 65, 85, 154, 170 |
| Barrancolí | Besugo |
| 662 | 484, 504 |
| Barrero, monte | Bezerro, cabo |
| 628, 629, 677 | 34 |
| Basilea | Biajama, río |
| 506 | 355, 457, 475 |
| Batalla, río | Gigama, montaña |
| 465, 466 | 531 |
| Batata | Bija |
| 43, 84, 90, 245, 246, 270, 277, 301, | 87, 106, 383, 431, 580, 653 |
| 409, 541, 624, 631, 693 | Blanco, río |
| Bateau (Haití), río | 355, 457, 475 |
| 691 | Boba, río |
| Batei | 623 |
| 669, 684 | Boca Canasta |
| Bayaguana | 523 |
| 385, 386, 416, 497, 535, 624, 645, 671, 715 | Boca del Río |
| Bayahonda | 730 |
| 683 | Boca Mula |
| Bayajá | 676 |
| 281, 305 | Boca Nigua |
| Beata, cabo | 524 |
| 435, 507, 594, 690 | Bohorca, río |
| Beata, isla | 466, 468 |
| 146, 306, 426, 428, 433, 434, 511, 523, | Boj |
| 545, 583, 593 | 140, 288 |
| Bejuco | Bolivia |
| 59, 156, 695 | 716 |
| Bellota | Bolloveo (Bellavista?), monte |
| 56 | 402 |
| Belprado, cabo | Bonao |
| 34, 35 | 74, 228-231, 235, 237, 644, 666, 667, |
| Benjuí | 679-681 |
| 539 | Boni (bálsamo) |
| Berbesí, río | 40 |
| 691 | Boniato |
| Berenjena | 79, 95, 585, 693 |
| 65, 153, 267, 301, 582 | Bonito, pescado |
| Bermejo, río | 308 |
| 356, 446, 668-670 | Borgoña |
| Bermejuela | 91 |
| 174 | |

- Borinquén
145
- Borni, ave
186
- Borraja
44, 47
- Bóvedas de Abajo, punta
434
- Boyá
416, 498
- Brasil (palo)
39, 46, 64, 138, 221, 256, 266, 269, 274,
278, 288, 482, 505, 523, 552
- Brasilete
579
- Breva
252
- Brujuelas, río
275, 642, 672
- Brusca
378
- Bruselas
189
- Buaici, región
48
- Búcaro, ave
662
- Buenaventura, pobl.
449, 457, 666, 667
- Buey
47, 51, 167, 310, 312, 315, 366, 432,
573, 696
- Búho
662
- Burdeos
516
- Burgados, ensenada
435
- Buso, pico
690
- C**
- Caballo
47, 64, 67, 70, 78, 80, 170, 211, 269,
270, 271, 276, 277, 282, 291-293, 296,
297, 302, 319, 386, 387, 396, 432, 442,
472, 501, 502, 519, 542, 543, 573, 624,
629
- Cabeza de Diablo
339
- Cabima
272, 278, 370, 570, 579
- Cabo Cabrón
526, 689
- Cabo Francés
319, 320, 330, 338, 339, 394, 427, 456,
464, 468, 481, 507, 623
- Cabo Haitiano
686
- Cabo Rojo
510
- Cabo Verde (Africa)
126, 174
- Cabra
174, 265, 266, 269, 270, 296, 297, 383,
432, 501, 502, 512, 523, 542, 543, 624,
625, 696, 719
- Cabras, isla
716, 720
- Cabrito, loma
349
- Cabritos, isla
475, 476, 701
- Cabuya
88, 89, 134, 386, 610, 611
- Cabuyas, río
365
- Cacagual
383
- Cacao
139, 281, 284, 298, 301, 354, 382, 397,
401, 404, 431, 461, 510, 515, 529, 532,
536, 537, 564, 570, 586, 610, 624, 653,
665, 671
- Cachimán
676
- Cádiz
431, 482
- Café
376, 377, 404, 406, 409, 430, 435, 448,
510, 516, 522, 529, 532, 536, 548, 554,
564, 567, 570, 579, 580, 586, 610, 614,
617, 624, 665, 671, 679, 694, 695, 701,
725, 740
- Cahini, isla
48

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Cahonao, monte
 52
 Cahos, loma
 578
 Cahueco, río
 337
 Caicimu, prov.
 47-49, 53
 Caicoa, región
 53
 Caiguani, monte
 50
 Caiguani, prov.
 219, 223, 229
 Caimán
 240, 278, 282, 290, 291, 322, 455, 475,
 476, 504, 556, 589, 612
 Caimán, río
 624, 661, 691
 Caimito
 103, 256, 287, 297, 298, 513, 552, 581,
 693
 Caionani, valle
 49
 Cajuil
 284, 513, 538
 Calabaza
 44, 47, 86, 90, 277, 301, 610
 Calabaza, pobl.
 678
 Caladera, río
 466, 468
 Calagua
 43
 Calamón, ave
 186
 Calandria
 240, 280, 662
 Calderas, ensenada de
 428, 440, 443, 491, 646, 674
 Calderas, punta
 445, 490, 512
 California
 610
 Camarón
 32, 175, 226, 281, 394
 Camín, río
 222
- Camú, río
 237, 238, 323, 353, 354, 359, 366, 397,
 406, 459-461, 464, 486, 498, 526, 570,
 584, 621, 623, 627, 632, 640, 642, 649,
 677, 681, 687, 714, 722
 Campanilla azul
 43
 Campeche (palo)
 571, 574, 579, 587, 624, 695, 717
 Canabacoa, región
 48, 52, 236, 238, 239
 Canadá
 315
 Canaguey (bálsamo)
 40
 Canarias, islas
 67, 102, 173, 174, 236, 267, 328, 375,
 444, 453, 514, 585
 Candela, arroyo
 491
 Canela
 37, 40, 41
 Canaei, región
 48
 Candelaria, pobl.
 332
 Candelón
 369, 370, 564, 567, 587, 624, 695
 Cangrejo
 175, 226, 290, 294, 308, 309, 484, 504,
 524, 544
 Canín, río
 557
 Cano, arroyo
 730
 Canoa, sabana
 463, 481
 Caña cimarrona
 678
 Cañada Seca, río
 349, 468
 Cañafistola
 39, 56, 64, 98, 99, 128, 141, 266, 268-
 271, 274, 278, 288, 297, 298, 304, 364
 Cañafistol, pueblo
 675, 678
 Cãñamo
 301, 386

- Caoba
123, 130, 132, 278, 298, 368-370, 482,
504, 511, 513, 516, 522, 523, 526, 533,
535, 548, 552, 556, 563, 565, 567, 568,
570, 571, 574, 579, 582, 587, 613, 624,
684, 694, 695, 720
- Caoba, río
690
- Caobán, arroyo
668
- Capá, árbol
278, 370, 526, 534, 563, 570, 579, 587,
695
- Capitán, pescado
662
- Capotillo, río
340
- Capua (Italia)
116
- Carabaya (Perú)
226
- Caracas
300, 382, 383, 431, 442, 514, 543
- Caracola, cerro
345
- Cardo
56, 58, 66, 88, 90, 94, 118, 119, 154
- Cardona
264
- Caribe, mar
284, 308, 560, 645, 661, 711, 712, 715
- Caribe Plata, río
400
- Carnero
40, 58, 65, 173, 270, 278, 281, 296,
386, 512
- Carpa, pescado
504
- Cartagena de Indias
71, 133
- Cary, Frank
738
- Casamancebo, sabana
446
- Caspio, mar
49, 50
- Castaña
33, 80
- Castilla
31, 32, 66, 77, 83, 86, 88, 92, 95, 97-
99, 104, 112, 116, 118, 121, 123, 129,
134, 137, 141, 143, 147, 152-155, 160,
163, 171, 173, 181, 188, 189, 190, 196,
200, 210, 214, 216, 217, 220, 222, 224-
226, 231, 232, 236, 240, 241, 244-247,
249, 250, 252-264, 304, 391, 522, 722
- Castilla de Oro
71, 84, 90, 105, 127, 129, 171, 198
- Castellanos, loma de los
671
- Castillos Morados, loma
736
- Catalina, arroyo
674
- Catalina, ensenada de
445
- Catalina, isla
511, 583
- Cataluña
67, 98, 116, 264
- Catarey, arroyo
668
- Catey
624
- Cáucaso
44, 337
- Caulo (Cuba), río
242
- Caunoa, región
48
- Caya, árbol
369, 570, 587, 624
- Cayabun, prov.
52, 53
- Cayacoa, prov.
216, 217
- Cayo Levantado
721
- Cayos de Jacmel
435
- Cayuco
321
- Cazacubana, monte
52
- Cazón
175

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Cazuí, río
71
- Cebaco, isla
170
- Cebada
653, 701
- Cebolla
154, 215, 264, 563, 726
- Cebolleta
65
- Cedo
128, 140, 256, 272, 278, 287, 298, 371,
482, 505, 513, 556, 565, 567, 579, 587,
624, 694, 695, 716, 720
- Ceiba
132, 134, 141, 371, 404, 484, 535, 547,
564, 579, 587, 695
- Ceiba, arroyo
676
- Cepicepi, sabana de
446
- Cepicepi, río
70, 217, 333, 438, 439
- Cerceta
295, 503
- Cerdo
55, 374, 386, 387, 432, 434, 452, 501,
502, 512, 542, 543, 588, 618, 696,
740
- Cerebano, islas
121
- Cereza
100, 251, 552
- Cernícalo
186, 239
- Cerro de los Pinos
468
- Cevicos
326, 327, 350, 405, 456-458, 498, 669,
670, 681
- Cevicos, cadena de
428
- Cevicos, río
355, 599, 641
- Chacuey, río
320, 350, 397, 405, 463-465, 670
- Chagani, río
414
- Chaquane, río
414
- Charlevoix, Pierre F. X. de
303
- Chavón, río
524, 672, 673
- Chelsea
524
- Chicharrones, río de
729
- Chimaché, punta
434
- China
511, 699
- Chirimoya
513, 522
- Chirivía
582
- Chorreosa, montaña
737, 738
- Cibao
35, 46, 48, 51-53, 223-231, 234, 237,
254, 341, 347, 348, 352, 354-356,
394, 395, 397, 418, 421, 427, 429,
433, 436, 438, 440, 442, 444-446,
456, 460, 461, 465, 466, 471, 472,
480, 485, 495, 498, 499, 507, 527,
556, 559, 563, 565, 570, 571, 579,
582, 598, 599, 602, 603, 622, 626,
627, 633, 637, 639-644, 647, 651,
666-671, 675, 679, 681, 684, 689-692,
694-696, 700, 712, 714, 725, 730, 733
- Cibao, río
75, 264, 672
- Cibao, sierra
578
- Cibú, arroyo
227
- Cidra
65, 270, 272, 279, 282, 298, 552, 624,
653, 693
- Ciempies
195, 290, 317, 504, 544, 582, 590, 661,
698, 709, 717
- Ciervo
54
- Ciguayos, prov.
211, 212, 214

- Cigüeña
188, 295
- Cigüita
544
- Cinamomo
44, 567
- Cipango
45, 223
- Ciprés
140
- Ciruela
100, 102, 251, 288, 541, 581, 693
- Coatí
718
- Cochinilla
289, 546
- Cocodrilo
168-170, 242, 278, 308, 311, 322, 615
- Cocuyo
59-61, 201, 202, 217, 264, 315, 316, 546
- Codorniz
662, 697
- Cohoba
137
- Cohombro
44, 47
- Col
44, 47, 56, 57, 65, 154, 246, 266, 536, 624
- Colibrí
294, 296, 314, 315, 662, 685, 698, 718
- Colón, Cristóbal
31
- Colorado, pescado
662
- Comate, río
715
- Comoiaya, río
53
- Conejo
36, 37, 44, 54, 173, 567
- Congrio
308
- Constanza, río
677
- Constanza, valle de
360, 473, 499, 507, 528, 578, 599, 602, 628-633, 636, 638, 680, 700, 711, 713, 728, 730, 735, 737, 738
- Copey
55, 111, 258, 283, 371, 564, 619, 694, 695
- Copey, arroyo
670
- Copra
581
- Córbano
138
- Cordero
302
- Córdoba
31-34, 65
- Cornuda, pez
175
- Corvina
32
- Cosbeck, bahía de
455
- Costa de la Pimienta (Africa)
540
- Cotorra
294, 391, 544, 589, 662, 698
- Cotuí
48, 53, 228, 231, 284, 326, 349, 354, 366, 396-398, 404-407, 417, 431, 449, 457, 458, 460, 465, 477, 480, 481, 487, 490, 498, 509, 515, 519, 526, 556, 557, 559, 570, 575, 579, 598-600, 603, 667, 669-671, 689, 712, 726
- Crescentino
17
- Críbe-Plata, río
357, 446
- Croix des Bouquets (Haití)
472, 493, 494
- Cuba
41, 56, 150, 174, 182, 226, 228, 239, 242, 250, 256, 257, 280, 311, 318, 371, 378, 419, 430, 514, 522, 533, 540, 542, 563, 564, 585, 588, 593, 603, 606, 627, 660, 661, 694, 696, 698, 711, 717, 725
- Cubagua
185

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Cucaracha
318
- Cuchareta, ave
391, 662
- Cucurucho, pico
578, 714
- Cuenca (España)
123, 145
- Culantro (cilantro)
153, 155
- Culantrillo
155, 263
- Culata, arroyo
670
- Culebra, arroyo
670
- Culebras, golfo de las
172
- Cul de Sac (Haití), lago
305, 306
- Cul de Sac, pueblo
305
- Cul de Sac, río
691
- Cumayasa, río
40, 497, 624
- Cuerno de buey, árbol
372
- Cuervo
187, 239, 280, 294
- Cuesta Blanca
669
- Cuevas, río
641, 736, 738
- Curazao
583
- Curie (curí)
163, 240, 265, 318, 361, 542, 587, 661,
696, 709
- Cuya
139
- D**
- Dabiagua, región
48
- Dahabonici, región
48
- Dahao, pez
225, 362, 524, 662, 688
- Dahario, río
48
- Daiguani, monte
50
- Dajabón, ciudad
324, 338-340, 347-349, 395, 397, 398,
414, 427, 464-466, 468, 469, 477, 479,
480, 481, 485, 486, 499, 507, 682, 683,
722
- Dajabón, río
237, 319-321, 323, 340, 353, 359, 366,
429, 584, 612, 621, 623, 641, 689, 715
- Damajuana, árbol
283
- Damas, río de las
436, 475
- Damasco
130, 310
- Darién
105, 121, 129, 132, 155, 175
- Dátil
90, 98, 124, 266, 279, 297, 298, 372
- David, lomas de
689
- Delfín
50
- Demajagual, loma
670, 671
- Deschamps, Enrique
699
- Descubierta, río de la
475
- Despoblado de Santiago, valle
562
- Des Truyes, ensenada
435
- Des Vares (Haití), ensenada
435
- Diablo, pico del
578, 638, 710
- Diaguao, región
48
- Diahaca, pescado
225
- Dicayagua, río
227

- Diego de Ocampo, pico
573, 578, 626, 636, 649, 684, 689, 699,
711
- Dixon Portes, Davis
547
- Donaján, río
741
- Dondon (Haití)
338, 349, 427, 430, 466, 467, 472, 690
- Don Juan, sabaneta de
668
- Doña Ana, arroyo
674
- Dorado, pescado
175, 241, 308, 484, 504, 662
- Dos Ríos
672
- Drago, boca del
137
- Duero, río
137, 220, 274
- Duey, río
362, 524
- Durazno
37, 91, 93, 95, 100, 115, 226
- E**
- Ebano
375, 505, 535, 563, 564, 567, 587, 614,
618
- Ebro, río
137, 274
- Echagoián, Juan de
266
- Eggers, barón de
625
- Egipto
57, 141
- Ekman, Erick L.
727
- Elefante
47, 51, 81
- El Cabo (Le Cap, Haití)
478, 481, 484, 488
- El Caimito
323
- El Cayetano, pico
636
- El Cercado
338, 676
- El Fundo
437
- El Helechar
634
- El Limón, pobl.
626
- El Llano, pobl.
674
- El Mogote, pico
628
- El Mole, cañada
327
- El Número, monte
675, 713
- El Pedrel, pobl.
629
- El Pinal, monte
574
- El Pinal, pobl.
678
- El Piñón, pobl.
468
- El Puerto, montañas
344, 439, 627
- El Seibo
356, 358, 416, 429, 497, 528, 582,
588, 644, 651, 668, 672, 673, 693,
726
- El Tetero
731, 735, 736
- El Valle
671, 672
- Encina
47, 138, 482, 505, 556, 579
- Engaño, cabo
212, 507, 509, 621, 644, 690
- Enriquillo, lago
275, 306, 307, 428, 475, 496, 499, 500,
531, 578, 594, 643, 646, 675, 676, 690,
691, 700, 713, 716
- Entre Ríos, pico
578
- Escalante, sabanita de
463
- Escarabajo
59, 60, 197, 207, 264, 316

- Escocesa, bahía
498, 507
- Escolopendra
159
- Escorpión
201, 316, 504, 544, 556, 582, 698, 717
- Esmeralda, montaña
458
- Esmerejón, ave
187
- Espada, punta
285, 428, 507, 509, 668
- Españillat, prov.
647
- España
31, 32, 35, 36, 38, 40, 47, 56, 64-66, 68, 69, 72, 77, 79, 80, 82-84, 86, 89-91, 93, 95-100, 105, 108, 115-117, 121, 123-128, 129, 136, 137, 141-147, 149, 152-155, 162, 164, 167, 171-176, 178-180, 184-187, 189, 190, 192, 195, 197-200, 235, 237, 243, 253, 262, 263, 265-271, 273, 274, 277, 280, 281, 285, 315, 375, 376, 384, 390, 426, 430, 431, 433, 441, 445, 530, 537, 538, 540, 541, 545, 568, 580, 583, 585, 588, 589, 602, 633, 694, 696, 721
- Española, La
32, 33, 35, 38, 41, 46, 47, 53, 55, 58, 59, 64, 66, 72, 73, 75, 78, 82-85, 87, 90, 95-97, 102, 108, 110, 115-117, 120-123, 125, 126, 128-130, 134, 135, 137-143, 145, 147, 151-154, 161, 162, 164-166, 168, 170, 172, 173, 179-182, 184-187, 189-192, 195, 198, 200-202, 206, 211, 216, 219, 223, 228, 233, 240, 249, 250, 254, 257, 258, 260, 263, 266, 271, 274, 276, 279, 283-285, 291-294, 296, 298, 303, 307, 318, 359, 384, 386, 388, 415, 506, 566, 583-588, 694
- Esparceta, planta
653, 701
- Espárrago
582, 653, 702
- Esperanza, pobl.
682
- Espinaca
94
- Espinillo
535, 563, 570, 579, 717
- Espino (yagua)
43, 123, 563
- Estados Unidos
579, 663, 717, 719, 743
- Estebanía, pobl.
675, 678
- Estero Balsa, puerto
689
- Estero de los Légamos
453
- Estocolmo
729
- Etang Salé (Enriquillo), lago
306, 478
- Europa
93, 97, 117, 140, 145, 164, 198, 278-281, 283, 287-289, 294, 301, 304, 313, 314, 324, 332, 361, 385, 386, 390-392, 394, 410, 417, 425, 426, 437, 495, 501-503, 505, 522, 537, 538, 540, 542, 543, 546, 57, 585, 587, 588, 624, 625, 696, 698
- Exquemelin, Alexander O.
283
- F**
- Faisán
36, 273, 280, 313, 391, 437, 483, 503, 543, 589, 625
- Falso, cabo
434, 435
- Farfán, llanura de
428
- Fernández de Navarrete, Domingo
296
- Fernández de Oviedo, Fernando
43
- Ferrara
91
- Filadelfia
371, 390, 442
- Flamboyán
687
- Flamenco, ave
280, 294, 295, 314, 315, 391, 503, 543, 571, 589, 662, 698

- Flechas, golfo de las
212
- Florentino, cantón de
676
- Florida
419
- Foca
531
- Fond Parisien (Haití), laguna
476
- Fondo, laguna del
437, 646, 676, 690, 700, 716
- Fort Dauphin (Haití)
415, 464
- Foux (Haití), cabo
689
- Fragata, ave
295, 452
- Frailes, isletas de los
511
- Francés, cabo
303
- Francia
39, 91, 145, 192, 293, 314, 319, 339,
404, 411, 426, 450, 721
- Frank, Harry, A.
722
- Fresa
653
- Fresno
386
- Frío, río
690
- Frijol
65, 96, 153, 277, 287, 582, 610, 631,
693, 724
- Froid (Haití), río
691
- Fustete, árbol
368, 505, 563, 567, 579, 587, 614, 618,
695
- G**
- Galán, arroyo
363, 447
- Galápago
179, 278, 281, 297
- Galera, pez
310
- Galicia
80
- Gallina
37, 66, 170, 172, 241, 269, 270, 273,
280, 285, 287, 294, 297, 298, 302, 313,
315, 391, 401, 483, 543, 544, 549, 555,
589, 625, 696
- Gallo, monte
638, 711
- Ganas (Boma), bosque de las
406
- Gándara, José de la
621
- Ganso
294-296, 302, 313, 483, 543, 589
- Garbanzo
75, 156, 246, 298, 653, 693, 701, 702
- Garzota
186, 270, 276
- Gabina, ave
186
- Gaviota
186, 662
- Guyacoa, región
48
- Gelanda
91
- Goajaca, llanura
466, 467
- Goguera, arroyo
404, 405
- Golondrina
60, 186, 270, 718
- Gonaive
311, 421, 466, 481, 485, 539, 690,
691
- González de Mendoza, fray Juan
270
- González Llana, M.
564
- González Tablas, Ramón
583
- Gorda, sierra
578
- Corrión
239, 698

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Grajo, ave
280
- Gran Bretaña
721
- Gran Canaria, isla
102, 206
- Gran Espero
699, 710, 714
- Gran Latuna (Laguna Salada)
476
- Gran Sabana de Orián
326
- Grand Riviere (Haití), río
466, 481, 691
- Granada, ciudad
44, 122, 200, 218, 687
- Granada
98, 270, 279, 540, 574, 694
- Granadillo
278, 372, 513, 535, 552, 563, 587, 624, 695
- Granadinas, islas
418
- Grulla
544
- Guaba, río
226, 227, 237, 298, 348, 464, 466, 468
- Guaban, valle
48, 202, 207, 219, 220, 228, 231, 235, 277, 360, 365, 427, 429, 474, 562, 621, 623, 646, 647, 676
- Guabá
708
- Guabatico, sabana de
671
- Guabina
174, 225, 662
- Guacaa, laguna
50
- Guácara, río
446
- Guacayarima, región
47, 48, 53, 218, 221
- Guácima
108
- Guaco, río
353, 461
- Guaconejo
372, 563, 624
- Guadalquivir, río
33, 34, 137, 225, 274, 281
- Guadalupe, isla
250, 410
- Guadiana, río
137
- Guahaba, cabo
228, 234
- Guajaba, río
466, 499
- Guamabo, río
49
- Guamila, río
354, 480
- Guamitas, arroyo
406, 465
- Guamo, río
642
- Guanábana
113, 251, 297, 298, 552, 574, 581, 582, 585, 693
- Guanahama, río
225, 237
- Guanajo
587, 698
- Guananitos
666, 667
- Guandul
289, 300
- Guaniano, lago
182, 265
- Guaninicabón, río
49
- Guanito, pobl.
676
- Guantes, sabana de
405
- Guanunairú
642, 669
- Guanuma
328, 588
- Guanyban, lago
50
- Guaraguá, río
365

- Guaraguanó, cantón
 365
 Guaraguao
 186, 188, 662
 Guaraguay
 623
 Guáranas, río
 716
 Guariagua, región
 53
 Guarico
 48, 359, 385, 388
 Guarizzaca, isla
 50
 Guatapaná (Masacre), río
 271, 464
 Guaturo, prov.
 133
 Guavanimó
 362, 524
 Guayaba
 114, 267, 269, 273, 284, 297, 298, 513,
 541, 548, 552, 581, 585, 604, 624, 632,
 694
 Guayaba, valle de
 528
 Guayabal
 269
 Guayacán
 39, 65, 145, 146, 268, 269, 271, 274,
 283, 288, 297, 298, 369, 482, 505, 523,
 534, 565, 570, 571, 579, 580, 582, 587,
 614, 624, 695, 720
 Guayacusa, río
 357, 400
 Guayagua, región
 48
 Guayamuco, río
 365, 469, 676, 690
 Guayana
 419
 Guayaquil
 546, 694
 Guayaro
 95
 Guayubín, pobl.
 598, 609, 613, 615, 616, 682, 684
- Guayubín, río
 225, 237, 320, 321, 350-352, 366, 397,
 412, 463, 465, 479, 486, 623, 641, 683
 Guazábara
 343
 Guázima
 256
 Guázuma
 669, 674
 Guía, sabana de la
 668
 Güibia
 546
 Guinda
 100
 Guinea (Africa)
 33, 57, 65, 126, 153, 174, 269, 273,
 279, 540
 Guinea (gallina)
 294, 297, 313
 Guineo (banana)
 284, 354, 552, 570, 574, 580, 687,
 725
 Guipuzcoa
 39
 Guisante
 610, 653
 Guerra, pobl.
 671, 672
 Gurabo, río
 321, 339, 351, 352, 413, 462, 465, 466,
 645, 683
- H**
- Haba
 693
 Habacoa, región
 48
 Hácana, árbol
 369, 563, 587
 Haguey, planta
 619
 Hagueygabó, lago
 50
 Haina, montes de
 403
 Haina, pobl.
 340, 427, 479, 513, 514, 578, 644

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Haina, río
47, 69, 74, 216, 232, 233, 255, 264, 281,
331, 362, 446, 448-450, 489, 497, 500,
510, 529, 547, 548, 563, 583, 622, 639,
642, 645, 666, 673, 690, 713
- Hainoa
264, 330, 333
- Haití
48, 73, 142, 186, 224, 361, 386, 394, 506,
522, 525, 560, 577, 624, 627, 628, 637,
640, 641, 643, 646, 676, 690, 693, 694,
699, 710, 712, 713, 722-724, 730, 731
- Halcón
186, 270, 280, 314, 662
- Hamí, valle
207
- Haniguayagua, prov.
216, 218
- Harris, J. Dennis
560
- Hathathiei, valle
50
- Hatiey, prov.
219-221
- Hato del Medio
486
- Hato Mayor, pobl.
672
- Hato Viejo, arroyo
673
- Hatillo, llano
675
- Hatillo, pobl.
682
- Haya
47, 272, 548
- Hazard, Samuel
590
- Hazoa, región
48
- Helecho
49, 53
- Henequén
88, 89
- Herradura, arroyo
670
- Heuna, río
215
- Hibuero
258
- Hicaco
108, 109, 253, 288, 669, 670
- Hicotea
63, 175, 179, 180, 226, 275, 276, 278,
280, 281, 298, 393, 475, 476, 544, 662
- Hicotea, laguna
476
- Hiedra
58
- Higo
66, 93, 98, 110, 118, 121, 252, 279,
288, 371, 409, 552, 619
- Higuaca, ave.
239
- Higuano, río
700
- Higuera
65, 98, 109, 121, 122, 142, 252, 270,
304, 552
- Higüera, pico
645
- Higüera, río
345, 346, 470, 471, 524, 716
- Higüero
105, 537, 581, 696
- Higüey, pobl.
40, 41, 48, 71, 211, 212, 216, 217, 238,
258, 279, 297, 356, 358, 416, 507, 509,
514, 644, 668, 672
- Higüey, río
497, 498, 525
- Hilera, sierras de la
578
- Himariva, sabana
396
- Hincha, pobl.
339, 347, 349, 416, 427, 429, 464, 467-
469, 473, 481, 499, 528, 676
- Hincha, valle
360, 365, 562, 646, 690
- Hinoba (Jínova), río
336
- Hobes, río
346, 470, 471
- Holanda
91

- Honduras
121
- Honoruco, región
48
- Hormiga
56, 191-195, 316, 317
- Hotte, montañas de la
421, 565
- Hoya de Jacobo, ensenada
434
- Hoyo del Acecho
435
- Huhabo, prov.
47-49, 52
- Huyapari, río
82
- Hybahaino, montaña
49
- I**
- Ibarra (Tábara), río
348, 466, 469
- Ibis
571
- Icaco (Hicaco), río
298, 357, 446
- Iguamu, valle
50
- Iguamuco, prov.
219, 220, 223, 231
- Iguana.
166, 169, 241, 280, 312, 393, 544, 589,
614, 661, 709
- Iguanamá, región
53
- Imizuí, montaña
49
- Inca, arroyo
400
- Indias Occidentales
62, 83, 85, 86, 89, 96, 97, 100, 105,
108, 110, 114, 116, 131, 133, 138, 145,
146, 153, 165, 166, 170, 173, 176, 187,
200, 201, 216, 231, 249, 255, 258, 264,
273, 278, 279, 281, 283, 307, 315, 318,
361, 284, 294, 527, 529, 530, 534, 535,
538, 542, 546, 561, 585, 710, 711, 719,
722, 724-726
- Indias Orientales
540
- Indigo
378, 430, 510, 522, 551, 570, 580, 624,
694
- Inglaterra
64, 91, 181, 284, 386, 533, 539, 714
- Inova, río
716
- Isabel de Torres, loma
625, 649, 684, 711, 720
- Isabela, La, pobl.
36-39, 210, 214, 255, 498, 507, 584,
618, 619, 684, 685, 687, 689, 720
- Isabela, punta de la
526
- Isabela, río
328, 356, 357, 358, 362, 396, 406, 446,
450, 497, 510, 524, 583, 594, 622, 642,
645, 668, 669, 684, 689, 715
- Isabela, valle
560, 561
- Isabela Nueva
69
- Itabo, arroyo
341, 446, 448
- Italia
46, 86, 116, 144, 185, 186, 249
- J**
- Jagua, río
740
- Jaibón, pobl.
682
- Jánico
739, 740, 744
- Japón
712
- Jarabacoa
627-631, 636, 641, 677, 680, 712, 715
- Javilla
535
- Jayaco, alma de
729
- Jayán, río
623, 690
- Jazmín
542

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Jibe, arroyo

670

Jilguero

718

Jobo Corcovado

668

Jovillos, sabana de los

669

Judío, ave

662

K

Keim, Randolph

568

Kentucky

593

Kima, sabana

396

L

La Atalaya (San Miguel de)

467, 481, 676

La Caoba, arroyo

357

La Ceiba, río

345

La Culata, pobl.

676

La Cumbre, alto de

626, 630

La Granja

339

La Habana

378, 430

La Jagua, loma

628, 741

La Jina

725

La Laguna, pobl.

618, 620

La Luisa, sabana

396, 446, 668

La Mancha

584

La Mejorada, pobl.

457

La Pelona

732, 734, 736

La Tasajera

731

La Vega

62, 67, 99, 206, 208, 209, 211-214, 216,
219-221, 223, 225, 227, 229, 230, 231,
234-240, 264, 323-325, 349, 353, 354,
359, 360, 366, 379, 383, 387, 406-408,
410, 416, 417, 430, 431, 453, 457, 458,
460, 461, 465, 466, 477, 480, 486, 487,
490, 498, 499, 507-509, 514, 515, 519,
527, 540, 550, 554-559, 562, 570, 575,
579, 582, 598, 599, 601, 602, 608, 621,
623, 663, 665-667, 671, 677, 680-682,
687, 688, 692, 693, 712-715, 717, 721,
725

La Vega, valle

359

La Vieja, loma

729

La Viuda, loma

729

La Yaguana

62, 145, 221, 268, 626, 627, 629, 647,
649

La Yuca, río

328

Labanco, ave

298

Lag, río

468

Lagarto

241, 717

Laguna Dulce

500

Laguna Salobre

477, 500

Laguneta, alto de la

667

Laguneta, sabana de la

469, 478

Laguneta, valle de la

680

Langosta

175, 199, 308, 309, 394, 484

Langostino

226

Lares de Guaba

207

- Lárice (alerce)
140
- Las Charcas, pobl.
675, 678
- Laurel
43, 56, 58, 120, 140, 278, 370, 526, 534
- Las Caobas, valle de las
428, 429, 646, 676
- Las Casas, fray Bartolomé de
206
- Las Carreras, pobl.
675, 678
- Las Cumbres
689
- Las Damas, cantón
676
- Las Damas, río
275, 578
- Las Lajas, río
645, 672, 689
- Las Lavas, arroyo
626, 684
- Las Matas de Farfán
593, 646, 676
- Las Salinas
674
- Lebranche
392, 662
- Lechuga
44, 47, 65, 89, 154, 263, 270
- Lechuza
180, 190
- Lenguado, pescado
175, 270
- León
52
- Lenteja
299
- Leogane, río
691
- Lerén
90, 96, 246, 277
- Lescallier, Daniel
319
- Licey
694
- Licey, río
408
- Liebre
265, 290, 567
- Lignálóo
32, 37, 43
- Lima
65, 98, 113, 252, 272, 279
- Limón
65, 98, 270, 272, 279, 282, 297, 623,
624, 642, 653, 668, 677, 693
- Limón, río
357, 446, 684, 730
- Limonar
298
- Limoncillo
574, 581
- Limonero
695
- Limpia Nariz
638
- Lino
301
- Lirio
88, 542
- Liza (lisa)
32, 174, 225, 241, 270, 393, 544,
662
- Lobo
52, 173, 282, 302
- Lobo marino
175, 176
- Lobos, cabo de
284
- Lolmé, monte
488
- Loma Joca
638, 645
- Loma Quemada
552
- Lombardía
116, 237
- López de Castro, Baltasar
271
- López de Gómara, Francisco
264
- López Morillo, Adriano
689
- Loro, arroyo
676

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Loro, pescado
662
- Los Cajuales, pobl.
405
- Los Corozos, sección
405
- Los Flacos, sabana de
737, 738
- Los Frailes, isla de
583
- Los Guanitos
730
- Los Jobos
479
- Los Limones, pobl.
740, 741, 744
- Los Llanos
528, 578, 584, 596, 672, 674, 713
- Los Minas, pobl.
358
- Los Palos, loma
405
- Los Pinos, loma de
639
- Los Vallecitos
731-733, 737
- Lucía, pico
645
- Luciérnaga
207, 315, 546
- Luisa, sabana de la
668
- LL**
- Llano, arroyo
413
- Llanos de Pérez
626
- Llanos de Santo Domingo
562
- Llantén
154, 263
- M**
- Macabón, río
349, 350, 464, 465
- Macao, pobl.
233
- Macao, prov.
212, 236, 238
- Maccazina
48
- Macedonia
130, 131
- Macorís (San Pedro de)
510, 558, 559, 598, 644, 649, 663, 672,
673, 689, 714
- Macorís, prov.
578
- Macorís, río
75, 216, 264, 305, 497, 557, 566, 624,
646, 690
- Macorís, sierra de
639, 710
- Macorix, región
48, 206, 209, 211, 234, 238
- Macoutico
732
- Madeira, isla
538
- Madrid
79, 95, 136, 431, 531
- Maestre Pedro, río
230
- Magagurití, región
48
- Magarín, río
672
- Magnolia
735
- Maguá, prov.
229, 236, 239
- Maguá, río
354, 355, 638, 642, 690
- Maguaca, río
328, 350, 397, 405, 413, 457, 464, 465,
623, 670, 672
- Maguaco
613
- Maguana, región
48, 52, 228, 229, 594
- Maguana, valle
50
- Maguey
89, 610, 653

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Mahaitin, monte
48
- Maimón, montaña
458, 570
- Maimón, pobl.
553
- Maimón, río
230, 237, 526, 553, 554, 623, 641, 667,
680, 681
- Maisal, río
690
- Maíz
75-77, 82, 89, 95, 275, 277, 282, 298,
300, 409, 504, 540, 567, 570, 610, 624,
631, 653, 693, 724, 725
- Maizales, río
99
- Majá
589
- Majagua
142
- Majagüita
730
- Málaga
516
- Malagueta
539, 540
- Malagueta, costa de la (Africa)
540
- Malne, río
689
- Malvavisco
155
- Manaclal, montaña
639
- Manatí
50, 176, 182, 393, 545, 661, 662,
717
- Mango
541, 547, 570, 574, 579, 581, 585,
725
- Maní
85, 277, 541, 653
- Maniel, sierra del
281, 433, 496, 551, 559, 578, 5809,
639, 645, 667, 677-679, 735
- Maniey
228, 231
- Mamey
115, 218, 251, 267, 269, 298, 371, 552,
564, 585, 653, 693, 695
- Mamey, río
689
- Mamón
297, 298, 585
- Manabaxao, región
48
- Managua
120
- Mandioca
318
- Mangle
127
- Mantua (Italia)
185
- Manzana
109, 624, 693
- Manzanilla
42, 82, 135, 136, 253
- Manzanillo
149, 288, 534
- Manzanillo, bahía de
33, 416, 429, 454, 455, 464, 527, 563,
579, 604, 605, 612, 613, 630, 641, 647,
649, 714
- Mañoc, río
400
- Mao, pobl.
607
- Mao, río
48, 225, 237, 322, 366, 412, 462, 465,
607, 623, 641, 648, 687
- Mapoa, árbol
404
- Maquence, río
690
- Maquette, pescado
662
- Marañón, fruta
692
- Marañón, río
138
- Marcelino, arroyo
447
- Marciliana, arroyo
364

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Margarita, isla	Mayas, arroyo de las
172	669
María, árbol	Mayito, ave
139	662
María, cabo	Medianía, loma de la
285	735
Mariana Chica, monte	Medina del Campo (España)
639, 644	65, 180
Maricao, llanura	Medio, río del
669	641, 677, 735, 738
Marién, región	Mediterráneo, mar
48, 206, 208, 209, 233, 234	542
Mariena, región	Mella, pobl.
52	668, 669, 671
Mariposa	Melocotón
131, 197, 201	91, 95, 100, 115, 273, 624, 693
Marrajo	Melón
178, 180	44, 47, 66, 93, 121, 153, 270, 277, 287,
Marsopa	297, 301, 513, 541, 624, 653, 693, 702
531	Memorillo
Marta (La Isabela)	91, 93, 95, 98, 251, 267, 273
36	Memfis
Martín García, montaña de	141
436, 512	Merluzza
Martín pescador	504
662	Mermelade (Haití)
Martinica, isla	466
521, 522	Mero
Mártir de Anglería, Pedro	544, 662
43	Mero cabrilla
Masacre, río	544
319, 320, 340, 349, 415, 429, 453, 454,	México
464-466, 507, 612, 722	419, 426, 440, 514, 530, 546
Mata-Agua, arroyo	México
348	419, 426, 440, 514, 530, 546
Mata-Aguia, arroyo	México, golfo de
468	419
Mata Clara, loma	Mijo (millo)
327	277, 653
Matagallo, río	Mijo, río
676	300, 335, 336, 345, 364, 440, 530, 641,
Matanzas, pobl.	646, 647, 676, 729, 730
479, 674, 681, 684	Milán (Italia)
Matas, río de las	91
676	Milano
Maubaroux	239
485	Minnesota
	596

- Mirabalais (Haití)
428, 433, 481
- Mississippi
554, 604, 613, 619
- Moca
377, 559, 586, 598, 601, 603, 629, 649,
663, 681, 682, 684, 688, 689, 693
- Mochuelo
190, 662
- Mohie
163, 240, 265, 318, 369, 542, 587, 661,
696, 718
- Moja-Casabe, arroyo
674
- Mojarra
174, 225, 241, 270, 672
- Mole de Saint Nicolas (Haití)
44, 450
- Molondrón
582
- Molucas, islas
384
- Monción
730
- Monga, sabana
446
- Mongón, arroyo
670
- Mona, canal de la
712
- Mona, isla
168, 213, 427, 584
- Monito, isla
427, 548
- Mono
536
- Mont-Diable (Haití)
690
- Montaña Redonda, cabo
428
- Montazos, arroyo
731
- Monte Negro
396, 400, 403
- Monte Plata
34, 35, 402, 416, 453, 498
- Monte Plata, río
362, 524, 622, 711
- Monte Pueblo
666
- Montecristi, sierra de
601
- Montecristi
34, 74, 209, 214, 225, 234, 238, 305,
320, 325, 335, 339, 350, 353, 355,
366, 385, 395, 397, 411, 429, 440,
453-457, 460, 463-465, 479, 481, 498,
499, 509, 514, 516, 519, 527, 558,
559, 571, 587, 583, 587-590, 597,
605, 608, 609, 611-613, 615, 616,
623, 625, 626, 629, 636, 639-642,
644, 647-649, 677, 681, 682, 684,
685, 686, 689, 699, 700, 710, 713,
714, 718, 719, 723
- Moral
58
- Moreau de Saint-Méry, M.L.
402
- Morena, pescado
175, 241
- Morera
653
- Morro, cerro del
343, 443
- Mosca
59, 166, 196-198, 201, 289, 317, 388
- Mosca Verde
504
- Muérdago
155
- Mula
47, 292, 296, 302, 366, 390, 615
- Mulas, río
364, 530, 623
- Munos, río
623
- Muraco, pico
578
- Muraga, punta
525
- Murciélago
59, 190, 264, 661, 718
- Musas, río
440
- Murazo, monte
711

- N**
- Nabo
66, 80, 83, 154, 224, 653, 702
- Nacaragua, río
690
- Nagrande (Nicaragua), prov.
96, 105, 121, 145, 147
- Nagua, río
623, 638
- Najayo, monte
364, 448, 622
- Najayo, río
331, 341, 355, 356, 362, 446, 490, 524
- Janayo, pobl.
673
- Nalga de Maco, pico
638, 641, 729
- Nápoles
91, 116, 145, 154, 185
- Naranja
252, 269, 279, 282, 297, 298, 365, 399, 513, 574, 579, 624, 653, 693
- Naranja
43, 65, 256, 272, 285, 587, 610, 695
- Naranjo, río
355, 356, 362, 542
- Navarra (España)
433
- Navarrete, pobl.
724
- Navidad, puerto de la
233, 235
- Nayauco, río
435, 624, 691
- Nazareno, madera
372, 563
- Nebli
186, 270
- Negro, cerro
400
- Negros, montes
578
- Neiba, bahía de
428, 439, 440, 523, 594, 623, 624, 640, 641, 699, 700, 714
- Neiba, laguna
275, 335
- Neiba, río
45, 46, 48, 53, 74, 75, 171, 229, 264, 277, 305, 313, 336, 360, 364, 365, 394, 428, 436, 437, 439, 440, 470-472, 491, 492, 496, 499, 511, 530, 549, 566, 578, 641, 647, 690, 713, 714
- Neiba, pobl.
335, 344, 345, 416, 437, 438, 481, 484, 492, 494, 499, 500, 502, 503, 505, 514, 519, 579, 593, 594, 642, 646, 647, 651, 676, 700, 712, 716, 728
- Neiba, valle de
276, 280, 298, 391, 427, 428, 436, 475, 476, 492, 531, 543, 563, 638, 713, 716
- Neibamao, monte
48
- Nenúfar
154
- Nibaguana, torrente
346, 470, 471
- Nicaragua
77, 86, 95-97, 105, 119, 121, 123, 134, 135, 139, 141, 144, 147, 153, 164, 165
- Nieves, isla
419
- Nigua, insecto
265, 270, 317
- Nigua, pobl.
267, 331, 479
- Nigua, río
66-70, 74, 112, 117, 216, 264, 331, 341, 362-364, 443, 446-448, 490, 493, 497, 500, 530, 547, 563, 583, 622, 642, 645, 673, 684, 716
- Nilo, río
49, 168, 242, 322
- Nispero
218, 552, 585, 653, 693
- Nizao, río
48, 63, 67, 70, 74, 216, 224, 228, 264, 281, 307, 331, 341, 359, 364, 427, 428, 438, 445, 447, 448, 490, 493, 497, 513, 530, 553, 563, 621-623, 639, 642, 645, 674, 675, 679, 690, 712, 713, 715, 737, 738
- Nizao, punta
513

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Nisibón, río
526, 623
- Nogal
109, 115, 123, 252, 262, 272, 278, 482,
505, 435, 567, 628
- Nombre de Dios, ciudad
121, 135
- Normandía
396
- Normando, río
339
- Norteamérica
543
- Novilero, arroyo
666
- Nueva Castilla
173
- Nueva España
41, 72, 96, 123, 164, 173, 174, 187,
279, 301, 546, 548, 552, 570
- Nueva Inglaterra
561, 721
- Nueva Orleans
554
- Nueva York
390, 441, 582, 601, 738
- Nuez
37, 43, 253
- Nuez moscada
695
- Núñez de Torra, Andrés
281
- Ñ**
- Ñagá, pobl.
674
- Ñame
43, 97, 284, 301, 522, 541, 549, 570,
581, 693
- O**
- Ober, Frederick
684
- Oceanía
699
- Ocoa, bahía de
279, 333, 334, 342, 343, 364, 365, 394, 416,
438, 441-444, 479, 495, 507, 512, 523, 593
- Ocoa, monte
642
- Ocoa, sabana de
440, 490, 491, 527, 646
- Ocoa, sierra de
736
- Ocoa, río
49, 70, 217, 333, 343, 359, 416, 438,
440, 443, 444, 493, 642, 645, 646
- Olivo
65, 100, 131, 140
- Onceano (Bánica), río
469, 676
- Onceano, valle
360, 562, 621
- Ora, río
479
- Orinoco, río
418, 419, 541
- Oro, arroyo del
34, 345, 346, 470, 471, 730
- Ortiga
53
- Oso
52
- Ostia
175, 270
- Ostra
452, 484, 504, 568
- Ouanaminthe (Haití)
415, 464, 466, 485
- Oveja
37, 39, 40, 173, 174, 198, 265, 276,
281, 386, 432, 502, 503, 542, 543, 719
- Ozama, río
47, 73, 181, 264, 305, 328, 329, 356,
358, 360, 362, 395, 396, 399, 401, 406,
415, 445, 446, 450, 451, 488, 497, 509,
510, 521, 522, 524, 546, 562, 566, 577,
578, 584, 591, 594, 597, 621, 622, 642,
668, 669, 671, 672, 674, 675, 678, 679,
690, 693, 713, 715, 738
- P**
- Paciencia, loma de la
327, 403, 488
- Pacora
84

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Países Bajos	Panamá
375	99, 165
Pájaro bobo	Pani, río
662	63, 307
Pajarito, cantón	Pantujo, arroyo
672	632
Pajuil (pavo real)	Panzo, loma de
391	578, 712
Palenque, punta de	Papa
445, 523, 580	504, 541
Palenzuela (España)	Papagayo
271	44, 76, 187, 188, 239, 280, 314, 391.
Palma, arroyo	484, 698, 718
678	Papaya (lechoza)
Palmar de Ocoa	121, 297, 513, 552, 585, 693
343, 439	Paraíso, valle del
Palmera	33
46, 561, 653, 687, 696, 724	Paramahó, río
Palmito	225, 227, 237
536	Pardavé, montaña
Palo amargo	356, 402, 446, 480
539	Pardillo
Palo de china	313, 314
298	Pargo
Palo María	308, 544, 662
370	Parguete (pargo)
Palo nazareno	174
587, 624, 695	Paria (Venezuela)
Palo santo	135
298	París
Paloma	426, 494
186, 187, 239, 269, 273, 289, 294, 298,	Pasionaria
302, 313, 390, 483, 519, 520, 544, 588,	542
625, 685, 718	Paso del Viento
Palometa, pez	711
174	Paso de la Viuda (Sillón de la Viuda)
Palomino	577, 597
730	Paso Hondo
Palos, loma de los	672
669	Pastor, arroyo
Palos, río	674
672	Pata de chivo
Palos, sabana de los	321
675	Pata de cotorra
Pámpano	321
32	Pato de gallina
Pan de fruta	321
54, 552	

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- | | | | |
|--------------------------|--|-----------------------|---|
| Pata de tortuga | 412 | Perdiz | 269, 279, 280, 298 |
| Patata | 284, 522, 549, 585, 627, 653, 702 | Perejil | 65, 86 |
| Patilla (sandía) | 279, 541 | Perico | 280, 662 |
| Patilla, ceros de la | 669 | Perro | 37, 64, 77, 164, 173, 270, 291-293, 296, 302, 318, 625 |
| Pato | 280, 294, 295, 313, 391, 483, 503, 548, 589, 625, 662, 698 | Perú | 226, 318, 427, 522 |
| Pato guinea | 544 | Petit-Trou (Haití) | 435, 436, 511, 523 |
| Pausa, loma | 690 | Pezpita, ave | 239 |
| Pavo | 187, 276, 294, 297, 298, 302, 437, 503, 543, 625, 662, 698 | Pichioplén, árbol | 579 |
| Pavipollo | 697 | Pico del Norte | 689, 711 |
| Paya, pobl. | 490, 523, 549, 674 | Pico Santana | 689 |
| Paya, río | 342, 428, 444 | Picoverde | 313 |
| Payabo, río | 641, 669, 690 | Piedra Blanca | 639, 667, 679, 680 |
| Payasos, ensenada de los | 433 | Piedra Gorda | 666 |
| Pedernales, río | 428, 433-435, 496, 507, 510, 523, 593, 623, 624, 690 | Pijota (pescadilla) | 32 |
| Pedernales, sierra de | 172 | Pilón de Azúcar, pico | 578, 650, 699, 710 |
| Pedrón, M. | 506 | Pimentel, pobl. | 726 |
| Peje | 175, 183, 184, 271, 275, 276, 278 | Pimienta | 40, 271, 695 |
| Pelícano | 571, 726 | Pimiento | 298, 301, 582, 693 |
| Pepino | 60, 153, 267, 270, 277, 537, 538, 552 | Pinal Grande, arroyo | 634 |
| Pera | 93 | Pinar Bonito, arroyo | 735 |
| Peral | 135, 254, 287 | Pino | 54, 223, 140, 272, 278, 298, 370, 371, 504, 526, 534, 563, 574, 627-629, 632-634, 653, 686, 687, 695, 701, 720, 737 |
| Peralejo, arroyo | 666 | Pinastro | 140 |

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Piña
90-95, 113, 133, 267, 269, 272, 273,
278, 284, 297, 298, 399, 402, 513, 541,
570, 585, 653, 693
- Piñal, monte del
488
- Piñón
100
- Piñón, cerro del
348
- Pistacho
534
- Pisuerga (España), río
220
- Pita (cabuya)
332, 541, 624
- Pitahaya
118, 251
- Pitirre, ave
662, 671
- Pizarrete, paso de
674
- Plaine des Verretes (Haití)
306, 307
- Platanay, pobl.
606, 607
- Plátano
57, 87, 100, 102, 267, 269, 272, 273,
277, 279, 297, 298, 300, 409, 532, 537,
538, 541, 547, 570, 580, 585, 606, 617,
620, 624, 631, 653, 687, 693, 740, 689,
695, 711, 720, 725
- Playa Chiquita
674
- Playa Grande
674
- Po (Italia), río
91
- Poleo
155
- Polipodio
43, 155
- Pollena
56
- Pomarrosa
541, 552
- Port-de-Paix (Haití)
427, 690
- Port-Republicaine (Haití)
485, 492-494
- Portugal
40, 540
- Pringamosa
672
- Puerto
37, 39, 47, 64, 77, 173, 174, 219,
269, 270, 278, 283, 285, 288, 291-
294, 296, 318, 386, 387, 503, 548,
549
- Puerta, montaña de la
466
- Puerto, loma del
676
- Puerto Cabello
561
- Puerto Caldera
583
- Puerto de los Hidalgos
617, 685
- Puerto Hermoso
264, 443
- Puerto Plata
40, 71, 72, 209, 210, 214, 260, 366,
416, 427, 452, 453, 455, 464, 481, 498,
505, 508, 514, 526, 559, 560, 572, 573,
579, 583, 588, 605, 615, 620, 621, 623,
625, 639, 642, 647, 649, 650, 682-684,
686, 687
- Puerto Príncipe (Port-au-Prince, Haití)
344, 346, 437, 439, 470, 481, 640, 642,
713
- Puerto Real
227
- Puerto Rico
270, 277, 276, 430, 521, 530, 539, 540,
563, 564, 584, 694, 696, 698
- Puerto Viejo
512, 523
- Pulga
197
- Punta Balandra
689
- Punta Caña
345, 470, 678
- Punta de los Lazos
434

- Punta España
356
- Punta Macao
690
- Punta Mina
642
- Punta Palenque
715
- Punuba (Mar del Sur)
148, 170
- Q**
- Quavanimo, río
121
- Quebore, prov.
121
- Quebrada Honda, arroyo
670
- Quemí
126, 240, 318, 361, 542, 567, 587, 661,
696, 718
- Quiabón, río
72, 623, 642, 690
- Quiebrahacha, árbol
369, 482, 503, 513, 534, 587
- Quina
695
- Quinina
539
- Quita Espuela, pico
578, 684
- R**
- Rábano
44, 47, 65, 154, 246, 270, 624
- Rabijunto, ave
662
- Rafael, cabo
356, 428
- Rana
185
- Ranchito, loma del
731
- Rancho Abajo
679
- Rancho Arriba
679
- Rancho de los Robles
735
- Rancho Quemado, alto
630
- Ramio
653
- Raqueta, planta
411
- Rata
54, 289
- Ratón
36, 59, 80, 166, 240, 241, 265
- Raviche, ave
662
- Raya, pez
175, 308
- Rebó, sabana de
676
- Rebouc, río
463, 465
- Redonda, monte
498, 630
- Remolacha
154, 624, 653, 693
- Repollo
65, 301, 582, 653, 702
- República Dominicana
637, 646, 690, 710, 713, 733, 734, 739,
744
- Reyre, región
48
- Río de la Hacha
390, 442
- Río de la Plata
172
- Río Grande, monte
711
- Río San Juan
712, 729, 730
- Róbalo
174, 241, 270, 529, 544, 662
- Robin, C.C.
521
- Roble
47, 129, 130, 272, 278, 368, 369, 533,
563, 570, 579, 587, 695
- Rochefort
305, 450

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

Rodaballo
305, 306
Rododendro
140
Rojo, cabo
434
Roma
107, 154, 185, 193, 236
Romana, río
428, 497, 623, 642
Rouselle, ensenada de
434
Rucillo (Rosillo, Rusilla), loma
636, 637, 730-734, 741-744
Ruibarbo
43
Ruipóntigo
43
Ruiñeñor
187, 240, 280, 294, 313, 314, 662, 718

S

Sábalo
171, 225, 392, 484, 503, 662
Sabana, arroyo
279
Sabana, puerto
55
Sabana Alta, pobl.
676, 735-737
Sabana Baní
490
Sabana Boca de Jima
354
Sabana Buey
479, 490, 549, 646, 674
Sabana Catalina
331, 332, 342, 344
Sabana de Amina
351, 412, 479, 480
Sabana de Amba
414
Sabana de Cahueco
337
Sabana de Cevicos
327, 355
Sabana de Cepicepi
334, 343, 479

Sabana de Dajabón
349, 414
Sabana de Don Juan
356
Sabana de Escalante
350
Sabana de Goma
406
Sabana de Guamaca
327
Sabana de Guita
356
Sabana de Gurabo
412
Sabana de Jácuba
349
Sabana de Jima
324
Sabana de Mata Redonda
668
Sabana de Nigua
331
Sabana de Paya
342, 444
Sabana de Renchadero
350, 462
Sabana de San Pedro
326, 356, 668
Sabana de San Roque
345
Sabana de San Tomé
345
Sabana de Santa Rosa
666
Sabana de Talanquera
350, 463
Sabana de Vera del Yuna
405
Sabana de Yagua
414
Sabana del Aguacate
356
Sabana del Caimán
348, 468
Sabana del Hospital
351, 462
Sabana del Llano
405

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Sabana del Pajonal
676
- Sabana del Pidal
348, 468
- Sabana del Rompino
351, 462
- Sabana del Voma
354, 480
- Sabana de la Bahía
343
- Sabana de la Boya
443
- Sabana de la Canoa
350
- Sabana de la Cruz
333, 342, 347, 348, 443, 470, 669, 674, 737
- Sabana de la Mantenna
444
- Sabana de la Mar, pobl.
416, 450, 498, 526, 545, 555, 560, 670, 672
- Sabana de la Monja
357
- Sabana de la Paciencia
327, 356, 669
- Sabana de la Piña
406
- Sabana de la Roca
470
- Sabana de la Seyba
405
- Sabana de la Vuelta
737, 738
- Sabana de los Caballeros
510
- Sabana de las Nasas
666
- Sabana de los Peralejos
405
- Sabana Grande, cantón
674
- Sabana Grande de Palenque
578
- Sabana Guamita
459
- Sabana Larga
320, 350, 414, 464
- Sabana Levigne
404
- Sabana Prieta
357, 358, 396, 400, 403, 446, 669
- Sabana Sanguino
357, 668, 669
- Sabana Sin Provecho
352, 462
- Sabaneta, pobl.
344, 354, 683
- Sabanita de Ocoa
343
- Sábila
532
- Sabina
298, 370, 482, 564
- Sabita, río
524
- Sainaguá, pobl.
674
- Sainaguá, río
331, 341, 446, 673
- Saint Marc (Haití), cabo
485, 690
- Sajón, río
623
- Salada, laguna
305, 476, 673
- Salado, río
335, 344, 438, 623, 672
- Salcedo
725
- Salinas, punta
442, 445, 512, 523
- Salmón
32, 475, 529
- Salmonete
484, 503
- Salvaleón de Higüey
40, 215, 219
- Salvatierra de la Sabana
125, 219
- Salvia
155
- Samaná, bahía de
355, 358, 359, 366, 367, 396, 397, 415,
417, 429, 458, 465, 509, 514, 527, 545,
555, 556, 563, 570, 579, 599, 612, 630,
639, 641, 645, 649, 665, 680, 687, 714,
720, 721

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Samaná, cabo
571, 623
- Samaná, prov.
212, 236, 238, 239, 316, 350, 353, 356,
416, 450-452, 454, 463, 481, 498, 505,
507, 526, 539, 540, 554, 558, 571, 578,
583, 597, 601, 623, 640, 642, 644, 647,
650, 651, 662, 668, 682, 684, 689, 699,
700, 710, 714, 726
- Samaná, río
348, 466, 468
- San Andrés, bahía
545
- San Blas, golfo de
135
- San Carlos, pobl.
399, 666
- San Cristóbal, isla de
419
- San Cristóbal, pobl.
499, 519, 520, 547, 548, 580, 673, 674,
711
- San Cristóbal, sierra
639, 645, 646
- San Francisco, arroyo
675
- San Francisco de Macorís
681, 684, 713, 714
- San Jerónimo, ensenada de
398
- San José, valle de
550
- San José Ocoa
675, 677-679
- San José de las Matas
683, 712, 716, 729
- San Juan, río
623, 641, 690
- San Juan, valle de
276, 277, 336, 345, 360, 365, 428, 429,
472, 473, 499, 528, 531
- 562, 594, 602, 621, 631, 633, 636, 638,
646, 647, 677, 693
- San Juan de la Maguana, pobl.
64, 71, 74, 228, 319, 327, 336, 340,
344, 345, 364, 386, 389, 416, 438, 440,
471, 477, 478, 502, 546, 582, 584, 593,
623, 646, 676, 677, 696, 729, 730
- San Juan de Puerto Rico, isla de
41, 65, 72, 125, 145, 174, 191, 251,
255, 738
- San Lorenzo, bahía de
650
- San Lorenzo de los Minas
329
- San Marcos, arroyo
626
- San Marcos, cabo de
427, 690
- San Marcos, monte
560
- San Martín, pico de
576
- San Miguel, punta de
125, 135, 138
- San Nicolás, cabo de
31, 32, 234, 285, 689, 711
- San Pedro, sabana de
488
- San Pedro de Macorís
719
- San Rafael, cabo de
426, 427, 623, 668
- San Rafael, valle de
647, 578
- San Tomé, valle de
621, 676
- Sanate, río
71, 672
- Sánchez, pobl.
665, 682, 714, 721, 726
- Sánchez Valverde, Antonio
359
- Sandía
284, 297, 301, 653, 702
- Sangosto, río
344, 439
- Sanguijuela
166
- Sanguino, llano
396, 400
- Santa Ana, pico de
578
- Santa Bárbara de Samaná
682, 686, 721

- Santa Catalina, isla de
212, 214, 215, 427, 542
- Santa Cruz, arroyo
674
- Santa Cruz, isla de
136
- Santa Cruz de Mao, pobl.
683
- Santa Cruz de Icaгуá (Icayagua), pobl.
238
- Santa Marta, montaña
303
- Santa Marta, prov.
164, 442
- Santiago, pobl.
134, 260, 284, 319, 322-324, 326, 335,
339, 352, 366, 376, 379, 398, 402, 406,
409-412, 416, 429, 430, 453, 458, 460-
462, 464-466, 477, 480,
481, 486, 498, 509, 514, 515, 527, 540,
541, 558, 559, 563, 573, 575, 579, 582,
584, 598, 603-605, 612, 621, 623, 625,
626, 629, 641, 647, 648, 663, 665, 677,
680, 682-684, 686, 688, 689, 711, 712,
717, 725, 739, 744
- Santiago de Compostela
440
- Santo Cerro
323, 398, 574, 575, 601, 602, 649, 682,
687, 712, 725
- Santo Domingo, pobl.
37, 39, 40, 46, 47, 49, 54, 63, 68, 70-
73, 78, 81, 84, 97, 102, 104, 108, 116,
128, 129, 136, 138, 140-142, 145, 148,
160-162, 170, 173, 180, 181, 186, 190,
192, 195, 196, 198, 200, 212, 216, 218,
224, 227, 229-231, 233-235, 255, 270,
274-277, 281, 282, 284, 296, 298, 303,
305, 319-321, 327-330, 333, 336, 339-
341, 349, 352, 356-359, 362-364, 368,
375, 377, 383, 390, 394, 395, 399-402,
406, 409, 410, 415-427, 429-433, 435-
437, 441, 442, 445-450, 454, 457, 463-
465, 467, 477-480, 482, 484, 485, 488,
489, 492-494, 500-502, 506, 507, 509,
512-514, 516, 519, 520, 522, 523, 545,
547, 549-551, 555, 560, 562, 564, 566,
568, 576-580, 582-591, 593, 594, 597,
599, 620, 622-625, 636, 644, 645, 647,
651, 663, 664, 668, 671-673, 678, 680,
686, 689-691, 693-695, 698-700, 710,
713, 715-719, 722-725, 728, 730, 733,
738, 739
- Santo Domingo, río
48, 216
- Santo Tomás, valle de
528, 562
- Santomás, isla
583, 629
- Santomé, valle
360, 365, 428, 429, 470
- Saona, isla
212, 214, 215, 259, 284, 427, 519, 520,
524, 525, 583, 584, 644
- Sapo
185
- Sardina
32, 484, 504, 662
- Sardineta
175
- Sargo
484, 503
- Sáuco
561
- Saumetre, lago
543, 716
- Savita, río
363, 622, 642
- Schoenrich, Otto
710
- Seco, río
227, 407
- Segovia (España), pobl.
137
- Seibo, río
429, 470, 471
- Selle, montañas de la
421, 496, 565, 728, 691
- Senegal
484
- Serifo, isla
165
- Sevilla
35, 42, 61, 65, 124, 200, 225, 237,
318, 362, 378, 448, 482, 530, 586,
694

Síbari, pobl.

141

Sicilia

64, 91, 207, 249, 386

Sierva Morena (España)

200

Sierra Prieta

328, 669

Siete Picos

639, 644

Siete Puntos, pico

576

Silla del Caballo, pico

579

Sillón de la Viuda

666, 668, 669

Simuraba (palo amargo)

539

Sin Fondo, ensenada

439

Sinsonte

589

Siria

131

Soco, río

428, 497, 624, 642, 690, 700, 715

Soma (Italia)

116

Sombrero, pobl.

674

Sorgo

653

Soria (España), pobl.

71

Sorrento (Italia)

116

Sosúa, río

623

Soulastre, Dorvo

394

Suazo, Alonso de

39

Suecia

729

Suiza

396

T

Tabaco

145, 187, 214, 226, 284, 289, 290, 315, 340,
355, 378, 397, 406, 409, 430, 435, 457, 487,
514, 515, 516, 527, 551, 560, 564, 573, 579,
586, 604, 606, 607, 613, 614, 616, 617, 620,
621, 627, 631, 653, 665, 671, 679, 694

Tábano, llanos de

166, 196, 199, 677, 729

Tábara, arroyo

335, 336, 344, 364, 400, 438, 478, 479,
481, 675, 676

Tablas, arroyo

678

Tajo, río

137

Tamarindo

137, 297, 552, 581, 695

Támesis, río

524

Tarántula

544, 582, 619, 717

Tavera, río

530, 623

Tebaida, monte

141

Tecoateca (Nicaragua)

121, 134

Terebinto

130, 140

Terry, Donald M.

738

Tesalia

192

Tiburón

49, 63, 125, 135, 175-178, 180, 184,
223, 242, 282, 305, 306, 456, 475, 531,
544, 545, 662, 698, 717

Tiburón, cabo

138, 221, 242, 284, 285, 303

Tierra Firme

71, 75, 77-79, 82-87, 89, 90, 92, 94-98,
102, 104-111, 114, 116, 119, 121, 123,
125-127, 130, 132-135, 137-140, 142-
145, 147, 148, 151-153, 155, 156, 158,
164, 166, 168-171, 173-176, 178-180,
182, 184-190, 196, 198, 199, 201, 250,
273, 297, 298, 502, 536, 538, 543, 544

- Tigre
52
- Tina, monte
699, 711, 724, 727-729, 731, 735-738,
743
- Tirecoto, río
53
- Tireo, río
545
- Tiro
545
- Tirol
91
- Titicaca, lago
716
- Tocino, río
337, 348, 470
- Toledo
79, 100, 116, 133, 197, 200, 267
- Tolosa
193
- Tomás, ensenada
434
- Tomate
582, 610, 693
- Topo
166
- Tordo
186, 239
- Toronja
272, 279, 282, 552, 653, 693, 694
- Torrente Grande
346
- Tórtola
44, 186, 239, 270, 280, 313, 391, 503,
544, 589, 662
- Tortuga
51, 63, 175, 179, 180, 182, 184, 285,
309, 392, 393, 475, 483, 504, 523, 544,
568, 614, 615, 717
- Tortuga, La, isla
33, 206, 283, 292, 294
- Tortuguero, ensenada de
675
- Tosa, río
668
- Tours (Francia)
516
- Tramojos, monte
737
- Tres Cerros, loma
737
- Trigo
567, 624, 653, 693, 701
- Trinidad, isla
419
- Trorovenia, arroyo
404
- Trou-Jacob (Haití), ensenada
434
- Trou-Jacob, punta
434, 435
- Troya
130-131
- Trucha
484, 504
- Tumba del Tienda, hondonada
402
- Tuna
253, 321
- Turcas, islas
583
- Turpial
662, 718
- U**
- Uhabo, prov.
53
- Urabá, golfo de
105, 129
- Uva
44, 66, 111, 116, 117, 131, 156, 152,
267, 269, 270, 273, 297, 301, 624,
693
- Uvero
110, 111
- V**
- Vaca
39, 47, 65, 77, 80, 128, 174, 181, 186,
265, 278, 280, 296, 302, 318, 387, 432,
433, 588
- Valdesia, monte
639, 645, 690, 711
- Valencia (España), pobl.
144

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

- Valiente, arroyo
666
- Valladolid (España), pobl.
150
- Valle Nuevo
633, 635, 636, 730, 733, 735-738
- Valliere (Haití), pobl.
466
- Vázquez de Espinosa, Antonio
273
- Velázquez, arroyo
364, 447
- Venado
536
- Vencejo
60, 186
- Venecia
170
- Venezuela
65, 119, 120, 173, 382, 431, 530,
564
- Veragua
121
- Verapaz, pobl.
222
- Verbena
154
- Verde, río
237, 323, 353, 397, 398, 408, 460, 461,
465, 574, 642, 682, 688
- Verdolaga
154, 263
- Verraca, arroyo
404, 405
- Verraco, loma del
678
- Verretes, llanura
476
- Verrill, Hyatt
719
- Vía, cantón
440
- Vía, río
334, 343, 438, 439, 442, 675
- Vigía, cerro
342, 438, 444
- Viajaca
662
- Viajama, pobl.
676
- Viajama, sierras de
365, 441
- Villa de la Fuente (Bánica)
338
- Villalpando, llanura de
344
- Villa Riva, pobl.
726
- Villarrasa, sabana de
670
- Villasanta, Antonio de
40
- Villegas, arroyo
447
- Vincent, C.
484
- Virreina, arroyo de la
674
- Vitoria (España), pobl.
185
- Voma, río
354, 459, 465
- Vuelta Abajo (Cuba)
586
- Vuelto, arroyo
667
- W**
- Walton, William
522
- Washington
577
- X**
- Xacei, río
49
- Xagua (yagua)
55, 257, 258
- Xagua, prov.
226
- Xagua, región
48
- Xagua, río
225, 237
- Xanique, río
225, 227, 237

- Xaragua, lago
62, 138, 264, 690
- Xaragua, región
48, 219-223, 229, 246, 594
- Xaxabi, ave
239
- Xio
32
- Y**
- Yabacao, río
362, 525
- Yabeque, isla
125
- Yabón, río
650, 672, 690
- Yagaimo macho
151
- Yagrumo
109, 252
- Yagua
43
- Yaguajal, río
690
- Yagüasa
270, 391, 662
- Yagüate
67, 674
- Yaguí, río
326
- Yaguimi, río
677
- Yainagua, lago
50
- Yamán, río
68, 364, 447
- Yamasá, común
639, 669, 671
- Yamasá, río
669
- Yamí, río
677
- Yanigua, río
650, 672
- Yaque, pico del
597, 604, 637, 638, 699, 700, 711, 714,
728-730, 732, 734
- Yaque, río
34, 45, 47, 48, 74, 75, 209, 225-229,
237, 238, 264, 305, 335, 351, 352,
354, 355, 364-366, 397, 410-412, 416,
429, 438, 440, 457, 460-463, 466,
472, 473, 479, 481, 486, 498, 509,
527, 530, 559, 562, 566, 571, 578,
579, 604, 605, 607-609, 611-613, 615,
616, 623, 626, 630, 634, 639, 641,
642, 647-649, 661, 675-677, 680,
682-684, 686, 687, 689, 690, 695,
700, 712, 714, 715, 717, 731
- Yaquecillo, río
74, 438, 439, 467, 471, 472, 496,
735
- Yaquino, prov.
216, 221, 256, 288
- Yarey
373
- Yasa, río
356
- Yásica, río
623, 624, 684
- Yasse, río
446
- Yateras (Cuba)
603
- Yautía
85, 277, 301, 581
- Yávani, río
345
- Yaya, río
641
- Yerbabuena
65, 153, 298
- Yerbamora
154
- Yerba confitera
161
- Yuca
75, 78-83, 89, 112, 273, 284, 298, 300,
318, 585, 631
- Yucatán
419
- Yuna, río
45, 47, 53, 74, 230, 237, 238, 305,
325, 326, 354, 362, 366, 396, 397,
405, 416, 417, 451, 457, 459, 460,

Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)

465, 487, 498, 509, 524-527, 554-557, 562, 566, 570, 571, 575, 576, 579, 583, 599, 600, 601, 623, 639-642, 648, 649, 666, 667, 671, 681, 689, 690, 692, 712, 714, 726	Zaragoza, pobl. 171
Yuma, río 642	Zaramaguillón 544, 662
Z	Zarzal 53
Zahay, prov. 219-221	Zarzaparrilla 271, 539
Zanahoria 33, 66, 80, 154, 213, 244, 247, 653, 702	Zavana (Sabana), región 48, 53
Zage, pez 225	Zina, loma 578
Zamba, lomas de 648, 682, 712	Zorobaro, isla 148
Zapita, valle 207	Zorra 52
Zapote 399, 408, 513, 695	Zorzal 186
	Zuazo, Alonso de 39
	Zumbador 662

AGN 2018

AGN 2018

AGN 2018

AGN 2018

AGN 2018

SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIÓFILOS INC.
 COLECCIÓN DE CULTURA DOMINICANA

1. La República Dominicana: Directorio y Guía General*
Enrique Deschamps.
2. Lira de Quisqueya: Poesías Dominicanas*
José Castellanos.
3. Vida y Viajes de Cristóbal Colón*
Washington Irving.
4. Santo Domingo: Su Pasado y Presente* *Tomo I - II*
Samuel Hazard.
5. La Isla de la Tortuga*
Manuel Arturo Peña Batlle.
6. Historia de la Dominación y Última Guerra de España en Santo Domingo*
Ramón González Tablas.
7. Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos* *Tomo I - II - III*
Gregorio Luperón.
8. La Sangre: Una Vida Bajo la Tiranía*
Tulio M. Cestero.
9. Anexión y Guerra de Santo Domingo* *Tomo I - II*
José De la Gándara.
10. Al Amor del Bohío: Tradiciones y Costumbres Dominicanas
Ramón Emilio Jiménez.
11. Indigenismos* *Tomo I - II*
Emilio Tejera.
12. La Segunda Campaña de Santo Domingo* *Tomo I - II*
J.B. Lemonnier - Delafosse.

13. Gregorio Luperón e Historia de la Restauración* *Tomo I - II*
Manuel Rodríguez Objío.
14. Reconocimiento de los Recursos Naturales de la República Dominicana*
Carlos E. Chardón.
15. Descripción de la Parte Española de Santo Dominicana*
M.L. Moreau E. Saint - Méry.
16. Folklore de la República Dominicana*
Manuel José Andrade.
17. Diario Histórico*
Manuel José Andrade.
18. Estado Actual de las Colonias Españolas* *Tomo I - II*
William Walton.
19. Boceto Histórico del Descubrimiento y Conquista de la Isla de Santo Domingo* *Tomo I - II - III*
Casimiro N. De Moya.
20. Los Estados Unidos y Santo Domingo*
Charles Callan Tansill.
21. Frey Nicolás de Ovando*
Úrsula Lamb.
22. Los Yanquis en Santo Domingo*
Max Henríquez Ureña.
23. Santo Domingo, un País con Futuro*
Otto Schoenrich.
24. Narraciones Dominicanas
Manuel de Jesús Troncoso de la Concha.
25. Santo Domingo, Pinceladas y Apuntes de un Viaje*
Randolph Keim.
26. Historia de la Isla Española o de Santo Domingo* *Tomo I - II*
P.F. Xavier De Charlevoix.
27. Santo Domingo, Estudio y Solución Nueva de la Cuestión Haitiana* *Tomo I - II*
M.R. Leppelletier De Saint - Remmy.
28. Episodios Imperialistas*
Enrique Apolinar Henríquez.
29. Diario de una Misión Secreta a Santo Domingo*
David Dixon Porter.

30. Compendio de la Historia de Santo Domingo*
José Gabriel García.
31. Manual de Historia de Haití*
Jean Crisostome Dorsainvil.
32. Los Piratas de América*
Alexander Oliver Exequemelin.
33. Historia Eclesiástica* Tomo I - II - III
Carlos Nouel.
34. Obras Completas* Tomo I - II - III - IV
Fabio Fiallo.
35. La Vida en los Trópicos*
Warren Fabens.
36. Folklore Infantil de Santo Domingo*
Edna Garrido de Boggs.
37. La Ciudad de Santo Domingo*
Luis E. Alemar.
38. Los Americanos en Santo Domingo*
Melvin M. Knight.
39. La Patria en la Canción*
Ramón Emilio Jiménez.
40. Estudios Mineralógicos en la República Dominicana*
Willy Lengwiler.
41. La Novela de la Caña.* Cañas y Bueyes: *F.E. Moscoso Puello.*
Over: *Ramón Marrero Aristy.*
El Terrateniente: *Manuel A. Amiama.*
42. Episodios Dominicanos*
Max Henríquez Ureña.
43. Triología Patriótica*
Federico García Godoy.
44. Vibraciones en el Tiempo y Días de la Colonia*
Flérida de Nolasco.
45. Reliquias Históricas de la Española*
Bernardo Pichardo.
46. Historia de los Caciques de Haití*
Emilio Nau.

47. Resumen de la Historia de Santo Domingo*
Manuel Ubaldo Gómez.
48. Un Reconocimiento Geológico de la República Dominicana*
*T.W. Vaughan; Wytbe Cooke; D.D. Condit; C.P. Ross;
W. Woodring y F.C. Calkins*
49. Historia de la Restauración*
Pedro M. Archambault.
50. Segunda Reincorporación de Santo Domingo a España* *Tomo I - II - III*
Adriano López Morillo.
51. Merengues*
Luis Alberti.
52. Antología de la Poesía Dominicana*
Vicente Llorens.
53. Monumentos Arquitectónicos de la Española
Erwin Walter Palm.
54. La Nación Haitiana*
Dantes Bellegarde.
55. Hombres Dominicanos*
Rufino Martínez.
56. Gallos y Galleros
José M. Pichardo.
57. Episodios Nacionales*
Casimiro N. De Moya.
58. El Pueblo Haitiano*
James Leyburn.
59. Medina del Mar Caribe
Eduardo Capo Bonnafous.
60. Los Restos de Colón en Santo Domingo
Emiliano Tejera.
61. Historia de las Indias* *Tomo I - II - III*
Bartolomé De las Casas.
62. Antología de la Prosa Dominicana*
Vicente Llorens.
63. Las Finanzas de Santo Domingo y el Control Americano
Antonio De la Rosa.

64. Escritos
Ulises Francisco Espaillat.
65. Historia de la Cuestión Fronteriza Domínico Haitiana
Manuel Arturo Peña Batlle.
66. Obra Dominicana
Pedro Henríquez Ureña.
67. Décadas Tomo I - II
Pedro Mártir De Anglería.
68. Obras Lexicográficas
Manuel A. Patín Maceo.
69. El País de las Familias Multicolores
Arthur J. Burks.
70. La Cuestión de Santo Domingo*
Dexter Perkins.
71. La Historia del Nuevo Mundo
M. Girolamo Benzoni.
72. Reseña General, Geográfico, Estadística*
José Ramón Abad.
73. Historia de la División Territorial (1492-1943)*
Vicente Tolentino Rojas.
74. En la Estela de Colón*
Frederick Ober.
75. De Lilís a Trujillo*
Luis F. Mejía.
76. Descubrimiento y Dominación Española del Caribe
Carl Ortwin Sauer.
77. Ramón Lacay Polanco. Antología
Ramón lacay Polanco.
78. Antología de la Oratoria en Santo Domingo
Diógenes Céspedes.
79. Antología de Cuentos
J.M. Sanz Lajara.
80. La República de Haití y la República Dominicana
Dr. Jean Price Mars.

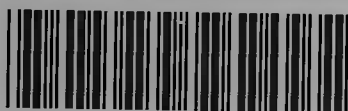
81. Un Estudio sobre Psicología y Educación Dominicanas
Fernando Sainz.
82. Viacrucis de un Pueblo
Félix A. Mejía.
83. Sangre en las Calles
Albert Hicks.
84. La República Dominicana y sus Relaciones Exteriores
Charles Christian Hauch.
85. La República Dominicana - 1906
José Ramón López.

COLECCIÓN
DE CULTURA DOMINICANA

1. La Dictadura de Trujillo
Lauro Capdevila.
2. Navarrijo
Dr. Francisco E. Moscoso Puello.
3. Ideas de Bien Patrio
Ulises Francisco Espaillat.
4. Historia de la Provincia "Y Especialmente de la Ciudad de San Pedro de Macorís
Manuel Leopoldo Ritchiez.
5. Antología de la Flora y Fauna Dominicanas en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX)
Carlos Esteban Deive.

Este libro
Antología de la Flora y Fauna de Santo Domingo
en Cronistas y Viajeros (Siglos XV-XX),
de Carlos Esteban Deive,
terminó de imprimirse en el mes de junio de 2002,
en los talleres de la Editora Amigo del Hogar,
Santo Domingo, Ciudad Primada de América,
República Dominicana.

Hemeroteca-Biblioteca



018709



CARLOS ESTEBAN DEIVE

Nació en España el 26 de diciembre de 1935. Novelista, dramaturgo, ensayista, antropólogo, filósofo y educador. Ha desarrollado sus actividades intelectuales en República Dominicana, donde reside hace más de cuatro décadas. Es doctor en Filosofía e Historia de América.

Ha sido profesor de literatura y Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Pedro Henríquez Ureña.

Sus escritos han sido extensos y valiosos para enriquecer la bibliografía de temas dominicanos. Estudioso del tráfico de esclavos y de las leyes que han regulado la esclavitud desde la época de la colonización.

Escribió las novelas: *Magdalena* en 1964, *Museo de diablos* y *Las Devastaciones*; en teatro: *El hombre que nunca llegaba*. Sus obras de ensayo son varias entre las cuales se encuentran: *Tendencias de la novela contemporánea*, *Vudú y magia en Santo Domingo*, *Los refugiados franceses en Santo Domingo*, *Los Cimarrones del Maniel de Neyba*, *Diccionario de dominicanismos* y otras.

Su obra ha sido reconocida con los premios: Premio Nacional de Literatura, Premio Nacional de Ensayo, Premio Alonzo de Suazo de Historia y Premio Siboney de Literatura.

Ha presidido exitosamente las IV y V Ferias Internacionales del Libro de Santo Domingo.